EL TRAJE REGIONAL DE ESPAÑA

por

Isabel de Palencia

De todos los estudios encaminados a desentrañar y aquilatar los gérmenes del sentir humano y su desarrollo, pocos hay tan sugerentes como los que tienen por objeto el descubrir la capacidad estética del hombre en sus manifestaciones más primitivas. Es decir, cuanto se halla relacionado con ese magnífico venero de sensibilidades que comprendemos bajo la denominación de Arte del pueblo o Popular.

Dicho estudio tiene una importancia considerable, no sólo desde el punto de vista de la belleza misma, sino también en el terreno histórico y el etnográfico, pues si bien es verdad que a través de la expresión original del sentimiento podemos descubrir los motivos que dieron lugar a la colaboración del hombre en el prodigioso concierto de armonías que nos ofrece la vida, no lo es menos que por ella podemos también determinar las épocas de desarrollo de la humanidad y averiguar cuáles han sido las razas que, por dominio o intercambio, cooperaron a la formación espiritual de que ahora gozamos.

Tan complejo es el Arte Popular y tan rico en facetas que, a veces, se complican más de la cuenta los trabajos de investigación para el trabajador de temperamento unilateral; en cambio, el artista goza al hallar que muchos de los factores integrados por este arte, que a primera vista parecen de interés secundario, tienen, en realidad, un valor positivo. Así ocurre, por ejemplo, con la indumentaria; medio de expresión estética primigenia que puede revelarnos muchos y muy interesantes aspectos de la sensibilidad humana. Desde luego hay que empezar por reconocer que, debido al afán que pusieron los moradores sucesivos de España en expresar por medio de sus trajes su ansia infinita de belleza, nuestro indumento nacional ha cristalizado en forma más rica y variada que el de muchos países. Unido a otras manifestaciones del sentir popular: el canto, la música y el baile, logró extender y prolongar su acción más allá de su tiempo y mucho más de lo que sus ingenuos creadores pudieron jamás sospechar; formando un manantial inagotable de sugerencias, una fuente de inspiración para todos aquellos artistas que tuvieron el acierto de basar su obra sobre un concepto sólido de la belleza, interpretando luego ésta de acuerdo con su propia visión; única forma de hacer una obra fuerte y perdurable, una obra capaz de resistir las evoluciones de la moda; porque nació de un sentimiento natural y fué proyectada nuevamente sin perder su fundamental riqueza y esencia; ese sentimiento es la apreciación de lo bello que llevan dentro de sí los hombres todos.

Y si bajo tal aspecto resulta el indumento de interés sin par —ahí está el arte patrio para demostrar la fuerza sugeridora que de él emana—, en el terreno etnográfico culmina su trascendencia.

Modelo de las primeras mantillas de tul y encaje. (Cuadro de Goya. «La marquesa de la Solana»)

Lo primero que necesita tener en cuenta el que desea conocer a fondo el traje español es la variedad de gustos y de influencias raciales que han contribuído a su desarrollo. Lo propio puede decirse de otros aspectos del Arte Popular; pero en el indumento, tal peculiaridad hácese más evidente.

Las huellas del pasado aparecen en forma muy interesante y concreta en muchas vestimentas, no obstante la tendencia al cambio que los hombres de todas las latitudes y épocas manifiestan en lo que se refiere a su indumento.

Cierto que las modalidades que perduran lo hacen transformadas, conservando únicamente el sello de su procedencia; pero aun eso maravilla en estos tiempos, tan dados a la uniformización de la vida, y muy singularmente a la del traje.

Fenicia, Grecia, Roma, la Arabia, sobre todo, dejan sentir aún la influencia de su concepto de la belleza en muchas prendas del indumento español, singularmente en lo que se refiere a lo accesorio: joyas, adornos y bordados, y en determinados casos en la misma hechura. Nada tiene ello de extraño,

Trajes de fiesta, de la provincia de Cáceres

particularmente en lo que se refiere a las modalidades que nos legaron los árabes, si se tiene en cuenta que en ciertas regiones de la Península el dominio de esta raza no sólo fué prolongada, sino fructífera en grado sumo desde el punto de vista del arte. Maestros del tejido y el bordado, ellos iniciaron en tan bellas artes a gran parte de la Europa occidental, y lo hicieron a través de España, la que en aquellos tiempos alcanzó un nivel de producción elevadísimo.

Las guarniciones que aun hoy ostentan algunas prendas de vestir de los aldeanos de Castilla y los de algunas provincias andaluzas, en especial Huelva, revelan plenamente su origen oriental; incluso guardan estrecha relación con los adornos del indumento popular de Grecia, Rusia y los países balcánicos.

La barretina catalana asegúrase que fué utilizada por los fenicios, así como las peinetas de oro y plata que siguen usando las mujeres de Valencia, según parece demostrar el hecho de haber sido encontrados en tumbas fenicias de aquella raza remates de peinado que corresponden al nuestro.

Esas peinetas, modificadas y labradas en concha, son las mismas que se llevan en estos tiempos, con la mantilla, en toda la península.

También los collares y figuritas de azabache que acompañan al traje gallego son anteriores al desarrollo del arte morisco en España.

Conviene tratar como accesorios del indumento en general, ya que complementan muchos de los trajes de provincias distintas, al punto que su uso se ha hecho corriente en el país todo, al mantón y la mantilla, prendas tenidas hoy por las más representativas del indumento español, aunque en la forma que en esta época se gastan queda muy modificada la idea que las originó.

El mantón fué en sus principios el manto oriental, adoptado en el siglo XI por muchos países europeos, y que España conservó y transformó a su antojo, hasta convertirlo en la graciosa prenda que ha vuelto a cautivar al mundo femenino, y que hoy impone por doquier la temblorosa gracia de su fleco y la cromática vibración de sus bordados.

En su primera época fué prenda esencialmente útil y elemento de defensa, y desde este segundo punto de vista éralo en sentido puramente árabe, ya que servía para ocultar la belleza de la mujer y protegerla de la codicia masculina. Hubo de pasar mucho tiempo para que, al mudar de objetivo y utilizarse como prenda de adorno, se le pudiera transformar, adornándosele con un fleco y con flores, primero estampadas y bordadas más tarde.

Reminiscencia muy exacta del manto de la primera época nos ofrece el largo velo, de gasa negra, que todavía llevan las mujeres españolas al vestir de riguroso luto, envolviéndose la figura toda como las orientales, o, mejor aún, ya que llevan descubierto el rostro, como las antiguas romanas.

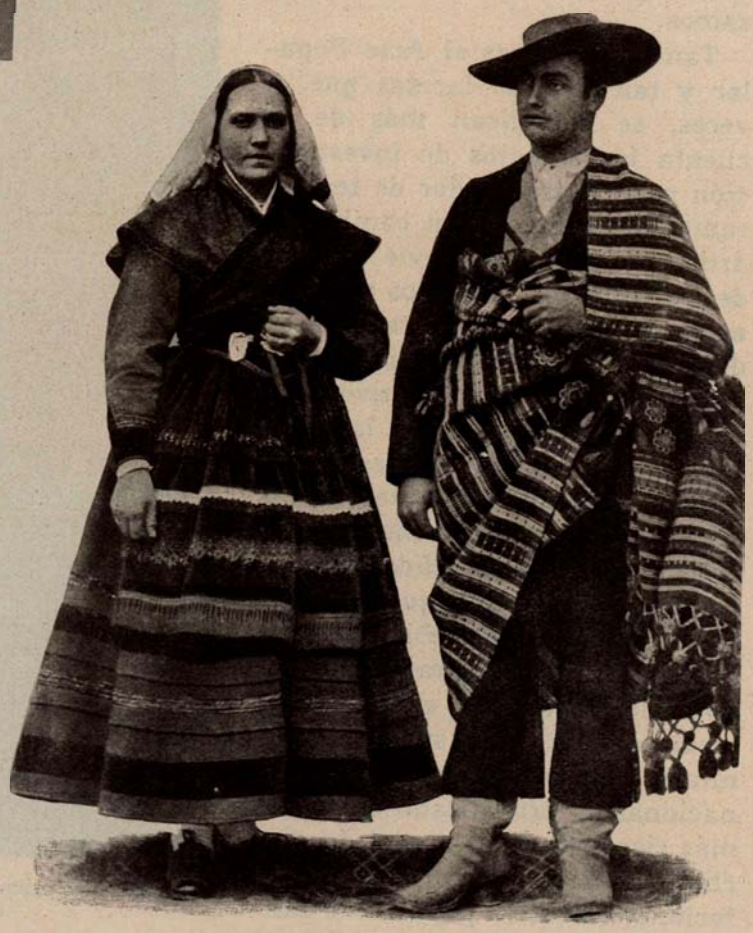
En cuanto a la mantilla, puede decirse que en su primera etapa fué el manto, cortado en forma que sirviera para cubrir únicamente la cabeza y los hombros. Hacíase entonces de lana o seda, agregándosele unas franjas de terciopelo, hasta llegar un día en que se la confeccionó totalmente de este rico material y se la guarneció de volantes de encaje o remates de madroños, hasta que, en los albores del siglo XIX, se la convirtió en la grácil prenda de tul y de encaje que todavía engalana y da realce a la belleza de la mujer española.

En lo que atañe a los trajes completos, huelga decir que pueden trazarse en ellos idénticas influencias.

Desde luego, aunque la variedad de los vestidos es inmensa, existen semejanzas entre los de determinadas regiones que permiten adivinar cierto intercambio o el predominio, durante algún tiempo, de un mismo gusto; por modo que el estudio del indumento se simplifica dividiendo al país en zonas de conjunto, y si se desea aumentar los conocimientos, estudiando más tarde de cada provincia a fondo para hallar las características particulares a cada pueblo.

Esas zonas pueden ser cinco: la que comprende el norte y noroeste de España, la meseta central, la de levante, la del mediodía y la insular, subdividiendo esta última en dos, por existir diferencias radicales en el indumento baleárico y el de las islas Canarias. También conviene constituir otro grupo con el indumento de algunos pueblos próximos a los Pirineos, y en particular el del valle de Ansó.

En la imposibilidad de prolongar este estudio lo que fuera preciso para determinar las carac-



Trajes usados en la provincia de León

Tipo de la Alberca (Salamanca)

terísticas de todos los trajes utilizados en dichas zonas, nos limitaremos a señalar aquellas que son de singular relieve o marcan una tendencia común a varias provincias. Empezando por el primero de los grupos, el que integra Galicia, parte de León, Asturias, Santander y las Vascongadas, no cabe duda que en todas ellas, y en lo que al arte del traje se refiere, existe una marcada preponderancia del color sobre la línea. Ignoramos si por influjos de raza o porque el ambiente brumoso no permite que se acusen con vigor los perfiles, ello es que la nota dominante de la indumentaria de toda esta región la da el color: rojo vivo, verde y amarillo, y para dar a la entonación más relieve, fondos de terciopelo negro o azul marino.

Es accesorio general del vestido femenino de esta zona el pañuelo de seda, que se ciñe a la cabeza a la manera que lo hacían las antiguas hebreas, ocultando el cabello todo, y las faldas amplias, sin hechura, fruncidas sobre las caderas; y del traje del hombre, la blanca camisa asomando por entre el chaleco, de tonos vivos, las polainas y calzón de paño y el calzoncillo abullonado a la altura de las rodillas. Siendo corriente en los dos sexos el uso del zapato de madera, zueco o almadreña, y en algunos pueblos las albarcas.

En las suaves praderas de Galicia forman bellas notas de color los aldeanos al compartir con incansable afán las tareas agrícolas. Ellas cubren sus sayas de vibrante entonación con el sobrio manteo, y la albura del corpiño con el clásico «dengue», de paño y terciopelo, sobre el que resbalan los collares de coral y azabache. El pañuelo, cruzado sobre la nuca, átase encima de la cabeza, con una lazada que parece una mariposa gigantesca, y forma lindo contraste con la montera varonil del hombre, la que lleva las borlas colocadas a la derecha si su dueño es casado y a la izquierda si es soltero. Remate del traje masculino es el paraguas rojo o la garrota de madera esmaltada de clavos; formidable arma ofensiva y defensiva con la que sostienen los mozos sus derechos y los de su dulce compañera en las romerías y festejos.

Dentro del mismo orden de ideas, pero con un concepto más intenso de la armonía, viste el asturiano su chaleco de bayeta encarnada sobre el oscuro pantalón, guarnecidos ambos con botones de plata, y se toca con la montera señorial de pico doblado; en tanto, la mujer luce sus medias bordadas bajo la saya de estameña, el corpiño rojo y el pañuelo atado «a la candesina», salvo en Muro, donde gustan de llevar el cabello atado en dos largas trenzas bajo la cofia de encaje, de fabricación casera.

También la mujer santanderina lleva adornos de corales sobre el blanco justillo, y el hombre, chaleco de terciopelo labrado con botones de filigrana, camisa de historiada pechera, y, sobre la cabeza, la montera de paño negro y forma cónica relleno de levadura para mantenerle derecho.

La pasiega, su vecina, viste más humildemente y se distingue por la manera de llevar el pañuelo de la cabeza en forma de cucurucho, ceñido alrededor y abierto en el centro para lucir el cabello.

El vascongado eligió en otro tiempo, para cubrirse, un rico sombrero adornado con cintas, que poco a poco fué sustituído por la clásica boina. La mujer, en cambio, permanece fiel al pañuelo blanco, la «sabanilla», cuyas puntas van recogidas delante con un lazo. Siempre fué costumbre en esta región el que saliesen destocadas las doncellas y que llevasen el cabello trenzado y atado con una cinta de color; en cambio, la que hubiera tenido un desliz forzábasela a cubrirse la cabeza con un pañuelo blanco con listas negras y verdes, símbolo de su pecado y de la esperanza de redimir éste.

Valencianas con traje de fiesta. (Cuadro de Pinazo «Alborada»)

Como antes dijimos, merecen especial mención los trajes del valle de Ansó y los de Jaca y Fraga.

En este último lugar aparece el vestido de mujer, de seda floreada, casi cubierto por un bello mantón bordado, de tendencia muy moderna, en tanto los habitantes de Jaca, los chesos, dan gallarda muestra de su amor a la tradición con sus anguarinas bordadas, su faja anchísima y diminuto sombrero, y más aún los roncaleses, cuyo calzón corto, ancha valona y zapato de punta cuadrada evocan las modas del siglo XVII.

El valle de Ansó trae a la memoria épocas más remotas aún, al brindarnos ocasión de ver a sus mujeres ataviadas con el rígido vestido de fieltro sobre la blanca camisa adornada de emblemas religiosos, de fantástico tamaño y esplendor, la cabeza envuelta en finísimo turbante de gasa y sobre ésta la mantilla de estambre blanco, rematado por una borla de lo mismo.

En la región central o castellana hallamos los tipos de indumento más ricos y variados. Salamanca echa el resto en los trajes de los «charros», en la fina camisa y traje de terciopelo, adornado con botones de oro y plata, el hombre, y en la falda de campana, profusamente bordada, la mujer. Indumento que se completa dignamente con el delantal recamado de azabache y lentejuelas, la muceta de tul orlada de encaje, la manteleta bordada y rematada con un fleco de oro, la mantilla de terciopelo negro, forrada de seda blanca, y los collares y pendientes de rica filigrana.

En toda esta región obsérvase un sentido eurítmico del traje que no hallamos en la del norte. La falda de la mujer, al estrecharse sobre la cintura, se aparta del concepto de la línea puramente rural.

También Zamora la elige y conserva, al revés de Ávila, que se distingue por su predilección por las sayas muy fruncidas, y se diferencia de sus hermanas de región por el uso del lindo sombrero de paja, cuando es de mujer adornado con lazos,

LES PETITS SUISSES

FERNANDO VI, 17 * AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 8 * SEVILLA, 1

MADRID

La más variada y mayor colección del mundo de zapatos de vestir, sport y refinada fantasía

*

VISÍTENSE NUESTROS STANDS

en las secciones de exportación y comerciales,
de la Exposición de Sevilla

Bejarana en traje de fiesta

espejos y bordados, y de terciopelo negro con anchos bordes, si es de hombre.

Toledo, aun perteneciendo a la misma zona, tiene un ideal muy suyo, y lo expresa en los trajes de mujer, muy cortos, muy fruncidos y profusamente bordados con lentejuelas de colores.

Segovia, en cambio, mantiene la tradición del empaque castellano con sus severos trajes de hombre de terciopelo negro y los de paño y terciopelo de la mujer, rematados en algunos pueblos por la clásica «montera» en forma de mitra, adornada con botones de plata y una gran borla de seda en lo alto.

Huertano de la provincia de Murcia

En la región levantina hallamos dos tendencias: la catalana, muy señorial, expresada en los trajes de seda de la mujer y su redecilla, y los de Valencia y Murcia, todo color y gracia, con su lindo tocado rematado por la peineta de metal, de la que ya hemos hablado. En esta región última hallamos un concepto de belleza puramente helénico, todo armonía y suave ritmo, muy distinto al violento afán de color y a la línea rígida de la meseta del centro.

En lo que se refiere al mediodía, incluyendo Extremadura, también hallamos dos tendencias: la una, algo aparatosa, como en Cáceres y Huelva, con los vestidos de mujer, de amplia saya y sombreros de paja, muy guarnecidos y colocados encima del pañuelo de seda o la mantilla de encaje, y ese otro de Andalucía baja, en el que se cuida primordialmente de la línea, utilizando el traje, más que para cubrir el cuerpo, para destacarle. Esta idea se manifiesta lo mismo en el traje masculino, de ceñido pantalón y chaqueta corta sobre la faja brillante, como en el de la mujer, de cuerpo ajustado y larga y estrecha falda, rematado por un pañuelo atado fuertemente al busto para marcar sus contornos.

En la región insular existen, como ya indicamos, dos conceptos distintos. Las islas Baleares hicieron famoso el rostrillo femenino cubierto por enorme sombrero de fieltro, y la saya ampulosa de ricos tejidos; y las islas Canarias se distinguieron por la gracia con que el elemento femenino vestía y viste la saya a rayas, el corpiño ajustado y el diminuto sombrero de paja, guarnecido de flores y colocado, con coquetería suma, a un lado de la cabeza, sobre el pañuelo de seda.

Grata tarea fuera el extendernos más aún en este trabajo en las consideraciones que merece el tesoro indumentario de España; pero, como al comenzar dijimos, fuera inútil intentarlo en lo que ha de ser somera exposición de uno de los aspectos de nuestra vida nacional.

La brevedad del ensayo no debe, sin embargo, ser causa de que se reste importancia al asunto, sino, muy al contrario, si de algo ha de servir sea para azuzar la curiosidad de los amantes de la belleza bajo todos sus aspectos, y muy particularmente desde el punto de vista de ese sentimiento dinámico que fué ingenuo, sincero y apasionado inspirador de innumerables obras portentosas y una de las bases de la historia estética de España, el que conocemos bajo el nombre comprensivo y expresivo de Arte Popular y por derivación el del «Indumento Regional Español».

Tipos de la Alberca (Salamanca)

SASTRERIA

CASA SESEÑA

LA PRIMERA DE ESPAÑA EN CAPAS

Proveedor de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y AA. RR.

Cruz, 30, y
Espoz y Mina, 11
Única sucursal: Cruz, 27

MADRID

Teléfono número 11-987

Garages Doria

TODO PARA EL AUTOMÓVIL

ESTELLA - PAMPLONA - TUDELA

NTRA. SRA. DE LA FUENCISLA

Fábrica de baldosín hidráulico - Almacenes de yesos y cementos

SEGOVIA - San Juan, 14 - Puente de Muerte y Vida, 12

Hotel París Fornos

Servicio esmerado - Confort moderno - Automóvil a la estación

INFANTA ISABEL, 24 - SEGOVIA

A. H. TEJEDOR - Infantas, 10 - MADRID

Proveedor oficial de la Cooperativa del Ministerio del Ejército

Joyería :-: Orfebrería :-: Relojería :-: Artículos para regalos

Se transforman y construyen alhajas y relojes - Especialidad en relojería fina y :-: de precisión, tresillos y solitarios, brillantes, pulseras de pedida y sortijas :-:

IGNACIO JIMÉNEZ - Reyes Católicos, 37 - ÁVILA

Casa fundada en 1868 - Especialidad en café de tueste diario - *Embutidos*

ULTRAMARINOS «DOROTEO»

INFORMACIÓN PUBLICIDAD

Estos vitales problemas del COMERCIO y de la INDUSTRIA son total y minuciosamente resueltos por

RUDOLF MOSSE IBÉRICA, S. A.

MADRID BARCELONA BILBAO

Para obtener información exacta, consulte usted el

ANUARIO DEL COMERCIO, INDUSTRIA Y PROFESIONES DE ESPAÑA

FRUTO DE TREINTA AÑOS DE EXPERIENCIA

Para hacer fructíferas sus campañas anunciadoras utilice los servicios de nuestra

SECCIÓN DE PUBLICIDAD

CIENTÍFICA Y MUNDIALMENTE ORGANIZADA

Pida usted nuestro consejo si quiere lograr el máximo rendimiento de su esfuerzo

LA CAPA DEL REY GALÁN

por

F. SERRANO ANGUITA

Noche de marzo, en Sevilla.
Tenues chispazos de luz
en la tersa maravilla
del limpio cielo andaluz.
El tembloroso puñal
de la luna, blanco y frío,
acuchillando el cristal,
ancho y sereno, del río.
Esconden sus alamares
entre la penumbra grata
los castizos olivares
vestidos de verde y plata.
Mueve la brisa ligera
los almendros florecidos.
Hay olor a primavera
en los jardines dormidos,
y, arrogante y soberana,
vigila, en su soledad,
la torre mora y cristiana
el sueño de la ciudad.

* * *

Noche de marzo, en Sevilla.
Un callejón recatado.
La luz de un farol que brilla
ante un Cristo ensangrentado.
Un muro; sobre el bardal
la hiedra tiende su red,
para que trepe un rosal
por la ruinosa pared,
a través de cuya piedra
dice el agua su canción,
cual si detrás de la hiedra
palpitase un corazón.
Grave silencio medroso,
que vagamente desgarra
el lejano y misterioso
gemido de una guitarra.
Un hombre hacia la calleja
presuroso se encamina,
buscando no sé qué reja
al volver no sé qué esquina.
Vedle ya, pegado al muro
de la calleja moruna;
vedle perderse en lo oscuro,
como esquivando la luna,
que, por fin, en una plaza
en la que triunfa su luz
y en la que yergue su traza
—hierro hecho encaje— una cruz,
ilumina el porte altivo
y el gesto dominador
de aquel que va, fugitivo,
burlando su resplandor.

Capa flamenca y manola
con broches de filigrana;
patillas a la española
sobre el embozo de grana,
y bajo el ala caída
del sevillano sombrero,
una firme y encendida
mirada de caballero.
Guiándose por el murmullo
tímido y vago del río,
que llega como un arrullo
al viejo barrio judío,
deja la plaza el galán;
atraviesa unos jardines,
a los que su aroma dan
naranjales y jazmines;
se acerca, con lento paso,
por sendas enarenadas
(temeroso de que, acaso,
le delaten sus pisadas)
a un ventanal escondido
del palacio de San Telmo,
en cuya reja —florido
penacho para su yelmo—
ponen su lumbre pagana
clavellinas primorosas,
y su gracia sevillana
capullos que serán rosas;
detiénese el caballero
con no recatado gozo;
se echa hacia atrás el sombrero
y, deshaciendo el embozo
de aquella capa manola
que amparó su bizarría,
ante la reja española
que es altar de Andalucía
dice las amantes quejas
y los dulces madrigales
que oyeron todas las rejas
de todos los ventanales.

* * *

Noche de marzo, en Sevilla.
Un celoso guardián
con sus preguntas humilla
a la dama y al galán.
Una risa tras la reja;
una réplica vehemente;
el importuno se aleja
humillado y reverente,
y en el dolorido gesto,
en el paso vacilante
con que del galán apuesto
se separa el vigilante,
y en la disculpa sumisa
y trémula, que se hermana
con el temblor de la risa
que repica en la ventana,
se advierte que el indiscreto,
que tuvo siempre por ley
la obediencia y el respeto,
ha conocido a su rey.
Que así, por la primavera,
sin cortesana aureola,
llevando como bandera
una capa a la española
y hallando prisión y goce
en las amorosas redes,
cortejaba Alfonso Doce
a la princesa Mercedes.

* * *

Capa la del amplio vuelo,
desenvuelta y recatada,
de embozo de terciopelo
y de esclavina bordada;
capa garbosa y sencilla,
que has besado y has barrido
de los campos de Castilla
el terruño endurecido;
que en la cima de los Andes
triunfal te dabas al viento,
y que floreciste en Flandes
igual que un clavel sangriento;
capa de la estudiantina,
que aun agitándose está
en el aula salmantina
y en los claustros de Alcalá;
capa castiza del majo
en el solar madrileño;
glorioso y mísero andrajo
del Menipo velazqueño;
capa de los peregrinos
que tiene, en su parda tela,
el polvo de los caminos
que llevan a Compostela;
rosa de luz y de llama,
cuyos rojos arreboles
hacen festejo del drama
en los ruedos españoles:
¡sólo faltaba en tu historia
de rumbo y de maravilla,
para tu prez y tu gloria,
ser una noche, en Sevilla,
la capa del rey galán,
que guardaras el ardor
de tanto cálido afán
y tanto encendido amor!

LA MÚSICA DEL PUEBLO EN ESPAÑA

por

RAFAEL BENEDITO

Director de la Masa Coral, de Madrid

La situación geográfica, la etnografía, la topografía misma, los componentes todos, ya naturales, ya históricos, y, principalmente, la singular predisposición de sus habitantes, hacen que la Península Ibérica siga siendo loque siempre fué: un país en cuya entraña espiritual discurre constante y abundoso un caudal inagotable de riqueza artística en todos sus aspectos. Para formular esta consciente afirmación, consecuencia de un constante estudio, no nos es preciso basarnos en los genios o en los grandes artistas cultivados, que con sus dotes de elegidos han ido construyendo el arte hispano, por el mundo entero reconocido y admirado. Bastará referirnos tan sólo al arte popular, o, más exactamente expresado, al «arte natural», nacido espontáneamente, sin sujeción a cánones convenidos, a módulos determinados, a reglas preconcebidas, libre, robusto y sano, expresión genuina y auténtica del alma del pueblo, del verdadero pueblo, síntesis que contiene en concentración las múltiples esencias del espíritu racial e histórico, que alcanza en España una grandeza y una elevación extraordinarias.

Acaso no haya pueblo alguno que pueda compararse al español en naturales condiciones para la creación artística. Difícil será encontrar en ajenas manifestaciones artístico-populares mayor potencia creadora, más originalidad y emoción y, sobre todo, tan copiosa diversidad y riqueza de matices.

Y todo esto, que es común al arte popular español en sus distintas manifestaciones, aparece acentuado en lo que respecta particularmente a la música. La «canción natural» de la Península Ibérica, con su hermana la Danza, es decir, lo que constituye el «folklore» musical —empleando la expresión universalmente aceptada—, tiene un valor inmenso que se aprecia más según se van desentrañando, con la observación y el estudio, sus infinitos matices, sus variadas y ricas modalidades, la diversidad de sus géneros, y, de modo especial, su contenido expresivo, de emoción, de carácter, de sinceridad, y la potencia artística que encierra, no ya tan sólo en sus melodías, sino también en sus ritmos, en sus cadencias, en sus acentos y originales tonalidades y modos y hasta en la armonía que de ellas naturalmente se desprende.

Ningún dato, ningún documento, sea cualquiera el orden a que pertenezca, puede darnos una más exacta y justa sensación del sentir de cada una de las regiones españolas como la canción, la danza popular, espontáneas floraciones de cada uno de los ambientes, de los «climas» tan opuestos, tan antitéticos algunas veces, nos atreveríamos a decir, que constituye el abigarrado conjunto departamental español. Ello prueba la positiva supremacía expresiva de la música sobre las demás artes, singularmente de la música popular, nacida del alma de la raza con espontánea sinceridad.

Estudiando detenidamente el «folklore» musical de otros países, fácil es advertir en la visión total de cada uno de ellos un determinado color, un aspecto propio, al que parecen subordinarse todas sus variedades. No así en el hispánico, que, sin nunca perder sus características raciales, ofrece sorprendentes y hasta desconcertantes modalidades que harían dudar de su autenticidad a quien, poco avezado a desentrañarlo, fiara tan sólo en las apariencias, dejándose llevar de momentáneas impresiones. Entre una canción o danza de las provincias vascongadas o de Galicia, por ejemplo, y otras de Andalucía existe un abismo diferencial tan grande que cuesta trabajo convencerse de que todas pertenecen a mismo país, superficialmente estudiado, y, sin embargo, en el fondo todas son eminentemente españolas, en todas existe un imponderable «sentido español», tan inconfundible como difícil de precisar, porque más bien pertenece al sentimiento que a la razón, a lo expresivo que a lo formal.

Esta marcada diferenciación, esta notoria variedad no se observa tan sólo entre los cantos de regiones de tan opuesta posición geográfica como los citados del norte y del sur de España. En una misma región suelen observarse casos notables en este sentido. Uno de los más típicos es el de Andalucía, donde junto a una música popular ligera, chispeante, alegre y como bañada en la luz de su sol espléndido, rimando con la naturaleza y con el carácter del país, existe otra diametralmente opuesta, que es el «cante jondo», atormentado, sombrío, de honda y profunda tristeza, bellísimamente desgarrador y de emoción insuperable.

De la vibrante Jota Aragonesa, henchida de viril arrogancia, a la saeta andaluza, de trágica emoción; del dulce y melancólico «A la la» de Galicia, a la Parranda Murciana, luminosa y optimista; del «Canto de Arada» o de siega castellano, noble, austero y solemne, a la «Spatadanza» del país vasco, de ritmo intrincado y armonioso a la vez; de la «Vaqueira» asturiana, de agreste ambiente, a la poética «Albaa» de la perfumada huerta levantina; del nativo e ingenuo «Villancico catalán» a la «Tonada de Ronda» leonesa, que tan bella, sana y castamente canta el amor, se encuentra en el «folklore» español todas las variantes, todos los matices, todas las exquisiteces y todas las rudezas de la emoción en una infinita e inextinguible gama exuberante, sabrosa y rica. Todo lo canta bellamente el pueblo español: sus amores, sus pensamientos, sus pesares, sus alegrías, sus esperanzas, sus desengaños, sus anhelos... No hay sentir, no hay trabajo, no hay fiesta, no hay recuerdo, no hay momento excepcional y hasta cotidiano de la vida que no tenga su canción apropiada y oportuna.

Constituye, pues, el «folklore» musical, digno por todos conceptos de conocimiento y estudio, el sector más interesante del rico tesoro del arte popular español. Como joya preciada debe recogerse y conservarse si no se quiere ver su desaparición, arrasado por el potente vendaval de la vida moderna, que en su impulso acelerado, si bien aporta necesarios elementos de progreso y renovación, se lleva consigo valores inapreciables de tradición y de belleza que siglo tras siglo ha ido creando el fecundo espíritu de la raza.

GOYA

LOS FUSILAMIENTOS DE LA MONCLOA (ESCENAS DEL 3 DE MAYO DE 1808)
A EXECUÇÃO DA MONCLOA. (SCENAS DO 3 DE MAIO DE 1808)
THE SHOOTING OF THE MONCLOA (INCIDENTS OF THE 3rd OF MAY, 1808)

MADRID
MUSEO DEL PRADO

ANDALUCÍA

POR

MARIO MÉNDEZ BEJARANO

Dirigir una mirada superficial, detenerse en la vulgaridad del prejuicio, pensar que Andalucía es un calañés, como Cataluña un porrón o Aragón un pañuelo atado a la cabeza, no vale la pena de llamarse estudio.

Únicamente en la penumbra de tan paupérrima concepción se ha podido perpetrar el intento de caracterizar a Andalucía como el país de la indolencia y la gracia. Los pueblos se estudian en su entraña y, sobre todo, en su actuación; porque, si por el fruto se conoce el árbol, la Historia, maestra de la vida, nos revela lo que han hecho y lo que son capaces de hacer.

Parece que la naturaleza se esmeró en crear un país exprofeso para que sus hijos fuesen regionalistas y aun separatistas, al permitir la formación del paraíso conocido por Andalucía. Todos los regionalismos, en el fondo egoístas, nacen de intereses o, cuando más, de accidentes históricos. Andalucía, la única región de España que podría constituir una nacionalidad, por la opulencia de sus producciones; por la extensión de su territorio, que abraza todo el mediodía hispano de Oriente a Occidente; por la diversidad de sus climas, que le permite infinita variedad de frutos y sorprende al viajero haciéndole pasar bruscamente desde las inclemencias polares en las cimas de nieves perpetuas a las costas cubanas, donde los ingenios labran el azúcar y se recortan en el aire la palma, la yuca, el plátano y el chirimoyo; la única poseedora de acentuada personalidad patente en su propio carácter, en su condición étnica, en sus genuinas costumbres, en sus peculiares trajes, en sus privativos cantos, en sus exclusivos bailes, en sus particulares escuelas literarias y artísticas, en su graciosa pronunciación y chispeante ingenio; la única que posee lindes naturales, separada del resto de la Península por el baluarte de Sierra Morena, con puertos al Atlántico para comerciar con América, al Mediterráneo para comunicarse con Oriente, y la proa apuntando al África para cumplir los destinos históricos de la raza; la única víctima de la centralización, con la cual coinciden su decadencia y la de la patria, así como el progreso de otras comarcas, antes tributarias suyas, es la única región de España que repugna el regionalismo.

No falta explicación a tan inverosímil antinomia. Andalucía no es, no puede ser regionalista, porque Andalucía es España.

La lúcida inconsciencia de la humanidad así lo revela. La ilusión del turista, como la nostalgia del árabe y el berberisco, se concreta a Sevilla, Granada y Córdoba. Si los pintores o caricaturistas representan a España, revisten sus imágenes con el airoso traje de la leyenda andaluza, y si los extranjeros aman a España, es por el sol, por las flores, por la gracia nativa, por la alegría disuelta en el ambiente, por lo que constituye el patrimonio de Andalucía.

Hasta el nombre de su capital denuncia un carácter sintético. Florián de Ocampo recoge la idea de ser Sevilla «lo primero que hombres acá moraron», opinión confirmada por Nebrija, Leibniz, Bory de Saint Vincent, D'Abbadie, Gallatin, Broca, Chao y Tubino. «Capital de toda España» la llama Alfonso X en la inscripción funeraria de su padre, y del nombre de Sevilla (Hispalis, de «Span» e «illi», según establece el gran Maestro de las Humanidades) se derivó el nombre de Spania.

También los árabes con la voz «Andalus», de donde procede Andalucía, designaban toda la tierra española.

Los deportes andaluces, aun los más bárbaros, cual la tauromaquia, pronto se convierten en espectáculos nacionales capaces de multiplicar circos, mantener prensa propia y ocupar en la ajena mayor espacio que la ciencia y la política, fanatizando a las mismas muchedumbres septentrionales, en tanto que los juegos del norte, más higiénicos, a pesar de las sumas invertidas en frontones, no han traspasado el modesto círculo de las aficiones locales. Aun hoy mismo, la arrolladora invasión del deporte exótico ha casi desterrado la barra y la pelota, en tanto la tauromaquia se sostiene como única defensa del deporte nacional.

Y lo que el realce de los ejemplos indica lo comprueba la Historia mostrando cómo la de Andalucía es la Historia de España, y cómo Andalucía decide todas las grandes crisis nacionales.

Fuera de Andalucía se admiran los inútiles heroísmos de Sagunto, Numancia, Zaragoza y Gerona, sin olvidar que la preterida Estepa, antes que Numancia, enseñó al universo cómo se sucumbe no menos inútilmente por la patria. Férvida admiración consagramos a la expedición de catalanes y aragoneses a Oriente; mas tan refulgentes páginas, deletreadas con orgullo, nada decidieron, y, de no haberse escrito, nuestro escudo habría perdido timbres, pero la Historia no habría alterado su inflexible evolución.

Captáronse los fenicios la animosidad de los tartesios y, pese a su civilización, no pudieron sostener la planta en el litoral. Tampoco se compenetraron con los andaluces los cartagineses, y abandonaron a España sin dejar un recuerdo en su superficie ni una dicción en el idioma. Alzáronse en tierras edetanas Indíbil y Mandonio, y perecieron ambos sin que la patria española pereciera con ellos. No contaron Viriato ni Sertorio con la Bética, y, no obstante su pericia, sucumbieron más por el aislamiento que por el puñal de los asesinos. La misma soledad esterilizó el heroísmo de Numancia y la fiereza de los cántabros. No se mezclaron con los andaluces los vándalos ni los feroces suevos, y los unos tuvieron que emigrar al África, sin dejar más recuerdo que el estrago, y renunciar los otros, recluídos entre las costas y las montañas del NO., a la constitución de un Estado nacional. Sublevároнse las comunidades castellanas, recabando privilegios señoriales y arcaicas franquicias municipales. No contaron con Andalucía, y aquel movimiento se ahogó en su sangre, vencido en los combates y rematado en los cadalsos. Tampoco secundó nuestra región a las Germanías de Valencia ni a los fueristas de Zaragoza, y ambos sacudimientos quedaron relegados a la categoría de episodios locales, aunque ungido el segundo con la sangre de Lanuza. La dinastía austríaca, en los albores del siglo XVIII, confabuló a toda Europa, excepto Francia, para restaurar un trono hundido en las hediondeces de la degeneración. Lanzó sobre España los formidables soldados alemanes, aprisionó nuestras costas con las poderosas escuadras de Inglaterra y Holanda, nos echó encima aguerridos ejércitos neerlandeses, británicos y portugueses; sublevó a Cataluña, contagió a Valencia, levantó a Aragón, se apoderó de Madrid; mas no dominó el rincón español por excelencia, el sagrario de la nacionalidad, y todo aquel aparato de fuerzas que hubiera podido aniquilar el mundo se desvaneció ante la resistencia de los andaluces.

El coloso de la guerra fijó los ojos en Iberia. Las huestes napoleónicas llegan sin combatir hasta Sierra Morena, gime rendida y convulsa la nación entre sus garras... Sevilla, al sentir los pasos del invasor y como verdadera capital de España, después de desempeñar, representada por su hijo D. Luis Daoiz, el primer papel en la hecatombe del 2 de Mayo, recoge el aliento nacional, declara por sí sola la guerra al gigante, apronta hombres y dinero, organiza la Junta Suprema de España e Indias, llama a Castaños y le da hecho por mano del gran sevillano Saavedra el plan de la victoria, despierta los heroísmos latentes y levanta con sus exclusivos recursos el ejército que debía triunfar en Bailén, donde Napoleón perdió la guerra tan cierto como los alemanes la reciente suya en la batalla del Marne.

Una rama borbónica ha encendido repetidas veces la guerra civil con esperanzas de éxito, sus animosos voluntarios han golpeado las puertas de Madrid después de recorrer en triunfo el norte y el este de la Península; mas Andalucía se les mostró adversa, y todas sus ilusiones las arrebató el viento del desengaño. Cuando Salmerón abrió la campaña de solidaridad, me permití advertirle que mientras no contara con Andalucía, no lograría más que solidaridades parciales, híbridas e infecundas, y pudo ver con pena que sus hercúleos esfuerzos en Cataluña y en el norte no prosperaron, no pudieron ser nacionales, porque allí no estaba España.

A la inversa, no se conoce movimiento político o literario que, amanecido en Andalucía, no se haya coronado con los rayos de la victoria. Si Andalucía simpatizó con los Borbones, se aseguraron; el sistema constitucional que se engendró en Sevilla y vió la luz en Cádiz llegó a ser el gobierno definitivo de España; el pronunciamiento de Sevilla determinó la caída de Espartero, después de fracasadas las insurrecciones de importantes provincias; en fin, si la revolución de 1868 abrió a cañonazos un paréntesis en la crónica regia del pasado siglo, fué porque tuvo en Cádiz su iniciación histórica y halló juntamente en Sevilla su verbo, su programa, sus elementos materiales, y la victoria consagró su esfuerzo en los campos de Alcolea.

Si tornamos la vista al orden religioso, recordaremos que Sevilla se puso a la cabeza del partido católico frente a los monarcas arrianos, y, pocos años más tarde, era el catolicismo la religión oficial de España. Sevilla se armó caballero andante del dogma de la Purísima Concepción, que tan dividida traía a la cristiandad, y aquel dogma dominó sobre todos en la sociedad española, hasta

el punto de que no se podía recibir la borla de doctor sin previo juramento de defender a costa de su vida el misterio de la Inmaculada Concepción.

Aun el culteranismo, ese desvarío de un pueblo artista que, agotado el ideal histórico, acumulaba su actividad sobre la forma hasta desvirtuarla en su sed de perfección, se enseñoreó del Parnaso porque lo proclamó un poeta andaluz, mostrando así que tan española palpita el alma andaluza que sus mismas quimeras y extravíos se convierten en quimeras y extravíos nacionales.

Y, como donde se piensa no hay matiz de la conciencia que no reclame su derecho a la vida, no ha existido opinión, secta, escuela o partido que no haya tenido representación en Andalucía, y por tan amplia mentalidad, a pesar de sus exaltaciones y entusiasmos, no se ha conocido país de más transigente complexión. Por su mayor importancia en la nación, se eligió a la capital de Andalucía para inaugurar el funesto Tribunal de la Inquisición, que fué ¡quién lo creyera! popular en España, y sólo Sevilla levantó protesta contra la abominable novedad. De igual modo, el movimiento protestante hispalense en el siglo XVI superó en intensidad y consideración, por el número y calidad de las personas, a todos los análogos que estallaron en la Península, y al lado de una ferviente ortodoxia florecían místicos, quietistas, alumbrados y todos los reflejos del pensamiento cristiano.

No menos empezó por Cádiz el Espiritismo, rápidamente difundido por toda España, así como las Sociedades protectoras de los animales y las plantas. También produjo Andalucía los primeros anarquistas y aun los socialistas, no obstante repugnar a su idealismo la concepción materialista del socialismo. En fin, Sevilla fué la primera ciudad hispana que, al formular su programa político en 1868, puso al frente el principio de libertad de cultos. La nobleza hispalense defendió a los hebreos perseguidos, el cabildo de la ciudad amparó a los hijos de los moriscos expulsados y únicamente Carlos Peñaranda, un gran poeta sevillano, cantó la abolición de la esclavitud en las Antillas.

Siempre el sector más ilustrado de Iberia ha marchado a la vanguardia de la civilización peninsular y muchas veces de la europea. Sobre el fondo sombrío del semisalvajismo hispano, descrito con tan vivos colores por el Padre Mariana, resplandece la primitiva Andalucía, la elísea Turdetania y el fértil Tarteso, con sus sabias leyes, sus poemas, su música propia, su teatro rudimentario y sus plazas públicas, donde controvertían los sabios ni más ni menos que en la antigua Atenas. Toda una civilización contemporánea de Moisés y del misterioso Egipto, sociedad que conocía la reglamentación del trabajo e hizo pensar a San Agustín que los turdetanos tenían la idea del verdadero Dios, opinión que confirma Rodrigo Caro y Menéndez Pelayo halló muy verosímil.

En Sevilla se construían naves, y tan diestros salieron los tartesios en el arte de surcar los mares, que los de Gibraltar informaron a Hannon de la navegación por las costas de África, y desde los más remotos textos hasta el día se viene hablando de sus expediciones comerciales por el Mediterráneo.

Exportaba el Tarteso cereales, vinos, cochinilla, miel y salazones; sus minas daban metales; se labraban tejidos de esparto; se grababa en hueso y se sobresalía en la panificación. Las mujeres, dice Nicolás Damasceno, celebraban exposiciones anuales de labores, donde un jurado discernía premios.

Habla Polibio de magníficos banquetes por cuyas mesas circulaban áureos y argentinos vasos, ciñendo los comensales diademas de oro, y alude a suntuosos edificios donde no sólo los utensilios domésticos, sino hasta los pesebres, eran de plata. «Debajo de la Turdetania, decía Posidonio, no existe el infierno, sino la mansión del dios de la riqueza.» Dionisio Perigesto llama a Andalucía «suelo de hombres opulentos»; Avieno la califica de «país rico», y Amílcar extrajo de ella espléndido botín.

Por su nativa cultura, se latinizó antes que el resto de la Península, y la soberbia Hispalis, denominada por Estrabón «emporio del comercio», con sus opulencias agrícolas y fabriles y su río navegable hasta Corduba, fué elegida por Escipión para establecer su campo de operaciones. César le dió su propio nombre, llamándola «Julia Romulia», reconoció su superioridad al convocar en su recinto a los notables del país, y tanta importancia otorgó a la posesión de la gran ciudad, que incluyó la efemérides en los fastos de la república, y Casio llamó a este éxito, no la victoria de Sevilla, ni siquiera de Andalucía, sino «la victoria de España».

Estrabón, comparando a Sevilla con las restantes urbes ibéricas, declara que «en la grandeza y en el número de soldados que dejó César, es la que excede a las otras», y Aulo Hircio asegura que la tenían los romanos «por su mayor arsenal».

La Bética del imperio poseía las seis únicas ciudades libres existentes en España vinculadas por espaciosas carreteras y pobladas por millones de habitantes.

La cultura romana se encontró en Andalucía con la oriental, y ambas se compenetraron a beneficio de la latina; pero también los béticos mezclaron su teatro indígena con el latino, introdujeron en la versificación del Lacio la aliteración y la rima, como se ve en el epitafio del auriga Fausto (Hubner, II), y se impusieron a la literatura romana, llenando toda la edad de plata y promoviendo en las letras latinas un movimiento semejante al futuro romanticismo en Europa. Los discípulos, convertidos en maestros, enseñaban a los romanos Filosofía con Lucio Séneca, Oratoria con Marco, Geografía con Pomponio Mela, Agricultura con Columela, y cantaban con Lucano y con Silio las glorias del pueblo rey que había de tener a tres andaluces por sus mejores y más gloriosos emperadores, los únicos capaces de detener la ley histórica, conteniendo el alud de los bárbaros septentrionales.

Cuando Nerón mandó a todas las poblaciones celebrar las glorias cesáreas, el pueblo hispalense manifestó su desagrado con la expresiva evacuación del coliseo y voces de protesta, dando al envilecido imperio alto ejemplo de moralidad e independencia.

En el legado de la matrona hispalense Fabia Hadrianila, distribuyendo los réditos de un capital al 6 % entre huérfanos, se halla el primer monumento de la beneficencia privada en nuestra patria.

No entraban en Roma productos más preciados que los béticos, y en la metrópoli del orbe se codiciaban los aceites de Écija y Carmona, las granadas de Salteras y Cantillana, los alcoholes de Cazalla y las naranjas sin rival de Dos Hermanas. Las lanas eritreas y los toros turdetanos se inmortalizaron en la leyenda.

Cuenta Horacio que las matronas romanas admiraban el porte y arreo de los andaluces y se embelesaban viéndolos pasear por la Vía Appia, «donde daban la ley del gusto los hijos de la tierra turdetana» (M. Pelayo).

Las doncellas béticas tejían airosas danzas dirigidas por un «improbus magister», y las «puellae gaditanae» se sobrepusieron a las danzarinas asiáticas. Ausonio cantó la Sevilla imperial, «a quien toda España se humilla».

En los luctuosos días de los bárbaros, como antes durante la dominación romana, cual después al fulgor de la Media Luna, parece que España no tiene más alma que Andalucía. No simpatizó ésta con los vándalos, asoladora tromba que cruzó la Bética sin dejar en su efímero tránsito ni una institución, ni una costumbre, ni un enlace familiar, ni una palabra en el idioma, y los despreció desde abajo, sin dignarse alternar con la fuerza exenta de espiritualidad.

Repugnó a los meridionales la brutalidad visigoda; pero ésta no se juzgó dueña de la tierra hasta establecer en Sevilla la capitalidad, y allí la mantuvo durante cuatro reinados. Reservado estaba al ingrato Atanagildo, proclamado rey por el aliento de los sevillanos, trasladar, por congraciarse con los arrianos, la corte a Toledo; impolítica medida que aceleró la ruina del imperio visigótico. Dos sevillanas hermosas e instruídas, Brunequilda y Galswinta, reinaron por entonces en Francia.

Hispalis, donde residía la flor del elemento hispanorromano, único instruído, vela el rescoldo de la civilización latina, mira con desdén a los opresores, sin transigir con ellos hasta educarlos; rechaza la secta arriana, que había sustituído el augusto sello romano por el molde bárbaro al tomar cuerpo por los labios de Ulfilas en las selvas de Germania; sobrepónese, al fin, a las demás ciudades, coronándose como capital intelectual frente a la política, categoría sancionada por el Papa al otorgarle el Vicariato pontificio, y permuta la férrea diadema por la luminosa de la sabiduría que ciñó a sus sienes su predilecto hijo San Isidoro, ascendiendo no sólo a cerebro de España y del catolicismo, sino a maestra de toda Europa.

La iniciativa del gran hispalense establece el Seminario donde se formaron Braulio, arzobispo de Zaragoza; Ildefonso, prelado de Toledo; toda la mentalidad del episcopado hispánico. A sus aulas acudían de lejanos países, lo que obligó a construir nueva y más amplia fábrica. Bajo la presidencia de Isidoro se celebró en 619 el II Concilio de Sevilla, el más importante para la Historia eclesiástica, donde el jefe de la herejía se confesó vencido por las razones del metropolitano hispalense.

En suma, no lo diga un compatriota, dígalo un sabio extranjero: «Mientras vivió la generación formada en la escuela de Sevilla, dejóse sentir un movimiento general y creciente de civilización en España. Empero, cuando los promovedores de tan fecundo movimiento hubieron desaparecido, los visigodos retrocedieron a los tiempos de la barbarie. En medio del naufragio de la renaciente civilización, sólo Andalucía, sólo Sevilla, hicieron generosos esfuerzos por conservar la memoria de su cultura material y moral.» (Bourret, «St Isidore et l'Ecole de Séville».)

No concedieron los árabes atención a la última capital visigoda y establecieron la capital del amirato en Sevilla «por ser, dice el Ajbar Majmua, la mayor y más importante ciudad de España» y haber hallado en su recinto «la silla de la ciencia sagrada y profana», hasta que la lucha de razas trasplantó la sede a Córdoba, a esa grandiosa Córdoba llamada a eclipsar las grandezas de Bagdad y oscurecer las Cortes de Augusto y Carlomagno, mucho menos brillantes en las ciencias y en las letras. Los árabes andaluces se rodearon de toda la magnificencia oriental, y Draper compara sus ciudades en aseo y policía con las urbes modernas. Córdoba encerraba bibliotecas, museos, baños, palacios, jardines; su grandeza excede a toda descripción, y nos parece, más que una realidad, una fantasía, un sueño de hadas, donde la vida se deslizaba en zambras, certámenes y regocijos de la carne y del alma.

Mas un día Sevilla, por la voz de los abbaditas, proclama su independencia, conquista a Córdoba y a Lisboa, se constituye en centro de la cultura musulmana, da hospitalidad a la fugitiva Academia rabínica y se ve exaltada por los almuhades a capital del mayor imperio conocido en la edad media, rigiendo a la vez a Andalucía y al África.

Aristocrática y opulenta, albergue de los árabes puros, comercial e industriosa, con escuelas que le valieron el nombre de «madre de los sabios», con fama de artista que hacía decir: «Si un músico fallece, sus instrumentos se venden en Sevilla»; con su puerto, el primero de la península y uno de los primeros del mundo, la gloriosa Ichbilia mantuvo su prestigio dentro y fuera de la nación, y naves sevillanas, al mando del sevillano Abul Hasan, limpiaron, nuevos argonautas, de piratas el Mediterráneo.

Encerraba la Sevilla musulmana trescientos mil habitantes, lo que ninguna población africana ni europea. «Si se pidiese leche de pájaro, rezaba un adagio popular, se hallaría en Sevilla» (al Suhaili). «No hay ciudad más hermosa, cantaba el poeta; el Ajarafe es un bosque sin leones; el Uad al Kibir, un Nilo sin cocodrilos.» Ibn Said, entre los esplendores del Egipto, volvía el pensamiento a Ichbilia, exclamando:

¿Dónde está mi Sevilla? Desde el tiempo dichoso
que yo moraba en ella, lo que es gozar no sé.

A las aulas de Ichbilia asistían los doctos de todas partes: allí resplandecieron las Escuelas de Medicina, donde se formaron los Zuhr y Averroes; las clases de Filosofía, en que estudiaron Tufail e Ibn Bacha; los estudios de Gramática, que inmortalizaron a Al Arabi y Al Zabidi; allí se inventó el Álgebra, y en el seno de su cultura se incubó aquel espíritu de tolerancia que movió a los nobles a protestar del destierro de Averroes.

Tan alto valor gozó la literatura en Sevilla, que el feroz Al Mutadhid, el monarca que había inmolado a puñaladas a su hijo, perdonó a otro hijo nada menos que la pérdida de Málaga, porque imploró su misericordia en elegantes versos.

Eclipsa a las Cortes literarias de Castilla, y aun a la de Alfonso V de Nápoles y Aragón, la Corte de Al Mutamid, a un tiempo Augusto y Mecenas por su

protección a las letras y a los vates, y Ovidio más tarde por sus elegías endechadas en el destierro.

La expugnación de la gran ciudad, tan llorada por las musas del Islam, señala el punto culminante de la historia medieval española. Mientras la Media Luna destelló fulgores sobre los minaretes de Ichbilia, el equilibrio pudo romperse a favor del uno o del otro bando. La exaltación de la Cruz en la Torre de la Plata inclinó definitivamente la balanza hacia los hijos de los godos. Desmayó Castilla al acometer la decisiva empresa y predicó una cruzada en que se alistaron astures y galaicos, navarros y aragoneses, catalanes y francos, alemanes y flamencos, lusos e italianos, hasta los nazaritas granadinos, viles fratricidas que derramaron sangre de sus hermanos y clavaron sus aceros en el corazón de su fe y de su gloriosa civilización.

Almería, «espejo del mar», regida por Al Mutasim, instaura otra Corte literaria, el mayor foco de cultura que arrulló nuestro Mediterráneo, atreviéndose a emular los lauros poéticos del heroico e inspirado Al Mutamid.

Pasó el cetro a las manos de Granada, civilización de decadencia, pero de decadencia solar y majestuosa, glorioso crepúsculo engendrador de la Alhambra, que semeja un celaje vespertino detenido en la cúspide de un monte.

Sevilla rehizo por ensalmo su civilización. Fernando III fijó allí la capitalidad de su reino; en ella puso sus amores el rey sabio y levantó las famosas atarazanas donde se forjó todo el poder naval de Castilla. La ciudad instauró estudios y fué la primera población de España que tuvo reloj.

En las Cortes de Sevilla de 1260 ascendió el dialecto castellano a lengua nacional; mas aun prestó Andalucía más relevante servicio al idioma, dotando al castellano (tan inepto para la lírica que los antiguos trovadores preferían escribir en gallego) de su dialecto poético, del exquisito arpegio de las musas, iniciado por los poetas sevillanos del siglo XV, continuado por Juan de Mena y Juan de Padilla y sublimado por Fernando de Herrera a aquella perfección que asombraba a Lope de Vega.

Mucho más que los Reyes Católicos hizo por su cuenta Sevilla para la toma de Granada. Cuando los monarcas vacilaban en castigar las algaradas de Boabdil y cerraban sus oídos a los clamores de los atropellados, indignados los sevillanos, por sí solos se apoderaron de la inexpugnable Alhama, clave estratégica del reino granadino, y dieron resuelto a la Corona el problema.

Iníciase la escuela literaria andaluza bajo las banderas del alegorismo, señalando el primer albor de la poesía del Renacimiento. «El triunfo, dice Menéndez Pelayo, del grupo de Sevilla no fué inmediato, pero sí definitivo.» Allí se ensayó por la primera vez el endecasílabo, cuando no habían nacido Boscan ni Garcilaso.

Antonio de Nebrija, padre y maestro de todo el humanismo peninsular, vino, según frase de Menendez Pelayo, «a extirpar la barbarie de Castilla» y abrir los horizontes de la investigación científica en todos los ramos.

Más que las universidades, contribuyó al progreso científico la inolvidable Casa de Contratación. Allí se establecieron enseñanzas de Matemáticas y Cosmografía; se ejecutaron los mapas primeros, y durante largo tiempo los únicos, del nuevo continente; las cartas esféricas; el islario general del mundo; el estudio de las corrientes del Atlántico; la determinación de las longitudes por los relojes de precisión, por las distancias lunares y por la observación de los eclipses, y se construyó el primer aparato destinado a medir las variaciones de la aguja imantada.

Las obras compuestas por los profesores de la Casa se traducían el mismo año de su publicación al latín, al francés, al inglés, al alemán y al flamenco.

¿Qué espectáculo ha ofrecido el mundo comparable a la Sevilla del siglo XVI, la primera ciudad de la Corona de Castilla que tuvo imprenta, con su población de varios centenares de miles de almas, con sus telares de sedas en que trabajaban más de ciento treinta mil obreros, con el puerto más importante de Europa, «capital, decía el historiador valenciano Moncada, de todos los comerciantes del mundo y puerto principal de España», a lo que agrega Chaves, confirmando el sello aristocrático de la urbe calificada en su «Hispalensis Conventus Delineatio» de «la más linda de todas las ciudades de España y la más adornada de edificios, así sagrados como profanos», «no tiene su pareja en todo el Orbe de la Tierra quanto al traje de los vezinos y quanto a vn resplandor particular y nobleza que tiene natural», disfrutando el monopolio del comercio americano, al par que sus comerciantes dictaban leyes para las Indias, con sus maravillosas escuelas de pintura y escultura y sus eminentes músicos, sus bibliotecas, sus jardines botánicos, sus museos de productos ultramarinos, sus sabios, sus innumerables poetas, sus tertulias, academias, certámenes, su universidad y su Casa de Contratación, donde se organizaban las expediciones que revelaron América, Filipinas y dieron la vuelta al mundo?

Durante la noche literaria del culteranismo, la escuela sevillana, única que se preservó del contagio, se erige en custodio del gusto y habla con los puros acentos de Rioja, Caro, Quirós, Andrada, Jáuregui y Salinas, sin contar más que alguna rara deserción, y, resistiendo a la centralización que comenzaba a ahogarla, aumenta el número de sus escritores.

En el siglo XVII se fundó la Regia Sociedad de Medicina y Ciencias, que lanzó la profesión médica por las vías de la experimentación, adelantándose dos siglos a Claudio Bernard. Tal revolución, inconcebible en la mentalidad de la época, motivó que la ciencia española llamase la atención de los sabios extranjeros, los cuales entablaron con la Sociedad animada correspondencia. La Corporación organizaba conferencias, hacía públicas autopsias, disecciones y hasta vivisecciones, verdaderas audacias en aquellos días; estableció jardín botánico e imprimía las Memorias que sobre su personal experiencia le remitían los facultativos de otras localidades y «en seis lustros ha ilustrado más la Physica y Ciencias naturales que todas las demás Escuelas de España en algunos siglos» (Martínez «Phil. scep.») Tanto se aficionó el público a las doctas sesiones, que se creyó necesa rio enviar agentes de la autoridad en previsión de posibles conflictos, nacidos de la afluencia de concurrentes.

El renacimiento de las letras en el siglo XVIII sólo en Sevilla se realiza de modo colectivo y consciente, puestos los ojos en el venero clásico, y en pos de crear su gloriosa Real Academia de Buenas Letras, erige la Academia Horaciana y la inolvidable de Letras Humanas, cuyos opimos frutos no podían esperarse de tan breve florecimiento.

Al mismo tiempo Sevilla inaugura en nuestra patria la navegación por vapor con buques construídos en sus propios astilleros de los Remedios.

Mientras las Universidades no poseían Facultades de Ciencias ni de Letras y la de Salamanca rechazaba la enseñanza de las Matemáticas, declarando las ciencias exactas obra del diablo, la Sociedad Patriótica de Sevilla abría cursos libres de Literatura y Matemáticas, confiándolos a Lista, Reinoso, Blanco White, y utilizando, además, profesores extranjeros. Cádiz, en tanto, no olvida la tradición científica de la escuela de Hugo de Omerique, natural de Sanlúcar.

En ninguna de las principales capitales andaluzas faltaron durante el siglo XIX importantes publicaciones; Sociedades científicas de alto relieve; Academias, como las de Córdoba y Cádiz, fundadas a imitación de la Real Hispalense de Buenas Letras; y en la capital de Andalucía se celebró el primer Congreso médico universal convocado en España, con la asistencia de Mr. Charcot y los más eminentes profesores de la época.

A los que motejan de indolente a la raza andaluza me permito preguntarles si tantos monumentos, si tantos emporios mercantiles, si tantas civilizaciones espontánea y sucesivamente creadas, se pueden elaborar en la ociosidad.

Jamás el hombre del norte, viendo, cual Adán al salir del Paraíso, en el esfuerzo una penalidad, podrá comprender el trabajo alegre y triunfador del obrero andaluz. No, no pongáis al hombre del sur todos los días a la misma hora a dar el mismo número de vueltas a la misma noria, porque arrojará la herramienta o emigrará del taller. Dejadlo libre, respetad su iniciativa, y él simplificará el procedimiento, afinará la ejecución o embellecerá el producto. Así como sus mujeres morirían sin la flor en la cabeza o la maceta en el patio, él no sabe trabajar sin unir el canto al impulso, sin sujetar a la imaginación el músculo, sin renunciar a la condición de artesano y sublimarse a la de artista.

Cuatro veces España ha adoctrinado al mundo, sin recordar ahora su pristina civilización meridional. La primera, en la edad argéntea de la literatura romana; la segunda, por el genio de San Isidoro; la tercera, en el jalifato de Córdoba y la Sevilla almuhade; la cuarta, por los cosmógrafos de la Casa de Contratación, es decir, las cuatro veces por ministerio de Andalucía. Las escuelas andaluzas de pintura y escultura se han impuesto al mundo. Todos reconocen que la música nacional se ha cimentado en los temas andaluces. Si existe comarca que haya realizado algo semejante, que alce el dedo.

En todos los momentos de apoteosis o de peligro, la cabeza de la nación ha sido Andalucía. Todas las etapas de decadencia se desenvuelven fuera de la dirección andaluza. El día mismo en que un déspota, no pudiendo amar al país de las flores, porque no las tenía en su alma, arrancó definitivamente la capitalidad de Andalucía, se inició la decadencia de España, que nada ni nadie ha podido atajar ni atajará hasta no restituir la vida de la patria al hogar en que nació y aun se custodia el alma auténtica nacional.

Limitando la enumeración a las más ingentes cumbres, Andalucía ha producido pintores desde Velázquez, Murillo, Valdés Leal y Vargas hasta Villegas, Romero de Torres, Viniegra, Bilbao...; magnos escultores, desde Hita y Martínez Montañés hasta Susillo, Coullaut Valera, Higuera e Inurria; grandes arquitectos, desde Muh. Yabir, que erigió la Giralda, hasta Aníbal González, el mago de la Exposición; músicos desde los inmortales Correa y Guerrero hasta Turina; actores como Valero, Vico, Calvo, Tamayo, Delgado y Albarrán; cantantes como Manuel García y la Volpiñi; calígrafos, sin contar los arábigos, desde Luis de Belmonte hasta Eiris; en la Arqueología, Rodrigo Caro; en Numismática, Antonio Delgado, conocido por el «genio de la Numismática»; en Heráldica, Lucas Cortés, cuya obra plagió el erudito danés Frankenau; en Esgrima, el clásico Jerónimo de Carranza; en Jineta, Pedro Fernández de Andrada; en Teología, Suárez y Ruiz de Montoya; en Filosofía, Séneca, Averroes, Tufail, Gabirol, Maimónides, Fox Morcillo, Alonso de Fuentes, que señaló antes que Huarte las localizaciones cerebrales; Luis del Alcázar, en quien apunta antes que en Grocio el Derecho natural; Pérez y López, que exaltó a la Ontología el entimema cartesiano; Salmerón, Giner, Castro...; en la Geografía, Enciso, Cieza de León, autor del primer ensayo de geografía descriptiva americana, el escritor de viajes Pero Tafur, el descubridor Díaz de Solís y el cartógrafo Enrique D'Almonte, víctima reciente de su devoción a la ciencia; en Historia americana, Gómara, Jerez, Cieza, Bartolomé de las Casas, figura que apenas cabe en su siglo, con ser centuria de gigantes; entre los analistas, el más selecto, Ortiz de Zúñiga; en Bibliografía e Historia literaria nacional, su creador, Nicolás Antonio; en Humanidades, Antonio de Nebrija, Girón, Mal-Lara, Núñez Delgado, Medina, Matamoros, Arjona; en Novela áurea, Fernández de Ribera, de quien tomó Vélez la idea del «Diablo Cojuelo»; el mismo Vélez de Guevara, Espinel, Mateo Alemán, que, según Menéndez Pelayo, hubiera ocupado el lugar de Cervantes de no haber éste existido; en la Novela histórica, Fernández y González, el Dumas español, y en la moderna social, Alarcón, Valera y el P. Coloma; en la poesía épica, Diego de Hojeda, reputado por el más perfecto de los épicos hispanos; en la Sátira, Baltasar del Alcázar y Vargas Ponce; en el Soneto, Arguijo, modelo de todos los sonetistas del mundo; en el Madrigal, Cetina, Góngora y Quirós; en la Epístola, Fernández de Andrada, autor de la «Epístola a Fabio»; en los romances, a Góngora y al duque de Rivas; en la poesía política, a Tassara, por quien, según Valera, podríamos aspirar al primer puesto entre todas las naciones de Europa; en la heroica, Fernando de Herrera, cuyos versos ponía Lope sobre su cabeza, exclamando: «Aquí no excede ninguna lengua a la nuestra, perdonen la griega y la latina»; entre los alegóricos, Juan de Padilla, el que más se acercó a Dante (M. Pelayo); en la Mística, la inimitable Gregoria Parra; en la Religiosa, Luis de Ribera, comparado por Gayangos y Vedia con Luis de León, pero con mayor dominio del lenguaje; en la Filosófica, Francisco de Rioja; en la hispanoarábiga, Mutamid, Ibn Amar, Ibn Hani... en el orientalismo hebreo, Casiodoro de Reina, Ci-

priano de Valera, García Blanco; en el arábigo, Pascual Gayangos, Simonet; en la Gramática árabe, Al Arabi, Al Zabidi... en la Preceptiva literaria, Juan de Robles, autor de «la mejor escrita entre todas las retóricas castellanas» (M. Pelayo); Pedro Guillén, que compuso el primer diccionario de la rima; Lista, «magister magistrorum»; en el cervantismo, los geniales Díaz de Benjumea, Asensio, Casenave, Tubino, Sbarbi, Gayangos, Federico de Castro, Pardo de Figueroa y Díaz de Escovar; en el Teatro, el padre de la escena española, Lope de Rueda; el innovador que enseñó a Lope de Vega el camino, Juan de la Cueva; el introductor del elemento femenino, mujeres de carne en vez de muñecas, Vélez de Guevara; los creadores del drama romántico, Rivas y García Gutiérrez, y del realista, Eugenio Sellés; el más eminente comediógrafo del siglo XIX, Adelardo López de Ayala, y los más aplaudidos del XX, los Álvarez Quintero; el creador del drama político, Eusebio Asquerino, y el inventor de las revistas teatrales, Gutiérrez de Alba. De Andalucía han sido el más eximio enciclopedista, San Isidoro; el más ardiente y profundo de los ascéticos, Miguel de Mañara; el soberano maestro de Física aplicada y Química industrial, D. Eduardo Mier; el eminente botánico Mutis; el primer tratadista español de Electrología, D. Benito Navarro y Abel de Veas; el padre del Álgebra, Muhammad ben Yabir, y el restaurador de la Geometría sintética, Hugo de Omerique; el inventor del platino, D. Antonio de Ulloa, cuya estatua decora la fachada del ministerio de Fomento; el cosmógrafo Mendoza Ríos, de quien escribe Hoyos: «Hombres como éste los producen los siglos de tarde en tarde y basta uno solo para que el nombre de su pueblo pase a la posteridad con inmarcesible gloria.» No menos honran a Andalucía: en la Cartografía, Alonso de Santa Cruz; en Medicina, la dinastía de los Zuhr, facultativos regios los más famosos de Oriente y Occidente; en Otorrinolaringología, el genial Rafael Ariza; en la Odontología, Valenzuela; en Uretrotomía, su inventor, doctor Francisco Díaz; en Terapéutica, el descubridor de las propiedades del hierro, Nicolás Monardes; en la Cirugía, desde Hidalgo de Agüero hasta Federico Rubio, Creus, Fedriani, Salado y Pizjuán; en Jurisprudencia, los dos grandes sistematizadores de la legislación de Indias, D. Antonio Xavier Pérez y López y D. Luis Torres de Mendoza y los ilustres Pacheco; Cortina; Rivero, traductor de Gayo y alma de la revolución de 1868, a la que no pudo sobrevivir; en las finanzas, Mendizábal, Salamanca y Aguado; en la prensa, Navarro Rodrigo, Santa Ana, Burell, Suárez de Figueroa y Luca de Tena; en el púlpito, Fray Luis de Granada; en la tribuna, Castelar, Moret, Cánovas...; en la guerra, los mayores caudillos que ha tenido España, Almanzor y el Gran Capitán, sin que haya habido que apelar a la fábula para hiperbolizar sus proezas. En suma: casi todas las figuras de primer orden nacidas bajo el cielo español.

Ni ofuscada por el delirio podría ciudad alguna disputar a la sagrada Hispalis la celebración del grandioso certamen hispanoamericano. Alegaríase alguna relación aislada, mercantil o de mera coincidencia histórica; pero Sevilla es una población plenamente americana, sin dejar de mostrarse la más típica española, de tal suerte, que la América central y meridional no parecen a primera vista una colonización española, sino una prolongación de Andalucía.

Los campos túrdulos y tartesios, ardientes y feraces, recuerdan por la lujuria de su flora, la exuberancia de su vida, la pureza de su cielo y el brillo de sus noches, la magnificencia del continente americano. Hasta la arquitectura de casas bajas y cómodas; los entoldados patios de marmóreas fuentes, con sus columnas, que se abren en dóciles arcos a guisa de palmeras; el rumor del agua, que suena como lejano mover de hojas, y cierta vaga idealidad diluída en el ambiente con penumbras y sopores de manigua..., todo dibuja la transición del uno al otro hemisferio, la encarnación de una ley biológica o providencial.

Sienten los americanos invencible simpatía por la comarca gemela de su país y, antes que la centralización impusiese la preferencia de Madrid, todos los indianos que se trasladaban definitivamente a la Península se establecían en Sevilla, bien que fuesen nativos de Sudamérica, bien oriundos del centro o septentrión de España, acaso porque todo americano que llega a la reina de Andalucía nota un hálito de hogar, la impresión de no respirar en tierra extranjera.

Obedeciendo a tan arraigada sugestión, el duque de Rivas coloca en Sevilla la residencia de Don Álvaro y abre la escena junto al arranque de la famosa puente flotante, maravilla de sus tiempos, y en uno de los clásicos aguaduchos que se alzaban, ora a lo largo del río, ora en la ancestral Alameda, al pie de los ingentes monolitos que en el silencio de la noche aun escuchan el vuelo de las águilas romanas.

Sin darse cuenta, y cediendo a igual impulso, la Avellaneda declara no haberse hallado a gusto en la Península hasta no llegar a Cádiz y Sevilla, y sólo amó de veras a dos hombres, ambos sevillanos.

Lima tuvo a gala en su florecimiento literario de los siglos XVI y XVII merecer el nombre de segunda Sevilla; la gran República Argentina reproduce la casa sevillana, y la catedral Primada de las Indias, orgullo de Santo Domingo, es en su interior una reducción de la incomparable basílica hispalense.

Toda la América hispana es andaluza, y lo que allí llega se convierte en andaluz. Por algo Andalucía se halla al extremo de la Península, señalando la transición al Nuevo Mundo; por algo dispuso la ley histórica que Andalucía organizase el descubrimiento; por algo la primera comunicación establecida entre ambos mundos por la vía marítima se abrió desde el reino de Sevilla, y la primera relación buscada por la vía aérea se tiende entre Sevilla y Buenos Aires; por algo, en fin, al soñarse en un certamen de confraternidad, el instinto colectivo que late en el subconsciente de los pueblos volvió todas las pupilas a la América europea.

Así también, por atracción de justicia, los restos de Colón, que había lanzado su último amargo suspiro en el norte, vinieron a Sevilla en 1509. Absurda disposición los extrañó a Haití desde la Cartuja hispalense en 1536; por evacuación de la isla se trasladaron a la Habana en 1796, y, por la inexorable fuerza de la ley histórica, buscaron su centro de gravedad espiritual, último trofeo de la mayor epopeya que admiraron los siglos, llegando a la Basílica sevillana el 19 de enero de 1899.

Cualquiera de nuestras regiones ha emitido mayor coeficiente emigratorio que la antigua Bética, y, sin embargo, el lenguaje de los americanos desmaya en cadencias análogas al habla andaluza, dulcificando la rigidez castellana; tornando más flúida y suave la prosodia, que no es vibración petrificada, sino música alada y viva; adivinando las leyes de la biología fonética, y preparando la pronunciación de nuestro idioma en el porvenir.

Pasaron las tradiciones de carabelas cedidas por la Corona, de reinas capaces de empeñar sus joyas, de la inquebrantable firmeza de Colón ante la sublevación de sus marinos, del arribo del almirante a Barcelona...

Todo lo que no es andaluz se ha desvanecido en las sombras de la fábula, y todo lo andaluz recibe la consagración de la Historia. En un monasterio onubense halló Colón el amparo pordioseado en vano por los Estados occidentales. Allí inmediato residía el gran Pinzón, a quien la leyenda atribuía ya la idea de indagar un camino más corto para las Indias, así como otra tradición, autorizada por bastantes historiadores, refiere que el marino Alonso Sánchez, natural del Condado de Niebla, estuvo antes de esta fecha en Santo Domingo y, al regreso, informó a Colón de su aventura en relato que sirvió de base a los proyectos del descubridor. Apenas Fray Juan puso en contacto a Pinzón con el genovés, el nauta de Palos suministró fondos a Colón para su viaje a Granada y, al tornar éste con los irrisorios recursos facilitados por los reyes, recursos que, a lo sumo, cubrirían la tercera parte de los gastos, no hubo medio de alistar naos ni de contratar tripulantes, y la expedición se consideró fracasada. Pinzón arriesgó su fortuna, comprometió mareantes, dió su carabelas, tomando personalmente el mando de una y confiando a su hermano otra... Tanto hizo, que con razón decía Bartolomé Colón, hermano del almirante: «Si no fuera por Martín Alonso Pinzón, ni hallaran ni descubrieran tierra.» De puertos andaluces zarparon las cuatro expediciones dirigidas por Colón; en Andalucía se construyeron las naves por operarios y con fondos andaluces; próceres sevillanos, el comendador Gonzalo de Gallegos, D. Alfonso Fernández Martel, D. Francisco de Zúñiga, D. Alfonso Ortiz, D. Perafán de Ribera, D. Melchor Maldonado, D. Francisco de las Casas..., se embarcaron con el loco de Génova en su temeraria aventura, y no pudo ser sino un andaluz, Rodrigo de Triana, «vezino de molinos de tierra de Seuilla», quien adivinó la costa entre las brumas del mar y las sombras de la noche, y de su pecho trémulo se escapó aquel grito, ¡Tierra!, nuncio de una nueva edad para el hombre y el planeta.

En fin, cuando ante la rebelde actitud de la tripulación desfalleció Colón y consultó «si convendría volver las proas», Pinzón sostuvo el ánimo del almirante y declaró que «no volvería sin buenas nuevas.» Desde tal día se debe a Pinzón el descubrimiento de América, y así se confirmó dándole por escudo tres carabelas, de una de las cuales salía una mano señalando la tierra con una orla de áncoras y corazones, y el conocido mote, única recompensa de tantas como le prometió el emperador y dejó de cumplir.

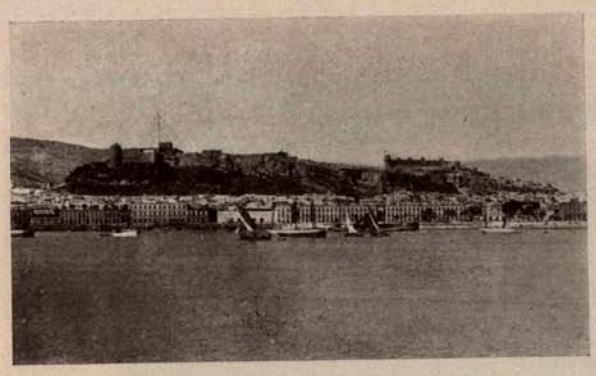
Después de conquistada América por el esfuerzo de todos, Andalucía la dominó por su corazón, pues no hay un pedazo de tierra colonial donde se haya vertido una lágrima sin que haya surgido un religioso sevillano a secarla y bendecirla. Juan de Quiñones en Filipinas, Juan de Frías y Mendo de Viedma en Canarias, el agustino Juan de Sevilla en Nueva España y, sobre todos, Bartolomé de las Casas, la más colosal figura del siglo, porque no hay mayor gloria para un pueblo que producir un corazón donde cupieron las cuatro partes del mundo y hallaron igual albergue todos los seres humanos.

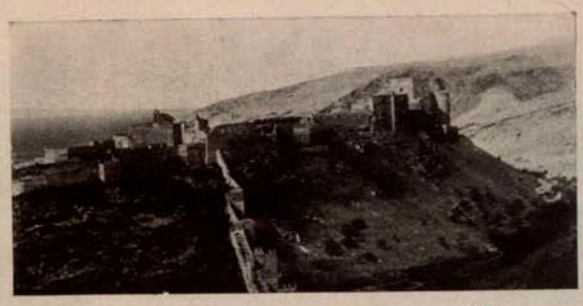
Sevilla, «do viene toda la riqueza del mundo», sirvió de paso obligado a cuantos iban y venían entre España y América. En la gran urbe, ya aclamada por el jesuíta cordobés P. Martín de Roa «cabeza de España, como la más noble en riqueza, potencia, magnificencia y esplendor que las demás ciudades», y por el historiador madrileño D. Luis de Córdoba y Cabrera «ciudad compuesta de lo mejor que otras tienen: grandes señores, letrados, mercaderes, excelencia de artífices e ingenieros, templanza de aires, serenidad de cielo, fertilidad de suelo, en todo lo que puede Naturaleza desear el apetito, procurar el regalo, inventar la gula, demandar la salud y apetecer la enfermedad», organizó el conquense Ojeda la exploración de la Costa de las Perlas; se instaló el primer Museo de productos americanos; alcanzaron renombre las Colecciones de Argote de Molina, Monardes y Zamorano; fundó el hijo de Cristóforo la Biblioteca Colombina y se custodia en el Archivo de Indias el árbol genealógico del Nuevo Mundo.

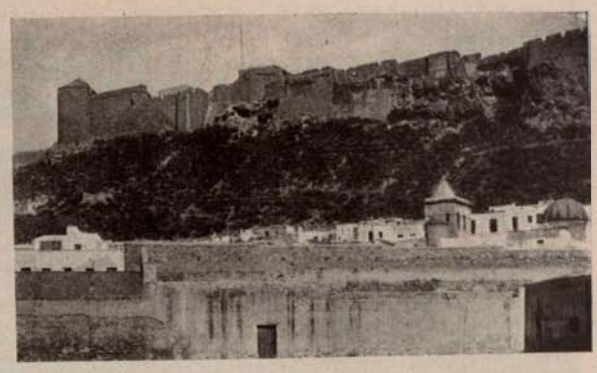
Cada región y cada ciudad exportó al virgen continente lo que poseía. No envió la madre Andalucía explotadores ni golillas que encadenaran al descubridor, sino semillas, plantas, animales domésticos y una nube, una verdadera nube de poetas, jurisconsultos, geógrafos, cosmógrafos, naturalistas, apóstoles e historiadores; al doctor Álvarez Chanca, primer sabio que estudió las producciones del país con carácter científico; gentes que hicieran progresar la industria; ya, cual Luis Berrio, estudiando el beneficio de la plata, conservación del azogue y mezclas de antimonio; ya, cual Bartolomé de Medina, inventando la amalgamación de los metales, intuición que Maffei califica de «invento el más trascendental del siglo»; ora con Juan de Sotomayor, ideando labrar por socavón las minas de Guancavelica; ora con Vellerino de Villalobos y su nuevo procedimiento de batir moneda. Y al emigrar el genio arrastró la materia. En pos del autor viajó el impresor, trasladando al otro lado del océano todo el bagaje de prensas y caracteres que parecía haberse ensayado en el verbo andaluz para encarnar el pensamiento y la fantasía de aquel joven mundo que se arropó al nacer en la bandera española.

Los primeros tipógrafos que se establecieron en el Perú, Jerónimo de Contreras, el de las Siete Revueltas; sus hijos, Manuel, Juan y Jerónimo; Francisco Gómez de Pastrana, hijo de Pedro y nieto de Bernardo; Pedro de Cabrera; Luis de Liria, eran naturales de Sevilla y coadyuvaron a la instrucción del país. A Cartagena de Indias llevó la primera imprenta Antonio Espinosa de los Monteros, natural de Cádiz. Llamado por el virrey Flores, Espinosa trasladó sus prensas a Santa Fe de Bogotá, en tanto Juan Pablos, sevillano, se embarcó en el muelle de su ciudad natal para transportar a Méjico, con su pericia, todos sus oficiales, maquinarias, herramientas y hasta papel y tinta, a fin de instalar la primera imprenta mejicana en Moctezuma el año 1539.

Quiéranlo o no, asientan o protesten, el alma de Andalucía, su arte, su lengua, su pronunciación, su carácter, su idealismo, vivificado por el juvenil aliento americano, será lo que se salve y perdure de la raza española.



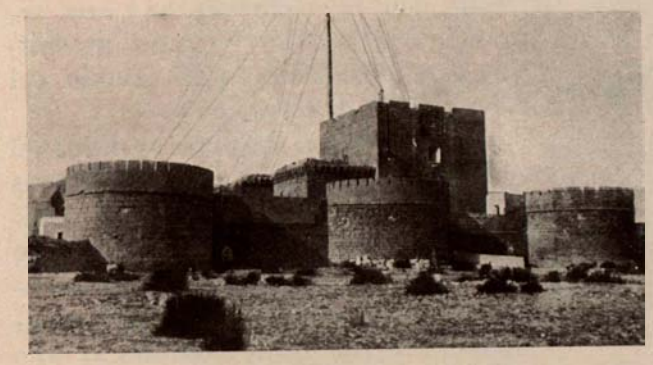




ALMERÍA

POR **RODOLFO LUSSNIGG**

Almería es la ciudad sonriente y alegre. Las olas del mar latino bañan sus plantas y la arrullan con el rumor de una serenata eterna; el cielo andaluz, transparente y diáfano, la cobija; el ambiente sereno y luminoso del sol levantino, que deslumbra con sus refulgencias y acaricia con su tibio calor, la envuelve y tonifica; la vieja Alcazaba la guarda con sus torres de aviso; la torre de la Vela cuenta y pregona sus horas de paz y de reposo. Todo es en ella blancura, alegría, luz, serenidad. El caserío blanco y uniforme, la vega verde y florida y el ambiente que respira, parecen sonreír bajo la luz que a torrentes se derrama.



La Alcazaba

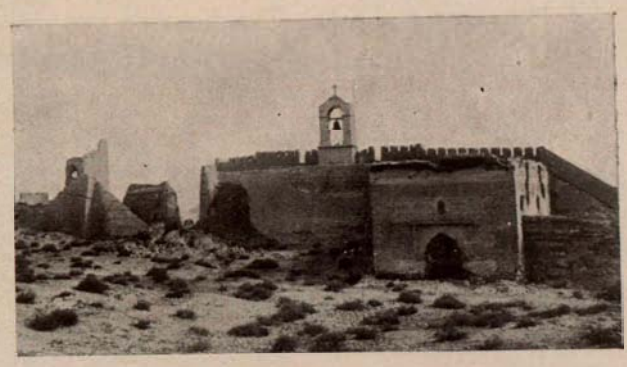
San Indalecio predicó en ella la doctrina del Cristianismo; Alfonso VII primero, y los Reyes Católicos después, la redimieron del poder africano. Un clima incomparable por lo benigno; una hidalguía congénita y notoria la ofrece seductora. La conquista de Almería por Alfonso VII en el siglo XII fué una epopeya. Valió a Alfonso VII el título de emperador, y el juglar que presenció aquellos heroísmos escribió el poema titulado «La conquista de Almería», que es el primer monumento de la literatura aljamiada.

* * *

La provincia está situada al sur de España, frente a las costas de Marruecos, rodeándola las provincias de Málaga, Granada y Murcia, y el mar Mediterráneo. Las sierras de Gador, Alhamilla y Cabo de Gata, que rodean a la capital, cierran el paso a las corrientes frías. La benignidad del clima almeriense puede apreciarse por los siguientes datos:

Estaciones	Máxima	Mínima	Media
Invierno	18°,5	7°,9	13°,2
Primavera	21°,9	11°,7	16°,8
Verano	29°,6	19°,6	24°,6
Otoño	24°,2	15°,9	20°,1

Máxima	Media invierno	Media del año
ALMERÍA	13°,2	18°,6
Niza	8°,1	15°,2
Nápoles	9°,11	16°,33
Palermo	11°,31	16°,77
Pau	7°,60	13°,50
Venecia	3°,3	13°,02
Roma	8°,1	15°,8
San Remo	11°,2	20°,0
Pisa	7°,8	13°,8



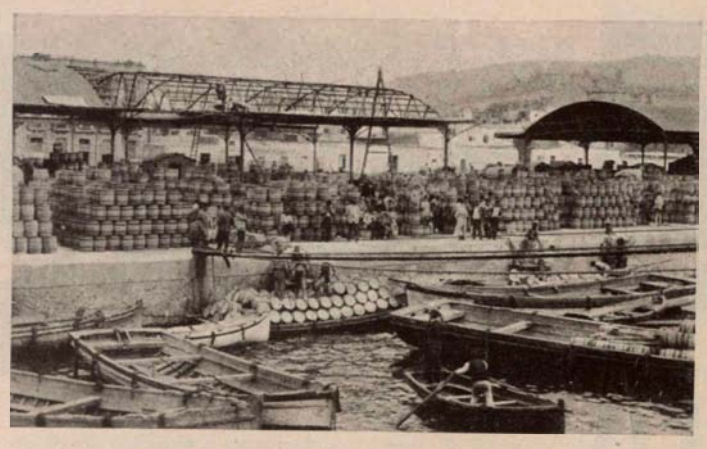
San Cristóbal

En la provincia, la riqueza inorgánica está representada principalmente por los yacimientos minerales de oro, plata, plomo, cinc, hierro giobertita, magnesita, azufre y canteras de mármol.

La producción agrícola más importante es la uva y la naranja, que se exportan en grandes cantidades a los mercados extranjeros, constituyendo no sólo un postre delicioso, sino un alimento de la más elevada utilidad orgánica, según los principios de la higiene moderna; es también interesante la producción de patatas de la más selecta calidad, el maíz y el esparto.

La Alcazaba

Es del mayor interés para los aficionados a la prehistoria el SE. de nuestra Península, pues se da el caso insólito de estar representadas en una zona no muy extensa todas las



Embarque de uva

culturas primitivas conocidas, siendo, además, este sector acaso el mejor estudiado de España, gracias, sobre todo, a los admirables trabajos del sabio arqueólogo belga D. Luis Siret, de fama mundial, mereciendo también citarse las interesantes excavaciones de los Sres. Góngora, Motos y Cuadrado Ruiz, entre otros.

Es del mayor interés para los turistas una visita al Museo Siret, en Herrerías, donde podrán admirar los innumerables objetos procedentes de las excavaciones llevadas a cabo durante cuarenta y cinco años por el sabio prehistoriador, y en donde puede seguirse paso a paso la marcha de la prehistoria del SE. de España.

Asimismo hemos de aconsejar al turista las siguientes visitas:

«San Cristóbal», la capilla consagrada al Santo y los torreones y lienzo de muralla que defendían la fortaleza y el barrio de Alhaud. Queda un torreón circular donde residieron los templarios que acompañaron a Alfonso VII.

La «alcazaba», construída por Abderramán I en el 773, sobre los restos de una antigua fortaleza fenicia y ampliada y mejorada por Almanzor, ya que llegó a albergar veinte mil hombres en sus recintos.

Embarcadero de mineral

La «catedral», cuyos planos se atribuyen a Diego de Siloe, constructor de la de Granada. El exterior del templo presenta aspecto de castillo o fortaleza y es una muestra de la arquitectura religiosa militar (única en España). En el interior se conservan peculiaridades de sumo interés: esculturas de Salcillo y lienzos de Alonso Cano y Murillo.

El «convento de las Puras», que posee un compás del más puro carácter y el cuerpo incorrupto de Santa Cándida.

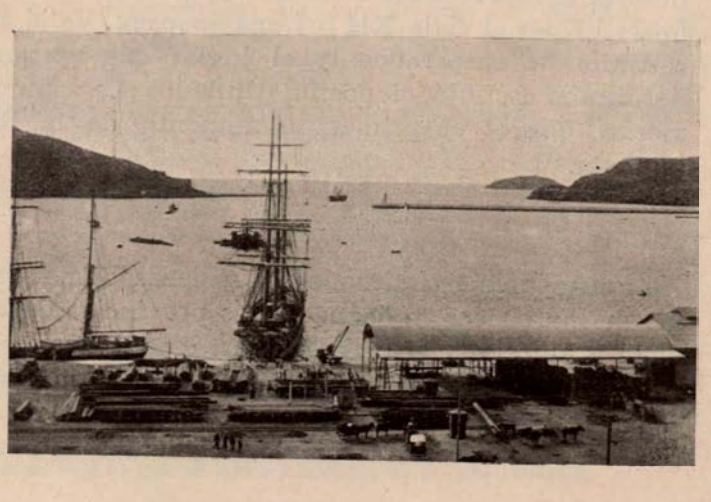
El templo de «Santo Domingo», donde se venera la Virgen del Mar, Patrona de la ciudad.

Las iglesias de «San Pedro», «Santiago», que alberga una primorosa imagen de la Virgen de los Dolores, de Salcillo. La de «San Sebastián», en cuya portada hay una escultura del santo Patrono, atribuída a Alonso Cano, y el templo del «Sagrado Corazón».

En el Ayuntamiento se halla el «archivo», que contiene, entre otros documentos, el libro de repartimiento de tierras de la ciudad, hecho por los Reyes Católicos; este documento no tiene fecha, pero se supone que fué confeccionado al año siguiente de la Reconquista (1490). También se custodia en la Casa Consistorial, como depósito sagrado, el estandarte de los Reyes Católicos.

«LA COSTA DEL SOL». Ruta maravillosa, salpicada sin intermitencia alguna por el hermoso mar latino; alumbrada por el fastuoso sol de España; interrumpida por las ciudades más bellas; sembrada por preciadas obras arquitectónicas, legadas por las civilizaciones fenicias, cartaginesas, romanas y árabes; fortalecida por el clima más seductor y sano.

Sugestiva, encantadora Costa del Sol, que atesora el castillo de Figueras; la inmortal Gerona; las deliciosas playas catalanas; la magnificencia única de Barcelona; los sorprendentes naranjales de Tarragona, Castellón y Valencia, con las maravillas arquitectónicas romanas de la primera de estas tres ciudades; el famoso castillo de Puig; Alicante, Alcoy, Elche y Orihuela, famosas en el mundo entero; los vergeles de Murcia; el castillo de Lorca; las minas de plata de Almagrera; la alcazaba de Almanzor, los campamentos militares, las minas de oro y el gran puerto, en Almería; los ingenios de caña de azúcar, en Adra; la famosa Haza del Lino, a 1.400 metros de altura, en las Alpujarras; Granada, con sus tesoros de arte árabe y con las vegas de caña de Motril y Salobreña; Málaga, la bella; Ronda, la mora; Algeciras; Tarifa, con su castillo de Guzmán el Bueno; Cádiz, la tacita de plata; San Fernando; Jerez, con su campiña y con sus bodegas de fama universal, y Sevilla, corazón de Andalucía, reina de la donosura y de la gracia.



Vistas del puerto
(Fotos Hauser y Menet)

Daniel
Vazquez Diaz
Cadiz 29

LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE CÁDIZ

ACTUACIÓN Y PROYECTOS

por su Presidente

DIEGO BELANDO

Especializando un poco con respecto a los dos grandes problemas afectos a las Diputaciones provinciales, Beneficencia y caminos vecinales, podemos afirmar que el primero se encuentra en franca marcha de resolución, así como las demás obligaciones relacionadas con los servicios señalados como ineludibles entre los deberes de las Corporaciones provinciales.

Respecto a caminos vecinales, no puede olvidarse, en primer término, el beneficio que ha de reportar a todos los pueblos el completo y vasto plan aprobado, y menos el esfuerzo hecho por la Corporación provincial, que no cuenta con arbitrios de ninguna clase ni con más recursos que los ordinarios para su inmediata y completa ejecución, concertando al efecto de su exclusiva cuenta, aparte del de la Mancomunidad, un empréstito de 5.100.000 pesetas, con el que podrá contribuir en una gran parte a la ejecución de estas obras con cantidades que sólo a los Ayuntamientos corresponde satisfacer, cabiendo, además, a la Diputación de Cádiz la más grande satisfacción de haber sido la primera provincia que ha resuelto en definitiva el magno problema de las comunicaciones locales e interprovinciales.

Ultimado en su totalidad el plan completo, ya aprobado y en franca y rápida ejecución, serán incalculables los beneficios alcanzados para los pueblos de la provincia, carente, como la que más, de vías de comunicación, en términos que era y es aún frecuente tener que ir a otra distinta utilizando caminos más largos, para comunicarse entre pueblos no muy distantes de la propia provincia gaditana.

De aquí el decidido empeño de esta Diputación de resolver definitivamente, y en el más breve plazo posible, problema tan trascendental, para lo que no ha omitido medio ni sacrificio alguno, a pesar de la oposición sistemática que en un principio halló en los propios Ayuntamientos interesados; pero ya éstos se han dado cuenta del error, comprendiendo sus intereses, y haciendo nuevas y más ventajosas proposiciones para alcanzar preferencia en la construcción de los caminos que les afectan.

Por último, y como resumen, creemos de justicia dejar consignado que con la labor realizada por la Corporación, y muy especialmente con la emprendida y proyectada en cuanto a Beneficencia y comunicaciones se refiere, en las que ya sólo resta trabajar con fe para conseguir su pronta y total realización, se ha colocado a todos los Ayuntamientos de la provincia en condiciones para que en poco tiempo puedan llegar a la más próspera de las situaciones, cumpliéndose así por la Diputación de Cádiz, en cuanto le ha sido posible, la verdadera misión que a los organismos provinciales se les tiene encomendada.

Además de la resolución de los asuntos llamados de trámite y de otros de menor cuantía propios de la vida ordinaria de esta clase de Corporaciones, la Diputación acudió a las informaciones abiertas referentes al Plan ferroviario y a la Demarcación judicial de España; gestionó la concesión del dragado del río Guadalete y el establecimiento del tren rápido para Cádiz, así como la pronta terminación del monumento a las Cortes, gestiones que dieron el deseado resultado, ya que hoy día se hallan convertidas en realidades. También solicitó la continuación del Juzgado de instrucción de Chiclana, al que sostuvo durante el segundo semestre de 1926.

Acordó el arreglo de las oficinas de la Corporación, las que han sido completamente reformadas hasta convertirlas en las espaciosas y bien acondicionadas con que hoy cuenta.

Aumentó el sueldo a los funcionarios administrativos provinciales, equiparándolos a los del Estado en categoría y sueldo y suprimiendo la escala de auxiliares.

Fueron redactados y aprobados los reglamentos del pleno y de la Comisión provincial, de funcionarios y servicios de la Corporación, los de los Cuerpos médico-farmacéutico y de practicantes de la Beneficencia provincial, y el de alumnos de la Facultad de Medicina pensionados por la excelentísima Diputación.

Se solicitó del ministro de Marina la oportuna autorización para ofrecer a la Marina de guerra española la bandera de combate del buque que lleva el nombre del heroico e ilustre hijo de esta provincia, el almirante Cervera, así como el mueble donde ha de conservarse; y aceptado que fué su ofrecimiento por laudatoria Real orden, procedióse, en la Casa de huérfanas de Jerez de la Frontera, a la confección y bordado de aquélla, esperándose sólo para efectuar su entrega el arribo a este puerto del crucero de referencia.

Por último, fué creada la plaza de director técnico del Manicomio provincial, la cual deberá ser desempeñada por un especialista en Psiquiatría, y para cuya provisión se han de celebrar muy en breve, en Madrid, las oportunas oposiciones.

Vastos son los proyectos que tiene en estudio la Corporación provincial para conseguir poner todos sus servicios a la altura de las mejores que pueden existir entre sus similares en otras provincias, siendo de entre ellos los de más inmediata realización los siguientes:

Construcción de la nueva Casa matriz de Expósitos, en la finca adquirida recientemente a tal fin en la capital de la provincia, según el proyecto que tiene ya confeccionado y presentado el arquitecto provincial.

Construcción en los solares que resulten de los derribos de varias casas, en la capital, de las edificaciones necesarias para la ampliación de la Casa Hospitalaria, contigua a las mismas.

Y recaudación directa, por vía de ensayo, en la capital del impuesto de cédulas personales durante el presente año.

Cádiz

Está situada la provincia de Cádiz en el extremo sur de la Península, bañando sus costas el Mediterráneo y el Atlántico, unidos ambos en el Estrecho de Gibraltar.

Limítrofes de Cádiz son las provincias de Huelva, al noroeste; Sevilla, al norte, y Málaga, al este.

Ocupa una extensión superficial de 7.342 kilómetros cuadrados. Su suelo, sumamente accidentado, da lugar a espléndidos panoramas y a valles de exuberante vegetación.

La población de la provincia alcanza la suma de 560.000 habitantes, de los que 78.000 corresponden a la capital.

El clima es, en general, templado, sobre todo en la costa, manteniéndose fresco en verano a causa de las constantes brisas marítimas ocasionadas por las corrientes del Estrecho.

La temperatura media en el litoral, es de 12°,40' en el invierno y 22°,7' en el verano. Por tanto, la nieve es desconocida, salvo en algún que otro sitio de la sierra. Las lluvias se producen con gran regularidad, siendo casi nulas en verano y arrojando un promedio de 6,59 mm. en el año.

Se desconocen los primeros pobladores de esta provincia; los restos de las civilizaciones aparecen mezclados en las ruinas con los numerosos de la época romana, sin faltar ejemplares de primitivas cavernas y construcciones dolménicas.

Llegados los fenicios por mar, entablan relaciones con los

Vista panorámica de Cádiz (Foto Loty)

habitantes del litoral, y poco a poco, con su intento comercial, van adentrándose y explotando las riquezas del suelo, dando por resultado que unos quinientos años antes de la era cristiana poblaron la provincia tribus más o menos numerosas, que se gobernaban independientemente; fundaron ciudades como Carteya, Gadir, Asido y otras, en competencia con las de origen griego, y cuya prosperidad, suscitando ambiciones, fué causa de luchas entre unos y otros, dando lugar a la intervención de la poderosa República de Cartago, que, de auxiliar de los gaditanos, se convirtió en dominadora de la región, apoderándose en poco tiempo de lo que hoy es Andalucía, hasta que, derrotada por Roma, Cádiz es utilizado como cuartel general para la conquista de España.

Durante varios siglos de paz, el territorio gaditano adquirió gran adelanto, desarrollándose el comercio, la agricultura y la industria. De la explotación minera han quedado vestigios, y las extensas canteras de San Cristóbal, entre Jerez y el Puerto, fueron explotadas para la construcción de estas ciudades, dando origen a las grutas que, cual otras catacumbas, se encuentran en la carretera de Cádiz a Jerez.

Un suelo como el de esta provincia, surcado de ríos y arroyos, con muy varias altitudes y excelente temperatura, se presta a toda clase de cultivos agrícolas; pero esta misma facilidad ha contribuído a que hasta hace muy pocos años no se haya pensado seriamente en sacar a la tierra el pro-

ducto necesario, por lo cual son grandes las extensiones de terreno destinadas a pastos. El pantano de Guadalcacín, destinado a regar extensa zona de los términos de Arcos de la Frontera y Jerez, y la colonia agrícola establecida en las afueras de esta población, pueden ser el origen de una gran fuente de riqueza y servirán de ensayo para la preparación de otras zonas regables que intensifiquen el cultivo y modifiquen el antiguo sistema bienal o de barbecho.

La producción más corriente es: trigo, cebada, habas, garbanzo, arvejones, yeros y judías; pero el cultivo más extendido y el que caracteriza a la región es el de la vid, que produce los excelentes vinos de Jerez y Sanlúcar, de tan justo renombre. El olivo también se cultiva con excelente resultado en Arcos, Chiclana, Grazalema, Jerez, Medina, Puerto de Santa María y Sanlúcar, desde la época romana.

Otra riqueza de consideración es la que dan las dehesas corcheras de la Sierra, desde Arcos y Grazalema hasta Algeciras, y el reciente y progresivo cultivo del algodón en

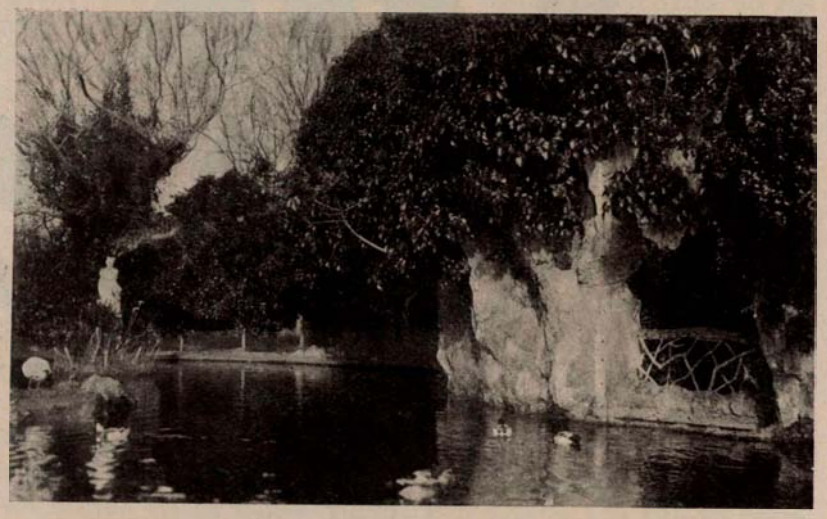
Parque Genovés: Paseo de las Palmeras

de paños en Grazalema, y la de petacas, carteras y otros objetos de piel fina, que dan nombre a Ubrique, en donde se fabrican.

En la bahía gaditana, la construcción naval ha llegado a su máximo perfeccionamiento, saliendo de sus astilleros modernísimos trasatlánticos y poderosos buques de guerra. Existen también fábricas de cañones, torpedos, hidroaviones, material ferroviario y otras relacionadas con estas fabricaciones.

* * *

Muchos y notables lugares de interés artístico y monumental ofrece la provincia de Cádiz al turista. En primer término, arqueológicamente, deben visitarse la necrópolis de Gades, ruina de Carteya (San Roque), de Belona (Tarifa), tajo de las Figueras (Casas Viejas), ermita visigótica de los Mártires (Alcalá de los Gazules), las de Vejer y la mozárabe de la Ina (ésta en la campiña de Jerez), castillo, mozárabe y ojival, de San Marcos, en el Puerto de Santa María; cartuja de Jerez, grutas de San Cristóbal, también



Parque Genovés

Jerez, Trebujena y Jimena, que permite abrigar grandes esperanzas sobre el porvenir de estas plantaciones en España, y en especial en las provincias del sur de Andalucía.

La riqueza pecuaria es muy importante, y actualmente se está dando gran incremento a la cría caballar, que puede competir con las más adelantadas. El ganado vacuno pasa de 100.000 cabezas; el de cerda, de 200.000; el lanar, de 80.000, y el mular, de 27.000; concurriendo ejemplares numerosos y selectos de unas y otras especies a las ferias de Jerez, Algeciras, Medina, Arcos, Chiclana, etc.

Así como la producción agrícola la caracterizan el vino, el aceite y el corcho, la pecuaria está caracterizada por el caballo, sobre todo el de silla y el de tiro ligero.

Con ser muy grandes las riquezas expuestas, compiten con ellas la salinera y la pesquera, que dan origen a varias industrias y a un gran comercio de exportación. La pesca del atún, en las diversas almadrabas del litoral, proporciona importantísimos ingresos, no sólo a sus explotadores, sino al Tesoro nacional, y da origen a importantes fábricas de salazón y conservas.

Son industrias típicas de la provincia la

La catedral nueva (Fotos Loty)

en el Puerto; Sierra del Pinar (Grazalema), la Barrosa (Chiclana), Castellar, etc., etc.

Dentro de la capital, el turista encontrará vario y extenso panorama: la catedral, comenzada en 1722, en cuyo trascoro está el cuadro de «Santa Úrsula y compañeros mártires», atribuído a Zurbarán, y otro de Cornelio Schutz, que representa a San Firmo.

Muy interesante es también el altar con la imagen de San Pablo, labrado por el genovés Estephanus Frucus y que antes estuvo en la portada de la catedral vieja, para donde se trajo en el año 1672.

Las capillas de «Santa Teresa», con un cuadro de Schutz representando a la santa doctora; de la «Adoración de los Reyes», del «Niño Perdido», de «San José», de «Nuestra Señora de la Defensión», de «Santo Domingo de Silos», de «San Germán», de las «Reliquias», con las reliquias de Santa Victoria; de «San Benito», de la «Asunción», etc., etc.; la sacristía baja, el coro y la cripta son dignos de mención.

La iglesia de Santa Cruz, llamada la catedral vieja, fué levantada por el obispo Maximiliano de Austria, terminándose la obra en 1602. Se guarda en este templo la

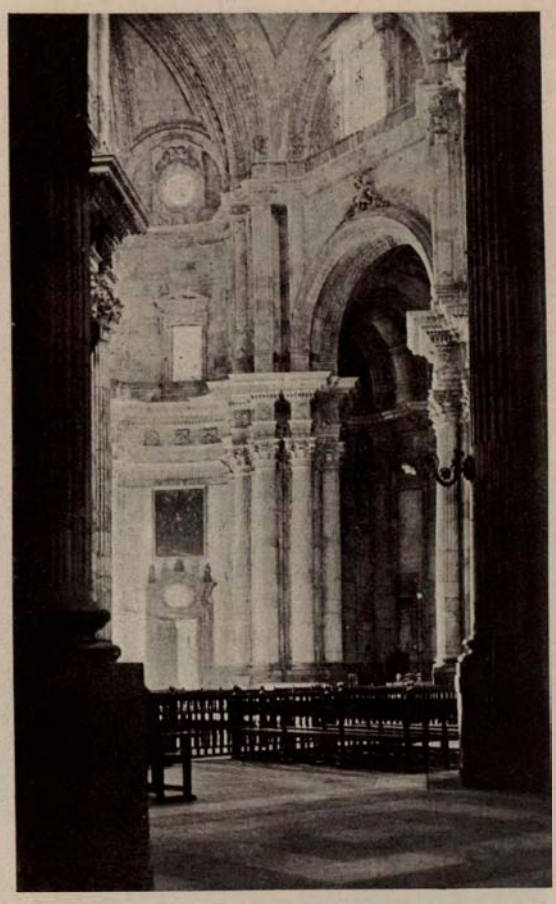
magnífica Custodia procesional que se luce por las calles de Cádiz en la procesión del Corpus.

Hemos de llamar la atención sobre el señalado «Hospital de mujeres,» en el que se encuentra un cuadro del «Greco» representando a San Francisco, y otro de la Virgen del Carmen atribuído a Meneses, así como sobre el llamado «Oratorio de San Felipe de Neri», declarado monumento nacional por haberse celebrado en su recinto la reunión de las «Cortes generales extraordinarias» y haberse proclamado el Código de la «Constitución política de la Monarquía española». Es el único templo de planta elíptica que hay en Cádiz, y su construcción data de 1671.

Muelle Reina Victoria

Se guardan en él tres obras de arte: la «Concepción», de Murillo, que está en el altar mayor; el «Padre Eterno», del gaditano Clemente de Torres, colocado sobre el arco coral, y una hermosa cabeza de «San Juan», modelada en barro, que parece obra del escultor sevillano Roldán.

Entre otras obras de arte que posee Cádiz en diversas iglesias hemos de citar: En la de San Agustín, el Cristo de gran talla llamado de «La Buena Muerte», que es una de las mejores obras de Montañés. En la del Carmen, dos tallas, de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, atribuídas al citado Montañés. En la de Santa María, un notable alicatado de azulejos, regalo del armenio Zucar, y la popular imagen del Nazareno conocida por «El Greñúo». Y en los conventos de San Francisco y de los Capuchinos, algunos cuadros del pintor Clemente de Torres, en el primero, y «Los Desposorios de Santa Catalina» y la «Impresión de las llagas de San Francisco», de Murillo, en el segundo.



Interior de la catedral

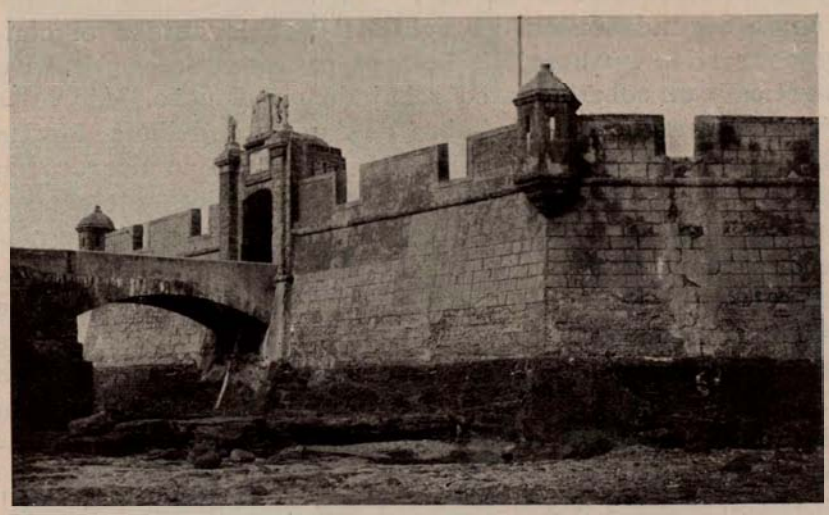
Para conmemorar el primer centenario de las Cortes de 1812 y sitio de Cádiz, el Municipio dispuso la creación del «Museo Iconográfico y Real Academia Hispano-Americana, donde se guardan los recuerdos de aquella época, con los retratos de los diputados, políticos, militares y guerrilleros. En su biblioteca se conservan curiosos impresos de aquellos tiempos.

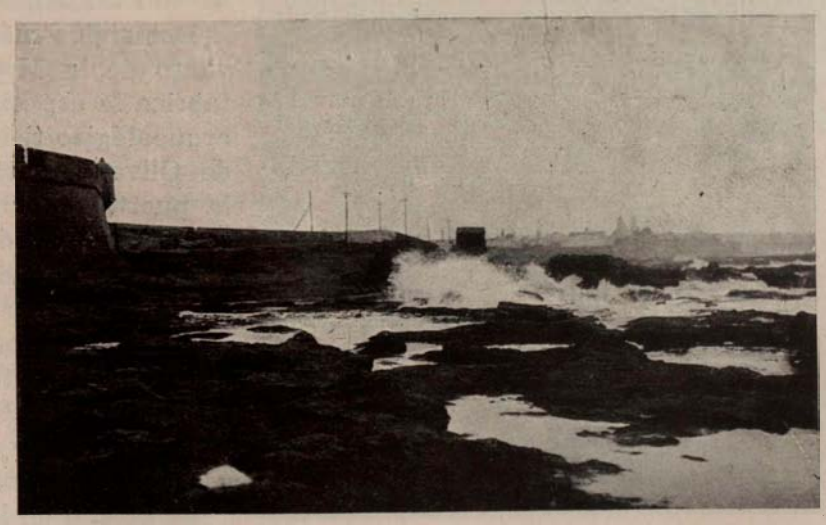
El «Museo Provincial de Bellas Artes» conserva más de doscientos cuadros, procedentes la mayoría de los conventos suprimidos de la provincia, otros de donativos particulares, del Ayuntamiento y del Estado y algunos de concursos efectuados por la Academia. Citaremos de un modo especial «la Virgen de la Faja» y el «Ecce Homo», de Murillo; la «Sagrada Familia», retrato del inglés Laurence, el de Carlos II, de Carreño, y «Un general de la Orden de San Juan de Dios», de Claudio Coello.

En el «Museo Arqueológico» merece una visita especial el maravilloso «Sarcófago Antropoide», labrado en mármol de Almería, y que, con el Busto de Elche, constituyen las dos piezas de escultura hispánica primitiva de mayor acierto. Fué encontrado en junio de 1887, al hacerse unos trabajos de exploración para construir astilleros. De arte romano se guardan seis estatuas; de época visigótica hay dos inscripciones y un relieve, y de arte árabe hay algunos restos de la antigua mezquita de Ceuta.

Para terminar este breve trabajo de orientación citaremos la «Necrópolis Anterromana». Desde muy antiguo se han encontrado enterramientos de carácter griego y fenicio en la zona de terreno comprendido entre las murallas de Cádiz y la Cortadura, y el historiador Suárez de Salazar, en su libro «Cádiz en 1610», trata ya de estos hallazgos.

Al efectuar el desmonte para el tendido de la vía férrea y en los que se efectuaron con ocasión de la Exposición marítima y construcción del astillero de Vea-Murgía, aparecieron varios grupos de enterramientos, y en ellos joyas valiosas y otros objetos, perdidos unos y estudiados otros. En diciembre de 1924 fueron declarados estos enterramientos monumento arquitectónico artístico.





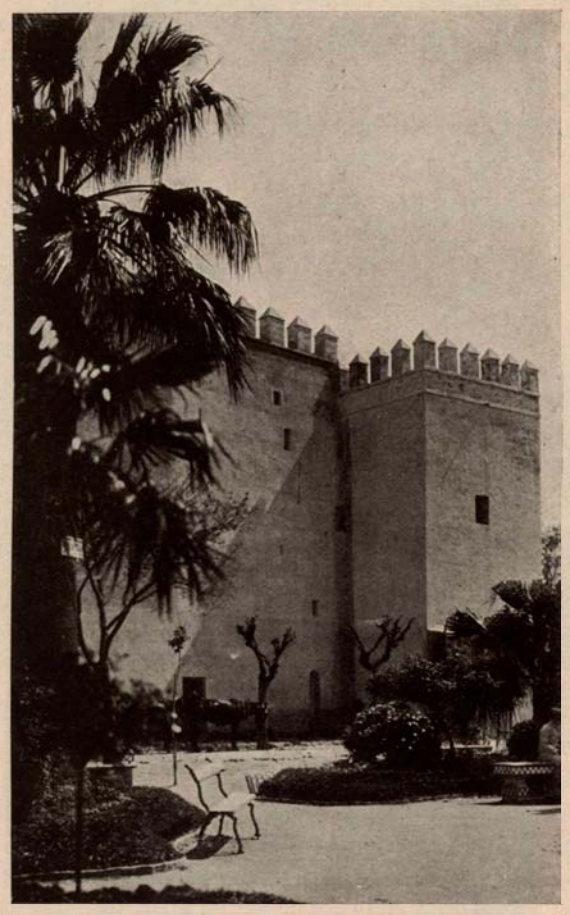
Castillo de San Sebastián

(Fotos Loty)

JEREZ DE LA FRONTERA

A unos 15 kms. del Océano, en lo alto de una meseta emplazada al NE. de Cádiz y al N. del río Guadalete, de cuya margen occidental dista sólo unos kilómetros, está situada la hermosa ciudad de Jerez de la Frontera, una de las más bellas poblaciones andaluzas, con cerca de 70.000 habitantes y unos 4.000 edificios alineados en anchas calles sombreadas por naranjos y palmeras que producen una impresión en extremo agradable, a la que contribuye la nota típica de las bajas ventanas adornadas con floridos macetones de rosales, claveles y geranios: el blasón de Andalucía.

Son fabulosas o inseguras las noticias que se tienen de los tiempos anteriores a la dominación agarena. Después de la batalla del Barbate la tomó Tarik sin resistencia. Durante el Emirato empieza a adquirir importancia, y su situación fronteriza la hace crecer en los días del Califato de Córdoba, por la necesidad de impedir por esta parte las invasiones normandas. A mediados del siglo XIII, la conquista Alfonso el Sabio; asédianla de nuevo los moros y la recuperan, a pesar del valor temerario de la guarnición y el heroísmo del alcalde Garci Gómez Carrillo, que sucumbió en la jornada; pero pronto la reconquista el Rey Sabio, repoblándola con caballeros de su hueste y dándole por escudo el mar orlado de castillos y leones. Durante el resto del siglo XIII y todo el XIV tuvo que resistir continuos e infructuosos ataques de los moros. En recompensa de tan sostenido valor y lealtad, le otorgaron los Reyes de Castilla muchos privilegios, y Enrique IV le concedió el título de «Muy Noble y Muy Leal» por haber acudido al socorro de Gibraltar. Estos privilegios fueron mantenidos durante el período de los Borbones.



Alameda de Fortún de Torres y el Alcázar

Patio de una casa particular

Aun siendo muy reducido el tesoro arqueológico de Jerez, se conservan vestigios de las varias épocas de su historia, que recuerdan muchos de los acontecimientos mencionados. Todavía quedan restos de las primitivas murallas romanas, con su típica argamasa de mortero, tan distinta de la empleada posteriormente por los árabes en los trozos que éstos reconstruyeron. Del siglo XI data probablemente el Alcázar, fortaleza que presenció un día las épicas hazañas de su alcalde Garci Gómez Carrillo y del alférez mayor Fortún de Torres, a que antes hicimos referencia. Es una construcción sencilla y poco atrevida, de fáciles accesos, sin más defensa que una barbacana y los altos murallones con dos torres almenadas, la llamada por su forma torre octogonal, célebre en los anales jerezanos por haberse alzado en ella por primera vez el estandarte real de Castilla, y la torre del Homenaje, adornada con las armas reales y las de los Ponce de León.

Teatro Villamarta (Fotos Loty)

Dos siglos más tarde, en la segunda mitad del siglo XIII, se levantaba el convento de la Merced, hoy convertido en hospital. Sólo se conserva de la primitiva fábrica la espaciosa nave gótica y un soberbio arco rebajado en el coro. Más valor arqueológico tiene el edificio del antiguo Cabildo, obra de Andrés de Ribera, Martín de Oliva y Bartolomé Sánchez, en tiempo de Felipe II, cuyo escudo aparece en la puerta, encima del de la ciudad; la fachada plateresca, rítmica y elegante, recuerda la del de Sevilla; a su derecha hay un gran pórtico de triple arcada de medio punto, que sirve de depósito arqueológico municipal y da acceso a la biblioteca.

No faltan los caserones solariegos magníficos y provincianos, como la casa de Pedro Aladro, pretendiente al trono de Albania, con valiosos objetos de arte que la convierten en rico museo; la de Riquelme, de estilo plateresco del más exquisito gusto; la de los Ponce de León, destinada hoy a escuela, con magnífico patio de estilo Renacimiento y grande ventanas platerescas, y la de los Morlas y los Dávila, ambas con bellísimas portadas renacentistas.

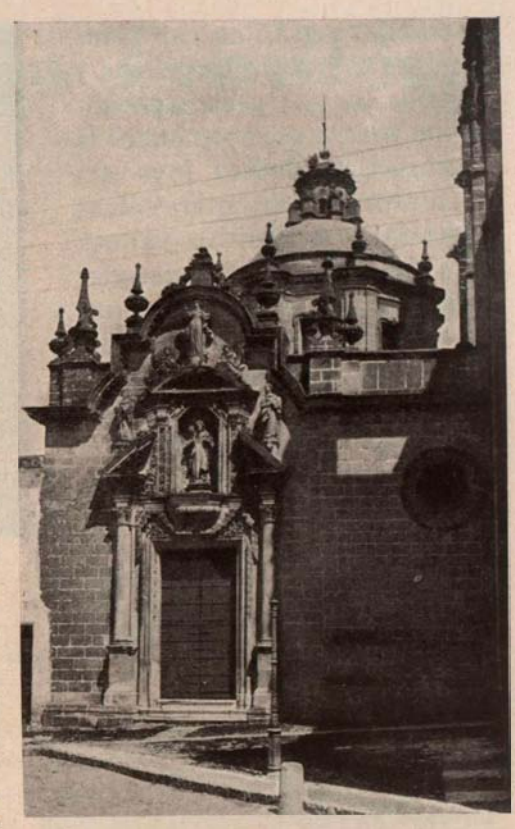
La piedad de los jerezanos se confirma por el gran número de construcciones dedicadas al culto, puesto que llegan a 15 las que levantan en el recinto de la población

Fachada de la iglesia del Monasterio de la Cartuja

amalgama de estilos diferentes y los tipos arquitectónicos de transición. Predomina el gusto ojival en la Colegiata, Santiago, San Lucas y San Marcos; el mudéjar en San Juan de los Caballeros; la transición del románico al ojival en San Dionisio, y la del ojival al Renacimiento en San Miguel y San Mateo; los retablos son en su mayor parte churriguerescos, como los de San Dionisio, San Mateo, San Lucas y San Marcos, y, por último, domina el plateresco en las sillerías, en la decoración y en algunas fachadas. Ninguna de estas iglesias posee un valor arqueológico que merezca singular estudio, por lo que nos limitaremos a estas indicaciones de carácter general. Pasando de las parroquias a los conventos, citaremos: el de San Francisco, que guarda el sepulcro de Doña Blanca, esposa de Pedro el Cruel; el de Santo Domingo, en cuya iglesia se advierten los estilos ojival, mudéjar y renacimiento, y el de los Capuchinos.

En la antigua plaza del Arenal, hoy llamada de Alfonso XII, levántase hierático y majestuoso el monumento al General Primo de Rivera, obra del genio de la escultura, D. Mariano Benlliure, que dirá a las generaciones futuras del cariño y gratitud de Jerez hacia el más preclaro y predilecto de sus hijos.

Una de las cosas que sorprenden al visitante de esta ciudad campesina es el insospechado número de consulados que en ella figuran, viéndose en sus rejas los escudos de las principales naciones europeas y de casi todas las Repúblicas americanas. Ello se debe a la formidable importancia comercial de su producción vinícola; sólo la exportación al extranjero excede anualmente de 35 millones de pesetas, porque el vino de Jerez es de universal renombre, constituyendo un producto de selección tan estimado como el champaña de Reims o de Epernay. Las grandes bodegas donde se elabora y almacena este famoso vino son muy importantes; forman barrios enteros, calles de largas tapias enceladas, tras las que asoma el amplio y elevado depósito con tejado de doble vertiente. Las puertas, cerradas siempre, pintadas de verde o colorado, afirman el andalucismo de esta arquitectura.



Un rincón de la iglesia de San Miguel

Claustro grande del Monasterio de la Cartuja (Fotos Loty)

Monasterio de la Cartuja: Claustro pequeño

Muy especial riqueza de esta tierra la constituyen sus renombradas cuadras, cuyos famosos ejemplares, admirados por todo el mundo, obtuvieron y obtienen en las Exposiciones que anualmente se celebran y en las internacionales a que concurrieron los primeros premios, que unánimemente les otorgaran los Jurados, por su belleza, por la esbeltez de sus líneas y la pureza de su raza.

Desde la ciudad pueden hacerse varias excursiones por los pintorescos alrededores, sembrados

Portada de la iglesia de San Miguel

de cortijos y granjas, con plantaciones de naranjos, olivos y frutales varios; pero especialmente hemos de recomendar la «Cartuja», verdadera joya arquitectónica de maravillosa portada y bellísimo cancel, obra notable de ebanistería; su iglesia, de esbeltas columnas y afiligranados ventanales; sus claustros, donde la imaginación evocadora cree ver la figura del asceta dedicado a la mortificación y al trabajo. A espaldas de la iglesia está el cementerio, rodeado por amplio claustro de arquería ojival, en el que se abren las puertas de las celdas. Aun se levantan allí los oscuros cipreses que dan a las ruinas una triste nota de melancolía.

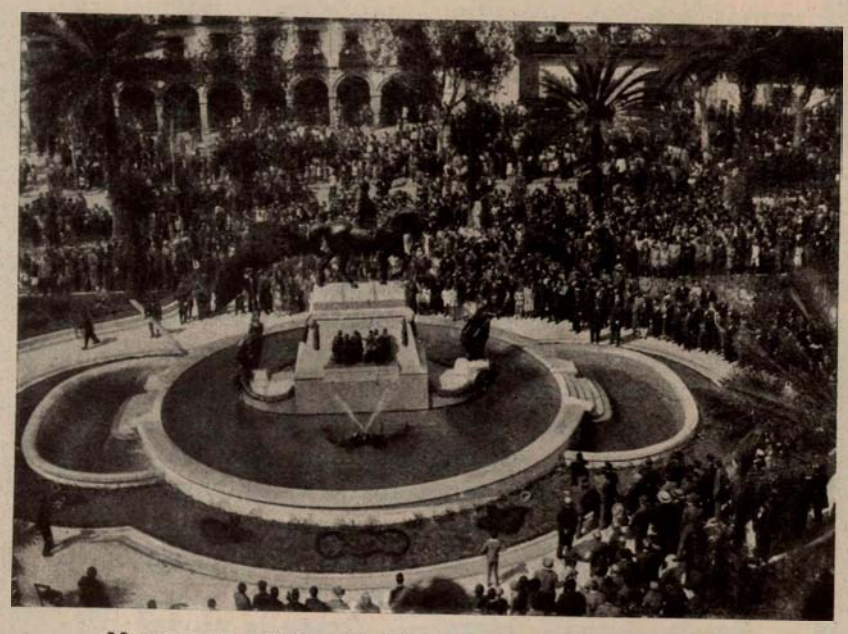
Patio de embarque de una bodega en Jerez

Jerez de la Frontera no podía desertar del puesto de honor que le corresponde en la Exposición Ibero-Americana de Sevilla, en donde hoy reside el alma hispana; en ella convergen las provincias y pueblos españoles, que con las manifestaciones de su arte, de su industria y de sus progresos, ponen su grano de arena en ese conjunto magnífico, derroche de arte, alarde de civilización y cultura.

El pabellón jerezano es demostración viva y latente de que el nombre de nuestro pueblo va siempre unido a toda manifestación de vida española, a todo movimiento nacional en pro de la industria y del comercio, como unidos a toda epopeya histórica van los de tantos jerezanos ilustres que, luchadores constantes e inquietos, bravos como leones, fuertes como castillos, con su indomable valor, supieron escribir estrofas inmortales, salpicando de sangre y gloria las páginas de la siempre gloriosa historia española: Garci Gómez de Carrillo, Lorenzo Fernández de Villavicencio y sus alféreces conquistadores del pendón de Albohacen; Aparicio Gaitán, Juan y Bartolomé de Villavicencio, héroes de Lepanto; Fortún de Torres, el viejo Orbaneja... y en los tiempos modernos Fernando Primo de Rivera, oponiendo el dique de su valor y de su ejemplo al desbordamiento de las huestes marroquíes; Durán González, el heroico aviador; Miguel Primo de Rivera y Orbaneja, caudillo insigne que en fecha memorable salvó a España de su inminente ruina, héroe de Alhucemas, alma del engrandecimiento y resurgir de la madre Patria.

Torre de la Colegiata

Altar mayor de la Colegiata



Monumento a Primo de Rivera en Jerez de la Frontera

La cría caballar en Jerez de la Frontera

por

Bernabé Rico Cortés

Secretario del Concurso Equino

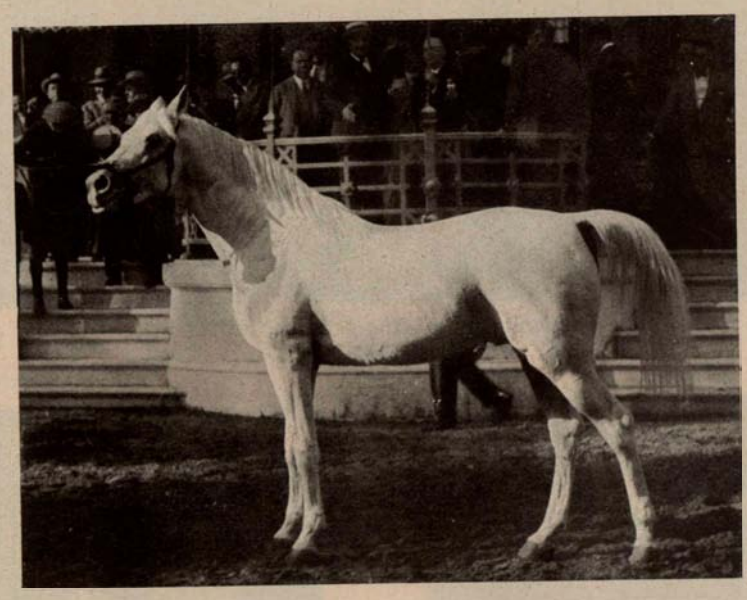
No es tarea exenta de dificultades dar en un artículo idea exacta del concurso equino celebrado en Jerez con motivo de la Exposición Ibero-Americana de Sevilla y como parte integrante de la misma, pues fué tal su grandiosidad y tan insólito el suceso, que se requiere un largo y detenido estudio para analizar y sintetizar tanta belleza acumulada.

A pesar de tamaña dificultad, por cumplir con la exigencia informativa del momento, procuraremos reseñar, aunque someramente, tan celebrado concurso. La originalidad del intento que significó la organización de un concurso dedicado exclusivamente a la raza equina en todas sus manifestaciones despertó la curiosidad del mundo ganadero, y desde que se exteriorizó la idea con el avance del programa, no cesó la demanda de noticias de todos los centros hípicos de Europa y América.

La merecida aureola de que gozan los caballos españoles y la feliz circunstancia de celebrarse el concurso que nos ocupa en Jerez, Meca de la cría caballar de España, fueron poderosos alicientes para augurar un éxito resonante.

Así ha sucedido en efecto, pues jamás soñó la organización poder reunir más de 800 animales de calidad sobresaliente, con representación lucidísima de todas las razas y manifestaciones de su utilización.

Los caballos españoles, tan afamados en otros tiempos como discutidos en los actuales, tuvieron magnífica representación en sus variedades cartujana y zapatera, que sin la influencia de los cruzamientos a que dieron lugar las importaciones realizadas, principalmente en tiempos de los Austrias y Borbones, constituyen el tipo tan justamente afamado y que con tanto esmero criaron los emires y califas durante su dominación en nuestra patria.



«Tunecino» pura sangre árabe, de la Yeguada Militar

El caballo árabe tiene tan lucido plantel en nuestro país por su número y calidad, que sin apasionado amor a las cosas propias puede afirmarse que estamos en posesión del tipo más selecto; así lo manifestaron cuantos nos honraron con su asistencia al concurso, quedando absortos al contemplar tan extraordinarios ejemplares.

El medio andaluz, tan similar al de su origen, y los acertados procedimientos de recría contribuyeron al logro de lo que es hoy motivo de natural orgullo en nuestra Cría Caballar y galardón del ministerio del Ejército, que es a quien se debe la posesión de tan preciada raza.

En las cruzas árabehispana y angloárabehispana son tantos y tan ruidosos los éxitos que desde hace años se vienen logrando, que no nos sorprendió que en tan solemne momento tuvieran ambas razas una representación esplendorosa. Estos caballos poseen tanta belleza y utilidad, que estamos seguros han de ser en breve plazo objeto de numerosas exportaciones, puesto que las que se han realizado no han podido obtener mayor aprecio, incluso en el campo deportivo.

¿Enganches? Seguramente que han transcurrido muchos lustros sin contemplar reunidos tantos y tan valiosos trenes como los que se admiraron en el concurso de Jerez: limoneras en toda clase de carruajes, troncos de Hackney, de españoles y de árabehispanos, tiros de a cuatro arrastrando fastuosos «mail-coach»; y a la andaluza, enjaezados con gusto y riqueza insuperables, que arrancaron frenéticos aplausos, no solamente de los competentes y aficionados, sino del pueblo todo, que instintivamente se entusiasma ante un espectáculo que representa con brillantez tradiciones bellísimas de la raza.

Los caballos sementales del Estado y la Yeguada Militar dieron la nota culminante de perfección, pues no en balde son estos Centros la base y fundamento de la producción del país.

Los «raids» patentizaron una vez más la bondad de los caballos españoles, que soportaron tan dura prueba conservando su abolengo de resistencia. Reseñar estas pruebas no cabe dentro del marco de una ligera información. La Prensa profesional publicará un estudio completo de tan interesante aspecto del concurso; sólo diremos que el número de caballos que tomaron parte en el nacional fué de 13, terminándolo 7, y en el internacional, 10, acabándolo 4.

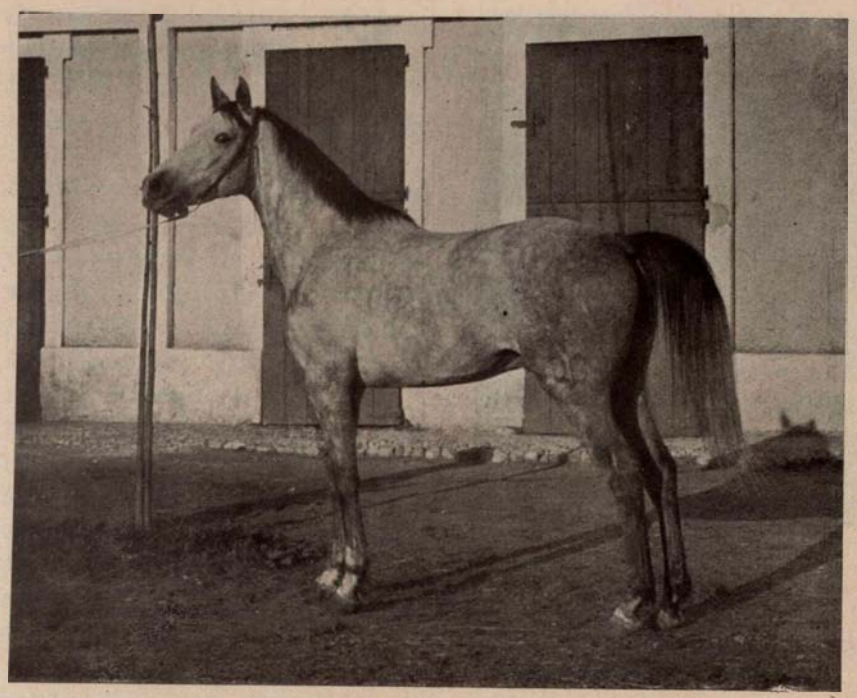
Los jinetes dieron una nota simpatiquísima en las tardes dedicadas a la presentación; todas las escuelas tuvieron ejecutantes diestrísimos, llamando poderosamente la atención los trabajos de alta escuela, que lograron una perfección insuperable.

El certamen de estudios hípicos movilizó los entusiasmos de los llamados a exteriorizar sus ideas, aportando datos y soluciones que seguramente apreciarán los elementos directores para mejorar las condiciones de la industria y de su técnica.

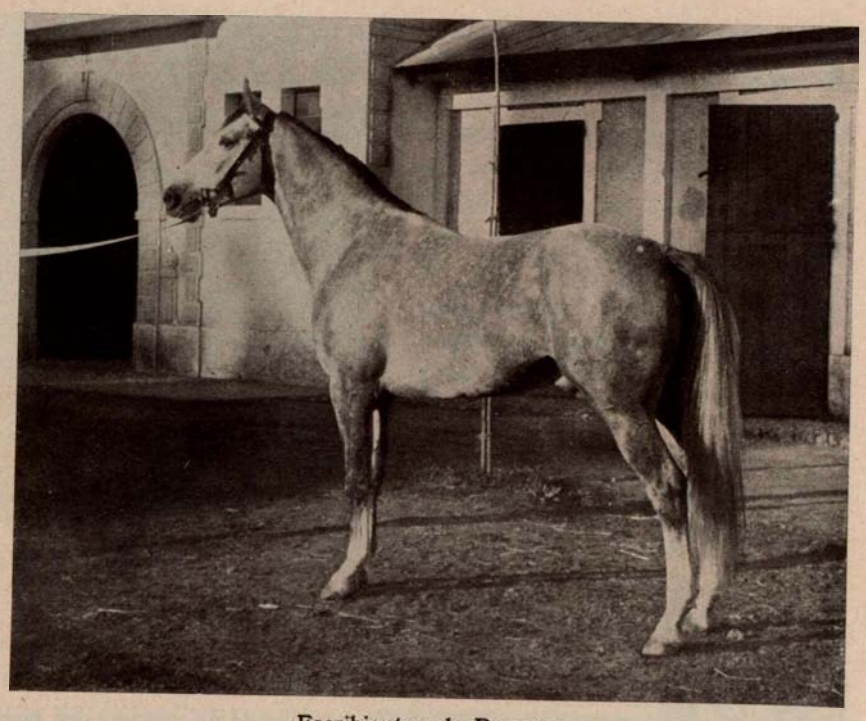
Las carreras de caballos constituyeron un triunfo colosal; la concurrencia rebosante, henchida de alegría, pues estas reuniones jerezanas tienen su carácter propio, no solamente en su técnica por la finalidad especial que persigue el Real Jockey Club que las organiza, sino por la simpatía y fraternidad que las domina, derrochándose la generosidad innata en los hijos de esta tierra encantadora, que ponen en todas sus cosas el corazón por delante. Más de 100 caballos tomaron parte en las 24 carreras que se celebraron; en la mayoría de ellas compitieron 12 y hasta 16 hermosos ejemplares de razas nacionales en su totalidad, espectáculo bien difícil de contemplar ordinariamente y que mereció el aplauso general hasta de los más aferrados a la etiqueta y normas británicas en este deporte.

Jerez de la Frontera, merced al esfuerzo de sus hijos y al amparo de los Poderes públicos, se ha convertido en el centro del hipismo nacional.

El Real Centro de selección y mercado de caballos sementales, Jockey Club, es una Sociedad nacional, a la que acude el ganado de los criadores españoles, constituyendo un mercado permanente, donde el comprador encuentra reunida la producción más selecta del país, pudiendo examinarlos en todos sus aspectos



«Orsinio», angloárabe, de Cadenas



«Escribiente», de Domecq

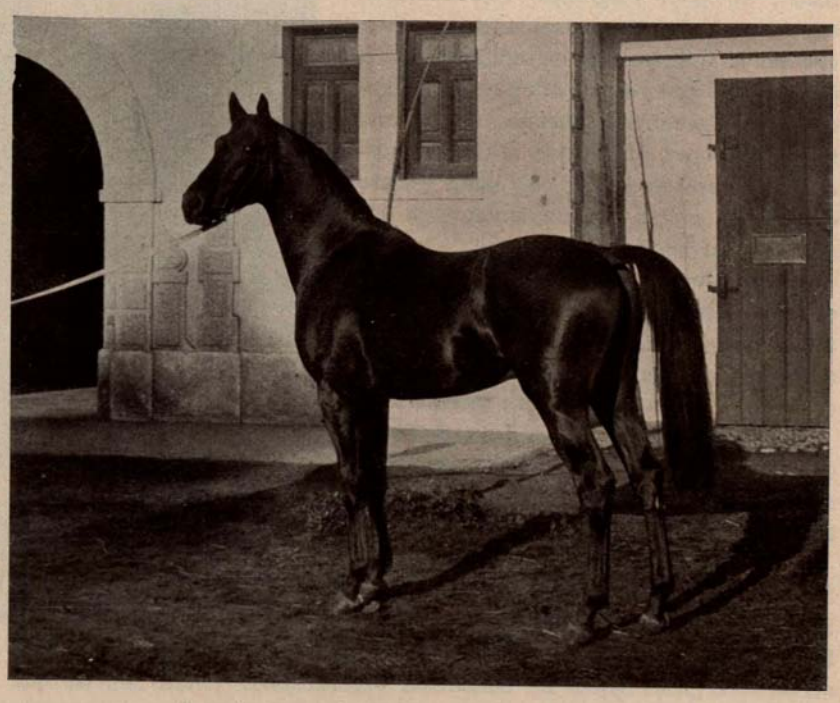
y con todo género de facilidades; en el año actual ocuparon las cuadras 86 animales, habiendo adquirido el Estado para reproductores 41, y dos para igual fin la República de Chile. El local en que está establecida la Sociedad consta de 90 boxes, 106 vallas, picadero, enfermería, guadarnés, almacén de piensos, habitaciones para jockeys, salas para los señores socios y cuantos elementos puedan apetecerse, todo de moderna y sólida construcción, que ha servido de base para la celebración del concurso. Sus oficinas, abiertas constantemente, proporcionan cuantos datos se relacionan con este comercio.

«Babilonio», pura sangre árabe, de Ibarra

Complemento de tan atrayente conjunto lo constituyen la Yeguada Militar y el Depósito de Caballos Sementales del Estado, que son dos establecimientos dignos de visitarse por contar con un número de ejemplares extraordinarios muy difíciles de ver en parte alguna.

La noticia de la bondad inimitable de nuestros caballos, su mercado y exposición permanente en este clima ideal, rodeado de un ambiente de alegría sin par, será lo suficiente para atraer a toda persona que ame la belleza insuperable de la Naturaleza, que aquí se disfruta como en parte alguna con sus elementos hípicos y cinegéticos.

«Caíd», pura sangre árabe, de Cid



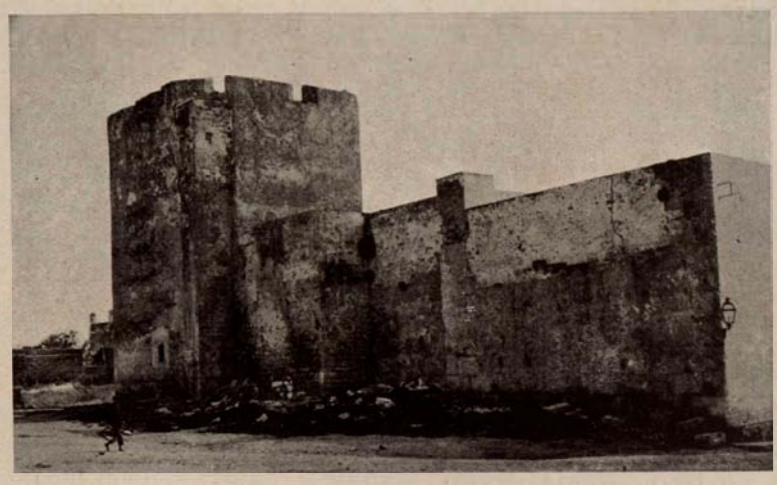
«Jorquino», angloárabe hispano, de Guerrero

Todos los que figuran en esta página han sido recriados y preparados en el Real Jockey Club, de Jerez.

ALGECIRAS

Bañada por el río de la Miel, puerto de importancia por su diaria relación con el norte de África, que lleva numeroso contingente de turismo, esta pintoresca ciudad ofrece un agradable aspecto de urbanización moderna, que realza notablemente la bondad de su clima.

Su inmediata vecindad con Gibraltar retiene la visita del viajero, que, por otra parte, puede disponer de alojamientos tan confortables como es poco corriente encontrar en ciudades de un censo de población de cerca de 15.000 habitantes.



El castillo de San Fernando.

Tanto es así que la ciudad se ha visto honrada varias veces con la visita de SS. MM. las Reinas de España y Portugal, así como por S. A. la Princesa Beatriz de Inglaterra y otras prestigiosas personalidades.

SAN FERNANDO.—Es partido judicial, con 30.000 habitantes. En esta ciudad se halla establecida la Comandancia general de este apostadero marítimo, así como el Arsenal de la Carraca, Factoría naval (que cuenta con numerosos talleres, diques, máquinas, etc.) y la Escuela Naval Militar.

La principal riqueza de esta ciudad es la recolección de sal, que es muy abundante.

Para el turista son dignos de mención los siguientes lugares: la Casa Ayuntamiento, el teatro de las Cortes, donde se reunieron las primeras Constituyentes de la Monarquía española en 1810; el Observatorio Astronómico y el Panteón de Marinos Ilustres.

Puerto de Santa María. Iglesia de Nuestra Señora de los Milagros.

PUERTO DE SANTA MARÍA.—Resulta sumamente agradable la excursión a esta localidad, que puede hacerse desde Cádiz, por mar o por ferrocarril. Entre sus monumentos recomendamos el castillo de San Marcos, la iglesia Mayor Prioral y el convento de la Victoria. Las canteras de San Cristóbal son dignas de verse; se hallan en explotación desde tiempos remotos. Predominan en el Puerto las casas vinateras de importante exportación.

SANLÚCAR DE BARRAMEDA.—Esta población, gracias a su hermosa playa y delicioso clima, es el lugar predilecto de los veraneantes andaluces, y con muy poco esfuerzo podría ser estación invernal de turistas extranjeros. En ella se celebran todos los años fiestas de gran animación. Entre los edificios más notables, en la parte alta de la ciudad, se hallan los restos del castillo, de planta rectangular, con doble recinto de barbacana; su construcción data del siglo XV. Perteneció al señorío de los Guzmanes y Gironas, dueños de Sanlúcar. Asimismo deben visitarse la iglesia parroquial, llamada de Santa María de la O; el palacio de los duques de Montpensier, el Ayuntamiento y las iglesias de Santo Domingo y San Francisco.

TARIFA.—Antigua población fundada por Tarif-ben-Malik, que fué el primer árabe que tomó tierra en la península, conserva gran parte de sus antiguos muros, así como el torreón desde donde dice la fama arrojó Guzmán, llamado el Bueno, el cuchillo con que había de ser sacrificado su hijo al traidor infante Don Juan, que en unión de los moros sitiaba la plaza.

En la actualidad ofrece esta población el interesante momento que supone la proyectada construcción del túnel bajo el Estrecho, que tiene su arranque en Tarifa.

Hemos de recomendar también las visitas a Chiclana, Medina, Arcos, Puerto Real, Vejer de la Frontera, y en la sierra, a Ubrique, Grazalema y Villaluenga del Rosario.

Vista panorámica de Arcos de la Frontera.

La Línea de la Concepción

"La ciudad noble y laboriosa"

por

Enrique Sánchez Cabeza

En el extremo sur de la provincia de Cádiz, un kilómetro al norte de Gibraltar y siete al sudeste de San Roque, en una extensión de terreno arenoso, en las estribaciones de Sierra Carbonera, de la que dista dos kilómetros aproximadamente, se halla enclavada la ciudad de La Línea de la Concepción.

Población moderna, de sencilla arquitectura, nació y creció a la sombra de esa mole gigante que, semejando un león en reposo, es la cosmopolita y atractiva ciudad de Gibraltar.

Su génesis, precisamente en estos días en que la Exposición Ibero-Americana es como una exaltación de los valores raciales hispanos que culminaron en la máxima epopeya del descubrimiento del Nuevo Mundo, nos recuerda que si alguna ciudad existe en nuestra Patria que pueda representar el entronque de la vieja Madre con sus jóvenes hijas, esa ciudad es La Línea de la Concepción.

Por esta puerta de la Patria amada ha desfilado un buen contingente de la emigración española, que en un ansia de aventuras, de mejoramiento material, se encauzó hacia aquellos países a los que el genio inmortal de Colón dió vida por y para España. Y en esta puerta de nuestra Patria se detuvieron, para no abandonar el suelo amado, caravanas enteras de emigrantes, que al encontrar en el dique, en los arsenales, en el puerto de Gibraltar, el trabajo y el dinero que a América les lanzaba, renunciaron a su primera idea y se avecindaron, creando un pueblo potente y vigoroso—como la América a la que habían renunciado—sobre ese arenal inmenso que era, hace unos setenta años, lo que es hoy una de las más importantes ciudades andaluzas.

El caso de La Línea, por las razones que van expuestas, es, quizás, único en nuestra Patria. A pesar de estar asentada en Andalucía, sin dejar de serlo, es, sin duda, la menos andaluza de las poblaciones. Y ello no obedece a ningún fenómeno extraordinario, sino simplemente a la forma de su incubación.

Esas corrientes de emigración que aquí dejaron importantes núcleos procedían de toda España. Y la población de La Línea fué formándose por gallegos, extremeños, valencianos, andaluces, etc.

De ahí que haya quien asegure que el ciudadano linense es el individuo-tipo español, tesis que mantenía con verdadero calor un culto inglés que en cierta ocasión me decía:

«Ningún pueblo como La Línea puede preciarse de representar de una forma más precisa el carácter español, ya que por la forma de su elaboración, por el cruce de todas las razas originarias de vuestras regiones, surgió ese tipo representativo de la raza genial, que, según González-Blanco, es «la raza gallarda, aventurera, la raza de los hijos del Cid, la raza que culminó en el Hidalgo Manchego, la raza de hombres fuertes como murallas y a la vez tiernos como niños; esta raza magnífica que dejó sus huellas por dondequiera que pasó, la raza que fué a Flandes, la que colonizó a América, que llevó a las selvas vírgenes la Cruz de Cristo y la lengua de Cervantes...»

Vista del Hotel Príncipe de Asturias. Al fondo, el Peñón de Gibraltar.

Y esto me lo decía con fruición, con verdadero entusiasmo, como queriendo hacer suyo ese canto a la raza hispana...; porque esta ciudad, por ese intercambio que con Gibraltar sostiene, ha ganado para nuestra Patria el corazón de muchos ingleses, que así han sentido a España por La Línea... ya que así es La Línea por España.

* * *

Hasta aquí el aspecto espiritual de la ciudad.

El otro, el urbano, está a tono con aquél. Como el espíritu de la raza, es modesto, sencillo...

Calles amplias, soleadas. Edificaciones modernas, sin complicaciones. ¡Toda la ciudad es un canto a la Vida!

Como todo pueblo joven, La Línea carece de monumentos históricos, ya que no podemos dar esta designación a las ruinas de los castillos y murallas que constituían la fortaleza construída por el duque de Montemar para sitiar Gibraltar.

* * *

En el aspecto turístico, La Línea ofrece bastantes atractivos al forastero.

Una magnífica carretera la une al resto de España y a Gibraltar, de la que dista menos de dos minutos en automóvil. Esta circunstancia la hace ser el punto de partida del turismo que en el puerto calpense desembarca.

En sus cercanías se hallan las ruinas de la antigua ciudad de Carteya, que estuvo situada en esta herradura de tierra que forman Gibraltar y su Campo.

Durante la temporada veraniega, y de acuerdo con Compañías navieras calpenses, se organizan interesantísimas excursiones a los diferentes lugares típicos de la zona de nuestro Protectorado en Marruecos, Tánger y Ceuta.

En el mes de julio se celebran las tradicionales fiestas de la ciudad, que han alcanzado justo renombre. En esta época se organizan varias corridas de toros a base de toreros de primera fila, a las que acuden aficionados de toda la región andaluza.

Hoy se están llevando a cabo importantes mejoras sanitarias y urbanas, que, unidas a la bonanza del clima—sin disputa, el mejor de España y quizás del mundo entero—, harán de La Línea un verdadero Paraíso, laborando con tal objeto, de una forma eficaz y digna de loa, el Ayuntamiento que preside el actual alcalde, D. Andrés Viña García.

Vista parcial de los jardines del Palacio Municipal.

CÓRDOBA

Pedro López e Hijos

BANQUEROS

Representantes depositarios de la Compañía Arrendataria de Tabacos

Casa fundada en 1838

Apartado número 14 — CÓRDOBA — Teléfono número 34

SOCIEDAD MINERA Y METALÚRGICA DE PEÑARROYA

SOCIEDAD ANÓNIMA :-: CAPITAL: 156.250.000 francos :-: DOMICILIO SOCIAL EN PARÍS: PLACE VENDÔME, 12

Dirección en España: Peñarroya-Pueblonuevo (Prov. de Córdoba) Teléfono 1 - Dirección telegráfica: Minera-Peñarroya-Pueblonuevo

OFICINAS EN MADRID: ALFONSO XII, 30 - TELÉFONO 11.607

Fundiciones de plomo y cinc: En Peñarroya-Pueblonuevo, provincia de Córdoba, y en Cartagena, prov. de Murcia.

Hulleras de Peñarroya-Pueblonuevo y de Puertollano: Carbones para cok y gas, Carbones grasos, Antracitas, Cok y Briquetas.

Subproductos de destilación de la hulla: Benzoles, Toluoles, Creosotas, Naftalina, Alquitranes y Brea.

Productos químicos de Peñarroya-Pueblonuevo: Superfosfatos, Superfosfatos dobles, Abonos compuestos, Ácido sulfúrico. Oleum, Sulfato de cobre, Sulfato de hierro, Sulfato de amoníaco y Ácido nítrico.

Talleres de construcción: Construcciones metálicas y fundición de hierro de todas clases. Especializados en material de minas, Lavaderos y Fundiciones.

Productos varios: Carborundum, ladrillos y piezas refractarios, ladrillos sílicocalcáreos, etc., etc.

Para pedidos e informes diríjase la correspondencia al Sr. Director de la SOCIEDAD MINERA Y METALÚRGICA DE PEÑARROYA, Peñarroya-Pueblonuevo (provincia de Córdoba)

Lo que concierna a Productos químicos, a la COMPAÑÍA COMERCIAL IBÉRICA, calle de Alfonso XII, 26 - MADRID

CÓRDOBA

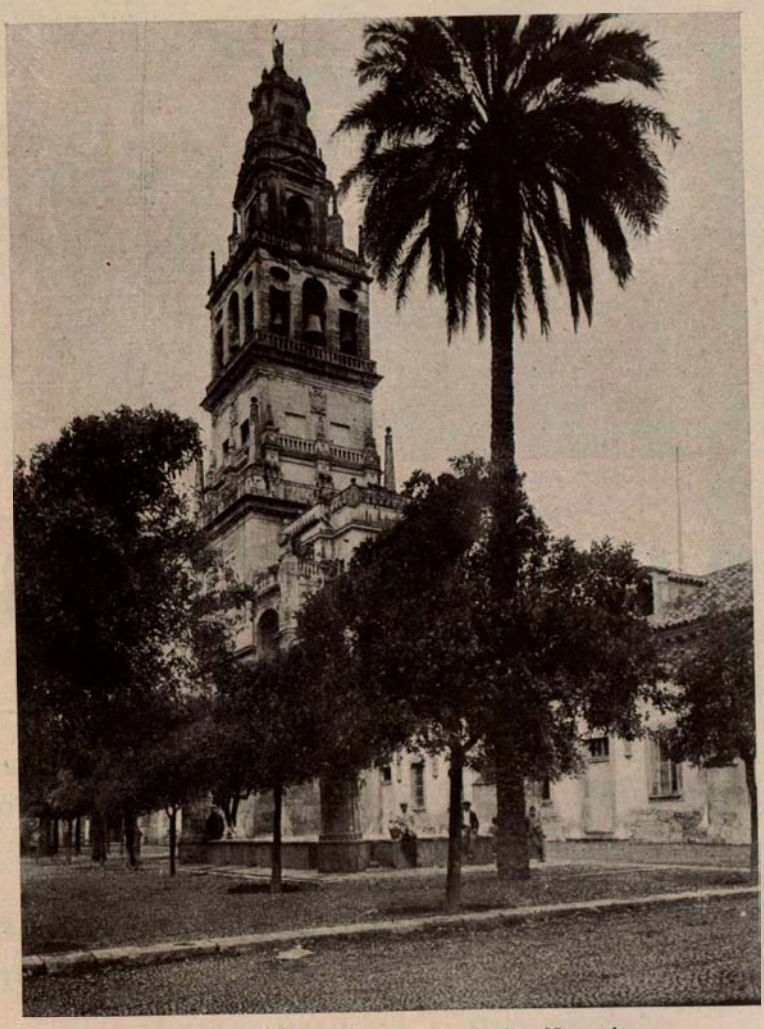
órdoba tiene una población de 80.000 habitantes, situada en excelente y extensa llanura, entre el río Guadalquivir y Sierra Morena; es su clima sano y agradable (aunque excesivamente caluroso en verano), y su terreno feracísimo y con una envidiable situación geográfica, pudiendo decirse que es la ciudad más estratégica de Andalucía.

Es quizás una de las ciudades españolas de más rancio abolengo y la más espiritual de la Bética, porque, a pesar de su innegable decadencia (aunque en nuestros días parece resurgir a su pasada grandeza), quedó siempre en ella la huella espiritual de sus antepasados.

De la Córdoba prehistórica, poco se sabe con certeza. En Andalucía existió un pueblo llamado Tartesio (que formó un imperio), y Tartesso se llamó el río Guadalquivir; en el valle de este río estuvieron establecidos los pueblos cultos de la España primitiva, a los cuales pertenecía la tribu de los «Turdetanos», recibiendo el nombre de «Túrdulos» los que estaban establecidos en la región cordobesa.

Posteriormente se establecen en la península fenicios y griegos, y del contacto de estos dos pueblos con el indígena se crea una nueva cultura, que perdura, a pesar de la conquista romana, que aunque la modifica fundamentalmente, no la suprime de una manera tan radical que no afloren de cuando en cuando corrientes muy apreciables. La zona más importante de la cultura formada con tacto de fenicios, griegos y turdetanos, es el SE. de España.

En realidad, los tiempos históricos de España comienzan con la conquista romana, en cuya época fué Colonia Patricia formada de familias únicamente del orden «equestre» y senatorio; también fué Convento jurídico, y de ella partían las vías o itinerarios que ponían en comunicación el resto de la Bética.



Torre de la Mezquita y patio de los Naranjos.

CORDUBA MILITIAE DOMUS INCLITA
FONSQUE SOPHIAE

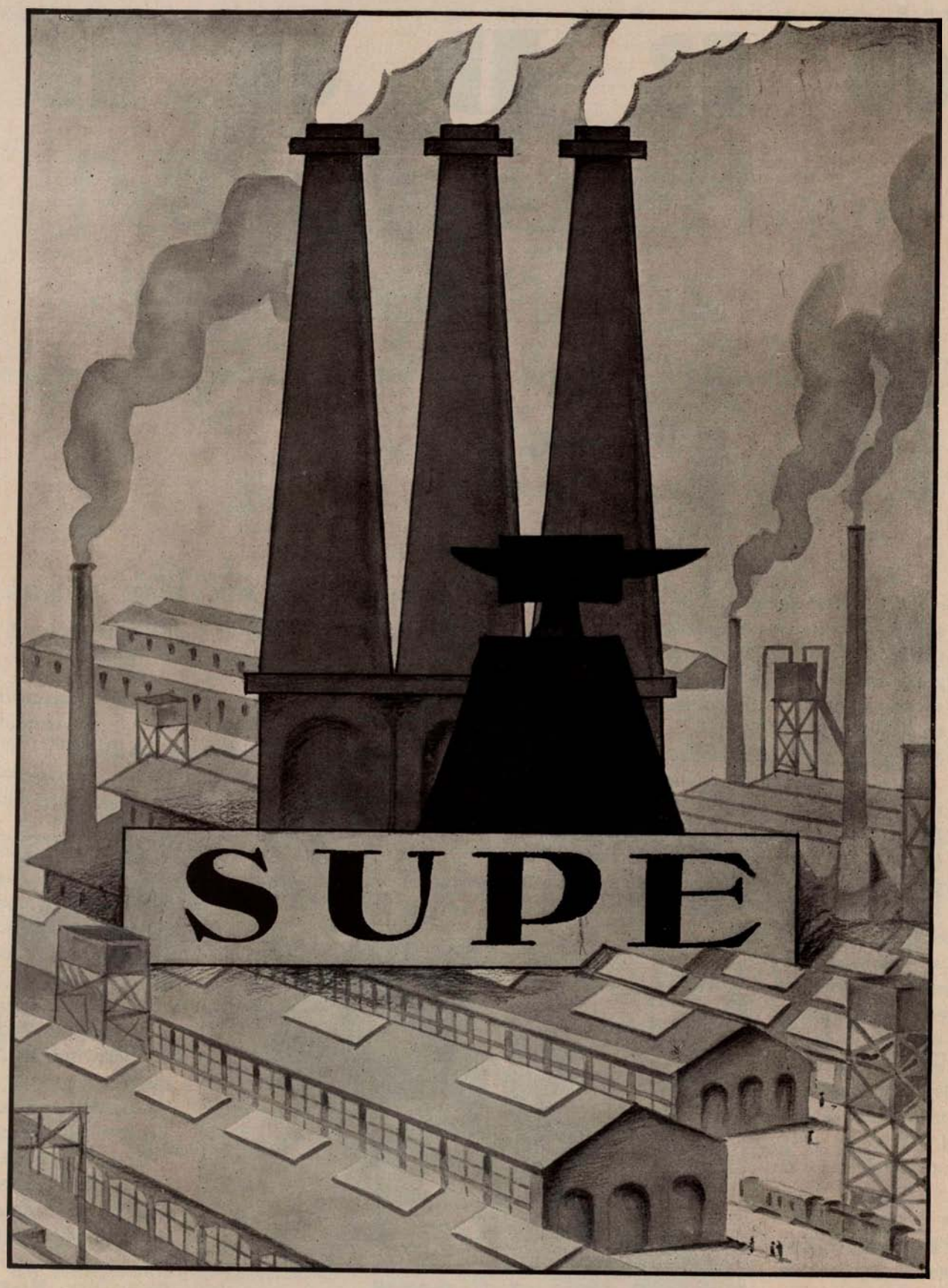
(Córdoba, casa de guerrera gente y de sabiduría clara fuente.)

El escritor Silio Itálico nos dice que los «cordobeses» acompañaron a Aníbal en su famosa expedición a Italia.

En las luchas político-religiosas de los visigodos, defendió Córdoba la causa de Hermenegildo contra su padre, el cual la tuvo que conquistar.

En la conquista y colonización de América, Córdoba tiene una intervención decisiva; prueba de ello es el número de poblados y de accidentes geográficos que recibieron su nombre, aunque algunos fueron después cambiados. Aparte de los deudos de Beatriz Enríquez de Arana que fueron a América, es curioso observar que los segundones de las más ilustres familias cordobesas, ansiosos de vida y de poder, marchan en busca de aventuras; tales son los apellidos de Angulo, Tafur, Valderrama, Córdoba, Ríos, Sosa, Venegas, Hoces, etc., etc.

En el campo de la ciencia, Córdoba está representada por cuatro de los hombres más eminentes que ha producido la humanidad, pertenecientes a cuatro razas y cuatro religiones distintas: Séneca, Osio, Maimónides y Averroes. «Séneca», que dió nombre al senequismo, es la figura más gigante de la Historia Literaria, por su fuerte sello hispano; su heredero espiritual fué Quevedo. «Osio» tiene una gran figura: va a dos concilios: el de Ilíberis (Granada) y el de Nicea, en el cual se redacta el «Símbolo de la Fe», rezando el orbe cristiano con las palabras del gran obispo cordobés. «Averroes» fué el más ilustre de los pensadores musulmanes cordobeses: filósofo, astrónomo, jurisconsulto y médico, transmite a Europa las doctrinas de Aristóteles. «Maimónides», este notable escritor judío, fué llamado el «Aristóteles de la Edad Media» y



SOCIEDAD DE UTENSILIOS Y PRODUCTOS ESMALTADOS

Capital: 3.000.000 de pesetas / Fábrica en Córdoba: Apartado 20
Domicilio social: Madrid (Apartado 65) San Agustín, 2
Producción: 20.000 piezas diarias * 650 obreros

Fabricación de batería de cocina y artículos sanitarios en chapa de acero esmaltada ~ Especialidades: marrón gris, rojo coral

El coro de la catedral.

«el Santo Tomás del judaísmo». En su obra titulada «Guía de los descarrilados o perplejos» se ve el influjo del genio judío, diversificándose y ensanchándose hasta llegar a abarcar todos los conocimientos humanos.

Bastarían los cuatro nombres indicados anteriormente para justificar la leyenda del escudo de la ciudad «... y de sabiduría clara fuente», pero hay una pléyade de hombres insignes que se distinguieron en el cultivo de todas las ramas del saber: el abad Speraindeo, Juan de Mena, Antón Montoro, Gonzalo de Ayora (escritor militar y precursor de la reforma del Gran Capitán que revolucionó la táctica), Pérez de Oliva, Francisco del Rosal, Góngora, el duque de Rivas (creador de la Escuela Romántica en la literatura española), Muñoz Capilla, Rey Heredia, Borja Pavón, Ramírez de las Casas Deza, Ramírez de Arellano, Fernández Grilo, Fernández Ruano, el filósofo Fernando de Córdoba llamado el Divino, etcétera, etcétera.

Todo Córdoba es digno de visitarse. Bastaría con decir esto, que el viajero confirmaría por sí al recorrer la ciudad. Pero, no obstante, precisaremos lo más saliente.

LA MEZQUITA, la más afamada joya cordobesa, sorprende como una creación de ensueño. Data este maravilloso edificio del siglo VIII, en que comenzó su construcción Abderramán I, fundador del primer estado musulmán independiente en España. Se cree que en el lugar que hoy ocupa se elevaba en la época de la dominación romana el templo de Jano y más tarde una iglesia visigótica. Muerto Abderramán, su hijo Hixem I construyó lo que faltaba. La obra primitiva se componía de once naves cruzadas por otras once, un patio y el «mihrab». En 833, Abderramán II amplió la Mezquita, añadiéndole ochenta columnas; Alhaken II mandó ampliar nuevamente en 964 y, por último, Almanzor añadió otras ocho naves. Al conquistarse la ciudad por San Fernando, fué consagrada como catedral bajo la advocación de la Asunción de la Virgen, dándosela el nombre de Santa María la Mayor. Comenzaron los trabajos para adaptarla al culto católico y en el siglo XV se habilitó para coro la nave llamada de Villaviciosa. En el siglo XVI fué cuando sufrió una transformación más radical, con la construcción de la capilla mayor. Todas estas obras, que han durado varias centurias, han hecho de la Mezquita Catedral de Córdoba uno de los templos más curiosos que hay en la tierra, pues coexisten dentro de él el más puro estilo árabe, suntuosamente decorativo, el grecorromano, el ojival y el renacimiento. Indudablemente, lo que sobresale por su belleza única es lo que queda del templo musulmán. Las 19 naves, con su famoso laberinto de columnas, que casi llegan a mil, esbeltas y majestuosas, de rico material y colorido, con sus capiteles diferentes y sus airosos arcos; la capilla de San Fernando —estilo mudéjar—, la de Villaviciosa y la del Mihrab; el Patio de los Naranjos, prodigioso de destreza y de color, con su gran fuente en el centro; las puertas de las Palmas y del Sultán; los Postigos de San Esteban y de las Damas, conservan íntegro el carácter árabe e intacta su maravillosa belleza. Con ser muy interesante la catedral construída dentro de la Mezquita, no ha conseguido borrar el encanto de ésta, dentro y fuera de la cual lo que destaca y admira es la obra primitiva, aunque hay algunos primores ojivales y grecorromanos en la construcción cristiana.

La puerta más importante es la llamada del Perdón. Su arco está constituído por una ojiva con archivolta. Tiene pintadas en el muro las imágenes de la Virgen, San Miguel y San Rafael. La entrada la franquean dos torres con arcos lobulados. Las hojas de la puerta y los llamadores son obra mudéjar del siglo XIV, del reinado de Enrique II. Está situada en el muro del Norte, y junto a ella se alza la torre, comenzada en 1593 por Hernán Ruiz, sobre los cimientos de la antigua alminar, que desapareció en el siglo XIII.

Diseminadas por toda la ciudad existen numerosas y bellísimas iglesias de todos los tipos y de todas las arquitecturas. Citaremos: San Pablo, que es la iglesia más antigua de Córdoba y la más interesante después de la catedral; fué edificada a fines del siglo XIII sobre un palacio almohade, que a su vez había sido construído sobre un edificio romano (probablemente el anfiteatro); pertenece a la época de transición del románico al ojival; en lo que conserva de románico recuerda el Monasterio de Poblet y los principios de la «Escuela cisterciense» (que, como se sabe, introdujeron los monjes del Cister en España). Todos los estilos arquitectónicos han dejado aquí su huella (desde las columnas romanas y el recinto con bóveda de crucería almohade, hasta las más modernas restauraciones). El antiguo «convento del Carmen Calzado», estilo renacimiento. Tiene un soberbio artesonado y un retablo de Valdés Leal, magnífico. También hay cuadros de Valdés Leal en la iglesia de «San Pedro», antiguo templo gótico profundamente modificado y con huellas de diversos estilos. La de «San Lorenzo», ojival primitivo. La de «San Andrés», ojival también. «San Juan», antigua mezquita. «San Nicolás de la Villa», con torre mudéjar, terminada en 1496, tiene un saliente compuesto de arcos y almenado en forma de flores, es la más bella de todas las torres cordobesas. ¡Lástima que haya sido objeto de un atentado artístico al adosarle en el siglo XVIII el feísimo segundo cuerpo, que totalmente la desfigura y pide a gritos su demolición! «San Hipólito», antigua colegiata, en donde están los sepulcros de los Reyes de Castilla Fernando VI y Alfonso XI.

Palacios particulares hay muchísimos. Quizá el más bello es el conocido por la «Casa de Don Gome»; tiene bellísimos patios. También las casas llamadas de «Páez», del «Bailio», la de los «Ríos» y otras, son dignas de ver.

Los museos provinciales de Pintura y Arqueología contienen verdaderas maravillas y restos de obras de arte de todos los pueblos que han dominado en Córdoba. Hay allí desde antigüedades prehistóricas hasta obras de artistas contemporáneos españoles.

Son también notables: el puente romano sobre el Guadalquivir, el castillo de «Calahorra», la «Puerta del Puente», la «Sinagoga», el «Ayuntamiento» y las torres y jardines del «Alcázar», hoy desaparecido, la «Torre de la Malmuerta» y de «Almodóvar».

Capilla de San Pedro, o el Mihrab, en la catedral

Como en toda An-

dalucía, las ferias, las procesiones, las corridas de toros y las romerías, son las fiestas populares más típicas y alegres.

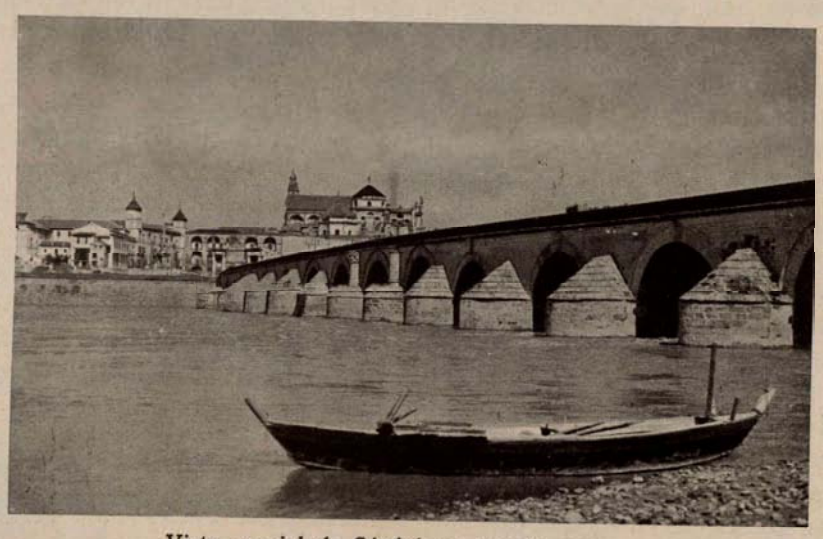
Para el excursionista tiene Córdoba la hermosura de la serranía de su nombre, de espléndida vegetación y clima extraordinariamente sano. Al pie de ella, hay numerosas casas de campo y cortijos y fincas de recreo. El panorama es bellísimo. En la sierra están los conventos de «Scala Celi» y de «Nuestra Señora de Linares», y el «Desierto de Belén» con numerosas ermitas, sumamente pintorescas. Otra excursión deliciosa es a las ruinas de «Medina Azahara», el famoso alcázar que fué residencia de los califas cordobeses. Están a unos ocho kilómetros de la ciudad. Muy cerca se halla el viejo y encantador convento de «San Jerónimo». La excursión por la serranía de Córdoba es de las inolvidables, por la belleza y serenidad del paisaje, de la luz, del aire. La sierra es como los jardines de la ciudad. El complemento de la Córdoba de ensueño.

Patio de los Naranjos y torre de la catedral.

LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL. REFORMAS REALIZADAS.—La más importante y la primera en el orden cronológico, fué la construcción del nuevo Manicomio provincial, en la parte más sana e higiénica de la ciudad, sobre terrenos pertenecientes al Hospital de crónicos.

CASA SOCORRO-HOSPICIO.—Se han hecho grandes reformas, no sólo en lo referente a obras de saneamiento e higiene, sino también en el instrumental y material quirúrgico. Se invirtió en el año 1918 en víveres, camas, ropas y reparación del edificio 159.806,62 pesetas más que en 1921-22.

Se ha mejorado notablemente la alimentación de los acogidos y se ha creado una imprenta, en la cual trabajan los niños, cuyos jornales se les acumulan en cartillas de ahorro.



Vista parcial de Córdoba y puente romano.
(Fotos Loty.)

CASA CENTRAL DE EXPÓSITOS.—Además de las obras de entretenimiento del edificio, se han hecho notables mejoras en el mismo, estableciéndose en el Departamento de Maternidad una sala con 14 camas equipadas para embarazadas, quirófano para partos e intervenciones.

Sala para puérperas, con cinco camas; salita para esterilización del material e incubadora. Cuarto de baño.

Se ha adquirido un autoclave, camas para parturientas y el correspondiente material quirúrgico.

HOSPITAL DE CRÓNICOS.—También se han hecho grandes reformas en el edificio, adaptándolo a las necesidades a que se ha destinado, ejecutando obras de higiene y saneamiento, ampliación de salas, restauración de la capilla y mejora del depósito de cadáveres, en el que se han construído dos mesas de cemento con aisladores.

Se ha destinado un trozo de la huerta para establecer los pabellones que constituyen hoy el Manicomio de varones.

DEPARTAMENTO DE ALIENADAS.—Se ha establecido en el ex convento de San Pedro Alcántara (donde estuvo el Manicomio de varones), pero debidamente transformado, no siendo tarea fácil detallar sus reformas; basta decir que desde los tejados al subsuelo, sin olvidar el más pequeño rincón, se ha vestido de nuevo, conservando solamente la planta del primitivo edificio, siendo innumerables las obras de saneamiento realizadas en el mismo, hasta el punto de poderse mostrar orgullosa la Corporación con este edificio.

HOSPITAL DE AGUDOS.—Se han hecho obras generales para la reparación del edificio; además se ha instalado un gabinete de Radioterapia y se ha adquirido un extenso y completo material quirúrgico. Se ha construído un lavadero y secadero mecánico. La cocina ha sido ampliada por insuficiente en la forma en que estaba. Se han creado plazas de enfermeros nocturnos. Se ha organizado la farmacia del establecimiento, formulando un recetario completísimo, y se ha hecho la renovación de la casi totalidad de las camas.

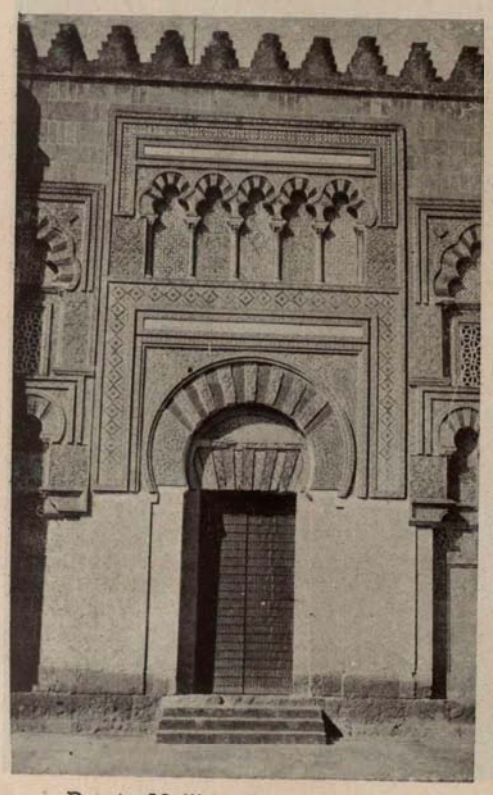
El aspecto general del establecimiento, con su extremada limpieza, aleja del visitante la triste idea de que se encuentra en la mansión del dolor.

ESCUELA NORMAL DE MAESTROS.—Además de las obras de entretenimiento, se han ampliado algunas dependencias, como el salón de actos y la secretaría, sustituyéndose en casi todo el edificio la antigua solería, que era muy deficiente, por losetas de cemento, colocando placas turcas, solerías y alicatados.

ESCUELA NORMAL DE MAESTRAS.—También se han realizado obras de ampliación en la clase de Gramática y se ha sustituído el pavimento en la mayoría de las dependencias por losas de cemento.

MUSEO DE BELLAS ARTES.—Se ha hecho la ampliación del salón bajo de columnas, abriéndose dos ventanas provistas de vidrieras artísticas, pavimentación de madera y restauración del techo. Se adquirió una parcela en la casa contigua, que, unida a la antigua atarazana, se ha convertido en taller de reparaciones.

En el patio-jardín de entrada se ha hecho la pavimentación con mosaico a estilo del siglo XVI.



Puerta Mailina de la catedral.

Nave del Mihrab, en la catedral.

El Cristo de la Caridad, en el Museo Provincial.

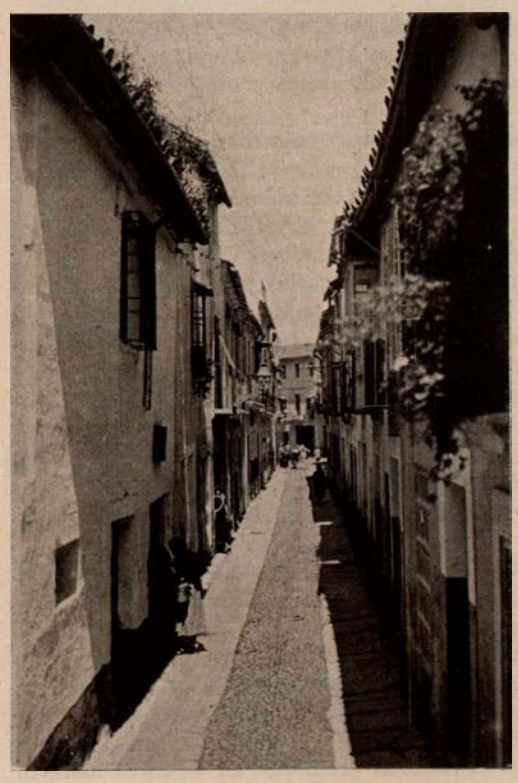
que se cursa en los establecimientos y de la manual de los oficios de zapatería, sastrería, carpintería, etc., se da de enseñanza de música (solfeo e instrumentación) para ciegos y normales, como corresponde a la banda de música de reciente creación; labores usuales de la mujer, arte la tipografía, etc.

También concede pensiones a los alumnos que han de cursar la enseñanza del bachillerato y las carreras del magisterio, música, pintura y escultura.

REFORMAS EN EL PALACIO PROVINCIAL.—Las obras realizadas en el palacio provincial y las que en lo sucesivo se realicen, convertirán la antigua casona en algo tan totalmente diferente, que el visitante creerá hallarse en un edificio completamente distinto del que conociera anteriormente. Sobresalen por la suntuosidad del conjunto el despacho presidencial y la sala de Comisiones.

LABOR DE LA DIPUTACIÓN EN RELACIÓN CON LA CULTURA PÚBLICA.—Además de la primera enseñanza

Castillo de la Calahorra y el Puente.



Calle de las Ánimas.

Recientemente ha creado tres pensiones para ampliar estudios en el extranjero para música, pintura y escultura, y, por último, ha de contribuir al sostenimiento de dos cátedras que se han de crear de estudios orientales, una de árabe y otra de hebreo.

SU LABOR RELACIONADA CON LA RIQUEZA PROVINCIAL.—Por todos los medios estimula la Corporación provincial de Córdoba la construcción de caminos vecinales, de los cuales tiene terminados 290 kilómetros; en construcción, 195, y en proyecto, 17.

Plan provincial: Número total de kilómetros, 1.155; en construcción de dicho plan, 70; caminos concursados de dicho plan, longitud aproximada de los mismos, 540; construídos próximamente de ambos planes, 75; ampliación del plan provincial y pendiente de aprobación por la superioridad.

Esta obra ha sido completada con la concesión de premios en concurso y exposiciones para estímulo de los agricultores e industriales de la provincia.

* * *

Recorriendo las principales ciudades de esta provincia, como son Aguilar, Baeña, Bujalance, Cabra, Lucena, Montilla, Montoro, Priego, etc., el viajero puede apreciar la extraordinaria importancia de su industria oloeícola, la enorme extensión de sus dehesas, dedicadas a la cría de reses bravas principalmente, sus feracísimas tierras bajas, bañadas por los ríos Guadalquivir, Guadiato, Genil y el Guzna, así como la marcha cada día más avanzada de su industria, en la que destacan la producción de vinos y aguardientes; la metalurgia, la textil, y de una manera muy especial el curtido de pieles, herencia musulmana conocida y apreciada en todo el mundo.

Atraviesa esta provincia la tan popular Sierra Morena, cuna de innumerables y fantásticos episodios, que ofrece la emoción imponderable de su bravía prestancia, evocación maravillosa de otros tiempos de leyenda, hoy resumen de realidades insospechadas.

Patio del Museo Provincial de Córdoba.

Plaza y Fuente del Potro.

SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES ELECTROMECÁNICAS

En todo país que, como España, tenga minas de cobre suficientes, este metal ocupa un lugar preferente entre las materias primas que independizan su industria, tanto la civil como la militar.

El cobre, entre otras muchas aplicaciones, es base en las instalaciones de producción, transporte y distribución de energía, en la fabricación de cartuchería de fusil y de cañón. Ocupa un lugar importante en las electrificaciones de ferrocarriles y en la fabricación de material eléctrico.

Teniendo en cuenta todo ello, la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES ELECTROMECÁNICAS, en lugar de orientarse exclusivamente a ampliar la industria de transformación del cobre existente en el país a su fundación, se orientó también, y principalmente, a la producción del cobre, primera materia a base de las minas del país, empezando por la nacionalización del cobre electrolítico, lo que ya ha conseguido, para dedicarse luego a la nacionalización del cobre destinado a aplicaciones industriales no eléctricas.

Para dar una idea del esfuerzo realizado por esta Sociedad en su corta existencia, bastará una ligera descripción de sus fábricas.

La SOCIEDAD ESPAÑOLA DE CONSTRUCCIONES ELECTROMECÁNICAS se constituyó el 15 de junio de 1917 para dedicarse a la producción de cobre electrolítico; la fundición del latón y demás aleaciones del cobre; la transformación de estos metales, así como del aluminio, en chapas, bandas, cintas, barras, discos, alambres y tubos; la fabricación de conductores eléctricos de cobre y de aluminio, y, por último, la construcción de maquinaria y material eléctrico.

El capital de esta Sociedad es de 25.000.000 de pesetas, el cual se ha desembolsado en su totalidad. Además, se han creado obligaciones por valor de 15.000.000 de pesetas, con el interés fijo de 6 por 100.

La fábrica de esta Sociedad se halla situada en las inmediaciones de Córdoba. Los terrenos de su pertenencia ocupan una extensión de 180 hectáreas, limitados de un lado por la vía férrea de Córdoba a Málaga y atravesados por la línea de Córdoba a Sevilla y la carretera de Córdoba a Palma del Río.

ELECTRÓLISIS.—La electrólisis ha sido estudiada e instalada por el especialista americano Mr. Lawrence Addicks, ingeniero de fama mundial en el ramo de la electrólisis.

La electrólisis produce hoy en día 12.000 toneladas.

El edificio de electrólisis ocupa una superficie de 5.000 metros cuadrados.

Anexos al edificio de electrólisis están los locales donde se tratan los subproductos de la electrólisis, para recuperación del oro, plata y sulfato de cobre.

FUNDICIÓN DE LATÓN Y OTRAS ALEACIONES.—Tiene una capacidad de producción total de 9.000 toneladas anuales.

Las aleaciones más corrientes que se fabrican son: latón, metal alpaca, «maillechort», niquelina, similor y otros varios. La superficie ocupada por la fundición de latón es de 3.000 metros cuadrados. En este mismo edificio está instalada la fundición de aluminio y sus aleaciones, entre las que ocupa un lugar importante el duraluminio, empleado en las construcciones aeronáuticas, de automóviles, etc.

LAMINACIÓN.—El edificio de laminación ocupa una superficie de 6.000 metros cuadrados, estando instalados en él la laminación en caliente y frío de los lingotes de cobre, laminación en frío del latón; hornos de recocer, una prensa de 600 toneladas para el desbastado de tubos, virotillos, barras y perfiles diversos.

También está instalada en este taller la maquinaria para la fabricación de discos y copas para la cartuchería, destinados a las fábricas nacionales de armas del Estado. Dicha maquinaria consta de ocho prensas de varios tamaños. La misma instalación puede servir para la fabricación de discos para troquelaje de medallas, etc. Su capacidad de producción actual es de cien toneladas por mes.

Junto a las prensas para el desbastado de tubos está el horno destinado a calentar los lingotes, así como la instalación auxiliar de aire comprimido y una bomba para el servicio hidráulico, que maniobra el acumulador de la prensa.

TREFILERÍA Y ESTIRAJE.—Ocupa una superficie de 6.900 metros cuadrados y tiene una capacidad de producción de 10.000 toneladas al año.

La sección de Trefilería fabrica conductores de cobre electrolítico desde unas $^{12}/_{100}$ de milímetro de diámetro hasta los más gruesos.

Asimismo se trefilan hilos de latón.

Entre la producción de conductores eléctricos están los de hilo «trolley» para líneas de trabajo de ferrocarriles eléctricos y tranvías.

La sección dedicada a estiraje fabrica barras de cobre y latón de sección circular, cuadrada, rectangular y perfiles variados. Produce también tubos de cobre y latón sin soldadura de todos tamaños, así como los virotillos para las locomotoras.

CABLERÍA.—Contiguo al edificio anterior está el de cablería, que ocupa una superficie de 4.800 metros cuadrados, donde está instalada la maquinaria adecuada a la fabricación de toda clase de tipos de cables de cobre y aluminio con alma de acero.

Los tipos más corrientes de cables fabricados son los que tienen su formación desde 7 hilos hasta 61.

ALMACÉN GENERAL DE PRODUCTOS ACABADOS.—Todos estos edificios que hemos descrito están construídos perpendicularmente a otro edificio, con el cual comunican, de 5.000 metros cuadrados de superficie, que sirve de almacén de expediciones de productos acabados, y desde él salen éstos en vagones a la vía general del ferrocarril.

MATERIAL DE GUERRA Y CONSTRUCCIONES ELÉCTRICAS.—Ocupa este edificio una superficie de 5.000 metros cuadrados. Está dividido en dos secciones: una, dedicada a la fabricación de espoletas y estopines, con una capacidad de producción de 200.000 espoletas anuales. La otra sección se dedica a la construcción de material eléctrico, motores, dínamos, alternadores, transformadores, cuadros de distribución y accesorios para instalaciones generales.

Los motores se fabrican desde $^1/_2$ hasta 500 HP. y transformadores de la potencia y tensiones deseadas. La capacidad de producción es de 4.500 motores al año y 500 transformadores.

FUNDICIÓN DE HIERRO.—En este taller se funden las armaduras y corazas para los motores eléctricos y piezas de fundición en general.

Tiene maquinaria para preparación de arenas y dos cubilotes con una capacidad de producción de 2.000 toneladas anuales, máquinas de moldear automáticas, organización de la limpieza con arena, y en general todos los adelantos más modernos.

LABORATORIO.—Posee todos los aparatos más modernos que se emplean para los ensayos mecánicos químicos y eléctricos, tanto para las materias primeras como para los productos fabricados.

TALLERES AUXILIARES, TALLER DE CARPINTERÍA, FORJA, MECÁNICO.—Ocupan una superficie de 3.300 metros cuadrados.

En estos talleres se fabrican las piezas necesarias para las reparaciones de la maquinaria de la fábrica y se ejecutan trabajos para la clientela.

FUERZA MOTRIZ.—Se recibe la corriente eléctrica a 70.000 voltios y se transforma en la estación de transformación a 5.000; a este voltaje se le distribuye por líneas subterráneas a los diversos talleres, que a su vez la vuelven a transformar en el voltaje necesario para el funcionamiento de sus motores.

La estación transformadora es de tipo al aire libre, provista de las protecciones, aparatos de medida y maniobra, propios de las instalaciones más modernas de este género.

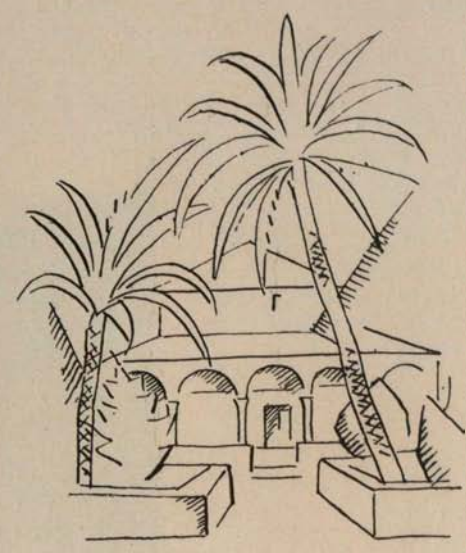
EDIFICIOS VARIOS.—Además de los edificios mencionados existen los siguientes: Edificio destinado para las oficinas de la Dirección y Administración, garaje, enfermería y portería.

Fuera de la fábrica propiamente dicha hay un grupo de «villas» para el director y personal técnico y un barrio de casas para obreros, cooperativa, iglesia y escuela, todas dotadas de servicio de agua y alcantarillado.

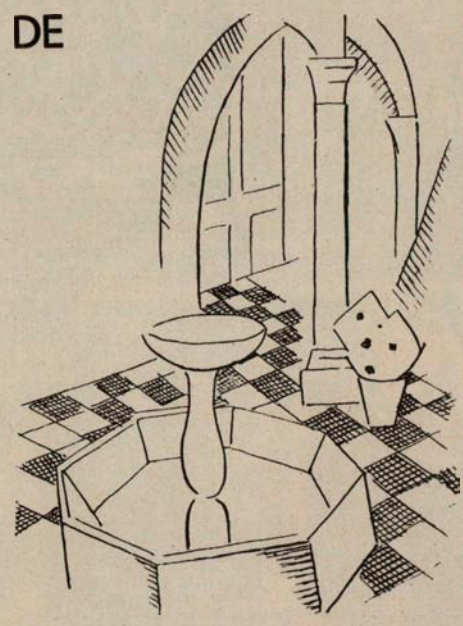
Todas las casas del barrio obrero reúnen las condiciones exigidas por la ley de Casas baratas, y en la Exposición celebrada en Londres mereció nuestro barrio obrero la más alta recompensa.

ESTAMPAS DE CÓRDOBA

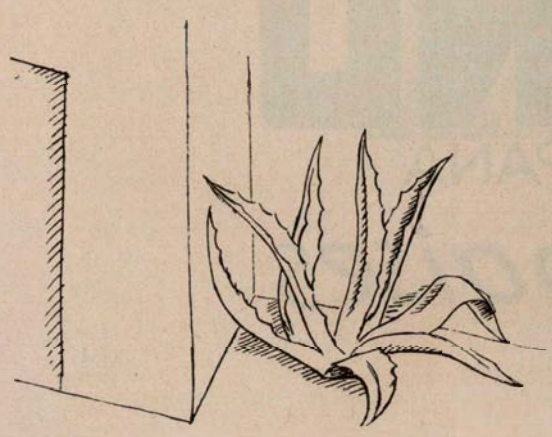
Interior de la Mezquita de Córdoba, hoy catedral.

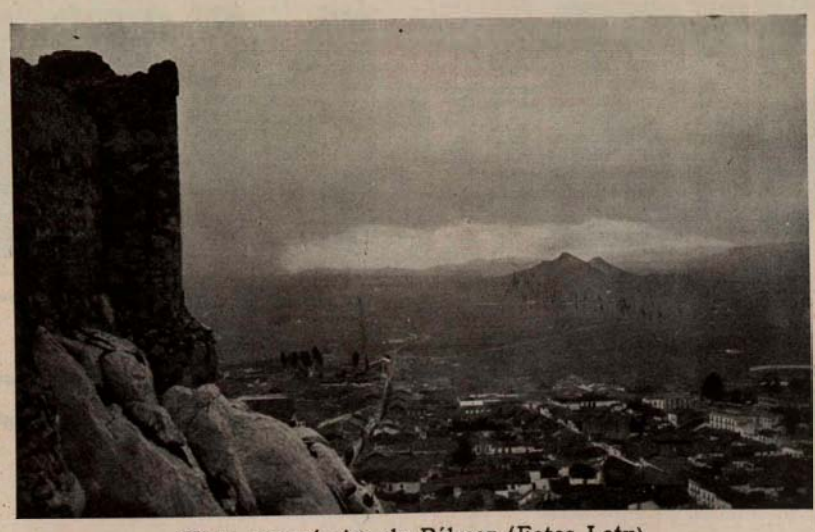


Perspectiva y arco de San Francisco, en Córdoba.



Torreón de las palomas, en Córdoba



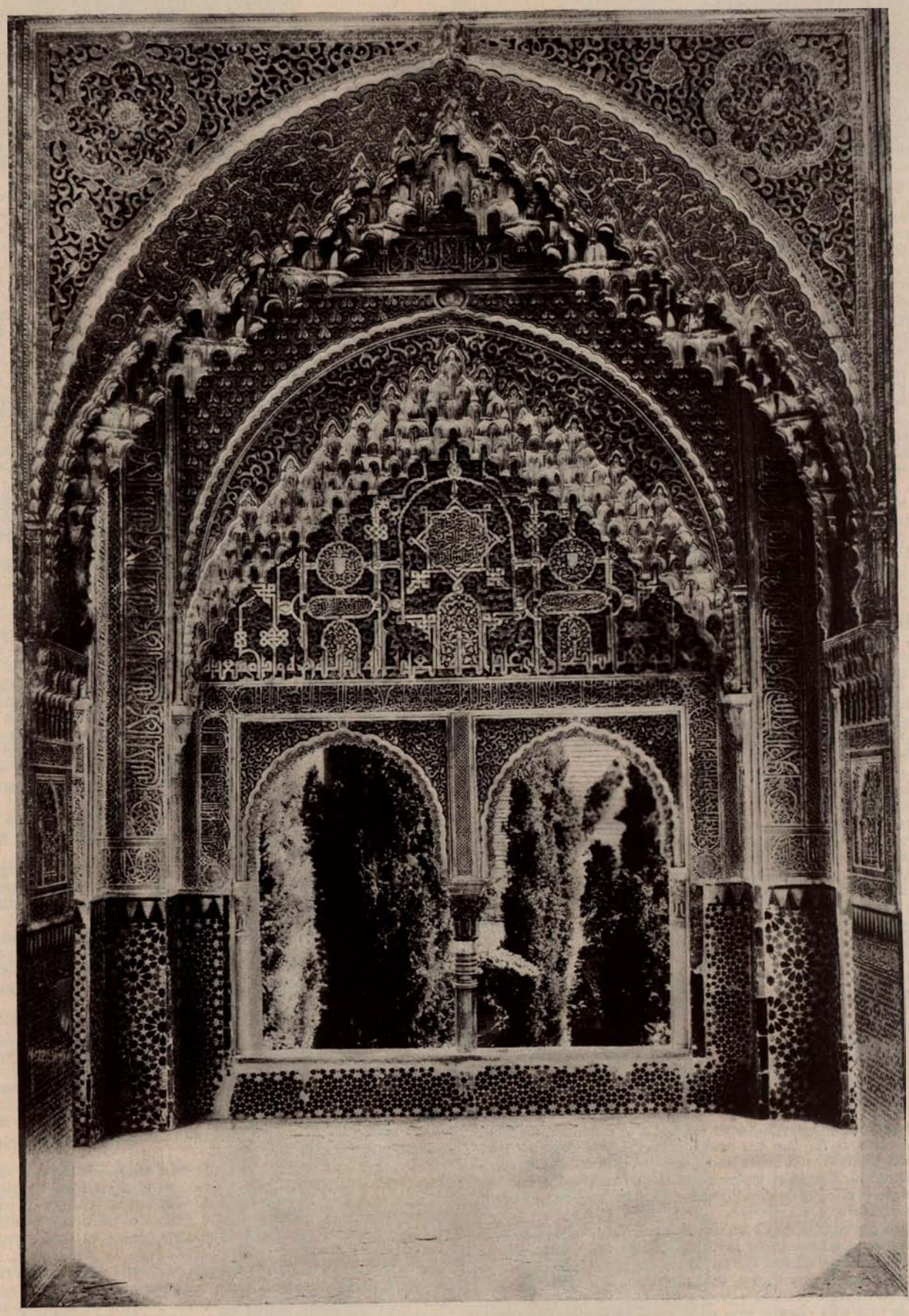


Vista panorámica de Bélmez (Fotos Loty)

ANIS DEL MONO

VICENTE BOSCH - BADALONA - ESPAÑA

Famoso en todos los paises



GRANADA

Labor de la excelentísima Diputación provincial de Granada

por su Presidente

Francisco Martínez Lumbreras

La vida intensiva que ha infiltrado el Estatuto Provincial a todas las Diputaciones de España se pone de manifiesto, de una manera pujante, en la de la bella y famosa capital de la Alhambra.

La Diputación provincial de Granada ha evidenciado el desarrollo y aplicación de las facultades y obligaciones que la nueva Ley Orgánica concede a las Diputaciones; y ante el horizonte amplísimo que se vislumbra en la actual legislación provincial ha respondido brillantemente, poniendo de relieve las orientanes adoptadas, como medio propulsor para que el Gobierno de la nación se percate del feliz acierto con que obró al infundir vida y vigor a unos organismos que, por su anquilosamiento, tenían forzosamente que desaparecer o transformarse radicalmente para prestar, con arreglo a su carácter, una heterogeneidad de funciones y servicios que, sin duda, han de ser más eficaces que lo han sido, tutelados por la Administración central y por la acción más o menos mancomunada de los Municipios.

La Corporación provincial granadina, con un presupuesto corriente de 5.198.256 pesetas, ha invertido sus disponibilidades, desde el ejercicio 1924-25 hasta la fecha, en atender al estado lamentable en que se hallaban las vías de comunicación de la provincia, cuya red ha sido reformada o construída de nueva planta, según las necesidades de los pueblos, gastando en tan importante servicio más de un millón de pesetas anuales; ha subvencionado todas las obras relacionadas con la higiene y la salubridad pública, como la traída de aguas potables y la construcción y ampliación de cementerios y mercados; ha estimulado el progreso de la agricultura y ganadería, dedicando también primordial atención a lo que pudiéramos llamar aspecto espiritual y artístico, reparando numerosos templos de la provincia y la capital y concediendo pensiones a artistas de reconocido mérito que, por su precaria situación económica, no hubieran podido de otra forma atender a la ampliación de sus estudios.

Pero donde culmina la labor desarrollada en estos últimos años por la Diputación provincial de Granada es en lo referente a la Beneficencia, poniendo en condiciones decorosas y dotando de material abundante y progresivo los antes abandonados y viejos edificios dedicados a hospitales, habiendo construído varias instalaciones sanitarias, modelo en su clase, que merecieron la felicitación calurosa del excelentísimo señor ministro de la Gobernación y director general de Sanidad.

El Hospital de San Juan de Dios, la Casa de Huérfanos y Desamparados, el Hospital de Dementes, el de San Lázaro y la Casa de Expósitos, instituciones antiquísimas, a cargo de la Diputación provincial de Granada, han sufrido, como queda dicho, una grandísima transformación, renovándose, ampliando y modernizando todas sus instalaciones y dependencias.

En el antiguo Hospital de San Juan de Dios, y teniendo en cuenta que el censo de Granada aumentó considerablemente, efecto de la facilidad de medios de comunicación con pueblos de la Vega, aumentando también por dichas causas la morbilidad por venéreo-sífilis, se ha construído en la huerta un Sifilicomio, edificio de nueva planta, completa y adecuadamente instalado.

Este nuevo Sifilicomio puede presentarse como modelo de los de su clase, habiendo sido su costo de 91.946 pesetas. En él pueden albergarse sesenta enfermas separadas con arreglo a la naturaleza de sus dolencias, existiendo cuartos especiales de aislamiento para el caso de enfermedades infectocontagiosas y otros donde poder atender al servicio de embarazadas o dementes.

Una nota altamente simpática tiene en su haber esta Diputación provincial en su gestión de los últimos años. Esta nota se refiere al esmerado cuidado y atención extraordinaria que presta a los niños acogidos en el Hospicio Provincial, reconfortando sus organismos para que la sociedad cuente mañana con seres útiles, fuertes y conscientes de ciertos beneficios vedados antes a su situación especial.

Para ello, los pequeños pretuberculosos o afectos de formas de tuberculosis tórpida son trasladados a un sanatorio marítimo construído por la Diputación en Almuñécar, la hermosa playa granadina, a veinte metros de la orilla del mar.

Esta iniciativa de la Corporación provincial está dando magníficos frutos. En aquel clima benigno y templado, donde los días de sol son casi todos los del año, los niños han obtenido beneficios que pueden calificarse de extraordinarios, mejorando visiblemente su peso, cambiando su color y retrogradando rápidamente sus lesiones. En resumen: han perdido aquel aspecto exterior, inconfundible, de niños de desarrollo atrasado y hábito enfermizo, por el de niños sanos, fuertes y vigorosos.

Este Sanatorio marítimo, en el que permanecen todo el año más de cincuenta niños, fué terminado en el año 1928, con un costo de 74.569 pesetas.

Asimismo, los niños del destete son instalados en una hermosa finca situada en las afueras de Granada, donde el desarrollo de los mismos se efectúa en condiciones extraordinarias y el cambio de alimentación no causa los estragos que las estadísticas suelen acusar.

Preocupa a la Diputación provincial de Granada, como a todas las entidades benéficas de España, la pavorosa amenaza de la tuberculosis. Consciente de su deber, la Corporación que nos viene ocupando terminó, en marzo de 1927, la construcción de un pabellón para tuberculosos, destinado para cuarenta enfermos de cada sexo, y cuyas obras han costado 151.592 pesetas.

Consta dicho pabellón de una sola planta, que en parte está construída sobre sótano, y el resto sobre bóvedas que aislan de tierra el pavimento del mismo.

Tiene un cuerpo central acondicionado para los servicios generales y dos cuerpos laterales ocupados por las alas de sus anejos, todo ello instalado con arreglo a las exigencias modernas.

El funcionamiento del pabellón para tuberculosos se halla dividido en sección de mujeres y de hombres, y entre ambas, los servicios de Rayos X, laboratorio, etc. Todos sus locales se han estucado a fuego, y decorado con zócalos de azulejos.

El conjunto de este edificio, que es de agradable y artístico aspecto y que llena cumplidamente sus fines, se construyó por la excelentísima Diputación para hacer frente al problema de recoger los tuberculosos avanzados, infectantes, retirándolos de otras salas de medicina de sus Hospitales, donde por agobios de servicio era forzoso, a veces, darles ingreso.

Sin perjuicio de este gran esfuerzo económico, la Diputación de Granada subvenciona al Sanatorio de la Alfaguara y al benéfico Dispensario de dicha institución.

También tiene consignada en sus presupuestos una subvención de veinte mil pesetas para la Facultad de Medicina.

Problema de higiene general ha sido en todo momento la recogida y albergue de enfermos tan repugnantes como los atacados de lepra.

La Diputación provincial de Granada, desde tiempo inmemorial, tiene a sus espensas el Hospital de San Lázaro, que dedica a dicho fin. Mas como el mal no decrece y, atraídos de la fama del repetido Hospital, acuden a Granada infinidad de enfermos, en 25 de junio de 1928 comenzó en terrenos de los pueblos de Armilla y de los Ogíjares, a unos ocho kilómetros de la capital, la construcción de una soberbia Leprosería regional, instalación sanitaria que será de las más importantes de la nación, con un costo aproximado de 1.750.000 pesetas.

El Estado contribuirá a la construcción de esta gran obra con cien mil pesetas anuales, durante veintiuna anualidades.

Dispondrá esta Leprosería, cuyas obras estarán terminadas en el primer semestre del año próximo de 1930, de abundantísimas aguas de manantial, llevadas exclusivamente a ella, desde los Ogíjares, y en cuya conducción ha invertido la Diputación 42.634 pesetas.

La nueva Leprosería servirá para albergar a todos los enfermos de dicha afección que hoy están diseminados por muchas poblaciones de Andalucía por carecer de locales para hospitalizarlos.

Estará dotada de cuantos adelantos exijan la ciencia y el progreso, y para complemento de notabilidad en su género, dispondrán los enfermos de talleres variados donde ejercitar sus aptitudes y de un campo de experimentación agrícola, que mide ocho hectáreas.

El producto de esos trabajos manuales se utilizará en propio provecho y emulación de quienes los efectúen, distrayéndoles a la vez del estado moral que ha de producirles su aislamiento y su propio mal.

Otro problema de gran urgencia era la fundación de un nuevo Manicomio, por no reunir el existente, fundado por los Reyes Católicos en el año 1511, las debidas condiciones de capacidad e higiene, a pesar de las costosas reformas que en él se han hecho, sobre todo durante los años 1925 a la fecha.

A tal efecto, y previas ciertas indispensables y laboriosas gestiones, se adquirió por la Diputación una amplia casería, llamada «del Granadero», en el camino de la ciudad de Pinos Puente, a dos kilómetros de Granada, con terrenos de una extensión superficial de ciento noventa y un marjales, para construir un nuevo Manicomio, dotado de cuanto exigen la ciencia y el progreso.

Tendrá capacidad para albergar a cuatrocientos enfermos. Las obras, ya comenzadas, están presupuestadas en 3.649.480 pesetas y se terminarán en un plazo relativamente breve.

Por el proyecto, por el edificio y por la magnífica situación topográfica de los terrenos donde irá enclavado, hace presumir que este Manicomio será uno de los mejores de España en su clase.

El Gobierno que nos rige, y al que ha procurado seguir en su labor sanitaria la Diputación de Granada, decretó en los primeros meses de su feliz advenimiento la importancia de la instalación, en todas las capitales de provincia, de los Institutos provinciales de Higiene.

La Corporación provincial a que nos venimos refiriendo ha sido una de las primeras en instalar tan importante institución, para lo cual, en abril de 1927, terminó la construcción de un edificio destinado a tal efecto, y en el que ha gastado 242.450 pesetas, sin mobiliario ni material, que ha sido adquirido independientemente.

Los servicios de que consta el Instituto provincial de Higiene de Granada son: Dispensario antituberculoso y antivenéreo; servicio de vacunaciones; servicio de análisis químico; sección de bacteriología; preparación de sueros y vacunas, brigada sanitaria y estación de despiojamiento.

El Parque de desinfección de dicho Instituto es completísimo, con coche de turismo y laboratorio portátil para el personal facultativo y dos coches ambulancias: uno para infecciosos y otro para heridos, adquirido recientemente, y que lleva calefacción, alumbrado interior, botiquín, etc., habiendo sido su precio de costo de 23.000 pesetas.

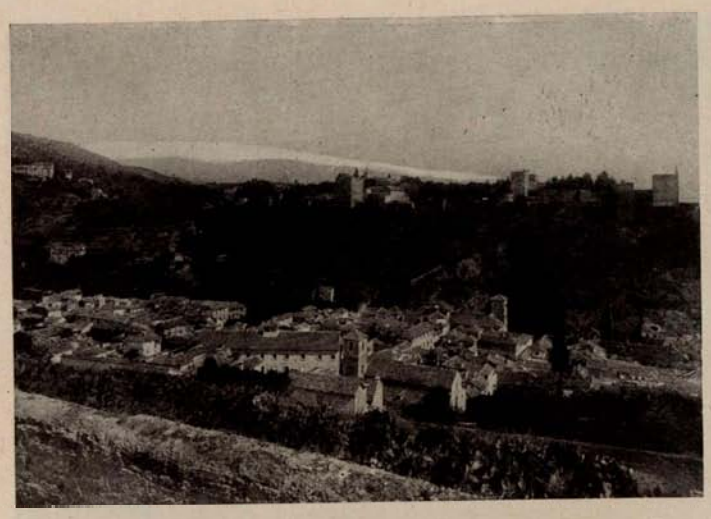
En este Instituto de Higiene se está fabricando en el presente año la vacuna antidiftérica, primer paso en la inauguración del servicio de sueros y vacunas, con la que hay el propósito de inmunizar contra la difteria a todos los niños de la provincia que tengan la reacción de Schic positiva.

Resumiendo la labor realizada desde el año 1924 hasta la fecha por la Corporación provincial de la ciudad de la Alhambra, hemos de repetir, como queda dicho, que ha puesto remedio al estado lamentable en que se hallaban las vías de comunicación, ha subvencionado cuantas obras tenían relación con las traídas de aguas potables en los pueblos de la provincia y con la construcción y ampliación de cementerios y mercados; ha estimulado el progreso de la agricultura y ganadería; ha fomentado con su auxilio eficaz numerosas obras espirituales, de cultura y de divulgación científica, y ha dedicado su mayor esfuerzo a completar la obra benéfica, logrando la mejora de los antiguos Hospitales y la construcción de otros centros benéficos, que serán y son modelos de los de su clase.

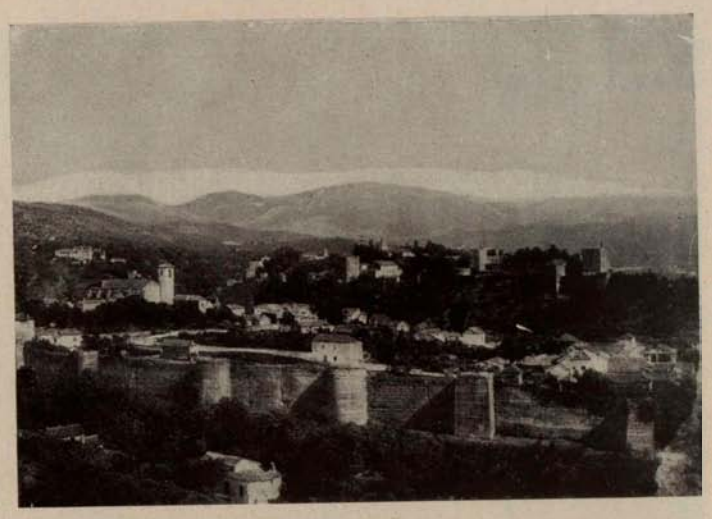
Esta somera explicación de la gestión rotundamente fructífera de la Diputación provincial de Granada la hacemos desde estas columnas, no por gala de ella, que cumple su deber con fe inquebrantable, sino para loa del Gobierno que con tanto acierto, sabiduría y ecuanimidad viene rigiendo los destinos de España, siempre atento a la salud de la Patria, razón suprema a cuya efectividad subordina aquella Corporación sus esfuerzos y sus fervorosos entusiasmos.

GRANADA

por el P. N. T.

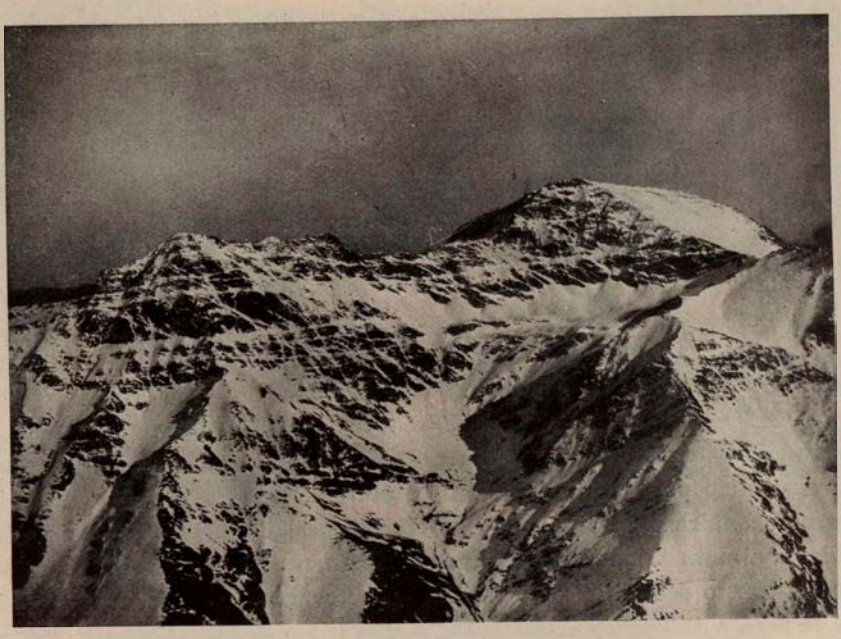


La Alhambra y Sierra Nevada, vistas desde San Nicolás



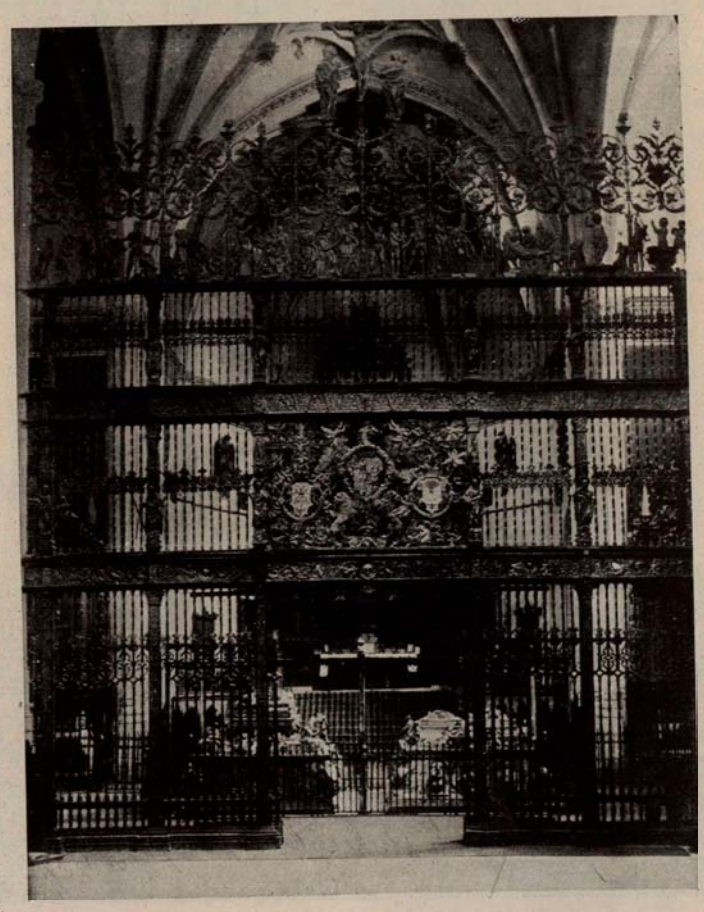
La Alhambra y Sierra Nevada, vistas desde San Cristóbal

Granada, cabeza que fué del reino árabe de su nombre y ciudad cuya conquista por los Reyes Católicos determinó la Unidad nacional, cuenta en la actualidad con unos 108.000 habitantes. Se halla situada sobre dos históricas colinas—Alhambra y Albaicín—y desciende hacia la feracísima vega que cruza el río Genil y limitan las estribaciones de Sierra Nevada, las sierras Parapanda, Elvira y Alfacar y los campos de Alhama. La variedad de perspectivas da a Granada un singular valor panorámico, realzado por los encantos del cielo, la luz y la vegetación, que sumados a las creaciones del arte y a los recuerdos históricos otorgan a dicha ciudad un puesto señaladísimo en el turismo universal. Extremado el tiempo en invierno y verano, es en las estaciones intermedias, más aún si cabe en el otoño que en la primavera, cuando Granada desarrolla sus atractivos con máxima fuerza de seducción.



Cumbres de Sierra Nevada

Granada presenta un carácter muy tradicional, que hace perceptible no sólo sus antigüedades y monumentos, sino el tono general de la ciudad, sin que por ello se haya entorpecido su expansión urbana y desarrollo económico, impulsado por la riqueza de su agricultura y fomento de diversas industrias. La fisonomía típica de Granada debe buscarse, mejor, naturalmente, que en los centros de su vida actual, en los rincones de sus barrios viejos y aun en otros que, sin ser muy antiguos, tienen cierto ambiente: el de San Justo, el de la Magdalena, el Realejo, el Mauror, el Albaicín, sobre todo. Callejas sinuosas, plazoletas imprevistas, aljibes, pasadizos, conventos, iglesias mudéjares, casas moriscas o solariegas de caudillos de la reconquista, alfarerías o telares que hablan de viejas industrias populares, los famosos y deliciosos «cármenes», con sus rosales, cipreses y surtidores; y de vez en cuando un espléndido miradero sobre la ciudad, la Vega y Sierra Nevada...



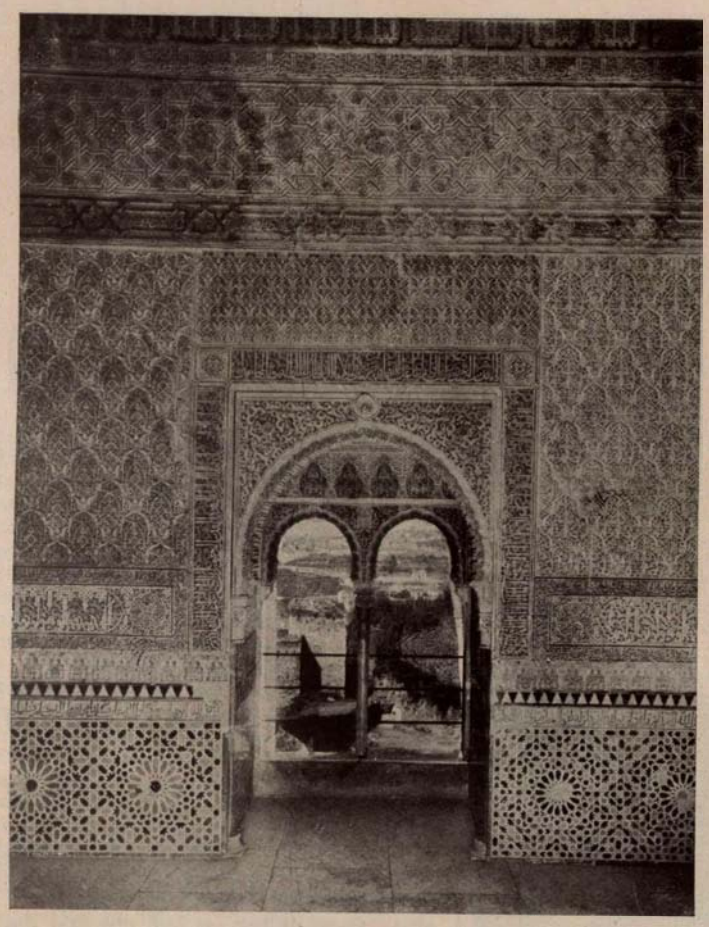
Capilla y sepulcro de los Reyes Católicos, en la catedral

Nota pintoresca, pero no fundida con la vida normal, dan los gitanos avecindados en las cuevas del Sacro Monte, que conservan sus trajes, usos y ceremonias peculiares. Es interesante el espectáculo de sus «zambras», que no deben ser confundidas con los bailes y cantos genuinamente andaluces: éstos pueden hallarse en cualquier fiesta popular, o en algún solitario cultivador del llamado «cante jondo».

LA ALHAMBRA.—En el tesoro monumental de Granada descuella la Alhambra, palacio y fortaleza árabe, construída en lo alto de una colina, a cuyos pies corre el río Darro, y envuelta por un bosque que llenan de melodías el agua de las fuentes y el canto de los pájaros.

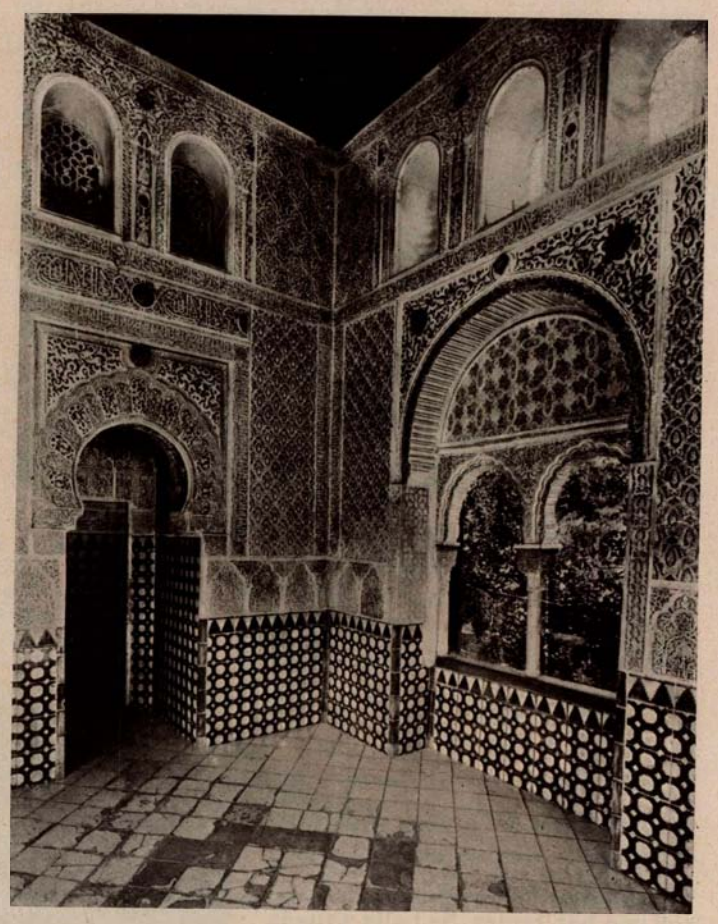
Se compone de varias torres, entre las que son famosas las de la Vela, del Homenaje y de la Cautiva. En el recinto que fué palacio real se abren varios patios, el mayor de los cuales es conocido hoy con el nombre de los Arrayanes o de la Alberca, que es un prodigio de armonía en las proporciones y de halago para los sentidos. Más reducido el de los Leones es de afiligranada belleza, señalándose la exquisita decoración y la fuente interesantísima del centro. La sala de Comares y su antesala, la sala de los Abencerrajes, del Tribunal y de las dos Hermanas, que da paso al famoso templete o mirador de Lindaraja, sobre un jardín de seductora melancolía; los Baños Reales y otras diversas bellezas que guarda el recinto, como el jardín de los Adarves, la Puerta de la Justicia y de los Siete Suelos, dan continua materia a una detenida visita y a una emoción continuamente renovada.

GENERALIFE.—Un camino orlado de



Interior de la Torre de la Cautiva

rosales, cipreses y adelfas conduce a los jardines del Generalife, residencia de placer de los reyes moros. El patio principal presenta con el encanto profuso de árboles y flores lindísimo juego de surtidores y aguas corrientes. Otros patios y mesetas de los extensos jardines, que dejan realmente a un lado los restos del palacio, parecen responder a un sueño fertilísimo de la fantasía. Fuentes, estanques, cascadas, bosquecillos floridos de naranjos y limoneros, glorietas de cipreses, pabellones silenciosos y floridos, profusión de mirtos y arrayanes, cenadores en penumbra... La leyenda puebla de fantasmas los encantadores jardines, como la tradición vinculada al ciprés de la Sultana.



Oratorio del Partal

La reconstruída Alcaicería, la casa o corral del Carbón, el Bañuelo, entre otros, son monumentos que asimismo denotan la espléndida aportación de los árabes.

EL PALACIO DE CARLOS V.—Lo mandó construir este Emperador, confiando las obras a Pedro Machuca, sustituído por su hijo Luis en tiempo ya de Felipe II. La fachada principal mira a la plaza de los Aljibes, formada, como las otras, de sillares almohadillados, y termina en una cornisa de orden toscano. Ocupa el centro del edificio un patio circular, rodeado de una bóveda anular de piedra de Escuzar, sostenida por columnas dóricas, sobre las que se asienta la cornisa que sirve de apoyo a la galería o corredor de los salones del palacio. En este patio fué coronado en 1889 el poeta Zorrilla.

CATEDRAL.—Es la primera iglesia renacentista que se levantó en España, destacando en el aspecto artístico la fachada principal, la puerta del Perdón, la suntuosa capilla Mayor, la de San Miguel, la de la Trinidad, la de Nuestra Señora de la Antigua, etc. Son de citar los cuadros y esculturas que la catedral posee de Alonso Cano, Alonso y Pedro de Mena, Juan de Sevilla, José de la Mora, Atanasio Bocanegra, José Risueño y demás maestros de la escuela granadina. Aneja a la catedral están la iglesia del Sagrario, elegante construcción del siglo XVIII, y la capilla real, que comunica con una puerta gótica de vivo contraste con el orden arquitectónico propio de la Basílica.

CAPILLA REAL.—Se construyó para enterramiento de los Reyes Católicos, cuyos restos reposan en magnífico sepulcro debido a Domenico Fancellí. Junto a él, otro de Bartolomé Ordóñez guarda los restos de Doña Juana la Loca y Don Felipe el Hermoso. El templo es de estilo gótico. Destacan en él, por su interés artístico o histórico, la verja de hierro que divide la iglesia, el retablo del altar mayor y las diversas antigüedades que forman el tesoro del Museo de los Reyes Católicos. El exterior de la Capilla Real es también de estilo gótico florido.

El Generalife

CARTUJA.—Comenzóse a construir este Monasterio en 1516, añadiéndosele posteriormente nuevas dependencias. La iglesia consta de una sola nave con ornamentación de yeso y cuadros de Bocanegra y esculturas de Mora. La sacristía es barroca, de una gran belleza y rica ornamentación de mármoles de Sierra Nevada y yeserías. En el «Sancta Sanctorum», fastuosa construcción barroca, se ven estatuas de Mora, Risueño y Duque Cornejo, estando pintada la cúpula por Risueño y Palomino.

IGLESIA DE SAN JERÓNIMO.—Es una espléndida construcción del Renacimiento, obra del arquitecto Diego de Siloe, maestro mayor que fué, por cierto, de las obras de la catedral. Su capilla mayor fué destinada a enterramiento del Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, y en ella luce un magnífico retablo, obra también del siglo XVI.

CASA DE LOS TIROS.—Fué residencia de la familia Granada-Venegas, y hoy se encuentra instalada en ella la oficina de Información de Turismo. Es de notar la fachada, adornada con estatuas y símbolos caballerescos, y en su interior la sala llamada «Cuadra Dorada», con bueno y original artesonado del siglo XVI.

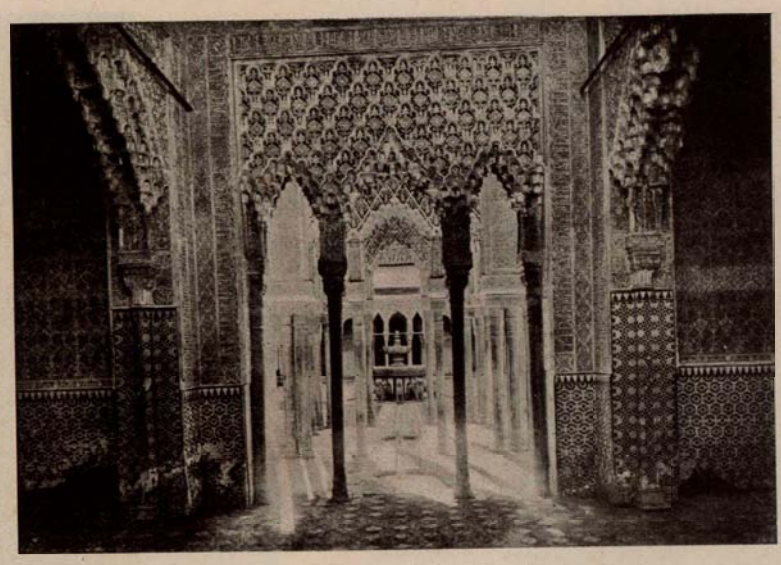
PALACIO DE LA CHANCILLERÍA.—Hoy Audiencia territorial; hermoso edificio alzado antes de mediar el siglo XVI, aunque son de fecha posterior la fachada principal y la escalera, tan notables como el gran patio central.

Otros monumentos dignos de mención son: la iglesia de San Juan de los Reyes, cuya torre es el alminar de la antigua mezquita; la de San Juan de Dios, de fastuoso barroquismo; la de Santa Ana, gallardo ejemplar de arte mudéjar; el convento de Santa Isabel la Real, con interesante portada de estilo ojival y poético compás; el Ayuntamiento viejo, sobre la antigua Madraza o Universidad árabe; el palacio

arzobispal, que guarda importante colección de cuadros y obras de arte; la casa de los condes de Luque, de gusto neoclásico... En la casa de Castril, de estilo plateresco, están instalados los Museos. El Arqueológico ofrece interés por las antigüedades visigodas y árabes procedentes de Medina Elvira que en él se exhiben. En el de Bellas Artes se conservan, aparte de pinturas valiosas, un tríptico de esmaltes de Limoges, de principios del siglo XVI, y cinco tablas de la ermita de los Mártires.

* * *

La principal fiesta granadina es la del Corpus Christi, que, por celebrarse

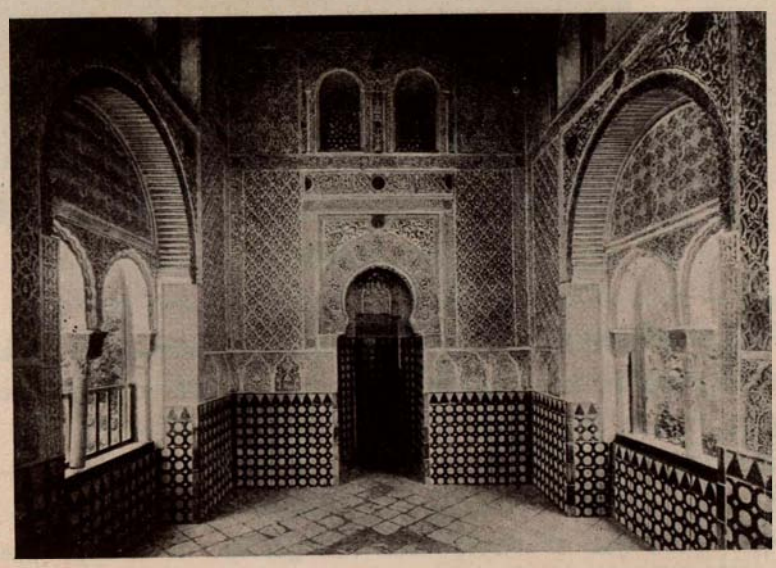


Patio de los Leones, desde la sala de los Reyes

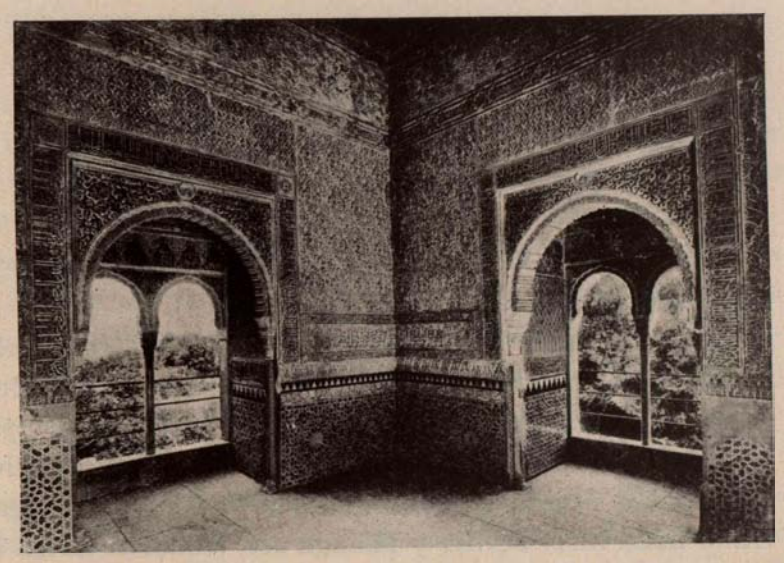
la ciudad, y más aún la de la Virgen de las Angustias, en el mes de septiembre. Costumbres que perduran, llevan al pueblo granadino a las márgenes del Darro la tarde del día de San Pedro; a las huertas de Gracia, en el de San Juan, y al Santuario de San Miguel el Alto, el día 29 de septiembre.

* * *

Se recomiendan estas excursiones: al Sacro Monte, pintoresca eminencia sobre el valle del Darro, famosa por los paisajes que domina; por las cuevas de gitanos que se abren en su ladera; por las escuelas del Ave María que allí creó el padre Manjón, y por la



Interior del Oratorio del Partal



Interior de la Torre de la Cautiva

en lo mejor de la primavera andaluza, se ve rodeada siempre del máximo esplendor. Es de gran solemnidad la procesión del Santísimo Sacramento. Los tradicionales conciertos nocturnos en el palacio de Carlos V y algunas otras fiestas literarias o artísticas dan un matiz especial de cultura al programa de festejos, no obstante su natural carácter popular.

La Semana Santa reviste también gran esplendor. El 2 de enero, aniversario de la rendición de Granada, da lugar a típicas conmemoraciones. Es de mucho carácter la festividad de San Cecilio, Patrón de

Patio del Generalife, desde el Salón

célebre Colegiata, fundada a principios del siglo XVII, con el colegio adjunto de San Dionisio, de brillante tradición. Santa Fe, pueblo unido a la historia de las guerras de Granada y a la preparación de la epopeya colombina. Al valle de Lecrín, deliciosísimo, que sirve de embocadura a la Alpujarra y da acceso al bello litoral mediterráneo. Sierra Nevada, que merece excursión especialísima, facilitada en su iniciación por una reciente y magnífica carretera, por una línea de tranvías y un hotel. A Loja, Guadix, Baza, etc., pueblos de ambiente histórico, no exentos de interés monumental, etc.

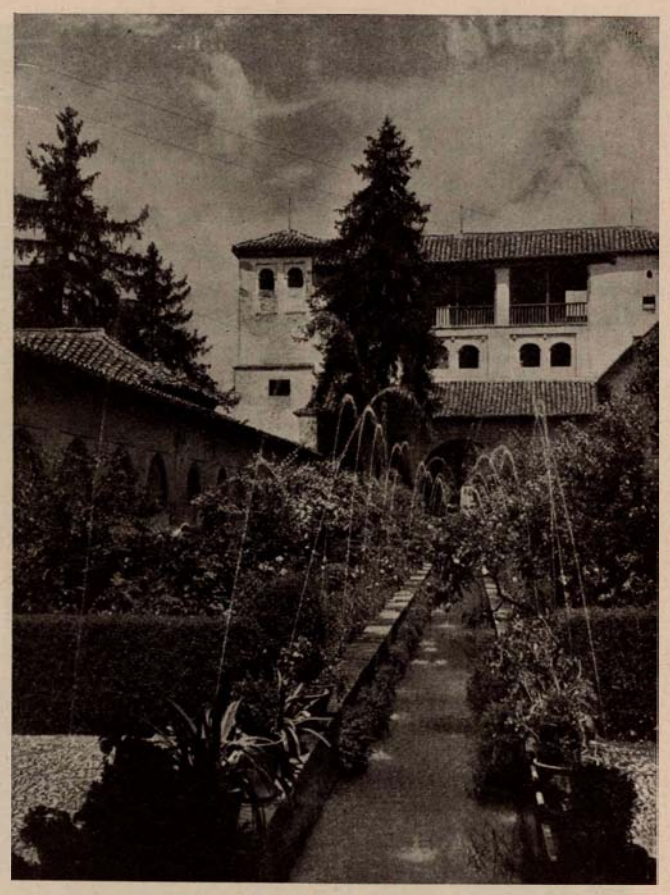
(Fotos Patronato Nacional del Turismo.)

GRANADA

(PARAÍSO CERRADO PARA MUCHOS)

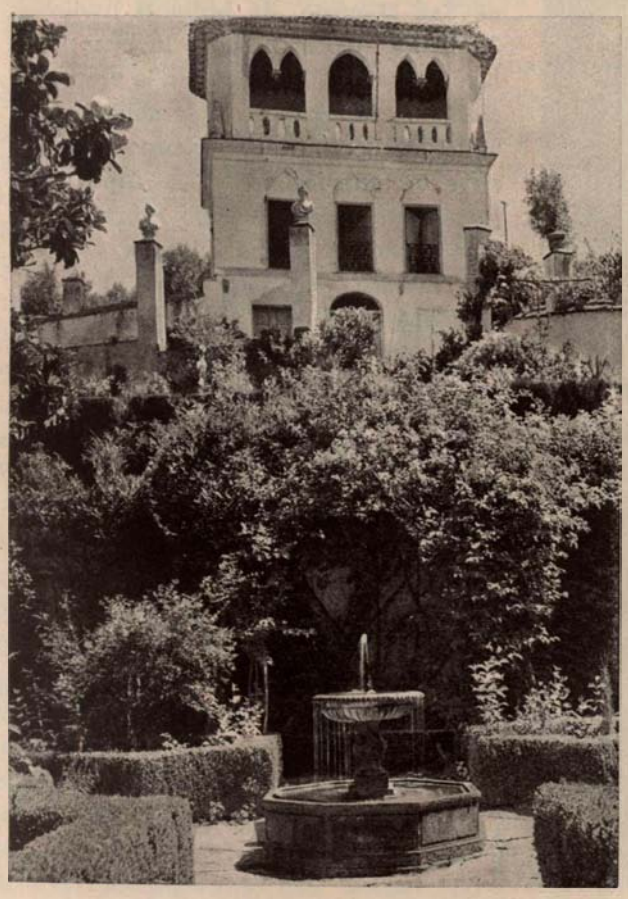
POR

FEDERICO GARCÍA LORCA



El Generalife

Granada ama lo diminuto. Y en general toda Andalucía. El lenguaje del pueblo pone los verbos en diminutivo. Nada tan incitante para la confidencia y el amor. Pero los diminutivos de Sevilla y los diminutivos de Málaga son gracia y ritmo nada más. Sevilla y Málaga son ciudades en las encrucijadas del agua, ciudades con sed de aventura que se escapan al mar. Granada, quieta y fina, ceñida por sus sierras y definitivamente anclada, busca a sí misma sus horizontes, se recrea en sus pequeñas joyas y ofrece en su lenguaje su diminutivo soso, su diminutivo sin ritmo y casi sin gracia si se compara con el baile fonético de Málaga y Sevilla, pero cordial, doméstico, entrañable. Diminutivo asustado como un pájaro, que abre secretas cámaras de sentimiento y revela el más definido matiz de la ciudad.



Un mirador

El diminutivo no tiene más misión que la de limitar, ceñir, traer a la habitación y poner en nuestra mano los objetos o ideas de gran perspectiva.

Se limita el tiempo, el espacio, el mar, la luna, las distancias, y hasta lo más prodigioso: la acción.

No queremos que el mundo sea tan grande ni el mar tan hondo. Hay necesidad de limitar, de domesticar los términos inmensos.

Granada no puede salir de su casa. No es como las otras ciudades que están a la orilla del mar o de los grandes ríos, que viajan y vuelven enriquecidas con lo que han visto: Granada, solitaria y pura, se achica, ciñe su alma extraordinaria y no tiene más salida que su alto puerto natural de estrellas. Por eso, porque no tiene sed de aventuras, se dobla sobre sí misma y usa del diminutivo para recoger su imaginación, como recoge su cuerpo, para evitar el vuelo excesivo y armonizar sabiamente sus arquitecturas interiores con las vivas arquitecturas de la ciudad.

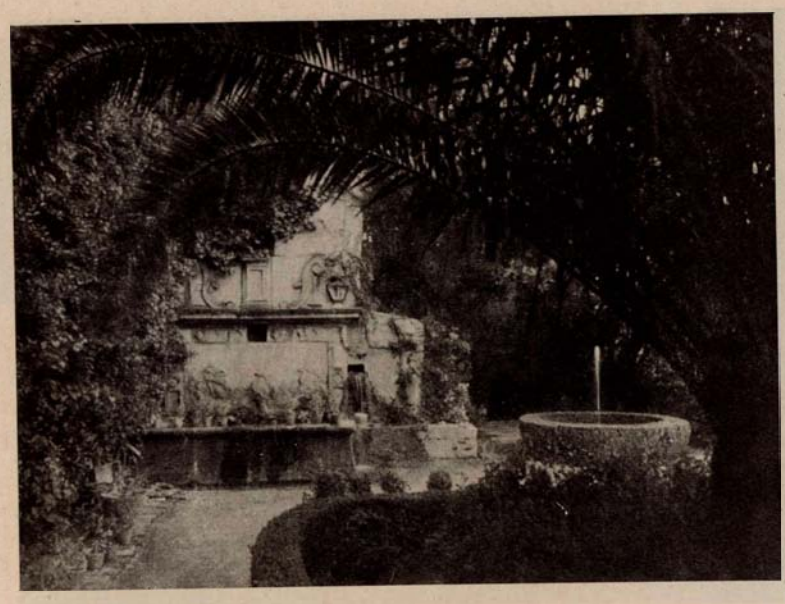
Por eso la estética genuinamente granadina es la estética del diminutivo, la estética de las cosas diminutas.

Las creaciones justas de Granada son el camarín y el mirador de bellas y reducidas proporciones. Así como el jardín pequeño y la estatua chica.

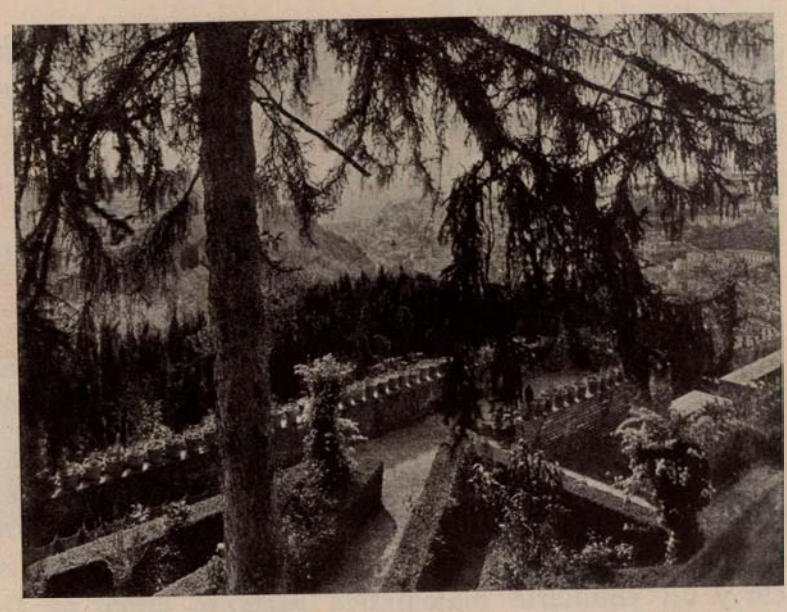
Lo que se llaman escuelas granadinas son núcleos de artistas que trabajan con primor obras de pequeño tamaño. No quiere esto decir que limiten su actividad a esta clase de trabajos; pero, desde luego, es lo más característico de sus personalidades.

Se puede afirmar que las escuelas de Granada y sus más genuinos representantes son preciosistas. La tradición del arabesco de la Alhambra, complicado y de pequeño ámbito, pesa en todos los grandes artistas de aquella tierra.

El pequeño palacio de la Alhambra, palacio que la fanta-



El jardín de los poetas en la Alhambra



Unos jardines del Generalife

sía andaluza vió mirando con los gemelos al revés, ha sido siempre el eje estético de la ciudad. Parece que Granada no se ha enterado de que en ella se levantan el palacio de Carlos V y la dibujada Catedral. No hay tradición cesárea ni tradición de haz de columnas. Granada todavía se asusta de su gran torre fría, y se mete en sus antiguos camarines, con una maceta de arrayán y un chorro de agua delgada, para labrar en dura madera pequeñas flores de marfil.

La tradición renacentista, con tener en la urbe bellas muestras de su actividad, se despega, se escapa o, burlándose de las proporciones que impone la época, construye la inverosímil torrecilla de Santa Ana; torre diminuta, más para palomas que para campanas, hecha con todo el garbo y la gracia antigua de Granada.

En los años en que renace el arco de triunfo, labra Alonso Cano sus virgencitas, preciosos ejemplos de virtud y de intimidad. Cuando el castellano es apto para describir los elementos de la naturaleza y flexible hasta el punto de estar dispuesto para las más agudas construcciones místicas, tiene Fray Luis de Granada delectaciones descriptivas de cosas y objetos pequeñísimos.

Es Fray Luis quien, en la «Introducción al símbolo de la fe», habla de cómo resplandece más la sabiduría y providencia de Dios en las cosas pequeñas que en las grandes. Humilde y preciosista, hombre de rincón y maestro de miradas, como todos los buenos granadinos.

En la época en que Góngora lanza su proclama de poesía pura y abstracta, recogida con avidez por los espíritus más líricos de su tiempo, no podía Granada permanecer inactiva en la lucha que definía una vez más el mapa literario de España. Soto de Rojas abraza la estrecha y difícil regla gongorina; pero mientras el sutil cordobés juega con mares, selvas y elementos de la naturaleza, Soto de Rojas se encierra en su jardín para describir surtidores, dalias, jilgueros y aires suaves. Aires medio moriscos, medio italianos, que mueven todavía las ramas, frutos y boscajes de su poema.

En suma, su característica es el preciosismo granadino. Ordena su naturaleza con un instinto de interior doméstico. Huye de los grandes elementos de la naturaleza y prefiere las guirnaldas y los cestos de frutas que hace con sus propias manos. Así pasó siempre en Granada. Por debajo de la impresión renacentista, la sangre indígena daba sus frutos virginales.

La estética de las cosas pequeñas ha sido nuestro fruto más castizo, la nota distintiva y el más delicado juego de nuestros artistas. Y no es obra de paciencia, sino obra de tiempo; no obra de trabajo, sino obra de pura virtud y amor. Esto no podía suceder en otra ciudad. Pero sí en Granada.

Granada es una ciudad de ocio, una ciudad para la contemplación y la fantasía, una ciudad donde el enamorado escribe mejor que en ninguna otra parte el nombre de su amor en el suelo. Las horas son allí más largas y sabrosas que en ninguna otra ciudad de España. Tiene crepúsculos complicados de luces constantemente inéditas que parece no terminan nunca.

Sostenemos con los amigos largas conversaciones en medio de sus calles.

Vive con la fantasía. Está llena de iniciativas, pero falta de acción.

Sólo en una ciudad de ocios y tranquilidades puede haber exquisitos catadores de aguas, de temperaturas y de crepúsculos, como los hay en Granada.

Patio de la Alhambra.

El granadino está rodeado de la naturaleza más espléndida, pero no va a ella.

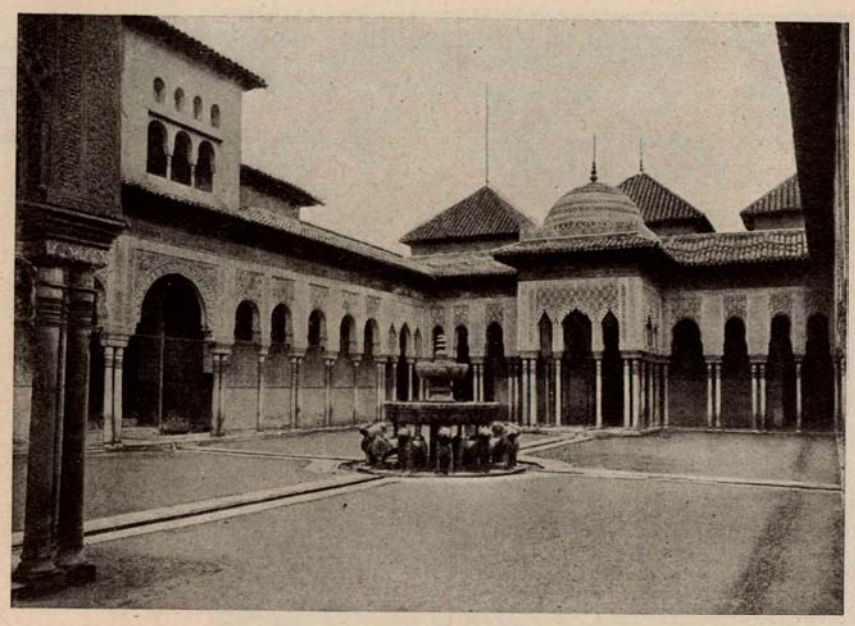
Los paisajes son extraordinarios, pero el granadino prefiere mirarlos desde su ventana. Le asustan los elementos y desprecia al vulgo voceador que no es de ninguna parte. Como es hombre de fantasía, no es naturalmente hombre de valor. Prefiere el aire suave y frío de su nieve al viento terrible y áspero que se oye en Ronda, por ejemplo, y está dispuesto a poner su alma en di-

minutivo y traer al mundo dentro de su cuarto. Sabiamente se da cuenta de que así puede comprender mejor. Renuncia a la aventura, a los viajes, a las curiosidades exteriores; las más de las veces renuncia al lujo, a los vestidos, a la urbe.

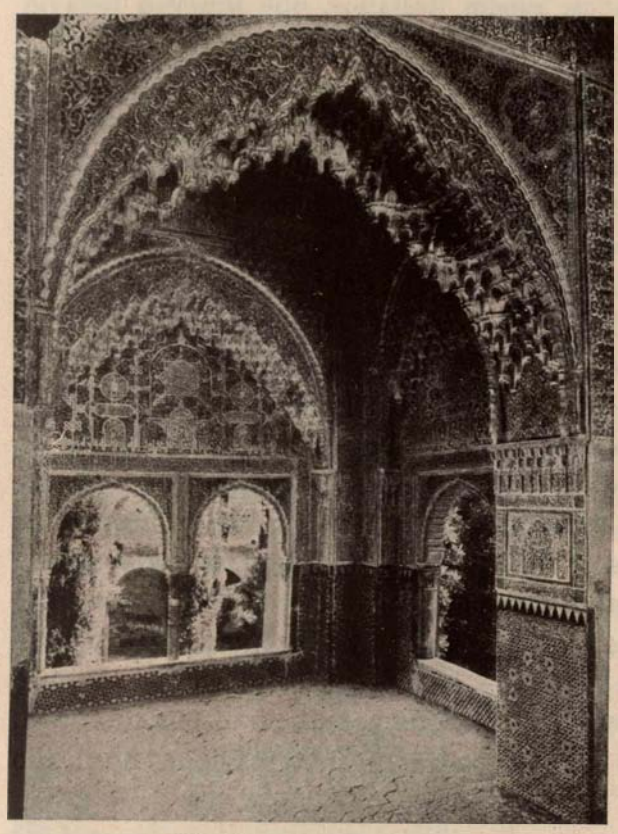
Desprecia todo esto y engalana su jardín. Se retira consigo mismo. Es hombre de pocos amigos. (¿No es proverbial en Andalucía la reserva de Granada?)

De esta manera mira y se fija amorosamente en los objetos que lo rodean. Además, no tiene prisa. Quizá por esta mecánica los artistas de Granada se hayan deleitado en labrar cosas pequeñas o describir mundos de pequeño ámbito.

Se me puede decir que éstas son las condiciones más aptas para producirse una filosofía. Pero una filosofía necesita una disciplina y un esfuerzo de dolor querido, necesita una constancia y un equilibrio matemático bastante difícil en Granada.



Patio de los Leones, en la Alhambra



Mirador, en la Alhambra

Granada es apta para el sueño y el ensueño. Por todas partes limita con lo inefable. Y hay mucha diferencia entre soñar y pensar, aunque las actitudes sean gemelas. Granada será siempre más plástica que filosófica. Más lírica que dramática. La sustancia entrañable de su personalidad se esconde en los interiores de sus casas y de su paisaje. Su voz es una voz que baja de un miradorcillo o sube de una ventana oscura. Voz impersonal, aguda, llena de una inefable melancolía aristocrática. Pero, ¿quién la canta? ¿De dónde ha salido esa voz delgada, noche y día, al mismo tiempo?

Para oírla hay necesidad de entrar en los pequeños camarines, rincones y esquinas de la ciudad. Hay que vivir su interior sin gente y su soledad ceñida. Y lo más admirable, hay que hurgar y explorar nuestra propia intimidad y secreto, es decir, hay que adoptar una actitud definidamente lírica.

Hay necesidad de empobrecerse un poquito, de olvidar nuestro nombre, de renunciar a eso que han llamado las gentes personalidad.

Todo lo contrario que Sevilla. Sevilla es el hombre y su complejo sensual y sentimental. Es la intriga política y el arco de triunfo. Don Pedro y Don Juan. Está llena de elemento humano y su voz arranca lágrimas porque todos la entienden. Granada es como la narración de lo que ya pasó en Sevilla. Hay un vacío de cosa definitivamente acabada.

Comprendiendo el alma íntima y recatada de la ciudad, alma de interior y jardín pequeño, se explica también la estética de muchos de nuestros artistas más representativos y sus característicos procedimientos.

Todo tiene por fuera un dulce aire doméstico; pero, verdaderamente, ¿quién penetra esta intimidad? Por eso, cuando en el siglo XVII un poeta granadino, D. Pedro Soto de Rojas, de vuelta de Madrid, lleno de pesadumbre y desengaños, escribe en la portada de un libro suyo estas palabras: «Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos», hace, a mi modo de ver, la más exacta definición de Granada: Paraíso cerrado para muchos.

Patio de la Acequia, en la Alhambra

Huelva

Muelle de Río Tinto, para la carga de mineral

Viénese a la memoria, tan pronto se cita el nombre de esta provincia, el recuerdo lleno de admiración hacia la grandiosa epopeya iniciada por Cristóbal Colón en el puerto de Palos, al marchar en sus naves en pos de una idea, logrando al descubrir el continente americano una gloria para España infinitamente mayor que la que hubiera proporcionado a nuestra patria al lograr un nuevo camino marítimo para llegar a las Indias asiáticas.

Cábele esta gloria histórica a la provincia de Huelva, y, no contenta con tal tesoro espiritual, aporta a España otro tesoro material, consistente en los yacimientos mineros de pirita de cobre, principalmente, que son los más importantes del mundo: ocupan una extensión de 400 kms.², dan trabajo diario a más de 30.000 personas y producen anualmente más de dos millones de toneladas de mineral. Asimismo son importantes, aun cuando en menor escala, los yacimientos mineros de hierro, manganeso, azufre, etc.

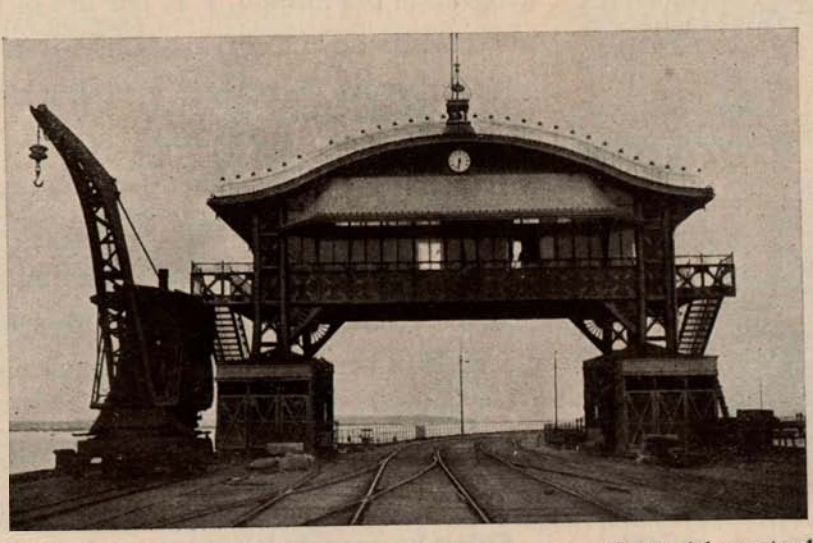
Rincón del jardín de Manuel Siurot

La extensión de la provincia es de 10.090 kms.²; su población es de 335.000 habitantes, y ocupa el extremo meridional de España, lindando con Portugal, el océano Atlántico y las provincias de Cádiz, Sevilla y Badajoz.

La capital de la provincia, la bellísima ciudad de Huelva, se encuentra rodeada de olivos y vides principalmente y al pie de montes que forman un espléndido panorama, en colorido, armonía y variedad. Su puerto, situado en la desembocadura del río Oriel, es uno de los mejores de España; dispone de cinco muelles de hierro sobre el cauce del río, llegando alguno de ellos a tener cerca del kilómetro de longitud, y estando instalados todos con modernísimo y completo material de grúas y cargaderos para el incesante tráfico de la carga de material.

La urbanización de Huelva se manifiesta en el progresivo mejoramiento de sus calles, edificios públicos, parques y jardines y servicios municipales.

Los pueblos principales de la provincia son: Ayamonte, fronterizo con Portugal, del que solamente le separa la desembocadura del río Guadiana; Aracena, Valverde del Camino, Palos de la Frontera, Moguer, la Palma del Condado y otros.



Vistas del puerto de Huelva. (Fotos Loty)

por

MANUEL SIUROT

Es preciso estar muy negado al sentir de nuestra personalidad en la Historia, para no ver que es la Rábida la más alta espiritualidad de la Exposición Ibero-Americana.

Los americanos que vengan a Sevilla para satisfacer un deseo central de sus vidas irán al humilde Monasterio y a Palos a descansar bajo la sombra del árbol fecundo de su ascendencia.

No ha mucho tiempo un hombre ilustre de Colombia se arrodilló en la puerta de la Rábida y, tembloroso, besó enternecido las piedras medievales.

—¿Se ha impresionado usted?

—Sí, señor; me ha parecido que esa pared era la carne de mi madrecita...

Así sienten la emoción y la cultura americanas.

La Rábida: Cruz en que Colón descansó al llegar

La Rábida es el alma del Descubrimiento de América, porque el amor franciscano, filosofía con San Buenaventura, ciencia con Bacon, y cosmografía con Marchena y los Pinzones, acoge la idea para hacerla triunfar.

En la Rábida se ha completado la unidad geográfica del mundo, y es por eso la más alta cátedra de la Geografía Universal.

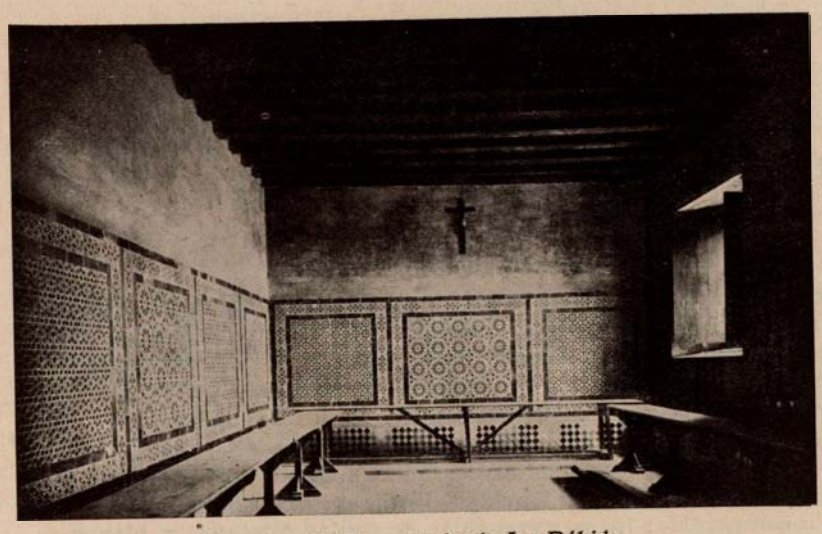
Colón venía derrotado, y la Rábida lo fortalece.

Colón era a veces incomprendido, y la Rábida lo entiende tan luminosamente que llega con él a gloriosa colaboración.

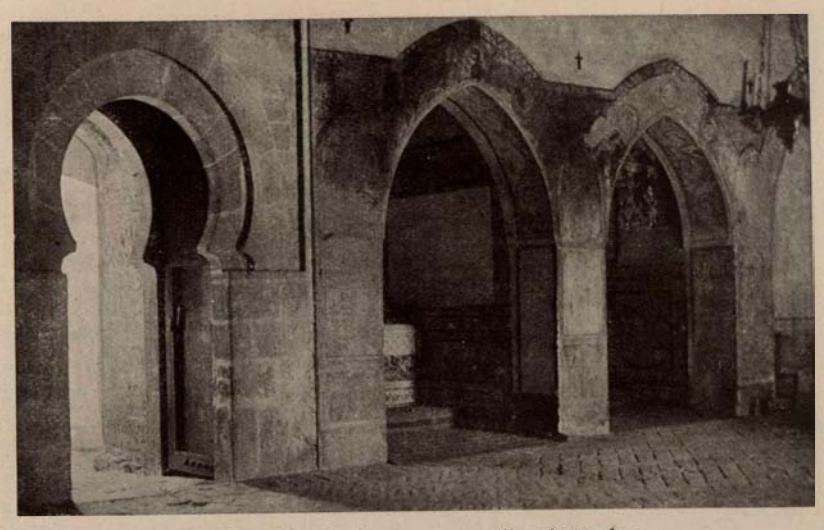
Colón es pobre, y la Rábida lo recoge, y a su hijo también, con una hospitalidad fraternal.

Colón no tiene influencias, y la Rábida se las abre en la Corte.

Colón ha perdido la esperanza de realizar

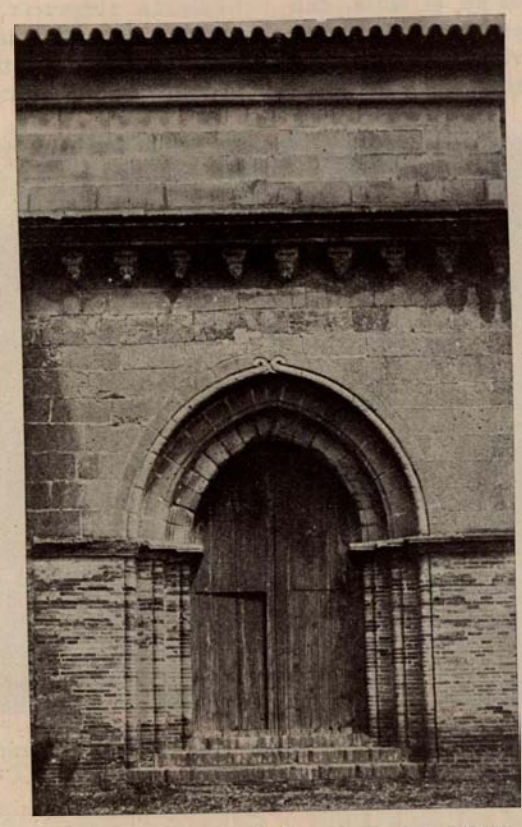


Comedor del Monasterio de La Rábida



Entrada al claustro y capillas laterales

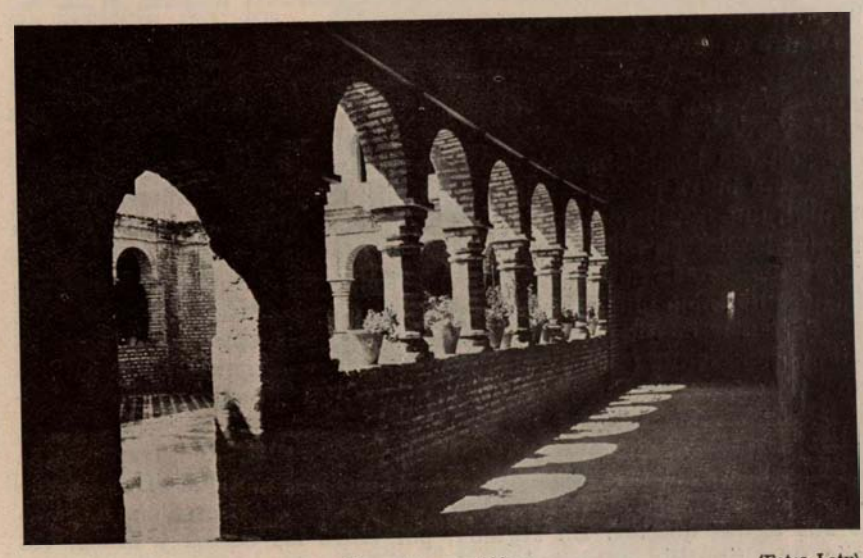
su
pensamien-
to, y la Rábida
le pone durante siete
años la constante inyec-
ción de fe y energía sin la que
se hubiese perdido todo; y cuando la
idea cristaliza en la voluntad de la Rei-
na única, y en la posibilidad de la he-
roicidad española, Palos y la Rábida
con sus hombres, con sus marinos, con
sus corazones y con sus barcos, son el
brazo ejecutor del pensamiento colom-
bino, de tal manera que en la tríada
moral de la epopeya, si Colón es
la idea, la Rábida es la fe,
y Palos las manos le-
gendarias que
la reali-
zan.



Puerta de la iglesia del Monasterio de la Rábida

La
Rábida y
Palos deben ser,
por consiguiente, el
centro espiritual de una
Exposición de España y de Améri-
ca, y, por tanto, la corriente de turis-
mo particular y de acción oficial del
Estado en este gran certamen ha de des-
envolverse en el circuito Sevilla-Huel-
va-La Rábida-Palos y Moguer. Este
circuito es la vía luminosa de las
ideas para que la Exposición no sea
sólo un arte, una flor, una fiesta, una
belleza y una utilidad, sino que
todo eso tenga el perfume
nobilísimo de la his-
toria y del pen-
samien-
to.

Patio mudéjar



Claustro mudéjar

(Fotos Loty)

ARACENA

EL SECRETO ENCANTO DE LA GRUTA DE LAS MARAVILLAS

por *José Andrés Vazquez*

Si te dijesen, amigo viajador, que Aracena está muy lejos de Sevilla, no lo creas... Noventa kilómetros por una carretera rica en paisajes emocionados, es la medida justa de un paseo en automóvil. Un día cualquiera de los que dediques a Sevilla encamínate hacia la Sierra, y no te pesará. Ningún viajero entregado a ese supremo goce de ver y andar que hemos dado en llamar turismo debe prescindir de esta excursión, que, sobre proporcionarle el placer de escalar la altura, le hará recrear sus ojos y emocionar su espíritu con la contemplación del singular prodigio de la «Gruta de las Maravillas», labrada por el agua en las tinieblas profundas de una noche que comenzó en el fondo de la Creación y terminó hace pocos años, al entrar en la sima, con un candil de tenue llama, cierta viejecita aracenesa que buscaba un animalillo perdido... Los peligros que corrió la vieja temeraria los hizo desaparecer la inteligencia humana, que supo allanar las rutas interiores; y, en cuanto a las tinieblas, fueron vencidas por los resplandores del alumbrado eléctrico, para que sea fácil y cómoda la contemplación de la maravilla innumerable.

Allá lejos, por las horas remotas del milagro de la Creación, Dios Omnipotente, sembrador de estrellas, mandó que se formase este prodigio que la imaginación humana, aun dotada de los divinos destellos para crear mundos y fantasías, es incapaz de describir... Pero, intentémoslo nosotros: intentemos, por lo menos, una buena intención.

Es la Gruta de Aracena regalo digno del Creador para un pueblo merecedor, por sus virtudes, del donativo fastuoso y del regalo del magnánimo Donante... Han pasado los siglos, las generaciones, la historia; el hombre primitivo, las tribus, los invasores... Tartesios, fenicios, griegos, romanos... Viriato funda su «Erisana» sobre el cerro de estrato cristalino, bajo el cual estaba la maravilla, para combatir a Roma... Jesús, el dulce rabí nazareno, expiraba en el Calvario, mientras el agua indiferente labraba en Aracena el poema de los sudarios eternos... Pasan los romanos, los bárbaros, los árabes... Pasan los días de la epopeya americana... Pasa el mariscal Mortier con los invasores napoleónicos... Y, bajo la tierra hollada por todos y disputada por todos, se hacía gota a gota, en la serena lentitud de las sombras y del silencio interiores, el milagro de cristal que Dios le quería regalar a Aracena, al reino de Sevilla y a España, para que pudiesen mostrar al mundo un privilegio más y mejor...

La gran Gruta de las Maravillas. Un paisaje subterráneo.

Dentro de esta portentosa Gruta—la más bella y extensa del mundo—hay una princesa encantada... Lo dice la tradición popular y... es preciso creerlo, porque la voz del pueblo es la voz de Dios, y Dios es la Verdad.

Según esa tradición, todos los días pasaba, montada a mujeriegas sobre una burra parda, por junto a una fuentecilla de misterioso manantial, una molinera de quince años, llamada Julianita, más hermosa que los prados en mayo. Su madre le había dicho que no pasase sola por la hondonada de la sombría falda del cerro, porque allí estaba un duendecillo malo que perseguía a las muchachas ofreciéndoles tesoros que darían la eterna condenación a las que los aceptasen. Pero Julianita, desobediente, se obstinaba en pasar sin otra compañía que su borrica parda, y pensando, la muy pícara, en el duende que solía salir de la fuente para tentar a las mozas.

Un atardecer, Julianita, que venía del molino al pueblo, trayendo un puñado de cornicabras y madreselvas para un ramo que ofrecer a un novio ignorado, se detuvo ante la fuentecilla para mirarse en el espejo de sus aguas quietas. En seguida, por entre los berros y limos, vió salir una figurilla encantadora de gnomo rubio, que ante los ojos absortos de la muchacha se transformó en hermosísimo mancebo de ojos celestes, y le ofreció con dulcísima voz irresistible inmensos tesoros de ventura en sus palacios subterráneos, y se la llevó allá dentro, para que fuese reina de los misteriosos reinos donde jamás conocería las tristezas de la vejez ni las amarguras de los desengaños.

Cuando ha sido posible entrar en los alcázares de Julianita, se ha visto que el mancebo de ojos azules no la engañó al ofrecerle de todo para su recreo, su gozo y su felicidad. Jardines inmensos de inmarcesible flora incomparable; lagos navegables de orillas dilatadas y playas recónditas cubiertas de áureas arenas; *roperos fastuosos con múltiples* mantos de armiño, trajes de tisú de oro, plata, perlas y diamantes; colgaduras de terciopelo purpúreo tachonado de piedras preciosas; fuentes de agua cristalina cuya superficie cubren nenúfares gigantescos; juguetería fabulosa de muñequillos y objetos múltiples de refinadísima elegancia; salones de altura inmensa desde cuyos techos cuelgan soberbias lámparas de agua cristalizada y ornamentaciones de insospechada riqueza; suelos de mosaico con dibujos jamás soñados por los artistas humanos; mantones bordados con flecos espléndidos; encajes de preciosa labor de hadas; salas con órganos que parecen próximos a llenar de música el silencio del espacio; gabinetes de columnillas incontables con suelos, zócalos, muros y artesonados cuya decoración quimérica hace vulgares las formas más audaces del arte de los hombres; montañas interiores espléndidas en su belleza y colosales en su medida...

Y luego, las despensas provistas de todas las frutas y todos los manjares; y el granero donde hay acumuladas mieses que no se consumirán nunca; y mil objetos diversos que surgen del agua, de los muros, de los techos, produciendo el vértigo espectacular... Vajillas espléndidas, muebles magníficos, estatuaria imponente, adornos caprichosos, lámparas, flameros... Animales petrificados, escalinatas que resuelven los más difíciles problemas de arquitectura, columnas de fustes infinitos, rompimientos de una escenografía gigantesca... Sobre una bandeja, al pie de una robusta estalactita, rica en ornamentación, como columna de pagoda, está la cabeza de algún gigante que acaso hiciese llorar de susto a Julianita mientras cazaba mariposas por el gran parque subterráneo, y fué decapitado por orden del príncipe encantador...

No mintió éste a Julianita: el palacio que le ofreciera sobrepasa la importancia del ofrecimiento hecho al borde de la fuentecilla... La molinerita princesa debe estar contentísima, gozando del amor y de la belleza eternos. Pero, ¿no habremos roto el encanto los que entramos en el alcázar suntuoso?

Probablemente, el príncipe ha escondido ya a su dulce esposa en algún rincón inaccesible, desde donde llora la pérdida de su dicha. Y esas lágrimas son las gotas de agua que caen sobre los lagos con ritmo musical.

Por más, que podemos suponer—y aun afirmar—que Julianita es Aracena, la ciudad encantada muchos años entre sus montañas ignoradas, y que ahora sale del encanto por el esfuerzo de sus hijos, que han hecho con inteligencia y amor todo cuanto había que hacer para mostrarle a los viajeros, gozadores del placer de ver y andar, el regalo espléndido de Dios, el prodigio natural incomparable que labraron los siglos con agua pura y luz inefable.

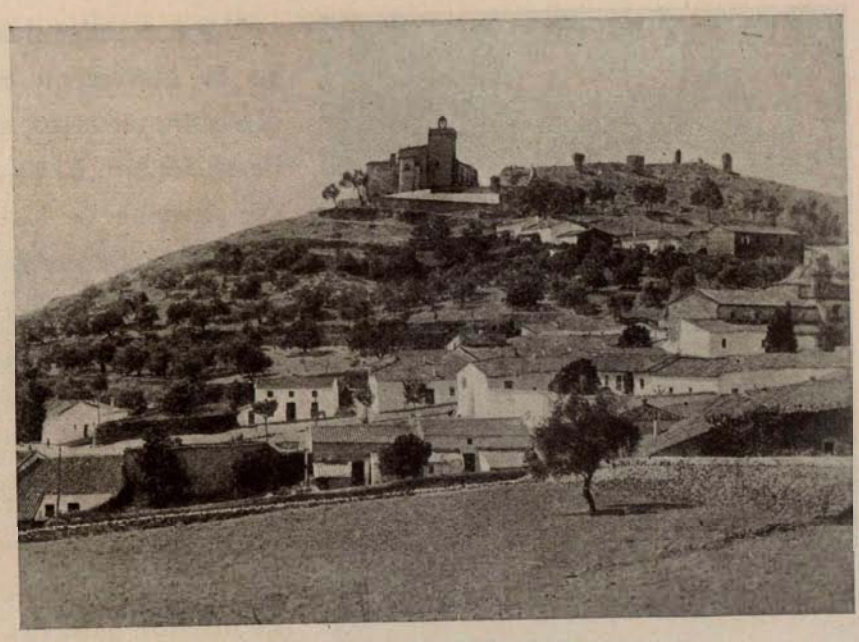
* * *

No te pesará, amigo viajador, el viaje a Aracena; todavía, después de admirar la Gruta, que recordarás siempre, como se recuerda el más grato ensueño, podrás recrear tu espíritu, para adaptarlo de nuevo a las bellezas logradas por el hombre, en los rincones pintorescos de la ciudad y en los tesoros artísticos de sus viejos templos, enriquecidos por los artistas sevillanos con el designio de incluir para siempre en el espíritu de Sevilla las maravillas serranas.

La iglesia del castillo de ARACENA y sus obras de embellecimiento

por

J. L. de O.

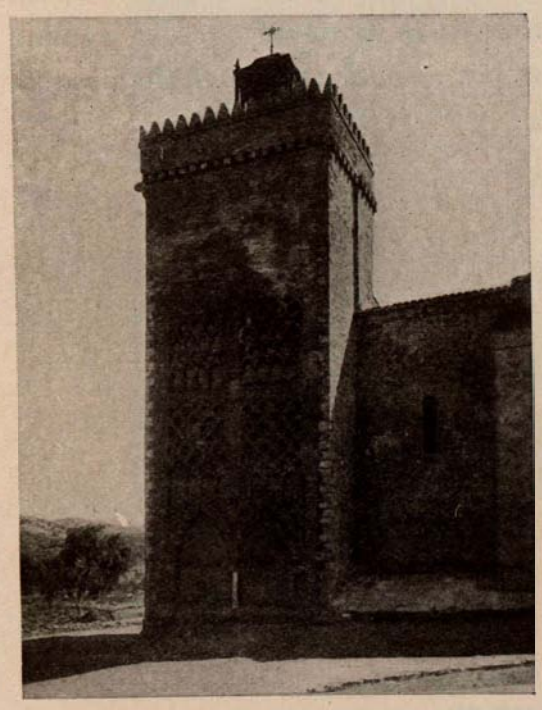


Vista general del castillo de Aracena.

Es una función grata al espíritu evocar el pasado glorioso de la patria a través de los recuerdos monumentales que nos legaron nuestros antepasados. Y si esta evocación se hace con el auxilio de poderosas inteligencias cuya preparación puede hacernos más intensa la emoción de las cosas, por el cuidado minucioso con que la estudiaran, entonces podemos percibir íntegramente el placer de vivir las horas pasadas con todo el vigor de la realidad.

En Aracena, la bella ciudad serrana, con la famosa Gruta de las Maravillas y los panoramas ubérrimos de la serranía, hay, entre otras obras humanas de extraordinario valor artístico y arqueológico, una hermosa iglesia ojival llamada «del Castillo», precisamente culminando el cerro de estrato cristalino que guarda en su seno los tesoros innumerables que labró el agua, gota a gota, en las calizas del terreno arcaico.

El ilustre aracenés conde de las Torres Sanchezdalp, enamorado de esta joya arquitectónica, la está enriqueciendo con munificiencia.



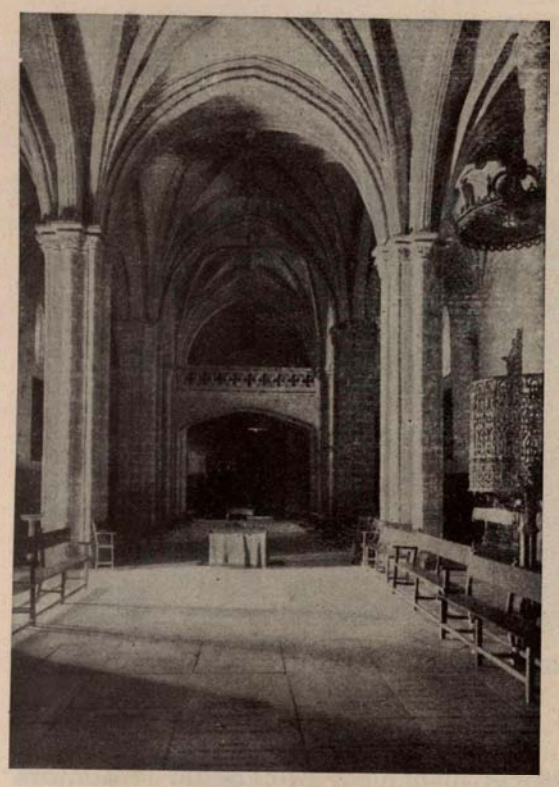
Torre del castillo de Aracena.

El castillo, propiamente dicho, no existe. Sólo quedan de él frogones abatidos que pertenecen al patrimonio histórico del antiguo reino de Sevilla. De ser veraces los autores árabes del emirato de Córdoba, verdadera almáciga de sabios, este castillo lo fundó Viriato como tosca fortaleza para batir a los romanos en sus luchas por la independencia hispánica. El caudillo le nombra Erisana, «posición más allá del Anas» (Guadiana), denominación de la cual se deriva, con las modificaciones producidas por el tiempo y las civilizaciones, el nombre actual de Aracena.

Está corroborada esta versión por el testimonio del jesuíta Francisco Masdeu, prestigioso historiador del siglo XVIII, que nos legó ese monumento de la «Historia crítica de España», en cuyo caudal han bebido todos los historiógrafos españoles posteriores, sin gran justicia para el que les diera de beber.

Fué utilizado como fortaleza el castillo por todos los invasores y apenas quedan restos abatidos aquí y allá. Sin embargo, de tiempos de moros queda uno de los cuatro propugnáculos que tuvo la cerca exterior, mandada ampliar y restaurar por orden del emir Yacub-ben-Abd-el-Mumen, en 1184. Este propugnáculo es la actual torre de campanas adosada al templo cristiano. Templo que fué labrado para su servicio por los caballeros templarios, de los cuales era en Aracena real prior D. Pero Vázquez, cuya estatua yacente está en la hornacina del lado del Evangelio. Tal vez la obra más importante de los barros vidriados españoles.

Zócalo de azulejos del siglo XVI, donado por los condes de las Torres de Sanchezdalp.



Interior del templo, del siglo XIII, del castillo de Aracena.

Unos inteligentes se la atribuyen a Mercadante; otros, a Pedro Millán. El padre Antonio de Lorea, de la Orden de Predicadores de «Regina Angelorum», analista de Aracena, dice, sin revelar quién es el autor, que la estatua fué labrada y cocida aquí, porque, son palabras suyas, «siempre tuvo Aracena quien en armas, artes y letras la honrara».

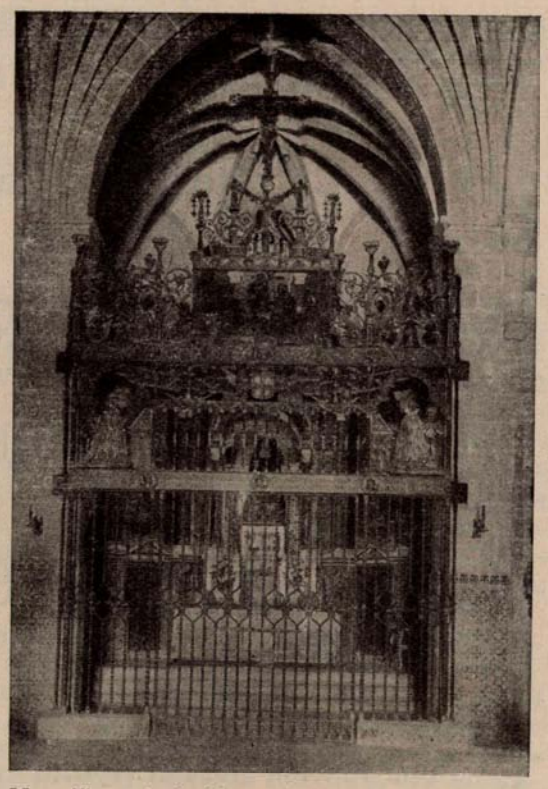
Sólo para ver esta maravilla vale la pena de realizar la excursión a Aracena.

Extinguida en tiempo de Felipe el Hermoso y Clemente Quinto la discutida Orden del Temple, sus encomiendas fueron distribuídas entre las demás Órdenes militares, excepto la de Aracena, que fué reservada a los Reyes Católicos, pues se cree que Isabel y Fernando tenían en gran aprecio esta comarca, por las singulares pruebas de sumisión fiel que sabían otorgó a la causa cristiana del Rey moro de Aracena, Hazen, conteniendo a los algarvios y extremeños mandados por Al-Modhaffar, mientras el Rey Santo bajaba con sus huestes por la cuenca del Guadalquivir para la conquista de Sevilla.

Aquí se rinde el homenaje constante de la devoción a la Virgen del Mayor Dolor, la Patrona de la ciudad.

La primera de las obras realizada por el Conde de las Torres de Sanchezdalp fué establecer esta capilla-panteón bajo el coro, donde reposarán las cenizas veneradas de sus padres.

Ha hecho poner un retablo del siglo XV,



Magnífica reja de hierro forjado del presbiterio, obra de Julio Pascual, donada por los Condes de las Torres de Sanchezdalp.

Tumba de doña Urraca de Ossorio de Lara.

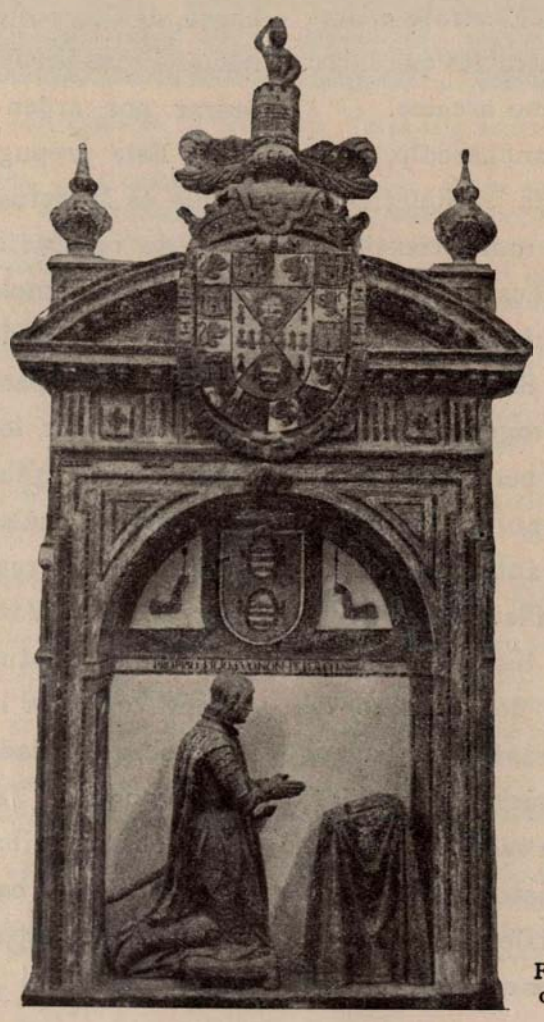
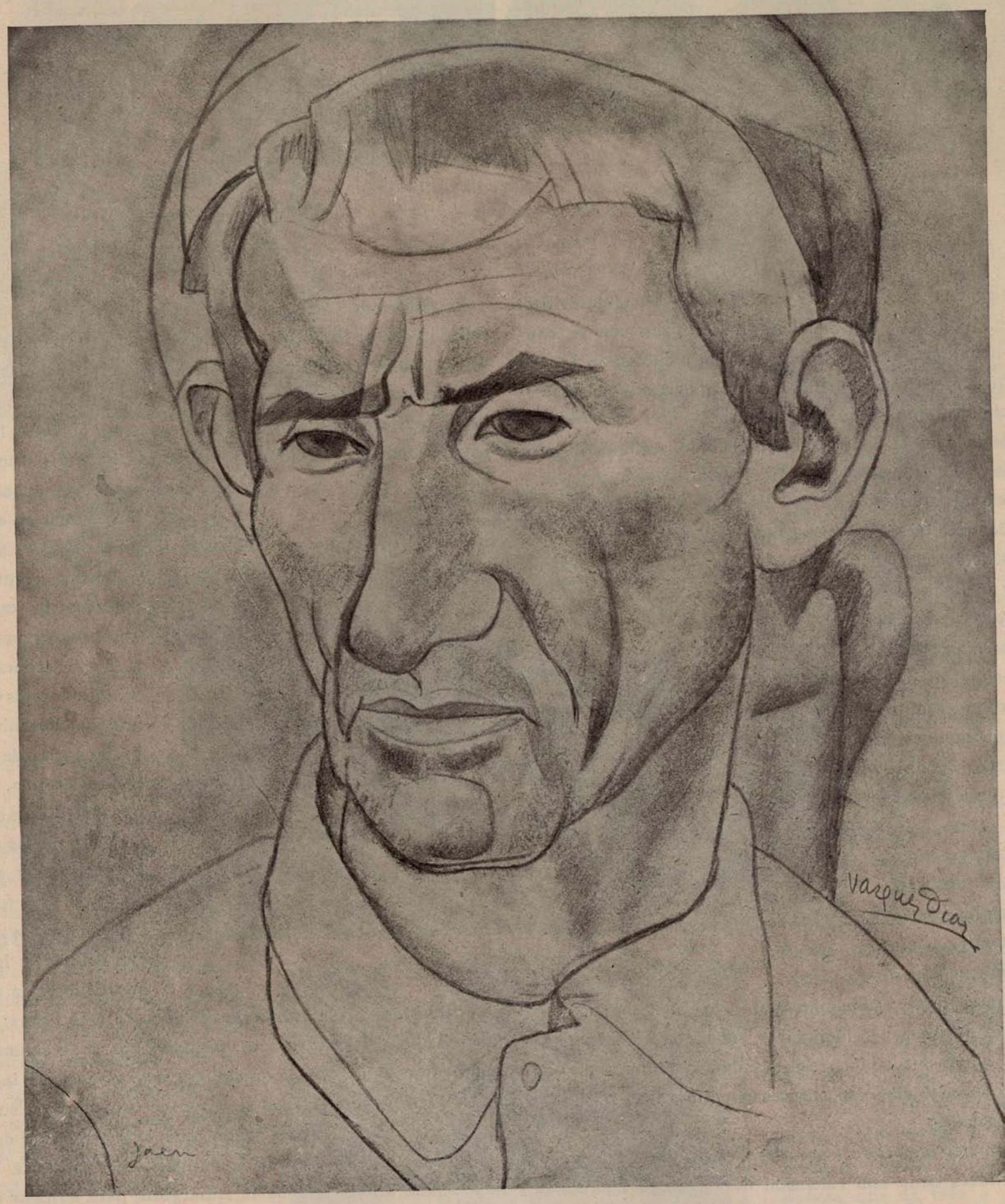


Figura orante del célebre Guzmán.

ha enriquecido la bóveda y el pavimento y cerrado el conjunto con esa verja, obra sevillana...

La visita a la iglesia del castillo de Aracena, enjoyada por el Conde de las Torres de Sanchezdalp de manera portentosa para sentir el placer, digno de un príncipe renacentista, de dejar tras sí la huella indeleble de un refinado espíritu. Estos hombres ejemplares, que saben y pueden ganarse la inmortalidad, son los más altos representantes del alma de la raza generosa, incansable en la tarea de abrir el camino de luz por donde va con firme paso la patria.

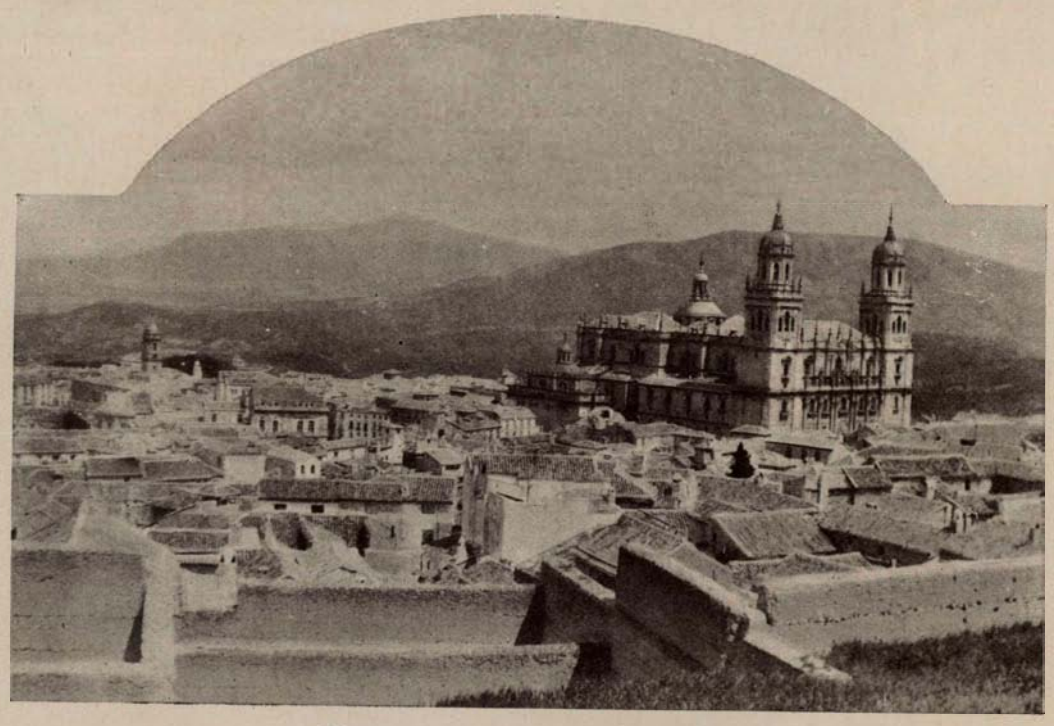


JAÉN

¡JAEN

Regada por varios ríos, entre ellos el Guadalquivir, el Guadiana y el Guadalén, que fertilizan con su caudal los fructíferos campos, entre las provincias de Ciudad Real, Albacete, Granada y Córdoba, se halla ésta que el ilustre Machado llama «Jaén, la plateada».

Privilegiada es la aportación, sobre todo aceitera, de esta provincia a la economía nacional; el infatigable laborar de sus hijos ha colocado el nombre de Jaén a señalada altura, y así puede apreciarse por la colaboración que de otra pluma más autorizada que la nuestra va inserta a continuación de estas páginas.



Vista general de Jaén, «la plateada».

No solo es agrícola su riqueza. Sus yacimientos de hierro, plomo y plata tienen una gran importancia; pertenece a la séptima región minera. La superficie de sus concesiones es de unos 350 kilómetros cuadrados. Los manantiales de aguas medicinales son también abundantes, distinguiéndose entre ellas las sulfurosas, sulfhídricas y sulfatocálcicas termales.

Tiene también importancia ganadera, especialmente la lanar.

La provincia tiene una extensión de 13.480,38 kilómetros cuadrados, y su población es de unos 600.000 habitantes, de los cuales corresponden unos 40.000 a la capital.

Los partidos judiciales son: Alcalá la Real, Andújar, Baeza, La Carolina, Cazorla, Huelma, Jaén, Linares, Mancha Real, Martos, Orcera, Úbeda y Villacarrillo.

La ciudad de Jaén, extendida en la falda de una montaña, sobre la que se levanta el castillo edificado en tiempos por los árabes, ofrece un bello aspecto en la nota clara del cielo andaluz, conservando, como todas las ciudades que aquéllos dominaron, curiosos vestigios de esa dominación, tal como los muros que rodean a la ciudad y la llamada torre del Homenaje, que eleva sus almenas sobre toda la edificación del caserío.

Destaca entre sus edificios la catedral, que mandó construir el Rey Fernando III sobre los restos de una antigua mezquita. En su fachada, de estilo renacimiento, hay unas esculturas que representan a los cuatro evangelistas y al Rey que fundó el templo; de sus costados arrancan dos torres iguales que tienen una altura de 62 metros. Su interior está dividido en tres naves; es el tabernáculo del altar mayor, formado por ocho columnas y rematado por una cruz de cristal de roca, trabajo de indudable interés. En esta iglesia se conserva con religioso cuidado la reliquia del «Rostro del Señor», que es la impresión del Divino Pastor en el paño que la caridad amorosa de la Verónica tendió en la calle de la Amargura, para enjugar el sudor de Jesús. Este paño se halla en perfecto estado de conservación, guardándose en un valioso marco de esmeraldas y otras piedras preciosas que se encierra en lujoso estuche de plata, exponiéndose a la veneración de los fieles los días de la Asunción y Viernes Santo, en la capilla de la Santa Faz.

Vista de la catedral de Jaén.

La principal capilla de la catedral en su aspecto artístico es la de San Pedro de Osuna, de estilo gótico.

Dignas de visitarse también son las iglesias de San Ildefonso, de estilo grecorromano; la de San Juan, de traza gótica, y la de San Bartolomé, que guarda un valioso cuadro de Alberto Durero.

En la progresiva urbanización de la ciudad destacan modernos edificios, como el de la Diputación provincial, de elegante aspecto. Es notable el monumento llamado de Las Batallas, erigido en conmemoración de las de Las Navas de Tolosa y Bailén.

* * *

Halagadora en extremo es la visita a las distintas localidades de la provincia; por todas partes se puede apreciar una fecunda labor como grata emulación, ya en la moderna maquinaria de las explotaciones de mineral, ya en el especial cuidado de sus tierras pródigas, brillante nota verde de olivares y vides.

ANDÚJAR es una población con más de 20.000 habitantes, cuya producción aceitera es verdaderamente maravillosa, creando con ello una base de enorme riqueza agrícola que hace de esta provincia, gracias a esta localidad y a otras que a continuación citamos, una de las más destacadas de España en el aspecto agrícola, y desde luego la más rica del mundo en producción aceitera.

BAEZA, con más de 20.000 habitantes, es población sumamente interesante, no ya por su riqueza olivarera, sino también por lo típico y pintoresco de alguno de sus edificios, entre los que destaca la «Puerta de Baeza» o «Arco del Populo», por su contigüidad. Tiene una fachada plateresca, típicamente española, del reinado del Emperador.

Interior de la catedral.

Las dos construcciones, juntamente con el balcón que contiene los restos del altar, forman un conjunto seductor.

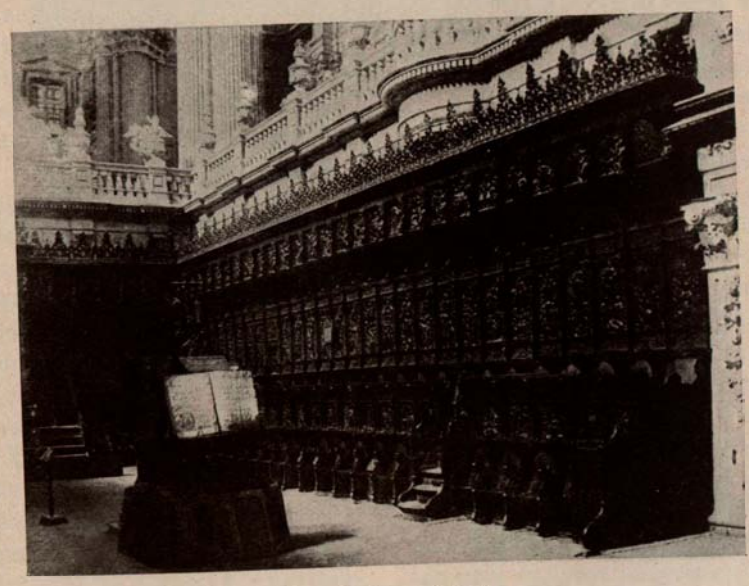
Fué el arco erigido por el Concejo de la ciudad, conmemorativo del triunfo de Villalar.

Otro de los edificios interesantes es el Instituto, antigua Universidad, severo edificio del siglo XVI, que oyó en sus aulas la palabra mística del glorioso Juan de Ávila.

El paraninfo es una bella pieza con artístico artesonado.

BAILÉN merece reseñarse por haberse celebrado en su término una gran batalla en la guerra de la Independencia española, y en la cual nuestras tropas, con la ayuda de los típicos vaqueros andaluces y gentes de estos pueblos, dirigidas todas por el invicto general Castaños, infligieron una sangrienta derrota a las aguerridas tropas napoleónicas que acaudillaba el mariscal Dupont.

LA CAROLINA constituye, con Linares, un centro minero de gran importancia por su producción de plomo argentífero. Cuenta cerca de 20.000 habitantes.



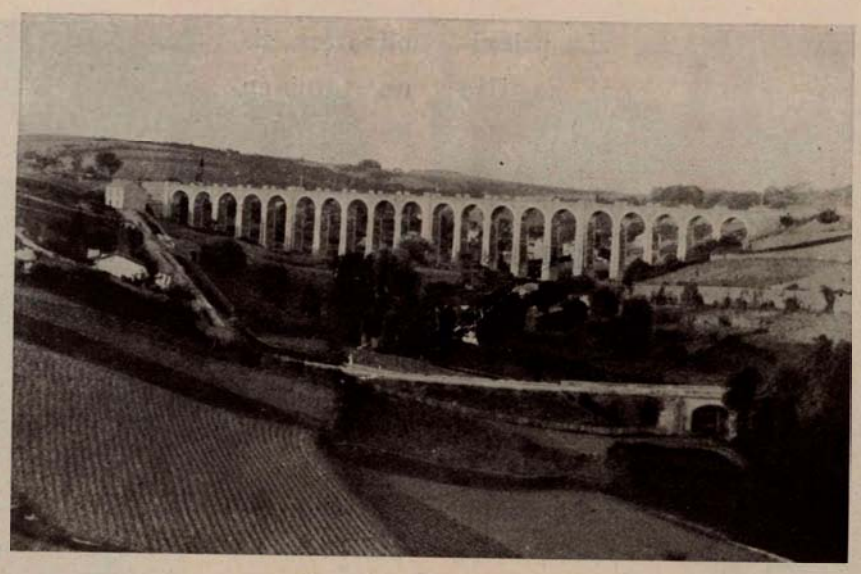
Coro de la catedral.

LINARES es la segunda población de la provincia, superando a la capital en cerca de 10.000 habitantes. Sus minas de plomo argentífero constituyen una enorme riqueza que da vida a una gran población obrera y numerosas industrias locales y de la Península.

LOPERA muestra su castillo árabe, de planta rectangular, ad-

mirablemente conservado, y que es uno de los monumentos más interesantes que se pueden ofrecer a la curiosidad artística del turista.

MARTOS, ciudad con más de 20.000 habitantes, es población muy célebre, no ya por su enorme riqueza aceitera, sino también, entre otras cosas, por sus peñas, que son objeto de una tradición histórica sangrienta.



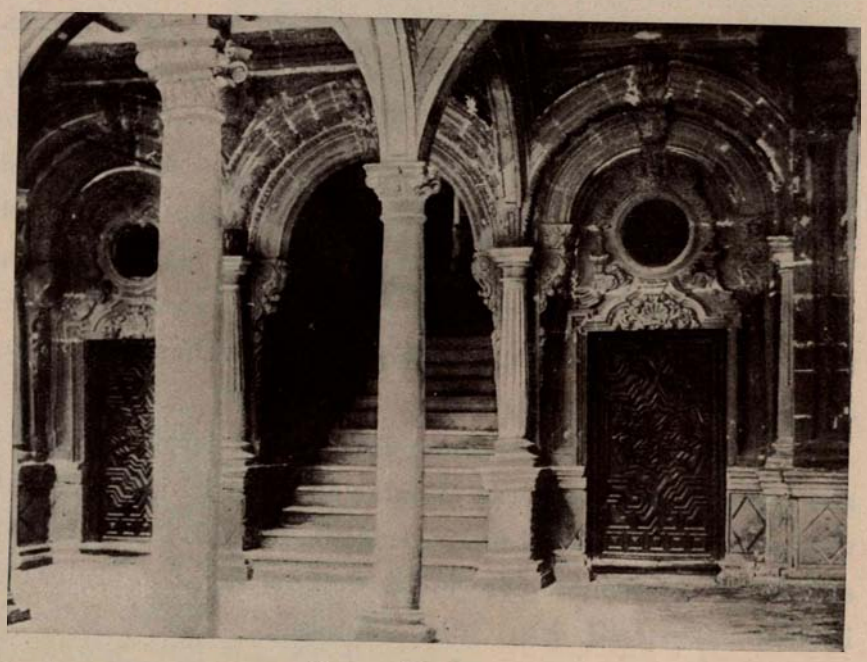
E. Acueducto de Jaén.

sivo con su victoria en la gran epopeya iniciada por Don Pelayo en las montañas de Asturias y terminada por la gran Reina Isabel y Rey Don Fernando al expulsar al Rey Boabdil de Granada, última plaza importante que tuvieron los árabes en nuestra Península.

ÚBEDA es ayuntamiento con cerca de 25.000 habitantes, cuya enorme riqueza olivarera corre parejas con la de los otros puntos citados anteriormente como grandes productores de aceite.

VILLACARRILLO, por último, es otro de los grandes centros productores de aceite de esta provincia y cuenta con más de 20.000 vecinos.

Baeza.—Arco del Populo.



Baeza.—Un interior.

LAS NAVAS DE SAN JUAN es una localidad de más de 6.000 habitantes, situada cerca de La Carolina, y en cuyas inmediaciones, en la guerra de la Reconquista, Alfonso VIII entabló con sus tropas batalla contra las huestes musulmanas, marcando un momento deci-

Baeza.—Portada del Instituto, antigua Universidad.

(Fotos Hauser y Menet)

LA RIQUEZA OLIVARERA EN JAÉN

por

JOSÉ DE VIEDMA

Ingeniero Jefe de la Sección Agronómica provincial.

El antiguo reino de Jaén, hoy una de las 50 provincias españolas en que está dividido el territorio nacional, tiene una superficie cultivada de setecientas mil setecientas sesenta hectáreas, según los datos estadísticos de la Sección Agronómica Provincial.

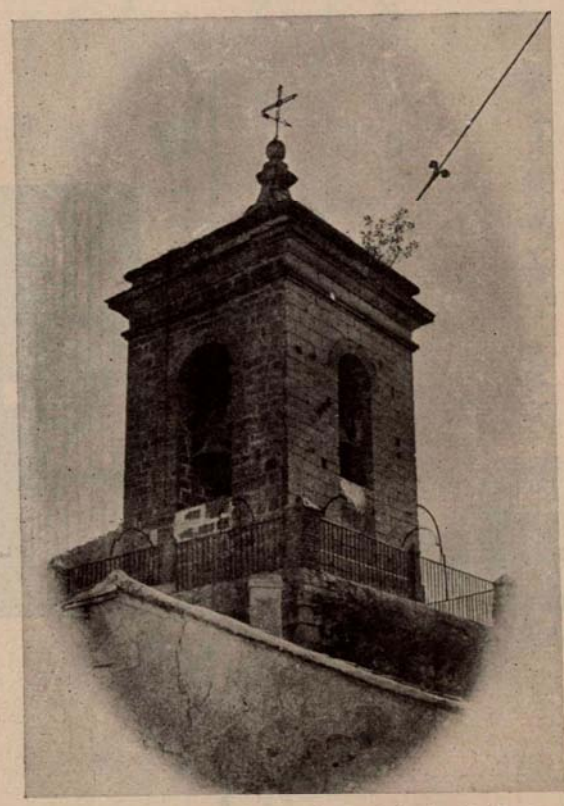
De ellas hay dedicadas a cereales y leguminosas trescientas ochenta y nueve mil cuatrocientas noventa hectáreas.

Más de trescientas mil hectáres plantadas ya de olivar, que constantemente van aumentando a expensas, principalmente, de tierras incultas y dedicadas a cereales y leguminosas, aunque de ellas sólo están oficialmente en producción doscientas ochenta y siete mil trescientas hectáreas.

Aparecen también entre los datos oficiales de esta Sección doce mil doscientas cuarenta y cinco hectáreas dedicadas a plantas industriales; a raíces, tubérculos y bulbos, seis mil cuatrocientas setenta hectáreas; cuatro mil novecientas ochenta y cinco hectáreas de viñedo; doscientas diez hectáreas de praderas artificiales, y ciento cincuenta de árboles y arbustos frutales, conforme aparece en el gráfico representativo de la distribución de los principales cultivos de la provincia.

Resalta en ella como cultivo dominante el del olivo, que nace espontáneamente en la mayoría de sus dehesas y terrenos incultos, demostrando así al hombre que está en el corazón de su zona y ello explica la utilidad de su cultivo en la provincia, que de tiempo inmemorial lo comprendió así y viene haciendo las plantaciones en línea que fué la admiración de los excursionistas extranjeros asistentes al VIII Congreso Oleícola, celebrado en Sevilla en el otoño de 1924.

Es interesante conocer la producción media anual de los distintos países productores de aceite del mundo. Hubiéramos querido consignar aquí la del último quinquenio o decenio; pero el Instituto Internacional de Agricultura de Roma sólo tenía completos los datos de producción del bienio 26-27 y 27-28 en todos los países, y no queriendo consignar aquí sino datos puramente oficiales, a dicho bienio hemos de referirnos en todos los estados y gráficos comparativos de producción de aceite de que ahora damos cuenta.



Olivo nacido en la torre de la iglesia de Santa María, en Martos.

La total del mundo en dicho bienio la fija el Instituto Internacional de Roma en ochocientos veintiocho millones cien mil kilogramos, de los cuales produjo España cuatrocientos cuarenta y ocho millones de kilos; Italia, ciento cincuenta y seis millones cuatrocientos mil kilogramos; Portugal, setenta y cinco millones cuatrocientos mil kilogramos; Túnez, veintiocho millones de kilogramos; Argelia, dieciséis millones quinientos mil kilogramos; Siria y Líbano, nueve millones doscientos mil kilogramos; Francia, ocho millones trescientos mil kilogramos; Marruecos francés, siete millones; Tripolitania, cuatro millones quinientos mil kilos; Reino de Servios y Croatas, tres millones novecientos mil kilogramos; Chipre, un millón cincuenta mil kilogramos, y Estados Unidos de América, quinientos mil kilogramos.

La producción media anual del citado bienio 926-27 y 27-28 fué en España algo más del 54 por 100 de la producción total del mundo, que concuerda perfectamente con el concepto que los enterados de las cuestiones aceiteras tenían ya de España, de que su producción media anual se aproxima cada vez más al 60 por 100 de la producción media anual del mundo, dato que es conveniente y necesario que lo aprendan los países consumidores, a fin de evitar intermediarios inútiles que tanto encarecen la vida.

Treinta y seis provincias españolas producen aceite en cantidad apreciable; pero de ellas sólo hemos de consignar las diez de mayor producción media anual en el bienio citado de 26-27 y 27-28, según los datos estadísticos del Consejo Agronómico, oficiales en España, recogidos en cada provincia por sus correspondientes Secciones Agronómicas.

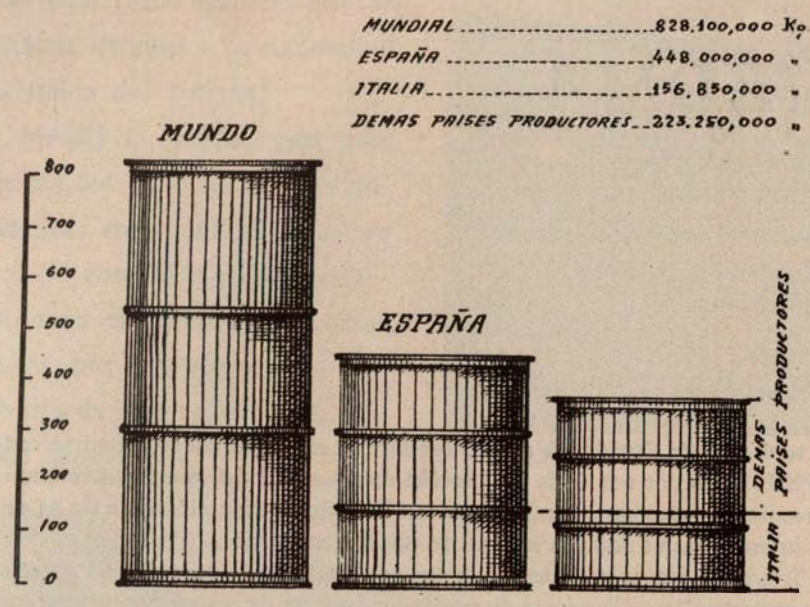
Según ellos, Jaén produjo de media anual ciento cuarenta y dos millones seiscientos cincuenta mil kilogramos de aceite, que representó casi la tercera parte—32 por 100—de la producción media anual de España en dicho bienio y el 17,23 por 100 escasamente de la producción media anual del mundo en igual período.

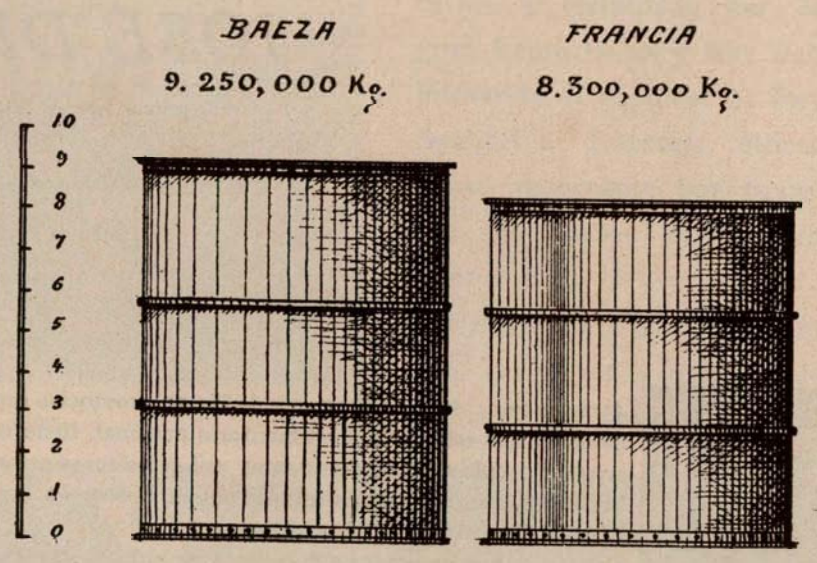
Córdoba produjo de media anual ese mismo bienio setenta y tres millones de kilogramos; Sevilla, cuarenta y nueve millones novecientos mil kilos, siendo las tres citadas provincias andaluzas las de mayor producción, con gran diferencia de las restantes de España. Sigue después Tarragona, de la región catalana, con veintitrés millones de kilogramos; Badajoz, de la región extremeña, que está haciendo numerosas plantaciones nuevas, produjo de media anual el repetido bienio veintidós millones cuatrocientos mil kilos; Málaga, de la región andaluza, produjo dieciocho millones de kilogramos de promedio anual; Toledo, de la región de Castilla la Nueva—región agronómica manchega—, produjo de media anual quince millones cien mil kilogramos de aceite; Lérida, también de la región catalana, produjo nueve millones ochocientos mil kilogramos; Ciudad Real, también de Castilla la Nueva y región agronómica manchega, lindante con la andaluza, produjo el citado bienio una media anual de ocho millones ciento cincuenta mil kilogramos de aceite, y Granada, de la región andaluza, que va, como Badajoz, haciendo numerosas plantaciones nuevas, produjo una media anual de siete millones cuatrocientos cincuenta mil kilogramos de aceite, cuya expresión gráfica aparece en la página de gráficos.

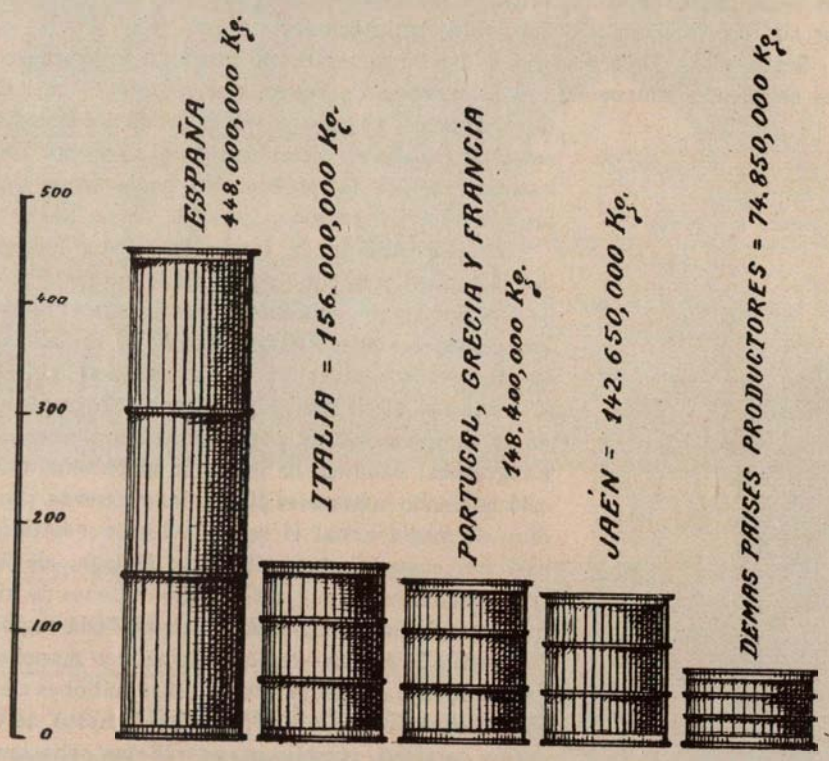
En trece partidos judiciales hállanse agrupados los cien pueblos de que consta la provincia de Jaén, y todos, hasta el de Linares, que no se compone más que de este pueblo minero importante, contienen olivos en cifra muy respetable.

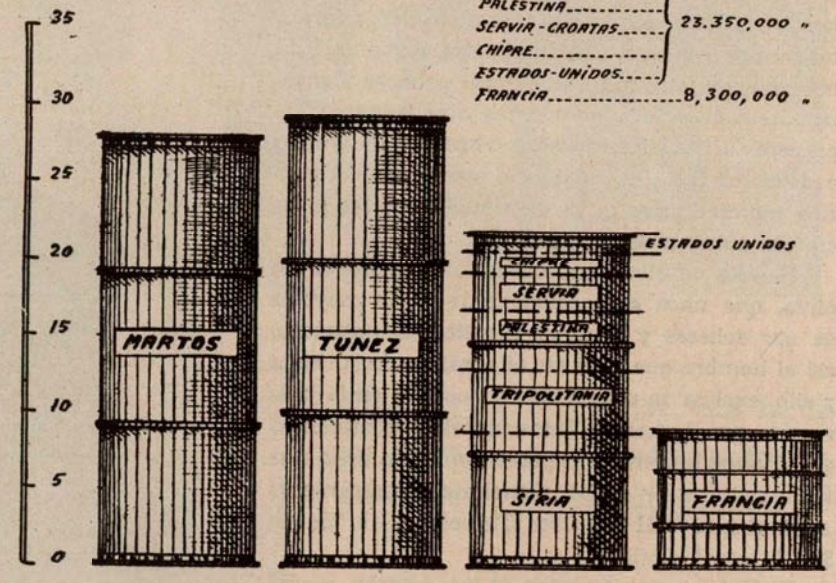
El partido judicial de Martos, donde hasta en la torre de la capilla de la Virgen de la Villa, Patrona de Martos, ha nacido un olivo, es el primero en cantidad de aceite; produjo en el bienio citado de 926-27 y 27-28 veinticinco millones quinientos setenta y cinco mil kilos. Siguió después el partido judicial de Villacarrillo, con veinticinco millones veinticinco mil kilogramos. Ocupó el tercer lugar en orden a la producción de aceite del repetido bienio el partido judicial de Andújar, con catorce millones ciento sesenta mil kilogramos de aceite. Siguió después el partido de Úbeda, con once millones novecientos setenta y ocho mil kilogramos de aceite, y el partido judicial de Jaén, con once millones novecientos veinticinco mil kilogramos. El partido judicial de Mancha Real produjo en ese bienio diez millones novecientos treinta y dos

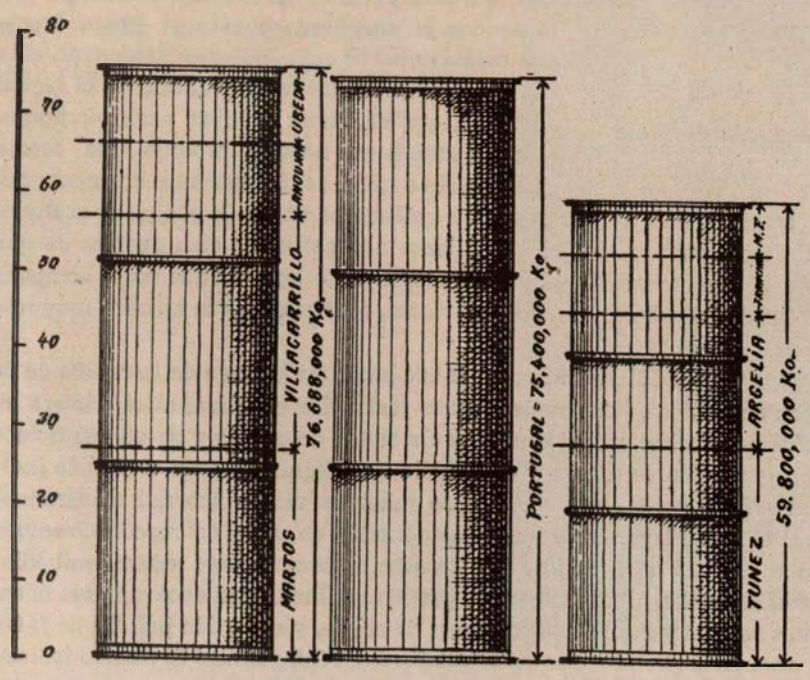
Cuadros comparativos de la producción oleícola española y de la mundial

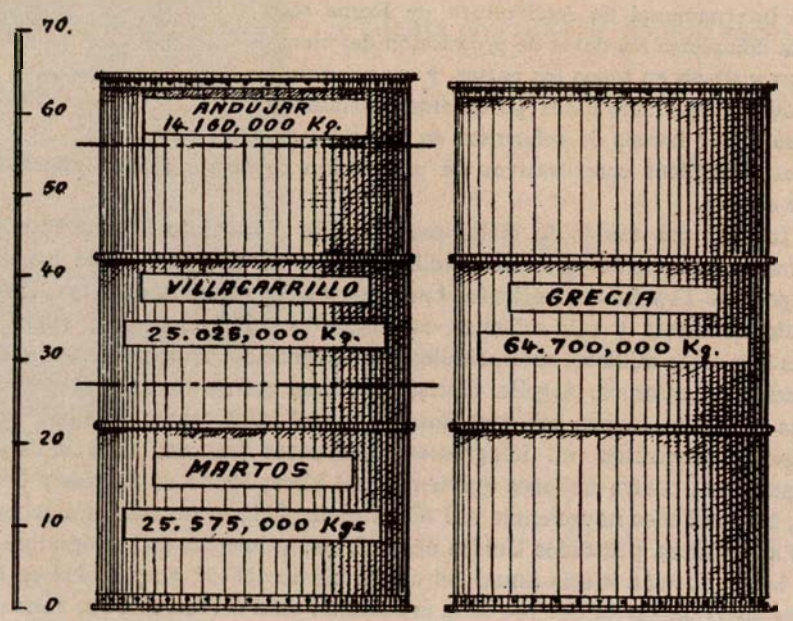


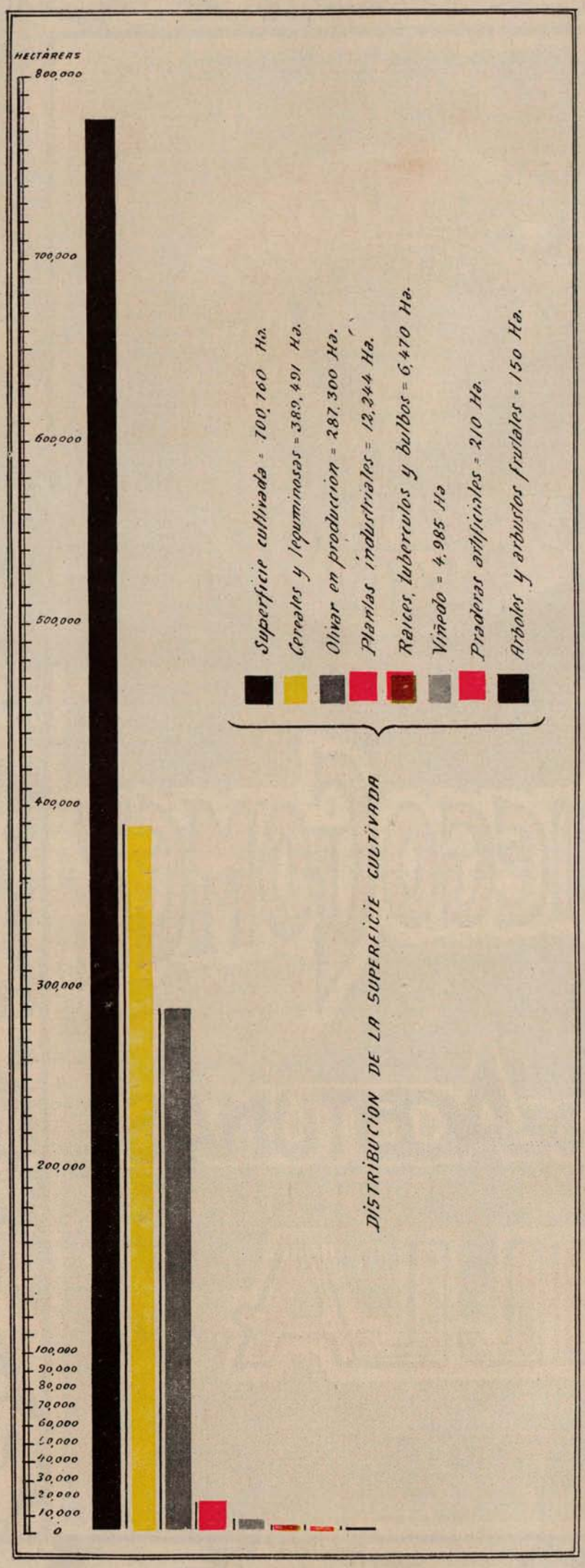




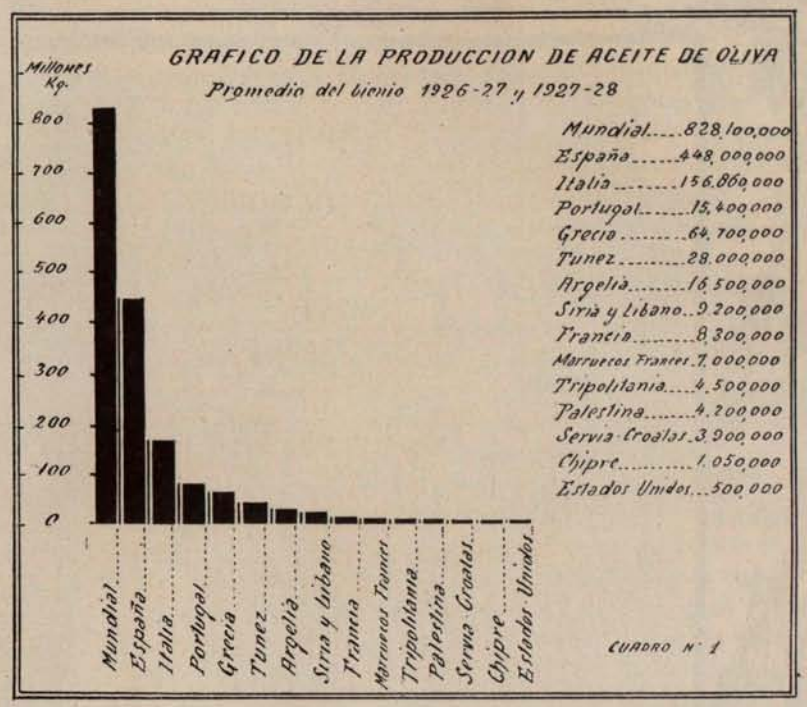


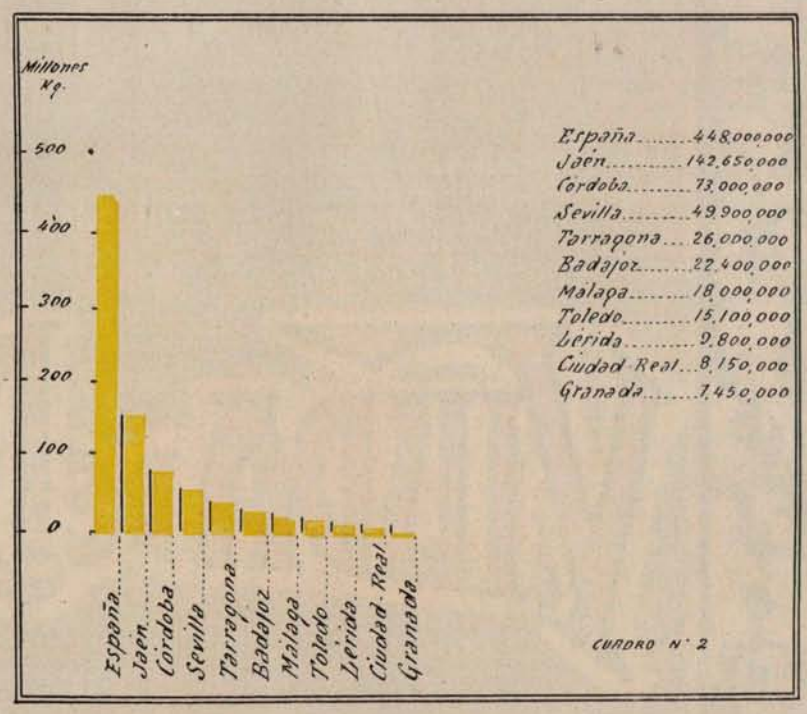


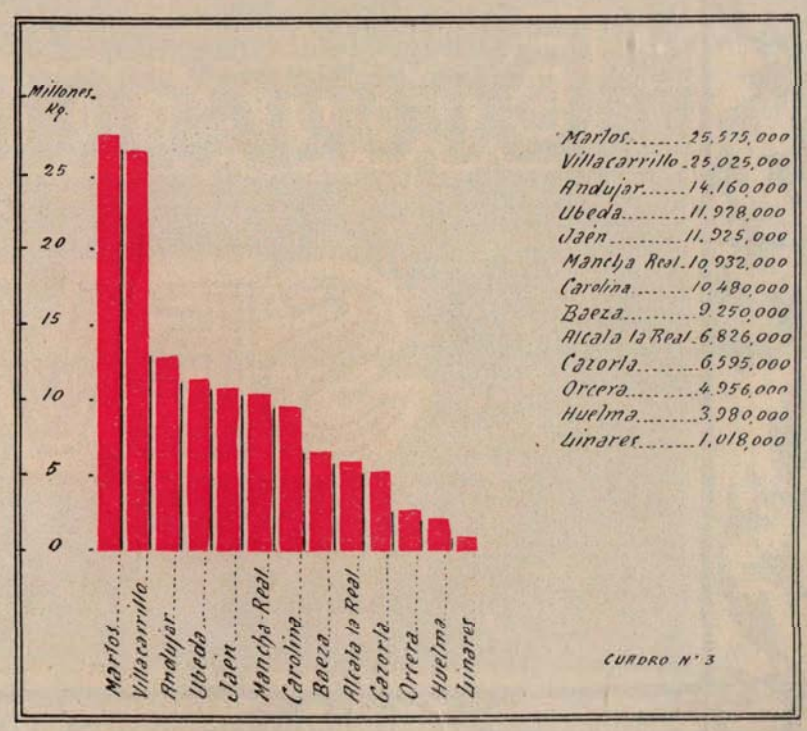




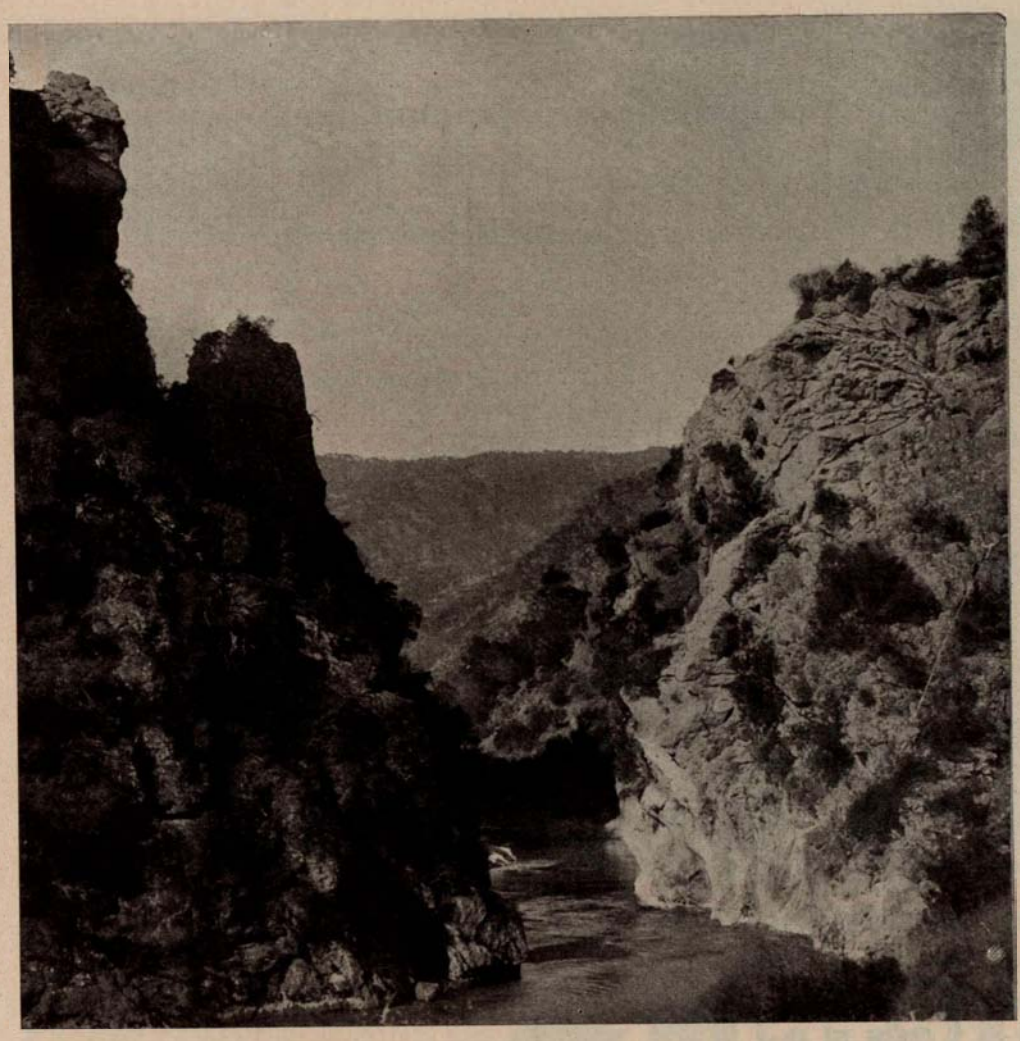
DISTRIBUCIÓN DE LA SUPERFICIE CULTIVADA







DIEGO GOMEZ
ACEITUNAS
SEVILLA
VIUDA DE DIEGO GOMEZ
EXPORTACION DE ACEITUNAS
SEVILLA



Cerradura del Tranco de Beas, en el río Guadalquivir.

mil kilogramos; el partido judicial de La Carolina, diez millones cuatrocientos ochenta mil kilogramos; el de Baeza, nueve millones doscientos cincuenta mil kilogramos; el de Alcalá la Real, seis millones ochocientos veintiséis mil kilogramos; el de Cazorla, seis millones quinientos noventa y cinco mil kilogramos; el de Orcera, cuatro millones novecientos cincuenta mil kilogramos; el de Huelma, tres millones novecientos ochenta mil kilogramos, y el de Linares, un millón dieciocho mil kilogramos de aceite en el referido bienio 926-27 y 27-28.

De estos datos estadísticos oficiales que gráficamente hemos representado después de relatarlos, deducimos y hemos representado también gráficamente, imitando los bidones en que suele transportarse el aceite corriente, algunos resultados comparativos que nos interesa grandemente remarcar y hacerlos conocer a todos los consumidores del mundo, y más ahora, que los productores españoles tratamos de agruparnos en una filial de la Asociación Nacional de Olivareros de España, bajo sus auspicios, pero con personalidad jurídica independiente, a manera de los «Poulls», para la venta directa de nuestros aceites.

En el primero de ellos aparece la producción de España tres veces mayor que la de Italia y bastante mayor que la de ésta juntamente con los demás países productores de aceite en el mundo; o de otra forma: que todos los países productores de aceite en el mundo juntos no llegaron a producir lo que España sola en ese citado bienio de 1926-27 y 27-28.

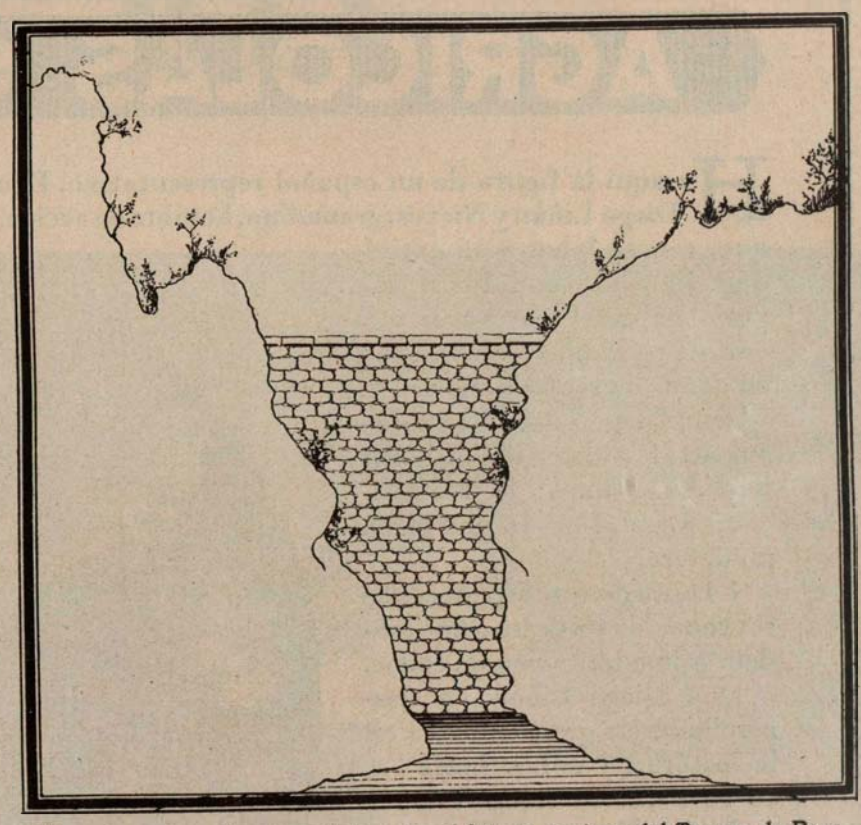
En el segundo aparece Italia, que produjo una tercera parte de la producción de España, que produjo muy poco más que Portugal, Grecia y Francia, y éstas casi lo mismo que la provincia de Jaén, primera de España en producción de aceite, y Jaén casi doble que todos los restantes países productores del mundo no citados en este gráfico.

Los cuatro partidos judiciales de España más importantes en orden de producción del bienio citado, Martos, Villacarrillo, Andújar y Úbeda, juntos, produjeron más que Portugal, y los primeros solos casi tanto como Túnez, Argelia, Francia y Marruecos francés.

Los tres primeros, Martos, Villacarrillo y Andújar, produjeron más aceite que todo Grecia, y el primero de ellos, Martos, produjo casi tanto aceite como Túnez, casi dos veces más que Siria, Tripolitania, Palestina, Servia, Chipre y Estados Unidos de América reunidos, y tres veces lo que Francia.

El partido judicial de Baeza, cuya cabeza de partido, Baeza, acaba de regalar al Estado una finca de olivos, para que éste instale en ella la Sección de Olivicultura y Elayotecnia del Instituto Nacional de Investigaciones, produjo el repetido bienio casi un millón de kilogramos de aceite más que Francia.

Aparte de las dehesas y aun tierras de labor que poco a poco irán poblándose de olivos, sobre todo si triunfa, como esperamos, la Cooperativa de ventas directas de aceite puro de oliva que acaba de constituirse, han comenzado ya las obras preliminares para la construcción de un gran pantano en el Guadalquivir a poco de nacer, en el sitio llamado Cerradura o Tranco de Beas, capaz para quinientos millones de metros cúbicos, con los que podrán regarse (además de producir un salto de agua importantísimo) cerca de cuarenta mil hectáreas, de las que más de la mitad, sólo plantadas de olivos, podrán regarse algunos cientos de años sin más movimientos de tierras que las pocetas y regueras que tan admirablemente hacen hoy nuestros obreros para regar los olivos plantados en pendiente, cuyo coste anual, después de cavar la tierra que los rodea o ruedo del árbol, es de unos veinticinco céntimos por olivo. Cualquiera otro cultivo que exija la nivelación o abancalado del suelo para su riego no será remunerador aunque hubiera brazos y capital bastante para estos trabajos. El olivo es, pues, el árbol, por antonomasia, de España y, muy especialmente, de Jaén.



Muro de contención proyectado para el futuro pantano del Tranco de Beas.

BANCO URQUIJO

Capital: 100.000.000 de pesetas

Domicilio social: Alcalá, 55 - Madrid :-: Agencia en Sevilla: Cánovas del Castillo, 10

Agencia en Granada: Gran Vía de Colón, 8

Dirección telegráfica y telefónica: URQUIJO

Este Banco es continuador de los negocios de la antigua Casa Urquijo, cuya fundación data de 1871, y que en el año 1918 fué transformada en Sociedad Anónima, bajo la denominación de Banco Urquijo, con un capital de 50 millones de pesetas, elevado en el año 1921 a 100 millones.

Las reservas acumuladas desde esta última fecha ascienden en la actualidad a 18 millones de pesetas.

El Banco Urquijo realiza toda clase de operaciones bancarias, tanto en España como en el extranjero, y cuenta para ello, además de una extensa red de corresponsales y Agencias propias, con las siguientes filiales, que a su vez poseen diversas Sucursales en los puntos más importantes de sus respectivas regiones: BANCO URQUIJO CATALÁN, Barcelona; BANCO URQUIJO VASCONGADO, Bilbao; BANCO URQUIJO DE GUIPÚZCOA, San Sebastián; BANCO MINERO INDUSTRIAL DE ASTURIAS, Gijón.

INDUSTRIAS AGRÍCOLAS GRANADINAS

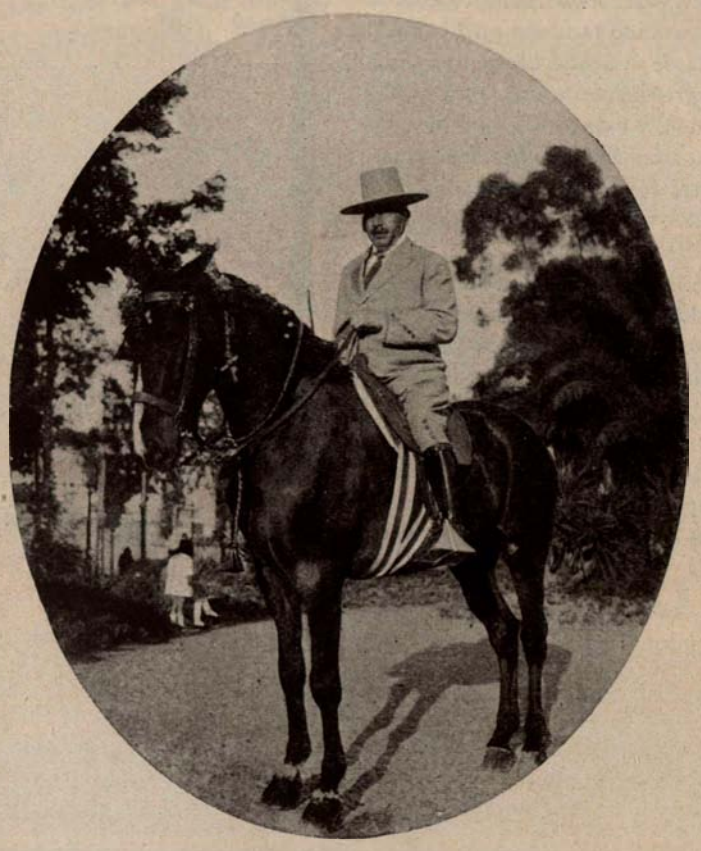
He aquí la figura de un español representativo. Don Diego Liñán y Nieves, granadino, hombre de acción, que, con su labor y su actividad, ha dado impulso a una gran empresa que vivifica y enriquece la pintoresca región en donde ha sentado sus reales.

Don Diego Liñán ha sabido encauzar y dar vida a obras importantísimas: la repoblación forestal y la industria maderera.

La obra de este español debe ser conocida y puesta como modelo a la admiración de todos.

Don Diego Liñán ha desarrollado su gran empresa en la histórica y noble Santa Fe, en su hermosa finca denominada «La Huerta de Bajas».

Don Diego no ha perdido el contacto del amado terruño. Ha puesto su gran inteligencia al servicio de un gran ideal. Él mismo dirige sus empresas, trabaja, se desvela, se sacrifica, y ha visto recompensada su fecunda labor.



Actualmente, «La Huerta de Bajas» se compone de 2.500 *marjales* (medida regional), que equivalen a más de 900 hectáreas. Todos los terrenos son llanos, con abundante regadío, por estar fecundados por tres ríos. Una buena extensión de terreno está destinado a la siembra de patatas, maíz, habas, remolacha, trigo, y más de 2.000 *marjales* a plantaciones madereras, que gozan fama por su buena calidad. La especialidad de la finca es el cultivo del chopo, al que ha dedicado preferente atención el Sr. Liñán.

Un número considerable de obreros agricultores, especializados en la corta de maderas, serrería mecánica, ganadería, etc., encuentran abundante trabajo en la finca del Sr. Liñán.

«La Huerta de Bajas» goza de fama universal, y el viajero que desee conocer la vega granadina no puede excusar una visita a esta heredad.

MÁLAGA

(Aguafuertes
de E. Navarro.)

RESEÑA DESCRIPTIVA

DE

MÁLAGA

POR EL

Patronato Nacional del Turismo

Esta bellísima capital andaluza (150.000 habitantes), situada en una hermosa campiña en la orilla del Mediterráneo, tiene un origen ilustre, pero del que no quedan apenas huellas actualmente. Fué sucesivamente ciudad fenicia, griega y romana, conservándose en algunos monumentos—la Alcazaba, por ejemplo—vestigios de esta última dominación. Pero su verdadera importancia histórica la alcanza en la edad media, cuando, a la caída del Califato de Occidente, se crea el reino de Málaga, dependiente del de Granada. Después de repetidas intentonas de los cristianos, Málaga cae en poder de los Reyes Católicos en 1487. Después fué teatro de las rebeliones de los moriscos, en 1501 y 1569, habiendo sufrido en diferentes ocasiones asedios y bombardeos. En el siglo XIX se señaló por su actitud de respeto a la causa liberal.

Vista parcial del puerto de Málaga, desde el Castillo.
(Foto Hauser y Menet)

Málaga interesa al viajero por la maravilla de su clima y de su luz, en primer término. En efecto, el clima de Málaga es algo privilegiado. No hay ciudad en Europa que goce de una temperatura tan benigna y tan igual durante el invierno. Aun en el verano, con excepción de algunos días, es agradable, y en primavera, en Málaga no se puede decir que—como en otras partes—sean las flores, pues los jardines malagueños siempre están en flor y hay rosas y camelias en cualquier tiempo.

Málaga posee toda la flora andaluza y mucha tropical. Pero se dan también en su suelo especies del Norte. Es de las ciudades españolas de más vario arbolado, como lo acredita su famoso parque. Comprendiendo la ciudad dónde está el mayor de sus encantos, se ha extendido hacia su vega por la orilla del mar en una barriada de villas y chalets, que bordea la costa conocida con los nombres de la Caleta, el Limonar y el Palo. Si Sevilla es la gracia, y Granada la poesía, Málaga es la distinción. Porque no sólo este famoso barrio de la Caleta, sino el interior de la ciudad, con sus paseos, plazas y calles, luminosas y limpias, tienen ese sello único. Basta citar la Alameda, las calles de Larios, Álamos y Atarazanas, Victoria, Carretería y Puerta del Mar, las plazas de la Merced y de la Constitución y el Camino Nuevo.

El viajero no se cansará de andar por la ciudad, de sentirse envuelto en su luz imponderable y en su sol mágico. Pero le servirá de reposo la visita a los monumentos de Málaga, a los que se ha concedido menor importancia de la que tienen, por absorber el interés del visitante la ciudad misma. Pero Málaga—tan andaluza—posee bellos lugares, que deben ser visitados.

Primero, la catedral. Es un soberbio edificio del Renacimiento. Se comenzó a construir en 1582, según planos del célebre Diego Siloe, aunque hay quien le atribuye a otros arquitectos. Su estilo es grecorromano, y es de gran elegancia su portada. Es espaciosa, clara y amplia, sin la grandiosidad de las catedrales ojivales, aunque la altura y la anchura de sus naves sea considerable. La torre—única construída de las dos que parece había de tener el edificio—tiene, según una inscripción al pie de la misma, 110 varas de altura. Desde el campanario se divisa toda la ciudad, blanca y azul, el puerto y el mar. Dentro de la catedral son dignas de mención numerosas obras de arte, sobre todo, la prodigiosa sillería del coro, obra de Pedro de Mena. El altar mayor es también de gran belleza. La capilla nueva y la del Rosario contienen telas de Alonso Cano. La de la Purísima Concepción contiene un cuadro atribuído a Claudio Coello y una verja magnífica. Los retablos de la capilla de Santa Bárbara y de Nuestra Señora de los Reyes son de gran valor artístico, y el segundo histórico, por poseer una imagen de la Virgen que llevaban los Reyes Católicos cuando conquistaron la ciudad. Otros muchos cua-

dros y esculturas—atribuídos o firmados—de Niño de Guevara, Andrea del Sarto, Van Dyck y Jacobo Palma, Pedro de Mena, el Divino Morales y Claudio Coello, decoran las restantes capillas. Mención aparte merece la Virgen de los Dolores, de Pedro de Mena, en la capilla del Santísimo Cristo del Amparo. Puede salirse de la catedral por la entrada principal o bien por cualquiera de las tres bellas puertas de las Cadenas, del Sol o del Perdón. También es admirable la puerta del Sagrario, edificio independiente del templo principal. La catedral de Málaga ni es imponente ni fría, a pesar de su estilo. Resulta armoniosa y clara, elegante y suave. Como el espíritu de la ciudad.

Entre las iglesias malagueñas, quizá sea la más bella la parroquia de Santiago, fundada en 1490 por los Reyes Católicos. Guarda varias esculturas de Mena. El principal atractivo es su famosa torre, que parece pertenecer a otra construcción anterior al edificio y que estuvo separada de éste y unida a la muralla de la vieja ciudad. La de los Santos Mártires, comenzada a construir por los Reyes Católicos y terminada en el siglo XVIII, es de estilo barroco y muy bello. La del Sagrario, contigua a la catedral, tiene una bella parte gótica, unos notables retablos del estilo plateresco y algunos cuadros de mérito. También la de San Julián posee soberbios lienzos. La de San Pedro, en el pintoresco barrio de Perchel. La de Santa María de la Victoria, con algunas reliquias históricas, etc.

Es recomendable por su extraordinario interés estético la visita de Málaga a través de las esculturas de Pedro de Mena, en las que se condensa el sentir místico, dolorido y exaltado, de nuestro siglo XVII. La Virgen de Belén, de realismo expresivo y acariciador, y el Cristo de la Buena Muerte, de semblante sereno y suaves contornos, compendian la obra de este genial artista. Las ruinas de la Alcazaba apenas dan idea de lo que debió ser en su época de esplendor esta grandiosa construcción, con sus 12 puertas y sus 132 torres.

Fachada lateral de la catedral.

Aunque alguien las cree de origen romano y algún rasgo romano tienen, son árabes casi todos los vestigios que se conservan en ella. Llama la atención, por su gracia andaluza, la llamada Puerta de la Llave.

Restos también no más subsisten hoy del castillo de Gibralfaro, de origen fenicio o griego, restaurado y embellecido por los árabes, no obstante haberse destinado a fortaleza. Bellos edificios son también la Aduana y el palacio episcopal, ambos del siglo XVIII.

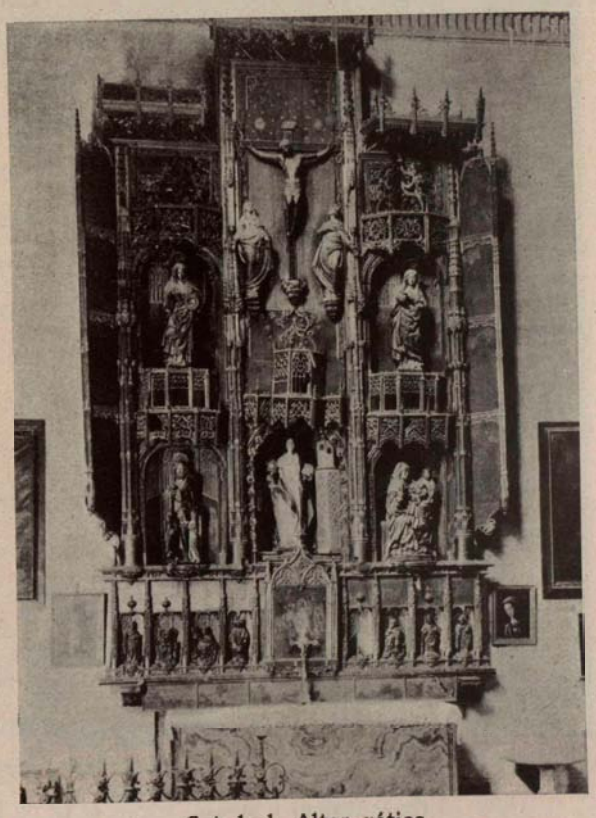
* * *

Ni que decir tiene, por lo que ya se ha aludido a su magnífica posición junto al mar, sobre una vega rica y con un clima asombroso, cuál es la belleza de la campiña malagueña. En los barrios de la Caleta y el Limonar, los jardines de las villas particulares—en flor el año entero—llegan hasta el mar. En el Limonar se encuentran los baños del Carmen, en un trozo de playa agradable y con una vistosa instalación. Allí mismo hay una Sociedad deportiva con terrenos para practicar algunos deportes, sobre todo buenas pistas para «tennis».

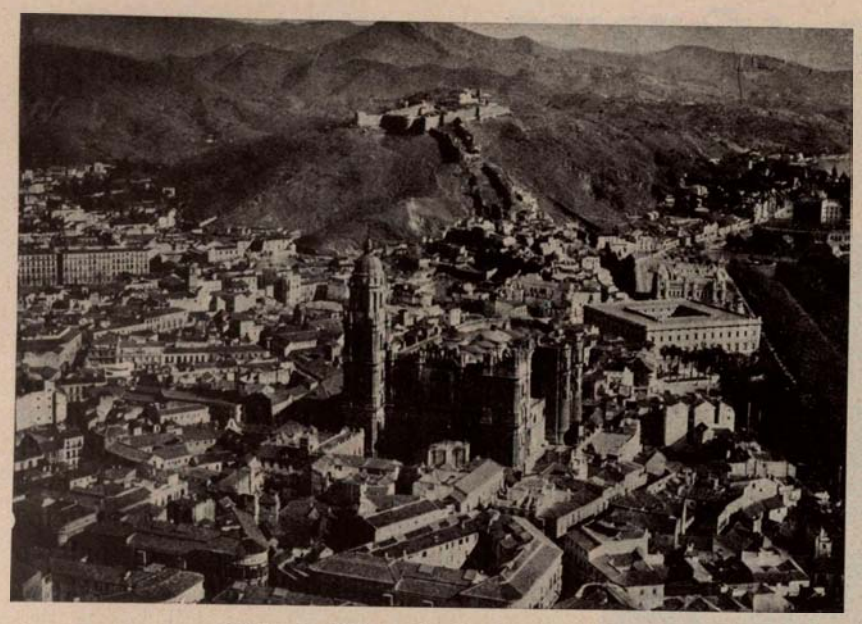
Málaga es una ciudad de porvenir espléndido. Voceros de sus encantos son cuantos la visitan, por lo que de año en año aumentan los viajeros. Llamada a rivalizar con las ciudades de invierno europeas y africanas—Niza, Nápoles, Argel y El Cairo—por la benignidad extraordinaria de su temperatura y humedad, Málaga se ha preocupado de construir hoteles, que figuran entre los primeros de España.

Aunque es difícil salir de Málaga si el viaje es por pocos días, se recomien-

Catedral. Nave lateral



Catedral. Altar gótico.

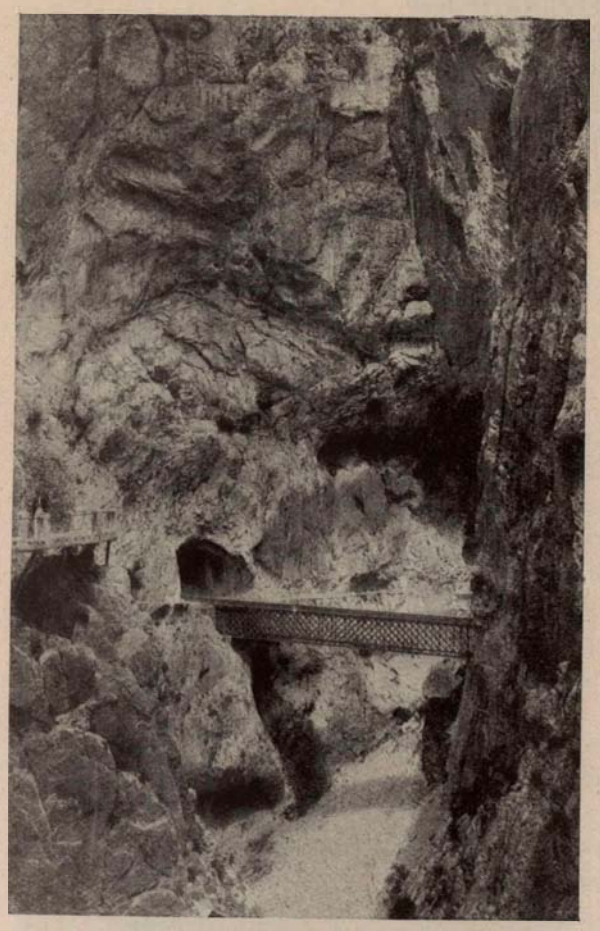


Vista de Málaga desde un aeroplano.
(Foto Aviación Militar.)

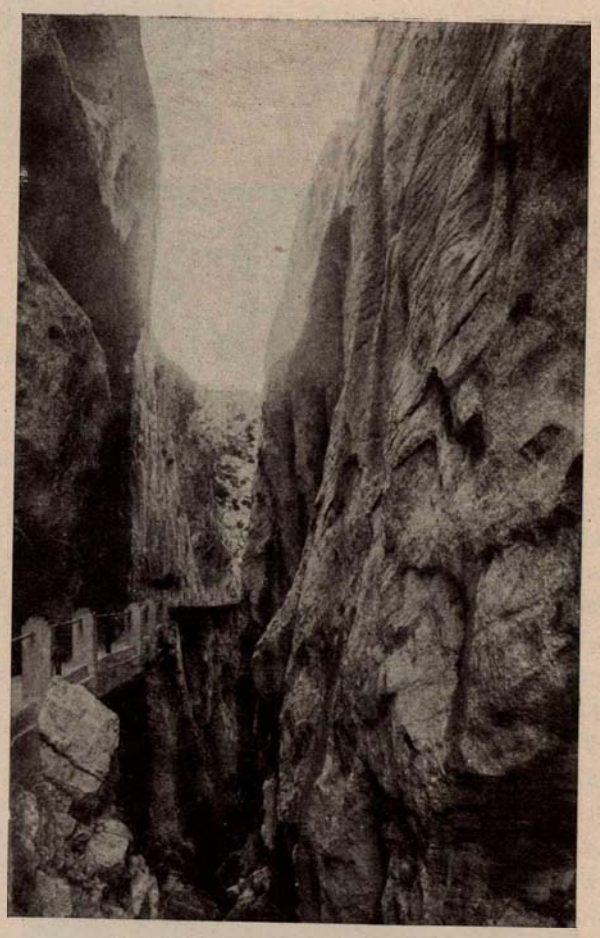
Vista de la barriada de Málaga, El Limonar.
(Foto Hauser y Menet.)

dan las excursiones a bellos pueblos cercanos, bien a los costeros, como Fuengírola, Marbella, o a los interiores, Antequera y la maravillosa ciudad de Ronda y su incomparable serranía, lo mismo que a la presa y pantano de El Chorro, obra maestra de la ingeniería española, realizada sobre un paisaje singular de fuerte belleza.

Como todas las ciudades andaluzas, tiene sus ferias. Pero cuando la animación sube de punto en Málaga y esta ciudad rivaliza con Sevilla es en Semana Santa. Como Málaga es menos dramática que Sevilla, su espíritu es diferente, claro está. Por eso sus famosísimas procesiones tienen distinto carácter que las sevillanas. Más o menos hondo el sentimiento popular—no es ocasión ni sitio aquí de aclarar esto—que el sevillano, es el caso que las procesiones malagueñas rivalizan en calidad espectacular con las de Sevilla. Complemento de la visión excepcional de las procesiones sevillanas es ver otra Semana Santa en esta ciudad, a quien, por otras tantas cosas inaprehensibles dentro de las dimensiones de esta breve noticia, se designa en España «Málaga, la bella».



Puente del ferrocarril, en el Chorro.
(Foto Hauser y Menet.)



Desfiladero del Chorro.
(Foto Hauser y Menet.)

Pescadores malagueños sacando el copo. Pintoresco procedimiento de pesca, utilizado en las playas malagueñas, que consiste en recoger las redes—arrajadas desde unas lanchas, no lejos de la costa—a brazo, o con ayuda también de yuntas de bueyes, hasta trasladar la pesca en las redes introducida, a la misma playa.

* * *

ANTEQUERA

Plaza en Antequera.

Importante plaza comercial de la provincia, en la que existen numerosas industrias, mereciendo citarse las de hilados y tejidos de lana; de azúcares; curtidos; fundiciones y confecciones metálicas; alfarerías, y la elaboración de los renombrados «Mantecados de Antequera».

La agricultura y la ganadería, por lo feraz de los terrenos y abundancia de pastos en las sierras, es la principal fuente de riqueza, alcanzando cada día más rendimiento la primera, por la aplicación de los más modernos adelantos.

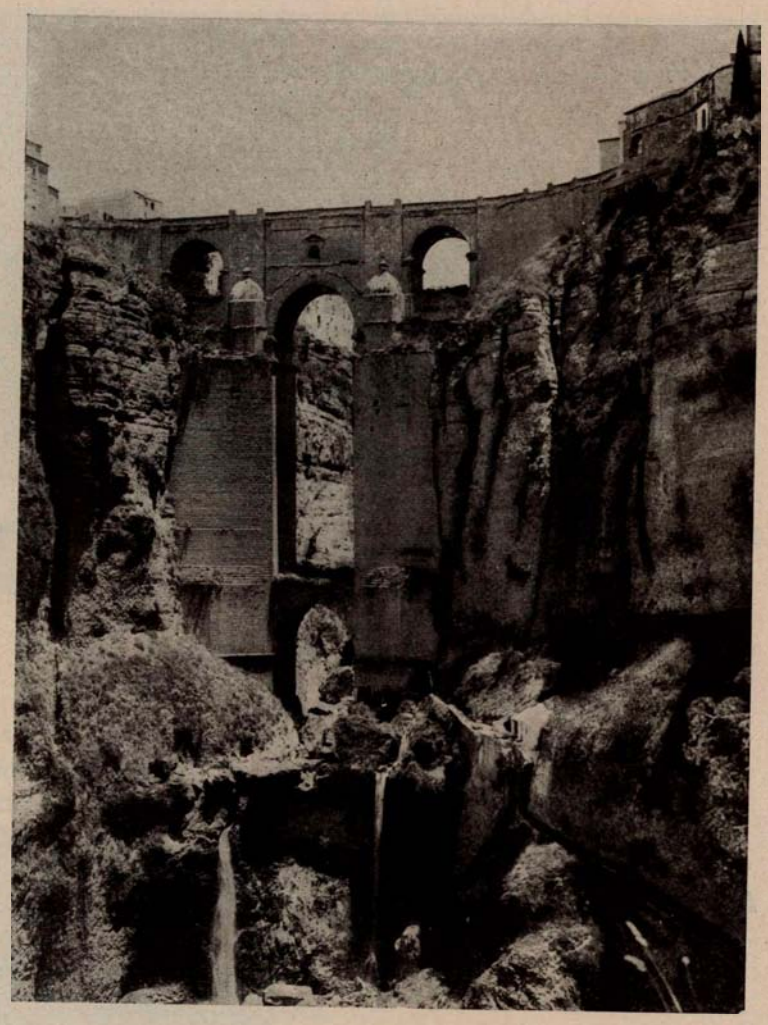
Dos aspectos ofrece al turista la ciudad: la parte moderna, llana, dividida por amplias plazas, calles y paseos, rodeados de modernas construcciones, entre los cuales, de cuando en cuando, destaca la visión de alguna vieja casa solariega cuyo blasón pregona la nobleza de sus primitivos moradores. Y el otro accidentado, parte antigua de la ciudad, con empinadas cuestas que conducen al viejo castillo que defendía la antigua villa mora.

Numerosos puntos de interés, imposibles de reseñar dignamente en tan corto espacio, ofrece al turista la ciudad de Antequera.

Citemos los monumentos prehistóricos de excepcional importancia; los restos de la población antigua—en cuyo alto se encuentran las ruinas del castillo, edificado sobre cimientos romanos—, el Museo Arqueológico, que contiene interesantes colecciones; las iglesias de Santa María de la Esperanza, fundada en 1505; San Sebastián, San Francisco de Asís, Nuestra Señora de los Remedios, Santo Domingo, San Pedro, etcétera, etcétera.

También hemos de recomendar una escursión a los alrededores, muy especialmense a la llamada *Tierra del Torcal*, maravilla de prodigios naturales; a *la Ribera*, paseo de agrado incomparable; *La Moraleda, Las Glorietas*, etc., etc.

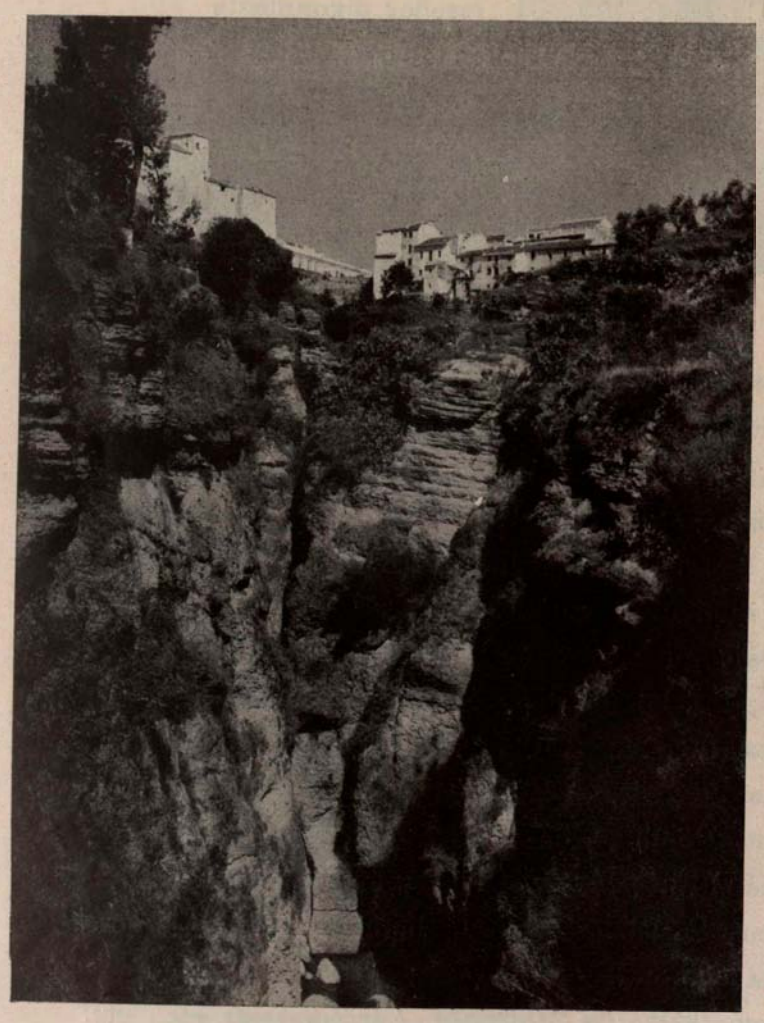
RONDA



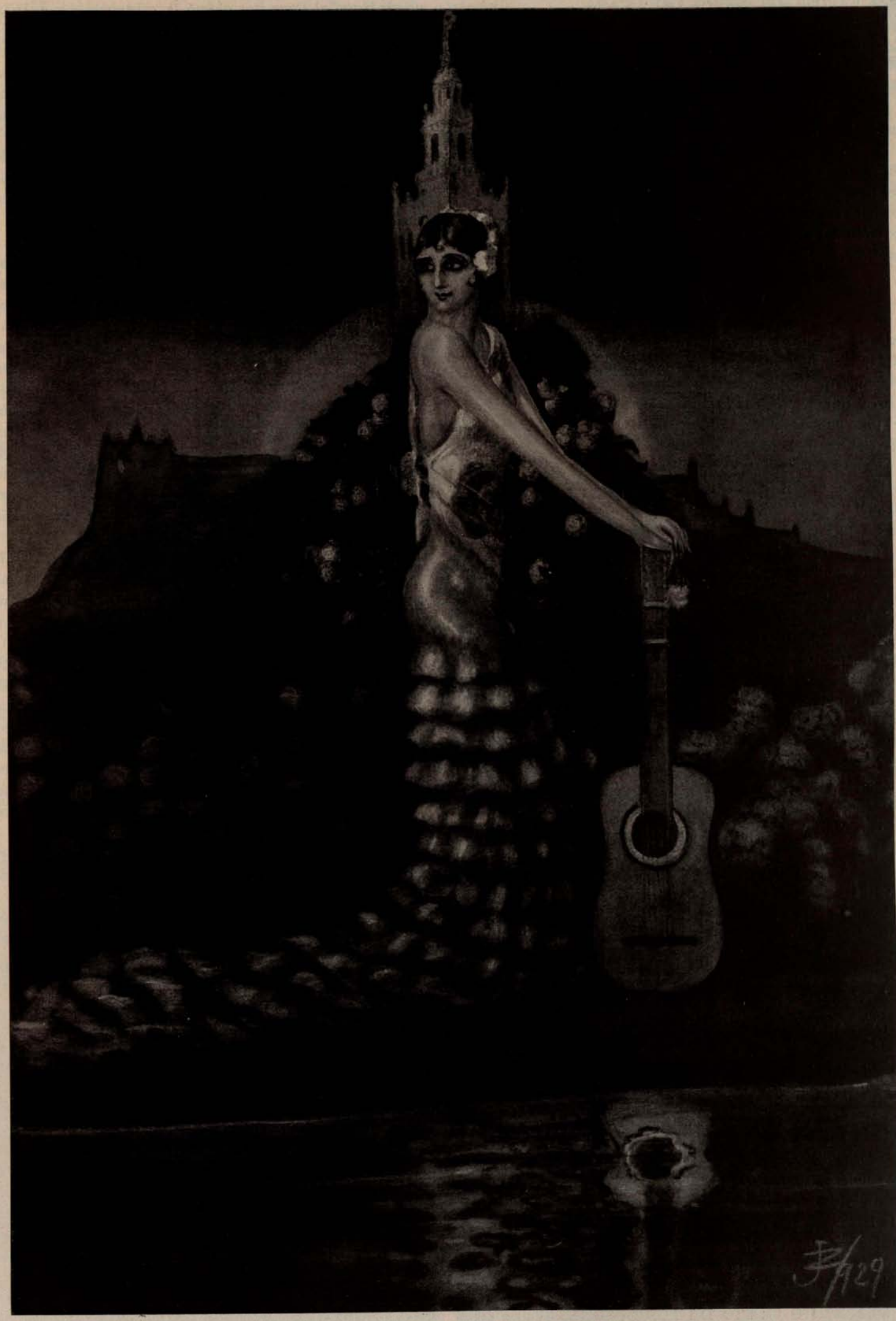
Vista del puente Nuevo.

Rodeada casi completamente por el río Guadalevín, asiéntase Ronda sobre una roca, dividida en dos por una garganta de más de 200 metros, llamada el Tajo, que separa el barrio del Mercadillo de la ciudad. El primero, de vías regulares, modelo de moderna urbanización, y la segunda, la parte antigua, formada por pintorescas y tortuosas calles, evocadoras de su secular origen. Únense ambas divisiones por medio de tres puentes: el Nuevo, de 90 metros de altura, audaz construcción del año 1784; el de San Miguel, de origen romano, y el Viejo, de construcción morisca.

Ronda ofrece al turista, tanto la ciudad como sus alrededores, uno de los más bellos panoramas de Andalucía. Su privilegiada situación, de cómodo acceso, y la pureza del clima llevan a visitarla a un contingente de turistas, cada año más numeroso. Además, contiene monumentos dignos de visitarse. Citaremos entre ellos, en primer término, la llamada Casa del Rey Moro, edificada, según la tradición, durante el reinado de Abumelek y hoy propiedad de la duquesa de Parcent; el palacio de Mondragón; las puertas árabes de Almocabar, del Cristo y de San Francisco; la plaza de toros, contruída, en 1784, por la Maestranza de la ciudad, para sus justas y torneos, y única en España que tiene cubiertas totalmente sus graderías; la parroquia de Santa María la Mayor, la del Espíritu Santo, etcétera, etcétera.



El Tajo de Ronda.



SEVILLA

La Diputación Provincial de Sevilla

por

PEDRO PARIAS

Presidente de la misma.

Para la Diputación provincial de Sevilla constituye un honor el colaborar en el LIBRO DE ORO DE LA EXPOSICIÓN IBERO-AMERICANA.

Si motivo de orgullo debe ser la celebración del Certamen para toda la raza hispana, ha de serlo en mayor grado aún para aquellos que día por día, en el transcurso de varios años, hemos visto el esfuerzo titánico de una ciudad que, poseyendo dotes naturales de sugestiva belleza, ha sabido engalanarse con las maravillosas concepciones de sus geniales artistas.

En estas horas de exaltación de los sentimientos raciales, concrecionados en el magno acontecimiento de la inauguración del Certamen que elevará ante la faz del mundo las glorias y virtudes de Ibero-América, la publicación del LIBRO DE ORO constituye un acierto de positivo valor histórico.

* * *

La provincia de Sevilla, enclavada entre las de Huelva, Badajoz, Córdoba, Málaga y Cádiz, tiene una extensión superficial que rebasa los catorce mil kilómetros cuadrados, y una población que excede de setecientos mil habitantes.

Situada en la cuenca del Guadalquivir, su suelo, fértil en la producción de cereales por sus dilatadas vegas, posee, como peculiar riqueza, extensos olivares productores de ese fruto de fama mundial que, en reconocimiento a la exclusiva de nuestra tierra, han denominado «Aceitunas sevillanas».

Ciento un Municipios constituyen esta provincia, clasificada como marítima de primer orden.

En lo militar es la segunda región, con su capital en Sevilla y Gobiernos militares en ésta, Cádiz, Granada, Córdoba, Málaga, Huelva, Jaén, Almería, Jerez y Campo de Gibraltar.

La capital de la provincia tiene Universidad y Audiencia territorial con catorce partidos judiciales.

Circunscribiéndonos a la esfera de la Diputación provincial, hemos de consignar que ésta tiene actualmente un presupuesto anual de seis millones trescientas cincuenta y un mil setecientas cincuenta y seis pesetas sesenta y siete céntimos, con el que atiende preferentemente los siguientes servicios:

HOSPITAL DE LAS CINCO LLAGAS (vulgo de la Sangre)

Su construcción data del siglo XVI, debida a la iniciativa y generosidad de la piadosa señora doña Catalina de Ribera y de su hijo el adelantado D. Fadrique Enríquez de Ribera.

La primitiva traza fué ampliada en 1842 con el cuantioso legado de D. Vicente de la Torre y Andueza.

Entre los piadosos donantes de este benéfico establecimiento figuran el señor conde de Ibarra, D. José Márquez García, doña María Luisa Pereira, viuda de Murphy, y los hijos del Excmo. Sr. D. Pedro Rodríguez de la Borbolla, que recientemente construyeron una Clínica para niños con los productos de la recaudación para erigir un monumento al insigne sevillano.

Este establecimiento acoge a unos setecientos enfermos.

HOSPITAL DEL SANTO CRISTO DE LOS DOLORES (vulgo del Pozo Santo, por el lugar en que se encuentra situado)

Fué fundado en 1666 por las beatas de la Orden Tercera de San Francisco, María Jesús y Beatriz de la Concepción, con la ayuda económica de la piadosa señora doña Ana Trujillo.

Este Hospital tiene por objeto la asistencia de ancianas impedidas.

HOSPITAL DE SAN LÁZARO

Está destinado al acogimiento de los elefantíacos.

Su fundación se atribuye al Rey San Fernando, y entre sus protectores descuellan los hijos del Ilmo. Sr. D. José María de Ibarra, que en el año 1878 hicieron en este Hospital importantes mejoras.

CASA DE MATERNIDAD Y EXPÓSITOS

Fué fundada por el arzobispo de Sevilla D. Fernando Valdés, en 1558.

En el año 1916 quedó instalada en el soberbio edificio que hoy ocupa, propiedad de la Diputación, en el que son acogidos unos doscientos niños.

HOSPICIO PROVINCIAL

Está destinado al acogimiento de huérfanos y desamparados.

Pasan de mil los acogidos en este establecimiento entre niños y ancianos de ambos sexos. En él se educan sordomudos y ciegos, los que, así como los demás educandos, disponen de un moderno material de enseñanza. Hay clases de música, de dibujo y talleres de imprenta y encuadernación, enseñándoles a cada acogido un oficio.

Entre sus bienhechores figuran los Sres. Hijos de Fernández Palacios, D. Antonio López Plata, la Junta del Protectorado de la Infancia, el Instituto general y técnico y la Junta provincial de Beneficencia.

MANICOMIO DE MIRAFLORES

Sor Úrsula de Villabaso, hija de la Caridad de San Vicente de Paúl, fué la fundadora de este establecimiento, erigido con sus propios recursos y la aportación de la caridad pública. En 1887 lo cedió a la Diputación sevillana.

Posee este establecimiento un departamento especial para dementes de pago, una completa instalación para tratamientos hidroterápicos, un quirófano, laboratorio para análisis y rayos X.

Aparte la labor benéfica enunciada, la Diputación de Sevilla ha realizado en estos últimos años una obra digna de mencionarse en orden a la conservación de caminos vecinales.

En 1925 se le encomendó la conservación de seiscientos noventa y seis kilómetros. Hasta la fecha ha construído ciento cincuenta kilómetros más, por lo que actualmente tiene a su cargo ochocientos cuarenta y seis kilómetros, no existiendo pueblo ni aldea incomunicados.

En la actualidad está desarrollando un plan de reparación extraordinaria de la red de caminos vecinales que deberá llevar a cabo en tres años, con un presupuesto de cinco millones de pesetas, a fin de ponerla en condiciones análogas a las carreteras, asfaltando algunos, ensanchando varios y haciendo desaparecer toda clase de badenes.

Existe, además, el proyecto de construir quinientos kilómetros de caminos vecinales, con un presupuesto de diez millones de pesetas.

Por último, hemos de consignar que cuando el LIBRO DE ORO salga a la luz pública, esta Corporación estará ya instalada en el palacio de su propiedad, sito en la plaza del Triunfo, de esta capital, que rodean el Alcázar, maravilla y orgullo de la arquitectura árabe, actualmente residencia accidental de los Reyes de España; la Catedral, que conserva los restos de Cristóbal Colón, y la Casa Lonja, relicario que guarda la inestimable joya del Archivo de Indias, en cuyos legajos palpitan las virtudes de la raza hispana, colonizadora, hace cuatro siglos, de un mundo nuevo, al que hoy ofrece España el abrazo cordial de la fraternidad.

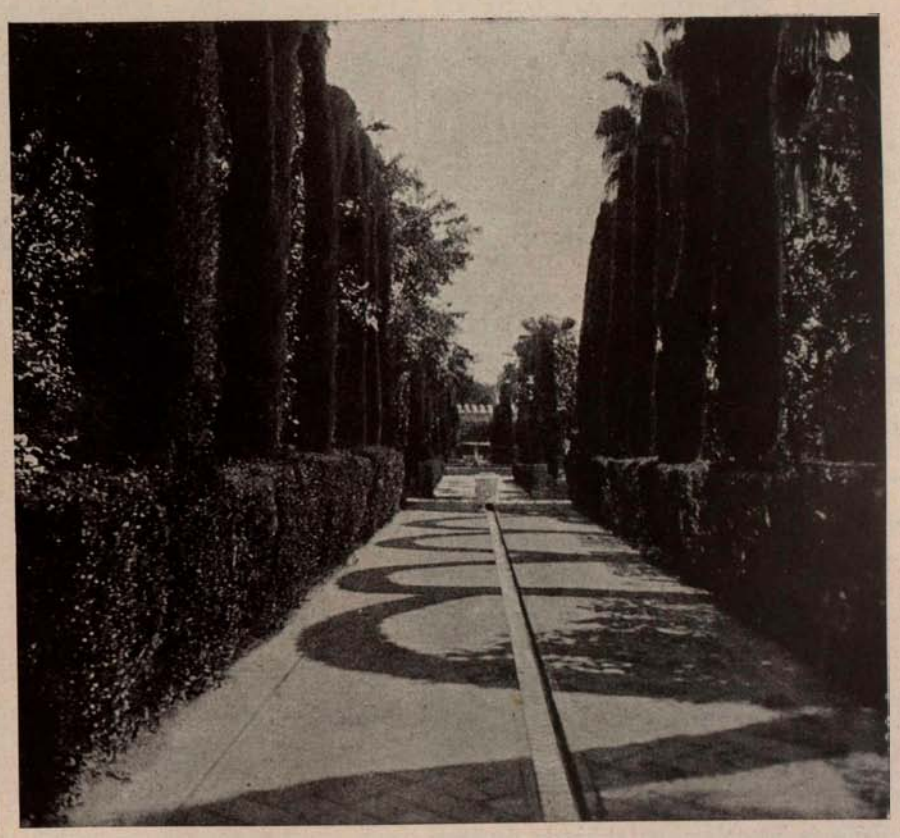
BOSQUEJO DE SEVILLA, POR BETIS

La provincia de Sevilla tiene una extensión superficial de 14.062 kilómetros cuadrados y una población de 725.000 habitantes.

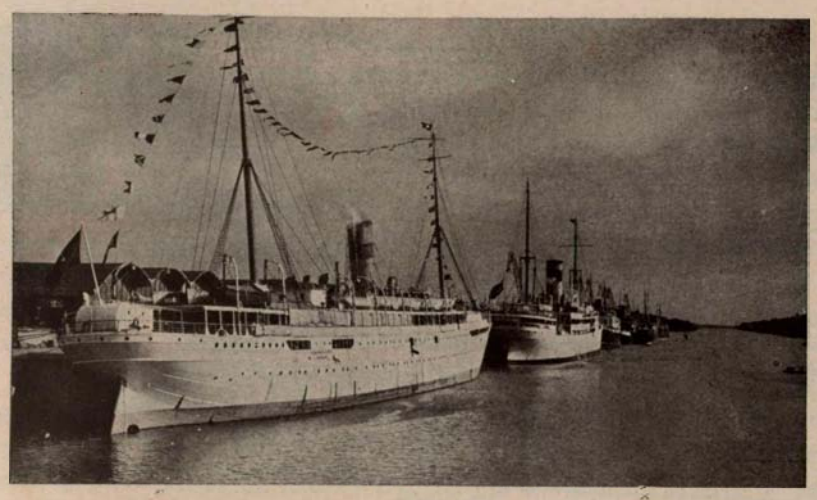
Los partidos judiciales de la misma son los de Carmona, Écija, Marchena, Morón de la Frontera, Osuna, Sanlúcar la Mayor, Utrera, Cazalla de la Sierra, Estepa y Lora del Río.

La riqueza principal es la agro-pecuaria, que hace figurar esta provincia como una de las primeras de España. Siendo materialmente imposible hacer una descripción de los tesoros artísticos, bellezas naturales y costumbres típicas de Sevilla, que hacen de esta ciudad una de las más interesantes del mundo, y seguramente la más alegre de todas, nos limitaremos a hacer una ligerísima mención de los principales monumentos artístico-históricos y lugares más notables.

El Alcázar Real fué edificado sobre las ruinas de otro edi-



Jardines del Alcázar de Sevilla. (Fotos Marqués de Aledo.)



Vistas de los muelles transatlántico y de cabotaje. (Foto Loty)

ficio árabe, realizándose en el mismo, en el transcurso del tiempo, diversas reformas por algunos Soberanos españoles. La decoración árabe de muchos de sus aposentos, conservada vigilantemente, y sus jardines sembrados de naranjos, arrayanes, palmeras y jazmines, constituyen una verdadera maravilla de encantos inagotables.

El Archivo de Indias, edificado por Herrera, arquitecto del Monasterio del Escorial, conserva la documentación de toda nuestra historia colonial en América, y antecedentes de su descubrimiento. Este centro, de altos estudios históricos, constituye una visita obligada como homenaje a la más grande epopeya de la humanidad realizada por España, fundiéndose con los pueblos indígenas del Nuevo Continente, a los que transmitió su sangre, su religión y su cultura.

Patio en el típico barrio de Santa Cruz.

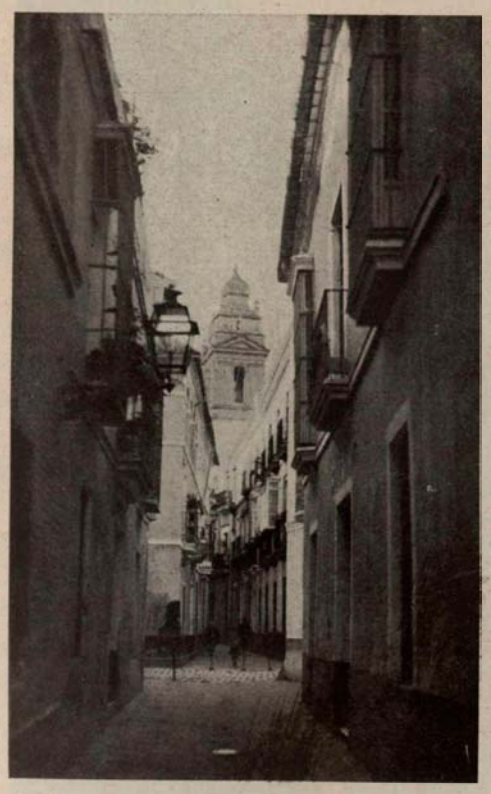
La Casa de Pilatos es un palacio, propiedad de los duques de Medinaceli, de estilo mudéjar y de interés extraordinario.

El palacio de las Dueñas, propiedad de la casa ducal de Alba, muestra la fusión de los estilos árabe, ojival y renacimiento, decorándose en salones, capillas y patios, con frisos de yesería, espléndidos azulejos de reflejos metálicos y rejas de hierro forjado de gran valor.

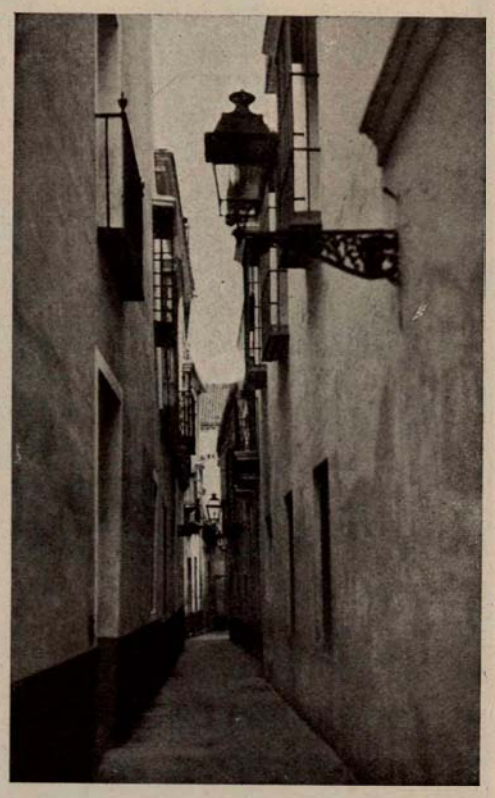
La catedral de Sevilla, con la de Toledo, poseen la primacía de las iglesias españolas en valor artístico. Fué mandada edificar en el año 1401, en el solar que ocupó la gran mezquita de los árabes. Es una de las catedrales góticas de mayores proporciones del mundo, y contiene tal cantidad de tesoros pictóricos, escultóricos, de orfebrería, forja, arquitectura y mérito religioso, casi imposibles de superar, que dejamos su descripción a las publicaciones que estén en condiciones de espacio y carácter, más facultadas para ello.

En el hospital de la Santa Caridad, entre otras riquezas, se conservan numerosos cuadros y obras de talla de Murillo, Valdés Leal, Alonso Cano y otros.

En el Museo provincial de Bellas Artes se han reunido tal cantidad y calidad de obras, que en España ocupa el lugar inmediato al Museo del Prado. Zurbarán, Herrera el Viejo, Herrera el Mozo, Murillo, Martínez Montañés, Valdés Leal y otros muchos pintores y escultores enriquecen las naves de este Museo. Asimismo existen ejemplares de carácter arqueológico de



Calle de Descalzos, en el barrio de Santa Cruz. (Foto Loty.)



Calle de Farnesio, en el barrio de Santa Cruz. (Foto Loty.)

todas las épocas, especialmente de la romana y de la árabe.

En el convento de Santa Paula, el alicatado y la portada, de estilo ojival, son obras de las más ricas y espléndidas de la azulejería sevillana. En la iglesia se conservan hermosas estatuas y esculturas de Alonso Cano.

El patio del Hospital de los Venerables Sacerdotes es un rincón de extraordinaria belleza, contiguo a la iglesia. En ella se admiran lienzos, frescos y esculturas de Valdés Leal, Herrera el Viejo, Martínez Montañés y otros.

* * *

Las romerías—como dice J. Muñoz San Román—constituyen uno de los espectáculos más típicos, pintorescos y divertidos de cuantos se celebran en estas tierras sevillanas.

Cimentados en el fervor hacia un Cristo o hacia una Virgen milagrosos, en la esperanza de conseguir sus favores o en la gratitud de haberlos de antemano merecido, la gente del pueblo se dirige al santuario de su devoción, en fiesta de gracias y de alegrías.

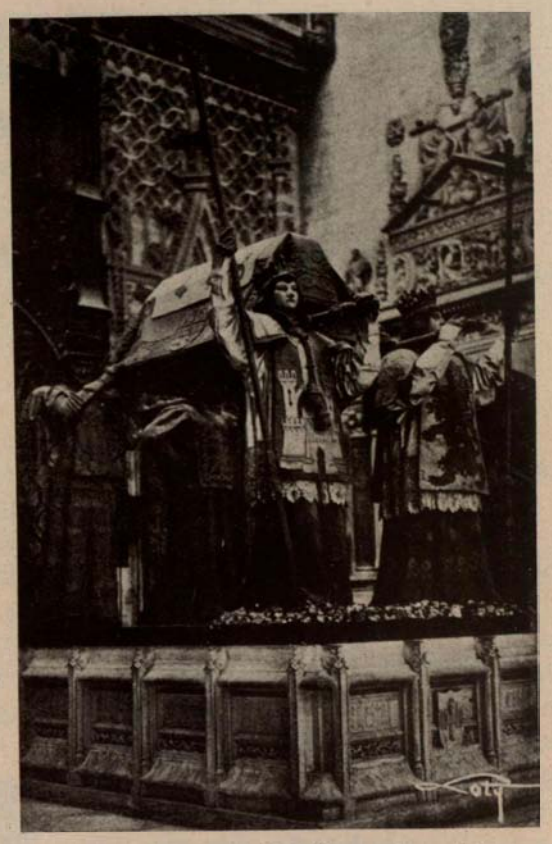
Y sale de la gentil ciudad en regocijadas caravanas, ocupando carretas que exornan con sábanas blancas festoneadas de encajes, con frescos ramos olorosos y con moños y cadenetas de papel de subidos colores; en grupas sobre ágiles caballos: el mocito, con traje campero: chaquetilla corta, zahones de cuero sobre las piernas y sombrero de ala ancha; y la mocita, con su precioso trajecillo de percal, su amplio mantón de Manila o su pañuelo de talle, de fina seda, y sus prendidos de flores en el cabello; en automóviles que también suelen componer con guirnaldas, o sobre asnillos pacientes.

Y así, atravesando la extensión de los campos, con plantíos de naranjos, olivos o vides, que ofrecen a los ojos la visión de una mayor alegría, se encaminan los regocijados romeros hacia la ermita donde se venera la sagrada imagen de sus predilecciones fervorosas, bailando, cantando, tocando guitarras y palillos y panderetas con un resonar ensordecedor.

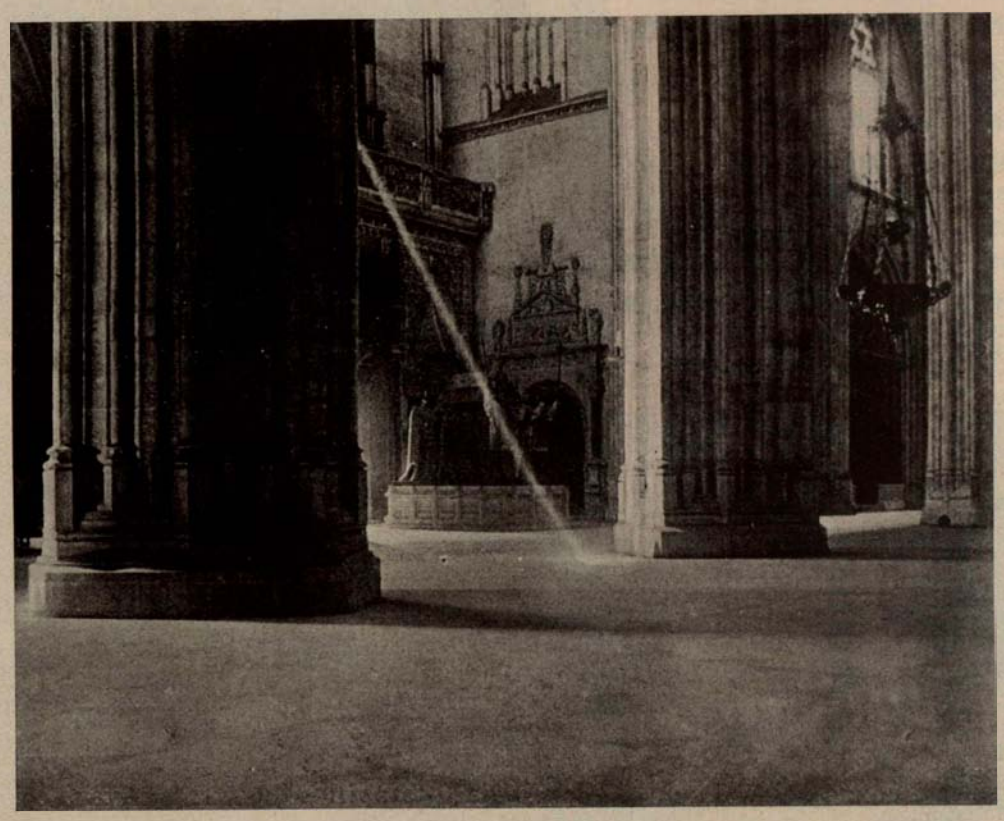
Y luego de la visita al Cristo o a la Virgen amados, y de las plegarias y de las ofrendas, en que se mezclan las palabras dulces con lágrimas amargas, se emprende la comida y la bebida, bajo la acogedora pompa de los árboles, y se torna al baile, entre piropos y donosuras.

A la tarde vuelven los romeros a sus pueblos o a Sevilla, aun con mayor fiesta y algazara.

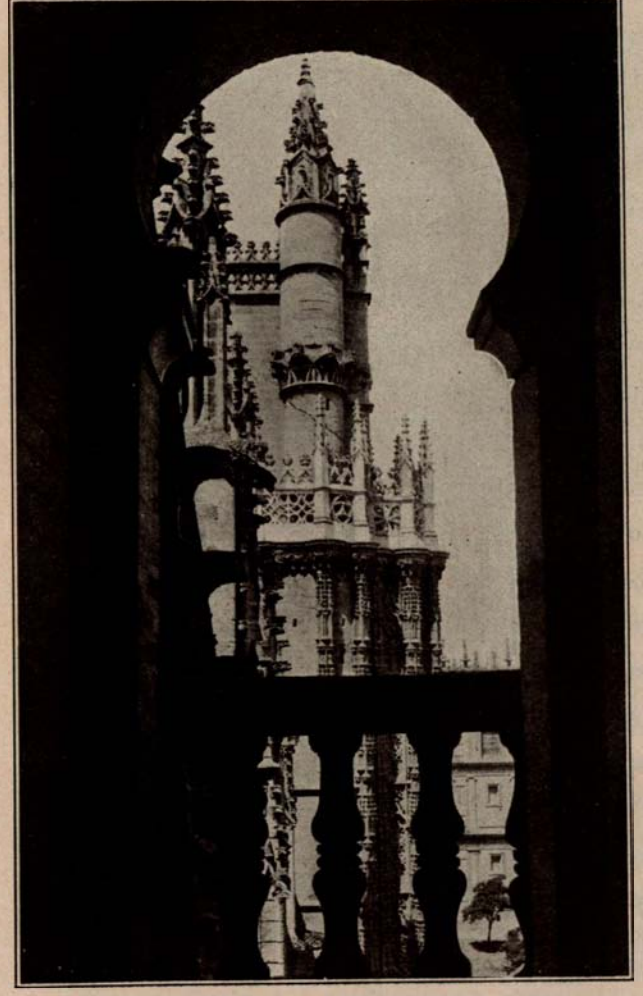
Y en el silencio de la noche que apunta se engarza el bullicio de la fiesta, como se prenden en las primeras sombras iluminadas los vivos reflejos de las luces de las carretas y de los automóviles, en una gloria de músicas y de claridades.



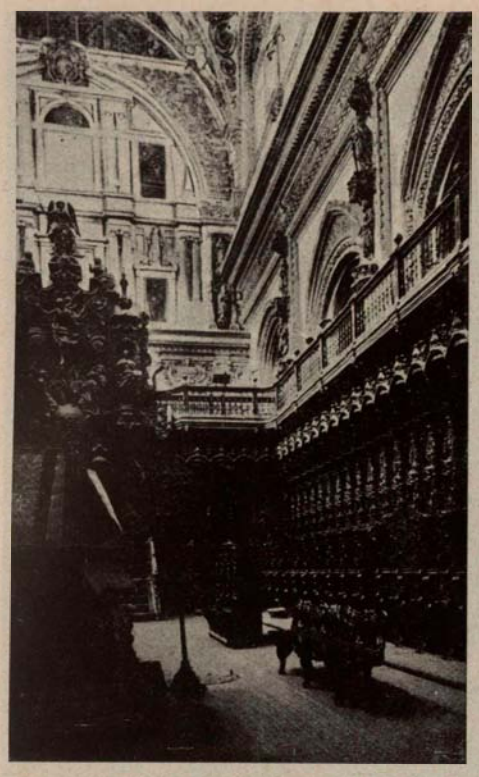
Sepulcro de Cristóbal Colón, en la catedral.



Interior de la catedral. (Foto Marqués de Aledo.)



Efecto de un lado de la catedral, vista desde un ventanal.



Coro de la Catedral.

Y Sevilla, la única en el mundo, por su finura, por su alegría, por sus encantos; la ciudad que embruja y enloquece; Sevilla la incomparable, un museo religioso de valor incalculable; y la gracia de Triana, separada de Sevilla por el mágico Guadalquivir; y todo cuanto queda en Sevilla,

Patio, en el Alcázar.

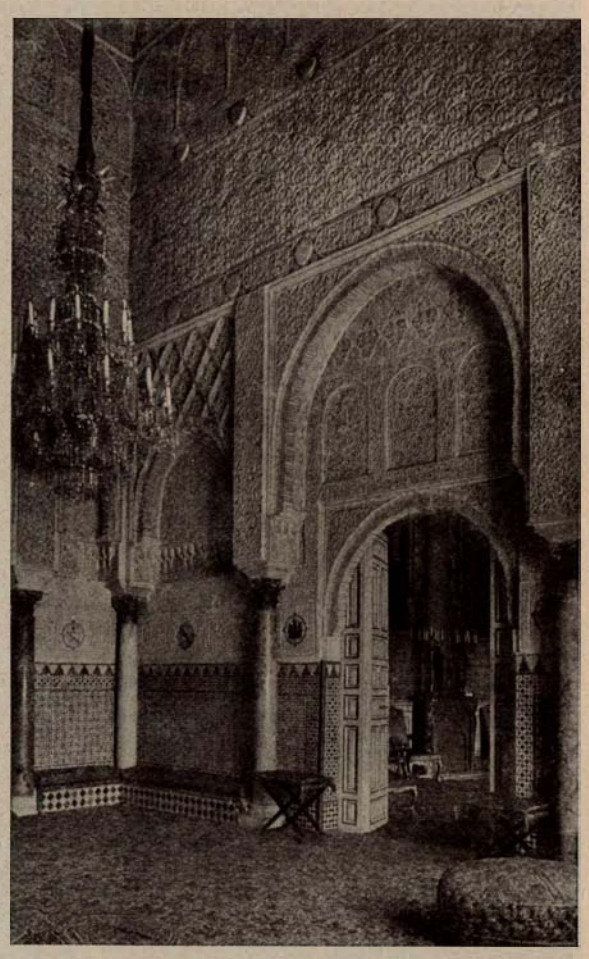
Monumento al Rey San Fernando.

museo de arte, jardín de ensueño, brinda al orbe, a la humanidad entera, el aroma de sus flores sin igual; la gracia de sus hijas, que, derrochando la música cascabelera y aristocrática de su acento, regalan además la mirada extática del viajero, con la caricia de sus grandes ojos negros y la belleza digna de su cuerpo; rincones en el barrio de Santa Cruz, jardines de María Luisa y del Alcázar y de las Delicias y de Murillo... que llevan al visitante a vacilar, creyéndose víctima de una feliz pesadilla; maravillas de arte, como la Catedral, en la que el alma se sobrecoge de emoción ante la augusta grandeza de la Divinidad, a la que rindió homenaje el arquitecto, y el orfebre, y el tejedor, y el tallista, y el forjador, y el pintor, reuniendo

y por encima de Sevilla, con su sol—que brilla más y mejor que en ningún otro lugar—con su cielo, más radiantemente azul que en sitio alguno, y hasta con el ruido del agua en sus fuentes y el parpadeo de sus estrellas y los chorros de plata que sobre Sevilla envía la luna, ofrece «la tierra de María Santísima», generosa y pródiga y hospitalaria a todos.

Lector: ve a Sevilla, y si tienes alma, y corazón, y sentidos, sentirás emociones jamás soñadas, que te harán mientras vivas, añorarlas con embeleso; y tendrás a Sevilla el cariño y el ansia de volverla a ver que tenemos cuantos nos sentimos embrujados por su mágico hechizo, cuantos fuimos a Sevilla y no sabemos olvidarla ya.

Plaza de doña Elvira, en el barrio de Santa Cruz. (Fotos Loty.)



Cámara de Doña María de Padilla, en el Alcázar.

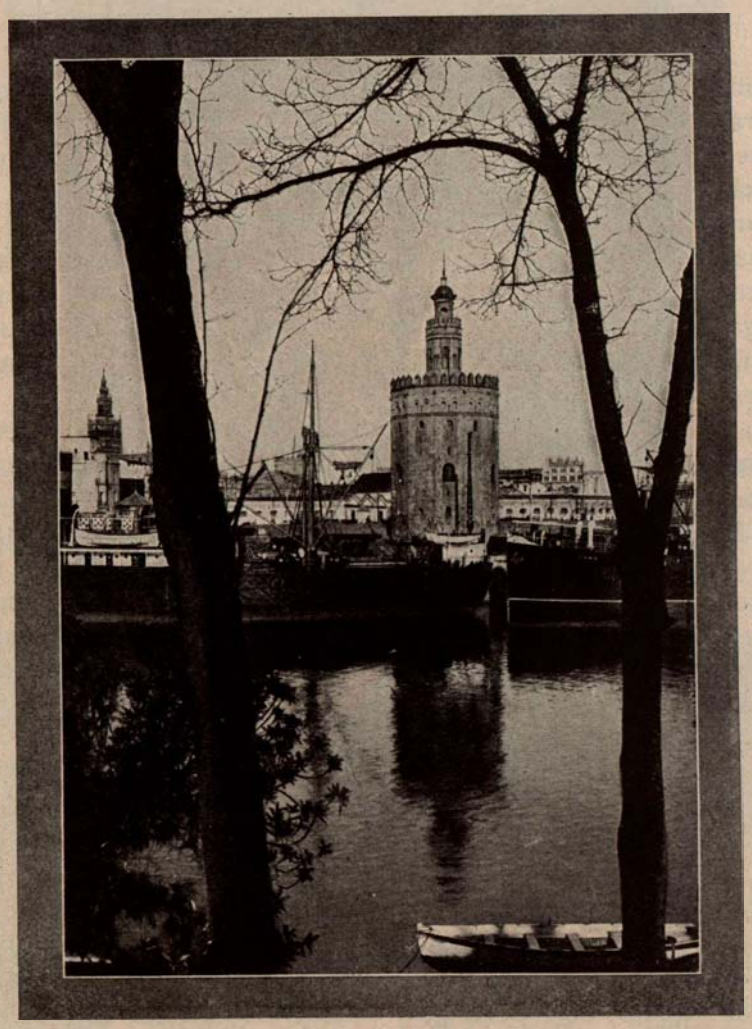
SEVILLA

por

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

¡SEVILLA! ¡Ciudad querida! ¡Madre espiritual! ¡Cuna de nuestros sueños de niños! ¡Nido de nuestros tempranos aleteos de poetas! ¡Encantado lugar en donde recibieron nuestras frentes las primeras caricias de la gloria, turbando nuestras almas infantiles y llenándolas de locas quimeras!... No desde sitio y puesto tan alto como éste, sino desde el apartado rincón en donde pusimos el telar de nuestra fantasía, muchos años ha que pretendimos ser tus mantenedores, tus defensores.

Si cerca de ti se te quiere como a una novia enamorada, lejos de ti se te recuerda y ama como a una madre. Y la nostalgia de tenerte lejos avivó y encendió nuestro cariño, y nos pintó con nueva claridad cuanto vales y cuanto bello encierras en tu recinto luminoso. Y fué nuestro mayor orgullo copiar tus calles alegres, tus misteriosos patios, tus huertos floridos; y fué nuestra mayor ilusión infundir nuestra mejor alegría que, rodando las pobres copias por el mundo adelante, traspasaron los mares inmensos y arribaron a lejanas tierras, donde la fortuna o la desgracia, el azar, en fin, llevó a millares de hermanos nuestros que por la tierra en que nacieron suspiran y donde a otros hermanos unidos a ellos por la sangre y por el vínculo más fuerte aún del idioma, les hablan de una madre inmortal y estremecidos sus corazones con el reflejo pálido de estos huertos y de estos patios y de estas calles y de esta alma, sentimos llegar hasta la nuestra el cálido halago de su gratitud. Jamás aplauso más lejano sonó más cerca en nuestros oídos.



Torre del Oro.

Y si esto que decimos os pareciera tal vez inmodestia, ved que no lo es. Primero, porque la verdad no es inmodestia nunca; y segundo, porque cuando se copia con amor a una mujer hermosa, torpe ha de ser la mano, tosco el pincel, pobre la paleta y ciega la vista, para no dar siquiera en el cuadro una sombra de la belleza del modelo.

¿Qué hay en ti, Sevilla, que te hace singular en el mundo? ¿Qué hay en ti, que quien no te vió nunca te desea, y enamoras a quien te ve, y quien te ve y te deja, sueña en volver a verte? ¿Qué fuerza espiritual es la tuya, que así a todos cautivas y atraes? ¿Qué aura del cielo se mezcla en tu aire, que así los sentimientos embelesas? ¿Qué luz te inunda y te corona? ¿Qué secreto encanto tienen tus mujeres, tu cielo, tus flores y tus campos?

Tienen ellos y tienes tú... poesía y gracia.

Una y otra se hallan en ti por dondequiera y en todo sitio y ocasión reinan y palpitan.

Tu gracia es la suma y esencia de toda gracia. La Gracia se enamoró de ti, y te hizo suya en un altar de luz y de amor. Gracia es en ti primero que nada esa tu natural inclinación a todo lo bello y alegre; gracia es en ti ese trabajar de tus obreros y de tus campesinos y de tus mujeres, con risa y bondad en el alma, venciendo la fatiga y esfuerzo materiales entre burlas y coplas; gracia es en ti ese desenfadado menosprecio de las cosas del mundo, que alegró mil veces hasta los sangrientos campos de batalla; gracia es en ti la fanática adoración de imágenes que simbolizan el misterio divino, y que no serían tan adoradas si fuesen menos bellas; gracia es en ti la arrogante originalidad de tus costumbres; gracias son tus casas llenas de silencio y reposo; graciosos tus jardines espléndidos, recreo de los sentidos, y los patios de tus corrales pobres, donde cada vaso roto o cacharro inservible se convierte por obra de tu instinto del arte en maceta florida; graciosos son tus campanarios rientes; graciosas tus calles, tortuosas y estrechas, llenas de inesperados encantos, de rincones secretos, de vivos contrastes de sombra, y de luz como los que ofrecen las sevillanas al abrir y cerrar los ojos.

¡Las sevillanas! Genuina encarnación de la gracia en lo que tiene de más espiritual, impreciso y alado. Gracia que no está sólo en su hablar dulce y hechicero; ni en su mirar de luces infinitas, de cambiantes fugaces; ni en su risa de plata, fresca y burlona, que llama y detiene a la vez; ni en su andar ingrávido y donairoso; ni en la innata elegancia de sus ademanes, ya que cuando al hablar pintan con las finísimas manos lo que dicen o se recogen un rizo suelto, ya cuando siembran en sus cabellos una rosa, ya cuando juegan coquetonamente con el venturoso abanico; gracia que no está en nada de ellas y que vive en todo; gracia tan sutil, imponderable y única, que porque el nombre de gracia era insuficiente a definirla, hubo que crear una palabra más expresiva y llamarle «ángel».

Tu hablar también, Sevilla, es el hablar gracioso por exce-

ARCHIVO GENERAL DE ANDALUCÍA

Torreones de la catedral. (Foto Loty.)

lencia; pero no de la gracia que se busca en el artificio de las palabras, sino de la que nace de lo íntimo de la expresión y estriba en un modo peculiar de ver y sentir antes las cosas.

Tal vez sea la hipérbole la figura que más juega en tus labios. Es lógico y natural que así sea. ¿Acaso esta tierra de María Santísima no es una hipérbole de Dios? ¿No son hiperbólicos, por diminutos, los lindos pies de las sevillanas? ¿No son sus ojos una hipérbole de la luz? Nuestros claveles, coronas de las azoteas, ¿no son hiperbólicos también? ¿Se vieron de su pompa y fragancia en parte alguna? El mismo sol, cuando llega el mes de agosto, ¿no exagera un poquito? Pues en una tierra en que hasta el sol es exagerado, ¿qué mucho que la hipérbole se enseñoree de la expresión? Así hay quien diga, por ejemplo, al encontrarse con una mujer de largas pestañas: «En las pestañas de esa mujé se pué tendé ropa.»

Y con la hipérbole comparte el imperio de la palabra la comparación, fruto sazonado del ingenio andaluz. El andaluz, si no compara no habla. Y cuando su imaginación no le da con presteza la comparación que él desea, apela a una de las miles ya consagradas por el uso: «Más largo que un día sin pan.» «Más feo que una noche e truenos.» «Más soso que una mata de habas», etc. Pero generalmente suele dársela, certera y oportuna. Nosotros conocemos a una dama que, al mirar a una señorita de pocas carnes y muchísimos trapos encima, exclamó: «¡Ay, qué niña! ¡Parese un dedo malo!»

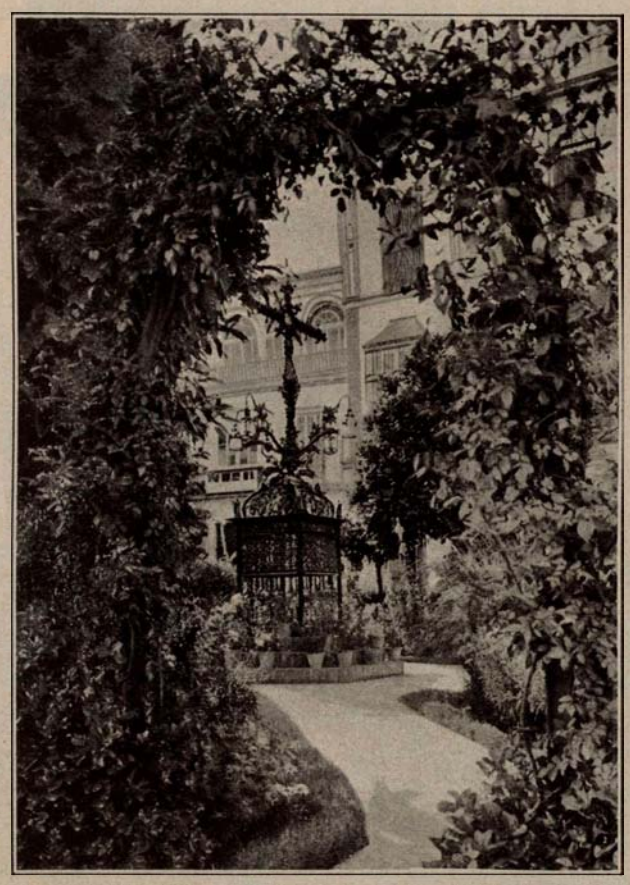
Lo más preciado, sin embargo, de la gracia hablada no reside ni en la comparación, ni en la hipérbole, ni en ninguna otra determinada forma, sino en esa condición característica del andaluz, que le lleva instintivamente, sin pensar en ello, por impulso natural de su espíritu, a poner sal y fuerza pintoresca en todo lo que habla. Gracia es ésta que no se estima nunca por quien la dice, como tal; que no pretende ni busca para sí aplauso alguno; que tiene la frescura de lo espontáneo; que nace porque sí, aun en las situaciones más graves y serias. Gracia es ésta, de la que puede dar una idea el cuentecillo tan vulgar y repetido de aquel gitano, a quien llevaban a la horca montado en un burro, y el cual, viendo que hostigaban al pollino para que anduviera más aprisa, se volvió al muchacho que le hostigaba y le dijo así, como quien a la vez reprende y suplica: ¡Niño, no le hurgues mucho, que no vamos a ninguna bóa!

Si no existiera esta gracia tan ingenua y poco presuntuosa, no sería tan antipático y desagradable como es el tipo del gracioso de profesión que todos padecemos.

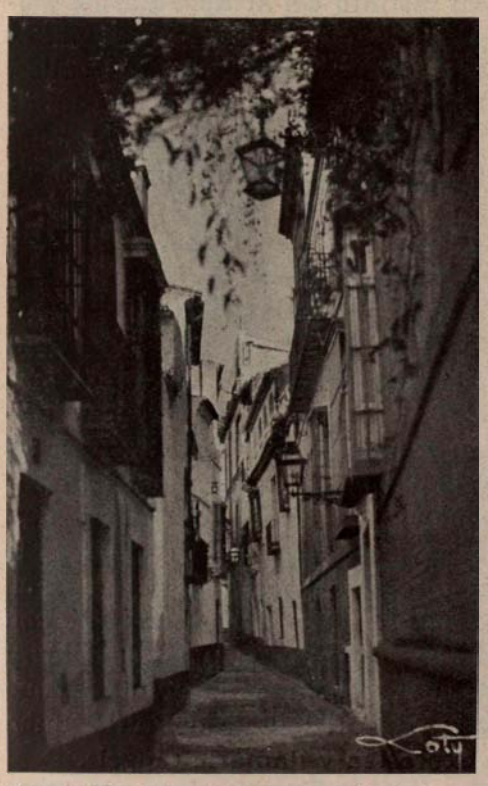
Otra manera de la gracia sevillana, muy simpática, porque revela un gran patriotismo, está en la jactancia, un poco pueril, con que creen los hijos de esta tierra que han nacido en lo mejor del mundo. Tienen razón para creerlo, claro es; pero no es nuestro propósito demostrarlo ahora, sino sólo hablar de esto que pudiéramos llamar graciosa arrogancia andaluza. Como muestra va este caso, que cuando no os hiciese gracia alguna, lo habréis de perdonar y aun ha de halagaros, porque va en loor de muy altas glorias sevillanas.

La escena es en Madrid. Un sevillano, residente en la corte, recibe en la estación del Mediodía a un su amigo que viene de otras

Una portada de la catedral. (Foto Loly.)



La cruz de la Cerrajería, en la plaza de Santa Cruz.



Calle de Pimienta, en el barrio de Santa Cruz.

Dormitorio de la Sultana, en el Alcázar.

tierras, y que no siente—¡infeliz!—gran admiración por Sevilla ni por Andalucía, cosa que sabe a ciencia cierta el sevillano. Nuestro hombre, a quien llamaremos el forastero, entumecido de la forzosa quietud del largo viaje, tiene ganas de andar y le propone al sevillano entrar en los Madriles, que él desconoce, dando un buen paseo. El sevillano acepta gustoso y echan a andar.

Apenas salen de la estación, enfilan el paseo del Prado, y nuestro paisano, iluminado por repentina idea, dícele a su amigo:

—Ya que trae usté deseo de sacudí er cuerpo y estirá las piernas, desde aquí tó seguío vamos a yegá hasta la Casteyana.

—Andando—contesta el forastero.

A los pocos pasos, uno y otro se paran a mirar una estatua, igual a la que hay en Sevilla delante de nuestro Museo de Pinturas. Y el sevillano exclama:

—Este es Muriyo. ¡Muriyo! ¡Nadie! ¡No sabía pintá! Sólo que tenía muy buenas relasiones y rifaba los cuadros y le compraban las papeletas por influensias.

Calle del barrio de Santa Cruz.

Y en seguida añade, como quien le pone un defecto al gran pintor:

—¡De Seviya!

Siguen adelante, y a los diez pasos más dan con otra estatua. El sevillano detiene al forastero, y le dice:

—¡Velázquez! ¡Er pobre Velázquez! Cuando se murió corgó en una arcayata la paleta con que pintaba, y no ha nasío toavía ningún afisionao que la descuergue. ¡De Seviya!

Sonríe el forastero, que se da cuenta de la situación, y principia a sentirse molesto por el tema; continúan su camino, y al pasar por la fuente de la Cibeles, le pregunta al sevillano con sorna:

—¿De Sevilla también, amigo?

—¡De Seviya!—contesta el hombre con admirable aplomo—. ¿No está usté viendo que es una mujé guapa?

Enzarzados en una discusión sobre Sevilla, llegan al edificio de la Biblioteca y Museos Nacionales.

—Fíjese usté—le dice el sevillano a su amigo—, fíjese usté en esos dos hombres de piedra que están sentaos en la primera mesetiya de la escalera.

—¿Don Diego Tenorio y el Comendador?—interroga el forastero, amoscado.

—También esos dos son de Seviya; pero no son ésos. Pican un poquito más arto. El uno es Arfonsito X—er Sabio le desían por ponerlo en ridículo—, «hijo adortivo» de Seviya; y el otro... el otro no es más que San Isidoro, ¿sabe usté? ¡De Seviya! Y además arsobispo, por si se le ofrese a usté arguna cosa.

Ante la impertinente jactancia del sevillano, salta el forastero:

—Pero, oiga usted: ¿estamos en Madrid o en Sevilla?

—Estamos en España—contesta el otro—; pero donde suena España, suena Seviya. ¡Que no se le orvíe a usté ese encargo! ¡Seviya! ¡Ya lo está usté viendo por las estatuas!

Entrada al patio del palacio de los Condes de Santa Coloma.

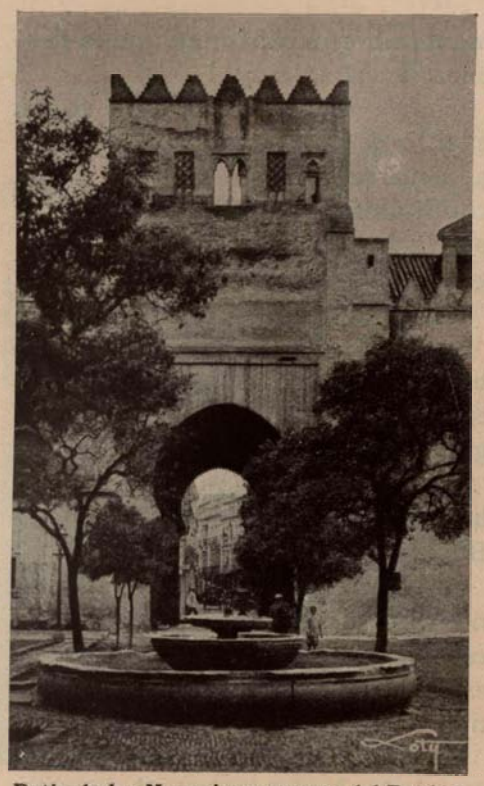
¡Seviya! ¡La capitar de Andalusía! Porque sigue usté andando tó seguío, y se da usté de cara con Cristóbar Colón, que si no es por la provinsia de Huerva, se quea en seco; y luego con Castelá, que era de Cádiz, y después con er Gran Capitán, que era de Córdoba.

—Bien, bien—replica el forastero, deseando echar por otro camino—; eso es porque he llegado por la estación del Mediodía. Si entro por la del Norte...

—Si entra usté por la del Norte—interrumpe el andaluz con viveza—, a los sinco minutos de paseo yega usté ar Parque del Oeste, y ayí está en marmo don Federico Rubio, que era der Puerto; y en marmo también, y jurándole a don Pedro Velarde que no va a dejá un fransés vivo, don Luis Daoiz: ¡de Seviya!

El forastero no quiere oírlo más, y pretextando ya un poco de cansancio, se despide del de

Entrada al patio del palacio de las Dueñas, del Duque de Alba.

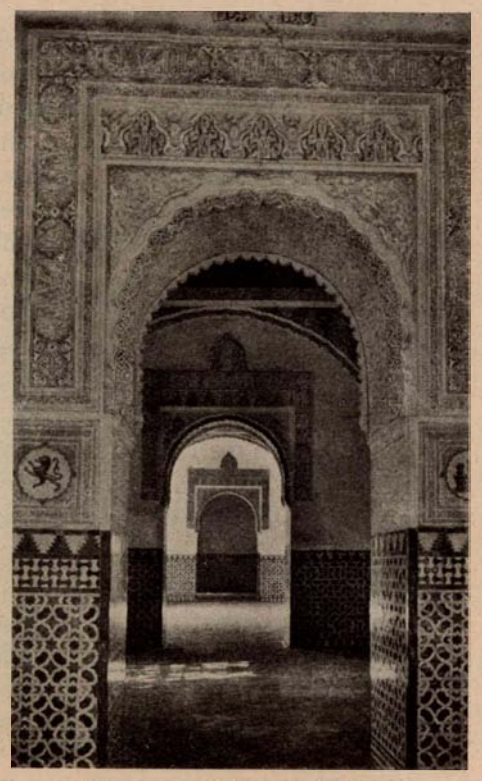


Patio de los Naranjos y puerta del Perdón, en la Catedral.

Sevilla y toma un coche. Por su desgracia, el cochero es de Sevilla también.

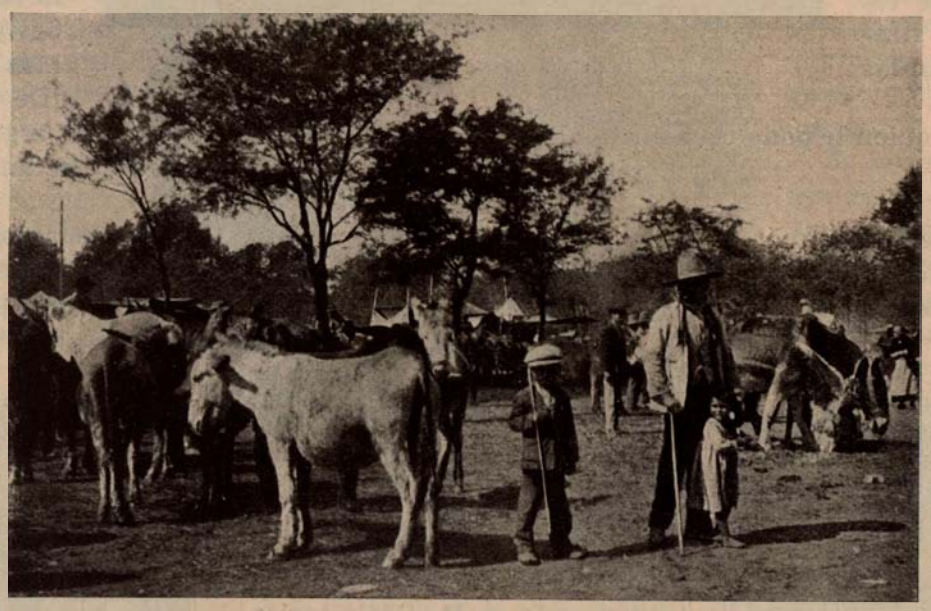
Hemos dicho, Sevilla, que tienes gracia y tienes poesía, y que por ellas eres singular en el mundo.

¡Poesía! ¡Don de esencia divina, aliento de Dios, flor de luz sembrada por Él, dondequiera, para hacer a los hombres dichosos! El poeta la recoge en sus rimas, el pintor en sus cuadros, el músico en sus notas aladas, el artista, en fin, en su obra, si ésta ha de ser bella. Todos también la vemos lucir y la sentimos palpitar en el silencio de los campos tranquilos, en el rugir de los mares, infinitos como su Creador; en la inmaculada blancura de las cumbres gigantescas, en la reveladora solemnidad de los crepúsculos, en las estrellas de la noche callada... Y el rocío de las flores al amanecer, y el temblar de los nidos en las ramas, y el brotar del agua en la roca, y el dormir plácidamente en los lagos, y el secretear del aire en los bosques, y en las enramadas, también son poesía... Poesía son y todos sabemos comprenderla. Pero hay otra poesía no menos bella por más escondida y oculta, flor también delicada y preciosa, que no nace en el mar, ni en la tierra, sino en los corazones, y que entre lágrimas o entre risas irá siempre donde los hombres vayan. Flor impalpable de aroma sutil, que brota al calor de los eternos besos de las madres, mitad oración, mitad caricia, que abre sus notas al aire de los suspiros ruborosos de las muchachas, y que regamos todos con nuestro sudor o con nuestra sangre.



Habitaciones de María de Padilla, en el Alcázar.

Subid a un palacio, y allí la encontraréis en los sueños locos de una princesa; bajad a la sala de un hospital, y la hallaréis en la desesperanza del que muere, y en el anhelo del que espera vivir, y en la mentida alegría de quien se ve forzado a fingirla ante un pedazo de su alma; asomaos a esa calle desierta, y la veréis en los labios y en los ojos de dos enamorados; corred a una cárcel oscura, y la sentiréis en las canciones de los presos, hondos alaridos de pena o gritos alegres, esperanza de pronta libertad; id al campo en la primavera, y ella saltará en el canto ingenuo de un zagalillo; id en el ardiente verano, y sorprendedla en la mozuela que arrima un cántaro lleno de agua a los labios de un segador, que de sed se abrasa; contempladla en los rostros de los pescadores, que al amparo de sus velas se van mar adentro llevando siempre sobre sí la tremenda amenaza de lo desconocido; y en la novia llorosa y trémula que despide al novio, que a la guerra se va, y en la otra que enloquece de júbilo y aletea como una paloma, porque su novio de la guerra vuelve; y percibidla, en fin, y miradla por vuestros propios ojos, por encontrarla aún más allá de la muerte misma, en las desgarradoras inscripciones de los sepulcros pobres. ¡Poesía del corazón! ¡Vives en la risa y en el dolor, tienes luz del día y sombras de la noche, y eres, para quien sabe hallarte, fresca brisa que orea la frente y beso de amor y de consuelo!



Un detalle de la feria de Sevilla. (Foto Marqués de Aledo.)

Pues bien; de esta poesía del corazón, de esta impalpable flor de sutil aroma, hay en Sevilla, tierra de sentimiento, una perenne primavera, como la hay asimismo de aquella otra poesía menos oculta de las

El Guadalquivir visto de noche, desde el barrio de Triana.

La plaza de San Fernando, de noche. (Fotos Loty.)

bellezas naturales. Y de la una y de la otra, exaltadas por la fuerza sentimental y soñadora de este pueblo, de esta raza andaluza, brotan espontánea y graciosamente los divinos cantares, ridículos y bárbaros a veces, casi siempre bellos y pulidos, y siempre llenos de expresión y de alma.

Quiere este pueblo dormir a un niño en la cuna, y canta:

A dormir va la rosa
de los rosales;
a dormir va mi niño,
porque ya es tarde.

Quiere celebrar la hermosura y pureza de una mujer, y dice:

Tan sólo en el mundo hay una
con quien poder compararte,
y la encontré por fortuna
pintada en un estandarte.

Quiere descubrir la honda firmeza de un amor que parece secreto, y exclama:

Dises que no la quieres
ni vas a verla:
pero la vereíta
no cría hierba.

Quiere llorar la temprana muerte de una linda mocita, y tiene para ella este lamento:

¡Preciosa claveyinita
yevada ar pie de la sierra!
¡Qué lástima de carita
que se la coma la tierra!

Quiere ser más delicado y profundo poeta que todos los poetas juntos, y llora de este modo la muerte dolorosa de la tierna clavellinita:

Se murió, y mi pañuelo
se lo puse por la cara,
por que no tocara tierra
boquita que yo besaba.

Y esta poesía, que en las coplas tiene su más concreta y pura expresión, pasa en Sevilla por entre nosotros rozándonos con sus alas invisibles en todo lugar y a toda hora. Cuando sintáis un estremecimiento de vuestro ser inefable y recóndito, buscadla en rededor, que cerca de vosotros va la poesía, ya en los pliegues airosos de la falda de una muchacha, cuyo rostro ríe, cuya frente sueña, ya en dos miradas cuyos ojos no veis, pero que en un punto del espacio chocaron, ya en el andar torpe y silencioso de una viejecita.

¡Una viejecita! No hemos de fatigaros con innumerables ejemplos de esta íntima poesía de que os hablamos; pero escuchad uno de entre mil, ya que acude oportunamente a nuestra memoria. Fué años atrás, y en una solitaria calle. Salió a nuestro paso una viejecita menudilla, morena, limpia. En la mano, tostada y seca, llevaba cogido por el largo tallo un clavel fragante y pomposo, como destello y símbolo de juventud de aquella humana ruina. Nos lo quiso vender, le preguntamos qué valía, y al conocer el precio, torcimos el gesto burlonamente. La viejecita, entonces, sin voz apenas, mirándonos a los ojos con los suyos abrillantados en aquel instante, nos dijo, invocando de esta manera nuestra caridad:

—Lo vendo pa comé.

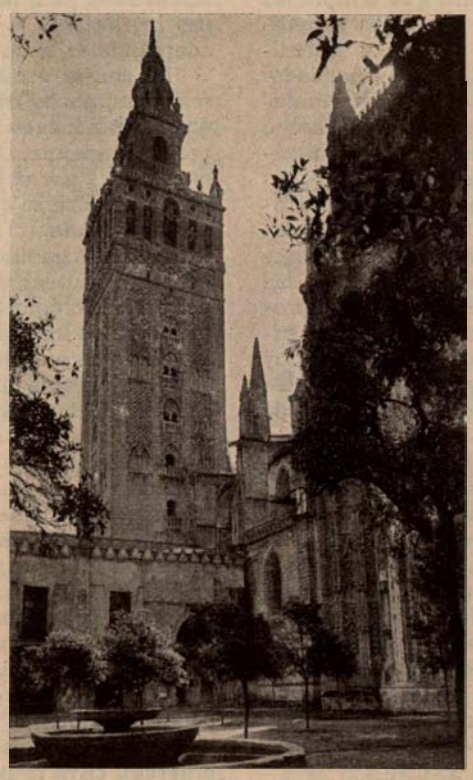
¡Lo vendía para comer! ¿No es verdad, poetas, que hay en esta sencilla escena un cantar muy bello? ¿No es verdad que en la salida de la arrugada viejecita de su casa, en la mano el clavel fragante, hay un ingenuo y delicado poema? ¿No es verdad que en la historia de la viejecita y del clavel hay una linda historia? Evocad su hogar, pobre y mísero: la maceta en que el clavel ha de criarse, es allí la esperanza de oro. ¡Oh! ¡si el hielo lo quema o si el sol lo abrasa! ¡Cuánto cuidado y atención tuvo que consagrarle la viejecita, y con qué afán lo vió crecer y abrirse en el tallo a la luz, y con qué temblor en las manos lo cortó al fin un día y salió a la calle a venderlo para comer! Si aquella viejecita de negros ojos nos hubiera hecho la pregunta que le hizo a Bécquer la mujer de los ojos azules, le habríamos contestado lo mismo: «Poesía eres tú.»

Los aficionados a los epílogos en las historias, sepan que aquel clavel fragante y pomposo fué a morir en las negras trenzas de una preciosa sevillana.

* * *

Porque tienes estos tesoros de la poesía y de la gracia, Sevilla, eres melancólica y sentimental y eres alegre. Cultívalos, recréate en ellos, no los pierdas nunca, que son tu esencia, tu vida y tu alma, y ellos te dan tu corona de reina en el mundo.

Y a nosotros, tus humildes hijos, tus rendidos cantores, que vivimos lejos de ti, pero que por ti y para ti trabajamos, déjanos que todos los años, después que en el almendro asome la primera flor y antes que vuelva a cruzar tu cielo la primera golondrina, vengamos a ti, cada vez más enamorados de tu hermosura y más ilusionados con tu grandeza. Déjanos recorrer ansiosamente tu recinto querido, y déjanos por gracia que en huertos y jardines, patios y corrales, rincones y azoteas, cojamos cuantas flores hallemos al paso y necesiten nuestra ambición y nuestro amor, para ir a echarlas todas como ofrenda a ti, allí donde tienes tu más preciado símbolo: al pie de la torre a un tiempo cristiana y mora; de la torre que coronamos con la fe; de la torre de encajes de piedra, prodigio del arte; de la torre que te vigila y guarda; de la torre que como a una mujer se recuerda y evoca; de la torre gallarda y gentil; de la torre firme y apuesta, y airosa y alegre, y señoril, y majestuosa, y soberana; de la torre sueño del sol, recreo de la luna, amor de las palomas, veneración de todos; de la torre única: ¡la GIRALDA!



La provincia de Sevilla, bajo su aspecto agrícola

por

JOSÉ HUESCA

PRESIDENTE DE LA CÁMARA OFICIAL AGRÍCOLA

Es Sevilla, no obstante sus minas y sus industrias típicas, una provincia esencial y positivamente agrícola; la composición física y geológica de sus terrenos; la temperatura, que aunque muy cálida en verano es en general suave y apacible; la gran luminosidad y transparencia de su atmósfera; la cantidad de lluvia que recibe, que, aunque desigualmente repartida, pasa de quinientos milímetros en el año; la evaporación general, que asciende a cuatro y media veces la lluvia; el calor natural que por sus componentes, colorido y situación tienen las extensas vegas de los ríos; la frescura de sus montañas y la feliz distribución de éstas, que acordonan a ambos lados la vega del Guadalquivir, surtiendo a este río de sucesivos y ricos afluentes, hacen de esta provincia un privilegiado lugar para la explotación agrícola, permitiéndole los cultivos más variados, desde los de los climas subtropicales hasta los de los templados y aun de los fríos.

De entre esta gran variedad de cultivos, en cuya relación no podemos detenernos, merece especial atención el de cereales y leguminosas, entre los que destacan los trigos, que han llegado a dar nombre a dos de las variedades más notables de España; las habas, muy buscadas en los mercados del Norte; los garbanzos, cebadas y maíces, que todos juntos ocupan cuatrocientas mil hectáreas, o sea poco menos de la tercera parte de la total área de la provincia, que alcanza a un millón trescientas setenta y un mil hectáreas. Una particularidad es digna de señalarse en estos cultivos y es que, contra lo que ordinariamente se cree, es insignificante la parte dedicada a barbecho limpio que no excede de dieciocho mil hectáreas, o sea menos del 5 por 100 de lo dedicado a estos cultivos, habiendo quedado relegada al desuso la antigua práctica del tercio, que se ha sustituído por alternativas de semillas auxiliadas con abonos, sistema moderno de mayores rendimientos que el antiguo.

Uno de los más notables cultivos de la agricultura sevillana es el del olivo. De antiquísima tradición, de muy estimada atención siempre, constituyó desde muy remotos tiempos este cultivo uno de los más característicos y cuidados de la región sevillana, al punto de haber merecido que el Príncipe de los Ingenios denominase al valle sevillano olivífero. La latitud y clima de Sevilla son para este árbol los óptimos; las laderas y pendientes, tan abundantes en la gran extensión montañosa de la provincia, satisfacen las preferencias de tan rico frutal, que quiere algún viento que temple los rigores estivales; las calizas que integran muchos de sus subsuelos y cualifican muchos de sus suelos son ventajosísimas para la crianza y sostenimiento de su fruto; y la suma de influencias atmosféricas y de cualidades y composiciones del suelo de la provincia son tan adecuadas para determinadas variedades del árbol de Minerva, que, debido a eso, se recoge en el campo sevillano la aceituna de mesa más fina y delicada del orbe, según unánimemente se proclama en todos los mercados mundiales, siendo las aceitunas gordales preparadas en verde, conocidas bajo el nombre de reinas, las incomparables manzanillas y las de una y otra clase rellenas de pimientos, estimadas en todas las mesas selectas de todas partes como uno de los más sabrosos entremeses. A la par de este importante aprovechamiento se utilizan las aceitunas de la mayoría de los olivares, que ocupan una superficie aproximada de doscientas veintiséis mil hectáreas (casi la sexta parte de la superficie total de la provincia), para la elaboración del aceite de oliva, hoy esmeradamente perfeccionada, habiéndose logrado muy justa y notable fama para sus aceites, como se reconoció en el Congreso internacional de Oleicultura celebrado en Sevilla en diciembre de 1924.

No podemos detenernos a enumerar los productos de los cultivos sevillanos, bastándonos decir que son variadísimos, como corresponde a su clima; que además de los citados son famosos algunos de sus frutos, tales como las naranjas agrias, tan solicitadas en Inglaterra, que son conocidas con el nombre de Sevilla todas las de esa variedad; que hay en sus montañas buenos corchos, hermosas encinas, frondosas alamedas y buenos y abundantes pastos... No podemos pasar en silencio los cultivos de plantas industriales, ya experimentados con la mayor atención, habiéndose obtenido excelentes resultados y notables utilidades con la remolacha azucarera, el algodón y el tabaco, que servirán de elementos de aprovechamiento en las grandes zonas de riego que se están disponiendo en el valle inferior y en las islas del Guadalquivir, obras ya muy adelantadas, que pondrán de riego cerca de cuarenta mil hectáreas.

Es fama que la provincia de Sevilla es una de las de grandes latifundios, y aunque es cierto que durante el siglo XIX los campos sevillanos han sido principalmente explotados por grandes labradores que reunían enormes extensiones en propiedad o en arriendo, no es menos cierto que a partir de los comienzos del actual siglo se han repartido muchas de esas grandes labores, distribuyéndolas en lotes arrendados a modestos labradores y aun a simples obreros, que han pasado desde la humilde condición de asalariados a la más elevada en clase y dotación de pegujaleros, habiéndose creado con esos colonos una numerosa clase de campesinos acomodados que disfrutan de bienestar y contribuyen a la riqueza general; y eso ha ocurrido, a pesar de haber tenido que sufrir esos colonos al colono medianero, que tomaba en renta las fincas para subarrendarlas a bastante más elevado precio. Pero es de justicia dejar consignado que aquellos grandes labradores que regentaron los campos sevillanos durante el pasado siglo y los que actualmente explotan grandes predios y reúnen en su mano extensos establecimientos agrícolas han estado atentos a los adelantos contrarrestados por la experiencia, y han implantado en sus fincas desde los primeros momentos importantes mejoras mecánicas, químicas, agronómicas y ganaderas, partiendo de sus campos y de las experiencias por ellos dirigidas la mayoría de los progresos agrícolas y pecuarios de la región andaluza.

Famosos son, y merecedores de todo elogio, los grandes cultivos de los Vázquez, Benjumea, Quintanilla, Murube, Lasso de la Vega, Solís, Candau, Ríos, Reina, Villalón, Díaz Armero, Fernández de Peñaranda, Tamayo, Contreras, Soto, Laffite, Ramos, Rodríguez de Rivas, Cámara, De Pablo, Romero, Balmaseda, Sánchez Dalp, Molina, Miura, Ostos, Ternero, Ibarra, Martel y tantos otros que mantuvieron a gran altura la riqueza agrícola andaluza y que hoy los que restan de ellos van en general a la cabeza de todo progreso, iniciando con ánimo generoso y espléndido desprendimiento todas las transformaciones capaces de multiplicar la riqueza de la región y de servir de norma y enseñanza a la extensa clase de modestos labradores que no tienen tiempo de aprender las novedades y permanecerían ignorantes de ellas si no las viesen practicadas por esos grandes agricultores. Es en esta forma que los abonos minerales han entrado en las prácticas corrientes agrícolas, que con las trilladoras se han generalizado y que los tractores grandes y chicos van adaptándose por muchos y en una u otra forma serán muy pronto utilizados por todos. Es de esa manera que se han hecho bastantes silos para la alimentación del ganado y que éstos, mediante selecciones inteligentes y cruzas adecuadas, han sido perfeccionados en sus tipos, adaptándolos a las especialidades deseadas.

No son ni serán nunca en lo futuro las grandes explotaciones agrícolas restantes, pocas en número, rémora para la transformación social agrícola que ha comenzado por los colonatos que quedan apuntados y que, inmediata y progresivamente, irá multiplicando los pequeños propietarios del campo, pues, antes por el contrario, de tal manera cumple cada uno su misión que puede asegurarse que los grandes labradores yendo a la vanguardia del progreso agrícola, y los muchos pequeños labradores y propietarios rurales trabajando con empeño en consolidar y aprovechar esos progresos, se compenetran mutuamente y constituyen juntos la forma ordenada y completa del perfeccionamiento y más beneficioso uso de la agricultura. A la multiplicación de los pequeños propietarios y colonos rurales contribuirán mucho las obras de establecimiento de riego que se están efectuando, pues los cultivos de regadío, tanto por su calidad como por los cuidados que exigen, son más adecuadas para el cultivo en pequeño que para el de grandes predios.

No disponemos de espacio para describir las grandes obras que se efectúan ni los proyectos que se formulan para aprovechar mejor la riqueza que a la provincia de Sevilla da el río Guadalquivir y sus afluentes; pero debemos hacer resaltar que las extraordinarias oportunidades económicas de que disfruta el país van trazando el camino a seguir para embalsar las aguas sobrantes en las grandes cerradas dispuestas pródigamente por la Naturaleza en las montañas; para extender al máximum los canales derivados del Guadalquivir, y para utilizar en la mayor escala los desniveles de unas y otras corrientes en saltos hidráulicos que se traduzcan en fecunda energía generadora de pingües industrias; este es justamente el objetivo de la Confederación Hidrográfica recientemente creada, cuyo amplio cometido encontrará su complemento en el puerto de Sevilla; que a cien kilómetros del mar, enclavado en zona riquísima y dotado de los perfeccionamientos en ejecución y en proyecto, cuya primera piedra acaba de ponerse solemnemente por S. M. el Rey, está llamado a colmar de prosperidad y riqueza a la privilegiada Sevilla.

SEVILLA

LA INEFABLE

POR

J. MUNOZ SAN ROMÁN

Cofradía en una procesión de la Semana Santa

Como una gracia de Dios surge de la tierra llana, que es florida cual un vergel, la maravillosa ciudad de Sevilla, en el corazón de Andalucía. Y por la hermosura, que es su don peculiar, y por lo típico de sus construcciones y por la originalidad y colorido de sus fiestas y de sus costumbres, podrá admirársele como una de las contadas ciudades singulares del mundo: Roma, París, Alejandría, Sevilla...

El cielo de azul más puro le sirve de solio, envolviéndola en mágicas y peregrinas claridades, y el sol que la ilumina, como si fuera una antorcha votiva consagrada a su fervor por la admiración del mundo, la enciende en sus fuegos más ardientes y luminosos.

La tierra fecunda ofrécele asimismo los más valiosos regalos de sus frescas y aromosas flores y de sus dulces y gustosos frutos, y así son sus jardines los más llenos de pompa y lozanía, y sus odres rebosantes de riqueza y abundancia.

Patio sevillano en el Hotel Bristol

La Virgen de la Macarena en una procesión de la Semana Santa

Así, como en parte alguna, crecen y se desarrollan las gentiles palmeras, vistiéndose con la gala de enredaderas de campanillas azules, que caen en tiernos desmayos desde las anchas hojas erguidas como flecos de un airoso mantón ceñido al busto espléndido y mórbido de una garbosa sevillana; y los maravillosos rosales de flores rojas como palpitantes corazones, o de rosas como mejillas de mujer, o blancas como blondas de las mantillas que se lucen para la feria y los toros; y las flamenquillas y los nardos y los geranios, en fin, flores del pueblo, con que hermosea sus balcones y sus jardincillos.

Y del mismo modo también, como en ningún otro lugar, de frondosos y ricos los olivares, y los naranjales y los viñedos, como ubérrimas las sementeras de trigos y frondosos los plantíos de frutales con flores rosadas como la aurora y blancas como el armiño, y frutas aún más dulces que la miel.

El sol de todos los tiempos envolvió, acariciador y ardiente a Sevilla, así como el espíritu de todas las razas infundió en sus sentimientos un destello de su alma peculiar. Fenicios fueron sus cimientos, y griega su gracia, y romana su fortaleza, y árabe su lánguida voluptuosidad y sus fogosos arrebatos, y cristianas, por fin, sus incomparables iglesias y su fe, que pregonan las centenarias lenguas de la Giralda y de las innúmeras torres que se elevan vigilantes como centinelas de este peregrino tesoro espiritual que guarda Sevilla, corazón de España el más noble, el más hidalgo, el más sentimental.

Y por su origen, y por su alcurnia, y por su ascendencia, y por su abolengo, Sevilla es industriosa y comercial, haciendo de la industria arte esclarecido y del comercio religión del honor; y es sabia y alucinada por la belleza y por la poesía; y es valerosa y audaz, capaz de las mayores y señaladas y arriesgadas empresas; y es apasionada y amorosa hasta el deliquio y el desmayo, y es creyente hasta la exaltación y el misticismo.

Aquí, causando la admiración del mundo, las primorosas industrias del dorado aceite y de la gustosa aceituna; de la cerámica de los reflejos de oro y de la tersura fina y brillante; la herrería forjada, afiligranada y fuerte; la orfebrería maravillosa y espléndida, el bordado rico y lujoso. Aquí, el comercio extendiendo a todas partes por todos los caminos y por todas las rutas su influencia poderosa de riqueza y poder.

Aquí, la poesía en la naturaleza, en el ambiente, en la en-

Una nave de la Catedral
(Fotos Loty)

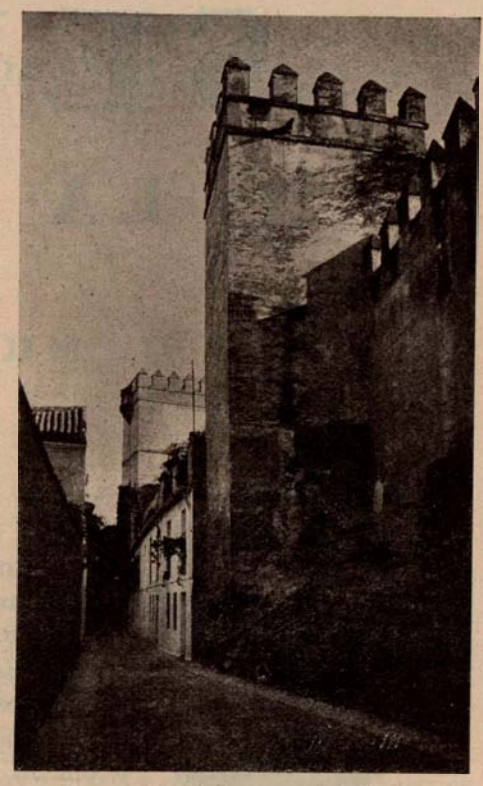
traña de toda la ciudad, influyendo en la delicadeza y ternura y calor de sus sentimientos, como un espíritu que ordena al designio y manda al genio y subyuga a las almas...

Aquí, el valor hasta la temeridad, y la audacia hasta el vuelo, en aras del interés más generoso en bien del prestigio de la Patria...

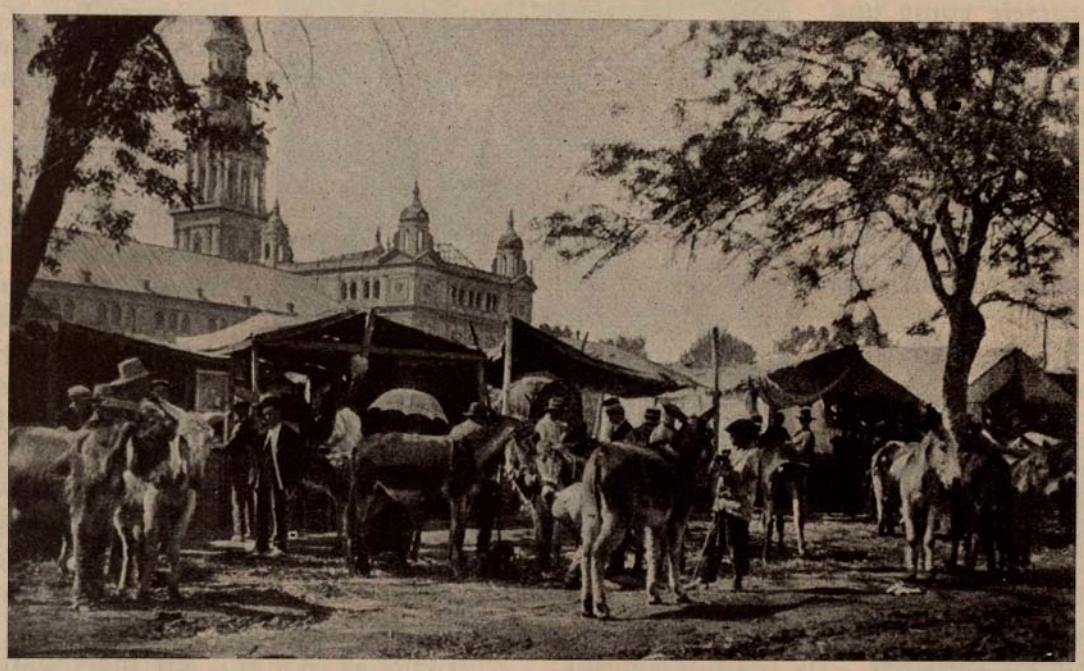
Aquí, en fin, la fe más arraigada y la devoción más profunda, por el ideal que inmortalizó Cristo expirando en los duros brazos de la Cruz, y que hizo glorioso la Virgen Inmaculada concibiendo al Verbo sin mancilla.

Y es la cristiana ciudad, por esta fe y por esta devoción, llamada por todas las lenguas la ciudad Mariana, la tierra de María Santísima, de cuyo templo, todo con sagrado al Amor de todos los amores, es la Giralda el órgano más musical y sonoro.

Sevilla es la ciudad de la Gracia: de la gracia de la delicadeza, de la belleza y del Amor; de la gracia del espíritu, que es gozo inefable; de la gracia de la gentileza, que es aristocracia y distinción. Aristocracia y distinción que es la más pura gracia del pueblo: pueblo acogedor, de finura exquisita y de la más afable cortesanía. Por eso, el visitante de Sevilla se encuentra en ella como entre la caricia y el acomodo de su casa, como entre los brazos de sus hermanos y junto al corazón de la madre y frente al encanto y la bondad de la esposa y el fogoso y profundo amor de los hijos. Y siente la alegría del sol, y percibe el perfume de las flores, y ama la belleza de la ciudad, como la de su propio sol y el de sus propias flores, y la hermosura de su patria. Puede decirse, sin hipérboles, que Sevilla es como un paraíso que atesora el ensueño de todos y que guarda las más ricas esencias de todas las patrias, aun siendo como es ella, por don sobrenatural, la guardadora y atesoradora de las esencias más puras y exquisitas de la patria española.



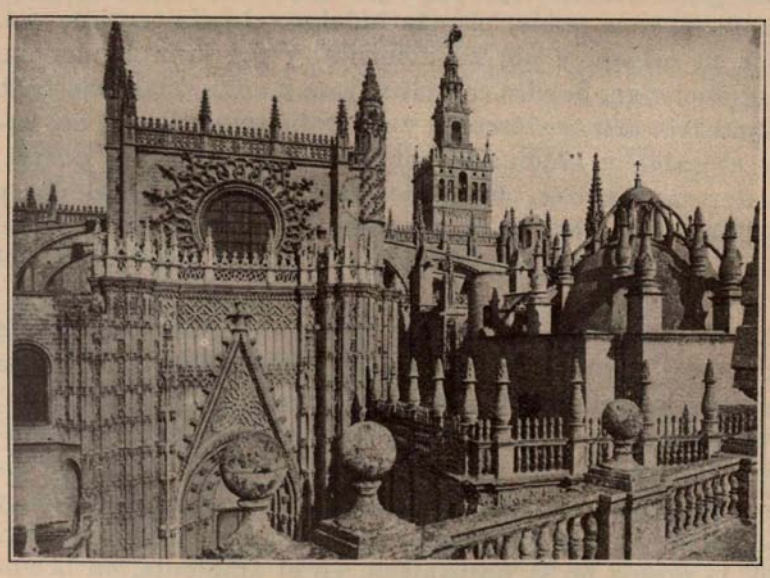
Torre del Alcázar en el Callejón del Agua



Un detalle de la Feria. (Foto Marqués de Aledo)

Tierra de poetas y de visionarios, de reyes y de guerreros, de artistas y de santos que dieron fama al mundo, será por siempre para el devoto y emocionado visitante, como una Tierra de Promisión, donde tras el sutil velo de su hermosura peregrina se vislumbra la gracia de Dios hecha milagro para la exaltación del corazón y la fantasía de los hombres.

Por todo, sea por siempre querida y alabada.



La Catedral

Patio de la Casa de Pilatos

Las antiguas y bellas fuentes públicas de Sevilla

por

Santiago Montoto

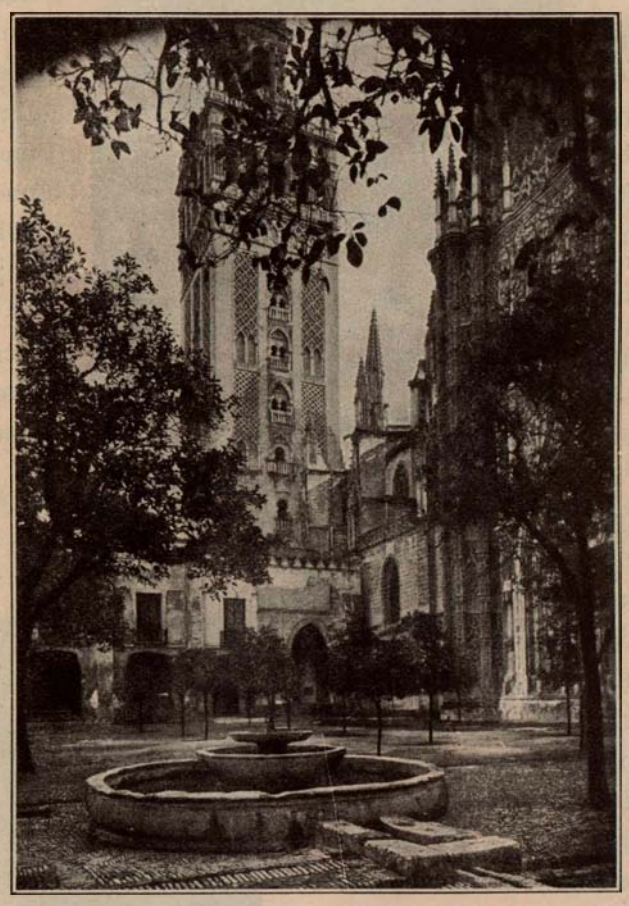
Cronista oficial de la provincia

Bien puede escribirse un libro con la historia de las fuentes públicas que antaño hubo en Sevilla: centenares se alzaban en plazas y paseos, calles y callejones, ya para adorno y decoración de los parajes, ya para abastecimiento del vecindario.

Los famosos Caños de Carmona, acueducto romano restaurado por los árabes, traían desde Alcalá de Guadaira la mayor parte de las aguas que se consumían en la ciudad de la Giralda, siguiéndole en importancia la llamada «Fuente del Arzobispo».

De tantas fuentes como hubo aquí apenas si han quedado para muestra alguna que otra; que durante algún tiempo se le hizo la guerra a este precioso adorno de plazas y paseos con el pretexto de los ensanches, las más veces disparatados.

No existen, ni existieron, en Sevilla fuentes monumentales. El carácter de la población, con sus calles estrechas y sus plazas recogidas y ocultas, no permitía grandes moles ni cascadas abundantes. Las fuentes estaban hechas para verter sus aguas en tenues hilos de perlas, con sentida melodía, y para escuchar el canto del surtidor en la noche silenciosa, impregnada del azahar de naranjos y limoneros. Son fuentes de patios conventuales, rezadoras y humildes. Fuentes que no interrumpen el coloquio de los amantes, más bien tejen sus hilos en la red de las amorosas palabras; bordoncillo acariciador que a la par ríe y llora.



Fuente en el patio de los naranjos, de la Catedral, al pie de la Giralda.

La fuente más antigua de Sevilla es la del Patio de los Naranjos, de la Catedral; y no porque sea la de la Mezquita, como hasta ahora se ha supuesto, sino porque no hay ninguna anterior al siglo XVI, en que ésta se construyó, aprovechando materiales antiguos. Muchos creen que esta fuente fué la de las abluciones de la Mezquita. ¡Craso error! Ya el alemán Munzer, en su «Viaje por España, 1494-1495», escribe de la Mezquita sevillana que en su jardín había «una fuente en donde los moros hacían sus abluciones»; pero, habiéndose derrumbado por la acción del tiempo, púsose en su lugar otra mejor, con estos versos esculpidos encima de sus caños:

«Regia post mauros devictos celsas majestas.
Hec mihi collapso número fecit atque.»

Tampoco es la pila que vemos hoy la mencionada por el viajero alemán; la actual está formada por un sencillo estanque de piedra, y su taza es obra primorosa del arte visigótico.

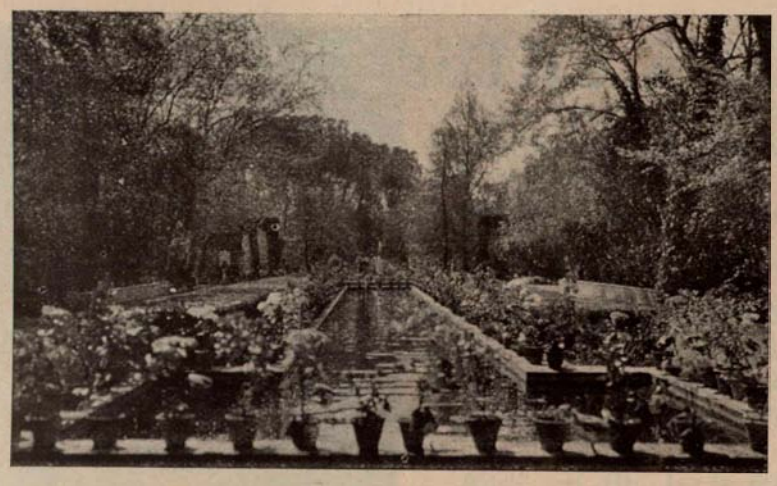
Es la fuente de la gran ciudad mejor enmarcada. En las noches de luna inefables de Sevilla sirve de espejo a la esbelta Giralda, que, presumida y pinturera, se mira en sus aguas.

Sigue en antigüedad la llamada hoy «Pila del Pato», situada en la Alameda de Hércules, el celebérrimo paso sevillano tan admirablemente descrito por el duque de Rivas en uno de sus artículos de costumbres. Estuvo en lo antiguo en la vieja plaza de San Francisco, de donde fué trasladada en 1881. Se hizo en el siglo XVI, y ya Morgado, en 1587, dijo de ella que era «insigne por su altura y galano remate en una muy vistosa figura de bronce sobre un globo de lo mismo».

La vistosa figura de bronce de que habla la primera historia impresa de Sevilla es una obra de arte. La fundió Bartolomé Morel hacia 1570, siendo invención de Pesquera, cuando ya Morel había fundido la que remata y dió nombre a la Giralda.

Esta fuente, como situada en la plaza principal de la ciudad, se arreglaba y se adornaba en los días de grandes fiestas. Así se hizo en 1746, cuando la proclamación de Fernando VI. «El Noble Arte y Colegio de la Platería fué el encargado de su lucimiento—dice un escritor de la época—, y se adornó con tres cuerpos de ajustada arquitectura, con sobrepuesto de plata labrada. Cuatro mascarones vertían por la boca vino blanco y tinto, y en todas ellas se leían poesías castellanas.»

Muchas modificaciones sufrió esta fuente en el correr de



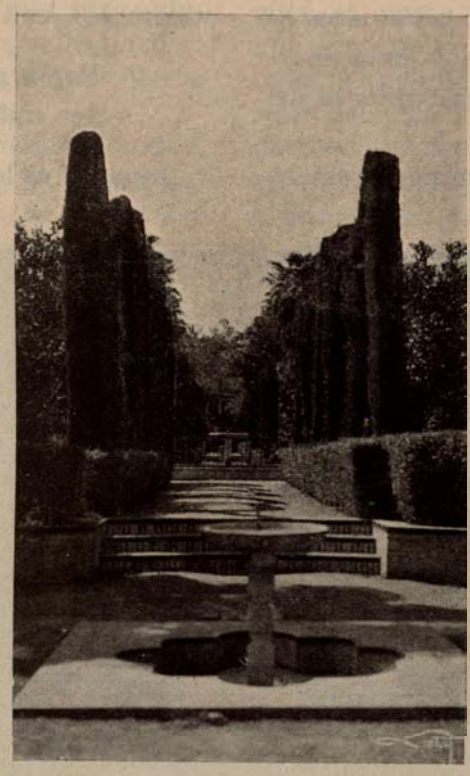
Estanque y fuentes de las ranas, en el parque de María Luisa.

los siglos. En 1715, el Concejo de la ciudad encargó a los hermanos Lorenzo y Juan Fernández de Iglesia hacer, aprovechando parte de los adornos de la fuente, una nueva por el precio de 22.000 reales de vellón. En esta nueva obra se conservó la figura que fundió Morel, la cual debía de «rascar, y limpiar, y dorar de hoja de oro».

Por milagro se conserva esta figura, que es curiosísima. Representa a Mercurio vestido a lo Austria, con el caduceo en la mano izquierda y la espada en la derecha, sobre un globo adornado con guirnaldas del Renacimiento. Esta estatua se encuentra en el centro de un estanque, en los jardines de las Delicias Viejas, y bien merece se le atienda, para evitar su deterioro y ruina, de que empieza a resentirse.

Del siglo XVIII es la «Fuente de la plaza de la Encarnación», mandada hacer en 1720, según reza uno de los letreros que hay en su último cuerpo, para que se colocase en la antigua plaza del mismo nombre. Aunque adolece de mal gusto, tiene grandiosidad, y bien merece un lugar más distinguido que el marcado donde está situada y adonde fué traída en 1861.

Tampoco fué hecha para el lugar en que se alza la bellísima «Fuente de la plaza del Pacífico». Este paseo, construído en el ámbito que ocupó la parroquia de la Magdalena, derribada por los franceses, y en cuyo recinto descansaban los restos de Martínez Montañés, fué abierto al público en 1844; y aunque la fuente de que tratamos tiene la mencionada fecha, que puede equivocar al profano, bien se advierte que aquella fecha no conviene en nada a la época del monumento. La fuente no es toda de la misma época. El pedestal y la primera base, digámoslo así, es de pleno período romántico; la base, propiamente dicha, sobre la que descansa la taza, así como ésta, son de fina labor, a nuestro parecer italiana, del siglo XVI.



Fuente en los jardines del Alcázar.

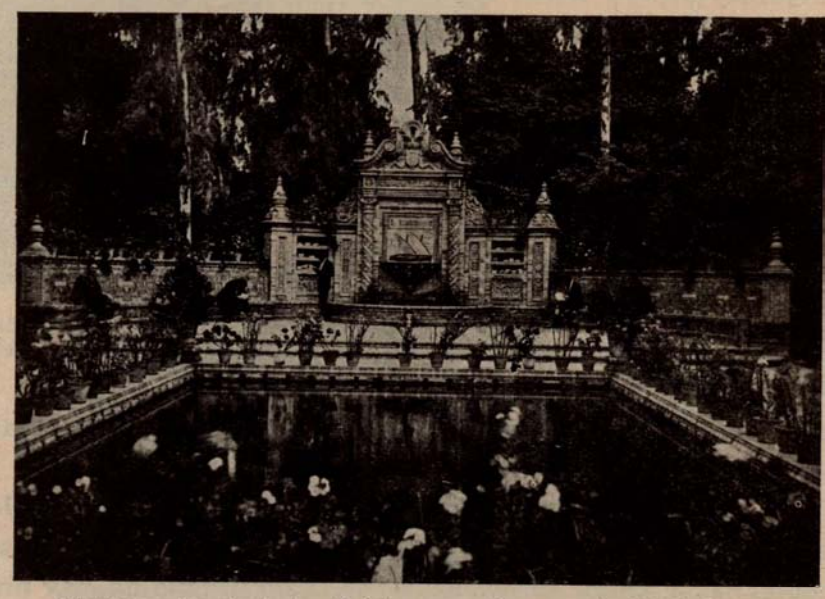
Hay quien asegura que esta fuente estuvo en una de las casas del duque de Alcalá de la Alameda. En papeles que hemos visto en el Archivo municipal consta que en 1845 el Ayuntamiento la tenía en sus almacenes. No hemos podido averiguar su procedencia. La estatuita en que remata se ve a las claras que es un postizo, no obstante la elegancia clásica de la figura. Procede del Museo de Sevilla, de donde fué sacada en 1845.

En su renacimiento actual no podía Sevilla olvidar la tradición de sus fuentes, y así, en sus plazas, paseos y jardines, en su parque maravilloso, no las ha escatimado.

Mención especial merecen dos de ellas: una, debida al creador de los palacios de la Exposición, D. Aníbal González, fabricada con los elementos del más puro estilo sevillano: ladrillos tallados y azulejos, sirviendo de especial asunto la imagen de la Virgen de los Reyes. Fuente exenta, principal ornamento de uno de los parajes más lindos de los jardines de la Exposición.

La otra fuente a que nos referimos se halla adosada a un muro, al de los jardines del Alcázar, fronterizo con los de Catalina de Rivera. Es obra del arquitecto Talavera, el evocador del barroco sevillano. De este estilo es la fuente-monumento dedicado a la insigne sevillana doña Catalina de Rivera, excelsa dama que dió a los pobres sus riquezas y su corazón.

¡Fuentes sevillanas, como la ciudad que os cobija; íntimas y espirituales, aristocráticas, con el señorío que no se puede improvisar, labrado por los siglos y las civilizaciones!



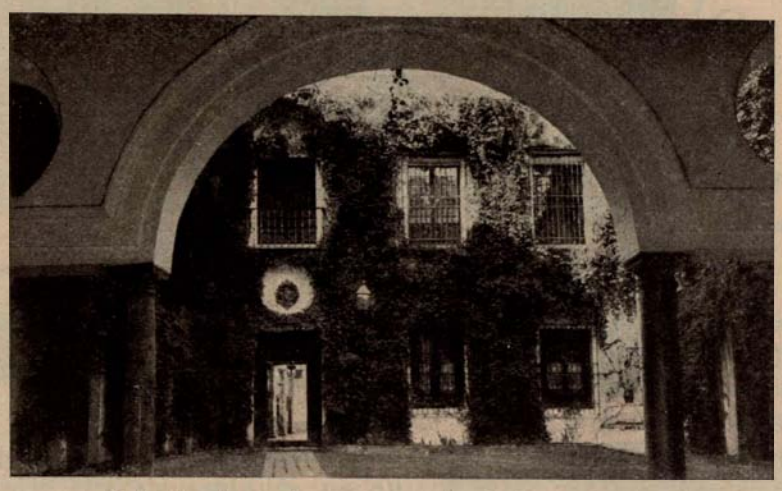
Glorieta y fuente de los Quintero, en el parque de María Luisa.

CONCEPTO DE LA CASA SEVILLANA

por el

Conde de las Torres de Sanchezdalp

Académico C. de la Real Academia de la Historia,
Presidente de la Academia Sevillana de Arte Antiguo.

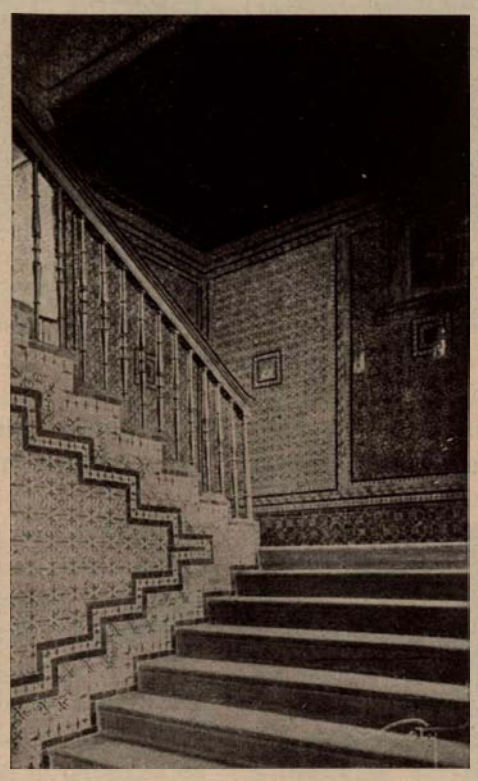


Entrada al palacio de los condes de Santa Coloma.

En la atmósfera transparente de Sevilla—la Ciudad del Sur, que induce los matices de su carácter a toda una región—vive un pueblo armónico y sereno que sabe crear en las diafanidades solares, con gusto y sentido propios, los elementos inconfundibles de su personalidad; con toda vigorosa fuerza expansiva, que logra irradiarlos fuera de sí e imponerlos, sin proponérselo, en la nación, y aun fuera de ella, dondequiera que un espíritu sensible para lo bello logre llevar el cálido estremecimiento cordial de las emociones percibidas como espectador del espectáculo original y sugestivo de la Andalucía íntima, recóndita, verdadera, la que va por la vida lenta e incansable, como las estrellas por el cielo, sosteniendo una ética y una estética profundamente ejemplares.

Una ciudad está constituída por su núcleo urbano, la cintura industrial suburbana y el dilatado contorno rústico; tres elementos que se nutren recíprocamente y forman de consuno el solar de las actividades, los sentimientos y los anhelos de un pueblo armonizado en el deseo de alcanzar las máximas perfecciones de la vida como ofrenda al Supremo Creador. En Andalucía, en Sevilla, este concepto de la ciudad responde a la ley universal que la establece; pero tiene aspectos peculiares, singularísimos, que la dotan de modalidades únicas. Como ciudad rodeada de campos ubérrimos, es la agricultura su firme sostén primordial; es decir, que predomina la actividad del contorno rústico sobre la de los otros elementos, y mientras aquél da la riqueza impusiva, éstos reciben el impulso que les inclina a las manifestaciones suntuosas, desde el monumento subyugante por grandiosidad y belleza, hasta el hogar relicario de las emociones más puras. El campo, actividad, esfuerzo, inteligencia, es el dominio del hombre; el hogar, descanso, ternura, corazón, es el dominio de la mujer; entre ambos puntos extremos, unidos por el sentimiento eterno del amor, se mueve y avanza la humanidad en el cumplimiento de sus designios terrenales.

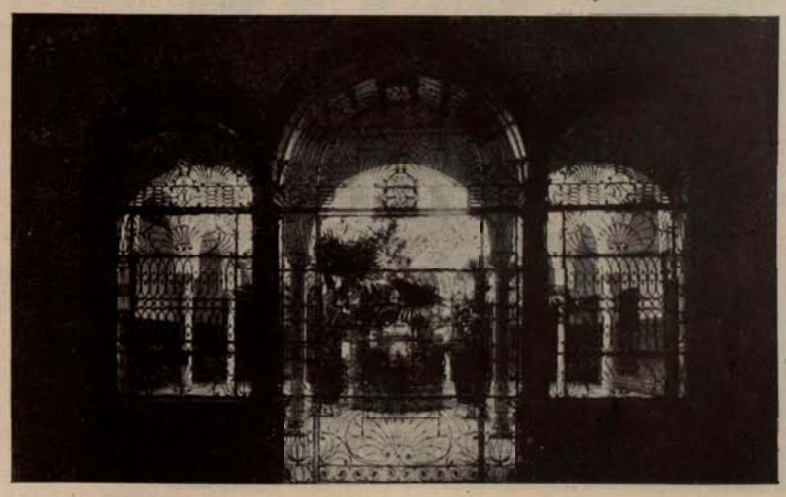
El ciudadano de Sevilla, por su contacto directo con el campo si es labrador, o por percibir del campo los elementos de subsistencia si actúa en la urbe, es un intenso amador de la Naturaleza—el supremo artífice de Dios—, de quien observa y recibe los ejemplos que impulsan su vida. Así para labrar su casa, el reino de la esposa, hace como el pájaro, que para labrar su nido se mueve por el instinto amoroso perpetuador—que en el hombre alcanza a ser sentimiento sublime—reúne musgos y briznas, plumas y barro, y teje sobre una rama el lecho breve y frágil donde la madre habrá de engorar los gérmenes de nuevas vidas fecundas y nuevos sentimientos inefables. El andaluz, el sevillano, edifica la casa para la mujer, para que sea su reino y su dominio, para que ella tenga un ambiente propicio al desarrollo franco y amplio de sus virtudes, como madre, si logra serlo, o como consuelo de los desamparados si sus medios económicos le permiten acudir, solícita y caritativa, a restañar con sus propias manos las heridas del infortunio y hacer que entre los que tienen hambre y frío haya menos frío y menos hambre.



Escalera de la Casa de Pilatos.

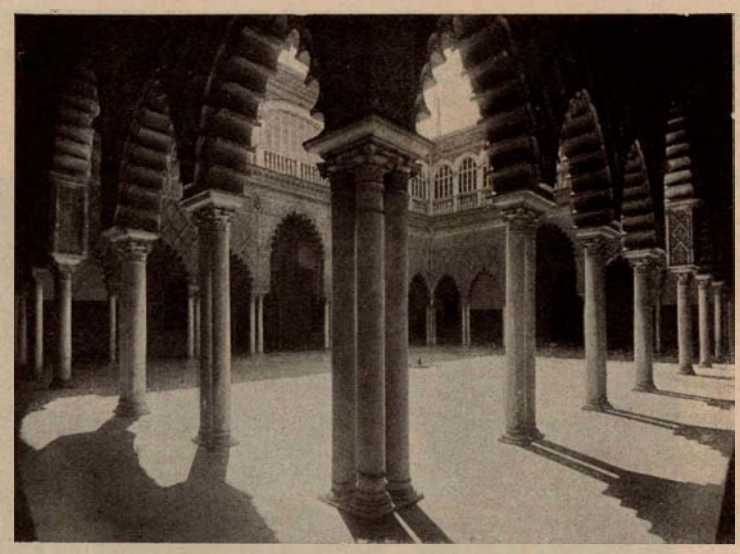
Sevilla es una ciudad hembra porque sus casas están hechas para las hembras, para que sean su reino y su dominio; y es una ciudad íntima y recatada, que no se entrega inmediatamente a la avidez de las miradas extrañas; por toda ella está llena de la gracia de la mujer, reina y señora de la casa, de la que no sale más que lo preciso, no ya por inclinación atávica del sentimiento árabe, como sostienen los observadores que no se quisieron molestar en adentrarse en el alma de Sevilla, sino porque tiene mucho que hacer en el hogar para evitar que deje de serlo y para conservar en él toda belleza y toda fragancia de la casa española, ejemplo perenne de la vida hogareña.

La casa sevillana no ofrece exteriormente signos ornamentales lujosos. Ahora, cuando las exigencias del ornato urbano han exigido que se contribuya a la belleza externa para mejorar las perspectivas y los planos, se ha adornado un poco; pero por fuera, la característica peculiar es la elegancia de líneas y la sobriedad decorativa. Y por dentro, todo lo que es digno



Triple cancela de una casa sevillana. (Fotos Loty.)

Patio del Palacio de las Dueñas.



Patio de la casa de Pilatos.

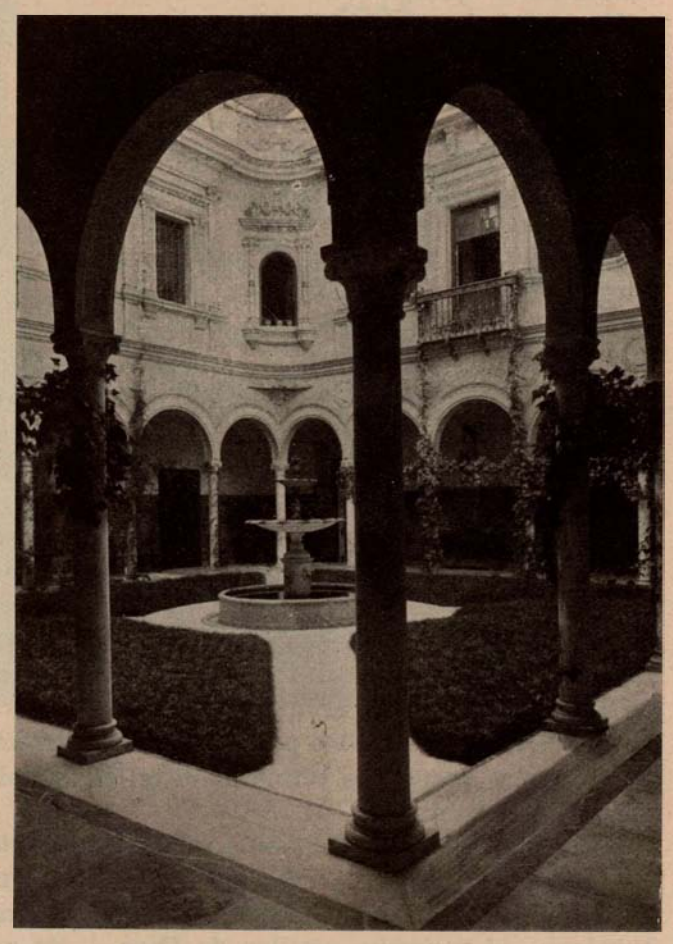
de la mujer y de la familia como institución fundamental; la mansión señoril, como la casa humilde, ofrecen idéntico afán embellecedor; la primera, acumulando riquezas y encantos; la segunda, sacando de la sencillez y la limpieza atractivos amables; y ambas, armonizándose en los sentimientos de amor y virtud.

Nada es superfluo en la casa rica, porque el lujo verdadero es signo de riqueza y de potencialidad, y estos factores son útiles a todos, siempre que estén constantemente en rotación activa de trabajo y beneficios para la colectividad. En este aspecto, la casa sevillana responde a un sentido social humano, del mismo modo que sostiene el tono artístico fomentador de los

Patio del Alcázar de Sevilla.

dones espirituales que Dios pone en el alma de sus criaturas. También la sobriedad de la casa modesta es el elemento de contraste que hace resaltar la grandiosidad monumental. Pero ambas están igualadas aquí por el mismo sentimiento vivo e inextinguible de exaltar a la mujer. El hombre pone en esta bella misión toda su voluntad hermosa y heroica, para realizar su obra, la obra de su vida—a la vez ética y estética—, obra propia y plena, que brota natural y espontáneamente, como una flor, del misterioso acoplamiento del ambiente y de los sentimientos, para poner en la ciudad el perfume de la belleza por la cual va Sevilla, lenta e incansable, como las estrellas por el cielo, hacia la eternidad.

Patio del palacio de los Condes de Sanchezdalp.



Patio del palacio del Marqués de Aracena.

La Real Maestranza de Caballería de Sevilla

por el

Marqués de Esquibel

Secretario de la misma.

Gloriosísima es en su origen esta noble Corporación hispalense, pues arranca de los mismos días de la admirable reconquista de la ciudad, hazañosa proeza realizada por el invicto San Fernando en el memorable día 23 de noviembre del año de gracia de 1248; repartió el generoso Rey conquistador el solar de Sevilla y sus fértiles campiñas a los bravos mesnaderos que, venidos de diferentes regiones ya libres del azote de la morisma, compartieron con él los azares y trabajos del asedio, y desde aquel mismo día los fuertes y valerosos caballeros conquistadores no quisieron dormir en sus laureles, ejercitándose a diario en militares ejercicios, en lizas y torneos, en lidiar toros, costumbre recibida de los moros, para estar así diestros y preparados para guerrear con la morisma que rodeaba la plaza recién conquistada.

No podían prescindir los caballeros de su condición de fervorosos cristianos, y así se agruparon para fundar un Hospital que existió hasta el siglo XVI en la antigua calle de Castro, hoy dicha de Fernández y González, y al mismo tiempo constituyeron una Cofradía o Hermandad caballerosa, en honra y obsequio del glorioso mártir y Rey sevillano San Hermenegildo, asentándola, como en su lugar propio, en el mismo torreón pegado al lienzo de la antigua muralla, junto a la puerta de Córdoba, en el que estuvo preso y derramó su noble sangre el esforzado hijo de Leovigildo.

Junto a aquel torreón, santa reliquia, hoy convertido en templo, hicieron los caballeros—dice nuestro analista Alonso Morgado—«una tela armada continuamente, donde se juntaban todos los más de los días a justa y carrera y como haciendo cuerpo de guardia a su Sagrado Santuario, bañado con la sangre de un Príncipe de España, Mártir de Jesucristo y Patrono de esta ciudad»; tal es el origen de la Cofradía caballerosa de San Hermenegildo, que atravesó en el decurso de los siglos vicisitudes diversas, y de cuyas «preciadas cenizas» nació, en 1670, esta Real Maestranza, según se dice en sus primitivas reglas.

Historia nobilísima la de estos caballeros, que no se contentaban con justar lanzas y lidiar toros en la plaza que para ello armaron en los campos de Tablada, allá por los años medios del siglo XV, sino que, animosos y preparados para la guerra, son ellos los que en 1255 ganaron a Jerez, Arcos y Lebrija, y en 1264 recobran la primera ciudad que se entregó antes al enemigo y rescatan a Rota, Vejer, Medina-Sidonia y Puerto de Santa María; en 1278 ponen sitio a la inexpugnable Algeciras, y vencen en cien combates, haciendo morder el polvo a la morisma.

Ellos son los únicos leales a Alfonso X el Sabio, conquistando para Sevilla el glorioso lema: NO 8 DO, después de derrotar en Guadajoz al desleal Sancho el Bravo; ellos acuden y ayudan a vencer a los moros en Ximena, en Alhama, en Ronda, Loja, Málaga, Baza, Almería y Guadix; ellos son, finalmente, los que en días gloriosos prestan eficaz auxilio a los Reyes Fernando e Isabel en la victoriosa conquista del último baluarte sarraceno, refugiado entre los estrechos muros de Granada, la bella; ellos saben sacrificarse a las dificultades de la lucha con los traidores moriscos; ellos, en nuestros días, los que dieron sus vidas, sus caudales y sus sobrehumanos alientos a la gloriosa epopeya de nuestra independencia.

Gloriosa historia la de estos caballeros sevillanos, de los que es la Maestranza «representante genuina y guardadora única de los nombres y tradiciones de la gloriosa nobleza de esta ciudad».

Separóse en 1670 la Corporación de la Hermandad de San Hermenegildo, organizada en aquellos días como cofradía exclusivamente religiosa por el presbítero D. Cristóbal Suárez, benemérito sevillano, y entonces adoptó por Patrona la Maestranza a Nuestra Señora del Rosario y escribió sus primeras constituciones, sin que pueda confundirse con la Hermandad existente en el convento de Regina Angelorum, de Padres Dominicos, advocada a la misma Señora del Rosario, si bien existió estrecha unión entre ambas entidades distintas.

Celebérrimos fueron las fiestas de cañas, los torneos y regocijos organizados con ocasión de la venida a Sevilla de Reales personas por esta Maestranza, ni cabe su descripción en estas breves líneas ni es preciso hacerla, ya que están extensamente descritos en varias eruditas obras, entre ellas en el «Historial de fiestas y donativos», publicado por el malogrado secretario de esta Corporación, D. Pedro de León y Manjón, marqués del Valle de la Reina; baste decir que en ellas lució su destreza lo más rancio y escogido de la nobleza andaluza, que elevó la fama de nuestra ciudad a una inconmensurable altura.

Pasados los años, cambiadas las costumbres, no cambió, sin embargo, el carácter genuino de la Real Maestranza de Caballería sevillana, cuyo espíritu está condensado en este lema: FIRMEMENTE MONÁRQUICA, VIVAMENTE PIADOSA Y GENEROSAMENTE BIENHECHORA; adherida a sus Reyes, hermanos mayores por Real concesión de S. M. el Rey Fernando VII, y anteriormente, desde 1730, de sangre real, dispuesto así para su mayor realce por S. M. el Rey Don Felipe V, por ellos y para ellos viven; fervorosa en el amor a Nuestra Señora del Rosario, a ella consagra anuales cultos; y deseosa de servir a la Patria, haciendo bien al pobre y desvalido, funda escuelas como las del barrio de la Macarena y las de Triana, para niños y niñas, hijos de obreros; sostiene a sus expensas tiendas-asilos, donde encuentra el necesitado sano alimento; cooperan, en fin, de mil modos diversos, a cuantas empresas patrióticas, caritativas y beneficiosas solicitan su concurso eficacísimo y se proyectan en la capital de Andalucía, destinando a tan nobles fines las rentas que produce la Plaza de Toros, hermosa edificación sevillana propiedad de esta Corporación benemérita.

Tal es, a grandes rasgos, la historia y la vida de esta Real Maestranza, cuna de las más legítimas glorias de que se siente orgullosa Sevilla.

CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO, INDUSTRIA Y NAVEGACIÓN

SEVILLA

La representación oficial de los elementos mercantiles, industriales y nautas de Sevilla y su provincia la ostenta la Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación.

Nacidas las Cámaras de Comercio e Industrias en virtud del Real Decreto del año 1886, que las instituyó por vez primera, la Cámara de Sevilla fué de las que más pronto se constituyeron y organizaron, y desde aquella remota fecha constantemente dedicó su actividad a la defensa de los intereses que se le tenían encomendados.

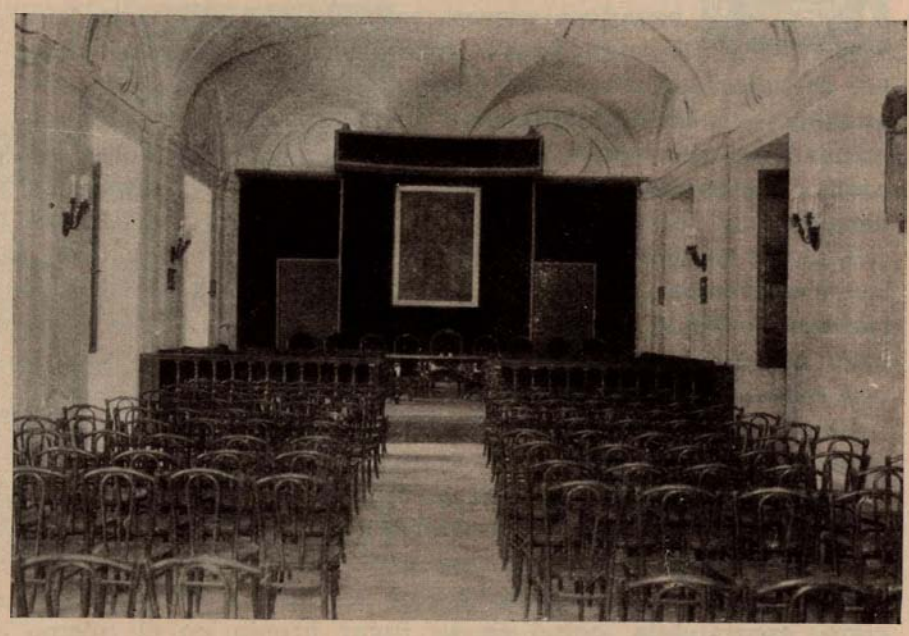
Consta la Cámara de un presidente, 40 vocales, 13 miembros cooperadores y un secretario general.

La Mesa de la Cámara, después de la última renovación trienal, ha quedado constituída en la forma siguiente:

Presidente, Excmo. Sr. D. Nicolás Díaz Molero; vice primero, ilustrísimo Sr. D. Manuel Velasco de Pando; tesorero, D. Emilio García Junco; contador, D. José Gallardo Melero, y secretario general, don Fermín Díaz de Urmeneta.

La Corporación está dividida en tres secciones: de Comercio, presidida por el Excmo Sr. D. Pedro F. Palacios y Labraña; de Industria, que preside el Excmo. Sr. D. Juan María Moreno Rodríguez, y de Navegación, por el ilustre naviero Excmo. Sr. D. José María de Ibarra y Gómez.

El Sr. Díaz Molero ha llegado a la presidencia de la Corporación en uno de los más críticos momentos y de mayor actividad de la Cámara, que se prepara a recibir a las representaciones del comercio e industria de lejanos países que han de visitarla durante el transcurso de la Exposición Ibero-Americana, por ser el laboratorio de la industria y del comercio de Sevilla. A ella ha dedicado el presidente toda su actividad y su mayor cariño y ha conseguido no sólo continuar la gloriosa tradición de este organismo, sino, además, que hoy se la considere como una de las Cámaras más importantes de España.



El estar desempeñando la Alcaldía de la ciudad en uno de los momentos de más trascendencia para la misma no ha sido obstáculo para que continúe desempeñando la presidencia, y a la Cámara de Comercio consagra el tiempo que le resta después de la jornada municipal, siendo auxiliado en el desempeño de su cargo por el ilustre ingeniero y director de uno de los más importantes centros fabriles de Sevilla, el Ilmo. Sr. D. Manuel Velasco de Pando, que ocupa la primera vicepresidencia.

La labor que en la pasada anualidad desarrolló la Cámara de Sevilla requiere para su sola enumeración varias páginas. Entre los asuntos de más importancia y en los cuales ha intervenido figuran: Informaciones sobre Códigos de comercio y trabajo, aranceles, aduanas, depósito franco, legislación social, arrendamientos mercantiles, leyes fiscales, enseñanza industrial, etc., etc.

En el pasado año tuvo el honor de ser visitada por los excelentísimos señores ministro de Trabajo y Marina, ministro de Finlandia en España y subdirectores de Comercio e Industria.

Sevilla, la ciudad de la Gracia, la de los jardines de ensueño y de la riente y esbelta Giralda, trabaja y fecunda su trabajo con la alegría de los elementos obreros y patronales, produciendo ríos de oro que dimanan de su industria, como lo atestigua el tráfico en los nuevos muelles del puerto de la ciudad.

Como complemento de los datos que anteceden diremos que en la metrópoli mercantil e industrial de Andalucía el movimiento global de mercancías en la anualidad de 1926 y en el puerto fué de 1.110.525.979 kilogramos; que entraron en el puerto 1.800 buques de vapor y 83 de vela, y hubo un movimiento de 50.000 vagones.

ITÁLICA

POR

EL CONDE DE AGUIAR

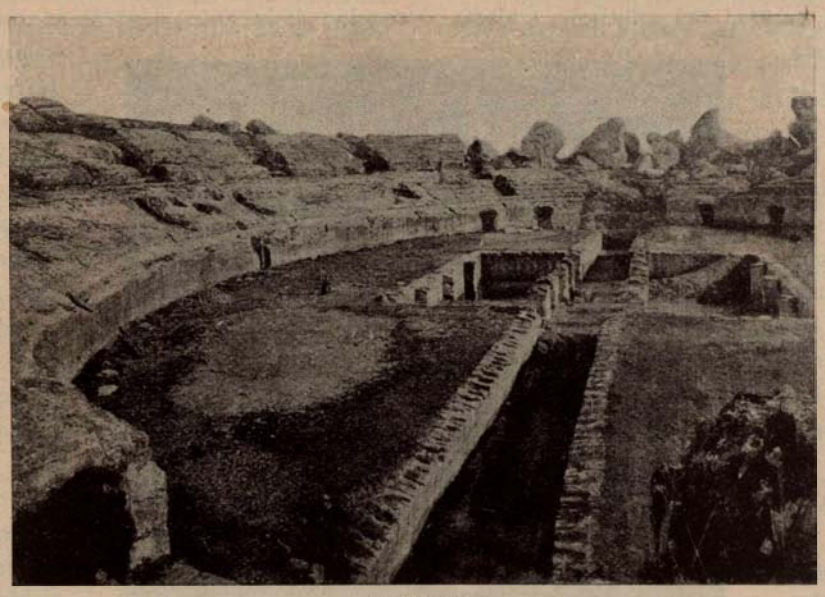
DELEGADO EXCAVADOR

Nombre aun nebuloso, pero lleno de recuerdos históricos, de arte refinadísimo y de ciudad esplendorosa. Por lo descubierto, diseminado por los Museos del mundo, particulares y entidades religiosas y civiles, se puede fácilmente colegir lo que sería la ciudad aristocrática y elegante construída por aquel pueblo rey, lleno de refinamientos y buen gusto.

Sólo dos objetos bastarían para demostrarlo: una espléndida escultura, obra maestra del hombre, el Mercurio depositado en nuestro Museo provincial, y un gran trozo de mosaico de la mejor época neroniana, construído con mármoles de Italia y de un trazo correcto y fino; además, sólo los nacimientos de los tres grandes emperadores Trajano, Adriano y Teodosio es suficiente para comprender el estado perfecto de civilización de esa ciudad, que por estar en los alrededoresde Sevilla podemos llamarla nuestra.

En los años 1856 al 57 empezaron los primeros trabajos de excavaciones.

Indudablemente, la parte más monumental e importante de la población debe de hallarse en el montículo donde se asienta en la actualidad el pueblo de Santiponce, por los hallazgos del templo de Diana, el inolvidable de Mercurio por los mosaicos allí hallados, por la proximidad de las termas y por su situación elevada, dominadora de la fertilísima vega (que cual otra Orotava debía ser paraíso terrenal) y por dominar la cuenca del Guadalquivir y sus afluentes las riberas de Huelva y Cala, que bañan el muelle italicense y se reunían en aquellas proximidades al río grande, que debió llamarse grande, más que por su anchura, por su belleza, pues desde la sierra de Cazorla, su mágica cuna, hasta su desaparición en el mar, dejando tras sí cual estela de amor y recuerdo, aquellos verdes pinares que rodean a Bonanza, es hermosísimo.



Anfiteatro

Lástima grande es no poder contar con fondos suficientes para sin levantar cabeza poder dejar al descubierto ese tesoro artístico interesantísimo (la ciudad italicense), puesto que haría revivir la vida de aquellos afortunados patricios que tanto gozaban de la vida artística y señorial.

Increíble es haber llegado al siglo XX consintiendo esta desidia. ¡Qué otro espectáculo podríamos ofrecer al inteligente turista y al estudioso español presentándole otra Numancia, pero rica, fastuosa y llena de arte; por lo menos le haríamos conocer el plano de aquella ciudad de Itálica, entre jardines y arboledas, cipreses, pinos, laureles y rosales! ¡Qué bellos paseos para los sevillanos y qué hermoso sería en esas tardes apacibles de primavera soñar entre aquellas ruinas las civilizaciones que se fueron y que, cual genio grande, nos legaron restos que nos hagan apreciar la altura que alcanzaron!

Aparte de las ruinas de las termas, el edificio mejor conservado que ha llegado a nuestros tiempos es el grandioso anfiteatro, cuarto de los conocidos por su extensión.

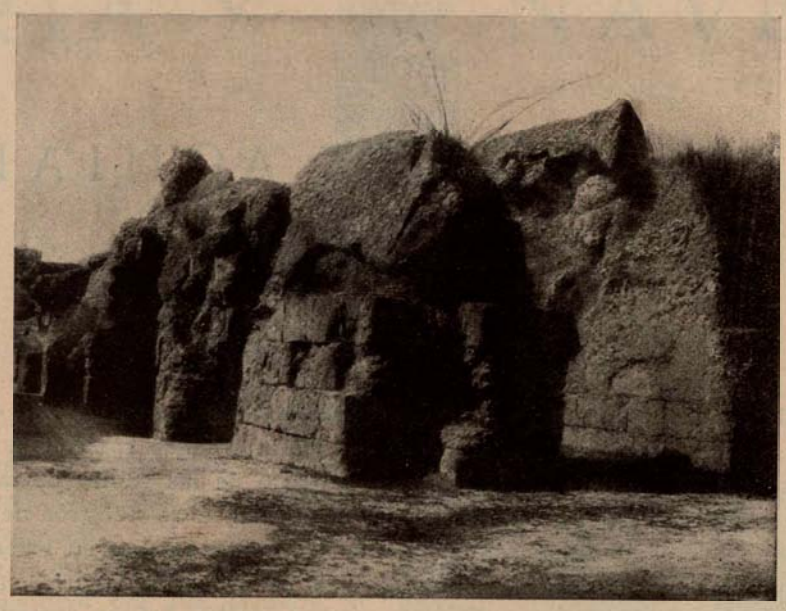
De este soberbio edificio, cuya fachada norte tiene gran semejanza con el célebre Coliseo romano, construída, como aquél, con sillares de piedra, desgraciadamente sólo se conservan unos cuantos metros de altura de su edificación. Su ingreso principal era suntuoso, formado con arcos consecutivos, cinco, que menguando correlativamente debían dar la sensación de mucha más profundidad. El suelo de esta galería de entrada está formado por grandes losas de piedra; en algunas de ellas se observan signos que debieron servir para juegos diversos, y en otras, dibujos toscamente hechos, representando venados, perros y algunos felinos difíciles de clasificar. En el trayecto de esta galería se ven seis claraboyas que daban luz a la galería inferior, protegidas por rejas de hierro. La gran puerta que daba acceso a la arena, cerrada por grandes cancelas cuyos goznes se observan. En esta galería hay cinco huecos a cada lado; el primero de la derecha da acceso a una pequeña estancia, de la cual podían verse perfectamente el encierro de las fieras, gladiadores, personal de juegos, monterías y hasta mártires. La segunda y tercera puerta daban entrada a una sala que por su dimensión, suelo de mármoles y algunos vestigios de estuco rojo estilo pompeyano, debió ser sala de reuniones y esparcimientos. En el suelo se observa el emplazamiento de un pedestal que debió sostener alguna divinidad, puesto que junto a su base se ven piedras votivas, probablemente de peregrinos que debían venir de lejanas tierras; en la planta baja del edificio se observan repetidas veces estas mismas piedras labradas con plantas de pies y letreros con los nombres de los donantes, todos ellos toscamente hechos.

La cuarta puerta da a una galería que comunica las dos grandes galerías paralelas, y una escalera que subía al «podium». La quinta puerta daba acceso a otra pequeña sala, cuya bóveda se conserva, y que daba paso a la galería circular a la arena y al servicio de los dependientes de las fiestas, y a una galería hermosa y bien conservada, paralela a la de ingreso, que unía la galería que acabamos de referir, a la que conducía al campo exterior, que eran cuatro, dos a cada lado de las fachadas del anfiteatro. Este edificio italicense conserva los ingresos desde el campo al interior del Anfiteatro, y ocultando a la vista del público los componentes de la fiesta, por estar dichas galerías cerradas por bóvedas, por ellas se ingresaba al interior del Anfiteatro,

desconocido para mí en otros edificios similares que conozco, como los de Roma, Pompeya y Arlés.

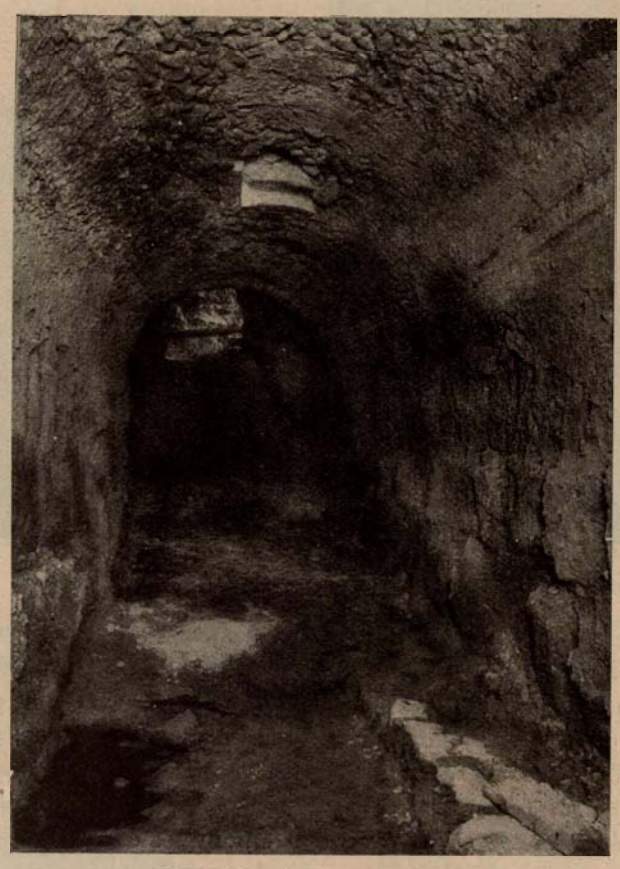
Ingresando en la arena, se observan los detalles de riquezas inusitadas, pues además de estar revestidos los muros de grandes planchas de mármoles, sus diez puertas debieron de estar adornadas con ricos frontispicios con motivos arquitectónicos y figuras. Todas conservan los mismos huecos y dimensiones, por lo que puede suponerse que fueran similares.

Otra particularidad tiene este anfiteatro en su arena, y es la elevación, que el centro que forma la fosa o escenario está a un metro sobre el nivel de los muros de la arena en plano inclinado, lo que debía de darle un aspecto de grandiosidad; esta fosa, recubierta por emparrillado de madera y tablazón y recubierta a su vez por arena, y a veces éstas coloreadas de azul, rojo o amarillo... Unas compuertas que seguramente existieron daban paso a las fieras y al personal al centro de la arena; el hallazgo en las galerías inferiores de colmillos de jabalíes y cuernos de venados deja presumir que uno de los espectáculos frecuentes sería los simulacros de monterías que, ayudados de los perros y provistos de lanzas y cuchillos, darían fin a esos bravos reyes de la próxima sierra.



Ingreso al Coliseo.

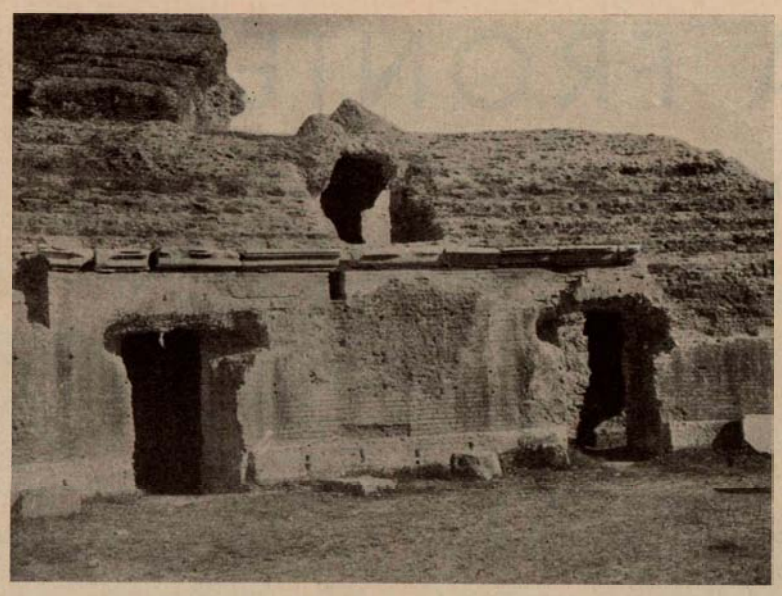
A esta fosa central se entraba desde el campo, como ya hemos dicho, por cuatro galerías cubiertas que al ingresar en el edificio bajaban por rampas abovedadas a una galería central del subsuelo, galería que directamente conducía a la fosa. Ésta está dividida en tres galerías o compartimientos: la central, además del servicio que prestaba, servía para desagüe de los baldeos de limpieza y de las aguas llovidas, que por una atarjea grande y profunda llevaba las aguas a la galería central, donde, al llegar a este lugar, se dividía en una a cada lado del peatón, y por hueco labrado en su fin, caían las aguas a otras cloacas más bajas, donde, por uno de los lados del peatón, corrían sus aguas, y más adelante, por una atarjea por el centro de la galería (desgraciadamente rota al construir la carretera de Mérida).



Entrada a la fosa central.

Volviendo a la fosa central, las dos galerías o salas divididas entre sí por ocho grandes pilares de ladrillos, que servían de sostén al emparrillado superior, tiene su suelo revestido de grandes losetas de barro cocido, y en el suelo se advierten los ocho espacios que ocupan los jaulones; las seis primeras, tres a cada lado, tienen el suelo completamente destrozado; se conoce que servían para animales de pezuña dura, y las otras dos, más pequeñas y cuyos suelos se conservan bien, servirían para los felinos. Volviendo al centro del Anfiteatro, en su parte superior, y entrando por el lado derecho y atravesando la galería circular de servicio al personal del edificio, para lo que tenía veintiséis troneras o mirillas, por las que podían seguir perfectamente las fases del festejo, se llega a una estancia de descanso que debió de estar ricamente decorada, se observa una gran hornacina que debió cobijar una colosal estatua; de esta sala parten dos escaleras laterales que conducen al palco presidencial, frontero a otro igual en la parte estrecha de la elíptica. A derecha e izquierda de estos palcos se encuentra el «podium», lugar destinado a la clase más elevada y resguardado por una baranda de bronce seguramente; en los sillares que forman el suelo de este «podium» se conservan las huellas de las grapas que las unían, así como huecos de los pilares que sostenían la baranda. En estos sillares o losas se ven grabados nombres que quizás fueron de los propietarios de esos lugares, y en uno está tachado el nombre. ¿Sería debido al cambio de propietario? A las gradas superiores se entra por grandes escaleras que daban al exterior del edificio. La última grada, reservada al pueblo, y cuyo ingreso era por la cima de los montículos que apresaban el Anfiteatro; fundamos este parecer en la absoluta carencia de ingresos exteriores a estas gradas o cabeas, y teniendo, por lo tanto, solamente dos trozos de fachada norte y sur. El egoísmo de aquellos patricios altivos, que no querían tener contacto alguno con sus inferiores, quizás sería el motivo de este aislamiento. Otra portada igual y frontera a la descrita unía por una gran vía el anfiteatro a la ciudad. El anfiteatro estaba dividido en sus dependencias en cuatro partes exactamente iguales, dos correspondientes a cada una de las fachadas.

En el año 1925 descubrí casualmente parte de una vía romana en bastante buen estado de conservación, próxima al anfiteatro y en dirección de levante; desgraciadamente por la falta de fondos y encontrar resistencia en los poseedores de aquellos terrenos, no pude seguir en mis investigaciones emprendidas con tanto entusiasmo hace tres años,y que me han llevado a descubrir una gran extensión de aquella vía, o trozos, conservando su clásico empedrado de losas grandes y de desigual talla, pero perfectamente acopladas, y parte en la que el lucro de los vecinos había arrancado con objeto de convertirlas en cal y en aprovechamiento de sus viviendas; esta vía, que tiene un ancho de siete metros, ofrece la particularidad de tener unos postes de ladrillo equidistantes en las orillas de la vía y que, a mi parecer, debieron sostener columnas de piedras (he hallado sobre uno de ellos una base y un fuste de columna), y entre esta serie de bases y las casas, un terreno vacío que debió servir de acera cubierta; esta vía, que se dirige hacia la vega, se cruza con otra perpendicular a ella y que se dirige al actual pueblo de Santiponce; en esta calle se repiten los mismos postes o pilares de ladrillo en la misma forma que en la anterior vía. En ella hemos descubierto la planta baja de una casa patricia de gran lujo; se conserva su dintel de entrada, de mármol, y en lo que fué su interior, cuatro salas con suelos de preciosos mosaicos. Un precioso capitel de mármol blanco, muy curioso por su tallado, que parece datar del segundo o tercer siglo de nuestra era, en perfecto estado de conservación; un fuste de columna de mármol, rota por su parte media, y tres bases igualmente de mármol, situada sobre un muro de 0,70 de altura y que parece debió ser parte del atrio o logia, sobre un jardín,y un grupo de mármol mutilado figurando la lucha de dos fieras y que debió de pertenecer a una fuente.



Dos de las diez puertas que se conservan.

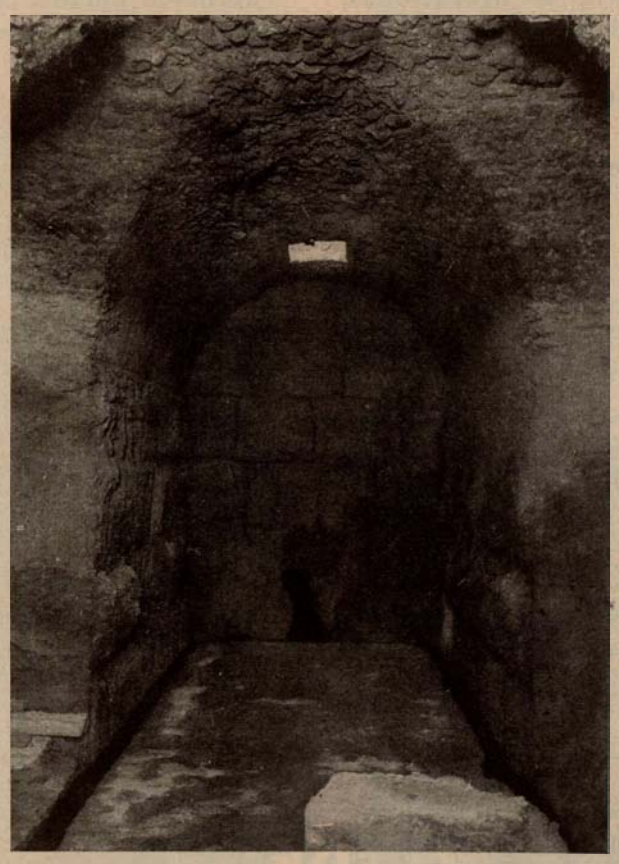
Espacio reservado a los jaulones.

Promesas recientes de envío de nuevos fondos por la Junta Superior de Excavaciones me llena de gozo y me hacen tener la esperanza o casi la certidumbre de hallazgos interesantísimos.

Mi pluma es tan deficiente que dudo haber sido lo bastante explícito para dar a mis lectores una idea aproximada del fausto grandioso y gusto refinadísimo de aquellos grandes señores que fueron.

A un kilómetro de la población italicense, y situado en otro montículo fuera de la ciudad, existe un edificio soberbio de correctas y grandiosas líneas, compuesto en su estructura por un conjunto de edificios de diferentes épocas y dedicado a casa conventual de los padres Jerónimos, llamado San Isidro del Campo. Dudo si bajo su suelo habrá restos de algún edificio romano, por ejemplo, fortaleza de defensa de la ciudad, cuarteles, etc., y otra parte del edificio, del siglo XV, fundación de aquel Guzmán apellidado el Bueno por la heroica defensa de Tarifa. Los bajosrrelieves y traza del altar mayor, atribuídos con razón a Montañés, y en los laterales de dicho altar en hornacinas las figuras orantes del célebre Guzmán y su esposa, cuyas esculturas, de gran mérito, talladas en madera y policromadas, para mi gusto unas de las más hermosas que conozco, atribuídas con razón al mismo célebre Montañés. En su nave principal hay una bonita sillería y un monumental facistol, gracioso como todo lo del siglo XVIII.

Hay una segunda nave adosada a ésta; en ella hay varias tumbas de la familia Guzmán; entre ellas una modernamente hecha de la familia de los marqueses de Martorell, patronos actuales de la fundación. Entre estas tumbas hay una muy interesante, que me atrae y me encanta, a la que contemplo siempre con cariño; se trata de la tumba de doña Urraca de Ossorio de Lara, por su matrimonio una Guzmán, señora muy principal de Sevilla, que por seguir, como sus allegados, el bando de Trastamara, D. Pedro I de Castilla mandó quemar en sitio tan público como la Alameda de Hércules, «por le quitar los tesoros e riquezas»; y cuando las llamas que la envolvían, quemando sus ropas y dejando al descubierto su honestísimo cuerpo, su doncella, doña Leonor Dávalos, que hasta el suplicio la acompañó, al ver que su desnudez ofendía tanto al honor de su señora y al suyo propio, subió al cadalso, cubrió con su cuerpo la desnudez de su señora, se abrazó a ella para cubrirla, pereciendo ambas entre el fuego impío, reuniendo de este modo para siempre sus cenizas, rasgo heroico y muy poco frecuente en la historia; por eso en la tumba de doña Urraca existe a sus pies en situación de cobijarla, pequeñita (quizás para indicar la diferencia de alcurnia), la figura de doña Leonor; las enterraron juntas, como era justo, y qué poco se ha hecho en honor de esa verdadera heroína.



Atarjeas de desagüe.

Se dice que en la cripta de la iglesia reposan los restos del fundador. Contiguo a la iglesia hay una hermosa sacristía y dos patios de carácter mudéjar; el más pequeño tiene a modo de zócalos pinturas del siglo XV representando santos, monjes, escudos y figuras geométricas, de una fineza y corrección de dibujo tal, que bien pueden atribuirse a un verdadero maestro de su época. En sus muros se ven unos frescos, desgraciadamente mutilados, pero de un interés grandísimo, según el juicio del muy erudito Sr. Tormo, a quien tuve la dicha de acompañar en una de sus visitas a esta población.

Y termino acusando mi atrevimiento de relatar mis impresiones en estas pobres palabras.

Sevilla, 1928.

MORÓN DE LA FRONTERA

ALTITUD: 220 METROS

CABEZA DE PARTIDO JUDICIAL

Habitantes: 20.661

PRESUPUESTOS MUNICIPALES

Ordinario . . . . . 920.000 ptas.

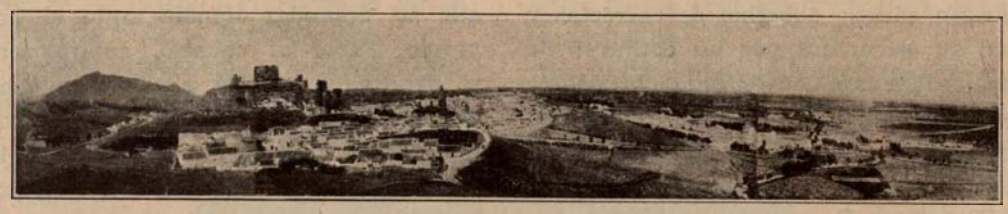
Extraordinario . . . 1.000.000 ptas.

SU RIQUEZA

Morón de la Frontera, la hermosa ciudad sevillana, es casi el primer centro olivarero de la región andaluza, teniendo sus aceites una pureza extraordinaria, debida al gran esmero con que son elaborados.

Tiene un comercio extenso y lujoso, al que acuden a realizar sus compras gran número de pueblos circundantes, de los que Morón resulta como la capitalidad.

Su importancia industrial es extraordinaria. La principal producción, el cemento, es realizada en una fábrica moderna de proporciones enormes. Hay también numerosas industrias de materiales de construcción, una importantísima fábrica de harinas, así como numerosas alfarerías y canteras.



Vista panorámica de la ciudad, con su centenario castillo y la gran mole de la Sierra al fondo, límite de la serranía, a lo que Morón debe el sobrenombre de frontera, por haberlo sido en las luchas entre árabes y cristianos.

Los más importantes Bancos de la nación tienen establecidas sucursales, verificando un número extraordinario de operaciones, prueba de la intensa vida comercial e industrial.

SU ASPECTO URBANO

El aspecto de la ciudad es «urbano» en el sentido técnico de la palabra. Sus principales vías y plazas, bien pavimentadas, tienen tal ajetreo y animación, que puede con el vulgo decirse que Morón es «una ciudad alegre».

Está la población toda dotada de conducciones de agua potable y una red completa de alcantarillado. El servicio de limpieza pública es atendido exclusivamente por el Municipio por medio de carros adecuados.

La Guardia municipal, disciplinada por el sometimiento a un severo reglamento, vela incesantemente de noche y día por la observancia de las Ordenanzas municipales y mantiene los recíprocos respetos en la vía pública.

Al amparo de la nueva y autonómica legislación municipal, el presupuesto del Ayuntamiento ha sido dotado en la medida precisa para realizar gran número de cosas que en los pueblos antes parecían irrealizables.

Se han construído Grupos escolares soleados y amplios, cuartel de la Guardia civil, casas para maestros, y se va a comenzar la construcción de un Liceo municipal con sala de espectáculos, así como varios ensanches, al objeto de regularizar la circulación rodada por la vía pública, pues Morón cuenta con una matrícula aproximada de 150 automóviles.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Parten de la ciudad numerosas carreteras que la ponen en comunicación principalmente con las provincias de Cádiz, Granada, Sevilla y Málaga.

De Sevilla la separan por carretera 63 kilómetros, siendo el camino excelente y pintoresco y habiendo un buen servicio de autobuses por mañana y tarde que realizan el recorrido en menos de dos horas.

También cuenta con línea de ferrocarril que hace el recorrido de Morón a Sevilla, o viceversa, en dos horas y media, habiendo tres trenes de viajeros diarios de ida y otros tres de vuelta, los cuales tienen enlace para Granada, Córdoba, Cádiz y otras poblaciones, en las estaciones de Empalme de Morón y Utrera.

TESORO ARTÍSTICO

En el tesoro artístico de Morón podemos enumerar, entre otras, la magnífica iglesia de San Miguel, de estilo gótico, y la portada de la Compañía, del más puro plateresco, a más de varias interesantes fachadas de casas particulares.

En la Exposición Ibero-Americana figuran numerosos objetos expuestos en los pabellones de Arte Antiguo y Bellas Artes: la monumental Custodia de plata de la iglesia de San Miguel, que causará seguramente admiración; un pergamino, privilegio concedido por Alfonso X a la ciudad de Morón; objetos sagrados artísticos y joyas pictóricas de gran valor.

CIGARETTES LAURENS

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CARMONA

LA

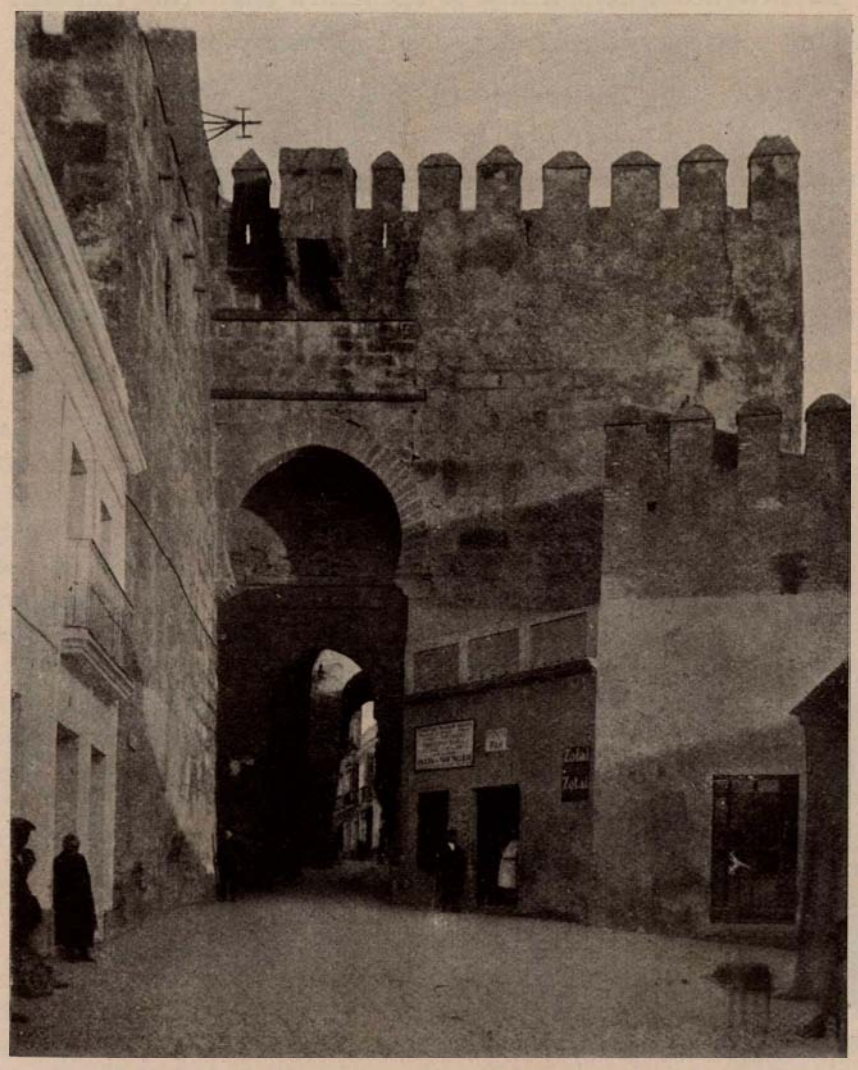
MARAVILLOSA

POR

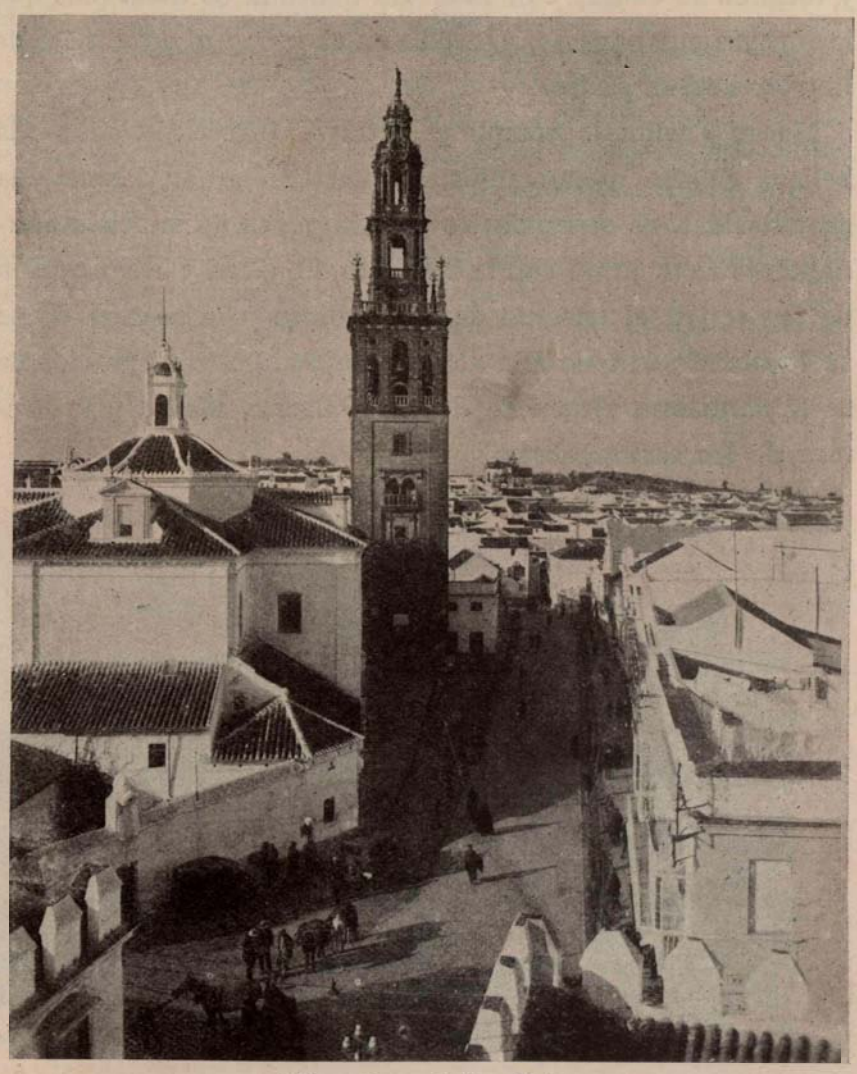
M. Díaz Villasante

Vista general de Carmona.

Carmona, la ciudad prócer e hidalga, honra y prez de la gloriosa España, perla y gloria de Andalucía, en donde brilla como el lucero de la mañana, según reza en el mote de su escudo, se nos presenta desde la altura de su emplazamiento como una reina toda belleza y majestad, teniendo a sus pies la alfombra policromada de su vega incomparable

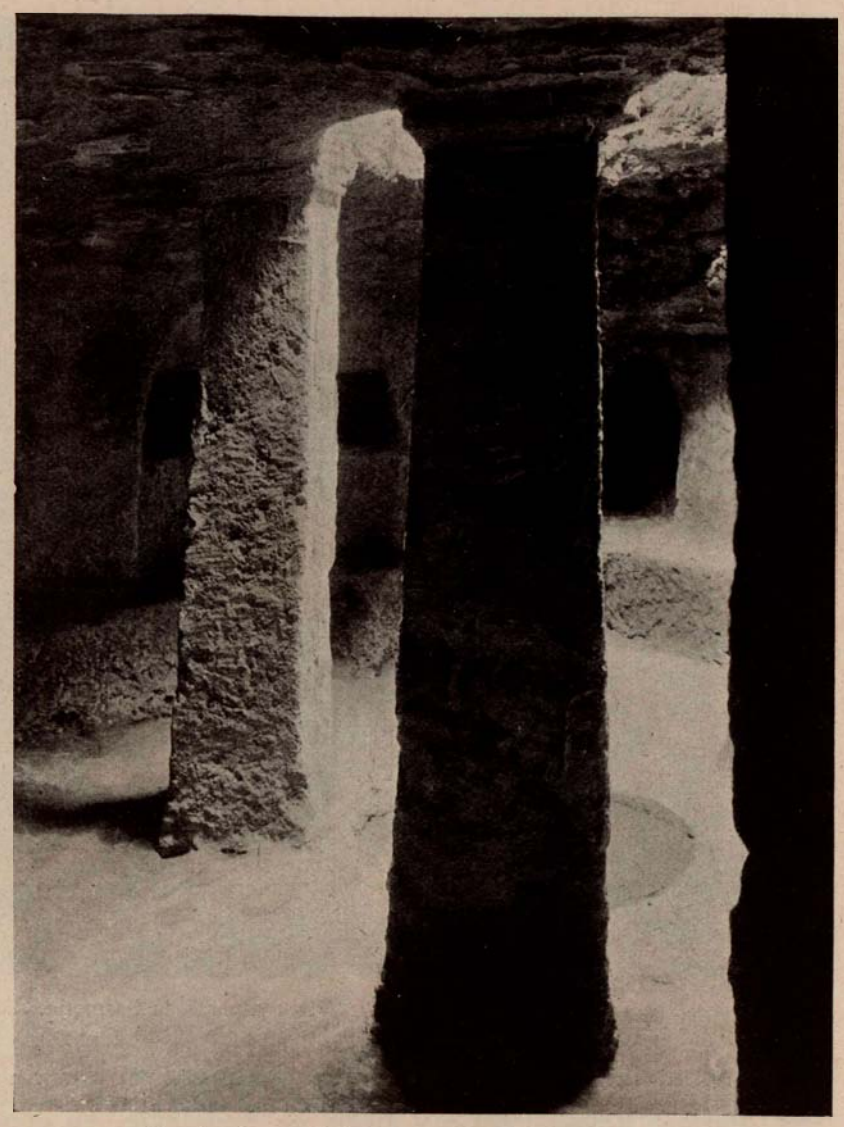


La Puerta de Sevilla.



Calle y Torre de San Pedro.

Interior de la Iglesia prioral de Santa María.



Tumba de las Columnas en la Necrópolis romana.

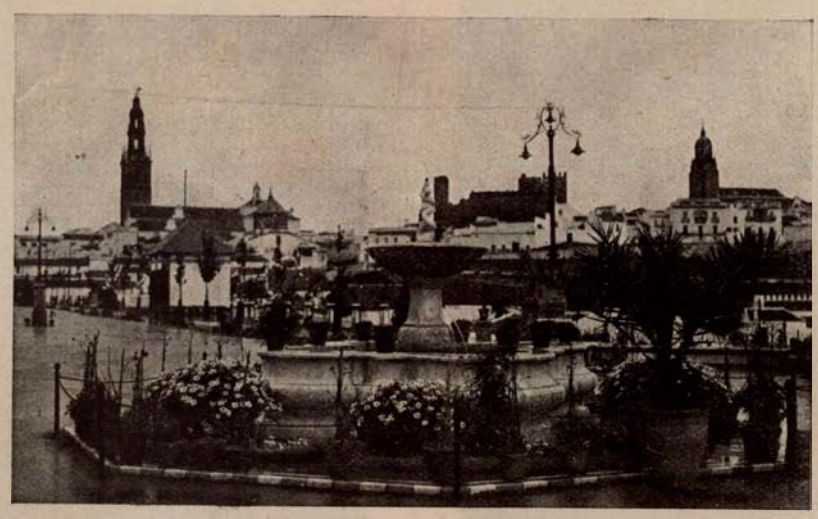
y tocando su cabeza con la airosa mantilla de madroños que le forman sus olivares, prendida en el milagro preciosista de la torre de San Pedro.

Museo y relicario, templo y fortaleza, ofrece al visitante la belleza de sus monumentos, el prestigio de su historia, la grandiosidad de sus paisajes y la limpidez de su cielo eternamente azul, junto con la blancura, limpieza y urbanización de sus calles, el encanto de sus jardines y la riqueza de su suelo ubérrimo; todo ello acogido bajo el encanto providente de la Santísima Virgen de Gracia, Patrona, Madre y Protectora de los carmonenses.

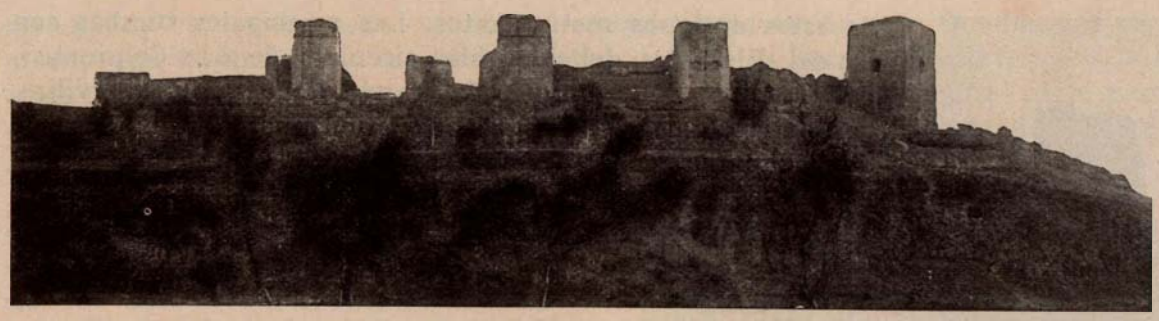
Su antigüedad remotísima se encuentra enaltecida con cien hechos gloriosos en la historia de la Patria y prestigiada con la vida ejemplar de sus hijos ilustres.

Sobre todo lo antiguo y lo moderno está la sin igual Necrópolis Romana, culminación del interés artístico, histórico y arqueológico de la ciudad.

Esta es Carmona, la ciudad joven y vieja, gloriosa y progresiva, la que no se durmió en sus laureles, sino que lucha, trabaja y se afana para seguir mereciendo el dictado de «Lucero de Andalucía».



Alameda de Alfonso XIII. (Foto Loty.)



Castillo de Alcalá.

CARMONA

Y LOS CASTILLOS DE LOS ALCORES

por

JORGE BONSOR

(Hijo adoptivo de Carmona.)

Conservad, paisanos, los edificios antiguos; estas mismas ruinas que nos quedan son el recuerdo de un pasado glorioso de prosperidad, poder y riqueza.

Por los pueblos que nada tienen que ofrecer a la curiosidad del forastero pasa hoy a toda velocidad el auto del turista sin pararse... parece que huye... mientras que en las guías publicadas en todas las lenguas se lee la breve información que «en estos pueblos no hay nada que ver...»

Afortunadamente, debido al buen espíritu de conservación de sus habitantes, Carmona no figura hoy en la lista de esos pueblos.

«La Voz de Carmona» (J. B.)

La excursión a Carmona por Los Alcores es la primera que por las cercanías de Sevilla indican los itinerarios de las Agencias de viajes. Se da este nombre de «Alcor», de origen árabe, a una cadena de cerros que se extiende de NE.

Entrada principal del Castillo de Mairena del Alcor.

a SO., separando una inmensa vega de trigo, del glorioso valle del Guadalquivir, cubierto de frondosos olivares. En estas alturas tienen su asiento cuatro poblaciones muy típicas de esta provincia: Alcalá, Mairena, El Viso y Carmona. Difícilmente se encontrarán en otra parte cuatro pueblos cercanos que ofrezcan tanto interés bajo los tres aspectos: pintoresco, artístico e histórico.

En estas alturas, a ambos lados del camino, se ven interesantes ruinas de alcázares, castillos, torres y murallas almenadas, elocuentes testimonios que recuerdan el empeño que hubo siempre en defender la posesión de estos «Alcores». Aquí, más que en otras partes, conviene visitar estas poblaciones, algo alejadas de los grandes centros, para formarse una idea exacta de cómo viven, trabajan y piensan los andaluces.

Saliendo temprano de Sevilla en autocar, se llega a Alcalá de Guadaira. Se sube a la Mesa del Castillo, emplazamiento de la primitiva población, y después de recorrer la fortaleza y de visitar el santuario de Nuestra Señora del Águila, se efectuará la bajada, pasando por un curioso barrio de gitanos trogloditas que viven en la falda del cerro. Se atraviesa este risueño pueblo, popularmente llamado «de Los Panaderos», del que dice una guía inglesa: «aquí, todos ganan su pan amasándolo.»

Pero de Alcalá no se llevan solamente el pan a Sevilla, aunque ésta es su principal industria; también, desde la

Ruinas del Alcázar de don Pedro el Cruel.

remota época romana, Alcalá provee a la capital de agua potable por sus célebres caños o acueductos, y de sus hermosas huertas salen diariamente legumbres, frutas y flores.

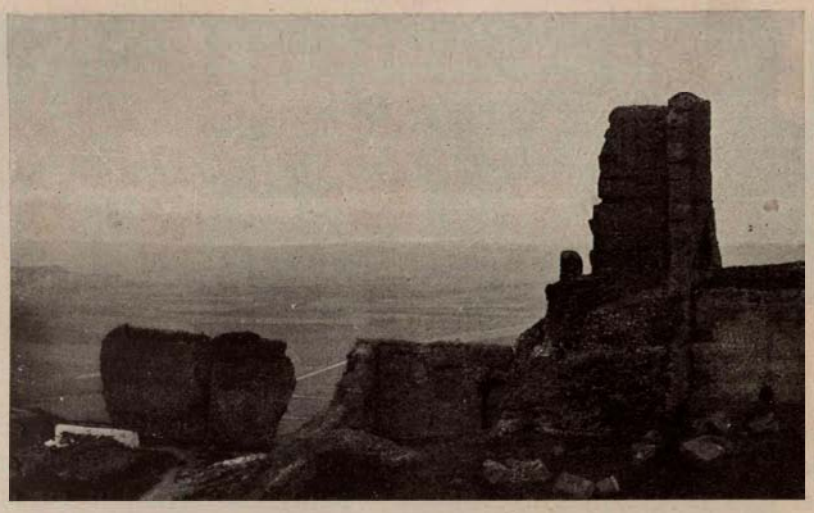
El valle del Guadaira sigue siendo la gran atracción hacia Alcalá de los paisajistas sevillanos.

Desde Iriarte, el pintor del Paraíso, según dijo Murillo, hasta la colonia artística actual, no se cansan los pintores de reproducir los variados aspectos de este río, donde, en medio de una exuberante vegetación, aparecen ruinas de morabitos, arcos, puentes y molinos árabes, de un efecto encantador.

Se sale de Alcalá, y a nueve kilómetros se llega a Mairena del Alcor, pueblo de 6.000 habitantes, célebre en Andalucía por su feria de abril y sus naranjales.

En esta villa se visitará el castillo que fué de los Ponce de León y de la casa de Osuna, recientemente restaurado por el autor de este artículo.

Acumulación de defensa en la parte vulnerable de la antigua población.



Crepúsculo, sobre las ruinas del Alcázar. (Foto Loty)

En el cuerpo de guardia de esta fortaleza, transformado en Museo, se conserva una importante colección de antigüedades prerromanas, procedentes de excavaciones, en toda la extensión de Los Alcores. Pero más interesantes serán para el turista aficionado a la pintura seis grandes cuadros, valiosa obra del émulo de Murillo, Juan de Valdés Leal, ilustrando, con figuras mayores que el natural, la vida y milagros de Santa Clara de Asís.

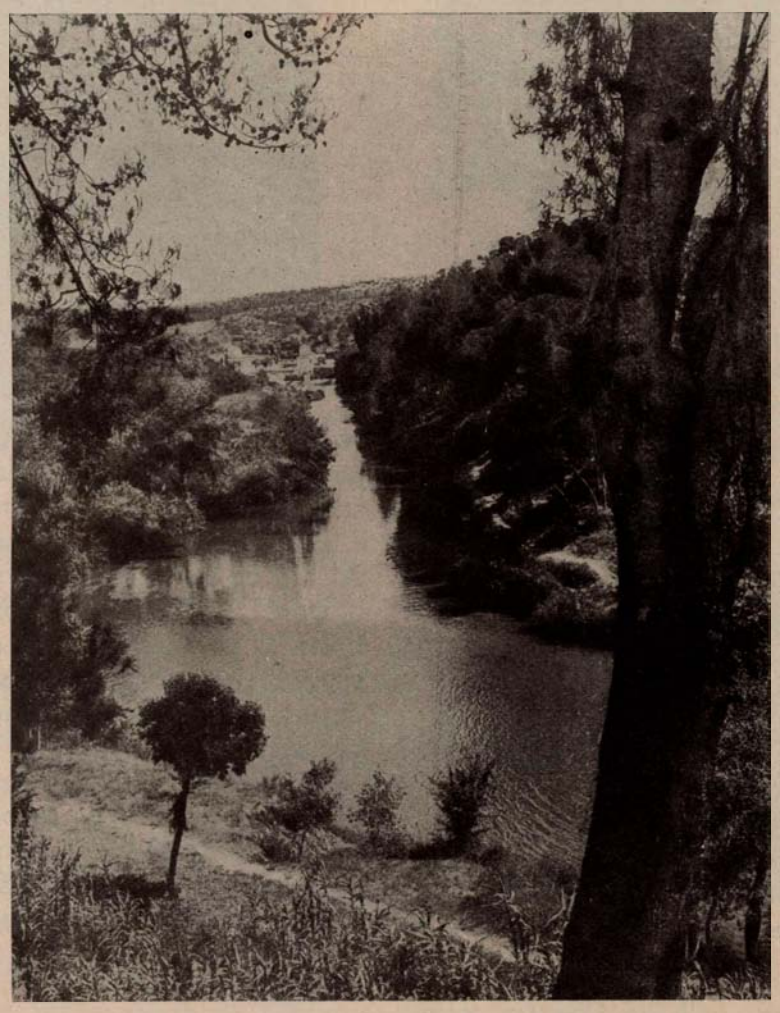
A cinco kilómetros de Alcalá, en la falda sur de Los Alcores, se encuentra la pequeña fortaleza de Marchenilla. Fué en este pintoresco castillo (hoy cortijo) donde en 1474 se firmaron los preliminares de la paz, memorable en los anales de Andalucía, entre las poderosas familias de Guzmán y Ponce de León, lo que permitió más tarde a la Reina Católica unir las fuerzas de estos dos bandos al ejército de Castilla y marchar con ellos sobre Granada, último baluarte del Islam.

Del castillo de Gandul, a corta distancia de Marchenilla, no queda más que una torre utilizada hoy como palomar. Tres kilómetros solamente separan Mairena de El Viso, villa de 7.000 habitantes, que, con un término municipal reducidísimo, tiene, sin embargo, una población de trabajadores de campo muy apreciada, que se reparte por toda Andalucía...

Pasamos la venta de Alcaudete, El Judío, El Acebuchal, célebre estación arqueológica, las valiosas fincas, con sus hermosas huertas y naranjales de Marbella y de Brenes; llegamos a las primeras casas de Carmona, dirigiéndonos hacia la célebre Necrópolis Romana.

Este que llamaremos alegre camposanto (pues la incineración ha quitado la nota lúgubre) se empezó a descubrir en 1881. Las tumbas son cámaras más o menos extensas abiertas en la roca del terreno. En su origen, todas tenían las paredes estucadas y pintadas, como se puede ver todavía en la tumba de «Póstumio». Se han descubierto hasta la fecha más de 800 de estos antiguos monumentos. Las principales tumbas son las del «Elefante», del «Mausoleo circular», de «Las Columnas», del «Triclinio-Columbario» y la grande de la familia «Servilia», con patio y galerías, abierta toda en el fondo de una cantera, donde apareció una hermosa estatua de mujer en mármol blanco.

En el Museo, edificio construído en medio de la necrópolis, se conservan las antigüedades encontradas en más de treinta años de excavaciones. Son notables los objetos de cerámica y de cristal; la gran variedad de urnas cinerarias de ricos y pobres: ánforas, lucernas, lápidas, trozos de pintura mural y de mosaicos. En un sitio preferente hay una cabeza de mujer joven que llama la atención, por presentar el perfil típico femenino que todavía impera en Carmona. La torre de San Pedro del Arrabal es una buena copia de la Giralda sevillana. Se entra en la ciudad por una magnífica puerta romanoárabe, clasificada hoy entre los monumentos nacionales de esta provincia.



El río y los pinares de Alcalá de Guadaira.

Por el interior de la ciudad, esta puerta ostenta dos hermosos arcos romanos de los mejores tiempos, de Trajano o de Adriano.

En la plaza de San Fernando habrá que fijarse en las casas-miradores de los siglos XVI y XVII que pertenecieron a las principales familias de esta época, desde donde asistían a las procesiones y fiestas populares. El edificio más notable de esta plaza es la antigua casa del Consejo de la Villa, del tiempo de Felipe II, con su espacioso mirador municipal que corre por toda la fachada.

En el actual Ayuntamiento, que fué antiguo colegio de San Teodomiro de los Jesuítas, se visitará el salón de sesiones, que tiene las paredes decoradas con mosaicos romanos que salieron del subsuelo de la antigua «Carmo»; entre ellos, el más perfecto representa el «Invierno» («Bruma»), por una mujer que con el manto se cubre la boca en señal de frío.

En el despacho del alcalde se conserva, en un marco de plata, la carta original de Cervan-

Vista de las ruinas del Alcázar, al atardecer. (Foto Loty)

tes cuando vino a Carmona en 1590 a recoger, para la Armada, una contribución de 4.000 arrobas de aceite. Entre otros interesantes recuerdos históricos que también se guardan en el Ayuntamiento hay que mencionar: un ara romana; un cañón primitivo de la defensa del Alcázar, para grandes proyectiles de piedra; el retrato en pie, en un pesado marco de plata, regalo de un hijo de Carmona que pasó a las Indias, donde llegó a ser obispo, y el histórico pendón de San Fernando que llevó D. Rodrigo González Girón a la toma de Carmona, el día 21 de septiembre de 1247.

En el emplazamiento de la iglesia prioral de Santa María se sucedieron a un templo romano una basílica visigoda y una mezquita árabe. De esta última queda el pequeño patio de los Naranjos, con sus arcos de herradura. De los godos cristianos tenemos el más antiguo calendario de España, el cual está grabado sobre una de las columnas de este patio. En él se lee la lista de los pocos santos—doce solamente—que en medio año celebraba entonces la Iglesia, desde la Natividad de Jesús, el 25 de diciembre, hasta la fiesta de San Juan Bautista, el 24 de junio.

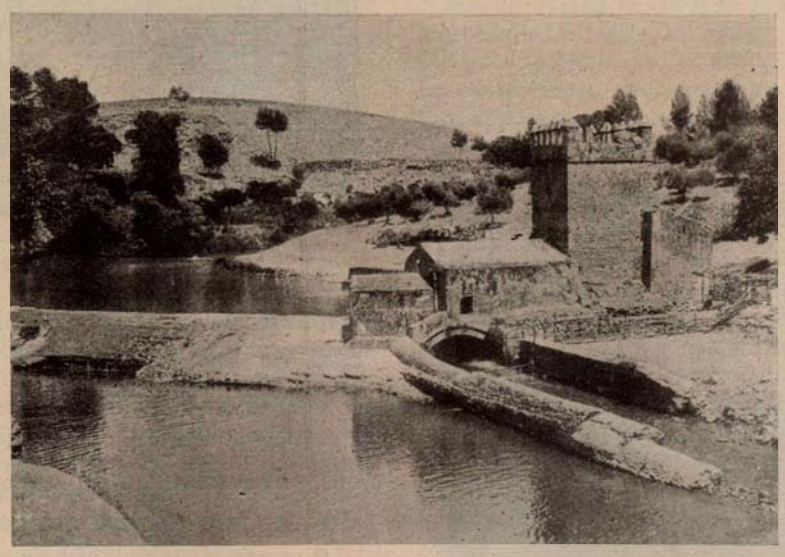
La iglesia actual, una de las más hermosas de la provincia, es gótica, de principio del siglo XV. La parte más moderna data del tiempo en que se construyó la catedral de Sevilla. El maestro mayor de ésta recomendó para la obra de Carmona a su protegido o discípulo Antón Gallego, quedando sus compañeros de Sevilla contentísimos de que se fuera, debido a su mal genio e irascible temperamento. Murió Antón Gallego en Carmona, donde fué enterrado en el coro de la prioral. De las 14 iglesias que tiene Carmona, las de Santiago, San Felipe, San Pedro y San Bartolomé también merecen una visita.

Arcos romanos de la Puerta de Sevilla.

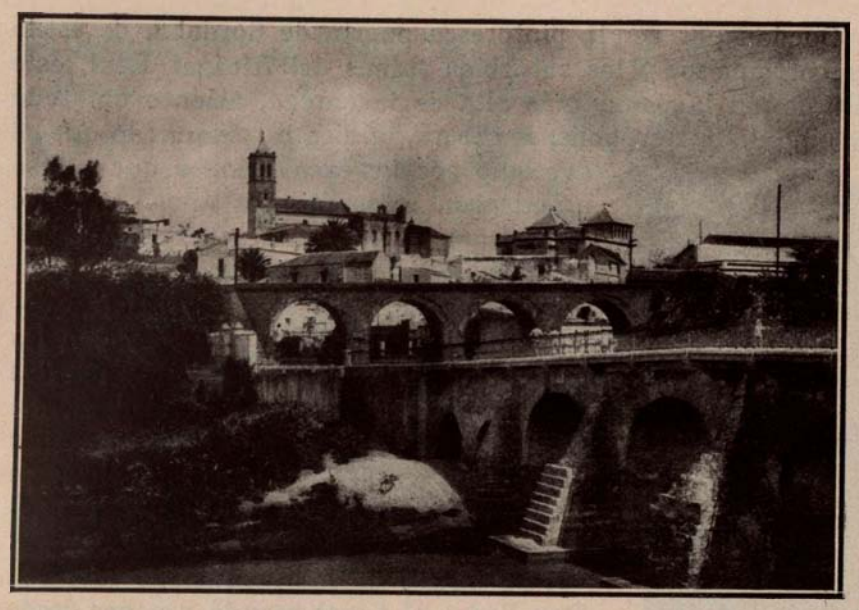
Quedan por ver la pintoresca puerta de Córdoba, de estilo grecorromano, y las soberbias ruinas del Alcázar Real, este último en la parte más alta de la ciudad, asiento en todo tiempo de la Acrópolis, sea ibera, púnica o romana; lo que se averiguó por las excavaciones que allí se practicaron estos últimos años. En esta fortaleza edificaron los reyes moros independientes de Carmona, los Beni-Birsel, un palacio con patios y salones decorados de arabescos de estuco y con los arcos dentados de las ventanas y puertas de cerámica verde. Desgraciadamente, todo esto se destruyó hace cincuenta años para levantar en su lugar una plaza de toros, de la cual, afortunadamente, no queda nada hoy.

Poco antes de la tragedia de Montiel, Don Pedro el Cruel mandó recoger desde Sevilla en esta fortaleza sus mujeres, hijos y caudales. Todas las excavaciones que han hecho hasta la fecha no dieron con el hallazgo de este tesoro del rey, como se esperaba; solamente se encontró, perdida en los escombros, una hermosa moneda de oro del célebre príncipe Negro de Inglaterra, que era entonces príncipe de Aquitania (de Burdeos) y aliado del Rey de Castilla. Se sabe que en este tesoro había dos hermosos rubíes, del tamaño de un huevo de paloma, que habían pertenecido al malogrado Rey de Granada cuando fué preso en Sevilla. Uno de estos rubíes, regalo de Don Pedro al príncipe Negro, que figura hoy en la corona de los Reyes de Inglaterra, se guarda en la torre de Londres; del otro rubí no sabemos nada...

No hay nadie en Carmona que ponga en duda que el tesoro del Rey está todavía oculto bajo estas ruinas, y todos creen firmemente que algún día tiene aquí que aparecer.



Antiguo molino del Guadaira, con su torre de refugio y defensa.

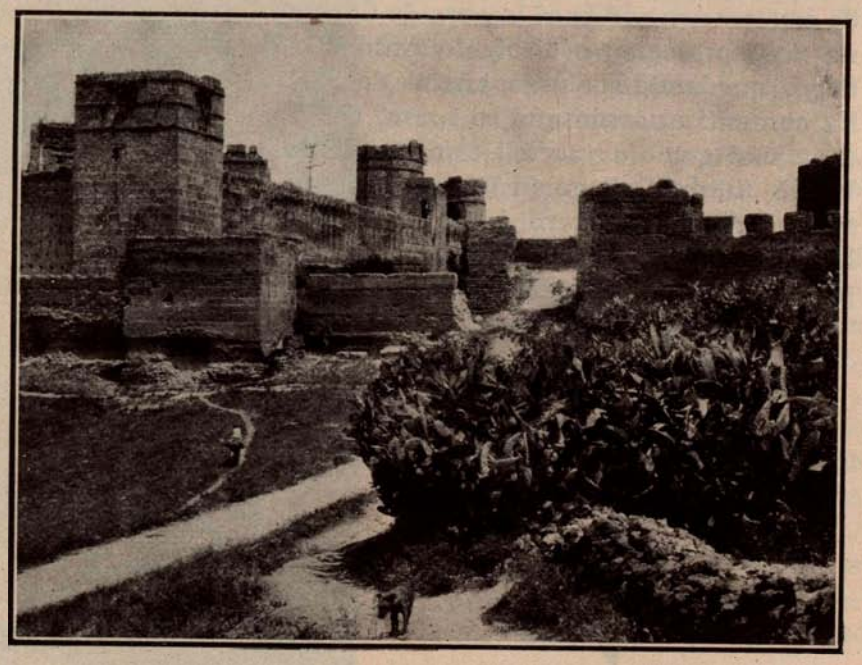


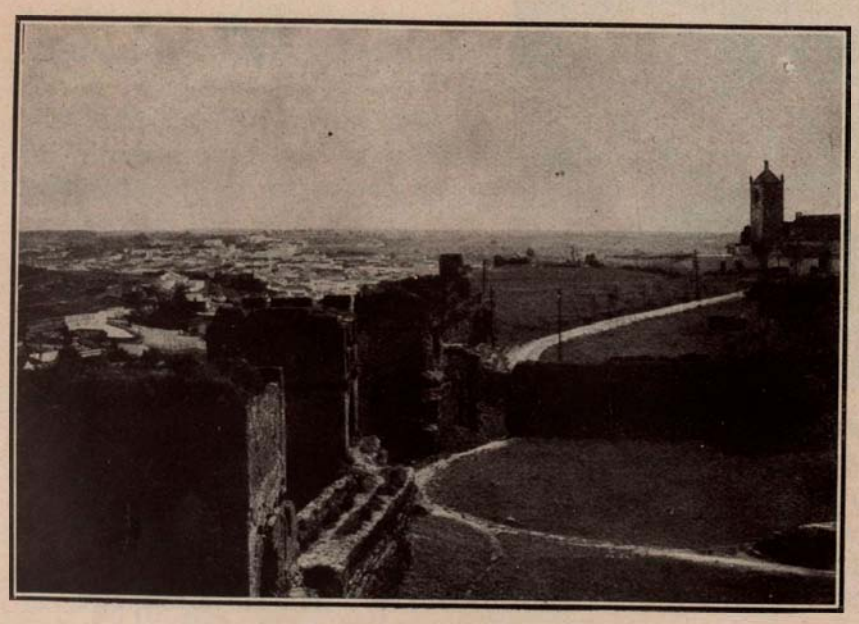
ALCALÁ DE GUADAIRA

Conocida en la época romana con el nombre de «Hienipa» y en la musulmana con el de «Alkalá», antigua fortaleza de la que se apoderó Fernando III en el siglo XIII, es hoy Alcalá de Guadaira hermosa y cuidada población de cerca de 10.000 habitantes.

Hállase situada a la orilla derecha del río Guadaira, que riega su fértil suelo, en el que se produce la aceituna gordal, que exporta en gran cantidad y que está considerada como la mejor «aceituna sevillana».

Cría en su término ganado lanar, vacuno, cabrío y de cerda.





La exquisita elaboración de su pan, conocido en toda España, hace que a esta localidad se le haya llamado «Alcalá de los panaderos».

Ofrece al turista el grato aspecto de su muy notable castillo, su blanco caserío y bien cuidadas calles, ya que su Municipio, entre otras cosas, dedica a estos menesteres especial atención en la constante y eficaz labor que viene realizando.

Sus alrededores ofrecen también un bello panorama para el viajero, el castillo guarda en los restos, cuidadosamente conservados, el severo aspecto de su pasado esplendor.

Fotografías: 1, Vista parcial.—2, Molino de San Juan. 3, El castillo.—4. Vista parcial del pueblo y del castillo.

EL «CANTE JONDO» Y ANDALUCÍA

por

Melchor Fernández Almagro

No es fácil que encontremos bajo la capa del cielo país más rico en toda suerte de tentaciones que el andaluz: seductor de veras, según despliegue gallardísimo de los más varios encantos. Pero si algo existe que dé idea de la incomparable fascinación andaluza es su propio misterio, el secreto profundo de su personalidad. Todos sentimos el halago de Andalucía: en el campo, en la playa, en la serranía; en el pueblo, en la ciudad, en el cortijo; en el silencio, en el perfume, en el baile dionisíaco de los colores y las luces ; bajo el sol, como en el claro de luna; junto a las ruinas romanas, junto a los primores árabes, junto a las piedras labradas del Renacimiento; a la orilla de los ríos, a la sombra de los cipreses, entre los olivos... Un múltiple incentivo, que llama a todos los sentidos con dedos de nardo, nos hace ver, oír, gustar, oler, tocar lo andaluz; deliciosa y única emoción. Pero nuestra conciencia tal vez no acierte enteramente a explicarla. Nos falla el juicio. ¿Cómo es Andalucía? ¿Triste o alegre? ¿Altanera o esclava de las pasiones? ¿Vehemente o serena hasta la renuncia?

El secreto del alma andaluza no se descifra fácilmente. Pero si alguien puede marcar los matices que enriquecen este violento y sorprendente tornasol que es la Bética inmortal, será un poeta, dueño de la intuición. Y ese poeta que caracterice las partes para mejor componer el todo, quizá no sea otro que Manuel Machado. Yo, al menos, no conozco mejor retrato que éste de la múltiple Andalucía en perfil escueto de medalla:

> Cádiz, salada claridad. Granada,
> agua oculta, que llora.
> Romana y mora, Córdoba, callada.
> Málaga, cantaora.
> Almería, dorada.
> Plateado, Jaén. Huelva: la orilla
> de las tres carabelas.
> Y Sevilla.

* * *

Muy varia de tonos es, en efecto, Andalucía: expresión geográfica que desborda su contenido sobre todo un mundo de instintos, afectos, estilos y emociones. Lo andaluz es, en realidad, nada menos que un sentido de la vida: su exponente más claro y sintético es el «cante jondo». A este denominador común—un corazón al aire, que vocea y gime—pueden reducirse todas las variantes de la compleja psicología andaluza. Bien entendido—porque esta distinción importa mucho—que no cabe confundir el «cante jondo» con el cante andaluz en general; como no puede creerse en la equivalencia de estos términos, usados frecuentemente hasta el abuso, por parte de gentes ligeras: gitano, flamenco, andaluz... Importa, efectivamente, distinguir las especies.

El príncipe de nuestra música contemporánea, Manuel de Falla, y el gran poeta Federico García Lorca representan, a este respecto, valiosísimas e insustituíbles fuentes de información. El primero, mediante un folleto que inspiró y hasta acaso redactase personalmente, para hacer la propaganda de aquel memorable concurso de «cante jondo» que el año 1922 tuvo por espléndido escenario el bosque de la Alhambra: ¡maravilloso nocturno, en el que los rumorosos álamos de la colina roja cazaban estrellas...! Y García Lorca, en una conferencia que con igual oportunidad dijo en el Centro Artístico de Granada. Válgannos estos dos doctores en letras, artes y ciencias andaluzas, para ensayar las consideraciones generales de las presentes líneas.

Tres hechos de diferente significación en el cuadro general de la Historia de España interesan a los efectos de la formación y desarrollo del «cante» popular andaluz. A saber: la adopción por la Iglesia del canto bizantino, la invasión árabe y, por último, la inmigración y establecimiento en España de numerosas bandas de gitanos. Respecto al primero de los tres sucesos, ya lo consideró e interpretó el ilustre musicógrafo Felipe Pedrell: «El hecho de persistir en España—dice—en varios cantos populares el orientalismo musical, tiene hondas raíces en nuestra nación por influencia de la civilización bizantina antiquísima, que se tradujo en las fórmulas propias de los ritos usados en la Iglesia de España, desde la conversión de nuestro país al cristianismo hasta el siglo XI, época en que fué introducida la liturgia romana, propiamente dicha.» El más típico quizá de los cantos aludidos—la «siguiriya»—ofrece, en relación con la influencia apuntada, los siguientes elementos: los modos tonales de los sistemas primitivos; la división y subdivisión de las notas sensibles en sus funciones atractivas de la tonalidad (enarmonismo), y la ausencia de ritmo métrico en la línea melódica y la riqueza de inflexiones modulantes. «Tales propiedades—insinúa Falla—avaloran asimismo a veces el canto moro andaluz, cuyo origen es muy posterior a la adopción de la música litúrgica bizantina por la Iglesia española, lo que hace afirmar a Pedrell que nuestra música no debe nada esencial a los árabes ni a los moros, quienes quizá no hicieran más que reformar algunos rasgos ornamentales comunes al sistema oriental y al persa, de donde proviene el suyo árabe... Pero ¿cómo dudar de que en otras formas de esa música, especialmente en la de danza, existen elementos, tanto rítmicos como melódicos, cuya procedencia buscaríamos en vano en el primitivo canto litúrgico español? Lo que no deja lugar a dudas es que la música que aun se conoce en Marruecos, Árgel y Túnez con el nombre de «música andaluza de los moros de Granada», no sólo guarda un peculiar carácter que la distingue de otras de origen árabe, sino que en sus formas rítmicas de danza reconocemos fácilmente el origen de muchas de las nuestras andaluzas: sevillanas, zapateados, seguidillas, etc.»

Si en la «siguiriya» hay otro factor, que no procede de la liturgia bizantina ni de los cantos árabes, es justamente el que adquiere de los gitanos, para sello imborrable de su emoción sustantiva. No se piense, en vista de lo expuesto—con demasiada rapidez, sin duda—, que la «siguiriya» y sus hijuelas no son sino cantos trasplantados de Oriente a Occidente. Su individualidad, perfectamente caracterizada, es innegable, sólo que surge, no por generación espontánea—imposible en la Biología del Arte y toda clase de productos humanos—, sino por la acción combinada de diversos factores.

El cante «jondo», esto es, el cante «puro» andaluz, empezó con el primer ¡ay! del hombre dolorido. Pero el transcurso de los siglos y el cruce de varias razas han ido decantando este gemido primitivo en el alambique de muchas almas traspasadas de congoja. Porque eso sí: el cante «jondo», por ministerio de su propio ser, no gusta de alegría. Es triste, profundamente triste. Dramático, profundamente dramático. Con el patetismo penetrante, ricamente matizado, que va de la tormenta —ira de las nubes y los astros—hasta el goteo de la fuente: sollozo de cristales.

* * *

Dicho está que el tipo genuino del cante «jondo» es la «siguiriya gitana», de la que proceden otras canciones, como los «polos», «martinete», «carceleras» y «soleares». Las coplas llamadas «malagueñas», «granadinas», «rondeñas», «peteneras», etc., «no pueden considerarse más que como consecuencia de las antes citadas—afirma García Lorca—, y tanto por su arquitectura como por su ritmo difieren de las otras. Éstas son las llamadas «flamencas». Dos especies ya desaparecidas casi por completo, la «caña» y la «playera», parece que son simples variantes de la «siguiriya», si bien Estébanez Calderón estima que la «caña» es el tronco primitivo de los cantares que conservan su filiación árabe y morisca, observando la relación etimológica de «caña» y «gaunía», que en árabe significa «canto». Desaparecieron también la «debla», la «toná»... Todo el cante puro está en trance agónico. Reacio a la transcripción en el pentagrama, se transmite sólo de garganta en garganta, de pecho en pecho, de corazón en corazón, por virtud de una tradición exquisita. Pero rota o disminuída esa continuidad, la degeneración se hace inevitable. Esto es lo ocurrido: que los «cantares» han dado vida al género bastardeado del cante flamenco. Pero impuro

y todo, deshecho por influjos malsanos, conserva aún dentro de sí la copla andaluza del tablado y el café cantante ese dardo, esa saeta que hiere el alma como todos sabemos y ninguno podrá olvidar.

Duélase, sí, el técnico: le sobra razón: «La sabia modulación vocal se ha convertido en antificioso giro ornamental, más propio del decadentismo de la mala época italiana que de los cantos primitivos de Oriente, con los que sólo, cuando son puros, pueden ser comparados los nuestros. Los límites del reducido ámbito melódico en que se desarrollan los cantos han sido torpemente ampliados; a la riqueza modal de sus gamas antiquísimas ha sustituído la pobreza tonal que causa el uso preponderante de las dos únicas escalas modernas, de aquellas que monopolizaron la música europea durante más de dos siglos; la frase, en fin, groseramente metrificada, va perdiendo por días aquella flexibilidad rítmica que constituía una de sus más grandes bellezas.»

Y, sin embargo... No impresionan tan sólo las reliquias del cante «jondo». A fuerza de admirable, éste emociona incluso en sus derivaciones. Claro que el competente no deja de distinguir y de valorar, en cada caso, lo auténtico y lo falsificado. La emoción del cante «jondo» nos traslada a un mundo insospechado de dolor y pena, desgarrado por un grito que tiene la fuerza incoercible del viento, del fuego o del mar. El cante flamenco, por el contrario, abunda en fiorituras que trascienden con exceso a cultivo industrial: género, en fin de cuentas, de «varietés». Pero, próximos o remotos, los motivos populares que utiliza el «divo» del cante profesional no pierden del todo su fuerza operante. Una malagueña, por ejemplo, nos conmueve el ser, suscitando en torno nuestro una atmósfera densa de lágrimas y sollozos.

* * *

«Nada después, ni siquiera los cantos del Egipto, ha sabido herir lugar más secreto de mi corazón. Por volver a oírlo hubiese atravesado tres Españas...» Así escribe André Gide—en «Nouveaux prétextes»—, aludiendo a una canción escuchada en el Albaicín. Impresión análoga experimentó otro extranjero años antes. Pero esta vez no se trataba de un literato, sino de un músico: de Glynka. De ahí que su impresión fuera mucho más allá de una declaración verbal. Cuajó, o al menos se hizo perceptible, en las propias composiciones del célebre músico ruso, asombrado, como ante la revelación súbita de un mundo nuevo, al oír la guitarra, entre embrujada y angélica, del «tocaor» Rodríguez Murciano. Pero este ascendiente del cante «jondo», a través de Glynka, sobre la música moderna es tema que harto conocen las gentes cultas.

No olvidemos tampoco la literatura del cante, representada por unos poemitas de ruda composición, que son lección viva de síntesis expresiva, de propiedad metafórica, de lucidez extraordinaria en punto a conocimiento de la vida, de los hombres, de las mujeres, del amor. Las «letras» del cante, que en Andalucía puede escuchar quien guste de abandonarse al abrazo imprevisto de las calles y las encrucijadas, están recogidas, con mayor o menor acierto, desde Zamacola en adelante, por folkloristas de vario mérito: Machado Álvarez, Schuchardt, Lafuente Alcántara, Rodríguez Marín, Guichot... Son muchos los cantares que suministran fórmulas de confesión, reproche o desquite al andaluz que sufre, con esperanza o sin ella, el mal de amor, en el tajo de la obra, en el pozo de la mina, en la fragua, en el muelle, en la cárcel, en la taberna, en la bodega, en el rincón oscuro del hogar... Revisando con cuidado y conocimiento las coplas que oigamos aquí y allá caeríamos en la cuenta de que no todas son «populares», en estricto sentido, sino «cultas», por haber nacido de alguna inteligencia cultivada. Pero, anónima o no, una copla es popular siempre que el pueblo la adopte. Como, verbigracia, ésta de Enrique Paradas:

Dijo a la lengua el suspiro:
échate a buscar palabras
que digan lo que yo digo.

O esta otra de Manuel Machado:

«Toita» la tierra
la andaré cien veces,
y volveré a andarla pasito a pasito
hasta que la encuentre.

Es muy difícil que en libros impresos, de autores prestigiosos, encontremos un esquema de drama tan suficiente y expresivo como éste:

A mi puerta has de llamar,
y no he de salir a abrir,
y me has de sentir llorar.

Sin comentario alguno, soltemos esta bandada de inequívocos cantares andaluces, diversos en la temperatura sentimental, en el asunto o en la filiación, pero perfectamente homogéneos por el giro que les imprime la común inspiración, descendida de esa nube cárdena y alucinante en que riñen Amor y Fatalidad pelea interminable:

Yo doy suspiros al aire.
¡Ay, pobrecita de mí,
que no los recoge nadie!

Una cruz llevas al pecho,
«engarzá» en oro y marfil.
Déjame abrazarme a ella,
o crucifícame allí.

Me quitaron de quererte,
pero «m'han» dejaíto libres
los ojos para mirarte.

Mis fatigas son mortales.
¡Me encuentro en un camino
con dos «vereas» iguales!

Si fuera rayo de luna,
por tu ventana colara,
«p'andando» muy despacito
llenar de plata tu cara.

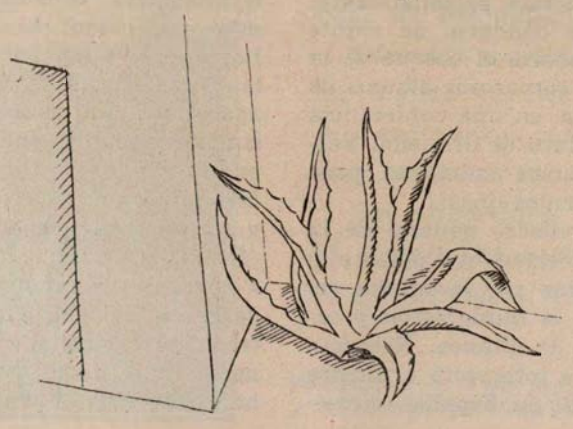
Peregrino: tú que andas,
si por el mundo la encuentras,
dile que yo la perdono,
pero que no quiero verla.

Si mi corazón tuviera
barreritas de cristal,
te asomaras y lo vieras
gotas de sangre llorar.

Se murió la madre mía.
Ya no habrá en el mundo madres.
Madre:
¡la que yo tenía!

Llorar, llorar, ojos míos.
Llora, si tenéis por qué
que no es vergüenza en un hombre
llorar por una mujer...

Y tantas, tantas más, que lanzan el disco de la emoción por encima de todo horizonte, más allá de la tasa retórica, de las exigencias técnicas. El verso sale de los labios con naturalidad absoluta: atropellado y breve como un borbotón de soterradas emociones: venas finas y profundas, que aflora en unas notas que justifican el calificativo de «jondo» aplicado a un cante dotado de todas las dimensiones: ancho y largo también para que en su ámbito estremecido e inmenso quepa lo más grande del mundo: el corazón de las criaturas.



HUESCA

"EBRO"

COMPAÑÍA DE AZÚCARES Y ALCOHOLES
SOCIEDAD ANÓNIMA

(ANTES "AZUCARERA DEL EBRO")

CAPITAL 40.000.000 DE PESETAS

Domicilio social:
MADRID, MONTALBAN, 22

Producción:
16.000.000 Kgs. de azúcar

Fábricas: LUCENI-ZARAGOZA
CORTES-NAVARRA

LA COMPAÑÍA DE ALCOHOLES S.A.

CAPITAL 10.000.000 PTAS
OFICINAS CENTRALES: MADRID

Producción:
7.500.000 Kgs. azúcar y 70.000 Hl. alcohol

Fábricas:
BILBAO (Lamiaco) BARCELONA (Sans)
ZARAGOZA (Arrabal) TERRER (Calatayud)

AZUCARERA LEOPOLDO S.A.

CAPITAL 8.000.000 PTAS
OFICINAS CENTRALES: S. SEBASTIAN

Producción:
6.000.000 Kgs. azúcar

Fábrica:
Miranda de Ebro

AZUCARERA DE MADRID S.A.

CAPITAL 6.500.000 PTAS.
DOMICILIO SOCIAL: MADRID

Producción:
7.000.000 Kgs. azúcar

Fábrica:
MADRID (La Poveda)

AZUCARERA DEL GÁLLEGO S.A.

CAPITAL 7.500.000 PTAS

Producción:
9.000.000 Kgs. azúcar

Fábrica: ZARAGOZA

Exclusiva de venta de azúcar:
"EBRO" COMPAÑÍA DE AZÚCARES Y ALCOHOLES. MADRID (APARTADO Nº 38)

J. BUSTOS

HUESCA

Descripción por el Patronato Nacional del Turismo

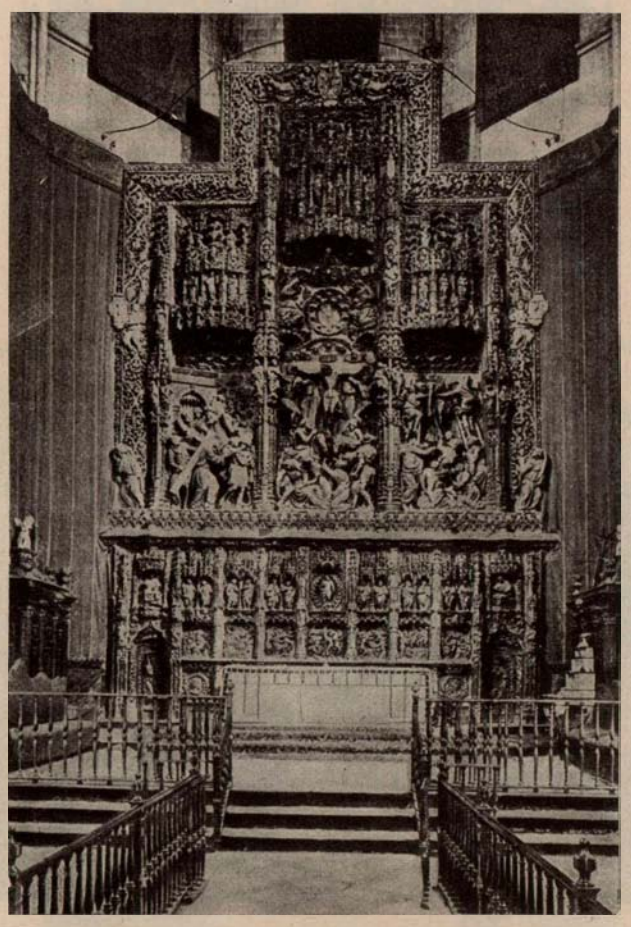
En la fértil llanura llamada «Hoya de Huesca», sobre un pequeño montículo, en la orilla derecha del Iruela, se asienta esta ciudad (14.000 habitantes), corte que fué en otro tiempo de la Monarquía aragonesa. Es Huesca la antigua Osca de los romanos, calificada por Plutarco de «ciudad grande y poderosa». Renovó su importancia bajo la dominación musulmana, por lo privilegiado de su situación estratégica en las guerras de frontera. Contra los árabes de Huesca combatió Carlomagno, y al fin, después de un sitio de más de dos años, cayó en poder del Rey Don Pedro, que trasladó a ella su corte. Suchet entró en Huesca en enero de 1810. Por último en la primera guerra carlista fué teatro Huesca de la batalla de su nombre.

Conserva Huesca en alto grado el carácter peculiar de su trazado, obra de moros y cristianos medievales. La parte nueva de la ciudad, que se extiende en su mayor parte del lado de la estación, no consigue imponer su aspecto a la parte antigua, libre aun hoy en su traza de toda reforma sustancial. Dentro del antiguo recinto representado hoy por los Cosos, alto y bajo, calle de Costa y Rondas de Monte Aragón y la Misericordia, se extiende la parte vieja de Huesca. Es su planta un ejemplo típico de ciudad amurallada, calles estrechas, numerosas perspectivas cerradas, no faltando centros urbanos de gran importancia como la plaza de la Catedral, de un encanto imponderable.

Entrando en la ciudad merece visitarse la plaza de San Pedro, donde se alza la iglesia de este nombre, primer monumento notable de la ciudad que encuentra el turista. Es San Pedro «el Viejo» una bellísima muestra del arte románico español de la primera época. Más que aspecto religioso, muestra su fachada aires de fortaleza por su simple concepción, la firmeza de la cornisa horizontal que la corona y sus ventanas en forma de saeteras. Realza este efecto su maciza y truncada torre hexagonal. En la capilla de la Epístola hay un notable primitivo cuya fecha se desconoce. Son de admirar en el coro dos tintinábulos románicos muy notables. Por último, el bellísimo claustro en el que reposan los restos de dos Reyes aragoneses: Ramiro el Monje y Alfonso I el Batallador.

La plaza de la Catedral es el centro urbano de mayor importancia. Verdadera acrópolis, domina este bello templo con su masa el conjunto de la ciudad y da carácter a todas sus perspectivas exteriores. La catedral actual ocupa el lugar en que primitivamente se sucedieron un templo pagano, una basílica visigótica y una mezquita. Es un templo gótico con algunos detalles renacentistas en su decoración interior. Es característica la gran elevación de la nave central sobre las laterales .Pero la parte más digna de admiración es el espléndido retablo de alabastro, maravilla salida de las manos de Damián Forment. Detrás del altar mayor hay un lindo retablillo de Gil Morlanes en alabastro, representando la Adoración de los Magos. Las vidrieras de colores, de Valdivielso, son muy bellas. Son también notables el claustro con parte románica y parte ojival, y las salas capitulares y «de la limosna» con un interesantísimo púlpito mudéjar. En la parroquia anexa a este templo se conserva una obra maestra de la talla a principios del XVI, que es el retablo trasladado allí del desaparecido monasterio de Montearagón. Es obra de Morlanes y sigue en interés al retablo de Forment.

Frente por frente de la catedral, las Casas Consistoriales. Su típica fachada de ladrillo, de clásica manera aragonesa, termina en una espaciosa galería que sostiene un alero renacentista de dimensiones extraordinarias. Dos torreones flanquean esta galería.



Retablo del Altar Mayor de la Catedral de Huesca.

En el interior ofrece primeramente un hermoso vestíbulo, donde en otro tiempo el prior y jurados de Huesca «tenían justicia». Al fondo, la antigua sala del Consejo, llena de recuerdos históricos de los siglos medios; la escalera es bellísima y todo el edificio, de un severo y elegante plateresco, tiene un aire entonado y digno.

Junto a las Casas Consistoriales está el Museo provincial, antiguo Colegio Imperial, donde se pueden admirar, entre otras obras pictóricas y escultóricas dignas de estima, unas tablas aragonesas de los siglos XIV y XV.

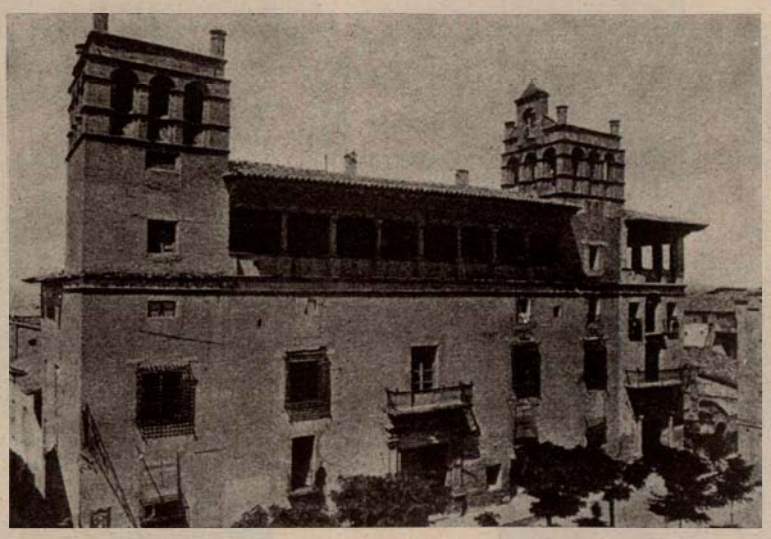
A la plaza de la Universidad da la fachada del Instituto, de estilo barroco. Consta de dos cuerpos, uno de piedra arenisca, y un segundo de ladrillo, con el escudo de la Universidad sobre la puerta. Después del vestíbulo, se pasa a un hermoso patio octogonal, circundado por una galería de columnas, también de arenisca de Ortilla. Del patio se pasa al salón de actos, todavía perteneciente al estilo ojival, con bóveda elevada. Por una pequeña puerta del testero se baja a la famosa mazmorra llamada «La Campana», punto obligado de visita del turista, por afirmarlo la tradición como teatro de la terrible «tragedia ejemplar» perpetrada por orden del Rey Don Ramiro. Hay quien duda de que fuera precisamente de esta bóveda de la que pendió la cabeza de Ordás en la siniestra compañía de las de los demás nobles ajusticiados; pero es tal el ambiente grandioso y lóbrego de la mazmorra que no necesita mucho esfuerzo el visitante para representarse plásticamente la escena.

El otro resto del antiguo palacio real es la que fué sala de Doña Petronila, hoy depósito de libros duplicados o incompletos de la Biblioteca provincial.

A orillas del río Iruela está la iglesia de San Miguel o de las Miguelas, del siglo XII. Su torre es del XIII y todo el conjunto está realizado en un estilo románico de transición.

Próxima está la iglesia de Santa María Magdalena, que guarda un bello retablo de Santa Catalina.

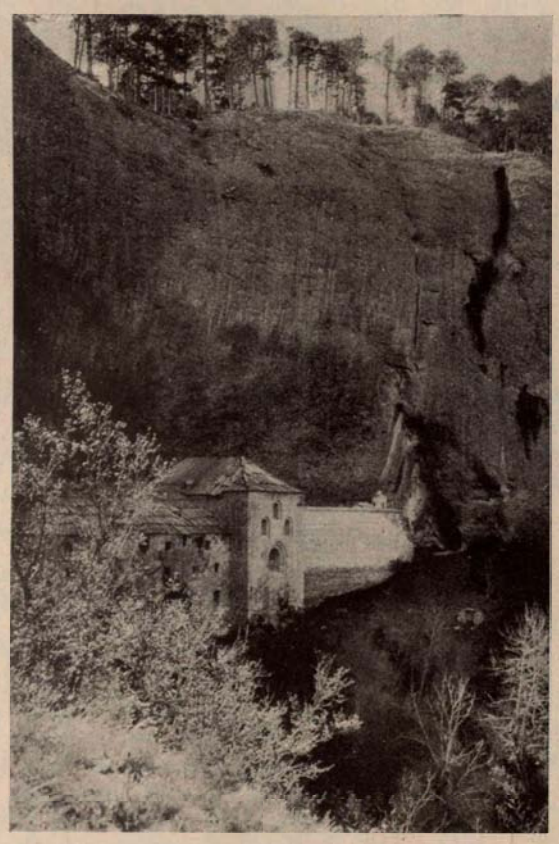
Rodeando la ciudad en delicioso paseo por las rondas de Monte Aragón y la Misericordia, se llega a la plaza de Ramón y Cajal, en cuya proximidad están otras dos iglesias: la de Santa Rosa y la de Santo Domingo, del barroco del XVII. Por el Coso bajo se encamina el viajero a visitar la iglesia de San Lorenzo, en la calle del mismo nombre, que es otro edificio barroco. Sobre la fachada corren ocho enormes pilastras flanqueadas, y en sus tres cuerpos hay labradas sendas hornacinas que contienen las efigies del Santo titular de la iglesia y sus padres. La torre, barroca, es airosa y ligera. En el interior, dividido en tres naves, está el retablo de Sebastián de la Ruesta, de singular maestría. El lienzo que ocupa el cuerpo central es de Bartolomé Vicente, discípulo de Carreño.



El Ayuntamiento de Huesca.

(Fotos A. Más.)

En la misma calle de San Lorenzo hay otro edificio digno de ser visitado, y es la casa particular marcada con el número 15, cuyo patio es uno de los más bellos ejemplos del Renacimiento aragonés que pueden encontrarse. Fué probablemente esta casa alojamiento de los canónigos de Monte Aragón en la capital. Data del último tercio del siglo XVI. Cuatro bellas columnas estriadas sostienen una galería de labrado antepecho que ostenta tres arcos en cada lado sobre airosas y delicadas columnillas. En el centro de cada lado del antepecho, el adorno vegetal que decora los otros paños está sustituído por un bello medallón de



Monasterio de San Juan de la Peña.

marcada influencia italiana. Y en la calle del Coro, la casa del marqués de Barbastro, de la misma época.

De las antiguas murallas quedan escasos restos. Es de notar un torreón que aun se levanta frente a la iglesia de las Miguelas.

Es Huesca una ciudad de gran carácter y con gran frecuencia encuentra el turista en sus calles gentes ataviadas con los típicos trajes locales. En el día de San Lorenzo celebra solemnes fiestas la ciudad, conservándose la costumbre de los «danzantes». Peculiar también de Huesca es la «procesión de los mazos», como se llama allí a la del encuentro en Martes Santo, por la costumbre de la chiquillería oscense de acompañar con mazos de madera la procesión.

sas. El templo, del XVIII, es del arquitecto José Sofi.

En el lugar en que estuvieron los reales cristianos y quedaron edificados primero la fortaleza y luego el monasterio, no quedan más que unas ruinas. De este monasterio de Montearagón procede el retablo de Morlanes que ya mencionamos al hablar de la catedral.

No debe abandonarse Huesca sin visitar el castillo de Loarre, la Colegiata de Alquezar, el monasterio de Sigena, admirable reunión de encantos arqueológicos y arquitectónicos, la iglesia de San Martín de Buil, las catedrales de Jaca, Barbastro y Roda y la de San Miguel de Foces.

Barbastro por sí sola ya es una ciudad digna de visitarse, completando esta excursión la visita

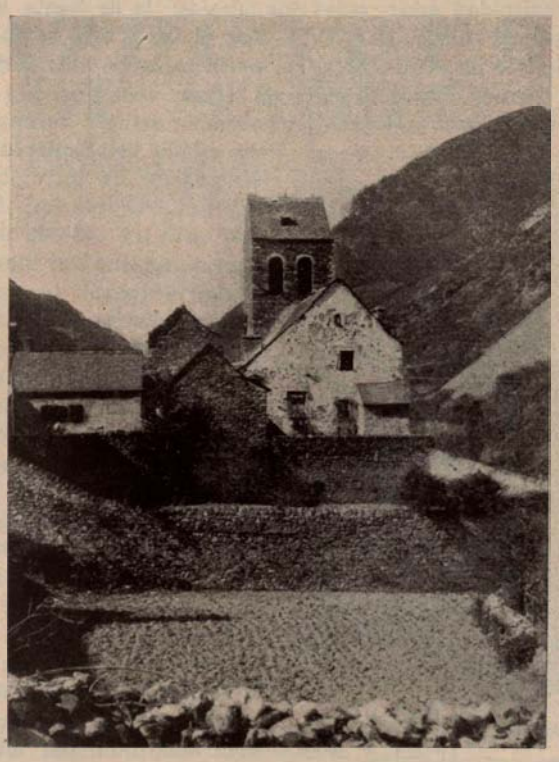
Panteón de los Reyes de Aragón, en San Juan de la Peña.

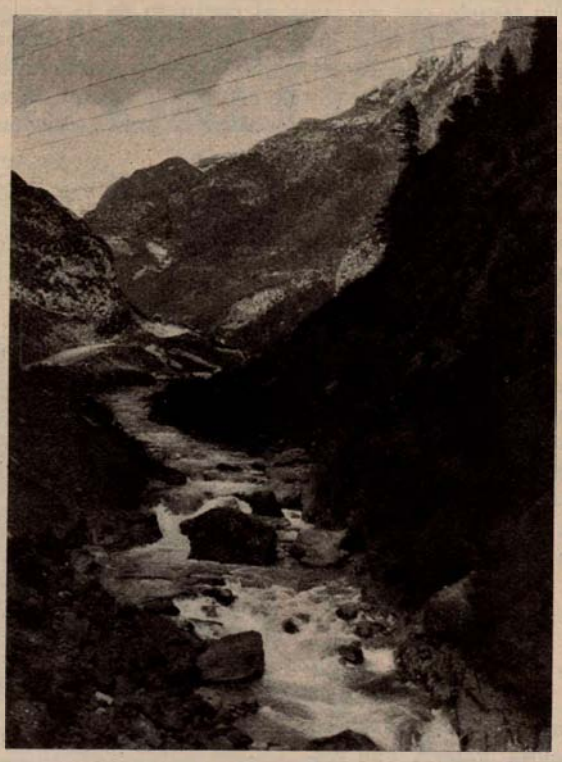
Entre las excursiones bellísimas que se pueden hacer (Huesca es un buen punto de partida para visitar Gavarnie y los bellos Pirineos centrales), está el santuario de Loreto, a media legua de la ciudad. La fachada la diseñó Herrera. El de Salas es uno de los más hermosos santuarios aragoneses. Su portada bellísima, única que resta incólume del primitivo edificio, ofrece un ejemplo del románico de transición con los capiteles de las columnillas dejados sin fuste a modo de repi-

Pirineos aragoneses.
(Fotos Mqs. Sta. M.ª del Villar.)

de la ermita de Nuestra Señora del Monte en Ibieca, y del pueblo de Carcelles, a la ida, y visitando después de Barbastro Graus, Ainza, con su antiguo castillo real e iglesia, y, por último, la catedral románica de Roda.

En la excursión a Jaca se deben visitar San Juan de la Peña y a la vuelta Santa Cruz de Serós. Jaca es una interesantísima ciudad, antigua corte hasta la toma de Huesca. En la actualidad se dan en Jaca cursos de vacaciones para extranjeros en el verano.





Canfranc.

LA PROVINCIA DE TERUEL BREVE RESEÑA

POR

JOSÈ VALDEMORO

PRESIDENTE DE LA DIPUTACION PROVINCIAL

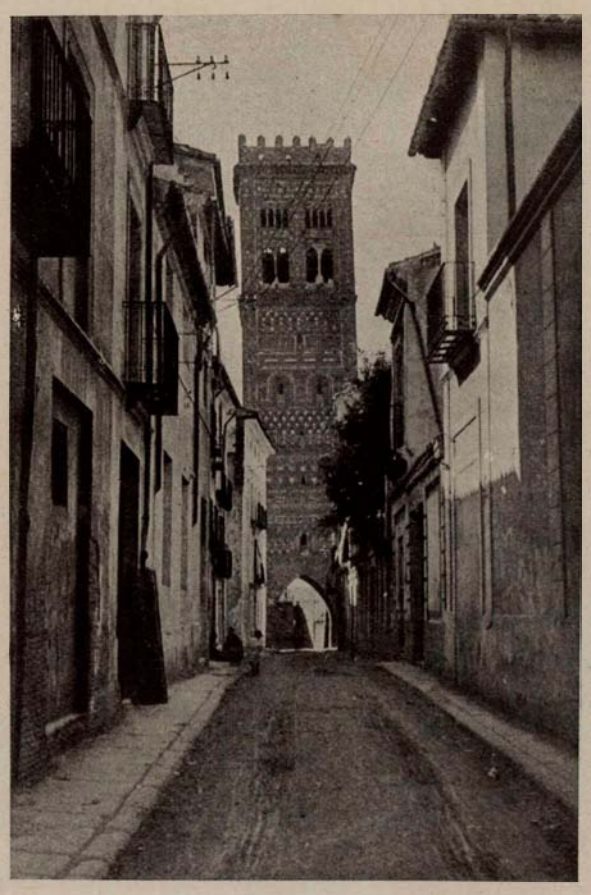
La Unión Ibero-Americana, editora del LIBRO DE ORO, me invita a colaborar, como presidente de la excelentísima Diputación de Teruel, en esta magna empresa de aproximación de las Repúblicas americanas, en especial de aquellas que hablan nuestro idioma, que son de nuestra raza y que deben su existencia a nuestra madre común España.

Sevilla, la Corte de Andalucía, la Sultana del Guadalquivir, ataviada con sus mejores galas, ha recibido en el recinto de su Exposición a los representantes de las distintas regiones españolas, donde van a dar el abrazo filial a sus hermanos de América. En este concurso no podía faltar la representación de la región aragonesa, cuyas tres provincias, mancomunadamente, han construído un bonito pabellón de puro estilo aragonés y cuyo proyecto se debe al inspirado y notable arquitecto zaragozano Sr. Bravo.

Las tres provincias aragonesas tienen un verdadero interés en exponer lo más notable que poseen en arte, indumentaria, turismo, etcétera, si bien esta instalación en Sevilla no podrá ser tan completa como fuera de desear, por la necesidad de concurrir también a la de Barcelona y coincidir las dos en la misma época.

Con el fin de que este trabajo tenga algún fin práctico y de que el LIBRO DE ORO pueda ser útil a turistas y extranjeros y sirva de consulta, he creído conveniente hablar primero, siquiera sea sucintamente, de la Diputación provincial en su triple aspecto de Beneficencia, Sanidad y Comunicaciones, y luego de la provincia en general, recogiendo los datos estadísticos más recientes.

La Diputación provincial se desenvuelve normalmente, según las normas del Estatuto provincial, teniendo a su cargo la Casa de Beneficencia, que es un edificio de grandes dimensiones, de forma de paralelogramo rectangular, y consta de planta baja y dos pisos con tres espaciosos patios; en un principio estuvo también instalado allí el Hospital Provincial, que desapareció con la construcción de un hermoso edificio contiguo e independiente que consta de tres pabellones con salas de cirugía, medicina general, tuberculosos y pretuberculosos, venéreo y enfermedades cutáneas y pabellón de infecciosos; estando dotado de instalación de Rayos X, diatermia, instrumental moderno y personal competente y especializado.



Torre de San Martín, en Teruel.
(Foto Mqs. Sta. M.ª del Villar)

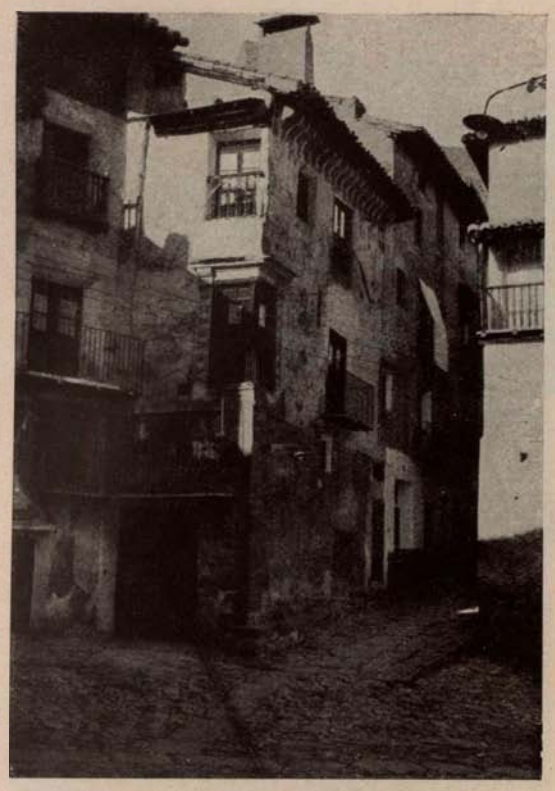
El Manicomio se encuentra instalado hoy en la Casa de Beneficencia; pero se está construyendo otro edificio contiguo e independiente, dotándolo de todos los adelantos modernos para el tratamiento y curación de los muchos alienados de ambos sexos que desgraciadamente existen en la provincia y que en la actualidad se aproxima su número a 200.

Tiene también la Diputación una sucursal de Beneficencia en Alcañiz, donde tienen albergue los ancianos de ambos sexos.

A cargo de la Diputación se encuentran hoy los caminos vecinales, teniendo en conservación y completamente terminados 461 kilómetros, encontrándonos en un período de actividad en la construcción de otros nuevos, que se pagan con cargo al empréstito de 8.000.000 de pesetas llevado a cabo recientemente.

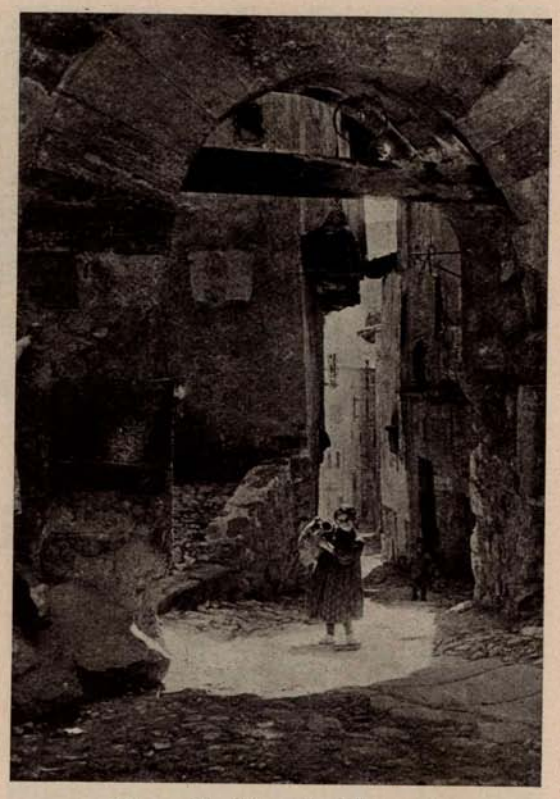
La provincia de Teruel es una de las tres y la más meridional del antiguo reino de Aragón. Confina al N. con la de Zaragoza, al E. con la de Tarragona y Castellón, al S. con la de Valencia y Cuenca y al O. con la de Guadalajara. Su superficie es de 14.818 kilómetros cuadrados, y su población de unos 250.000 habitantes, próximamente.

Comprende nueve partidos judiciales, que son: Albarracín, Alcañiz, Calamocha, Castellote, Híjar, Montalbán, Mora de Rubielos, Teruel y Valderrobres, y hasta hace poco existía el de Aliaga, suprimido recientemente. Consta de 282 Ayuntamientos. Pertenece a la quinta región militar, cuya capitalidad es Zaragoza; a la Audiencia territorial y distrito universitario de Zaragoza, con Instituto de segunda enseñanza y Audiencia de lo criminal en Teruel, y en lo eclesiástico a las diócesis de Teruel, Zaragoza y Segorbe. El número de kilómetros de carreteras en conservación, más los en construcción completamente terminados, ascienden a 1.738 kilómetros, que con



Plaza de Albarracín.

Burbaguena.



Una calle típica de Albarracín.

los 461 de caminos vecinales hacen un total de 2.199 kilómetros.

Está cruzada por el ferrocarril Central de Aragón, que parte de Valencia, pasa por Teruel y termina en Calatayud. El de los directos de Barcelona-Madrid la cruza por la parte N. en los pueblos de Azaila, Puebla de Híjar y Samper de Calanda. El de Val de Zafán a San Carlos de la Rápita, hoy en construcción y ya casi terminado. El de Caminreal a Zaragoza, en construcción; el de Teruel-Alcañiz, también en construcción, y, por último, el de Teruel-Utiel, en período de estudio y pendiente subasta. Existen además, de vía estrecha, el de Zaragoza a Utrillas, que se construyó para la explotación de las m nas de carbón de Utrillas, y el de Sierra Menera a Sagunto, para la explotación de las minas de hierro de Sierra Menera (Ojos Negros), base de la Siderúrgica del Mediterráneo, establecida en Sagunto y dotada de todos los adelantos de la técnica moderna.

Cuenta la provincia con 72 líneas regulares de autobuses de servicio público y tiene comunicación telegráfica y telefónica con los pueblos de Albarracín, Albalate, Alcañiz, Alcorisa, Aliaga, Calaceite, Calanda, Cantavieja, Castellote, Híjar, Manzanera, Monreal del Campo, Mora de Rubielos, Mosqueruela, Santa Eulalia, Sarrión y Valderrobres. Telegráficos y no telefónicos, Calamocha, Montalbán, Ojos Negros y Puebla de Híjar. Telefónicos del Estado y no telegráficos, Albentosa, Alcalá de la Selva, Arcos de Salinas, Beceite, Cabra de Mora, El Castellar, Cedrillas, Formiche Alto y Formiche Bajo, Fortanete, Iglesuela del Cid, Linares de Mora, Mas de las Matas, Mazaleón, Monteagudo de Castillo, Nogueruelas, Pitarque, Puebla de Valverde, Puertomingalvo, Rubielos de Mora, Torrijas, Valbona, Valdelinares y Villarluengo. Tiene, por último, comunicación telefónica, a cargo de la Compañía Telefónica Española, el grupo de la Central de Albarracín, que integra los pueblos de Bronchales, Calomarde, Griegos, Guadalaviar, Monterde, Moscardón, Nogueras, Orihuela del Tremedal, Pozondón, Ródenas, Torres, Tramacastilla, Frías y Villar del Cobo, más las casas forestales de Bronchales y Vega del Tajo.

Pastor de la Sierra de Alcalá de la Selva.

Esta provincia puede considerarse dividida para el cultivo en dos zonas: una templada, llamada propiamente la Tierra Baja y que comprende los partidos de Alcañiz, Híjar, Valderrobres y parte de Castellote, siendo su producción más importante el aceite, conceptuado por sus condiciones el mejor del mundo. La otra zona, que comprende los partidos restantes y cuya altura es 500 a 2.000 metros sobre el nivel del mar, ofrece distintas y variadas producciones, desde los cereales hasta los pastos y bosques, que existen en abundancia en altitudes mayores de 1.000 metros.

Su constitución geológica es sumamente variada, abundando toda clase de terrenos, y, como consecuencia, siendo muy rica en minerales, pudiendo decirse que abunda el hierro, galena, cinc, cobre, calamina, antimonio, manganeso, alumbre, azufre y, sobre todo, los lignitos.

La índole de este trabajo me obliga a no darle más extensión, y termino deseando fervientemente que el éxito de ambas Exposiciones sea seguro y definitivo y se patentice ante el mundo que el Gobierno que tan acertadamente nos rige sabe hacer patria y coloca a España en lugar que le corresponde.

Castillo de Mora de Rubielos.
(Fotos Mqs. Sta. M.ª del Vilar.)

ZARAGOZA

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-Americana
Calle de los Madrazo, 9 / MADRID

Suscripciones. En España y América: 15 pesetas año; en el resto del mundo: 20 pesetas año
Número suelto: 2 pesetas / Los socios de la Unión Ibero-Americana reciben gratuitamente la Revista

BANCO DE ARAGÓN - ZARAGOZA 29 SUCURSALES

CAPITAL. . . . . 20.000.000 de pesetas. RESERVAS . . . . . 5.650.000 pesetas.

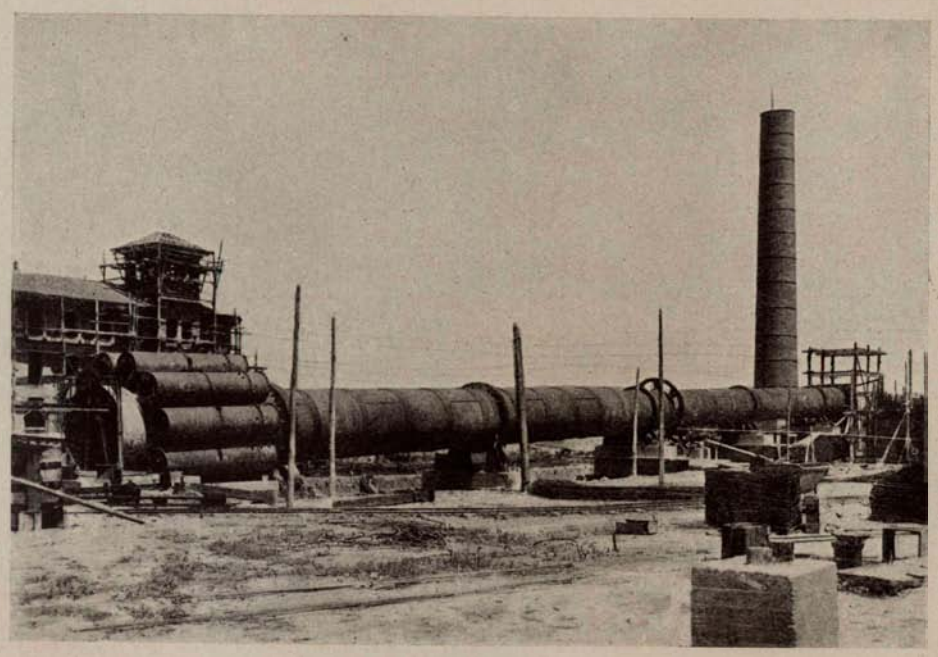
Casa en Madrid y principales plazas de la región - Oficina de servicio de cambio de moneda en la estación internacional de CANFRANC

TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS :-: CAJA DE AHORROS

Departamento especial de cajas fuertes de alquiler. Préstamos con garantía de fincas rústicas y urbanas por cuenta del «BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA», LIBRES DE COMISIÓN Sección «VIAJES HISPANIA»

Cementos Portland Zaragoza, S. A.

Capital social:
5.000.000
de pesetas



Producción anual
60.000
toneladas

Fábrica de «Alfonso XIII» en Miraflores (Zaragoza), montada con los últimos adelantos de la técnica industrial

Oficinas: Paseo de Sagasta, 35 / Teléfonos 1427 y 3910
ZARAGOZA

LA GESTIÓN
DE LA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ZARAGOZA

por
PATRICIO BOROVIO
Presidente de la misma

Rige la vida económica de la Diputación un presupuesto de 7.857.911,57 pesetas, con cuyos recursos atiende a todos y cada uno de los servicios o funciones que como propios se le señalan en la ley, en la medida que las necesidades de la provincia aconsejan y los recursos disponibles consienten.

BENEFICENCIA.—El cumplimiento de este servicio ha venido constituyendo el principal cuidado de la Diputación. En ella se invierte hoy algo más del 50 por 100 del presupuesto y en ella se invertía hasta el 80 por 100 cuando, con la anterior ley provincial, los recursos del presupuesto provincial no excedían de tres millones de pesetas.

Y es que no ya sólo la casi totalidad de la Beneficencia en la provincia es atención provincial, sino que es atendida con gran amplitud de criterio y dotada de cuantos elementos puedan mitigar el dolor o abrir cauces a nueva vida.

Su Hospital de Nuestra Señora de Gracia, aun cuando sostenido exclusivamente con fondos provinciales, en él tiene cabida quien precisa de asistencia, sin justificar origen ni naturaleza. Sus salas de medicina general, en número de 15, y de cirugía, en número de 14, dan cabida a seiscientos enfermos, y aun la necesidad de ampliación ha hecho que la Diputación haya estudiado la ampliación y formado proyecto para construcción de dos nuevos pabellones, cuyo coste de un millón de pesetas va a ser cubierto mediante empréstito ya autorizado, pues que los recursos ordinarios no consentían la ejecución de obra de esa importancia, no omitiéndose ningún sacrificio en la organización de los servicios.

Aparte de ello se hallan establecidas consultas gratuitas para aquellas asistencias que no precisan hospitalización, asistencia que se presta con la misma amplitud que rige para el ingreso en el establecimiento.

En la capital sostiene un Hospicio-Inclusa, con su Casa de Maternidad; ésta, recibiendo un promedio de 300 seres al año, y aquél, educando y formando para la vida unos 800 asilados.

La lactancia se hace mediante nodrizas, unas internas en el establecimiento y otras externas, a las que se abona la retribución correspondiente, además de haberse instituído premios especiales, que se conceden a las nodrizas que han cumplido con más esmero su cometido durante el período de la lactancia.

Este sistema de lactancia, sobre haber disminuído en mucho la mortalidad de los niños, lleva sentimientos de cariño hacia esos seres tan necesitados de ello, al extremo de que la mayor parte son sacados del establecimiento por las personas que estuvieron encargadas de su lactancia, al terminar el período de crianza.

Ya los asilados en la edad de siete años cumplidos, hasta ella y desde terminada la lactancia, son trasladados al Hospicio de Calatayud, reciben la instrucción necesaria y después la profesional, a cuyo efecto funcionan doce talleres de enseñanza de otros tantos oficios.

Muy especial cuidado pone en esta enseñanza la Diputación. Esos talleres, cuya atención es la enseñanza, se hallan por lo mismo dotados de los elementos precisos para que el asilado, al salir, por razón de edad, del establecimiento, pueda sin dificultad alguna y por sus conocimientos ser útil a él mismo y a la sociedad. Finalidad que, perseguida con tanto cariño por la Corporación y que tanto sacrificio ha costado, lo tiene de tal forma conseguida que de los elementos disponibles y pericia de los asilados son garantía los trabajos que los talleres realizan para fuera de la Corporación.

Esta función de Beneficencia se halla completada con un Hospicio-Inclusa en Calatayud, con un promedio de 150 niños asilados, y un Hospicio en Tarazona, destinado a asilo de ancianos desamparados, con unos 180 acogidos.

Este ligero cuadro, expresión de lo que es la Beneficencia provincial en Zaragoza, justifica su importancia, así como la vista de todos y cada uno de los servicios justificaría la labor constante que la Diputación realiza en favor de los necesitados.

CAMINOS VECINALES.—Una de las principales funciones que el vigente estatuto ha encomendado a las Diputaciones fué recibida por la de Zaragoza con el ferviente deseo de verla realizada en plazo corto. Dentro de sus reducidos recursos, con la vigencia de la anterior ley provincial, la necesidad de la construcción de vías de comunicación fué sentida en toda su realidad, y a sus expensas se habían construído y conservaban algunas carreteras de carácter provincial.

El proyecto a ejecutar por virtud de la nueva función provincial lo constituyen 1.150 kilómetros de caminos, que forman éstos en número de 180 y comunican a 190 pueblos de la provincia.

A 250 kilómetros afecta ya la obra ejecutada o en ejecución que pasa a período de conservación. La mayor disponibilidad de cantidad a invertir por virtud del empréstito concertado por la Mancomunidad de Diputaciones ha de dar lugar a que se lleve con una mayor actividad la ejecución de las obras, y puede afirmarse que dentro del plazo señalado se hallará construída esa red de caminos vecinales, que tanto beneficio ha de reportar a esta provincia, que, eminentemente agrícola, está conociendo el resurgir de esa riqueza y luchaba en muchos casos con la dificultad de vías de comunicación que facilitasen el transporte de los artículos.

FOMENTO DE LA RIQUEZA AGROPECUARIA.—Estimando la importancia que esta riqueza tiene en la provincia, atiende a su desenvolvimiento, y a tal fin tiene consignadas e invierte cantidades en el fomento de la enseñanza agrícola y ganadera, organiza y subvenciona Concursos de ganados y Exposiciones, y espera, no sin fundamento, por la preparación ya hecha, poder realizar labor beneficiosa a los intereses de la provincia dentro de la nueva organización agropecuaria.

SANIDAD E HIGIENE.—Necesaria en muchos pueblos la ejecución de obras de carácter sanitario, y careciendo éstos de recursos bastante para llevarlas a efecto, la Diputación, atendiendo a ello, ha consignado en su presupuesto cantidad hasta de 80.000 pesetas, que en cada año otorga como subvención para ejecutar aquellas que mediante concurso se estiman más adecuadas y en la proporción a la ayuda que, dada su situación, precisa cada Ayuntamiento. Veinticuatro pueblos han realizado ya con este auxilio obras de carácter sanitario, y esta labor de la Diputación es al propio tiempo estímulo en materia de tanta importancia.

Cumpliendo con lo preceptuado en el Estatuto provincial y en materia de Higiene, ha organizado y funciona ya el Instituto provincial de Higiene, en local propio y adecuado, pues que se ha construído a tal fin, y con los elementos necesarios al servicio que han de ir completándose en años sucesivos.

CULTURA.—En fomento de la cultura otorga becas de estudios para las distintas Facultades, así como pensiones para ampliación en el extranjero de estudios de artes y oficios. Y ha organizado y funciona una Biblioteca popular en Calatayud, que, dotada de momento con elementos bastantes a su finalidad, habrá de ser ampliada en cada uno de los años.

ZARAGOZA

POR

PASCUAL GALBE

Archivero-bibliotecario de la Diputación provincial

Zaragoza, maravilla de la fe, ciudad inmortal, capital del antiguo Reino de Aragón y hoy de la provincia de su nombre, tiene su asiento a las orillas del Ebro, cuyas aguas ve deslizarse orgullosa de su pasado, satisfecha de su presente y confiada en el porvenir.

Historia... Frases... Nombres... Hechos... ¡Qué difícil es sintetizar la complejidad, la plenitud de vida de nuestra tierra en unas pocas cuartillas. Un genio quizá pudiera hacerlo. Un hombre vulgar, un cualquiera, cuando lo intenta, vacila, duda y, si es aragonés, le pasa casi siempre lo que a aquel Martín Fierro, el gaucho enamorado de las Pampas, que las cantaba incansablemente. «Las coplas le iban brotando como agua de manantial». Al aragonés le brotan jotas como expresión supremamente sincera de sus sentimientos. Jotas más o menos literarias y bellas, pero puras, espontáneas, atropelladas. Aragón, corazón de España... Pilar, Ebro, Moncayo, Pirineos, Reyes, Justicias, Mártires, Héroes, Gracián, Goya... Se agolpan los grandes motivos raciales con una abundancia que sólo podría afrontar sin desconcierto un gigante de la Literatura o de la Historia—como Zurita—, que pudiera alzarse sobre el panorama inmenso de la nuestra, con la misma olímpica serenidad con que Costa atalayó desde su altura inaccesible la amplitud inmensa de las hondas realidades.

La Virgen del Pilar.

* * *

El desconocimiento o, mejor, el falso conocimiento de Aragón se acentúa y hay que reaccionar, arrinconando en el desván de los viejos trastos nuestra absurda modestia regional. Aragón, con motivo del grandioso Certamen iberoamericano que se celebra en la luminosa, deslumbrante y bellísima Sevilla, podía aprender de la misma a conocerse y apreciarse. Jamás un andaluz criticará a su tierra con la saña acerba con que nosotros criticamos los defectos hipotéticos de nuestras cosas. Ni aun pondrá el menor «pero» ni dirá nada que no sea un elogio apasionado. Los veréis siempre orgullosos de sus ciudades y sus campos, satisfechos de haber nacido en ellos, dispuestos a apreciar siempre debidamente el gran don divino de ser andaluces. Aunque la Giralda no fuera, como es, un definitivo poema de ritmo y armonía, un grito supremo de arte lanzado audazmente al cielo, la tendríamos que ver así a través de los elogios fervientes de la pirotecnia piropeadora de todos los andaluces. Nosotros, en cambio, que tuvimos también la maravilla mudéjar de la Torre Nueva, otra flecha de puro arte humano que se erguía entre las nubes hacia las regiones divinas, la derribamos precipitadamente porque se torció un poco, con el mismo gesto implacable con que los espartanos sacrificaban a sus hijos deformes. Aprendamos las lecciones de Andalucía y, sobre todo, la gran lección de su optimismo alegre y de su autocultivo preciosista, y si la región áspera y ruda del Ebro supiera aprovechar las lecciones que pudiera darle la tierra del Guadalquivir, mucho llevaría adelantado en la difícil empresa de encontrarse su propia personalidad magnífica y maltratada. Y si se nos permitiera hacer frases de esas que a un espíritu sutil le explican todo lo inexplicable mejor que los mejores razonamientos, bien pudiéramos decir que, puestos a buscarle novia a nuestro Aragón recio y descuidado, no podríamos soñar ninguna como Andalucía, grácil y primorosa. Otras regiones exaltan abiertamente sus cualidades positivas y blasonan de laboriosidad o simplemente de gracia y alegría. Aragón no ha exaltado nunca el que orgulloso puede usar como su legítimo blasón «VERDAD Y JUSTICIA», y se nos acusa de rudos y excesivamente sinceros, simplemente porque somos justos y llamamos a las cosas por su nombre, sin circunloquios suavizadores, y usamos siempre aquella serena seguridad, exenta de cortesanía, con que los nobles de sangre y de espíritu de nuestras montañas supieron decirle a su primer Rey: «Nos, que somos tanto como vos y junto más que vos...» (después se ha dicho muchas veces «tanto monta Isabel como Fernando» y son dos tantos, y así pudiéramos apuntarnos otros muchos). Así hablaron y así hablamos y hablaremos, sin preocuparnos de que a esta nuestra seca justicia la llamen y la sigan llamando

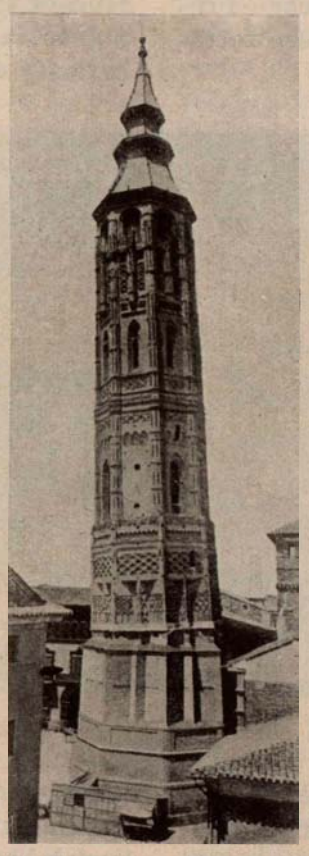
rudeza quienes, por su desconocimiento absoluto de la verdad, la pueden confundir con aquélla.

Un día el genio de la raza alza un templo magnífico al son recio de su palabra hablada y a la sagrada autonomía de su voluntad, y traza el aforismo imperecedero, orgullo de jurisconsultos: «Pactos rompen fueros».

Otra vez, cuando en épicas esferas se ventilan sangrientamente otros modos y formas de nuestra independencia y ya parece que Aragón, agotado, tendrá que oír al instinto de conservación y aceptar la oferta «Capitulación y paz», contesta despectivo, cuidando hasta la imponente dignidad del laconismo: «Guerra y cuchillo».

La iglesia del Pilar y el puente de piedra.

Junto a Francia, antorcha del mundo y en íntimo contacto con él y con aquélla, entre Vasconia y Cataluña, avanzadas de España en el camino de la civilización y entre Castilla la Vieja y el viejo «Mare nostrum», allí está Aragón, abierto a todas las influencias, pero conservando siempre su recia personalidad. No es buena su tierra, seca y esteparia, de tomillo y romero, tierra que pudiera simbolizarse por la gris hondonada de Fuendetodos, donde la infancia de Goya respiró la seca seriedad trágica y huraña de sus atormentadoras concepciones. Desde el nevado Pirineo hasta el abrupto Albarracín, es Aragón una serie de desiertos: Valtierra, Lagata, Violada, Calanda, Monegros... y, sin embargo, para su orgullo, entre las provincias españolas que más tierra riegan figuran Zaragoza y Huesca, aventajadas sólo por Badajoz, Cáceres y Ciudad Real, provincias éstas que deben su prioridad a su gran extensión territorial. Aragón produce cinco millones de quintales de trigo y seis de remolacha y la tercera parte del azafrán español, sin contar sus vinos ni sus frutas, ha trabajado ruda y afanosamente su pobre territorio, y ahora tienen sus sacrificios una continuación de la obra inmortal de Pignatelli y fundadas esperanzas en la obra grandiosa de la Confederación del Ebro,



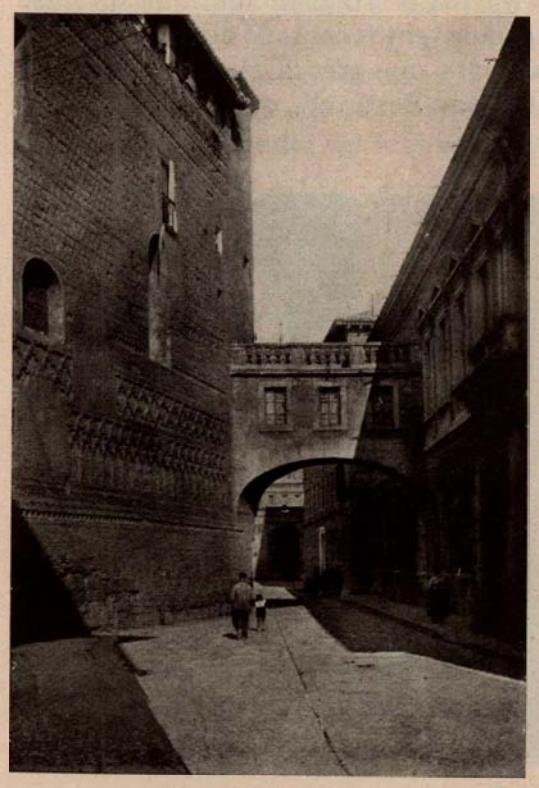
La Torre Nueva de Zaragoza, maravilla mudéjar, derribada precipitadamente porque se torció un poco.

que muestra cómo el río padre, que dió nombre a la Península, puede darle la gran vitalidad que la región desea para la patria.

La trayectoria de la vida material aragonesa es, en resumen: pobreza inicial, trabajo constante, tesón, progreso creciente.

Pero dejemos este aspecto sociológico y psicológico, pues al observador corriente le interesa más el tener noticia de los encantos que Aragón puede ofrecerle. Empezando por el norte, donde Aragón empieza y empezó en la Historia, encontramos una región extensísima, la mitad superior de la provincia de Huesca, en la que los Pirineos (cordillera llamada así por Posidonio—de pyros, fuego—, en recuerdo del primer incendio de sus bosques) ofrecen el espectáculo de su grandiosidad. Picachos inaccesibles, valles maravillosos, ríos de purísimas aguas despeñadas en fantásticas cascadas, forman un conjunto de impresionantes lugares que no ceden en belleza a los más imponentes paisajes montañeses. El viajero que llegue por fortuna a apreciar la belleza indescriptible de los panoramas de los valles de Ordesa, Hecho, Ansó, Tena, jamás podrá dejar de recordar la paz del paisaje, la diafanidad del aire y el silencio único y maravilloso de las montañas pirenaicas, bajo el que parece sentirse cómo se van soldando los átomos de los estratos y cómo caen uno tras otro los instantes inexorables de la eternidad.

Por carreteras magníficas, bien conservadas y cuidadas, se llega a cualquiera de los lugares más bellos y estratégicos en cómodas excursiones, partiendo de Jaca (la perla del Pirineo): a Pamplona, Sangüesa, Isaba y Roncal, Hecho y Ansó, Collarada, Oruel, San Juan de la Peña, lugares todos de una belleza insuperable, cantada en todos los tonos por todos los viajeros, pues, como dijo entusiásticamente el gran hispanista Luciano Briet, «ni quienes traen el ánimo cautivado con los encantos del Colorado han dejado de extasiarse ante el Cotaruelo y Ordesa», el



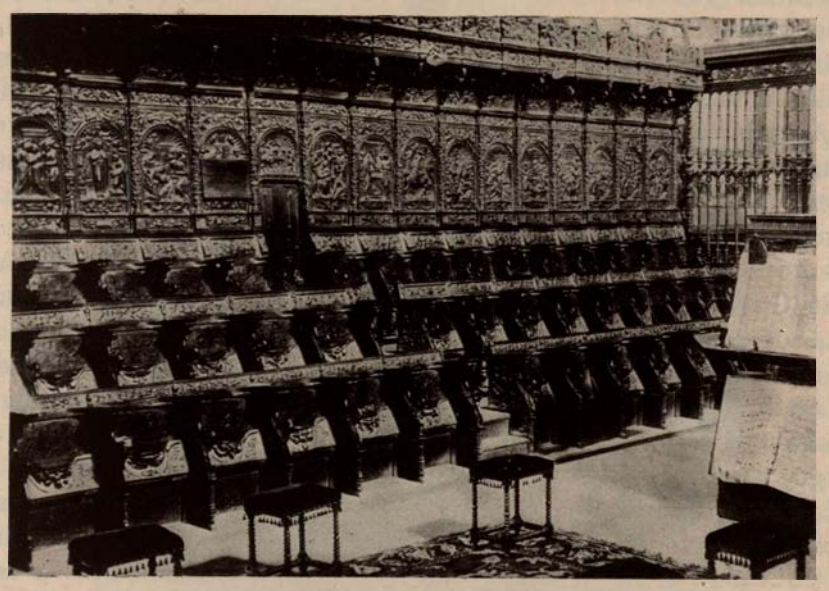
Arco del Arzobispo.

Detalle de la sillería del coro de la iglesia del Pilar.

Plaza de Aragón y paseo de la Independencia, en Zaragoza.

valle indescriptible con sus cuatro peñas gigantescas—Frocata, Gallinero, Mondaruego y Diáscaro—que parecen fortalezas ciclópeas de un trono olímpico.

La gran cadena de cimas va descendiendo después en circos y puertos magníficos e impresionantes, y el paisaje se suaviza en las Sierras de la Peña (donde los primeros bravos aragoneses iniciaron la gran gesta de la reconquista) y de Guara, hasta llegar a la lisa monotonía de las llanuras y el valle del Ebro, eje geográfico de Aragón y elemento importantísimo de la vida nacional en paz y en guerra, poema geórgico o épico, según las circunstancias.



Maravillosa sillería del coro de la iglesia del Pilar.

Y otra vez el terreno se quiebra y empiezan en seguida los cabezos, las colinas a seguir mostrando en sus cortaduras y recovecos la continuidad necesaria del tesón aragonés, vencedor de la tierra rebelde. Al principio son sierras microscópicas, como las de La Muela y Villarroya; pero en seguida crecen y se encrespan hasta acabar en el gran oleaje montañoso del sistema ibérico. Pero en la ruda sucesión de montes hoscos hay también con frecuencia rincones de delicia, y símbolo de todos ellos es el universalmente famoso Monasterio de Piedra, lugar de una belleza romántica, casi decadente a fuerza de exquisitez y de exacerbación del propio romanticismo, jardín siempre lleno de parejas enamoradas, que es tradición aragonesa pasar allí los novios su luna de miel, como si todos ellos conocieran aquel elogio sonoro y rimbombante del asendereado Campoamor: «si como arte es la octava maravilla, como arte natural es la primera.»

¿Quién sabría cantar en los tonos secos y puramente descriptivos de la sinceridad informativa lugares tan tradicionalmente literarios sin dejarse llevar de ese afán natural de hacer literatura sobre tema tan bello que nos impregna instantáneamente de un deseo loco de nuevas bellezas? ¿Quién podrá decir escuetamente «la cola del caballo» o «el lago del espejo» sin intentar pintar con el pobre colorido que lograr pueda su habilidad verbal las cascadas atronadoras, fragorosas colgaduras de plata transparente ante la entrada misteriosa de las grutas de maravilla, el lago sombrío lleno de legendarias sugestiones y el conjunto único en que la luz y el agua juegan sus extraños juegos de irisaciones?

Y si de las bellezas naturales de Aragón pasamos a las que sus viejas ciudades encierran, también es difícil frenar el entusiasmo descriptivo. Jaca, la perla del Pirineo, con sus perspectivas límpidas y radiantes de horizontes cortados por la quietud nostálgica de las montañas en la calma malva de los crepúsculos; Tarazona, la Toledo de Aragón, que canta desde el fondo rumoroso de las alamedas de la vega hasta la cruz de la esbelta torre de la Magdalena una incansable canción de arte. Y como ella otras tantas: Huesca, Teruel, Borja, Caspe, Daroca, Albarracín, ciudades perfectas en su proporción y en su ritmo lento de pueblos viejos, relicarios milagrosamente vivos de todo lo que nos legó el pasado, desde la gracia mudéjar de nuestras torres hasta el rudo encanto de nuestras leyendas; la cruz guerrera de Garci Jiménez sobre la recia encina; el caballero San Jorge, matamoros, aliado milagroso de Pedro I; la campana de Velilla, que llegó también por arte celeste desde el mar al Ebro y tocaba sola anunciando terribles acontecimientos; aquella otra terrorífica campana de Huesca que formó el implacable Don Ramiro con cabezas de nobles rebeldes; y como para refrendarlas todas y autenticarlas y darles esa nota de veracidad y de realismo que es la característica de Aragón, las momias de Isabel de Segura y de Diego Marcilla, los amantes inmortales, tangibles, visibles, «vivos aún» pudiera decirse, vueltos el uno al otro en una perpetuación ultratumbal de su amor sobrehumano.

Y en el centro de todo, presidiéndolo a todo, como la culminación final de la gran sinfonía o el verso último y definitivo del gran poema de Aragón, Zaragoza, la reina del Ebro, en un llano amplísimo, novia del viento, como dijo «Xenius», siempre bajo la ruda caricia del Moncayo, besada por él siempre en un beso inacabable de suprema y aérea pureza, y la pureza misma de su cielo azul que no queremos cantar porque habiéndolo tantos cantado bueno es dejarle la palabra a un imparcial, para que crezca el mérito del elogio, y sea el académico francés Bertrand, que dijo así: «Lle-

Naves y capilla del venerado Cristo de la Seo.

Interior de la Lonja.

gado a la mitad del puente del Pilar, vuelto hacia poniente, contemplo ante mí el más bello espectáculo que me será dado admirar en toda mi vida. A mi entender, nada hay más bello; pero para hallar esta belleza ha sido preciso hallar la colaboración de esta luz, una bendita luz que no es quizá posible ver más que en Lukzor o en las cercanías de las grandes dunas del Sahara, y el plateado espejo del Ebro, que copia bellas arquitecturas maravillosamente emplazadas, y la feliz curva del río, que le da un carácter y un acento únicos a todo el paisaje; todas estas cosas excepcionales es preciso reunir para crear la deslumbradora belleza del crepúsculo de Zaragoza.»

Así se habla de nuestra ciudad por el mundo, y a veces no sólo disfruta de frases de tan apasionado elogio, sino de acciones calladas que tanto más la enorgullecen, como la de aquella Infanta de España que la visitó muchas veces, y como una más se atreviera alguien a preguntarle el objeto desconocido de su nueva llegada, contestó sencillamente: «Hace mucho que no he visto anochecer desde el Cabezo.»

Zaragoza es, en razón a las que dimos al principio de estas cuartillas, una de las ciudades más interesantes de España, y puede tener también su puesto señalado en la lista de las del mundo y hasta lo tiene ya, porque en el mundo católico es uno de los grandes santuarios de la fe y lugar de peregrinación universal, como Roma y Santiago.

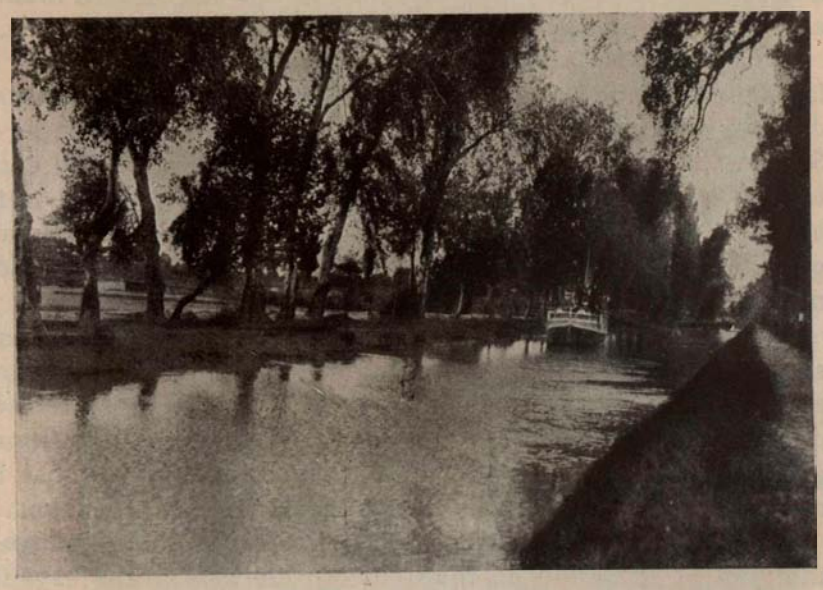
Pero aparte este aspecto, que es para los aragoneses el más importante, porque nadie sabe lo que a un aragonés lo robustece a lo largo de su vida su fe innata e inquebrantable, adquirida y arraigada desde que en su nacimiento mismo es ofrecido, según costumbre tradicional, a la Virgen y puesto bajo su amparo y protección; en una consideración más limitada y humana rebosa Zaragoza motivos de curiosidad e interés. El templo mismo del Pilar, aparte su valor católico, es quizá el esfuerzo más grande y costoso del barroquismo. Y en él se encierran cosas aisladas de un valor inapreciable como el soberbio retablo de alabastro del altar mayor, indiscutible prodigio escultórico, y la maravillosa sillería del coro, asombrosa obra de talla en que los motivos cristianos y paganos se combinan con originalidad en un alarde espléndido de exuberancia riquísima y depuradísimo buen gusto. Y en el orden de lo pintoresco, motivo grande de curiosidad es el joyero riquísimo de la Virgen, donde figuran, ofrecidos por la devoción del mundo, desde el exvoto modestísimo de la muchachita obrera hasta las preciosas alhajas de los próceres más acaudalados, pasando por todo un mundo conmovedor de recuerdos personalísimos, en los que cada fiel ha ofrecido en símbolo lo mejor de su vida: arcos de violinistas, espadas de caudillos y estoques de toreros.

Portada plateresca de la iglesia de Santa Engracia, en Zaragoza.

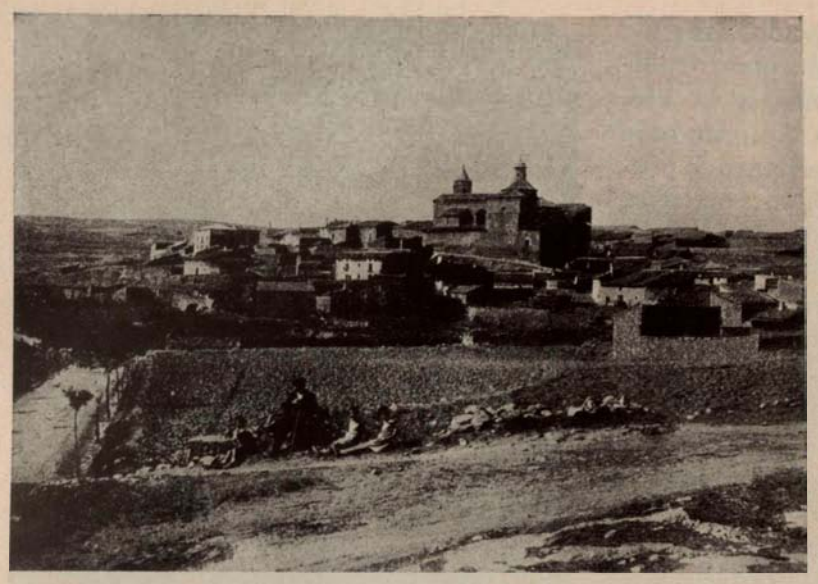
Pero no acaban aquí, sino sólo empiezan, las visiones artísticas que Zaragoza ofrece a su visitante, cordialmente recibido siempre y saludado en las ocasiones solemnes por expresivos carteles que se cuelgan en la calle central de la urbe, no sin la protesta de algunos que consideran el gesto cordial demasiado rural y disonante con la extensión y cosmopolitismo de la ciudad.

Zaragoza tiene como privilegio rarísimo dos catedrales, señal inequívoca de la excepcional importancia de la sede.

La Lonja de Zaragoza, muestra del peculiar estilo de la tierra.

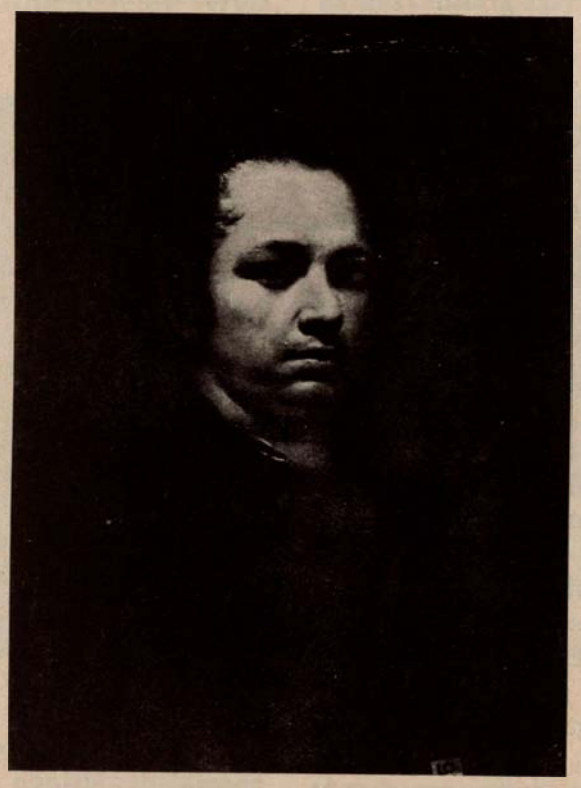


El Canal Imperial, obra de Pignatelli.



Vista del pueblo de Fuendetodos, cuna de Goya.

El Pilar, la gran basílica mariana, había de tener culto y esplendor catedralicios, y así se concedió; pero la verdadera catedral originaria—La Sede, La Seo—no iba a perder sus prerrogativas, y así, además de la suntuosidad barroca del Pilar, hay en la ciudad otro gran templo prócer y episcopal, o mejor archiepiscopal, con todo el esplendor y la mística y sombría grandiosidad de las viejas edificaciones góticas. Otro retablo de alabastro, magnífico compañero del del Pilar, un trascoro de vigorosa escultura y fino primor plateresco, un Cristo famosísimo, tan venerado como impresionante, y otros muchos detalles interesantísimos en las capillas, serían bastantes a su fama; pero tiene, además, su construcción originalísima, su planta-salón, que le da un aspecto desacostumbrado y curioso, y la peculiar iluminación de pequeñas ventanas redondas que lo envuelve continuamente en una semioscuridad altamente sugestiva que facilita la evocación más emotiva de los tiempos pretéritos y hace casi sobrecogerse el ánimo cuando, en la soledad sonora de las naves enormes, alguien muestra al curioso visitante, colgadas en las góticas columnas, las espadas mohosas con que en un día lejano, a la hora de maitines, unos rebeldes desalmados dieron muerte alevosa, bajo el altar mayor, al inquisidor Pedro de Arbués.



Autorretrato de Goya.

Dos catedrales... Aun tres pudiera haber si dependiera de la adecuación de la grandiosidad de los templos a la solemnidad del fin la concesión del privilegio. Porque la parroquia de San Pablo, más impresionante quizá que la de La Seo como templo sombrío y recoleto, tiene todos los elementos—retablos soberbios, magníficas tablas primitivas, torre airosísima—que pueden calificar arquitectónica, escultórica y pictóricamente a una iglesia de catedralicia.

Y aun tiene la ciudad, para que sean cuatro—como en Roma—sus grandes edificios religiosos, una más: la de Santa Engracia, que además de lucir una preciosa portada plateresca, que es una verdadera filigrana de insuperable pureza y finura, guarda orgullosamente en su sagrada cripta catacumbal los restos gloriosos de los innumerables mártires zaragozanos.

En lo profano, el castillo de la Aljafería es jalón indispensable en el recorrido de todo curioso del arte árabe español, y sin llegar por su deficientísima conservación (hoy está convertido en cuarteles) a la importancia de la Alhambra o del Alcázar sevillano, tiene su lugar correspondiente y preeminente en la historia del arte musulmán.

Y como muestra del peculiar estilo de la tierra y del genio artístico de la raza, entre el Pilar y La Seo, junto al Ebro, rodeada de unos jardines en que grandes bandadas de palomas ponen una nota de cultura y refinada humanidad, se alza la Lonja, serena, sobria, majestuosa, expresión del arte aragonés, que es exterior e interiormente un prodigio de ritmo, de armonía y perfección de proporciones.

No es sólo Zaragoza ciudad de buenos monumentos. Barrios tiene interesantísimos, como el del Arco del Deán o Boterón, en que, como en Toledo y Tarazona, se conserva el encanto novelesco de los tiempos idos, y puntos de vista pintoresquísimos, como el del ábside de La Seo, bajo el arco del Arzobispo, con la Lonja al fondo y un primer término de sabor italiano—la fuente de la Samaritana—, en que la sensación es la de una ciudad depurada y plenamente artística. Pero Zaragoza es la ponderación misma. Tiene su parte artística, lo que corresponde o lo que representa en Aragón el arte. Pero no se ha entregado a una conservación devota de las cosas viejas ni ha sentido el menor interés por quedarse en ciudad-museo. Consciente de su situación privilegiada entre Madrd y Barcelona, Vasconia, Valencia, al pie de uno de los caminos de Francia y unida directamente a ella por un ferrocarril que ya funciona, a la orilla de un río majestuoso e inagotable y en una vega feraz, ha comprendido y ha sentido plenamente que está llamada a ser—y aun lo es ya de hecho—la gran ciudad continental española, y se dispone a serlo, mejorándose y engrandeciéndose con una rapidez y una eficacia admirables, no superadas por ciudad alguna. La urbanización perfecta y acertadísima de su sector central, extendida hasta límites muy considerables, le dan un inequívoco aspecto de gran ciudad, por muy pocas de las españolas superado. Grandes parques en período de incansable y activo progreso—Buenavista, las Balsas y Arboledas del Ebro—rodean el radio de la población, que se ensancha rapidísimamente en barrios populosísimos. En las Delicias ha surgido una ciudad nueva con muchos miles de habitantes, y el viejo «Rabal» se apresta

El lago del espejo, en el Monasterio de Piedra.

Tarazona, la Toledo de Aragón.

Albarracín.

a modernizarse y a urbanizarse a toda prisa, ayudado por la instalación en lugares cercanos de la gran escuela bélica en que se educan en el valor y la disciplina los caudillos futuros de los soldados de España. El progreso es continuo y, sobre todo, rapidísimo, y la nota característica de este gran renovarse de la capital de Aragón es que pasa desapercibido para el resto de los españoles—nos referimos, naturalmente, al vulgo, no al hombre culto—, que hasta que no lo ven no tienen idea de ello y muestran unánimemente una sorpresa asombrada al encontrar una gran urbe donde pensaron hallar una vieja y dormida ciudad provinciana más.

Este fenómeno es curiosísimo y digno de notarse, porque integra y complementa el hermoso cuadro del progreso nacional; mientras unas ciudades crecen de repente para lo extraordinario en virtud de un gigantesco impulso momentáneo, alarde admirable de potencialidad—como Sevilla, Barcelona—, la evolución lenta y seguida de las otras sigue sin interrupción ni desmayo, y como muestras las grandes Exposiciones enseñan triunfalmente al mundo lo que es España, otras ciudades, como Zaragoza, preparan para un futuro próximo una nueva floración de grandes éxitos, cultivándose a sí mismas esmeradamente, para ofrecer luego orgullosamente una nueva gran ciudad a la patria.

Puerta de la Mezquita del Castillo de la Aljafería, en Zaragoza.

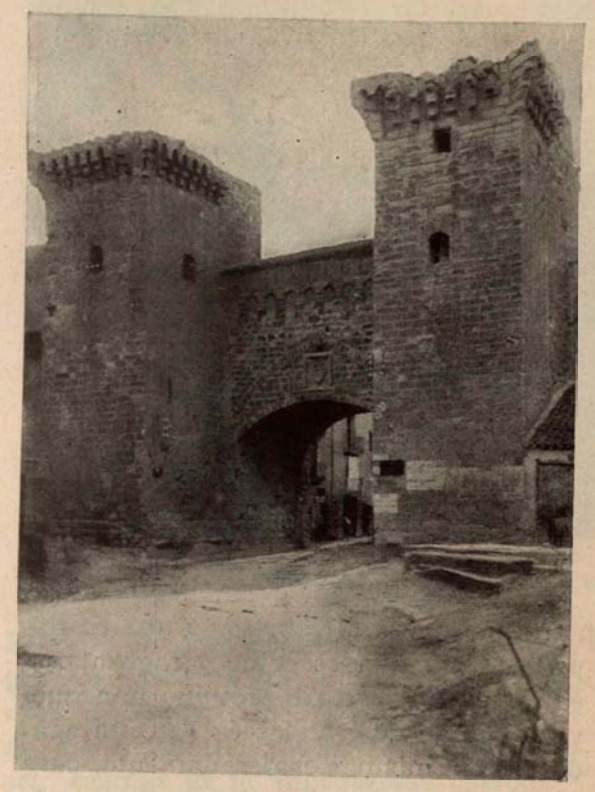
Esta es la capital de Aragón, corazón de España, y este es Aragón mismo, la tierra de las grandes empresas y de los valientes insumisos iberos, romanos, godos y árabes; de todo han sido Aragón y Zaragoza; pero poniendo siempre por encima de todo su salvaje amor a la independencia, a la autonomía y a la personalidad. Unas veces con el estoicismo de los mártires ante el César, otras con el ímpetu desbordado, torrencial, de los que desde los bosques sagrados de San Juan de la Peña se lanzaron a la loca empresa de la Reconquista, y por fin, con el tesón heroico, temerario y sobrehumano de la epopeya de los Sitios.

No consintió nunca Aragón nada que consentir no debiera; pero si fué inquebrantable en las situaciones de violencia, suave reverso de

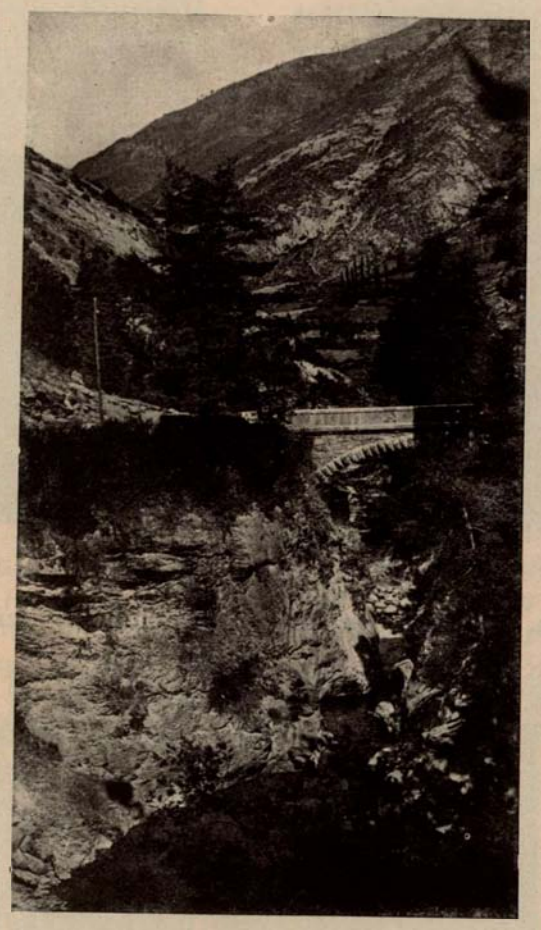
El Pirineo aragonés: Lanuza.

(Fotos L. Nueda).

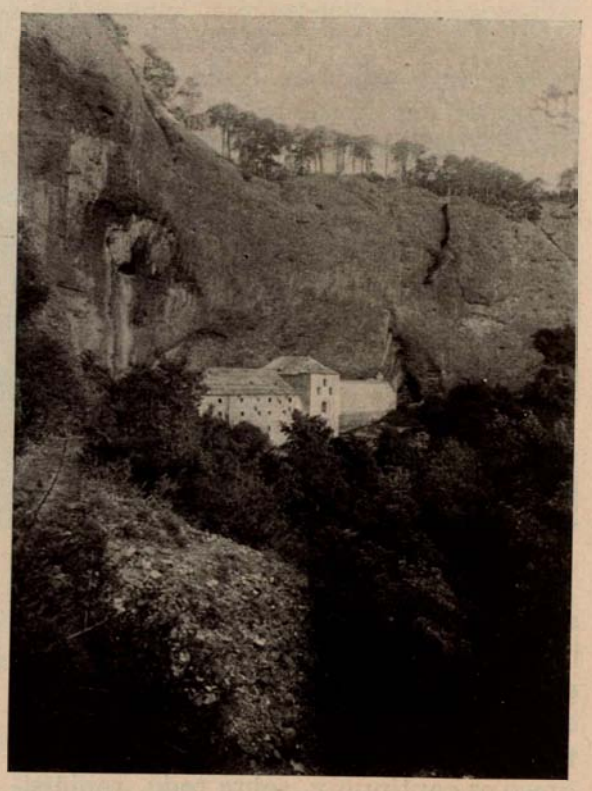
Aspecto del cementerio viejo de Tarazona.



Daroca.



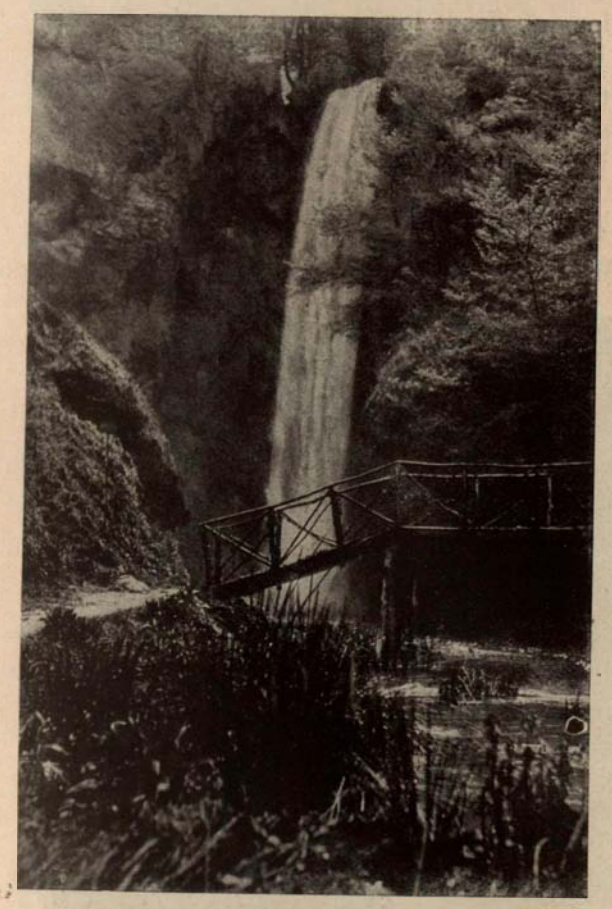
Rincón del valle de Tena, en el Pirineo aragonés, camino de Francia.



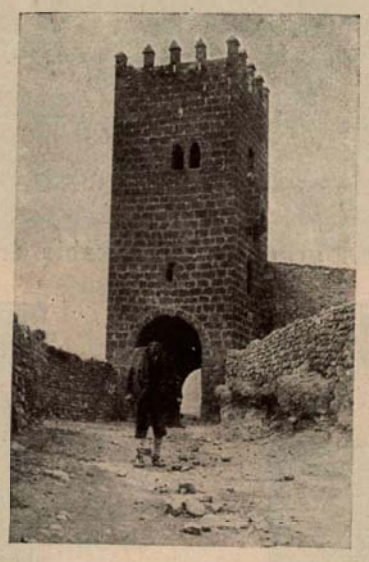
San Juan de la Peña.

medalla es su bondad y altruísmo en las ocasiones pacíficas. La unidad nacional se hizo por él con un júbilo callado e íntimo, a prueba siempre de ingratitudes; calladamente dió su eficacísimo impulso a la obra genial de los navegantes del descubrimiento, y con fervor cordial hizo cuanto pudo por la compenetración de todos y la creación de la nueva alma nacional, renunciando como nadie hasta a las particularidades de su idioma, que lo era en su origen bien distinto y acusado, y se fundió con el castellano tan perfectamente que pudieron ir a enseñarlo a Castilla los hermanos Argensola.

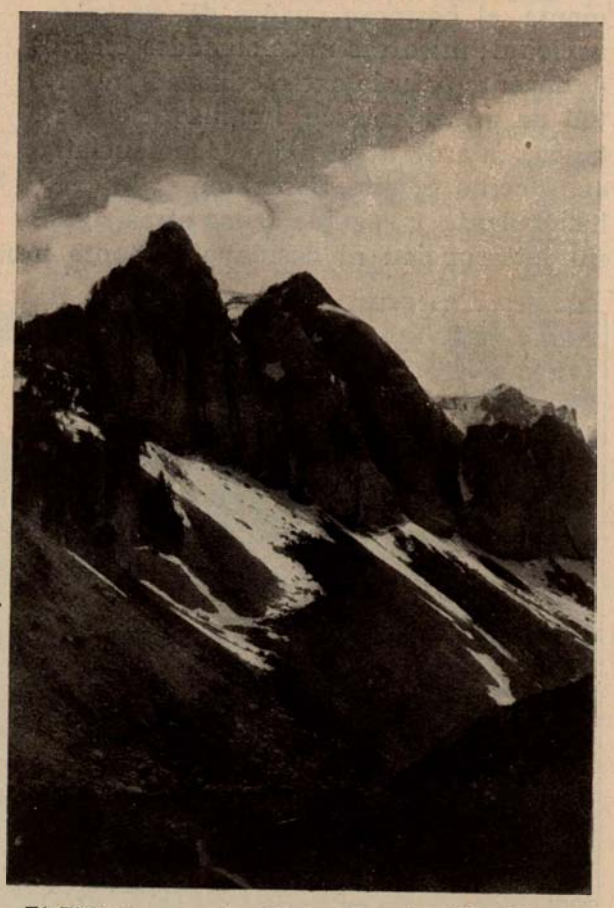
Así es Aragón, el de los epítetos sonoros, que no ha encontrado aún el cantor sincero y objetivo de sus grandezas, y calla y labora pensando en su patria y en la Virgen, orgulloso de su pasado, satisfecho de su presente y confiado en su porvenir.



La cascada de la cola del caballo, en el Monasterio de Piedra



Torre del Homenaje, en el Monasterio de Piedra.

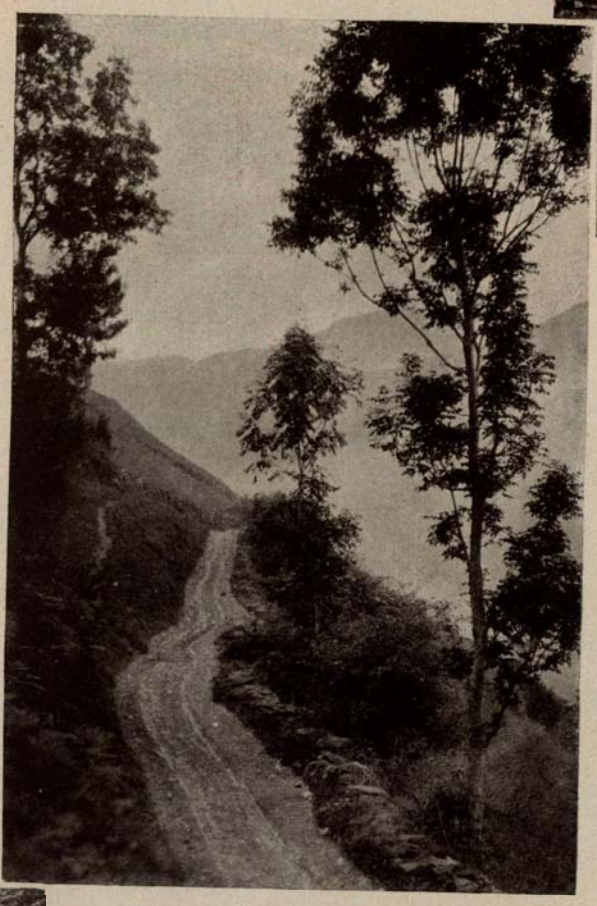


El Pirineo aragonés. (Fotos Mqs. Sta M.ª Villar.)

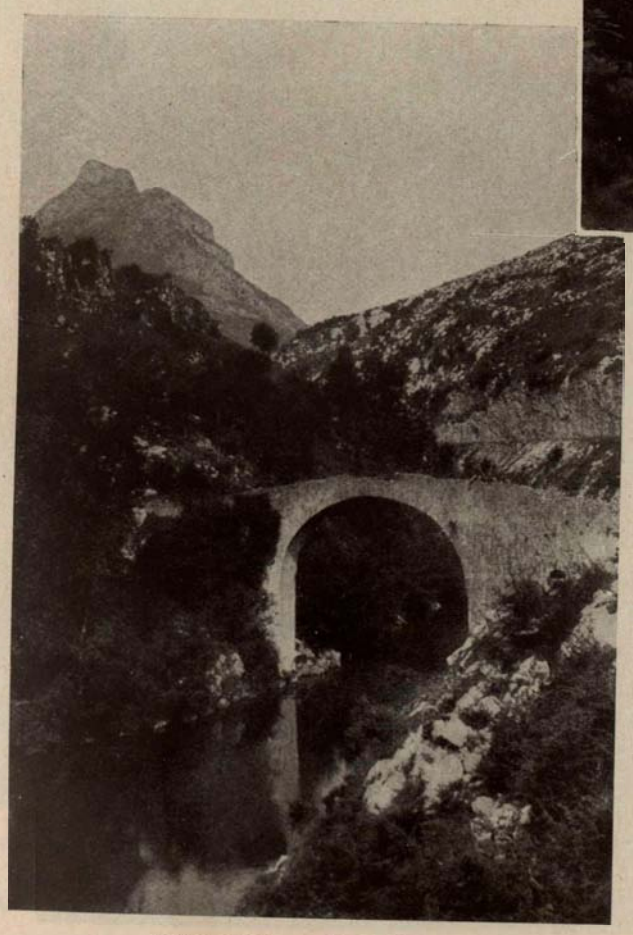
La catedral de Oviedo.

ESTAMPAS ASTURIANAS

Un leñador, en el Puerto de Pajares.



Detalle del Puerto de Pajares.
(Fotos Mqs. St. M.ª Villar.)



Peñamellera y el río Cases.

Un futuro labrador. (Foto Collada)

ASTURIAS: ARCADIA

INVOCACIÓN

por

Armando Palacio Valdés

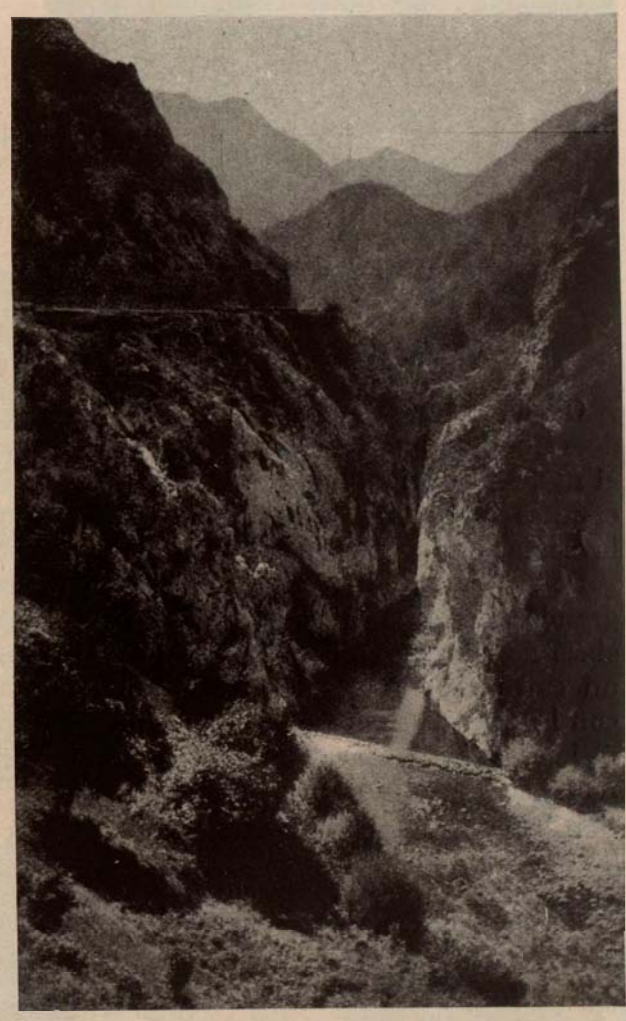
De la Real Academia Española

Et in Arcadia ego.

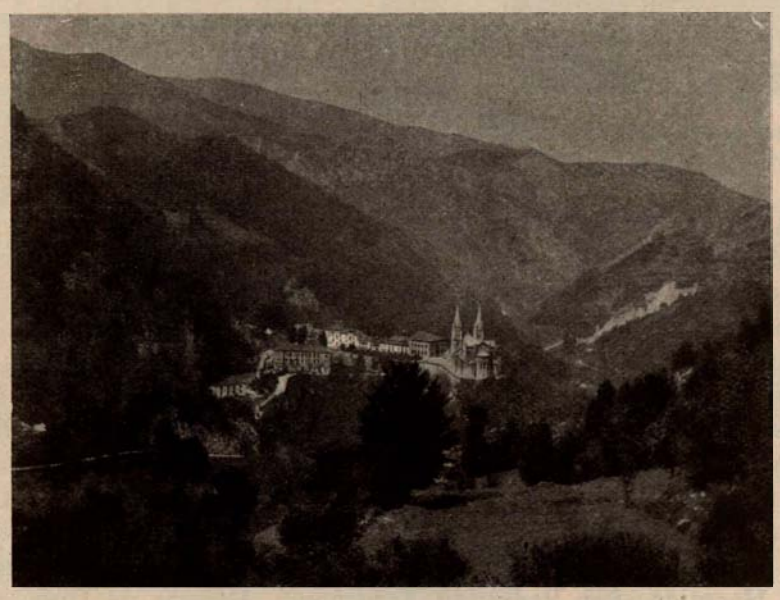
Sí, yo también nací y viví en Arcadia! También supe lo que era caminar en la santa inocencia del corazón entre arboledas umbrías, bañarme en los arroyos cristalinos, hollar con mis pies una alfombra siempre verde. Por la mañana, el rocío dejaba brillantes gotas sobres mis cabellos; al mediodía, el sol tostaba mi rostro; por la tarde, cuando el crepúsculo descendía de lo alto del cielo, tornaba al hogar por el sendero de la montaña, y el disco azulado de la luna alumbraba mis pasos. Sonaban las esquilas del ganado; mugían los terneros; detrás del rebaño marchábamos rapazas y rapaces, cantando a coro un antiguo romance. Todo en la tierra era reposo; en el aire, todo amor. Al llegar a la aldea, mi padre me recibía con un beso. El fuego chisporroteaba alegremente; la cena humeaba; una vieja servidora narraba después la historia de alguna doncella encantada, y yo quedaba dulcemente dormido sobre el regazo de mi madre.

La Arcadia ya no existe. Huyó la dicha y la inocencia de aquel valle. ¡Tan lejano! ¡Tan escondido riconcito mío! Y, sin embargo, te vieron algunos hombres, sedientos de riqueza. Armados de piqueta cayeron sobre ti y desgarraron tu seno virginal y profanaron tu belleza inmaculada. ¡Oh, si hubieras podido huir de ellos como el almizclero del cazador, dejando en sus manos tu tesoro!

Muchos días, muchos años hace que camino lejos de ti; pero tu recuerdo vive y vivirá siempre conmigo. ¡Y aun no te he cantado, hermosa tierra donde vi por primera vez la luz del día! Mi musa circuló ya, caprichosa y errante, por todo el ámbito de nuestra patria. Navegó entre rugientes tempestades por el óceano; paseó entre naranjos por las playas de Levante; subió las escaleras de los palacios y se sentó en la mesa de los poderosos; bajó a las cabañas de los pobres y compartió su pan amasado con lágrimas; se estremeció de amor por las noches bajo la reja andaluza; elevó plegarias al Altísimo en el silencio de los claustros; cantó, enronquecida y frenética, en las zambras.



Carretera de Pola de Somiedo. (Foto Mqs. de Aledo)



Covadonga. (Foto Mqs. Sta. M.ª del Villar)

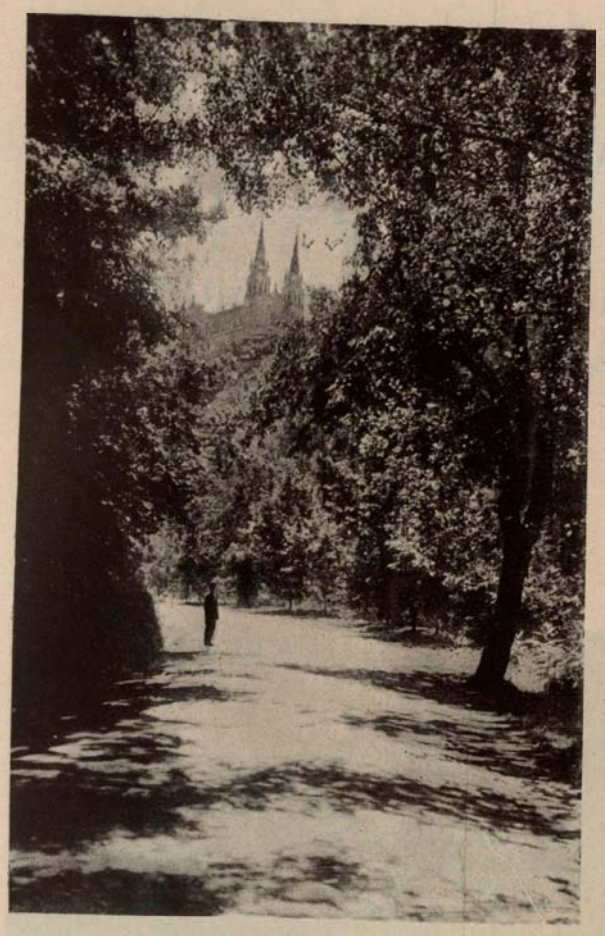
¡Y aun no he cantado a los héroes de mi infancia! ¡Aun no te he cantado, magnánimo Nolo! ¡Ni a ti, ingenioso Quino! ¡Aun no ha caído a tus pies, bella Demetria, la flor más espléndida que brotó en los campos de mi tierra! Hora es de hacerlo, antes que la parca siegue mi garganta.

Viajero, si algún día escalas las montañas de Asturias y tropiezas con la tumba del poeta, deja sobre ella una rama de madreselva. Así Dios te bendiga y guíe tus pasos con felicidad por el principado.

Y vosotras, sagradas musas, vosotras, a quienes rendí toda la vida culto fervoroso y desinteresado, asistidme una vez más. Coronad mis sienes, que ya blanquean, con el laurel y el mirto de vuestros elegidos, y que este mi último canto sea el más suave de todos. Haced, musas celestes, que suene grato en el oído de los hombres y que, permitiéndoles olvidar un momento sus cuidados, les ayude a soportar la pesadumbre de la vida.

(De «La Aldea Perdida»).

asturias



Covadonga.

La forzosa limitación de espacio disponible no nos permite dar más que una breve reseña de este Principado, tan poco conocido y que tantas bellezas y actividades encierra.

Ocupa Asturias una superficie, al norte de España, de cerca de 11.000 kilómetros cuadrados, bañando su pintoresco litoral el mar Cantábrico. Su clima, muy húmedo a causa de las frecuentes lluvias, es frío en el interior y más templado en la costa.

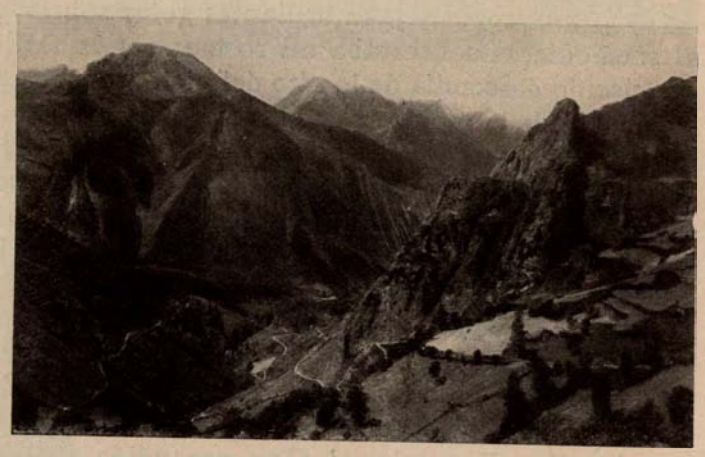
Por ello, la variedad de cultivos en esta región es muy grande. Tanto es así, que en la parte costera se produce toda clase de frutas, incluso el naranjo y el limonero, lo que hace un extraño contraste con los castaños, nogales y, sobre todo, con la enorme abundancia de pastos de la región montañosa, cuyas verdes notas de distinto matiz es una de las más brillantes características del bello paisaje asturiano.

Produce cereales, principalmente maíz, legumbres, viñedo y frutales de todas clases; pero, especialmente, avellano y manzano, este último, elemento primordial para la fabricación de la sidra, que es la asturiana conocida en todo el mundo por su fina calidad.

Como hemos dicho antes, hay en Asturias extraordinaria abundancia de pastos, siendo por ello natural el floreciente estado de su riqueza pecuaria, en especial en ganado vacuno, lanar y de cerda, del primero de los cuales sobresale la raza del país, cuya carne es de gran calidad, así como su leche.

También la industria y el comercio asturianos ofrecen un aspecto que el constante e inteligente esfuerzo realizado hace cada día más sólido el prestigio alcanzado.

Montañas de Pola de Somiedo.

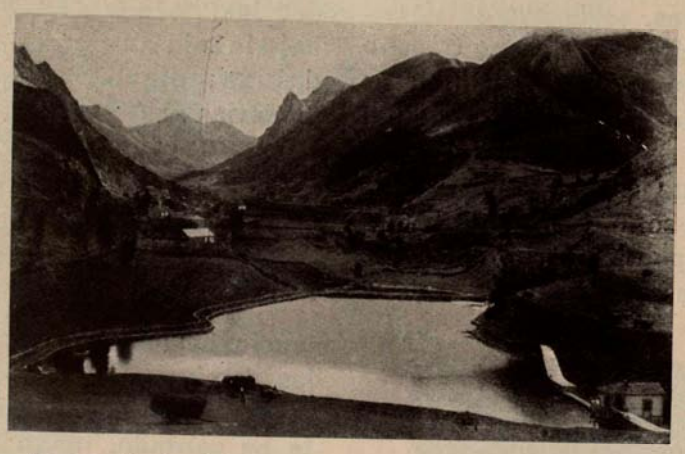


El filón inagotable de sus minas carboníferas, así como sus diversas industrias metalúrgicas; las conservas de pescado y vegetales, la sidra, las galletas, chocolates, productos químicos, quesos y mantecas, etcétera, etc., dan lugar a un saneado comercio de exportación, no sólo al resto del territorio español, sino también al extranjero.

Especial mención hemos de dedicar a las finanzas asturianas, de reconocida solvencia, así como a las fábricas militares de Oviedo y Trubia, de acertada y selecta dirección.

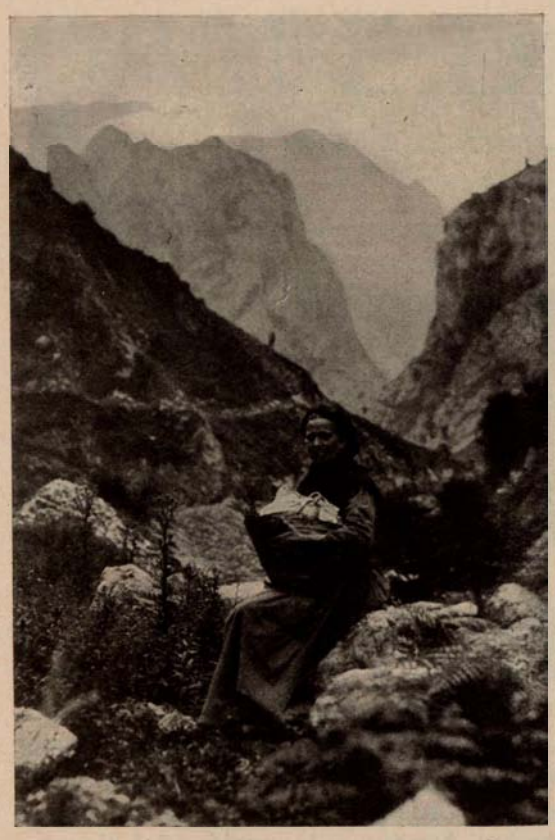
Abundan mucho también en este territorio las aguas minerales, que constituyen, con las de algunas otras provincias españolas, un núcleo hidroterapéutico al que ninguna otra nación del mundo puede aventajar.

En el aspecto turístico ofrece Asturias una cantidad de motivos encantadores y de más variado panorama. Oviedo y Gijón son los centros de turismo de esta provincia, los cuales pueden servir de base para incomparables excursiones a los Picos de Europa, Covadonga, Avilés, San Juan de Nieva, San Esteban de Pravia, Ribadeo, Luarca, Ribadesella, Somiedo, Llanes, La Hermida, San Pedro de Villanueva, Cangas de Onís, etc.



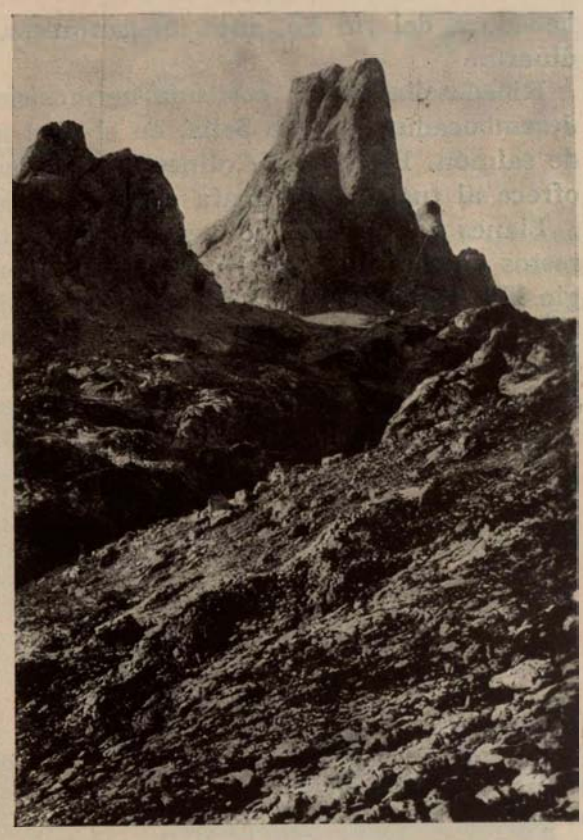
El valle de Somiedo, y un embalse, a 1.250 metros sobre el nivel del mar.

Casas del valle de Somiedo, a 2.500 metros de altura. (Fotos Collada.)



Tipo de camarmeña. (Foto Marqués Sta. M.ª del Villar)

Es tal el atractivo y belleza del núcleo montañoso de los Picos de Europa, que hay quien opina que supera a los Alpes y a los Pirineos. El denominado Naranjo de Bulnes, a 2.600 metros de altura sobre el nivel del mar, es acaso la cumbre que de estos picos ofrece más encantos; la llamada Torre de Carredo, con 2.642 metros, es la altura mayor de estas montañas, siguiéndola en elevación la denominada Torre de Llambrión, con 2.630 metros; Peña Santa de Castilla se eleva a 2.586 metros, y estas cumbres, casi inexpugnables, situadas muy cerca de la costa, ofrecen una grandiosidad aumentada por el augusto y sobrecogedor silencio



El Naranjo de Bulnes, a 2.516 metros de altura.

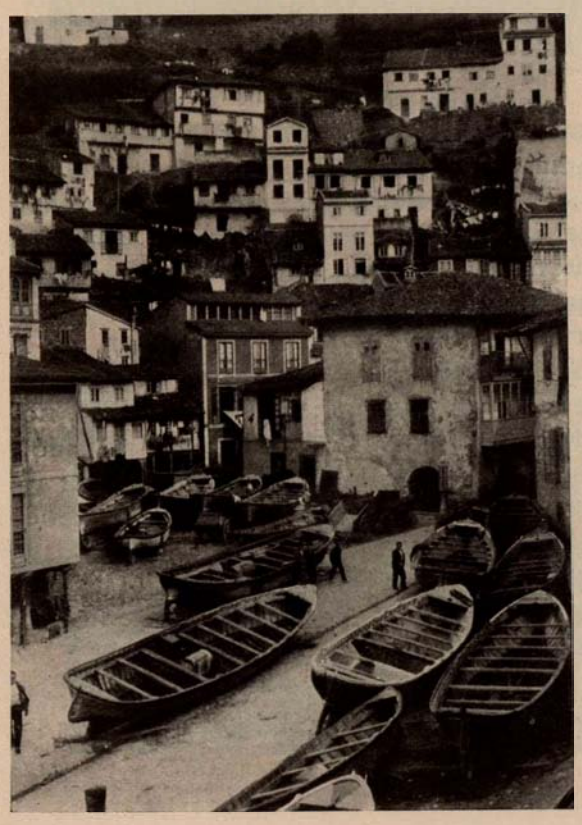
En Covadonga, en el año 718, comenzó la reconquista de la Península al mando del Rey Don Pelayo, conservándose en esta cueva los restos de dicho Monarca, de su esposa y los del Rey Alfonso I.

La Corredoria Quintana. (Fotos Collada.)

Esta cueva, antes de la invasión musulmana, estaba dedicada a la Virgen, siendo la devoción a la misma uno de los principales motivos que esforzaron el ánimo de Don Pelayo y sus huestes contra los enemigos de la fe. Encierra, pues, este recinto todo el imponderable valor de una evocación histórica de tanta trascendencia para los destinos del pueblo español.

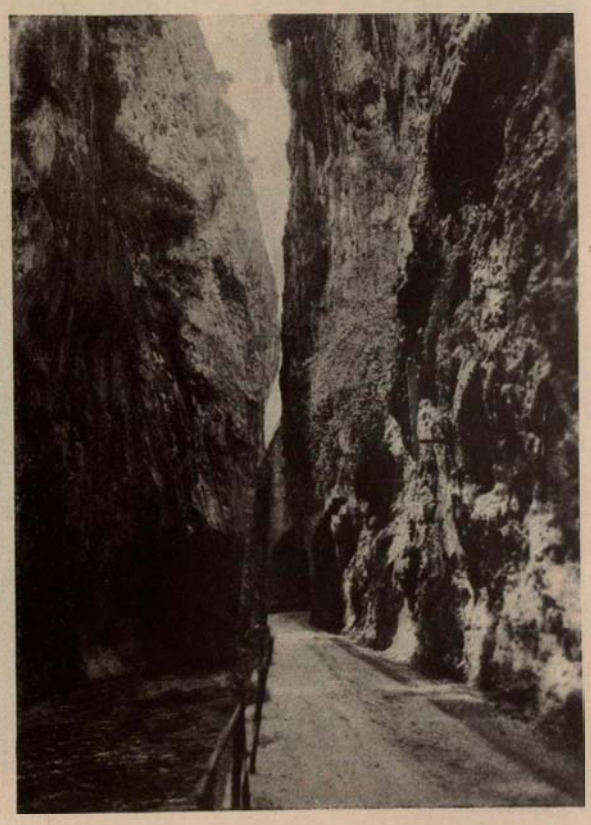
La villa de Avilés es de origen remotísimo, habiendo disfrutado de la segunda capitalidad de Asturias durante muchos años. La agradable villa dispone de calles limpias, con anchos y típicos soportales; hermoso parque y privilegiada situación junto al río, conservando antiguos y bellos monumentos, como la iglesia de San Nicolás, donde está el sepulcro del Adelantado y conquistador de la Florida, D. Pedro Menéndez de Avilés; el ex convento de Santo Tomás de Sabugo, de los siglos XIII y XIV; el palacio de Campo Sagrado, fastuoso y churrigueresco, y algunos otros monumentos de interés. Un ferrocarril eléctrico, bordeando la costa, con paisajes encantadores, une Avilés con Gijón.

San Juan de Nieva, con su buen puerto y la espléndida playa de Salinas, rodeada de espeso pinar; San Esteban de Pravia y Pravia son también lugares inmediatos a la costa y que ofrecen el más vivo interés al turista.



Cudillero. (Foto Marq. Sta. M.ª Villar.)

Las desembocaduras de los ríos asturianos son de una plácida suavidad, tan llena de encantos, que superan en este aspecto a los análogos paisajes del resto de España. Castropol y, casi enfrente, Ribadeo presencian la desem-



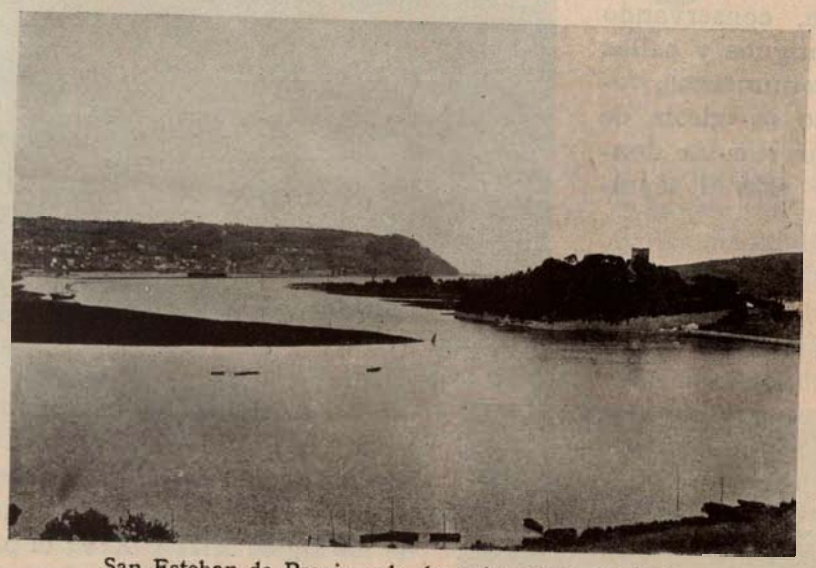
Peñas Juntas: El beso de las rocas.

bocadura del río Eo, ante un panorama de belleza extraordinaria.

Ribadesella cuenta con una hermosísima playa junto a la desembocadura del río Sella, en el cual hay abundante pesca de salmón. En Monte Ardines, situado en las inmediaciones, ofrece al turista una gruta con maravillosas estalactitas.

Llanes es un antiguo pueblo cántabro que aun conserva restos de murallas y del castillo, una hermosa iglesia del siglo XV y una tradición de histórico prestigio de la villa.

Es La Hermida el sitio obligado para iniciar la más cómoda subida a los Picos de Europa. Es región poblada de bosques seculares, refugio del jabalí y del oso pirenaico, encontrándose situada en la hoz de su nombre, tajo que divide la cordillera y en cuyo seno se despeña el río Deva y corre la carretera, saltando de la una a la otra orilla por atrevidos puentes.



San Esteban de Pravia y la desembocadura del Nalón.

Potes, capital de Liébana, está en el centro de un inmenso anfiteatro, formada por el nudo de la Cordillera Cantábrica, cerrando el ingente macizo de los Picos de Europa el arco de la circunferencia, en las cumbres, grandiosa e imponente; en los bosques, impenetrable; en las verdes praderas de los valles, poética y melancólica, apacible y serena.

Junto a Villanueva está el Monasterio de San Pedro, uno

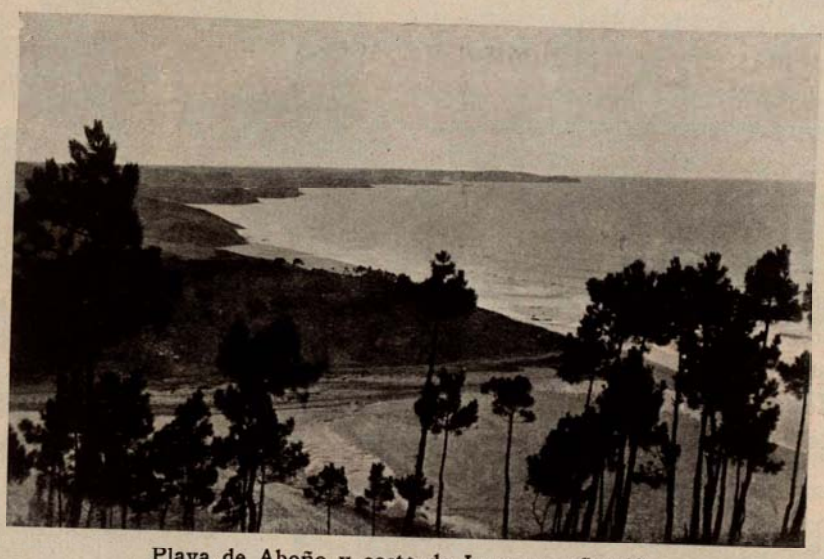
Costa asturiana, en Luarca.

Costa brava. (Fotos Mqs. Sta. M.ª del Villar.)

de los escasísimos tipos, acaso el más notable, de la arquitectura y escultura góticas. Subsisten la capilla mayor y la portada, y en los capiteles de ésta se ven muchas figuras bien conservadas que aluden a la muerte del Rey Favila por un oso; en conmemoración de este Soberano fué levantado este templo.

A la entrada de Cangas de Onís se admira un hermosísimo puente ojival, cuya esbeltez desafía a la acción del tiempo, en medio de un paisaje de belleza extraordinaria. Es pueblo de antigüedad remotísima.

Y Asturias, ubérrima en sus paisajes y en su topografía,



Playa de Aboño y costa de Luanco y Candás.

en sus riquezas naturales y en las creadas a fuerza del trabajo incesante de sus naturales, se ofrece llena de dulzura y atractivos sin cuento. El tono cadencioso y suave con que sus naturales hablan el idioma nacional; la melodía maravillosamente suave y tierna de sus canciones; las costumbres pueblerinas, tradicionalmente conservadas, ofrecen un campo al turismo que ciertamente es muy difícil de igualar.

Por último, breve mención hemos de hacer al tesón y aliento con que millares de asturianos, trabajando en América, no dejan de soñar en la dulce tierra que les vió nacer, aspirando, una vez enriquecidos en el honrado laborar, a no abandonar a su pueblo, del que conservan un recuerdo imborrable, lleno del más exaltado cariño.

OVIEDO

Palacio de la Diputación provincial.

Fundado por Fruela I en el siglo VIII, Corte desde entonces de los Reyes asturianos, fué después la capital del antiguo Principado y lo es actualmente de la provincia. Esta bellísima y alegre ciudad, de prestigioso abolengo histórico, cuenta con unos 55.000 habitantes, estando situada a unos 32 kilómetros del mar Cantábrico. El aspecto de Oviedo es de una belleza notable, disponiendo de grandes y modernas avenidas, plazas espaciosas, hermosos parques, monumentos históricos y modernos edificios, rodeado todo de un paisaje de égloga. La catedral comenzó a edificarse en el siglo XIV, predominando en ella el estilo gótico. Merecen visitarse la capilla del Rey Casto, con el panteón de los Reyes de Asturias; la de los Vigiles (con espléndido retablo), Santa Eulalia de Mérida (de estilo churrigueresco la capilla). La sillería del coro es de una extremada belleza, así como también el notabilísimo claustro gótico, y su antigua Cámara Santa o capilla de San Miguel, en la que se conserva el Santo Sudario, la Cruz de la Victoria que llevó Don Pelayo a la batalla del Guadalete, y otras valiosas reliquias.

En la catedral se conservan también algunas pinturas de mérito, el libro gótico de los Testamentos y una famosa biblioteca, llena de manuscritos, incunables y libros del más alto valor.

Patio de la Universidad.

La iglesia de Santa María de la Corte y el convento de San Pelayo están adosados a la catedral; a la primera está íntimamente enlazada la fundación de Oviedo.

Otras importantes edificaciones modernas hacen grato concierto con edificios antiguos de positivo valor. Entre éstos citaremos los palacios señoriales de Nava, Benavides, Camposagrado, que hoy es la Audiencia, y Santa Cruz, así como el Hospicio, magnífica portada, y la Universidad, de principios del siglo XVI. Las iglesias parroquiales de San Tirso, fundada por el Rey Casto, que conserva el primitivo ajimez y en cuyo altar de Santa Rita hay un precioso tríptico flamenco; la de San Isidoro, antigua iglesia de la Compañía de Jesús, donde se halla el mausoleo erigido por acuerdo municipal en honor de los defensores de Oviedo, en 1836; la primitiva de San Juan fué demolida, construyéndose otra en su lugar, de carácter monumental; también fué destruída la primitiva parroquial de Santa María de la Corte, hoy instalada en la iglesia del ex monasterio de San Vicente, restaurada en el siglo XVIII, y en el centro de cuyo crucero está sepultado el sapientísimo padre Feijóo. El Real Monasterio de Benedictinas de San Pelayo guarda también interesantes recuerdos históricos.

En los alrededores existen monumentos artísticos tan notables como la ex iglesia de San Miguel de Lillo y la de Santa María de Naranco, fundadas por Ramiro I, y que son dos maravillosos ejemplares del arte romano-bizantino en su primer período, figurando entre las más preciadas joyas del arte español. También citaremos la iglesia de Santullano y la fuente de Foncalada, que, con la cercana iglesia de San Julián de los Prados, constituyen todas ellas un valioso recuerdo del siglo IX.

Terminaremos citando la visita en la ciudad al acueducto, magnífica obra del siglo XVI, que ofrece, con sus cuarenta y un arcos de sillería, un triple aspecto de atrevimiento, solidez y grandiosidad.

Dos aspectos de calles y plazas de Oviedo. (Fotos Collada).

GIJÓN

Gijón es la población más importante de Asturias, desde el punto de vista comercial, y como centro de turismo constituye la mejor situada del norte de España.

Durante algunos años pareció detenerse el florecimiento iniciado en la época de 1899 a 1900. Gijón, que había avanzado de una manera rápida, sorprendiendo con su vitalidad a las demás poblaciones, posibles competidoras, pareció languidecer, y aunque se notaba un aumento, era tan lento que casi no se percibía.

Las nuevas normas de gobierno hicieron posible que hombres capaces reanudaran aquella marcha triunfal que se había iniciado con tantos bríos, y que problemas que parecían insolubles, por su cuantía, pudieran ser abordados y resueltos rápidamente.

Existían dos problemas conexos, que servían de rémora e impedían el progreso de la villa: el abastecimiento deaguas abundantes y buenas y el alcantarillado moderno y perfecto, base indispensable para hacer una población saludable.

Ambos problemas han sido acometidos con verdadero entusiasmo, y una primera emisión de doce millones de pesetas ha sido cubierta rápidamente en la población. Inmediatamente se ha dado comienzo a las obras, y avanzan en forma tal que para junio de 1930 Gijón dispondrá de aguas abundantísimas y de superior calidad.

El alcantarillado está avanzadísimo y también puede afirmarse que para 1931 se encuentre ya terminado.

Palacio de Valdés.

La construcción de una magnífica Pescadería es otra de las obras a que se dará cima en breve plazo.

Bien podemos afirmar que Gijón resurge con verdadero deseo de proseguir el camino que tiene que llevarle a ocupar uno de los primeros lugares entre las poblaciones españolas.

La población tiene dos aspectos completamente distintos y que corresponden a las dos mitades de la misma, perfectamente separables: la zona industrial y la población veraniega.

ASPECTO INDUSTRIAL.—Gijón posee una amplia zona industrial, en la que figuran 185 fábricas y en la que viven más de 18.000 obreros de todos los oficios. La característica de esta actividad industrial es la de la variedad de la misma, lo que contribuye a sostener el trabajo permanentemente, sin que le afecten las crisis de determinados ramos de fabricación.

En dicha zona se encuentran las estaciones ferroviarias del Norte, Langreo, Avilés y los espléndidos puertos local, de Fomento y Musel.

Vista de la playa de San Lorenzo y de la Avenida de Rufo Rendueles.

El movimiento en los mismos es grandísimo, ocupando Gijón el primer puesto de España como carbonero, y uno de los primeros en emigración y pesca.

La cantidad aproximada de dos millones de toneladas de movimiento y una recaudación de más de quince millones de pesetas, dicen bien claramente la importancia actual de Gijón.

GIJON, VERANIEGO.—La playa de Gijón viene aumentando su fama de año en año, siendo considerada como la población ideal para el veraneante, por su privilegiada situación y la economía de la vida.

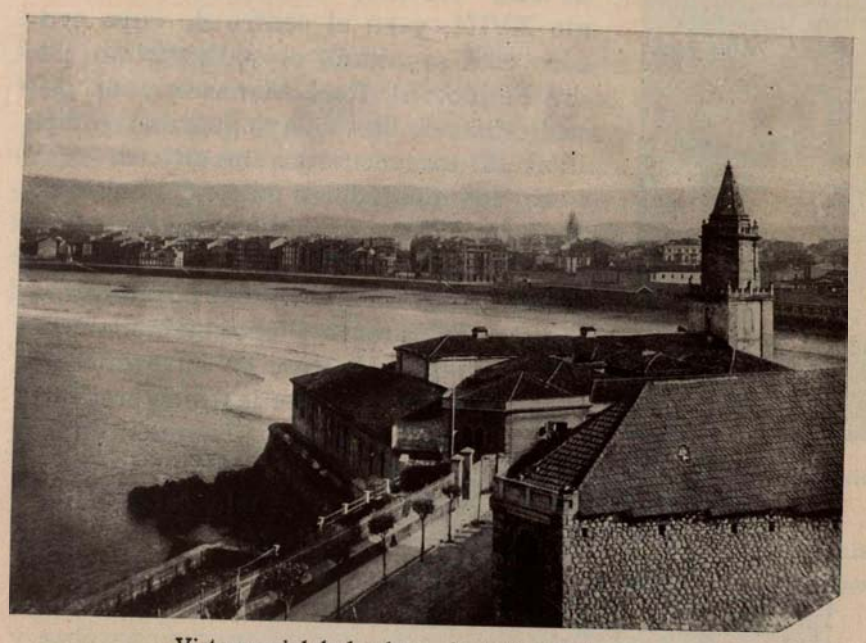
Su clima es sumamente templado, y aun en los más fríos días de invierno el descenso de la temperatura no pasa de tres grados sobre cero, y en los días más calurosos de verano el ambiente se refresca con el viento nordeste, que contribuye a sostener su cielo despejado.

Como se trata de población industrial, abastecida abundantemente por las aldeas de los alrededores y por una numerosísima flota pesquera, la vida resulta bastante económica. Las autoridades vigilan constantemente para evitar los posibles abusos por la aglomeración de visitantes durante los meses de verano.

Durante la temporada se celebran constantes fiestas de todo género, marítimas y campestres, que se ven animadísimas.

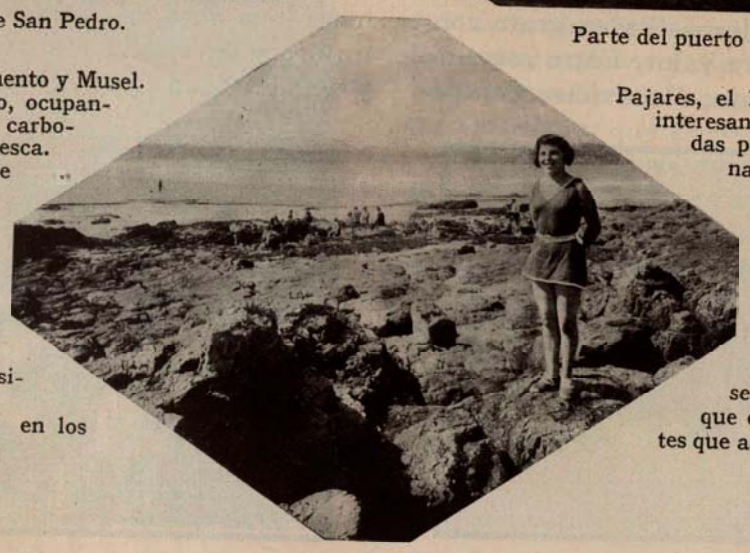
Pero lo que mayor fama da a Gijón es la enorme facilidad que se encuentra en él para realizar toda clase de excursiones a los diversos puntos de Asturias.

La provincia ofrece a la admiración del viajero los más soberbios paisajes de montaña: Covadonga, Picos de Europa,



Vista parcial de la playa, desde San Pedro.

Parte del puerto carbonero y transatlántico del Musel.



Pajares, el Pontón, Somiedo, etc.; los monumentos más interesantes: las iglesias románicas del siglo IX, esparcidas por toda ella; la catedral ovetense, con su afiligranada torre; casas solariegas de indiscutible mérito y los paisajes de río y costa, menos ponderados, pero de apacible belleza: Ribadesella, la Isla, playa de Gijón, la de Salinas, Artedo, Luarca, Navia y Castropol. Todas estas bellezas son fácilmente admiradas por el viajero, merced al magnífico servicio de autocars que realizan semanalmente preciosas y económicas excursiones. Todos estos alicientes hacen que Gijón sea una de las playas preferidas por el forastero y que cada año vea aumentarse el número de veraneantes que acuden a pasar los meses de estío.

LAS ISLAS BALEARES

por

JOSÉ MORELL BELLET

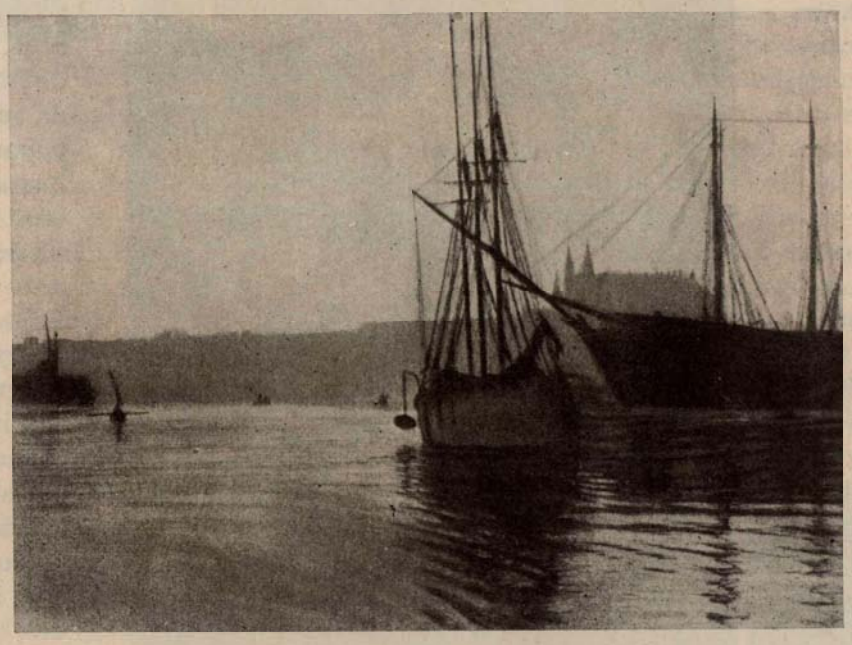
Presidente de la Diputación provincial

La privilegiada situación que en el mar Mediterráneo ocupan las islas Baleares—a una noche de vapor de la Península ibérica y de las costas africanas—ha sido en todas las edades factor muy importante que ha contribuído a su celebridad: su situación estratégica, de avanzada en el mar latino, ha hecho que fueran siempre codiciadas por las naciones de mayor preponderancia mundial, y de ahí las vicisitudes de Menorca, que tuvo sus períodos de ocupación inglesa y francesa. Ello y la esplendidez de la belleza natural de alguna de sus islas—Mallorca, especialmente, reputada de la «Isla de Oro», por sus insospechados panoramas y su luz exuberante—han hecho aumentar la fama del archipiélago mediterráneo, consagrándola.

Antes del descubrimiento de América, cuando el comercio europeo,además del que entre sí realizaba, se extendía, principalmente, con los países orientales y con el norte de África, la estrategia de las Baleares hizo de Mallorca punto y centro importantísimo entre los primeros mercados de nuestro Mediterráneo.

* * *

Desde antiguo se dividió Mallorca—reducida área de 3.400 kilómetros cuadrados—en dos grandes distritos, designados, basándose en la topografía de la isla: de la montaña y del llano, comprendiendo el uno las poblaciones enclavadas en la principal sierra de Mallorca y el otro las que estaban asentadas en la restante superficie de la misma.



El puerto de Palma de Mallorca, al amanecer.

También, y en lo referente al gobierno de Mallorca, formáronse, desde su conquista por el gran Rey Don Jaime I, dos partes principales, de la Ciudad la una y Forense la otra, la que declaró como Universidad y Colegio separado de aquélla el Rey Don Pedro IV en su privilegio firmado en Barcelona el 18 de diciembre de 1373.

Modernamente hállase dividida la mayor de las Baleares en tres distritos cabezas de partido, con relación a lo judicial, comprendiendo Palma dos Juzgados de primera instancia y otro cada una de las ciudades de Manacor e Inca. La capital de las islas de Menorca e Ibiza son también cabeza de partido, y al de la última corresponde la isla de Formentera.

* * *

Después de largo período de agobiante falta de recursos, en que estuvo sumida, como las restantes de España, la Diputación provincial de Baleares, sobrevino el nuevo régimen, venturosamente implantado por el ilustre general Primo de Rivera, y, con él, el Estatuto provincial, que otorga a las Diputaciones nuevas importantes fuentes de ingresos, que les permite un más amplio desenvolvimiento.

Y la Diputación de Baleares—que en todo momento ha sido siempre modelo de buena administración—penetró decididamente por los nuevos cauces que le trazara el nuevo Estatuto, lanzándose, sin descuidar su función propia y más inmediata—la Beneficencia—, a nuevas meritorias empresas, como la esplendorosa reforma del Hospital y la ampliación y perfeccionamiento de sus servicios, logrando colocarlo a envidiable altura; la implantación de becas para la enseñanza en el Instituto y Escuelas especiales, que permitirá el aprovechamiento de inteligencias que hubieran quedado incultas por falta de medios; la construcción de nuevos pabellones en el Manicomio de «Jesús», a que ha obligado, desgraciadamente, el aumento experimentado por la pobre población demente; el adecentamiento, restableciéndola a su primitivo estado, de la típica cabalgata de honor de la ínclita mallorquina Beata Catalina Thomás, que en los últimos años había experimentado un lamentable decaimiento; el mejoramiento del palacio provincial, embelleciendo sus antiguas dependencias y construyendo otras nuevas en el segundo piso para destinarlas a los servicios de nueva implantación; la reorganización de los servicios pedagógicos en la Casa de Misericordia, ampliándolos con talleres para la mejor formación de los pequeños asilados; la creación del Instituto de Higiene, cuyos valiosos servicios ya se pusieron de relieve cuando la reciente epidemia de Santa Margarita, contribuyendo grandemente a su localización y extinción; el establecimiento de becas y bolsas de viaje para que los jóvenes artistas y escolares puedan ampliar y perfeccionar sus estudios en la Península y en el extranjero; la construcción y conservación de caminos vecinales, que se realiza bajo muy entendida dirección, que tiene como constante preocupación dar a los caminos el atractivo de que permiten la repetida contemplación de bellos panoramas; la instalación de una biblioteca pública, no una biblioteca más, de carácter general, como existen a miles en España y como las hay también en Mallorca, sino una biblioteca especializada, como no existen en nuestra nación, salvo contadísimas excepciones: una biblioteca de Arte, pero, especialmente, de Arte aplicado a los oficios—de ahí que se le haya dado el nombre de «Biblioteca provincial de Cultura artesana»—, que se instalará en adecuado marco, dotándola, además, de muy valiosa colección de cerámica y hierros artísticos mallorquines, adquirida por la Diputación para evitar saliera de Mallorca...

Al agradecer se me depare el honor de hablar de Mallorca, he de invitar a que se la visite, para poder admirar la maravillosa síntesis que constituye y que tan magistralmente pintó «Jorge Sand», al decir de ella que era «la verde Helvecia, bajo el sol de la Calabria, con la solemnidad y el silencio del Oriente».

El encanto de las Islas Baleares

por

GABRIEL ALOMAR

Va a nacer el día. Tonos pálidos; nácar, un matiz violeta, luego carmíneo. El buque, sobre un mar en calma, costea la isla de Mallorca. Un promontorio avanza, altísimo. Es la Dragonera, separada de la isla madre por un canal estrecho y peligroso. Siguen nuevos promontorios que reflejan en las aguas matinales su reposo de esfinges; coro de leones colosales que duermen guardando los valles paradisíacos; pinares de las vertientes, cuyo aroma llega hasta nuestro barco en el aura sutil. Ahora desfilamos junto a una mole acantilada; después se abren ante nosotros pequeñas bahías henchidas de sosiego. A lo largo del vapor saltan unos delfines, y el agua espumosa refulge sobre su cuerpo esbelto, goteando luz. Sombras profundas caen desde los cantiles enormes, en la concavidad de las calas llenas de grutas, donde la fantasía descubre las tres mujeres aladas que fueron las Sirenas, según su mito original. Un pez volador se ha mantenido unos segundos por encima del agua de estribor, donde empiezan a rebullir los primeros cabrilleos. El sol.

Doblamos una punta, Calafiguera, coronada por un faro. Entramos en la bahía de Palma. Allá lejos, en la colina, la ciudad se muestra, coronada por su enorme catedral, ese gran relicario, como dijo Rubén. A nuestra izquierda bajan hasta la ribera las casas veraniegas de su barrio pintoresco, desde el monte de Bellver, coronado por un castillo medieval cuya mole circular se junta por una grandiosa arcada gótica a la torre del Homenaje, destacando sobre el verdor de los pinos que cubren la ondulación graciosa, como pubescencia ideal de la ciudad.

La bahía nos tiende sus brazos. Hasta las aguas desciende la cabellera de los sauces, sobre una diminuta península cubierta de bosque como el recinto de un templo. A nuestra derecha, la urbe se prolonga en un albo caserío, sobre el cual se levantan los últimos molinos de viento. Más lejos se yergue Randa, el monte de la contemplación de Raimundo Lulio, donde nacieron las cábalas del «Arte General». La serranía se alarga hasta el Cabo Blanco, más allá del cual se pierde en la neblina de Levante la isla de Cabrera, que presenció el horrible cautiverio de los prisioneros franceses de Bailén.

Interior de la catedral de Palma de Mallorca.

Costa de Bañalbufar, en Mallorca.

Desembarcamos. Entramos en la ciudad. Subimos, por la muralla del mar, a la catedral, soberbia mole gótica. Ante nosotros se abre su gran portalada de mediodía, como un arco triunfal, sobre la ensenada. Entremos. El templo es inmenso, luminoso, de ideal sobriedad. La altísima bóveda se apoya sobre esbeltas columnas, cuyas arcadas sutiles se prolongan hasta el presbiterio, en medio del cual se yergue el ara solitaria, rodeada por la rica sillería del coro, presidido por la silla episcopal o cátedra. En lo alto, graciosamente, alarga la perspectiva la capilla de la Trinidad, en cuyos muros duermen los Reyes medievales de Mallorca, pequeños monarcas güelfos que lucharon contra la rama primogénita de Aragón, aliados a los reyes franceses.

Dos púlpitos barrocos contrastan con la simplicidad ojival de las naves, como significando el concurso de los siglos en la obra del templo colectivo, transmitido de los muertos a los vivientes en un poema eternamente inacabado, al cual iban engarzándose las estrofas a medida que las claves heráldicas coronaban los nuevos cruceros, desde el ábside purísimo hasta la fachada moderna, que ya la corrupción del gusto malogró.

Salimos de la Seo. ¿Queréis divagar conmigo por las calles de Palma, que guardan para mí las memorias de todo mi despertar a la conciencia, la lenta eclosión de la flor de mi espíritu? Esa calle pacífica y clara, cuyo sosiego nos enternece como una caricia, abre a nuestro paso las puertas de sus viejos palacios, que descubren tras ellas el patio finísimo, remembranza del «cortile» toscano, sobre cuyas am-

Cama, en una casa señorial de Miramar.

plias graderías de tramos que se juntan a manera de versos gráciles se alinean como diademas las galerías porticadas, de columnas como tallos de flor. Una cisterna abre sus fauces al pie de la escalera, en una invitación a la delicia del beso del agua, bajo las ramas de un plátano. Ventanas platerescas ciñen la sien del palacete, a modo de sonrisas de piedra, esperando el busto de las extinguidas damiselas. Si entramos en esos caserones, atravesaremos salas inmensas y silenciosas, cuyos muros cubren la pinacoteca de los antepasados, grandes maestres de Malta o inquisidores; protagonistas de luchas banderizas que emularon las de Verona; partidarios vencidos del archiduque Carlos o escépticos enciclopedistas que leían a Diderot al amparo de sus bibliotecas y dulcificaban el viejo ceño español con un perfil digno ya de un Reynolds o de un Raeburn.

¿Qué edificio es ése, fachada del XVII, con tribuna central de planta baja sobre algunos peldaños y allá en lo alto un alero magnífico de madera, desde el cual se tienden sobre el abismo unos atlantes miguelangelescos? Es la Casa de la Ciudad, veneranda como óvulo de una urbe fundada sobre solar agareno, acechada tras de sus murallas por la piratería argelina, y escala para los navíos que continuaban entre España e Italia la antigua hegemonía catalana que llegó hasta Atenas y Bizancio. En los archivos de ese caserón edilicio, un códice valioso guarda entre sus pergaminos policromados, enriquecido con bellos ejemplares de esa pintura catalana tan semejante a la flamenca medieval, los privilegios y franquicias del reino de Mallorca, como piedra angular de su vitalidad colectiva.

Una calle inmediata, intacta y sombría, tiende sobre el viandante un arco de muralla sarracena. Es una antigua puerta del recinto interior que circundaba la Almudaina, reducto donde estaba inscrito el palacio del valí, que, muy transformado, levanta hoy sus torres a la entrada de la ciudad.

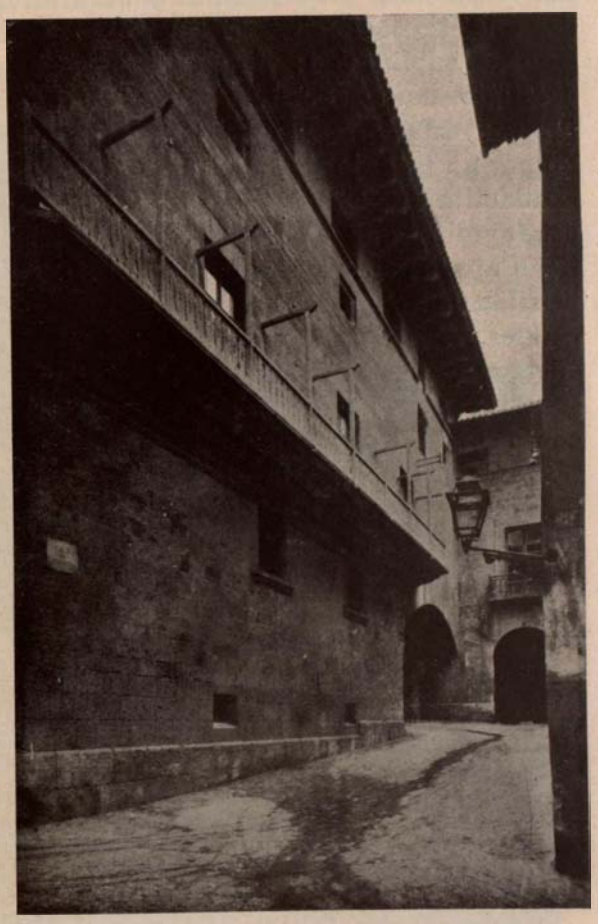
Junto al mar, en el puerto, se muestra la Lonja, la vieja Casa de Contratación del siglo XV, gemela de la valenciana. Es airosa y eurítmica como un Partenón ojival. Saludemos su recuerdo, porque en ella persiste aquella armonía entre el arte y el negocio que produjo la grandeza de las repúblicas italianas y flamencas, mixtas de heroísmo náutico y sed de oro, cuna de Basanios y de Tintorettos.

Pero no quiero que salgáis de Palma sin visitar, en la iglesia de San Francisco, el sepulcro de Lulio, monumento gótico florido, lleno de esculturas angélicas. Luego saldremos al claustro del convento franciscano, para que admiréis esa maravilla, cuyo deterioro no impide que nos cautive la gracia de sus columnitas delicadas y sus ojivas como pétalos, a lo largo de galerías cubiertas de *inscripciones sepulcrales*, bajo la esbeltez de una torre campanario que tiene resabios de alminar, y en torno a las flores del jardincillo central, bañadas de la luz mallorquina.

Mañana empezaremos las excursiones al interior de la isla. ¿Dónde iremos? Por lo pronto, a Valldemosa, lindo pueblecito montañés, que guarda en los corredores y claustro de su cartuja el recuerdo del amor tormentoso de «Jorge Sand» y Chopín, que aquí pasaron un invierno en 1838. Seguiremos nuestro camino por Miramar, la vasta posesión que fué del Archiduque de Austria Luis Salvador, admirable «corniche» que despliega sobre la cordillera el verdor ubérrimo de los pinedos y encinares, la blancura de los templetes griegos y los marabúes, las rotondas consagradas a la memoria luliana, los predios de bella venerabilidad rústica, las ermitas refugiadas bajo los cipreses simbólicos, cuya sugestión contrasta con la exuberancia de color y vida; mientras el sol, en su ocaso, se hunde en el mar con agonía purpúrea de viejo dios, herido en un combate con la noche.

Desde el SO., desde Andraitx, Estallencs y Bañalbufar, la costa es un interminable desfile de maravillas hasta Sóller, la ciudad norteña de la isla. Ya cerca de ella, el caserío de Deyá (cuyo nombre árabe conserva en su fonética la propia etimología de aldea) nos saluda con su límpida sonrisa, mientras descubrimos, al paso, la ensenada que a sus pies se abre entre dos promontorios rojizos, llena de irisaciones de piedra y vagas figuras de quimeras, inmovilizadas por la extinción de los mitos inmemoriales.

Llegamos a Sóller. Renuncio a describiros su valle ideal, desde el que sube, como de un incensario, el perfume de los naranjos. ¿Queréis que visitemos, a unos cinco kilómetros, su puerto helénico? Luego subiremos al lugarejo de Biniaraix, que trepa por la vertiente de los montes más elevados de la isla; y emprenderemos el camino del Barranco, que cambia el panorama isleño. Entramos en un paisaje de grandeza austera, por desfiladeros abruptos, por valles extáticos que contornean el Puig Mayor. De pronto, un espectáculo de ruda belleza nos sorprende: es el Gorch Blau, el Remanso Azul, encerrado entre peñascales cortados a pico sobre la calma solemne de las aguas. Desde aquí, por vericuetos peligrosos, casi inaccesibles, iríamos al torrente de Pareys, cuyo cauce está formado por dos cordilleras que llegan a juntarse en la sublime soledad de la Fosca. La desembocadura del Torrente sugiere la grandeza de los «fiords» escandinavos; y si desde ella, contorneando la isla, seguimos hacia el NE., hasta la bahía de Alcudia, el espectáculo sobrepasa las posibilidades



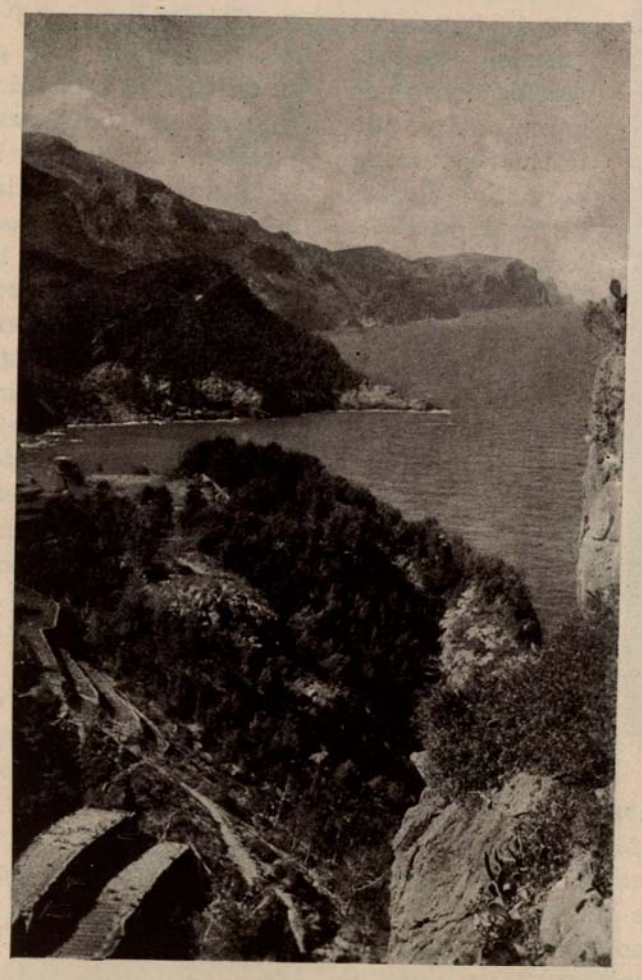
Casa Formiguera, en Palma de Mallorca.

de la descripción; promontorios gigantescos, como un rebaño de monstruos; calas henchidas de cuevas inexploradas, sonoras al empuje de las espumas; profundidades oleosas, a través de las cuales se adivina el merodeo de los peces voraces, mientras cae desde las alturas, sobre el agua, una gran sombra negra...

Si continuamos por tierra la excursión desde el Gorch Blau, llegaremos pronto a Lluch, vetusto monasterio entre riscos, que guarda en su camarín una Virgen milagrosa y morena, la cual fué acaso, en una advocación anterior, una diosa olvidada, concreción de la eterna feminidad divina.

Siguiendo la cadena de montañas alcanzaremos la villa de Pollensa, la Pollentia romana, recortada entre un Calvario y un monte consagrado a otra Virgen oscura. La sierra, entre valles admirables, fecundos, llenos de goce de vivir, sigue hasta el cabo de Formentor, cuyo faro es la antorcha tendida sobre el mar por la Isla de Oro.

Ya sé que no queréis despediros de Mallorca sin visitar sus cuevas, sus famosas grutas. Les consagraremos un viaje. En la primera etapa visitaremos las de Manacor, principalmente las del Drac (o sea del Dragón); nos extasiaremos al borde de sus lagos, cuyas aguas, invisibles por la quietud, reflejan la bóveda rosada y blanca de las estalactitas, y se pierden en el recodo de los canales misteriosos, entre arquitecturas de prodigio, fecunda sugestión de maravilla, infinita pululación de imágenes, asociadas a todas las leyendas.



Bañalbufar.

La gruta de Artá, en diverso sitio de la costa, abre a media ladera su boca arquitectural y decorativa. El interior no nos da una sensación de belleza pura, como las de Manacor, sino de sublimidad: verdaderas catedrales subterráneas, con prestigio dantesco. Las columnas, en que se han juntado por un trabajo de siglos la estalactita que descendía y la estalagmita que se elevaba, tiene apariencia de palmeras petrificadas como Níobes vegetales. Amplias banderas cuelgan de las bóvedas ennegrecidas por las antorchas, como cortinajes de una fiesta satánica. Fulgen, a la claridad multicolor de las bengalas, siluetas zoomórficas que parecen animarse al temblor de la luz; megaterios dormidos, devueltos a la vida por la visita profana que altera su reposo de milenios. Las voces resuenan con un sonido hueco que se pierde en la repercusión lejana de supuestas cuevas vírgenes, en el corazón de la montaña. Hay columnatas que vibran amenazadoras y suenan con larga modulación de órganos, como los colosos del Nilo. Nuestro guía, súbitamente, apagó su lámpara. La oscuridad es absoluta, como nunca hemos podido imaginar; es una oscuridad que se palpa, que se ve, a fuerza de ser negación total de la idea misma de luz. Una sospecha terrible nos acosa. ¿Si no se pudiera encender de nuevo las teas guiadoras? Pero allá en el fondo, sobre un pilón estalagmítico, cae de pronto un reflejo suave. Y el guía aparece en lo alto de un montículo, irguiendo su antorcha como una salutación de la vida, mientras danzan en los muros cavernarios las sombras de los duendes.

Esta soledad de tumba nos enerva ya. Vamos hacia la salida. Súbitamente, la luz del sol nos hiere con una intensidad nunca sospechada, como si la viéramos por primera vez; y el mar se tiende a nuestra vista hacia el infinito, mostrando celos de que su belleza divina hubiese podido ser olvidada ante la belleza de una nocturna divinidad rival.

* * *

Costa de Estellenchs.

Menorca compensa la aridez de su suelo, sacudido reciamente por la tramontana, con la placidez de sus calas, presididas por el magnífico refugio del puerto de Mahón. El Monte Toro, única elevación considerable de la isla, sugiere el prestigio de un ara extinguida de antiguos cultos, cuyos vestigios esparcidos son los monumentos megalíticos, que el vulgo bautizó como atalayas y fantaseó como obra de una raza de gigantes.

La dominación inglesa dejó en Menorca su rastro colonial, vagamente puritano.

* * *

Ibiza, avanzada en dirección a las tierras valencianas, tiene, como ellas, un suelo feraz, bajo el cual los excavadores han encontrado una necrópolis fenicia, que ha devuelto a la luz verdaderos tesoros arqueológicos. También la cultura romana dejó aquí su huella. La vieja puerta de la ciudad está custodiada por tesoros mutilados de guerreros. La antigua acrópolis, hasta la cual se sube por callejas adorablemente primitivas, está dominada por la catedral. La isla ha conservado más puro que las otras Baleares su carácter genuino, en la pintoresca dispersión de sus caseríos y en las costumbres de sus moradores.

Formentera es un pedazo desprendido de Ibiza, a manera de oasis en el mar.

LAS ISLAS BALEARES

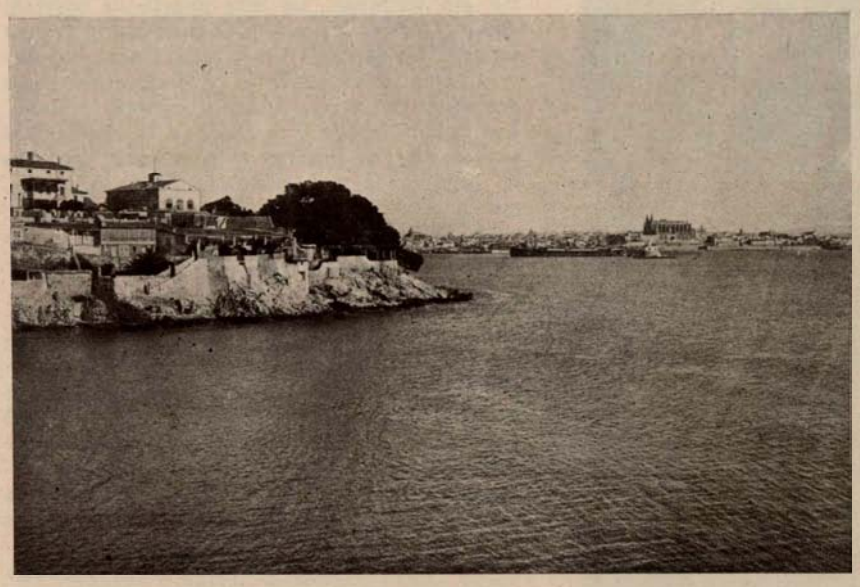
por

ANTONIO PONS

Es el archipiélago balear preciado florón de nuestra patria.

Los griegos llamaron a Mallorca y Menorca Gymnesias, y Baleares los romanos; denominaciones tomadas seguramente de alguna particularidad característica en los aborígenes.

Los nombres de Mallorca y Menorca, al decir de San Jerónimo, son muy antiguos, debiéndose, indudablemente, su origen a la circunstancia de ser estas dos islas las de mayor extensión del archipiélago. Y, siguiendo en la escala de progresión superficial, Ibiza, Formentera y Cabrera las conocieron los antiguos bajo la denominación de Pithiusas, que corresponde a las condiciones de su suelo fértil, principalmente en bosques y trigo y en caza abundante de conejos.



Entrada al puerto de Palma.

El archipiélago se halla separado de las costas catalanas y valencianas por un canal cuya anchura oscila entre 50 y 110 millas, con una extensión territorial de 5.014 kilómetros cuadrados, 326.023 habitantes y una densidad de 65,02 por kilómetro cuadrado.

Mallorca, que ahora va a ocupar nuestra atención de una manera particular y dentro de un marco bastante reducido para su gloria y su significación en el mundo, observada sobre el mapa se nos antoja una piel de toro extendida sobre el mar, como la veía Estrabón, sujeta de cuatro puntas: al este, por Cap de Pera; al oeste, por «Punta Negre»; al norte, por Formentor, y al sur, por el cabo de las Salinas; cerrada dentro de una circunferencia de 143 millas.

Su capital es Palma, cuya bahía vese cerrada por dos brazos: de Cala Figuera y Cap Blanc.

Tomando este cabo por punto de partida y bordeando la costa hacia el mediodía llegaremos al de las Salinas, después a Porto-Colón, lugar de refugio para las embarcaciones en los días de tormenta. A dos millas de Cap de Pera nos sale al paso el puerto de Manacor, donde los buques pueden anclar y hacer agua. A unos ochenta pasos hay las renombradas cuevas, que prolónganse mar adentro. Ya en el norte, el cabo Ferrutx presta seguro abrigo a los bajeles, defendiéndolos de los vientos de tierra, oteando al NO. y a dos millas de distancia la antigua y noble ciudad de Alcudia. La villa de Pollensa, que conserva todavía ciertas notas típicas en el lenguaje y topografía, defendida por un círculo de montañas, dista dos millas de la costa. Pollensa y Alcudia son, quizás, los mejores pueblos de Mallorca para ser visitados por el turista y el artista.

Continuando la ruta marítima que nos hemos trazado al principio, bordeamos la costa de Sóller, poblada de escarpados y altos montes de unas diez millas de longitud, cuyos flancos baten furiosamente en los días de tempestad las aguas del mar, que alcanzan una profundidad de unas diez brazas. Aquí el puerto de Sóller ábrese sobre este

«mar tan azul como el Partenopeo,
y el azul celestial, vasto como un deseo»

que cantara Rubén Darío; ábrese a veces a la esperanza del marino, que es juguete del oleaje embravecido. De éste salen los sollerenses y a él vienen a cargar embarcaciones de poco fondo, de naranjas, que después aquéllos venden en Francia, reportándoles la venta crecidas ganancias. Enfrente, y a noventa millas de distancia, se halla Barcelona. Y, prosiguiendo el camino, desfilan ante los ojos del observador curioso los bosques de Miramar, bosques frondosos y salvajes, los paisajes y calas que entusiasman hasta el delirio al pintor de visión franciscana Sebastián Junyer en su retiro de Lluch-alcári; Banyalbufar, Estellenchs, colgados como nidos en las estribaciones de terrenos accidentados; el islote de la Dragonera, que forma un paso difícil para la navegación. Una antigua torre avisaba en tiempos pasados la presencia de moros y corsarios mediante llamaradas de fuego y columnas de humo. Siguiendo en dirección del sur, se encuentra el pequeño pueblo de Andraitx, que se prolonga cosa de dos millas, ofreciendo poco resguardo a los buques, después de haber dejado a la izquierda la antigua torre de San Telmo y la isleta de Pantaleu, donde desembarcó el Rey Don Jaime, el Conquistador, pisando por vez primera tierra mallorquina en su expedición guerrera. Y en seguida impone la majestad aplastante de su salvaje grandeza el cabo de la Mola, peñasco gigantesco donde anidan palomas torcaces. Doblado el cabo se entra en una magnífica rada, poblada de recuerdos históricos.

Surge Calafiguera, que sostiene una torre antigua y un faro moderno, levantándose tenuamente del mar, y, a medida que va ganando tierra, se retira paulatinamente de la costa en dirección NO. para formar la línea ondulante de la cordillera «Na Burguesa», que domina, asomándose por ella el pico de «Galatzó», cerrando la curva hacia el este cumbres encrespadas, que parece presidir con altivez la del «Teix», en cuyas faldas guarda todavía las antiguas tierras del moro Muza y hasta hace poco las antigüedades romanas que el cardenal Despuig reunió en el Museo de «Raixa», y fueron aquéllas mudos testimonios de la vida santa de la virginal doncella de Valldemosa, la beata Catalina Thomás, ornamento de la iglesia mallorquina, y del paso fugaz del incansable apóstol de la verdad, Ramón Lull, gloria excelsa de Mallorca y de toda la raza humana. En la lejanía, y por entre las sierras, yergue su cabeza el «Puig Major», a quien coronan las nieves y que después regala a la huerta de Sóller, situada en el valle que a sus pies se extiende, transformadas en puras y abundantes aguas. Y sigue la cordillera hasta desaparecer en último término con el puig de «Massanella» y los abruptos roquizos de Alaró, en cuyas alturas el viajero puede encontrar todavía los restos de un castillo roquero y de una devoción a los mártires de la fidelidad, Cabrit y Bassa. En el llano que cierra, a manera de anfiteatro, la serie de montes ahora descrita, distrae por un momento la atención el montículo del Puig de Randa, con sus cenobios de Cura, Gracia y San Honorato y los lugares santificados por la vida de estudio y penitencia del gran Ramón Lull.

Mallorca es rica en modalidades naturales.

Así, ya no ha de extrañar aquel dejo de amargura que flota en los siguien-

Formentor.

tes versos de Rubén Darío, escritos, absorto, sin duda, en la contemplación de tantas bellezas que Mallorca acumula:

«¿Por qué mi vida errante no me trajo a estas sanas
costas, antes de que prematuras canas
del alma y cabeza hicieran de mí la mezcolanza
formada de tristeza de vida y esperanza?»

Muy natural es esta caudalosa corriente de turismo hacia Mallorca, donde va sedimentándose una numerosa colonia de ingleses, franceses, alemanes, suizos, americanos y demás, que, encantados ante la perspectiva del mar y la silueta de las montañas, bajo un cielo claro y azul, un clima suave y en perenne primavera, han alquilado lindos «chalets» en las costas de poniente y, lo que es más, poco a poco han ido mallorquinizándose, hasta el extremo de participar de la misma vida isleña, frecuentar las reuniones, interesarse por la cultura indígena.

¿Quiénes fueron los primeros habitantes de esta tierra privilegiada, que me parece repetir a toda hora a los oídos de aquellos seres atormentados por la angustia o el desengaño los versos de Espronceda:

«Isla yo soy de reposo
en medio del mar de la vida...»?

No ha faltado quien haya creído ver a un pueblo de gigantes, fundado en los hallazgos de calaveras y huesos de gran tamaño.

En 1895, intentando un labrador deshacer un bancal en Costitx, halló las ruinas quizás de un templo. Se trataba de unas cabezas de toro, que es muy verosímil fueran ofrendas votivas. Algunos arqueólogos opinan que son de procedencia romana; otros estiman que datan de mayor antigüedad.

La descomposición del imperio romano abrió las puertas a los vándalos, deseosos de dominio, que también se establecieron en Mallorca.

Los árabes berberiscos, almoravides y almohades sucediéronse en la posesión de Mallorca, formando, a principios del siglo XI, un reino dependiente del emirato de Denia. Pero el continuo pánico de que andaban poseídos los comerciantes europeos movió a los genoveses y pisanos a organizar nueva cruzada, a la que se alistaron los catalanes, desembarcando en la isla en 1114, a las órdenes de Ramón Berenguer el Grande, conde de Barcelona, teniendo que abandonarla después de conquistada.

La gloria de dominar a Mallorca definitivamente estaba reservada al ínclito Rey Don Jaime I, que, con Ramón Lull, abren el período propiamente histórico de las Baleares. Estas dos figuras, de talla inconmensurable, presiden la formación del naciente y glorioso reino balear. Misteriosos augurios de alta predestinación rodean la cuna del recién nacido—el gran «Conquistador»—el día 2 de febrero de 1208 en el palacio de los Tornamira de Montpeller. Sus padres, los Reyes Don Pedro II y Doña María, señora de aquella ciudad; y refiere la crónica coetánea que ésta envió a su hijo a la iglesia de Santa María y entró en ella en el momento solemne en que los sacerdotes, desde el coro, entonaban el «Tedeum» de maitines, y después entró en la iglesia de San Fermín, también en el instante en que se entonaba el «Benedictus» de laudes, doble coincidencia que pareció muy providencial. Muerto su padre en la batalla de Muret, entra a reinar contando solamente cinco años de edad. Reunidas las Cortes en Lérida, proclámanle Rey, encomendándolo después a Guillermo de Monredón, maestre de los Templarios, para que cuidase de su educación.

En el siglo X, como hemos insinuado ya, los sarracenos arrebatan del poder de los cristianos las Baleares, convirtiéndolas en un centro de corso, extendiendo el terror por todos los confines del Mediterráneo. Barcelona sufre en 986 los efectos de la devastación que hasta allí llevó Mahomed-Abí-Ahmer. No ha de admirar, pues, que fuese idea en la mente de los condes de Barcelona la de humillar y sojuzgar a un vecino tan temible y asaz presumido, puesto que, con palabras poco respetuosas, hablaba de ellos. En las Cortes de Barcelona, el clero, la nobleza y el estado llano ofrecen al Rey su concurso, comenzándose los aprestos necesarios para llevar a cabo la expedición. Fieles a la consigna, el día 5 de septiembre de 1229, en medio de gran expectación y movimiento en la costa catalana, dispónese a salir la armada.

El ejército conquistador avanza victorioso, fijando sus tiendas en «la Real», no muy distante de la ciudad. Iniciado el combate, los muros de ella son batidos con trabuquetes, almajaneques, funíbulos y otros ingenios de guerra. Juramentados todos sobre los Evangelios que nadie osaría retroceder, lánzanse sobre la brecha abierta, al grito de «¡Santa María!», «¡Santa María!», el 31 de diciembre. Generalizado el combate por las calles, y considerando los muslimes perdida la jornada, huyeron a los montes vecinos. Y mientras sometía a los fugitivos, que habían corrido a las montañas en demanda de abrigo y defensa, echaba los cimientos de la organización político-administrativa del nuevo reino con disposiciones altamente democráticas y liberales, en el buen sentido de la palabra, adelantándose con ello seis siglos a su época en lo que atañe a justicia. Por decreto de 7 de julio de 1249, dado en Valencia, crea la organización municipal, formada por un baile, seis jurados y consejeros. Las relaciones entre los magnates y los enfiteutas de sus tierras no pudieron ser más benignas y cordiales, debido, a no dudarlo, a la concienzuda separación que supo establecer el Rey entre la jurisdicción criminal y civil de la territorial. Interminables nos haríamos si quisiéramos esbozar siquiera algunos rasgos del genio político y jurídico del mayor de los Monarcas, que, como ha dicho muy bien la exquisita poetisa María Antonia Salvá, si Mallorca es llamada la Isla Dorada se debe a que el «Conquistador» la inunda con los rayos de su gloria.

Era costumbre de tan esforzado como piadoso Rey dedicar un templo a algún misterio de la Virgen en las tierras que conquistaba a los infieles. Admirable es el que empezó a levantar en Mallorca a la Asunción de María en el siguiente año de la conquista y que todavía nos sorprende al contemplar su gran mole de piedra en el fondo de la espaciosa bahía, asentada en risueño mirador. Tal es la catedral de Mallorca. La severidad desconcertante de sus dimensiones da por bien compensado lo que la curiosidad encuentra a faltar. La capilla primera de la izquierda se llama de «Corpus Christi», en cuyo núcleo principal es de ver la «Cena», obra del artífice mallorquín Jaime Blanquer, al igual que el bajorrelieve que existe sobre la mesa del altar; a un lado, y entre dos ménsulas, una lápida indica que allí descansan los restos del primer obispo mallorquín, D. Ramón de Torrella, fallecido en 1266. En la capilla de San Jerónimo es digno de notarse el mausoleo, fabricado con mármoles blancos y negros, que guarda los despojos mortales del marqués de la Romana, D. Pedro Caro Sureda, héroe de la guerra de la Independencia y conocido en la historia por el «caudillo del Norte»; fué construído en el derruído convento de dominicos por decreto de las Cortes de Cádiz. La puerta lateral, que ábrese en la plaza, con ser sencilla, no deja de tener elegancia: una faja de hojas abiertas remata en florón. Junto a él, la casa de la «Almoyna», con su puerta apuntada, un alero saliente y la torre-campanario sin terminar. La otra puerta de ingreso, abierta sobre el mar, es verdaderamente una joya de arte. La sacristía posee numerosas reliquias y alhajas, cuyo catálogo y descripción daría desmesuradas proporciones al presente trabajo. Los cuatro tapices que adornan la capilla real en los días de grandes solemnidades cautivan en seguida la curiosidad de los inteligentes, por la esmerada combinación de las sedas de color, del oro y plata, lo que proclama también el exquisito gusto de su bordador, Juan Carbonell.

Puerta de la sala capitular, en la catedral de Palma.

El hijo primogénito del Rey Don Jaime, renunciando un día a los honores mundanos que a su alta dignidad correspondían, pidió humildemente y obtuvo el hábito de los hijos de San Francisco de Asís. No es extraño, pues, que el convento que empezaron a edificar en 1281 adquiriese todas las proporciones de suntuosidad y que mereciese el favor real. Es de una sola nave, que tiene una longitud de 74 metros por 28 de elevación. Contiene detalles interesantes, siendo digno de mención el sepulcro que guarda los restos del insigne varón Ramón Lull. Es todo de alabastro y el mejor título de gloria para su artífice, Francisco Sagrera. El claustro, adosado a la iglesia, es verdaderamente notabilísimo, por cuanto se aparta de las normas consagradas; unas galerías rodean gran extensión de terreno descubierto, cobijadas por un techo cuyas vigas salen hacia el interior en forma de voladizo. Del claustro de San Francisco cantó el poeta:

¿Quién de piedra endurecida
formó con arte sencillo
tu cenefa, parecida
a la orla de un canastillo
de blandos mimbres tejida?

Hemos citado a menudo el nombre de Ramón Lull, y creo deber hablar, aunque someramente, de esta gran figura, de ese valor universal, que siempre interesó y todavía viene interesando las más altas inteligencias. He aquí nombrado el padre espiritual de la raza catalana, el que la dotó de una lengua rica, armoniosa y pintoresca, de una filosofía propia, de una eflorescencia admirable de obras poéticas, filosóficas y científicas. Pero he de confesar que sería vana quimera la de querer encerrar su portentosa y admirable vida en marco reducido, como el presente. Nació el año 1233 en la ciudad de Mallorca, del caballero catalán Ramón y de Elisabet de Eril, a quienes cupieran honores, tierras y alodios por haber acompañado al Rey Don Jaime I en la conquista, estableciéndose definitivamente en la isla. El Rey Don Jaime I le llama a su lado en calidad de paje y, como tal, le acompaña en sus viajes, durante los cuales no dejan de presentarse ocasiones de recoger no pocas lecciones de mundología, cuando no de preciadas observaciones político-diplomáticas en el trato con diversas gentes y con motivo de cuestiones complicadas de gobierno, que más tarde habían de constituir la trama de sus obras, donde el apólogo y la amena relación danse la mano. A los veinticinco años, el «Conquistador» le nombra senescal y mayordomo de la casa del Infante Don Jaime. Se casa con Blanca Picany; pero, disipado

Patio del palacio de los marqueses de Vivet, en Palma.

en medio de la vida cortesana, enamoróse de una dama tan locamente, que afirman algunos biógrafos, si bien con dudosa veracidad, que cierto día, cegado por la pasión que le dominaba, llegó a penetrar, cabalgando brioso corcel, hasta el interior del templo donde aquélla penetrara, saliendo después corrido y burlado. Las reiteradas apariciones de Cristo crucificado infundiéronle tan grande espanto, que acabó por conquistarlo amorosamente a su servicio, al que convirtióse con firmes propósitos, que habían de gobernar su larga y azarosa vida: de morir por la honra de su Amado y llevar la verdad de la fe católica hasta el corazón de los infieles, fundando colegios donde los nuevos apóstoles aprendieran lenguas orientales, metodizando a la vez en libros los conocimientos humanos, como medio de convencer la razón de los que vivían alejados de la Iglesia. Y brotaron un número casi fabuloso de libros sobre las más opuestas materias, que efectivamente ponían a prueba la fecundidad y que de citar solamente los nombres nos arriesgaríamos a ser interminables. Llegado a oídos del Infante Don Jaime la fama en que andaba envuelto su ex senescal, somete al examen de uno de los frailes menores sus escritos, y, como los aprobara, el heredero de la Corona no sólo los alabó, sino que gustosamente accedió a que fuese en Miramar un colegio donde se enseñasen las lenguas orientales, dotándolo, además, de 500 florines oro, con lo que se anticipaba en más de tres siglos a la Congregación romana «De Propaganda Fidei», como también anticipóse al descubrimiento de América, cuya existencia probó científicamente. A la pregunta que él mismo se plantea en el libro «Questiones per Artem Demonstrativam seu inventivam solubiles», por qué causa el océano atlántico fluye y refluye, da a continuación algunas razones, que la condesa de Pardo Bazán glosa en su conferencia leída en el Ateneo de Madrid el 4 de abril de 1892, con el título de «Los franciscanos y Colón». Como una águila gigante, abandona su nido de Miramar, para emprender tendido y azaroso vuelo; visita en sus viajes a los principales Reyes de Europa para convencerles de la necesidad de reconquistar los Lugares Santos, y para ello escribe el libro «De fine», que es un verdadero plan de operaciones militares, cual no lo trazara mejor el más experto estratega.

Galería del Consulado del Mar, en Palma

En 1314 deja a su patria, Mallorca, dirigiéndose por tercera vez a África. Llegado a Bugía, exaspera a la plebe con sus predicaciones, hasta el punto de que, no pudiendo contener su indignación, arrójase bárbaramente sobre el cuerpo de Ramón, cargado ya de años, trabajos y méritos, dejándolo casi exánime en el suelo, maltratado a pedradas y a golpes de alfanje, manando sangre. Unos genoveses recógenlo en su nave, y, una vez arribado a Mallorca, es homenajeado con los honores de mártir por el pueblo y las autoridades, veneración que todavía subsiste. Fácilmente se comprenderá que lo referido hasta aquí no es otra cosa que un pálido reflejo de lo que realmente fué el gran polígrafo del siglo XIII, honra de Mallorca y del mundo entero.

Junto a la figura de Ramón Lull puede colocarse, si bien en sus relativas proporciones, la del venerable Junípero Serra. Nacido en la villa de Petra en los principios del siglo XVIII y admitido muy joven en la gran familia del Serafín de Asís, aplicóse en seguida a la práctica de la virtud y a la lectura de los libros donde se cantaban los hechos de los varones que trabajaron en la difusión de la fe entre los infieles. Encendido por este mismo deseo, pidió y obtuvo licencia de misionar, saliendo a este fin, en 1749, para Veracruz, desde donde se dirigió a pie hasta Méjico y misiones de Sierra Gorda y de San Sabá, fundando la primera de San Diego, en la California Nueva, a la que debía seguir la de San Carlos, en Monterrey, de San Antonio de Padua, y en 9 de octubre de 1770 la fundación de San Francisco, actual capital de la metrópoli californiana, recibiendo el P. Junípero, como presidente de estas misiones, la facultad apostólica de confirmar. Después de haber empleado treinta y cinco años en el ejercicio de misionero, moría, el 28 de agosto de 1784, en San Carlos de Monterrey, envuelto en los perfumes de santidad. Las poblaciones americanas que creó al impulso de su celo no se han mostrado ingratas con el nombre del insigne mallorquín, pues han marcado su paso con monumentos conmemorativos.

Y ahora permitidme, en gracia a la variedad y al mérito, aunque éste sea de diversos quilates, os hable también de otro mallorquín: Fray Anselmo Turmeda. Su vida presenta trazos de verdadera novela, y, si no mediase la apostasía, por su actividad podría ser comparada con la de Ramón Lull. Nacido en Mallorca por los años de 1355, compuso sus renombradas «Cobles de la divisió del regne de Mallorques» y una especie de alegato contra la religión que acababa de abandonar, bajo el nombre de «Presente a los hombres letrados». Muerto en la impenitencia, su cuerpo fué enterrado en la Kasba, en un cementerio de la parte alta de la ciudad argelina, convertido ahora por los azares de los tiempos en mercado de silleros y basteros. Mr. J. H. Pobst, en un estudio sobre Turmeda, sostiene que el intento de éste era unificar el islamismo con el catolicismo. Pero, de todas maneras, resulta el siguiente hecho: Turmeda, católico en Europa, escribiendo en catalán sus obras con cierto dejo irónico, es descreído en África...

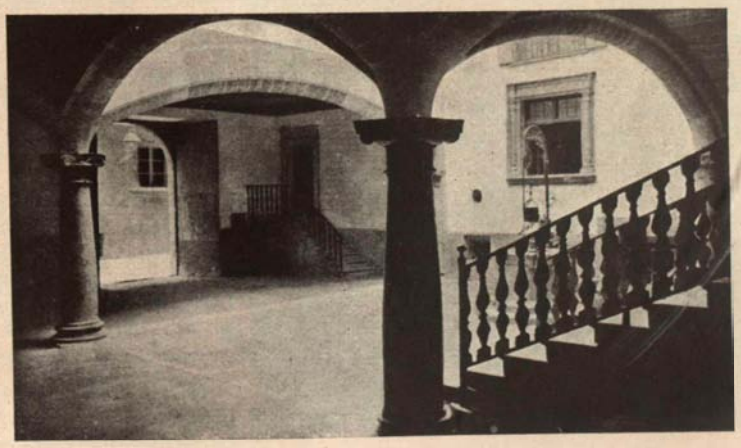
Fallecido el Rey Don Jaime en 1276, después de haber empezado las obras de la catedral y del convento de dominicos, del que se conserva aún los pórticos de la calle de Palacio, le sucedieron en los reinos de Aragón y Mallorca su primogénito Pedro III y Jaime II, respectivamente. Devuelta Mallorca, después de relativamente corto período de usurpación de los derechos suyos por parte del Rey de Aragón, a Jaime II, encaminó éste todo el afán a su fomento y prosperidad. Transformó el alcázar moro de la Almudaina en residencia de los Reyes; echó los cimientos del castillo de Bellver, que todavía se levanta orgulloso con el prestigio de antiguo guerrero, rodeado de un foso y como apoyado en la esbelta torre del Homenaje mediante un puente, y los del espacioso convento de San Francisco; fundó once villas; estableció la Seca o casa de moneda, dictando una serie de sabias disposiciones encaminadas al bien y al orden entre sus súbditos, quienes, reconociendo en él a un buen padre, lloraron su muerte, acaecida el año 1311 en el palacio de la Almudaina, siendo sepultado su cuerpo en la catedral.

Acabamos de mencionar el castillo de Bellver, primer monumento antiguo que saluda al turista que viene a la encantada isla de Mallorca. Su posición, como su nombre indica, ofrece al viajero sediento de cosas bellas inmensos y variados panoramas. En una de sus salas soportó resignadamente los sinsabores de su infortunio el eminente patricio D. Gaspar Melchor de Jovellanos, y junto a una de sus barbacanas, en 1817, era fusilado el general Lacy, consecuente con sus principios liberales. Una escalera de caracol comunica la azotea con la parte más elevada del castillo: la torre del Homenaje, desde la cual se ofrece a la vista del viajero el más arrobador espectáculo de belleza panorámica. Los planos del castillo fueron trazados por Pedro Salvá.

Muerto el Rey Don Sancho, entró a gobernar Don Jaime III, hijo de Don Fernando. Pero, apenas iniciado el gobierno, el Rey de Aragón renovó las antiguas rivalidades, a pretexto de que le correspondía la corona, en fuerza a lazos de sangre que le unían más de cerca al fundador de la dinastía mallorquina.

Y los asuntos agriáronse en tal forma, que Pedro determinó abrir un proceso contra Jaime III, después de despojarle de su realeza. Levanta un ejército, que desembarca en Santa Ponsa, dirigiéndose seguidamente Pedro IV hacia la ciudad, donde, como Rey privativo, jura observar las franquicias y privilegios. El destronado Jaime, al frente de un puñado de leales, desembarca en Pollensa. Los ejércitos se encuentran en los campos de Lluchmayor, trabando sangrienta lucha. Don Jaime, abandonado a los impulsos de su valentía, intérnase en los lugares de peligro; pero, acorralado pronto por las huestes enemigas, su cuerpo desplómase en el suelo, gravemente herido. Lo cual, visto por un almogávar valenciano, échase encima, cortándole la cabeza. Esta jornada luctuosa, llevada a cabo en el campo conocido hoy con el nombre «de la batalla», marcó el final de la dinastía mallorquina, pasando el reino de Mallorca a confundirse con el de Aragón y perdiendo así su propia personalidad; todo esto, a trueque de no pocas venganzas y derramamiento de sangre.

A grandes pasos hemos llegado al final de una época interesantísima en los anales de la historia mallorquina. Pero, antes de proseguir nuestro camino, os invito a contemplar, vueltos los ojos nuevamente hacia atrás, los monumentos megalíticos, que significan grandes piedras colocadas unas sobre otras, vestigios de una civilización rudimentaria, ante los cuales los sabios han quedado per-



Patio de Casa-Oleza, en Palma.

plejos y los sencillos hijos del pueblo extasiados, ignorando los eruditos y los ignorantes, a punto fijo, quiénes debieron ser sus arquitectos, la raza y el siglo que los levantó. Mallorca y Menorca conservan diseminados por el suelo tres clases de monumentos, tales como «talayots» o «clapers», «navetas» y «taules», juntamente con otros comunes en otros países: grutas sepulcrales, habitaciones, menhires, etc. Los «clapers» y «talayots» construyéronse ingeniosamente, a veces separados a regular distancia, formando grupos o junto a cuevas subterráneas, en parajes bajos y en las alturas. El «Institut de Estudis Catalans», cuando era presidido por el Sr. Puig y Cadafalc, verificó a sus expensas importantes excavaciones en «Capo-corp», de Lluchmayor, sacando a flote una población primitiva interesantísima, rodeada de murallas y defendida en los puntos estratégicos por formidables «talayots». La forma corriente «dels clapers de gegants» es la de un cono de base circular, ovoidea o elíptica, truncado a poca distancia de la base, constituído por grandes piedras, toscamente aplanadas en la superficie, a fin de dar mayor estabilidad al cuerpo, amontonadas sin ligazón ni argamasa. ¿Para qué sirvieron? He aquí una pregunta que, naturalmente, he de hacer y que formula la curiosidad interesada. Mas es de advertir que no puede ser contestada de plano, sino moviéndose siempre en el terreno de las conjeturas.

Las navetas. He aquí enunciada otra construcción primitiva. Su disposición es extraña para el curioso que la visita. Como da a entender su misma palabra, derivada de «nau», su forma es la de una nave con quilla vuelta hacia arriba.

La necrópolis fenicia de Ibiza merece los honores de detenida visita.

Con muchos utensilios y objetos de indubitable antigüedad encontrados en tales lugares hanse formado numerosos museos, principalmente particulares, y si existe uno público, el de la «Arqueologica Luliana», débese a la iniciativa de esta meritísima Sociedad, que cuenta más de cuarenta y cuatro años de vida y que viene publicando mensualmente un «Boletín», que tiene la gloria de ser la primera publicación en este ramo de estudios histórico-arqueológicos, constituyendo sus tomos una necesidad para quien intente discurrir sobre el pasado.

En uno de los extremos más silenciosos de la ciudad se encuentra una sala de baños árabes, que a buen seguro no serían públicos y que pertenecerían a algún edificio notable. Merece la visita del inteligente viajero. El velo de las tinieblas cubre todavía el nombre del alarife que fabricó tan bella morada, para uso y solaz de alguna sultana, y la época en que edificóse.

Junto a la catedral, y a la entrada de la ciudad, yérguese, sereno y fuerte, el palacio de la Almudaina, en cuyos muros marcan su huella los tiempos y las generaciones. Su área es de forma rectangular, con una torre a cada vértice, escondiendo otra más antigua, que fué coronada en el siglo XIV por un ángel, destinado a marcar la dirección de los vientos, fabricado por Francisco Campredrón de Perpiñán. Los restos que todavía subsisten en el palacio de la Almudaina aparecen empotrados en otras construcciones posteriores. La torre de la alcazaba, que aun puede verse desde el patio, es una pared de tapia, con la nota dominante observada en todas las edificaciones pétreas halladas en Mallorca, y que consiste en fragmentos de piedra arenisca puestos en hiladas de plano alternando con otro en posición inclinada.

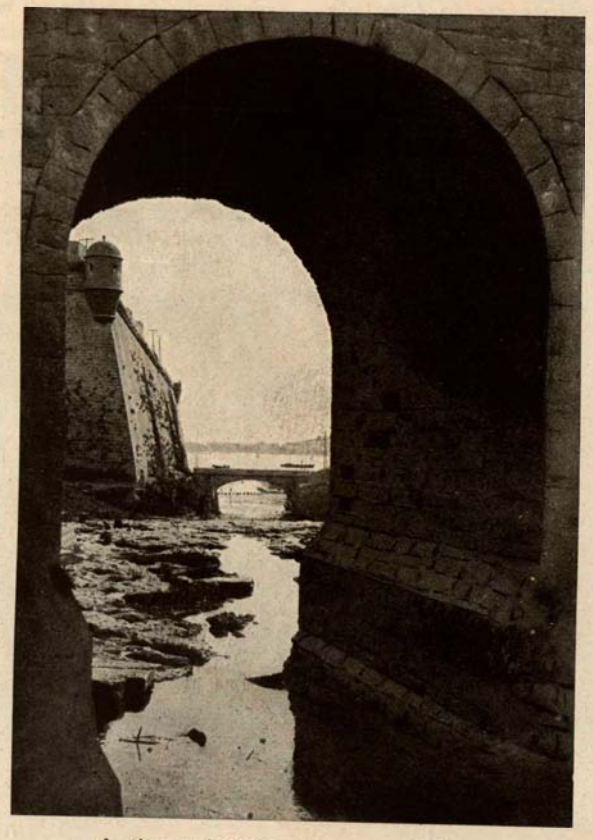
El Rey Don Jaime II encomendó al monje cisterciense Pedro Descoll, entonces procurador real, los planos de reedificación, al objeto de habilitarlo para residencia de los Reyes mallorquines. Extinguida la Casa real e incorporado el palacio de la Almudaina al patrimonio de los Reyes españoles, inservible ya para el fin a que destinóse al principio, sufrió las consiguientes modificaciones. Loado sea Dios, que presidió en todo el gusto más exquisito. La galería, estilo renacimiento, que mirando sobre el huerto une las torres, está trabajada con gracia, y en un ambiente de armonía que presta encanto a la vetusta fachada. Dentro de sus muros da cobijo a la Audiencia territorial, Capitanía general y su Estado Mayor, el Archivo Real y Patrimonial, creado en 20 de diciembre de 1597. En el patio no puede menos de llamar la atención un portal de gusto bizantino de mármol rojo que da entrada a la capilla de Santa Ana donde se puede admirar un retablo del pintor mallorquín Mojer, del siglo XV, la balconada del órgano, la verja de hierro, y, además, venerar las reliquias de Santa Práxedes. Una puerta solitaria en la calle de la Almudaina, que todavía atrae la curiosidad de los extranjeros, es un resto venerando del antiguo recinto amurallado que circundaba el Palacio Real.

Volviendo nuestra vista un poco hacia poniente, se posará plácidamente en un magnífico edificio del siglo XV, en la Lonja, antigua Bolsa de Comercio, de forma airosa, que proclama el gusto del arquitecto mallorquín Guillermo Sagrera, que la ejecutó, a par que la importancia marítima del puerto de Palma en tiempos pretéritos. Se penetra en el interior de la Lonja por una de sus tres puertas, la más trabajada, guardada por un ángel con alas tendidas. Una gran sala, destinada hoy a Museo provincial, abre toda la grandiosidad de su espacio al curioso visitante. Esbeltas columnas, estriadas desde el suelo en espiral, separan las tres naves de aquel espacioso palacio, cuyo techo abovedado parece descansar ligeramente sobre el haz de cañas que forman los arcos, parecidas a las ramas de una gentil palmera. Su área mide unos 40 metros de longitud por 28 de anchura. Con mucha razón pudo vanagloriarse Carlos V de poder contar en sus dominios tal joya.

Contiguo a la Lonja existe el edificio del Consulado, que un día sirvió de Tribunal de Comercio, con una notable galería que se abre sobre el mar. Con ser tan radiante el esplendor marítimo de Mallorca, todavía venía a ser realzada con la fama de sus cartógrafos, cuyos trabajos eran consultados por los navegantes indígenas y extranjeros. Valseca, Viladestres, Prunés, Soler, Oliva, Salvat y otros continúan, más o menos afortunadamente, la obra del maestro Jafuda Cresques.

No ha muchos años tuvimos que deplorar la pérdida de una notable carta, debida a Gabriel Valseca, por la que Américo Vespucio pagó 130 florines oro de marco. Así lo atestigua la siguiente inscripción, puesta en el respaldo: «Questa ampla pelle di geographia fú pagata da Amerigo Vespucci CXXX ducati di oro dimarco.» El cardenal Despuig la adquirió en Italia y hoy está en posesión del «Institut de Estudis Catalans».

El viajero que se abandona al azar por las estrechas calles de la ciudad habrá de detenerse a menudo en la presencia de edificios civiles y religiosos. Las fachadas de aquéllos ofrecen un aspecto sencillo y elegante, no desprovisto de cierta grandeza. Portadas de medio punto dan entrada a los zaguanes, donde impera un ambiente de nostalgia, que evoca fastuosidad extinguida, tan característica en aquellas familias opulentas que las habitaron y que en sus viajes, con fines artísticos y comerciales, acrecentaron en Mallorca el patrimonio espiritual, aportando elementos italianos que combinaron en sus exteriores con vestigios de pasadas influencias. Así no es raro admirar en la parte superior primorosos ajimeces, que alguien tomaría de origen árabe. Arcos tendidos y escaleras de dos ramales constituyen la nota dominante en muchos vestíbulos, como puede verse en las casas de Oleza, Morell y de la marquesa de Vivot. El barroco campea en la mansión de Belloto, por desgracia transformada en su antiguo carácter, así como destinado a cuartel de carabineros el esclarecido solar de los Montenegro, a los que dió días de esplendor el cardenal Despuig, gran amante de la cultura de su patria, como lo atestiguan su famoso Museo de «Raixa», hoy en poder del Ayuntamiento, riquísima colección de estatuas grecorromanas, y la biblioteca y monetario que, tras cuantiosos dispendios, lograra formar.



Antiguas fortificaciones, en Palma.

Los edificios religiosos interesan igualmente la atención del forastero, bien por los tesoros artísticos que atesoran, bien por la antigüedad de su fábrica. Después de la catedral ocupa el segundo lugar entre sus similares, en razón de su magnificencia y forma, el templo parroquial de Santa Eulalia. Es memorable la iglesia parroquial de San Miguel, puesto que su fábrica primitiva asentóse sobre una mezquita que los moros tenían emplazada en este mismo lugar, testigo del último esfuerzo mahometano.

Existen en Mallorca más de cincuenta Sociedades anónimas, y cuéntanse en Baleares once entidades bancarias.

Una de las Sociedades que más influencia han ejercido en el incremento de la vida mallorquina es la de «Ferrocarriles de Mallorca», que, inaugurada en 1175, posee el ramal Palma-Manacor-Felanitx, explotando una línea de 248 kilómetros. Más modesta que la anterior es la Compañía «Ferrocarril de Sóller», que con un capital inicial de 3.500.000 pesetas y una longitud de 32 kilómetros une la ciudad de Palma con el valle de los naranjos y su puerto.

Un servicio de tranvías recorre la ciudad de Palma y pone en comunicación aquélla con el ensanche y suburbios, dando la impresión de progreso y modernidad.

Desde 1834 existe el servicio a vapor entre el puerto de Palma y el de Barcelona, y actualmente cuenta también la isla de Mallorca con viajes directos con las demás islas Baleares y con los puertos nacionales de Alicante, Valencia y Tarragona y con los extranjeros de Argel y Marsella. El servicio de vapores correos es prestado ahora por la poderosa Compañía «Transmediterránea», poseedora de una flota integrada por esbeltos «steamers».

Mallorca, además, cuenta con Sociedades recreativas, culturales y de «sport»: el «Círculo Mallorquín», digno de ser visitado; la meritísima «Societat Arqueológica Luliana» y su «Boletín»; «Veloz Sport Balear», «La Veda», «Asistencia Palmesana», «La Protectora», «Alfonso XIII», «Baleares», etc.; y con orfeones como el «Mallorquí», de Palma; la «Capella», de Manacor; «Aulí», de Felanitx, etc.

El Emperador Carlos V, de paso para la conquista de Argel, quiso visitar la isla de Mallorca, y, no obstante haberla encontrado quebrantada algún tanto por los recientes trastornos ocasionados por la Germanía, hubo de exclamar, entre confuso y maravillado, «que encontrado había un pueblo ignorado y un reino oculto», rebosante en un cúmulo de bellezas naturales.

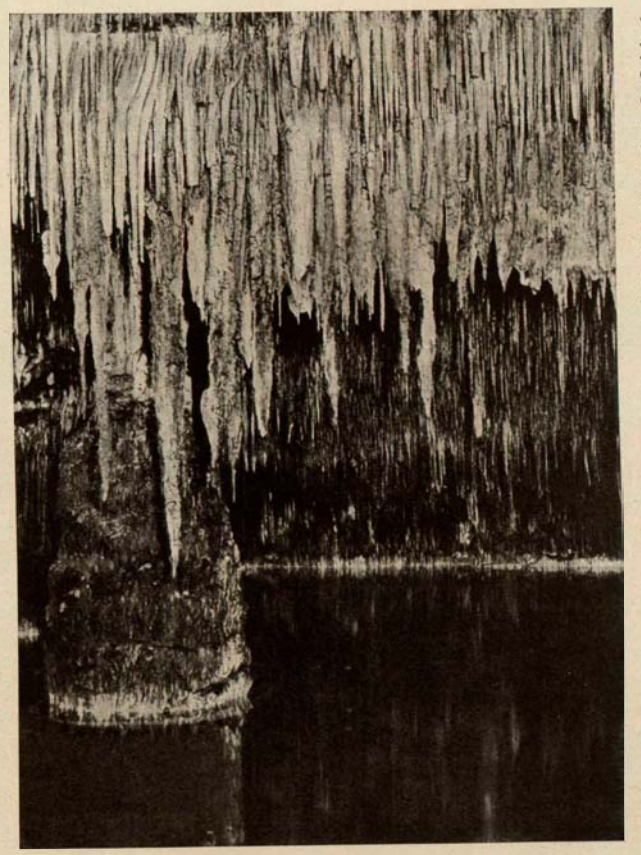
Las Cuevas de Mallorca

por

JERÓNIMO MASSANET

He sido amablemente invitado para colaborar en este LIBRO DE ORO, escribiendo un artículo sobre el sugestivo tema que encabeza estas líneas; y al aceptar muy honrado el encargo, sólo me pesa la consideración de que otros hubieran podido ser designados con gran ventaja para este cometido; porque mi escasa talla de escritor se ve aún empequeñecida en esta ocasión, toda vez que no he dedicado mi actividad a trabajos literarios ni he tenido tratos con las Musas, y precisaría un poeta de altos vuelos para describir las maravillas subterráneas que encierra esta isla, verdaderamente privilegiada, de clima templado, de cielo esplendente, de grandiosos y variados paisajes, de rica vegetación, de costas abruptas, de playas tranquilas, de calas encantadas; donde el cielo, la tierra, el mar y los abismos se conjuran para templar los espíritus, adormeciéndolos en inefable calma y alegrando su letargo con visiones de ensueño. En esta isla, conocida universalmente por «La Isla Dorada,» a la que acuden pintores de todo el mundo para vaciar en las telas la luminosidad incomparable de sus paisajes; en esta tierra, constantemente recorrida por millares de turistas, que al dejar nuestras costas se convierten en heraldos de nuestras bellezas y acrecientan de día en día la afluencia de visitantes, no faltan «Mestres en Gay Saber» que han templado su lira, cantando en estrofas floridas y en párrafos grandilocuentes las emociones que embriagan su espíritu, y bien pudiera haberse escogido entre éstos una pluma mejor cortada que la mía, que extrajera de nuestro subsuelo, con toda su mágica realidad, las filigranas y visiones dantescas que la gota de agua, con insuperable maestría, ha venido elaborando día y noche en una no interrumpida jornada de millares de siglos. Pero he sido yo el designado, y entiendo que no cabe declinar el honor negando mi cooperación a la obra patriótica que este LIBRO DE ORO tiene vinculada en sus páginas, y ante esta consideración, sin más preámbulos, voy a entrar en el desarrollo del tema, para el que me va quedando ya poco espacio.

Es imposible inventariar toda la riqueza que encierra en sus entrañas nuestra isla, mucha de la que está sin duda por descubrir. Aquí, en el término de Palma, existen cuevas con estalactitas en Génova y en La Vileta; en Santa María del Camí (a unos 15 kilómetros de la capital) está la cueva de Son Pou, a 490 metros de altura, de unos 50 de profundidad, que ofrece un espléndido golpe de vista; en el predio Canet, del término de Esporlas, hay tres grutas; en las cercanías de Porreras tenemos la de «San Lluis», de más de un kilómetro de recorrido y bellas salas; en Orient (término de Buñola) se descubrieron hace algunos años las cuevas denominadas «Las Maravellas», situadas en el predio Comasema, de bastante extensión y hermosura; en Alcudia, en una prolongación del monte de la Victoria, mirando a la bahía, a la orilla del mar, existe la «Cueva de Cabo Menorca», que es extensa y contiene filigranas en algunos de sus departamentos, donde las concreciones y estalactitas adoptan variadas formas; en la ciudad de Sóller, a unos diez minutos de distancia de la estación del ferrocarril, al pie de abruptos peñascales, junto a la mansa corriente de un arroyo, se abrieron en 1921 las llamadas «Covas dels Estudiants», con iluminación eléctrica y facilidades para ser visitadas, las que contienen indiscutibles bellezas; Manacor posee las «Cuevas del Pirata», poco conocidas, no obstante su valía, porque vienen eclipsadas por las del Drach, sitas en el mismo municipio, de que me ocuparé más adelante; y junto a éstas se hallan las «Cuevas dels Hams», abiertas hace unos tres lustros, iluminadas eléctricamente y cuidadas con esmero por su propietario, por lo que permanecen intactas, libres de lamentables mutilaciones, de que otras adolecen; no son grandiosas, pero sí bellas y afiligranadas, existiendo verdaderas maravillas, mereciendo citarse los departamentos llamados «Salón del Dos de Mayo», «Cementerio de las hadas» y «Sueño de un ángel», y habiéndome llamado la atención unas estalactitas tenues, llenas de ramificaciones transversales, más bien propias de la vegetación, y que no se explica cómo pueda haberlas elaborado con su monótono destilar el artífice gota de agua.

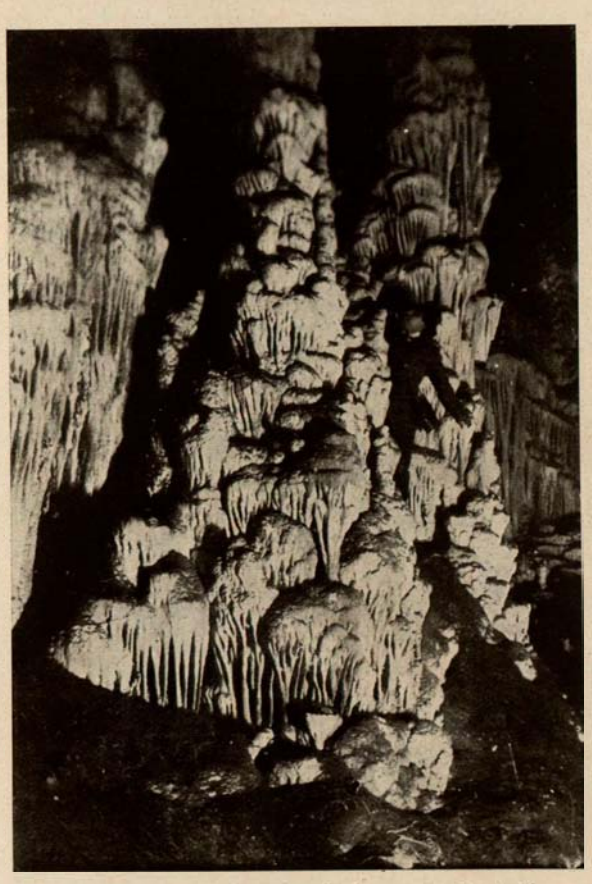


Cueva del Drach, en Mallorca.

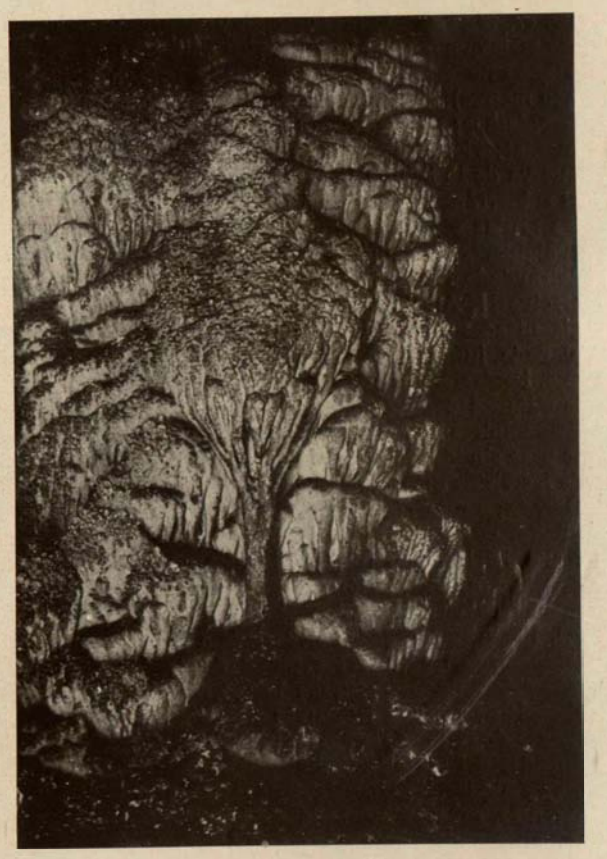
Estas y otras grutas menos importantes, que he visto u oído citar o que han sido objeto de reseñas y exploraciones científicas, de que he tomado parte de los datos consignados (como las de Son Sureda, de Artá; las de Establiments, Muro y Pollensa; las «Covas de Na Mora» y las de «Cala Rotja»), demuestran en conjunto la propensión que la geología de la isla ofrece para los derrumbamientos subterráneos, en cuyas cavidades las filtraciones han ido elaborando suntuosas y variadas decoraciones, y ello hace imposible saber hasta dónde alcanza la riqueza oculta de esta índole que duerme o labora bajo nuestro suelo.

CUEVAS DEL DRACH (MANACOR)

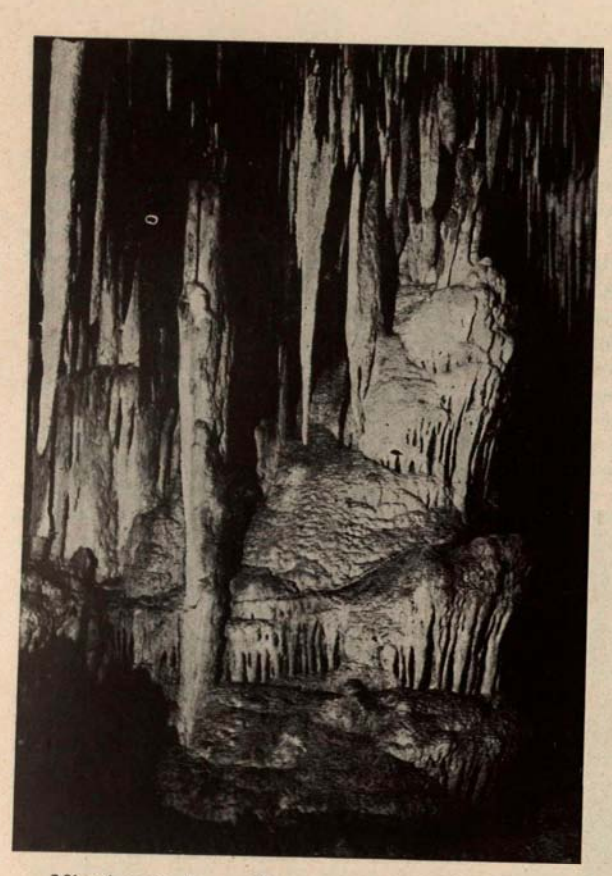
En capítulo especial he de ocuparme de las famosas Cuevas del Drach, sitas en Porto-Cristo, a 12 kilómetros de la ciudad de Manacor, con más de 2.000 metros de bello recorrido subterráneo; la «cueva encantada», como la llama el eximio escritor don José M.ª Salaverría al describir, lleno de emoción, una visita hecha a esta sorprendente gruta, hoy la más frecuentada de la isla, no sólo por su incomparable belleza, sino también porque su actual propietario, D. Juan Servera, ha cuidado de facilitar su acceso al público, las ha preservado de profanaciones (de que antes habían sido objeto) y las ha engrandecido, agregándoles nuevas salas, de virginidad encantadora. Además, ha dotado al espléndido y sugestivo lago Martel de elegantes góndolas que se deslizan sobre las tranquilas aguas, de tan perfecta transparencia que serían invisibles si no las agitaran los remos. Detenerse en el recorrido de este lago y dejar que las aguas sosieguen equivale a borrar la línea divisoria entre el aire y el líquido elemento; da la sensación de que la barquilla queda suspendida en el espacio, en medio de millares de estalactitas y estalagmitas siendo éstas un mero perfectísimo reflejo de aquéllas. Los visitantes contienen la respiración, hondamente emocionados en aquella mansión de hadas y sirenas, donde todo es fantástico y sugestivo. Este lago subterráneo, el mayor que se conoce en el mundo, tiene una longitud de 177 metros y una anchura media de 30, variando su profundidad entre cinco y nueve y teniendo poco más o menos igual altura. Lo exploró y descubrió en su verdadera extensión y encantos, antes ignorados, valiéndose de dos botes de lona, el miembro del Club Alpino Francés M. E. A. Martel (acompañado del entonces propietario de las Cuevas, don José I. Moragues, y de



Un detalle del interior de la cueva de Artá.



Detalle en la cueva de Artá, en donde aparece la figura de un árbol con su tronco, ramas y hojas.



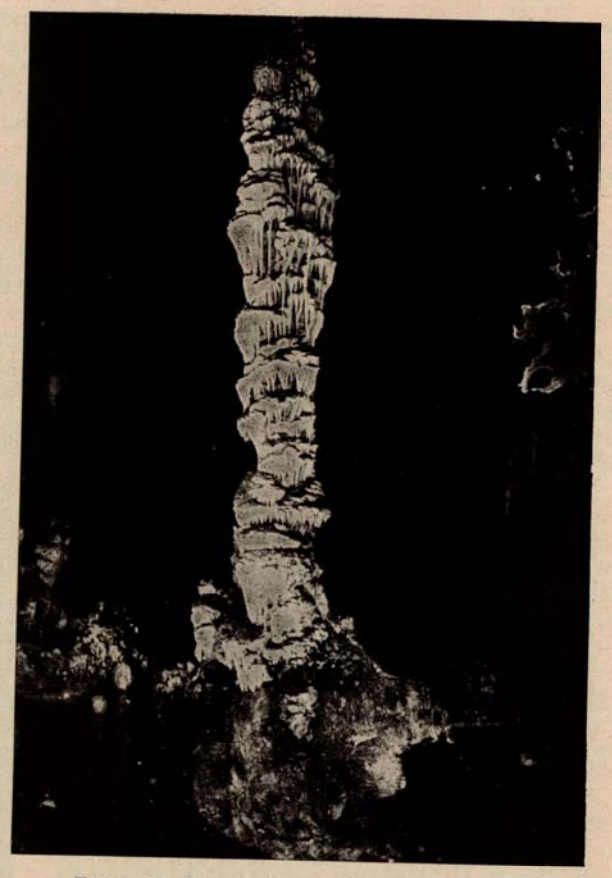
Mirador de la capilla, en la cueva del Drach.

D. Pedro Bonet de los Herreros; éste por delegación del apoderado del Archiduque de Austria Luis Salvador, gran amigo de aquél y a la sazón ausente), bautizándolo con el nombre de lago Miramar, por el que se le conoce también, aunque generalmente se le designa hoy con el de su ilustre descubridor. Ha sido reiteradamente descrita esta maravilla, en términos que parecen exagerados a quienes no han gozado de su visión; pero ésta supera siempre a todos los encomios, porque ni la letra escrita ni la fotografía pueden recoger su imponderable realidad. Reúne, además, este lago excelentes condiciones acústicas, habiéndose dado en su interior conciertos musicales y sesiones de canto, de un efecto indescriptible. Y no es sólo este lago lo que merece ser visitado, sino que existen otras muchas filigranas, como son el «Mirador de la Capilla», el «Escenario de las Hadas», el «Baño del Sultán», el «Lago de las Delicias», etc., etc. Y por si todo ello fuera poco, se ha abierto una nueva entrada, más poética y sugestiva que la que hasta hoy se utilizaba, que era lo menos vistoso de esta famosa gruta.

CUEVAS DE ARTÁ (CAPDEPERA)

He dejado expresamente para el último lugar mis apreciaciones sobre las famosas CUEVAS DE LA ERMITA, las de más antiguo abolengo en la isla, vulgarmente conocidas por CUEVAS DE ARTÁ, a cuyo pueblo pertenecieron hasta que fué segregado el término de la villa de Capdepera (que las comprende), sin que, a pesar del natural deseo de este Municipio de unir su nombre al de tan apreciada maravilla, haya podido lograr el cambio de filiación, y las siguen designando los tratadistas por «Cuevas de Artá», porque difícilmente se rompe con la inveterada tradición, y además, porque este pueblo es punto de término de la línea férrea, desde donde, sin pasar por la villa de Capdepera, se va directamente a las Cuevas, por un camino que tiene unos nueve kilómetros de recorrido.

No sé si habrá en ello apasionamiento; pero lo cierto es que tengo yo para estas cuevas especial predilección y las frecuento desde mi infancia, siendo pocos los años que no les haga una visita, y siempre encuentro algo nuevo que admirar. Tienen menos extensión que las del Drasch (contando sólo con un recorrido de 450 metros), no pueden ostentar los vistosos lagos y filigranas que en éstas contemplamos; pero ofrecen una grandiosidad no igualada, verdaderamente monumental; vienen a ser la catedral de las grutas; representan el paso de gigante que va de lo bello a lo sublime. En las cuevas del Drach hay que internarse en el subterráneo para saborear sus encantos, mientras que en las Cuevas de Artá las grutas y el paisaje están en perfecta armonía; el que vaya a verlas y por cualquier circunstancia haya de detenerse en la entrada, no puede sentirse defraudado por razón del viaje, porque la visión exterior es aliciente bastante para efectuarlo. Al término del camino carretero, donde se dejan hoy los vehículos, gigantescos pinos seculares cubren con verde y aromático dosel una poética explanada, junto a una extensa y vistosa playa; y desde allí se emprende un sendero que, bordeando la costa brava, en unos veinte minutos conduce a la boca de las Cuevas. Este sendero ha de recorrerse hoy a pie, pero se pasa sin darse uno cuenta, ofreciendo una de las vistas más espléndidas de nuestra Isla Dorada; a mano izquierda, subiendo, tiene el monte, cuyas sinuosidades ladea, y a la derecha, hacia el sur (cortada la roca a pico o con ligera inclinación sobre la vertical), el mar de esmeraldas, sobre el que juguetea el sol. Por los acantilados de la ladera del camino trepan numerosos pinos, de troncos retorcidos, que ofrecen su benéfica sombra al viajero, y por entre cuyas ramas asoman cachos de cielo, de un azul purísimo, rayos filtrados del astro rey, que semejan hilos de oro, y abajo el mar verde, de aguas transparentes, muestra un bello paisaje sumergido, en los días plácidos en que la mirada penetra hasta el fondo. Por más que está a punto de terminarse una nueva carretera, de vistas no menos sorprendentes, que en breve permitirá llegar con toda comodidad hasta la boca de la cueva (1), creo yo que aquel sendero no se relegará al olvido y que serán muchos los visitantes que, a la subida o de regreso, lo recorrerán a pie, haciendo alto en los puntos culminantes y embebiéndose estáticos en la sublimidad del paisaje.



Estalagmita notable, en la cueva de Artá.

La entrada de estas cuevas es grandiosa: «abierta como inmensa herida en el pecho de los enormes peñascales, su boca, magníficamente situada frente al mar, semeja la portada de fantástica catedral» (según frase de D. Bartolomé Ferrá). Tiene esta boca gigantesca 35 metros de elevación por 100 de base, estando situada a muy respetable altura, a pico sobre el nivel del mar. Por una amplia escalera de 45 peldaños se sube a un corredor, cubierto con bóveda formada por dos planos inclinados. Estas Cuevas no tienen la blancura que se observa en las otras que he descrito; sea porque en un principio eran visitadas con teas y antorchas resinosas, sea por la composición química de los terrenos que atraviesan las filtraciones que gotean en el interior y que han ido elaborando aquella serie de fantasmas de piedra, lo cierto es que muchas columnas y decoraciones se ven sombreadas por un color negruzco que, a mi juicio, no las afea, sino que les da un aspecto más severo y grandioso, ahondando lejanías y dibujando quiméricas figuras; es algo así como la pátina del tiempo, que ennoblece y consagra los palacios y monumentos; sin que el color bruno o alabastrino de las columnas que la adornan y de los fantasmas que en aquellas oquedades misteriosas tienen su morada eclipsen el brillo de la pedrería diamantina que los recubre.

Allí hay espléndidas y variadas salas, alguna de las cuales, como la de las Banderas, mide 33 metros de elevación; columnas monumentales a que los tratadistas asignan 20 y a una de ellas (la Reina de las Columnas) 25 metros de altura, y entre millares de estalactitas aparecen las más caprichosas y variadas creaciones: la «Reina Mora», «La Virgen del Pilar», la «Lechuza», «Mefistófeles», la «Lechona degollada», coliflores, salchichones, patatas, calabazas, cipreses, arañas, bacalao, «La Piedra de Plata», «El Monte de Nieve», «El Sepulcro», «El Infierno», etc., etc.; todo fantástico, todo grandioso.

Recorriendo estas cuevas, se pasan dos horas sin darse cuenta, de sorpresa en sorpresa, y a la salida es notable el contraste de la luz radiante que hiere de súbito al asomar a la boca, después de tan largo paseo por el tenebroso paraíso subterráneo.

Estas cuevas han sido cantadas por mil poetas y escritores de renombre, que sería prolijo enumerar; ellas son visitadísimas, llegando a diario reiteradas excursiones, cada vez más repetidas, y mucho mayor fuera la afluencia, de no pertenecer este tesoro desde antiguo a una distinguida familia aristocrática, los señores Quint Zaforteza, quienes han cuidado de mejorar los servicios; pero no de hacer el reclamo, ni de buscar el contacto con las empresas de viajes, con los hoteles y demás gremios que tanto podrían acrecentar sus rendimientos.

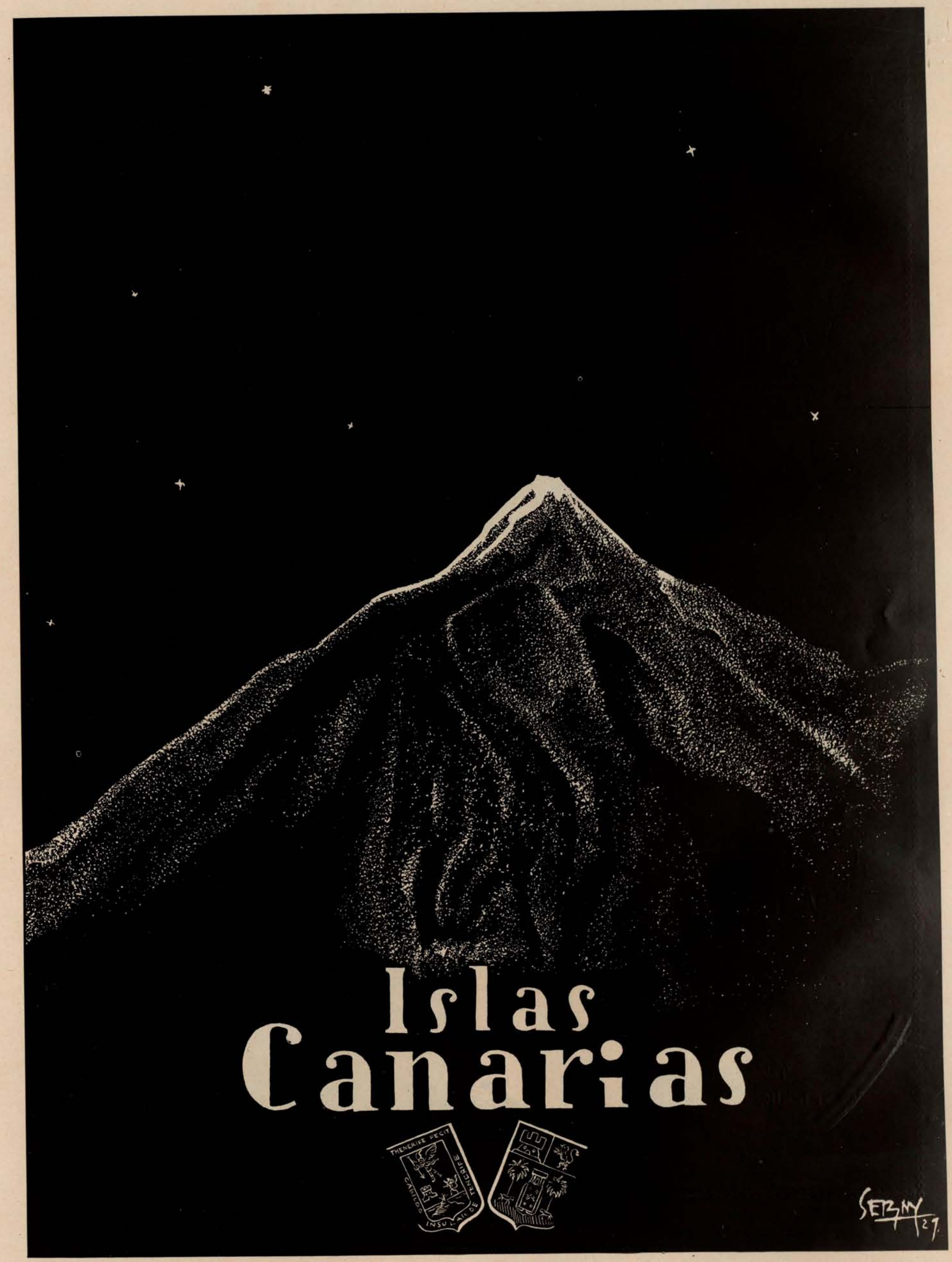
Escenario de las Hadas, en la cueva del Drach.

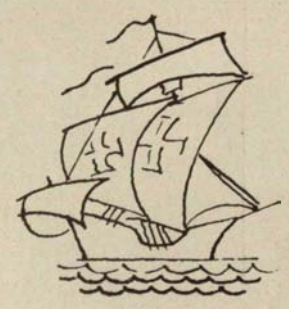
El *notable literato catalán* Pi y Ferrer, en su obra «Recuerdos y bellezas de España», las menciona y describe en términos entusiásticos, y dice luego que «nunca la materia cristalizada había herido sus ojos en conjunto tan imponente, ni jamás tanta multitud de formas raras y a cual más caprichosas se le habían ofrecido en tan vastas proporciones».

Pudiera ser más pródigo en detalles, sin lograr con ello esculpir la realidad, que supera a toda ponderación; pero la necesidad de limitar la extensión de este escrito me obliga a hacer punto final.

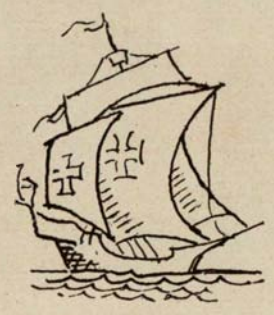
Palma de Mallorca, 12 de junio de 1929.

(1) Al editarse este libro, ha sido ya inaugurada esta carretera.


Islas
Canarias
THENERIFE FECIT
CABILDO INSULAR DE TENERIFE
SEBNY 29



LAS PALMAS



WOERMANN-LINIE, LTDA.

Agents for:

Woermann-Linie A. G., Hamburg

Deutsche Ost-Afrika-Linie, Hamburg

Hamburg-Südamerikanische Dampfschifffahrts-Gesellschaft, Hamburg

Hamburg-Amerika-Linie, Hamburg

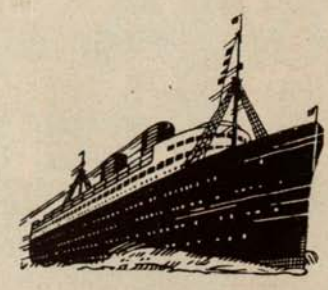
Oldenburg-Portugiesische Dampfschiffs-Rhederei, Hamburg

Hamburg-Bremer Afrika-Linie, Bremen

Norddeutscher Lloyd, Bremen

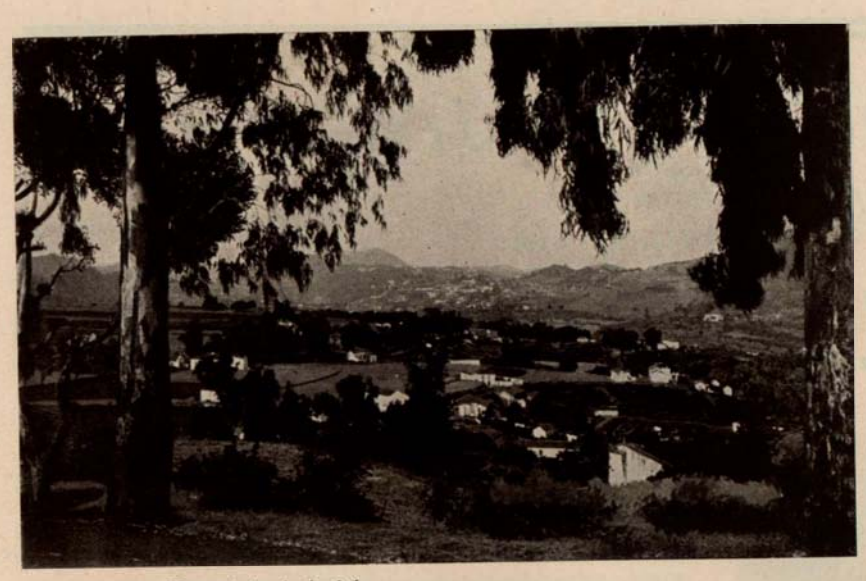
WOERMANN-LINIE, LTDA.

Telegrams:
WEST LINIE, LAS PALMAS

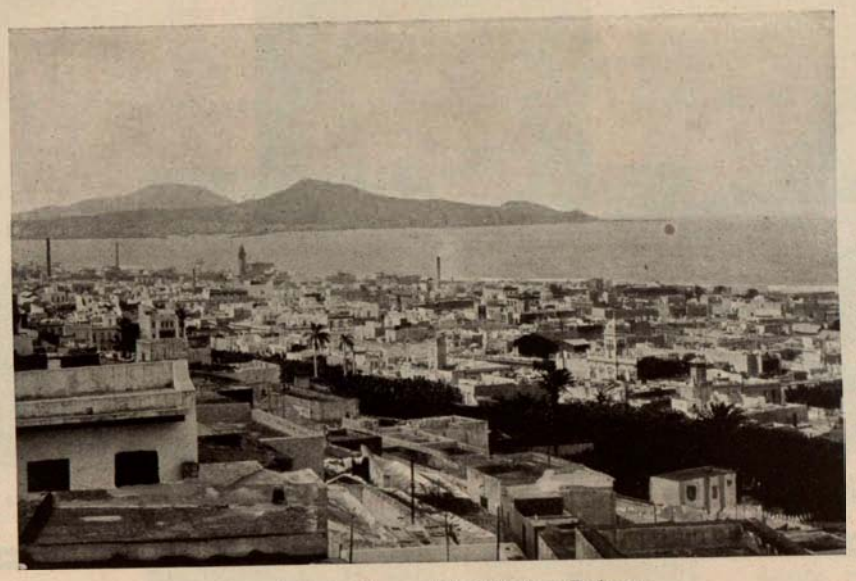


Letters:
APARTADO DE CORREOS 60

LA ISLA DE GRAN CANARIA



Una vista de la isla.



Vista de la bahía y ciudad de Las Palmas.

Hállase esta isla situada entre las de Tenerife y Fuerteventura. La suavidad de su clima, proverbial de todo el archipiélago, hace su estancia en ella extremadamente agradable.

La producción agrícola es de legumbres, cereales, hortalizas, aceitunas, almendras, tabaco (principal riqueza de la isla), lino y frutas, especialmente plátanos, elemento importante de exportación.

Su capital, Las Palmas, es una hermosa población de más de 60.000 habitantes, que se extiende a lo largo de una bahía, maravilla de luz y color. Sus calles, plazas y paseos, cuidadosamente urbanizados, tienen un moderno aspecto dentro de las características de construcción adecuadas.

Recomendamos la visita a la catedral, comenzada a construir en el siglo XVI, bajo la dirección del arquitecto sevillano Diego Alonso Montaude, y terminada tres siglos después, y al Museo Antropológico Canario, que conserva curiosidades de sumo interés.

Sus alrededores son de una belleza insuperable, ofreciendo al viajero constantes y diversos atractivos en la variedad de sus huertos, caminos y casas de labor.

A seis kilómetros de la ciudad se encuentra el Puerto de la Luz, que, unido a ésta por un tranvía eléctrico, es, en realidad, el puerto de aquélla.

Un paisaje de la isla.

Vista general de Las Palmas.

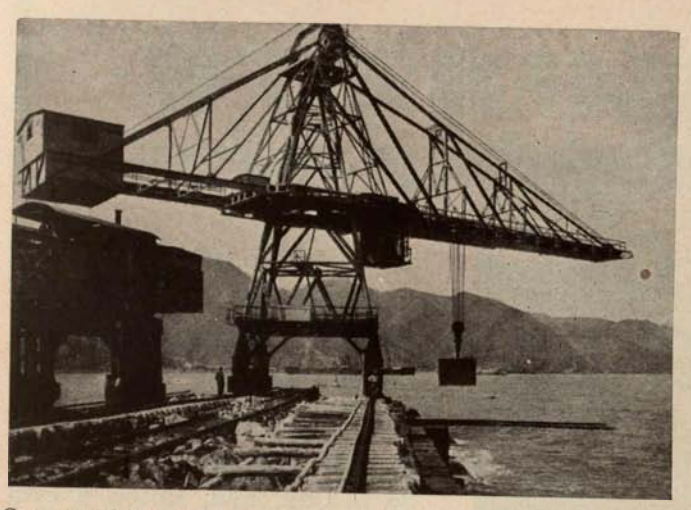
El Real Club Náutico de Las Palmas.

Sociedad Metropolitana de Construcción, S. A.

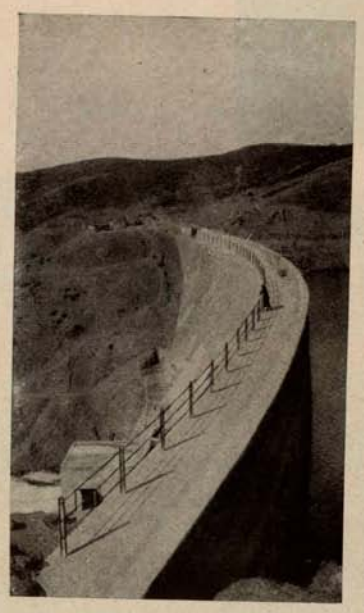
Capital: pts. 4.000.000, completamente desembolsado
Obligaciones: pts. 6.000.000, desembolsadas pts. 4.000.000

Obras de puertos, abastecimientos de aguas, ferrocarriles, metropolitanos, presas, fuentes, carreteras La Sociedad está ejecutando las obras de los dos puertos de Tenerife y de Las Palmas por el importe total de 80.000.000 de pesetas, el último en colaboración con la casa Nederlandsche Maatschappij voor Havenwerken, de Amsterdan. Tiene, además, en ejecución las obras del abastecimiento de aguas de Huelva y otras importantes de saneamiento y urbanización en dicha capital. En Cataluña ha construído dos grandes palacios de la Exposición Internacional y varios trozos de carreteras con una longitud total de más de 150 kilómetros. Tiene, además, en preparación grandes obras de riesgos

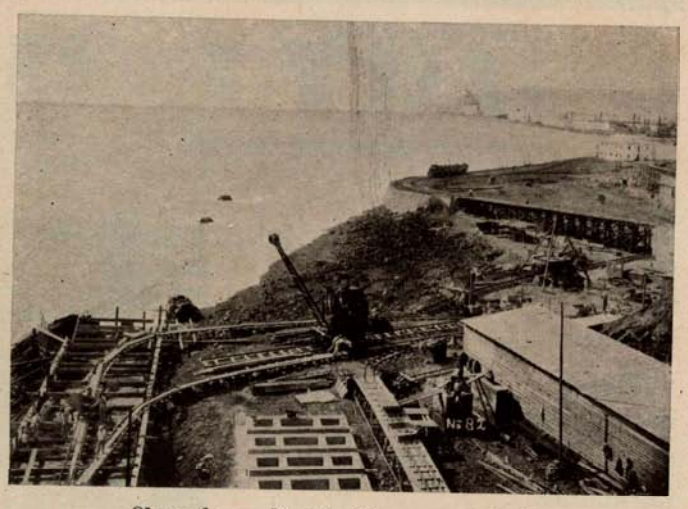
BARCELONA
Plaza de Cataluña, 22



Grúa titán de 50 toneladas en las obras del puerto de Sta. Cruz de Tenerife



Presa de Beas, en el abastecimiento de aguas de Huelva



Obras de ampliación del puerto de la Luz

GRAN FÁBRICA DE TABACOS, CIGARRILLOS Y PICADURA LUIS CORREA MEDINA

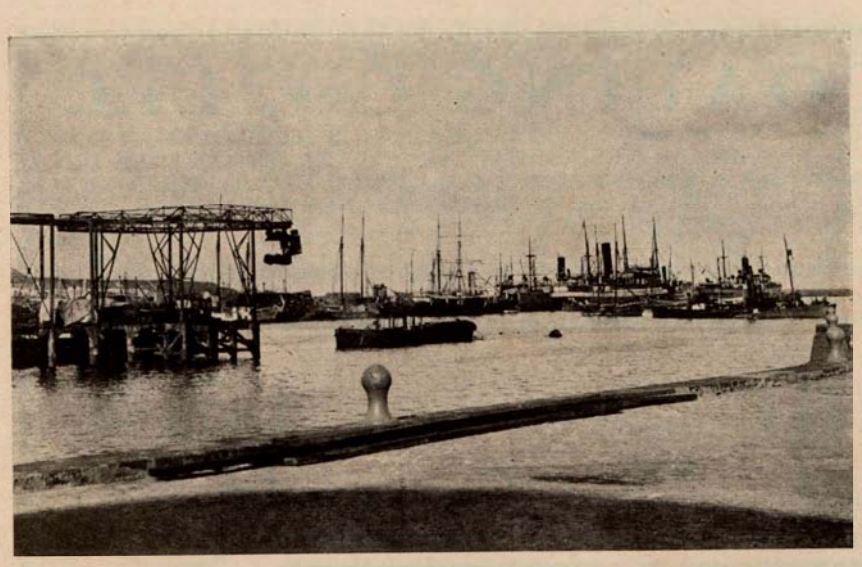
PROVEEDOR DE LA REAL CASA
CASA FUNDADA EN 1865

Sucesor de
AGUSTÍN VIERA

La experiencia adquirida en más de sesenta años de fabricación acreditan las excelencias de mis marcas
«UNIVERSAL»
«EL PROGRESO»
«LA INNOVADORA»

Fábrica: Alcuravaneras - Depósito: Mayor de Triana, 42
LAS PALMAS (Gran Canaria)

Vista exterior de la fábrica



Vista de los muelles y del puerto de Las Palmas.

Asombroso es el impulso tomado por éste, que hasta hace pocos años era el barrio de pescadores; actualmente tiene un intenso movimiento de buques de todas las nacionalidades, que cada día sufre aumento, lo que hace augurar para Puerto de la Luz un espléndido porvenir.

Además, como era lógico, al amparo de las importantes empresas de navegación se han establecido industrias con ellas relacionadas, lo que da trabajo a gran número de familias de la isla.

Poblaciones menos importantes, aunque llenas de atractivos de paisaje y clima, son Teide, Guía, San Nicolás, San Mateo, Santa Brígida, etc., etc.

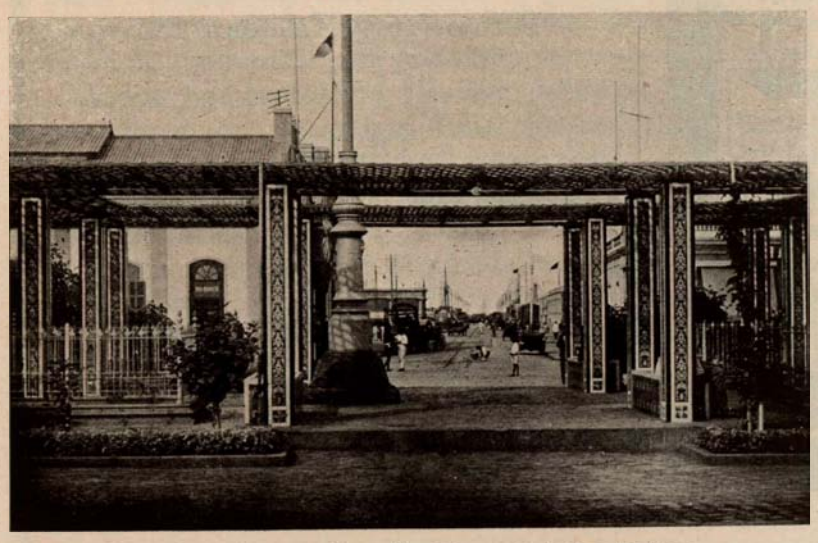
Tipos de la isla.

El Real Club Náutico de Gran Canaria fué fundado, merced al entusiasmo y tenacidad en el empeño de unos pocos, en el año de 1908, siguiendo desde dicha fecha una trayectoria de continuo engrandecimiento y progreso, hasta llegar a constituir en la actualidad un organismo lleno de vitalidad, con mil socios inscritos.

El Real Club Náutico, que se honra con la presidencia honoraria de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, se halla integrado por todo lo más selecto y distinguido de la sociedad de Las Palmas, la que con bastante frecuencia se reúne en su domicilio social, celebrando espléndidas fiestas, a las que invita al elemento forastero residente en la ciudad, haciendo grato al turista su estancia en la isla.

Por lo que se refiere al objeto principal de su creación, todos los años organiza regatas de vela y remo; además, diferentes concursos de natación, «water polo», etc.

El Real Club Náutico de Gran Canaria es, pues, un legítimo motivo de orgullo para la isla y para su capital.



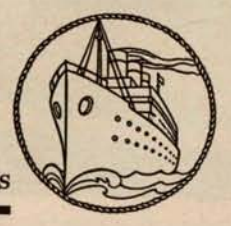
Desembarcadero en el muelle del puerto de Las Palmas.

La vega de San José, en la isla de Gran Canaria.

GRAND CANARY COALING Coy, Ltd.

LAS PALMAS - GRAN CANARIA :-: DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: «COALING» - LAS PALMAS :-: CONSIGNATARIOS DE BUQUES - PROVEEDORES DEL MEJOR CARBÓN DE CARDIFF - REMOLCADORES, EMBARCACIONES, GRÚAS, ETC., PARA TODA CLASE DE OPERACIÓN DE CARGA Y DESCARGA :-: **THE GRAND CANARY SLIPWAY & ENGINEERING CO.** - VARADERO PARA BUQUES DE 1.500 TONELADAS - ASTILLEROS Y TALLERES MECÁNICOS PARA TODA CLASE DE REPARACIONES DE BUQUES SERVICIO COMPLETO DE SALVAMENTOS CON BOMBAS DE GRAN POTENCIA

Richard J. Yeoward



Oficina central: Liverpool * Sucursales: Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Orotava * *Agentes de la Yeoward Line* * Telegramas: Yeoline, Las Palmas

Servicio semanal desde Liverpool, tocando en Lisboa, Madera, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Orotava, y regreso directo a Liverpool ~ Servicio quincenal desde Liverpool a Tánger, Casablanca, Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Orotava, y regreso directo a Liverpool

Cultivadores y empaquetadores de frutos del país ~ Exclusiva para las islas Canarias de la distribución del sulfato de amoníaco de la Federación Inglesa de Fabricantes

Lea usted la

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Órgano de la Unión Ibero-Americana

~J. dos Santos~

Importador directo de tabaco en rama.
Gran fábrica de tabacos y cigarrillos

LA REGENTA

Claves:

A. B. C. 5.ª edición

Western Union, 5 letras

Lieber's and private

*

Telegramas: «Lusitano»

Fábrica:
Perojo, 16 / Teléfono 183

*

Oficinas:
Colmenares, 11 / Teléfono 159

*

Almacenes: Perojo, 21 y 26

LAS PALMAS (Gran Canaria)

ISLAS CANARIAS

TENERIFE

IMPRESIÓN GEOGRÁFICA Y ADMINISTRATIVA

por Francisco La Roche y Aguilar,
Presidente del Cabildo insular de la isla.

Tenerife, la mayor, más poblada y rica de estas islas que constituyen el archipiélago canario, incorporada a la Corona de Castilla en 1496, por el adelantado Alonso Fernández Lugo, no podía dejar pasar sin su concurso este jubileo de la raza iberoamericana que hoy se celebra en Sevilla.

Oasis en el desierto atlántico, vió al resplandor de las fogatas de su encendido y viejo «Echeide» cómo una oscura noche surcaban el océano las carabelas de Cristóbal Colón frente a sus costas, portadoras, según las últimas investigaciones históricas, de las cartas y derroteros que en las islas había recogido el egregio marino a un piloto de Huelva, y de la insignia de la Cruz, que pronto había de mostrarse entre las tribus de «Guanahani», al igual que unos meses antes la clavara aquel adelantado en las tranquilas y nobles playas de «Añaza».

Más tarde, cuando otras expediciones se sucedieron a aquélla, los indómitos y bravos hijos de estas peñas, fundida ya la raza, contribuyeron en gran parte con el tributo de sus vidas a colonizar las pampas y estepas de la América, venciendo a los aguerridos «panches» junto al río de la Magdalena, en las batallas de Bonda y Tairona.

Tenerife, situada en la ruta obligada que desde entonces aquel marino trazara, ha seguido siempre todas las vicisitudes de la raza iberoamericana, con aquel cariño e interés a que un homogéneo despertar a la civilización le indujera, que si dulce y melodioso ha encontrado el habla de Castilla cuando por el Oriente llegara, no menos dulce y arrullador le parece cuando del otro Continente procede.

La isla de Tenerife tiene una extensión superficial de 2.352 kilómetros cuadrados, y su población se compone actualmente de 212.800 habitantes. Su nombre proviene, según algunos historiadores, del compuesto Tener (monte) e Ifi (blanco), y sus antiguos moradores, los «guanches», la denominaron «Achinech», conociéndose en la antiguedad clásica con el nombre de «Nivaria».

Está situada en la zona templada, en las cercanías del trópico de Cáncer, entre los 28/0 y 28/0,36 grados de latitud norte, y los 9/0, 54 y 10/0, 43 grados de longitud oeste, del meridiano de San Fernando.

Es de constitución volcánica, estando algunas de sus regiones, como las de Anaga y Teno, compuestas por masas de rocas basálticas, correspondiente al período cuaternario y fines del terciario. Es muy montañosa y con alturas como la del «Pico de Teide», de 3.707 metros.

Está dividida en cinco partidos judiciales, que son: el de Santa Cruz, Laguna, Orotava, Icod y Granadilla.

Por la ley de 12 de julio de 1912 se crearon en el archipiélago los Cabildos insulares, Corporaciones administrativas que hoy se rigen por la legislación provincial vigente en la nación, por lo que cada uno de ellos viene a ser una pequeña Diputación.

El de Tenerife cuenta con 32 Municipios, y la labor realizada por la Corporación insular data de ocho años a esta parte, por cuanto la conflagración europea no permitió la organización de su Hacienda hasta el año 1920.

En este espacio de tiempo ha afrontado y realizado las siguientes obras y mejoras en la isla:

Construcción de una red telefónica que une todas las poblaciones, pueblos y caseríos, y en la que se ha invertido cerca de dos millones de pesetas.

Convenio con el Estado para la construcción de todas las carreteras insulares, y subvención para la terminación del puerto de Santa Cruz de Tenerife, mediante la aportación por el Cabildo, durante diez años, de veinte millones de pesetas, para ambos grupos de obras.

Construcción de embarcaderos, caminos vecinales y una gran avenida marítima junto al puerto de la capital, obra ésta que transformará la ciudad y está ya muy adelantada.

En Beneficencia e Instrucción pública: ampliación de los establecimientos de Santa Cruz, subvenciones para otros de las demás poblaciones, terminación del Instituto de segunda enseñanza de La Laguna, contribuyendo a la construcción de casas-escuelas, invirtiéndose por estos conceptos sumas de verdadera importancia.

Atiende al cómodo y rápido transporte de los muchos extranjeros que visitan la isla para admirar sus bellezas, por medio de una bien organizada Oficina de Propaganda y Fomento del turismo, y ha adquirido el Tranvía interurbano Santa Cruz-Tacoronte, como base del ferrocarril insular.

Blandy Brothers & Co., Ltd.

AGENTES DEL LLOYD INGLÉS Y
DEL BOARD OF UNDERWRITERS OF NEW YORK

*

CONSIGNATARIOS DE VAPORES

*

DEPÓSITOS DE CARBÓN

*

TALLERES Y VARADERO

PUERTO DE LA LUZ (Gran Canaria)

Compañía Carbonera de Las Palmas, Ltd.

ALMACENISTAS
Y ABASTECEDORES DE CARBÓN MINERAL PARA VAPORES
ABASTECEDORES DE VÍVERES A BUQUES

VARADERO Y TALLER MECÁNICO
CONSTRUCCIONES
NAVALES Y REPARACIONES DE BUQUES

AGENTES DE LAS LÍNEAS DE VAPORES:
Lloyd Real Holandés.—Bullard, King y C.º, Ltd.—Commonwealth y Dominion Line, Ltd., David Mac Iver y C.º, Ltd.—Kaye Sons y C.º—Blue Star Line 1920, Ltd.—Trasatlántica Italiana.—Etc., etc.

PUERTO DE LA LUZ (Gran Canaria)

Juan Kruzic Turina

*

CONSIGNATARIO DE BUQUES
IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN

*

LAS PALMAS (Gran Canaria)

Cory Brothers and Co., Ltd.

SUMINISTROS DE CARBÓN WELSH

*

CONTRATISTAS DE ACEITES PESADOS

*

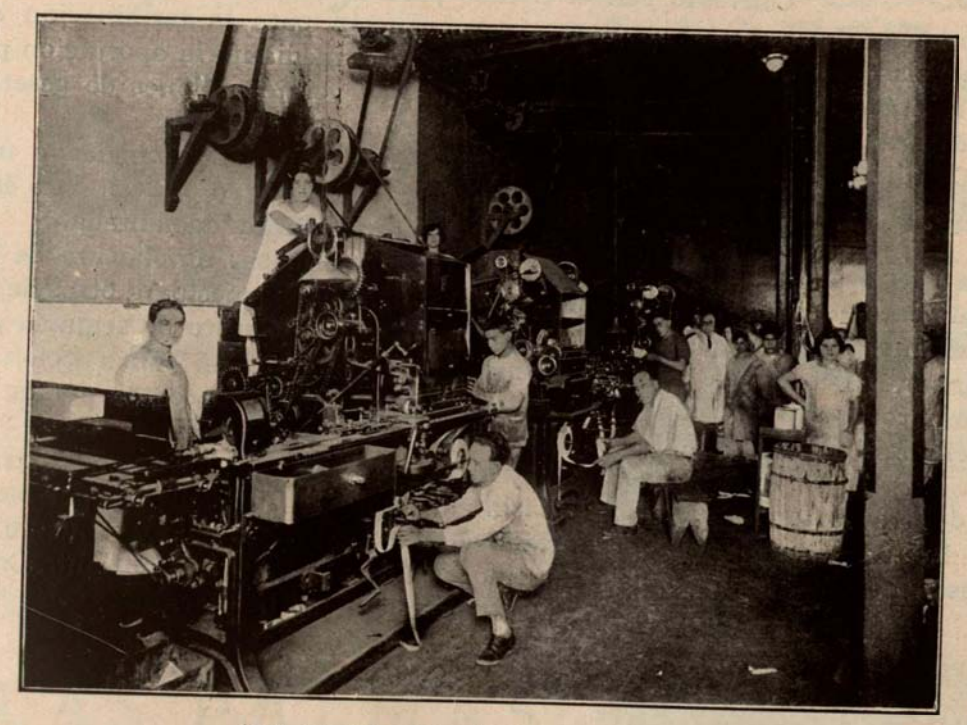
CONSIGNATARIOS DE BUQUES

*

SERVICIO DE LANCHONAJE

PUERTO DE LA LUZ * LAS PALMAS

LA FAVORITA
FÁBRICA DE TABACOS Y CIGARRILLOS
DE
Eufemiano Fuentes



UNA PARTE DEL SALÓN DE MÁQUINAS

LAS PALMAS (Canarias)

Sucursal:
SANTA CRUZ DE TENERIFE
Calle Alfonso XIII, 11

Los
cigarros
y cigarrillos
elaborados por
esta fábrica, dotada
de maquinaria moderna,
compiten en calidad con los de
las mejores marcas extranjeras
Especialidad en vitolas finas

TENERIFE

por

VÍCTOR ZURITA

Las islas Canarias, si no carecen de Historia, puede decirse de ellas que no tienen en su suelo vestigios de hechos y monumentos, o sea de todo el aparato que en las demás provincias o regiones españolas destila o exhala ese aroma, a veces milenario, que se llama emoción histórica. Alusiones lejanas, referencias imprecisas que brotan de aquel período confuso en que la Mitología mezcla sus héroes y sus figuras reales o apócrifas con las aun indecisas de la Prehistoria.

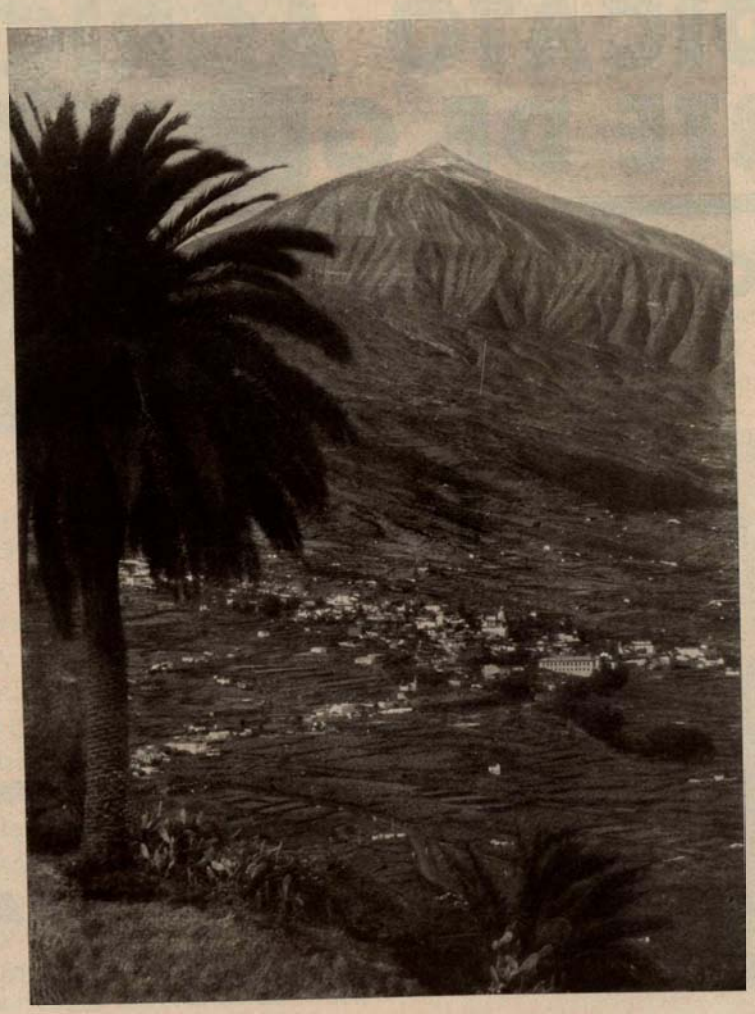
Vista parcial de Tenerife.

Homero se refiere seguramente a las Canarias, y muy en especial a Tenerife, cuando en el libro cuarto de la «Odisea» dice: «Los Campos Elíseos, que están en lo último de la tierra, donde Radamantho da la ley y pasan los hombres una vida dulce y tranquila, sin experimentar nieves, ni inviernos rígidos, ni lluvias, sino un perenne aire fresco nacido de las respiraciones de los céfiros que el océano exhala.» Pese a las diversas opiniones a que ha estado sujeta la materia, es indudable que las extraordinarias cualidades del clima de las islas y las bellezas del suelo, que en la Orotava y otros parajes de Tenerife adquieren gran relieve, infundieron una brillante idea de ellas en el espíritu de aquellos pueblos de genio ponderativo y forjaron la leyenda de ser asiento de los Campos Elíseos, lo que, como dice Viera y Clavijo, abonaba también el estar colocadas fuera del común término de la tierra conocida entonces.

¿A qué mencionar las fábulas remotas en que se aludía a Tenerife como verdadero Jardín de las Hespérides y se hablaba del monte Atlante, que muchos reputaron después por el Pico de Teide, el egregio volcán que reúne todas las características que a aquél se atribuyeron?

Después de las incursiones de persas, romanos, árabes, fenicios, hispanos, normandos y otros pueblos navegantes de la antigüedad, se sumerge al archipiélago canario en el más absoluto olvido por parte de la Historia. La isla que los geógrafos y clásicos antiguos llamaban Nivaria, por las nieves que cubrían sus altos picos, la Achinech de los ganches aborígenes, se incorpora a la Historia documental con el bello y sugestivo nombre de Tenerife, compuesto, según algunos, de Tener (monte) e Ife (blanco).

La verdadera conquista de Canarias y su incorporación a Castilla la llevó a efecto el francés Juan de Bethencourt, quien, en compañía de su compatriota Gadifer de la Salle y de algunos deudos suyos y muchos caballeros, en su mayoría franceses, desembarcó en Lanzarote, conquistando aquella isla y la de Fuerteventura, en 1402.



Villa Orotava y al fondo el Pico de Teide.

En el libro de los clérigos Bontier y Le Verrier, capellanes de Bethencourt y compañeros suyos en la conquista, se cuenta el establecimiento de dicho conquistador en Lanzarote, la construcción del Castillo de Rubicón, al sur de la isla, y del poblado del mismo nombre, que fué el punto de partida para sucesivas incursiones y conquistas. De esta importante fortaleza no queda hoy ni vestigios.

Bethencourt conquistó la isla Erbania (Fuerteventura) y las de la Gomera y el Hierro. Se estableció en algunos puntos de la isla de La Palma, sin conquistarla, y fué rechazado, sufriendo importantes pérdidas, cuantas veces intentó apoderarse de Gran Canaria.

Respecto a Tenerife, casi no se la nombra en el libro de los capellanes del primer conquistador, desprendiéndose de sus narraciones que su conquista les inspiraba tan serios temores, dados los elementos con que contaban, que ni siquiera la intentaron.

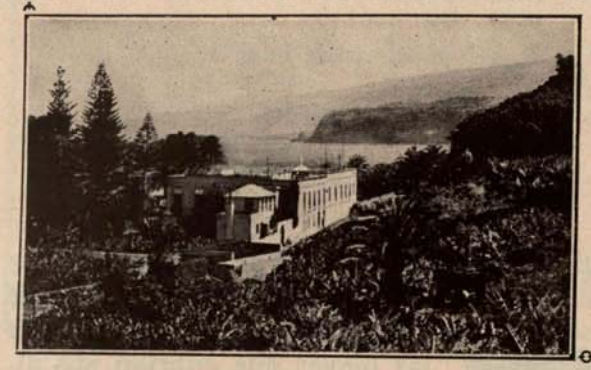
Describiendo a esta isla, dicen Bontier y Le Verrier:

«La isla del Infierno, que se llama Tonerfis (Tenerife), tiene la figura de un rastrillo y cerca de dieciocho

HOTEL MARTIANEZ • P.º OROTAVA

(ANTES GRAN HOTEL)

Gerente: C. H. TRENKEL, antiguo director del Gran Hotel Quisisana, de Santa Cruz, y del Gran Hotel Tauro del Puerto de Orotava



El primer hotel establecido en este puerto, con sus magníficos jardines y terrazas

Ofrece las mayores ventajas para las temporadas de invierno y verano

Precios: De 20 a 25 pesetas diarias

M. CURBELO Y CÍA.

AGENTES DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA ESPAÑOLA

LAS PALMAS

COMPAÑÍA ESCANDINAVA DE LAS CANARIAS, LTD.

Las Palmas — Santa Cruz de Tenerife

IMPORTADORES DE MADERAS Y CONSIGNATARIOS DE BUQUES

MILLER & CO.

Propietarios de depósitos de carbones
Existencias de los mejores carbones de Cardiff; siempre mantenidos
Consignatarios de barcos corredores de fletamentos
Corresponsales por los Bancos más importantes extranjeros
Servicio de lanchonaje
Agentes por Asiatic Petroleum Co., Ltd., Londres
Existencias permanentes de mazut y aceite Diesel por vapores
Todas facilidades por el Despacho Rápido de Vapores

LAS PALMAS (GRAN CANARIA)

SINDICATO AGRÍCOLA DEL NORTE DE GRAN CANARIA

ASOCIACIÓN DE COSECHEROS-EXPORTADORES DE BANANAS

Domicilio social: GUÍA (Gran Canaria)

Oficinas generales: LAS PALMAS (Puerto de la Luz) Apartado 179 - Dirección telegráfica: Sindicato

Almacenes en Puerto de la Luz y Galdar

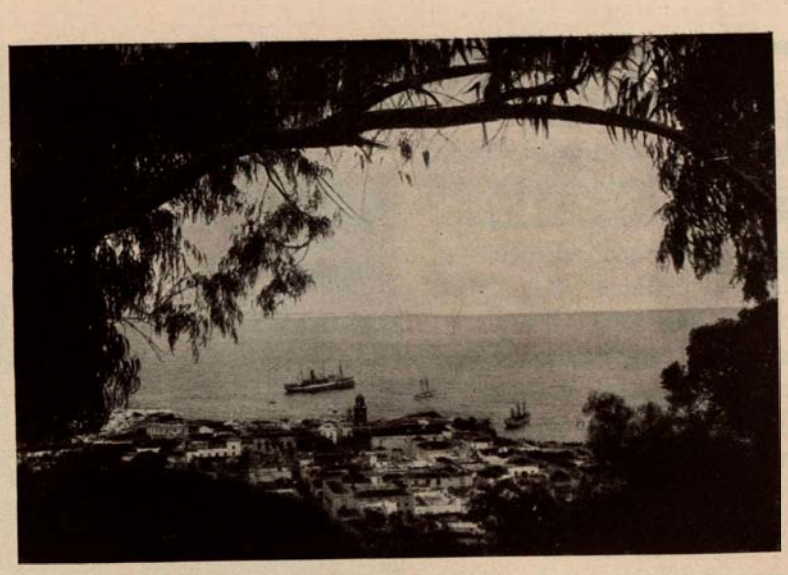
Agencia de MADRID: Manuel Silvela, 5, 2.º

Agencia de BARCELONA: Canuda, 33, 1.º

Ventas en firme de las acreditadas marcas

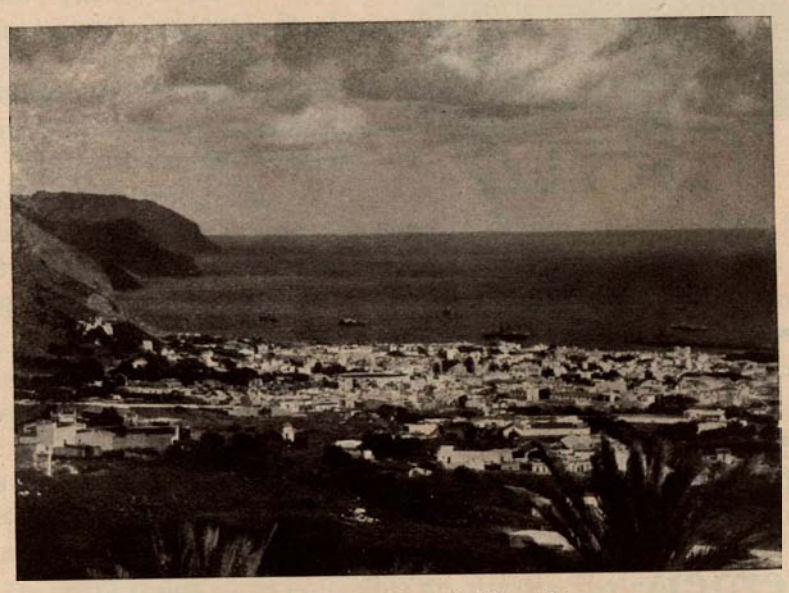
CISNE • ALONDRA • ÁGUILA • FAISÁN • HALCÓN • GARZA

Peso garantizado - Calidad y empaquetado insuperables



Puerto de la Cruz.

leguas francesas de largo y diez de ancho; hacia el centro de ella se halla una gran montaña, la más elevada de todas las islas Canarias; las faldas de esta montaña se extienden en todas direcciones por la mayor parte de la isla; de su alrededor salen muchos barrancos poblados de grandes bosques, atravesados de aguas corrientes y adornados de dragos y de muchos otros árboles de diversas especies. El terreno es muy a propósito para toda clase de labores, y lo habita una numerosa población; estos insulares son los más osados de cuantos pueblos habitan las islas, y hasta ahora ninguno de ellos ha sido preso y llevado cautivo, como los de las otras islas. Se halla Tenerife situada al mediodía de la Gomera, a seis leguas de distancia, y al norte de Canaria, a cuatro leguas; dícese por aquí que esta es una de las mejores islas.»



Vista de Santa Cruz de Tenerife.

La figura de Juan de Bethencourt es, sin disputa, de las más interesantes de la conquista.

Incorporó las islas a la Corona de Castilla; con suma habilidad y tacto político dirimió cuantas luchas internas se promovieron entre los conquistadores y entre éstos y los aborígenes; estableció leyes para la buena marcha de los asuntos del territorio, gobernando patriarcalmente, haciéndose amar con verdadera veneración por conquistadores y conquistados, dando, en muchos aspectos, iguales derechos a unos y otros.

Hizo predicar la religión entre los isleños, sin mostrarse cruel ni intolerante, y, aun manifestándose valeroso y enérgico en la conquista, empleó en cuanto pudo de medios persuasivos, practicando una verdadera política de atracción.

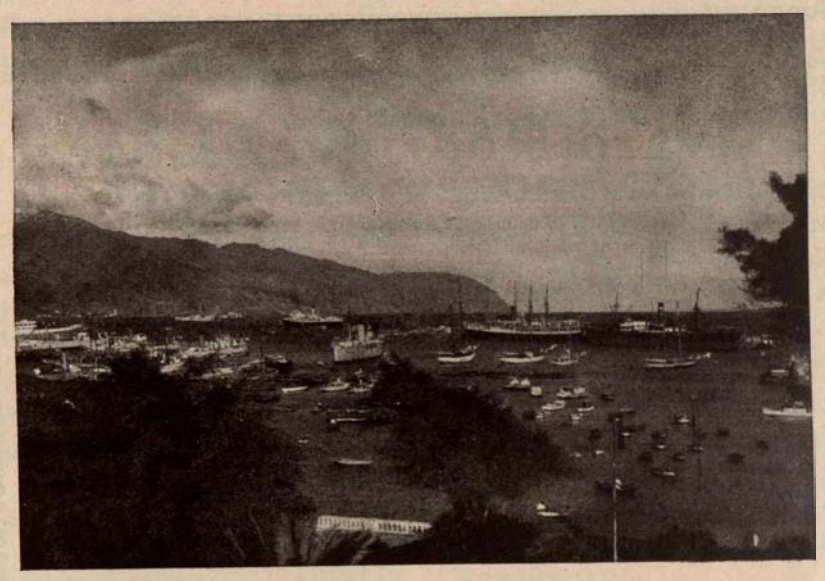
Trajo de su país numerosos labradores que transmitieron sus conocimientos a los guanches, así como artesanos de todos los oficios.

El Rey de Castilla le agasajó y colmó de atenciones cuantas veces permaneció Bethencourt en la Corte, y el Papa Inocencio VII, que lo acogió efusivamente, accedió a sus demandas, nombrando obispo de Rubicón al padre Alberto de las Casas.

Cuantas veces abandonó Bethencourt las Canarias, después de ordenar aquello que estimaba conducente a la buena administración de justicia y policía y al buen gobierno del país, hacía como última y definitiva advertencia «que se atendiese antes a lo que fuera en su honor que en su provecho».

Santa Cruz de Tenerife fué fundada en las playas de Añaza. Allí edificó un torreón Sancho de Herrera, llamado el Viejo, hijo del señor de Lanzarote. Este fué el primer establecimiento europeo que se construyó en la isla.

El capitán español D. Alonso Fernández de Lugo desembarcó en Santa Cruz de Tenerife, con 1.100 hombres, el 1 de mayo



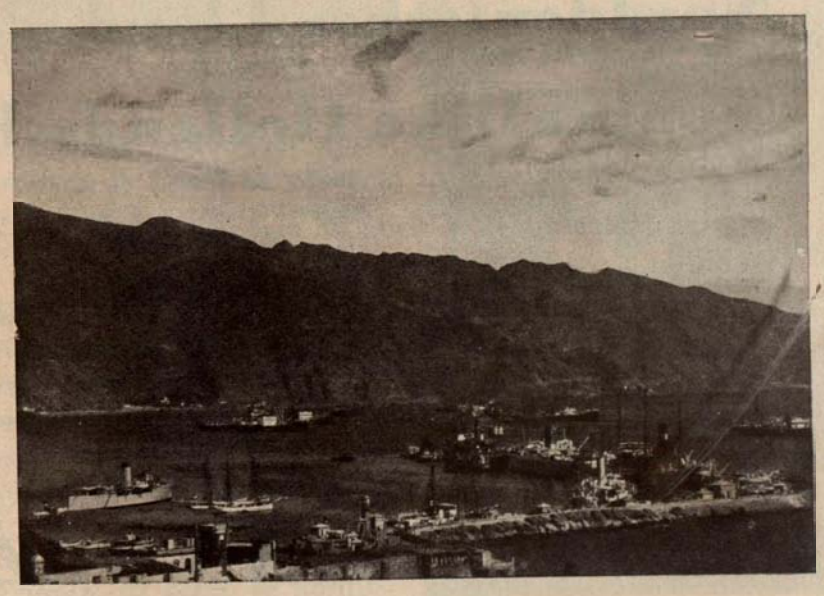
El puerto de Santa Cruz de Tenerife.

de 1494. Después de realizar algunas incursiones por la isla, fué derrotado en el barranco de Acentejo. Este contratiempo le hizo abandonar la isla, y marchó en busca de refuerzos.

Conseguida la ayuda material del conde de Niebla y del duque de Medina Sidonia, volvió Lugo a Tenerife, en noviembre de 1495.

El 30 del mismo mes presentó batalla a los guanches, cerca de La Laguna, donde hoy está la ermita de San Cristóbal. Encarnizada fué la pelea; pero quedó al fin por los españoles, retirándose vencidos los menceyes confederados de Tenerife. En esta batalla perdió la vida el caudillo guanche Tinguaro, hermano del Rey Bencomo, que luchó heroicamente.

El Real de Santa Cruz quedó asegurado y poblado por soldados españoles y por guanches de Güimar, que su mencey



Santa Cruz de Tenerife y el puerto.

Compañía de Combustibles
OCEÁNICA, LTD.

Proveedora de carbón
para buques, con aparatos modernos
Grúas flotantes, gabarras y todos los elementos para
más rápido despacho - Potente remolcador
de alta mar para salvamento

Direcciones telegráficas: «COALHO», LONDRES; «COAL», ROTTERDAM; «COALHO» y «OCEÁNICA», LAS PALMAS

Agentes en Londres: LINDSAY BLEE AND CO., LTD. 99, Frenchurch Street, E. C. 3 :-: Agentes en Rotterdam: THE COAL TRADING ASSOCIATION - 2, Westerkade

Las Palmas (Gran Canaria)

Álvaro Rodríguez López
SHIP BROKER AND AGENT

Telegraphic Address: FREDOLS, Tenerife; FREDOLS, Las Palmas; FREDOLS, Puerto Cruz.
CODES: SCOTT'S - WATKINS - A. B. C. 5. EDITION - BENTLEY'S

Agent for: FRED. OHLSEN & Co., OSLO
DEN NORSKE SYD-AMERIKA LINJE, OSLO
T. H. SKOGLAND & SÖN A/S, HAUGESUND
DET BERGENSKE DAMPSKIBSSELSKAP, BERGEN
C. K. HANSEN, KJÖBENHAVN

SERVICIO FIJO SEMANAL PARA LOS PUERTOS DE **LAS PALMAS, NORTE** Y **SUR DE TENERIFE** E ISLAS DE LA **GOMERA** Y **PALMA**, POR LOS VAPORES
«Sancho II» - *«Santa Úrsula»* - *«Carmen»* - *«Bure»*

PARA MÁS INFORMES: MARINA, 12 - TELÉFONOS 529 y 514

SANTA CRUZ DE TENERIFE

JACOB AHLERS

Representante de las Compañías navieras alemanas y de los principales Bancos alemanes Importación de ingredientes Turba, Cemento, Automóviles y gomas «Continental» - Exportación de productos agrícolas y pescado salado

Santa Cruz de Tenerife

MANUEL CRUZ
Exportación e importación

Agente de las Compañías navieras:

Transmediterránea, de Barcelona
Servicio bisemanal para CÁDIZ y semanal para BARCELONA, prestados por hermosos y rápidos buques, entre los que se cuenta con la nueva y espléndida motonave «INFANTA BEATRIZ»

Norddeutscher Lloyd, de Bremen
Servicio semanal para BREMEN Y HAMBURGO con magníficos buques para pasaje

Koninklijke Hollandsche Lloyd, de Amsterdam
Sucursales para la venta de frutos en todos los mercados mundiales

Importación y venta de materiales para el empaquetado de frutos y de ingredientes químicos para su cultivo

Delegado de la **Banca Marsans,** de Barcelona, Sección de viajes
Confección de proyectos y presupuestos de viajes a fort-fait para cualquier lugar del mundo - Servicios especiales para visitar las innumerables bellezas de Tenerife y el renombrado Pico de Teide (3.800 metros)

DIRECCIONES.—TELEFÓNICAS: APARATOS NÚMS. 512, 322, 222, 24d; TELEGRÁFICA: CRUZ, TENERIFE; POSTAL: APARTADO 22
OFICINAS: Bethencourt Alfonso (antes San José), 10 - ALMACENES: Rambla XI de Febrero

(Provincia de Tenerife) **SANTA CRUZ DE TENERIFE** **Islas Canarias**

Casa típica de la Villa Orotava.

guanches convertidos y algunos extranjeros.

La guarnición de los fuertes que se fueron construyendo y el comercio que se hacía por su puerto fueron dando mayor vida a Santa Cruz, hasta que llegó a ser la capital de las islas Canarias.

No queda duda de que el comandante general D. Lorenzo Fernández Villavicencio y Cárdenas, marqués de Vallehermoso, inició la supremacía de Santa Cruz de Tenerife, trasladando a ella, con la residencia de los capitanes generales, el Poder militar. Esto fué por el año 1723.

mandó a Lugo para que le ayudasen en su empresa.

Alonso Fernández de Lugo fundó la ciudad de La Laguna, admirablemente trazada y poblada de bellos templos y de amplias mansiones señoriales. Allí residían el Adelantado y los ricos soldados conquistadores, que procuraron fomentarla y embellecerla. El vecindario de Santa Cruz era pobre y de pocos recursos, pues se componía de marineros, pescadores y obreros,

Tipos del país.

Santa Cruz y los pueblos todos iban, si no engrandeciéndose, ya que eso era imposible, dada la modestia de los medios en que se desenvolvía la vida insular, progresando en proporción a esos mismos medios. Alguna erupción volcánica, como las de Güimar y Garachico, las incursiones de los corsarios y los ataques e intentos de desembarco llevados a cabo por naciones en guerra con España, alteraban la vida monótona y sin grandes aspiraciones de los tranquilos habitantes.

De entre todos estos episodios de nuestra Historia, ¿cómo no destacar la defensa de Santa Cruz de Tenerife contra la escuadra inglesa de Horacio Nelson?

Fué en 1797. Después de la batalla naval de San Vicente, que ganaron Parker y Jervis, contra la escuadra del almirante Córdoba, fué destacado Nelson al mando de los buques «Teseo», «Culloden», «Celoso», «Leandro», «Caballo Marino», «Esmeralda», «Terpsícore», «Zorra» y «Rayo», para atacar a Santa Cruz de Tenerife.

Ésta que relatamos fué una de las más brillantes páginas de la historia de la capital de las Canarias. El 20 de julio avistó Nelson el Pico de Teide. Organizó una columna de desembarco, que puso al mando de Troubridge, comandante del «Culloden», a quien entregó una carta intimatoria en la que pedía al gobernador la entrega de la fragata «Príncipe de Asturias», fondeada en la rada, procedente de Filipinas, y la rendición de la plaza.

Después de muchos intentos frustrados, el día 24, a las doce de la noche, hicieron los ingleses el ataque a fondo. El mismo Nelson formó con las fuerzas de desembarco.

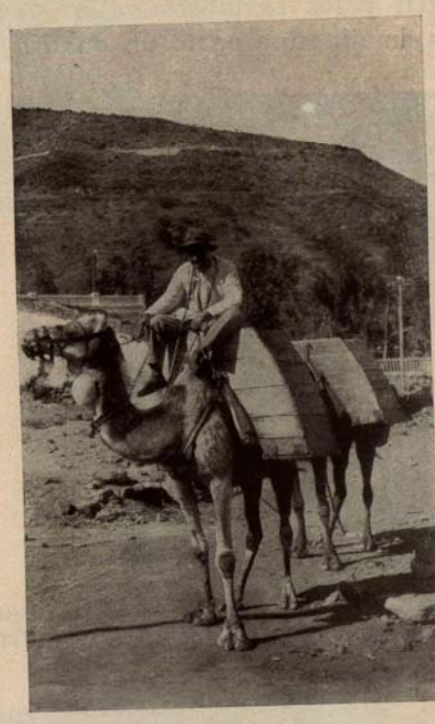
«Treinta o cuarenta cañones—dice Nelson en su «Diario de campaña»—vomitando metralla nos acogieron a nuestra llegada, así como un fuego de fusilería bien sostenido; pero nada contenía el ímpetu de nuestros capitanes. Desgraciadamente, la mayor parte de los botes no vieron el muelle y atracaron a la playa a través de una resaca que los lanzó a la izquierda del punto de ataque.

Los capitanes Fresmantle, Bowen y yo atacamos el muelle, y aunque defendido por 400 ó 500 hombres, conseguimos tomarlo y clavar los cañones de su batería; pero fué tal el fuego de metralla y mosquetería que se nos hizo desde la Ciudadela y casas circunvecinas, que no pudimos adelantar un paso, habiendo sido casi todos muertos o heridos. El cúter «Zorra» recibió un tiro a flor de agua de uno de los fuertes más distantes, y se fué a pique, ahogándose el subteniente Gibson, su comandante, y los 97 hombres de su tripulación.»

Así relataba el adversario este episodio de la memorable defensa de la plaza.

En la jornada del 25 de julio murieron 226 ingleses, entre ellos Bowen, capitán de la «Terpsícore». Los heridos fueron 123, y Horacio Nelson, el que después fué vencedor de Abukir y de Trafalgar, el genio de la guerra e hijo predilecto de las Victorias, perdió el brazo derecho.

En el Museo Municipal de Santa Cruz está el famoso «Cañón Tigre», que hirió a Nelson. Un tinerfeño ilustre, D. Nicolás Estévanez, dijo en los tiempos modernos, ante la colosal estatua que se eleva en Trafalgar Square en memoria del glorioso amante de Emma Hamilton:

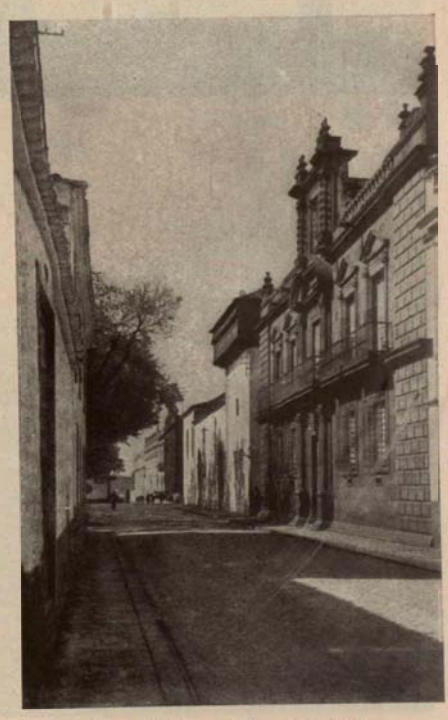


Tipos del país.

Mientras más alta se eleve
de Horacio Nelson la estatua,
más alto verán los siglos
el nombre de mi Nivaria.

Nada, sin embargo, da más lustre a los pueblos que la nobleza de sus sentimientos. Después de firmadas y ratificadas las proposiciones de paz, antes de reembarcar las fuerzas inglesas prisioneras en el convento de Santo Domingo, los soldados fueron obsequiados con gran cantidad de pan y vino, «para refrescar a la gente— dice el comandante Troubridge—, dándonos las mayores muestras de atención.»

Santa Cruz de Tenerife vive hoy olvidada en absoluto de la poca o mucha gloria que pudiera caber en sus pasadas acciones. El deseo de hermosearse y urbanizarse y de con-



Casa típica de La Laguna.

Perspectiva de Santa Cruz de Tenerife.

vertirse en una ciudad moderna demuestra a las claras sus propósitos de atraer más que rechazar a los extrajeros. Bien que éstos vienen hoy en son de paz y son los primeros en admirar y elogiar las bellezas inagotables que la isla encierra: el espléndido valle de la Orotava, panorama sin rival en el mundo, coronado con la diadema inmarcesible del Teide, el egregio volcán que se eleva a 3.730 metros de altura en una isla cuya extensión no pasa de 2.352 kilómetros cuadrados.

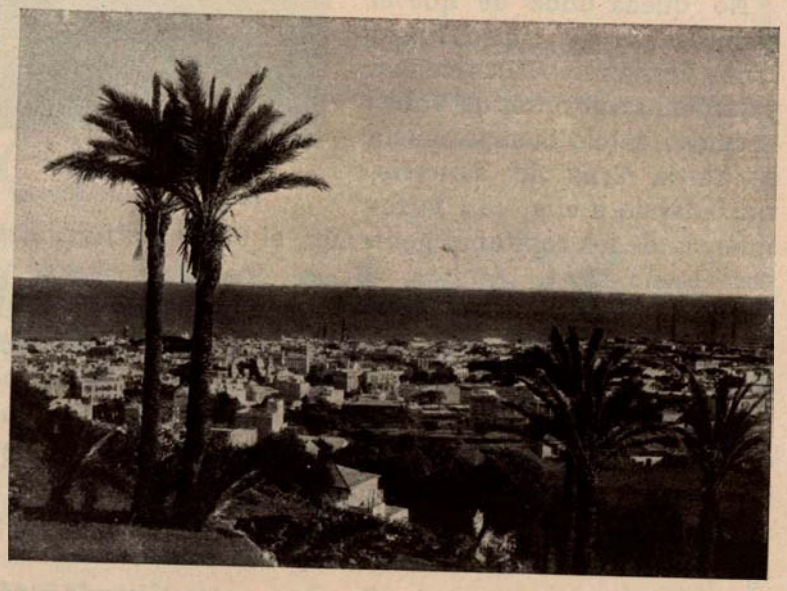
Alejandro Humboldt dijo, refiriéndose al valle de la Orotava:

«Yo he encontrado en la zona tórrida sitios en que la naturaleza es más majestuosa, más rica en el desarrollo de las formas orgánicas; pero después de haber recorrido las riberas del Orinoco, las cordilleras del Perú y los hermosos valles de Méjico, confieso no haber visto en ninguna parte un cuadro más variado, más armonioso, más atractivo por la distribución de las masas de matices verdes y de rocas.»

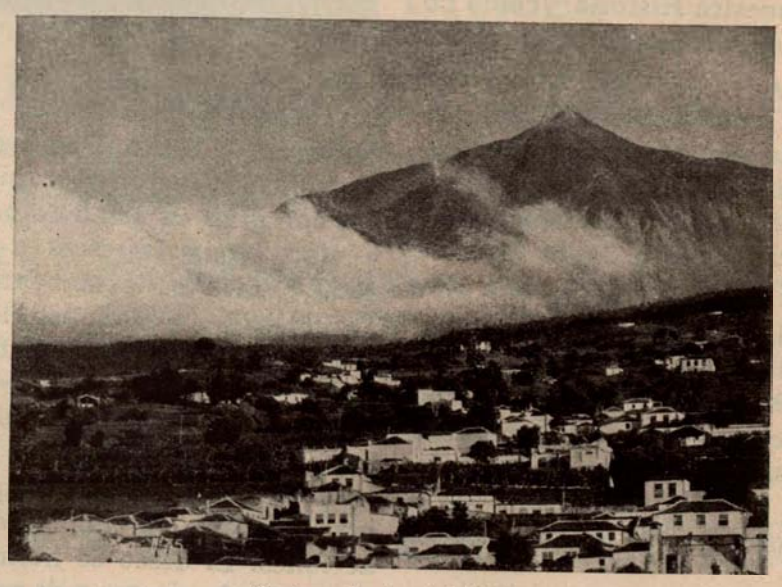
Vista del puerto de la Cruz, en Tenerife.

La Laguna, con su deliciosa vega, la Orotava, Puerto de la Cruz, Icod, Güimar, Vilaflor, las ciudades y pueblos todos de Tenerife, y Santa Cruz, la capital, no tienen—ya lo hemos dicho—esa pátina de siglos, esos monumentos que producen por sí solos épicas evocaciones y hacen brotar una emoción histórica. Pero poseen el caudal riquísimo de su paisaje y de su clima, de su cielo y de su mar perennemente azules, y de su vivir sereno y sencillo, enmarcado de la pequeñez en la isla maravillosa, que contrasta con las inmensidades del océano que la rodea, y del desierto ingente, que es su más próximo vecino.

Y todo esto encierra también un cierto arrobamiento, una suave inquietud del espíritu, que es la emoción geográfica.



Vistas de Tenerife.



Icod y el pico del Teide.

EL PUERTO DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

El puerto de Santa Cruz de Tenerife tuvo su origen el año 1750, en que por el ramo de Guerra se construyó un pequeño espigón que arrancando, normal a la costa, al pie del castillo de San Cristóbal, tenía una longitud de unos 80 metros; este pequeño muelle constituye hoy la primera alineación del dique-muelle del Sur.

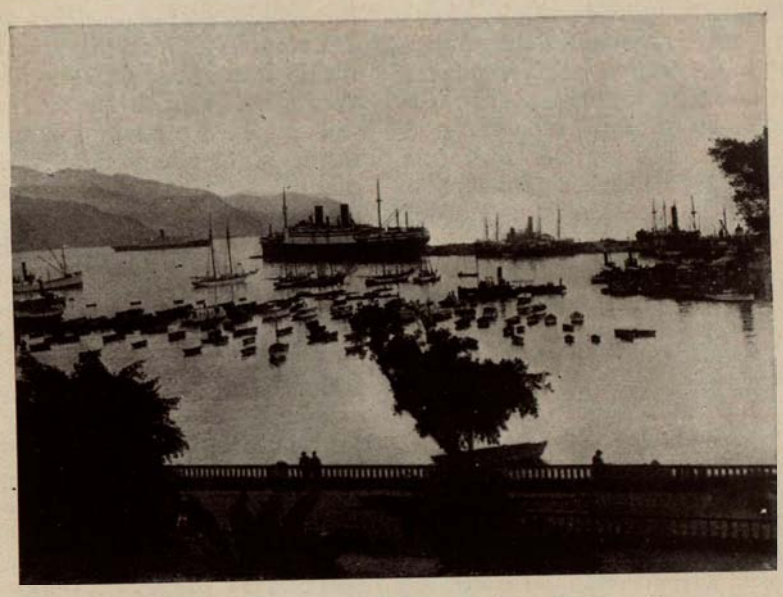
El año 1847 comenzó, por decirlo así, la vida oficial del puerto, encargándose el Estado de sus obras, bajo la dirección del primer ingeniero de Caminos destinado a esta provincia.

La primera subasta oficial para la construcción tuvo lugar treinta y siete años más tarde, y por fin, el año 1885, se comenzó a trabajar en este puerto.

A medida que fueron avanzando las obras fué tomando incremento insospechado el tráfico y desarrollo comercial del puerto, dando motivo a que el año 1908, y con objeto de facilitar el desenvolvimiento del mismo, se crease la Junta de Obras de este puerto.

A partir de aquel año, la Junta ha seguido construyendo las obras del puerto con gran actividad, con la sola paralización inevitable que, motivada por la guerra europea, se padeció durante el período comprendido entre los años 1915 y 1920.

El tráfico y movimiento comercial, que había llegado a su máximum el año 1913, empezó a descender desde el 1915, llegando a ser casi nulo los años 1918 y 19, ya que, por la citada contienda, la isla no exportaba ni uno solo de sus productos agrícolas, y, por otra parte, la navegación mundial quedó casi paralizada como consecuencia de la campaña submarina emprendida por Alemania.



Vista parcial del puerto de Santa Cruz de Tenerife.

Mas terminó la guerra, normalizóse la situación, y sin pérdida de tiempo se han subastado obras que completan las de la primera dársena, con importe de unos 38 millones de pesetas, y que junto con el dique del Este, cuya subasta se verificará dentro del presente año, harán de este puerto el preferido para los buques que siguen las grandes rutas transatlánticas, ya que al abrigo de sus diques podrán aprovisionarse cómodamente de víveres, agua y combustibles, aprovechando el pasaje el tiempo que duran estas operaciones para hacer diversas excursiones al interior de la isla, pródiga en paisajes tan bellos y desconcertantes, por sus bruscos contrastes, como el monte de las Mercedes, Tacoronte, valle de la Orotava, y especialmente contemplar desde las Cañadas el formidable pico del Teide o de Tenerife, inmenso picacho de cerca de 4.000 metros de altura, cuya fama es universal.

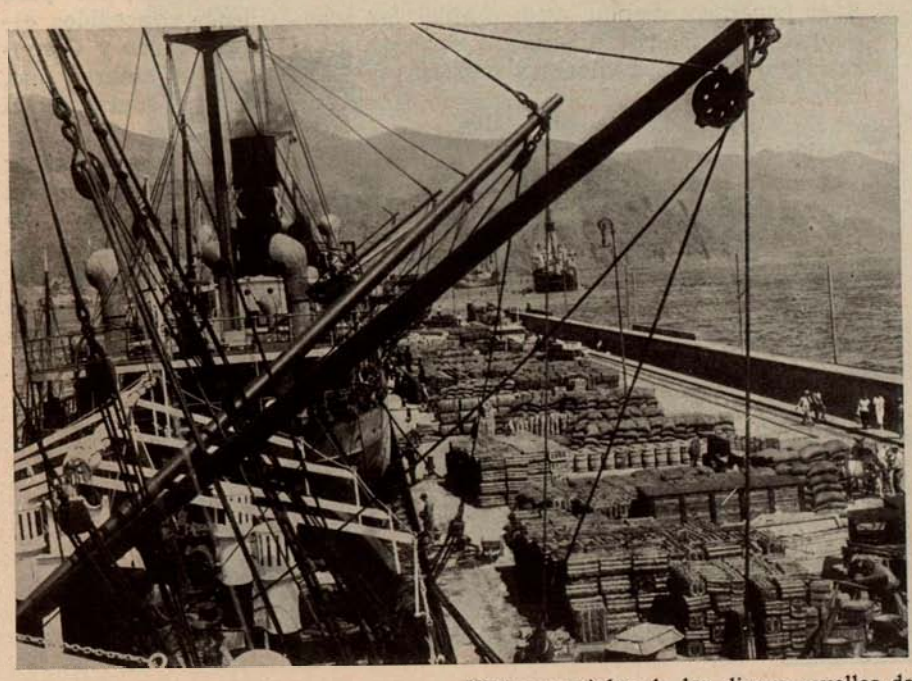
En el pasado año de 1927 entraron en el puerto de Santa Cruz de Tenerife 3.793 buques de distintas nacionalidades, que forman un total de 7.791.862 toneladas, conduciendo entre pasajeros y tripulantes 259.831 personas. De los anteriores buques atracaron al dique-muelle del Sur 2.978, cifra que nos da clara idea del movimiento de este puerto.

Se importaron 405.453 toneladas de diferentes productos, y se exportaron toneladas 256.964, principalmente de plátanos, tomates y patatas, base de la riqueza isleña.

La Junta recaudó entre arbitrios y productos de explotación 1.157.519,86 pesetas.

Las cifras que dejamos consignadas colocan al puerto de Santa Cruz de Tenerife entre los cinco o seis grandes puertos españoles, y si esto ocurre hoy, se puede presumir el claro porvenir que al puerto de Tenerife le espera en el momento en que estén terminadas—en plazo de diez años—las obras ya citadas hoy subastadas, más las que pronto será un hecho su subasta, como el dique del Este, muelles de ribera, ensanche de la tercera alineación del dique-muelle del Sur y, por último, la instalación modernísima de aceites crudos, que a cargo de la Junta empezará a funcionar dentro del próximo año de 1929, atrayendo a nuevas líneas transatlánticas, a quienes tanto interesa la escala en nuestro puerto, por los múltiples y bellos paisajes de fama universal que la isla presenta.

El puerto de Santa Cruz de Tenerife, enlazado vigorosamente a la ciclópea obra de reconstrucción nacional emprendida por el excelentísimo señor ministro de Fomento, conde de Guadalhorce, ha entrado, pues, en su etapa más brillante y halagüeña.



Vistas parciales de los diques-muelles del puerto de Santa Cruz de Tenerife.

La Compañía de Vapores Correos Interinsulares Canarios

La Compañía de Vapores Correos Interinsulares Canarios se fundó en Las Palmas de Gran Canaria el año 1888, cuando todavía las comunicaciones marítimas de pasajeros y cargas entre las islas que constituyen el archipiélago canario se hacían por buque de vela. Elementos entusiastas de aquella población recabaron de los Poderes públicos el anuncio de un concurso para dotar a dichas islas de un buen servicio de comunicaciones por medio de buques de vapor, y aunque las condiciones del expresado concurso no ofrecían margen a beneficio alguno, por lo exiguo de la subvención asignada, la citada Empresa se presentó, obteniendo la adjudicación. Los servicios se inauguraron inmediatamente, fletando la Compañía al efecto dos vapores, que más tarde, de conformidad con el contrato postal, fueron sustituídos por otros dos nuevos, construídos expresamente para tales servicios con sujeción a los adelantos más modernos de aquella época. La acogida que el comercio y público en general dispensaron a estos vapores fué muy satisfactoria; sin embargo, la falta de desarrollo del tráfico insular, todavía en embrión, fué causa de que, a pesar de la buena voluntad y concurso de todos, la Compañía cerrara el balance de su primera etapa con una pérdida cuantiosa, que los accionistas iniciadores sobrellevaron con la natural contrariedad, aunque complacidos de haber cumplido con el desempeño de los servicios contratados a satisfacción completa del Gobierno, de las autoridades, comercio y público en general.

En octubre de 1899, después de mediar la prórroga de un año, celebró la Compañía con el Estado el contrato de su segunda etapa, que lo obtuvo en competencia con otro concursante. En este período, la Compañía, con los mismos buques, realizó un tráfico más intenso, extendiéndose las comunicaciones hasta la colonia de Río de Oro, dotándolo por lo pronto de una expedición mensual.

Aunque durante este segundo período apenas logró la Compañía amortizar en parte los valores de los dos buques, en cambio, dadas las facilidades que constantemente prestó para el cambio y exportación de productos de las distintas islas, el tráfico marítimo entre las mismas adquirió un aumento progresivo de bastante consideración.

En abril de 1911, esta Compañía obtuvo la adjudicación del contrato con el Estado por otros diez años, sobre la base de su ofrecimiento de construir tres vapores de 1.100 toneladas de desplazamiento y otros tres de 550 toneladas, para realizar seis expediciones mensuales a los puertos principales y seis a los puertos de segundo orden, y además, la expedición mensual a la colonia de Río de Oro. En enero de 1912 comenzó la Compañía a prestar los nuevos servicios, fletando al efecto varios vapores, que fué sustituyendo por los de nueva construcción conforme iban éstos llegando. La nueva flota quedó completa en el mes de abril, en cuya fecha se inauguraron todos los servicios con los nuevos buques. Éstos fueron construídos de acuerdo con lo ofrecido, especialmente para las necesidades del tráfico insular, con departamentos para el alojamiento de pasajeros en primera y segunda clase, con alumbrado y ventilación eléctrica y provistos de todas las comodidades, «confort» y limpieza indispensables para los viajeros. Con este material moderno, la Compañía dió un gran impulso a las comunicaciones, y muy especialmente al movimiento de pasajeros entre los puertos principales del archipiélago. También el tráfico de mercancías en todos los puertos se inició con un aumento progresivo durante los años 1912, 1913 y parte del 1914; pero en agosto de este último sobrevino la guerra europea, que cambió radicalmente la situación de las cosas, ocasionando a esta Compañía cuantiosas pérdidas, que forzosamente hubo de sobrellevar hasta el término de su contrato.

En el año 1921, por iniciativas de la Dirección de esta Compañía, que tuvo la satisfacción de verlas secundadas por todas las Corporaciones, Sociedades, Cámaras de Comercio y Agrícola y otros Centros y entidades de todas las islas sin excepción, anunció el Gobierno nuevo concurso para la contratación de los servicios de los correos interinsulares por diez años más, aumentando las expediciones entre los puertos más importantes, Las Palmas de Gran Canaria y Santa Cruz de Tenerife, y ampliando también la expedición mensual a Río de Oro con las escalas de Cabo Juby y La Agüera, tanto a la ida como al regreso.

Por haber hecho esta Empresa proposiciones más ventajosas, en competencia con las presentadas por otros concursantes, le fueron adjudicados por cuarta vez los servicios de correos interinsulares, con gran satisfacción de los pueblos de Canarias, comenzando a prestarse dichos servicios en enero de 1922.

A raíz de la visita que hizo a las islas del archipiélago el ministro de Gracia y Justicia para estudiar sus necesidades, el Gobierno, atendiendo las justas peticiones de las mismas, concedió una ampliación importante en los servicios de correos marítimos, en virtud de la cual la comunicación de los vapores de la referida Empresa entre los puertos de Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas se hizo diaria, y entre las demás capitales de las distintas islas, dos veces por semana.

También se aumentaron en un 50 por 100 las expediciones a los puertos de la línea comercial, verificándose ahora una expedición cada semana a los puertos del sur de Tenerife y litoral de la Gomera, y cada dos semanas la del litoral de Gran Canaria, puertos de Fuerteventura y Lanzarote, norte de Tenerife y La Palma, y de dichas islas a las colonias de África Cabo Juby, Río de Oro y La Agüera.

En los distintos períodos en que la Compañía ha continuado obteniendo la adjudicación de los servicios de correos ha cooperado con los medios a su alcance a remediar las necesidades de los pueblos del archipiélago cuando circunstancias extraordinarias así lo han reclamado.

La falta de lluvias en las islas de Fuerteventura y Lanzarote ha dado lugar a frecuentes conflictos por la carencia de agua aun para beber, y a remediarlos ha acudido inmediatamente la Compañía Interinsular, transportando gratuitamente durante muchos meses, casi todos los años, toda el agua embarcada por sus vapores con dichos destinos. Lo mismo ha ocurrido con el transporte de víveres, especialmente para Fuerteventura, cuando las pérdidas de las cosechas han sumido a sus habitantes en la más absoluta miseria.

También cuando ocurrieron las erupciones volcánicas en el norte de la isla de Tenerife, hace algunos años, esta Compañía envió allí de su cuenta, y a las órdenes de la autoridad, uno de sus vapores de mayor tonelaje, para prestar auxilio a los habitantes de aquellas inmediaciones, que, ante el temor de una hecatombe, huyeron hacia las playas próximas.

Asimismo ha prestado su decidido concurso para la realización de obras de gran utilidad pública en las islas menores, no sólo transportando libre de flete los materiales enviados de las mayores, sino contribuyendo pecuniariamente a la realización de las mismas, asociándose igualmente a cuantas suscripciones públicas se han promovido para fines benéficos, siendo innumerables los pasajes libres concedidos espontáneamente, y también a instancias de las autoridades y Corporaciones locales, a diversas personas y hasta familias enteras que, faltas de recursos, se han visto en la necesidad de trasladarse de un sitio a otro.

Hay que reconocer también a esta Empresa el mérito de haber secundado la interesante labor de los delegados del alto comisario en Marruecos que se han sucedido en el mando de los territorios de Cabo Juby, Río de Oro y La Agüera, mediante la concesión de pasajes libres a los indígenas de alguna significación en las citadas colonias, a quienes convenía atraer, contribuyendo de este modo, no sólo a la gestión política de los referidos delegados, sino también a la creación y desarrollo del tráfico comercial entre aquellos territorios y Canarias.

BARCELONA

LA PROVINCIA DE BARCELONA

La provincia de Barcelona es, sin disputa, la más importante de las cincuenta que constituyen la nacionalidad española. Situada al norte de España, entre el mar Mediterráneo y las provincias de Gerona, Lérida y Tarragona, ocupa una extensión de 7.690 kilómetros cuadrados, con cerca de 1.500.000 habitantes.

Los partidos judiciales de la misma son: Arenys de Mar, Barcelona (diez), Berga, Granollers, Igualada, Manresa, Mataró, Sabadell, San Feliu de Llobregat, Tarrasa, Vich, Villafranca del Panadés y Villanueva y Geltrú.

La riqueza minera de la provincia está representada principalmente por los yacimientos potásicos de Suria y las salinas de Cardona; además dispone de riquísimos manantiales de aguas medicinales y una floreciente industria del cemento.

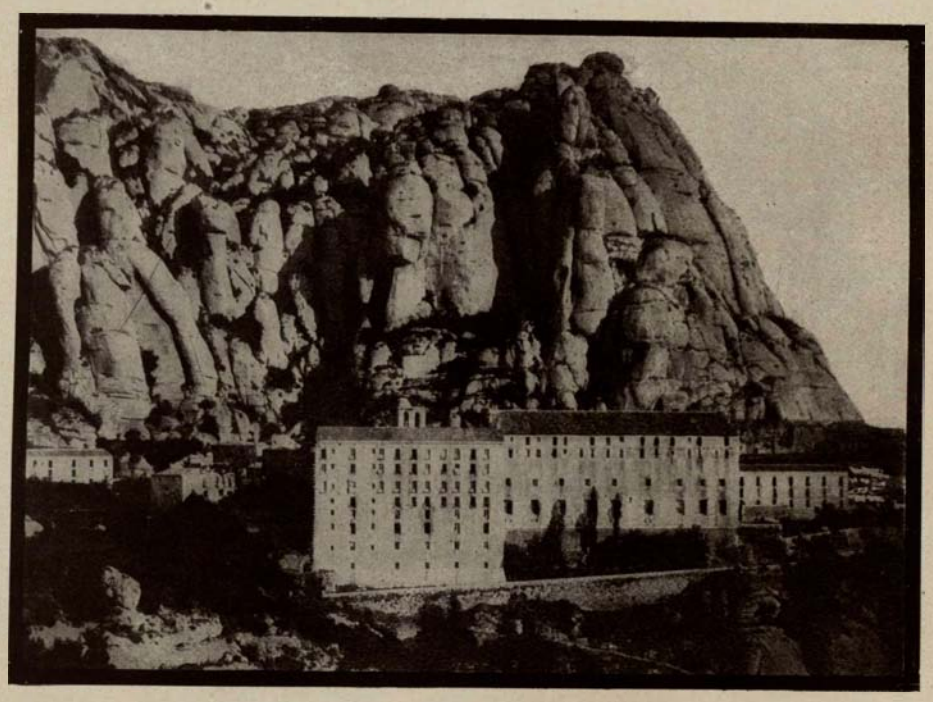
La agricultura se halla brillantemente representada en esta provincia, y en parte de ella, la ganadería.

La industria, con el comercio, constituyen su principal riqueza.

Citaremos brevemente las localidades más importantes de la provincia, ya que después nos hemos de extender en la descripción de la capital.

ARENYS DE MAR. — Una visitada playa a 35 kilómetros de la capital. Su industria principal es la corchotaponera y la fabricación de géneros de punto.

A 9 kilómetros de Barcelona se encuentra situada la muy industriosa ciudad de BADALONA. En la parte antigua de la ciudad se conservan restos de edificaciones de estilo romano y lápidas sarcófagos, y otros vestigios de aquella dominación. El núcleo industrial de esta ciudad se dedica a la fabricación de productos químicos, licores, fábricas de alcohol, cremas y betunes, perfumería, envases de hojalata, manufacturas de cristal y vidrios planos, tejidos, pieles, etc., etc.



El Monasterio de Montserrat

GRANOLLERS.—Es centro agrícola de gran importancia. La ciudad conserva restos de antiguas murallas, y es muy interesante su iglesia parroquial, del siglo XIV, de estilo gótico, en la que hay unas curiosísimas tablas flamencas.

IGUALADA.—Tiene 17.000 habitantes, es ciudad muy importante bajo los aspectos industrial y agrícola, siendo una de las poblaciones más ricas de Cataluña. En la iglesia de Santa María se veneran el milagroso Cristo de Igualada y la célebre bandera de la Batalla del Bruch.

MANRESA.—De origen remotísimo, según lo atestiguan diversos monumentos, es una de las ciudades fabriles más importantes de la provincia. Cuenta con 23.000 habitantes, y es ciudad modernizada, con hermosos edificios y paseos. Las fábricas de tejidos de lana y algodón rodean a esta población, asentada en una espléndida vega que prodiga cosechas abundantes.

MATARÓ.—Con 19.000 habitantes, es otra población de las más industriales, principalmente en el ramo textil, sin que por ello deje de tener en ella importancia la agricultura.

SABADELL.—Con cerca de 40.000 habitantes, constituye, después de Barcelona, el centro industrial más importante de la provincia y uno de los más significados de España. El desarrollo de la industria de hilados y tejidos de lana es notabilísimo.

TARRASA.—Con 30.000 habitantes, tiene una importancia inmediata a la referida para Sabadell en el aspecto industrial; las especialidades textiles ocupan su principal actividad.

VICH.—Posee una catedral del siglo XI, de sumo interés, así como también un Museo episcopal, con biblioteca; un templo romano, y en las inmediaciones, el Dolmen de San Jorge, las iglesias romanas de San Sixto y Santa Eugenia y los restos góticos del convento de la Esperanza.

En VILLAFRANCA DEL PANADÉS se conservan interesantes edificios góticos, entre ellos el antiguo palacio de los Reyes de Aragón, y las ruinas de una gran fortaleza árabe de gran valor artístico, que se hallan en las inmediaciones.

En VILLANUEVA Y GELTRÚ, población antigua muy interesante, es digno de visitarse el Museo Balaguer, lleno de obras de arte de todo género y con una biblioteca de gran valor.

Sin ser partidos judiciales, no hemos de acabar este ligero bosquejo sin hacer mención de Sitges y de Montserrat.

Es el primero un pintoresco lugar, en el cual un Museo ofrece al viajero bellezas de sumo interés, reunidas en un marco tan adecuado como atractivo.

EL MONASTERIO DE MONTSERRAT, situado en la enorme montaña de su nombre, es, sin disputa, con el parque nacional del «Montseny», una visita ineludiblemente obligada a todo aquel turista que llegue a la capital de Cataluña.

La sagrada montaña de Montserrat es de conformación rocosa, presenta picachos enhiestos y moles redondas de las más sorprendentes y diversas configuraciones, con las más diferentes alturas. El Santuario, antiguo Monasterio de los siglos IX y X, fué reducido a cenizas durante la guerra de la Independencia por las tropas francesas, y de él se conservan restos. En el templo se venera la milagrosa y antiquísima imagen de Nuestra Señora de Montserrat, labrada toda, con el Niño y el trono, en un solo tronco de madera, negro y brillante. Los panoramas que desde estas enormes alturas se divisan, así como las riquezas cuantiosas que el Monasterio atesora, desde el punto de vista artístico y religioso, unidas a los oficios religiosos de la comunidad de monjes que lo ocupan, ofrecen recompensa gratísima de recuerdo imborrable al viajero.

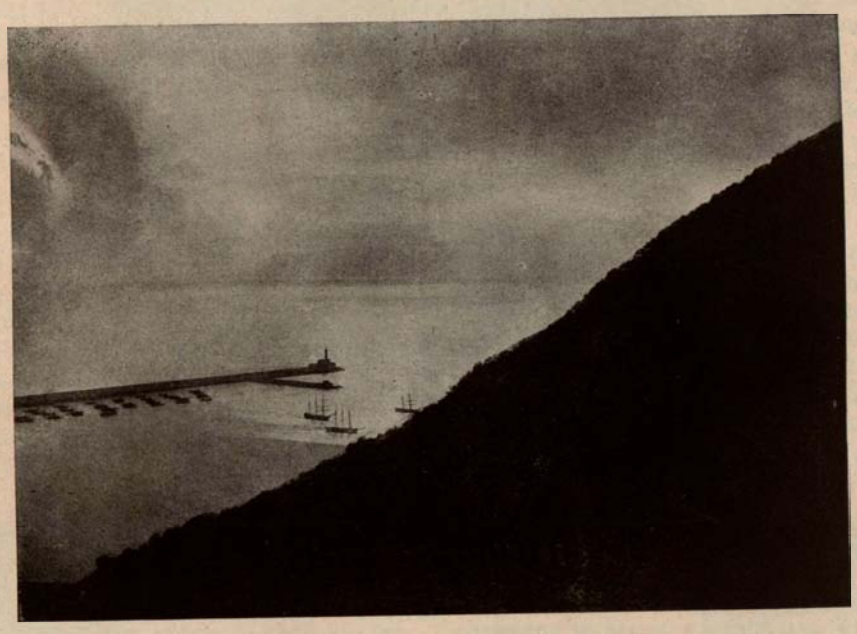
BARCELONA

"MAR ALEGRE, TIERRA JOCUNDA, AIRE CLARO"

POR

GAZIEL

Uno de los más largos y crudos inviernos que se recuerdan en Europa—el de este año de 1929—, a primeros de febrero andaba yo, una mañana, por las afueras de Barcelona, en compañía de cierto amigo mío, alemán de Königsberg, que acababa de llegar por vez primera a España. Después de haber caminado apaciblemente un par de horas, tuvimos que sentarnos a descansar al aire libre, en pleno campo, sobre el declive de una de esas colinas barcelonesas que descienden desde la serranía del Tibidabo hasta la playa de Montjuich, en ondulaciones amplias, perezosas y lentas, como si la tierra, ante su inminente hundimiento bajo el Mediterráneo, comenzase ya a amoldarse a la serena respiración del mar.



Punta del rompeolas del puerto de Barcelona.

Eran las once. El campo estaba salpicado de pinares claros, que destacaban sobre la dorada luminosidad de invernales viñedos. Y más abajo, en las hondonadas de los barrancos, los algarrobos orlaban con sus motas densas las tapias de antiguos conventos, y algunos olivos dispersos tamizaban con su telaraña de plata el panorama de la ciudad acolchada en el fondo de la llanura, bajo un velo de bruma solar. Extendimos en el suelo los abrigos y nos sentamos al rasero de un muro encalado. Y estábamos así, respirando la tibia soledad sin viento, mudos de bienestar inefable, cuando mi amigo alzó los ojos y descubrió, de pronto, por encima del muro blanco que nos resguardaba, las ramas más altas de un almendro en flor, que asomaban todavía estremecidas de su reciente y delicado milagro, enarbolando sobre el esmalte profundo del cielo su resplandor de aurora vegetal.

Mi amigo de Königsberg lanzó un suspiro. Miraba la tapia encalada, miraba el almendro, miraba el espacio. «¡Y pensar que estamos a tres de febrero!», dijo al fin.

Entonces, no sé por qué, se me ocurrieron aquellas mágicas palabras de Cervantes sobre Barcelona: «Mar alegre, tierra jocunda, aire claro»...

* * *

Que yo recuerde, Cervantes escribió tres elogios de la capital de Cataluña. Mejor dicho: dos de Barcelona y uno de los catalanes en general. El más conocido es aquel, tan sobado en toda suerte de ocasiones, aun las más disparatadas, que figura en el capítulo LXXII de la segunda parte del «Quijote», cuando, al volver éste a su aldea, y estando ya muy cerca de ella, en un mesón se encontró con D. Álvaro Tarfe, el caballero granadino que aparece en la continuación de la obra de Cervantes, hecha por Avellaneda. Don Quijote quiere convencer a D. Álvaro de que el hidalgo cervantino es el único caballero andante legítimo, ya que el de Avellaneda era apócrifo. Y para demostárselo, le dice que nunca ha estado él en Zaragoza, adonde Avellaneda condujo a su héroe, sino tan sólo en Barcelona, «archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza, única».

Mucho menos sabido es el pasaje de una novela ejemplar, «Las dos doncellas», en que Cervantes redobla todavía sus hiperbólicas alabanzas a Barcelona. La caravana de los protagonistas, que desde Sevilla vienen pasando innumerables peripecias, una tarde, «poco antes de que el sol se pusiese», llega por fin a la capital de Cataluña. «Admiróles—dice entonces Cervantes—el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.»

Finalmente, casi tan sólo los eruditos conocen el elogio a los catalanes que se encuentra al final del capítulo XII del libro III de «Persiles y Sigismunda», obra que ya no lee nadie, desde hace siglos, a pesar de que, según el propio Cervantes, este libro había de ser «el más malo o el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto», aunque no es una cosa ni otra, sino una pura mediocridad, con fugaces destellos que revelan la incomparable pluma de donde salían. Allí se lee, pues, que la bella Ambrosia—una de las damas de la novela—durante su estancia en Barcelona fué muy visitada y agasajada por «los corteses catalanes, gente enojada, terrible y pacífica, suave; gente que con facilidad da la vida por la honra, y por defenderlas entrambas se adelantan a sí mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo».

No podemos los catalanes quejarnos de Cervantes. Y, realmente, como dice el Sr. Rodríguez Marín, el primero de los cervantistas actuales, «Cataluña ha correspondido muy bien a los elogios» que le prodigó el príncipe de los ingenios castellanos. Una de las mejores bibliotecas cervánticas del mundo está en Barcelona, en el «Institut d'Estudis Catalans». No hay en Cataluña biblioteca particular, por modesta que sea, en la que falte el «Quijote». Verdad que esto podría decirse también de casi todo el mundo civilizado a la manera de Occidente. Pero el caso es que yo he encontrado el máximo libro de Cervantes, no entre los eruditos y letrados, sino hasta en los más apartados rincones de Cataluña, en las aldeas pirenaicas y en las parroquias colgadas de una peña, como nidos de águila. Y muchas veces el «Quijote» no tenía otro acompañante, en el rústico anaquel o sobre la mesa de pino, que un cuaderno de cuentas o un libro de rezo. La influencia de Cervantes en Cataluña ha presidido, además, una buena parte, tanto como la mitad, del actual renacimiento literario catalán. Los escritores del siglo XIX, que restauraron la lengua vernácula de Cataluña, estuvieron bajo el influjo de dos corrientes principales. Los poetas adoptaron las formas del romanticismo entonces imperante: el castellano, el italiano y el francés, principalmente. Y los prosistas eran en su gran mayoría clasicistas, con esos giros, esa soltura y esa cadencia de frase peculiares de la especie de clasicismo que caracteriza a Cervantes. Hasta hace muy poco, hasta que comenzaron a encontrar un ritmo propio e interno, los catalanes que escribían en prosa estaban empapados del «Quijote».

* * *

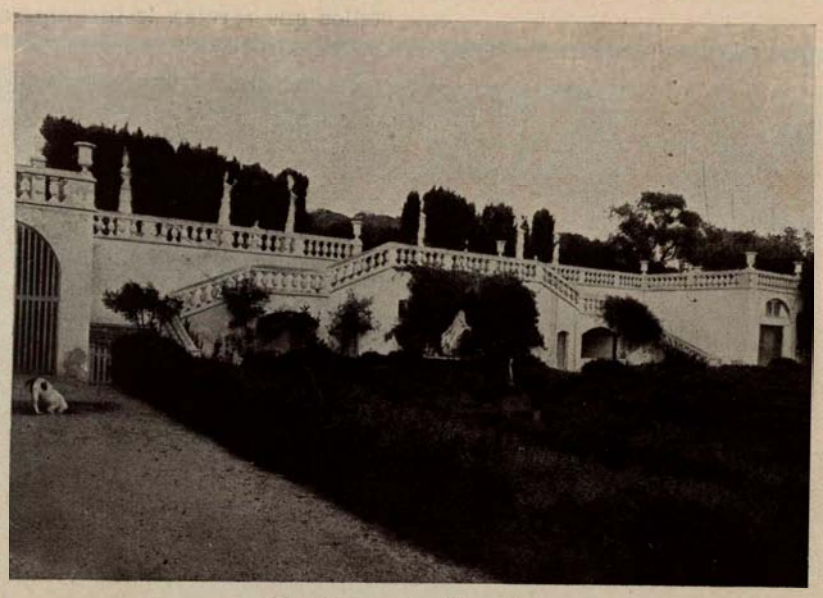
Sin embargo, las desmesuradas y correspondidas alabanzas de Cervantes a Barcelona y a los catalanes, según quedan transcritas, no son todavía el mayor de los homenajes que les tributó el primer escritor de Castilla. Incluso me atrevería a decir que, en cierto modo, a mí me dejan frío. Quien esté acostumbrado al estilo cervantino y relea

atentamente esas frases ampulosas, llenas de adjetivos laudatorios y de hipérboles que llueven a granel, experimentará—sobre todo si es catalán—esa especie de sofocación que producen en quien las recibe (a menos que sea tonto de solemnidad) las manifestaciones de una cortesía excesiva. Esa manera de alabar, tan aplastante para el alabado, era una moda del tiempo. Cervantes suele hablar siempre así de todas las tierras y ciudades que visitó durante su azarosa y andariega vida. Recordemos que Lepanto le pareció «la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos ni esperan ver los venideros». Fué, realmente, un acontecimiento muy importante; pero tanto, no. A Carlos V le llamó Cervantes «hijo del rayo de la guerra». ¿Qué reservaba para Alejandro y César? De muchísimas ciudades y razas escribió ditirambos parecidos a los que dedicó a Barcelona y a los catalanes. Todo esto era, en aquellos tiempos, una especie de reverencia convencional y casi obligatoria que los escritores debían hacer a los grandes y a los poderosos, entre los cuales figuraban, además de los príncipes, las ciudades nobles. Esas frases—dedicatorias de obras y elogios prodigados al correr de la pluma—se parecen mucho a las que en nuestros tiempos democráticos los periodistas y los actores no dejan nunca de dirigir aduladoramente al «respetable público», aunque a menudo no sea más que un conjunto plebeyo y borreguil.

De manera que las alabanzas de Cervantes, cuando pertenecen a esa clase, aun siendo de agradecer, tampoco hay que tomarlas demasiado en serio.

* * *

¿Querrá esto decir que la proverbial admiración del gran escritor castellano por Cataluña, y en especial por Barcelona, es una cosa falsa? De ninguna manera. No sólo es cierto que Cervantes sentía una viva atracción por esa tierra hispana y por su capital, sino que, además, yo me atrevo a decir que ningún otro artista, antes o después de él, ha sabido descubrir mejor la esencia del paisaje catalán mediterráneo, ni fijarla en una más breve y definitiva expresión lapidaria. Ni los mismos escritores catalanes han hecho otro tanto. Pero esa fórmula insuperada no figura, precisamente, como vamos a ver, en ninguno de los fragmentos transcritos. Está en otra parte. Y está en el «Quijote».



Jardines de Gracia.
(Foto A. Mas.)

Uno de los más extraordinarios misterios de ese libro que se burla de los encantadores es la especie única de encantamiento con que en él aparece captado el paisaje. Dícese comúnmente que el sentimiento de la naturaleza no entró en la literatura europea hasta el romanticismo. Las obras clásicas, y en general todas las anteriores al siglo XIX o a fines del XVIII, dícese que carecían de atmósfera circundante. Los personajes se movían en ellas como en un ambiente abstracto, algo así como actores representando una fábula en un escenario sin decoraciones ni baterías de luces. El lugar de la acción era un elemento harto secundario, a lo sumo señalado con una indicación convencional. Todos los palacios eran «suntuosos»; las praderas, «amenas»; los campos, «floridos», y las cabañas, «humildes». Para que la naturaleza cobrase personalidad y apareciese el «color local» en la literatura, tuvo que esperarse a que viniesen los románticos con su rica paleta.

Habría mucho que hablar sobre esto. Pero sólo diré que no hay en la literatura europea, de 1800 acá, ninguna obra que en intensidad paisajista supere al «Quijote». Y lo asombroso es la manera como está logrado el milagro. Para fijar sus paisajes, los románticos, y después de ellos los naturalistas, que fueron unos románticos entristecidos, se valían invariablemente de un medio: la descripción intercalada en la acción. El hilo o trama de las novelas románticas y naturalistas queda a menudo en suspenso. La acción se para. Comienza una descripción. El autor deja momentáneamente a un lado sus personajes y se pone a describir un campo, una marina, un barrio ciudadano o una carrera de caballos. La descripción, que a veces ocupa un párrafo, y a veces páginas y hasta pliegos enteros, obstruye el curso de la acción y la remansa. La fuerza motriz de la novela, en estos pasajes, ya no es el tiempo: es el espacio.

En el «Quijote» no hay nada de eso. Descontando las interpolaciones de otras historias ajenas a la principal, como la del «Curioso impertinente», la de «Cardenio» o la del «Cautivo»—que son verdaderas novelas metidas dentro de la novela, según la moda del siglo—, el «Quijote» es todo acción, es una sarta de aventuras formando collar en la hebra del tiempo. El espacio donde se desarrollan no las interrumpe para nada. En el «Quijote» no hay descripciones. No hay más que ligeras y rapidísimas acotaciones de lugar. Y, sin embargo, la sensación de paisaje que da ese libro es verdaderamente formidable.

La Mancha no está descrita en ninguna parte. Sierra Morena, tampoco. El Toboso es una pura sombra ingrávida en la noche lunar. Los campos de Montiel sólo están nombrados. Pero me basta cerrar los ojos y decirme esta palabra evocadora: el «Quijote», para que en mi espíritu se abran las inmensas y exactas perspectivas de sus incomparables paisajes. En vano recurriré al texto para verlos representados en palabras. En el texto no hay nada o casi nada referente a ellos. La maravilla del «Quijote» es que sus paisajes están «entre líneas».

* * *

Pues bien: el máximo homenaje que Cervantes rindió a Cataluña y a Barcelona figura en «El ingenioso hidalgo» y está también expresado de esa manera inefable.

A medida que Don Quijote y Sancho se van acercando a Cataluña, sin que el autor lo diga expresamente, sin que su pluma fácil haga el menor esfuerzo para subrayarlo, el lector experimenta poco a poco una sensación rarísima, como si el aire que circula por las páginas de la obra, en los claros del texto y en las interlíneas, fuese cambiando por momentos. Amo y criado atraviesan silenciosa y solitariamente la estepa aragonesa. «En más de seis días—dice Cervantes—no les sucedió cosa digna de ponerse en escritura». Y apenas entran en tierra catalana se produce una profunda mutación en el paisaje, en la atmósfera que rodea a los dos aventureros y hasta en el mismo ritmo interior del «Quijote». Les tomó la noche, se lee en el capítulo LX de la segunda parte, que trata de «lo que sucedió a Don Quijote yendo a Barcelona», «entre una espesas encinas o alcornoques». Esos alcornoques y su desacostumbrada densidad, digna de ser notada, son uno de los imperceptibles toques de pluma, que más bien parecen de varita mágica, característicos del arte genial de Cervantes. A pesar de hallarnos en pleno mes de junio, a punto de entrar ya en el verano, Cervantes nota que «era fresca la mañana y daba muestras de serlo asimesmo el día». ¡Cuán lejos estamos ya de la altura y la sequedad de la altiplanicie castellana! La brisa marina, el viento fuerte y húmedo del Mediterráneo se va filtrando por las hojas del libro y viene a refrescar las áridas sienes del sublime loco aventurero. Y lo primero con que topa su criado, cuando iba a descabezar un sueño arrimándose al tronco de un árbol, es con las piernas de algunos forajidos y bandoleros ahorcados, colgando de las ramas. «Por donde me doy a entender—dice certeramente Don Quijote, al constatar el hallazgo macabro—que debo de estar cerca de Barcelona.» Y poco después, amo y criado caían en las manos rudas y caballerosas, temibles y francas, del bandido romántico Roque Guinart. Aire de fronda, aire de mar; rebeldía y pasión; dinamismo exaltado y llaneza robusta: ¡ya estamos en Cataluña!

«Tres días y tres noches estuvo Don Quijote con Roque—dice Cervantes—, y si estuviera trecientos años, no le faltara qué mirar y admirar en el modo de su vida.» Esta será, en efecto, la actitud de Don Quijote durante toda su estancia en Barcelona: una actitud pasiva y asombrada, diametralmente opuesta a su carácter íntimo. La actitud natural—y no es un juego de palabras—en quien está descubriendo el Mediterráneo.

Este magno descubrimiento constituye uno de los más bellos episodios del «Quijote», ya que en él palpita, hasta culminar en una definición lapidaria, la intensa simpatía que Cervantes experimentaba por la capital de Cataluña. Reléase atentamente el capítulo LXI de la segunda parte del «Quijote». El movimiento, el color y la luminosidad de estas páginas son únicos en la obra. Cervantes encendió todas las baterías de su imaginación para representar ese momento espléndido en que los dos aventureros castellanos llegan a Barcelona y quedan materialmente deslumbrados ante el descubrimiento del Mediterráneo. «Llegaron a su playa—dice el autor—la víspera de San Juan en la noche.» ¡La verbena de San Juan! Fogatas, músicas y cantos popula-

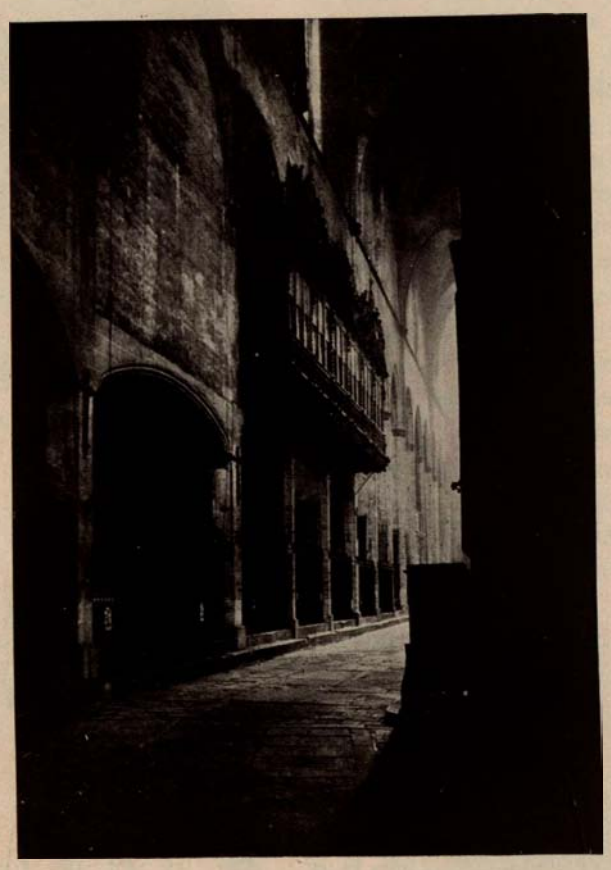
res: la fiesta mayor, como si dijéramos, de Cataluña entera. Pasaron la noche al raso, respirando el relente marino; Don Quijote, sin apearse del caballo, impaciente por ver el nuevo día. «Y no tardó mucho cuando comenzó a descubrirse por los balcones del Oriente la faz de la blanca aurora.» ¡Aurora de San Juan, con el sol envuelto en los jirones de las fogatas nocturnas!

«Tendieron Don Quijote y Sancho la vista por todas partes: vieron el mar, hasta entonces de ellos no visto.» Vieron las galeras que estaban en la playa, «llenas de flámulas y gallardetes, que tremolaban al viento y besaban y barrían el agua». Oyeron sonar clarines, trompetas, chirimías y atabales, y ruido de cascabeles. Comenzaron a moverse las naves por las sosegadas aguas, «correspondiéndoles casi al mismo modo infinitos caballeros que de la ciudad sobre hermosos caballos y con vistosas libreas salían». Los soldados de las galeras disparaban salvas. Respondían los que estaban en las murallas y fuertes de la ciudad. La artillería gruesa «rompía los vientos», y retumbaban los cañones de crujía de las galeras. Mientras el sol, «con el rostro mayor que el de una rodela, por el más bajo horizonte poco a poco se iba levantando».

Y en este punto es cuando Cervantes lanza, desde el fondo de su henchida emoción, aquellas pocas palabras mágicas, definitivas, que nadie ha podido superar todavía, y que condensan el panorama entero de Barcelona, todo el esplendor de la costa de Cataluña: «El mar alegre, la tierra jocunda, el aire claro...»

Escrita hace más de tres siglos, esta definición sigue siendo tan maravillosamente exacta como el primer día.

* * *



Interior de la basílica de Santa María del Mar. (Foto A. Mas.)

Lo que Cataluña y Barcelona han de agradecer, pues, a Cervantes—mucho más que sus ampulosos elogios—es el haber percibido y expresado magníficamente el hecho de su diferenciación hispánica.

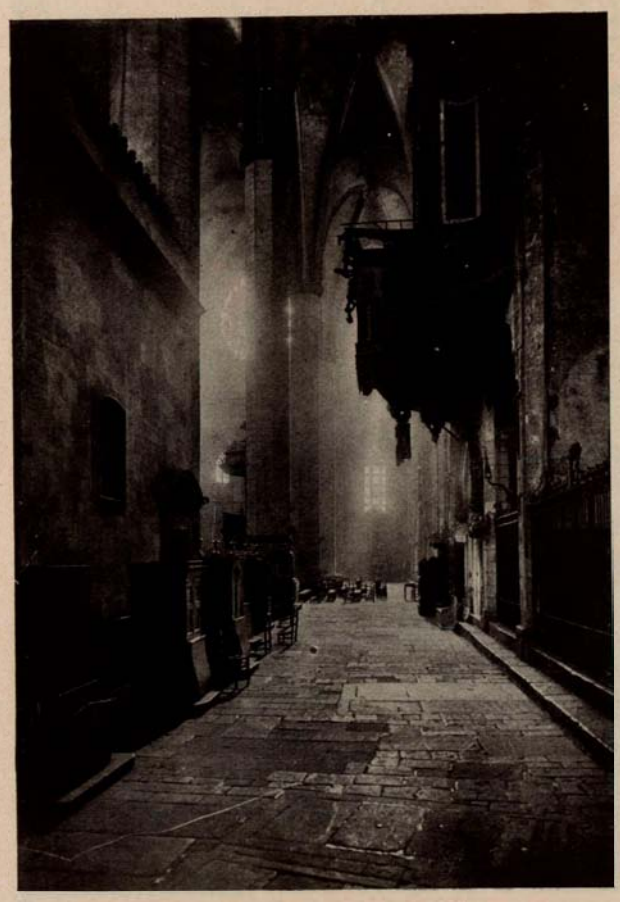
Por primera vez en todo el «Quijote», diríase que al llegar a Cataluña los dos protagonistas de la obra se esfuman un poco, pasan a segundo término, pierden relieve personal, como si naufragasen en el nuevo ambiente que les rodea. Durante toda su estancia en Barcelona, el medio les absorbe, hasta el punto de tener más importancia la vida externa que llevan que su propia vida interior. La democracia catalana es demasiado exuberante de color y vibra excesivamente, para que esas dos pardas figuras sigan destacándose por encima de ella, como destacaban en la soledad de Castilla. Sólo más tarde, al salir de Cataluña derrotadas y tristes, vuelven a agigantarse paulatinamente, a medida que se alejan del mar, para sumirse otra vez tierras adentro.

En el gran acorde peninsular ibérico, Castilla representa y ha representado siempre, de manera eminente, el relieve de la personalidad individual, y Cataluña el imperio de la masa. La medula de Castilla es jerárquica y aristocrática; la de Cataluña, democrática y niveladora. Mientras el valor histórico más cotizado fué el valor personal, Castilla ocupó en Europa un plano de primer orden. Y siempre que en la Península ha intentado destacarse el valor de la masa colectiva, la calderilla popular, por encima de la privilegiada moneda de oro, Cataluña ha ido al frente de esos impulsos malogrados.

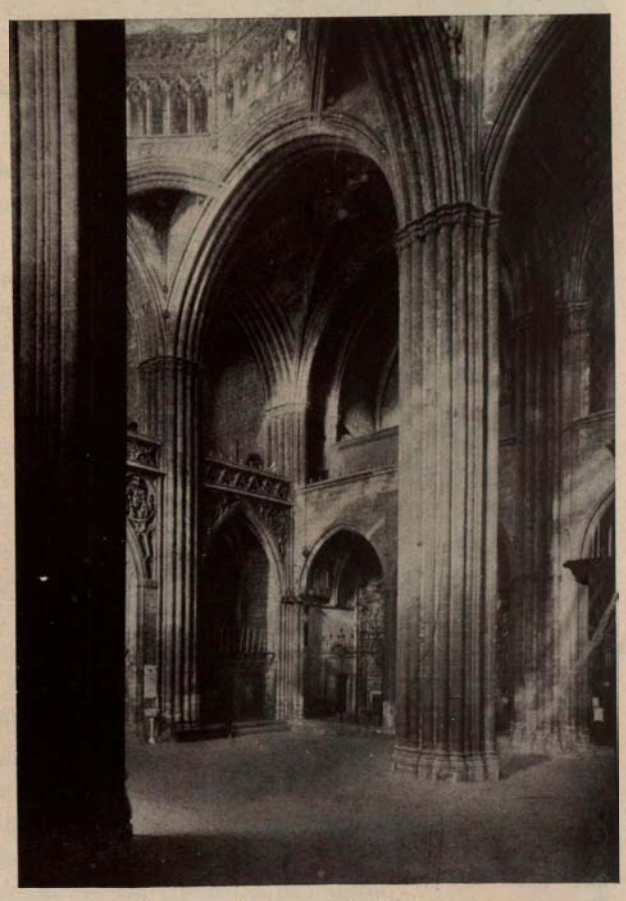
En el «Quijote» se percibe admirablemente que, al penetrar en Cataluña, el ingenioso hidalgo y su escudero quedan diluídos en un ambiente popular y dinámico. De actores que eran hasta entonces, pasan más bien a ser espectadores. Los fantasmas de su soledad interior parecen disolverse o borrarse ante la realidad externa imperante. Y el doloroso contacto con ella les produce la íntima conmoción que habrá de devolverles la perdida cordura.

Cervantes pertenece a una época en la que todavía palpitaba, aunque en plena decadencia, el profundo sentido de las Españas, de esa rica y fecunda variedad peninsular que, sin haber dejado nunca de ser un hecho indestructible, jamás logró resolverse en una armonía superior y completa. Como en los colores del prisma, hay en la Península ibérica tres tonos fundamentales: Castilla, Cataluña y Portugal. Castilla es el rojo, Cataluña el amarillo y Portugal el azul. El resto lo constituyen preciosos y delicados matices complementarios—anaranjado, verde, índigo y violeta—, compuestos de la mezcla de aquellos tonos fundamentales.

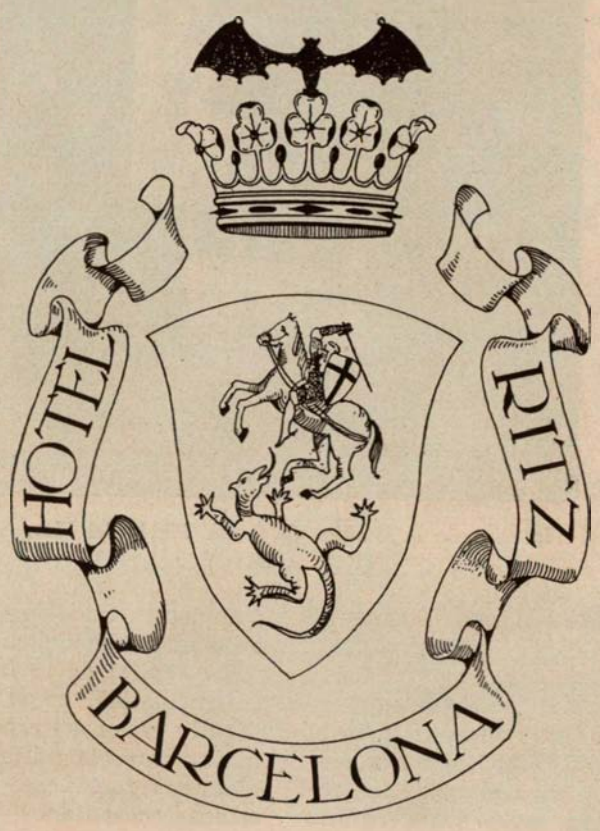
La capital de la franja amarilla, Barcelona, es algo inconfundible e irreductible, como Madrid y Lisboa. Y las tres juntas contienen toda la gama del espectro peninsular. Quien supiera acoplarlas armoniosamente obtendría lo que aun no han podido contemplar—aunque algunos videntes catalanes, castellanos y lusos lo entrevieron ya en sueños—ojos humanos: el iris incomparable formado por la bandera ideal de Hispania.



Interior de Santa María del Mar.



Interior de la catedral. Trascoro.



HOTEL RITZ
BARCELONA

Gran Vía Diagonal y calle Rosellón.

LA CIUDAD

DE

BARCELONA

☆

Actuación de su Municipio

Paseo de Gracia y plaza de Cataluña.

Barcelona se asienta sobre una dilatada llanura y forma sus límites con elementos naturales orográficos e hidrográficos: dos ríos, el Llobregat y el Besós; el mar Mediterráneo y un sistema de montañas, cuyo punto culminante es el Tibidabo (532 ms.).

El clima físico de Barcelona (temperatura media anual, 16º) está comprendido en la zona suave y muy próximo a la templada; es decir, que por su envidiable situación posee todas las condiciones ideales que pueden reunir las ciudades más saludables del mundo.

La extensión superficial del término municipal del Barcelona es de 9.706 hectáreas, y su perímetro de 44 kms.

EDIFICACIÓN.—La construcción de Barcelona ha seguido el ritmo acelerado de su vida intensa. Durante el período de tiempo 1914 a 1923 sufrió un atascamiento, debido, indudablemente, al trastorno que la guerra llevó a todos los países, así como las dificultades que por internas perturbaciones comprometían el feliz término de las edificaciones. A partir del año 1923, las construcciones se multiplicaron y llegaron a su mayor desenvolvimiento en los dos últimos años, en que, con motivo de la actual Exposición, la ciudad se preparó para mostrarse en todo su esplendor y desarrollo.

POBLACIÓN.—Alcanza la cifra de 1.012.564 habitantes residentes presentes, según la última estadística (año 1928).

HIGIENE Y SANIDAD.—Barcelona es una población sanísima, por sus condiciones climatológicas; y si a esta circunstancia se le añade la

Paseo de Colón.

intensa labor llevada a cabo por el actual Ayuntamiento en obras de saneamiento, junto con el incremento constante de las cantidades que figuran en sus presupuestos para estas atenciones, nada nos sorprenderán los resultados obtenidos; esto es, han desaparecido varias enfermedades evitables (entre ellas la viruela y el tifus), y el número de las restantes ha disminuído hasta influir de modo notable en el coeficiente de mortalidad. El Ayuntamiento ha emprendido en materia de alcantarillado una vigorosa cruzada, y la obra realizada es por demás sorprendente, pues de 160.250 ms. de longitud que tenían las cloacas de diversos tipos en 1924, incluso colectoras, tiene en la *actualidad* 236.050 ms. de buenas cloacas; esto es: en un período de tiempo de cinco años se han construído más del 45 por 100 del total de las existentes; y téngase en cuenta que no solamente se ha atendido a construir nuevas conducciones, sino que se han higienizado las existentes, pudiendo Barcelona contar dentro de muy poco tiempo con un excelente sistema de alcantarillado.

Asimismo, y con el fin de adecentar la ciudad, no solamente en lo relativo al ornato público, sino teniendo en cuenta los verdaderos focos de infección que constituían las barracas de que estaba infestada nuestra ciudad, este Ayuntamiento ha logrado (y se comprenderá las dificultades que ha tenido que sostener si se tiene en cuenta que el problema afectaba a millares de ciudadanos y de conformidad con éstos) llegar casi a la solución de tan pavoroso problema.

BENEFICENCIA.—Barcelona, y con ella sus actuales autoridades,

merecen un férvido elogio por sus esfuerzos para dar cima halagüeña al problema benéfico.

Cuenta la ciudad con hospitales perfectos como el Clínico, unido a la Facultad de Medicina, capaz para 800 camas, y el de San Pablo, de enormes proporciones y que alberga unos 1.500 enfermos. Ambos tienen anejas variadas clínicas de especialidades.

Para la infancia recién nacida y para los primeros años de la niñez, Barcelona se adorna con su casa de Maternidad y Expósitos y con el Instituto Municipal de Maternología. El primer Centro cuenta con más de 5.000 infantes, y la segunda institución, llamada popularmente «La Gota de Leche», nutre con abundancia y pureza a más de 1.000 pequeños lactantes.

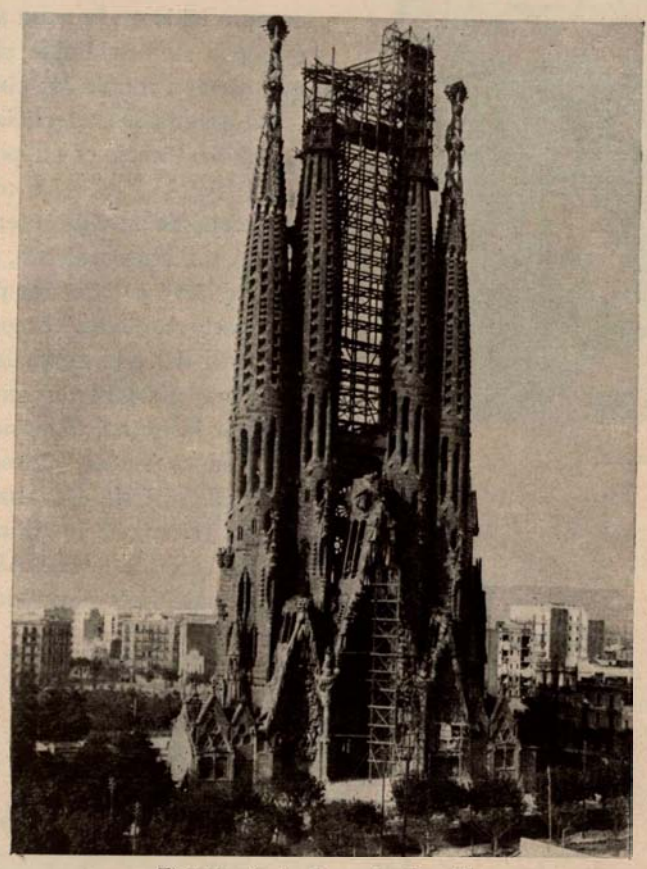
La Casa Provincial de Caridad, el Asilo de Toribio Durán, el Sanatorio Marítimo de San Juan de Dios, la Casa de Misericordia, Asilo del Parque, Restaurantes y Albergues nocturnos para pobres y vagabundos, merecen, entre otras cien iniciativas laudatorias, especial mención.

El actual Ayuntamiento ha desplegado una actividad digna de todo encomio para organizar debidamente los servicios benéfico-municipales; a tal efecto, y entre otras mejoras, ha organizado la Comisaría de Beneficencia para reprimir la vagancia y mendicidad callejera, objeto que ha logrado por completo. Para la finalidad antes apuntada se ha creado el servicio de guardacoches, que prestan individuos lisiados, reclutados entre los mendigos, los cuales han logrado un decoroso medio de vida por este procedimiento. Se ha dado preferente atención a las esenciales reformas de los Albergues nocturnos, propiedad del Ayuntamiento, para ponerles en debidas condiciones de higiene y limpieza.

A continuación insertamos algunas cifras que podrán dar una ligera idea de la importancia de la Sección que nos ocupa.

AÑO DE 1928

Enfermos ingresados en los hospitales. .	16.689
Ingresados en la Casa de Caridad, Maternidad y Expósitos .	2.000
Accidentes fortuitos auxiliados en los Dispensarios municipales	14.286
Comisaría municipal de Beneficencia (mendigos recogidos)	2.521



Templo de la Sagrada Familia.

Vista del coro de la catedral.

CULTURA.—De dos órdenes de vital importancia ha sido la intensísima labor desarrollada por este Ayuntamiento en orden a la cultura de la ciudad: 1.ª, saneamiento del tendencioso ambiente dominante en las instituciones municipales de cultura. Y 2.ª, dar vida real a líricos proyectos de imposible ejecución y que el Ayuntamiento actual, con aquel sentido de eficacia reflexiva que domina toda su gestión, ha logrado encauzar, abriendo con hechos el camino por donde necesariamente habrá de seguirse en todo tiempo.

Efectivamente, reconocida la necesidad de locales adecuados, se construyen grupos escolares con arreglo a las exigencias de los más modernos planes pedagógicos, con espaciosos locales y bibliotecas; albergan escuelas primarias graduadas y complementarias de oficios, teniendo una capacidad de cerca de 5.000 alumnos.

Ha sido creada la Escuela de la Salud, funcionando las clases maternal, de párvulos, primaria y preparatoria, con más de cien alumnos; el Parvulario de Sarriá ha sido instalado en un hermoso edificio propiedad del Ayuntamiento; se han establecido cursillos de enseñanza doméstica a cargo de profesores especiales.

La Escuela Municipal de Música ha sido trasladada desde un inadecuado local al suntuoso edificio que hoy ocupa, habiendo sido dotada del material necesario para el eficaz desarrollo de sus enseñanzas entre los 2.000 alumnos con que cuenta.

Solamente la sucinta relación de las reformas de locales; ampliación de los servicios de las Cantinas y Colonias escolares; servicio de baños de mar (25.000 en el año 1928); creación de becas; funcionamiento de escuelas en los Parques; construcción de pabellones para albergue de colonias; importantes mejoras en los Museos, ya de orden técnico, ya de otra clase; la especial atención prestada a la admirable Banda municipal, que dirige el Sr. Lamotte de Grignon; el fomento de las Bellas Artes con pensiones a los artistas para perfeccionar estudios, y mil iniciativas más que demuestran una atención constante hacia tan importante función, harían interminables estas notas; durante el último año gastó el Ayuntamiento en construcción de escuelas 1.309.007 pesetas. El número de escuelas es de 1.096, y el de alumnos de 101.325, datos éstos del año 1928.

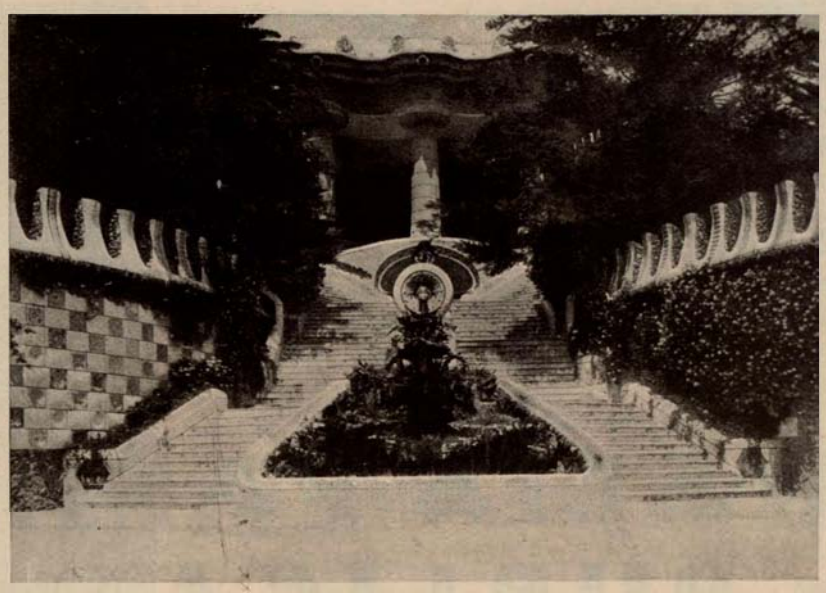
PAVIMENTOS.— Acelerada ha tenido que ser la labor en tal sentido que se ha visto obligado a realizar el actual Ayuntamiento; coincidiendo con la inauguración de la Exposición Internacional, se terminó la primera parte del formidable esfuerzo que en materia de pavimentación con adoquines, hormigón, mosaico y asfalto, aceras, etc., etc., ha realizado esta Corporación municipal.

Se han pavimentado las calles a centenares, y si no fuera suficiente la visión que el viajero puede formar de la Barcelona actual, a continuación detallamos los siguientes estados comparativos: superficie pavimentada en 1942, 1.521.000 ms.; superficie pavimentada en la actualidad, 2.100.000 ms. Esto es, que en un período de cinco años se ha aumentado en cerca de 40 por 100 la superficie pavimentada de nuestra urbe.

Otro de los servicios, no que ha reorganizado, sino que ha organizado el actual Ayuntamiento, ha sido el de incendios, disponiendo en la actualidad de un verdadero y disciplinado Cuerpo de bomberos, con material modernísimo y suficiente para atender a la gran extensión

superficial de nuestro término municipal.

Como dato que suponemos suficiente para demostrar nuestro aserto consignaremos que en 1924 sólo disponía el Cuerpo de bomberos de 1.500 metros de mangas, y en la actualidad dispone de un total de 6.000 metros, cantidad necesaria y no igualada por ninguna otra capital de su importancia.



Parque Güell.

ALUMBRADO.—Barcelona, que ha conseguido atraer la atención del mundo entero con el derroche lumínico de su Exposición, no podía abandonar el problema de su alumbrado urbano. Y con grandes arrestos, y teniendo muy en cuenta los intereses de su Hacienda, ha conseguido dotar a esta hermosa ciudad de un alumbrado mixto, de gas y electricidad, que la colocan nuevamente entre las ciudades que mejor y más espléndidamente tienen resuelto problema de tan gran importancia.

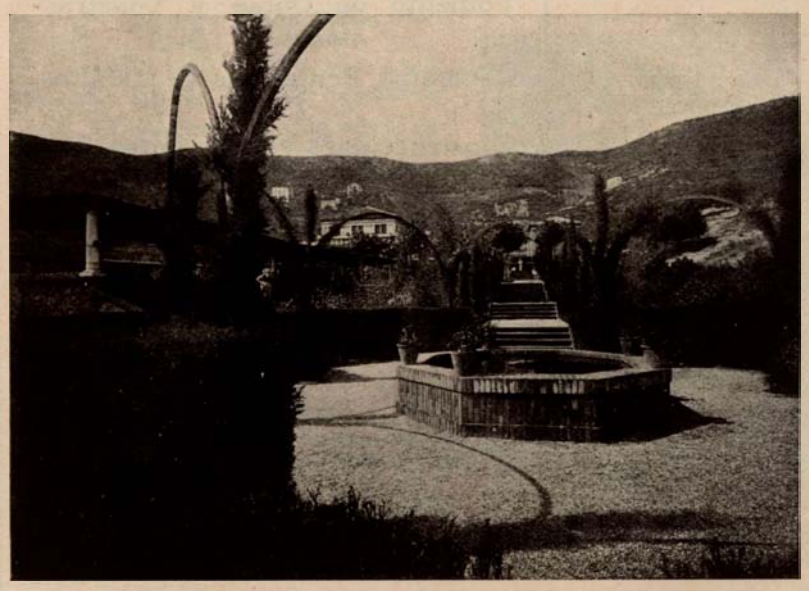
neveras, armarios frigoríficos, clasificación de puestos de venta, régimen de venta ambulante, etcétera, etc.; es decir, política eficaz y acertada, dotando a la ciudad de cuanto necesita, sin ninguna perturbación para su Hacienda, sino al contrario.

De la importancia que reviste el consumo pueden dar una idea las cifras siguientes, referentes al año 1928:

Carnes, 54.000.000 de kgs.; pescados, 20.000.000 de kgs.; huevos, 20.000.000 de docenas; leche, 58.000.000 de litros.

PUERTO.—El puerto de Barcelona es uno de los más importantes del Mediterráneo, no sólo por su intenso tráfico, sino por las grandes comodidades que ofrece para la carga, descarga, abrigo y estancia de los buques.

De su extensión e importancia darán clara idea las siguientes cifras:



Antigua Font del Lleo, en Pedralbes

Jardines del Laberinto.

Superficie de agua libre para las operaciones del movimiento de buques, 1.630.675 mts.^{2} Antepuerto, 1.600 mts.^{2} Línea de muelles, 9.247 ms.

Su tráfico, que sufrió la crisis natural de la guerra y de las perturbaciones sociales de la ciudad, está recobrando la plena actividad, que es fenómeno común a todas las manifestaciones de la vida de Barcelona, a partir del año 1923.

Años	Buques entrados	Tonelaje
1923 . . .	4.129	3.619.220
1924 . . .	4.529	4.574.186
1925 . . .	4.865	4.441.474
1926 . . .	4.589	4.626.038
1927 . . .	4.794	4.965.277
1928 . . .	5.248	5.558.839

ABASTOS.—Elemento esencial de la vida de una ciudad es la organización de su régimen de abastos. Barcelona puede enorgullecerse a este respecto, en la actualidad, de tener solucionado tan difícil problema, gracias a la enérgica acción municipal de los últimos años, que desterró viciosas prácticas, estableciendo normas rígidas y de severa justicia en toda clase de transacciones. Ejecutando con la rapidez precisa cuantas obras fueron necesarias, ha conseguido que, llegado el momento del gran certamen y aumentado el consumo en las proporciones naturales a la afluencia extraordinaria de visitantes, no se haya producido la más mínima perturbación, sino, al contrario, la visión previsora de lo que necesariamente ocurriría ha contribuído en gran manera a que los precios, en general, se hayan sostenido con tendencia a la baja, en comparación con el año anterior.

Y este resultado se ha obtenido siempre con la construcción de nuevos mercados, mejoras en los ya construídos, instalaciones de

Palacio Real de Pedralbes.

PUERTO FRANCO.—Sigue desarrollando sus planes el Consorcio para la construcción del Puerto Franco en la Delta del Llobregat, bajo la competentísima presidencia del Excmo. Sr. don Fernando Álvarez de la Campa.

MARIANO MANAU

Representante general en España de las casas MILLARS de Inglaterra, Alemania, Francia y Estados Unidos

BARCELONA
P.º de Gracia, 127; Cortes, 637
Teléfono 30.726

MADRID
Calle de la Salud, 17
Teléfono 10.613

MAQUINARIA PARA OBRAS PÚBLICAS

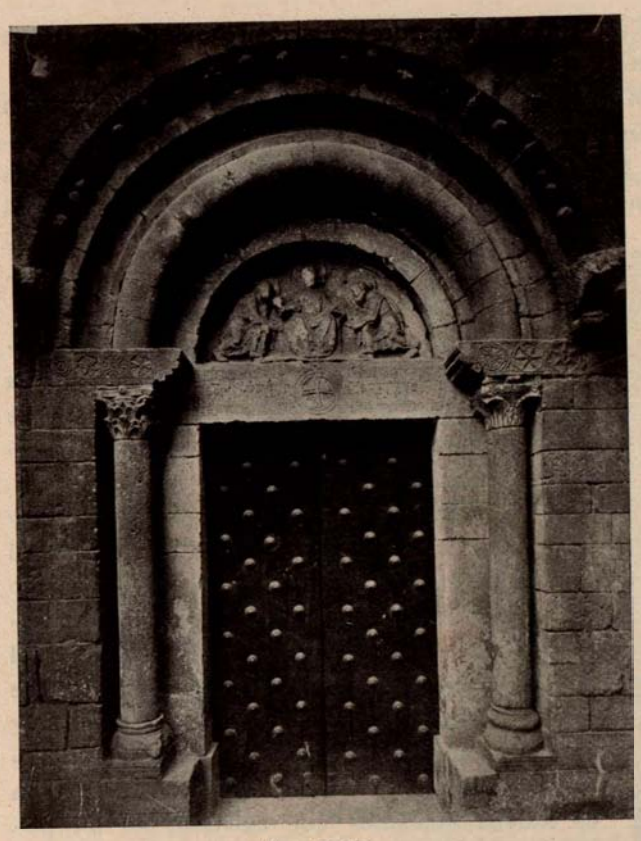
Calderas
de riego asfáltico
Compresores de aire
Bombas a diafragma
Rodillos apisonadores
Hormigoneras
Machacadoras
Molinos areneros
Mezcladoras de cemento y arena
Grúas Derrick-Torres distribuidoras de cemento
Carretillas de una y dos ruedas
Cubos galvanizados para agua y argamasa
Palas excavadoras
Cabrestantes
Locomotoras a esencia
Máquinas de macadam asfáltico
etc.

Consulte precios
Existencia en almacenes Madrid-Barcelona para inmediata entrega

Algunas referencias:

Cubiertas y Tejados, S. A.
Fomento de Obras y Construcciones, S. A.
Compañía Peninsular de Asfaltos, S. A.
Construcciones y Pavimentos, S.A.
Pavimentos Asfálticos, S. A.
Construcciones Bernal, S. A.
Compañía Vizcaína de Obras Públicas, S. A.
Bilbaína de Firmes Especiales
Obras y Construcciones Hormaeche, S. A.
Empresa general de construcciones, S. A.
Gamboa y Dominga, S. A.
Valeriano Sanz Bueno
Nueva Sociedad General de Construcciones, S. A.
Construcciones Hidráulicas y Civiles, S. A.
Española de Contratas, S. A.
Ginés Navarro, S. A.
Ereño y Compañía
Montañesa de Obras y Pavimentos, S. A.
Fox Brothers International Corporation
José y Eduardo Anduiza
Agromán, S. A.
Sacristán Hermanos, S. A.
E. Remy y Compañía
Compañía de los Ferrocarriles de Madrid, Zaragoza y Alicante

Estas firmas y muchas más atestiguan la garantía eficiente de MILLARS



San Pablo.

Para dar una idea de tan gran empresa haremos constar que su primera etapa abarca una extensión de 1.100 hectáreas, que han sido ya expropiadas y hecho efectivo su pago, por un total de pesetas 14.740.982, con las aportaciones del actual Ayuntamiento.

TRANSPORTES TERRESTRES.—Normalmente entran y salen en Barcelona 240 trenes diarios, sin tener en cuenta los formados en días de grande aglomeración. El movimiento fué en el último año de 17.586.000 viajeros.

TRANSPORTE URBANO.-Cuenta Barcelona con una extensa red de tranvías (200 kilómetros y 800 coches en servicio). Circularon en el año último por sus líneas viajeros 240.628.877

Un magnífico servicio de autobuses con modernísimos coches de gran capacidad, algunos de ellos con dos pisos, han transportado en el último año 30.940.477 viajeros.

El Gran Metropolitano cuenta con dos ramales, por los que circularon 9.858.464 viajeros en el año 1928.

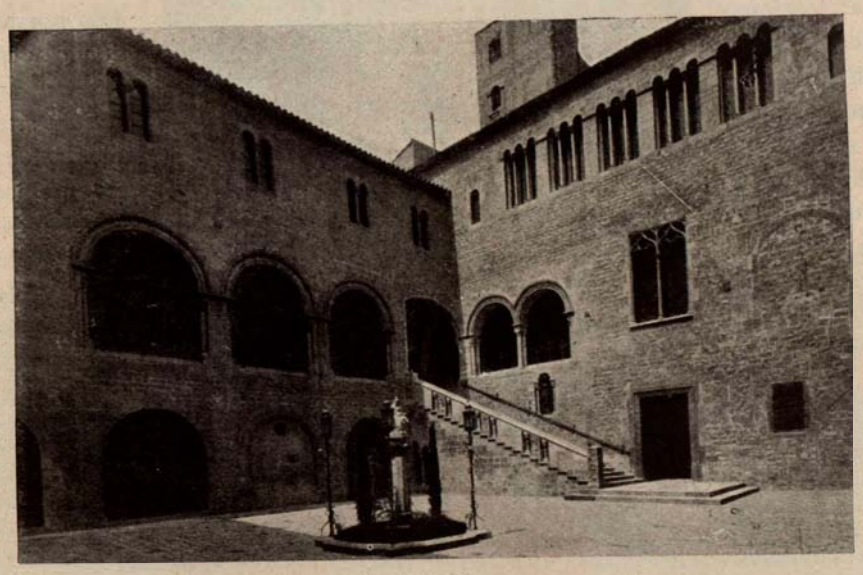
El Metro Transversal, magnífica obra de ingeniería, unirá las populosas barriadas de Sans y San Martín; tiene comunicación subterránea en la plaza de España con los Ferrocarriles Catalanes, y en breve tendrá también comunicación con los Ferrocarriles del Norte. Transportó en el último año 6.776.438 viajeros.

Hasta hace muy poco circularon los ferrocarriles eléctricos a Tarrasa, Sabadell y Sarriá por la superficie de la calle de Balmes, constituyendo una pesadilla trágica para los viandantes; pero hoy, merced a la decisión y tenaz empeño del actual Ayuntamiento, ha sido transformado en un magnífico ferrocarril subterráneo, con la máxima rapidez. Resulta imposible indicar tan sólo las características ni cifra alguna que dé idea de la importancia de obra tan colosal y las innumerables dificultades de todo orden que hubieron de vencerse para dar cima a la transformación operada en tan brevísimo tiempo, construyendo, además, una grandiosa estación terminal en la plaza de Cataluña.

El movimiento de este ferrocarril fué en el año 1928 de 17.824.739 viajeros.

Existen, además, los funiculares del Tibidabo y Montjuich; una línea de tranvías de la montaña del Tibidabo a Vallvidrera, y comunicación de tranvías con Badalona y Mongat.

La matrícula de automóviles alcanza en la actualidad el número 44.358; de entre ellos, hay 3.778 taxis de servicio público; 2.568 motociclistas, 1.345 bicicletas y 5.867 carros de tracción animal.



Calle del Obispo.

Las cifras anteriores pueden dar una idea del tráfico intenso de las calles de la ciudad, lo que ha hecho preciso y urgente su ordenación; y, en efecto, ésta se ha llevado a cabo estableciendo señales luminosas de los más perfectos sistemas, controladas mecánicamente.

INDUSTRIA.—La gran variedad de sus industrias hace imposible su enumeración; destacamos, no obstante, los grupos de las industrias textiles, metalúrgicas y químicas, algunas de ellas con fábricas en las que trabajan más de 2.000 obreros.

COMERCIO.—La importancia del mismo puede apreciarse en el examen de las cifras siguientes:

Comercio exterior por el puerto (datos del año último):

Total en pesetas: 980.040.000

(Importación, 792.273.000; y Exportación, 187.767.000)

Comercio interior o de cabotaje:

Total en pesetas: 682.879.000

(244.821.000 entradas y 438.058.000 salidas)

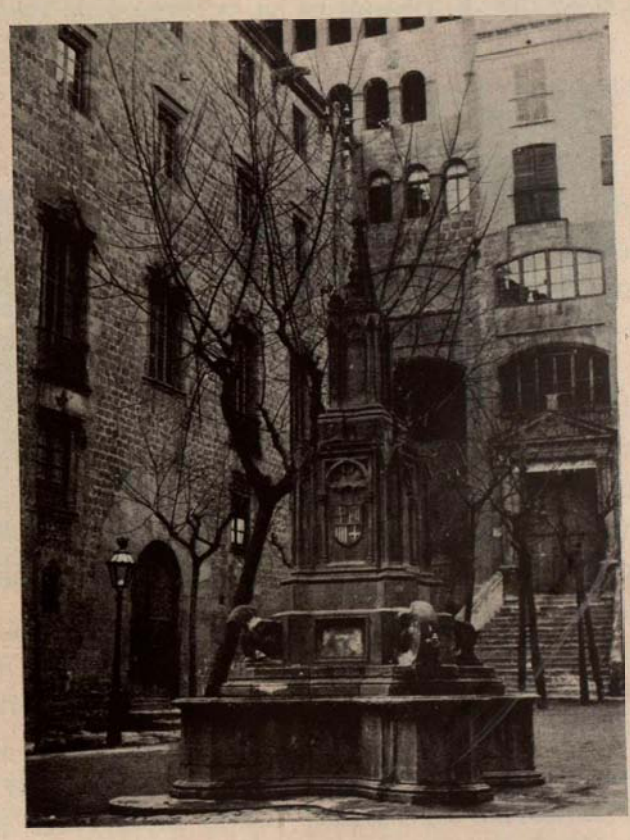
Total general en pesetas de ambos:

1.662.919.000

Las cifras indicadas expresan claramente las distintas modalidades características de su comercio: en el exterior, Barcelona es el puerto importador, y en el interior, al contrario, es el puerto exportador. Las mercancías entradas y salidas por ferrocarril suman 3.691.754 toneladas.

AHORRO.—Pueblo trabajador, con arraigadas costumbres de previsión y ahorro, al recobrar el equilibrio, gracias a la venturosa paz social imperante, ordena de nuevo su vida y despiertan en él los hábitos tradicionales, desviados y adormecidos por las contiendas pasadas; cubiertas sus necesidades, los modestos excedentes, que un esfuerzo continuado de trabajo le permiten, son llevadas a las instituciones de ahorro, siendo éste progresivo, como lo demuestran las siguientes cifras: en el año último, los imponentes ascendían a 513.422, cuyas cuentas pendientes importaban 532.123.145 pesetas; las cifras correspondientes y análogas del año 1923 eran 397.439 y 302.798.313, lo que representa un aumento, en números absolutos, de 115.983 imponentes y pesetas 229.324.832, cifra elocuentísima que realza por igual el precioso fruto de la paz y las admirables virtudes de las clases modestas de la ciudad. Dichas aportaciones constituyen en su mayor parte los capitales de las Cajas de Ahorros.

RETIRO OBRERO.—Sigue la



Fuente de la plaza del Rey.

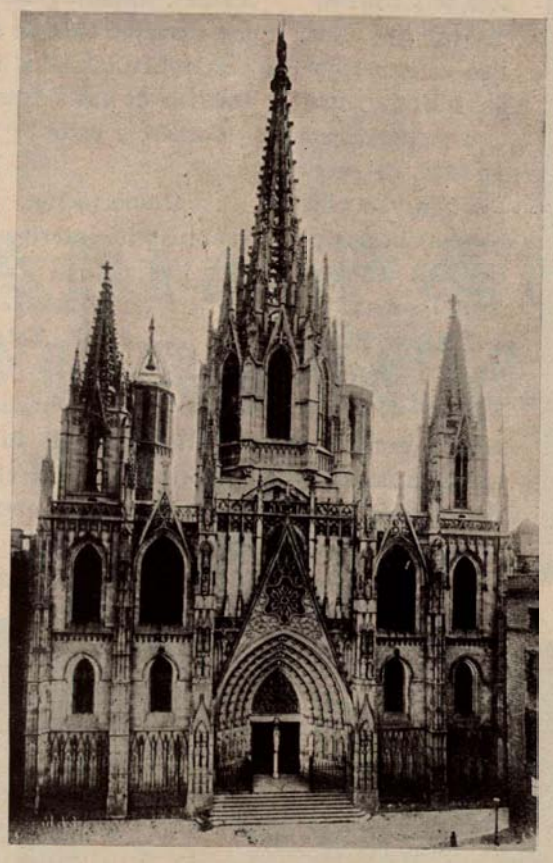
marcha ascendente (no desmentida en concepto alguno) la inscripción de patronos y obreros en el régimen de retiros, siendo los totales, respectivamente, de 22.618 y 534.404, alcanzando la recaudación hasta el año último la cantidad de 44.103.886 pesetas.

PARO FORZOSO.—Aunque difícil de registrar, de los datos publicados se deduce que no existe en la actualidad el problema pavoroso de algunas ciudades extranjeras. A ello ha contribuído en gran manera el Ayuntamiento con las grandes obras ejecutadas, que han facilitado trabajo a grandes contingentes de obreros de todas clases.

VIVIENDAS ECONÓMICAS. — El elemento encarecedor del presupuesto en las clases obreras y modestas es, sin duda alguna, la vivienda, problema de solución difícil por múltiples causas: encarecimiento de solares, absentismo rural, con la natural congestión de las grandes ciudades, etc., etc. Barcelona no podía ser una excepción, y no lo es, por desgracia, ya que, a pesar del incremento formidable de la edificación, no existen aún las viviendas a precios asequibles que se necesitan.

Por iniciativa particular, de Cooperativas e Instituciones sociales, se han construído unas 550 casas unifamiliares, acogidas al régimen de casas baratas. El esfuerzo es loable, pero insuficiente, y aunque el número de construcciones de este tipo se hubiera centuplicado, existía en la ciudad un problema que jamás había de resolverse por este procedimiento, y era el del hacinamiento en inmundas barracas de una población inmigrada en grandes masas y en su mayoría poco dispuestas a adaptarse a los medios ciudadanos e imposibilitada, además, de poder satisfacer alquileres si su cuantía no se reducía a límites modestísimos.

Para la resolución de problema tan urgente, el Estado creó el Patronato de la Habitación, que ha realizado una gran labor. En un año apenas se han derribado por las brigadas municipales más del 60 por 100 de las barracas existentes, y en el mismo tiempo se han construído más de 2.000 viviendas unifamiliares, formando cuatro grupos estratégicamente distribuídos en los extremos de la ciudad. En plan de ejecución el resto de esta humanitaria obra, es seguro que en brevísimo plazo habrá dejado de existir problema tan inquietante.



Fachada principal de la catedral.
(Fotos Hauser y Menet.)

VIDA ECONÓMICA Y FINANCIERA.—Sin pretender otra cosa que la enumeración de tema tan importante, consignaremos que cuenta Barcelona con una organización bancaria, constituída, aparte de la sucursal del Banco de España, por 20 Bancos nacionales y ocho extranjeros, además de buen número de Sociedades y banqueros particulares de menor importancia.

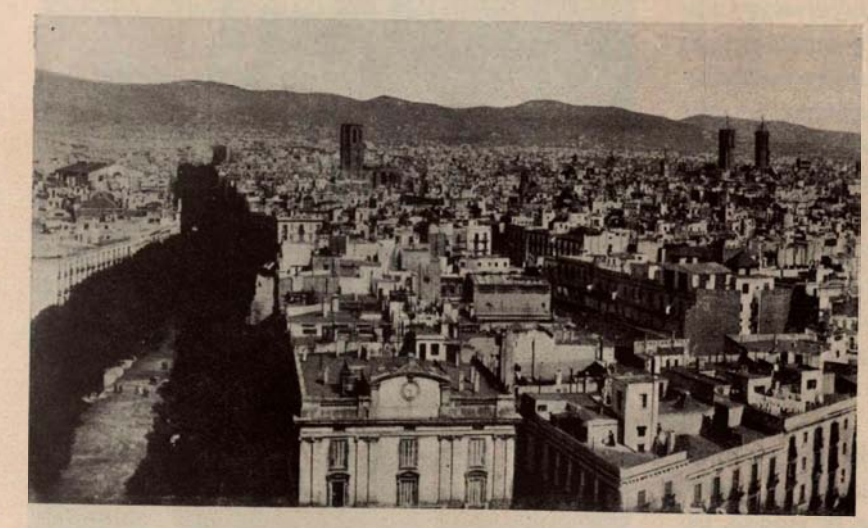
Los cobros y pagos formulados en la Cámara de Compensación Bancaria ascendieron a 16.000 millones de pesetas, y la contratación de valores en la Bolsa a 1.400 millones en números redondos.

HACIENDA MUNICIPAL. — La rigidez y austeridad con que ha procedido el actual Ayuntamiento le han producido un aumento desde el año 1923—sin haber creado impuesto alguno y aun rebajando otros, como el de inquilinato — en los ingresos en más de trece millones de pesetas, con los cuales y con las economías logradas por varios conceptos, especialmente por la revisión y anulación de lesivos contratos que existían, se ha podido normalizar la Hacienda municipal, permitiendo enfrentarse con el porvenir con toda confianza y optimismo.

Esta situación le ha permitido llevar a cabo, además de lo indicado anteriormente, por medio de organismos creados al efecto, la importante reforma del barrio de Atarazanas y la magna Exposición Internacional, que con tan grandioso éxito se celebra actualmente, obras que han de reportar a Barcelona tanto beneficio como gloria.

Esta es, a grandes rasgos, la Barcelona actual; mucho más podríamos decir; pero como nos impusimos la parquedad en las frases y sólo intentamos hacer resaltar los hechos más salientes, así lo cumplimos.

Barcelona ha dado un paso formidable hacia el progreso. Su pueblo, patriota, austero, honrado y trabajador, así lo ha reconocido en cuantas ocasiones se le han presentado, satisfecho de que el adelanto y prosperidad de su ciudad pueda servir de legítimo orgullo a su amada Patria española.



Vista parcial de Barcelona, desde el monumento a Colón.

Paseo de San Juan, Arco de Triunfo y Palacio de Justicia.

EL PUERTO FRANCO DE BARCELONA

CENTRO DISTRIBUIDOR DE LAS RIQUEZAS DE AMÉRICA

POR

FERNANDO ÁLVAREZ DE LA CAMPA

Comisario Regio del Puerto Franco de Barcelona

Al pie del monumento que la ciudad de Barcelona erigió al insigne navegante descubridor del Nuevo Mundo, el Consorcio del Puerto Franco ofrece al tráfico internacional grandes almacenes que ocupan una extensión aproximada de 60.000 metros cuadrados, donde esperan el momento propicio para ser lanzados a la circulación millares de mercancías que nutren el mercado español, pagando en el momento de su introducción en el país los derechos arancelarios, o son reexportadas a todo el sur de Europa, Oriente, norte de Africa y Portugal, después de sufrir transformaciones, de ser mezcladas, seleccionadas y en muchos casos adicionadas con productos españoles.

En una de las dársenas del puerto, frente a las puertas del Depósito Franco, los buques de gran tonelaje descargan café, cacao, azúcar, carnes congeladas, nitratos, caucho, algodón y otros mil productos que América envía a Europa.

Pero ese Depósito Franco, frente a cuyas puertas atracan actualmente los buques de gran tonelaje, ha de convertirse muy pronto en el Puerto Franco con su zona franca anexa que Barcelona construye, llamados a ser, con sus grandiosos almacenes de depósito y sección industrial, una verdadera Lonja de contratación de mercancías, frecuentada por los mercaderes del Mediterráneo.

El Consorcio del Puerto Franco, al desarrollar su vastísimo programa para ofrecer al comercio mundial el almacenamiento y libre tránsito de mercancías por vía terrestre y marítima, no ha podido olvidar a las Repúblicas americanas, que con su vitalidad y sus riquezas naturales están llamadas a influir extraordinariamente en la economía universal.

La futura zona franca ha de consolidar la corriente que hoy se destaca en el Depósito Franco de Barcelona. No cabe duda que será el centro distribuidor de los productos que América envía a los pueblos que baña el mar Mediterráneo.

El hispano-americanismo ha entrado en una fase práctica. El espíritu de América y el de España se confunden al propio tiempo que el intercambio mercantil se acentúa. Acaso no está lejano el día en que los pueblos de América y España formen una gran Confederación, dentro de la cual la ciudadanía, el ejercicio de las profesiones, los derechos civiles y políticos adquieran unidad. Entonces será el momento de pensar en modalidades aduaneras especiales y extraordinarias entre los pueblos de América y España.

Hoy los mares no separan a las naciones; muy al contrario, las acercan, puesto que son las inmensas rutas por donde circulan esos palacios flotantes que transportan centenares de pasajeros y miles de toneladas.

España, nación eminentemente marítima, mira la ruta del Atlántico como cosa propia; es el camino por donde volvieron ayer a la patria nuestros gloriosos navegantes, la senda por donde vienen a conocer la tierra de sus antepasados los grandes hombres de América, sus poetas, sus políticos ilustres y su pléyade de sabios.

Y no olvida tampoco nuestro país que van y vienen inmensas riquezas por esa misma ruta. Los navíos tienden en ella la inmensa hebra de plata con que el economista Säy unía fuertemente a los pueblos, y el Puerto Franco de Barcelona como punto de arribada de esos navíos, en el centro de una gran zona fabril, con

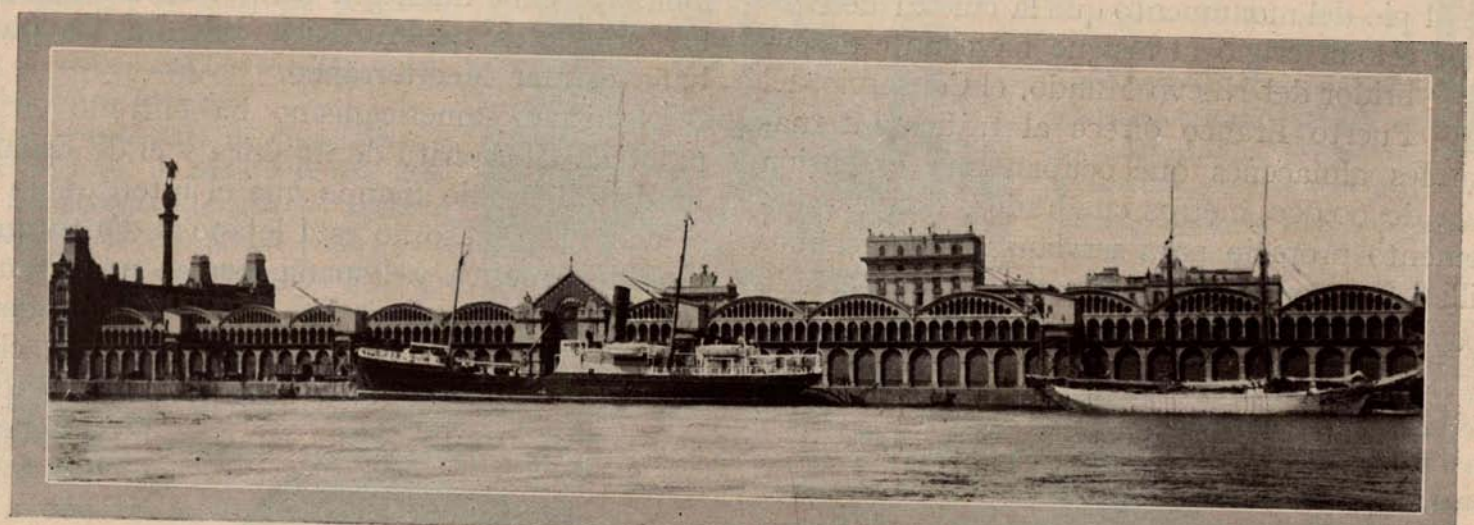
amplio «hinterland», está llamado a desempeñar en este intercambio una función principalísima.

Con razón se ha dicho que América disiente hoy de ciertas doctrinas egoístas y aisladoras. Sus naciones, pletóricas de vida, intensifican las relaciones comerciales con todos los países, tendiendo a una concepción más alta y espiritualista en consonancia con el progreso de la humanidad. El alma de Bolívar, con su amplitud de horizontes, ha triunfado contra tendencias exclusivistas.

Y dentro de esas corrientes expansivas, España es la nación llamada a desempeñar una misión importante, pues no en vano hay comunidad de costumbres, de lengua y de raza.

La construcción de la zona franca de Barcelona, que el Gobierno de S. M. impulsa de una manera franca y decidida, es un eslabón más en la cadena, y en breve podrá España ofrecer a los productores americanos grandes espacios para almacenar sus productos y distribuirlos, después de hacer las operaciones que demanden las necesidades de cada mercado.

La Exposición Ibero-Americana de Sevilla presenta hoy estrechamente unidos la ciencia, la riqueza y el arte de América, Portugal y España. El futuro Puerto Franco de Barcelona consolidará la unión económica de todos esos pueblos hermanos, que pueden formar con el tiempo la Liga mercantilista más poderosa que los siglos conocieron.



Vista parcial del actual Depósito Franco de Barcelona. Dominando sus grandes almacenes, la estatua de Colón señala el mar y recuerda a la inmensa urbe dónde está el secreto de su grandeza.

DOS VECES
INMORTAL
GERONA
1928
RUIZ

LA PROVINCIA DE GERONA

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA Y ADMINISTRATIVA

por

FEDERICO BASSOLS

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Invitado a colaborar, como presidente de la Diputación provincial, en el LIBRO DE ORO IBERO-AMERICANO, no he podido negarme a tan honroso encargo, porque con ello se me proporciona ocasión para afirmar una vez más la vitalidad de nuestra querida Patria, que marcha firmemente hacia la realización de sus destinos de pueblo que fué grande en el pasado y volverá a serlo en un porvenir próximo.

Uno de los elementos de esa vitalidad es, sin duda, el iberoamericanismo, que ha dejado de ser al fin un tópico retórico para convertirse en una espléndida realidad. Más de veinte naciones surgidas del impulso creador de España, que hablan y cultivan nuestro idioma, han sellado con su amor los vínculos espirituales que a la antigua metrópoli los unen; y ésta sigue atenta y solícita el desenvolvimiento de aquellos países, sus progresos, sus iniciativas y sus esfuerzos económicos y culturales.

España se siente grande y renovada y tiene plena conciencia de su misión a cumplir dentro de la superior comunidad de los pueblos civilizados, cuya convivencia ha de inspirarse siempre en razones de alto y depurado patriotismo.

Ante este resurgimiento de energías, cuantos amamos a España no podemos dejar de ser optimistas, y por ello, desde nuestra modesta esfera, colaboramos con entusiasmo en una obra cuya eficacia y trascendencia podrán apreciarse debidamente con toda imparcialidad, sin los apasionamientos actuales, a través de una perspectiva histórica.

Es cierto que nuestra colaboración tiene un área limitada; pero no por eso deja de ser beneficiosa: se ciñe nuestro cometido a una de las provincias más ricas e interesantes de España, como es la que se honra teniendo por capitalidad a la inmortal ciudad de Gerona.

Al norte de la región catalana se encuentra esta provincia, que constituye una de las cuatro de Cataluña, lindando con Francia, al pie de los Pirineos y con el mar Mediterráneo por el este, en una extensión de cerca de 160 kilómetros de costa, gran parte de ella de una belleza tan incomparable que muy difícilmente puede ser superada en parte alguna.

Habitan en esta provincia, de 5.885 kilómetros cuadrados, unos 325.000 habitantes.

El suelo es montañoso en general, llegando a encontrarse algunas alturas de 2.909 metros en el pico de Puigmal, y de 1.516 en el de Puig de Calm. En la cuenca de los valles del Ter y del Fluviá se encuentran llanos no muy extensos, que constituyen la comarca llamada la Perla de Cataluña: el Ampurdán.

La provincia está dividida en seis partidos judiciales, que son: el de la capital, La Bisbal, Figueras, Santa Coloma de Farnés, Olot y Puigcerdá.

La Diputación provincial se halla instalada en un edificio fundado en 1653 por los Carmelitas descalzos para iglesia y convento de Nuestra Señora del Carmen.

Entre las instituciones que esta Corporación tiene a su cargo figura el Museo provincial, instalado en los claustros de San Pedro de Galligans, en donde se conservan un sinnúmero de ejemplares de pintura, escultura, numismática, orfebrería y cuanto se relaciona con la historia artística y arqueológica de nuestra provincia.

La labor que venimos realizando, con una completa compenetración de miras para el bien público, todos los componentes de la Diputación gerundense, ha dado ya en poco tiempo óptimos frutos en orden a los importantísimos servicios de Sanidad, Beneficencia, Cultura y Obras públicas, especialmente en vías de comunicación; y esperamos poder completar nuestra obra, contribuyendo de esta suerte, modestamente, pero con entusiasmo, recta intención y elevación de miras, a la transformación que viene realizando el Gobierno de S. M. y a la grandeza consiguiente de la gloriosa España.

GERONA

por

CARLOS RAHOLA

La ciudad de Gerona es antiquísima, como lo demuestra el muro ciclópeo emplazado en el recinto de la Universidad medieval. Durante la dominación romana, la «parva Gerunda» de que habla el poeta Prudencio en su «Peristephanon» fué un «oppidum» o población fortificada, y sus habitantes gozaron del derecho de ciudadanía latina. En su parvo recinto implantaron los romanos, utilizando los elementos indígenas, sus instituciones sociales y jurídicas. Duunviros y ediles cuidarían de los negocios de la ciudad. En ese mismo solar resonaría la lengua inmortal del Lacio, madre de nuestros idiomas vernaculares. Aquí y allá se levantarían pequeños templos, donde se rendiría culto a los dioses de Roma.

Un día, algún hombre humilde, tal vez un pobre esclavo, un soldado o una cortesana, llegados a Gerona por la Vía Augusta, aludirían vagamente, con los labios temblorosos de emoción, a unas doctrinas «subversivas» predicadas en la Galilea lejana, entre gentes sencillas, aportando así la primera semilla de la religión que iba a destruir el Imperio y suscitando, como en otras ciudades de nuestra patria, la inefable inquietud de lo maravilloso.

La religión cristiana fué difundida en Gerona en el siglo III: así lo atestigua la legión luminosa de mártires que murieron en ella, bajo el imperio de Diocleciano, a principios del siglo IV, entre los cuales se destacan San Félix y San Narciso, Patrón de la ciudad.

Durante la dominación visigótica (siglos VI y VII), Gerona dependió, en lo civil y en lo eclesiástico, de la provincia Tarraconense; pero sus habitantes continuaron rigiéndose por las leyes romanas, hasta que todos quedaron sujetos al «Forum Judicum».

Dos años después de la derrota de los visigodos en la batalla del Guadalete (año 711), Gerona quedó sujeta a los moros o sarracenos, quienes la poseyeron durante gran parte del siglo VIII. Según una inscripción de la derruída iglesia de Santa Lucía, los dominadores respetaron el culto católico, previa imposición de un tributo a los fieles.

Desde el año 785, bajo el dominio de los francos, Gerona fué capital del condado, dependiente del reino de Aquitania, y continuó siendo cabeza de obispado hasta la subida de Don Alfonso I al solio de Aragón, en 1162. Terminado el período condal, la ciudad siguió rigiéndose en la misma forma, organizando su gobierno municipal, que subsistió, con pocas modificaciones, hasta el decreto de Nueva Planta, promulgado por Felipe V.

Bajo el reinado de Pedro el Grande, Gerona fué sitiada por el Rey de Francia Felipe el Atrevido, rindiéndose por hambre el 5 de septiembre de 1285; pero los franceses se vieron obligados a abandonarla por la propia causa el 25 de octubre siguiente. Una conocida tradición atribuye este hecho al milagro de las moscas de San Narciso.

Gerona tomó una parte muy activa en las luchas que siguieron a la muerte del Príncipe de Viana, refugiándose en la torre de Gironella la Reina Doña Juana Henríquez con su hijo el Infante Don Fernando, en 1462. En 1469 se rindió al duque de Lorena, y muerto éste, en 1471, la ciudad volvió a la obediencia de Don Juan II. En 1493 hicieron su entrada solemne en ella los Reyes Don Fernando y Doña Isabel la Católica, después de haber jurado sus privilegios y franquicias.

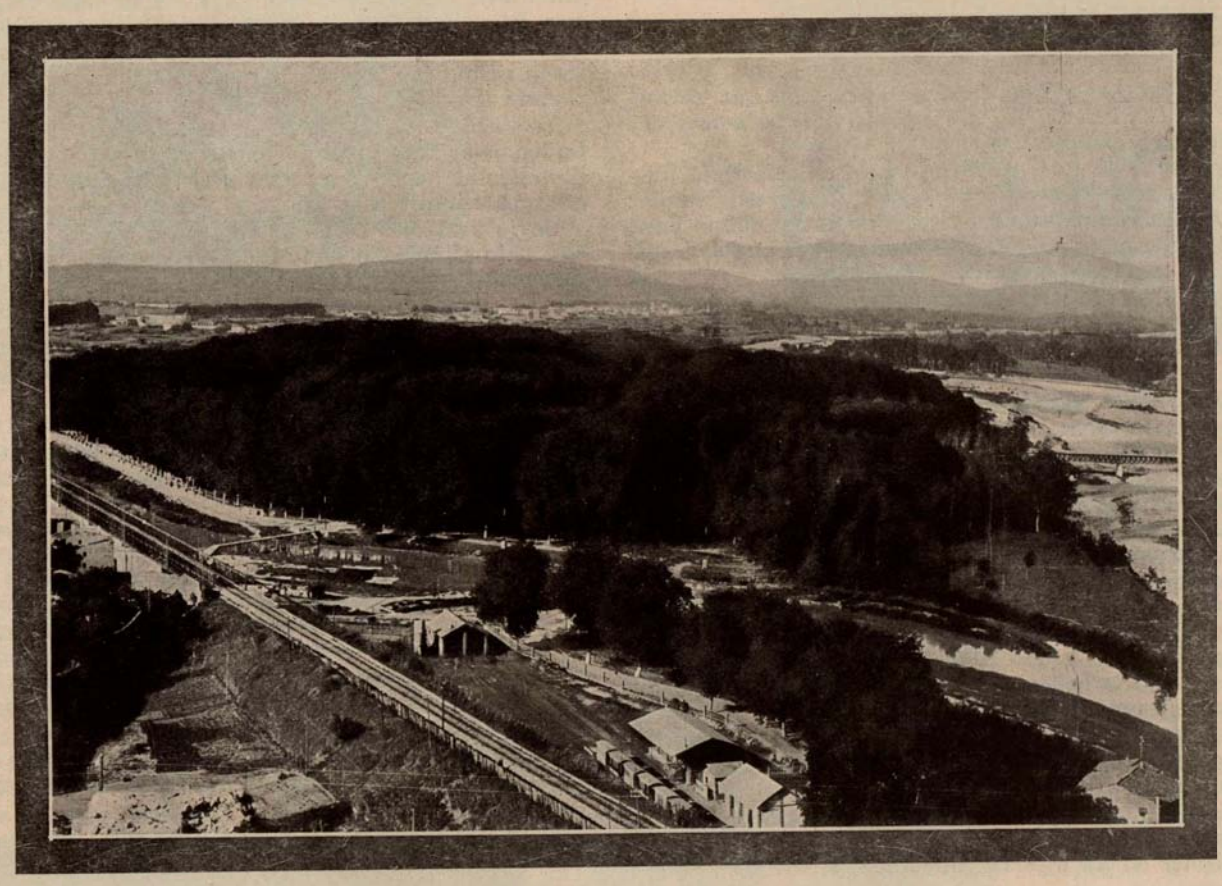
En las luchas del siglo XVIII, Gerona acató la autoridad del Rey de Francia Luis XIII, proclamado conde en Barcelona (1641). Su lugarteniente, el cardenal Mazarino, juró, en nombre del monarca, los fueros y privilegios de la ciudad. En 1652 se rindió a las tropas reales. Renovadas las hostilidades con Francia, después de haberse firmado la paz de los Pirineos en 1659, la ciudad rindióse, en 1694, al mariscal de Noailles.

Durante la guerra de Sucesión, Gerona siguió el partido del Archiduque de Austria, siendo nuevamente sitiada y tomada por el duque de Noailles.

Invadida la península en 1808 por los napoleónidas, el general Duhesme atacó la ciudad, siendo derrotado, y en 1809 los imperiales la sitiaron, viéndose obligada a capitular con todos los honores, después de la heroica resistencia que ha inmortalizado su nombre, el 10 de diciembre del propio año. Los franceses ocuparon Gerona hasta el mes de marzo de 1814, procurando reparar los males de la guerra e iniciando algunas reformas.

Cuando la invasión francesa del 1823, Gerona no opuso resistencia alguna a los cruzados del duque de Angulema; antes al contrario, agasajó al mariscal Moncey, que mandaba el cuarto Cuerpo de ejército.

Durante el siglo XIX, la inmortal ciudad sufrió otros sitios en las encarnadas luchas civiles, entre ellos el del general Prim, que la obligó a capitular, en 1843, coincidiendo este asedio con una terrible inundación que causó numerosas víctimas.



Parque de la Dehesa, en Gerona.

PRINCIPALES MONUMENTOS: LA CATEDRAL

Los monumentos más importantes de Gerona son la catedral, la ex colegiata de San Félix y la iglesia de San Pedro de Galligans. Los describiremos brevemente.

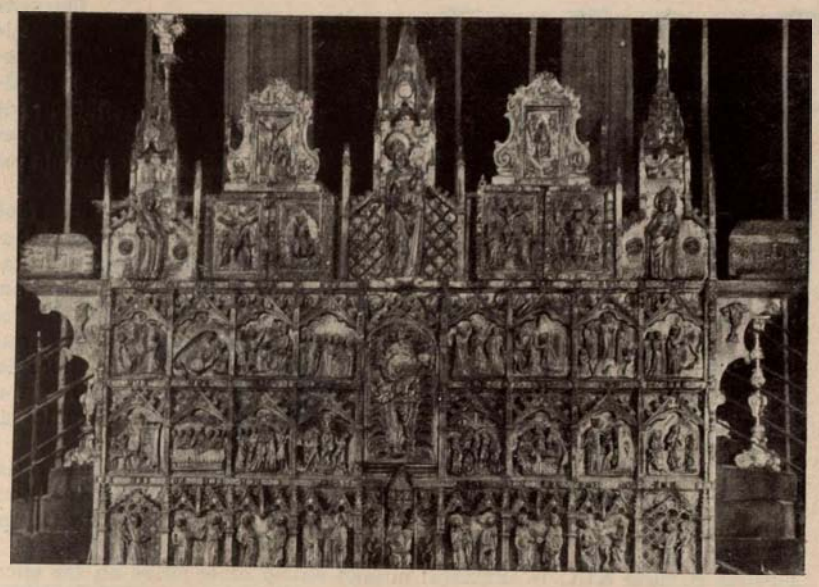
La catedral basílica de Santa María es maravillosa: un vago anhelo de lo suprasensible guió, sin duda, a los alarifes que la construyeron. Los hombres, apenas salidos de la pesadilla milenaria, se lanzaban a escalar el cielo. Todo el estilo gótico obedece a un poderoso anhelo de infinito. La pesadumbre del estilo románico desaparece; el arte gótico desenvuelve audazmente los elementos que viene a sustituir. Los arcos son más elegantes; los ventanales se abren en lo alto. La religión ha triunfado plenamente, y no son ya de temer las persecuciones de los césares. La austeridad de las primitivas iglesias es reemplazada por la suntuosidad. La luz penetra diluída en espléndidos colores en el templo; los altares son relucientes como ascuas de oro; los muros sombríos están florecidos de lindos rosetones.

Ostenta el gran templo gerundense el sello augusto de los siglos. Comenzado a principios del siglo XI, su fachada barroca fué terminada en el siglo XVIII. Poema de piedra compuesto por innúmeras generaciones, en el que siempre falta alguna estrofa o algún verso, quedó sin concluir.

En el año 1038 fué solemnemente consagrado el templo románico, del que queda en pie, adosada a la fábrica gótica, la alta torre de Carlomagno, así denominada por haberse atribuído, sin fundamento histórico, al gran Emperador la construcción de la catedral en el año 785, después de haber arrojado de Gerona a los sarracenos.

En los capiteles del claustro románico, construído en el siglo XII, abundan esas representaciones iconográficas, que, según el ilustre arquitecto Sr. Puig y Cadafalch, «eran como una predicación gráfica de los misterios de la fe para los iletrados... grandes lecciones petrificadas que el pueblo contemplaba mientras esperaba entrar en el sagrado del templo».

La construcción de la iglesia gótica, comenzada en 1316, originó un debate muy interesante para la historia de la arquitectura religiosa en la península. Terminado el presbiterio, el arquitecto Bofill, que dirigía las obras, levantó atrevidamente el arco primero de una sola nave. Como el Cabildo dudase de la solidez de la obra, convocó un Congreso de arquitectos, los cuales se dividieron en partidarios de tres naves y de una sola nave. Después de largos debates, prevaleció la segunda solución.



Retablo de plata del altar mayor de la catedral de Gerona

La catedral forma como dos templos unidos por tres arcos ojivales: uno, la gran nave, sostenido por diez columnas labradas en los muros, y otro, construído por tres naves separadas por doce columnas aisladas que cierran las bóvedas, rematando en semicírculo las dos naves laterales detrás del presbiterio. La perspectiva es grandiosa.

Además del altar mayor, que es un magnífico modelo de orfebrería medieval, algunas de las capillas son, por su suntuosidad, dignas del templo, sobresaliendo entre los sepulcros que en ellas se cobijan el del obispo Bernardo de Pau, de estilo gótico florido (siglo XV), rematado por una delicada ojiva entre dos agujas de crestería.

Ya que no por su fastuosidad, por la trágica leyenda que evoca, debe mencionarse también el sepulcro gótico colocado sobre la puerta de la sacristía, en el cual se guardan las cenizas del conde de Barcelona Ramón Berenguer II, «Cap d'Estopes», asesinado el día 6 de diciembre de 1082 por su hermano Berenguer Ramón II, o por sus secuaces, en una cacería. Frente a frente, al otro lado de la gran nave, se halla el sepulcro de Mahalta, esposa del desventurado conde.

El arte gótico que hemos admirado en el interior del templo se revela también con sus más finas plasticidades en la puerta llamada de los Apóstoles, donde llaman singularmente la atención las afiligranadas ménsulas que sirven de pedestal a las estatuas de los Santos evangelistas. Contrasta esta puerta con la fachada principal, de estilo barroco, con tres cuerpos superpuestos, en la que se destacan las estatuas de la Fe, la Esperanza y la Caridad. A cada lado de la fachada debía levantarse una torre de campanas y no se construyó más que una. Nada perdió con ello el arte, por tratarse de un cuerpo que no corresponde a la belleza ni a la majestad del templo.

Una escalinata ingente se desenvuelve hasta el fondo de una plazoleta solitaria, donde se levanta la noble Casa de Pastors, convertida en Palacio de Justicia, en una de cuyas habitaciones se alojó el general Álvarez de Castro durante el memorable sitio de 1809.

Desde aquella cumbre de piedra, el viajero, atento al prestigio de las cosas que fueron, sentirá palpitar el alma épica de Gerona y comprenderá el heroísmo de sus combatientes en los diversos sitios que ha sufrido la gloriosa ciudad.

LA EX COLEGIATA DE SAN FÉLIX

Se levanta este templo en el mismo sitio donde se hallaba emplazado antiguamente el cementerio cristiano, a extramuros de la ciudad romana. Construída a través de vicisitudes y peligros sin cuento, a menudo bajo la amenaza de la guerra, todos los estilos se yuxtaponen en esta iglesia.

El primitivo templo era románico, y la parte inferior conserva este carácter. Contrasta la elevada nave central con las laterales, casi la mitad más bajas.

Son muy notables el altar mayor, gótico, con un espléndido retablo que representa escenas de la vida y martirio del Santo titular, y el sepulcro ojival colocado en el altar de Santa Afra, que desde el año 1328 había guardado las reliquias de San Narciso. Sobre el sepulcro se halla esculpida la estatua yacente del pastor de la ciudad, vestido de pontifical, las manos cruzadas sobre el pecho y sosteniendo el báculo.

El claustro de San Félix fué demolido en 1378 por necesidades bélicas, y en el mismo lugar se construyó la capilla de San Narciso, a fines del siglo XVIII. «Todo en ella—ha escrito Pablo Piferrer, el arqueólogo poeta—respira riqueza, y el conjunto de tantos relieves, trabajadas pilastras y arabescos, produce un efecto imponente y majestuoso, que armoniza perfectamente con la celebridad y general devoción de que goza el Santo mártir cuyos sagrados restos allí reposan.»

En la propia capilla, a la derecha, fué erigido el severo mausoleo al general Álvarez de Castro, en cuya parte posterior hay una bella estatua de mármol blanco que simboliza la ciudad de los sitios, ceñida la corona mural y ofrendando el laurel de la inmortalidad al héroe. A la izquierda se levanta el monumento funerario a las mujeres de la Compañía de Santa Bárbara, que tanto se distinguieron en el sitio de 1809 y a cuyo valor y espíritu de sacrificio rindieron homenaje los mismos enemigos, entre ellos el general Gouvion Saint-Cyr, que dirigió las operaciones, y el historiador Vacani.

La fachada de la ex colegiata es grecorromana, del siglo XVII, y consta de dos cuerpos, con cuatro columnas cada uno y algunas hornacinas sin estatuas; otras dos puertas, góticas, una de ellas con pequeñas columnas bellamente labradas, dan entrada al templo.

El campanario gótico, construído sobre una torre octógona, más alta que la bóveda, con sus ocho agujas afiligranadas que coronan la del centro, es visible de todas partes y da una fisonomía propia a la ciudad. «Bello, airoso y atrevido—dice el citado Piferrer—, descuella sobre toda la ciudad, por encima de la cual levanta altísima su frente, que ciñe poética corona de niebla.»

LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE GALLIGANS

Se halla situada esta iglesia entre la montaña de Montjuich y la cuesta donde se levanta la catedral, y está tan contigua a la muralla que, en épocas de guerra, su campanario octogonal ha servido también de torre de defensa y de tránsito. Su fachada es muy severa. Las cimbras de su portada están llenas de esculturas con animales, follajes y estrellas. Encima de la puerta se abre un gran rosetón.

El templo es de tres naves, a las que corresponden sendas torres semicirculares, bajo cuyos remates corre una cinta de prismas de piedra basáltica. El claustro, uno de los más interesantes que nos legó el arte románico, es rectangular, con bellas columnas pareadas. Los capiteles, en los que aparecen esculpidos innúmeros motivos del Evangelio, ofrecen una verdadera riqueza monumental.

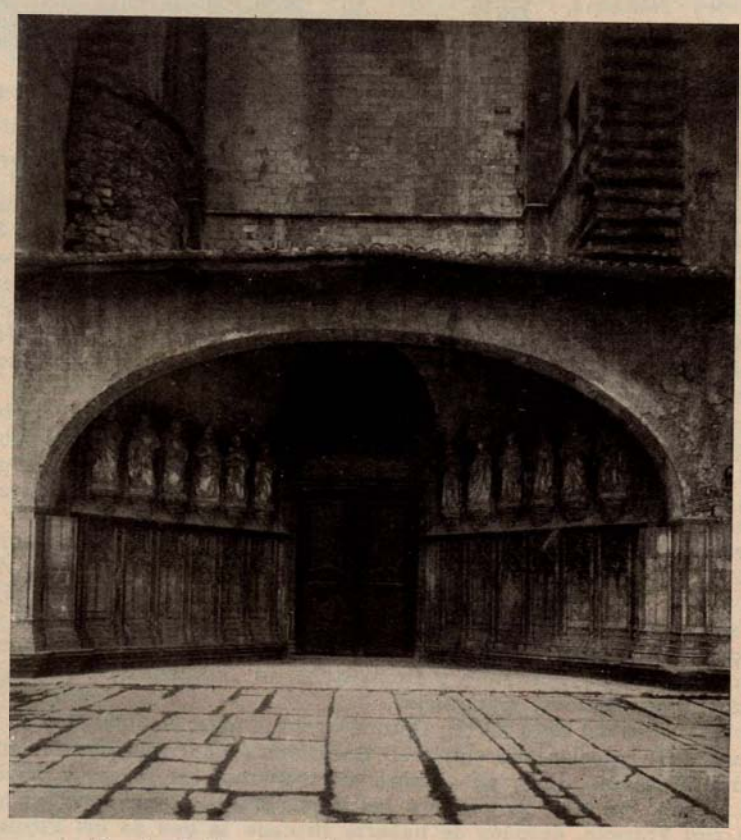
También se ha atribuído la fundación del monasterio de San Pedro de Galligans al Emperador Carlomagno, en el año 778; pero la primera noticia documental que de él tenemos es del año 992. Las guerras causaron grandes estragos en esta casa religiosa, destruyendo su archivo.

Desde mediados del siglo pasado, el claustro de San Pedro de Galligans está bajo el cuidado de la Comisión provincial de Monumentos, que lo ha convertido en Museo arqueológico.

LAS VIEJAS PIEDRAS

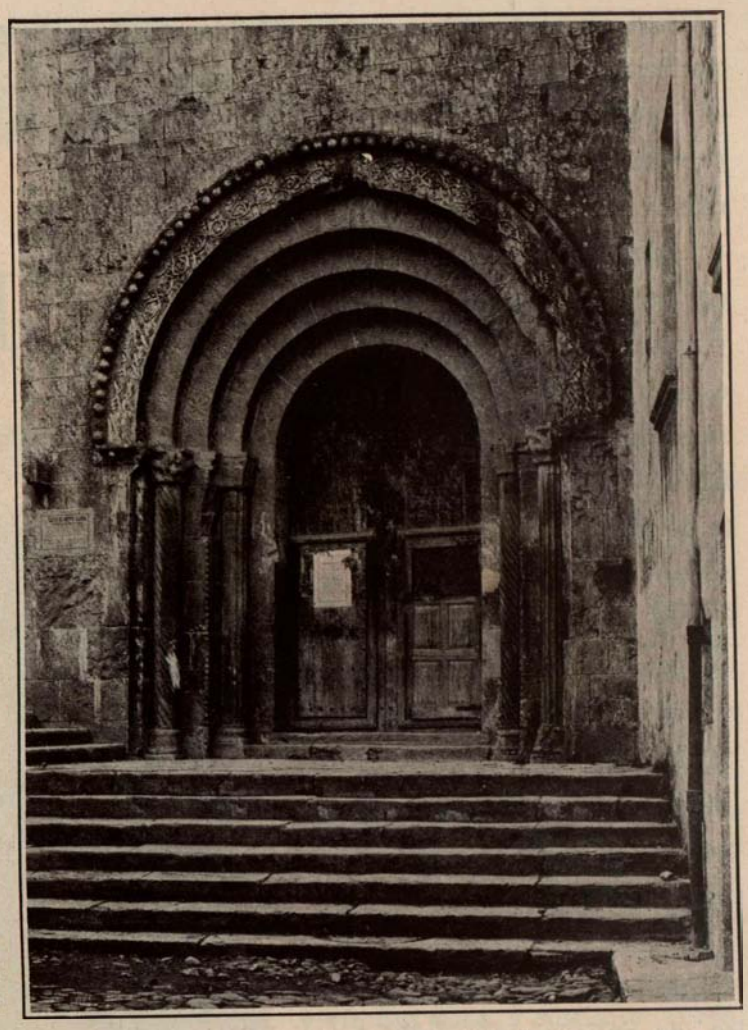
Estos son los tres monumentos más venerables de Gerona y aquellos a los cuales más vinculada está su historia; pero la imaginación evoca otros aspectos arquitectónicos de la ciudad ducal, solar glorioso y cuna de hombres ilustres.

El viajero espiritual admirará también el muro ciclópeo, primitivo núcleo tal vez de la ciudad, cuyos rudos constructores desconocidos procedían de lejanos países y aportaban la primera semilla de la civilización; los sarcófagos romanos y cristianos de la iglesia de San Félix, evocadores de uno de los momentos más trascendentales para la Humanidad, ya que mientras en aquéllos el artista esculpe una leyenda de la antigüedad clásica y una formidable lucha entre hombres y fieras, comienza a cincelar en los otros, con mano enfervorizada, motivos bíblicos; las lápidas dedicadas a personajes eminentes de la Roma augusta, como Sabina, esposa del Emperador Gordiano III, «el Piadoso», y su hijo el César Marco Julio Felipe; los llamados Baños Árabes, situados en el convento de Capuchinas, que han inspi-



Puerta de los Apóstoles, en la catedral de Gerona.

Cúpula de los llamados Baños Árabes, en el convento de Capuchinas, en Gerona.



Puerta de la iglesia de San Pedro de Galligans

rado bellas páginas a los escritores que, como el gran Pi y Margall, han podido visitarlos, a pesar de la clausura rigurosísima, y que pronto podrán ser visitados libremente, por haberlos exclaustrado y restaurado la Diputación provincial; la primorosa capilla románica de San Nicolás, de admirables proporciones, convertida hace años, para vergüenza de la ciudad, en fábrica de aserrar maderas; la torre de Gironella, «cárcel de reyes, refugio de judíos perseguidos, palacio de obispos soldados, orgullo de una ciudadanía generosa y batalladora»; el castillo de Montjuich, con la profunda brecha que en él abrieron los franceses, grande y majestuoso en su desolación; la fachada grecorromana de San Martín, con el Santo caballero que da la mitad de su capa al pobre; la iglesia gótica del convento de Santo Domingo—convertida en cuartel de Infantería—fundado por fray Berenguer de Castellbisbal, prelado gerundense, a quien Don Jaime el Conquistador impuso atroz castigo; casas próceres como la de los señores de Carles, en las que se alojaron mariscales españoles y franceses, Reyes y Príncipes...

En cada piedra de esos monumentos leeríamos una efemérides, una piadosa tradición, una leyenda impregnada de poesía.

Campanario de la ex colegiata de San Félix
(Fotos A. Mas)

Esas viejas piedras de Gerona hablan un lenguaje misterioso y dicen muchas cosas al que sabe interpretarlo. Ellas nos hablan de una ciudad que se ha distinguido en la paz y en la guerra, que ha trabajado y ha luchado con heroísmo, que ha sido sitiada por las razas más diversas y conserva de cada acometida una cicatriz gloriosa. Ellas nos hablan de épocas de tolerancia y de paz, de las Cortes y Concilios celebrados en su recinto augusto, de las instituciones de cultura fundadas por sus hijos y protegidas por sus Reyes. Ellas nos hablan también de tristes acontecimientos que empañaron la gloria de la ciudad, como los bárbaros asesinatos de los judíos que dieron renombre universal a su ilustre aljama.

Nosotros, después de haber escuchado atentamente la voz del pasado, a través de esas piedras en las que los siglos han puesto su pátina protectora de la muerte, evocamos un porvenir de grandeza y de paz que las actuales generaciones deben preparar y cuyos signos se advierten ya en el crecimiento actual de la ciudad, en la que es de desear que los nuevos constructores sepan inspirarse en las normas de los antiguos artífices de la Gerona monumental, que constituye, a no dudarlo, uno de nuestros más legítimos timbres de orgullo.

LÉRIDA

Esta provincia, de 12.150,79 kilómetros cuadrados de superficie, es la más extensa de Cataluña. Tiene mucha importancia agrícola, y la fertilidad de su suelo es proverbial; produce en gran cantidad cereales, cáñamo, lino, aceites, vinos y frutas.

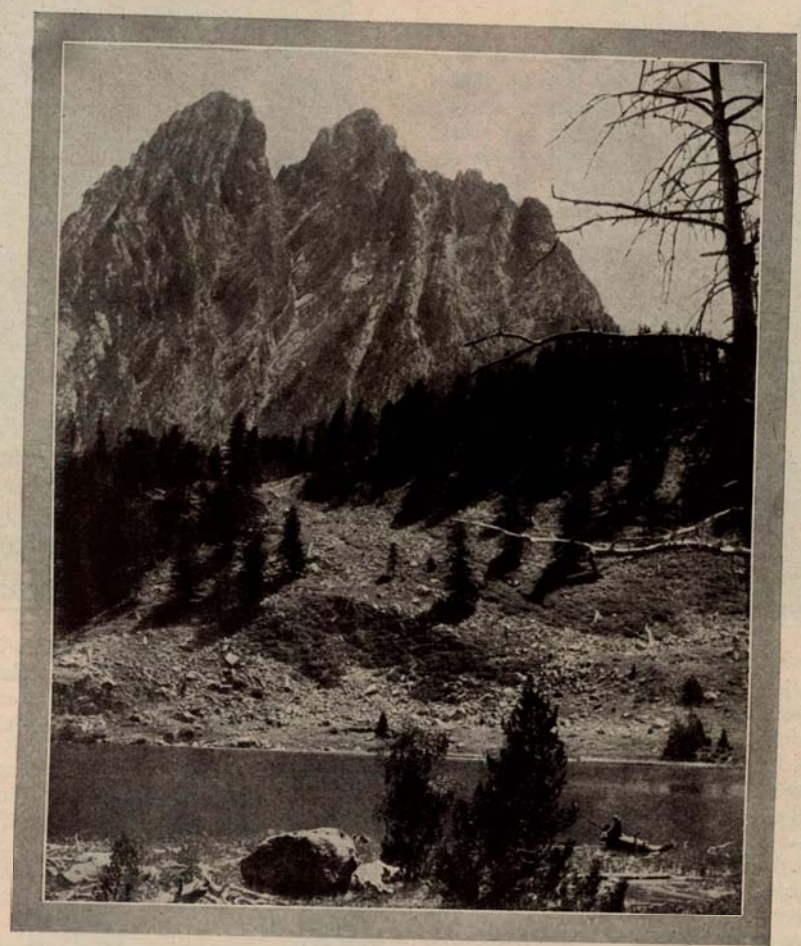
Industrialmente posee fábricas de curtidos, chocolates, licores y aguardientes, tejidos, etc. En esta provincia radica el famoso salto de agua de los «Riegos del Ebro», que es el más importante de Europa; tiene una altura de 47 metros, y produce una fuerza de 80.000 caballos, constituyendo una de las más admirables obras de la ingeniería moderna.

Conserva notables monumentos artísticos de carácter románico, árabe y gótico.

Posee abundantes manantiales de aguas minero-medicinales, de aplicaciones múltiples y notables propiedades curativas.

El continuo mejoramiento de sus vías de comunicación hace cada día más accesible la visita al maravilloso Valle de Arán, con tanta propiedad llamado la Suiza española.

También posee canteras de mármol de bastante importancia.



Sierra del Espot, «Los encantats» y el lago de San Mauricio. (Foto L. Nueda).

La ganadería, especialmente vacuna, cabría y lanar, ofrece una magnífica calidad dentro de su importancia.

La visita a esta región tiene incomparables encantos, y su porvenir turístico, sobre todo en verano, es muy grande, tanto por lo grato de su clima en dicha época como por la belleza de sus paisajes.

La capital, LÉRIDA, presenta al viajero, destacándose, la altivez de la catedral antigua, joya maravillosa del siglo XIII, en la que se reúnen los estilos bizantino, árabe y el gótico puro. Este monumento es, sin duda, la más preciada joya de la ciudad.

El resto de la población ofrece, aun hoy, que va imperando la cualidad de urbanización moderna, el aspecto un poco desordenado en que parecen subsistir las civilizaciones de los distintos pueblos que la dominaron, ya que ha sufrido invasiones de romanos y cartagineses, de los godos, de los Reyes de Aragón, del Emperador Ludovico y de los condes de Barcelona. Por último, en 1808, supo esta ciudad, en la que se estableció la Junta Suprema de Cataluña, organizadora del movimiento contra Napoleón, escribir una bella página en la Historia, al defenderse heroicamente de las tropas del mariscal Suchet, que la tomó y saqueó.

Entre los monumentos cuya visita recomendamos están las murallas romanas; los restos de la Azuda árabe y las ruinas del monasterio de San Rufo, así como la iglesia de San Lorenzo, el hospital de Santa María, el Museo de Arte y el Arqueológico.

Las principales localidades de la provincia son: BALAGUER, en cuya iglesia de Nuestra Señora de Almatá, edificada en la época goda, se guarda con religioso cuidado el famoso Santo Cristo de Balaguer; TREMP, de importante producción vinícola; SORT, notable por el mármol de sus canteras; CERVERA, bellísima población; BORJAS BLANCAS, SEO DE URGEL, pintoresca ciudad, cuya catedral y fortalezas merecen visitarse; SOLSONA, de interés artístico, y VIELLA, situada en el Valle de Arán, cuya privilegiada situación ofrece, como ya hemos dicho antes, amplio campo de riqueza turística.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CIGARETTES LAURENS

TARRAGONA

POR EL

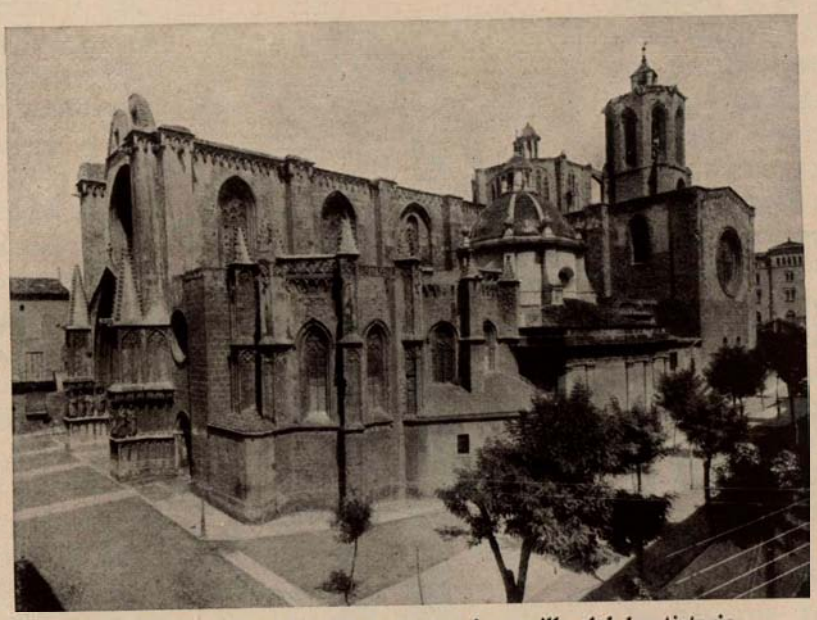
PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

La campiña en que se halla situada Tarragona, frente al Mediterráneo, da grata sensación de bienestar y alegría. El naranjo, el limonero y el avellano alternan con la vid y el olivo en este rico campo tarraconense, fertilizado por las aguas del Francolí y el Gayá. El clima es templado y suave.

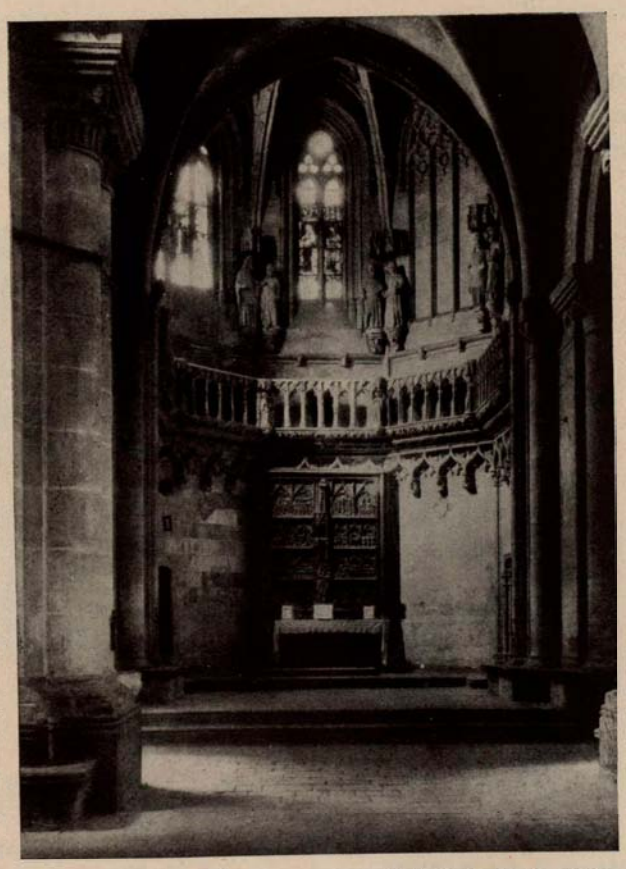
La ciudad antigua se halla en un alto. A sus pies, por el lado del mar, el puerto, y dominando toda la costa, el «balcón del Mediterráneo», punto final de un bulevar. La alegre y simpática ciudad conserva aún recuerdos valiosos de toda su historia en monumentos y rincones típicos, y es frecuente ver en las fachadas de las casas de la parte antigua lápidas con inscripciones latinas, recuerdo de la dominación romana, en la que tan alto papel jugó esta ciudad, cabeza de la Tarraconense. Las antiguas murallas que circundaban el primitivo recinto tienen sobre la llanura, siempre verde, de Tarragona puntos magníficos de visita.

El origen de la ciudad se hunde en los tiempos prehistóricos. Lo más antiguo conservado es, desde luego, anterromano, con grandes murallas de gigantescas piedras sin tallar. El texto de un antiquísimo viaje griego, quizás del siglo VI antes de Cristo, nos habla de una población que ellos llamaban Calliolis, la bella ciudad, y cuya identificación parece ser la de Tarragona. Pronto entraron aquéllos en tratos con los indígenas y aun se cree que parte, aunque muy pequeña, de de las murallas son obra griega.

A Tarragona le cabe la gloria de ser la puerta por donde entró la civilización latina en nuestra Península. Las guerras entre cartagineses y romanos dieron origen a la invasión de España por tropas romanas mandadas por el gran Escipión en 218 a. d. C. En poco tiempo desalojaron de cartagineses la Península y comenzaron su obra de conquista y asimilición. Tarragona fué la primera en romanizarse. César la honró con el nombre de su estirpe, la célebre estirpe Julia, que tantas glorias dió a Roma: «Colonia Julia Victrix, Triumphalis Tarraco» se llamaba en el siglo I. Su importancia en la vida de la Península la convirtió en sede temporal de algunos emperadores. Augusto vivió dos años, y Adriano, el emperador viajero, residió en Tarragona algún tiempo, durante el cual un atentado estuvo a punto de quitarle la vida. De todo el valor que para su tiempo tuvo dan cuenta los restos romanos y cristianos primitivos, siendo hoy, con Mérida, la que más restos conserva de la dominación. Fué cabeza de la Tarraconense, a la que dió nombre, alcanzando su apogeo en el siglo II, en el que llegó a contar con más de 30.000 habitantes. El historiador romano Pomponio Mela la llamó «Urbs opulentissima». La ciudad llegó a rebasar su recinto y empezó a extenderse en el llano.



Fachada lateral de la catedral, con la capilla del baptisterio.



Capilla de Santa María, en la catedral de Tarragona.

Con la ruina del imperio romano pierde Tarragona su importancia capital en la Península. Toledo fué su heredera. Sucesivamente cayó en manos de visigodos y árabes. Nada importante queda de aquellos primeros siglos de la Edad Media, si exceptuamos un arco de ventana de una antigua mezquita árabe, hoy en el claustro de la catedral. Había de ser conquistada por el obispo de Barcelona San Olegario, a principios del siglo XII, para que una segunda serie de grandezas se inaugurara para Tarragona. Entonces se empezó su catedral, que había de ser tesoro de la ciudad.

De los grandiosos monumentos romanos no quedan más que restos que no bastan, con ser numerosos, a dar

SOCIEDAD ELECTRO QUÍMICA DE FLIX

FLIX (Prov. Tarragona)

idea de su pretérita grandiosidad. Tuvo dos importantes templos: uno dedicado a Augusto divinizado, y otro levantado en honor de una extraña divinidad oriunda en parte de las riberas del Nilo: Júpiter-Ammón. Se alza en lo alto de la colina, en el lugar que hoy ocupa la catedral, construída con sillares romanos. La gigantesca escalinata de la catedral es la que por la «Vía Triumphalis» (calle Mayor hoy) daba acceso al templo romano en los primeros siglos de nuestra era. Del resto de las construcciones algo queda aún con qué darse una idea más exacta.

Sepulcro de mármol encontrado en las excavaciones de la capital.

Las «murallas» romanas de Tarragona fueron levantadas en el siglo III a. d. C. sobre las ya antiguas y colosales de los primeros habitantes, construídas con enormes piedras. De ellas quedan restos bajo las murallas romanas, y aun pueden verse algunas puertas de estas primitivas defensas, como la llamada del Rosario. Miden en total un kilómetro y medio de longitud. En la obra romana, que es casi la totalidad de lo conservado, vense aún las marcas de los canteros iberos utilizados en su construcción, escritas en letras de su alfabeto.

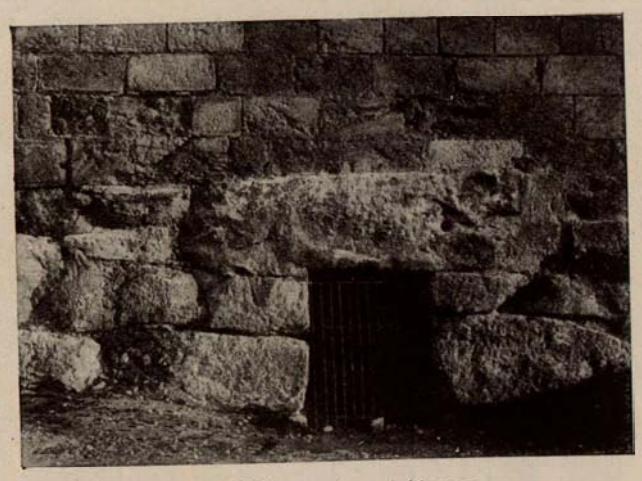
«La torre llamada de Pilatos» por una curiosa leyenda popular que la relaciona con el personaje de los Evangelios, es propiamente el «Praetorium consulare». Llámasele también «palacio de Augusto». Es resto de una construcción mucho mayor, de planta cuadrada o rectangular, en cuyas cuatro esquinas debían alzarse torres como la conservada. Es de sillares bien labrados.

Del «Foro» queda poco: un arco y un lienzo de pared en la plaza del Pallol. En él tenía afluencia toda la vida política y económica de la ciudad y comunicaba por cuatro vías de ángulo recto con el resto de la población.

Lampadéforo del Museo Arqueológico.

Del «Anfiteatro» quedan unas escalinatas tan sólo; lo mismo que del «Teatro», cuyas graderías se apoyaban en la falda de la colina por la parte que daba al mar. Algo más queda del «Circo», al que tan aficionados eran los romanos: unas bóvedas subterráneas. Otros restos interesantes se han hallado en la parte baja de la ciudad. Puede tratarse de un Foro bajo, necesario a la vida pujante de la Tarragona del siglo II.

Fuera de la ciudad hay otros monumentos romanos de gran importancia y mejor conservados que los de la población, como el «Acueducto» de las Ferreras (a cuatro kilómetros). Mide 217 metros de longitud y hasta 24 de altura en el punto en que la doble arquería de sillares tiene que salvar una gran depresión. Llevaba el agua del Gayá a la ciudad para abastecer sus termas. En sus cercanías aun se conservan restos de la gran presa. El vulgo junta al nombre del «Puente del Diablo» una curiosa leyenda, en la que un emisario del infierno hizo de arquitecto.



Una de la puertas ciclópeas.
(Fotos A. Mas.)

En la carretera de Barcelona, y a seis kilómetros de Tarragona, se ve el llamado «Sepulcro o Torre de los Escipiones». Se trata, en efecto, de un sepulcro, pero no de los Escipiones. Es obra muy posterior, de planta cuadrada y tres cuerpos, con dos curiosas figuras esculpidas en sus sillares. Bastante más lejos de Tarragona, a 26 kilómetros, el magnífico «Arco de Bará», levantado en señal de paz entre dos tribus vecinas o como límite entre ellas. Es, sin duda, el más bello de los arcos romanos conservados en la Península. Su único arco esbelto se alza flanqueado por cuatro pilastras acanaladas. La inscripción dice haber sido levantado por Lucio Licinio Sura, influyente español en Roma e íntimo amigo de Trajano. Es, pues, obra del siglo II d. d. C. Bajo su elegante arco pasa hoy, muy cerca del mar, la carretera a Barcelona.

El «Museo» es casi todo él de cosas romanas halladas en la región. Por la importancia de sus objetos es uno de los mejores de España en su género. Conserva restos decorativos de los destruídos templos de Júpiter-Ammón y de Augusto, así como esculturas de gran interés. Destacan entre ellos varios retratos de emperadores romanos; una imagen preciosa, mutilada, de Flora, la diosa de los frutos; una Venus del tipo gnidiano de Praxiteles, y un Hermes escanciador, trasunto de un perdido original griego del escultor antes citado. Pero la más encantadora entre todas las figuras es la del broncíneo lampadéforo, un muchachillo etíope sosteniendo una lámpara de medio metro de alto, obra del mejor tiempo romano. También es importante el sarcófago pagano de Proserpina. En el vestíbulo, la gran alegoría del «Héroe Tarraco», obra magistral del gran escultor contemporáneo, ya muerto, Julio Antonio.

«Museo de la Tabacalera». Con motivo de la construcción de una Fábrica de Tabacos en las afueras, se halló un rico cementerio cristiano que ha dado gran cantidad de sarcófagos y lápidas y una interesante construcción funeraria. Con todo ello se ha formado un museo en la misma fábrica, modelo de clasificación y conservación y único en España en esta materia.

La Edad Media puede simbolizarse para Tarragona en su catedral, levantada en lo alto de la ciudad, en el mismo lugar donde en los primeros siglos de la era estuvo el templo de Júpiter-Ammón. El edificio actual empezóse ya en época románica. Su mocha fachada gótica, con un gran óculo y una enorme portada, es ya de fines del siglo XIII. Destaca en su parte baja una serie de apóstoles y profetas, esculpidos unos (los más esbeltos) por el maestro Bartolomé, en 1278, y los otros, toscos y cabezudos, por el escultor Castayls, un siglo después. En el lado derecho de la fachada y sobre una puerta románica, un sarcófago paleo-cristiano empotrado en su muro.

El interior es de tres majestuosas naves góticas, frecuentemente decoradas con valiosos tapices, de los que la catedral guarda una buena colección. En su cabecera, en el altar mayor, una joya de arte gótico: su retablo. Fué esculpido desde 1426 por Valfogona y continuado por Guillem de Motta. La prede-

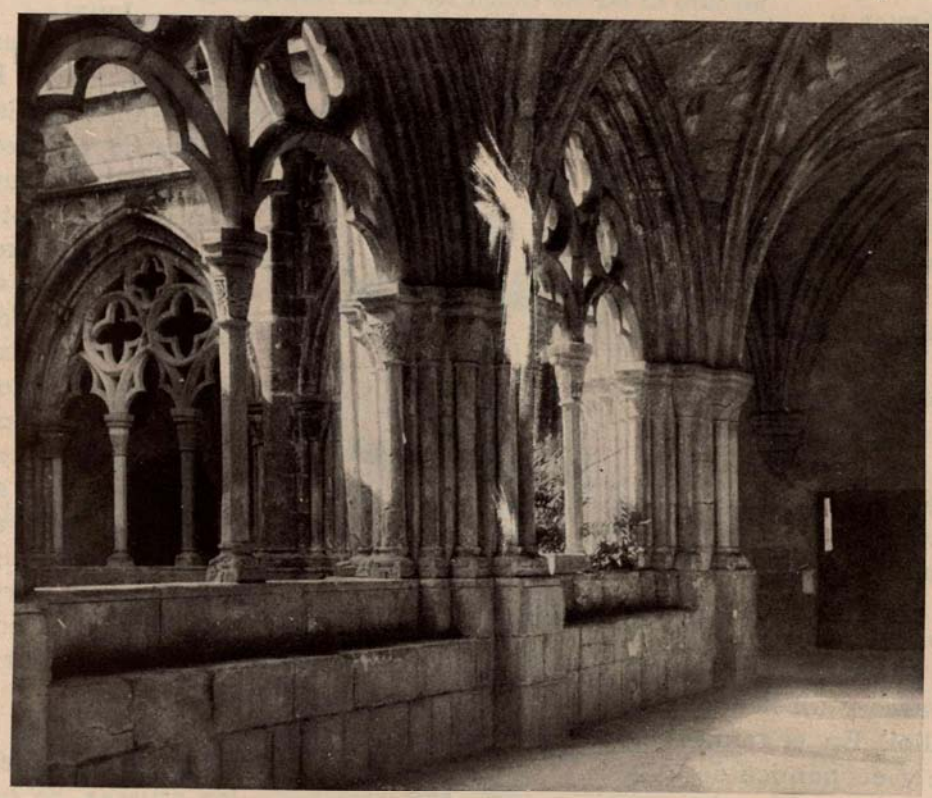
la, en alabastro, es obra llena de encantos, donde la mano del escultor catalán Pere Johan de Valfogona produjo, al tiempo que su última obra, la más fina y bella entre todas las suyas y las de su tiempo. Bien dijo un crítico extranjero que «su fantasía no halla pareja, durante los comienzos del siglo XV, ni en Flandes ni en Italia, ni encuentra equivalente más que en las alucinaciones realistas del lejano Oriente» (Bertaux).

Muy cerca de él, en la capilla del lado del Evangelio, el importante retablo del gremio de los sastres, de mediados del siglo XIV y obra del maestro Aloy. Además, es preciso citar el sepulcro del arzobispo D. Juan de Aragón, obra de mediados del siglo XIV, y entre las capillas la de Santa Bárbara (gótico florido), de Santos Cosme y Damián (renacimiento) y la gran capilla del Sacramento, obra ya neoclásica (siglo XVIII).

El claustro es interesante por sus capiteles y ábacos esculpidos, y por la Virgen del mainel de la puerta de entrada. La torre es atalaya de la ciudad. Desde ella, en días despejados, se puede ver hacia el sureste las Baleares, y por el lado de tierra, el hermoso campo de Tarragona.

Las fiestas locales más celebradas son las de Santa Tecla, Patrona de la ciudad, en el mes de septiembre, y la de San Magín, en agosto.

Son importantes y dignos de excursión especial los Monasterios de Poblet y Santas Creus, en el interior de la provincia, y yendo hacia Barcelona, la costa de Garraf, espléndida visión de tierra y mar.



Claustro, en el Monasterio del Poblet.
(Foto L. Nueda.)

REUS.—Esta importante ciudad de la región catalana tiene más de 30.000 habitantes; su industria fabril y su producción agrícola alcanzan verdadera importancia, y cuya moderna urbanización, así como el cuidadoso aspecto de su edificación, muestran al viajero una agradable visión de gran ciudad.

Merece visitarse la iglesia de San Pedro, del siglo XVI, así como el campanario, desde el que se divisa un panorama espléndido, y la capilla de los Tamarit, ilustre familia catalana que jugó importante papel en la historia de Barcelona.

Entre los hijos ilustres nacidos en la ciudad citaremos al doctor Pedro de Mata, general Prim, el pintor Fortuny y el poeta Bartrina.

TORTOSA.—Separada en dos por el río Ebro, esta magnífica ciudad tiene un señorial aspecto, al que contribuyen en gran parte los restos de las antiguas murallas que la rodean, así como el gran número de edificios de secular abolengo.

La producción oleícola tiene mucha importancia, y la elaboración cuidadísima de sus aceites la distingue de un modo especial.

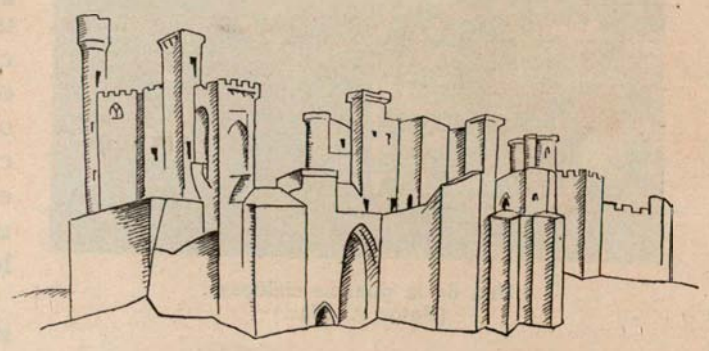
Industrialmente ofrece el ancho campo de sus trabajos de palma y esparto y de sus fábricas de jabón y curtidos.

Su catedral ocupa el lugar de una mezquita que levantó en 914 Abderramán y de la que se conservan restos. Están divididas las tres naves del templo por dos hileras de columnas que, como todo el interior del mismo, son de estilo gótico, lo que contrasta con la portada, que es de estilo toscano.

VALLS.—Famosa, sobre todo, por sus aguardientes es esta población, de cerca de 15.000 habitantes, también de notable producción agrícola. En esta ciudad fué donde creó D. Pedro Antonio de Veciana, al terminarse la guerra de Sucesión, el benemérito Cuerpo de los Mozos de Escuadra.

A 15 kilómetros de esta ciudad se encuentra la aldea de Santas Creus, donde se puede visitar el famoso monasterio que lleva este nombre, cuya fundación data del año 1157, debida al conde Ramón Berenguer IV. En la iglesia se guardan los restos de Pedro III el Grande, Jaime II, Roger de Lauria y el Infante Fernando, hijo de Jaime el Conquistador, así como de otros grandes señores de estirpe real.

Recomendamos una especial visita a este Monasterio, que está declarado monumento nacional.



ARCHIVO GENERAL DE ANDALUCIA

CASTILLA

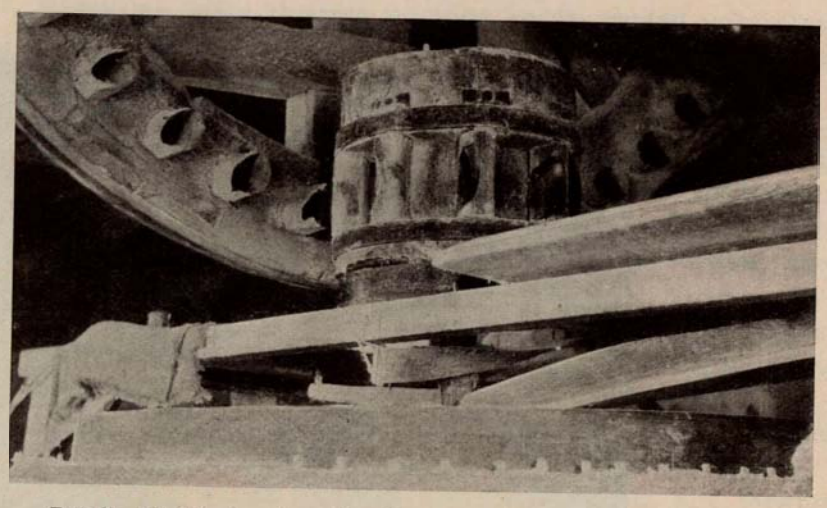
☆

CIUDAD REAL

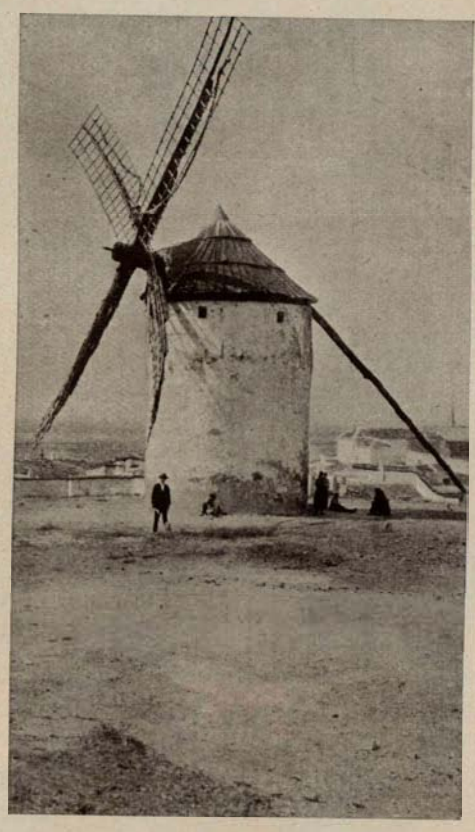
por

Tito Luis Menéndez

☆



Detalle del interior de un molino manchego, con su antiquísimo engranaje de madera.



Un molino de viento, en el Campo de Criptana.

Típicos molinos en la Mancha (Fotos L. Baillo).

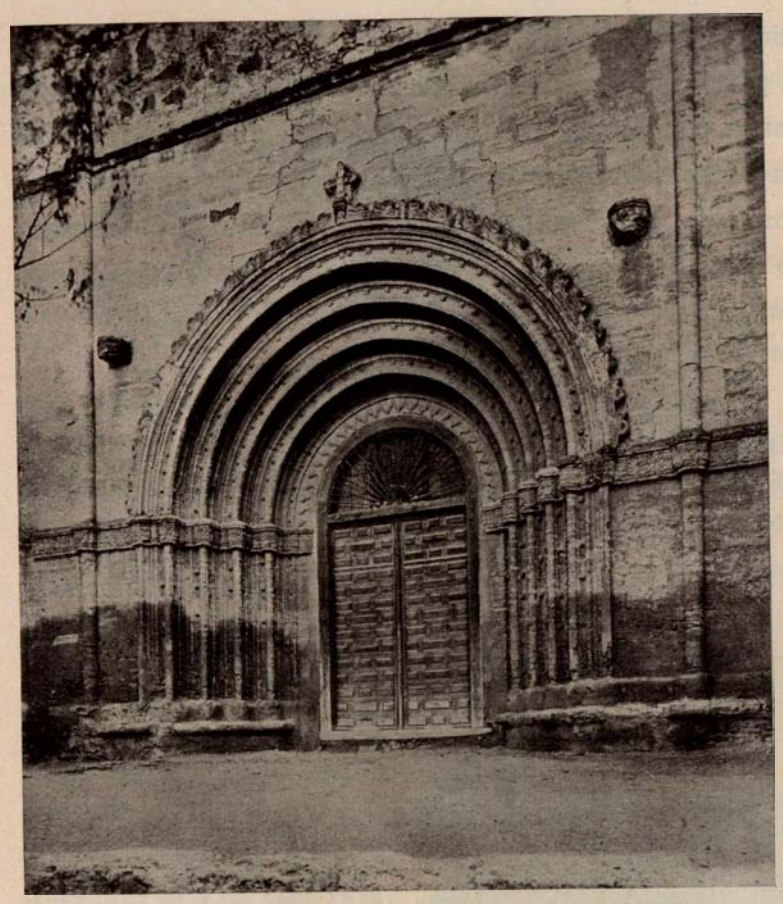
Meseta castellana, fiel de la balanza ibérica. Al norte y al sur, los contrastes geográficos, étnicos, que pugnan por romper la armonía peninsular. La topografía yergue dominador el paraje central, que es directriz de los destinos históricos españoles.

España, en el largo período de su hiperestesia orgánica, tuvo un módulo, Castilla, que al rojo candente de las guerras de la Reconquista fué formando la fisonomía de nuestra nacionalidad.

De Castilla destaquemos la Mancha. Umbral cervantino. Símbolo de la paramera central. Estepa y soledad. Calor y frío.

La Mancha tiene una sola entrada norteña. Es la Puerta del Sol de Toledo jalón inicial de un viaje que se pudiera llamar el «itinerario de la emoción histórica y literaria». El Baedeker de este recorrido lo componen dos libros: La Historia de España y «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha». Nadie pretenda llevar otra guía. Quien así haga experimentará una honda decepción. Ante sus ojos sólo se abrirá una llanada inmensa, con suaves ondulaciones, bajas laderas, muchas yermas y pardas, otras animadas por los bancales policromados de los cultivos típicos del país: los trigales, las vides y algunos olivos. Y todo ello envuelto por una atmósfera gris, hosca, que produce angustia y melancolía al caminar por andurriales y cotarros. Sólo una paleta con los tintes sombríos del «Greco» y la fría elegancia española de Velázquez podrían lograr íntegramente este ambiente castellano.

Dejad atrás los aledaños toledanos, trasponed Yébenes, y entraréis en tierra manchega hasta las estribaciones occidentales de la sierra de Cuenca y desde la Alcarria hasta Sierra Morena. Al descender los montes de Toledo, sorprenderéis



Puerta lateral de la iglesia de San Pedro, en Ciudad Real.

una bellísima población, Yébenes, vanguardia septentrional de la Mancha, un cuajarón blanco sobre el llano, que deslumbra en los días de sol. Este exagerado aseo exterior de las viviendas castellanas es quizás una reliquia consuetudinaria del morabito musulmán.

Después se ofrece al viajero el escenario manchego con toda plenitud. Kilómetros y kilómetros despoblados, sin el menor villorio, venta ni parador. La llanura, nunca rota, es insondable a la mirada. De cuando en cuando encontraréis las ruinas o vestigios de castillos y mansiones señoriales, que evocan otra época, cuando las porfías bélicas animaron fragorosas este escenario, en el que hoy sólo quedan unos breves despojos, roídos por el tiempo y el abandono.

La Mancha tiene una trilogía histórico-geográfica: Alarcos, Calatrava y Almagro, que merece destacarse.

ALARCOS

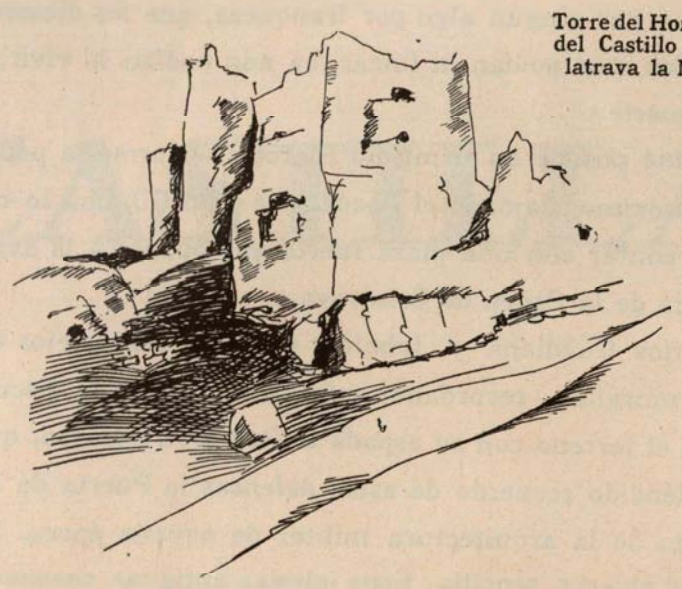
En el término histórico de Alarcos y a poca distancia de donde se celebrara la famosa batalla, tan infausta para la cristiandad, se halla emplazada Ciudad Real. Ésta, que en un principio se conoció por Villa-Real, recibió una Carta puebla de su fundador, Don Alfonso X, el Sabio, en la que decía lo siguiente: «después que fuí Rey, fuí en Alarcos, e en el Castillo é en la Villa, é ovieron voluntad de poblallo, é fazer hi grand Villa, é bona, é probe de facerlo por todas guisas, é non pud, y fallé, que assí lo probaron los otros Reyes que fueron ante de mí, é non pudieron; ca era el Logar muy doliente, é por ningún algo por franqueza, que les diessen, nin que les ficiessen, non podían hi fincar, ca non podían hi vivir, ca se perdían de muerte.»

Ya que no fué posible en el mismo Alarcos, se formó la población en un lugar próximo, llamado el Pozuelo de Don Gil, con lo cual la realeza pudo contar con una plaza fuerte que oponer a la avasalladora influencia de la Orden de Calatrava.

Entre los ríos Guadiana y Jabalón se divisa desde lejos Ciudad Real, cuyas murallas—recordando una tradición muy discutida—trazara sobre el terreno con su espada el Rey Don Alfonso, quedando como espléndido recuerdo de estas defensas la Puerta de Toledo, bellísimo resto de la arquitectura militar de aquella época. Hoy es ya una ciudad abierta, sencilla; tiene iglesias antiguas, casonas grandes y espaciosas, con anchos patios interiores y algunas edificaciones nuevas, que toman el estilo de la moderna arquitectura.

A pocos kilómetros de Ciudad Real y dominando el campo de batalla, se conserva en un altozano pedregoso y empinado el santuario de Nuestra Señora de Alarcos. Unos fuertes y almenados muros cobijan varias habitaciones dispersas, a las que da entrada un espacioso portal, sostenido por unas columnas de piedra. El interior de la capilla es de estilo gótico, transformado en diversas épocas. En

Interior de la iglesia de San Pedro, edificada en el siglo XIV.



Torre del Homenaje, del Castillo de Calatrava la Nueva.

ella se rinde culto a la Virgen de Alarcos, testigo de la terrible matanza, de la que fueron las primeras víctimas los tres Obispos de Ávila, Segovia y Sigüenza, que durante la batalla exhortaban a las huestes cristianas al sacrificio.

CALATRAVA

El viejo solar de los caballeros de Calatrava queda relativamente próximo a Ciudad Real.

En la biblioteca de la Academia de la Historia existe la descripción del Sacro Convento y del Castillo de Calatrava la Nueva, que constituyen, sin disputa, uno de los más interesantes monumentos que conservamos en España.

Fachada de la catedral de Ciudad Real.

Frente a las imponentes ruinas del Sacro Convento calatravo no puede menos de experimentarse una honda emoción, sobre todo si la cultura del espectador le permite gustar toda su intensa evocación histórica.

Los potentes muros suspendidos sobre el angosto caminejo que zigzaguea en torno a la montaña, formados en la roca misma, y las altas torres almenadas, tristemente ruinosas, que rodean el recinto, donde quedan los restos de la magnífica iglesia, del convento de los religiosos y del antiguo castillo, son reliquias dignas del inmenso prestigio de aquella Orden, cuya grandeza y arrojo corrían parejas con su soberbia y poderío.

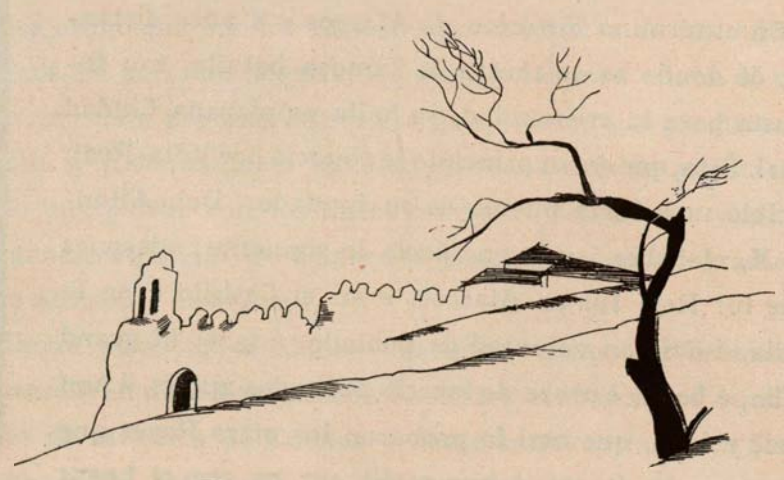
Lástima grande es que la mayor parte de los destrozos que en tan gran joya de arte se observa hoy no sea debida tanto a la causa del tiempo como a los actos—que merecen toda censura—cometidos por los últimos religiosos aposentados en el convento, que en 1804 se trasladaron a Almagro, desmantelando antes la magnífica edificación, con grandes destrozos de techos, puertas y detalles artísticos.

ALMAGRO

Cabecera del Campo de Calatrava. Capitalidad manchega por antonomasia, preñada de abolengo y de tradiciones ilustres. En el pórtico de cada casona, un blasón que dice mucho de la prosapia de sus habitantes. En el centro del pueblo, una plaza netamente española, llena de fervor místico y de casticismo, como para celebrar sólo en ella procesiones y corridas de toros.

El origen de Almagro está envuelto en misterio. Probablemente es del tiempo de la Reconquista. Primero, un castillo llamado «Almagrib», voz árabe que significa la «puesta del sol». Después, las casas que se apiñan al calor de la fortaleza y que van formando la población.

Almagro nació, propiamente, con la Orden de Calatrava; a ella debió su desarrollo y sus más suntuosos edificios y fundaciones. La incorporación de la Orden a la Corona



Restos de las murallas de Alarcos.

Patio del convento de la Asunción, en Almagro.

le hizo sufrir un rudo golpe, aunque siguió siendo durante muchos años la primera población del Campo.

Los dominicos hicieron de ella un importante centro intelectual, con su Universidad.

Conserva hoy Almagro todo su aspecto señorial, con talante digno, pero con esa melancolía peculiar de los pueblos eminentes por su tradición, que saben que sus glorias pretéritas no volverán ya. En la noble ciudad castellana sus mujeres siguen confeccionando los prodigios de sus encajes famosos, que, cuando en España los hacían los hombres, dejaban los patrones en las columnas, paredes y portadas de nuestras catedrales. Hoy continúan ellas la admirable tradición, «seculam seculorum», en este lugar de inefable soledad.

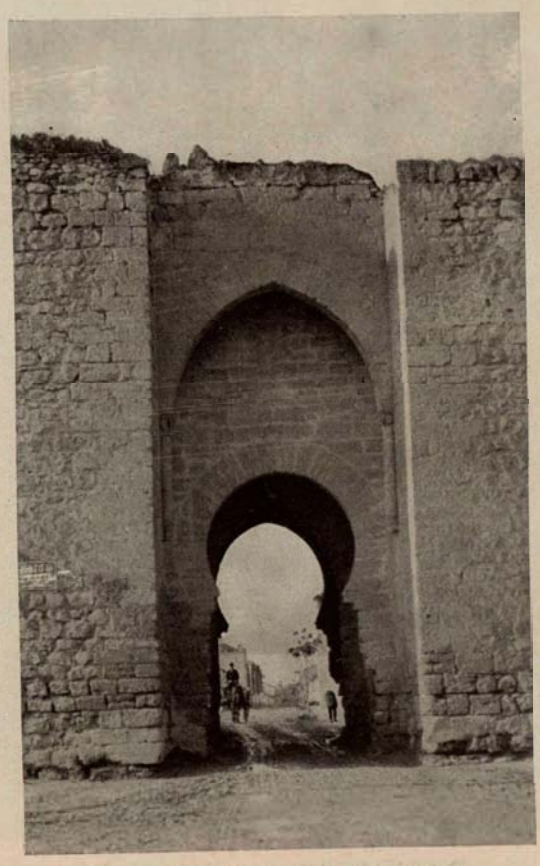
Como Alarcos, Calatrava y Almagro, existen varios sitios más de análogo valor y gran tradición. La Mancha histórica es tan densa en su contenido, que para comprenderla bien es menester vivirla con el báculo del peregrino en la mano.

Queda la Mancha literaria, la Mancha cervantina, que el ilustre autor del «Quijote» amó y comprendió como nadie.

En un circuito relativamente breve puede apreciar el viajero aquellos lugares que Cervantes debió recorrer tantas veces, para abrir después ancho campo al inmortal Don Alonso Quijano y que cabalgara holgadamente por él sus grandes fantasías y descabelladas quimeras, tras lances de honor y empeños caballerescos.

Argamasilla de Alba, Puerto Lápiche, Ruidera, Criptana y El Toboso son los cinco lugares que constituyen la Meca cervantina, los que hacen revivir intensamente en el cervantófilo que los visita la honda emoción soterrada en su espíritu por el fervor de sus lecturas.

Debe citarse, en primer término, a Argamasilla, por ser la cuna de Don Quijote, donde tuvo su mansión solariega y la sociedad de su vida, entre la discreta compaña del cura licenciado en Sigüenza y la ingeniosa charla del barbero, ambos de tan acusado relieve en la biografía quijotesca, simbolizando admirablemente el alma eterna de la aldea castellana.



Puerta de Toledo, en Ciudad Real.

Sí Argamasilla es la cuna de Don Quijote, también lo es de Sancho, figura sublime, en la que se condensa el más acabado estudio de «folklore» que hasta ahora se ha hecho.

Ningún curioso que busque en este pueblo el caserón del hidalgo manchego lo podrá encontrar; pero no importa; le será fácil escogerlo de entre el montón de casonas que forma la aldea, ya que cualquiera de ellas es digna de la heredad del esforzado caballero.

Puerto Lápiche. Todos los cervantistas coinciden en que el lugar de la venta era, sin duda, la del Puerto Lápiche.

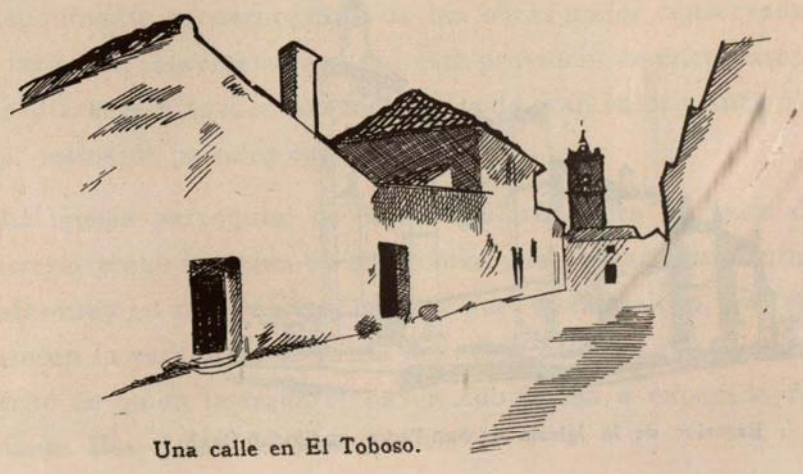
«... y comenzó a caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel»; «anduvo todo aquel día, y al anochecer su rocín y él se hallaron cansados y muertos de hambre; y que mirando a todas partes por ver si descubriría algún castillo o alguna majada de pastores..., vió no lejos del camino por donde iba, una venta...», que se le antojó castillo, y se acercó anheloso en su afán de ser armado caballero.

Quienes visitan este lugar suelen ser guiados por las sencillas gentes del pueblo al sitio en que estuvo emplazada hasta no hace mucho la famosa venta, y donde velara sus armas Don Quijote, recibiendo el bautismo de la andante caballería.

La Mancha esteparia y sedienta posee también su oasis. El silencio yerto de la llanada tiene un lugar, Ruidera, en donde la alegría fragorosa del agua traza en el ambiente un contraste exótico de singular encanto.

Junto al agua surge siempre la vegetación agradecida. En torno al alumbramiento del Guadiana, la tierra se engalana con espléndidos paisajes, y entre ellos, los saltos de agua, formando bellísimas cascadas, ofrecen un aspecto fantástico, difícilmente superado en el resto de España.

Es este lugar de alegres romerías de los pobladores comarcanos, que ven en Ruidera la promesa redentora algún día de la aridez macerada de sus terreños.



Una calle en El Toboso.

En Ruidera está la Cueva de Montesinos, por la que se adentró Don Quijote con esforzado ánimo, y la descripción maravillosa que de ella hizo constituye una de las más bellas páginas de la prosa cervantina.

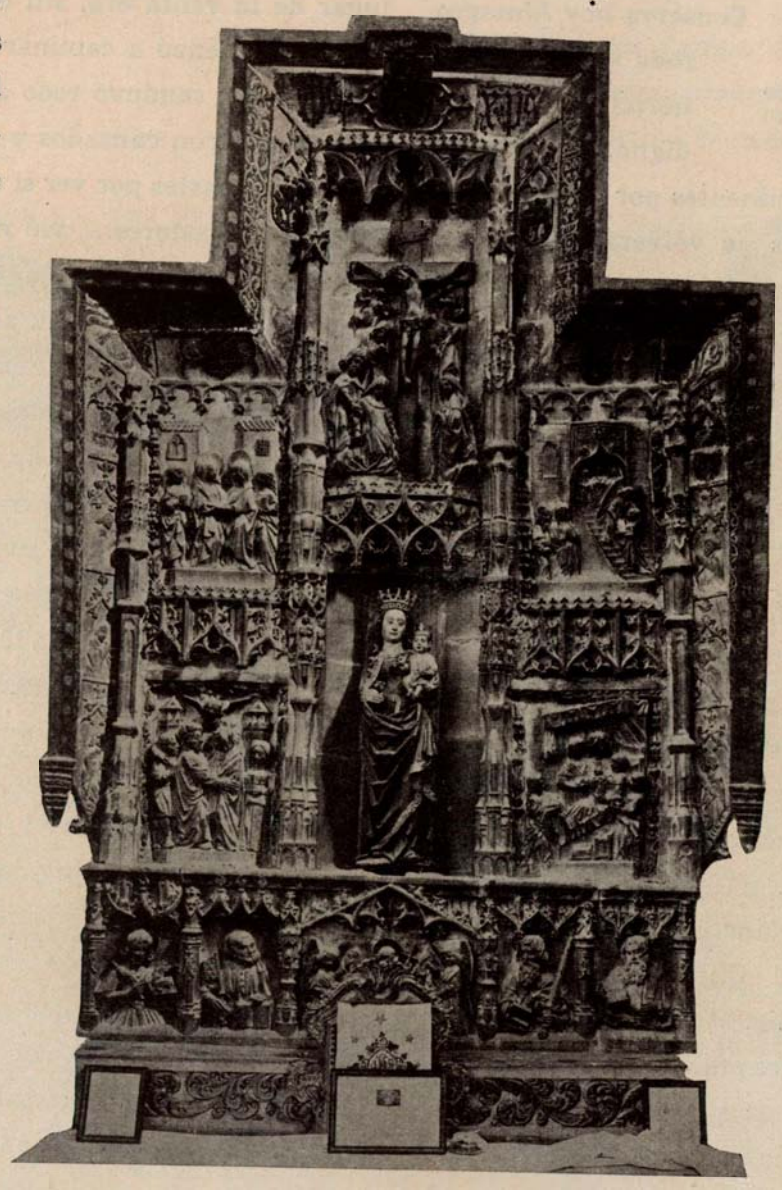
Criptana es el arquetipo del pueblo manchego. Asentado sobre la ladera de una montaña, parece hecho para el espectador. La inmensa escayola del poblado se recorta vigorosa sobre el telón bermejo de la llanura. En la cima de una colina se levantan los famosos molinos de viento; esos molinos de Criptana que al batir el aire con el velamen de sus aspas parecen añorar el mar. El tiempo va destrozando estas pequeñas edificaciones de inimitable gracia, que han llegado a ser el símbolo de la región manchega. ¿Por qué el Estado no las declara monumento nacional y se preocupa de conservarlas?

Ya en la provincia de Toledo, en las lindes de la mancheguía, yace la «noble, vieja, desmoronada y muy gloriosa villa de El Toboso», como la evocara el maestro «Azorín». Recogida, callada, como abrumada por el gran honor que le dispensara el Príncipe de los Ingenios españoles, encierra —acaso como ningún otro pueblo, excepto Argamasilla— el encanto de la leyenda cervantina. El alma siente un escorzo de galantería al entrar en la patria chica de Dulcinea. Se la abandona, pasa el tiempo y no se la puede olvidar, quizás por recordar que en este lugar tuvo clavado su pensamiento Don Quijote, y en torno suyo giraban sus mayores desvelos e ilusiones.

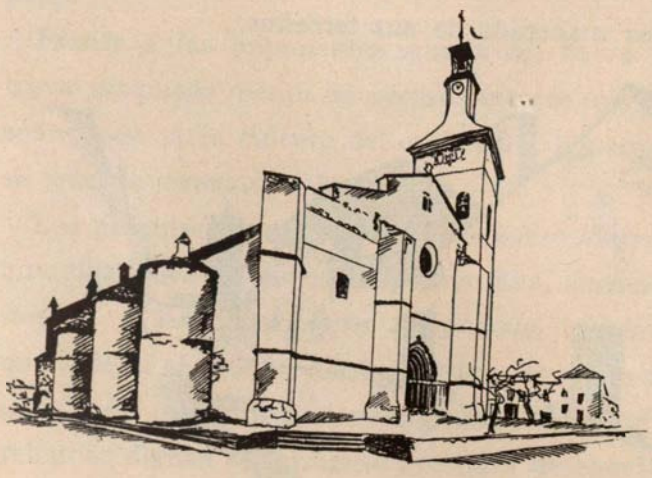
Eruditos e investigadores se han esforzado en situar o seguir por poblados y ventas, caminos y encrucijadas, las aventuras y andanzas del Ingenioso Hidalgo. Siempre he creído que era insigne atrevimiento y desacato al glorioso alcalaíno pretender ahondar excesivamente en aquello que él tuvo interés en dejar dudoso, no por ignorancia geográfica, pues bien patente está su gran sabiduría, sino porque, sin duda, deseó que las gloriosas hazañas de Don Quijote fuesen patrimonio por igual, salvo limitadas distinciones, de la llana, noble y sencilla tierra manchega.

Hay que leer, pues, el «Quijote» primero, después recorrer el circuito cervantino, cuya síntesis puede ser muy bien la que antes se indicó, y luego que cada cual coloque las aventuras donde más le plazcan, como el jugador de ajedrez que dispone sus figuras, con lo cual, al par que se practica un honesto entretenimiento, se llegará por todos, no sólo a leer, sino a estudiar con la atención que se merece, el primer libro de la literatura universal.

Castilla, madre ibérica, germinadora de nobles ideales y sentimientos elevados, aguarda a todos para que la visiten, la comprendan y la amen.



Retablo de alabastro, del siglo XV.



Exterior de la iglesia de San Pedro, en Ciudad Real.

Torre de la catedral de Ciudad Real.

BOSQUEJO DESCRIPTIVO DE ALGUNOS LUGARES DE LA PROVINCIA

*

CIUDAD REAL.—Capital de la provincia de su nombre, fundada en 1255 por Don Alfonso X el Sabio. Se halla emplazada en terreno muy llano y feraz, entre los ríos Guadina y Jabalón, que produce gran cantidad de cereales, aceitunas, uvas, patatas, verduras y pastos excelentes con que cría yeguadas y numeroso ganano vacuno, cabrío y lanar.

Es provincia de tercera clase, de unos 25.000 habitantes, con Audiencia provincial dependiente de la territorial de Albacete. Su Obispado es el del Priorato de las Órdenes militares. Tiene Instituto General y Técnico, que pertenece al distrito universitario de Madrid.

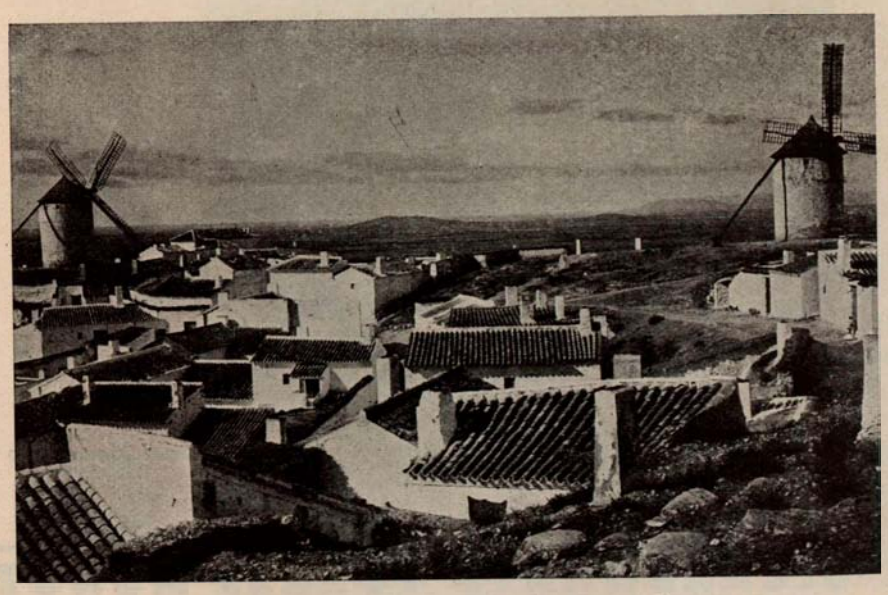
La población, esparcida en el perímetro de unos cinco kilómetros, ofrece el aspecto típico de las poblaciones manchegas.

Las casas son bajas y muchas con patios interiores.

Sus iglesias son antiguas, siendo la más interesante, desde el punto de vista monumental, la de San Pedro, cuya construcción data del siglo XIII.

Posee algunos buenos edificios, como son los de la Diputación, Ayuntamiento, Obispado y Seminario Conciliar.

Una escena del «Quijote», en los campos manchegos. (Cuadro de J. Moreno Carbonero.)



Vista parcial del Campo de Criptana. (Foto Muro.)

Un pueblo manchego. (Foto Muro.)

ALCÁZAR DE SAN JUAN.—Ciudad enclavada en los confines de la provincia de Ciudad Real con Toledo, cabeza del partido de su nombre, es una de las ciudades manchegas de más abolengo y limpia ejecutoria, y una de las de mayor porvenir, no sólo por su situación estratégica, sino por la riqueza de sus campos.

Varios historiadores y arqueólogos la suponen edificada sobre las ruinas de la antigua Alces, opinión que no carece de fundamento, pues la corroboran los mosaicos encontrados y algunos féretros de piedra que la casualidad ha hecho aparecer en diversas ocasiones.

De la antigua ciudad quedan pocos edificios; los más interesantes son: la iglesia parroquial de Santa María la Mayor, que, unida a una torre llamada «Torre Mocha», son los únicos restos del palacio-castillo prioral de «La Orden de San Juan de Jerusalén». En el archivo parroquial y en su libro primero de bautismos figura la discutida partida de «D. Miguel de Cervantes Saavedra». El camarín de la imagen de Nuestra Señora del Rosario, Patrona de la ciudad, es, aunque relativamente moderno, una de las obras mejor conservadas de cerámica talavereña que por esta provincia se encuentran. Los altares e imágenes son todos ellos de gran valor y antigüedad, restos de pasados esplendores.

La iglesia parroquial de Santa Quiteria, obra de Juan de Herrera, y que también en su archivo guarda partidas bautismales muy en relación con la de Miguel de Cervantes, que esclarecen la verdad de la patria del autor del «Quijote», une al mérito de quien la trazó el haber sido hecha a expensas del Infante Don Juan de Austria.

La imagen de Jesús Nazareno, obra de autor desconocido, es una talla de un valor artístico indiscutible, a la que rodea una tradición igual a la de la venerada en Madrid con el nombre de Jesús de Medinaceli, también rescatada por los reverendos Padres Trinitarios, en cuya iglesia, de puro estilo barroco, es venerada.

El convento de San Francisco, llamado «la perla de la diócesis», y algunas casas solariegas dan idea de lo que fué esta ciudad, así como la antigüedad de su archivo municipal, en el que se encuentran interesantísimos documentos, que, gracias al intenso trabajo del actual Ayuntamiento, han salido a la luz, de la oscuridad y olvido en que ha largos años yacían. Merecen citarse los fueros y cartas pueblas firmadas por Alfonso X, Sancho IV, Juan II, bajo la regencia de Doña Catalina, los Reyes Católicos, etc., etc., y de los tiempos de la guerra de la Independencia, curiosas narraciones de batallas libradas en su término, órdenes del Emperador para su traslado a los acantonamientos de fuerzas francesas que en las villas dependientes de Alcázar había, en una de ellas dando orden de prender a varios grandes del Reino por no someterse a la autoridad de José I, y como broche de cierre, el nombramiento de ciudad, firmado por el Rey Don Alfonso XI (13 abril 1877).

ALMADÉN, partido judicial situado en el valle de Alcudia, tiene por sus minas de mercurio una antigüedad y fama tan remotas, que los fenicios iniciaron su explotación por la maravillosa riqueza y abundancia de su mineral.

Alfonso X, en su descripción de España, la menciona como el único yacimiento de «argent vivo» de su tiempo.

Está universalmente reconocida esta mina, que es propiedad del Estado español, como la mayor productora de mercurio en el mundo.

ALMODÓVAR DEL CAMPO está situado en la región minera de Ciudad Real; tiene explotaciones de plomo, plata y cobre, contando, además, con gran riqueza ganadera.

DAIMIEL.—Con unos 17.000 habitantes, su principal riqueza es la agricultura, que rinde inmejorables cosechas por la feracidad de la tierra, bañada por el río Guadiana, que atraviesa su término.

MANZANARES.—Como en todos los pueblos de la región manchega, constituye su riqueza principal la agricultura, especialmente en producción de cereales y vinos, que dan vida a la industria y al comercio de este lugar.

PUERTOLLANO.—Es uno de los centros mineros de España más importantes, por su producción de carbón de piedra, hierro, plomo manganeso. Posee también excelentes aguas minerales alcalinas, ferruginosas, bicarbonatadas y radioactivas.

TOMELLOSO.—Es ayuntamiento del partido judicial de Alcázar de San Juan, con una población de 22.000 habitantes; constituye un centro vinícola por excelencia, habiendo alcanzado el máximo desarrollo en las industrias derivadas de la vinicultura.

VALDEPEÑAS es centro vinícola de los más importantes de la región manchega, estimándose, mucho en los mercados nacionales y extranjeros sus vinos, por su agradable sabor, llegando a tener tal popularidad que los vinos de la Mancha se conocen generalmente con el nombre de esta localidad.

Vista y detalle de las lagunas de Montiel, escalonadas.

CIGARETTES LAURENS

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CUENCA

CUENCA

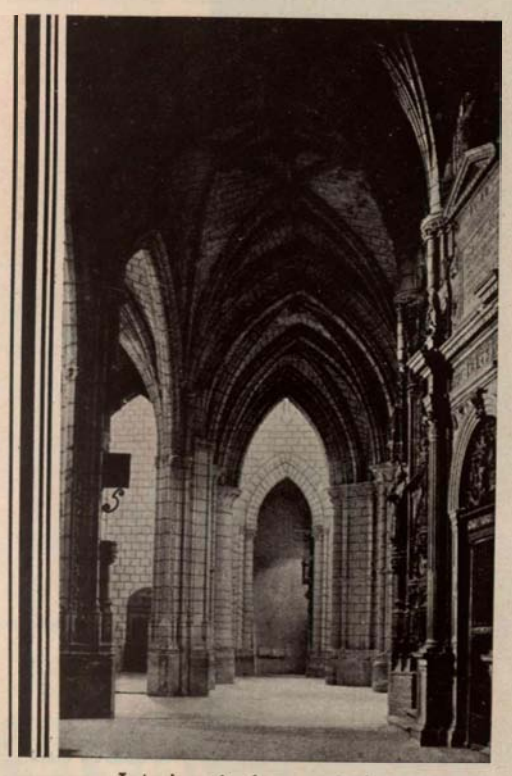
Las casas colgadas.
(Fotos Loty.)

POR
LUIS
MARTÍNEZ
KLEISER

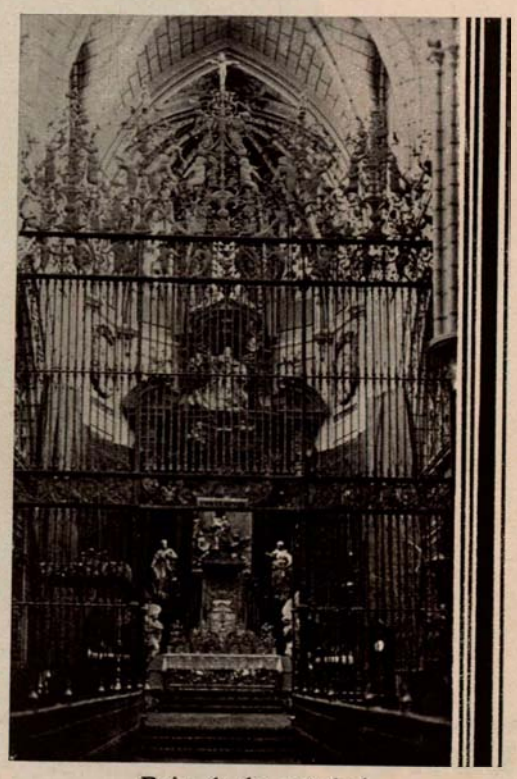
Sobre una extensa mancha de terreno cretáceo, horriblemente flagelada por los movimientos geológicos, surcadas de abruptas gargantas y salpicada de planicies altas y romas, tiene su asiento la serranía de Cuenca. Su capital, sita en un repliegue de la mancha cretácea, como última avanzada prominente de sus sinuosidades bravías, se yergue a manera de acantilado inaccesible de una costa ceñuda, sobre el océano terciario de la llanura castellana. Rodeada, pues, de abismos donde se hunde el espíritu, custodiada por alturas que elevan la mirada al cielo, severa en la hosca expresión de su fisonomía natural, gigante en la magnitud de sus proporciones físicas, alta y firme como las rocas en que asentó su nido de águilas, alta como el pensamiento, cumbre como la idea, levantada como la aspiración, esquiva a las cosas de la tierra, de angulosa silueta recortada sobre el éter azul, suspendida como la estrella de su escudo en el espacio, colgada sobre el vacío, se contempla la Cuenca inexpugnable, señorial e ingente de la Historia.

Los precipicios que, a uno y a otro lado, la cercan y se hunden bajo sus pies, ofrecen a quien contempla el conjunto la mágica ilusión de una ciudad edificada sobre sus propias murallas, y por eso y por la agreste constitución de sus Hoces la visita de Cuenca requiere varios días; exige el sacrificio físico de pasear por sus Hoces a pie, asomándose a la espléndida balconada de sus riscos, sepultándose en el fondo de sus gigantescos barrancos, bordeando los cimientos de sus monolíticas murallas seculares y acogiéndose a los poéticos emparrados de sus huertas, que, como ricos tapices, alfombran las laderas feraces de sus ríos; reclama el vigor, ya que no el heroísmo, de unas piernas andariegas para subir «escalerones», trotar senderos, moler pedregales y resbalar pendientes, arterias todas pintorescas y hermosas que conducen al corazón, de donde irradia la belleza de la serranía. Sólo así puede el espíritu apoderarse de las majestuosas líneas de su arquitectura natural; de la misteriosa coloración atesorada en la mágica paleta, madre de sus paisajes inconfundibles; de la caprichosa maestría con que el agua cincela las piedras, hasta convertir los bloques informes en fantásticas esculturas. Sólo así puede sorprender el amigo de la Naturaleza, ahora, un grupo hierático de apóstoles extenuados y barbudos; luego, los almenados torreones y el perímetro amurallado de un castillo feudal; más allá, unos a manera de descomunales y petrificados lentes, tal vez abandonados en un rincón por algún gigante de otros siglos; en aquel lugar, la figura perfecta de una castellana severa y contemplativa, cubierta de amplia toca, las manos cruzadas por delante a su caer, y la cabeza inclinada al peso de sus meditaciones; en este otro, la efigie inconfundible de un fraile sedente, agobiado bajo el peso de su capucha triangular; a la derecha, un monstruo no descrito en la fauna antediluviana; a la izquierda, cierta cara contraída por una mueca espantable; aquí, un león adornado de abundante melena; allí, un avestruz alargando su interminable cuello; más allá, un montón de ruinas; después, un dromedario; por último, la temerosa silueta de un tricornio de la Guardia civil.

Fuera de Cuenca goza de universal renombre la «Ciudad Encantada», laberinto de calles abierto naturalmente entre las peñas; ciudad abandonada; ciudad que parece dormida; ciudad solitaria y muda, sin habitantes, sin hogares, sin ruidos; ciudad sin hervor de ciudad; ciudad caótica y anárquica; laberinto más confuso y extenso que el de Creta. Al recorrer sus calles se pasea la fantasía admirada ante ventanas góticas que hablan de un espiritual sentimiento; o a través de un sólido arco románico, último residuo de un edificio medieval; o en torno de un agudo monolito que parece labrado para conmemorar las glorias de un Faraón; o entre las rotas columnas de un templo; o sobre las ruinas de un palacio. Al mismo tiempo, aquí y allá, duermen su perpetuo sueño de piedra colosales yunques, cálices enormes, animales inmensos no reseñados en la fauna prehistó-



Interior de la catedral.



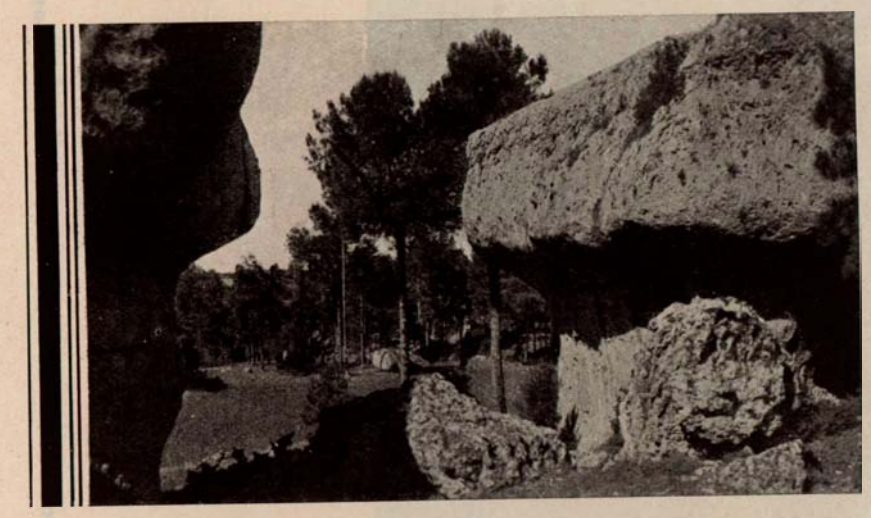
Reja de la catedral.

rica, barcos erguidos sobre sus quillas, setas, elefantes y cabezas humanas. En torno y en medio de la ciudad misteriosa se alzan millares de esbeltos pinos, y entre ellos rumorea el viento concertado y armónico y hace creer que habla en él, con voz solemne y grave, el mago poderoso, autor de aquel misterioso encantamiento.

Las «torcas» son también muy dignas de notar. Sus sorprendentes abismos circulares, como cráteres de volcán, de hasta 70 metros de profundidad por 100 ó 200 de anchura, no son igualados acaso ni en la región del Karst. Su circunferencia coronada de pinos, sus paredes verticales de peña viva, su fondo cóncavo cubierto de vegetación, abierto inesperadamente ante el viajero en medio de la amplia llanura, constituyen una maravilla geológica de poderosa belleza y de magna grandiosidad.

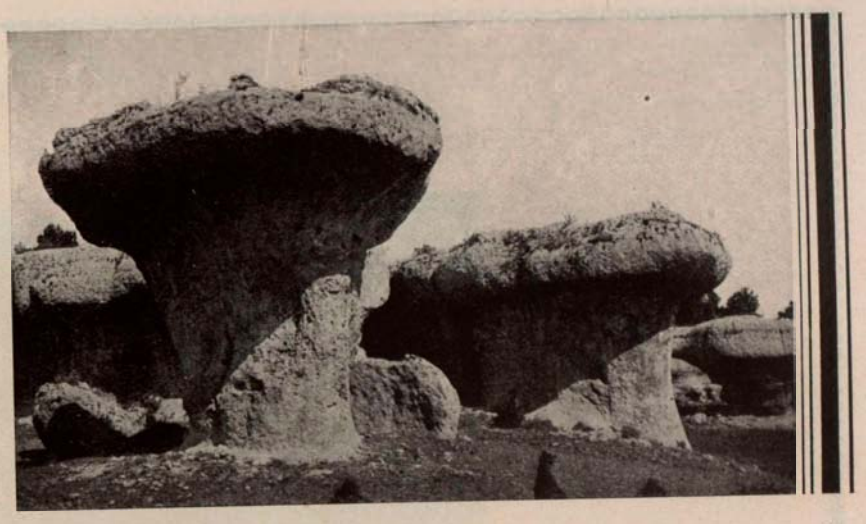
Y producen asimismo admiración las espléndidas Hoces del Huecar, del Júcar, de Beteta, de Tragavivos; las magnificencias de sus bosques, la abrupta soledad del imponente rincón de Uña, la agreste situación de los Ventanos de Villalba, los mármoles, las cuevas y las simas.

Por otra parte, ¿qué decir de sus monumentos? Qué decir de su catedral interesantísima, monumento nacional desde

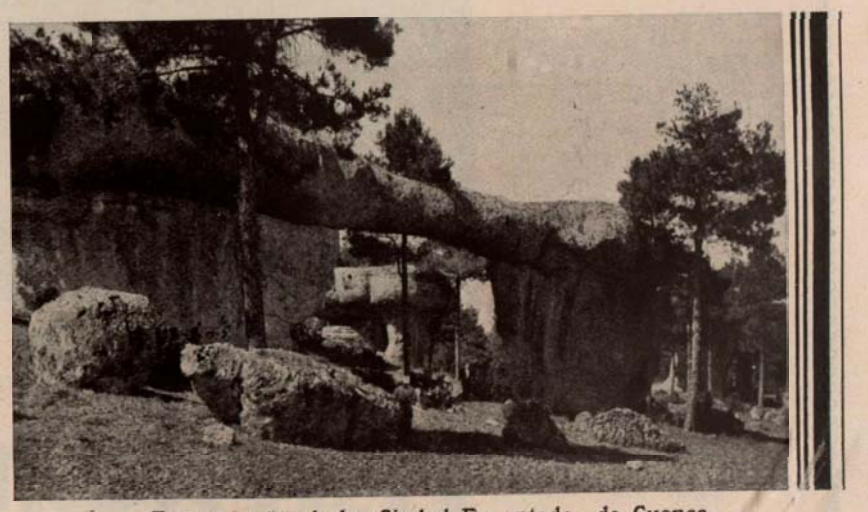


hace veinte años, donde sigue predicando espiritualidad su estilo gótico primitivo, y asombra la técnica de su girola, y pone cátedra de arte la esbeltez de su triforio, y aprisionan la mirada rejas como la del presbiterio, obra acabada de Hernando de Arenas, o como aquella primorosa de la capilla de los Albornoces, y deleita el arco plateresco de Xamete, y hablan las piedras en las soberanas esculturas del Transparente, y culmina, por último, la riqueza ornamental en el artesonado de la capilla Honda o en las puertas de las Salas Capitulares. Hace falta, además, mencionar a Uclés, al castillo y a la colegiata de Belmonte, patria de Fray Luis de León; a Villaescusa de Haro, con sus verjas; a la plaza fuerte de Alarcón, con sus recuerdos pretéritos, y a Priego, con su monasterio y su Cristo devoto, de talla original y acertadísima.

Ciertamente, la provincia de Cuenca, esta provincia tan rica y tan buena, tan noble y tan leal, tan hospitalaria y tan sufrida, tan preterida ayer y tan hermosa siempre; la de los pechos esforzados y los pródigos corazones; la sierva de los reyes y esclava de la Patria; esa madre afortunada de cardenales y de obispos, de santos y de sabios, de descubridores y de guerreros, de artistas y de políticos, de filósofos y de poetas, que, en apretada cohorte, invadieron el campo de la Historia



para asombrar a los hombres con la antorcha de sus inteligencias, con el aroma de sus virtudes, con la genialidad de sus obras, con el heroísmo de sus hechos, o con la fidelidad de sus servicios; esa provincia que, como un pequeño reino, encierra en sus dominios bravas sierras y anchurosas llanuras, tierras cálidas y tierras frías, regiones vitalizadas por el sol y regiones frecuentemente dormidas bajo el sudario de la nieve; ese cuerpo robusto y vigoroso que se sirve como de almohada de las primeras estribaciones de la *abrupta cordillera*, para recostar en ella la cabeza de su capital, de la ciudad cascada, cuyo poblado se vierte, como un río, desde lo alto de la montaña, y se derrama, ladera abajo, dando saltos y brincos hasta extenderse como un remanso en la llanura; ese cuerpo viejo, pero no envejecido; cubierto de años, pero no de achaques, que tiene por corazón el oro de su trigo, y por sangre el vino de sus cosechas, y por alma el espíritu de su historia; esa provincia pintoresca y mágica; la de las peñas amarillas, blandas y moldeables como la cera; la de la miel blanca y dura como la roca; la de los mares de mieses rizados por la brisa; la de los bosques de pinos que, como arpas gigantescas tañidas por el viento, pueblan de dulces acordes y de severas armonías el reino augusto y solitario de la naturaleza; la de los románticos castillos, testigos legendarios de encarnizadas luchas; la de los populosos rebaños, emblemas perennes de la paz; la de las hoces misteriosas; la de los riscos ceñudos; la de los huertecillos risueños; la de los monstruos petrificados, merece bien los honores de una visita y la admiración de sus visitantes.



Tres aspectos de la «Ciudad Encantada» de Cuenca.
(Fotos Loty.)

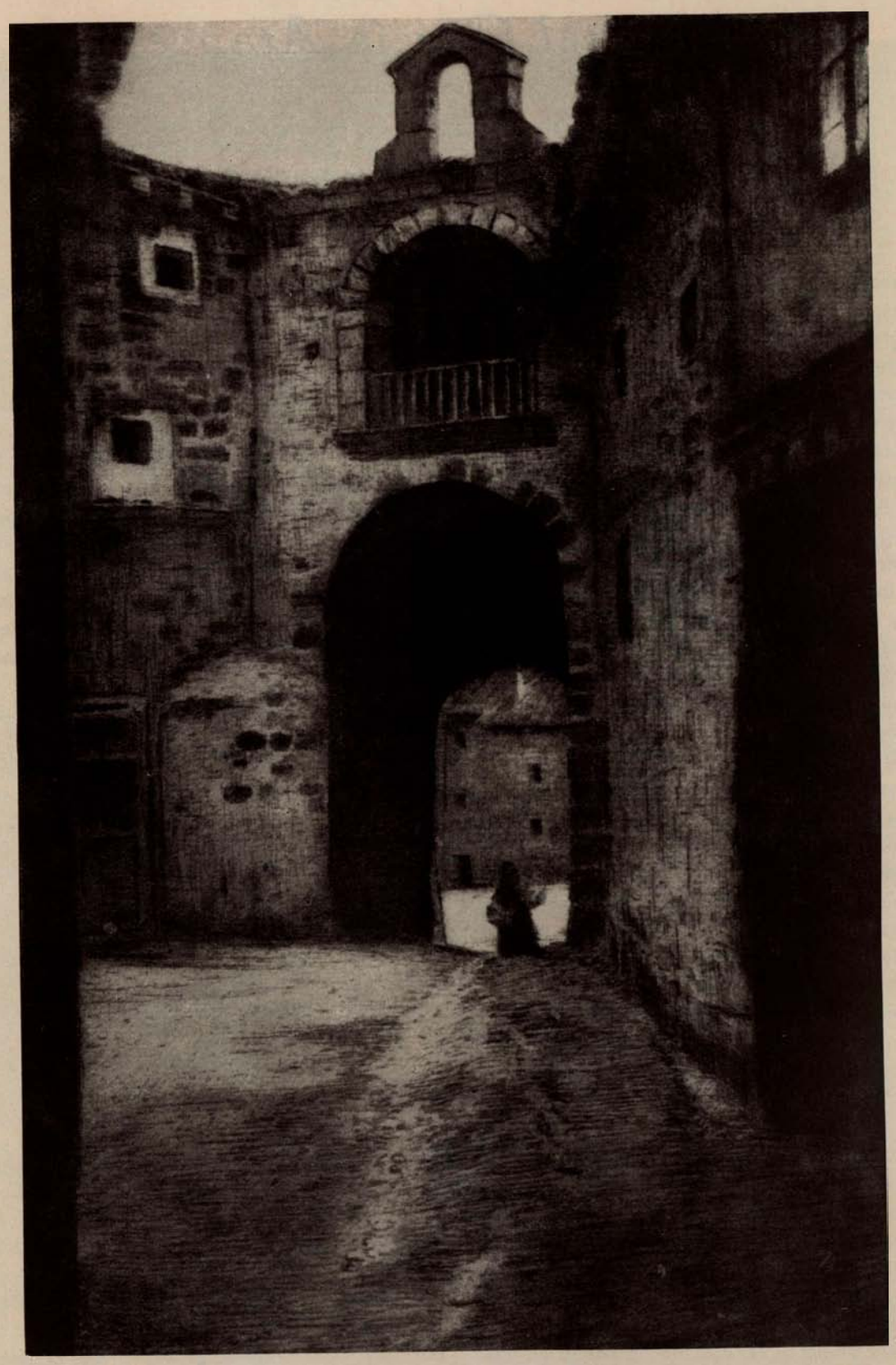
COMPAÑÍA NACIONAL

DE

INDUSTRIAS DEL TURISMO

RAMBLA DE CATALUÑA, 43

BARCELONA



GUADALAJARA

Actuación de la Diputación provincial de Guadalajara

por

Manuel García Atance

Presidente de la misma.

Difícil tarea es la de extractar dentro de los forzosos límites de espacio exigidos la copiosa labor que esta Corporación viene realizando. Procuraremos, pues, ofrecer un esquema de aquélla, trazado a grandes rasgos, señalando con más cuidado aquella gestión que ofrezca más trascendencia.

Como es natural, dada la moderna orientación de estas entidades, especial atención viene dedicando la Diputación de Guadalajara a sus obligaciones de carácter sanitario y benéfico. Así ha podido realizar una meritoria labor en lo que al Hospital, la Casa Inclusa y la Casa de Maternidad se refiere.

En lo que al primero afecta, esta Corporación verá sus esfuerzos dignamente coronados a la inauguración del hospital que en la actualidad se está construyendo, y cuyo coste, de cerca de millón y medio de pesetas, garantiza un establecimiento que reúna las máximas condiciones de perfección. Se compondrá de varios pabellones, dotados todos de los adelantos que sus diversas funciones exijan. La construcción de este Centro, cuya necesidad era bien notoria, no ha hecho a la Diputación desatender los pequeños hospitales de la provincia, especialmente los de aquellos partidos más distantes de la capital, a los que viene subvencionando no sólo para su mantenimiento, sino también para su paulatina transformación.

Respecto a la Inclusa, cuyo nombre se ha sustituído por el más propio y piadoso de Casa Provincial de Misericordia, se han realizado mejoras en los servicios y hecho importantes reparaciones en la fábrica, aparte de la construcción de nueva planta de un pabellón. Se han creado varias plazas de profesoras y desde el punto de vista de higiene y sanidad se va transformando el edificio; además, la Diputación organiza todos los años entre los acogidos una colonia escolar, habiendo construído para su mayor eficacia un pabellón capaz para 40 niños en un pinar de su propiedad, situado a más de mil metros sobre el nivel del mar.

También ha sido ampliada con tres soberbias galerías de cristal y distintas dependencias la Casa de Maternidad, dentro todas ellas de las necesarias condiciones de ventilación y soleamiento.

En materia de higiene se está realizando una labor verdaderamente trascendental, inspirándose en un práctico criterio de cooperación y solidaridad con los pueblos, lo que permite realizar las obras con un coste mínimo para la Corporación, especialmente en lo que al alcantarillado se refiere. Aparte de esta labor, la Diputación ha adquirido varios triquinoscopios, que tiene repartidos en distintas localidades, y piensa ampliar sus esfuerzos en el porvenir; acometiendo la construcción de mataderos rurales.

Apenas constituída esta Diputación provincial con arreglo al Estatuto, comprendió que si su misión era atender a las necesidades más generales y sentidas de la provincia, era un deber suyo primordial ocuparse de los aspectos agrícola-forestales, máxime teniendo en cuenta que la Diputación es propietaria de uno de los más importantes montes de la provincia, titulado «Dehesa Común de Solanillos», en la que se resinan todos los años 230.000 pinos, y que tiene una extensión de 2.800 hectáreas.

En consecuencia, la Diputación creó una plaza de ingeniero agrónomo y otra de ingeniero de Montes, con una de ayudante común a ambas. Adquirió en primer lugar una finca de 13 hectáreas, que ha cedido al Estado, para la instalación de un gran vivero de plantas forestales, consignándose en la escritura la obligación de atender primordialmente a las necesidades de la provincia. Asimismo ha adquirido otra finca más pequeña, en la que se está instalando un vivero de árboles frutales y vid americana, que es capaz para una producción de 100.000 barbados y 5.000 injertos de vides americanas anuales, así como para un número importante de plantones de árboles frutales. Tanto una como otra han sido objeto, por parte del Estado y de la Corporación, de las transformaciones necesarias a su finalidad, y sus beneficios serán inmediatos. Por nuestra parte, se ha prestado eficaz ayuda a la Junta administrativa de los Servicios agronómicos en su intensa y meritoria labor.

Otro de los problemas tratados con el máximo interés por esta Corporación, una vez que se hizo cargo de los caminos vecinales, fué la redacción del plan provincial, con una longitud aproximada de 1.000 kilómetros, cuya realización se ha emprendido ya en buena parte.

Como resumen del estado en que se encuentran los proyectos que de caminos estudiados entregó la Jefatura de Obras públicas a esta Diputación, existe el que sigue:

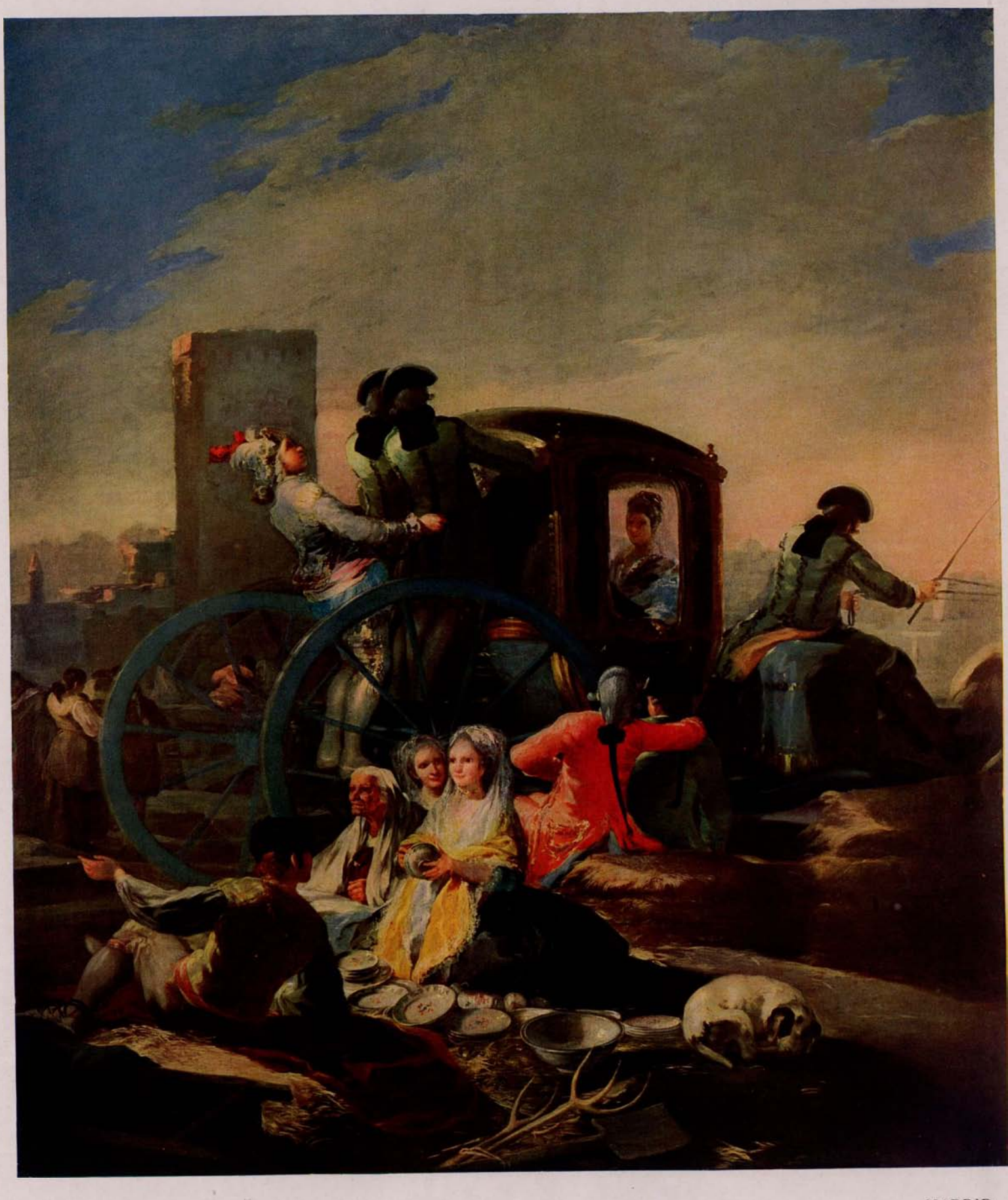
Caminos estudiados	137,346	kms.
Caminos construídos y recibidos	7,446	»
Caminos terminados y próximos a recibirse	32,190	»
Caminos en construcción	27,992	»
Caminos a reformar el proyecto	20,442	»
Para ejecución por no poderse empezar su construcción	4,245	»
Caminos suprimidos del plan provincial	44,123	»

Cuyas cantidades, sumadas a la disminución de longitud en los trazados de los proyectos reformados de Ledanca y Argecilla, dan el total de los proyectos de caminos que se entregaron a esta Diputación.

En cuanto a cultura, la Diputación provincial ha realizado la siguiente obra; viene sufragando las siguientes becas de estudio a los jóvenes naturales y residentes en la provincia:

Una de Medicina; una de Veterinaria; una de Farmacia; una de Derecho; cuatro de Magisterio; tres de sacerdote; una de Dibujo y Pintura; dos de Música; una de perito agrícola, y otra de bachillerato.

Pero la labor principal, tanto por lo que ya se ha hecho como por lo que se ha de hacer, es la construcción de edificios escolares. Se llevan construídas, mediante protección personal y subvenciones de la Diputación, cincuenta y tres escuelas y reparadas cuarenta y cinco. Pendiente de resolución una Memoria dirigida al ministerio de Instrucción pública, a su esperada favorable resolución, la Diputación acometerá con el máximo empeño la labor cultural precisa para demostrar el vehemente anhelo de superación que siente esta provincia de Guadalajara en cuanto se relaciona con su progreso en ésta como en todas las actividades.



GOYA

EL CACHARRERO
O OLEIRO
THE POT AND PAN SELLER

MADRID
MUSEO DEL PRADO

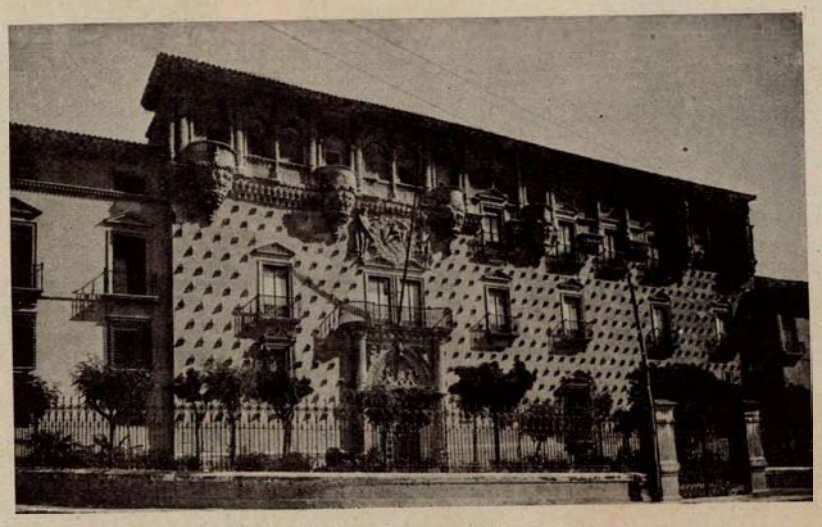
GUADALAJARA

POR

RAFAEL AGUILAR Y CUADRADO

El aspecto actual de la ciudad de Guadalajara no corresponde a su histórica nombradía.

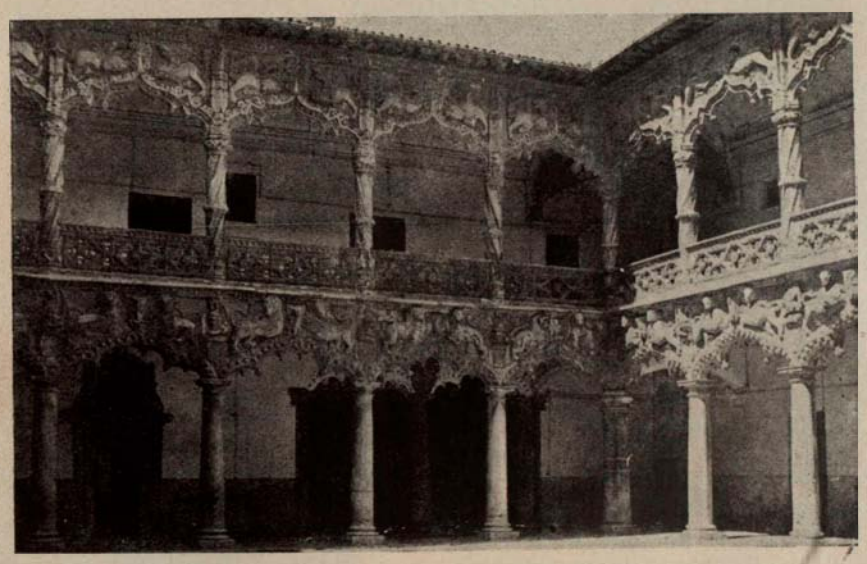
Antigua Caraca de los romanos y conquistada por Eurico al dominio visigodo, siguió la suerte general de la península, siendo dominada por Muza en su brillante y avasalladora correría después de la derrota de Guadalete. Régulos o Vlies, subordinados al de Toledo, la gobernaron en tiempos de los moros. Alfonso III y Fernando I llegaron hasta sus muros con ánimo de conquista, y al fin, en 1081, Alvar Fáñez de Minaya, primo del Cid Campeador, puso cerco a la plaza con numerosas huestes, tomándola el día del Bautista. Quedóle el nombre de Alvar Fáñez a la puerta por donde entró, y la imagen del guerrero, armada de pies a cabeza, sobre corcel encubertado y levantada en alto la espada, vino a formar el blasón de la ciudad, que aun conserva. Dos veces, aunque inútilmente, trataron de recobrarla los sarracenos, y ya en plena paz, la villa, que hasta mediados del siglo XV no recibió el título de ciudad, fué creciendo y prosperando bajo la protección de los Monarcas. De las frecuentes estancias que en ella hicieron los Reyes, del señorío de las Reinas y Princesas a quienes por turno fué cedida, no queda en Guadalajara monumento alguno, ni siquiera ruinas de sus palacios. La tradición designa el sitio donde estuvo edificado el de Doña Berenguela, madre de San Fernando, la cual, desde su divorcio hasta el término de su virtuosa y larga vida, fijó allí su residencia. Por muerte de San Fernando, en 1252, erigióse en señorío la ciudad a favor de su hijo Don Fadrique, y, muerto éste, se incorporó de nuevo a la corona de Castilla. Asegura Medina de Mendoza que Sancho IV tuvo allí su Corte, y está fuera de duda que en Guadalajara se concertó la boda de su hija Isabel con Don Jaime de Aragón.



Palacio de los duques del Infantado.

A mediados del siglo XIV, la noble estirpe de los Mendozas, oriunda del suelo alavés, domicilióse en Guadalajara, y del enlace de su progenitor, D. Gonzalo Yáñez, montero mayor de Alfonso XI, con doña Juana Fernández de Orozco, señora de Buitrago y de Hita, nace la casa del Infantado, que dió nombre y lustre a la villa, enriqueciéndola con el mejor y más duradero monumento de su poderío. Llevó a su apogeo la gloria y pujanza de los Mendozas, y al paso la de Guadalajara, D. Íñigo López, famoso marqués de Santillana, primero de este título, a quien la posteridad, confirmando el juicio de sus contemporáneos, ha conservado los de poeta, sabio, político y guerrero. A favor de su primogénito, D. Diego, crearon los Reyes Católicos, en 1475, el título de duque del Infantado, y desde entonces la historia de la ciudad está identificada con la de esta opulenta casa. Estos mismos Reyes la visitaron por tres veces, y en ella descansó algunos días, en 1525, Francisco I de Francia, que era trasladado a Madrid como prisionero de Carlos V en Pavía. Fué alojado y obsequiado en Guadalajara el Monarca francés por el tercer duque del Infantado, con tanta pompa y suntuosidad que el regio prisionero cifró la mayor grandeza del Emperador Carlos en tener tal vasallo y ciudad poblada de nobleza como aquélla.

En tiempo del segundo duque, y al terminar el siglo XV fué cuando se levantó el suntuoso palacio, digno de la grandeza de tales dueños y moradores. Su fachada, su monumental patio, sus salones y galerías, ostentan caprichosos atrevimientos, en que los últimos alardes del gótico se dan la mano con los primeros ensayos del renacimiento, y en los que, descarriada la fantasía, busca nuevas formas de bellezas. La fachada, sembrada de hileras de cabezas de clavos triangulares, ostenta la rica puerta, materialmente bordada de arabescos góticos sobre fondo de jaqueles. El patio cuadrilongo es de conjunto admirable; tiene dos órdenes de galerías, de siete arcadas a lo largo y cinco a lo ancho, que, aplanadas y compuestas de varias curvas y rompimientos, estriban en el primer cuerpo sobre sencillas columnas dóricas, y en el segundo, sobre pilares de molduras y follajes retorcidos en espiral, ceñidos en su mitad y en su remate de ingeniosas guirnaldas. Da vuelta a la galería superior un antepecho de puro diseño



Patio del palacio de los duques del Infantado.

gótico, y sobre las columnas alternan los escudos de Mendoza y Luna, con águilas o grifos por cimera de su casco.

Fué arquitecto de esta obra Juan Guas, que, ayudado de su hermano Enrique, legó a la historia del arte este monumental palacio, que no guarda relación alguna con la bellísima y elegante fábrica de San Juan de los Reyes, de Toledo, obra del mismo autor.

En las salas del palacio del Infantado es de admirar principalmente las riquezas de las techumbres, que unas veces representa colgantes y estalactitas, imitando las bóvedas de las grutas, y otras una octógo-

na cúpula con estrellas entrelazadas y con figuras de salvajes armados de mazas.

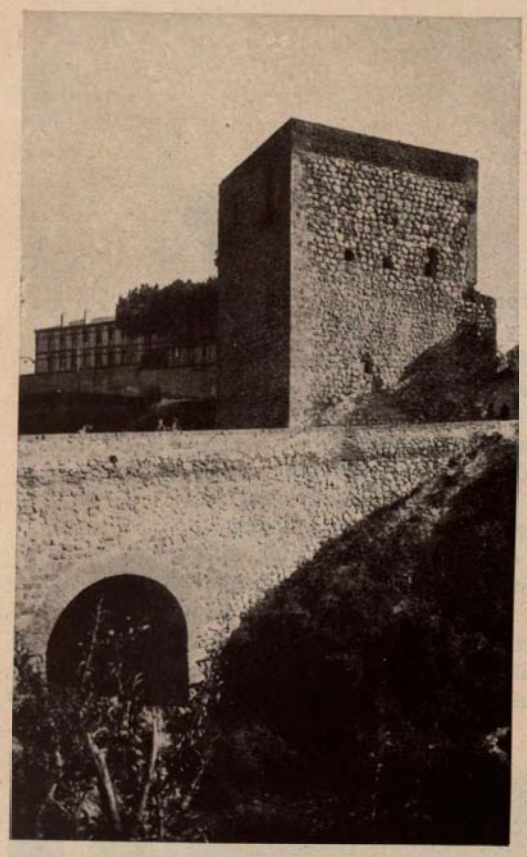
La sala de cazadores conserva la primorosa chimenea, sostenida como al aire por delgadas columnas: en sus cinco compartimientos figuran tres blasones y dos atletas luchando a brazo partido con un león, y sírvele de dosel una cornisa de arquitos góticos.

A todas, sin embargo, aventaja en extensión y magnificencia la sala de los linajes, bajo cuyo estalactítico artesonado, hecho un ascua de oro, corre una galería cuajada de arabescos, ocupando el vacío de sus arcos los escudos de la casa, águilas y leones, y avanzando a trechos repisas y doseletes para acoger los bustos de los ilustres ascendientes distribuídos en parejas. La grande inscripción que orla el friso por debajo declara que estas labores primorosas datan de la fundación misma del edificio. ¡No es mucho que tanta riqueza excitara el asombro del Rey de Francia, que fué hospedado en esta sala!

Anfiteatro del salón de linajes, en el palacio de los duques del Infantado.

Muchas y muy notables cosas pueden admirarse en este palacio; pero es forzoso hacer un punto, bastando estas ligeras indicaciones para llamar la atención de que por su originalidad puede reputarse como único en España.

La escasez y pobreza de los edificios públicos, y el lamentable sistema seguido desde aquellas centurias de esplendor hasta el presente, de cercenar y truncar, según el capricho o menester, lanzando inflexibles alineaciones a través de los edificios, han mutilado y hecho desaparecer cuanto de notable existió en Guadalajara durante la época de su apogeo.



Puente y torreón de Alancín.

Al Cuerpo de Ingenieros pertenece el fuerte, antigua morada de los templarios y conventos de frailes franciscanos con posterioridad. Allí estuvo preso y fué enterrado el famoso Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, poeta festivo del siglo XIV y cuyos restos se han perdido con los de Alvar Gómez de Ciudad Real, secretario de Juan II y de Enrique IV.

La soberbia iglesia, de estilo gótico, el claustro y demás dependencias del convento, fundación de Doña Berenguela y reconstruído, a raíz de su incendio en 1394, por D. Diego Hurtado de Mendoza, conserva grandes vestigios de su belleza, y el panteón de los duques del Infantado, construído bajo el presbiterio, atestigua la suntuosidad de aquellos señores.

El Instituto de segunda enseñanza está en la Judería. En aquel sitio, y por los años 1524, fundó un convento, con la advocación de «la Piedad», D.ª Brianda de Mendoza y Luna, hija del segundo duque del Infantado. Un paredón que cierra el edificio impide que la arruinada iglesia luzca la belleza de su portada de abalaustradas columnas y un gentil arco artesonado que cobijan un relieve de la Virgen de los Dolores. Sin lucimiento se encuentra también la preciosa portada plateresca que da paso al claustro, y en éste es donde puede admirarse lo más artístico y monumental de la obra. Forma el patio dos galerías: la baja, de columnas corintias que sostienen el arquitrabe, y la alta, adornada de un antepecho de caladas escamas, lo mismo que la barandilla de la escalera, haciendo un conjunto de armoniosa belleza. En la biblioteca de este edificio, que cuenta con más de 5.000 volúmenes, se conservan, a más de una Biblia poliglota, varios incunables y diez códices del siglo XV.

En la parroquia de Santa María de la Fuente, que nada tiene de notable, aparte del estilo semioriental de sus puertas con arcos de herradura, se conservan en la capilla mayor los enterramientos de la familia de los Albornoces, y al lado del evangelio el busto de Juan Morales, tesorero de los Reyes Católicos. En la capilla de las Candelas está el sepulcro de alabastro de su egregio fundador, D. Alonso Yáñez de Mendoza, chantre de Toledo, confesor de Isabel la Católica y confidente del cardenal Mendoza.

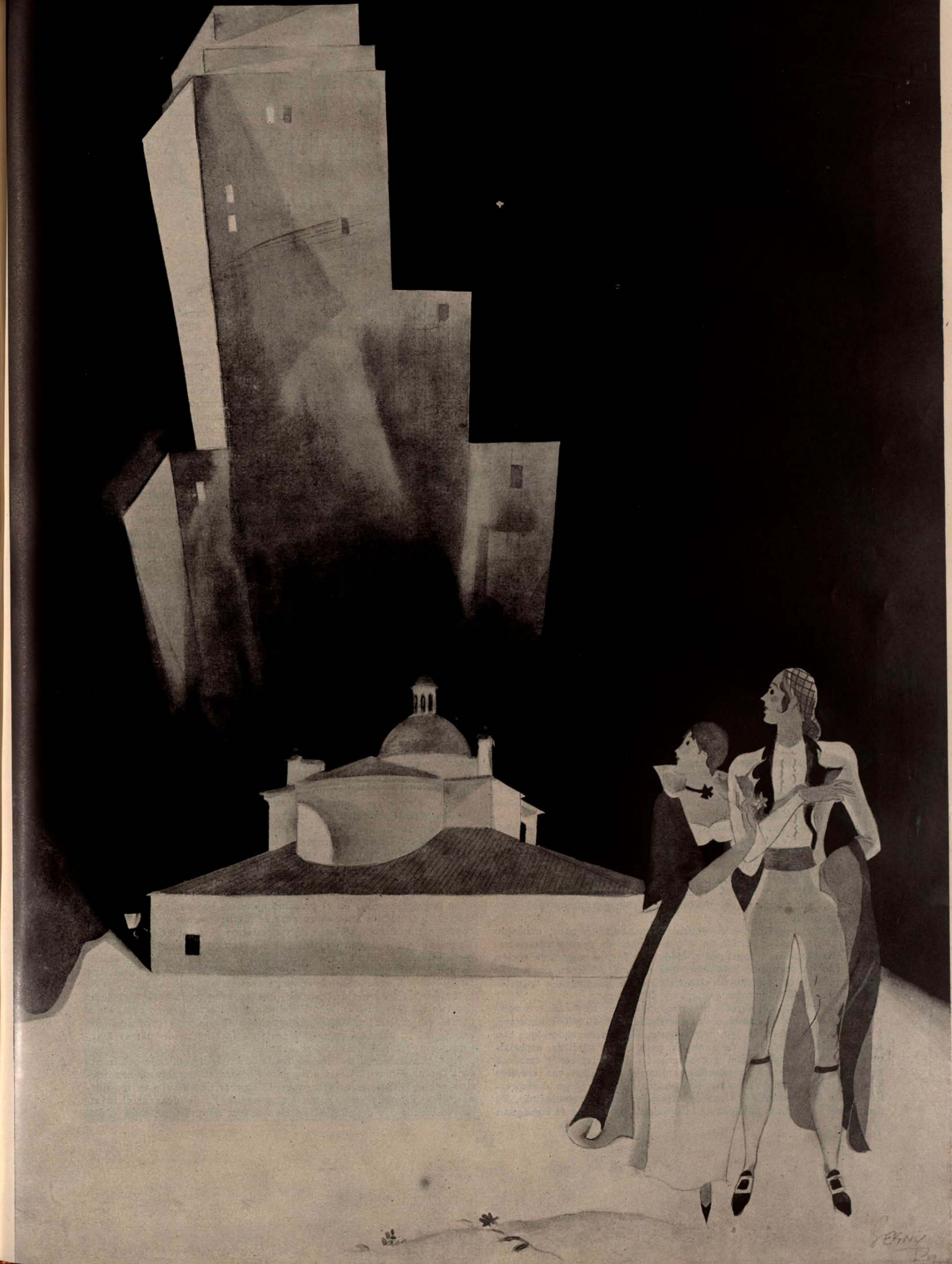
Iglesia de San Nicolás.

Próxima al palacio de los duques del Infantado está la parroquia de Santiago, horriblemente mutilada por razón del ensanche de la ciudad, sin que se tuvieran presentes sus tradiciones de mezquita, ni de sus siete puertas, por donde es fama entraron los siete Infantes de Lara.

La iglesia de San Gil conserva el pórtico donde el Consejo celebraba sus asambleas, y en la de San Ginés puede admirarse, a los lados del presbiterio, los sepulcros platerescos, con las estatuas de alabastro arrodilladas de Pedro Hurtado de Mendoza, hijo del marqués de Santillana, y su segunda mujer, Doña Juana de Valencia, dama de Isabel la Católica, fundadores del monasterio de Benalaque, próximo a la ciudad. En las dos primeras capillas laterales están colocados los restos del primer conde de Tendilla, D. Íñigo López de Mendoza, y su mujer, D.ª Elvira.

La iglesia de la Antigua es una de las que, al decir de las viejas crónicas, permaneció abierta al culto cristiano después de la conquista de Guadalajara por los árabes.

Capilla de Lucena.
(Fotos Loty).



MADRID

LA PROVINCIA DE MADRID

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA Y ADMINISTRATIVA

por el

Vizconde de Salcedo Bermejillo

Presidente de la Diputación provincial

La provincia de Madrid, situada en el centro de la península y en la vertiente meridional de la cordillera Carpetovetónica, linda al norte con las provincias de Segovia y Guadalajara; al este, con esta última y la de Cuenca; al sur, con la de Toledo, y al oeste, con la de Ávila y la de Segovia. Suelo montañoso al norte-occidental, quebrado por las Sierras de Gredos y Guadarrama, es llano en la parte central y meridional, con una altura media de 650 metros. De clima diverso, escaso de lluvias y con terreno adecuado para el pastoreo, los pueblos de la provincia son eminentemente agrícolas, siendo muy reducida su actividad industrial, no obstante las facilidades que ofrece para el transporte, por ser el centro de los ferrocarriles, carreteras y demás vías de comunicación.

Mide una extensión superficial de 8.002,11 kilómetros cuadrados, con una población de 1.067.637 habitantes, de los que corresponden a la capital 809.400. Comprende 18 partidos judiciales, diez correspondientes a la capital y ocho a los pueblos, con 196 municipios, siendo centros de población dignos de mención, fuera de la capital, Alcalá de Henares, célebre por su antigua Universidad, y los Reales Sitios de Aranjuez, El Pardo y San Lorenzo de El Escorial.

Por lo que se refiere a la Administración provincial, es de reconocer que al amparo de la Dictadura y del régimen legal establecido por el Estatuto provincial vigente se ha operado un radical cambio en los organismos de este orden y principalmente en su Erario. Separados de la política, sin intervención en las elecciones y formación del Censo electoral, quintas y otras funciones de esta índole, impropias de su misión y por las cuales ningún timbre de gloria se les atribuyó, viven en la actualidad consagradas al cumplimiento de sus verdaderos fines, desarrollando constantemente su órbita de acción y procurando el mayor grado de utilidad a sus administrados, convirtiéndose las Diputaciones, de rueda inútil, en órganos intermedios, de eficaz e indispensable enlace para la prosperidad de la vida nacional.

Ha sido radical la transformación de la Diputación provincial de Madrid. Su presupuesto, que en 1922 era de 7.129.181,51 pesetas, llega en 1929 a 17.600.020,53, al que ha de unirse un extraordinario para obras provinciales en el corriente año y que dentro del mismo entrarán en ejecución, por un valor de 27.125.000 pesetas, sin contar los 8.000.000 que, con destino a la construcción de caminos vecinales, en un período de cinco años, se han de invertir con cargo al presupuesto de la Mancomunidad de Diputaciones de régimen común, capitalizando la subvención del Estado.

El aumento y carácter realizable de los recursos ha permitido dotar convenientemente sus servicios, destinándose en el ejercicio corriente 352.000 pesetas para subvencionar obras de carácter sanitario que se llevan a cabo por los Ayuntamientos de la provincia, concepto que en 1922 figuraba sólo con 2.000 pesetas.

El capítulo de la Beneficencia asciende a 6.355.608,78 pesetas, cifra que excede en 2.463.110,72 pesetas de la consignada en 1922 para estas atenciones.

Al Instituto de Higiene se destinan 131.062,11 pesetas, concepto para el que no había partida en el presupuesto de 1922 y anteriores.

No tiene tampoco precedentes el crédito de 74.000 pesetas de acción social, que ha permitido establecer una Caja de Ahorros, próxima a inaugurarse, para fomento de esta virtud y los destinados a Escuelas Industriales, de Sordomudos y Ciegos y Bibliotecas.

Al advenimiento del Directorio, la red de carreteras y caminos vecinales, en deplorable estado de conservación, era de 586 kilómetros, y en la actualidad es de 750, convenientemente conservados, que con los proyectados excederá de 1.000. Y para obras públicas, especialmente para la construcción y conservación de carreteras y caminos vecinales, sólo en el presupuesto ordinario importan sus créditos 5.787.051,75, a más de los 2.295.000 pesetas que, con cargo al empréstito de la Mancomunidad, han de invertirse en el presente año. Es decir, que para obras públicas de la provincia de Madrid se consignan este año 8.082.051,75 pesetas, cantidad que excede en 7.237.067,46 del importe del presupuesto de 1922 para estas atenciones.

Para comenzar el plan de repoblación forestal de la provincia con el establecimiento de un Parque norte y el funcionamiento de un Vivero central, capaz de facilitar 600.000 plantas anuales, necesarias para realizar dicha finalidad, en colaboración con el Estado y de acuerdo con los pueblos, se destina un crédito de 120.000 pesetas.

En el año actual estará terminada la construcción, iniciada hace tres años, de un Hospicio modelo —que se denominará Colegio de San Fernando—, con un gasto total de 12.000.000 de pesetas, constando de treinta pabellones y una superficie edificada de 550.000 pies cuadrados, en un área utilizable y gratuitamente cedida por el Ayuntamiento de Fuencarral de 60 hectáreas, dotado de todos los elementos que la ciencia y el progreso permiten, desde una central de calor, susceptible de todos los aprovechamientos, hasta talleres de todos los oficios, incluso Granja agrícola y campo de experimentación, constituyendo una verdadera Escuela de Artes y Oficios, donde los huérfanos y desamparados de la provincia, en número de 1.500, puedan recibir adecuada educación y enseñanza para convertirse en ciudadanos útiles para sí, sus familias y la Patria, calculándose su sostenimiento por un gasto anual de 1.600.000 pesetas.

Se ha construído el pabellón de Oncología, denominado «Reina Victoria Eugenia», adosado al Instituto del Cáncer, con un gasto de primer establecimiento de 936.115 pesetas, en cuyo pabellón se hospitalizarán 60 enfermos cancerosos sujetos a tratamiento activo, puesto que los incurables se acogerán en los dos pabellones dispuestos a este objeto en el Hospital de San Juan de Dios.

Se ha fundado en Aranjuez un Asilo de Ancianos con 300 plazas y un gasto de instalación de 455.000 pesetas.

Se ha construído el Colegio de la Paz, para 450 plazas, con un gasto de 1.260.000 pesetas.

Ampliando la capacidad de los establecimientos y mejorando sus condiciones sanitarias e higiénicas, se han invertido en obras en el Hospital provincial 1.462.005,56 pesetas, dotándole de calefacción en sus salas y de completos servicios sanitarios, y se han subastado las obras para construir un Laboratorio provincial, por un millón de pesetas; en el Colegio de las Mercedes, 593.250 pesetas, y en el Hospital de San Juan de Dios, 435.738,59 pesetas.

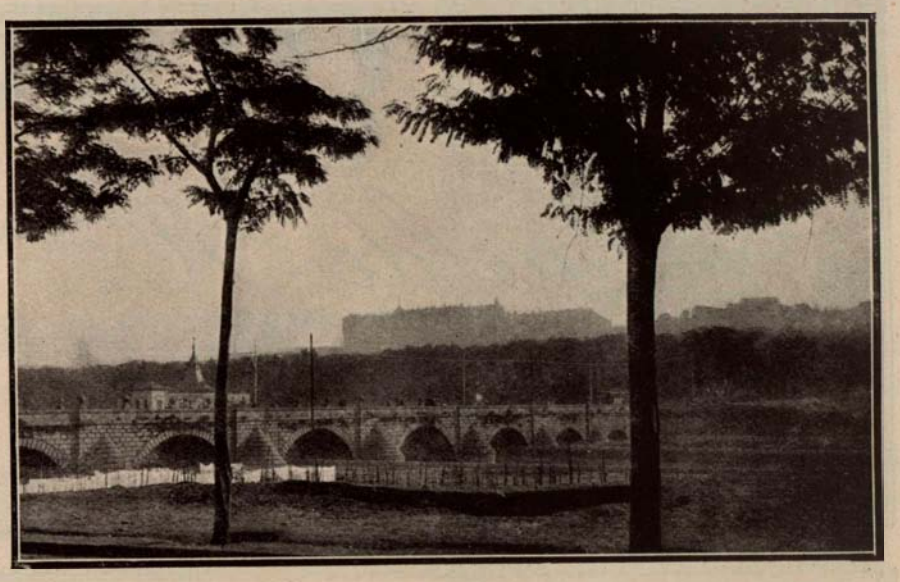
Con cargo al presupuesto extraordinario habrá de construirse el Instituto de Puericultura o nueva Inclusa, con un presupuesto de 3.250.000 pesetas; el Manicomio provincial, con una superficie de 100 hectáreas en Alcalá de Henares y un gasto de 12.000.000 de pesetas; el nuevo Instituto provincial de Higiene, con un presupuesto de 500.000 pesetas; Casa de Maternidad, por 4.000.000 de pesetas; un plan de carreteras y caminos vecinales, por 3.000.000 de pesetas, y obras de ampliación en el Hospital provincial, por 2.500.000 pesetas.

Se proyecta incluir en el próximo ejercicio económico la consignación de los créditos suficientes para el planteamiento y desarrollo del nuevo e importante servicio agro-pecuario; el establecimiento de la Guardia provincial y la terminación del plan de caminos, en 1922 intransitables por falta de acopios, y en la actualidad en análogo estado de conservación que las carreteras del Estado, y, en gran parte, con riego asfáltico y adoquinado en las travesías.

En cuanto a gastos de personal, que en 1923 representaba el 30,62 por 100 del presupuesto de la Provincia, en el actual, y no obstante el considerable desarrollo que ha experimentado la vida provincial, no excede del 10 por 100, estando autorizada la Diputación por el Estatuto para gastar hasta el 25 por 100.

Esta es la relación sucinta y cifrada de la labor realizada por la actual Diputación en los seis años posteriores a su nombramiento interino por el Directorio militar, y es de esperar que dentro de las nuevas orientaciones y en el camino emprendido ha de alcanzar el máximo de prestigio y de utilidad en bien de sus administrados.

MADRID



por

Luis

Fernández

Ardavín

Un Madrid popular, coplero y burlador.
Los tapices de Goya. El Pardo, su jardín.
Aquella clase media que copió Moratín:
el café, la hostería, la niña y el tutor.

Un Madrid elegante, volteriano y torero.
Coletos y carambas... A la luz de la luna,
las mejores sonrisas para Pedro Romero.
Godoy, María Luisa... La de Alba, la de Osuna.

Después, guerras civiles... Dibujo al aguatinta.
Curas y guerrilleros por la causa de Dios.
Y el Madrid que vivieron Fortunata y Jacinta.
El Madrid más humano: el Madrid de Galdós.

Suave litografía... Barrios de comerciantes.
El ideal sagrado; la disciplina, recta.
Franco liberalismo... Masones, judaizantes,
y en la sombra, tendiendo su red, Doña Perfecta.

Luego suenan mazurcas y chotis zarzueleros.
El polisón es musa: cosa fingida y hueca.
Y entre los gallardetes verbeneros
se anudan el pañuelo las chulonas de Chueca.

Hoy Madrid se ha comprado su piyama moderno
y se asoma a los áticos de los grandes hoteles.
Pero en su carro es reina de majos la Cibeles;
y Madrid, como antes, sencillo, alegre y tierno,
en los días de toros se viste sus caireles.

* * *

Madrid es equilibrio... Sentido de la gracia.
Armonía perfecta: llaneza y señorío.
Un grano de majeza y otro de aristocracia.
Como Palacio Real mirándose en el río.

Epelde Hnos
JOYEROS

SAN SEBASTIAN
Avenida, 19
TELÉFONO 11338

MADRID
Sevilla, 4
TELEFONO 12365

Suscríbase a la

Revista de las Españas

Órgano de la Unión Ibero-Americana

Calle de los Madrazo, 9
Madrid

Los Pontones

FABRICA DE ALFOMBRAS
Y TAPICES

Alfombras de nudo
Tapices de alto lizo
Reposteras · Restauración y conservación

TALLERES = Pº DE LAS ACACIAS 2 DPDO · OFICINAS = FRANCISCO ROJAS 3 · MADRID

MADRID

POR

PEDRO DE RÉPIDE

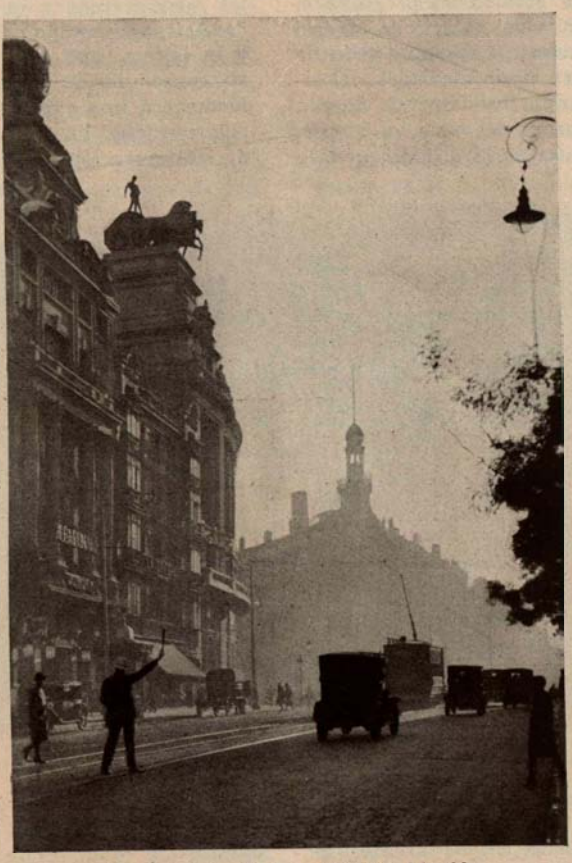
CRONISTA OFICIAL DE MADRID

Avenida de Pi y Margall.

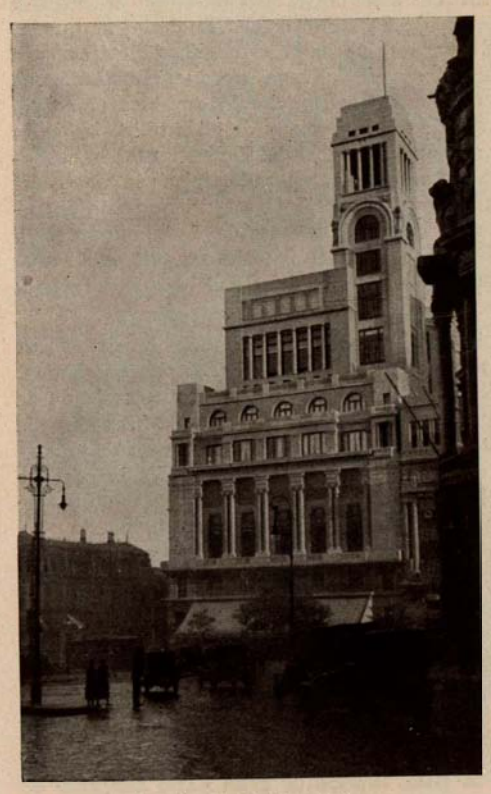
Palacio de la Prensa.

Madrid, cabeza un día del mundo, como Roma, asienta sobre siete colinas su población, lo mismo que la Ciudad Eterna. Si de abolengo se trata, no es menester el lujo de leyenda ni el camino de fabuloso, para remontar poemáticamente su origen a una fundación de Ocno Bianor, hijo del rey Tíber y de la adivina Manto, con lo que se justificaría el viejo nombre de Mantua Carpetana para la designación de la villa de las Siete Estrellas. No es necesario recurrir a lo antiguo enigmático, cuando las realidades de la ciencia demuestran que antes de esas épocas remotas de la historia, Madrid, reducido, como luego en los primeros días históricos, a la vecindad del Manzanares, tuvo población en los días de la prehistoria, en que los monstruos antediluvianos crecían en las márgenes de nuestro río, paraje entonces cubierto de una vegetación esplendorosa, con un clima y una flora semejantes a las de ahora en las regiones del África central.

Hasta donde alcanza la investigación de las crónicas, se llega a un Madrid romano señalado en la castramentación del imperio, y del que asimismo quedaron vestigios en urnas cinerarias, brocales de pozo y graciosos mosaicos. Mas, destacada su silueta en la perspectiva secular, es cuando aparece como atalaya defensora del poderío morisco, avanzada del reino musulmán de Toledo, fugazmente conquistada por Ramiro II de León, vuelta al poderío del Islam, y definitivamente ganada por Alfonso VI para la reconquista.



Un aspecto de la calle de Alcalá.
(Fotos Loty.)



Círculo de Bellas Artes.

De un parvo recinto, desde la fortaleza, luego asiento del alcázar, hasta la cuesta de la Vega, y de una sola cuenca, la del Manzanares, llega en los días del desenvolvimiento de la corte a extenderse hasta la del bajo Abroñigal, Recoletos y Prado, y se dilata, en fin, hasta una tercera, borrando el álveo del alto Abroñigal, topando en él con la linde del término municipe.

Si, lo mismo que a D. Cleofás Pérez Zambullo, nos hubiese llevado Asmodeo a lo alto de la torre de San Salvador, atalaya de la villa, la recordada visión de aquella ciudad, hinchada de cúpulas y erizada de torrecillas, quedaría muy reducida ante la dilatada perspectiva que hoy podría ofrecernos, dando una absoluta realidad a lo que se ha llamado vista de pájaro, y que ahora lo sería, en efecto, al contemplar la extensión urbana y sus aledaños desde un aeroplano en las alturas de su vuelo.

Más que el hito del León en la altura del Guadarrama, pudiera decirse que es Madrid la señal divisoria entre las dos Castillas. Al norte, llegan hasta ella los paisajes bravíos que tienen todavía el color y el sabor de la sierra, de la tierra alta, y al sur, desde sus mismos arrabales, cabría decir que empiezan las llanuras de la Mancha. Topográficamente se halla también marcada esa diferencia con una variedad de elevación sobre el nivel del mar, que va de los 580 metros a la orilla del Manzanares, junto a la ermita de la Virgen del Puerto, hasta los 700 en la parte de los Cuatro Caminos. Entre esas cotas se alzaba la breve ciudad medieva, donde el Rey de Castilla establecía a veces su Corte trashumante, «en la su villa de fuego cercada», como la cantara Juan de Mena, por sus murallas de pedernal, hasta cuyos lienzos septentrionales llegaban los tupidos bosques de caza mayor, que dieron origen al emblema del oso y del madroño, que es uno de los blasones de su escudo. La selva fué desapareciendo, y el muro más extenso, alzado en tiempo de Felipe IV, no fué ya de duro pedernal, sino de frágil ladrillo. Más de dos siglos permaneció la capital de España apretada por ese débil ceñidor, hasta desbordarse con repentino ímpetu, y derramar su caserío, sus avenidas, sus fábricas y sus jardines en una extensión que ya ha rebasado sus límites jurisdiccionales.

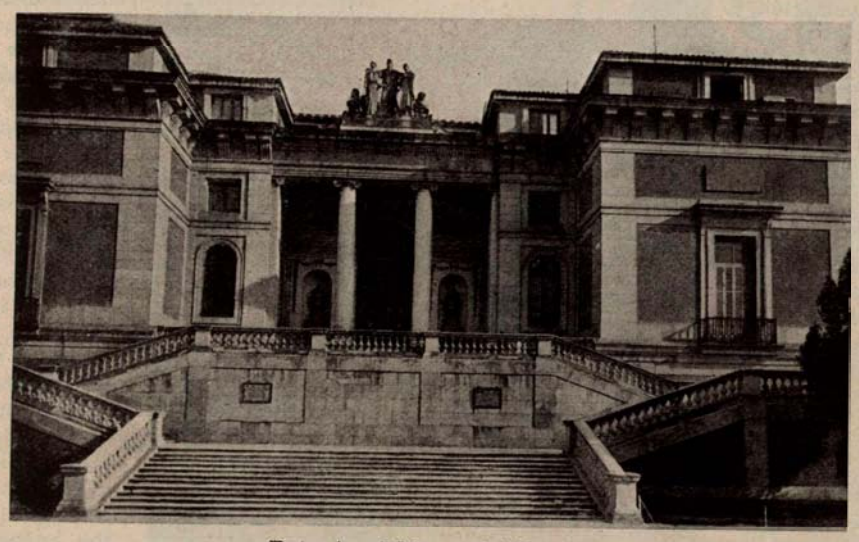
El viejo núcleo de su población sigue siendo su lugar más interesante, histórico y monumental. Es decir, en la eminencia propicia para un castro romano, para el castillo árabe y para la fortaleza cristiana que había de convertirse en alcázar, y dejar luego su emplazamiento al real palacio de los Borbones. Testigo de magnificencias de los monarcas de Castilla, residencia fugaz de León V de Armenia, que desposeído de su estado por los turcos recibió de la liberalidad de nuestro Don Juan I tan espléndido regalo como el señorío de Madrid convertido en reino, mansión donde Enrique III recibió la embajada del gran Tamorlán, y escenario de justas y torneos su explanada del Campo del Rey, hoy plaza de la Armería, comenzó en tiempo de Carlos V a ser modificado y ampliado por los

Ministerio de Instrucción pública.

arquitectos Covarrubias y Luis de la Vega, hasta constituir en el siguiente reinado la enorme mansión que había de ser centro del mundo de su tiempo, aposentamiento del trono de los Austrias y recinto de la complicada maquinaria que regulaba la marcha del descomunal imperio. El incendio de Nochebuena de 1734 destruyó el alcázar, y Felipe V, el primer Borbón, halló en ello una oportunidad para borrar toda huella de la dinastía anterior, alzando un nuevo palacio. Encargado del proyecto el abate Felipe Jura, trazó uno magnífico, para cuya realización eligió amplios terrenos en los altos de San Bernardino, lo cual habría tenido la eficacia de llevar desde hace dos siglos la expansión de Madrid hacia esos bellos parajes, en los que ahora se proyecta la construcción de la Ciudad Universitaria. Felipe V quiso, sin embargo, ser fiel a la tradición con el respeto al abolengo del lugar, y determinó que el palacio nuevo fuera edificado sobre el mismo sitio que el antiguo. Por el desnivel del terreno, perdería en extensión lo que habría de dársele en profundidad, y, aceptados los planos de Juan Bautista Sachetti, procedióse a la construcción de éste, que es, no sólo el más hermoso palacio de Madrid, sino uno de los más bellos de Europa. Y eso que no llegó a realizarse el proyecto, según el cual, el actual palacio no era sino la mitad del ideado, debiendo haberse hecho otro igual hacia la calle de Segovia, con un gran puente que salvara ese desnivel, adelantándose al viaducto del siglo XIX, y quedando entonces la iglesia de San Francisco el Grande como capilla del palacio.

Comenzado, como ya queda dicho, en el segundo reinado de Felipe V, no fué terminado hasta el de Carlos III este monumento magnífico, cuya hermosura impresionó tanto al pueblo, que pronto se creó en torno a su erección un mito análogo a la trágica leyenda de Manoli y sus operarios en la construcción del monasterio de Argis, en Rumania, arrojados desde sus andamios a la muerte por haber contestado afirmativamente a Radul Negri cuando les preguntó si serían capaces de levantar otro edificio igual. La leyenda del palacio de Madrid es absurda, tratándose de una época tan cercana a nosotros, y sobre todo de amplias manifestaciones de las artes liberales, como es la de mediados del siglo XVIII, y la fantasía popular que la forjó tomó como fundamento de ella uno de los bustos que adornan la balaustrada superior del palacio, y que, como todos los bustos, carece de brazos y de expresión en la mirada, con lo que se hizo la fábula de que era la imagen expiatoria del arquitecto, a quien un monarca soberbio y cruel hizo arrancar los ojos y cortar los brazos para que no pudiese repetir en gloria de otro príncipe la maravilla de su creación artística.

Si los planos primitivos son de Sachetti, no hay que olvidar que en su ejecución y mejora en la traza de las fachadas anduvo la mano del insigne arquitecto español Ventura Rodríguez. Este edificio admirable, gala del arte en España, luce gallardamente su belleza en todas las perspectivas. Su fachada de poniente corona el Campo del Moro, que aun conserva este nombre desde fines del siglo XII, en que sirvió de campamento a Aben Yucef, rey de los almorávides, y es denominación que ha prevalecido sobre otra posterior, cual era la de Parque de Palacio, con la que fué cantado ese paraje por los poetas del siglo de oro, y sirvió de fondo para la acción de algunas comedias de aquellos ingenios inmortales. El Campo del Moro es un frondosísimo vergel, adornado por dos artísticas fontanas. Una, la de los Tritones, que en el siglo XVII era ornato de los jardines de Aranjuez, y otra del siglo XVIII, diseñada por Ventura Rodríguez y labrada por Francisco Gutiérrez y Manuel Álvarez, la cual tuvo su primer emplazamiento en el palacio del Infante Don Luis, en Boadilla del Monte. Contiguo a estos jardines palatinos están los de la Cuesta de la Vega, que cubren en gran parte el antiguo Campo de la Tela, palenque otrora de las lides caballerescas.



Entrada al Museo del Prado.

Por la parte de levante abre el real palacio su puerta del Príncipe ante la plaza de Oriente. Construída en los primeros años del reinado de Isabel II, sobre el espacio que dejaron libre los derribos ordenados por José Bonaparte, para destruir construcciones y callejas que se apiñaban junto al gran edificio, es una de las más características de Madrid, con sus tres jardines, y presidida por la más importante de las esculturas que embellecen la capital: la de Felipe IV, cabalgando un caballo sostenido en ágil corveta. Gloriosa es su ejecutoria. Fundida por Pedro Tacca, su diseño fué de Velázquez, y su boceto escultórico de Martínez Montañés. Situada primeramente para remate de la fachada principal del alcázar, dió luego nombre y decoro a uno de los patios del palacio del Buen Retiro. Dando guardia de honor al parque en que se alza, forman en círculo gran número de las estatuas de monarcas españoles que fueron hechas para colocarlas exornando los balaustres cimeros del palacio de los Reyes.

Al otro extremo de la plaza está el teatro Real, consagrado a la ópera, y sucedáneo del de los Caños del Peral, que próximamente se hallaba. El Real, comenzado a construir en 1818 y terminado en 1850, ha sido en diversas épocas congreso de diputados, lugar de reuniones revolucionarias y ciudadela en más de un combate. Como coliseo de la música dramática, en el que han brillado todas las eminencias de ese arte que han culminado universalmente durante ochenta años, su prestigio le ha mantenido siempre en la categoría de uno de los primeros del mundo. A la izquierda de la plaza de Oriente quedan la casa de Sabatini (a quien tanto debe el Madrid del siglo XVIII), palacio de Floridablanca y de Godoy, luego de Murat durante la invasión napoleónica, y finalmente ministerio de Marina, y última mansión de soltería de dos princesas que han salido de él para convertirse en reinas. Inmediato, el palacio del Senado, es el viejo colegio de D.ª María de Córdova y Aragón, y su salón de sesiones, la antigua iglesia, en cuya traza intervino el Greco, peregrino ejecutante de las tres artes plásticas. Cercano, el monasterio de la Encarnación, o de las Margaritas, como se le llamó también por haberle fundado la esposa de Felipe III, Doña Margarita de Austria, es uno de los vestigios más representativos que quedan de aquella corte sombría. Y a la derecha del teatro Real, en el altonazo que forma la plazuela de Ramales, hay que recordar que estuvo uno de los templos más antiguos de la villa, al cual hubiera bastado a dar importancia el haber sido sepultado en él D. Diego Velázquez. Derribada esa parroquia en tiempo de José Bonaparte, perdiéronse aquellos restos preciosos.

El real palacio ha quedado aislado, y aparece como un magno y pétreo león que descansa mirando al sol del mediodía, alargando como brazos las arcadas galerías de la Plaza de Armas. También esta parte meridional fué despejada por la demolición de la casa de Pajes y del Arco de la Armería, y permanece libre el espacio hasta las obras de la nueva catedral de Madrid. Terminada y abierta al culto está su cripta, consagrada a la Virgen de la Almudena, que en este mismo lugar reapareció en un cubo de la muralla al ser tomada la villa a los moros por Alfonso VI. Hasta mediados del pasado siglo, su templo fué el de Santa María, pocos metros más arriba, frontero al palacio de Uceda o de los Consejos, y que había sido mezquita antes de su dedicación cristiana.

Entre la calle Mayor, la de Segovia y Puerta de Moros, guarda el viejo Madrid el encanto romancesco de sus callejas y encrucijadas, sus plazas misteriosas, vetustos caserones, antañones conventos, palacios señoriales y posadas de arrieros. La ciudad de los siglos pretéritos vive allí. Tiene su mirador en las Vistillas de San Francisco, donde la Cuesta de los Ciegos recuerda la tradición de los menesterosos a quienes daba todos los días limosna y consuelo el santo de Asís, aposentado en la vecina ermita, de donde tomaron origen el convento y la iglesia, que, llamándose de San Francisco el Grande, justifica su adjetivo como uno de los más hermosos templos de la capital. A fines de la Edad Media era una excelente obra del arte ojival y servía de artístico panteón a enterramiento de próceres figuras. Reedificada en el siglo XVIII, fué completada su decoración en el XIX con pinturas de los más célebres artistas, conservándose entre ellas una de Goya, que es, con el admirable San José de Calasánz, de las Escuelas Pías de San Antón, y la maravilla de los frescos de San Antonio de la Florida, el acervo pictórico religioso que, aparte el Cristo del Museo del Prado, guarda Madrid del gran pintor, quien no fué muy pródigo en sus manifestaciones de pintura sagrada.

La plazuela de la Paja, con prestancia cortesana un tiempo, cuando la casa de los Lasso de Castilla, al lado de San Andrés, sirvió de residencia a los Reyes Católicos y al Cardenal Cisneros, tiene otro templo de alto interés artístico. La veneranda parroquia, tres veces sepultura de San Isidro, y engrandecida por sus capillas. La del Obispo, en que el retablo, el sepulcro del fundador, D. Gutierre de Carvajal, y los de sus padres, son primorosa labor del arte del Renacimiento, y la de San Isidro, construída en el siglo XVII, costeada a media por la villa y por el oro que para ello enviaban los virreyes de Indias, y que es gala suntuosa del arte barroco madrileño. En la calle de Segovia desafía las centurias la torre mudéjar de San Pedro el Viejo, de la que es tradición fué erigida por Alfonso XI para celebrar la toma de Algeciras, y a cuya campana daban limosna los labradores de la vega, porque era fama que desbarataba los nublados. Y sigue una varia frecuencia de amables rincones, llenos de gracia evocadora; las plazas de la Morería y del Alamillo, la de la Cruz Verde, con su fontana adosada al muro monacal del Sacramento; la escondida de San Javier, entre un palacio antañón y una posada típica; la noble del Cordón, la del conde Miranda, con su convento de las Carboneras, que a la entrada de su iglesia ostenta todavía una cartela con la concesión de indulgencias a quienes recen un padrenuestro por el alma del Gran Capitán y por la de su mujer, y las angostas calles de los Azotados, del Rollo, del Conde y del Toro, con sus cuestas pinas, sus recovecos, sus pretiles y sus escalerillas.

La calle Mayor, vía príncipe, por la que ha pasado tantas veces la historia de España, tendría bastante para ser insigne con que en ella, y casi frente a frente, se hallen la casa donde nació Lope de Vega y aquella en que murió Calderón de la Barca. Ábrese en esta calle la plaza de la Villa, formada por tres modelos de arquitectura civil, cual son el Ayuntamiento, primera casa consistorial, gallarda muestra del arte matritense de la construcción en el siglo XVII; la casa de Cisneros, mayorazgo del sobrino del gran cardenal, y más antiguas aún que ésta, las casas y torre de los Lujanes. Torre de la que una absurda leyenda quiso hacer prisión del Rey de Francia Francisco I cuando, vencido en la batalla de Pavía, fué traído a Madrid. La realidad es que vino honrado y festejado, y que en casa de los Lujanes se detuvo para recibir un agasajo, camino del alcázar, donde la generosidad del victorioso Carlos I había de aposentarle más como huésped que como prisionero. Al otro lado de la calle Mayor queda la vieja iglesia de San Nicolás, en la que fué bautizado D. Alonso de Ercilla y sepultado Juan de Herrera, y de cuya remota antigüedad se ha descubierto recientemente tan considerable prueba como el hallazgo de un alminar que demuestra su primitivo destino de mezquita.

La plaza Mayor, antiguo coso de la villa, especie de gran patio histórico de la ciudad, guarda en buen hora su clásico aspecto, la simetría de su conjunto

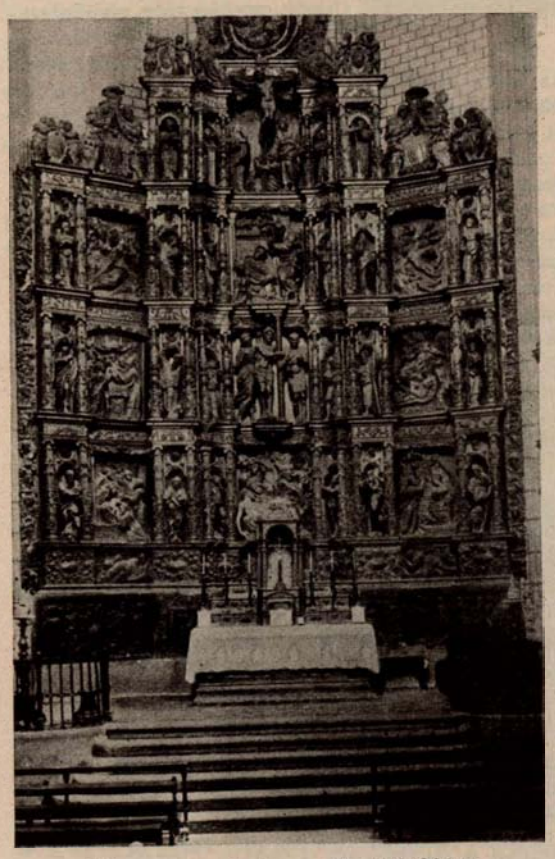
en fachadas y soportales, y sólo difiere de cuando hubo de ser escenario de autos de fe, fiestas de cañas, sortijas y estafermos, corridas de toros en los festejos reales, y campo de batalla en luchas ciudadanas, en que a partir de mediados del siglo último cubrióse su espacio central con un jardín, y púsose en medio la estatua ecuestre de Felipe III, obra de Juan de Bolonia y de Pedro Tacca, que regaló al Rey de España el gran duque de Toscana Cosme de Médicis, y sirvió largo tiempo de ornato a la entrada de la Casa de Campo.

La segunda y la tercera casa consistorial autorizan con su grave empaque, en nombre del concejo y del pasado, el ambiente tradicional de la plaza, llena siempre de un concurso popular, en la que se mezclan con soldados y paisanos de la corte los forasteros de lugares comarcanos, para quienes ésta sigue siendo la plaza del pueblo, zoco en Navidad y feria continua todo el año. Y, a despecho del tiempo, siempre parece verse en el balcón principal de la Casa Panadería la pálida figura de Carlos II, con su negra ropilla, presenciando, entre su madre hierática y su esposa aterrada, la tétrica procesión del Santo Oficio.

Como un caudaloso río que se derivase de un alto lago (y verdad es que bajo el suelo de la plaza Mayor existe una laguna), arranca de ella la calle de Toledo, camino de la España del sur, y la más pintoresca de la capital. Su gran decoro arquitectónico es la colegiata de San Isidro, que hace las veces de catedral. Construída en el siglo XVII por los jesuítas del Colegio Imperial, y embellecida en el siguiente, al ser trasladados a él los cuerpos de San Isidro y de Santa María de la Cabeza, es el más grandioso de los templos madrileños, y le dan un valor de museo las pinturas y esculturas que contiene, de maestros famosos. La calle de Toledo se dilata llena de colorido, con sus tiendas abigarradas, que tienen abundante clientela en los labriegos de la provincia, su mercado, sus mesones, y su paso al santuario de la Paloma, devoción de la majeza. En el cruce con las rondas marca una linde ya ilusoria la puerta toledana, obra de López Aguado en 1827, y que, a pesar de las críticas con que fué juzgada en un tiempo, no carece de armoniosa elegancia y grandeza. A uno y otro lado se desenvuelven los populosos barrios bajos, con sus bullangueros habitantes de jácara y trapío.

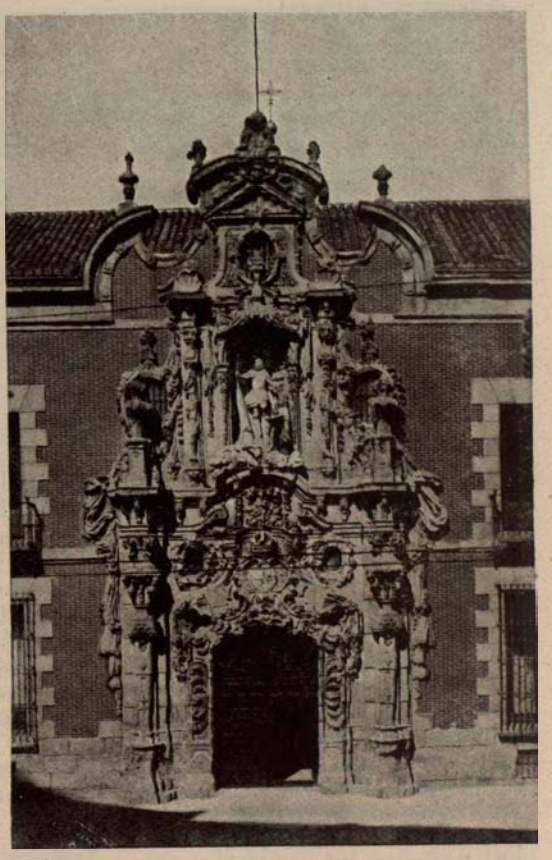
Volviendo al Madrid de la plaza Mayor, hallamos junto a ella otro interesante edificio civil de la época de Felipe IV, como es la antigua Cárcel de Corte, y últimamente ministerio de Estado. Paralela a la calle Mayor, comunica el centro de Madrid con el teatro de la ópera la calle del Arenal, a la que abre su atrio gracioso otra de las más antiguas parroquias: la de San Ginés. En sus proximidades, la plaza de las Descalzas oculta en su paz recoleta el monasterio que la da nombre. Fundado por la Infanta Doña Juana, hija de Carlos V y madre del Rey Don Sebastián de Portugal, en una residencia campestre de los Reyes, en la cual ella misma había nacido, sirvió de retiro a la Emperatriz de Alemania, Doña María, viuda de Maximiliano II, y en él profesó su hija, Doña Margarita, que, pedida para esposa de Felipe II, prefirió el hábito de clarisa. Monja de este convento, cuya abadesa es grande de España, fué también otra Margarita, de abolengo dos veces egregio, por la realeza y por el arte, fruto de los amores de Don Juan de Austria el Chico, con la hija de Ribera, el Españoleto. La capilla del Milagro, en la clausura del monasterio, está pintada por ese Príncipe, que heredó los gustos artísticos de su padre, el Rey poeta, y de su madre, comedianta. Tesoro de arte es ese recinto reservado a la comunidad, pero no es menos digna de visita su iglesia, con la admirable estatua orante de la fundadora, y el apacible claustro, donde en Semana Santa son de admirar los tapices de Rubens, mandados tejer para esta casa por la Infanta Isabel Clara Eugenia, gobernadora de Flandes.

Puente de Toledo. (Fotos Loty.)



Altar mayor de la capilla del Obispo.

El recuerdo del Españoleto nos lleva a señalar otro convento histórico, el de Santa Isabel, que desde principios del siglo XVII ocupa la antigua casa de campo de Antonio Pérez, el perseguido ministro de Felipe II. En la iglesia de Santa Isabel está la Concepción de Ribera, a la que las monjas hicieron que Claudio Coello cambiara la cabeza por haber retratado en la primitiva el Españoleto a su hija, la rendida al amor del hijo de Felipe IV. La referencia a los templos y casas de religión se hace continua tratándose de siglos en que el arte tiene una vinculación devota. Así, es de recordar que el célebre Cristo de Velázquez fué pintado «por los pecados del rey», para la sacristía de San Plácido, el convento de la dramática leyenda. Sería labor innumerable la de hacer aquí una completa relación del tesoro artístico religioso madrileño. Pero no deberán quedar sin ser citadas la iglesia de San Antonio de los Portugueses, interesante por su forma, y toda ella pintada al fresco por Jordán, Ricci y Carreño, y el monasterio y templo de las Salesas Reales, que fundó para su retiro la Reina Doña Bárbara de Braganza, reedificado recientemente aquél como Palacio de Justicia, y conservado como parroquia el segundo, fastuoso por su ornato de raros mármoles de serpentina y bronces, y por la elegante suntuosidad del sepulcro de Fernando VI. De la manera arquitectónica que ha venido a ser considerada la más representativamente madrileña, o sea el barroco exuberante de fines del siglo XVII y principios del XVIII, obras de Pedro Ribera y de Churriguera, piedra florida y escarolada, mantos graníticos abundantes en pliegues y en flecos, ha sido salvado de la desaparición el más importante monumento civil, el antiguo hospicio, que sirve en la actualidad de museo matritense. El puente de Toledo y la torre de Montserrat (declarada monumento nacional) son gentiles muestras de ese típico estilo, así como algunas portadas de viejos palacios (Perales, en la calle de la Magdalena; Torrecilla, en la de Alcalá; Romrée, en la de Trujillos; Miraflores, en la Carrera de San Jerónimo) y trasladada la de Oñate (que fué gala magnífica de la calle Mayor), a la Casa de Velázquez, construída en la Moncloa para pensionado de pintores franceses y españoles.



Entrada del Hospicio.

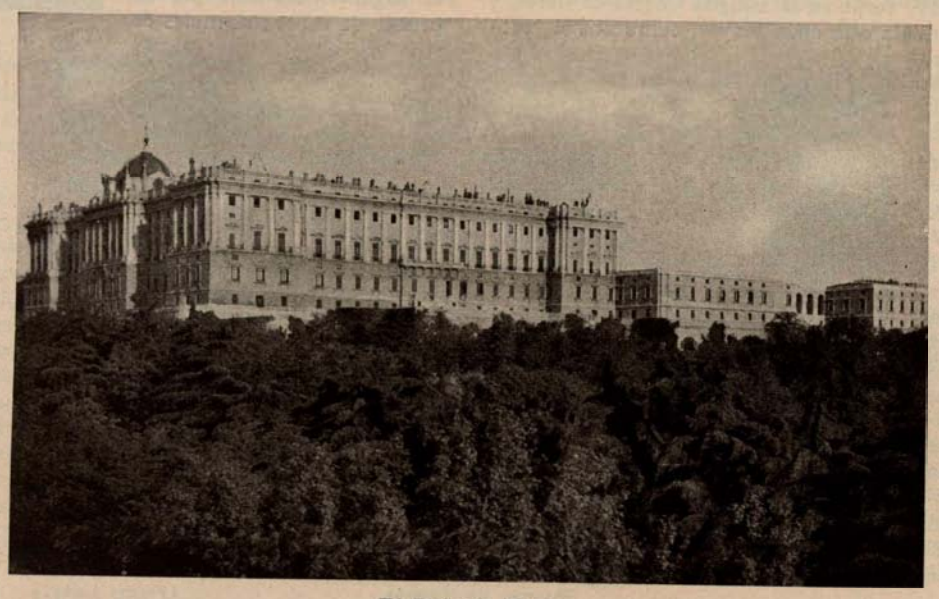
La Puerta del Sol, que tomó su nombre de una de las entradas de la villa, existente en los días de la lucha de las Comunidades castellanas, ha sido desde hace más de un siglo el ombligo de la capital, centro de la vida urbana, a la que cedió en importancia en ese sentido la plaza Mayor. Campo de revueltas o escenario de festejos, puede decirse que ante la antigua Casa de Correos, hoy ministerio de la Gobernación, edificio del tiempo de Carlos III, ha desfilado toda la vida española a partir del 2 de mayo de 1808. Transformada y ensanchada en 1854, cuando la vieja fuente de la Mariblanca hubo de ser arrumbada y la sucedió el ancho pilón central de surtidor elevadísimo, ha perdido ya mucho de su carácter tradicional. La enorme dilatación de Madrid ha hecho que esa plaza deje de ser el centro de una estrella cuyos rayos eran las entonces principales calles que de allí partían. La espléndida calle de Alcalá, que de ella arranca, era considerada una de las más bellas de Europa por la embajadora napoleónica en tiempo de Carlos IV, duquesa de Abrantes, quien así lo manifiesta en sus Memorias. Algo ha perturbado últimamente la armonía de esta calle la altura desproporcionada de edificios, cual los del Círculo de Bellas Artes y del ministerio de Instrucción pública, pero sigue siendo muy bella su perspectiva, ora contemplada desde su ingreso hacia la Cibeles y la Puerta de Alcalá, ora vista a la inversa, desde el elegantísimo arco de Sabatini. El ministerio de Hacienda, antigua Aduana, uno de los más bellos edificios que legó a Madrid el siglo XVIII; la Academia de Bellas Artes; las iglesias de las Calatravas y de San José; el admirable palacio de Buenavista, empezado a construir para la duquesa de Alba, amiga de Goya, regalado por el Ayuntamiento de Madrid a Godoy y dedicado luego a ministerio de la Guerra. El Banco de España, construcción de armónica belleza, una de las mejores de fines del siglo pasado; el palacio de Comunicaciones, alarde de la arquitectura contemporánea, y diversas residencias y oficinas particulares, bancarias casi todas ellas, como la que se ha apoderado del teatro de Apolo, pueblan ese hermoso trayecto, vía de opulencia, cauce de oro.

La calle de Alcalá se dilata hasta el puente de las Ventas, donde el término

de Madrid tiene su límite, y aun virtualmente continúa prolongando sus edificaciones por la carretera de Aragón. En gran parte de su longitud dentro de la villa sigue su línea la fronda enorme del Retiro, deja a un lado la plaza de toros, obra notable de los arquitectos Álvarez Capra y Rodríguez Ayuso, circo que en 1874 sustituyó al que desde 1749 había en las cercanías de la Puerta de Alcalá, teatro, como él, de señaladas efemérides en la historia de la lidia taurina, y que ahora, aunque su valor monumental debiera bastar para su conservación y aplicación a otros usos, desaparece para que prosiga sus glorias la nueva plaza erigida junto a donde antaño ofrecían reposo al caminante las Ventas del Espíritu Santo.

Formando compás con el arranque de la calle de Alcalá, comienza también en la Puerta del Sol la Carrera de San Jerónimo, que a su final, nada lejano, se abre en la plaza de las Cortes, a la que da denominación y autoridad el palacio del Congreso de los Diputados. En ella, interesante, aunque modesta, existe la estatua de Cervantes, erigida por el comisario general de cruzada D. Manuel Fernández Varela, en 1832, y que ofrece la curiosidad de ser el primer monumento de esa clase situado en una plaza pública de Madrid. Por otra parte, está próximo a la casa de la calle del León, esquina a la que ahora se llama de Cervantes, donde murió el autor del «Quijote», y al convento de las Trinitarias, en la calle de Lope de Vega, en cuya iglesia recibió sepultura. Próximo, en fin, al barrio clásico de poetas y comediantes, que tiene en sus límites el más antiguo de los coliseos madrileños, el viejo corral del Príncipe (teatro Español), y la iglesia de San Sebastián, con sus dos atrios típicos, y en cuyos libros parroquiales han quedado inscritos tantos nombres insignes en las letras dramáticas y en el arte escénico. Barrio de las casas de Lope de Vega, de Quevedo y de Moratín, de las cuales se conserva como hace tres siglos la del Fénix de los Ingenios.

En la Puerta de Atocha, donde se extiende la estación del Mediodía y Madrid tiene la más amplia y digna entrada, comienza la gran avenida que comprende los paseos de Trajineros, del Prado, de Recoletos y de la Castellana, y que, condenado a inminente desaparición el Hipódromo, que es ahora su final y obstáculo, ha de prolongarse en considerable extensión. Pero como una rama de él, y aun mejor estaría decir cronológicamente, como origen del mismo, queda a un lado de la Puerta de Atocha el paseo de este nombre, que conduce a la basílica. Pareja de la Virgen de la Almudena por su importancia histórica es la de Atocha, origen de múltiples poemáticas leyendas, y ante cuyo santuario se celebraban ya hace mil años las fiestas de la noche de San Juan. Convento famoso desde tiempo de Carlos V, en su iglesia recibió sepultura el padre Bartolomé de las Casas, entre otros ínclitos varones. Templo regio, en él se guardaban banderas, trofeos de victorias bélicas. Allí se celebraban los matrimonios de los Reyes, y desde tiempos de Felipe III iba la Corte a oír la Salve con todo aparato de pompa y vistosidad en su comitiva. Derruído a fines del siglo XIX, su reconstrucción se lleva lentamente, no existiendo realizada de ella más que la torre, cuya traza recuerda la de los campaniles italianos, y el claustro, que parece inspirado en el camposanto de Pisa, y que sirve de panteón llamado nacional, bien que está circunscrito a figuras que sobresalieron en la política y en las armas.



El Palacio Real.

Vecino a él, corona desde tiempo de Carlos III el cerro de San Blas el Observatorio Astronómico, obra de Villanueva, que ya no está solo en esas alturas, donde, además de la Escuela de Ingenieros de Caminos, hay actualmente otros edificios como el Instituto Carvajal, que parece haber venido a acompañar al Museo Antropológico, fundado por el doctor Velasco en 1873, continuándose así la tradición clínica del barrio donde están los hospitales y el Colegio de San Carlos, que anima la calle de Atocha con su alegría estudiantil, como a la de San Bernardo la Universidad Central, sucedánea de la de Alcalá de Henares, creada por el Cardenal Cisneros.

La espléndida avenida que arranca de la Puerta de Atocha, formada por la continuidad de famosos paseos, tiene a lo largo del de Trajineros el Jardín Botánico, trasladado a este lugar por Carlos III, desde el soto de Migas Calientes, donde lo fundó su antecesor, y que, a más de su importancia científica, tiene la grande y poética belleza de su aspecto romántico. Pasada la plaza de las Cuatro Fuentes, aparece el maravilloso Museo del Prado, excepcional por la magnitud y variedad de su tesoro, gala de Madrid y prez de España. Soberbio edificio neoclásico trazado por Villanueva en tiempo de Carlos III para Museo de Ciencias Naturales, fué dedicado a pinacoteca por Fernando VII y su segunda esposa, Isabel de Braganza, quienes le inauguraron en 1819. Base de esta sin par colección de pinturas hubo de ser la que poseía la Casa Real, poseedora de obras de los mejores maestros, a partir de los primitivos, y acrecentada por las aportaciones de Rubens y por los lienzos valiosísimos que Velázquez trajo de Italia, cumpliendo la misión que le encargara Felipe IV.

La plaza de Neptuno, digna pareja de la de la Cibeles, que abre grandiosamente su circunferencia al otro extremo del Salón del Prado, está presidida por la fuente representando al dios marino, labrada por Juan Pascual de Mena, que responde al plan de ornato dispuesto en tiempo de Carlos III para el arreglo del paseo del Prado, como la de Cibeles, por Francisco Gutiérrez y Roberto Michel, y la bellísima de Apolo o de las Cuatro Estaciones, labor de Manuel Álvarez y Alfonso Vergaz, diseño las tres de Ventura Gutiérrez, que comparte con Sabatini la gloria de la transformación artística de Madrid en el siglo XVIII. En la plaza de Neptuno, dos modernos hoteles de primera categoría, uno de ellos que aun siendo el más grande de Europa no ocupa sino una parte de la superficie del solar del palacio ducal de Lerma y luego de Medinaceli, renuevan con aire cosmopolita el venerable lugar teatro de los fusilamientos en la noche del 2 al 3 de mayo de 1808. Esquina a esa misma plaza y a la izquierda del Salón del Prado, el palacio de Villahermosa queda como testigo de aquella fecha. Frontero, en la plaza de la Lealtad conmemora el patriótico sacrificio el obelisco y mausoleo erigidos en 1842, y que tienen ya una suave pátina de estampa del romanticismo. La Bolsa y el reciente edificio del ministerio de Marina vuelven con los inmediatos y anteriormente citados del Banco y de Comunicaciones al aspecto novísimo y a la realidad contemporánea. De tal modo se ha convertido en arteria vital de la población el viejo Prado de San Juan, de San Jerónimo y de San Fermín, alameda de tapadas y galanes en los días de Lope, rúa dieciochesca de las carrozas, que eran estuche de pomposas damas con nevado artificio en sus cabellos, y paseo romántico en los días de la regencia de la Gobernadora y de la juventud de la Reina Isabel II.

Pero entre el Museo del Prado y el obelisco de la Lealtad quedan señales importantes del Madrid histórico. La iglesia de San Jerónimo el Real, o de San Jerónimo del Paso, edificada en tiempos de los Reyes Católicos, es lo único que sobrevive del arte gótico, aparte de la portada del hospital de la Latina, que aguarda su reconstrucción, desarticulada en los almacenes de la Villa. Del convento anejo, que continuaba a los pocos años de su fundación, el construído por Enrique IV a orillas del Manzanares para eterna memoria del paso honroso de D. Beltrán de la Cueva en honor del duque de Armañac, embajador del de Bretaña, sólo queda el claustro, de un noble y sencillo renacimiento. En su recinto conventual estaba el cuarto destinado a «retiro» de los Reyes durante las penitencias cuaresmales, y de ese aposento para el recogimiento espiritual tomó nombre el palacio regio, emplazado entre enormes y hermosísimos jardines, que para recreo de la majestad de Felipe IV hizo brotar diligente el conde-duque, convirtiendo en vergeles áridos arenales. Entre la iglesia de San Jerónimo y el Museo de Artillería, donde se han abierto calles suntuosas y se alza la casa de la Academia Española, extendíase el antiguo palacio, que, a más de residencia de placer para los monarcas, sirvió de usual vivienda a los primeros Borbones. De su fábrica permanece el ala septentrional, muy característica del estilo madrileño del siglo XVII, en la que estaba el célebre Salón de Reinos, y es lo que se conserva como Museo de Artillería. Mas, disfrazado en su exterior, resta también del palacio del Buen Retiro el Casón, con su techo jordanesco del salón de baile, y convertido en museo de Reproducciones Artísticas.

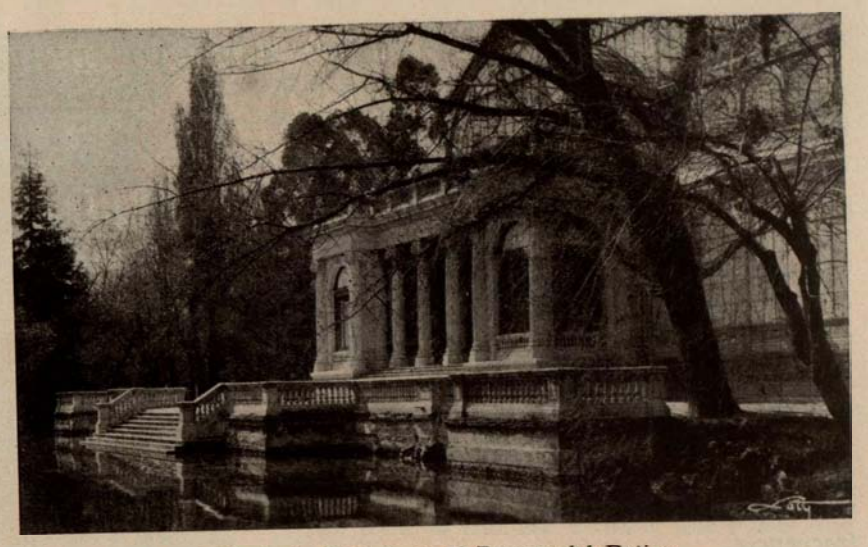
Queda, no obstante, algo interesante. A pesar de la desmembración que han sufrido en el espacio que media entre el Prado y la Puerta de Alcalá, quedan los jardines y bosques del Retiro, con sus umbrías. que oyeron madrigales a nuestros ingenios clásicos; su estanque, donde hubo naumaquias y comedias y fantásticos regocijos, y sus paseos deliciosos.

Desde Cibeles hasta el Hipódromo, la anchurosa avenida tiene en Recoletos el edificio de Bibliotecas y Museos; en la plaza de Colón, la Casa de la Moneda, ya amenazada de desaparecer, y en la Castellana, poblada toda ella de opulentas mansiones, a su comienzo, el palacio de Villamejor, convertido en Presidencia del Consejo de ministros, y a su final, frente por frente, el edificio que se construyó para local de Exposiciones, teniendo ahora, entre otros destinos, el de Museo de Historia Natural, y la Escuela de Sordomudos y Ciegos. Paseo de elegancias, la Castellana, sucesora del Prado en este concepto, y destronada algunas temporadas por el de coches del Retiro, ha recuperado en este aspecto su esplendor, aunque el automóvil, permitiendo largas excursiones, ha hecho disminuir la brillantez que tenía el desfile de los trenes de caballos.

Del barrio de Salamanca al paseo de Rosales, las rondas que seguían la parte externa del muro norte de la villa son ahora calles lujosas con andenes centrales para los paseantes y nutridas de copiosos comercios. En el corazón de Madrid, operando una revolución urbana, ha rasgado con una incisión el antiguo plano la Gran Vía, alvéolo que pronto ha recogido poderosas corrientes de la vida de la capital, desde la iglesia de San José, en la calle de Alcalá, hasta la plaza de España, frondoso vergel en cuyo centro es erigido el monumento nacional a Cervantes. Infinitas son las obras escultóricas que han surgido en la capital de medio siglo a esta parte. Así, no nos hemos detenido a señalarlas, no sólo para evitar omisiones, sino el juicio artístico que sería necesario formular sobre alguna que otra de ellas.

La plaza de España es una hermosa entrada para quienes llegan a Madrid por la estación del Norte, o del Príncipe Pío, llamada de tal modo por su situación al pie de aquella dilatada posesión, de la cual han salido el comienzo de Parque del Oeste, el paseo de Rosales, incomparable mirador sobre la vega y la sierra, y los barrios de Argüelles y de Pozas. En éstos hay que recordar como cu-

Un aspecto del Parque del Oeste.



Palacio de Cristal, en el Parque del Retiro.

riosidades madrileñas el Museo Cerralbo, que tiene en su escalera el labrado barandal de la del palacio de la Reina Bárbara de Braganza en las Salesas; el palacio de Liria, residencia de los duques de Berwick y Alba y obra primorosa de Ventura Rodríguez, que sólo cede en importancia al Palacio Real; y el templo y hospital del Buen Suceso, fundado por Carlos V, institución a cuyo nombre van unidas muchas tradiciones y anécdotas, trasladada a este lugar en 1868, desde su secular emplazamiento en la Puerta del Sol.

Un panorama velazqueño, fondo de los mejores retratos de D. Diego, recrea al espectador desde el gran belvedere de Rosales. El Parque del Oeste, extenso hasta la Moncloa, que, aunque mutilada y desvirtuada por diferentes construcciones, conserva su encanto fragante en la parte del palacete, cuidadosamente restaurado. Al otro lado del río, las deleitosas arboledas de la Casa de Campo, que compró Felipe II a la insigne familia de los Vargas, y quedó desde entonces incorporada a los bienes de la Corona. Girando la mirada, la más vieja entrada de la corte, el puente de Segovia, sellado por el arte severo de Juan de Herrera, joyel de piedra que enlaza a Madrid con la vieja Castilla. Y más lejos, guardada por los cipresales de los cementerios, la ermita del Santo labrador, que unos días al año recibe en la pradera que a sus pies se expande el homenaje de una devoción maja y algarera.

Vista parcial de la calle de Alcalá y del Retiro.

Pero, ¿ha cambiado íntimamente Madrid al compás de su desdoblamiento y renovación material? Pasa la corte de los Austrias, damas de guardainfante y rebocillo, hidalgos de ferreruelo, truhanes de la picaresca y lindas del tusón, toros y cañas en la plaza Mayor, autos de fe, encapuchados penitentes e impenitentes capeadores. Siglo XVIII, carrozas rococó, solemnes y pesadas, y ligeras calesas manolescas, camino de la Puerta de Alcalá o del soto de la Florida. Llega el siglo XIX, y todavía en el Madrid goyesco se confundían devoción y galantería, misticismo y holgorio, la capa de grana de Pedro Romero junto al pardo sayal de la beata Clara, y el rasguear de las guitarras en la noche a igual tiempo que ante otra reja se escuchaba, medrosa, la saeta de la ronda del Pecado Mortal.

Así como las casacas de seda, las faldas de mediopaso y las pelucas empolvadas han dejado su sitio a los levitones entallados, las crinolinas, los meriñaques y las melenas románticas, los majos de chupetín y redecilla y las chisperas de lazo de caramba y sencilla basquiña se cambian en la manolería de marsellés y sombrero de calaña, y en las mozas de anchos faralaes y pañuelos indianos, que es ya el Madrid de Mesonero y de los cuadros de Alenza. Avanzará el siglo, llegará el camino de hierro a hacer una revolución en la vida nacional, y Madrid conservará su fisonomía popular sin más que un cambio de indumentaria en los tipos, que fundamentalmente siguen pareciéndose a sus padres y abuelos. Y en vísperas ya del siglo XX, las chulas de polisón y moño bajo y picudo pañuelo a la cabeza, y sus galanes de chaquetilla corta y alta gorra, el pueblo madrileño de los días de «Frascuelo» y de la música de Barbieri y de Chueca, sigue pareciéndose a la manolería isabelina y a los majos del tiempo de Carlos IV.

Más grande que en dos siglos, ha sido el cambio operado en estos últimos años. Mas hay algo inmutable en Madrid, y es su espíritu inmortal, alígero y sutil, perenne bajo el signo de las Siete Estrellas que resplandecen en su cielo y en su blasón.

Estanque grande y monumento a Alfonso XII, en el Retiro.

Vista parcial de la Avenida de Pi y Margall.

EL MONASTERIO DE EL PAULAR
MANZANARES EL REAL
LA SIERRA DE GUADARRAMA

POR

PEDRO A. BAÑOS FERNANDEZ

GENTILHOMBRE DE S. M., ARCHIVERO-BIBLIOTECARIO Y ARQUEÓLOGO.
JEFE DEL ARCHIVO Y BIBLIOTECA DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

Distante 65 kilómetros de la villa y corte, en una extremidad del valle de Lozoya, rodeado de altísimas montañas, que casi siempre cubren las nieves, y a un kilómetro del pueblo de Rascafría, de esta provincia, se eleva el famoso MONASTERIO DE EL PAULAR, cuya mansión fué recreo de los antiguos Reyes de Castilla, que por su grandiosidad y comodidad la visitaban con frecuencia.

Por expresa voluntad de Enrique II el Dadivoso, mortificado por el recuerdo de haber destruído en sus campañas con los franceses algún convento de Cartujos, fundó el Monasterio que nos ocupa el Rey Don Juan I, en el año 1390, dando así cumplimiento a la cláusula testamentaria de su padre, recordada por Fray D. Lope Martínez, monje de «Scala Dei», Prior de la Comunidad y cuya obra terminó Enrique III a la muerte de su padre.

A la puerta de la conventual mansión, una cruz sepulcral y hospitalaria señala el asilo a los de afuera, y muestra la tumba de los de dentro. Penetrando en el triste convento, a la izquierda de la portería se halla la CAPILLA DE LOS REYES, de dimensiones reducidas, forma cuadrada y techo en crucería. Adornada con las estatuas de San Juan, San Bruno y la Virgen, colocadas en nichos, ceñidos por un gran arco artesonado, una portada muy elegante del Renacimiento da acceso al extenso patio exterior, rodeado de pórticos con delicadas columnas, y en el centro brota una copiosa fuente.

Dos arcos ojivales se abren en el fondo de un segundo patio. Por el de la izquierda, levantado sobre seis gradas, se penetra en la anteiglesia, que recibe la luz por las ventanas del de la derecha. Su bóveda es de crucería esmaltada de ricos florones con escudos de armas en sus claros; una lápida de mármol negro resume concisamente la historia del edificio.

Ya en el templo, y a la izquierda de su entrada, se halla la lápida de su consagración, verificada por D. Melchor de Moscoso, obispo de Segovia. Antes de bajar siete escalones para penetrar en el templo, el observador se detiene a contemplar uno de aquellos monumentos del siglo XV, en el que el orden ojival vertía a manos llenas sus caprichosas galas. Una grandiosa ojiva que cubre el muro y ahonda su grueso con labores de crestería, muy delicadas, y guirnaldas mezcladas con figuras de varios animales, forma la portada. Pequeñas efigies, cubiertas con sus doseles respectivos, se levantan sobre uno de los alquivoltos interiores y pequeñas estatuas de los Apóstoles, con sus pináculos y repisas de filigrana, adornan las dos pilastras que flanquean el exterior de la ojiva, sosteniendo su remate dos ángeles. Un arco rebajado corta la ojiva en sus dos tercios, y, en su testero, una expresiva escultura de la Madre Dolorida teniendo en su regazo el cadáver de Jesús; a un lado, y arrodillados, San Juan y la Magdalena. En el friso, la inscripción en caracteres romanos: VIDETE SI EST DOLOR SICUT DOLOR MEUS.

El Calvario, en el pueblo de los Molinos.

Don Juan II quiso dar tal esplendor y magnificencia a la nueva iglesia construída con los fondos de su Erario que el techo, de maderaje pintado y sobredorado, siguió las tradiciones del estilo arábigo, para lo cual encomendó la dirección de la obra al moro Abderramán de Segovia, que lo terminó en 1440.

La artística sillería del coro que poseía este Monasterio, de elegantes labores en sus brazos, frisos y las esculturas de sus respaldos y reclinatorio, muestran a los inteligentes la belleza de la época del Renacimiento. Dicha sillería se encuentra hoy en la iglesia de San Francisco el Grande, de Madrid.

El retablo, que este Rey había mandado traer de Génova, es notabilísimo, habiendo costado su conducción 8.000 ducados (22.000 pesetas). Descuella, de alto relieve, la Virgen con el Niño en brazos, cercada de ángeles y ocupando el cuerpo inferior: conducen al Tabernáculo dos puertas laterales cubiertas de figuras y menuda crestería. Se compone este retablo de cuatro cuerpos más, dividido en seis compartimientos, el primero en cuatro y el último en dos, flanqueados de trecho en trecho por pilastras que se elevan sembrando caprichosas figurillas. Un calvario y las estatuas de San Juan Bautista y de San Bruno, añadidas posteriormente, le sirven de remate.

Se deplora, entre otras pérdidas meritísimas de este convento, como principal, el sepulcro que se levantaba en el centro de la capilla y que se denominaba de la RESURRECCIÓN, obra del gótico expirante, según sus fragmentos, y la del purísimo retablo de su primer titular San Ildefonso. Las paredes de una galería del antiguo ministerio de Fomento se cubrían con la bella colección de cuadros representando la vida de San Bruno y de su Orden, pintada por Vicente Carducho en los años 1628 y 1632, y que antes se hallaba en el claustro del expresado Monasterio, tan célebre como suntuoso.

Describir todas las preciosidades que encierra con la minuciosidad que merece, implicaría llenar muchas páginas al entrar en sus detalles artísticos, más bien para vistos. Todo amante de las Bellas Artes debe visitarle para admirar el antiguo y precioso monumento del Paular.

* * *

La villa de MANZANARES EL REAL, situada al pie del Puerto de Guadarrama, cerca de Colmenar Viejo y a orillas del río Manzanares, dista de la corte 43 kilómetros. En 1247, reinando Fernando III el Santo, la poblaron los segovianos, ensanchándola y repoblándola, y más tarde Alfonso X el Sabio dispensóla su protección y la agregó a su corona.

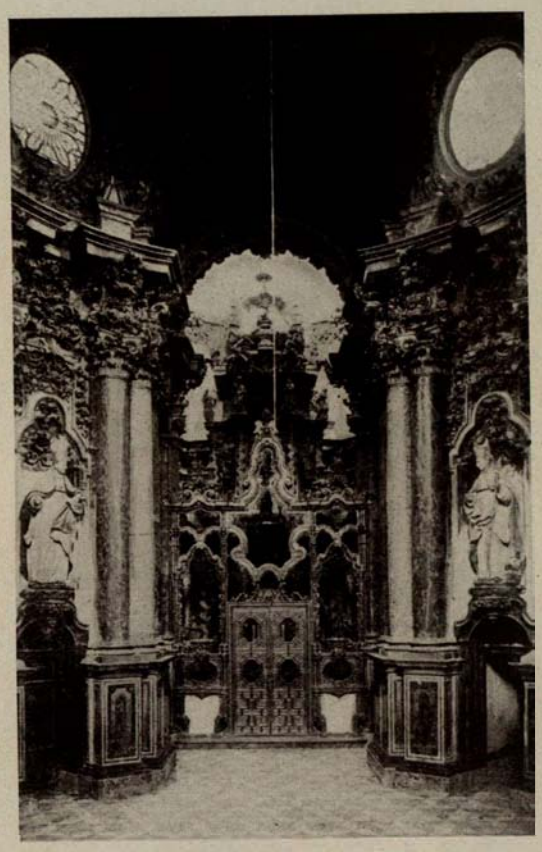
De realengo, llamábase Real de Manzanares, continuando bajo la dependencia de los Reyes hasta que Juan I, en el año 1383, la dió en señorío a D. Pedro González de Mendoza, confirmando esta donación su nieto Juan II, quien con título de condado la donó a D. Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana. Sus sucesores la poseyeron muchos años, hasta que por enlaces matrimoniales pasó, sin duda, a la casa de Pastrana, después a la de Udaeta y, por último, al actual marqués de aquel título, poseedor del castillo y parte del término.

Tan magnífico castillo, bastante deteriorado, domina la villa y su ribera; se supone que la casa de los Mendoza fué quien lo edificó, y lo afirman las armas que se destacan en la parte superior de todas las fachadas. No hace mucho tiempo se encontraron dos escudos de esta familia y de la de Luna, unidos, en unas excavaciones.

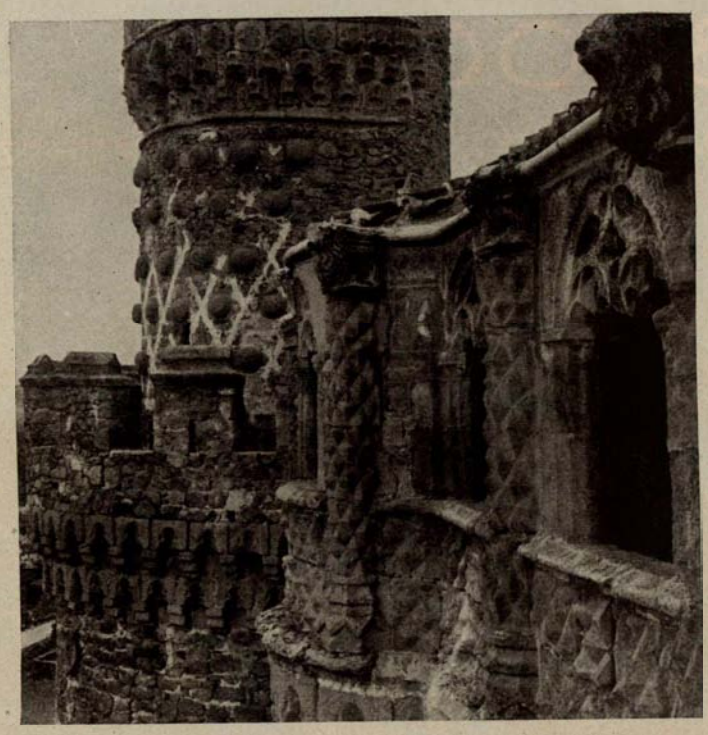
De reconstituirse a sus primitivos tiempos el mencionado castillo, como parece se proyectaba, por su actual poseedor, le rendirían su gratitud todos los aficionados a las Bellas Artes, aunque se admiran en algunos detalles de su adarve labores delicadas de calado en la piedra.

* * *

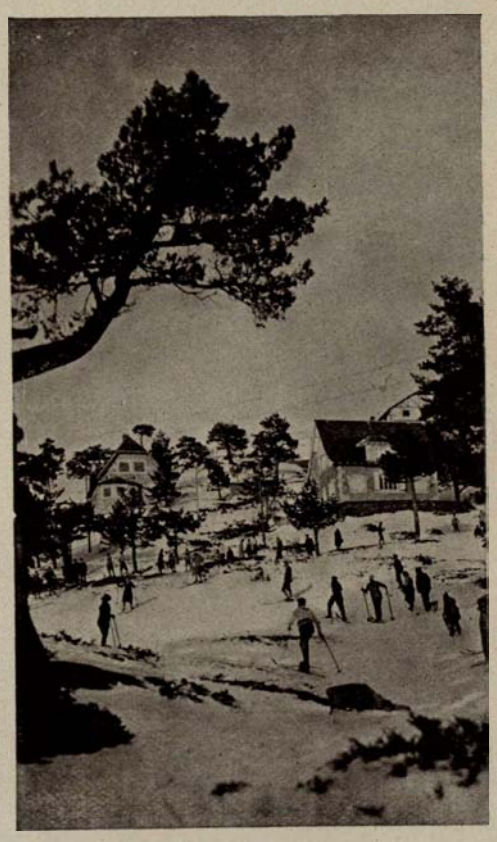
Segovianos y madrileños se hallaban en disensiones por el siglo XIII, siendo aquéllos los pobladores de la villa de GUADARRAMA, en cuyas cercanías se ven señales de edificios morunos y restos de calzadas romanas. Por disposición de Alfonso X el Sabio, en 1268, fué poblada dicha villa, que tomó el nombre del río y éste de la sierra. En sus viajes de Madrid a Valladolid y Burgos, los Reyes paraban en la casa llamada de la CADENA, de la que se conserva la portada. También fué vivienda de los arquitectos y religiosos del Monasterio de El Escorial. Entre otros recuerdos históricos que guarda la villa, está la carretera que cruza el término municipal y que, partiendo de la corte, termina en La Coruña. Fué mandado construir por Felipe VI, en 1749.



Interior de la iglesia del Monasterio del Paular.
(Foto Loty.)



Detalle del castillo de Manzanares el Real.
(Foto L. Nueda.)



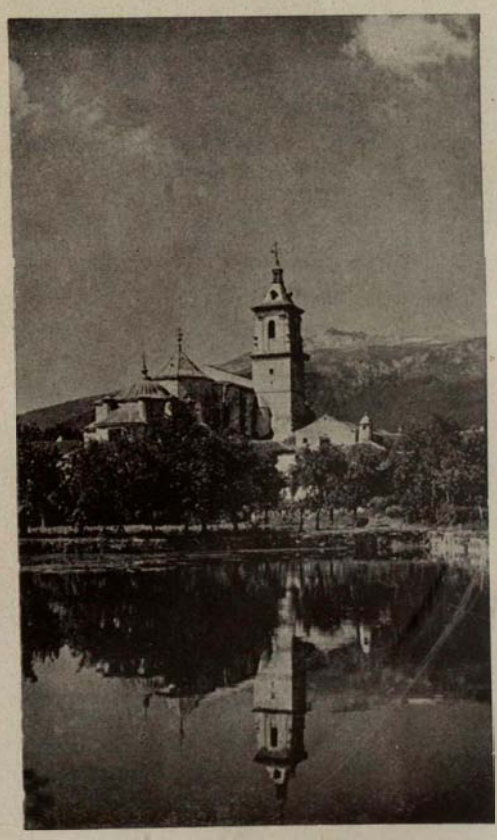
Detalle de la Sierra del Guadarrama.
(Foto Loty.)

En la población se desarrollaron interesantes hechos durante la guerra de la Independencia, cuando Napoleón, en 1808, desde Vitoria partió camino de Somosierra con la Guardia Imperial, la reserva y el primer cuerpo que guiaba el mariscal Víctor. La defensa del puerto de Somosierra fué encomendada al general Sanjuán (para impedir el segundo paso al invasor), con unos 12.000 hombres. Libre la falda de Somosierra de toda resistencia, nuestros soldados, envueltos por la densa bruma, fueron sorprendidos por los franceses. Desde la carretera hacía Sanjuán vivísimo fuego que hizo caer filas enteras del enemigo, destrozado por la artillería distribuída por nuestro general, hecho que llenó de cólera al emperador. Por último, en 1812, José Bonaparte pasó por Guadarrama cuando se retiraba a Francia.

Tiene esta villa todas las necesarias condiciones para la vida del hombre, que puede disfrutar de sol, de buenos paseos, frondosos bosquecillos poblados de árboles, llanos, buenas laderas y prados donde el gran luminar baña desde que se asoma hasta que se oculta, dándole calor y vida a su suelo, reuniendo todos los beneficios de la higiene y salubridad. En los días en que el viento no se deja sentir, el clima no puede ser más suave ni mas benigno.

En lo más alto de la sierra existe una pilastra de piedra berroqueña, orden toscano, que tiene un león echado, con la cabeza erguida mirando a las dos Castillas. El viajero goza *en este sitio de* una hermosa perspectiva, pudiendo contemplar Madrid a simple vista en los días despejados, así como la parte meridional de la provincia, y como la admirable vegetación espléndida de lozanía y robustez. Montes desnudos de follaje con grandes pedriscos junto a otros cuajados de pinos altos y copudos; arroyuelos que murmuran; caprichosas figuras que forma la nieve al descender sobre la tierra; todo, en fin, dibuja un hermoso panorama que emociona, ensanchando los pulmones la suave brisa, con la pureza de sus aires y el aroma perfumado de su vegetación.

De aquí la predilección que goza este sitio encantador por los aficionados al turismo, y que invaden la sierra justificadamente en busca del oxígeno y de los deportes inherentes al tesoro vital que contrarreste los desvelos de la labor cotidiana.



Detalle del Monasterio del Paular.
(Foto Loty)

PROVEEDOR DE LA REAL CASA

BROOKING

AVENIDA DEL CONDE DE PEÑALVER, 17

MADRID

JOYERO

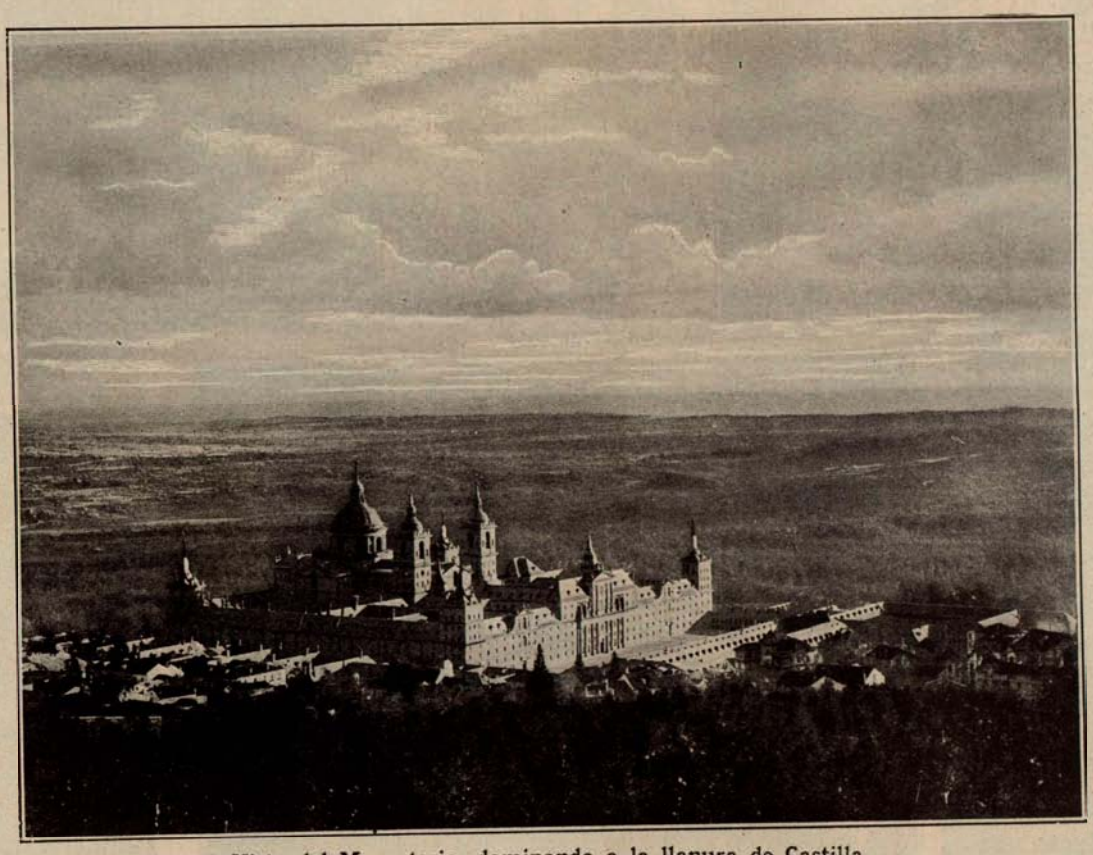
EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

POR

FRAY JULIÁN ZARCO CUEVAS

Agustino bibliotecario del Real Monasterio y Académico de la de Historia

Rodeado de montes por el oeste y norte y con vistas al oriente y mediodía de uno de los paisajes más bellos y grandiosos que se conocen, se levanta majestuoso y solemne, en una falda de la cordillera Carpetana, a unas seis leguas de Madrid en línea recta, el famoso Monasterio de San Lorenzo el Real, fundado por Felipe II de España. Forma un paralelogramo rectángulo de 207 × 165 metros, y la materia de su construcción es piedra berroqueña o de granito. El estilo es el grecorromano del Renacimiento del siglo XVI, algo austero y seco por carecer de adornos, pero verdaderamente portentoso por lo delicado y simétrico de sus líneas y por su exquisita sencillez, de que hace gala en medio de su misma grandeza. Sus contemporáneos y la posteridad lo apellidaron «Octava maravilla del mundo», como continuación y recuerdo viviente de las otras siete que por tales diputó la antigüedad. Reseñar al pormenor cuanto contiene en su interior sería tarea larga y pesada, y por ello nos contentaremos con decir algunas generalidades. La «iglesia», dentro de una sencillez imponente, produce en el ánimo la impresión de la fuerza y de lo eterno, destacándose en ella el altar mayor con 15 colosales estatuas de bronce dorado a fuego, obra de León y Pompeyo Leoni, escultores de Carlos V y Felipe II, y el Tabernáculo, pieza tal vez única en el mundo en su clase, de mármoles finísimos y bronces, trabajados delicadamente por Jácome de Trezzo, y los «Enterramientos reales», a los lados del altar mayor, con 10 primorosas estatuas de bronce dorado, de las familias de Carlos V y Felipe II en actitud orante. Los «Relicarios», despojados metódicamente de los vasos de plata y oro y piedras preciosas que había en ellos, por las tropas francesas en 1809, aun conservan bastantes en bronce, hierro y cristal de roca, restos artísticos y magníficos de pasada opulencia. Las pinturas del templo se deben: las de las bóvedas, a «Luqueto» y Jordán, y los óleos a Tibaldi, Zúcaro, «El Mudo», Urbina, Carvajal y otros maestros españoles e italianos, precursores de la Escuela madrileña, cuyo más alto representante había de ser Velázquez.



Vista del Monasterio, dominando a la llanura de Castilla.

La sacristía, cubierto todo al fresco, el techo, en pintura finísima a lo «grotesco», encierra una buena colección de cuadros de Tiziano, Ribera, Jordán, Carducci y, sobre todo, el pasmoso lienzo de la «Sagrada Forma», de Claudio Coello, la última obra maestra de la Escuela de Madrid. En el coro se custodian 218 libros de rezo, en los que en excelentes miniaturas se representan las fiestas principales del año, labradas por desconocidos maestros españoles del siglo XVI, con una sencilla sillería de maderas finas admirablemente labrada. Los panteones donde descansan las dos dinastías españolas de Austria y Borbón son muestras de gusto acabado, especialmente el de los Reyes, por la unidad y riqueza de los materiales. La biblioteca es un depósito de libros rarísimos, incunables úni-

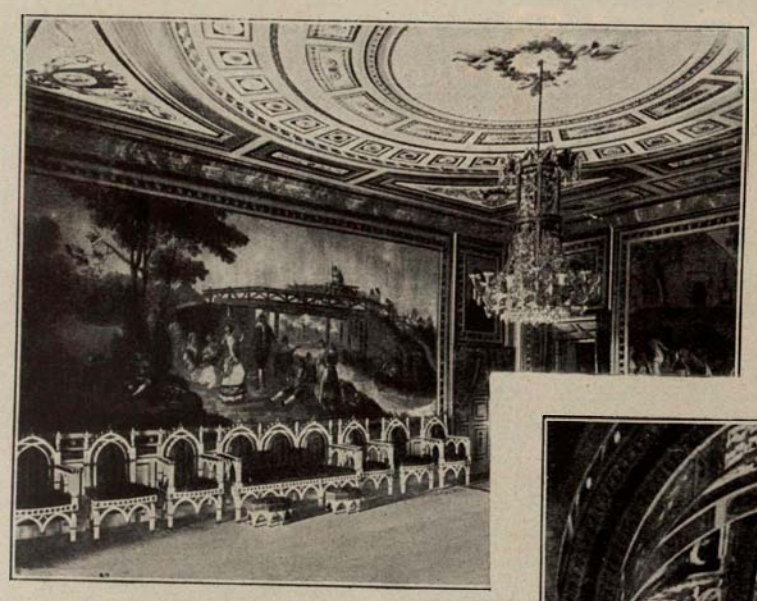
cos, códices visigodos y una colección de miniaturas de varios siglos que difícilmente será superada por ninguna del mundo en la calidad.

El palacio, en parte amueblado por Carlos IV y Fernando VII, posee una abundante y soberbia colección de tapices españoles, unas riquísimas y lindas habitaciones de maderas finas, numerosos y hermosos cuadros de escuelas españolas y extranjeras. En él se hallan las modestísimas habitaciones del Rey fundador, y por ellas se ve claramente, como dijo un coetáneo, que en todo aborreció la vanidad.

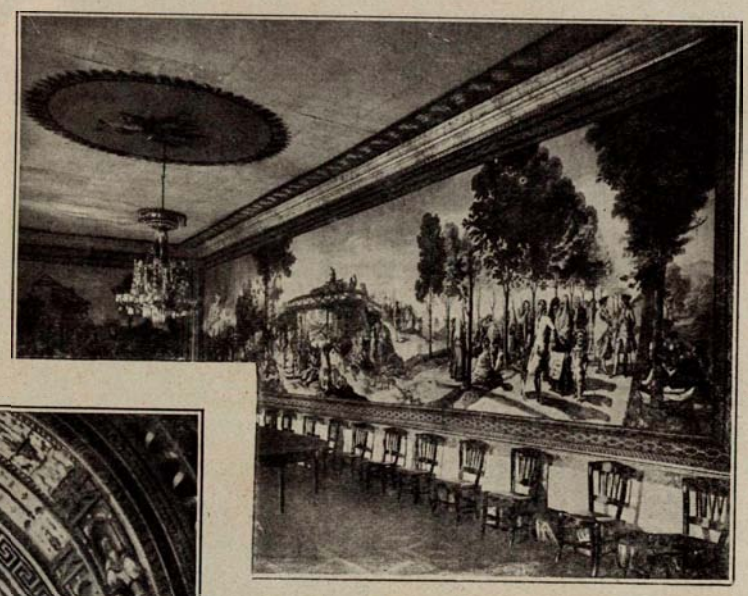
El Escorial, como Felipe II, ha sido objeto de ataques y alabanzas, injustos y apasionados: para unos entraña el «sumum» del buen gusto y la esencia del arte; para

El patio de los Reyes.

tuvo un alma cariñosa y amante en el seno de la familia y un trato acogedor y cuidado de sus criados íntimos. Los que censuran El Escorial por su severidad y desornamentación, parece que olvidan haber sido construído para panteón y monasterio, no para Casa Real de solaz y esparcimiento. Los que quisieran en él más gracia olvidan que, dadas sus colosales proporciones, perdería mucho de su majestad severa y grandiosa; los que lo han llamado tétrico y sombrío lo han visto, no como es en realidad, sino a través de no verídicas páginas e imaginaciones románticas, falseadoras del arte y de la historia; los que se han recreado en pintárnoslo como enclavado en un desierto, se hallaban obcecados, pues el paisaje que le rodea es uno de los más hermosos



Salón del palacio, decorado por Goya.

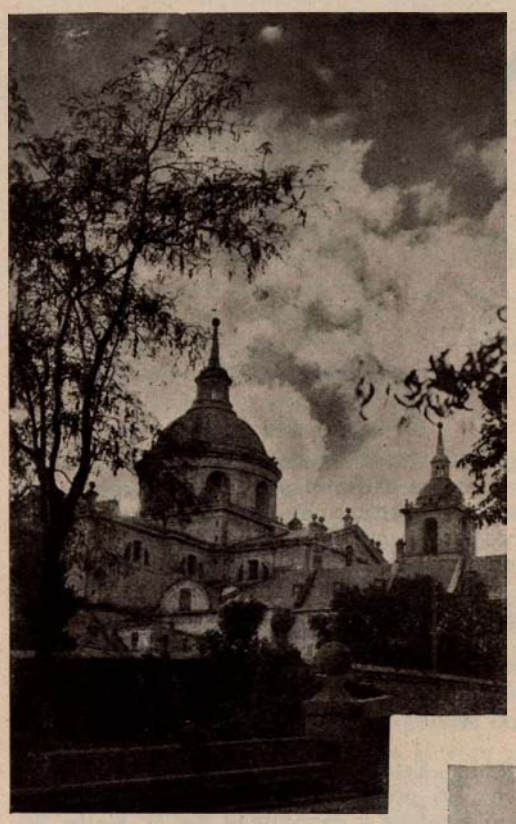


Comedor del palacio, con tapices de Goya.

La Real Biblioteca.

otros es obra fría en extremo y sin el menor destello del genio. Ni uno ni otro: como el fundador, El Escorial impresiona por su magnitud y pujanza, por su un tanto adusta severidad; pero su interior abunda en ornamentación y filigranas; así el Rey Prudente: austero, parco en palabras en los negocios políticos, del mundo; El Escorial y el Monarca que, con un poder de voluntad de que no hay ejemplo en los anales del mundo, lo levantó en veintiún años, aguardan serenos y tranquilos el veredicto imparcial de la Historia y del Arte.

Se empezó el 23 de abril de 1563 y se acabó el 13 de septiembre de 1584. Dos fines, como



Vista posterior.

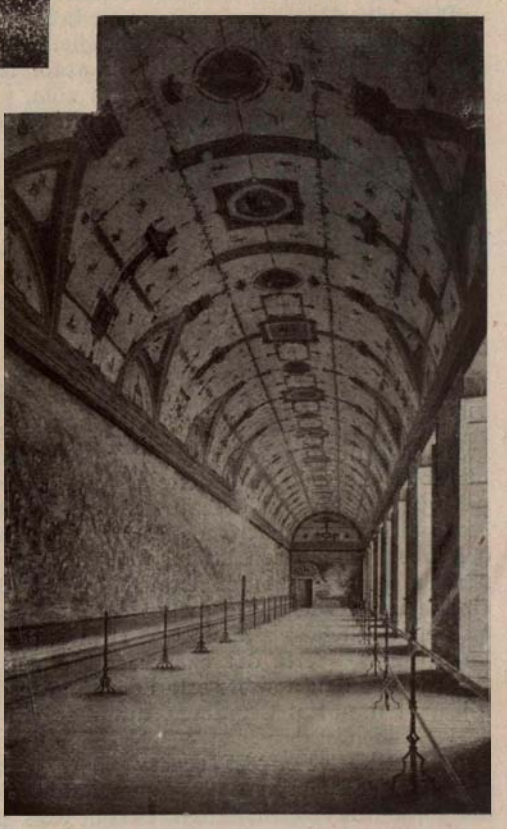
se ha dicho, fueron los del fundador: construir un templo votivo por la victoria primera que sus ejércitos consiguieran el 10 de agosto de 1557, día dedicado, como el monumento, al mártir español San Lorenzo, y fundar un lugar donde reposaran las cenizas del Emperador Carlos V. Si a alguno parece exagerado el título de «Octava maravilla», entienda que ningún edificio de la época moderna puede sostener con él la comparación, ya se atienda por el lugar de su emplazamiento, por la armonía del conjunto, por la sabia dirección que presidió a todas las partes de la fábrica, por el tesoro artístico y literario que aun guarda, después de varias depredaciones; por lo perfecto de su construcción, por su pasmosa homogeneidad, que lo constituye único y sin rival en el mundo.

A Rey que tal obra realizó es la hora de hacerle justicia y reivindicar su memoria, pues todos los pueblos hispanos deben comprender que al deshonrarle se deshonran, pues así como el Monasterio es la imagen del Monarca que lo concibió, así Felipe II es el representante genuino del pensar y vivir de la España de la segunda mitad del siglo XVI, es decir, de la España que impuso su hegemonía científica, política y militar al mundo, que nunca perdona el saber y la grandeza.

Otro aspecto posterior.

Vista parcial del Monasterio, desde la huerta.

Altar mayor de la Basílica.



Galería de las Batallas. (Fotos Loty.)

ALCALÁ DE HENARES

por el

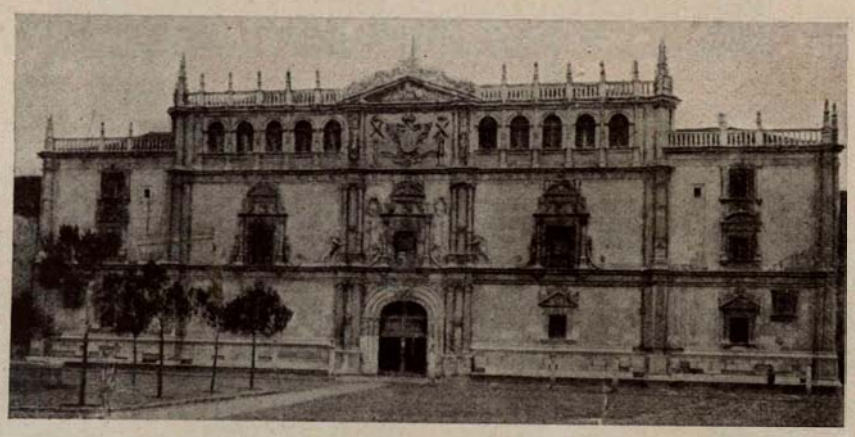
Conde de Canga-Argüelles

EL PASADO.—La histórica, artística y bella ciudad de Alcalá de Henares, situada a 30 kilómetros de Madrid, fué fundada, según la versión más autorizada, por los griegos que vinieron a España después de la ruina de Troya, unos mil cien años antes de Jesucristo, denominándola «Kompluto», nombre que los romanos latinizaron, llamándola «Compluto», siendo uno de los municipios más importantes de la Carpetania celtibérica, pues en la época del Emperador Trajano albergó en su recinto 14 Legiones (unos 80.000 hombres con 2.000 caballos).

Durante la dominación goda, «Compluto» conservó su nombre, su importancia y su sede episcopal, fundada al principio de la Era cristiana por el Apóstol Santiago; pero al efectuarse la invasión árabe tomó el nombre de «Almedina Chaneida» (Mesa Verde) y después el de Guad-Alcalá (ciudad fuerte de dos riberas), apellidándose «Neo Compluto» y «Alcalá» al ensanchamiento de la ciudad hacia el lugar en que ahora se asienta, siendo reconquistada esta comarca por el Arzobispo de Toledo D. Bernardo de Augen.

El Rey Don Sancho, hijo de Alfonso el Sabio, a instancias del prelado D. Gonzalo García Gudiel, concedió, en 1228, privilegio de Escuelas generales a los estudios que Alcalá tenía, con lo que entró en una era de prosperidad y esplendor.

Los prelados que siguieron al señor García Gudiel continuaron la edificación del magnífico palacio que empezó D. Rodrigo Jiménez, y que hoy es Archivo General Central del Reino; declararon a Alcalá su Corte y su Audiencia, la distinguieron haciéndola Vicaría General y comenzaron en su recinto Concilios, Asambleas y Cortes, por cuyo motivo los Reyes la honraban con frecuentes visitas; los Arzobispos dotaron con rentas a la iglesia de Santos Justo y Pastor, edificada en el lugar en que fueron martirizados estos Santos Niños, y algunos tuvieron el designio de elevarla a Colegiata, designio que realizó D. Alfonso Carrillo de Acuña.



Fachada de la Universidad. (Foto Loty.)

Dependía Alcalá, por su fuero, de la Silla toledana, y tales eran los derechos y franquicias que los Reyes concedieron a los Arzobispos de Toledo en su señorío sobre Alcalá, que hasta la autoridad real enmudecía ante los prelados cuando aquéllos visitaban esta villa, y los mismos Reyes Católicos hubieron de acatar las indicadas facultades señoriales, cediendo a la firmeza del Cardenal Mendoza.

Mas Alcalá no llegó al cenit de su engrandecimiento hasta que el insigne gobernante y virtuosísimo prelado, gloria de España, Fray Francisco Jiménez de Cisneros, fundó aquí, en 1498, su celebérrima Universidad y ennobleció esta iglesia, elevándola a la dignidad de Magistral, única, con la de Lovaina, en el mundo.

Entonces cobró Alcalá nuevos bríos, desarrollándose y elevándose a colosal altura, pues, convertida en foco refulgente de luces sapientísimas, en uno de los centros más potentes del movimiento intelectual de España, tanta fama y renombre conquistó, que bien puede asegurarse no cupo en el mundo.

Describir las grandezas de Alcalá en esta época, hacer la historia de sus 21 comunidades religiosas, dedicadas 17 de ellas a la enseñanza con colegios magníficos; reseñar sus 27 colegios dirigidos por seglares y sus innumerables fundaciones benéficas; referir la multitud de eminentísimos varones que instruyeron a la juventud más selecta de la península, para que luego difundiesen por todos los ámbitos de la tierra la semilla de la virtud y del saber y ocupasen los más distinguidos puestos del Estado; indicar los muchos acontecimientos notables que en Alcalá se realizaron, y lo que esta ciudad fué desde que comenzó a funcionar su Universidad en 1508, hasta que fué trasladada a Madrid en 1834; citar sus hijos ilustres (tantos y de tal importancia), sería dar exageradas dimensiones a este artículo. Tan sólo, cerrando con su nombre esta ligerísima reseña, hemos de citar a uno de sus hijos, al inmortal Cervantes, autor de «El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha».

EL PRESENTE.—El aspecto general de la ciudad es severo, pero con esa severidad delicada y sublime que conforta el espíritu con recuerdos deleitosos y que tantos atractivos encierran para el sabio, para el erudito y para el artista.

La bulliciosa animación, la alegría y la vida que daban a Alcalá los 12.000 estudiantes de su Universidad gloriosa ha sido sustituída por una apacible tranquilidad. Y por si ello tuviera como causa el ser desconocida de quienes, en su anhelo de gozar el deleite espiritual que el arte proporciona, visitan otras poblaciones, queremos hacer aquí ligerísima reseña de los más importantes monumentos, tal como se conservan en la actualidad.

IGLESIA MAGISTRAL.—De estilo ojival y bastante espaciosa. Son notables la sillería del coro y las verjas de éste y de la capilla mayor (construída por «Juan Francés, maestro mayor de las armas de fierro en España»). Entre la capilla mayor y el coro hállase el sepulcro del Cardenal Cisneros, de mármol de Carrara y rodeado de una verja de bronce de sobresaliente mérito. Detrás del coro se halla el sepulcro del Arzobispo Carrillo, muy digno de estudio.

ARCHIVO GENERAL CENTRAL.—Este majestuoso y monumental edificio fué mansión y ciudadela de los prelados toledanos. Comenzado en 1209 por el Arzobispo D. Rodrigo Jiménez y continuado por D. Pedro Tenorio y otros prelados, es de un conjunto heterogéneo, pero rico y grandioso siempre. Son de admirar la suntuosa fachada, el patio central, su regia escalera de mármol, los artísticos artesonados de sus salas y el salón de concilios, con bellísimas labores mudéjares.

PARROQUIA DE SANTA MARÍA, donde se conserva la pila bautismal en que fué cristianado Miguel de Cervantes y la partida correspondiente.

La capilla del oidor, situada al lado del evangelio, es de notable mérito y está declarada monumento nacional.

IGLESIA DE JESUÍTAS. Data de principio del siglo XVII; su arquitectura exterior juega perfectamente con la interior, y resulta un todo magnífico. En esta iglesia celebra el Cabildo magistral sus cultos, y en ella se encuentran las Sagradas Formas, las reliquias de los Santos Niños y el cuerpo de San Diego de Alcalá.

CONVENTO DE LAS BERNARDAS. Sobre su sencilla fachada, grave y severa, se destaca la gran cúpula que cobija la única nave, de forma elíptica, que constituye la iglesia. La de San Francisco el Grande, de Madrid, es imitación de este templo.

CONVENTO DE LA IMAGEN, con graciosa portada plateresca. Posee dentro del Monasterio soberbia escalera de bellísimo renacimiento y magnífico artesonado. Las tres veces que Santa Teresa vino a Alcalá se hospedó en este Monasterio, y en este edificio se celebraron, en 1348, las famosas Cortes en las cuales se hizo el célebre ORDENAMIENTO DE ALCALÁ.

UNIVERSIDAD.—Este histórico edificio es cifra y compendio de todas y cada una de las glorias alcalaínas. La fachada es de estilo renacimiento, conteniendo columnas platerescas, y en el promedio del frontis existe una bella imagen de Jesucristo en actitud de bendecir al mundo. Su balaustrada está coronada por agujas en estilo gótico, y ciñe la fachada el cordón de la Venerable Orden Franciscana. Existen en el recinto de esta gloriosa Universidad varios patios con columnas corintias y jónicas, y en el centro del patio principal, bello, severo y elegante, con 96 columnas, álzase una estatua del Cardenal Cisneros, hermosa y artística obra de Vilches.

El paraninfo es lugar de gratísimos recuerdos históricos y en él honraron a España, con el fruto de su saber, Arias Montano, el divino Vallés, Ambrosio de Morales, Solís, Nebrija, Quevedo, Figueroa y otros tantos.

Hay, además, un gran número de monumentos muy dignos también de ser visitados y que, cual los descritos, encierran multitud de objetos de gran valor artístico e histórico.

La doble vía férrea que une Alcalá con Madrid y el excelente estado de la carretera, toda ella de adoquinado y hormigón asfáltico, es de esperar favorezcan un próximo engrandecimiento de la por tantos títulos ilustre «Compluto», convirtiéndola en centro de turismo.

Y como reparación al despojo de que Alcalá fué objeto al trasladar a Madrid la gloriosa Universidad cisneriana, debe el Gobierno concederla un Centro de enseñanza superior, que conserve encendida la antorcha luminosa de la ciencia en la ciudad que fué plantel de santos y sabios que, honrándola con sus virtudes y saber, hicieron inmortal el sacrosanto nombre de la amada patria España.

ARANJUEZ

O

ESPAÑA SONRÍE

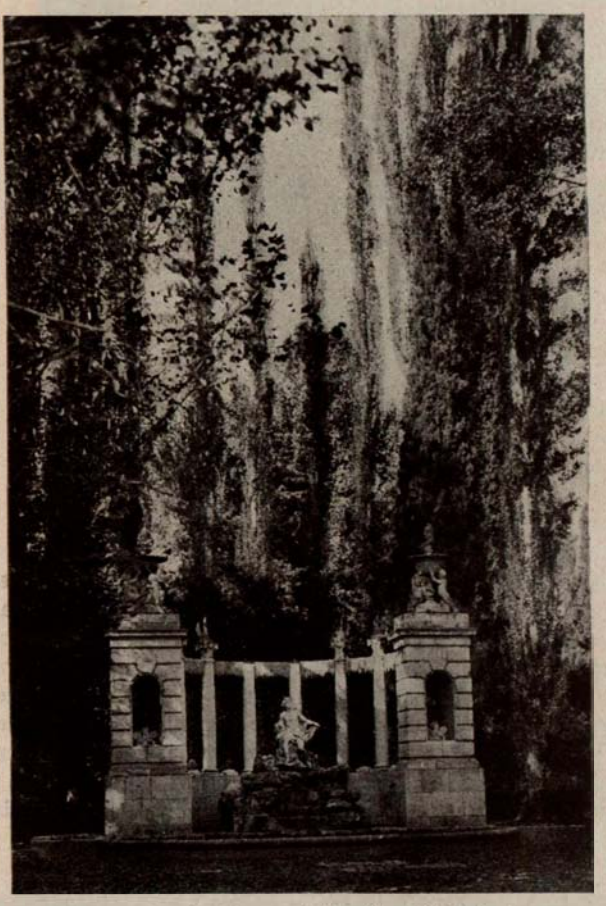
por

Federico García Sanchiz

Con el advenimiento de los Borbones, diríase que España deja de mirar al cielo para atender a la tierra. Huyen definitivamente las águilas de los Austrias, y en cambio brotan las flores de lis. Los mineros de ultramar se convierten en botánicos, allá en las provincias del Caribe. Por lo que respecta a la metrópoli, surge el tipo del jardinero. A la filosofía y a la galantería del siglo XVIII se debe la creación de alamedas propicias a los peripatéticos y de «parterres» favorables al amor. La encantadora centuria ha legado a la península unas adaptaciones versallescas. Ninguna como la de Aranjuez perpetúa entre nosotros el tiempo de los casacones. Uno magnífico parece haberse vestido el yermo castellano en el Real Sitio, no hallándose dispuesto a desposeerse de su pompa nunca jamás.

Sí, la historia nos dirá que los árabes, que los caballeros de Santiago, que Felipe II y su dinastía, fueron enseñoreándose del codiciado lugar, de eterno atrayente con sus arboledas y sus huertas. Pero hasta Felipe V no logra Aranjuez la jerarquía cortesana en su plenitud, y Fernando VI únicamente encontraba alivio a su incurable melancolía escuchando cantar a Farinelli en las falúas del Tajo, y Carlos III allí se interesaba por las tentativas de aclimatación de la flora americana, y Carlos IV a ese paraje dedicó sus escasas energías constructivas, edificando la «Casa del Labrador», amén de las destructoras, con el auxilio de su escopeta damasquinada y fatal para los faisanes.

Aranjuez, por tanto, es nuestro siglo XVIII; yo no diría que fuese Versalles un hermano menor de la Corte de Luis XIV, de Luis XV y de Luis XVI, aunque así se le considere por lo común. Imita a Francia, mas vienen otras influencias a desviarlo del primitivo modelo, y entre ellas, el exotismo de las plantas transatlánticas y el gusto italiano que aportó en su séquito el Rey de Nápoles. Sin contar el enorme poder de transformación del ambiente hispánico. No se olvide que de unas cepas arrebatadas al Rin nace el vino de Jerez, efectuándose en virtud del sol y del solar andaluces la mudanza del néctar de las ondinas en el caldo que inspira el «cante jondo» y, según se dice, contribuye al «spleen» londinense. Hay en el oasis castellano menos riqueza y estilo que en Versalles, pero también menos artificio. Perfecto segundón ibérico, aventaja al mayorazgo, que usufructúa los privilegios de la educación esmerada, en la autenticidad temperamental.



Fuente de Apolo, en el Jardín del Príncipe.

Aranjuez es nuestro siglo XVIII, que fué universal durante Carlos III, en cuanto palpitaba al unísono con su ropa, afrancesada entonces, y que desapareció del tiempo en el reinado del monarca misántropo y el del marido de María Luisa de Parma. Por absurdo que ello parezca, el tiempo no existió para la España de Fernando VI y de Carlos IV, oculta en su aislamiento, ni siquiera voluntario, sencillamente bobo, cretino; ignorada como un traje en un arca, donde se apolilla. El tiempo, claro está, no podía faltar en absoluto, de igual manera que sólo en la muerte no palpita el corazón. Se refugió en un hombre, encarnó en Goya. De antena calificaríamos al gran pintor, que reunió en su pecho todas las inquietudes ultrapirenaicas, las definidoras de la época, valiendo él por una reducción de la catástrofe francesa, desde sus juegos con damiselas aristocráticas, su alianza con el pueblo en los tapices y su amistad con Jovellanos, alusión a la Enciclopedia, hasta los retratos de la familia real, equivalentes a la guillotina. Tornando a Aranjuez, en que tal vez nos hemos extraviado, como si anduviéramos por sus avenidas del «Jardín del Príncipe», repitamos que en éste, como en su hermano dicho de «la isla», puede notarse la huella de la distinta atención que les prestaron sus sucesivos usufructuadores, con lo que poseemos hoy una interesantísima belleza, en el paisaje resultante de los jugos vegetales que aun no se secaron, y de la obra de alarife reducida a su aspecto, como a su cascarón la caracola sin su molla. De ahí que el bosque, por encima de su espontaneidad, adquiera un sentido delicado y que la arqueología no pertenezca a los catedráticos, sino a los poetas. El contraste entre el vigor conseguido por los troncos que plantaron verdaderos enamorados suyos y la fragilidad de las arquitecturas a gusto de gentes encaprichadas, da en nuestros días una auténtica impresión siglo dieciochesca, de la edad debilitada y voluptuosa, mejor que por nadie, representada por Wateau, creador de placeres y muriendo tísico, o pulmónico, como se decía entonces.

* * *

Va dedicada esta información a mis amigos hispanoamericanos, los uruguayos, los argentinos, los chilenos, los peruanos, los costarricenses, los colombianos, los venezolanos, los portorriqueños, *los dominicanos y los cubanos...* Es decir, los hispanoamericanos que he conocido en mi viaje por el Nuevo Mundo, donde, por cierto apenas hay traslados monumentales del siglo XVIII, en cuanto a la boga versallesca. El espíritu de dicha centuria sí que penetró en América, especialmente en Venezuela, cuyo puerto de la Guaira recibía los barcos de aquella imborrable Compañía vascongada, propulsora de la agricultura ultramarina. En la bodega de los bergantines iban libros franceses, con los gérmenes de la libertad. Respecto a la arquitectura en piedra y arbolado, según la moda borbónica, tal vez sólo exista allá la residencia que el virrey Amat hizo construir en Lima para su amante la Penicholi, la protagonista de la «Carroza del Santísimo Sacramento», el delicioso sainete de Próspero Merimée.

Cuando los criollos visitan España no deben olvidar una excursión a Aranjuez. El turismo, según pude observar una y mil veces, es una mezcla de respeto casi supersticioso por el pasado y de pequeños libertinajes. A cambio de quedar embobados ante cualquier vestigio histórico o legendario, en una sacristía o un museo, los turistas caminan por la ciudad en que se encuentran el museo o la sacristía, con una despreocupación turbadora del ambiente, y que equivale a una revancha contra la momentánea sumisión a las reliquias. En el Real Sitio, de sobra se hallan motivos para ambas manifestaciones, la reverente y la digamos irrespetuosa: después de pensar en inmaterializarse para que nuestros pasos no quiebren la fragilidad de unas fábricas dignas de que sus alarifes constaran en la nómina de la manufactura de Lerses, los espárragos y las fresas de los huertos del Tajo, saborearlos al aire libre, bajo un movible toldo de verdura, rejoneado por el sol, dan ocasión a expansiones de una sensualidad regocijada.

Como en un catálogo, hallará el viajero en Aranjuez todos los elementos de la época linda, como se diría en la otra banda del Atlántico, bonita, como decimos en la madre patria. Avenidas de álamos, protectoras del paseo sosegado y con diálogos perfumados de filosofía, fuentes con alegorías metológicas y efímeras carrozas de agua; palacetes ligeros y ricos como un armario de carey y plata; canales de naumaquia con serenatas de antifaz y violín; la presa, en que se riza en espumas el encorvado río, al modo que la cola de un caballo de general en las pinturas de la famosa «Galería de las Batallas»; jarrones grandes como campanas; verjas y barandillas en que el hierro imita a la blonda; flores de tapicería; aves de biombo; el templo del amor, ya con el musgo del desamor; naves de recreo en la casa que se destinó a su conservación y naves de estampa galante; camarines con muros de seda y oro y platino; cuadros acaramelados por una pátina dulzona; muebles contra los que destacarían las damas y los abates como en un país de abanico; y hasta, vivas aún en las cortezas zumosas de los troncos seculares y húmedos, leyendas abreviadas, cifra cada una de un idilio que allí estremeció a una azafata y un guardia de corps.

Son dos los jardines regios, mas no se reduce a ellos el siglo XVIII. La población, de traza monótona y gris, una población de séquitos entre sus viviendas que escasamente reflejan tantos esplendores que le son próximos, destaca un edificio, una plaza, una capilla, emparentados de cerca con las fincas de la Monarquía. Sin ir más lejos, a unos pasos del «Jardín del Príncipe» y aunque hinchado por el reuma, todavía está el que fué palacio de Godoy, el favorito de María Luisa de Parma. En la actualidad es hotel, conservándose en alguna camareta restos de las antiguas magnificencias; por ejemplo, una mampara de damasco. Un día el pueblo asaltó la soberbia mansión, obligando a su habitante a una fuga temible, y desde entonces ya no ha conocido más grandezas esa corona. Digo mal: la hospedería cuenta con sus fechas ilustres. En ella compuso algunas de sus «Sonatas» D. Ramón del Valle-Inclán, y ahí se aloja Santiago Rusiñol, el pintor de los arriates y las tazas melancólicas en su sequedad. Pero esto ya pertenece al Aranjuez contemporáneo.

El viajero, lo que busca en Aranjuez es el siglo XVIII, que en la aridez de la tierra castellana depositó el gran canastillo de flores y frutos que constituyen el Real Sitio. Pasen los señores turistas. Una jornada entera pueden jugar a ser mariposas y otros bellos insectos, deslizándose por la amenidad jardineril, como los verdaderos insectos por las rosas y las manzanas de una «corbeille».

* * *

Desvanecidas las pompas de jabón de la décimoctava centuria, y salvo las jiras de Isabel II, quedó Aranjuez poco menos que olvidado hasta no ha mucho, en que las carreras de caballos han venido a enriquecer con un nuevo matiz la tradición señorial del célebre paraje.

Abandonado a su guarnición de tropas de caballería, al tedio y al polvo, durante varios lustros no conoció el Real Sitio otras alteraciones de su modorra adensada en estío, bajo el estridor de las cigarras, que las excursiones populares de madrileños los días festivos y sobre todo la invasión de las legiones taurófilas una vez al año, cuando se efectúa la proverbial corrida de San Fernando. A veces, esta lidia tuvo un carácter que calificaríamos de político, dentro de la tauromaquia, como si se desarrollasen los gérmenes que dejaron en el aire las pretéritas revueltas a que se alude más arriba. Tal aconteció, verbigracia, en los días que Ricardo Torres, «Bombita», se malquistó con la empresa del circo metropolitano. Sus admiradores acudieron en tropel a verle torear en Aranjuez, de igual manera que se organiza una manifestación de liberales en tiempos de los conservadores, y viceversa.

La afición de Alfonso XIII a los deportes, su matrimonio con una Princesa británica y la abundancia de automóviles, proporcionaron al oasis castellano su último y reciente esplendor. Aparte el concurso de la capital, celébrase en Aranjuez otro, en un hipódromo bellísimo, enmarcado por los rosales. El «sport» hípico no interesa en España al pueblo, que se apasiona por el toreo o por el fútbol. Privilegio casi exclusivo de los aristócratas, las carreras sirven de pretexto para magníficas ostentaciones de riqueza, el desfile de trenes soberbios, la exhibición de toaletas y el lujo de meriendas que salen de los más decorativos envases londinenses.

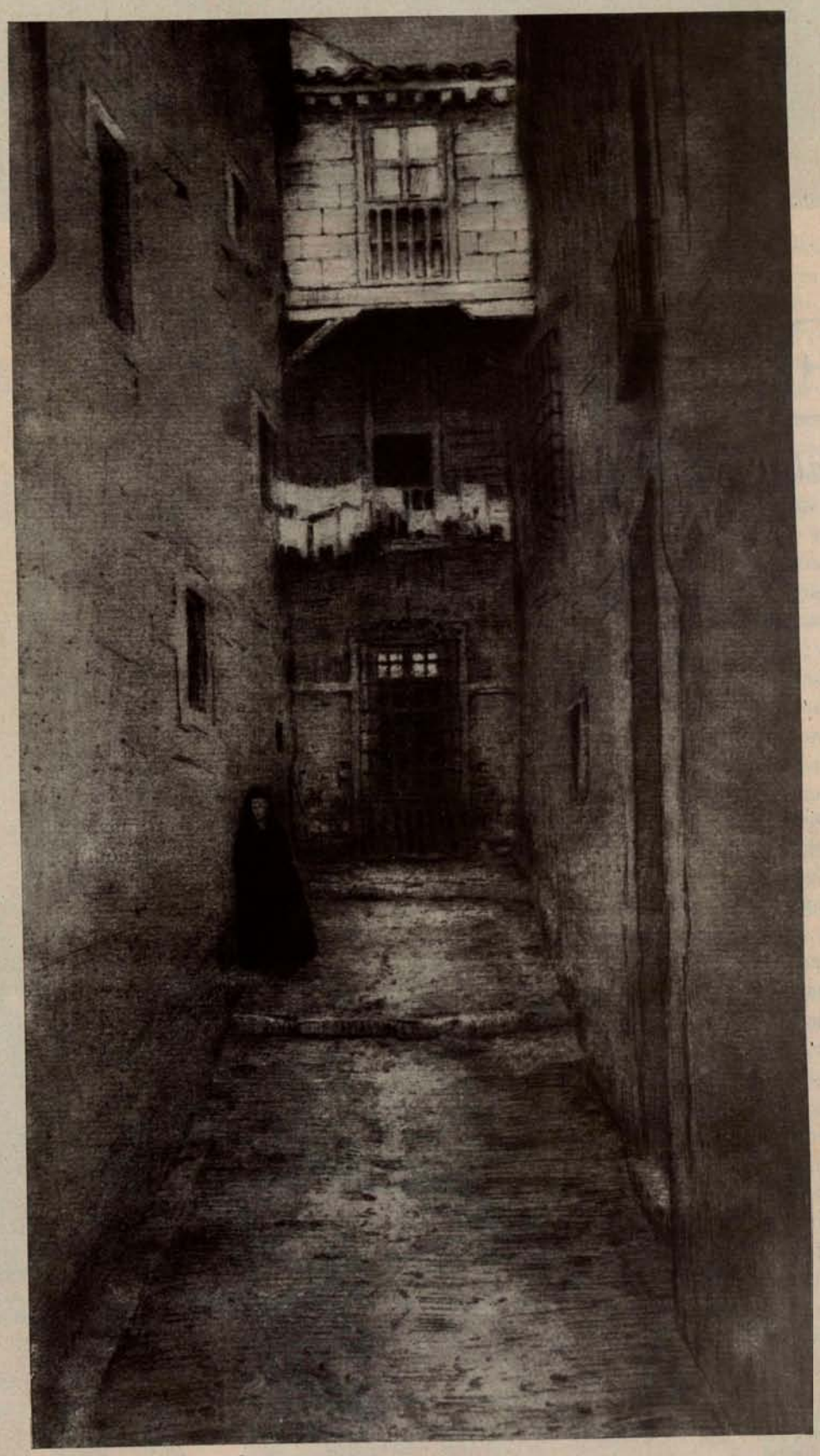
Pero no acaba ahí la elegante modernización de Aranjuez, subsistiendo, y aun intensificándose, cuando no funciona la pista, gracias a las derivaciones originadas de la moda ecuestre. Muchos de los propietarios de caballos establecieron sus cuadras en el Real Sitio, y así no cesa en los caminos, convertidos en naves catedralicias por los árboles seculares, el «carrousel» de los «jockeys» que pasean y entrenan las bestias fabulosas. Jinete y cabalgadura, ambos igualmente inmaterializados, improvisan una especie de portamantas gigantesco, siendo el homúnculo el asa; el cuerpo de la cabalgadura, un «plaid» arrollado, y sus patas, las correas pendientes.

El humo de las pipas con tabaco de hebra y el léxico del «turf» empañan de anglosajonismo la atmósfera siglodieciochesca. Pero no se ha perdido el intento primitivo. Si antes Aranjuez hacía pensar en Versalles, ahora trae a la memoria el castillo de Chantilly. En este lugar surgen los caballos de la «forêt» como de la espesura en el pequeño paraíso hispánico. También el refugio del gran Condé, honrado con la visita de Luis XIV y cuyos jardines trazó Le Notre, y más tarde lírica residencia del duque de Aumale, ha sido transformado en museo, conservándose en sus vitrinas, junto con las joyas históricas, aquellas miniaturas que reproducen sólo un ojo de esta y la otra princesa de Orleáns. La serena mirada verde es la nostalgia convertida en piedra preciosa. El foso, con sus carpas, sus cisnes y sus nocturnas evaporaciones de una neblina lunar, continúa aislando el castillo. En torno a sus torreones, Chantilly cultiva sus flores y sus caballos para el «Gran Premio» de Longchamps. ¿Paréntesis en la tradición refinada y ociosa del castillo? Todo lo contrario. Sigue ese delicioso trozo de la bella tierra de Francia consagrado a lo superfluo. A través del tiempo, están unidos los eslabones sucesivos de Chantilly, como Debussy, músico de la música, desciende directamente de Mozart, que no enturbió ningún sonido diáfano. Del mismo modo Aranjuez ha recobrado, por obra y gracia de la equitación, su prestigio aristocrático. Es más, se añadió otra imagen a su colección de grabados: una estampa inglesa. Yo recomiendo a los turistas que, no una jornada fugitiva, sino el reposo de unos días, reserven al otoño en Aranjuez, todo inflamado entonces en las llamaradas purpúreas de sus frondas, mientras el musgo en las piedras ennegrece su velludo y en el campo se esparce. Desde las ventanas del palacio de Godoy, melancólicas, se contempla el paso de los caballitos flexibles, sinuosos, danzantes... y el espectador se siente personaje de novela. En suma: ya triste, ya risueño, Aranjuez es uno de los halagos que brinda al extranjero España, en verdad, si jugosa en cordialidad recóndita, no muy pródiga en sonrisas.

Galería de las Estatuas, en la Casita del Príncipe, del palacio de Aranjuez.

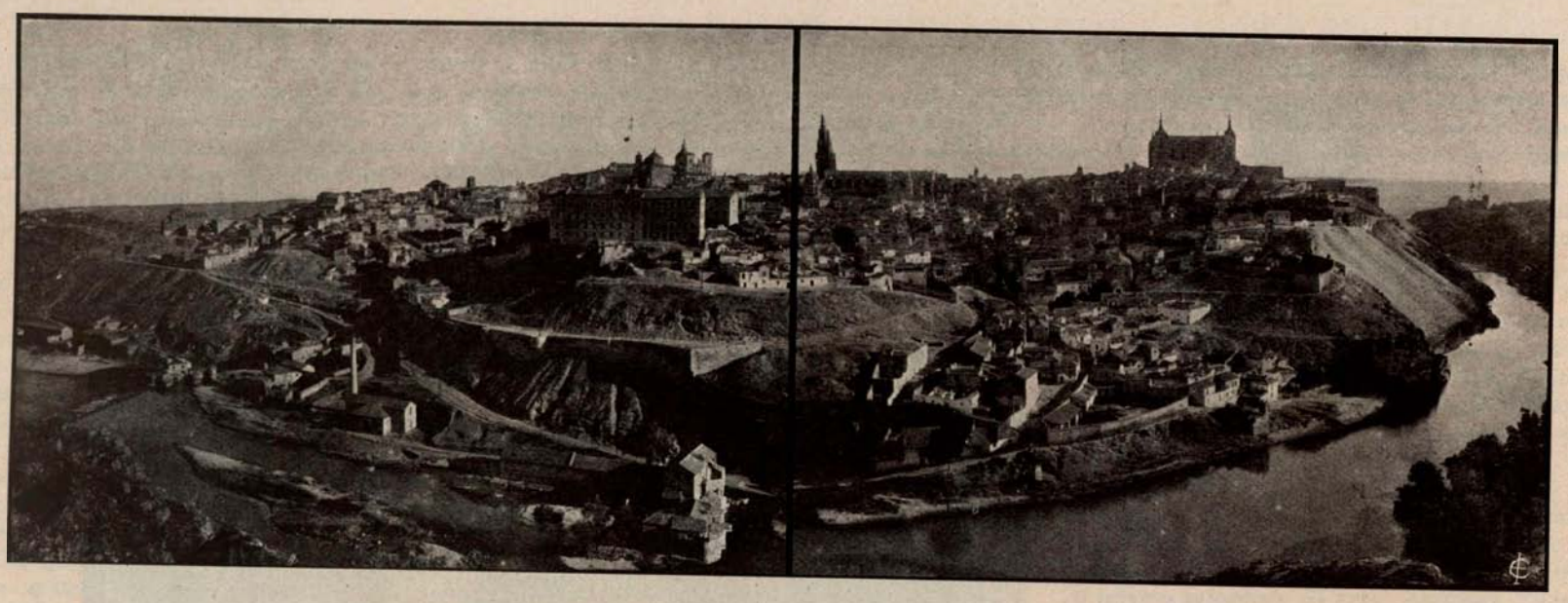
Vista general.

Fachada principal del palacio.



(Aguafuerte
de
E. Navarro)

Toledo



EL TOLEDO ÚNICO

Los valores históricos, artísticos, típicos y turísticos de la famosa ciudad imperial y de su provincia

POR

SANTIAGO CAMARASA

CRONISTA OFICIAL DE LA PROVINCIA

La comparación de los dos títulos que lleva este trabajo, resumiendo ambos el tema en él tratado, sírvenos para confirmar al primero todo su valor.

Es éste, con sus tres palabras solamente, la mejor expresión, concreta y terminante, de los valores toledanos, varios e importantísimos, aun más que los anotados en el segundo título, que, con toda su extensión, no dice la verdadera realidad.

Indudablemente, pocas frases pudieron expresar mejor el fin a que se aplicaron. Pocos nombres pudieron resumir con más acierto una personalidad; ningún adjetivo pudo ponderar con más justicia el valor de una cosa.

Puerta nueva de Bisagra. (Foto Loty.)

No nos envanece que sea esta frase nuestra, porque ello no tiene ningún valor; nada más lógico que el hijo apasionado, que el hijo loco de amor por su madre, en el íntimo goce de sus caricias, la proclame única entre todas.

Lo que sí nos complace, y muchísimo, haciéndonos olvidar aquellos primeros años en que nuestro calificativo merecía, cuando no burlas descaradas, mortificantes sonrisas piadosas, es la gran profusión que ha adquirido y el firme convencimiento con que se pronuncia, dándonos la razón. No éramos sólo unos apasionados.

El Toledo único, es el elogio de todo el mundo; el calificativo con que todos nos distinguen; la frase con que todos, desde los más profanos a los más eruditos, desde los más humildes a los más potentados, desde los anónimos personajes a las más prestigiosas personalidades mundiales, reverencian nuestros valores.

El Toledo único ha llegado a ser el verdadero nombre de Toledo.

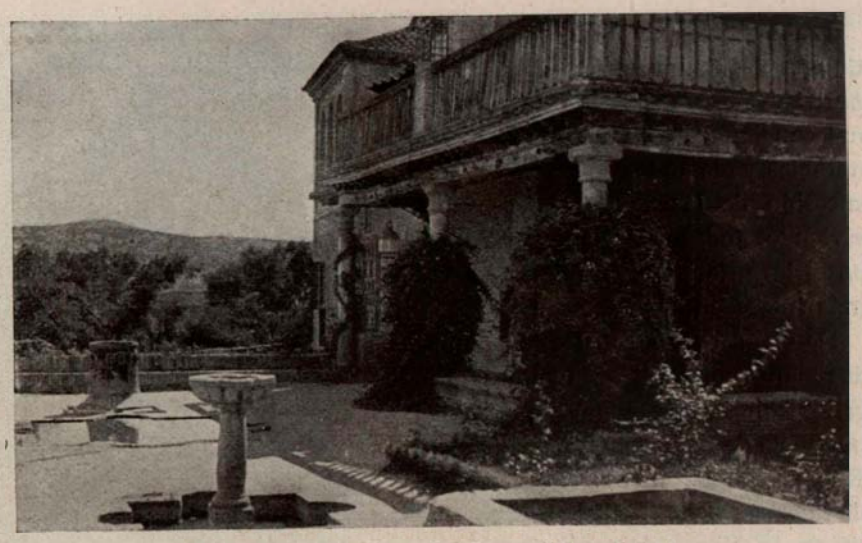
Pero este calificativo, en una casi totalidad de los que le pronuncian, le consideran sólo para la capital toledana, porque no conocen más que ella, o porque no les hablaron de sus pueblos.

Nosotros queremos ampliar más, en todo su valor, en su justo alcance, la significación de esta frase, y vamos a hacerlo, no sólo respondiendo a nuestra vehemencia íntima de hijo enamorado, sino al convencimiento pleno de sus valores, de sus grandes tesoros, después del estudio detallado de sus pueblos, de todos ellos, en varios e interesantes aspectos. Estudio que ofrecemos a la Diputación toledana, y del que son estas cuartillas un muy breve prólogo.

Ninguna ocasión para ello mejor que ésta, en que España ofrece al mundo entero sus valores, con motivo de las grandiosas Exposiciones de Sevilla y Barcelona.

Toledo no es sólo un pueblo, no es sólo la ciudad encantadora, cumbre artística e histórica, de todos conocida y admirada. Toledo es toda una provincia, extensa y rica, enormemente interesante en arte e historia, muy merecedora de ostentar el nombre que lleva y que tantas

El puente de Alcántara, y al fondo, el Alcázar. (Foto Loty.)



El jardín de la Casa del Greco. (Foto Loty.)

reverencias merece. Toledo capital, es digna madre y, en muchos casos, hermana de no menores merecimientos, del resto de su provincia, cuyos valores, noble y sinceramente, hemos de proclamarlo, no están bien conocidos, ni aun por sus propios hijos. La Diputación cumplirá un sagrado deber, como atiende a otros compromisos materiales de los suyos, dándolos a conocer, propagándolos para su debido reconocimiento y aprecio.

No nos compete en esta ocasión hablar de los grandes valores materiales de la provincia toledana, de sus espléndidos campos, que la colocan en el primer lugar de las estadísticas agrícolas españolas y en uno no de los últimos de la producción industrial en general; pero sí queremos aludirlos para que sea más firme el calificativo de único, uniendo a sus valores morales, a sus tesoros espirituales, estos otros aspectos que la complementan, dando una indiscutible solidez a nuestra tesis.

El Toledo único es toda la provincia, pues, si no fuera así, no podría ser verdaderamente merecido el calificativo; es el conjunto de toda ella. Son la capital, y las ciudades, y los pueblos, y los caseríos todos, que la forman; que aun los más pequeños, los más insignificantes, tienen un significado valor, más y más destacados siempre, si encuéntranse en lugares pobres y reducidos.

Toledo único es: la capital con su historia, de cuyo origen dice una famosa y conocida sentencia, «la mayor excelencia de la ciudad de Toledo es no poderse averiguar su verdadera antigüedad», corroborando esto los trabajos que han hecho ilustres historiadores, sin haber conseguido un resultado práctico. Dicen unos que la fundó el tercer nieto de Tubal, Rey de España, llamado Tago por haber descubierto el río; otros dicen que fué Hércules; indican otros que los propios griegos, que la llamaron Tholietron (ciudad); otros, que los romanos, llamándola Toletun, y otros, que los judíos, cuando vinieron con Nabucodonosor, antes de Jesucristo. El hecho cierto es que la antigüedad de Toledo no se puede prever exactamente, siendo desde luego muy anterior a los romanos, a partir de cuya dominación se fué engrandeciendo, y que después, todos sus sucesivos moradores la fueron ampliando, llegando a aumentar su gran celebridad por haber sido la corte de España durante varios siglos, en época de los godos y de los cristianos, hasta la mitad del siglo XVI, en que Felipe II la trasladó a Madrid, sufriendo un rudo golpe y reduciéndose su importancia material.

Un patio toledano. (Foto L. Nueda.)

Se complementa su valor histórico por haberse celebrado en ella muchos e importantes de aquellos célebres concilios, así como también por haber producido muchos hijos ilustres, en todas las épocas y en todas las manifestaciones. La historia de Toledo constituye las más brillantes páginas de la historia española.

Un típico cigarral toledano (Foto Rodríguez.)

Tipos del pueblo de Lagartera. (Foto Rodríguez.)

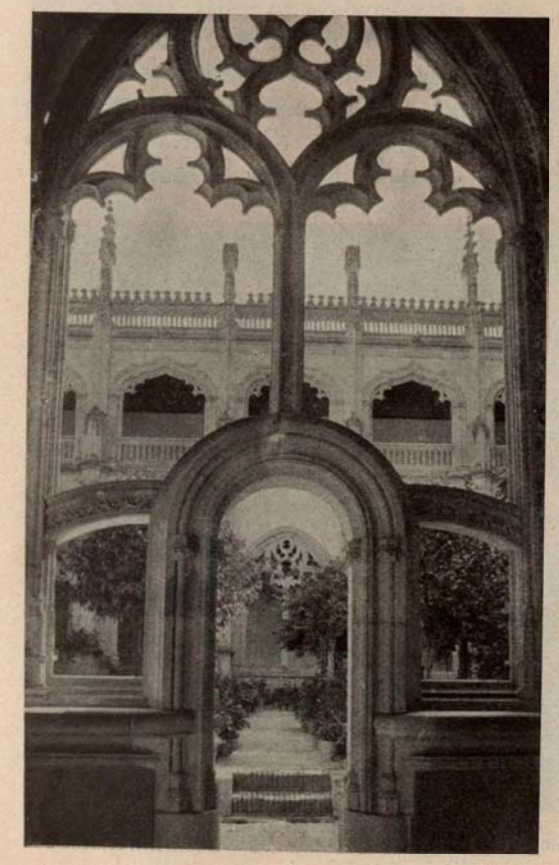
Igualmente, sus monumentos artísticos son el mejor blasón del arte español; en éstos tiene Toledo la excepcional condición de poseer muchos, muy notables y de todos los estilos. En la sucesión de las razas que le fueron viviendo, todas dejaron rastro de su paso, levantando monumentos a cual más interesantes.

De unas y otras son los tan conocidos —que por ello no los vamos a describir con detalle, además que no disponemos de lugar para hacerlo— Circo Romano, Puente de Alcántara, Cristo de la Luz, Santa María la Blanca, Cristo de la Vega, Alcázar, Castillos de San Servando y de Galiana, Zocodover, Puerta del Sol, Catedral, Puente de San Martín, Puerta de Alfonso VI, San Juan de los Reyes, Hospital de Santa Cruz de Mendoza, Taller del Moro, Sinagoga del Tránsito, Arco y Capilla de la Sangre, Casa de Mesa, Hospital de San Juan Bautista o del Cardenal Tavera, Ayuntamiento, Posadas de la Hermandad y de la Sangre, Instituto o antigua Universidad, Puerta del Cambron, Baño de la Cava, Puerta de Bisagra, Mezquita de las Tornerías, Puerta de Balmardón, y una infinidad de iglesias, capillas, ermitas, conventos, palacios y casonas, todo a cual más interesante y valioso.

Vistas del claustro de San Juan de los Reyes. (Fotos Loty.)

Mas Toledo no se destaca sólo por sus grandiosos monumentos, sino también por sus alrededores, sus lindos y típicos cigarrales; por sus murallas; por sus castillos; por sus paseos; por su empinadas callejas; por sus románticos rincones; por sus encantadoras plazuelas; por sus misterioso cobertizos; por sus laberínticos callejones; por sus expresivas ruinas; por sus templos, conventos y monasterios; por las portadas, y los patios, y los hierros de sus casonas y palacios; por sus hornacinas; por los estudios de sus artistas y los talleres de sus orfebres; por sus santuarios; por sus leyendas y tradiciones; por todo: por su ambiente singularísimo en general.

Toledo único es también, con lo descrito de la capital, el resto de su provincia. Sus notables ciudades de Talavera, Mora, Quintanar y Consuegra, y sus pueblos todos, algunos de gran importancia, hasta 206 en total, que guardan infinidad de célebres hechos históricos, de bellísimos monumentos, de interesantes aspectos típicos y pintorescos, de importantísimas industrias artísticas y características, de curiosos detalles en general, que afirman para esta varia y extensa provincia castellana, cuna de muchos hombres ilustres, artistas y guerreros, sabios y santos, el gran prestigio con que se distingue a la capital.



Tampoco podemos, por la misma razón del poco espacio con que contamos, describir todos los monumentos y características de estos pueblos, aunque por desconocidos sí sería preciso hacerlo.

Mas es ineludible citar siquiera lo más interesante, para dar una idea de su importancia. Las magníficas Colegiatas de Illescas (monumento nacional), Talavera, Mora, Torrijos, Ocaña, Los Navalmorales, Consuegra, Madridejos, Quintanar y Villacañas; las notables iglesias parroquiales de Puente del Arzobispo, Alcaudete de la Jara, Cuerva, Añover de Tajo, Escalona, Borox, Orgaz, Villarrubia de Santiago, Noblejas, Carriches, Polán, Sonseca, Oropesa y otras muchas en todos los pueblos, así como también numerosas capillas, ermitas y conventos; el singular Hospital de la Caridad en Illescas, con sus extraordinarios «grecos»; los interesantes castillos, entre otros, de Escalona, Guadamur, Mora, Malpica, Maqueda, Oropesa, Layos, Almonacid, Barcience y Orgaz; los mosaicos romanos de Rielves; los palacios de Escalona, Mora, Velada, Ugena, El Toboso, Torrijos, Ocaña, Oropesa, Illescas, Cuerva, Añover de Tajo, Los Navalmorales, Borox y muchos más, así como también muchas notables casonas señoriales; los espléndidos pinares de Almorox, rigurosamente inéditos, casi desconocidos; las cerámicas de Talavera de la Reina, en pleno triunfo mundial, de Puente del Arzobispo y de Cuerva; las sedas, también de Talavera; las labores y los trajes singularísimos —de lo poco que va quedando en la vestimenta antigua— de Lagartera; los interesantes recuerdos cervantinos y las curiosas leyendas populares relacionadas con el inmortal «Manco de Lepanto», de El Toboso —con la casa llamada de Doña Dulcinea— y Esquivias; los singulares silos —que recuerdan las viviendas trogloditas— de Villacañas y La Guardia; los históricos molinos de viento de Consuegra, Madridejos, Villacañas, Urda, Yébenes y El Toboso; las industrias típicas de los aceites y jabones de Mora, famosa en todo el mundo; de los botijos de Ocaña, de los azadones de Olías, de los herrajes de Los Navalmorales, de los paños en Sonseca, de los espartos de Ajofrín, de los embutidos en la parte de la Jara, de los vinos y los quesos en la parte manchega y en Villarrubia de Santiago y en Noblejas; de las harinas en toda la Sagra, y un sinfín más de industrias características, inconfundibles en cada pueblo, que aun siendo un valor del Toledo actual, tienen también una relación muy directa con el aspecto turístico.

La provincia toledana, en su conjunto, en la suma total de sus valores, será una de las más interesantes; pero en el aspecto especial a que nos referimos, en el orden histórico, artístico, pintoresco y típico, sin duda alguna es la primera.

Castillo del pueblo de Escalona. (Foto Rodríguez.)

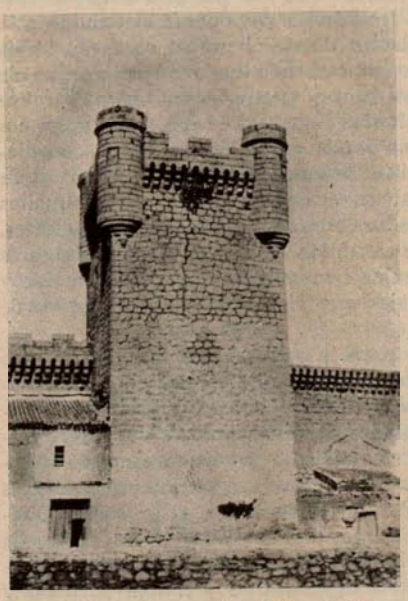
Colegiata de Talavera de la Reina.

Quien atesora tan numerosos monumentos, tan interesantes páginas históricas, tan bellos y típicos pueblos, tan espléndidos paisajes y tan diversos aspectos pintorescos y pictóricos; quien tiene de todos estos grandes valores en cantidad y calidad extraordinaria, no puede ser más excepcional. Es toda ella, el Toledo único.

Los que conocen la capital, casi todo el mundo, así lo proclaman por unanimidad, sin la menor duda. Aun más los que conocen algo de su provincia, que responde al prestigio de aquélla.

Nosotros les invitamos a que la recorran toda, a que lleguen a sus pueblos importantes y a sus típicos pueblecitos, todos con algo de interés, pasando por sus bellos campos, por las inmensas y ricas llanuras castellanas, tierras de «pan llevar», junto a las enormes montañas, y se convencerán de nuestras afirmaciones; nos darán la razón, como ya nos la han dado todos, cuando llamamos única a la ciudad toledana, más única ahora, inmensamente más, porque lo es toda la provincia.

OROPESA (Toledo)

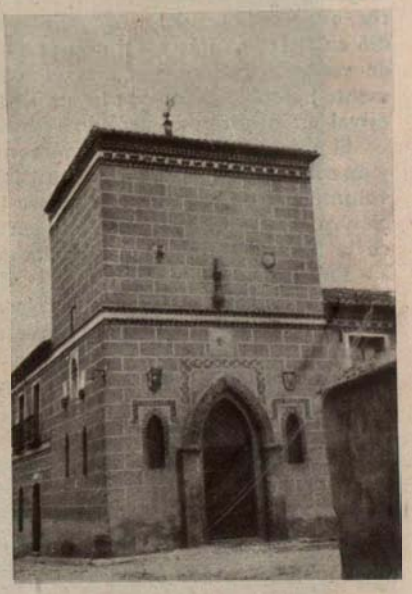


Torre del Homenaje, del castillo de Oropesa.

Esta población es antiquísima, atribuyéndose a los tárdulos su fundación. La etimología de su nombre viene de las antiguas leyendas orientales, significando «Cima de monte», por el mucho arbolado de encinar y alcornocal que en su término se ha desarrollado siempre.

Existe la tradición de que sus armas son las que se recogen en el sello municipal que usa el Ayuntamiento: un torreón y una balanza en el fiel, que tiene uno de sus platillos lleno de oro y en el otro una dama sentada, refiriéndose que dominada la villla por los moros, los caballeros templarios rescataron a una doncella cristiana «a peso de oro». ¡De ahí el nombre de «Oropesa»!

Sus edificios principales son: la iglesia parroquial, de estilo plateresco, con una bonita puerta de entrada y un magnífico presbiterio. La iglesia de la Compañía, que perteneció a la Compañía de Jesús, es obra de Juan de Herrera y destaca por la galanura de su arquitcetura lineal, como la del Monasterio de San Lorenzo. El palacio que fué de los duques de Frías, grandiosa mole que está destinada actualmente en su planta principal para instalar un parador u hospedería del Turismo. El castillo, soberbia construcción de piedra del siglo XIV, declarado monumento arquitectónico-artístico, cuya torre del Homenaje es una preciosidad. La cárcel, de estilo gótico, edificio antiquísimo también. Los restos de la muralla, entre los que se conserva un arco de clásica belleza... Y como más modernos, el Ayuntamiento, Biblioteca popular, torre del Reloj y Museo de cerámica de D. Platón Páramo, ilustre coleccionista que, a más de este Museo, posee en su casa un verdadero tesoro artístico.



Museo de cerámica, en Oropesa.

La Catedral de Toledo

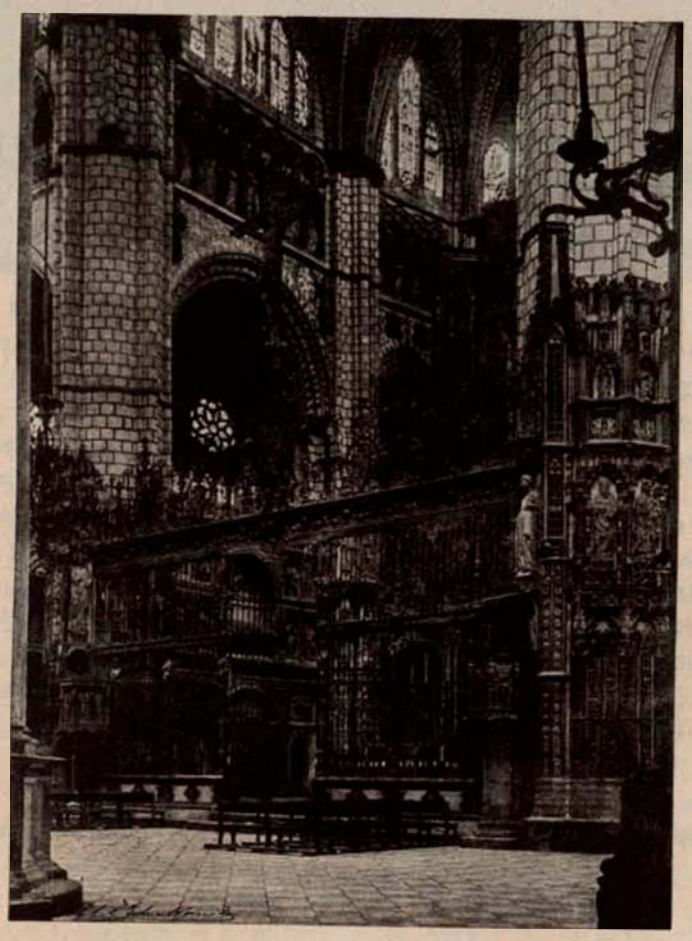
Por

J. Polo Benito

Deán de la Santa Iglesia Catedral

Diariamente gana una victoria el prestigio español junto a la puerta del «Tesoro» toledano, pues casi a diario, muchedumbre de personas venidas de las naciones más lejanas y diversas, en peregrinación de fe, en anhelo de cultura o simplemente por estímulo de curiosidad, sienten avivada en su pecho la doble llama de la religión y del arte que, como en gigantesco candelabro, luce blanca y alentadora en los ámbitos del gran templo. Primado entre los de España declaráronlo Cartas Pontificias y concesiones regias, y lo es efectivamente, más que por la virtud protocolaria del documento, por la realidad religiosa y artística, no superada y en algunos puntos insuperable, y haber sido asiento de la historia patria, que en aquellas piedras vive con vida imperecedera.

La fe lo ideó—ha escrito en admirable síntesis un docto canónigo—; el entusiasmo piadoso trazó el vasto plan; el fervor de un pueblo acometió la magna empresa; las generaciones creyentes amontonaron piedras, mármoles, bronces, sus riquezas, sus tesoros... y aquí está, cegándonos a fuerza de esplendores, ostentando la señal del paso de los siglos, que en él hicieron oficio de artífices multiplicadores de sus encantos, siendo el embeleso de todos los amantes de la belleza artística que desde los cuatro puntos cardinales del planeta vienen a contemplarle... aquí está magnífico, severo, majestuoso, imponente; aquí está el prodigio, el milagro del arte, el gigante de piedra; aquí está el coloso, con su decoración espléndida, con su ornamentación fastuosa, con sus columnas, con sus arcadas, con sus ojivas, con sus amplias naves... con sus tumbas marmóreas, donde los muertos esperan la resurrección, y sus altares áureos, donde aletean los ángeles del cielo; con la misteriosa penumbra de sus capillas, que invita a la oración, y el deslumbrante centelleo de su cristalería policroma iluminada por el sol, que finge en ella visiones de gloria; con sus filigranas y encajes y esmaltes adornando rejas, relicarios y hornacinas, y la flora de una vegetación exuberante extendiéndose por zócalos, frisos, repisas y doseletes.»



Capilla mayor de la catedral de Toledo.

Es un mundo la catedral de Toledo—ha dicho recientemnete el escritor frances M. Lambert—. No porque se halle poblada, como las catedrales francesas, de una muchedumbre de seres de piedra, que infunden en ellas una vida misteriosa, sino porque los siglos han ido dejando tal acumulación de obras de arte, tan diversas unas de otras, que lo fabuloso de su riqueza y lo atrayente de su diversidad producen al punto una impresión de asombro. Es la historia gráfica de todo el arte cristiano, escribió Castelar; es el ejemplar más netamente español de la arquitectura gótica opina el maestro Cossío, la cual experimenta aquí una adaptación al medio clásico que predomina en todas nuestra cultura. Es la primera en España, y una de las pocas en el mundo, en cuanto a belleza y perfección, con que está resuelto en ella, mediante rectángulos y triángulos, el problema de las bóvedas de la girola.

Es un museo de arquitectura, y ninguna otra catedral la supera por lo que toca a la variedad y riqueza de los ejemplares de aquel orden que encierra.

A buen seguro que en el día memorable de octubre de 1226, cuando Don Fernando III el Santo y el Arzobispo D. Rodrigo de Rada colocaron la primera piedra en que asentara sus pies el gigante, ni sospechar pudieron la magnitud de la empresa que iniciaban, juntamente con el tracista de los planos, Pero Pérez, que por autor del proyecto tuvímoslo todos, hasta que, no ha mucho tiempo, dió en tierra con esta opinión uno de los más expertos y cumplidos conocedores de secretos catedralicios, el señor obispo de Ciudad Real, quien documentalmente ha demostrado que la maravillosa traza —interpretación española del arte ojival en su segundo período— es debida al maestro Martín.

Si el lector lo quiere, brindámosle cortés y cristianamente nuestra compañía, y en corto índice de datos y cifras, junto al hecho histórico, pondrá nuestra buena voluntad el relieve artístico, sobre la referencia documental la chispa de emoción que calienta e ilumina este portentoso triunfo del arte, este magnífico solar de la raza, esta mansión augusta de la fe.

Entramos en la catedral por la «Puerta de la Feria», a la cual se llega tras de andar una calle genuinamente toledana, empinada y angosta.

Adviértese al punto de la primera ojeada la línea divisoria entre dos épocas: la fundacional primitiva, de fines del siglo XIII o principios del XIV, expresada en la tosquedad y rudeza de la imaginería que adorna el arco de la ojiva; la de su exquisito complemento, en el XV, cuando madera y bronce eran manejados diestramente por Raymundo Chapud para labrar la puerta, y el decaimiento del XVII, en el que el arquitecto Durango hizo obra de restauración en la cara exterior del gran arco ojival, sobre el que corre un adorno a manera de greca. Se tiende la mirada inevitablemente hacia la bellísima puerta de «Leones», construída por fuera con un grandioso arco guarnecido de molduras, que van estrechándose a compás de su aproximación al centro. Juan Alemán esculpió las admirables imágenes del Apostolado que coronan la portada. Dos enterramientos ocupan por dentro la puerta interior; con gallarda lozanía enriqueció la talla de Villalpando la puerta aquélla, sembrando los tableros de mascarones, centauros, dragones fantásticos y guerreros hercúleos; un pilar gótico separa las dos hojas; otro cuerpo de escultura plateresca continúa sobre el medio punto; un órgano gigantesco, el llamado «del Emperador», se extiende a lo largo de la portada y cierra en lindo remate el gracioso conjunto de un rosetón de policromada vidriera.

Majestuosa y atrayente ofrécese a los ojos del visitante la formidable nave del crucero, que dividiendo la capilla mayor del coro, extiende sus bóvedas para formar la central; dos grandes verjas, las de Francisco de Villalpando y Domingo de Céspedes, cierran ambos recintos; en una y otra, el hierro y el cobre, el latón y el bronce, fundidos en cabal aleación, se ablandan como cera bajo los dedos ágiles de estos artífices, que en 1547 dejaban plasmadas la soberanía del gusto plateresco en la riqueza y variedad ornamental.

Subamos a la capilla mayor, si os place. Contemplad, siquiera sea un instante, la gran obra del gran cardenal español D. Francisco de Cisneros; ved que la inspiración artística, la emoción religiosa, hazañas de fe y de espada, gestas de tradición y de historia, aletean, evocadoras, en aquella población de gigantes que vive en el inmenso retablo, construído en 1507 por una legión de artistas, Diego Copín, Almonacid y Felipe de Borgoña, entre otros. El buen gusto del franciscano purpurado quiso que no desaparecieran en la obra de ensanche y embellecimiento acometida por él los sepulcros regios, de suerte que aun pueden verse al lado de la Epístola los de Don Sancho II y el Infante Don Pedro, y al del Evangelio, los de Alfonso VII, Don Sancho el Deseado y el Infante D. Sancho.

Un primoroso Sagrario afiligranado, obra de Petit Jean, ocupa el plano central, y debajo de él, la Virgen Santísima, bella imagen chapeada de plata, abre, amorosa, sus brazos. Sobre la enorme fábrica, un Calvario colosal sirve de coronamiento. Mirad, después de que bajéis las seis gradas del Presbiterio, el enterramiento del cardenal Mendoza. Es la suntuosa y rica obra renacentista resultado de las energías de Doña Isabel la Católica, la cual, disgustada por la resistencia que oponía el Cabildo a la demolición precisa para construir el mausoleo donde el propio cardenal había elegido sitio, mandólo derribar una noche, procediendo luego a la ejecución de este funerario monumento, decorado en su primer cuerpo con pilastras y relieves, en el segundo con pequeños nichos y lindas figurillas de apóstoles, entre los que, bajo un arco semicircular, está la urna donde yacen los restos del consejero de los Reyes Calólicos. Por fortuna, aun se conserva en el muro frontero la traza primitiva, transparente, finísima, en el delicado recorte de aquellas hornacinas ocupadas con efigies de santos fundadores, de prelados y magnates. La piedra policromada, bordada más que esculpida, centellea con los fulgores del oro, de la púrpura y del verde esmeralda con que resaltan las aureolas y vestiduras de aquellos venerandos personajes que vieron desfilar la historia de España delante de ellos.

Desde el altar iremos al coro, dejando para la salida echar un vistazo a la cara exterior, revestida con una serie de columnas de rojo y bruñido jaspe, procedentes, al decir de muchos, de la mezquita mayor, y sobre los capiteles de esfinges, dentro de la galería de arcos dentellados en ojiva, podréis ver interesantes paisajes del Antiguo Testamento, que el goticismo primitivo esculpió ingenua y candorosamente en cincuenta y seis medallones, así como cuatro altares jónicos, con estatuas de alabastro trabajadas por Salvatierra, más los del Cristo Tendido, obra del siglo XV, de Santa Catalina, y el lindísimo de la Virgen de la Estrella. Llamarán vuestra atención primeramente la esmerada representación en los cincuenta respaldares de la sillería baja, asaltos y combates, sitios y defensa de ciudades, cuyo nombre dejó grabado el autor, maese Rodrigo. Son escenas de la reconquista española, por entonces casi ultimada, la cual infla-

Altar del Transparente

maba no menos los entusiasmos de los artistas que el valor de los guerreros, y constituye una auténtica documentación de armas y trajes de la época. Pero lo sobresaliente del coro, aun siendo todo en él de primer orden, está en la sillería alta, formada de dos cuerpos de arquitectura, compuesto el primero de 71 arcos apoyados en 72 columnas de vistoso mármol rojo, en cuyos espacios están las sillas, unas de otras separadas por columnitas de jaspe. La diversidad de los adornos en brazos y respaldos, la riqueza del friso, cuajado de caprichosos relieves, y singularmente las esculturas de alabastro que, embutidas en las hornacinas, reproducen el majestuoso panorama de la fe, viviente en aquellos personajes, que, desde el primer hombre hasta Jesucristo, fueron principales protagonistas de la historia religiosa, inmortalizan el nombre de Borgoña y Berruguete, los dos artistas vencedores en el certamen que el Cabildo hubo de abrir. Antes de salir del coro mayor, no dejéis de admirar las pequeñas y delicadas maravillas que el arte cristiano situó al lado de las grandiosas que habéis contemplado, pues bien merécenlo la imagen en alabastro de la Virgen Blanca en el altar de «prima», decorado con rica verja dorada a fuego; el facistol, de factura germánica renacentista, y los dos atriles con relieves en bronce, de Nicolás Vergara.

Ante la anchura y elevación de la nave principal, que forma luminoso dosel sobre el coro que acabamos de visitar, se ensancha y dilata el ámbito con espacioso crucero que cierra en ábside pentagonal la capilla mayor, dejando por ambos lados las segundas naves y las más pequeñas extremas, desplegando sus siete bóvedas y girando en semicírculo alrededor del presbiterio. En un mismo zócalo se apoyan los 88 pilares, constituídos por sillares de columnas, coronadas todas en capiteles de ligero follaje, elevándose luego tres, que ciñen lindos collarines para sostén de la bóveda superior, quedando a una baja altura las naves restantes, que soportan los arcos y las bóvedas laterales. Se cubren los vanos de los muros con ventanales en número de 750, donde el arte de vidriería dejó desde el siglo XIV al XII florentísimas labores de imaginería policromada; la ojiva gana en severidad lo que pierde en esbeltez, y los pilares, arriba más delgados y finos, se tornan más anchos y macizos en los extremos inferiores, para soportar los muros de las capillas. La gran nave se cierra en el siglo XV y las pequeñas extremas en el XIII.

Extiéndese a los pies del templo la portada del «Perdón», y a ambos lados la de «Escribanos» y de «las Palmas», resaltando los puros y lindos arabescos que adornan sus dos arcos de entrada, desplegándose por encima los calados de la galería y abarcando el gran rosetón todo el muro superior. En la izquierda mano, a pocos pasos de esta portada, da el visitante con la «Capilla Mozárabe», fundada por Cisneros para perpetuar la liturgia antigua nacional. Lindísima verja ojival, que forjara Juan Francés en 1524, da ingreso al interior, de cuadrada planta, con cúpula octógona, obra de Jorge D. Teotocópuli, con el fresco de Borgoña representando la expedición a Orán, precioso mosaico romano, el centro del altar y un crucifijo en el remate superior, de raíz de hinojo todo él; luego la capilla de la «Epifanía», que, como la siguiente de la «Concepción», se cierra con bonita reja de gótica traza, siendo de admirar en esta última tablas pintadas y atribuídas a Francisco de Amberes. Más allá de la «Puerta Llana», llamada también «del Deán», muestra del gusto grecorromano, que el arquitecto Ignacio Ham construyó en 1805, está la capilla de «San Martín», con retablo plateresco y pinturas también de Amberes y Andrés Florentino; la de «San Eugenio» después, obra de Egas y Copín, entre otros, con notables sepulcros en los dos muros; singularmente maravilloso el de D. Fernán Gudiel, de estilo árabe granadino, de factura elegantísima. La pintura de «San Cristóbal», colosal de proporciones y discreta de color y dibujo, ejecutada por Gabriel de Rueda en 1638, cubre el espacio hasta la «Puerta de Leones»; sigue en seguida la capilla de «Santa Lucía», fundación de Jiménez de Rada. Tres cuadros penden al exterior del muro: San Juan Bautista, de Ribera; San Bartolomé, de Maella, y los Desposorios de la Virgen, de Blas del Prado; bellísima, la reja interior de la capilla de «Reyes Viejos»; contigua, la de «Santa Ana», con buenos hierros labrados al gusto plateresco, relieves y pintura, y una estatua orante del restaurador de la capilla; inmediatamente llegamos a la de «San Juan», con bello ábside redondo y agujas de gótica crestería, y luego a la de «San Gil», con reja de estilo *plateresco, muy bien decorada* con escudos y cariátides.

Forzoso es que ahora se detenga el visitante, haciendo punto en la rápida excursión que hacemos de las capillas. La «Sala Capitular» exige no pasar por ella sin que el homenaje de la admiración se ofrende rendida y fervorosamente al cardenal que la mandó construir y a los artistas que tan cumplidamente interpretaron el pensamiento de Cisneros.

Trazada por Enrique Egas y Pedro Gumiel, en 1504, concluída en 1512, cuando abría sus pétalos de oro nuestro floreciente siglo XVI, la impresión que deja en los visitantes no es para descrita por una torpe pluma.

Linda la puerta, de gótica traza, al traspasar el dintel da de lleno en los ojos la curuscante yesería de una ancha franja con menudas y delicadas labores, adornada al estilo arábigo por Bernardino Bonifacio. A nuestro lado se yerguen los magnos armarios capitulares, que son labor clásica de finura plateresca, sobre una madera dócil a la mano del tallista, que fué poniendo en ella los caprichos ornamentales de una imaginación exuberantísima, enamorada del modelo griego; un artesonado de traza toledana y vistosa policromía sirve de techo; un cuerpo de arcos apuntados, bajo los cuales se divisa, entre otros, el escudo de Cisneros, testimonio de su liberalidad y largueza, se alza sobre la portada, y dentro de la sala, asamblea del Cabildo Primado, la emoción, que ya en los dinteles hase apoderado del ánimo de los visitantes, cristaliza en un hondo admirativo silencio.

¿Qué guarda aquella estancia para lograr con su vista tales efectos? Leed un compendio de sus maravillas. Las paredes, desde los escaños capitulares, bellamente tallados, hállanse en su cuatro partes pintadas al fresco, con representaciones de la vida de la Virgen, la Crucifixión de Cristo y el Juicio Final, ejecutadas por Juan de Borgoña, que alcanzó con su pincel vigor y grandiosidad apenas presentida en su tiempo. La silla del cardenal arzobispo se eleva majestuosa, como un trono; rodea a los muros la augusta serie de prelados toledanos; desde San Eugenio, atravesando los oscuros tiempos de la dominación romana; los brillantes del imperio de los godos, los infaustos del yugo sarraceno, y, por fin, los de la cristiana restauración, pintados al fresco sus bustos, hasta Cisneros, por el mismo Borgoña; y de allí en adelante, retratos al óleo, bien que con mérito desigual, por diferentes artistas de la respectiva época, habiendo algunos de Coomontes, Velasco, Tristán, Goya y Vicente López. Y el techo, en fin, ricamente artesonado con sus casetones en cruz, que pueden competir en luminosidad y belleza con las árabes alfarjías de Granada y de Sevilla. Se pasa desde la «Sala Capitular» a la antigua capilla de «San Nicolás», vestuario hoy de los monaguillos, y luego a la de la «Trinidad», interesante por la verja plateresca, por las pinturas que adornan el interior, por el sepulcro y la estatua yacente del canónigo restaurador, que, muerto en 1523, allí espera la hora de la resurrección. En el centro del ábside, a espaldas del Transparente, está la capilla de «San Ildefonso», de planta octógona, con rasgadas ventanas y dorada crestería. Ventura Rodríguez decoró, según el gusto de su época, el rico altar, compuesto de mármoles, bronces y jaspes, en el que destaca un hermoso relieve, obra de M. Álvarez. Los seis enterramientos que contienen son notabilísimos, especialmente los del cardenal Gil de Albornoz y los de Alonso Carrillo e Íñigo López Carrillo. Excede a ésta en suntuosidad la que sigue, y es la de «Santiago», con magnífica portada, dividida en tres secciones, de labor gótica, que entrelazan las arcadas con primorosos arabescos, viéndose en los muros, sobre la cornisa, la luna de plata en campo rojo, blasón de D. Álvaro de Luna, fundador, colocada en el centro de seis conchas y de la estrella que describe la crucería de la bóveda; recibe

La girola y el transparente de la catedral de Toledo.

Reja del altar mayor de la catedral.

la luz de ocho ventanales tejidos con calados; la efigie de Santiago resalta en el retablo, que ostenta lindas pinturas; y en la parte céntrica son de admirar los sepulcros de D. Álvaro y su esposa D.ª Juana, con estatuas yacentes, adornos de pomposo goticismo y delicadísimas esculturas lindamente ejecutadas.

Hasta el siglo XVIII, el ábside de la capilla principal aparecía cerrado con iguales muros labrados según el gusto gótico más puro y espiritualmente elevador, del que ya vimos antes lozanas y espléndidas muestras; pero el Cabildo, poco satisfecho, al parecer, de aquella penumbra misteriosa y poética en que se envolvía la dicha parte del templo, y deseando iluminar el lado posterior del Sagrario, encargó de la atrevida empresa al arquitecto Narciso Tomé, pintor y escultor juntamente, el cual realizó el proyecto capitular mediante un conjunto de obras, que con el nombre de «Transparente» son conocidas en el mundo entero, y juzgadas con diversos y aun contradictorios criterios. La arriesgada empresa, el romper el muro para dar luz a aquella zona del templo, se realizó en 1722. Constituye una de las muestras más desconcertantes y prodigiosas del barroquismo.

Ya lo hemos dicho en otra parte: aquel emocionante derroche de mármoles, jaspes y bronces; aquella extraña y original profusión de adornos, estatuas, dorados y pinturas; el retorcimiento de formas envueltas en follaje, que cobijan multitud de atléticos querubines; aquellas líneas, todas irregulares e inquietadoras, donde no hay simetría en los detalles; el haz de rayos que brota en la abertura del Tabernáculo, todo ello orlado con grupos escultóricos de proporciones gigantes; aquel rompimiento, en fin, por el que a torrentes penetra la luz, que se descompone y quiebra en la apacible penumbra del ábside; aquel rompimiento, que aun ahora parece de imposible ejecución a los técnicos, por hallarse abierto en el núcleo central de las naves; toda la obra de Tomé, armónica, descoyuntada, luminosa y simbólica, no ritmará, de seguro, con las otras del mundo, pero seduce y emociona, cautiva y fuerza a pensar en las modalidades de ese arte churrigueresco, que hoy preocupa a la crítica. Tras un arco con columnitas platerescas, que sirve de paso, se entra en la capilla de «Reyes Nuevos», obra de Covarrubias, de fina ornamentación plateresca, prolongada nave, tres bóvedas de crucería esmaltadas de florones, arcos ojivales divisorios ricamente artesonados, y tres ventanas delicadamente laboreadas. Cuadros de Maella, rica talla en los sitiales del coro, una reja plateresca, sepulcros reales de Don Enrique II y Doña Juana; en el muro, a la derecha, los de Don Enrique III y Doña Catalina de Láncaster; a la izquierda, la armadura de Andrés de Duarte, en una vitrina; la estatua orante, en piedra, de Don Juan II; otros sepulcros de Reyes y estatuas, obra de Contreras; tres altares grecorromanos, de Ventura Rodríguez. He aquí enumerados algunos de los muchísimos objetos, todos admirables, en esta capilla; a continuación, las de «Santa Leocadia» y el «Cristo en la columna»; la primera, de carácter bizantino, y la segunda, con un arco rebajado del gusto gótico decadente.

Contigua a la Sacristía hállase la capilla «del Sagrario», con portada de ricos mármoles, del orden grecorromano, un grandioso ático que remata en estatuas y adornos variados, dos altares en la antecapilla, con pinturas de V. Carducci y Cajes, y más adentro, la capilla propiamente dicha, separada por una verja, y en el interior, de planta cuadrada, bellísimas pinturas, rica estatuaria, sepulcros del cardenal Sandoval y Rojas y familiares suyos, cubren los muros desde el pavimento hasta la bóveda y cúpula; el altar de la amadísima Patrona, en el centro; de plata sobredorada el trono que labró Virgilio Fanelli, y la imagen de la Virgen, con características típicas del siglo XII, sentada en un trono o escaño, el Niño sobre su regazo, chapeada de plata, áurea la fimbria con engastes de piedras preciosas, mutilada más tarde y transformada hoy a causa de las vestiduras que la cubren. Termina en esta capilla la curva que forman las naves del trasaltar, entrándose en el brazo izquierdo del crucero, ofreciéndose a la vista la puerta de «la Feria», ya descrita, y al comienzo de la nave septentrional la capilla de «San Pedro», labor del siglo XV, con primorosa reja gótica, un arco moldeado de esculturas y pinturas al fresco en el exterior, y dentro del recinto, convertido en Museo, el sepulcro del fundador, Sancho de Rojas, y varios cuadros de Bayeu; adosado al lienzo de pared cercano a la capilla «de la Piedad», que sigue a la puerta de «Santa Catalina», hay un cuadro de Ribera, representando a San Diego de Alcalá; portada gótica y reja plateresca tiene la capilla del «Baptisterio», una espléndida pila bautismal en su interior, de bronce, con buenas labores, tres esculturas y un retablo de J. de Amberes; la de «Nuestra Señora de la Antigua», más abajo, con tablas también bellamente ejecutadas, y donde es tradición que se bendecían las banderas en la guerra de la Reconquista; la de «Doña Teresa de Haro», con un notable crucifijo de talla, y la de la «Descensión», con portada de exquisito gusto y suma riqueza en los géneros ojival y plateresco combinados, con un buen artesonado mudéjar y una composición en alabastro, de Borgoña y Covarrubias, del milagroso descendimiento de la Virgen para colocar la casulla a San Ildefonso.

Por falta de tiempo, fuerza es renunciar a la visita del «Tesoro Mayor» y de «los Museos», instalados en la Sacristía y estancias contiguas, donde veríanse, en lo tocante a orfebrería, ropas, relicarios y pinturas, la más rica y la mejor colección que posee la catedral primada.

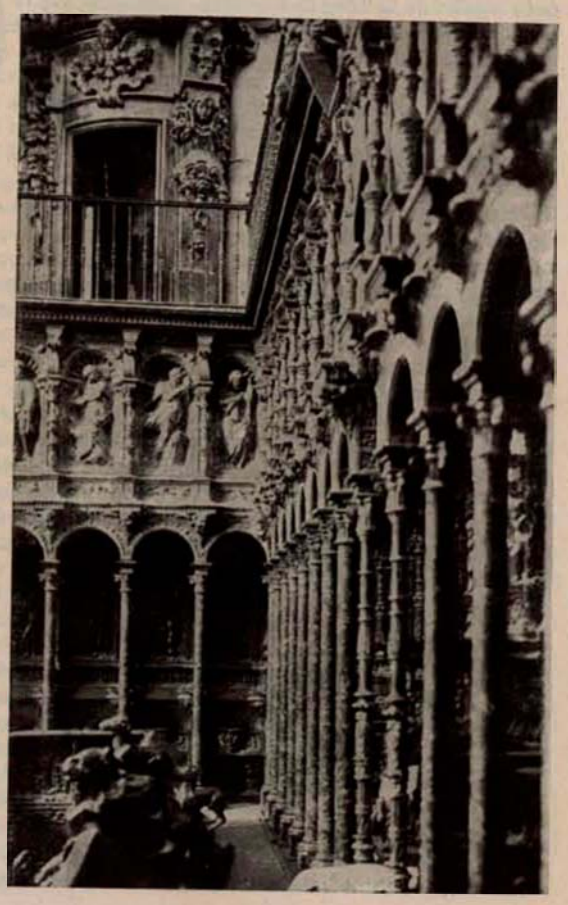
Salimos del sagrado recinto por la puerta de la «Presentación», magno alarde del estilo plateresco, rica en primores de talla, en miniaturas de imaginería, que, esculpidas sobre blanca piedra, deslumbran y fascinan.

Extiéndese delante de nosotros uno de los cuatro pórticos del gran claustro, construído a expensas del cardenal Tenorio, por los últimos años del siglo XIII. Por cada uno de los cinco arcos de las galerías bajas asoman las hojas de laureles y cipreses que, juntamente con otras plantas, forman el jardín claustral, el que, sin tener la alegría joyante de colores de un huerto bañado por el sol, da la impresión de quietud y sugerida melancolía. Sin querer, vanse los ojos tras de aquel remanso de paz y de flores, que aun guarda mirtos y rosales plantados por mano de griegos romeros, y quieren también recrearse en la gustosa contemplación de las pinturas murales que aun se conservan de los eximios fresquistas Bayeu y Maella.

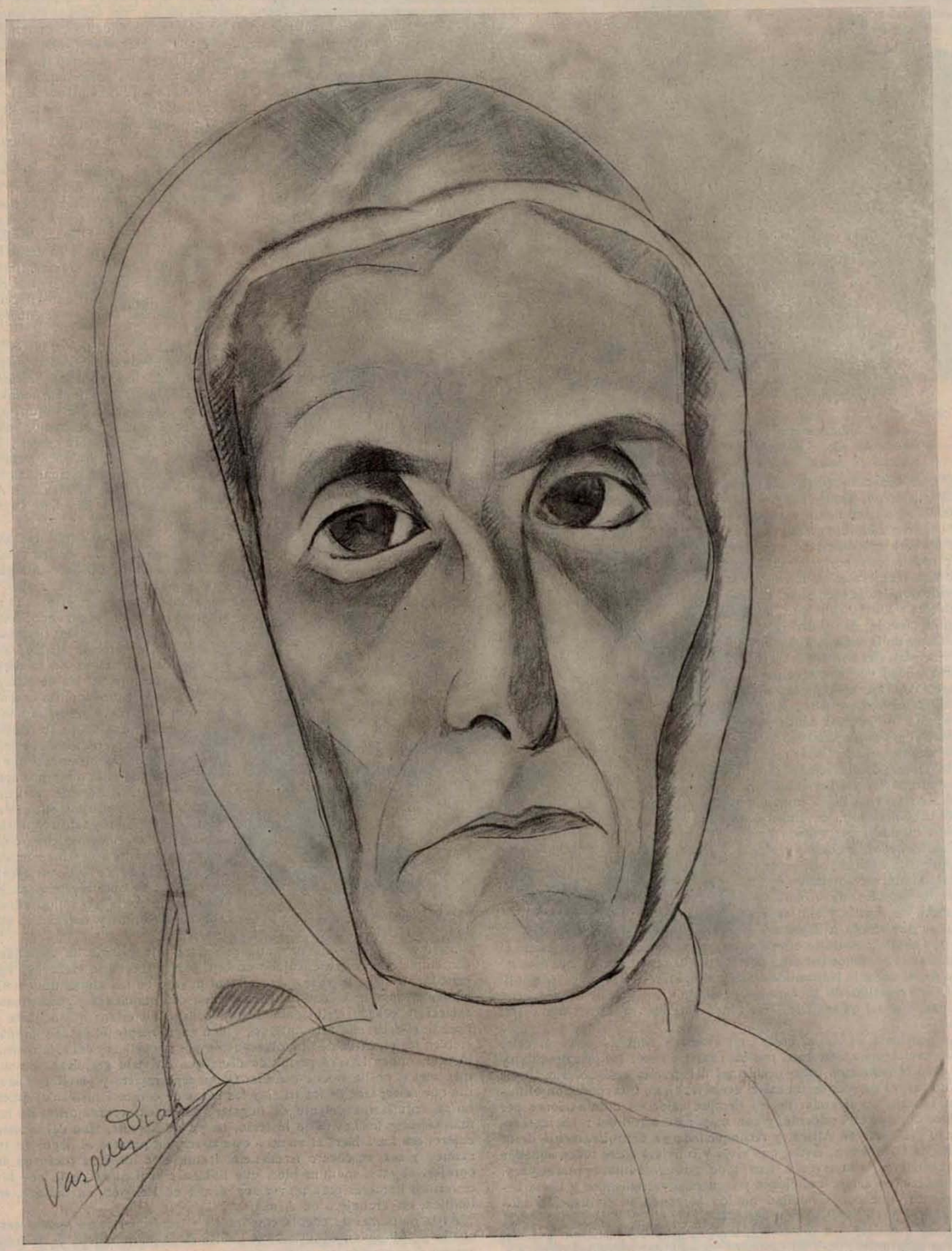
Meditación para el cristiano, evocaciones para el patriota, acaso ninguna otra catedral, como ésta de Toledo, sea más genuina representación de la vieja España, madre de naciones, pródiga en heroicidades de cruz y de espada. Monumento de arte, templo de la fe, que aun guarda en sus muros las huellas de luz de todas las manos artistas; en sus altares, valiosos donativos de todos los Reyes, y en sus imágenes, efusivas plegarias de todas las generaciones...

Hasta la tierra castellana en que está enclavada, evocadora de aquellos caracteres tan fáciles a la aventura, que tan pronto empuñaban la tizona para regalar tierras al Rey como armábanse del breviario para dar almas a Dios, contribuye, con la fuerza emotiva del paisaje, a realizar el símbolo de la venerable piedra finamente labrada.

Construída sobre la mezquita árabe por Fernando III el Santo, ¿no demuestra este hecho que el regio fundador aspiraba a perpetuar la historia de España, siempre en guerra con el moro? Cada una de nuestras catedrales ostenta una característica. PULCRA LEONINA, MAGNA HISPALENSIS, FORTIS SALMANTINA, canta el adagio latino; pero la catedral de Toledo, resumen y compendio de todas, tiene elegancia, robustez y riqueza. DIVES TOLETANA.



Detalle del coro de la Catedral.

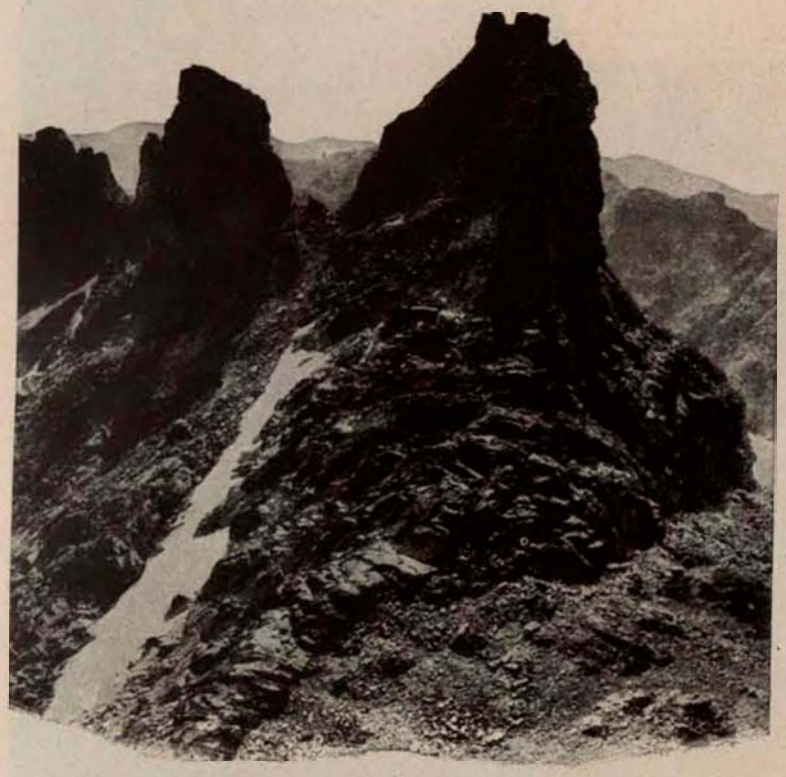

Vasquez Ocaña

ÁVILA

por

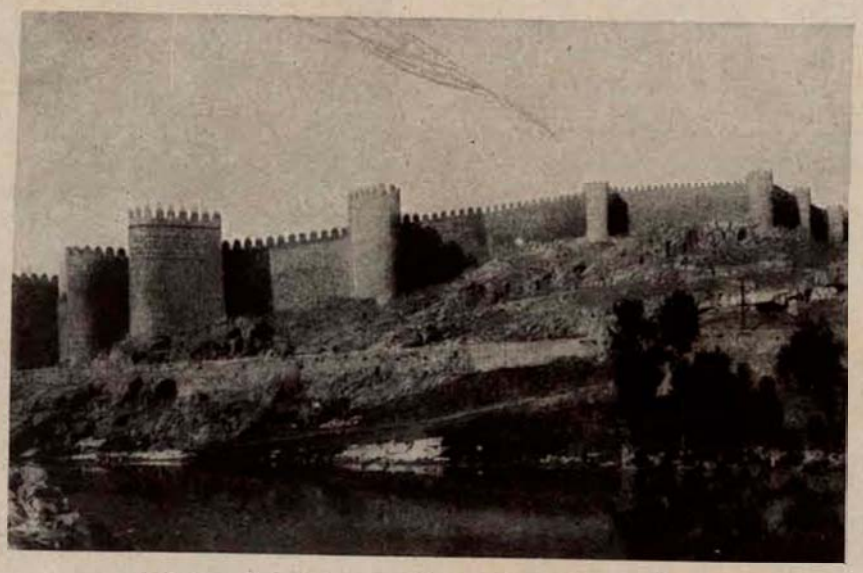
Angel de Diego

Presidente de la Diputación provincial.



Cumbres de la Sierra de Gredos.
(Foto L. Nueda.)

Es al turista a quien estas líneas van dirigidas. Turista que, por gusto, por esparcimiento del espíritu, por afán de viajar, por afición al conocimiento verdad de tierras y paises, por estudio y deseo de conocer mediante propia observación lo no siempre bien descrito en los libros y revistas, por necesidad fisiológica de orden climatológico, por sólo recreo, por cualquier otra causa o razón; turista que, al pasar una temporada en España, recuerde siquiera la existencia, en este histórico y antiquísimo país, de una región, Castilla, de influencia tal en los fastos de la vida humana que ha servido para dar nombre a Iberia en cierto modo; que conserva de abolengo, con su apellido castellano, el idioma de toda aquella nación entera; que fué la cuna donde se engendró el problema inmenso del descubrimiento práctico de la redondez de la Tierra; donde nació el portentoso suceso origen del calificativo, único en la vida de la humanidad y de la civilización, de imperio de ambos mundos, perpetuado en escudos, monedas, medallas y emblemas de esta España; conservándose aquel idioma, el castellano, en multitud de pueblos de América, de Oceanía, de África y aun de Asia. ¡Turista que vienes a España y sabes de Castilla!: Ávila te ofrece albergue, te saluda, te desea, te ha de satisfacer los anhelos del afán por el cual hagas tu visita; y se cree segura de, al darte la bienvenida cuando vengas, recibir, cuando salgas de aquí, la expresión de tu agrado. A ello, a conseguirlo, tienden estas páginas, que así quiera Dios leas antes de emprender tu viaje a esta tierra.



Vista parcial de las murallas de la ciudad de Ávila.

La provincia de Ávila, creada en el orden administrativo al calor de las evoluciones históricas, por las cuales y desde los primeros tiempos pasó la península más occidental del mundo antiguo, vicisitudes traducidas, al parecer de un modo decisivo, en su incorporación al imperio romano, y al andar de los tiempos caída en dominaciones por pueblos de todo el Occidente, y con mayor duración del mahometano, llegado del norte de África, y reconquistada ya definitivamente desde lo alto de Covadonga; Ávila, que vivió y convivió entre todos aquellos conquistadores, conservó, a través de numerosísimas generaciones, costumbres, carácter, tradiciones y recuerdos variadísimos y hasta heterogéneos, que con dificultad ha ido borrando la civilización moderna.

Y esto era debido a idéntica heterogeneidad del territorio poblado por sus habitantes; pues su extensión no está por único accidente enclavada en la vertiente septentrional de la cordillera Carpetana, sino que, abarcando una buena porción de los tres órdenes de sierras, casi paralelas, componentes geológicos de aquélla, comprendiendo en el entrecruzamiento de sus estribaciones valles y cañadas en gran número, hasta perderse en la tierra llana de la meseta superior de ambas Castillas, tiene también parte de importancia al sur de la cordillera, dándose el caso notable de poseer tierra en las dos cuencas de los ríos Duero y Tajo, pues Gredos no es la divisoria de ambas cuencas sino en cierta porción. Si al crearse administrativamente la provincia hubiérase querido dejarla solamente en la cuenca del Duero, habrían quedado grandes extensiones de la cordillera fuera de ella, y la separación de las dos Castillas, la Nueva y la Vieja, habría perdido su carácter fundamental; como que dentro de esa cordillera y a la misma vertiente nacen y corren el Tormes del Duero y el Alberche del Tajo.

Pues esta consonancia de condiciones históricas y geográficas produjeron, como no podían menos de producir, la existencia de una variedad profunda de caracteres étnicos y biológicos. Y así acá, todavía, oyéndose al paisano hablar con una corrección exquisita el castellano, se oye también hablar el dialecto extremeño, semimorisco; y así acá, viéndose abundosas la producción cereal y forestal, existe tal variedad de productos, que bastará para demostrarlo citar un pueblo, Candeleda, en cuyo término municipal, las altitudes orográficas oscilan entre los 2.600 metros de la Plaza de Almanzor, en el Gredos central, hasta los 340 metros en el río Tietar, que discurre al pie de la nombrada sierra.

Enumerar los lugares panorámicos donde cabe poder extasiarse ante lo majestuoso del terreno, profundamente accidentado, de las sinuosas barrancadas, riscos y peñascales de la sierra de Gredos; ante gargantas y torrentes por los cuales el agua cristalina se despeña; ante risueños valles de vegetación, desde la subtropical hasta la pratense, como única producción posible; ante tal variedad de frutos de la tierra como el naranjo, al pie de alturas donde sólo la cabra montés asciende junto a la nieve perpetua; ante inmensas llanuras donde los cereales cubren completamente el suelo; ante escondidas poblaciones que a modo de nacimientos o belenes aparecen de improviso; ante vergeles frondosos medio ocultos entre breñales... ante tantos y tanta multitud de parajes y accidentes, que obligan al caminante a detener su marcha sorprendido de bellezas siempre nuevas, siempre inesperadas, es la tierra de Ávila un tejido admirable de portentos y maravillas naturales.

Pero sobre todo ello hay aún que citar otro prisma de visualidad contemplativa, tesoro encajado en este país y escenario elaborado expresamente para la vista, para el sentimiento de las almas muy templadas en la sensibilidad artística. Quien con exquisitez y pasión sabe aspirar la belleza, principalmente la belleza histórica; quien guste y aprecie el saber del arte antiguo; quien experimente el éxtasis producido en los espíritus de fina observación por las bellezas del arte monumental, nunca le será permitido decir que ha visto grandezas monumentales si no ha venido a Ávila. Quien sepa aspirar y percibir el aroma que se esparce de los sitios y las cosas de carácter histórico; quien no se entusiasme delante de hogares, perennes recordatorios de los más célebres hechos de la historia, no ya de España, sino del mundo entero, ése hará bien, si viene a esta tierra, en pararse al llegar en su camino y con verdadera frecuencia, frente a la inmensa multitud de parajes, objetos, monumentos, que hablen con firmeza de lo que hicieron los hombres para mover sus ideales en Religión, en Cultura, en Política, en Trabajo... en Arte.

Ávila monumental cuenta con tantos y tan importantes ejemplares, que lo prolijo de su enumeración habría de requerir mucho mayor espacio del concedido a estas ligeras consideraciones.

Pero esto no es extraño. Si la mirada del hombre hacia Dios produjo en la antigüedad toda clase de oratorios: la sinagoga, en los judíos; la mezquita, en los musulmanes, y desde la ermita y el monasterio hasta la basílica y la catedral entre los cristianos; si con el trabajo creó el hombre fortalezas, palacios, residencias nobles, calzadas, puentes, hitos, castillos y ciudades; si, mirando al arte, cubrió los muros de esos palacios, estancias y templos, de cuadros, esculturas, retablos, sepulcros, altares y relicarios; si, obedeciendo a la ley prístina del trabajo, rasgó el haz de la tierra vistiéndola de olivos, vides, frutales, huertas, praderas, y poblándola de toda especie de ganados y recogiendo con ello la estimación de marcas y tipos de mundial renombre en vinos, granos, ternera, leche, pesca finísima, frutas y multitud de otros productos; si, cumpliendo, por fin, el principio de la civilización y la cultura, envuelve su territorio con trabada red de caminos, salpica sus poblaciones de centros de enseñanza, atiende al desvalido hasta prohibir la mendicidad, da vida a las aguas de sus ríos, convirtiéndolas en flúido de energía, y vive, en una palabra, a tono con la exigencia moderna de los pueblos, ¿cómo no experimentar la sensación de algo grandemente evocativo, de espiritualmente bello, al pensar en un Ávila vieja, antiquísima, que se viste con el ropaje de la cultura propia del siglo en que vivimos? ¿Cómo no sorprendernos de ese maridaje paradójico entre lo antiguo y la vida real contemporánea? ¿Cómo no calificar de sorprendente la conservación, el cohonestar, el armonizar de tanta belleza histórica palpitante, real, material, tangible, y la modalidad actual del vivir de estos tiempos?

El turista que llegando a España desee internarse hacia el centro de ella, al encontrarse en Madrid y verse atraído por la octava maravilla (El Escorial), piense en que sesenta kilómetros más allá existe la ciudad y provincia de Ávila; crea firmemente que si aquí llega, no sólo ha de hallar todo cuanto tan rápidamente queda dicho, sino mucho, muchísimo más que ver y admirar, mucho más de cosas, recuerdos, monumentos, panoramas y motivos de deleite de los sentidos y regocijo del alma. Verá una muralla única en el mundo, una catedral-fortaleza la más típica de nuestra Castilla, piedras, casas, ruinas, palacios y obras del hombre, que hablan de hechos los más culminantes en la historia de la humanidad; verá las efigies de una Isabel la Católica, y multitud de sitios donde esa Reina de ambos mundos nació, vivió, se educó, se proclamó y ejerció su noble poderío; efigies de la Santa, así llamada por antonomasia Teresa de Jesús; y de otros santos y de mujeres y hombres célebres; verá los argumentos vívidos de leyendas, novelas, hechos históricos, anécdotas y sucesos de gran importancia en que tomaron parte reyes, magnates, santos, soldados, conquistadores y hasta plebeyos, cuyo paso por la vida ha dejado huellas indelebles grabadas en mil y mil piedras, en mil y mil sitios.

Claustro y coro del Monasterio de Santo Tomás.
(Foto L. Nueda.)

No basta lo citado. Es mucho más lo que Ávila encierra, en recuerdos de hombres y de cosas, de las edades pasadas; tanto, que ni aun el empuje arrollador de la moderna civilización, aun habiendo roto a su paso gran número de aquellos recuerdos, no ha logrado, no logra desaparezcan, tanto menos cuanto que por fortuna, y gracias a la educación popular, que cada vez más asciende su población a reverenciar aquellos tesoros, testigos mudos, pero claramente evocadores, de un pasado glorioso y perdurable.

Vida contemporánea jugosa de alegre esparcimiento entre las bellezas panorámicas de la naturaleza en infinita variedad; vida contemplativa de arrogante riqueza plástica en monumentos artísticos e históricos para el placer del espíritu y asombro del conocimiento y deleitación del alma. Esto te ofrece, turista, Ávila, en su deseo de que la honres visitándola.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CIGARETTES LAURENS

LA INCUBADORA DEL RECIO CARÁCTER ESPAÑOL

por J. MAYORAL FERNÁNDEZ
ACADEMICO C. DE LA REAL DE LA HISTORIA

Parece la provincia de Ávila escogida para ser incubadora del temperamento heroico de España. En la columna vertebral de la península, que llamó Macpherson a la cordillera central, su relieve es de bravura y de fragorosa ascensión.

Los barrerones montañosos de Gredos, que cierran la provincia, son masas de granito que trepa audaz. El granito, procedente de los diluviales, abunda en toda la provincia. Tanto, que puede ser expresión del carácter de la tierra; duro y fuerte, seco y frío, pero de elevadas miras y pureza sin mácula. Porque con el granito de los diluviales está el de los glaciares de las alturas, donde se agarran las eucarísticas nieves perpetuas.

El granito compuso en la provincia de Ávila las estrofas de un poema elevado a la grandeza de España. Égloga gigante en el panorama agreste y pintoresco, de valles risueños, áridos páramos y sierras abruptas, con agujas que escalan la altura, queriendo tocar los cielos. Epinicio inmenso en los castillos, casas fuertes y murallas, que también a los cielos se elevan con sus torreones y almenas.

Las de la muralla de Ávila, magnífico cintillo, único en el mundo, de dos kilómetros y medio de contorno, tienen por engarce la iglesia catedral, fortaleza y templo a un tiempo mismo, para mejor plasmar el carácter abulense en una época en la que las ideas de patria y religión vivían asociadas. Ideas de suelo y vuelo, de raigambre en la tierra, con pujante carne y sangre, y de aspiración al cielo con vehemente espíritu.

Así puede explicarse que de Ávila surgieran temperamentos que son gala de la Historia. Hombres y mujeres, que en Ávila no hay en esto distinción de sexo, prestigian a España. El concepto de débil, al femenino aplicado, se torna en fuerte para Ávila. De él hay tres ejemplos pasmosos: Isabel I de Castilla, Santa Teresa de Jesús, Jimena Blázquez. Acaso no tan conocida esta última, «que non semejaba fembra salvo fuerte caudillo», según dice una vieja crónica, y puso en dispersión, mediante un ingenioso ardid, un gran ejército árabe, sitiador de Ávila en momentos que estaba desguarnecida. De Isabel y Teresa no hemos de hablar, porque harto famosos son sus hechos, reveladores de un temperamento enérgico, intrépido y decidido, como formado dentro del granito de la sierra brava y la muralla gallarda.

Las sierras de Gredos y Ávila, que como hechas para dar fortaleza encuentra el doctor Marañón tónico inefable para depauperados; la incomparable muralla, fortaleza de Reyes y Príncipes y amparo de Juntas en defensa de las públicas libertades.

La muralla de Ávila, en fuerza de aprisionar con su enorme cintillo de torres y cubos, empuja el espíritu hacia fuera. Por eso quizá fué el de Santa Teresa, que embalsama todo el ámbito de la ciudad con recuerdos y reliquias, incansablemente andariego, con ansias de no parar hasta las alturas. Por eso fué el de Isabel I, protectora del vuelo de Colón hacia lo desconocido.

En los hombres de Ávila se observa lo propio. Templados en el granito duro de la piedra y de los muros, ensanchan, férreos y valientes, los dominios de España con su inteligencia y con su espada, y con su virtud y su santidad levantan el mundo moral. Y surge una pléyade brillante: Alfonso Díaz Montalvo, el gran duque de Alba, San Juan de la Cruz, Juan del Águila, Pedro de Lagasca, Antonio Navarro, Blasco Núñez Vela, Gil González Dávila, Tomás Luis de Victoria... Una lista, en fin, inacabable de apellidos que forman grandes linajes, originarios de la mayor parte de la grandeza de España. Hay nombres conocidos antonomásicamente: el Rayo de la Guerra, El Tostado...

Mujeres y hombres llevan en el nervio la indomable dureza del granito, y en el alma su vuelo hacia la altura, hacia el más allá, simbolizado en las cúspides montañosas y en los pináculos almenados, que a los vendavales, y a las inclemencias, y a las flechas y a los aceros, y a la misma muerte desafían. Y el granito lo pregona a la vista del viajero en el haz de la tierra de Ávila, con afiladas crestas en las sierras imponentes, que descienden a suaves remansos de vegetación diversa, de admirable perspectiva, y en las murallas, castillos, casas fuertes, iglesias, monumentos de una imponderable sugestión, que albergan, con el recuerdo de la inmarchita historia medieval, apacibles y deleitosos remansos espirituales y sabias enseñanzas para la inteligencia con sus espléndidas obras de arte.

El castillo de Mombeltrán. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar.)

Ávila tiene que ser, por su mapa físico y espiritual, fecunda madre de hijos que enaltezcan a España. Por eso surgió ahora el ya glorioso aviador capitán Jiménez. Tiene el carácter de la gran progenie forjado en la sierra brava del granito que ha rimado vigorosamente tantas estrofas en honor de la grandeza de España.

Nació con el granito la raza ibera aborigen. Quedan de ella en Ávila reliquias en los monumentos escultóricos de toros y jabalíes: los de Guisando, junto a Cebreros, en el espléndido valle medio del Alberche, hoy hermoseado con un formidable embalse de 25.000 metros cúbicos de agua. Otros toros y jabalíes existen en la ciudad de Ávila, y numerosos diseminados por la provincia. Como hachas de piedra, sílex y copioso material lítico que define industrias y artes prehistóricas. Hasta mitos relacionados con los orígenes de Ávila y su riqueza ganadera. Que el verraco y el toro iberos hablan de zoolotría. Y el toro simboliza para algunos a Hércules, el dios fabuloso, atlante del istmo de Calpe a Ábyla, en la que los de Ávila ven una etimología; el Arévaco, en quien los de Arévalo hallan otra.

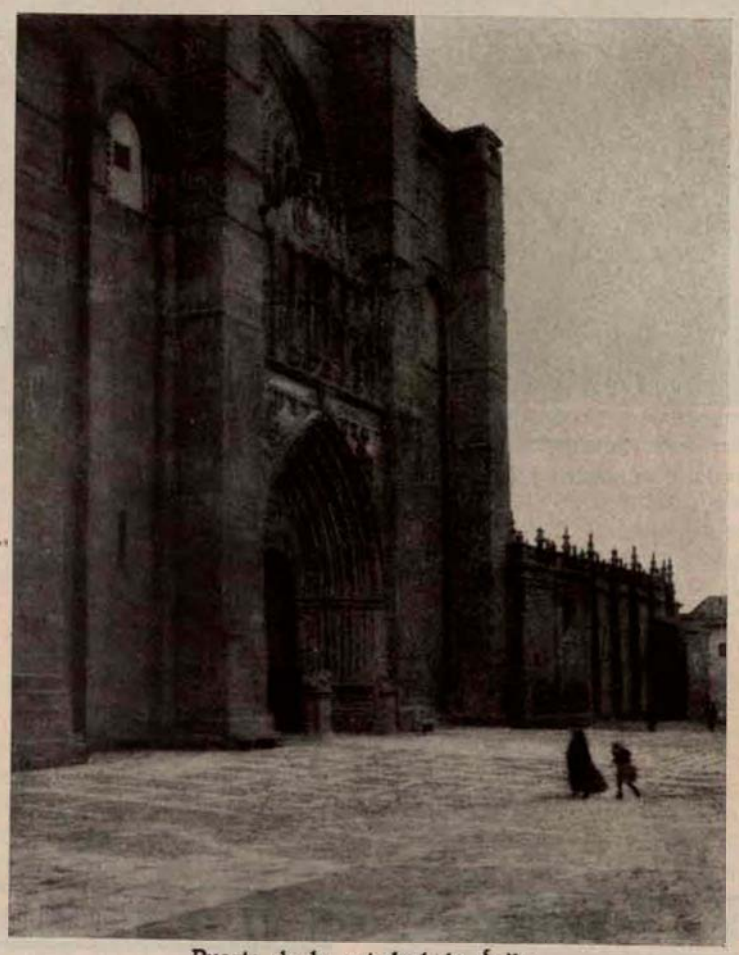
El paso romano se señaló por el granito con puentes, con estelas funerarias, y la Edad Media está petrificada en Ávila. Está intacta en templos como San Vicente, que habla maravillosamente del triunfo del cristianismo sobre la Roma persecutora. Lo está en las murallas, en la catedral-fortaleza, en San Pedro y otros templos románicos, en casas fuertes y torreones.

Y así hasta Isabel I, nacida en Madrigal, acogida en su crianza bajo los muros graníticos del convento de cistercienses de Arévalo, refugiada para educarse bajo los del convento de Santa Ana, de Ávila, y, ya reina, bajo los del grandioso monasterio abulense de Santo Tomás, palacio de verano de los Reyes Católicos, que en él tienen enterrado, cubierto por admirable sepulcro de Fancielli, a su primogénito hijo, el Infante Don Juan, y con él una dinastía gloriosa.

Acaso se enterró también allí la historia grande de Ávila. Porque, a partir de esta época, ya no pregona en ella el granito con magnificencias arquitectónicas su opulenta vida. Languidece con la expulsión de judíos y moros, que impulsaban la agricultura y la industria. Decae después con la centralización de la corte, que promueve un absentismo mortal para aquellas fuentes de producción. Todavía recibe alientos de los Reyes la fabricación textil, pero muere al fin.

Quédanla hoy sólo una gran industria harinera; las enormes pecuaria, lanera, de cereales, de maderas y resinas. Y ahora, para que el granito siga cantando su grandeza, la industria de adoquines para pavimentación en magníficas canteras.

Es el granito de las sierras bravas y los valles fértiles y bellísimos; el de los templos y fortalezas; el que hace de la ciudad y de la provincia de Ávila un sugestivo relicario de piedra de las glorias españolas.



Puerta de la catedral de Ávila.

BURGOS

POR EL

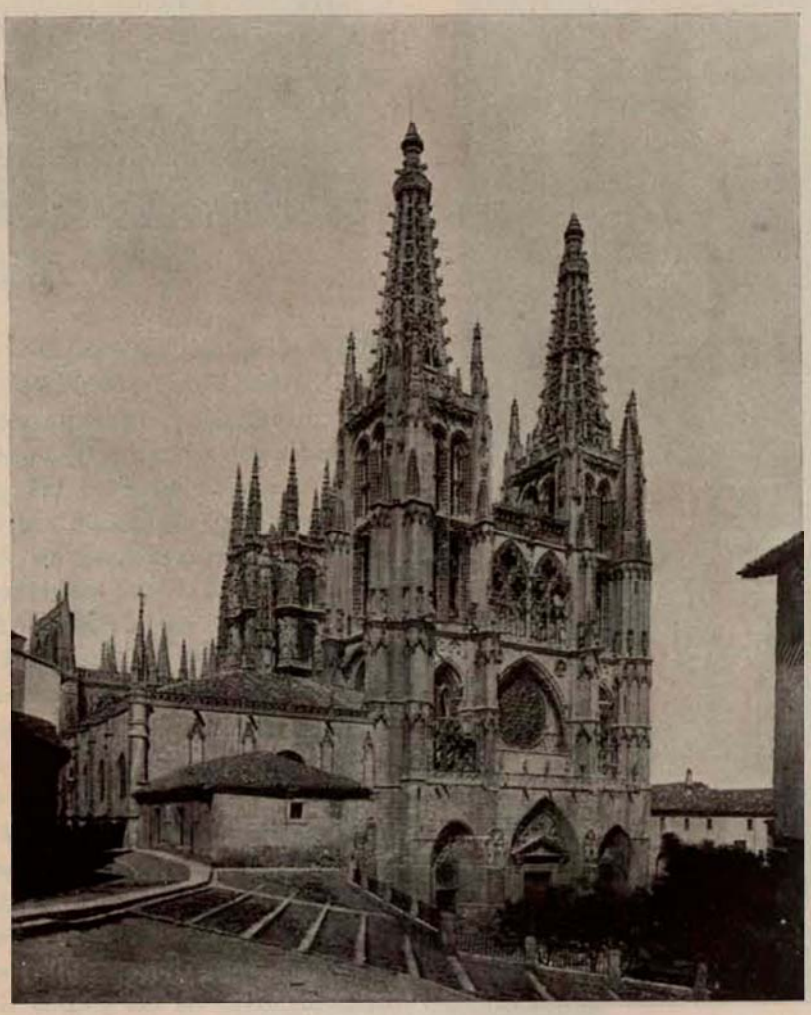
PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

La histórica ciudad de Burgos (32.000 habitantes) hállase situada en el valle del Arlanzón y al pie de una colina que corona las ruinas de su castillo.

Su clima, húmedo y frío en invierno, ofrece, en cambio, condiciones excelentes para residencia de verano y otoño. Alimento sano, aguas abundantes, bellos paseos y jardines, frondosas alamedas. La concurrencia, cada año más numerosa, a los cursos que para extranjeros organiza el Instituto durante aquellas estaciones, es un buen argumento a favor de las condiciones de Burgos como estación estival.

La Casa del Cordón.

La fecha de su fundación se supone en 884. Estuvo bajo el protectorado de los Reyes de Asturias, hasta que cesó con la muerte de cuatro Condes descendientes del fundador, Porcelos, decretada sin formación de juicio por Ordoño II. En este episodio se fundamenta la independencia de Castilla, la cual eligió para su gobierno a dos jueces: Lain Calvo y Nuño Rasura. Capital del condado de Castilla en tiempo del célebre Fernán González, pasó, después de un breve dominio por Sancho el Mayor de Navarra, a los reinos unidos de Castilla y de León, siendo hasta el año 1087 capital de Castilla la Vieja. No obstante resentirse con posterioridad la primacía de la vieja ciudad castellana, la historia de ésta, esmaltada de bellos recuerdos, se continúa durante los Trastamara y Reyes Católicos, y tiene bajo Carlos V un último fulgor en la lucha de las Comunidades. Burgos, residencia de Reyes, escenario de guerras y de fiestas caballerescas, asiento de Concilios y de Cortes famosas, se enorgullece principalmente de ser la patria de Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador, héroe nacional cuyas hazañas constituyen el asunto del más vetusto poema de la literatura castellana.



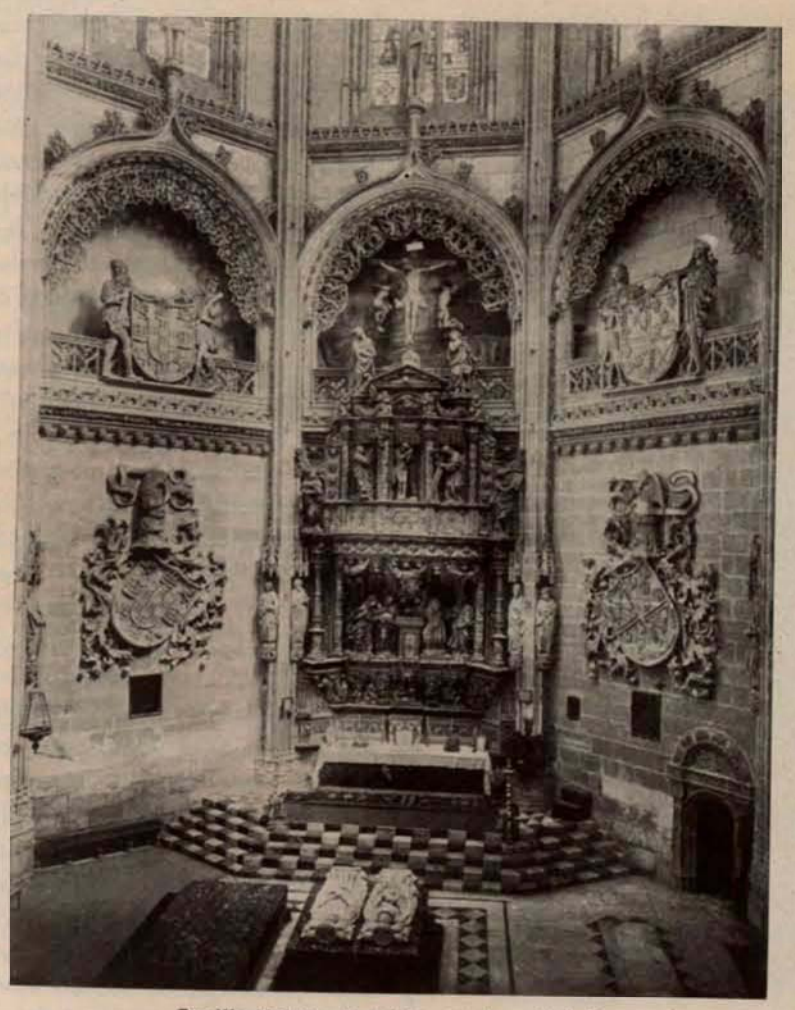
Vista de la catedral.

Desde mucho antes de llegar a Burgos, la ciudad se anuncia al viajero con la maravilla de sus torres gemelas y los esbeltos pináculos de su famosa catedral, el más notable de todos sus monumentos. Construída bajo el obispado de Don Mauricio, Fernando III el Santo colocó su primera piedra en el año 1221 sobre el solar que ocupaba el primitivo templo, fundado por Alfonso VI. Entre 1221 y 1250 se construyó la fase más importante del edificio, correspondiendo al siglo XIV la prosecución de las torres y coronación de los hastiales, y al XV las afiligranadas flechas, debidas a Juan de Colonia. El magnífico domo octogonal fué comenzado en 1539, según planos de Felipe de Vigarny, y terminado en 1567 por Juan de Vallejo. Además de las partes indicadas, destacan por su belleza, en el exterior, la portada principal, con estatuas del Rey y obispo fundadores; las puertas de la Coronería y Sarmental, con ricas esculturas; la de la Pellejería, construída por Juan de Colonia, y la capilla del Condestable, también con estatuas y escudos, cúpula poligonal y pináculos. Conjuntos arquitectónicos tan soberbios como los del octógono y capilla del Condestable; retablos tan espléndidos como los de las capillas de Santa Ana, San Juan de Sahagún y Visitación; sepulcros como los del obispo Don Mauricio (obra singular de metalistería y esmaltes), y los de los condes de Haro, obispo D. Luis de Acuña y D. Alonso de Cartagena, canónigos Fernández Velasco, Lerma y Santander; tallas como las del coro; rejas, vidrieras y obras pictóricas de subido valor; recuerdos históricos como el del co-

fre del Cid; testimonios de acendrada piedad, como la tradicional imagen del Santo Cristo, etc.

A continuación de la catedral deben mencionarse, entre los edificios religiosos, los siguientes:

Nave del Evangelio, en la catedral de Burgos.
(Foto Mqs. de Sta. M.ª Villar.)



Capilla del Condestable, en la catedral.

Iglesia de «San Nicolás de Bari», de fines del siglo XV, con retablo en piedra esculpido por Francisco de Colonia.

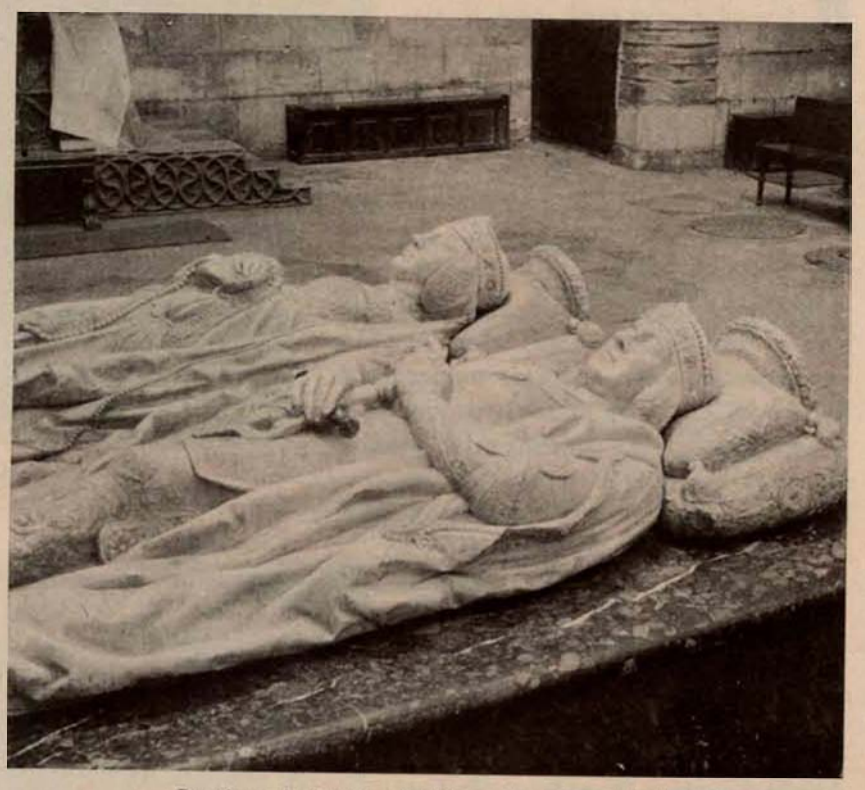
La parroquia de «San Esteban», construída entre 1280 y 1350, es de gran importancia histórica y ofrece distintos aspectos de los estilos gótico y plateresco. Posee una rica colección de tapices y una tabla de escuela castellana del siglo XV, con representación de la Santa Cena.

De la misma época es la iglesia de «San Gil», recomendable por su hermosa capilla de la Natividad y los retablos de los dos absidales.

En «San Lesmes» («Santa Gadea»), gótica en su estado actual, es célebre por haber en ella hecho jurar el Cid Campeador al Rey Alfonso VI no haber tomado parte en la muerte de su hermano Sancho, asesinado por Bellido Dolfos en el sitio de Zamora.

No menos rico es el cuadro de la arquitectura civil en Burgos. Todo el que recorra sus tortuosas calles, se verá continuamente sorprendido ante inesperadas perspectivas y percibirá el encanto de ese peculiar carácter, común a todas las localidades de Castilla, que se manifiesta, así en las grandes construcciones religiosas y civiles como en mil modestas singularidades no consignadas en las guías de viajeros.

Uno de los palacios más notables es el de los Condestables de Cas-



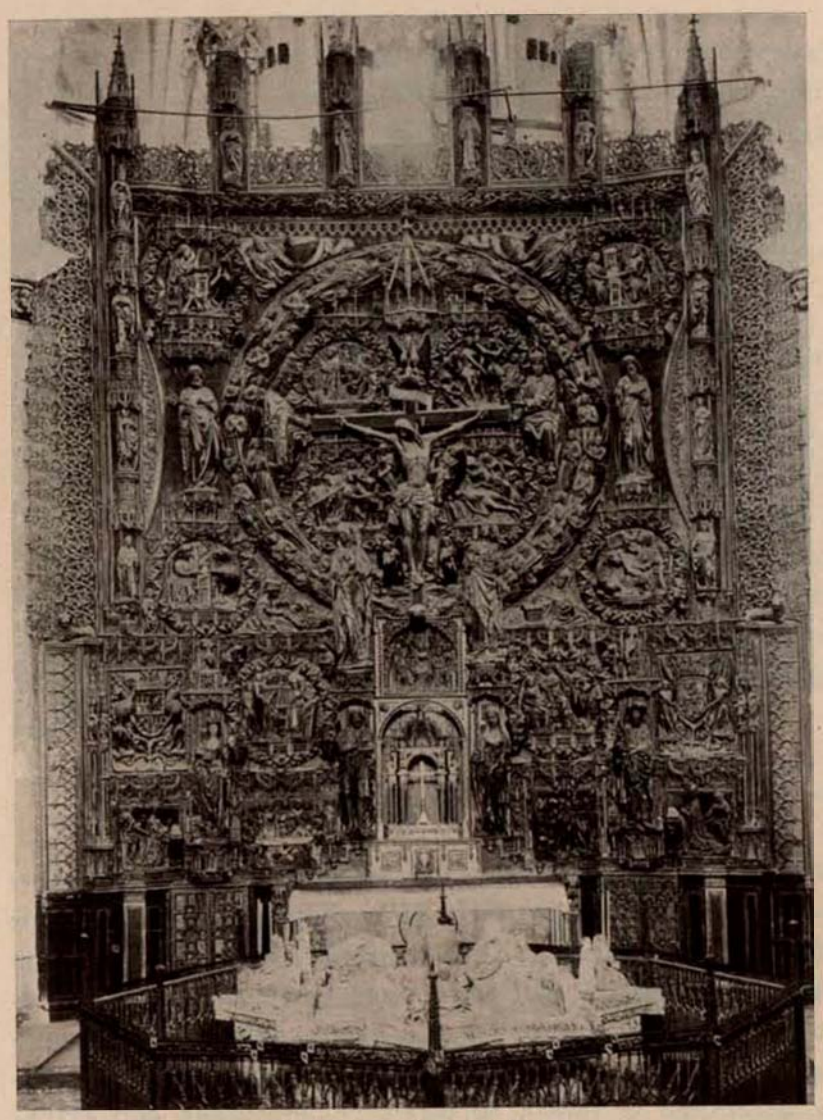
Sepulcro de los Condestables, en la catedral.
(Foto L. Nueda.)

tilla, o «Casa del Cordón», edificado en tiempo de los Reyes Católicos por D. Pedro Fernández de Velasco. La portada de este palacio, decorada con escudos y el cordón de la Orden franciscana, es una de las más originales de la arquitectura civil de Castilla.

El «Palacio de Miranda» fué construído en 1545 para el abad de Salas D. Francisco de Miranda. La fachada, patio y escalera se cuentan entre las más jugosas creaciones del Renacimiento español. En la misma calle de la Calera, en que está el palacio de Miranda, merece verse la ostentosa fachada de la «Casa de Angulo», de mediados del siglo XVIII.

El «Hospital del Rey», fundado por Alfonso VIII a fines del siglo XII, era una de las paradas o estaciones obligadas para los peregrinos que, por el camino de Francia, se dirigían a Santiago de Compostela. La construcción data de mediados del siglo XVI, siendo algo anterior la bella fachada plateresca de la «hospedería de romeros». Otros edificios de destino público dignos de mencionarse son: el «Colegio de San Nicolás», hoy Instituto Provincial, y el «Archivo de Pleitos», construído bajo el reinado de Felipe III.

El «Arco de Santa María» ofrece la particularidad de reunir en un mismo edificio la torre militar, el palacio municipal y el monumento conmemorativo de las glorias ciudadanas. Habiendo servido sólo en su origen como arco de ingreso, habilitándose en el siglo XV para re-



Altar mayor de la Cartuja.

uniones del Concejo y se hizo en el XVI la portada monumental con las estatuas de los héroes que la decoran. Hoy se halla instalado en la torre de Santa María el Museo Arqueológico provincial, cuya pieza más notable es el «Frontal de Santo Domingo de Silos», obra del siglo XI, de orfebrería y esmalte, capital en la historia de las artes industriales españolas.

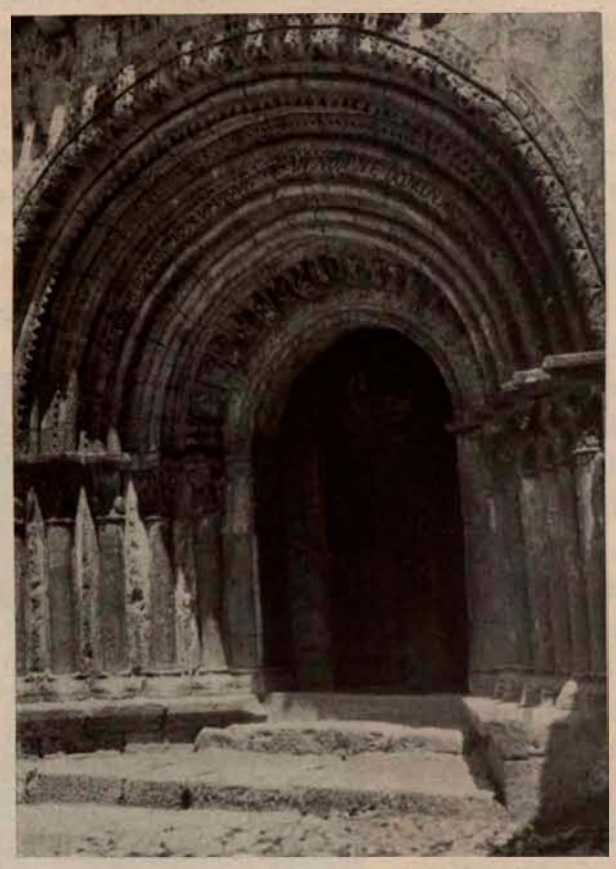
El «Arco de Fernán González», erigido en 1592, es ejemplar único en España durante el siglo XVI entre este género de monumentos conmemorativos. Próximos a él se hallan el monumento sepulcral de Juan Martín, «El Empecinado», famoso guerrillero en las luchas por la Independencia, y el lugar en que se supone tuvo su casa Rodrigo Díaz de Vivar, lugar señalado en 1784 con un sencillo monumento y designado con el nombre de «Solar del Cid».

Un paseo por el contorno de la ciudad da lugar a contemplar algunos restos del recinto fortificado, tales como el del «Paseo de los Cubos», la «Puerta de San Martín» y, sobre todo, la de «San Esteban», mudéjar del siglo XIII. Del «castillo», antigua residencia del conde Fernán González y lugar donde se celebraron las bodas del Cid y Jimena, son muy escasas las ruinas; es, sin embargo, interesante la subida hasta él, en atención al delicioso panorama que se domina.

Diseminados por toda la provincia, existen lugares pintorescos y con bellezas artísticas, merecedores de ser visitados. Limitando las referencias a los más inmediatos y de fácil acceso para el turista, citaremos en primer término el «Monasterio de las Huelgas», antiguo palacio de recreo de los Reyes de Castilla, transformado por Alfonso VIII en convento de monjas nobles cistercienses. Las distintas dependencias del monasterio e iglesia ofrecen muchas bellezas de arte románico y gótico, siendo de notar el claustro, la torre y el pórtico exterior, en que se encuentran los sarcófagos en piedra de muchos caballeros de Santiago y Calatrava.

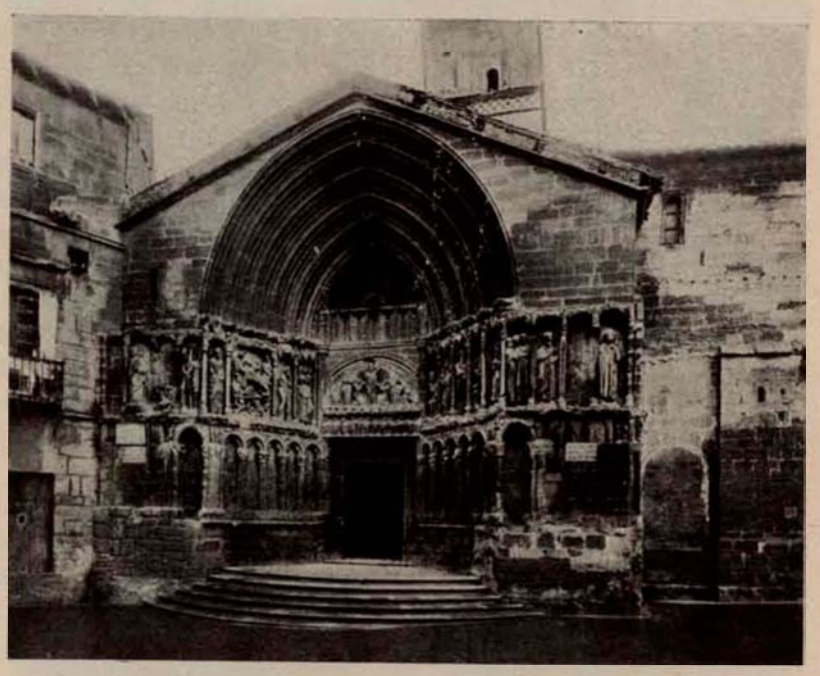
La «Cartuja de Miraflores», fundada por Juan II y reconstruída por Juan y Simón de Colonia, tiene en su bella iglesia gótica un bello retablo tallado por Gil de Siloe y Diego de la Cruz; los sarcófagos, excepcionalmente importantes, de Don Juan II, Doña Isabel de Portugal e Infante D. Alfonso, debidos a Diego y Gil de Siloe, y las sillerías en estilo gótico, florido y renacimiento. En la capilla de San Bruno, una estatua de este Santo, en madera policromada, obra de singular realismo, debida al portugués Manuel Pereira.

De las innumerables excursiones que pueden hacerse a los lugares pintorescos y artísticos de los alrededores de Burgos merece destacarse la visita al monasterio románico de Santo Domingo de Silos.



Portada de la Escalada.
(Foto Mqs. Sta. M.ª Villar.)

PROVINCIA DE LOGROÑO



Portada de la iglesia de San Bartolomé, en Logroño. (Foto Muro)

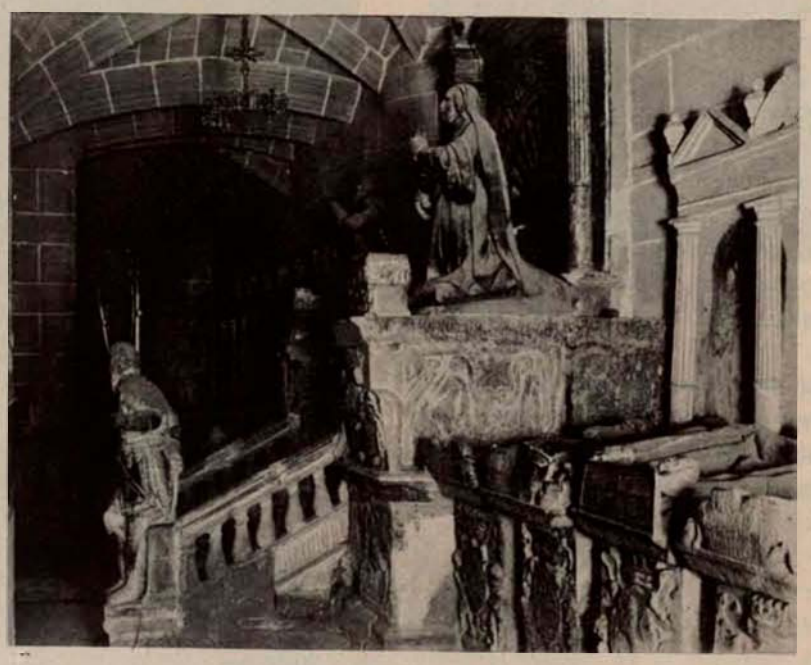
La provincia de Logroño es eminentemente agrícola, y no sólo en España, sino también en el extranjero, son muy celebrados sus vinos y sus frutos.

Agronómicamente, forman esta provincia tres regiones: la Rioja Alta, donde se cosecha el vino y se cultivan los cereales; la Rioja Baja, abundante en olivos, frutas y escogidas hortalizas, y la Sierra, donde se cría el ganado.

Respecto a la industria, Logroño y Calahorra marcan la más señalada, principalmente en lo que a conservas de varias clases se refiere.

Además se construye maquinaria, desarrollándose paulatinamente la fabricación de curtidos, abonos minerales, paños, cerámica, etc.

En su campiña, riquísima en agua, cuyo curso está regulado por el pantano de la Grajera, embalse de 1.400.000 metros cúbicos, los más modernos métodos agrícolas se han puesto en práctica para conseguir el máximo rendimiento de tan fertilísima región.



LOGROÑO.—Esta ciudad, capital de la provincia de su nombre, se encuentra situada en la margen derecha del Ebro, y se halla dividida, por decirlo así, en dos partes: la antigua, verdadero museo de monumentos seculares, y la moderna, ensanche de la población, distribuído en anchas calles y hermosos paseos, entre los que se señala el del Espolón, de frondosa arboleda, y en el que se destacan las estatuas de Reyes leoneses y castellanos y los monumentos al general Espartero y a Sagasta, este último hijo de la ciudad.

Digna de admirar en la población es la iglesia de Santa María del Palacio, cuyo interior es de estilo grecorromano con retoques de los siglos XII, XIV y XV; se atribuye la fundación de este templo al Emperador Constantino, por lo que se la llama imperial; posteriormente perteneció a los Caballeros del Santo Sepulcro. Lo más interesante de este templo es la aguja, que se levanta a modo de cimborrio sobre el crucero, afectando la forma de pirámide, ejecutada con extraordinaria originalidad. En el claustro se conserva, en su primitiva pureza, una crujía perteneciente al siglo XIII, con elegantes arcos ojivales; los restantes son del siglo XVIII.

También deben visitarse las de Santiago, donde se fundó la Orden militar que lleva este nombre; la de Santa María la Redonda, San Bartolomé y el antiguo convento de Jesuítas, hoy Seminario Conciliar.

HARO.—Esta población es el centro de producción y exportación, que constituye su fundamental riqueza, de los llamados vinos de la Rioja, universalmente conocidos y celebrados.

Son, por lo tanto, innumerables las bodegas situadas en la localidad, y su visita revela un edificante espectáculo de orden y actividad.

También es interesante la elaboración de conservas y embutidos.

CALAHORRA.—Puede proclamarse con voz alta el progreso cultural de esta ciudad por la creación reciente de su Instituto local, a pesar de tener que simultanear el sacrificio de su sostenimiento con el esfuerzo económico de levantar dos grupos escolares de cuatro secciones cada uno, próximos

Alfaro: Fachada de la parroquia mayor de San Miguel Arcángel. (Foto Ezquerra.)

a abrir sus puertas a la instrucción, y preparar el acceso de los niños en las aulas de aquel establecimiento docente.

Puede ofrecerse, en el aspecto económico y social, el progreso agrícola e industrial, que sin grandes alteraciones en la vida del trabajo marca, cada día con más vigor, los factores de su producción, por el infinito ir y venir de labradores de tierras y recogida de exquisitas frutas y hortalizas, y por los fuertes núcleos de obreros que, singularmente en la campaña (así llamada por ellos), entran y salen en sus cincuenta fábricas de conservas vegetales a preparar, entre otras, las de pimiento y tomate, de reconocida fama mundial.

Equivale ello a demostrar que si la actividad industrial y agrícola se desarrollan, es porque hay quien las impulsa, lo que implica que en la segunda población de la Rioja existen capacidades que velan por el progreso cultural, económico y social de ella.

ALFARO.—Desde tiempo inmemorial se ha distinguido por la nota característica de su agricultura. En estos cuatro años últimos se han realizado grandes mejoras, y se han invertido cuantiosas sumas en obras de verdadera necesidad, haciendo con ello una transformación rápida de esta población, para colocarla al nivel de modernas urbes, dotando sus servicios municipales de todos los elementos necesarios a su buen funcionamiento; embelleciendo sus plazas, paseos y jardines; construyendo una amplia red de alcantarillado; cambiando la pavimentación de sus calles principales, en las que se han construído amplias aceras asfaltadas; levantando de nueva planta una plaza de abastos, facilitando la comunicación por el río Ebro; arreglando el lavadero público y matadero municipal; colocando calefacción central en la Casa Consistorial y Santo Hospital; reformando las escalinatas de acceso a la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel; luciendo la fachada de la cárcel de partido, y ejecutando en su interior obras de seguridad e higiene.

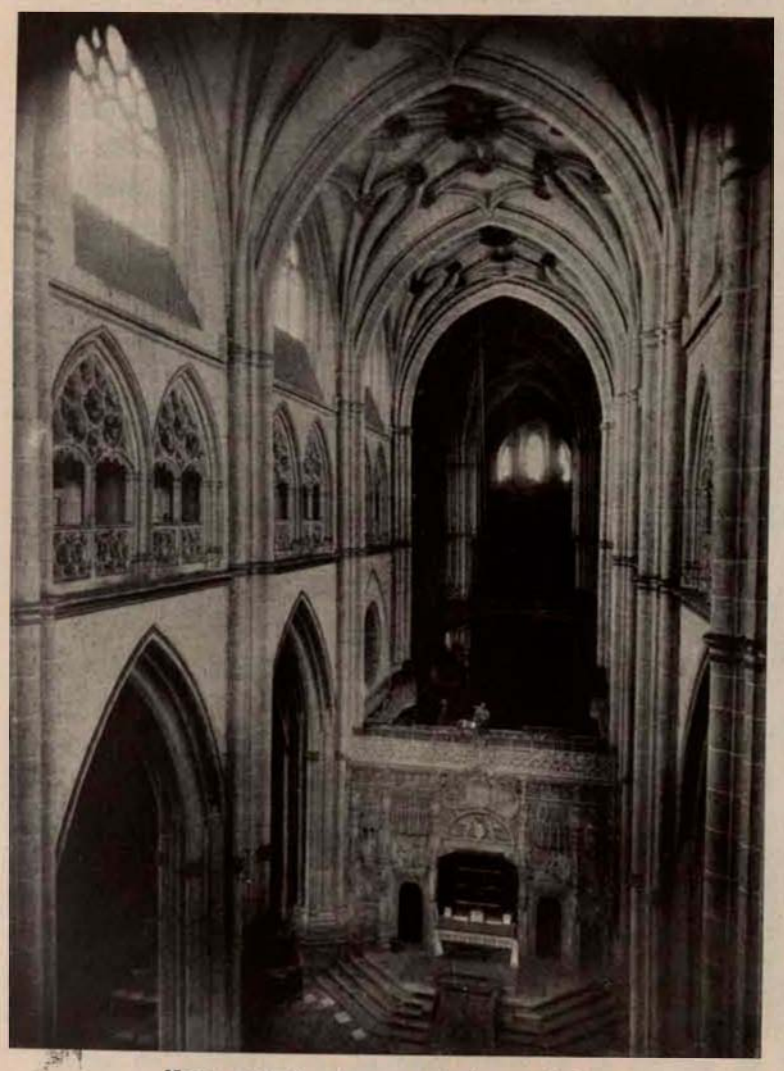
En el orden de instrucción y enseñanza, se ha verificado en el Palacio-Escuelas las reformas necesarias para la instalación de las graduadas, cuyo expediente se encuentra en tramitación, y se tiene arrendado un amplio campo, dedicado exclusivamente a ejercicios físicos de los escolares y jóvenes que practican los deportes. En cuanto a la Beneficencia, se ha construído de nueva planta un pabellón destinado a enfermedades infecciosas, así como una sala de operaciones, en el edificio Hospital municipal. La higiene se ha atendido con la construcción de alcantarillado e instalación de inodoros en todas las viviendas, colocándose evacuatorios públicos en los sitios más frecuentados de la ciudad.

Puerta principal de la catedral de Calahorra.

El ramo de incendios ha merecido preferente atención, reorganizándose debidamente. Y si a todo esto se añade que en este tiempo han tenido lugar instalaciones industriales de tanta importancia como son una fábrica de harinas del sistema más moderno, otra de conservas vegetales, otra de alcoholes, otra de hilados y una magnífica y grandiosa fábrica azucarera, que en su campaña sostiene un millar de obreros, se habrá dado una sucinta noticia de la transformación de esta ciudad, que, puesta en el camino del progreso, está llamada a figurar entre las primeras de su categoría, ya que en el orden jurisdiccional es considerada en extensión como la segunda proporcionalmente de entre las de España.

Por ello, y habida consideración de la feracidad de su suelo, regado por el río Alhama, río Ebro, pantano de la Molineta y Estanca, estando próximo a inaugurarse el canal Victoria-Alfonso, no será aventurado asegurar que en tiempo relativamente cercano, y presidiendo a su Ayuntamiento la constante idea de una honrada y recta administración municipal, podrá citarse esta M. N. y M. L. ciudad como digna de figurar entre las primeras poblaciones de su importancia.

Puerta del Obispo, en la catedral de Palencia.



Nave central y trascoro de la catedral.

ACUARELAS PALENTINAS

POR

AMBROSIO GARRACHÓN BENGOA

CRONISTA OFICIAL DE LA PROVINCIA

LA CAPITAL.—Ocupa una gran extensión en la región meridional de la provincia, con 22.000 habitantes aproximadamente.

Es cierto que ayer estuvo Palencia allende su río Carrión —su antiquísimo río Nubis, como aun lo certifican sus hermosas florestas, sus huertas «altas» y «bajas», sus barrios de Santa María y Santa Ana, y las fertilísimas huertas denominadas del Pombo—. Hoy la encuentra el viajero como trasladada, ampliada y embellecida aquende su espejo de agua, en el que se mira risueña y triunfadora.

Su pasado y su presente se comunican y hermanan por medio de tres brazos de piedra y hierro —símbolo de su fortaleza—: Puentecillas, Puente Mayor y Puente de Abilio Calderón.

El cielo bendice esta unión mostrándose limpio y enviándonos un clima sano, una atmósfera despejada, con vientos NO. y N., y, salvo raras excepciones de bruscas variantes, importadas de Galicia y de Cantabria, hallará el visitante vida cómoda, tranquilidad inusitada, en la ciudad de D. Ponce y de D. Sancho, transformada y engrandecida con múltiples reformas.

Al observarlas, parece imposible a los ojos del profano que los vacceos, los cántabros y los astures la hicieran una de las primitivas de España. Que no importa, pues, la aridez de sus campos, de sus vastas llanuras —rastrojeras y trigales— para que sus paseos y jardines —la orilla del río, el Salón de Isabel II, la Huerta de Don Guadián, la Avenida del Primero de Julio, el Sotillo de los Canónigos— demuestren que en Castilla y León es también la naturaleza esplendentemente pródiga.

Afortunadamente, siempre se detendrán los ojos del curioso en los extensos y amplios soportes de su calle Mayor principal, que le cruza y atraviesa de norte a sur; en las modernas edificaciones del Instituto, la Diputación, de sus plazas y avenidas, por las que, por sus calles urbanizadas y asfaltadas, pueden pasearse aun en los días más crudos del invierno. Y si buscamos en Palencia el aspecto de su trabajo, de su iniciativa, de su esfuerzo o de su historia, tendremos que acudir a sus renombradas fábricas de mantas, de cobertores, a las que Carlos III concedió tan altos privilegios, y que hoy siguen extendiendo su creciente fama por todo el mundo; tendremos que visitar sus talleres de construcciones y fundiciones, como los talleres de Palencia (Miravelles e Irazabal); tendremos que detenernos en su catedral, edificada desde el 1 de junio de 1321 hasta 1516, y admirar el trascoro, la cripta de San Antolín, el tríptico de Fonseca, el Carro Triunfante, los tapices, el Protomártir, obra culminante del «Greco», etc., y sus puertas del Obispo, de los Novios, de los Reyes, sin olvidar su ábside, recientemente restaurado.

Y al vagar y vagar por su recinto nunca pasaremos, vecinos o forasteros, indiferentes y fríos ante monumentos como la parroquia de San Miguel, donde el Cid se desposara con D.ª Jimena, hermoso resto del siglo XIII de transición románico-ojival, cuya gallarda torre, de grandes ventanales, fué el vigía constante que ponía en huída al enemigo cuando una extensa y ancha muralla de piedra sillería circundaba a Palencia, dándola grandeza épica que la transforma-

Trascoro de la catedral.

(Foto Mqs. Sta. M.ª Villar.)

ción del tiempo y las luchas humanas derrumbaron el año fatídico de la revolución española, en que también cayeron las célebres puertas de Monzón.

Hoy ya no estorba aquel cinto pétreo para entrar y ver plenamente la ciudad y no dejar de estudiar otro templo parroquial, San Lázaro, con su ábside regular, donde el primer hospital de leprosos de Europa tuvo su planta y el Cid su solar, y Andrés del Sarto su célebre cuadro de la Sagrada Familia, medio escondido aún en su altar mayor, y salvado por casualidad de recientes intentonas de sustracción.

Finalmente, y para no faltar a mi cometido, recomendaré asimismo al forastero la iglesia conventual de Santa Clara, modelo de arte ojival en su período más florido, escenario de «Margarita, la tornera», la hermosa leyenda de Zorrilla, cronista que fué de Palencia, y asunto del célebre cuadro de Pradilla que se encuentra en Madrid; la de las monjas Bernardas, de preciosa portada plateresca, del siglo XVI, del cual data la de Compañía, de gusto clásico y de orden corintio, y el convento y castillo de San Pablo, del siglo XIII, ojival, en cuya capilla mayor consérvase el magnífico sepulcro de los marqueses de Pozas, del más puro renacimiento, obra de nuestro eximio Alonso Berruguete, según unos, y según otros, de su discípulo Francisco Giralte.

¿Y para qué decir más de nuestra ciudad querida, la más antigua de la región castellana, si ella ha de hablar a nuestros huéspedes mucho más claro y alto que nosotros?

LA PROVINCIA.—En nuestros numerosos viajes y excursiones, a través de los años, por toda la provincia, nos hemos recreado en sus pueblos olvidados y en sus monumentos escondidos. Peregrinos del arte, se agolpan a nuestra mente los bellos paisajes de Pernía, los cambiantes de luz de Peña-Labra, las alturas de Espiguete, la aridez de la Tierra de Campos, la aspereza del Cerrato, los hermosos rincones montañeses y los verdes oasis del Carrión, juntamente con tantos y tan maravillosos monumentos.

Dejad que los recuerde; dejad que pasen ante nosctros como en hermosa vista panorámica, y que vuelva a evocarlos con el amor y admiración de siempre.

¡Oh, fuentes de Valdepero, alcázar y castillo famosísimos, que tuvisteis por heroínas a un puñado de mujeres, temidas un día por el duque de Láncaster y otro por el revoltoso obispo Acuña!

¡Oh, derruído y maltrecho castillo de Monzón, fortaleza cobriza que hoy no resistirías un disparo y que antaño fuiste sangriento escenario de los Velas...!

¡Magnífica abadía de Husillos, que te enseñoreas en el Museo Arqueológico Nacional con tu sepulcro, que eres la más preciada soledad del siglo X...!

¡Misterioso Amusco, rica patria de los Manrique de Lara, que ostentas un precioso resto del siglo XIII, modelo de arte de transición, en tu venerada ermita de Nuestra Señora de las Fuentes!

¡Diminuto Santa Cruz de Rivas o de la Zarza, que eres un punto luminoso en la llanura con tu joya románica del ex convento del Priorato, donde lloró de pena y amor Alfonso VIII!

¡Tamara jubilosa, que allá sobre la altura expones, abandonado, frente a un horizonte hermoso, tu románico templo de Templarios! ¡Tú presenciaste, sin duda, aquella memorable batalla entre Fernando I de Castilla y Bermudo III de León, que perdió su vida y su corona mientras se llevó a cabo la ansiada unión de ambos reinos gloriosos! ¡Tú me protegiste en no lejano día bajo las naves augustas del gran templo ojival de San Hipólito!

¡Villa del Santísimo Milagro! ¡Frómista de mis amores, que amparaste en tus rudos lares a la reina Doña Nuña, que supo darte fama con tu hermosa iglesia románica de San Martín!... ¡Por algo eres patria del Patrón de los marineros, San Pedro González Telmo.

¡Villalcázar de Sirga! ¡Villa Sirga, como te llamamos los de casa! ¡También en su encomienda de Templarios he gustado del puro arte ojival del siglo XIII y me he quedado atónito ante las dos riquísimas tumbas del Infante Don Felipe, quinto hijo de San Fernando, y de la segunda esposa de aquél, Doña Leonor Ruiz de Castro!...

¡Carrión de los Condes, antigua corte de Castilla, religiosa ciudad del tributo de las Cien Doncellas, que si tu historia fuera poca, bastaran para darte esplendor tus románicas parroquias de Santa María del Camino y de Santiago, y el antiguo monasterio de San Zoilo! ¡Porque siempre fuiste noble y hospitalaria se hicieron poetas en tu recinto un judío, el rabí D. Santo, y un tierno enamorado noble, marqués de Santillana, el dulce cantor de la sencilla Vaquera de la Finojosa!

¡Saldaña, llena de montes y llanos; Saldaña la de los Condes, que viste expirar a Doña Urraca y aplaudiste el casamiento de su hijo Alfonso VII con Berenguela de Barcelona! ¡Serán muy gratos tus recuerdos de la Reconquista!...

¡Cervera de Pisuerga, al pie de cuya vega he gustado de momentos deliciosos y he contemplado tus valiosos montes!...

¡Aguilar de Campóo, marquesado de los Manrique, cuyas montañas guardan el magnífico y destrozado monasterio de premostratenses de Santa María la Real, en que un claustro incomparable llora la triste mutilación de sus capiteles del siglo XI!... ¡Hoy te afrentan tus sepulcros-bebederos!

¡Barruelo de Santullán, antes desconocida aldea, hoy preciado centro industrial, valiosísima cuenca minera!...

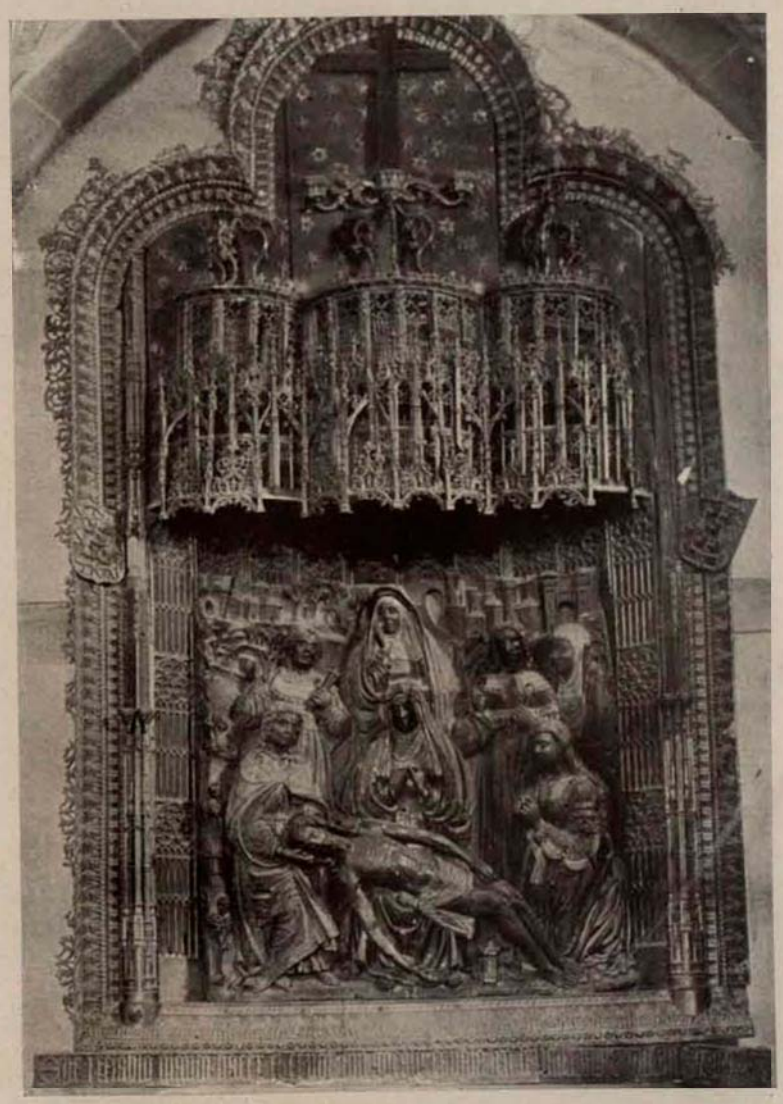
¡Santoyo, amurallado, de admirable iglesia ojival, en cuyo retablo mayor tanto nos honra Juan de Juanes!

¡Liberal Astudillo, el de las ruinas amuralladas y el elevado castillo, ya desaparecido, en cuyo seno vagó el cruel y justiciero Rey Don Pedro con D.ª María de Padilla, la difamada, que en él vió la luz primera y en él fundó el convento famoso de monjas Claras!...

¡Torquemada, solar de Zorrilla, Porta Augusta de los romanos, donde lloró su viudez la Reina loca Doña Juana y dió a luz a la Infanta Catalina la amada Soberana de Portugal!...

¡Baltanás, accidentado, de cuestas y montecillos, de magníficos pastos y arbolado, que lames las faldas de las cuestas del castillo de Zacarías y ves callado la soledad del vetusto palacio del duque de Abrantes!

¡Baños de Cerranto, el de la fuente milagrosa que curó a Recesvinto! ¡Mucha es tu fama con la ermita de San Juan, que aquél edificó! ¡Que no sigan las re-



Retablo gótico de las Angustias.

paraciones afeando tu joya bizantina, la única de tierras castellanas que aun demuestra con sus mármoles su arraigada fortaleza!

¡Dueñas, la del monasterio de San Isidro, retiro de doña Juana de Castro, señorío de los condes de Buendía, lugar de reposo de los Reyes Católicos, que en ti se desposaron y en ti dieron al mundo a Doña Isabel, la buena y tierna Reina de Portugal!... ¡Mucho había que decir de ti, oh primitiva Eldana, donde se desposó Fernando V con Germana Floix y donde levantó su resonante grito la Santa Hermandad de Castilla!...

¡Villamuriel de Cerrato, patria de los Meneses, los inolvidables plateros, el de su preciosa lámpara, fortaleza de los obispos palentinos, de hermosa y elevada torre bizantina!...

¡Becerril de Campos, de valiosos restos góticos!...

¡Paredes de Nava, cuna del inmortal escultor Alonso Berruguete, que dejó tan bien marcado su ingenio en tu parroquia de Santa Eulalia; patria del dulcísimo poeta Jorge Manrique y de su padre el Maestre de Santiago!...

¡Frechilla, rodeada de trigales y llanuras, a quien dieron a conocer sus renombrados tejidos y cereales!...

¡Autillo de Campos, en donde Doña Berenguela halló refugio y proclamó Rey de Castilla a su hijo Fernando III el Santo, cabe la ermita de su famoso castillo!...

¡Torremormojón, que guardas las ruinas de tu castillo, «La Estrella de Campos»!...

¡Ampudia, oh Ampudia, el de la famosa colegiata, defensa de los Núñez de Lara, posesión del obispo Acuña, el comunero!...

¡Provincia, en fin, entera de Palencia, tan desconocida de propios y extraños, tan olvidada, pero tan grande en tu historia y tu riqueza y tu arte!... ¡Digna eres de constante estudio y admiración que aun se te regatean!...

Iglesia de San Martín (monumento nacional), en Frómista.

LA LABOR DE LA DIPUTACIÓN DE PALENCIA

BENEFICENCIA.—Sostiene 200 dementes en el Manicomio de San Juan de Dios, de la capital. En el Hospital de San Bernabé y San Antolín mantiene por término medio 105 enfermos diarios. En este establecimiento se practican, además, por cuenta de la Diputación, intervenciones quirúrgicas de todas clases.

En el Hospicio sostiene 130 ancianos, hombres y mujeres. En Desamparados, 95 adultos de ambos sexos, y en Expósitos 80 niños, sin contar otro centenar que está a cargo de amas externas en los pueblos.

Está construyendo un Dispensario antituberculoso y antivenéreo.

Adscrita a los establecimientos provinciales de Beneficencia funciona la Clínica Oftálmica, cuyas salas de consulta y cura están dotadas del mejor material.

VÍAS Y OBRAS.—El plan general de caminos vecinales y puentes económicos aprobado por la Diputación comprende unos 500 kilómetros, distribuídos en 127 proyectos, con un coste total alzado de nueve millones y medio de pesetas.

Además fueron entregados a la Diputación por el Estado 201 kilómetros de caminos vecinales completamente terminados, 23 en construcción y 88 en proyecto.

Cuenta, además la Diputación con 100 kilómetros de carreteras provinciales, que han sido reparadas por parte de la misma.

Se atiende, además, a la reparación de los antiguos caminos municipales que, por la negligencia de los pueblos que los construyeron, no pudieron acogerse a la Ley de Caminos Vecinales, y estarían totalmente desamparados si la Diputación no se hubiera hecho cargo de ellos.

SERVICIO DE CÉDULAS PERSONALES.—Es uno de los más importantes ingresos del presupuesto provincial. La Diputación ha conseguido, apenas sin reclamaciones por parte de los contribuyentes, que la recaudación vaya siendo cada año más floreciente, a pesar de dulcificar el impuesto.

SERVICIO DE RECAUDACIÓN DE CONTRIBUCIONES.—A la Diputación provincial de Palencia le fué otorgado el servicio de recaudación de contribuciones y tributos al Estado, por su excelente administración. Desde que la Diputación palentina se encargó del servicio, ha llevado a cabo una organización tan perfecta que la permite obtener una excelente recaudación con el máximo de facilidades para los deudores.

TELEGRAMAS: MANUFACTURAS-ALAR

MANUFACTURAS DE CASTILLA

HILADO Y TEJIDOS DE LANA

ALAR DEL REY

(Palencia)

Mantas de todas clases para camas y de viaje

☆

Cobertores finos

☆

Géneros para guarnicioneros

☆

Mantas para ganado de regimientos

☆

Alfombras y tapices de nudo

☆

Especialidad en paños, tiretas y rapones para confección de zapatillas

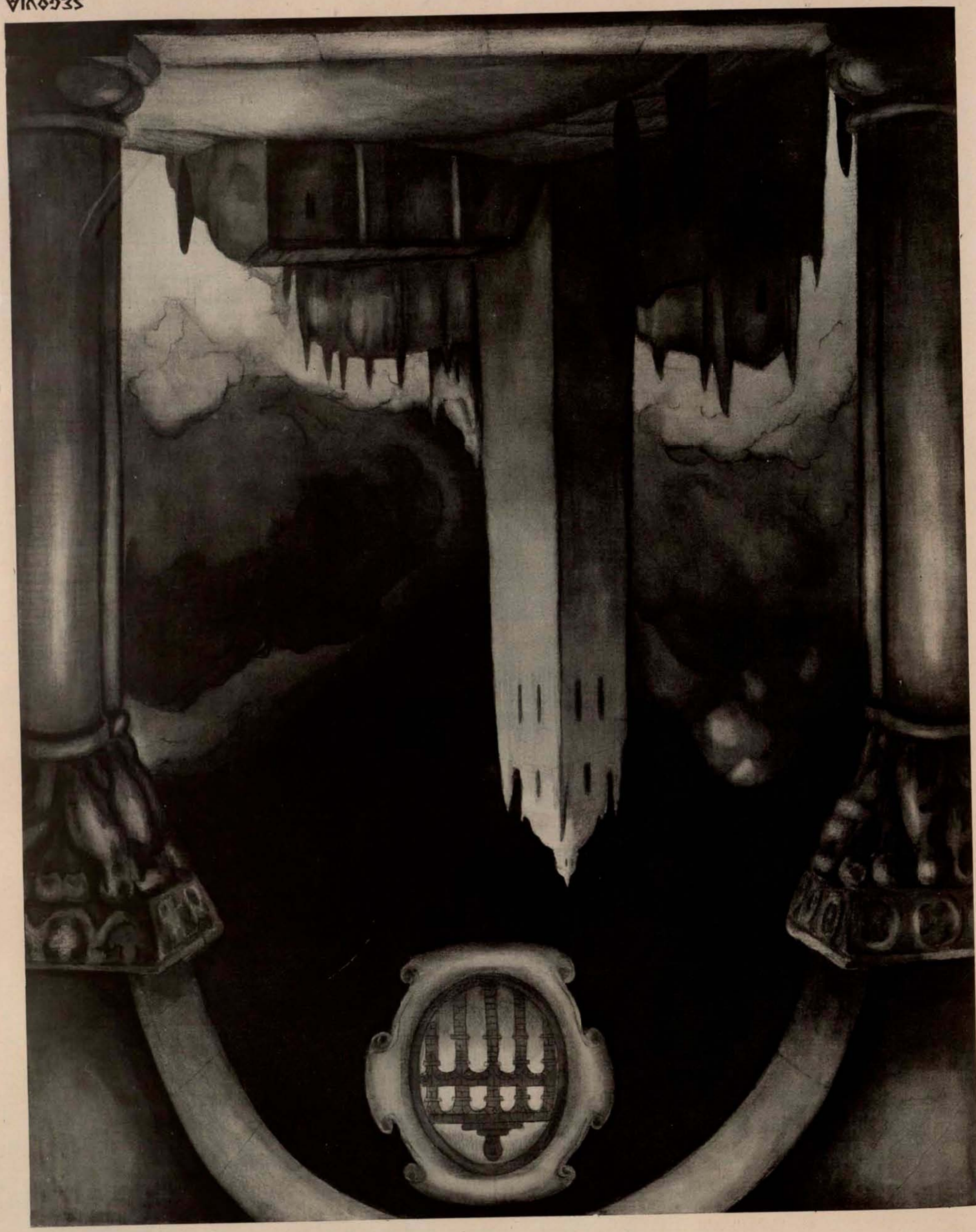
☆

Bayetas y estameñas de varias clases

☆

Novedades en pañería fina y con especialidad en géneros clásicos y otros artículos

Oficinas en SANTANDER, Castelar, Y - Tel. 15-05



SEGOVIA

por

F. Javier Cabello y Dodero

Delegado regio de Bellas Artes en Segovia

Vista general de Segovia.

Segovia está enlazada con Madrid por una línea férrea de 101 kilómetros, de la Compañía del Norte de España, y por dos buenas carreteras que atraviesan los puertos bellísimos de la sierra Carpetovetónica, llamados de Navacerrada y Guadarrama o «Alto del León», las cuales constituyen un circuito de gran interés para carreras de motocicletas y automóviles, por lo cual se celebran varias de éstas todos los años.

También está enlazada Segovia con Ávila, Valladolid, Burgos y Soria, por sendas carreteras que atraviesan bellos paisajes y pueblos muy típicos.

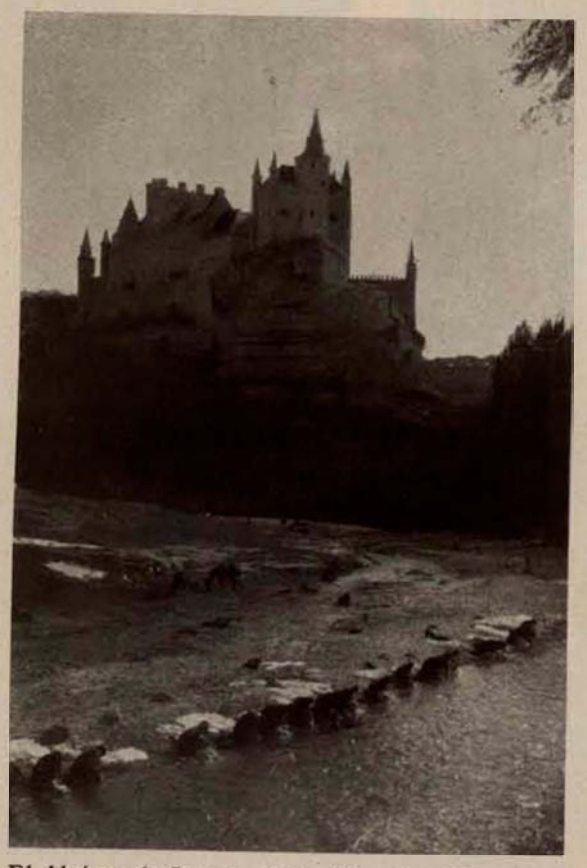
La provincia de Segovia se extiende a lo largo de la sierra Carpetana, en una longitud aproximada de 150 kilómetros y con alturas variables entre 1.500 y 2.400 metros sobre el nivel del mar, en la que se destacan altos promontorios, como el de Peñalara; salvajes peñascales, cual el Canchal de la Berrocosa; bellos pinares, como los de San Rafael, Valsain y Navafría; bosques de enebros seculares, matas de robles, frondosas alamedas, ricos sotos y praderas que hacen de esta zona extensísima lugar muy a propósito para excursiones de montaña y paseos deliciosos.

Al amparo del reposo de los bellos rincones de esta sierra se elevaron en la Edad Media ermitas y monasterios, de los cuales perduran ruinas románticas y piadosas tradiciones. Las extensas praderas sustentaban numerosos ganados lanares, y a su granjería nacieron pueblos, crecieron las villas y se enriqueció la ciudad de Segovia, cuando sus famosos paños del siglo XVI no tenían rivales en los reinos de Castilla. El gusto refinado del primer Borbón (Felipe V) realiza la maravilla de injertar las exquisiteces de Versalles en el frondoso pinar de Peñalara, y la vieja granja de recreo del siglo XV, de los frailes jerónimos del monasterio de El Parral, de Segovia, se transforma en el XVIII en el Real Sitio de San Ildefonso, universalmente conocido y siempre admirado por la magnificencia de los juegos de aguas de sus monumentales fuentes. Actualmente, todos los pueblos de esta zona montañosa son deliciosas residencias veraniegas de muchas familias; pero las colonias más numerosas y de mayor importancia son las de Riaza, Sepúlveda, El Espinar, y principalmente las de San Rafael, Segovia y el mencionado Real Sitio de San Ildefonso (La Granja), cuyo real palacio es habitado todos los veranos por los Reyes, Príncipes e Infantes de España.

De tan formidable cordillera se desplazan estribos y contrafuertes de siluetas variadísimas, entre los cuales serpentean arroyos y riachuelos, suavizándose la aspereza del terreno a medida que se aparta de la sierra, y allí donde se extiende la planicie se cubre el suelo con frondosos pinares resineros, que van fundiéndose con las tierras labrantías, en las cuales nacieron los pueblos agrícolas de los partidos de Cuéllar y Santa María la Real de Nieva.

El solar de Castilla es de viejo raigambre, y la provincia de Segovia, en él emplazada, atesora leyendas e historias que cantan los poetas y estudian los sabios.

Segovia dió a Castilla su Reina más esclarecida, Isabel la Católica, proclamada en la hoy plaza de la Constitución el día 13 de diciembre de 1474, y ante las puertas de su muralla se detenían a los Reyes hasta que juraban guardar las leyes de sus reinos y los privilegios de la ciudad, llegando a ser en el siglo XVI una de las ciudades que con su regidor Juan Bravo se puso al frente del noble levantamiento de las Comunidades de Castilla contra los desafueros de los despóticos magnates de la Corte de Carlos I de España. En el Regio Alcázar se celebraban Cortes memorables, y era la plazuela del Azoguejo universidad de pícaros, inmortalizados por Cervantes y Quevedo. Vivían dentro del recinto amurallado judíos, moros y cristianos; los próceres de vida más licenciosa concedían piadosas fundaciones, y a un mismo tiempo se cometían enormes sacrilegios y se realizaban milagros portentosos.



El Alcázar de Segovia. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar)

Para todos estos hechos tiene Segovia y su provincia un escenario adecuado que le da gran prestancia a su ambiente romántico de intenso casticismo, cuyo valor supera, o a lo menos iguala, al arqueológico de sus muchos y muy bellos monumentos.

A la erudición de españoles beneméritos se debe el hallazgo, en tierra de Segovia, de los primeros cráneos en España de la raza de Cro-Magnon (Tomás Llorente, 1890), interesantes estudios osteológicos (Luis de Hoyos Sáinz, 1912) y el descubrimiento del arte rupestre de la cuenca del río Duratón, realizado por el marqués de Cerralbo, el cual ha reconocido gran número de estaciones muy interesantes, destacándose por su singularidad la llamada Cueva de los Siete Altares.

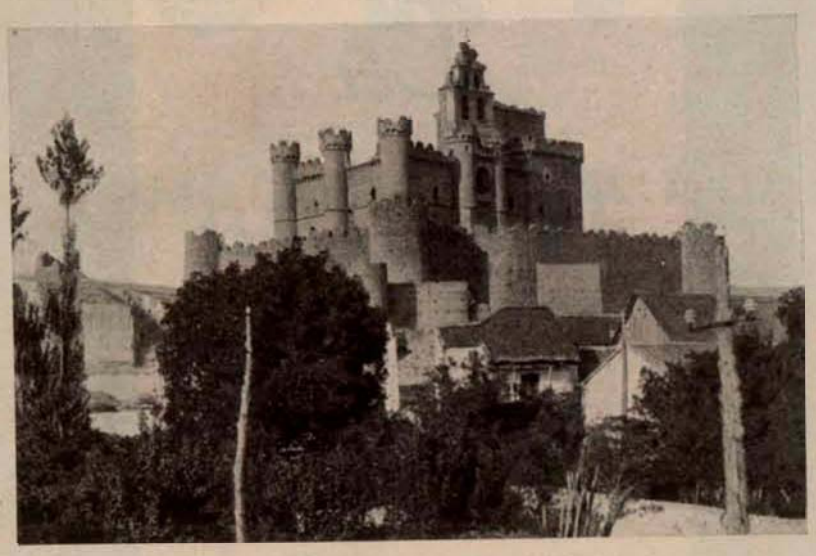
La actual provincia de Segovia corresponde precisamente a la zona divisoria de las tribus celtíberas de los arévacos, que ocupaban la sierra, y los vacceos, que se extendían por el llano, y así son de origen arévaco Segovia, que en nada ha cambiado su nombre, Sepúlveda y quizás Cuéllar, correspondiendo a los vacceos la villa de Coca, la antigua «Cauca», una de las ciudades más poderosas de tan remotos tiempos.

De la época romana conserva la ciudad de Segovia un acueducto cuya magnificencia supera a todos los de Europa, y es tan perfecto su estado de conservación que en el presente año de 1929 han vuelto a correr las aguas por su canal para abastecer a la ciudad. Es monumento nacional, blasón de Segovia y su partido, característica silueta de la capital y meta principal de viajeros, en los cuales perdura eternamente la sublime impresión de su grandiosa fábrica.

Vista parcial del Acueducto. (Foto Hauser y Menet.)

De la civilización romana se conservan también otros restos de importantes construcciones en Duratón, Sepúlveda, Paradinas y Aguilafuente, y muchas lápidas y monedas en estos y otros varios lugares de la provincia. Las páginas sangrientas de la conquista militar romana las escribió la villa de Coca con la sangre noble de sus celtíberos pobladores. En esta villa nació el Emperador Teodosio, según testimonios de la época, y algunos historiadores afirman que nació en Pedraza de la Sierra la madre de Trajano.

El arte cristiano floreció en toda la provincia de Segovia con fuerza exuberante, pudiendo decirse, sin exageración alguna, que no hay ciudad, villa ni lugar que no conserve, por lo menos, algún resto de templo románico, que hacen de esta provincia un vasto museo de dicho estilo, no igualado en ninguna otra de España, y cuya visita sorprende al viajero y cautiva al erudito.



El castillo de Turégano.

Las pinturas románicas de la ermita de Maderuelo, hace poco descubiertas, son, con las de San Isidoro de León y las maltrechas de Berlanga, únicas en Castilla; la ermita de Navarés de las Cuevas parece corresponder al tipo de las iglesias asturianas; disposiciones prerrománicas se manifiestan en muchos templos; pero los núcleos principales corresponden a las villas de Ayllón, Cuéllar y Sepúlveda y a la ciudad de Segovia, en la cual se conservan en buen estado 19 iglesias románicas y restos de otras varias, habiendo desaparecido 12 más durante los siglos XVIII y XIX.

Universalmente se ha reconocido como «reina» de las torres románicas a la de San Esteban, recientemente restaurada; es San Millán basílica de primer orden, y singularísima por el orientalismo que manifiesta su bóveda de crucería mahometana y la armadura morisca, de madera bellamente tallada y policromada, algunas de cuyas piezas han sido descubiertas en estos días por el marqués de Lozoya y el que esto escribe; son interesantes y bellísimas San Martín, la Santísima Trinidad, San Juan de los Caballeros, en la que está instalado el taller de cerámica de *Daniel Zuloaga*; *San Clemente*, con ábside de tipo más francés; San Lorenzo, con su torre de ladrillo al descubierto, y muchas otras, estando emplazada al otro lado del río Eresma la Vera Cruz, santuario fundado por los caballeros templarios, que recuerda en su forma y disposición al Santo Sepulcro de Jerusalén.

El castillo de Coca.

Al arte gótico de los Reyes Católicos corresponden en Segovia y su provincia muchas iglesias interesantes, y ya entrado el siglo XVI, hasta fines del mismo, se edifica en gótico la catedral actual, bien llamada «dama de las catedrales», por cuanto sus finas y bellas proporciones y su alegre expresión son esencialmente femeninas y aristocráticas.

La nueva catedral conserva de la antigua, construída junto al Alcázar, el claustro, la Virgen de la Paz, algunas otras imágenes y varias portadas, rejas y parte de la sillería del coro. Tiene buenas pinturas y esculturas, una gran colección de tapices, ricos ornamentos y piezas de orfebrería; pero lo más interesante para viajeros y eruditos es su Museo catedralicio, inaugurado en 1924 por iniciativa del entonces obispo de Segovia, D. Manuel de Castro, actualmente arzobispo de Burgos.

Su mayor riqueza es la bibliográfica; no obstante, tiene otros muchos objetos de gran valor artístico e histórico.

Contiene unos 350 códices, siendo el más antiguo la Farsalla de Lucano, en vitela, de fines del XI o principios del XII. Conserva también el Museo una valiosa colección de privilegios rodados, concedidos a la catedral y a su Cabildo por los Reyes de Castilla, desde Alfonso VI. Pero la sección más importante del archivo corresponde a la colección de incunables, la tercera de España, la cual consta de 520 ejemplares catalogados, con preciosas viñetas, letras iniciales muy decoradas y bellas encuadernaciones, siendo el más antiguo el de la Ciudad de Dios, por San Agustín, impreso en Roma en 1468.

Hay 17 incunables en castellano, entre los cuales el referente al sínodo de Aguilafuente, de 1472, debió ser impreso en el mismo año, en cuyo caso es el más antiguo de España de los hasta ahora conocidos.

La vida militar de la provincia de Segovia se fundió en los siglos XV y XVI con la cortesanía de la nobleza, y a esta época corresponden sus castillos, de aparatosa arquitectura militar, aunque en realidad son más palacios que fortalezas. El más importante, en razón a su regia procedencia, es el Alcázar de Segovia, fundado quizás sobre ruinas celtíberas y romanas y reconstruído por Alfonso VI, desde cuya época ha sido residencia de los Reyes de Castilla hasta la Casa de Borbón. Mucho sufrió con un incendio, pero ha sido posteriormente restaurado.

El de Pedraza, hoy propiedad del pintor Ignacio Zuloaga, goza de soberbio emplazamiento; el de Cuéllar conserva toda su cubierta; el de Turégano es una iglesia románica del XIII, fortificada; el de Castilnovo está habitado por sus dueños, los señores de Escudero Galofre, y el de Coca, el más bello y singular por su magnífica arquitectura mudéjar, que hace de este castillo ejemplar único en Europa, se encuentra en lamentable abandono.

A la agitada vida militar de la Edad Media corresponden muchas casas torreadas de Segovia y las murallas de Cuéllar, Sepúlveda, Pedraza, Maderuelo, Ayllón, Coca y Segovia.

La arquitectura plateresca está muy bien representada en la rica colección de patios y portadas de Segovia y en los magníficos retablos de las parroquias de El Espinar y Carbonero el Mayor. En toda la provincia hay iglesias, palacios y edificios públicos correspondientes a las diversas modalidades del Renacimiento.

Pero la nota más característica de las artes segovianas la ofrece la influencia morisca, que se manifiesta desde las primeras construcciones románicas de la reconquista (siglo XI), culmina en el siglo XV con los reinados de Don Juan II y Enrique IV y llega a las formas renacientes del siglo XVI.

La Junta provincial de Turismo de Segovia ofrece siempre gustosa, a todo viajero que lo solicita, los folletos, itinerarios y cuantos informes necesite para visitar Segovia y todas las villas y lugares de la provincia.

La catedral de Segovia. (Fotos Hauser y Menet.)

La cruz de los Templarios y el Alcázar. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar.)

La Granja

por

Manuel Machado

¿Quién sentó aquí las Gracias? ¿Cúya mano
halagó el lomo hirsuto de la sierra
y puso, entre las "cotas" de la guerra,
la paz de este Versalles castellano?

¡Lises de Francia, delicadas lises!
—aquí sabemos de ojerosos lirios—.
¿Qué hacéis sobre este campo de martirios,
en la acerada gama de los grises?

Corren las fuentes... Habla el agua... Ahora
el aire finge una rosada aurora.
Cendal de espuma, de irisada franja,

el ceño borra a la montaña dura.
¡Y el alma siente — en toda su hermosura —
el milagro exquisito de La Granja!

SORIA

POR EL

PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

Soria está situada en el collado que forman dos cerros fronteros: el Castillo y el Mirón, a la orilla derecha del río Duero y al este de la Sierra de San Marcos. Otras colinas próximas—Eras de Santa Bárbara y Monte de las Ánimas— la vigilan y resguardan.

Soria tiene unos 8.000 habitantes, estando situada en la línea del ferrocarril Santander-Mediterráneo y al final del de Torralba a Soria, construyéndose actualmente otro que, con la red de carreteras de primer orden que atraviesan la provincia, harán de ésta una de las de más fácil visita del turista, no sólo por sus tesoros históricos y artísticos, casi desconocidos, sino también por sus bellezas naturales.

Fachada de Santo Domingo. (Fotos Mqs. Sta. M.ª Villar.)

Soria, por los recuerdos históricos que guarda, por el carácter peculiar que su vida conserva, es una de las ciudades españolas más interesantes. Su institución de los Doce Linajes Troncales, comunidad nobiliaria que rigió la ciudad en la Edad Media; los muchos escudos señoriales que ostentan las fachadas de las casonas de las calles Real y de Caballeros; los seculares templos y el grandioso palacio de los condes de Gómara, demuestran su rancio abolengo. Respondiendo a este carácter, las calles de Soria son, en general, estrechas y tortuosas, pero limpias y bien empedradas, y aun tiene algunas principales, como las del Collado, Marqués del Vadillo, Numancia y Ferial, que son anchas y con excelente pavimento. Posee también espaciosas plazas, provistas de arbolado, y varios paseos con jardines muy bien cuidados.

La primera cosa que sorprende gratamente al viajero que se encara con la ciudad, es el color; un magnífico color rojo, de tierra tostada, encendida por el sol de los siglos, color que lo domina todo, piedras, ladrillos, tejas y paisaje. Una estampa espléndida que se queda grabada en la retina para siempre. Como Salamanca es la ciudad dorada, Soria es la ciudad roja, inconfundible.

El CASTILLO fué el núcleo defensivo de Soria. Hoy, a pesar de estar todo arruinado, se distinguen perfectamente los dos recintos concéntricos, más bajo el exterior que el interior, la plaza de Armas en el centro, al este los restos de la torre, y entre ésta y la muralla un gran aljibe, bien conservado, descubierto recientemente. Cobijada en la espaciosa plaza de Armas y en las inmediaciones del Castillo, vivió apiñada la población judía, y fué tan numerosa, que era considerada la aljama de Soria como una de las principales de Castilla. El cerco fortificado de la ciudad es cuadrado y tiene unos ocho kilómetros de longitud, capaz para contener unos 30.000 habitantes, que nunca debió albergar.

EL MUSEO PROVINCIAL.—Es de carácter puramente arqueológico, y los objetos que guarda, casi exclusivamente de procedencia soriana, facilitan el conocimiento de la antigüedad regional y se complementan con los del Museo Numantino.

La entrada es pública y gratuita desde las diez de la mañana a las dos de la tarde, y está instalado en la planta baja del palacio de la Diputación.

IGLESIA DE SAN JUAN DE RABANERA.—Es un ejemplar románico de gran originalidad, en el que se mezclan influencias bizantinas con recuerdos clásicos y tanteos ojivales. Su ábside es uno de los más interesantes del románico soriano. Tiene dos ventanas en lugar

Ruinas del claustro de San Juan del Duero.

Claustro de la colegiata de San Pedro.

de las tres usuales en este arte, son algo apuntadas y las festonean hojas de acanto estilizadas y dobladas. La portada del poniente no es de esta iglesia. Perteneció a la de San Nicolás y en 1902 se trasladó a la de San Juan.

NUESTRA SEÑORA DE LA MAYOR.—Antigua de San Gil. De su primera fábrica románica conserva tan sólo parte de la torre con un ventanal, la puerta del lado norte y un sepulcro con frente calado portracería de marcado carácter mudéjar. La capilla mayor, aunque gótica de trazo, es del siglo XVI y obra de los Calderones.

LA COLEGIATA DE SAN PEDRO.—Fué erigida esta iglesia en Colegial y entregada a los canónigos regulares de San Agustín en 1152 por el obispo D. Juan. Entonces se construyó anejo a la iglesia el Monasterio de canónigos. Salvo algunas partes del crucero y del claustro, todo lo románico desapareció en 1520, siendo reedificada años más tarde. En esta iglesia se guarda la más bella obra histórica que hay en Soria: un tríptico flamenco que recuerda las obras de los maestros de Amberes, especialmente las de Miguel Coxie. Al lado de la iglesia se halla el claustro del viejo Monasterio, uno de los claustros de más pura traza del románico español.

Puerta romana en Medinaceli. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar)

SAN JUAN DE DUERO.—Es, sin duda alguna, el monumento más original de Soria, pues su claustro ofrece carácter extraordinario. La variedad de sus arquerías, su rareza, los chaflanes, los arcos y la clave pendiente, parecen indicar que aquí, contra lo corriente en la Edad Media, ha prevalecido en lo constructivo más el capricho personal del arquitecto que las normas generales de estilos y escuelas.

SAN POLO.—Fué este edificio capilla de un derruído monasterio de Templarios. Suprimida esta Orden, pasó a propiedad de los Caballeros Hospitalarios de Jerusalén.

SAN SATURIO.—Ermita curiosa por su contenido, por sus cuevas y por el paisaje en que está enclavada.

IGLESIA DE SANTO DOMINGO.—Otro de los mejores monumentos románicos de Soria. Su fachada, rica y armónica, se compone de dos motivos centrales: la portada, con tímpano y archivolta, y un gran rosetón abocinado. A los lados corren dos series de ciegas arquerías. La ornamentación es por demás interesante.

PALACIO DE LOS CONDES DE GÓMARA.—Es la joya de la arquitectura civil soriana, y se yergue en medio de la ciudad sobre un ligero altonazo. Su espléndida fachada y, sobre todo, la robusta torre, impone su silueta característica al conjunto de la ciudad. La portada ostenta una cartela en la que se hace constar que fué el constructor de este palacio D. Francisco López del Río, y que se acabó la obra en 1592.

MUSEO NUMANTINO.—Hermoso edificio de nueva planta. Sus tres grandes salones, destinados a las industrias anterromanas, al arte celtibérico y a los objetos de civilización romana, se abre desde una amplia galería de severo aspecto. El tipo de este Museo, producto de la excavación de una sola ciudad, es muy poco frecuente, y tiene sus semejantes en los de Olimpia y Delfos, en Grecia, y el de Fiésole, en Italia. Son Museos complejos, pues recogen todos los restos materiales de la ciudad, desde el vaso de cocina al objeto de culto, y desde la herramienta de oficio al arma de combate.

Bastaría la existencia de las curiosas y famosísimas ruinas de Numancia y de los campamentos romanos que la rodearon, para justificar el viaje a Soria, aparte de las bellezas que la misma ciudad encierra.

Las ruinas de Numancia, la gloriosa ciudad celtíbera que prefirió arder a entregarse al enemigo, distan ocho kilómetros de Soria y para el viaje se ofrecen grandes facilidades.

Son también gratas y provechosas distintas excursiones por toda la provincia, llena de recuerdos históricos, obras de arte y seducciones naturales. Baste citar Burgo de Osma, Calatañazor, San Esteban de Gormaz, el Castillo de Gormaz, Monasterio de Espejo, Almazán, la «Villa Romana» de Cuevas, Berlanga de Duero, Santa María de Huerta, Medinaceli y Agreda. Puede hacerse una muy interesante excursión al Moncayo y otra a la sierra de Urbión, fuente del Duero. Ésta se puede ampliar a las Sierras Hermanas, Cebollera, Demanda, Cameros, etc.

La excursión más interesante por la serranía soriana es la de Yanguas, 48 kilómetros, por la carretera de Calahorra. A ocho kilómetros del camino vecinal de Ausejo está la villa de Castilfrío, cuna de la más rancia nobleza soriana. La iglesia de Oncala guarda una rica colección de tapices flamencos del siglo XVII. Ocho de ellos representan escenas del triunfo de la iglesia, según cartones de Rubens, algunos de cuyos bocetos se guardan en el Museo del Prado, y son, por lo tanto, iguales a los tapices de las Descalzas Reales de Madrid. Otros dos de menor tamaño, pero de la misma época y estilo, representan escenas profanas amorosas. En Hinojosa de la Sierra hay un palacio hermosísimo de los Hurtado de Mendoza, construído en 1581. La villa de Vinuesa, «Visontium» de los pelendones, es llamada la Corte de los «Pinares». Conserva recuerdos y vestigios de su pasada grandeza; en la plaza, un palacio renacentista de los Carrillos, la Casa Concejo y Arca de Misericordia, del XVI, y la iglesia, de tres naves, del XVII; el palacio que edificó en este tiempo D. Pedro de Neyla, hijo de la villa y arzobispo de Palermo; frente a él una vieja casona luce bellísima solana dep rofusas tallas, y más arriba abundan las casas nobiliarias.

Y por último, a tres kilómetros de Vinuesa está Molinos, que es, sin duda, el pueblo de más bellas construcciones populares que tiene la provincia.

Paisaje. (Foto L. Nueda.)

Díaz
Vargas
Valladolid

VALLADOLID

LA PROVINCIA Y SU DIPUTACIÓN

POR
GASPAR RODRÍGUEZ PARDO
PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ESTA provincia es una de las cinco que constituyen el antiguo reino de León. Geográficamente considerada, limita al norte con las de León y Palencia; al este, con la de Burgos; al sur, con las de Ávila y Segovia, y al oeste, con Salamanca y Zamora; hallándose enclavada hacia la parte norte de la península, y constituída por una extensión superficial de 8.170 kilómetros cuadrados, siendo su altura media 650 metros. Su clima es sano en general; caluroso en verano y frío y seco en invierno, habiendo desaparecido en gran parte las características nieblas de esta provincia, por haberse llevado a cabo el encauzamiento y encubrimiento de algunos de sus ríos. Los principales que la surcan son: el Duero, con multitud de afluentes, como el Duratón, el Cea, el Adaja, y arroyos como el Jaramiel, el Valdecogeces, el Cerrajal y otros. El Pisuerga le sigue en importancia, dotando de caudal al Canal de Castilla. El Zapardiel, el Trebancos, atravesándola el Eresma, el Sequillo, el Esgueva, el Valderaduey, el Hornija y el Arroyo Badajor.

La configuración general del terreno es llana, no existiendo en el mismo en realidad más que la cordillera de los Alcores, digna de mención, pues las demás alteraciones del terreno apenas hacen más que quebrantar la monotonía de la llanura.

Estas alteraciones del terreno sirvieron de base en la época feudal a castillos numerosos, origen del nombre de esta región.

El terreno, en general fértil, produce principalmente cereales, lo que le dió motivo a conceptuarla como uno de los graneros de España; son sus productos también legumbres, frutas, vinos, especialmente los renombrados de Nava del Rey y Rueda, piñones y abundantes pastos que favorecen la ganadería, constituyendo industrias derivadas de ellas, entre la que se destaca la quesera, una de las más importantes de España. La carencia de agua en el terreno es causa de pérdidas de cosechas y de que en el mismo no se explotaran productos que habían de beneficiar económicamente a la provincia; el Canal de Castilla, y más aún el del Duero, que tiene una extensión de riego de algunos miles de hectáreas, ha subsanado en parte este defecto, que pronto quedará obviado con la labor de la Confederación Hidrográfica del Duero.

CENTROS OFICIALES.—Existen en Valladolid, a más de la Diputación provincial, Ayuntamiento y Gobierno civil, los siguientes centros: Audiencia territorial y provincial, Capitanía general, Arzobispado, Facultad de Derecho, Medicina, Filosofía y Letras e Historia, Academia de Caballería, Escuela Normal de Maestros y Maestras, Escuela Industrial, Escuela de Comercio, Escuela de Artes y Oficios, Academia de Música, con validez académica, Seminario pontificio, Archivo de Chancillería y de Simancas, Ateneo, Biblioteca y Museo provincial, Catastro de rústica y urbana, Hospital clínico y provincial, Manicomio, Casa Inclusa, de Maternidad y de Desamparados, Brigada sanitaria, Real Dispensario Antituberculoso y otros más de beneficencia, cultura y acción social.

La provincia de Valladolid tiene 389.410 habitantes, distribuídos en 237 pueblos que integran los 10 partidos judiciales, dos en Valladolid y uno en Medina del Campo, Medina de Rioseco, Villalón, Peñafiel, Olmedo, Tordesillas, Mota del Marqués y Nava del Rey.

Valladolid, capital, tiene 95.000 habitantes; fué antigua corte de España varias veces, la última desde 1601 a 1606, debido al influjo del duque de Lerma, favorito de Felipe III, y cuna de su antecesor Felipe II.

MEDIOS DE COMUNICACIÓN.—La Diputación de Valladolid, respecto a carreteras, está colocada en situación excepcional: acaso sea la primera de España, entre las de régimen común, que haya construído el mayor número de kilómetros: 750, de los que hay que descontar 109 que han sido cedidos al Estado a cambio de otros que éste traspasó a la Diputación.

La provincia de Valladolid cuenta con 899 kilómetros, distribuídos: en carreteras provinciales, 641; en caminos vecinales, 258. Tiene además en construcción: caminos vecinales, 32 kilómetros; en proyectos aprobados, 104, y en proyectos a estudiar, 407.

Antes de cinco años la Diputación provincial de Valladolid tendrá una red en conservación, entre carreteras provinciales y caminos vecinales, de más de 1.500 kilómetros, no ha escatimando su interés en facilitar a los pueblos los medios de comunicación para que puedan ser cómoda y rápidamente transportados sus productos.

Las carreteras del Estado, a su vez, atraviesan la provincia con más de 1.200 kilómetros.

Las líneas féreas que la cruzan, son: la de Madrid a Irún, con 80 kilómetros; la de Valladolid a Ariza, con 64; la de Medina a Salamanca, con 30, y la de Medina a Zamora, con 52. Líneas de vía estrecha existen en la provincia: de Valladolid a Rioseco, con 44 kilómetros; la de Rioseco a Palanquinos, con 25; Rioseco a Villada, con 32, y Villalón a Palencia, con 10.

MANANTIALES DE AGUAS MEDICINALES.—Hay varios manantiales en la provincia, pero dos son los únicos que están en explotación: uno en Medina del Campo y el otro en Castromonte.

FERIAS Y MERCADOS.—Fueron creadas las ferias en la Edad Media, y entre las más antiguas figuran la de Alcalá de Henares, Burgos, Astorga, Ávila, Palencia, Azpeitia, Villalón, Benavente, Medina del Campo, Sevilla y otras.

Todas fueron después protegidas por los Reyes y las Cortes, pero ninguna obtuvo el grado de prosperidad que la de Medina del Campo, donde acudían mercaderes de toda España, de Irlanda, Lisboa, Flandes, Génova y Florencia. En Medina se vendían perlas, joyas, sedas, paños, brocados, telas de oro y plata, hierros, drogas; acudían también tratantes de ganados mayores y menores, carnes muertas, frescas o en cecinas, vasijas, granos, semillas; en fin, todo aquello que pudiera ser objeto de contratación.

Al correr de los tiempos fueron perdiendo su importancia; solamente en las cabezas de partidos judiciales se conservan los mercados semanales para la compra y venta de la especialidad de cada uno. Así, en esta provincia, el mercado más importante en ganado lanar es el de Medina del Campo, donde acuden de 20 a 30.000 cabezas, y en algunas semanas hasta 50.000, que se compran para exportarlas a toda España, pero especialmente a Madrid, Valencia y Barcelona.

También es digno de mención el mercado de Tordesillas para el ganado vacuno, y el de Villalón para sus ricos quesos.

LABOR DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL.—La de Valladolid ha dedicado su gestión con preferencia a los establecimientos de beneficencia, gastándose en mejorarlos, en dotarlos de nuevos servicios y edificios, más de dos millones de pesetas. Aun queda mucho que hacer en el ramo de beneficiencia, porque cada día son mayores las exigencias modernas; pero, de no interrumpirse la marcha de las Corporaciones, si hoy no se llega a la perfección concretándonos en este punto con llegar a lo posible, siempre acariciaremos el pensamiento de aspirar a lo mejor.

En materia de comunicaciones, ya hemos expuesto anteriormente nuestra gestión y nuestro propósito en el porvenir, faltando tan sólo que la Diputación aborde el problema de construcción de un ferrocarril que comunique Valladolid con Vigo, puerto que asoma al Atlántico y el más cercano de América.

En materia cultural, la Diputación de Valladolid no ha escaseado su concurso a cuantas peticiones se formularan. Así pagó durante unos años los gastos que ocasionó la creación de la Facultad de Historia, hasta que el Estado se hizo cargo de esta nueva enseñanza.

Tiene consignación para los Laboratorios de la Facultad de Ciencias Químicas, cuya instalación se proyecta.

Subvenciona a la Escuela Industrial, habiendo cedido solares al Estado para un nuevo edificio, y sostiene becas de la misma; a la Escuela de Música de la Real Academia de Bellas Artes de esta provincia, a la Escuela de Artes y Oficios y al Orfeón vallisoletano. Sufraga pensiones a niños sordomudos y ciegos, y a los jóvenes artistas que cursan los estudios de pintura y escultura y arte decorativo, a varios alumnos de la carrera eclesiástica, a obreros agrícolas, y anualmente reparte material pedagógico a las escuelas nacionales de la provincia, y, por último, concede subvenciones a diferentes entidades que en mayor o menor escala atienden a la cultura general.

AGRICULTURA Y GANADERÍA.—La producción agrícola es casi la única en esta provincia, y por ello la Diputación en sus presupuestos subvenciona anualmente a varios jóvenes para que aprovechen las enseñanzas que ofrece la Asociación General de Ganaderos en los cursos que celebra en Madrid; fomenta los concursos y exposiciones que anualmente se celebran en los pueblos cabezas de partido para el fomento de la ganadería; consigna cantidades para Granjas de experimentación agrícola y para estimular a los escritores que divulgan esta clase de materia.

PARTE ECONÓMICA.—Pocas palabras sobre esta materia, porque su exposición requiere números en vez de letras. Desde el año de 1924 a la fecha, la Diputación ha mejorado económicamente, debido al nuevo régimen de su funcionamiento. Antes del año 1924 no se conocía el superávit en los presupuestos. Desde el año 1925 aparece el superávit, porque hay alza en la recaudación y se cuenta todos los años con un remanente que se emplea aplicando su cifra a mejorar los servicios, especialmente benéficos, llegando en el año 1927 a cerca del medio millón de pesetas.

La recaudación de cédulas personales, impuesto cedido por el Estado en 1926, presupuestándose 480.000 pesetas de ingreso, se recaudaron 670.240.

En 1927 se calculó una recaudación de 670.000 y se recaudaron 689.204. Debiendo advertir que esta Diputación es la única de España que ha recaudado directamente del contribuyente, sin auxilio de los Ayuntamientos.

La DEUDA PROVINCIAL, aunque pequeña por el número de Obligaciones que ha de recoger, tiene una cotización en la plaza de 95 por 100, no habiendo pasado del 82 por 100 en años anteriores; pero la explicación consiste en que la amortización ha avanzado en dieciocho años más de los que corresponden y avanzaremos progresivamente hasta la cancelación.

Esta gestión económico-administrativa se hizo notar al Gobierno cuando la Diputación solicitó la recaudación de las contribuciones e impuestos del Estado, y es una satisfacción para la Corporación vallisoletana que haya sido la primera provincia que obtuvo este servicio con carácter definitivo. La Diputación sabrá responder a esta confianza, procediendo con la seriedad debida a tal función, representando al Estado cerca del contribuyente con la delicadeza que se merece y con la energía que es preciso para allegar los recursos que la administración necesita para las atenciones de la nación.

PROYECTOS PARA EL PORVENIR.—Repoblación forestal, guardería rural y Caja de Ahorros.

Tiene la Diputación estos dos primeros proyectos en cartera, que, Dios mediante, ha de procurar realizar en breve:

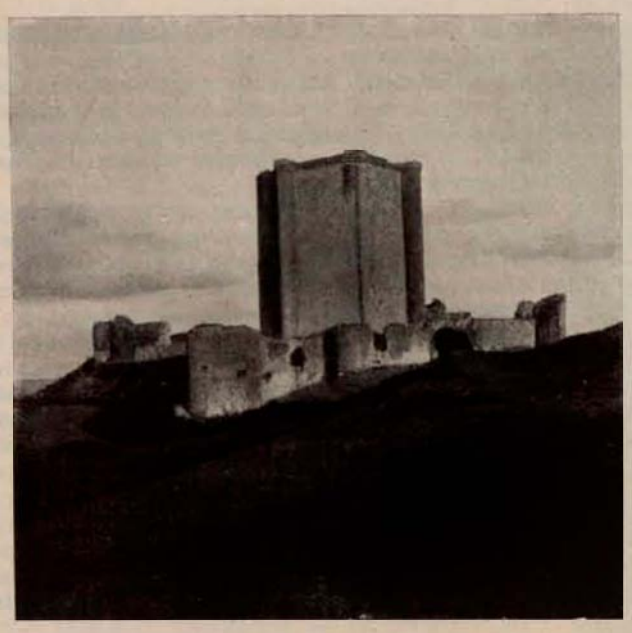
La repoblación forestal, porque es una necesidad sentida, de gran interés económico, de cultura rural y el único medio de modificar el duro clima castellano.

La guardia rural, porque servirá de garantía a los terratenientes y a los pueblos en general para el respeto absoluto a la propiedad y a las personas que transiten por el campo.

La Caja provincial de Ahorros y préstamos no es un proyecto de realización lejana. Institución altamente social, está ya aprobada su creación y funcionará antes de terminar el año. De ella espera la Diputación frutos óptimos en beneficio de los pueblos y de los labradores de escasa posición, a quienes favorecerá económicamente, librándoles de la usura en que muchos viven atados.

LOS MUNICIPIOS DE LA PROVINCIA.—A la par que la Diputación, han podido mejorar sus servicios; los municipios en general han salido del abandono y atraso en que vivían, realizando verdaderos milagros en estos cinco años últimos. En materia sanitaria e higiénica, en urbanización y en enseñanza, han progresado en un lustro más que antes en cincuenta años. Las escuelas se han reformado, el Estado ha levantado nuevos edificios y hasta los particulares han construído algunas de su particular peculio. Pueblos como Tordesillas, Medina del Campo, Medina de Rioseco y otros, han acometido la importante obra del alcantarillado; en todos se ha procedido al saneamiento e higienización de los servicios y a la comodidad de sus habitantes con elevaciones y captaciones de aguas, arreglo de fuentes, de calles y paseos, alumbrado eléctrico, etc. La transformación en los pueblos es manifiesta, y es de confiar que en pocos años, si los Ayuntamientos continúan en su actual administración, la vida de los pueblos podrá alcanzar el grado de prosperidad a que son acreedores por sus virtudes, su trabajo y por su honradez y sobriedad.

No en balde España cuenta hoy con tranquilidad interior, paz en los espíritus y sin las preocupaciones de la nube negra de Marruecos, que durante tanto tiempo atormentó; y como las provincias resurgen y los pueblos despiertan al progreso, hay que confiar en una España grande, como lo fué en pasados siglos.



Castillo de Iscar.

Castillo del Portillo, en el que estuvo prisionero D. Álvaro de Luna.

VALLADOLID

POR

FRANCISCO MENDIZABAL

La hidalga, la noble y hospitalaria ciudad de Valladolid tiene, con su provincia, una insigne historia, y en su suelo —testigos eternos de su pretérita grandeza— yérguense, solemnes, próceres moradas, mansiones de la virtud y de la ciencia, casas de religión y numerosos castillos, cuya profusión en la llanura, de la que es corazón Valladolid y sus ciudades hermanas, marcó el rumbo y dió nombre a la región madre de España.

Ésta es Valladolid, de la amada Castilla, la villa de los Ansúrez, que a lo largo de la Edad Media, desde tan claro varón hasta el nacimiento de Felipe IV en la moderna, descolló en nuestra historia y escribió de ella sus más bravas y gloriosas páginas.

Incorporóse Valladolid a la historia documental con aquel conde Ansúrez, que en el reinado feliz de Alfonso VI se destacó por su habilidad de diplomático y su intrepidez de guerrero.

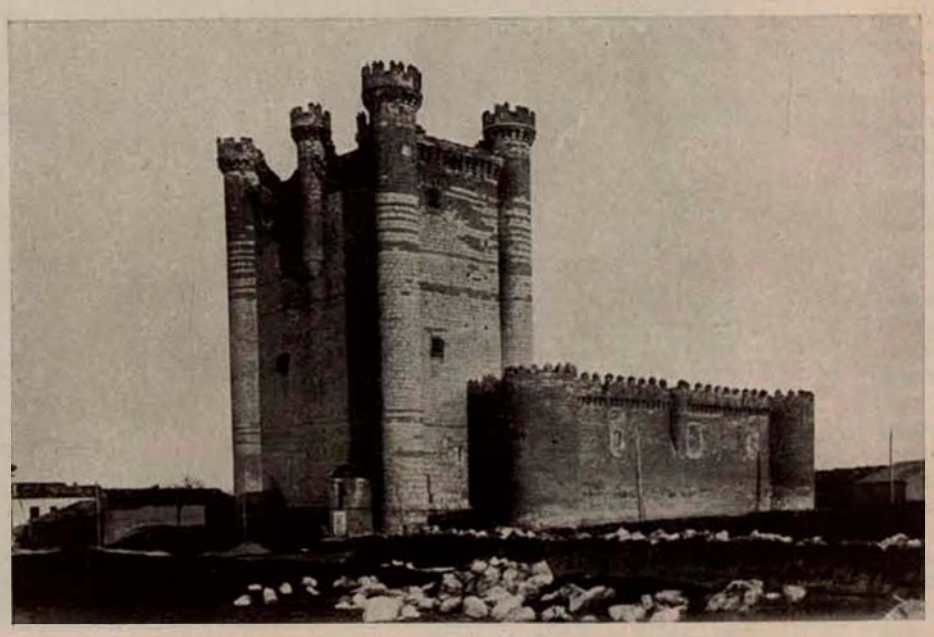
La gratitud del Rey a su magnate vasallo abre para Valladolid su historia conocida con el gobierno, que aquél da a éste, de la villa modesta que «en el término de Cabezón» vivía humildemente; la misma villa que, al amparo del conde, establecía de seguida la municipalidad y en el tiempo de sólo unos años se ponía a la cabeza de sus colindantes y edificaba un palacio y una iglesia dignos del gran señor que la gobernaba y regía...

Ya de entonces (siglo XII) muestra hoy Valladolid la antigua morada convertida en hospital, y la torre de la iglesia, por nombre la Antigua, reina a quien las demás rinden vasallaje, de las torres románicas de Castilla.

A la municipalidad siguió presto el derecho a intervenir en Cortes, y, con documentos en la mano, sabemos que Valladolid alzó su voz y emitió su voto en las Cortes de León de 1188 y en las de Carrión de poco tiempo después.

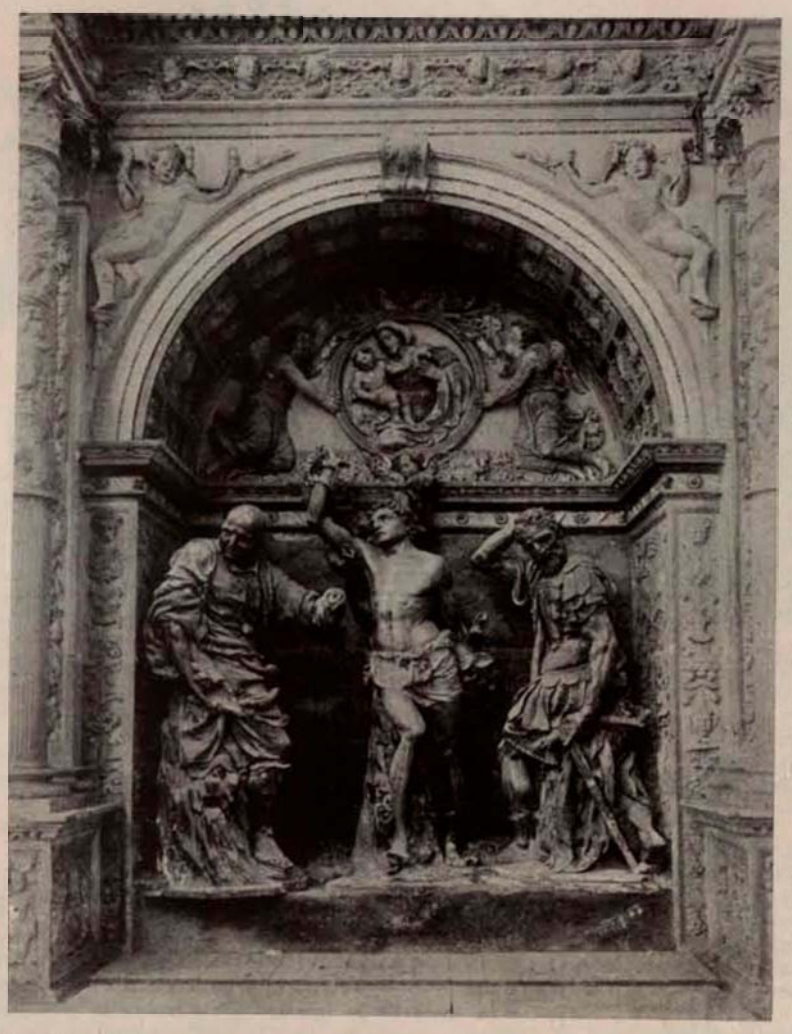
El decisivo empuje de los Ansúrez llevó a Valladolid vigorosamente a través de la Edad Media en auge victorioso, con la prestancia y el cariño de una mujer reina, reina esposa, reina madre y reina abuela, pero, sobre todo, mujer con todas las excelsitudes de la raza...

El nombre de María de Molina perdurará por los siglos en Valladolid. Y su retrato espiritual, en «La prudencia de la mujer», del genial Tirso de Molina. ¡Admirable mujer y reina que, halagada por todas las grandezas en el vivir, quiso morir en la humildad penitente de un monasterio, y exhaló su último suspiro en el cuartito que se reservó en el de San Francisco, trasladada por su voluntad a aquel otro que en Valladolid se alzó sobre su palacio, ganosa de procurarse en la tierra lo único que vale para el cielo: la oración..., la oración hasta el final de los siglos, de sus hijas del alma, las monjas de las Huelgas Reales, de su pía y espléndida fundación.



Castillo de Fuensaldaña.

Castillo de Torrelobatón.



El Martirio de San Sebastián, barro cocido de Juan de Juni, en la iglesia de San Francisco, en Medina de Rioseco.

En el centro de la iglesia puede verse el sepulcro de la Reina (siglo XIV). En él, vestida con el hábito de sus monjas, aguarda Doña María de Molina, en sus despojos, el día de la resurrección...

¡Mutación prodigiosa de Valladolid! Aquel Valladolid del conde Ansúrez es, al morir Doña María de Molina, la gran villa cuyas murallas tienen más de ocho mil pasos de extensión y se abren a diez puertas, y tiene en su recinto, entre iglesias y monasterios, nada menos que quince, y siete al exterior.

Por la munificencia de la egregia señora, álzase suntuoso el monasterio de San Pablo, que antes tenía sólo unas casitas cedidas por D.ª Violante, y el de San Francisco amplíase magníficamente con el palacio de la propia Reina, respetada tan sólo una condición: la de dejar una pequeña habitación para que ella, consagrada a Dios, rinda su vida en un santo monasterio...

La Universidad, con el esposo de la Reina, recogía sus primeros laureles, sirviendo ya de modelo para la de Alcalá, y el comercio y la industria mostrábanse pujantes con tantos privilegios de la ilustre mujer. Y, en fin, Valladolid barruntaba ya las grandezas de la Corte; que no pocas veces ni en corto tiempo los soberanos de Castilla posaban en ella con marcada delectación y preferencia.

Después de las severidades de Don Pedro —¿el Cruel? ¿el Justiciero?—, casado en Valladolid con Doña Blanca, la próspera villa escuchó gozosa los bellos decires de la Corte del Rey Juan, segundo de este nombre, Corte literaria que antecedió en dos siglos a aquella otra que refulgió en Valladolid, cuando en ésta, ya ciudad, los ingenios españoles derrochaban las sales de su inspiración.

¡Momento emocionante para Valladolid, en medio de tan galante cortesanía, aquel en que en la Plaza Mayor (no en la del Ochavo, como tantas veces se ha dicho) el verdugo segó la vida de D. Álvaro de Luna! ¡Tiempos de revueltas, y los de su hijo y sucesor, Enrique IV, nacido en Valladolid en la Casa de las Aldabas, que sólo pudo calmar y sosegar el advenimiento de aquella princesa de Castilla que, unida al príncipe de Aragón, fué Reina de España y trajo para ésta la gloria de un Nuevo Mundo!...

Aquí se desposaron y velaron. Aquí dieron fijeza y consistencia a la Real Chancillería que creara Enrique II en las Cortes de Toro, disponiendo en Valladolid y para siempre su residencia. Aquí los Reyes Católicos dieron sus más sabias leyes y redactaron sus más famosos privilegios. Aquí, por ellos, se alzaron las maravillas de San Gregorio y de San Pablo, que hoy recrean nuestros ojos y encienden nuestro espíritu en la llama del fervor...

¿Quién, que pase por Valladolid, puede pecar de no ver y admirar la fachada de San Pablo y la joya de esta otra mansión de la ciencia y de la virtud, que se llama Colegio de San Gregorio, fundado por D. Alfonso de Burgos, confesor de la Reina Católica? El ojival en sus postrimerías y el Renacimiento en sus albores dejaron aquí insignes muestras.

Las iglesias de Valladolid, pregoneras de su antigua opulencia, obligan al viajero a otra detenida visita. San Martín, con su torre románica del siglo XIII; El Salvador, con su tríptico flamenco y portezuelas de Quintín de Metsys; Santiago, con su retablo de la Adoración de los Reyes, de Alonso Berruguete; San Benito, la iglesia fortaleza, frente a la casa donde moró el célebre escultor; San Lorenzo, con la Virgen, Patrona de Valladolid, escultura bizantina en piedra; San Miguel, con esculturas de Hernández...

Días de luto vinieron luego a Valladolid. Amargado y triste, murió en una pobre vivienda el descubridor de América. Y unos años después, la rebelión de las Comunidades, conmoviendo a Castilla, tomó centro en Valladolid, sede del Regente y lugar de convergencia de realistas y comuneros en aquel dispararse de cartas, retos, órdenes recíprocas y contradictorias.

Episodio feliz en ese alternar de dichas y amarguras que es la vida de los hombres y de los pueblos fué el nacimiento del augusto hijo del César, el príncipe Felipe, nacido en la misma casa en que hoy la Diputación provincial vive esplendorosa, con el legítimo orgullo de ocupar la morada donde vino al mundo el que fué luego su dueño y señor...

Ya con él, Valladolid fué «ciudad», y la iglesia, «catedral». Y al correr del siglo XVI los privilegios se sucedieron incesantemente, las fundaciones fueron numerosas, y, reedificada la plaza después del incendio que la destruyó, la ciudad se embelleció, y en el reinado de Felipe II, contra Madrid que se la disputaba, albergó la Corte, la famosa Corte en la que Cervantes, Lope, Quevedo y Góngora, y Rubens y Pompeyo Leoni, y los maestros de la escultura castellana esplendían como astros de primera magnitud en el firmamento de las letras y de las artes.

En pie está, y puede visitarse, la casa de Cervantes, y en el Museo —el primero de escultura policromada del mundo— las joyas de Berruguete, y de Juni, y de Hernández, que otorgan a Valladolid el interés y privilegio de lo singular, de lo único...

Es un orgullo para España poder presentarse al mundo y decir: «He aquí mi Museo de escultura policromada, que no tiene par»...

Este Museo, como otros de pinturas y esculturas, formóse en Valladolid en el siglo XIX, con las obras de los suprimidos conventos y monasterios, cuando la extinción de 1835.

De este Museo destácanse magníficas las tres salas que guardan las maravillosas obras de los tres genios de la estatuaria castellana: del castellanismo, Berruguete; del gallego, que en Valladolid vivió y murió y creó sus más hermosas esculturas, el famoso Gregorio Hernández, y el de la discutida cuna, seguramente francés, Juan de Juni, español por adopción, por su vecindad en esta ciudad castellana y por su triunfo en España, irradiado del suelo de Castilla.

A lo largo de estas tres salas, la escuela de escultura castellana en la historia del arte español marca un instante trascendental a la imaginería sagrada, revistiéndola de una modalidad esplendorosa en una sublime grandeza.

No pueden explayarse aquí las características, ni menos citarse las obras, de cada uno de estos tres gloriosos imagineros que con sus cinceles inundaron de luz nuestro suelo y dieron a Valladolid eternamente el brillo de sus más excelsas creaciones, que atesora este Museo.

Escultura mural de la capilla de los Benaventes, en la iglesia de Santa María, de Medina de Rioseco.

Basten estas líneas de conocimiento en la obligada e implacable limitación y poquedad de espacio. En verdad que no habrá, ni debe haber, viajero espiritual que llegue a España que no venga aquí a admirar este Museo en una visita de profunda emoción, inolvidable...

En 1606, la Corte volvió a Madrid, y ya Valladolid desliza su vida por los cauces de la generalidad. Pero se equivoca quien afirme que quedó muerto para siempre. ¿Prueba contundente que se opone a la temeraria afirmación? Valladolid es hoy una de las primeras ciudades de España. Y a la grandeza de sus recuerdos y de sus glorias en lo viejo une en lo nuevo el encanto de una ciudad urbanizada, pulcra, confortable, que atrae al viajero y lo retiene, y, captando sus simpatías por ella, vierte en su alma la semilla de un recuerdo feliz e inolvidable.

Tiene la provincia de Valladolid, con sus dos zonas jurisdiccionales, la Audiencia y la Plaza, ocho partidos judiciales, algunos de cuyos pueblos, y en particular aquellos que les dan nombre, evocan interesantes episodios y guardan en su seno múltiples testimonios de su pretérito esplendor (1).

Una breve glosa por cada uno de estos ilustres pueblos hemos de hacer aquí, procurando la suma sencillez y claridad.

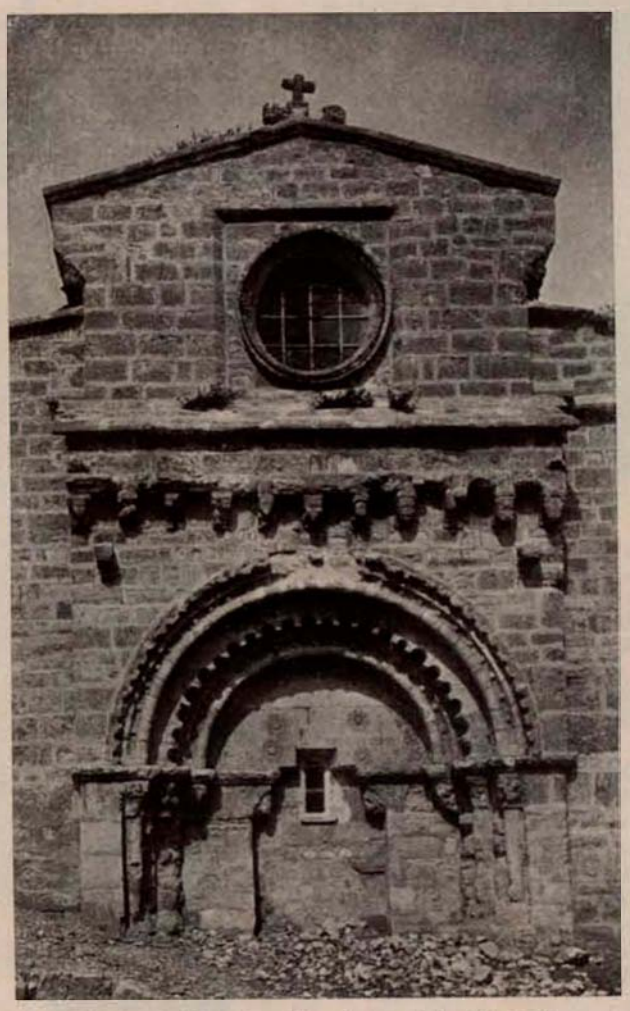
De la capital, en sus dos distritos, destácanse en lo histórico-artístico Fuensaldaña y Simancas.

Fué aquélla la villa del señorío de los Vivero, y uno de ellos, Alfonso Pérez de Vivero, contador de Juan II, el que edificó gran parte del castillo. D. Juan de Vivero, su sucesor, fué el confidente de los Reyes Católicos, y en su casa de Valladolid, a su amparo, la princesa de Castilla se desposó y veló con el príncipe de Aragón, naciendo en Valladolid España...

Álzase, protegiendo al pueblo, la mole de su castillo; pero, ¡ay!, ya no resuenan en su recinto y su patio de armas los atabales y tambores batiendo marcha para recibir a los Reyes, ni en sus espléndidos salones brilla la Corte en fulgurantes fiestas.

De la pompa feudal resto desnudo
Sin tapices, sin armas, sin alfombra,
Hoy no cobija su recinto mudo
Más que silencio, soledad y sombra... (2)

Yérguese en contraposición, en plena actividad, que los documentos «hablan» sin cesar al mundo de las ideas y los sentimientos, el castillo de Simancas, depósito sagrado de nuestra historia. España, en el remanso apacible de estas inmensas salas, muestra al viajero universal la grandeza de su pasado y el genio de su raza.



Iglesia de Wamba. (Imafronte del siglo XII).

¡Simancas! ¿Quién no sabe que se halla aquí nuestro tesoro documental?

Pero la historia de Simancas, sin la conjetura del «se dice», es muy antigua, y sus armas refiérense al siglo VIII, sirviendo aquella tradición que la poesía expresó con estos versos:

Por librarse de [paganos,
las siete doncellas [mancas
se cortaron sendas [manos
y las tienen los cris-[tianos
por sus armas en [Simancas.

Nada, sin embargo, que dé más lustre a Simancas que su archivo-fortaleza, fortaleza de los Enríquez, y archivo por designio de Carlos V, en cuyo torreón, llamado del Obispo, pendió un día el cuerpo muerto del infortunado Acuña, prelado capitán de las huestes de Zamora en las Comunidades de Castilla.

Arreglado, catalogado en su inmensa mayoría, el Archivo de Simancas es un faro histórico de Valladolid, de España y aun del mundo. Un férvido aplauso merece la Diputación provincial vallisoletana, facilitando al investigador el acceso a este riquísimo depósito documental con la construcción de una hospedería que será, dentro de muy poco, un dechado de buen gusto y una prueba fehaciente de la cultura y tino de aquella floreciente Corporación.

En pos de Valladolid, en importancia, mirando al pasado, va, de sus partidos judiciales actuales, Medina del Campo, la ciudad de las ferias que fueron célebres, rebasando la linde nacional, en los pueblos de Europa.

A lo largo de la historia de Medina —gloriosa y brava historia— el viajero espiritual que viene a Castilla y posa en la vieja ciudad para evocar sus grandezas y admirar los tesoros de su arte, trae a su mente, sobre todos los recuerdos y con toda primacía, el instante aquel en que Medina recogió el último suspiro de Isabel la Católica.

Medina del Campo es Isabel. Y de las páginas de aquélla, ninguna tan emotiva y digna de evocación por el viajero como la muerte de ésta, cristianamente ejemplar.

¿Pero dónde, en Medina, murió Isabel la Católica?

La poesía, con sus brillantes galas, dice que murió en el castillo. La Historia, con sus documentos incontestables, prueba que murió en el Palacio Real de la Plaza, que hoy ya no existe.

Pero, antes de nada: ¿no es concluyente este argumento?

La Reina murió el 26 de noviembre de 1504. ¿Cómo pudo morir en el castillo de la Mota, si por entonces era prisión de Estado?

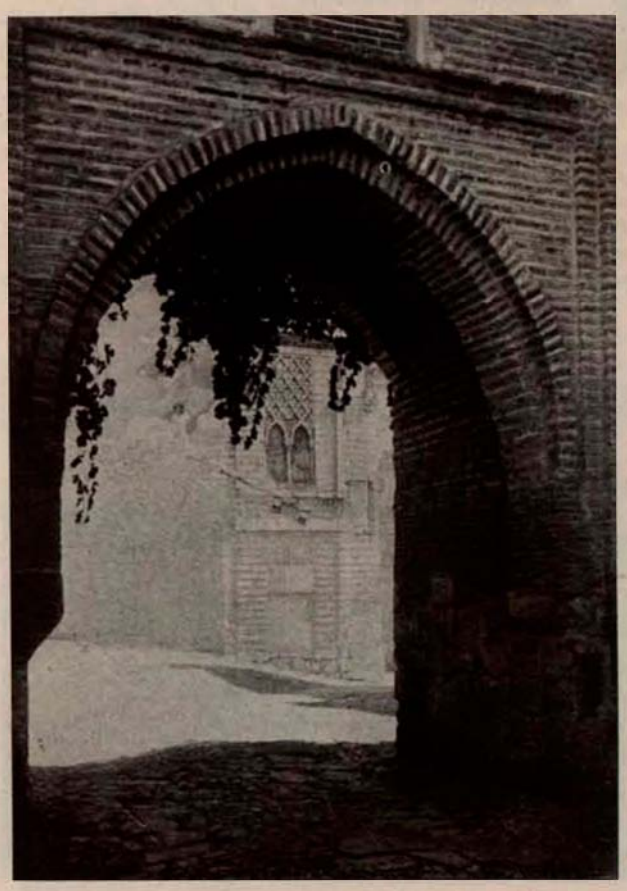
Efectivamente, los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, en el año del fallecimiento de la Reina vivían en el Palacio Real de Medina. Acreditándolo superabundantemente las citas y relaciones numerosas de los cronistas de la época. El 7 de octubre de 1504, Pedro Mártir, confidente de la Reina, escribe al conde de Tendilla, después de hablarle de la gran ansiedad que hay «en palacio», las siguientes palabras:

«Está dominada la Reina por una fiebre que la consume. No puede tomar alimento, y la atormenta una sed devoradora. Esta malhadada enfermedad, según dicen, va a terminar en hidropesía.»

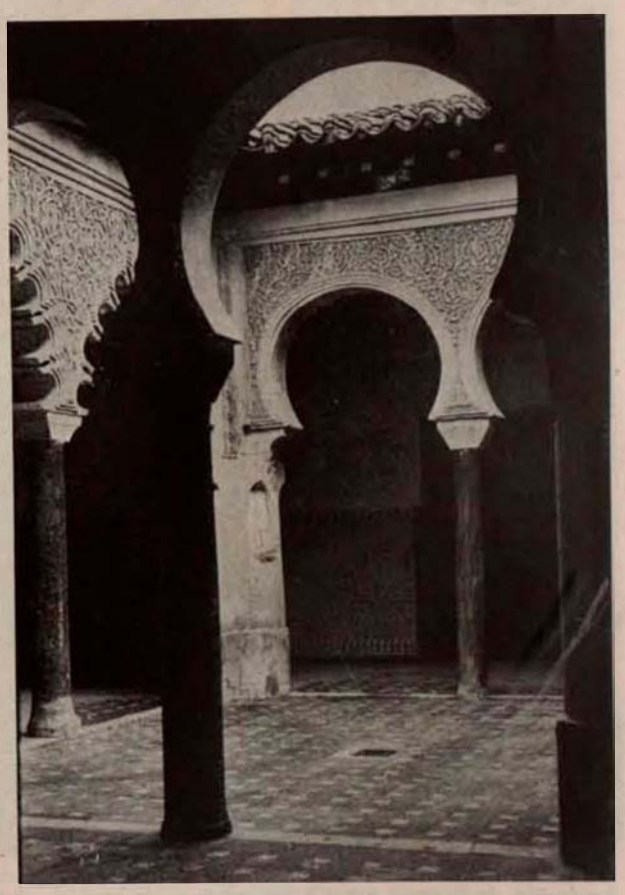
Y un día antes de su muerte agrega: «Nos hallamos en palacio todo el día, aguardando con lastimero semblante la hora en que la religión y todas las virtudes dejarán la tierra con su espíritu.»

Pero hay un argumento inapelable: el testamento y codicilo de la Reina. Si hubieran sido hechos en el castillo, irremisiblemente hubieran encabezado la fecha así: «En la Mota», etc., etc., como todos los testamentos otorgados en aquel lugar, por ser una fortaleza donde había alcaide.

Y, en fin, todos los documentos expedidos por los Reyes Católicos en la Mota consignan esta palabra, la de fortaleza o castillo,



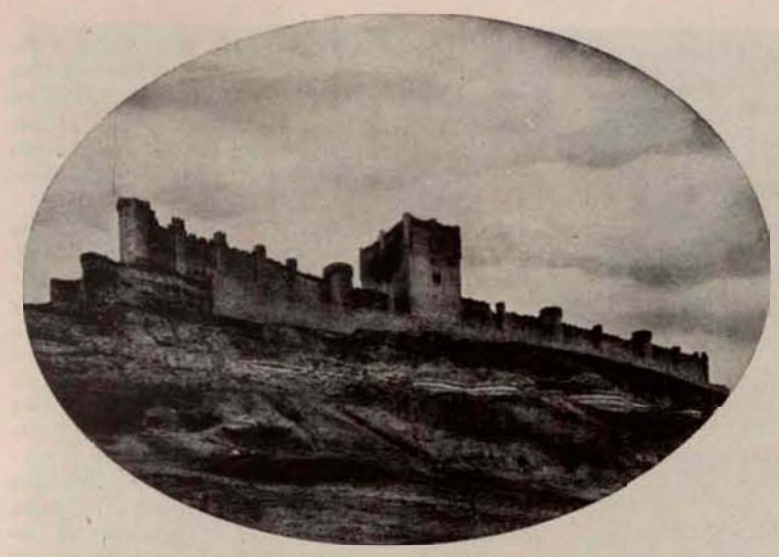
Entrada al Monasterio de Santa Clara, en Tordesillas.



Patio árabe toledano, del Monasterio de Santa Clara.

(1) Zorrilla.—*El castillo de Fuensaldaña.*

(2) Recientemente se ha alterado el régimen de los partidos judiciales de la provincia, con la supresión del de Valoria. Y en proyecto está una nueva reforma.



Castillo de Peñafiel.

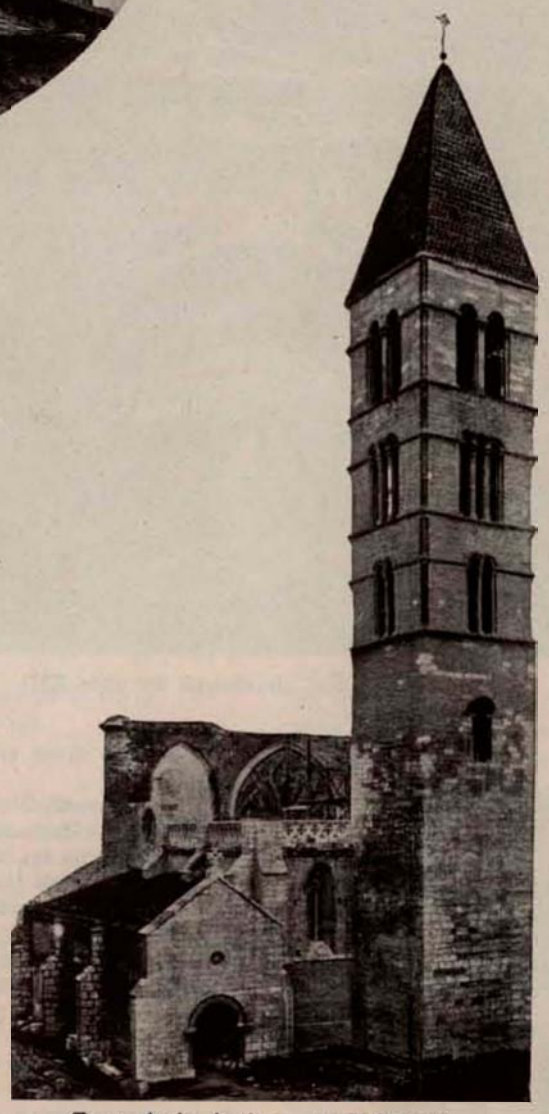
y ni en el testamento y codicilo ni en las cartas ni referencias de las personas que con los Reyes vivían y trataban de la enfermedad y muerte de la Reina, se cita ni una vez siquiera la Mota, sino sólo el palacio, consignado en ocasiones con estas palabras: «el Palacio Real de la Plaza».

En él, sin duda, murió aquella Reina de quien Andrea Bernáldez, cura de los Palacios, historiador testigo de sus grandezas, dice: «Fué mujer hermosa, de muy gentil cuerpo e gesto, prudentísima, sabia, honesta, devota, discreta, cristianísima, clara sin engaño, justa en el juicio, soberana en el mandar, liberal en su justicia, sujeta a su marido, buena casada, leal e verdadera. Fué la más temida y acatada Reina que nunca fué en el mundo. Ansí desta muy noble y bienaventurada Reina vivirá en España su fama para siempre»...

El Palacio Real ya no existe. Álzanse donde se emplazó las casas vecinas al Ayuntamiento. Subsiste, en cambio, en su integridad exterior el castillo, del que podemos dar una noticia trascendental y semidesconocida, referente a la reforma que experimentó a mediados del siglo XV. En este tiempo, el castillo de la Mota de Medina, con estar en Castilla, era del reino de Navarra... Nosotros hemos visto en el Archivo de Contos de Pamplona el documento que lo justifica.

Encima de una de sus puertas, las armas de los Reyes Católicos pregonan otra reforma llevada a cabo por estos Reyes. Y en nuestros días se han realizado también otras obras de restauración.

El castillo de la Mota es de ladrillo, y asimismo ciertas iglesias y edificaciones varias, que ostentan, como la parroquia de San Miguel, cierto aire mudéjar, si bien en magnificencia, aunque en gusto distinto, ninguna como la de San Antolín, ojival, con buenas esculturas y retablos, de los que en Medina hay varios y valiosos ejemplares.



Torre de la Antigua, en Valladolid.

No se puede omitir en la arquitectura civil medinense el hospital de Simón Ruiz, portugués de nacimiento, aunque consta equivocadamente en todas las historias y biografías suyas que nació en Belorado (Burgos), hospital celebérrimo en el que se conserva una muy antigua letra de cambio, y la Casa de las Dueñas, renacentista, morada de príncipes y reyes en sus estancias en Medina.

La importancia de Medina del Campo absorbe casi por entero la de los pueblos de su demarcación, que no tienen, como aquélla, relevante historia.

No ocurre así con Peñafiel y Olmedo y Tordesillas, algunas de las cuales comprenden pequeños lugares hoy que fueron, en un ayer más o menos remoto, teatro de sucesos importantísimos de la Historia de España, y conservan de ellos notables testimonios.

En todos esos pueblos, que reclaman y merecen la atención del viajero, queremos hacer, siquiera breve, una parada, ya que en un trabajo de límite forzoso, como éste, es humanamente imposible sacar a relucir todos, que la provincia de Valladolid, entre ciudades, villas y lugares, tiene muy cerca de trescientos...

Escala obligada del viajero que recorre la llanura es Tordesillas y algunos de los pueblos de su jurisdicción.

¡Tordesillas! Así como Medina del Campo evoca la figura de la Reina Isabel, Tordesillas recuerda al visitante la pálida y enlutada figura de su hija Doña Juana, más que loca, enferma del mal de amor. «Tiénenme por loca —son palabras de la Reina—; pero si en algo no usé de razón, no fué otra la causa sino celos, y los celos no son locura...»

Toda su vida puede decirse que pasó Doña Juana en Tordesillas, desde que un día, tras el féretro de su marido, el Rey Hermoso, llegó a la villa castellana y le depositó en el monasterio de Santa Clara, para no dejar de verlo sus ojos mientras en ellos no se extinguiera la luz...

En Tordesillas, el visitante se irá en derechura al monasterio de Santa Clara. A la vera hallará los vestigios del palacio de Doña Juana, y en el monasterio, fundación de Pedro I y sus hijas, en la regia morada que fué de Alfonso XI, se abismará ante su portada mudéjar, y si entra en clausura por dispensación pontificia, ante el patio árabe toledano, «único» en Castilla, y la Capilla Dorada, y el vestíbulo de Don Pedro, y el Vergel.

Lo más seguro es que tenga que limitarse a visitar la iglesia y el exterior del monasterio, sin poder traspasar la clausura; pero aun con esto, ya tiene bastante donde prender su admiración: el artesonado deslumbrante de la iglesia, áurea techumbre de la sala rica del antiguo palacio de Alfonso XI que alarifes moros construyeron en himno de triunfo por la batalla del Salado y para dar gloria con sus manos al Dios de los cristianos; la capilla de Lope de Saldaña, su tríptico, la reja del coro monjil, y, fuera de la iglesia, los famosos baños de la Padilla, descubiertos ha poco y restaurados con acierto en lo preciso.

Cercano al monasterio de Santa Clara hay que visitar en Tordesillas la renombrada iglesia de San Antolín, con su célebre capilla de los Alderetes, que guarda un retablo de Juan de Juni y dos sepulcros, uno ojival y otro plateresco, obra de Gaspar de Tordesillas, en los comienzos del siglo XVI.

Y si es dama la que visita Tordesillas, ¿cómo no ir a San Pedro a ver el collar de oro y esmeraldas que se cree proceder de la Reina Doña Juana?

No lejos de Tordesillas, el pueblo de Wamba, con su nombre evocador, sale al paso del viajero para mostrarle en recuerdo de los tiempos godos el lugar de la Honcalada, donde se eligió por rey al noble Wamba, que dió nombre a la villa, llamada «Gérticos» antes de la proclamación.

La iglesia de Wamba es una perla de Castilla. El imafronte está fechado (fines del XII), el cuerpo de la iglesia es gótico; pero la cabeza, lo más antiguo, enreda aún hoy a los arqueólogos en réplicas y controversias. Unos se inclinan por el visigoticismo (siglo VII) y otros por el mozarabismo en pleno (siglo X).

No ha de salirse uno de la iglesia de Wamba sin ver la pintura castellana del XV que existe en un altar de la nave de la Epístola, y por la del Evangelio el enterrorio real y detrás el osario Sanjuanista, habitación dantesca en la que las paredes y bóveda están cubiertas de calaveras y tibias, alineadas y superpuestas con terrorífico primor...

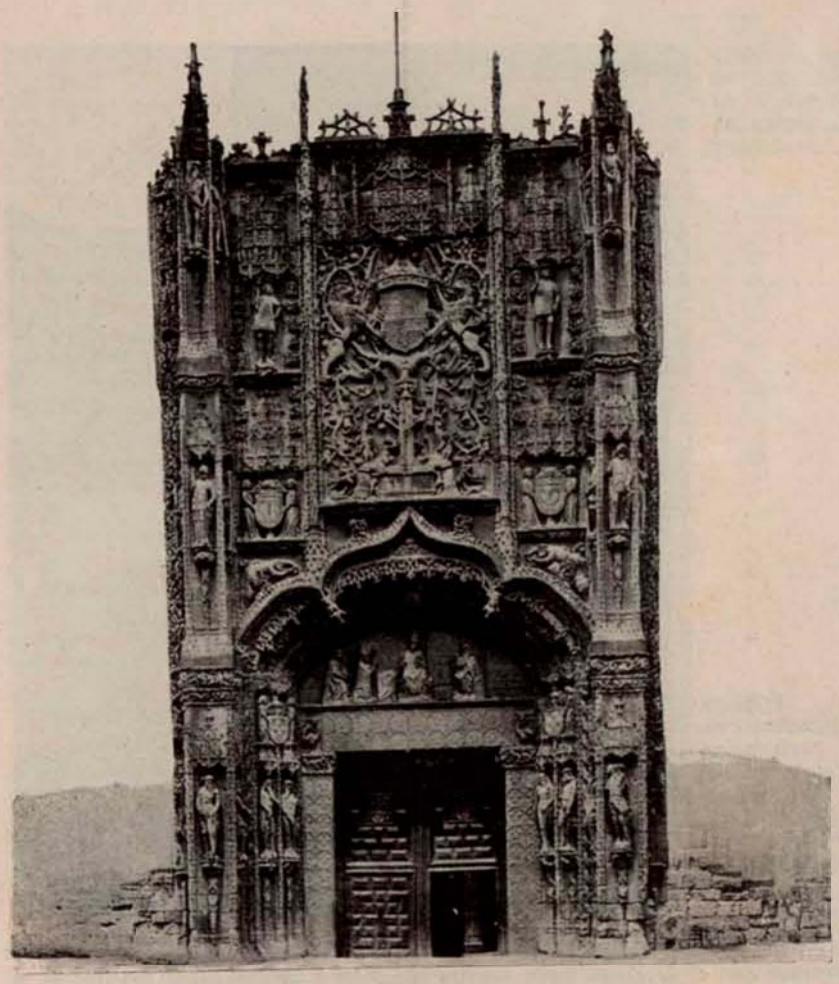
Fragmentos visigóticos interesantísimos dentro de su iglesia dieciochesca hallaránse en esta ruta en San Román de la Hornija, patrimonio de Chindasvinto, y por él elegido para sepulcro suyo y de su mujer Reciberga.

De la demarcación de Tordesillas hemos de destacar aquí entre los demás pueblos a Villalar, por la página de los Comuneros, «los que pelearon como caballeros y murieron como cristianos» en la plaza de esta histórica villa, a cuyo fondo existe la iglesia de San Juan, que tuvo los restos de los bravos paladines de la libertad de Castilla por poco tiempo; que unos meses después fueron trasladados: los de Padilla, a la Mejorada; los de Bravo a Segovia, y los de Maldonado a Salamanca.

Si el visitante es de buena fe admitirá como auténtica la picota que en cierta casa de Villalar se le mostrará diciéndole que de ella colgaron las tres cabezas de los ajusticiados. Puede ser; pero alrededor de esto y de supuesta exhumación en 1821, cuando hacía ya tres siglos reposaban en otras tumbas, no faltan episodios ni relatos curiosísimos, «sed non est hic locus».

De la parte de Nava del Rey hay que señalar esta ciudad, cuyo primitivo nombre, Nava de Medina, «Llanura» de Medina, trocóse en Nava del Rey por Felipe II, que la concedió el privilegio de exención, y Aleajos. En aquélla es de reseñar la iglesia de los Santos Juanes, gótico renacentista, con retablo en parte de Hernández, y otro bizantino en una capillita del XVI.

Simancas y su Archivo Nacional.



Portada de la iglesia de San Gregorio.

No ha de olvidar el visitante, en el convento de monjas capuchinas, las tallas de Carmona, y entre éstas la «Divina Pastora», célebre en toda la región y fuera de ella.

En Aleajos, acusada por sus gentiles torres, destácase la iglesia de Santa María, con su retablo de Esteban Jordán.

Prosigamos nuestra visita por la provincia. Ahora estamos en Peñafiel, el señorío del príncipe, de aquel príncipe que amó sobre todo los libros. Éste fué el infante D. Juan Manuel, sobrino del Rey Sabio y nieto de San Fernando. No hallaréis otro recuerdo más intensivo en Peñafiel que el del autor egregio de «El conde de Lucanor».

Si subís al castillo hallaréis su huella y remembraréis sus hazañas de guerrero; si en el corazón de la villa os adentráis en San Pablo, la silueta del infante llenará vuestro recuerdo, y evocaréis que de allí, siendo morada del príncipe que amó sobre todo los libros, salieron con aires de eternidad las páginas inextinguibles de «El libro de Patronio»; y si, en fin, os detenéis frente a las ruinas de San Francisco, a la salida de la población, acaso percibáis, si es día de cerrazón y oscuro, un aire impetuoso, terrible. Entonces la leyenda os saldrá al paso y os dirá: «Es el espíritu de D. Juan Manuel, obligado a penitencia por aquel juramento de pacto que selló una sacrílega comunión...»

Todo, todo en Peñafiel es el infante D. Juan Manuel. Desde el castillo, en las alturas de la villa, hasta los vestigios escondidos de antiguos esplendores.

Como un barco que surca las aguas, así el castillo de Peñafiel, por su forma, visto a lo largo y hecha abstracción del calvo montículo en que se asienta, semeja un navío por el mar de espigas que se extiende en su redor.

A principios del siglo XI fundóle el conde D. Sancho García; pero su reedificación fundamental viene de tiempo del literato infante, y su estilo, el ojival en esta clase de construcciones, si bien la torre del homenaje no sobrepasa la mitad del siglo XV.

Doscientos diez metros de largo por veinte de ancho tiene este castillo inexpugnable, ejemplar valioso en la arquitectura militar, en cuyo recinto nació el príncipe de Viana.

Para frailes dominicos elevó el infante San Pablo, y de entonces se conservan el ábside principal y el de la Epístola, mudéjares, en ese tipo tan característico de construcciones de ladrillo, mientras que el otro ábside, reconstruído en el siglo XVI, ostenta el gusto renaciente de la época del constructor, también don Juan Manuel, de igual nombre, mas no de la condición literaria del ilustre bisabuelo.

Otras iglesias hay en Peñafiel dignas de mención: Santa María con un retablo del XVI, el Salvador y San Miguel con alguna escultura de Hernández. Y no ha de omitirse como curiosidad el barrio tortuoso de la Judería, que, en empinada, trepa por cierta parte de la villa, y desciende por la otra a la margen del río.

Sin salir de la jurisdicción de Peñafiel, el viajero visitará de entre los pueblos que la constituyen Curiel de los Ajos, no ya por su castillo, más que en ruinas, sino por el palacio de Doña Berenguela, hija de Alfonso el de las Navas, en el que la civilización árabe dejó varias muestras; Valbuena de Duero, con el monasterio cisterciense de San Bernardo, y Retuerta con el de premostratenses, erigido por D.ª Mayor, hija del conde Ansúrez; y Castrillo de Duero, donde nació el intrépido general, más conocido que por Juan Martín, su nombre y apellido, por el remoquete de «El Empecinado», hecho de una vez famoso el apodo impuesto a todo hijo de Castrillo, motivado, a lo que parece, por los arroyuelos de escasa y lenta corriente que cruzan la minúscula villa, ocasionando cierto lodo negruzco o pecina.

Henos aquí ahora frente a Olmedo, la gran villa que siguió muy de cerca los esplendores de Medina del Campo y fijó su extraordinaria importancia aquel famoso dicho:

Quien Señor de Castilla quiera ser
A Medina y Olmedo ha de tener.

La leyenda, como en casi todos los pueblos, prendió en sus orígenes, y el nombre del lugar lo explicó aquélla atribuído a la benéfica sombra de un olmo, a cuyo placer en un día de sofocante calor se acogieron, «in illo tempore», ciertos cazadores que allí, encantados del sitio, hicieron su asiento, originando el lugar que presto se llamó Olmedo...

Fábulas aparte, documentalmente seguimos la historia de Olmedo desde Alfonso VI, historia varia y accidentada que culminó al mediar el siglo XV con la conocida batalla de tal nombre, la batalla de Olmedo, entre los confederados contra el Rey y el propio Don Juan II y el valido D. Álvaro de Luna.

Estar en Olmedo y no recordar la figura interesantísima de aquel galán que por el amor a su dama desvió el curso del Adaja y sufrió la muerte, es algo imposible.

En sus viejas calles adquiere tono de prestigio el famoso estribillo:

Que de noche le mataron
al caballero;
la gala de Medina
la flor de Olmedo.

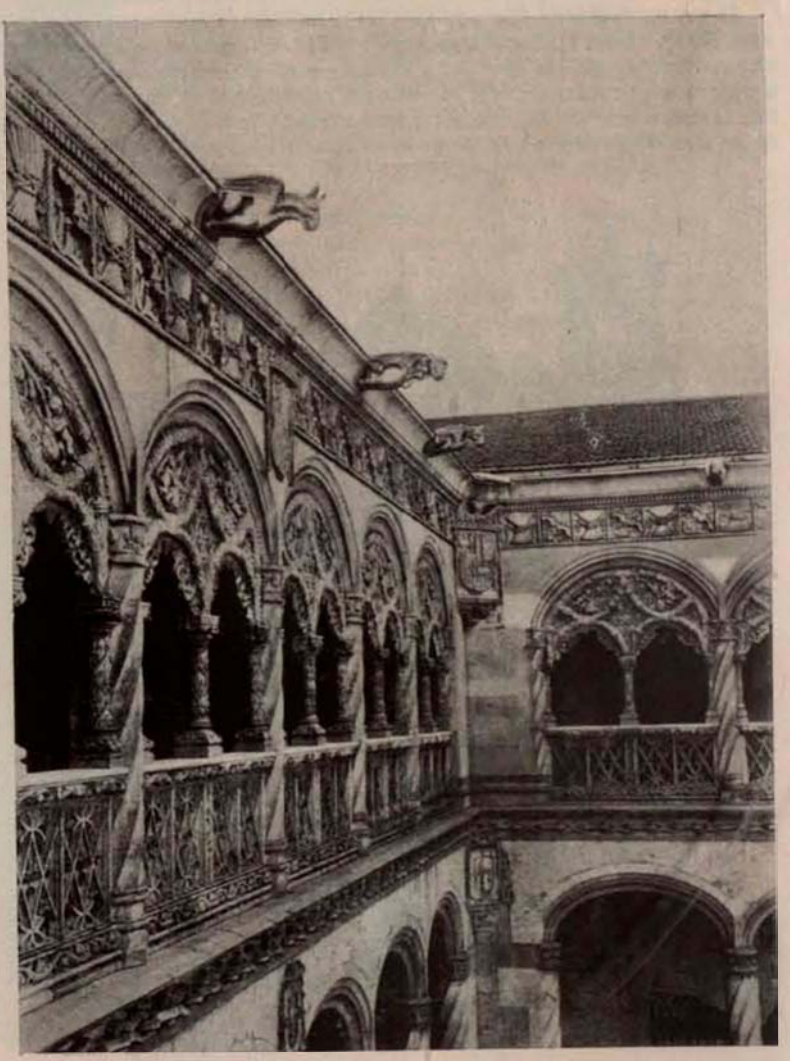
Aun están en pie en gran parte las murallas que defendieron a Olmedo y algunas de sus puertas. En el interior, sus iglesias mudéjares retienen la curiosidad del viajero.

Llevaránse la preferencia por sus retablos Santa María y San Andrés. El de aquélla, de doce tablas con el asunto de la historia de la Virgen, de autor desconocido, pero no de fecha, que una de ellas consigna la de 1150. Y el de ésta, procedente de la Mejorada, debido al cincel de Alonso Berruguete.

En otras iglesias de Olmedo consérvanse restos y fragmentos artísticos de la Mejorada. En cambio, de este monasterio no queda otra cosa de interés, aparte de una estancia del XV, que una capilla mudéjar bellísima. La «Mejorada» —llamado así este monasterio por su fundadora, María Pérez, de Olmedo, a la que sus padres dejaron «mejorada» en sus bienes, con cuya mejora realizó la fundación—, sufrió, como tanta iglesia, los efectos de la exclaustración.

En los primeros tiempos de la Edad Moderna fué poderosísimo este monasterio; sus obras de arte, de mérito excepcional, y en su claustro eminentes varones en virtud y ciencia pusieron muy alto el nombre de España.

Una auténtica crónica de cierto prior de los Jerónimos de aquel tiempo refiere del Emperador una curiosa anécdota. Volvía Carlos V de Argel, y buscan-



Valladolid: Detalle del patio de San Gregorio.

do un sedante a su espíritu, conturbado con aquella triste jornada, posó en la Mejorada, en el retiro monasterial de los frailes jerónimos, ¡quién sabe si con el ánimo ya puesto en Yuste!...

Y ocurrió que, siendo uno de los días de la estancia del Emperador Viernes Santo, y no viendo traza alguna de que en aquella religiosa mansión se preparara comida ninguna en tal día, «preguntó el César qué comía el convento, e dixéronle que pan i agua, y entonces, por seguir el ejemplo tan santo, mandó que le trujesen dos panecillos de los que los religiosos comían y un jarro de agua, y con aquello pasó todo el día del Viernes Santo».

De la tierra de Olmedo es Portillo, que a lo alto de un cerro eleva su fortaleza dominadora de la llanura, en la que el infortunado D. Álvaro de Luna pasó su última prisión, camino de la muerte...

Iscar, con ruinas de otro castillo; Ventosa de la Cuesta, señorío de Alonso Berruguete; Mojados, cuya iglesia de Santa María posee un retablo del siglo XVI.

En hermosura y grandiosidad de sus iglesias no hay lugar que aventaje en la provincia de Valladolid a Rioseco, la ciudad de los Almirantes de Castilla, en la que los Enríquez, hijos de Reyes, mostraron en tantas ocasiones su enorme influjo y poderío.

No ha de hacerse aquí, aunque ello fuera de sumo interés, una reseña histórica, ni en síntesis, de esta villa que Felipe IV elevó a ciudad. Sólo la cita de los privilegios reales y documentos rodados que guarda su archivo, por cierto exquisitamente ordenado y dispuesto, llenaría el espacio de esta breve crónica de divulgación general de la provincia de Valladolid.

Sepamos que los Enríquez, que tomaron tronco en Fadrique Enríquez, sobrino de Enrique II el Bastardo, y de cuya rama, por hembra, procedió Fernando el Católico, dieron el mayor brillo a la villa, que en innumerables páginas de la Historia de España hubo de intervenir, participando activamente en casi todos los sucesos de importancia del tiempo aquel de los fines de la Edad Media y comienzos de la Moderna, y de modo decisivo en el movimiento de las Comunidades de Castilla.

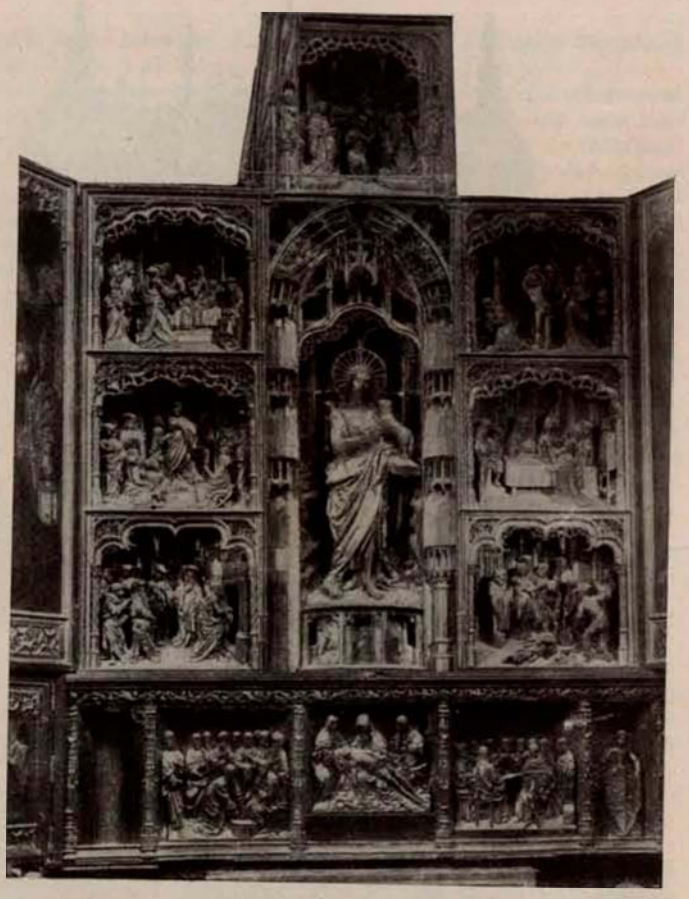
Rioseco, que en realidad era una pequeña Corte dentro de la gran Corte, asentada unas veces en Valladolid, otras en Medina, etc., legó a la posteridad la magnificencia que le era propia, y hoy el viajero que se dirige a la ciudad descúbrela al punto y queda maravillado ante sus catedrales, mejor que iglesias, en las que el arte acumuló sus maravillas y la riqueza se mostró pródiga y desbordante.

Por la puerta de Ajujar, que es la más antigua de las que se conservan, vamos a penetrar en la villa castellana, la más monumental de la provincia. Ahora, derechamente a San Francisco, fundación del almirante D. Fadrique, en las postrimerías del ojival. En ella hemos de detenernos ante los barros cocidos de Juan de Juni, uno de ellos desnudo admirable, muy conocidos y divulgados en libros, folletos y artículos. Otra cosa que nos retendrá en esta iglesia son las tribunas plateresca, en las que se asentaban sus antiguos y monumentales órganos.

Pero es preciso aprovechar la estancia en Rioseco y, abreviada aquí, hay que ir con todo interés a Santa María, gótico-renacentista, en los albores del XVI, donde, por necesidad, hemos de detenernos más despaciosamente.

Si nuestros gustos van por la rejería artística, habremos de hacer estación ante las dos rejas que aquí hay, una de ellas de Cristóbal de Andino, cuya firma ahorra todo elogio. Si queremos admirar algo magnífico de orfebrería, preciso es que nos enfrentemos con la Custodia maravillosa de Antonio de Arfe. Y, en fin, si deseamos ver algo «único», buscaremos sin salir de esta iglesia la capilla de los Benavente, en la que, después de abismarnos en el retablo de Juan de Juni,

Valladolid: Fachada de la iglesia de San Pablo, donde fué bautizado el Rey Don Felipe II.



Tríptico flamenco con portezuelas pintadas, de Quintín de Metsys, joya valiosísima, en la iglesia del Salvador.

gozaremos con el desconcertante exorno escultórico de Jerónimo del Corral, y nos parecerá un sueño, en fuerza de originalidad, aquella representación de nuestros primeros padres, después del pecado, saliendo del Paraíso terrenal, a cuya puerta, la Muerte, jubilosa y cómodamente sentada, les aguarda tañendo con alborozo una guitarra... La capilla está fechada: año de 1546.

Aun quedan en Rioseco dos iglesias importantísimas, callando otras que no lo son: la de Santiago, de tres majestuosas naves, y la de la Cruz, herreriana, en uno de cuyos altares brilla una Piedad, de Rodrigo de León, del primer cuarto del siglo XVI.

De estar en Rioseco es obligado, so pena de pecado de lesa historia, visitar cuatro de sus pueblos y lugares: Villalba de los Alcores, famoso por su castillo que los caballeros de San Juan elevaron al regresar de las Cruzadas, y en el cual Doña Juana estuvo unos días con el cadáver de su esposo, en aquella jornada que comenzó en Burgos y terminó en Tordesillas; y, unos años después, retuvo en rehenes a los hijos del Rey de Francia Francisco I; Montealegre, también con su castillo de los Meneses; Matallana y su monasterio; La Espina y el suyo, en el que se venera una espina de la corona de Nuestro Señor Jesucristo, que trajo de Roma la fundadora, Doña Sancha, hermana de Alfonso VII el Emperador; y, para terminar, Villagarcía de Campos, la villa de la infancia de «Jeromín», aquel labradorcillo que, como en un cuento de hadas, se tornó en príncipe y que en la historia tiene un nombre glorioso: Don Juan de Austria.

En Villagarcía multiplícanse los recuerdos del príncipe vencedor de Lepanto: el alcázar donde se educó al amparo amoroso de D.ª Magdalena de Ulloa; el «lignum crucis» que le regaló Paulo V y el «Cristo de las Batallas», que llevó siempre en sus guerras contra la morisma y que tuvo entre sus manos al morir...

Llégase al fin de esta breve glosa histórico-artística de la provincia de Valladolid. El viajero espiritual que la recorre no ha de olvidar la visita a Villalón, Valoria la Buena y Mota del Marqués, deteniéndose, como ahora indicaremos, en algunas de las villitas de sus partidos, si poco importantes por la territorialidad, mucho por su significado histórico.

En Villalón, de su antiguo señor el conde de Benavente, está en pie, con fortuna restaurado, el célebre «rollo» que inspiró la copla:

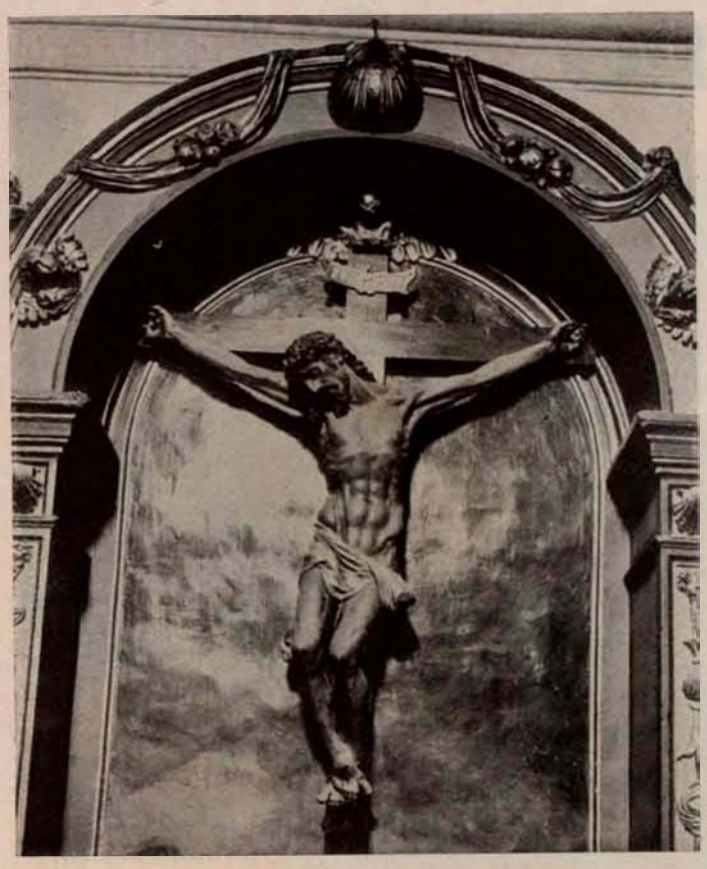
Campanas, las de Toledo;
iglesia, la de León;
reloj, el de Benavente,
y rollo, el de Villalón.

Un artífice de los que labraron las agujas de la catedral de Burgos construyó este rollo bellísimo de Villalón. Más antigua es la iglesia de San Miguel, cuya torre, en su primer cuerpo, pregona el siglo XIII, siquiera las otras partes sean de tiempo posterior.

Gana en iglesias a Villalón el pueblo de su límite judicial, Mayorga, en las que se advierte en maridaje el arco de herradura y la ojiva, iglesias interesantísimas dentro de unas murallas en ruinas de una antigüedad venerable.

De Valoria la Buena, «Villoria Buena» según el Becerro de las Behetrías, tienen más interés histórico que la propia capital de distrito, Mucientes, Cigales y Santa María de Palazuelos.

En Mucientes —aun hay vestigios del palacio—, la Reina Doña Juana moró cierto tiempo, y «probó» no estar loca, como se decía. En aquella ocasión en que el príncipe su esposo quería inhabilitarla y recluirla en esta villa, las Cortes del Reino, reunidas en Valladolid, destacaron a Mucientes, para que observaran a Doña Juana e informaran de su enfermedad, al Almirante de Castilla y a Garcilaso de la Vega, los cuales, huéspedes unos días de los Reyes, «no hallaron en la Reina palabra que fuera discorde, ni ademán ni señales que indicaran pertur-



Cristo de Juan de Juni, en el convento de las Catalinas, en Valladolid.

Uno de los «pasos» de la Semana Santa en Valladolid, con figuras de Gregorio Hernández.

bación, y así dijeron a Su Alteza Don Felipe que mirase bien lo que hacía si salía de Mucientes sin la Reina»...

En Cigales —nota interesante y casi desconocida— nació la cuarta mujer de Felipe II, Doña Ana de Austria, el 1 de noviembre de 1549. Aquí es de ver la iglesia de Santiago, en la que la princesa fué bautizada, el lugar donde se alzó el palacio en que murió su madre, la Reina de Hungría, Doña María, hermana de Carlos V, y la indicación paleográfica de aquel acontecimiento.

En Santa María de Palazuelos, en fin, debe visitar el viajero la iglesia del antiguo monasterio del Cister, románico-ojival, entre cuyas tumbas, dignas de detenido examen, está la que guarda los restos de la madre de Doña María de Molina.

Aun hay que citar de Valoria la Buena otro lugar, Villafuerte, por su castillo, de la casa de Novaliches, en buen estado de conservación, dominando el poblado.

Cierra esta reseña Mota del Marqués y su partido, de cuyos pueblo hay que consignar, aparte de San Pedro de Latarce, por las ruinas de su fortaleza, a San Cebrián de Mazote y a Torrelobatón. Dos lugares que en la guía espiritual de la provincia de Valladolid reclaman puesto de honor.

Ofrécenos Mota del Marqués, la antigua Mota del Toro, que no hace mucho tiempo mostraba sus murallas y su castillo, la iglesia de San Martín, del siglo XVI, obra del celebérrimo maestro Juan Gil de Ontañón.

Pero con no ser vulgar la historia de la villa, el interés histórico-artístico de su partido está en San Cebrián de Mazote, cuya iglesia, del siglo X, es el ejemplar, con la de Wamba, más valioso de toda la provincia; y en Torrelobatón, la villa de las torres y los lobatos, en la que el castillo, de la época de Juan II, sin deterioro alguno en el exterior, evoca la página de los Comuneros, que señaló su mayor gloria e inició su infortunio, consumado en los campos de Villalar.

Ved ahora el castillo de Torrelobatón. Dos recintos le amparan. Cada cubo puede contener un cuerpo de guardia de 12 mesnaderos. Y la gentil torre del Homenaje, con 150 pies de alzada, es inexpugnable. Observad cómo aquellos cubos y esta torre, y las elevadas cortinas del parapeto, *no almenado, corrido, se ofrecen*, sobre todo, a la ballesta y a las armas de fuego manejables. Atended aquí y allá, en los lugares acusados de la fortaleza.

Esos son los blasones del alto señor que fué su dueño. De la ilustre casa —sangre de reyes— de los Enríquez, almirantes de Castilla.

¡Qué emoción contemplar desde el castillo la extensa llanura que acusa en un alto, como para atraer la mirada sin remedio, al pueblecillo de Villalar!

Es ruta, la que siguieron los comuneros en su postrera jornada, que no ha de haber viajero culto que venga a Valladolid que no la recorra con profunda emoción.

Tales son en brevísimo compendio —pongamos el punto final— los rasgos que destacan en la Historia y en el Arte a la provincia española cuya capital, por su relieve y notoriedad bien conquistados, mereció aquella frase con que encabezamos estas líneas: «Villa por villa, Valladolid en Castilla»...

San Sebastián, de Berruguete, escultura existente en el Museo de Bellas Artes.

MEDINA DEL CAMPO

La fecha de la construcción de la Casa-Ayuntamiento de Medina es la de 1667. Antes de esta fecha, en 1619, se hallaban las Casas Consistoriales frente a la iglesia de San Miguel,y en 5 de mayo de dicho año, el Ayuntamiento, por medio de su corregidor, hizo público «Voto de la Purísima Concepción», con la siguiente fórmula: «Juro sentir, sostener y defender que María Santísima, Madre de Dios y Señora nuestra, fué concebida en gracia en el primer instante de su ser natural.» Esta manifestación de fe se la cita como ejemplo, quizá único, en España.

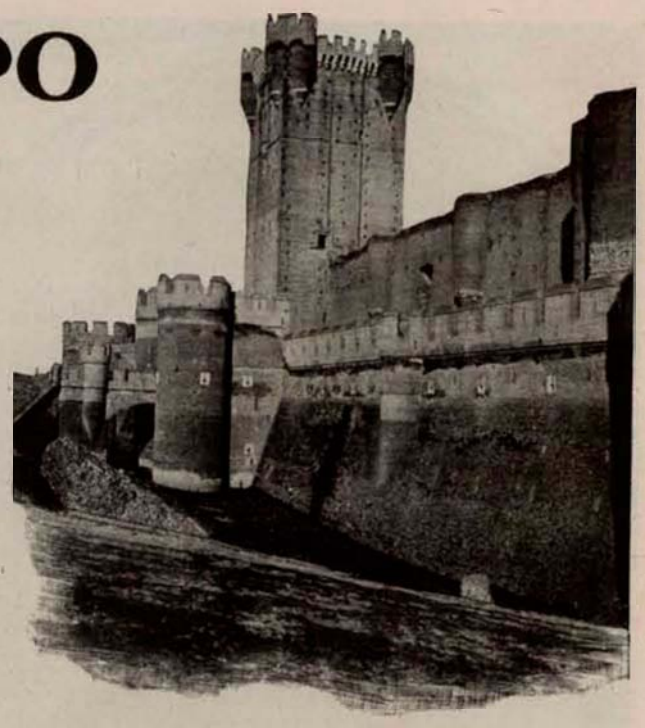
Fué Medina del Campo la ciudad más rica y poderosa de Castilla y uno de los emporios comerciales del mundo. Desde los tiempos de Alfonso X y Alfonso XI mereció Medina el favor de sus Reyes, traducido en constantes mercedes y privilegios. Aquí residieron largo tiempo la noble Reina Doña María de Molina, que tuvo en la leal Medina baluarte invencible para defender los derechos de su hijo; la infortunada Reina Doña Blanca, Enrique II, Juan I, Juan II, Enrique IV, los Reyes Católicos, su hija Doña Juana y la Emperatriz Isabel, que la visitó en 1532. Por primera vez convocó Cortes en Medina el Rey Fernando IV, en 1302. Después se congregaron aquí muchas veces las Asambleas del Reino.

Por esto ha podido decirse que «donde están las glorias de España, está con su gloria Medina».

En esta histórica villa castellana, en 12 de octubre de 1504, hizo su testamento, y murió poco después, la Reina Isabel la Católica. Y en su plaza fué proclamada Reina su hija Doña Juana.

Recomendamos la visita a la iglesia colegiata de San Antolín, que se halla en la plaza Mayor. En su fachada existe un balconcillo, en donde se conserva un pequeño altar, en el cual se decían misas en los tiempos de las célebres ferias de esta villa. Débese la edificación del templo al santo Rey Don Fernando III, y fué declarado colegial en 1880. Tiene tres naves, y entre otros objetos artísticos dignos de admiración se halla en la capilla mayor el magnífico retablo debido al cincel de Alonso Berruguete.

El hospital de Nuestra Señora de la Concepción, en Medina, fué fundado por Simón Ruiz Envito, regidor perpetuo de la villa y comerciante cuando ésta se hallaba en su gran opulencia. El principal comercio de Simón Ruiz era el cambio de letras, y habiendo ganado en una mañana doce mil ducados,



Castillo de Medina del Campo.

dijo que Dios prosperaba su piadoso propósito (aludiendo a la fundación del hospital). Verdad es que el Ayuntamiento contribuyó, no sólo con la concesión del terreno, sino también con piedra y madera.

El llamado palacio de Dueñas es un edificio de elegante portada del Renacimiento, flanqueada por columnas y coronada por un frontón triangular, bajo el cual se destaca un gran escudo. Amplia y hermosa la señorial escalera, con balaustrada de piedra. Se halla situado en la calle del Marqués de la Ensenada, y se construyó por los años de 1538.

En esta casa se aposentó el Emperador Carlos V cuando se retiraba al monasterio de Yuste. También estuvo en ella la chancillería de Valladolid cuando se trasladó a esta villa en 1601.

El palacio llamado del Almirante perteneció al marqués de Tejada, conde de Torrejón, marqués de Valverde y Carranza, descendiente del Almirante, y se halla situado en la calle del mismo nombre.

La Muy Noble, Muy Leal, Heroica y Coronada villa de Medina del Campo lleva en su escudo trece roeles de plata en campo azul, correspondientes al pendón que, con los de Ávila, arrebataron los de Medina a los moros en el sitio de Ronda en 1201. El lema que ostenta en bordura «Ni el Rey oficio ni el Papa beneficio», procede de antiguos privilegios concedidos a la villa y su Cabildo para el nombramiento de cargos civiles y prebendas eclesiásticas.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

LEA USTED LA
REVISTA
DE LAS ESPAÑAS
(Órgano de la Unión Ibero-Americana)

CIGARETTES LAURENS

BADAJOZ

La intervención de Extremadura en la historia de América

por

J. López Prudencio

La historia de América—sobre todo en su primer momento heroico, durante las gestas de la incorporación de aquellos países a la civilización mundial—no puede escribirse prescindiendo de la intervención que las gentes de Extremadura tuvieron en aquel suceso. Es éste el acontecimiento que ha deparado a España un lugar culminante y absolutamente definitivo en la Historia universal. Nadie podrá discutir que, en esa obra, personalidades como Obando, Cortés, los Pizarro, Valdivia, Vasco Núñez, Hernando de Soto, sin contar otros numerosísimos hijos de Extremadura que, en segundo término, pero tal vez con no menos interesante aportación intervinieron en el suceso, son en ese cuadro figuras de tan primera magnitud que sin su relieve el cuadro quedaría desdibujado.

No esperen—ni teman—nuestros lectores una disertación más—enfática y profusamente documentada—sobre esta interesante colaboración de las gentes de Extremadura en aquel magno acontecimiento. El suceso, en su aspecto épico, brillante, sonoro, está suficientemente narrado, discutido con todo género de acaloramientos y santas exaltaciones, y hasta cantado, dentro y fuera de Extremadura y aun de España, con los más devotos y férvidos entusiasmos. Lejos de nosotros la pretensión de agregar una página más a esa abundante literatura.

Pero de las luminosas cumbres épicas que ofrecen los grandes acontecimientos descienden suaves vertientes que nos conducen a serenos, callados, apacibles valles donde no llega, o alcanza con atenuados sones, el estrépito del suceso, y se hace posible que el espíritu se entregue con quietud sosegada al examen del contenido que atesoran los grandes acontecimientos, de las fuentes espirituales de donde brotaron, de los estímulos que los impulsaron, de las derivaciones que tuvieron en el andar, sucesivo y posterior, de la vida. Nosotros nos proponemos en estas líneas asomarnos a algunos de esos serenos valles, poco visitados por los espectadores de la historia, y contemplar serenamente algunos de los aspectos que, desde esos retirados y tranquilos parajes, se observan en esta interesante colaboración de Extremadura en aquel momento heroico de la Historia de América. ¿Por qué las gentes de una comarca tan de tierra adentro como Extremadura intervendrían tan intensamente en una obra de esa naturaleza? ¿Se limitó su intervención a la parte épica de la obra o trascendió a sus eficacias permanentes y trascendentales que dieron por resultado la españolización de aquellos países? Poca y escasamente afortunada es la atención que se ha prestado a estos temas. Su estudio—detenido, sólidamente fundamentado—está aún por hacer. Nadie supondrá que podamos abrigar la pretensión de llenar este vacío en los obligados límites a que han de ajustarse estas líneas. Ya hemos dicho que nuestra pretensión no pasa de asomarnos brevemente a los temas de estudio que han surgido a nuestra vista apenas nos hemos retirado a los apacibles valles de meditación desde donde contemplamos el suceso. ¿La causa de la intervención intensa de los extremeños en aquella obra? Veamos.

Contemplando el desenvolvimiento de nuestra nación a lo largo de su historia, alguien ha explicado la respectiva intervención de sus elementos étnicos en ese proceso diciendo: «Asturias y Galicia dieron sus iniciativas para lo que se necesita fe que las engendre y amor que las acaricie en su cuna; Castilla da su firmeza para sostenerla con la recia altivez de su hidalguía; Aragón da su tenacidad para resistir las tentativas de absorción por los demás pueblos; templa la tozudez de esta firmeza, para que no se convierta en aislamiento, la actividad mercantil de Cataluña y artística de Valencia, que mantienen corrientes de contacto con las demás naciones. Y Andalucía da la luz de sus ideales, que casi siempre convierte en realidad la audacia extremeña.»

No necesitamos ponderar la cautela con que deben siempre tomarse estas sintéticas apreciaciones, un poco oratorias, a que tanta afición tuvo el pasado siglo. Pero no puede negarse que en estas observaciones están señaladas con acierto las notas salientes de cada uno de los elementos étnicos de España, y no es ilógico pensar que cada uno de ellos habrá obrado siempre—en el curso de la vida nacional—como sus inclinaciones le han inducido a hacerlo; y su intervención habrá producido los efectos congruentes con esas inclinaciones, que se advierten apenas se ahonda con el escalpelo de la crítica en el cuerpo total de nuestra historia. ¿La razón de estas respectivas aptitudes peculiares? Esto cae ya fuera de nuestra competencia en este momento; quizás el clima, el paisaje, el cielo, la alimentación. No demos, sin embargo, excesiva importancia al elemento geográfico. Hegel ha podido decir: «No me habléis del cielo jonio, pues hoy habitan los turcos donde antes habitaron los griegos.» Limitémonos a la observación y afirmación de los hechos. De ellos resulta que es una nota culminante la audacia en la estructura espiritual de Extremadura.

Veamos qué es esto de la audacia extremeña, cuáles son sus causas, cuáles sus manifestaciones y cómo fué necesaria esta condición para determinar sus interesantes aportaciones al suceso que estudiamos.

No es la palabra audacia sinónima de valor, aunque éste se halle contenido en la comprensión de aquel concepto. La audacia implica, además, un irreductible desacomodamiento con la realidad presente; no por efecto de locos desvaríos, sino por exceso de espíritu crítico y analizador para las asperezas de la vida. Esto se traduce en secas censuras y burlas e ironías implacables para el ambiente circundante. Se manifiesta también en negligencias y apatías que nacen de la dolorosa desesperanza en las posibilidades de variar los moldes viciosos que se encuentren en la vida. Y también se revela en impulsos enérgicos para buscar horizontes nuevos, apenas se divisa en la lejanía la posibilidad de hurtarse a las atormentadoras incongruencias del propio temperamento con la realidad vivida.

Con la vista fija en los hechos, no puede negarse que ésta es la fisonomía espiritual de la raza extremeña. La ironía despiadada que palpita en todos los escritores de esa comarca, desde Torres Naharro a Forner; las acritudes intemperantes que se advierten siempre en todos ellos, desde el Brocense a Gallardo; las rigideces doctrinales inflexibles que se manifiestan en sus grandes espíritus pensadores, como Pedro de Valencia, Arias Montano o Donoso, dejan al descubierto que el espíritu crítico y profundamente observador que informa su vida produce siempre amargas incongruencias de la realidad con la aspiración.

Se dirá que, fuera de esta comarca, ha habido espíritus críticos de esta naturaleza como un Vives, un Isla, un Gracián, un Quevedo, muchos más. Esto no es argumento. El hallazgo de espíritus tenaces fuera de Aragón no debilita el aserto de que la tenacidad es la característica peculiar de esa raza. Tampoco sería argumento, contra el espíritu predominantemente mercantil e industrial de los catalanes, el encuentro de algún temperamento semejante en determinados individuos de otras regiones. No ha dado Valencia más artistas a nuestra gloria que otras regiones, y no por eso se puede negar a esa raza el temperamento más artístico de todas las españolas. Los rasgos de la fisonomía étnica son los comunes a la masa de los individuos de una raza en el tipo medio, se encuentren o no en casos aislados de otras.

No es de este lugar dilucidar a qué se deben los rasgos que constituyen la fisonomía espiritual de Extremadura. Basta saber si está en ellos el fundamento racional de su intensa intervención en el suceso de que hablamos.

Lo primero que se necesita para que un individuo, una familia, un

pueblo, se lance anheloso en busca de nuevos horizontes para su vida, es que no esté conforme con el ambiente que le rodea, que choque rudamente con él. Los avenidos, los bien hallados, los que por no tener espíritu observador se avienen estoica o epicúreamente con todos los medios, ésos están a su gusto, son felices; y los felices no son audaces.

Por no prestar la debida atención a este hecho, algunos de los escasos observadores que han advertido la singularidad de este caso de la intensa colaboración de Extremadura en la obra de España en América han tratado de buscarle explicación acudiendo a las penurias económicas. ¡Las penurias económicas! ¿Eran acaso exclusivas de esta región? Y aun en el supuesto de que lo fueran, eso explicaría la marcha de los aventureros desheredados, de los hidalgos pobres; pero ¿acaso fué éste el único contingente que aportó Extremadura a la empresa? Nadie ignora que los extremeños de esta índole ni constituyeron la totalidad ni siquiera la mayor parte de los que intervinieron en esa obra. Es más; en la conquista pudo intervenir, e intervino sin duda alguna, esa clase de gente extremeña, aunque no con exclusión de toda otra; pero en la parte más interesante, más trascendental y perdurable, en la españolización de América, en la infusión del espíritu nacional en aquellos países mediante la comunicación de su fe religiosa y de su civilización, en esto puede asegurarse que no tomó parte alguna esa clase de gentes a quienes la inclemencia de la fortuna arrojó del otro lado de los mares. Y hay que confesar que el contingente que Extremadura aportó a este aspecto de la obra no fué menor que el aportado en los demás sentidos.

Ni el comendador Obando, que para cumplir instrucciones de la Reina católica llevó aquellos famosos franciscanos que bajo la dirección del fervoroso fray Alonso del Espinar dispensaron tanta protección a los indios, adoctrinándolos e instruyéndolos en sus conventos, era un desheredado de la fortuna, ni lo era el generoso filántropo, hijo de Medina de las Torres, Francisco de Parada, que fundó en la isla de Cuba la primera escuela gratuita que allí funcionó, dotándola con una manda de setenta mil pesos. Tampoco podían ir buscando medros aquellos doce franciscanos extremeños que, bajo la dirección del inolvidable fray Martín de Valencia, salieron del plantel que en Belvis había cultivado San Pedro de Alcántara, para acudir presurosos al llamamiento de Cortés, aceptando entusiasmados la misión que les encomendaba el conquistador, pero renunciando al cobro de los diezmos que se les ofrecía como recompensa de su trabajo; y por cierto que cumplieron bien su misión estos santos varones, porque, según las cartas auténticas publicadas en 1543 por Pedro de Castro en Medina del Campo, en poco más de doce años, cada uno de aquellos frailes había bautizado a más de cien mil indios, habían roto multitud de ídolos y desterrado en absoluto el bárbaro rito de ofrecer a los dioses todos los años veinte mil corazones humanos. Y habían instalado junto a cada convento una escuela en que todos los religiosos, instruídos ya en la lengua del país, infundían en aquellas vírgenes inteligencias las luces de la cultura.

Y no fueron sólo éstos los apóstoles de la religión y la cultura que Extremadura envió a América. Fray Lorenzo de Villanueva, el sucesor de San Pedro de Alcántara en la guardianía de Nuestra Señora de los Ángeles, fué el alma de aquella otra hueste de veinte franciscanos de la provincia de San Gabriel, todos extremeños, que llevó a Méjico fray Luis de Fuensalida en 1529, para reforzar la hueste de fray Martín de Valencia.

Nadie puede olvidar el celo con que estos hombres se empleaban en civilizar y cristianizar a los indios al mismo tiempo que se ponían al lado del famoso obispo de Chiapa para defenderlos de las explotaciones de que los hacían objeto los logreros y buscadores de fortuna que llovían sobre el país. La fama de la actividad y abnegación que en este sentido desplegó el abnegado Juan González, hijo de Valencia del Mombuey, cuyo fervoroso celo le llevó a renunciar su canonjía de Méjico por colaborar más libre e intensamente con los franciscanos en la obra colonizadora, llegó hasta Felipe II, que escribía solícitamente al virrey de Nueva España para que le protegiese y ayudase en su obra redentora. Sería inacabable la tarea de enumerar todos los esfuerzos realizados por los religiosos extremeños desde sus conventos, desde las sillas episcopales que llegaron a ocupar, desde las parroquias e iglesias que fundaron, siempre con su escuela aneja, y mediante la riquísima literatura que produjeron, tanto para divulgar las lenguas del país como para dar a conocer su geografía y su historia y aun su fauna y su flora. Y esta obra, de raíz más honda y perdurable que el sometimiento material, porque no se limita a dilatar la jurisdicción del cetro, sino que tiende a dilatar el alma de la nación, creando Españas nuevas, fué realizada con la intensa colaboración de extremeños que no sentían esos circunstanciales estímulos de las penurias económicas del país en que nacieran. El estímulo, el acicate que los movió, hay que buscarlo en las recónditas intimidades de su temperamento étnico. Pero no en el interesado y efímero afán de lucro, que jamás puede realizar obras tan acendradas y altas.

Fué la causa de este fenómeno el espíritu extremeño, atormentado siempre por el choque de sus anhelos con la realidad circundante. Ésta no le satisface nunca. La noticia de que, en remotas latitudes, habían aparecido mundos donde quizá pudieran divisarse horizontes nuevos capaces de satisfacer sus anhelos de ventura, hizo vibrar el corazón de la comarca, arrancándole la epopeya.

Sólo penetrando en las intimidades psicológicas del espíritu extremeño se echa de ver que se trata de un hecho imposible de realizar sin determinadas condiciones espirituales que son cabalmente las que en él predominan, aunque no sean—no lo son nunca ningunas en los demás—absolutamente exclusivas de él; por eso Extremadura intervino en la obra intensamente, quizá en primer término, pero sin que dejaran de intervenir con ella en todos los grados de su actuación aquellos individuos de otras regiones con quienes, en más o menos proporción, coincide su temperamento.

No fué el afán de progreso y lucros económicos; ¿dónde encontraremos nunca en el espíritu extremeño fundamento para afirmar las acometividades industriales que engendran esos afanes? Cabalmente se distingue Extremadura por todo lo contrario. Es característico en las gentes de esa región el abandono apático, la incurable negligencia que revela mayores arrestos para soportar las privaciones de la mediocridad y hasta las mortificaciones de la miseria, que para acometer, ni planear, ni emprender caminos de lento paso, a cuyo lejano término haya prosperidades gananciosas y grandes rendimientos. Y en cuanto a arrebatados entusiasmos, inspirados por la sugestión del porvenir nacional, si cualquiera que ha vivido en Extremadura habla con sinceridad podrá decir si es lícito defender esa tesis en medio de las frías indiferencias y broncos subjetivismos que predominan siempre en la vida de esa región.

Se dirá que el espíritu religioso de aquellos tiempos tuvo eficacia para romper esas indiferencias. No negamos la eficacia de ese sentimiento en aquella fervorosa exaltación; pero si hubiera sido él solo no se explica la superior intensidad de la colaboración de Extremadura en aquella obra, porque tal sentimiento era común e igual en todas las regiones españolas.

La razón tiene que estar en aquella condición de carácter que sea típica de esta raza. Los extremeños se lanzaron a la aventura, porque columbraron, en las remotas lontananzas, un mundo nuevo, quizá limpio de las impurezas que les mortificaban en el viejo. Este era el lucro que buscaban. Su afán no era, en efecto, desinteresado. Los espíritus que padecen el mal de la inadaptación fluctúan entre la renunciadora negligencia de la desesperanza, cuando no descubre medios de vencer, y el loco deseo de probar fortuna apenas divisa horizontes que le rediman del medio que le atormenta. Es quizá, y sin quizá, su esperanza un espejismo engañoso. Algo que es una locura soñar que se encuentre en la vida. Pero mientras llega el desengaño, el impulso de la esperanza realiza la epopeya. Y su fruto no lo recogen los héroes. Es la posteridad la que los disfruta; y entonces llueven homenajes sobre la tumba de los conquistadores, unos homenajes tardíos, en que ellos no pensaron nunca, porque fué otra cosa lo que buscaron; un mundo limpio de miserias y de dolor. Esto buscaron los extremeños. Sufrieron—con el desencanto—la pena de su extravío. Pero el fruto de su esfuerzo floreció gloriosamente en el porvenir de los hombres.

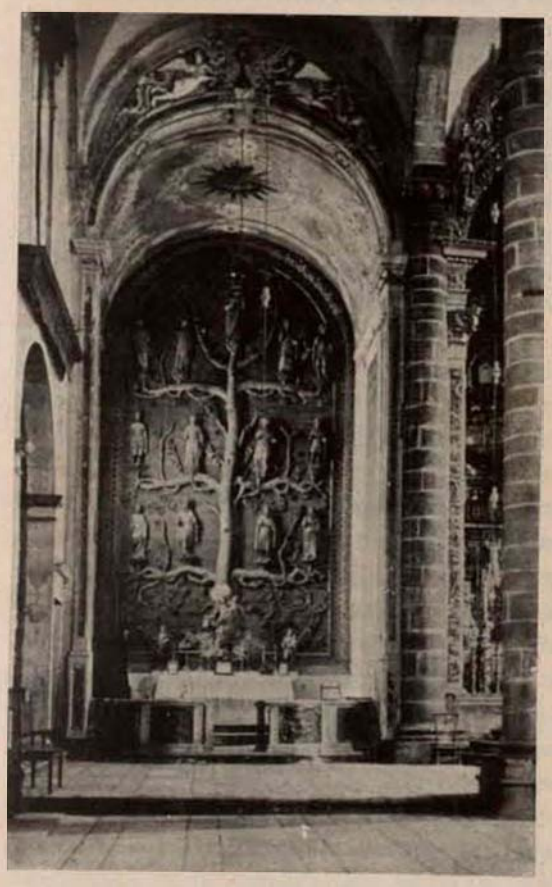
BADAJOZ

Tiene esta provincia una extensión superficial de 21.646,93 kilómetros cuadrados y una población de cerca de 700.000 habitantes. En general su suelo es llano, aunque se encuentra cruzado en varias direcciones por ásperas montañas.

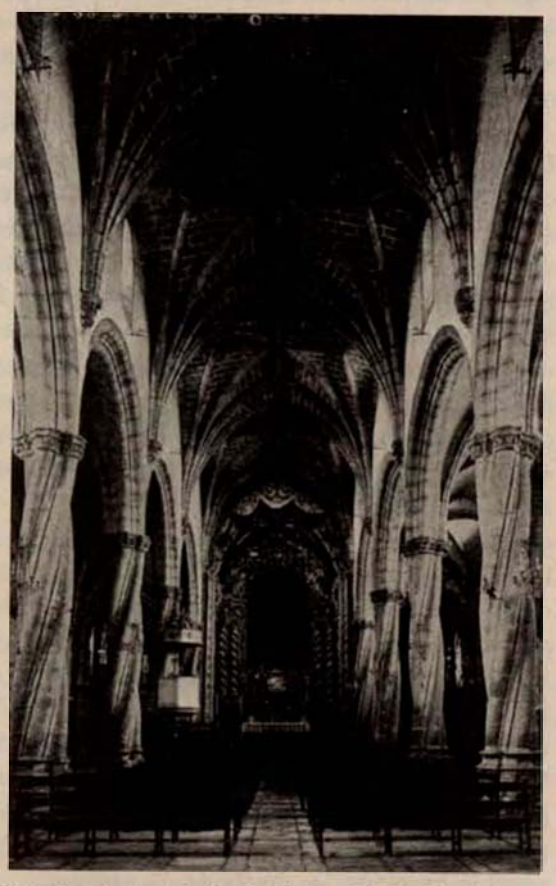
Limita al norte con la provincia de Cáceres; al este, con la de Ciudad Real; al oeste, con Portugal; al sur, con las provincias de Huelva y Sevilla, y al suroeste, con la de Córdoba.

La producción minera de esta provincia es principalmente de hierro, hulla y plomo. Son dignos de mención las canteras de pizarra negra de Villar del Rey y algunos manantiales de aguas medicinales.

Puesta de sol sobre el Guadiana.



Altar del árbol de Santa María del Castillo, en Olivenza.



Interior de la iglesia de Santa María Magdalena, en Olivenza.

El desarrollo agro-pecuario de esta provincia la coloca, en este aspecto, como una de las más importantes de España. La proverbial feracidad de sus tierras de Barros y de la Serena son fuentes inagotables de cereales, vinos, aceites, legumbres, etc. La gran cantidad de ganado, especialmente lanar, vacuno y de cerda, y los bosques poblados de encinas y alcornoques—cuya producción de corcho es una de las más importantes de Europa—aumentan la anteriormente citada riqueza.

Puente de las Palmas, sobre el río Guadiana, en Badajoz. (Fotos Loty.)

La industria de la provincia de Badajoz consiste principalmente en la fabricación de paños, bayetas, tejidos, harinas, curtidos, sombreros, tapones de corcho, cerámica en gran escala, mantecas y embutidos.

El comercio de Badajoz consiste principalmente en la exportación de todos los mencionados artículos producidos por su industria, cereales, legumbres, aceitunas, ganado caballar, vacuno, lanar, de cerda, etc.

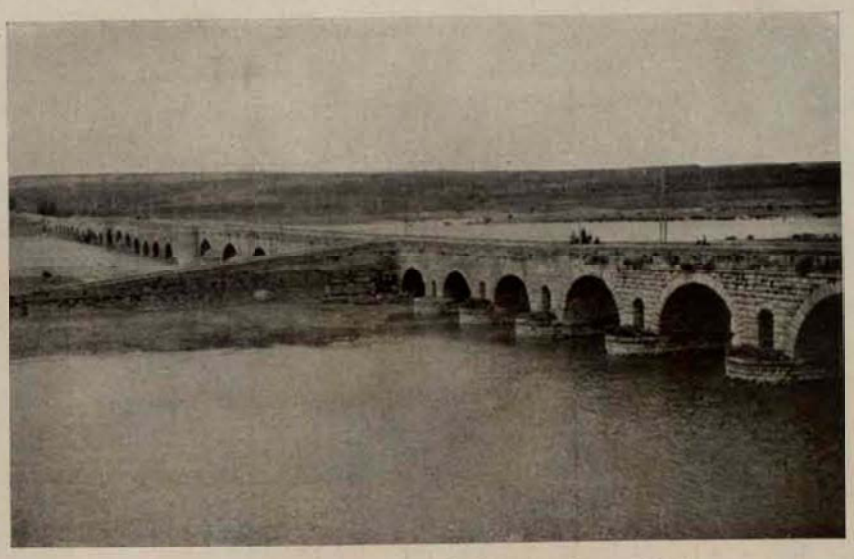
Los partidos judiciales de la provincia son: Alburquerque, Almendralejo, Badajoz, Castuera, Don Benito, Fregenal de la Sierra, Fuente de Cantos, Herrera del Duque, Jerez de los Caballeros, Llerena, Mérida, Olivenza, Puebla de Alcocer, Villanueva de la Serena y Zafra.

BADAJOZ

Esta ciudad, capital de la provincia, sede episcopal, cuenta con 40.000 habitantes aproximadamente y tiene gran importancia militar por su posición, en el vértice del

ángulo que forma el río Guadiana al doblar su curso formando la frontera entre España y Portugal, y su dominio sobre ambas orillas del citado río.

Rodean la ciudad murallas y fosos, y, como casi todas las ciudades españolas, ofrece al viajero los interesantes recuerdos de pasadas y diversas civilizaciones, junto a las cuales la actual muestra el grato aspecto de una eficaz urbanización.



Puente romano sobre el río Guadiana, en Mérida.

Entre los edificios que merecen especial mención figuran la catedral, mandada edificar en el siglo XII por el Rey Alfonso X, en cuyo interior domina el estilo gótico. Citaremos especialmente la capilla de Figueroa o de los Beneficiados, en la que se venera una Madonna italiana, del siglo XV; un cuadro que representa a Jesús Nazareno, atribuído a Morales, y un sepulcro de bronce, del siglo XVI, de factura francesa, que es la obra de mayor interés que allí se encierra.

El coro, construído en 1557, tiene una bella sillería de nogal, tallada primorosamente.

También ofrece interés la Virgen de la Antigua, hermosa tabla del siglo XV o principios del XVI.

Esta catedral padeció saqueo durante la guerra de la Independencia, desapareciendo con este motivo varios cuadros de Morales y Zurbarán, ricas joyas y valiosos ornamentos.

Este saqueo lo sufrió también el resto de la ciudad, caída en poder de los franceses, que cometieron en ella atropellos señalados como los mayores sufridos por una población indefensa y pacífica.

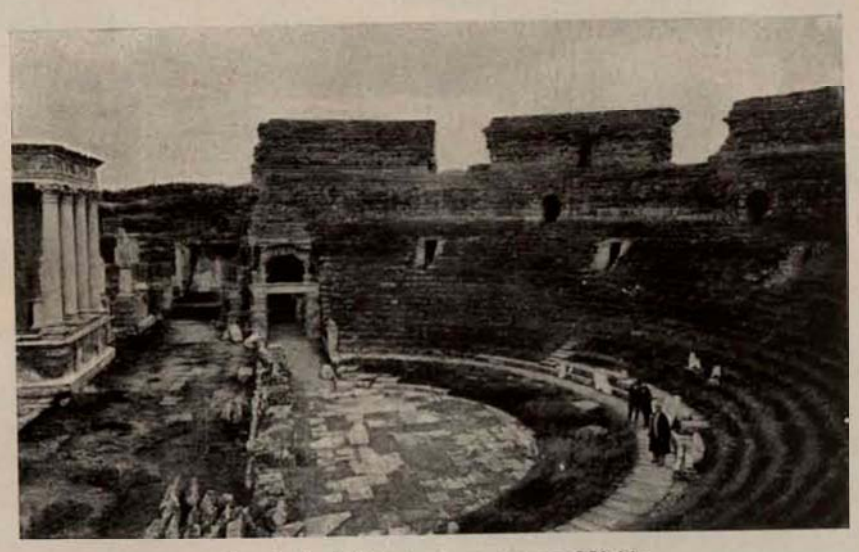
ALMENDRALEJO.—Tiene esta ciudad unos 16.000 habitantes. En ella se encuentra instalada una estación enológica; produce cereales, vinos y aceites, y en su término posee minas de plomo, plata y vanadio, sin explotar.

DON BENITO.—Importante ciudad de la provincia, con 21.500 habitantes aproximadamente, muestra al visitante el laborioso aspecto de una población en constante esfuerzo para aumentar su desarrollo agro-pecuario, que ya constituye una saneada fuente de ingresos en la localidad, por su gran importancia.

OLIVENZA.—Damos dos notas gráficas de esta localidad, tan interesante por diversos aspectos para el turista. Tiene una población de 12.000 habitantes. Es población de recuerdos históricos, y, como las demás de la provincia, su principal riqueza es la ganadería y la agricultura.

Ruinas del acueducto romano y del teatro romano, en Mérida. (Fotos Loty.)

VILLANUEVA DE LA SERENA.—Cabeza de partido, con 15.000 habitantes, produce renombradas sandías, famoso vino tinto, y su riqueza agrícola es extraordinaria, habiéndose por ello hecho célebre la comarca, reputada, con la de «Barros», como de las más feraces de España.



Gradería del teatro romano, en Mérida.

VILLAFRANCA DE LOS BARROS.—Situada en la línea de Mérida a Sevilla, tiene una población de 13.000 habitantes. Su riqueza principal la constituye la agricultura, muy desarrollada por la fera-

La calle de Sevilla, en Zafra. (Foto Loty.)

císima tierra de «Barros», en que se asienta. El aceite, los cereales y el vino, así como la ganadería, alcanzan una producción muy elevada.

LLERENA.—Está situada al sur de la provincia, en la línea férrea de Mérida a Sevilla, produciéndose en su término aceites y vinos y existiendo una buena riqueza ganadera, además. Cuenta esta localidad con ricas minas de plomo, siendo las más importantes las que se explotan en la sierra de San Miguel, próxima a Llerena.

JEREZ DE LOS CABALLEROS.—Unos 14.000 habitantes pueblan esta pintoresca ciudad, rodeada de seculares murallas y que conserva en su interior antiguos y curiosos edificios de diversas épocas.

Se encuentra situada a 72 kilómetros de la capital y cruzada por varias carreteras. Su riqueza principal la consti-

Tipos de gitanas, en Badajoz. (Foto Loty.)

tuye la producción de corcho, cereales y aceite, así como la ganadería.

Timbre de legítimo orgullo para Jerez de los Caballeros es ser la cuna de Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico.

MÉRIDA.—Esta ciudad, llamada por los romanos Emérita Augusta, atesora, sin discusión, las más preciadas joyas arquitectónicas de dicha época que en España se conservan, hasta el punto que la ciudad entera ha sido declarada monumento nacional.

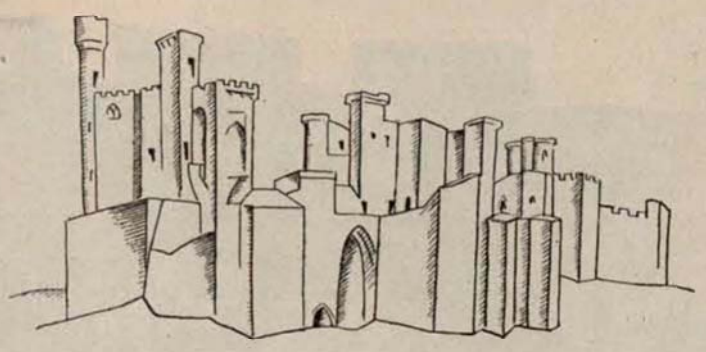
Está bañada por el río Guadiana y su población es de unos 16.000 habitantes.

Entre sus monumentos más notables figura el Puente Grande, edificado por Trajano, que consta de 81 arcos y se extiende a 11 metros de altura sobre el río y con una longitud de 800 metros.

Las ruinas de la ciudad romana pueden apreciarse con exacta propiedad, en particular el Circo Máximo, el teatro llamado las Siete Sillas y el Anfiteatro.

Recientemente, y merced a los trabajos realizados bajo la dirección del eminente catedrático D. José Ramón Mélida, se han descubierto el Gran Templo de Serapis y Mithra; el Teatro (cuya construcción data de dieciocho años antes de Jesucristo), con cabida para 5.000 espectadores; el Anfiteatro, de traza elíptica y capaz para 15.000 personas, y la basílica romana bizantina, con interesantes pinturas.

ZAFRA.—Llamada por su belleza «Sevilla la chica», ofrece esta ciudad al viajero un grato y alegre aspecto. Tiene una población de 7.000 habitantes, encontrándose situada a 66 kilómetros de la capital y en la carretera de ésta a Sevilla, y en la vía férrea de Mérida a Sevilla. La ganadería se encuentra muy desarrollada. Su feria es muy famosa y a ella acuden compradores de toda España. Conserva curiosos restos romanos e iberos, sobresaliendo el Alcázar o Palacio Ducal, construído en el año 1437, que actualmente pertenece a la Casa de Medinaceli.



Cáceres
SERNY

DESCRIPCIÓN HISTÓRICA, ARTÍSTICA, MONUMENTAL Y TURÍSTICA DE LA PROVINCIA DE

CÁCERES

POR

JOSÉ BLÁZQUEZ MARCOS

Descubrir a estas horas la riqueza monumental y ofrecer el interés histórico de esta provincia, en un libro llamado a tener difusión extraordinaria, parecería empeño baldío si no fuera triste realidad el desconocimiento general de estos valores, ausentes siempre de las rutas de turismo.

Y es que esta tierra, genitora antaño de conquistadores y descubridores, luego de verter las esencias de su espíritu en la gesta de Indias, se recluye en su solar con tal recato, que al sonar la hora del anhelado encuentro hay que descubrirla a los hermanos de ultramar.

Dispuesta así el alma de aquellos hijos de la casta a las efusiones de una admiración consciente, y remozada en su raigambre la afinidad de sangre, se hará devoción su cariño a la vieja madre al contemplarla en la propia cuna de los cachorros de la conquista.

Punto de conjunción y choque de cuantos pueblos ocuparon la Península, está nuestra provincia erizada de monumentos y fortalezas que pregonan el carácter dinámico, de lucha constante, de su historia.

¿Quieres acompañarme, lector amigo, en esta breve excursión por los lugares de mi tierra cacereña que aun conservan reliquias de historia y arte?

Yo te aseguro que, aunque tan torpe sea la pluma-guía en la ocasión presente, no te sentirás defraudado. Que los hechos mismos, las personas y las cosas que ante ti van a desfilar, con sólo su voz de bronce y sin ayuda de postizas armonías, pondrán, de fijo, en tu alma el ritmo acorde de una emoción imborrable.

He aquí Cáceres, la vieja ciudad caballeresca, con su silueta de castillo, en cuya traza se aunaran la austeridad y la gallardía.

Coronando la colina por donde la ciudad se extiende, yérguese, altanera y respetada en su apartamiento secular, la villa antigua, que conserva intactos aromas añejos y sones de otrora. En sus callejas y plazuelas solitarias, entre viejos templos —ideal de monjes, que plasmaron poetas— y recias mansiones —orgullo de señores, que realizaron artistas—, subsiste tan perdurable y viva la impresión antigua, que instintivamente se amortigua el paso para no disipar el pasado que aquí alienta.

Vista general de Cáceres.

La visión revivida de lo antiguo éntrase en los ojos y en el alma con tal fuerza, que nos hace soñar despiertos. Y en el marco sugeridor de esta plazuela de las Veletas reconstruímos aquella «Kazires» de los bereberes —«oppidum fortissimun barbarorum»—, que la llamó el Tudense.

Su situación y fortaleza pone codicia en moros y cristianos, que sucesiva y alternativamente la poseen. Fernando II de León logra hacerla suya en 1169; y uno de sus magnates, el señor de Fuenteencalada, funda en ella la Orden militar de los Freires de Cáceres, que establecen su iglesia y convento en la actual parroquia de Santiago, cuya fábrica románica, reconstruída en el siglo XVI por Gil de Hontañón y a costa del arcediano de Plasencia D. Francisco de Carvajal, se adornan luego con la joya más valiosa que hoy ostenta: el magnífico retablo mayor, última obra que salió de manos del insigne imaginero Berruguete, para asombrar con el verismo y vigor de vida de sus figuras y relieves. Luego de nuevas alternativas de dominio, Alfonso IX logra reconquistar definitivamente la ciudad, el 23 de abril de 1229, aposentándose en el Alcázar, que sirvió también de alojamiento a otros monarcas castellanos, hasta que en el desdichado reinado de Enrique IV es derruído, levantándose poco después en su lugar la llamada casa de las Veletas.

Muerto Enrique IV, surge en la escena histórica la gran figura de Isabel I. Apresúrase Cáceres a alzar pendones por Isabel y Fernando, que, agradecidos, expiden desde Valladolid, a 20 de marzo de 1475, Real cédula en la que dicen: «seed ciertos que vos quedamos por ello en mucho cargo, e entendemos con muy buena voluntad mirar por el bien e honor desa dicha villa y vuestro...» (1).

Para confirmar estas promesas, Isabel la Católica viene a Cáceres. Mas trasladémonos, curioso viajero, a la plazuela de Santa María para evocar, en el espejo de oro de sus piedras, la estancia entre nosotros de la regia huéspeda.

Es un día de junio de 1477. Bullicio y aclamaciones anuncian la llegada del real cortejo: he ahí la gran Reina, «de mediana estatura, bien compuesta en su persona y en la proporción de sus miembros, muy blanca e rubia; los ojos entre verdes e azules, el mirar gracioso e honesto, las facciones del rostro bien puestas, la cara muy fermosa e alegre» (2).

Príncipes del clero, la nobleza y la milicia siguen a la augusta señora: el cardenal Mendoza, el almirante D. Alonso Enríquez y el adelantado D. Pedro Enríquez, los obispos de Córdoba, Segovia y Burgos duques de Medina-Sidonia y Escalona, conde de Cifuentes, caballeros y doctores del Consejo.

En la Puerta Nueva, ante el escribano Luis de Cáceres y el bachiller Mogollón, «fincados de ynojos», Isabel I jura guardar los fueros de la villa, y el cortejo sigue luego hacia Santa María la Mayor. El viejo templo románico, construído a raíz de la Reconquista, modificado según el estilo gótico, manifiesto en sus dos portadas, para levantar después su alta torre cuadrada y ostentar al fin ese retablo plateresco que hicieron Roque Bolduque y Guillén Ferrán, acoge en su sacro recinto las ofrendas de la Reina, que, a falta ya del Alcázar, marcha a alojarse en la casa-palacio de los Golfines.

En esta suntuosa morada —de fachada plateresca preciosamente ornamentada, con dos torres, una central y saliente, ventanas gemelas, medallones, escudos y elegante crestería de fina labor— acaba de entrar, seguida de su cortejo, la Reina inolvidable. No hay en sus estancias rumor de fiestas, sino silencio fecundo. Es que Isabel trabaja, consulta, examina privilegios y redacta Ordenanzas. Pero entre el fárrago de cuestiones políticas que exigen su atención descúbrese también la gracia acogedora de la mujer, cuando, paseando por las huertas de la ribera, y para corresponder al agasajo humilde de tosco hortelano, le concede la gracia de tener agua abundante para regar la huertecilla, que la tradición llama por eso «de la Merced». Otro día, enterada del lamentable estado en que se halla el pendón de San Jorge, manda que se lo lleven, y, dejando tareas más graves, esta Reina, que sabe hilar el lino para las camisas de su esposo, zurce con mimo y cuidados de hembra castellana la enseña venerable, relicario y símbolo de triunfos y tragedias.

Ha terminado la redacción de las Ordenanzas de la villa, y, para aprobarlas, la Reina acude el 9 de julio al viejo Consistorio, «entre las dos torres que llaman del Horno y de la Yerba», donde, despreciando ricos sillones, Isabel se sienta entre sus ciudadanos y homes buenos, «a guisa de ellos». Juradas las Ordenanzas y equitativamente provistos los cargos concejiles, Isabel I parte hacia Sevilla, dejando en éstos el aroma inextinguible de su recuerdo augusto.

Estampas de tan gustosa evocación pudiéramos trazarnos ante el Palacio Episcopal, que alojó un día a Felipe II, o ante la Casa de Roco, típica mansión

(1) Documento del Archivo municipal de Cáceres.
(2) Hernando del Pulgar. Crónica de los Reyes Católicos.

de indiano cacereño. Pero el espacio acotado nos impone silencio y nos llama hacia otro solar de la casta.

ALCÁNTARA.—Al Kántara: el puente, origen y cuna de la villa. Él la da nombre y él es hoy su mayor motivo de orgullo. El coloso romano lo es todo en Alcántara. Símbolo y airón de sus tradiciones más caras, relicario de hechos, joyel de arte, lección de fortaleza, él persiste, a despecho de humanos afanes de destrucción, casi intacto, erguido y recio, cantando a los siglos la inmortal letanía de grandezas y hazañas.

Reinando Trajano, en los años 105 al 106 de nuestra era, Cayo Julio Lacer inmortalizaba su nombre levantando entre los peñascales que aquí abren hondo cauce al Tajo este atrevido puente, de comunicación entre las partes norte y sur de la Lusitania.

Reconquistada Alcántara por Alfonso IX en 1214, la Orden de Calatrava cede villa y castillo a la de San Julián del Pereiro, que desde entonces se llamó Orden militar de Alcántara.

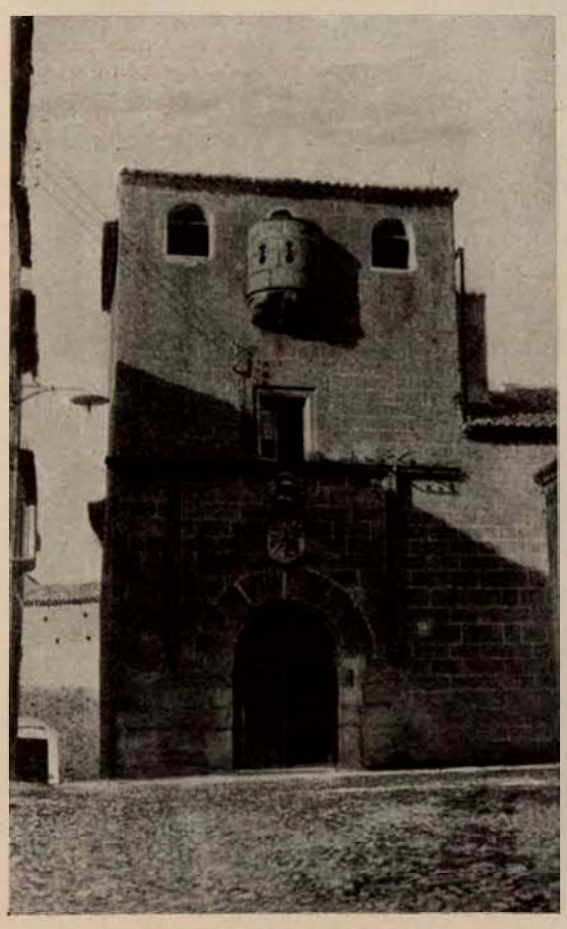
Inhabitable y ruinoso ya el castillo donde se alojaran los caballeros alcantarinos, Fernando V, como administrador del Maestranzo de la Orden, manda edificar uno nuevo, el convento de «San Benito», junto a cuyas presentes ruinas sentimos que la lección de historia antes recitada por los restos del castillo se torna emoción de arte, bañada en esa vaga melancolía que rezuma de las cosas abandonadas y hermosas.

Piadosa emoción se siente, en efecto, ante la fábrica gallarda de la iglesia conventual y bajo sus altas bóvedas de crucería gótica. Piedad y pena invaden el alma frente a las capillas de los comendadores Santillán, Ovando y Bravo de Xerez. Ante la portada plateresca del claustro y junto a la escalera de San Gil.

Para contrarrestar esta impresión volvemos los ojos hacia ese puente, cuya fortaleza perenne pone en nuestros labios, con trémolos de emoción, aquella estrofa de López Cruz:

... «Todo cambia de ser, todo perece
y todo se disipa en tu presencia;
todo arrastra una débil existencia
que el soplo de los años desvanece.
Sólo dos cosas, en tu grande anhelo,
separar no has podido de ti mismo:
el eterno mirar del alto cielo
y el eterno rugir del hondo abismo.»

Palacio de los Golfines, en Cáceres.



Cáceres. Casa del Sol.

Al dejar la villa alcantarina, algo suave y ponderado, cierto aroma sutil que efunde de lo más humilde del caserío de la villa (1) se adentra en el alma, poniendo en ella sosiego inefable, desdén de ambiciones, apego y amores de hermano a las cosas todas: es la memoria santa, el recuerdo redivivo al calor perenne de la cuna de Pedro Garabito, el frailecico humilde que trajo a estas tierras la flor blanca de infinito amor que plantara en Asís la mano bendita de aquel «Poverello» en quien el Evangelio se hizo de nuevo caridad y poesía.

CORIA.—La «Cauria» de los celtíberos, luego la «Caurium» de Plinio, ostenta su antigua fortaleza en las robustas murallas, con sus puertas de San Pedro de la Guía, del Rollo y del Sol, en su castillo de típica traza cristiano-medieval.

Pero esta Coria viril y recia, guerrera y díscola, se esfuma en la contemplación evocadora ante esa otra Coria cristiana, sede venerable de los Jaquintos, Donatos y Galarzas, que ofrece el exponente de sus tradiciones y la cúspide de su arte en esta «Catedral», cuya construcción, comenzada en el siglo XIII con limosnas, se ve rematada en el XV por el dichoso maridaje de la Fe y la Caridad.

Monumento ojival con adiciones renacentistas, de planta rectangular y dos cuerpos cuadrados, nos detiene ante esa portada del Evangelio, de estilo gótico florido, o ante la portada principal, de puro estilo plateresco.

Dentro, y tras del asombro que produce el atrevimiento constructivo de Ibarra, cubriendo con una bóveda el espacio de tres naves, se muestra al deleite contemplativo el retablo mayor, seudo-barroco, de talla dorada, atribuído a don Juan de Villanueva, y junto a él un par de palomillas de hierro, cuya fina labor bordó el rejero brocense Juan Cayetano Polo. Un coro aislado en medio de la nave ofrece preciosa reja gótica, obra de Hugón de Santa Úrsula, y hermosa sillería.

El Relicario, capilla cuadrada y de traza clásica, guarda, entre otros objetos, preciosa arqueta gótica de plata con una reliquia de San Juan Bautista. Sepulcros, en fin, se ofrecen tan interesantes cual el del obispo Préxamo, trabajado en alabastro por Diego Copín, o el del célebre prelado Galarza, en cuyo marmóreo conjunto dejó Juan Mitata un clásico ejemplar del Renacimiento.

Aparte el palacio de los duques de Alba, antiguo Alcázar, ya muy desfigurado, la catedral lo es todo en Coria. Consciente y segura de su hegemonía, se yergue entre el caserío cauriense, con el orgullo de ser, por el prestigio de su belleza y lo sagrado de su destino, la mansión más rica de la ciudad.

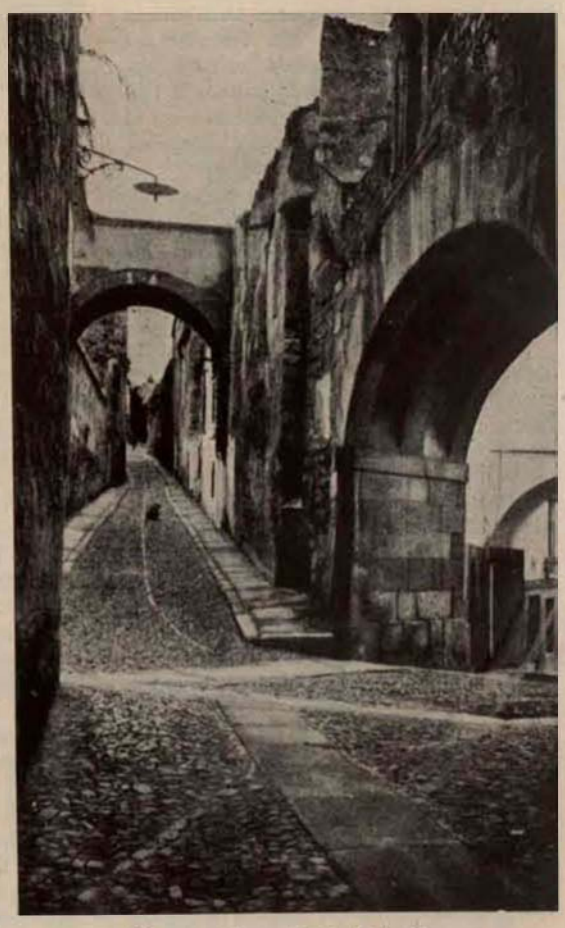
PLASENCIA.—Como emergiendo de entre el verde manto de la vega que la cobija, señorial y alegre a un tiempo, muy antigua y muy moderna, uniendo al coro de bizarrías de su pasado el son ágil de su progreso de hoy, Plasencia, posada como paloma junto al Jerte, ofrece al que la visita austero gesto de matrona antigua y clara sonrisa de moza trigueña.

Su silueta, rematada por el penacho altivo de murallas, cubos y torreones, tiene un porte caballeresco que evoca hechos de hidalgos y ricas hembras de ayer; y dominando la vetusta mole, acariciándola con su bendición, la catedral levanta hasta el cielo el airón de sus torres y agujas. Así viene a tener realidad cumplida el conocido mote de su escudo «Placeat Deo et hominibus». Dijérase, en efecto, que Dios y los hombres la contemplan con agrado.

Alfonso VIII, su fundador, al ganar a los moros la primitiva aldea de Ambroz, como si hubiera presentido el tesoro que había de encerrar, procuró rodearla de ese gran cinturón de murallas, a cuyo recinto daban acceso estas puertas Berrozana, de Coria, de Trujillo, de Talavera, del Sol, de San Antón y de Santa María.

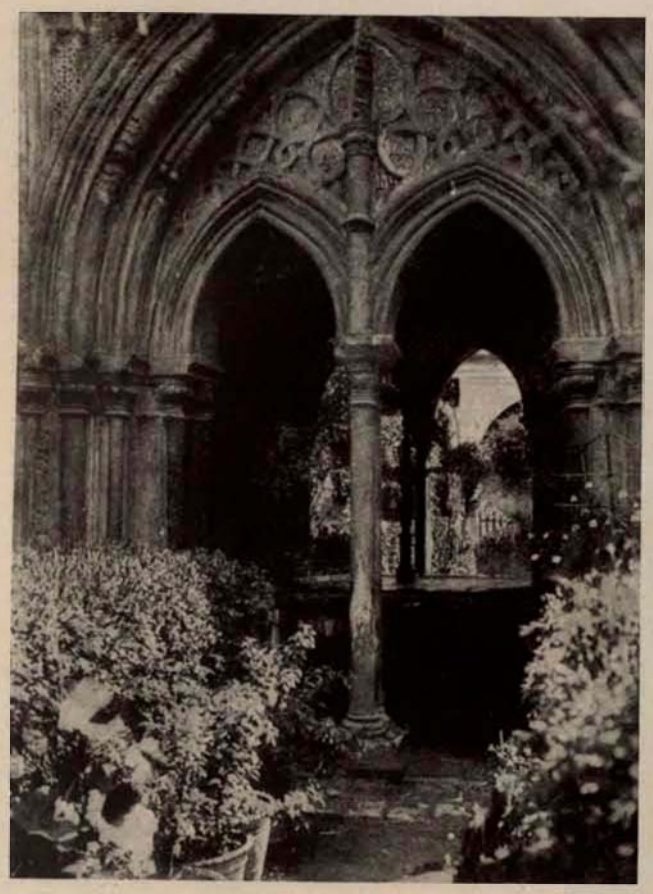
Anhelos y esfuerzos hechos en los siglos XV y XVI por tener mejor templo, aprovechando parte de la iglesia vieja, cuajan, al fin, en esta maravilla de arte, música de belleza transcrita en líneas y formas que constituye la catedral nueva, sagrado monumento que lanza al aire su gallarda silueta entre la niebla de oro del viejo solar, y donde en cada detalle parece temblar un ansia de perfección o un resplandor del genio.

Detente, curioso viajero de la emoción y el deleite, ante esa portada plateresca, gigantesco retablo en piedra, en cuya afi-



Cáceres. Arco de la Estrella.

(1) La ermita levantada en el lugar donde nació San Pedro de Alcántara.



Detalle del templete del claustro mudéjar, del Monasterio de Guadalupe. (Foto Martín Gil.)

tablo mayor, de talla dorada y policromada, que Gregorio Hernández trabajó aunando el sentimiento religioso y el sentido de lo bello. Si vuelves la mirada hacia el centro de la iglesia, quedará de fijo prendida en la sobriedad elegante de esa reja del coro, y una vez que logre desprenderse del fino calado de su crestería, irá a posarse con delectación suma en la estupenda sillería gótica tallada en nogal y profusamente historiada por las manos egregias de Maestre Rodrigo.

Junto a la clásica arquitectura del trascoro, atrae, por contraste, ese altar del Tránsito, en cuyo retablo barroco dejaron los Churriguera un modelo fastuoso de su estilo y gusto. Una última ojeada por el templo nos descubre las dos ricas puertas adinteladas de la sacristía y del enlosado, atribuídas a Covarruvias; y, por fin, reparamos en el sepulcro del obispo Ponce de León, con su marmórea estatua orante.

Esta religiosa emoción ungida de belleza —que aun pudiéramos reforzar ante las tablas de Morales del plateresco retablo de San Martín, o en los templos de San Ildefonso, el Salvador o el convento de los Dominicos— se torna en temblor de gestas y vuela con aires de gloria cuando, fuera ya de la catedral, comenzamos a leer en las áureas páginas de estas viejas piedras el relato de hazañosos hechos.

He ahí la casa señorial de los Monroy, la más antigua de Plasencia, que, aunque modificada luego, aun ofrece en su fachada la reciedumbre severa de su arquitectura románica. Como respondiendo a la fortaleza de esta casona nace en ella D.ª María la Brava, que conquista este apelativo sacando de su herido corazón de madre arrestos varoniles para vengar por sí la muerte de sus hijos.

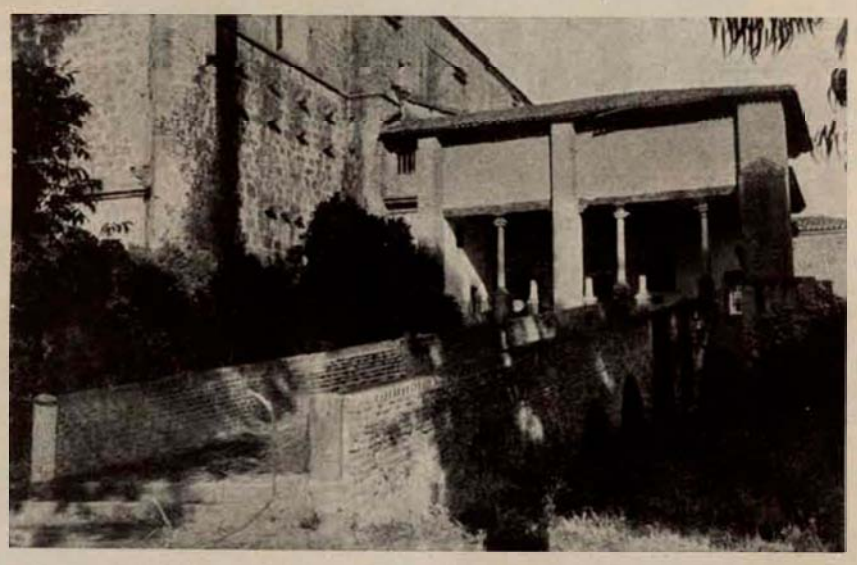
Retadora, frente a la de Monroy, se eleva la casa-palacio de los Almaraz, obra del siglo XIV, reconstruída en el XVI, con aspecto de verdadero alcázar.

¿Quieres, lector amigo, evocar cuadros de regio boato? Mira esa «Casa de las Argollas», severa construcción trecentista de los Grimaldos. Una princesa castellana de discutida cuna y destinos tristes reside en ella, por mayo de 1475; la Beltraneja la llaman. El arzobispo de Toledo, altivo y grave; los condes de Ureña y Medellín, el marqués de Villena y el conde de Plasencia, con aire agorero y preocupado, penetran en esta morada; a poco llega desde el alcázar el regio prometido de la princesa, Alfonso V de Portugal. Celebrada la ceremonia, los reyes de armas aclaman a los contrayentes, se alzan pendones por ellos, y la Beltraneja da al pueblo un manifiesto, que deja vislumbrar datos poco limpios de su origen.

... De entre las evocaciones sugeridas en nuestra visita se ha afianzado en el recuerdo la gallarda prestancia de Doña María la Brava, aquella heroína cortada por el patrón de las Jimenas y Sanchas primitivas. Y al separarnos de la ciudad, cuando ya se esfuman las torres de sus palacios y los cubos de su muralla, todavía se recortan en el espacio las agujas de su catedral, levantándose al cielo en anhelo constante de infinito... Sigamos a Yuste.

ligranada ornamentación pusieron sus manos y vertieron su ingenio los maestros Juan de Álava, Francisco de Colonia, Alonso Covarruvias, Diego de Siloe y Gil de Hontañón.

Al penetrar en el sacro recinto, asombra la amplitud del templo, la elevación de sus naves, el laberíntico estrellado de sus bóvedas y la rara gallardía de los haces de finísimos nervios de sus pilares, que se abren gentiles en lo alto para sostener aquéllas. He ahí el suntuoso re-



Terraza del Emperador, en el Monasterio de Yuste. (Foto Díez.)

YUSTE.—«Deseo retirarme entre vosotros a acabar la vida; y por eso querría que me labrásedes unos aposentos en San Jerónimo de Yuste, y por lo que fuera menester, acudiréis al secretario Juan Vázquez de Molina, que él procurará dineros, para lo cual os envío el modelo de la obra...»

Así manifestaba Carlos V a los Jerónimos de Yuste su propósito de abandonar suntuosidades imperiales, para consagrarse humildemente, en este apacible retiro, al negocio que ya le importaba: la salvación de su alma.

Austeridad desnuda, sencillez severa efunden, en efecto, de la obra del hombre en este lugar, donde sólo la obra de Dios ofrece riqueza exuberante, que, vistiendo valle y sierra, se muestra en aguas, brisa, fronda y frutos, cual hojas de un breviario en donde el espíritu, hecho llama y luz, descubre la mística vía para acercarse al cielo. Aquí fué donde el héroe de Mulberg libró acaso sus batallas más cruentas, donde vivió de fijo su vida más intensa, porque en la plenitud serena y honda de este silencio apenas hizo sino meditar, que es vivir en la oración y en el pensamiento.

¿Qué había en este retiro cuando mereció la predilección de Carlos V? Un monasterio de Jerónimos, fundado en base de la ermita y casa que Andrés de Plasencia y Juan de Robledillo labraran sobre el terreno que en la falda de esta sierra de Tormantos les donó en 1402 un vecino de Cuacos: Sancho Martín.

Sólo restan ya de aquel monasterio dos claustros arruinados, gótico y sencillo el más antiguo, y plateresco el más moderno, juntamente con la iglesia conventual, gótica, de una nave con bóvedas de crucería estrellada. Iglesia conventual despojada, claustros y refectorio en ruinas, todo esto nos deja esa emoción triste y tocada de vaga melancolía que sentimos ante el torso trunco de una estatua clásica.

Edificio de mediana capacidad y aspecto sencillo, con austeros aposentos de paredes blanqueadas, y adosada a la iglesia, he aquí la «Casa del Emperador». Arrodilla tu alma, visitante, y si eres algo poeta, prepárala a tejer sugerentes sueños ante ese pórtico que fué un día descanso del cuerpo, espiritual remanso del señor más poderoso de la tierra.

A las cinco de la tarde de un día del mes de febrero de 1557 se ha detenido a la puerta de esa iglesia lujosa litera, de la que desciende un hombre prematuramente envejecido: es Carlos I de España y V de Alemania. Entre las personas de su casa y servidumbre muestra Carlos especial predilección por su fiel mayordomo Luis de Quijada, que, a ruegos de aquél, traslada también a Cuacos su familia y casa; con su esposa, D.ª Magdalena de Ulloa, ha venido un agraciado pajecillo, al que llaman Jeromín (1).

Las pruebas de distinción que el Emperador dispensa a D.ª Magdalena la obligan a visitarle. En una cámara de severidad casi fúnebre, bajo dosel y amplio sillón, inclinada la cabeza y la voz fatigada, Carlos V recibe a los Quijada, acompañados de Jeromín, que porta rico presente. Luego de reverencias y gentiles pláticas, el pajecillo ofrece, arrodillado, el obsequio, y el Emperador, luego de darle a besar su mano, acaricia la rubia cabecita y pone en el niño una mirada honda, de amorosa y blanda dulzura, que ha tenido inexplicable y vago eco en el corazón de Jeromín. Al salir de la estancia, el niño se ha echado, llorando, en brazos de doña Magdalena...

Gravemente enfermo poco después el solitario imperial, en el oratorio de la casa de Quijada, doña Magdalena y Jeromín elevan preces aromadas con lágrimas de pena. Una noche, la del 20 de septiembre de 1558, Carlos entra en el período agónico. En casa de Quijada, su esposa vela el sueño de Jeromín, y

(1) Así se titula la novela del P. Coloma consultada para este capítulo.

Sacristía del Monasterio de Guadalupe. (Foto Martín Gil.)

cuando, a impulsos de su ternura, va a besar la manita tendida, la campana mayor de Yuste lanza el toque de agonía; al despertar el niño, sobresaltado, la dama, entre besos, le dice que rece; y Jeromín, el hijo natural de Carlos V, musita por su padre una plegaria, acompañada del rumor de caricias, que, cual responso santo, florece en los labios de la noble dama D.ª Magdalena de Ulloa.

Mientras, vencido por la Invencible, moría en Yuste el Emperador, retoñaba en Cuacos su heroísmo en la mocedad graciosa de aquel pajecillo que, llevando sangre tal en su venas, sería después el héroe de Lepanto: Don Juan de Austria.

Estancias de la casa imperial de Yuste: en vuestra respetada sencillez se escucha todavía el timbre de la tradición amada; flota aún ese polvo de luz antigua que, aunque deshecha, todavía nos ilumina, nos calienta y arraiga al solar de la casta.

GUADALUPE.—Subiendo por la falda de bravía sierra, escalando alturas desde donde la vista se expande y el sueño de las almas vuela, hemos llegado a un lugar en el que la belleza del paisaje, despertando inquietudes altas y sentires hondos, prepara el ánimo a gustar las emociones de fe y de arte que sugiere el histórico «Monasterio de Guadalupe».

Fortaleza y templo, alcázar y monasterio a un tiempo, la enorme mole de vetustos muros y altas torres se levanta en la falda meridional de la sierra de Guadalupe, territorio de las Villuercas, como lección de historia, archivo de tradiciones, museo único y sagrario de fe y amores a una Virgen, cuya intercesión piadosa, rendida siempre con la gentileza y mimo de su corazón de madre, la deparó un altar en el pecho de cuantos a Ella llegan.

Museo riquísimo, puedes aquí, peregrino amigo, estudiar arqueología en la sencilla fachada del Monasterio, en su iglesia gótica, en la monumental sacristía con la capilla de San Jerónimo, en el Camarín, en el magnífico claustro mudéjar o en el claustro llamado «de la botica».

En escultura y talla, moverán tu ánimo con ritmo deleitoso el soberbio retablo mayor de Merlo, tallado en borne y cedro, con la rica papelera de Felipe II por Sagrario, los sepulcros de Velasco y el padre Illescas, las «Estaciones» del claustro y las «mujeres bíblicas» del Camarín, la sillería del coro, la linda arqueta de los esmaltes de fray Juan de Segovia, o la monumental reja plateresca de la capilla mayor.

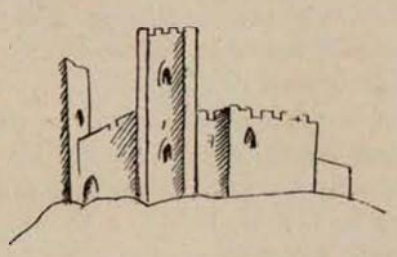
En pintura, te impresionará el vigoroso realismo del «tríptico de la Epifanía» o la fantasía exuberante de los lienzos de Lucas Jordán en el Camarín; y, por último, sentirás maravilla y pasmo ante el genio austero de Zurbarán, plasmado en esos lienzos que hacen de la «Sacristía» guadalupense museo único en el mundo.

Joyas como el «lignum crucis» de Enrique II; libros corales sin igual; bordados de riqueza y gusto insuperables, como el Frontal de la Pasión, el Terno del «Tanto-monta», el Terno rico o el llamado «trapo viejo», y los varios y hermosos vestidos de la Virgen, te dejarán de fijo una impresión de suntuosidad imborrable.

Recuerdos históricos, piadosas tradiciones, emociones de arte, riqueza inagotable, todo parece fundirse al acabar nuestra visita en un acorde prolongado, que repercute en el alma con sones de asombro. Y al separarnos de este lugar —donde la piedad de los siglos plasmó sus fervores a la graciosa Señora en formas, líneas y colores de maravilla— el corazón, embelesado, va cantando plegarias y rezando emociones.

Puente romano, en Valencia de Alcántara, sobre el Tajo.

Cáceres, Alcántara, Coria, Plasencia, Yuste, Trujillo y Guadalupe deben ser etapas deleitosas de un peregrinar evocador, que comienza abriendo el alma al culto de la historia en el viejo Cáceres, y termina serenándola en los claustros del monasterio guadalupense, con el agasajo de una emoción de fe y de belleza.



Retablo mayor de la catedral de Plasencia.

FÁBRICA Y ALMACENES DE PIMENTÓN

LA CASA

MARCA REGISTRADA

FELIPE LÓPEZ GARCÍA

·CÁCERES· PLASENCIA· ESPAÑA·

TRUJILLO, CUNA DE COLONIZADORES

POR CLODOALDO NARANJO ALONSO
PRESBÍTERO

EL viajero que confía sus deseos de sentir emociones históricas, difícilmente encuentra en la ruta de turismo de Madrid a Sevilla una población más evocadora de gloriosos recuerdos que la famosa ciudad extremeña de Trujillo.

Cuando, jadeante y penoso, gana el automóvil la empinada cima del Mirabete, ingente atalaya desde la que el legendario Viriato espió más de una vez las confiadas marchas de las legiones romanas, para caer sobre ellas con la celeridad del rayo y deshacerlas, si tiende la mirada al sur por el vastísimo horizonte del corazón de Extremadura descubre un rocoso cerro, cuya cresta perfilan dos hieráticos edificios: un templo de gallardo campanario y un castillo de achatada e inmensa mole, coronando el nido riscoso de la raza de los héroes.

Vista del castillo y del mirador de los Jerónimos.

Ello es, a lo lejos, la cifra de un poema de la Reconquista, la Religión y el Valor, que se ha perpetuado a través de los siglos desafiante, impávido ante los hombres y los tiempos, porque encierran, como la esfinge, el misterio secreto de la historia patria en sus más bellas páginas, escritas por Castilla y por León.

La Historia apunta su fe de vida como fortaleza o castro del gran Julio César y la clasifica posteriormente como ciudad fuerte amurallada entre los siglos del Islam; pero su renacimiento espiritual le tuvo cuando, el año 1232, las Órdenes militares de Alcántara y Santiago, unidas a las huestes fonsadas del obispo de Plasencia, en nombre de la doble corona que ciñera la frente del glorioso Monarca San Fernando, fundieron la sangre bautismal sobre ella, haciéndola entrar con su esfuerzo, con su valor y con su fe, en la nueva vida de nacionalidad hispana.

Pero aquella sangre generosa tuvo en el antiguo cerro Virgilio un aljibe providencial que la recogiera para hacerla fecunda en las generaciones sucesivas, y fueron ese templo cristiano y esa fortaleza ingente presididos por una imagen de María, que fué el alma de la epopeya aquélla, y así pudo verse poco a poco formarse el Trujillo heroico y legendario, nutriendo sus venas en el gran depósito de sus ideales, hasta que formó las asombrosas arterias de sus héroes, por donde corrió en los siglos de oro, hasta celebrar su nombre resonante en el mundo.

Brotó en Italia y Alemania, con el famosísimo Paredes; en África, con Ruy de Vargas; en Francia y Flandes, en Navarra y Portugal, con los Solises y Torres; en Granada y Alpujarras, con los Altamiranos y Tapias, y, sobre todo, irrumpió hacia América con los más denodados capitanes de aquel siglo.

De aquí surtió su heroísmo sacrosanto el inmortal Cortés, para Méjico; el infatigable Alvarado, para Guatemala; Paredes, para sus expediciones en Venezuela; Alarcón, para recorrer el curso del Colorado y fijar los puntos cardinales de la gran California; Chaves, para conquistar Bolivia; el gran Pizarro, para vaciar sobre el imperio de los Incas los fundamentos de una civilización avasalladora; los trujillanos de la expedición al país de la Canela; Orellana, para surcar, temerario, el Amazonas; Vargas, para sus proezas en Nueva Méjico; más de 120 capitanes, para pasear por el continente americano el nombre glorioso de Trujillo; dos prelados, para cimentar en grandes instituciones culturales los ideales de la patria, y el más grande artista de aquellos primeros pasos de la estética racial, Becerra, para dibujar en perfiles magistrales el famoso arte colonial, a lo que no ha llegado ninguna nación del mundo de las que han colonizado, porque sólo España sabe crear arte fuera de ella.

El Trujillo moderno ofrece hoy al turista que le visita la vistosidad, el aseo, la delicadeza y el cariño que le merece todo el que llega a su recinto para admirar sus glorias. Por eso le presenta primero sus bien cuidadas e higiénicas avenidas; sus excelentes hoteles, sus calles y paseos, remozados y fáciles; sus servicios, en esmerado funcionamiento; pero el verdadero relicario de sus grandes recuerdos está arriba, en la escalonada cuesta que arranca de su plaza y remata en esos dos edificios que le resumen: el templo de Santa María, donde reposan las cenizas de sus hijos, y el castillo medieval, donde se venera su Patrona.

Ninguna ciudad del mundo tiene, como Trujillo, un recinto donde convivan los manes de sus grandes hombres con las generaciones posteriores tan expresivamente. Subid a su plaza, y de un solo golpe os hallaréis rodeados de esos recuerdos vivientes de otros siglos. En el palacio de los Pizarros palpita todo el poema de la gesta peruana; en el de los Chaves se sienten los preliminares de las conquistas de Granada; en San Martín, la sobriedad y lealtad de los antiguos linajes del Concejo; en Santa María, el silencio venerando de las proezas, convertidas en polvo de muerte terrenal; en el monasterio de la Coria, la cuna espiritual del gran Pizarro; en el Arco del Triunfo se añora el nacimiento de un pueblo inmortal; en la portada de Pizarro, el esquema de una familia desdoblada en los pliegues de la Providencia; en el castillo, la firmeza inconmovible de una raza.

Vista parcial de la plaza Mayor, con el monumento de Pizarro.

Desde muy antiguo se tituló a Trujillo con los nombres de Muy Noble y Leal Ciudad; hoy merece nuevos timbres por su actuación en el mundo; como aquella matrona romana que tuvo compendiada su grandeza en ser madre de los Gracos, Trujillo debe ser saludada como madre de Conquistadores.

LOS DOS FAROS

"DO CABO DO MUNDO"

POR

Ramón María Tenreiro

La Torre de Hércules.

Finis terrae», fin de la tierra, cabo del mundo, es nuestra dulce provincia, «a vora del mar gran»—si me es lícito emplear áureos versos de un alto poeta del extremo oriental de la península al intentar una descripción de su punta más occidental—. Y añade en su lengua catalana Maragall, que es el cantor a quien vengo refiriéndome:

«les ones veu com venen—i els astres com s'en van;
sommia mons que brollen,—i mons que ja han fugit.
Li van naixent els somnis—de cara al Infinit.»

No conozco otras palabras que con tan concisa intensidad—privilegio de gloriosos artistas—evoquen lo fundamental del carácter de nuestra comarca, tierra de poniente entre las tierras de poniente, que, sumida en la melancolía de místico arrobo, contempla la llegada de las olas y el ocaso de los astros, frente al infinito misterio del mar donde se hundieron las Atlántidas y de donde han brotado las Américas.

* * *

La cordillera Cantábrica, luego de entrar en Galicia, pierde su ceñuda ferocidad nativa, vencida por la cortesía del ambiente; dilátase en ilimitadas mesetas, ancha pista para las galopadas del viento; despliégase, como varillaje de abanico, en serrezuelas de modesta altura, que avanzan bravamente hasta encontrar su muerte entre los hirvientes furores del mar, encerrando con tierno celo, entre montaña y montaña, el lascivo paraíso de las rías.

En dos gigantescos sistemas de fortificación, el uno por el norte, el otro a poniente, articúlanse los montes que defienden la provincia del noroeste de las sempiternas cóleras del océano: al septentrión, prolóngase la Sierra de la Faladora hasta quebrantar en la Estaca de Vares las últimas ondas del Cantábrico; después, la Capelada opone sus robustos lomos a los salobres espumarajos de las olas, y en ella son inexpugnables baluartes los Aguillones, la Candelaria, el cabo Ortegal; con los ingentes cantiles del Prior terminan las norteñas defensas. En San Adrián y las islas Isargas, junto a Malpica, comienzan los bastiones del Ocaso, postrer avanzada de las tierras de España por el camino del decadente sol, costa de las más bravas que posee el planeta frente al más fiero de sus mares. De esta muralla inescalable, contra la que en vano se precipitan los escuadrones de las olas, sueltas al viento sus crines de espuma, son valerosos fuertes de vanguardia las puntas del Roncudo, de Lage y de Buitra, los cabos Villano, de Touriñán y de la Nave; en este macizo, tímidamente agazapados entre los peñascos de la costa, como nidos de gaviota, hállanse algunos míseros poblados, últimos de la Europa continental que son testigos de la diaria agonía del sol. Tras haber levantado sobre los frenéticos abismos la escarpa triunfal del cabo Finisterre, la costa se repliega prudentemente hacia el este, fatigada de su victorioso esfuerzo; pero aun arroja sobre las rompientes los despeñaderos del Monte Louro, para guardar la entrada de la ría de Muros, y contra las rocas derrumbadas desde las vertiginosas cimas del Barbanza se estrellan vanamente, en Corrubedo, las olas más salvajes del Atlántico.

En esta ruda zona, frontera de dos mundos, hito primitivo que impuso a las aguas infranqueables linderos, todo es pobreza y desolación bélicas, fragor de lucha, aliento de epopeya. Apenas débil túnica de musgos y hierba encubre a trechos el recio esqueleto de los montes, que muestran su trágica desnudez en acantilados y roquedos, canchos, peñascos, cantizales, arrecifes, escollos. Jamás adormecen su furia las ráfagas del viento, que se internan por el país saturadas de marinas fragancias; y, de valle en valle, retumba largamente el bramar de las olas, cuyos clamores en vano pretenden imitar las zumbadoras copas de los pinos, enamorados del mar, que, por llegar a verlo, avanzan tercamente por la mísera comarca, hacia sus márgenes, buscando abrigo en cada repliegue del terreno.

Entre los berroqueños picachos del cabo Prior y los de San Adrián queda rota la sucesión de estas fortificaciones, separándose las del norte de las del oeste; suavízase algún tanto la fiereza de los montes; intérnase la línea de tierra, que dibuja un seno gigantesco, dentro del cual, en torno al peñasco de la Marola, vierten sus aguas las rías del Ferrol y de Ares y se abre la bahía coruñesa: es el «Portus Magnus Artabrorum», el Puerto Magno de los ártabros, la prócer rama de la gran familia celta. En su fondo, señoreando, desde el cabo Prior a las Isargas, el brumoso anfiteatro violeta de la costa sobre los encajes de espuma de las rompientes, álzase, redondo como pira, el promontorio herculino, islote en otros tiempos. Sobre su granítica cima sabe Dios desde qué remotas edades, encendido por el celta Breogán o el fenicio Hércules, arden las llamas del más antiguo faro que ha teñido de rubíes el fugitivo espejo de las olas. Pero aunque el navegante semita viniera impulsado por fines mercantiles hasta la misteriosa rada de la Coruña, no un motivo utilitario, sino religioso, hizo brillar el terrenal lucero de la ciudad herculina: habrá sido un altar del sol poniente, ara en que se rendiría culto a la divinidad solar que cada tarde se hunde en los inexplorados confines del mar, para resurgir, remozada, a la siguiente mañana tras los dorados montes del oriente. Esta diaria tragedia trueca, al anochecer, en lúgubre mar de brasas, nuncio de los espantos que poblaban sus lejanos términos, aquel tremebundo océano sobre cuyas violentas ondas a tantos navegantes se había visto partir para no regresar jamás ni dar de sí nuevas. El sol, al anegarse entre las olas, iba a parar al tenebroso reino de los muertos, del cual, para toda la antigüedad, para el celta que iba y venía valerosamente en místicos viajes desde Irlanda y Bretaña a esta santa comarca gallega, para el ávido fenicio buscador de estaño, para el romano como para el griego, eran frontera, santa y misteriosa, estas últimas tierras del Ocaso. Aquí comenzaban los espeluznantes arcanos de ultratumba, y por mar y por tierra, con piadoso pie, venían las gentes a visitar esta comarca sagrada que contemplaba congojosa el sangriento tránsito del sol, en una cegante gloria, entre las centellas de oro de las olas.

* * *

Pero veamos ahora la «Coruña feliz» después de la «Coruña pétrea», si oso aplicar aquí la clásica división geográfica de la Arabia, y hasta cambiar en ella un acento, que sí lo osaré, ya que en acento «más o menos no reparan dos amigos».

En los vastos recintos fortificados con que se libra la provincia de la acometida de los mares; en medio de los parapetos, cortinas, baluartes, murallas, torreones, castillos, de sus nunca vencidas defensas, ábrense portillos para desembocadura de los ríos, y por ellos, una vez domada su bravura, penetran mansamente las salobres aguas del mar, para adormecerse en la rubia pereza de las playas, e internarse, silenciosas, a la hora de la marea, por el fondo de los hundidos valles, hasta besar humildes la planta de prados y castañares.

Así, desde la lindísima ría del Barquero, en la frontera oriental de la provincia, hasta la gigantesca de Arosa, en su extremo meridional, hay una serie de rías, todas diferentes, cada una de ellas con bien acusada fisonomía, pero concordes en ostentar los dulces encantos del paisaje de agua y tierra. Esta zona figura entre las más apacibles creadas por Dios en toda la redondez del planeta: brazos de mar que se adentran voluptuosamente por el seno amoroso de la comarca; redondas colinas de femenil suavidad, cubiertas hasta la cima de vegetación eternamente verde, que se contemplan en el espejo de plata de los estuarios; risueños valles, frondosas vegas, campos feracísimos, prados, viñedos, labrantíos, sotos, pinares: uno de los ambientes más blandos, propicios y regalados con que jamás haya tropezado el hombre en su peregrinar por la existencia: mar y tierra rinden a porfía sus copiosos frutos; la vida es allí fácil y grata: en estas dichosas tierras, bajo estos mansos cielos, estáse espiritualmente lo más lejos posible de la ruda atmósfera de místico terror que impera, a muy pocas leguas de allí, en cabos y promontorios.

Por ello, esta zona estuvo siempre pobladísima: poco sabemos de sus habitantes lacustres, pero en las márgenes de las rías y en los valles por donde descienden los arroyos y ríos no hay elevación del ondulado terreno que no contenga vestigios de antiquísimos castros; en el día de hoy está superabundantemente habitada, por una raza fuerte y bien constituída, de septentrional exuberancia, fecunda, optimista, dionisíaca, que disfruta ampliamente de cuantas delicias derramó el Creador en su privilegiado habitáculo. Esta es la tierra riente de las muñeiras y foliadas, de los cantares apicarados, de las malicias, del sensual regodeo y alegría.

En tres poblaciones podríamos resumir las características de esta Coruña de las rías, de la «Coruña feliz». En primer término, el Ferrol, al fondo de su privilegiada ría: angosta boca, largo canal de acceso guardado por ingentes montes, totalmente inviolables para todo medio de ataque hasta tiempos recientes, y una vez dentro del puerto, vasta extensión de mar, de fondo igual, profundo, limpio—razones que lo hicieron puerto de capital importancia para nuestra Marina de guerra—, ceñida todo en redondo, desde el mismo pie de las montañas de su boca, por ancha guirnalda de campos feracísimos, extraordinariamente poblados de blancos caseríos. Las otras dos poblaciones serían Betanzos y Noya: viejos núcleos urbanos muy semejantes, cuajados de antiguas iglesias y mansiones señoriales, que se alzan sobre colinas ceñidas por la sierpe del río, en el último fondo de los esteros de Ares y de Muros, en el centro de muy fértiles y bien dotadas comarcas.

Aguas arriba, remontando la cuenca de los ríos, penetra en el interior del país la fecundidad, riqueza y alegría de estas tierras «mariñanas», según se preste o no a ello la formación orográfica. Algunos ríos, como el Ulla, por rodar en mansos meandros por propicia comarca, llevan hasta el propio corazón de Galicia el voluptuoso ambiente de las rías; otros, como el Eume, despeñándose por hondas hoces fragosas entre gigantes montes, apenas en su desembocadura logran producir un par de palmos de tierra laborable.

El mar de Orzán, en la Coruña.

Réstanos aún tratar de la «Coruña desierta», tercer término de nuestra división geográfica de la provincia. Después del lujoso festín de las rías y los valles que descienden hasta ellas, álzase la «Montaña» coruñesa, vasta región de páramos, pobres y desnudos; llanuras penitentes, sólo adornadas por el oro amargo de las retamas y la áspera púrpura de los brezos; arbolado escaso, de menguado desarrollo y follaje austero; poblados poco abundantes, con achaparradas casas de color de pizarra, que apenas se destacan sobre el perfil de la meseta: paisaje eremítico, gris, ceniciento, bajo la húmeda ceniza de los bajos nubarrones de los cielos. Son las tierras de la melancolía, de la morriña, de los nostálgicos anhelos; de risco en risco y de eco en eco, entona largos y tristes «alalás» la misteriosa voz de los vientos.

Y en lo más inhóspito de la comarca, en la ruda tierra de los Tamáricos, a hora temprana de la aun infantil Edad Media, enciéndese el segundo faro místico que ha de iluminar nuestra sagrada tierra. Una estrella del cielo comunícale su lumbre, y desde su invención, en el siglo IX, el sepulcro compostelano es luminar que atrae hacia este confín del mundo las corrientes de peregrinos. Reanúdase el valor religioso de nuestras comarcas de poniente, si alguna vez lo habían perdido; el hombre medieval ha encontrado la tercer meta de su místico anhelo de viajes: Jerusalén, Roma, Santiago, y el piadoso pie del conchero traza en el suelo, desde las ignoradas fronteras de la cristiandad, el mismo camino que siguen los astros por el cielo.

De este modo, no por causas mercantiles, sino religiosas, el mísero yermo galaico ve surgir en torno al santo sepulcro de occidente una ciudad que ha de figurar entre las más bellas del mundo. El naciente espíritu medieval, por obra de arquitectos y escultores, vierte en ella lo más ingenuo y florido de sus gracias. Aparecen allí artistas y sabios, redáctanse crónicas, compónense canciones inmortales, y, durante largos siglos, la lejana ciudad de Santiago es encendido astro de poniente que irradia resplandores de cultura hasta muy apartadas regiones. Sus riquezas despiertan la codicia de infieles y piratas: Almanzor la profana, los normandos la saquean; pero las innúmeras mareas de peregrinos, densas como las del mar, restauran siempre, con esplendor cada vez más deslumbrante, lo que ha sido destrozado. Un día, en el «valle de lágrimas» del Sar, brota de labios gallegos, de los del santo obispo Pedro de Mosonzo, la más dulce, suave, tierna y soledosa plegaria del cristiano: la «Salve», impregnada de gallega melancolía. Otro, a la entrada de las bóvedas de la basílica, el cincel de un genio, Dante del granito, que esculpe en piedra la crónica del «viaje del alma» con la misma imperecedera perfección con que había de describirla en los tercetos de sus cantos el vate florentino, presta eterna existencia, en las estatuas de los fustes del Pórtico de la Gloria, al hombre de la raza que puebla nuestra tierra, cuya alma, nostálgica o risueña, doliente o irónica, contempla la llegada de los peregrinos desde la faz de los apóstoles y profetas allí labrados, mientras, allá en lo alto, los apocalípticos ancianos de la archivolta, tañendo sus músicos instrumentos, entonan las perennales armonías de su callado concierto, patente símbolo del espíritu de la tierra que cual ninguna canta entre todas las de España. El alma del país es todo lirismo: cada anochecer, por boca de las rapazas que regresan de los campos, llena de temblor de canciones el paisaje; floreció antaño en los siempre fragantes poemillas de los cancioneros medievales, y, casi en nuestros días, encarnando en el espíritu de Rosalía, cuya voz es la propia voz de la tierra y de la raza, supo dar perpetua expresión artística a los anhelos, afanes, sufrimientos, tristezas, ternuras y goces de la gente que labra los agros.

Y ahora pido la venia para terminar con unas palabras portuguesas lo que comenzó con otras catalanas, juntando así en un solo abrazo de amor las principales lenguas peninsulares. He aquí, como dice el gigante vate lusitano, la comarca

«onde a terra se acaba e o mar começa...
Esta é a ditosa patria minha amada.»

RIQUEZA MONUMENTAL DE LA PROVINCIA DE

LA CORUÑA

POR

ANGEL DEL CASTILLO

La provincia de la Coruña no puede, en realidad, desligarse en ninguno de los aspectos que al turismo interesan de las que, con ella, constituyen el antiguo reino de Galicia. Pero si dentro de la división establecida quisiéramos señalar a la nuestra algunos caracteres peculiares en el orden histórico-arqueológico, fuera de las razones geográficas que obligaron a erigir el famoso «Farum Brigantium» de los romanos en el puerto de la Coruña, tendríamos necesariamente que referirnos al descubrimiento del cuerpo del Apóstol Santiago y al «camino francés» de las antiguas peregrinaciones, que crean en Compostela uno de los centros de cultura más importantes de los siglos medievales, donde se concentra y se refleja todo el saber de aquellos tiempos y de donde en diversos sectores irradia sobre la España de la Reconquista.

Por fuera de las consecuencias que se derivan de la localización de ese centro de nuestra provincia, nada de las otras la separa. Podrán los erguidos acantilados de la costa brava y la suavidad de su clima ofrecerle, tal vez, algunos caracteres geográficos peculiares; en los demás aspectos de la personalidad histórica de Galicia, nada diferencia ni separa las provincias a que los sucesos políticos de otros siglos redujeron las extensas comarcas galicianas de otro tiempo.

Coruña: Santo Domingo. (Foto E. Peña.)

La organización céltica con que en Galicia terminan los tiempos prehistóricos y la romanización que la incorpora luego al mundo entonces conocido, prodúcense por igual en toda nuestra tierra; agrúpanla bajo una monarquía que vive a la par que la visigótica, los suevos, y cuando, absorbida por los visigodos, su personalidad política desaparece, mantiene, sin embargo, latente su organización y resurge el desmoronamiento que en la península se produce con la invasión de los árabes, y unas veces como reino y otras a la fuerza sometida, Galicia es siempre Galicia. ¿Cómo desgajar de entre sus tierras un pedazo para buscarle o atribuirle lo que nunca separó nuestras provincias? ¿Cómo recabar para la nuestra lo que por igual a todas enriquece y a todas por igual personaliza?

La riqueza monumental de nuestra tierra es tan grande y tan «suya», que es difícil resumirla y concretarla en breves líneas. Tan sólo el señalarla, emplazando sus más notables monumentos, rebasa los límites a que, por fuerza, hay que sujetarse. ¿Cómo hablar de sus caracteres peculiares y cómo encarnar y divulgar cumplidamente lo que tanto trabajo nos cuesta resumir?

De los interesantes y numerosos yacimientos prehistóricos apenas si podemos referirnos a los de los «Puentes de García Rodríguez», a las «mámoas» o túmulos de «Sandá» y de «Fanegas», a los «dólmenes» del «Bocelo», «Barbanza», «Dombate» y «Cabaleiros», a los «castros» o lugares fortificados de «Cines», «Bergondo», «Reboredo», «Moldes», «Castromayor» y «Corbelle», y a la indicación de algunas de las colecciones donde se guardan el número mayor de objetos descubiertos, como las de los Sres. Álvarez Carballido, Cicerón y Maciñeiro; y de monumentos romanos, nos limitaremos a la enumeración de algunas lápidas y a citar los vestigios de «Ciudadela» y la famosa «torre de Hércules», de la Coruña.

De la arquitectura cristiana, que tanta importancia adquiere en nuestra tierra a partir de la undécima centuria, con la famosa «escuela románica compostelana», concisamente definiremos algunos de los monumentos más importantes que nuestra provincia conserva, como los espléndidos monasterios cistercenses de «Monfero» y de «Sobrado», y otros que, si aparentemente no tienen tanta importancia monumental, ofrecen, en cambio, un mayor interés arqueológico, como las antiguas iglesias monásticas de «Cambre», «Bergomar», «Moraime», «Soandres» y «Monteagudo», así como algunos que, aun siendo de traza y proporciones reducidas, se presentan como curiosos ejemplares de nuestra arquitectura románica, como son las iglesias de «Osciro», «Mellid», «Elviña», «Finisterre», «Herbón», «Cerujo» y «Cullerido» y otras más humildes, que, además de interesar al conocimiento de nuestra arquitectura medieval, se ofrecen, o rodeadas de espléndidos panoramas, como las de «Espenuca» y «Picosacro», o envueltas en los recuerdos históricos de nuestra tierra, como las de «Leboreiro» y «Ciudadela».

Un aspecto de un muelle de la Coruña.

De nuestra arquitectura civil, además del famoso «palacio de Gelmirez», de Santiago, de su importancia el único en España, apenas si podremos mencionar aquellas fortalezas medievales que más sobresalen por su hermoso emplazamiento, por su importancia monumental y por el alto interés histórico que ofrecen, como son, por ejemplo, las de «Andrade», «Marahio», «Vimianzo» y «Altamira»; y de nuestros «pazos» o casonas, que aun levantan en medio de hermosísimos paisajes sus erguidas torres señoriales y sus amplias estancias blasonadas,

apenas si podremos rápidamente señalar, entre tantos, el de «Santa Cruz de Ribadulla» y el de «Láncara», las «torres de San Tirso» y de «Cillobre», de «Cereijo», de «Allo» y de «Romelle».

Y aunque no afecte precisamente a nuestra riqueza monumental, por lo que tiene de etnográfico y de ligado a las más interesantes excursiones que por nuestra provincia pueden fácilmente organizarse, de nuestros santuarios más famosos, donde más importantes romerías se celebran y el recuerdo de viejas tradiciones más perdura, mencionaremos tan sólo, por citar algunos, los de Nuestra Señora de Pastoriza, la Virgen de la Barca en Mugía, Santo Cristo de Finisterre y San Andrés de Teixido.

Un apunte de la bahía de la Coruña.

Y por razones parecidas, aunque la configuración especial de nuestra tierra, de suyo hermosa y pintoresca, presenta por todas partes bellísimos paisajes y ofrece por doquiera espléndidos panoramas, citaremos, por el emplazamiento cercano de interesantes monumentos, algunos puntos de vista admirables, como los montes de la Espenuca, Xalo, Castromayor, Bandoja, Bocelo y Picosacro, en el interior de la provincia, y los del Pindo, Breamo, Teixido y Finisterre, sobre la costa.

Por último, detállanse, hasta donde es posible, cuanto de más interesante conservan en el aspecto monumental nuestras villas y ciudades de más tradiciones y recuerdos medievales, las de Mellid, Puentedeume, Noya, Betanzos, la Coruña y, sobre todo, en otro lugar, Santiago de Compostela, una de las ciudades más monumentales de España,de más carácter tradicional de Europa y de mayor interés histórico del mundo.

Vista del paseo de Méndez Núñez y de la bahía de la Coruña.

El Cantón pequeño de la Coruña. (Fotos Villar.)

Entre los monumentos y cosas notables de la capital y su provincia citaremos en primer término:

LA CORUÑA.—La «torre de Hércules» es uno de los más importantes monumentos romanos de España; en la casilla de piedra existe una inscripción romana y en las inmediaciones esculturas rupestres.

La «iglesia de Santiago» es románica, de la segunda mitad del siglo XII, con elementos ojivales de los siglos XIV y XV, por reconstrucción; de planta basilical de una nave (primitivamente de tres), con tres ábsides semicirculares (reconstruído el de la Epístola); tres portadas románicas, alterada la principal; rosetón ojival; imagen de la Virgen de la Leche; en la sacristía se guardan antiguas vestiduras, aras romanas, imágenes antiguas de piedra policromadas (de Santiago y de la Virgen), una pila de bautizar ojival y algunos otros objetos antiguos y curiosos.

El Ayuntamiento.

En el atrio se reunían, a son de campana, el Concejo de la ciudad en los siglos medievales, y en la torre se guardaba antiguamente la pólvora para la defensa de la plaza.

La «iglesia de Santa María del Campo» es románica-ojival, con obras de los siglos XII al XIV; hoy de planta basilical de tres naves y un ábside semicircular, pero probablemente de una sola nave y el ábside que conserva, en su trazado primitivo; ampliada recientemente, pero conservando en la portada principal parte de sus elementos antiguos, como el tímpano con la Adoración de los Reyes (siglo XIV), con portadas laterales, sepulcros señoriales, rosetón ojival, torre de campanas (siglo XV); frontal de plata del altar mayor, barroco, de 1793; imagen de Santa María Magdalena, del tipo de Pedro de Mena (siglo XVII); imágenes de piedra, policromadas, de la portada principal (en la capilla del Cristo); arquilla de plata regalada en 1690 por doña Mariana de Neoburgo, esposa de Carlos II; viriles antiguos, cobres pintados.

Erigida esta iglesia en colegiata en 1441.

El «convento de San Francisco» (propiedad particular) está en ruinas; su iglesia ojival, aunque alterada, de la segunda mitad del siglo XIV, de planta de cruz latina con tres ábsides, poligonal el del centro y rectangular los laterales; portada principal, arcos sepulcrales; restos de dos claustros sencillos, del siglo XVII. En 1520 reunió Cortes en este convento el Emperador Carlos V.

El «convento de Santa Bárbara» tiene relieves románicos en la fachada y en el vestíbulo de la iglesia. En la clausura existe una tabla pintada antigua, con el Descendimiento, flamenca del siglo XVI, y sarcófago románico-ojival esculpido con el Apostolado (siglos XIII al XIV).

BETANZOS es una «ciudad antigua y pintoresca», conserva restos de murallas medievales, con tres puertas; calles, construcciones típicas, casas señoriales y puentes medievales.

La «iglesia de San Francisco» es ojival, del siglo XIV, de planta de cruz latina con tres ábsides, poligonal el del centro y rectangulares los laterales; dos portadas; pintura mural en la fachada, bajorrelieves en el ábside central, sepulcros y capillas señoriales, imagen antigua del ábside del Evangelio, retablo del escultor Ferreiro (últimos del siglo XVIII) en el presbiterio.

«Iglesia de Santa María del Azogue»: ojival del siglo XIV, de planta basilical de tres naves y tres ábsides, poligonal el del centro y rectangulares los laterales; tres portadas, sepulcros señoriales, restos de un antiguo retablo en el altar mayor, arcadas del coro.

«Iglesia de Santiago»: ojival, del siglo XIV, de planta basilical de tres naves y tres ábsides, poligonales el del centro y el de la Epístola, rectangular el del Evangelio; dos portadas, torre poligonal, sepulcros medievales; Capilla de Pedro de Ben; retablo plateresco, reja antigua.

«Ayuntamiento», de últimos del siglo XVIII, del arquitecto D. Ventura Rodríguez.

«Edificio para Archivo»: renacimiento, del siglo XVIII.

En las cercanías: «Iglesias románicas de Tiobre, Bravío, Pontellas y Collantres», todas de una nave y un ábside rectangular, y de la segunda mitad del siglo XII; «Santuario de Nuestra Señora del Camino», renacimiento, siglos XVI y XVII; «Puente de la Roibeira»; hermosísimos paisajes; jira por el río Mandeo hasta los Caneiros, deliciosos lugares. Ferrocarril y carretera, a unos 24 kilómetros de la Coruña.

BREAMO.—«Iglesia antigua de San Miguel»: románica, del año1187, según inscripción; antiguo priorato de canónigos regulares de San Agustín; de planta de cruz latina y tres ábsides semicirculares; empla-

zada a 295 metros sobre el nivel del mar, en lugar pintoresco, con hermosísimos paisajes y espléndido panorama; «punto obligado de turismo». Ferrocarril y carretera a Puentedeume, a unos 44 kilómetros de la Coruña.

CAAVEIRO.—«Antigua colegiata» de Canónigos regulares de San Agustín, iglesia románica, del siglo XII, de una nave y un ábside semicircular, portada, subterráneos, Casa de Canónigos, muebles y objetos antiguos.

Lugar hermosísimo, admirables paisajes, lugares abruptos y pintorescos sobre el Eume: «Punto obligado de turismo».

En las cercanías: «Iglesia parroquial de la Capela»: Cruz parroquial de plata, renacimiento, del siglo XVII.—«Iglesia de las Nieves»: Alba de San Rosendo.—«Salto de agua de la Capela»; hermosísimos paisajes.

Desde Puentedeume, 10 kilómetros de carretera a las Nieves, y tomar guía en este punto.

CAMBRE.—«Iglesia parroquial»; antiguamente monástica, buen ejemplar del estilo románico, de los siglos XII y XIII, de planta de cruz latina con tres naves y girola con cinco capillas absidales de planta semicircular; portada, pila bautismal, imágenes antiguas de la Virgen y de Santa Gertrudis.

Buenos paisajes, lugar de veraneo.

A 10 kilómetros de la Coruña por ferrocarril y carretera.

ESPENUCA.—«Iglesia antigua de Santa Eulalia», pintoresca situación, románica, del siglo XII, de una nave y ábside rectangular, portada, pinturas murales, frontal de cuero de Córdoba.—Lugar abrupto, hermosos paisajes, espléndido panorama, «punto obligado de turismo».

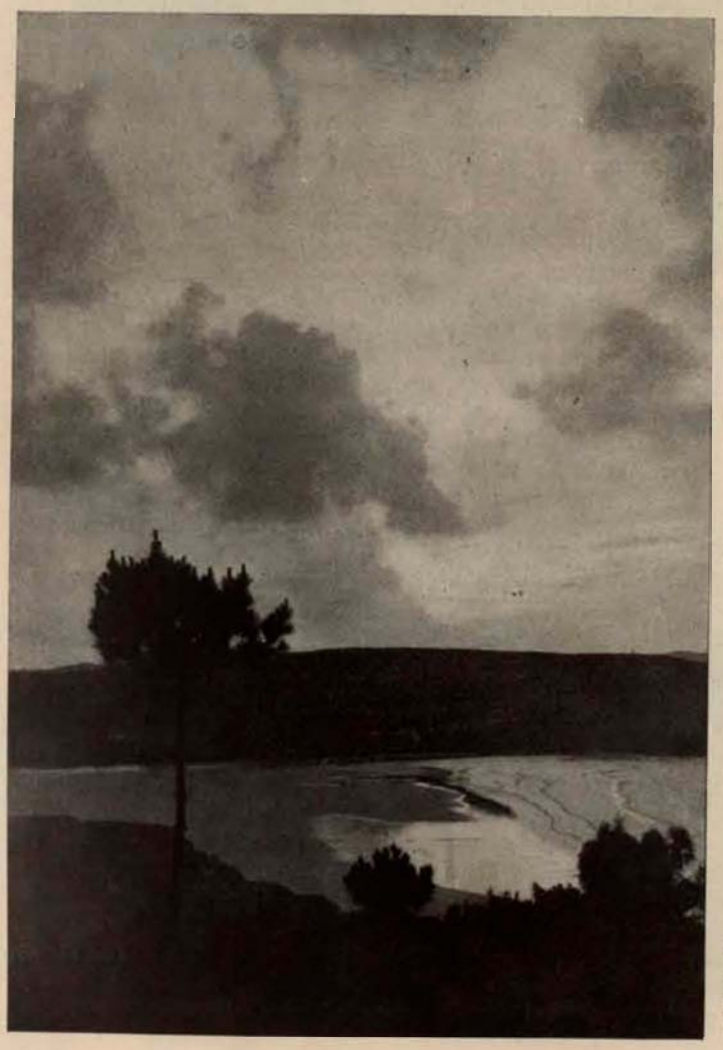
En las cercanías: «Iglesias románicas de Coirós» y de «Collantres», ambas del siglo XII, de una nave y un ábside rectangular, e iglesia de transición de «Santa Mariña de Lesa».

A cinco kilómetros de Betanzos, por carretera y fáciles caminos.

FINISTERRE.—«Iglesia parroquial», románica, del siglo XII, de una nave y un ábside rectangular con capillas posteriores, portada principal, imágenes antiguas; crucero medieval.—Casas típicas.

En las cercanías: El famoso cabo Finisterre, hermoso y espléndido panorama sobre la costa brava; «punto obligado de turismo».

En el camino: La «iglesia parroquial de Corcubión», románica, de una nave, y cerca la de «San Pedro de la Redonda», con restos románicos; desde este punto, espléndido panorama.



La playa de Santa Catalina. (Foto G. Díaz.)

Detalle de la calle de Santiago. (Foto G. Díaz.)

MANTARAS.—Iglesia de San Antón, ojival, con traza y supervivencias románicas, del siglo XIV, de una nave y ábside rectangular, portada principal. Buen punto de vista. En las cercanías, lápida del siglo IX, en la iglesia de Churio.

MEIRÁS.—Torres de la condesa de Pardo Bazán, a 12 kilómetros de La Coruña, por carretera.

MONFERO.—«Antiguo y espléndido Monasterio cistercense», iglesia renacimiento con restos románicos y sepulcros señoriales; dos claustros, sacristía y otras dependencias, de los siglos XVI, XVII y XVIII; monumento digno de ser visitado por su importancia.

En el camino: «Iglesia románica de Doroña», del siglo XII, de una nave y un ábside semicircular, portada. Buenos paisajes.

A 58 kilómetros, por carretera, de La Coruña; a 21, de la estación de Puentedeume; tomar guía.

MONTEFARO.—Restos del «antiguo convento de Santa Catalina», convertido en cuartel, arcos ojivales de la sala capitular, del siglo XIV.

Espléndido panorama desde el alto del monte, sobre la ría de Ferrol y sobre la costa.

En las cercanías, «ermita de Chanteiro», ojival, de una nave y un ábside rectangular, siglo XV.

A tres kilómetros de carretera, desde Mugardos, en la ría de Ferrol.

MUGÍA.—«Villa típica» de pescadores.—«Iglesia parroquial», románica de transición, del siglo XIII, de una nave y un ábside rectangular, portada.—«Santuario de la Virgen de la Barca», retablo.

A 97 kilómetros, por carretera, de La Coruña, a 15 de Berdeogas.

NOYA.—Interesante «villa medieval», calles, plazas y casas típicas. «Iglesia parroquial de San Martín», ojival, del siglo XV, hermoso ejemplar de una nave y un ábside poligonal; portadas, especialmente la principal, inspirada en el Pórtico de la Gloria; capilla señorial de Valderrama, renacimiento, retablo.—«Iglesia de Santa María a Nova», ojival, de una nave y un ábside rectangular, del siglo XIV, portada, sepulcros medievales, pila de bautizar, del siglo XV, templete del cementerio; cáliz de plata y terno, ambos renacimiento.—«Convento de San Francisco», iglesia, en parte renacimiento, sacristía, claustro.—«Palacio de los Churruchaos», restos medievales.—«Casa de Felipe de Castro», portada ojival.

En las cercanías, antiguos «Cruceros de Pontenafonso y Barrimes»;

La colegiata de Caveiro, en Puentedeume.

Sobrado de los Montes. (Foto Pardo Reguera.)

en el «Monte Barbanza, dólmenes prehistóricos»; en la casa del señor vizconde de San Alberto, «Claustro románico», del antiguo monasterio de Tojosoutos. —Buenos paisajes.

A 35 kms. de Santiago, por carretera.

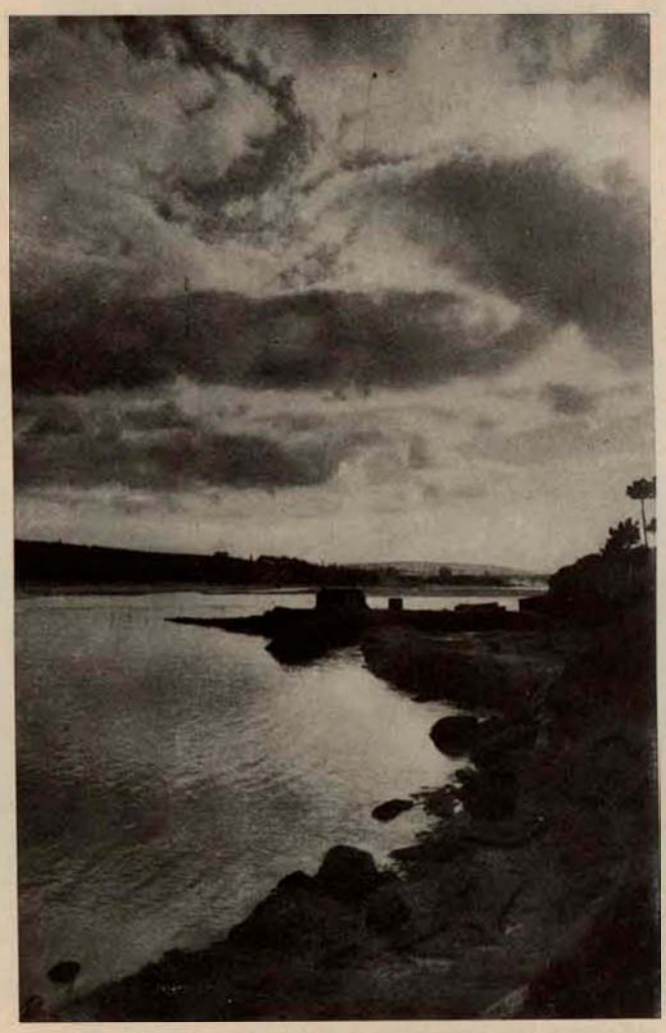
PADRÓN.—«Iglesia parroquial», ternos.—«Iglesia de Iria», portada románica, retablo, reja renacimiento, sepulcros.—Recuerdos históricos y legendarios relacionados con las predicaciones del Apóstol Santiago.—Vestigios del «Palacio fortaleza» de los prelados de la antigua diócesis de Iria y de la de Santiago.—Hermosos paisajes.—Lugares históricos.

En las cercanías, «Puente Cesures».—«Erbón», iglesia parroquial románica, del siglo XII, de una nave y ábside semicircular, portadas. «Convento», imagen de San Francisco.

PICOSACRO.—Lugar unido a las tradiciones de Santiago Apóstol, y con recuerdos históricos de la época de la Reina Doña Urraca y del arzobispo Gelmirez. Buen punto de vista (640 m.), espléndido panorama.—«Iglesia de San Sebastián», restos románicos. Cuevas en la cumbre. A 14 kilómetros de Santiago, en la carretera de Orense.

PUENTES DE GARCÍA RODRÍGUEZ. En las cercanías, una de las más interesantes estaciones prehistóricas de Galicia; «cromlech», en el lugar de Medoñas de Mourenza, y numerosos túmulos prehistóricos.

A 30 kilómetros de Puentedeume, por carretera.



Ría del Pasaje, en la Coruña. (Foto Moscoso.)

PUENTEDEUME.—«Villa medieval», calles típicas.—«Iglesia parroquial de Santiago», ojival-renacimiento, cuadros del altar mayor; retablos, sepulcro; portapaz y viril antiguos.—«Palacio de los Andrades», en ruinas; torre medieval del siglo XIV.

En las cercanías, hermosísimos paisajes, sobre todo por el Eume. Centro de interesantes excursiones, como las del «Castillo de Andrade», «Monte Breamo» y otras, ya señaladas. Estación de ferrocarril en la línea de Betanzos a Ferrol. A 45 kilómetros de la Coruña, por carretera.

De SANTIAGO DE COMPOSTELA ya se trata en otro artículo, por lo que no hemos de hacer mayor mención.

SOBRADO.—«Antiguo monasterio cistercense», espléndido monumento, en ruinas; restos de la sala capitular, románica, del siglo XII; capilla señorial de la Magdalena, siglo XIII; sepulcros señoriales, siglos XIV y XV; cocina ojival del siglo XV; sacristía renacimiento, del siglo XVI; iglesia del siglo XVII, y tres claustros renacimiento de épocas diversas; casa-audiencia y otras dependencias; imágenes. «Iglesia parroquial de San Pedro de la Porta», retablo de la Quinta Angustia, Santo Cristo, puertas de la sacristía. «Punto obligado de turismo».

En las cercanías, cruceros de la Alvariza y de Guitizá.—Laguna artificial.—Monte de Gandarón, buen punto de vista. A 69 kilómetros, por carretera, de La Coruña; a 12 kilómetros de la estación de Teijeiro, por carretera.

PUEBLA DEL CARAMIÑAL.—«Villa pintoresca», casas típicas.—«Torre de Bermúdez», renacimiento, del siglo XVI. En las cercanías, antigua «Fortaleza y palacio de Junqueras». En el camino, «Torre de Goyanes» e «Iglesia románica de Lampón».

A 35 kilómetros de Padrón, por carretera.

Y para terminar, TEIXIDO, con el famoso santuario de San Andrés, en abrupto lugar de la costa brava del cabo Ortegal. Es un hermoso punto de vista más, a 10 kilómetros de la villa de Cedeira, recomendado también al turista que quiera saturarse de las maravillas incomparables de esta parte de la costa gallega.

Flota pesquera, de arribada. (Foto J. Vázquez Paz.)

EL FERROL

Está situada esta ciudad en la ribera septentrional de la hermosa ría de su nombre, que se halla en la costa de la provincia de la Coruña, al norte de la ría de Ares y Betanzos, y tiene con éstas su boca de entrada en el seno o golfo, con razón llamado por los romanos Portus Magnus Artabrorum, con la ventaja, como sus otras gemelas citadas, de tomarse en popa o a un largo con los vientos de travesía y mares gruesos del NO. Defendida la entrada de los terribles vientos de esta dirección por los cabos Prioriño Grande y Chico, y de los vendavales por la costa occidental de la Coruña, el navegante empieza a encontrar abrigo al dirigirse al Ferrol, desde el momento que deja atrás los indicados cabos y la Punta del Segaño.

Desde la embocadura de la ría ferrolana, las dos orillas se van acercando, produciendo un abocinamiento que conduce al canal de entrada, de 1,3 millas de largo y 2,5 cables de ancho, vencido el cual se entra en un espacioso y magnífico puerto con capacidad para contener en perfecto abrigo cualquier número de buques, debido a las condiciones dichas, a su cómodo braceaje y buen tenedero, y las embarcaciones menores que puede abrigar en todos sus rincones.

Por estas circunstancias, por su excelente situación en el ángulo NO. de nuestra península y también, muy particularmente, por el grandioso arsenal marítimo que contiene, lo constituye en el mejor puerto militar de España, que hizo decir, admirado, al célebre Pitt que si Inglaterra tuviese en sus costas un puerto semejante lo haría rodear de fuerte muralla de plata («with a silver strong wall»), y que ya en el siglo XVI movió al licenciado Molina a escribir, haciendo su descripción:

Puerto extremado que a
todos ha popa.
Pues puede afirmarse que
en toda la Europa
Podemos a éste pintalle por sol.

El Ferrol es cabeza del partido judicial de su nombre, apostadero de primera clase y capital de departamento marítimo, con arsenal para construcción de los mayores buques y diques para los mismos.

Dada la pequeña extensión de su municipio, que ahora va a ensancharse considerablemente con la anexión del inmediato de Serantes, pocas son sus producciones, dándose en él cereales, frutas, verduras y legumbres; se cría algún ganado, especialmente de cerda, vacuno, lanar y cabrío, y en sus aguas abunda la pesca, entre la que debe señalarse las exquisitas «parrochas» de Carranza, los langostinos y las ostras, que alcanzan en algunos parajes gran tamaño.

La industria de la población, descontada la de la construcción naval, a la altura hoy de las mejores de Europa, ha tenido de poco tiempo acá gran desarrollo, y si no ha llegado a constituir grandes manufacturas, presenta variados ejemplares de su actividad en múltiples ramos, con los que se atiende cumplidamente a las necesidades de la localidad y en gran parte a las de la comarca.

La población está dividida en tres partes, denominadas Ferrol Viejo, Centro y Esteiro. La primera, como su nombre indica, está formada por calles de trazado antiguo que ha ido regularizándose a medida que se hicieron nuevas construcciones. La segunda, intermedia de las otras dos, forma un paralelogramo, con anchas calles de más de 800 metros de largo, tiradas a cordel y cortadas por otras traviesas igualmente rectas, asimismo de gran longitud, dejando entre ellas vastas plazas.

En paseos y jardines se distingue el Ferrol entre las ciudades españolas; desde el límite oriental de la ciudad hasta el occidental, toda la parte sur está embellecida por alamedas y jardines.

Esta población tiene el título de ciudad por Real decreto de Doña Isabel II, de 13 de octubre de 1858. Anteriormente, y desde 1214, aparece llamada en los documentos «Villa, castro o concejo de o del Ferrol». Su primer Real privilegio conocido está otorgado al «Concejo de Ferrol» por San Fernando, en Valladolid, a 15 de abril de 1250.

Vista panorámica. (Foto Loty.)

Alfonso VII le señaló coto, dándole con él concejo y concediendo a éste los primeros fueros de que gozó. Así resulta de una confirmación de los privilegios de la villa hecha por Sancho el Bravo. Enrique II dió a Fernán Pérez de Andrade «o Bo», en 1371, el señorío del Ferrol, contra los deseos de sus habitantes. Muestra de esto último fué la protesta del procurador del Concejo, Pedro Padrón, hecha en Zamora en 1432 ante las puertas del Palacio Real, por no haber logrado audiencia, contra los desafueros de los sucesores de Fernán Pérez. Ya en 1550 se afirmaba que su puerto era uno de los más excelentes y seguros del mundo.

En 1588 se concentró en su puerto, y de él partió a su destino, la Armada Invencible. Y en 1596, sin que el conde de Essex se hubiese atrevido a atacar al Ferrol, partió de aquí una expedición para ayudar a Irlanda en su rebelión contra Inglaterra.

Felipe V (reinando por segunda vez) hizo al Ferrol en 1726 capital del departamento marítimo del Norte y reincorporó en consecuencia, por Real cédula de 21 de septiembre de 1733, la villa, con la Graña, a la Corona, cesando así el señorío de trescientos veintiséis años de la casa de Andrade y Lemus sobre la población.

De 1730 a 1780 se efectuaron las obras de los arsenales, la fortificación de la plaza, y se edificó en los ensanches de Esteiro y del Centro. En ellas llegaron a trabajar 15.000 obreros a un tiempo, pasando la población en ese tiempo de unos 1.000 habitantes a 30.000, que llegaron a 40.000 a principios del siglo XIX. Los astilleros se iniciaron en la villa de la Graña en 1730, cambiándose luego su emplazamiento a la del Ferrol, previas grandiosas obras hidráulicas, de 1735 a 1740.

Desde entonces, el Ferrol sufrió directamente las vicisitudes de nuestra Marina de guerra. La historia del uno, como su desarrollo o decadencia, es, por decirlo así, la historia de la otra, a la cual dió en todo tiempo las naves más poderosas que ha tenido, desde el famoso Apostolado, constituído, como su nombre indica, por doce navíos de línea (construídos con tal rapidez que, puestas sus quillas de mayo a septiembre de 1752, fueron botados al agua entre los años 1753 a 1755) hasta los modernos acorazados «España», «Alfonso XIII» y «Jaime I» y los modernísimos cruceros «Príncipe Alfonso» y «Almirante Cervera», que superan en condiciones a los mejores construídos en otros arsenales.

Los ingleses hicieron varios intentos de apoderarse del puerto codiciado, siendo el más importante el efectuado en 25 y 26 de agosto de 1800 por Warren, con 108 buques y 15.000 hombres de desembarco. El general Pulney, que la mandaba, atacó por tres veces; pero fué rechazado, teniendo que reembarcarse, después de perder 1.200 hombres.

El 27 de enero de 1809, la plaza se rindió al mariscal Soult, después de rendida la Coruña el 19, a causa del reembarco de la división inglesa mandada por el malogrado Moore.

La reacción de 1823 no sólo fué poco aflictiva para el Ferrol, a causa de la franca protección de sus moradores por el fuero de Marina, sino que favoreció el bienestar local por el recomienzo de construcciones navales en 1824.

Después de las vicisitudes causadas por los sucesos políticos, continuó más en firme la prosperidad local desde 1847 con obras de reedificación en los arsenales y de construcción de barcos, especialmente desde que el marqués de Molíns se encargó del ministerio de Marina. En 1850 se inició la construcción de vapores de guerra y de talleres a vapor en el arsenal, se trabajó en astilleros particulares levantados en la ría, se promovió la construcción de carreteras, etc.

En 1858 se lanzó el primer buque de maquinaria de vapor construído aquí; se abrió el telégrafo al servicio público, y la Reina quiso visitar

y visitó, del 1 al 5 de septiembre, el arsenal, puerto y población, presenciando el lanzamiento de un buque y la colocación de la quilla de otro. Esta visita fué la primera de un Soberano de España, y de ella fué resultado el título de ciudad para el Ferrol y suseñoría para su Ayuntamiento, que en la actualidad tiene el de excelencia.

El Ferrol participó del entusiasmo, de las alegrías y de los lutos que causó a España la guerra marroquí del 59 al 60. Sintió y celebró con especial orgullo el bombardeo del Callao en 1866. Tuvo escasa parte en la revolución de septiembre del 68 y en los su cesos subsiguientes hasta la proclamación de la República, que fué el primero de esta época recibido aquí con popular satisfacción.

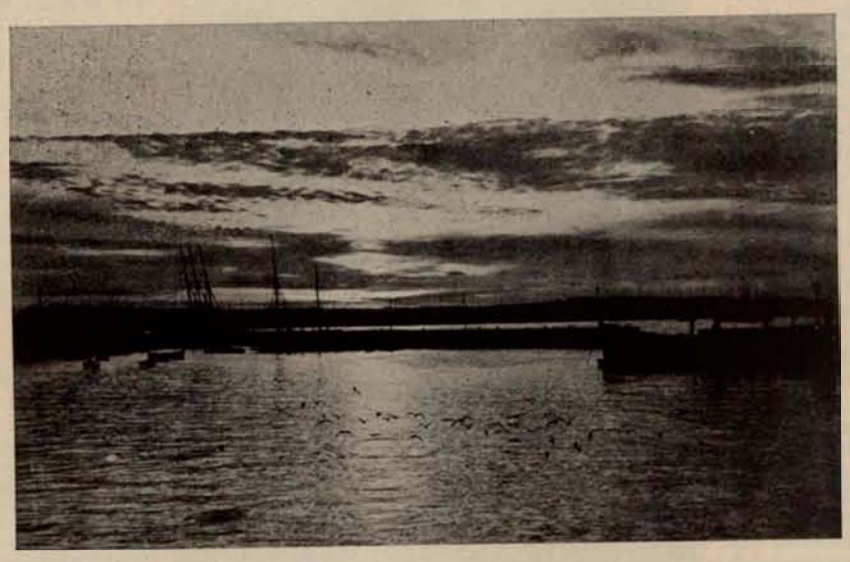
Nuevas lágrimas y lutos tocaron a la ciudad durante las guerras coloniales de Melilla, Filipinas y Cuba, y especialmente a causa de las tristes derrotas navales de Cavite y Santiago de Cuba en 1898, donde perecieron muchos ferrolanos de nacimiento o que lo eran por el cariño del pueblo, como el no olvidado Villaamil, cuyo nombre lleva una calle de la ciudad... Después, el Ferrol languideció nuevamente.

Transcurrido un decenio de vida difícil, renació en 1908 la prosperidad con la ley de Escuadra, a consecuencia de la cual fueron arrendados los arsenales a la Sociedad Española de Construcción Naval, poderosa empresa que había de nacionalizar la construcción naval militar moderna en todos sus ramos. Esta prosperidad, si pareció verse alguna vez amenazada por el paro en los trabajos de la factoría naval, continúa hoy en auge, y después de las inquietudes y penurias que ha sufrido preséntase actualmente a esta ciudad halagüeño porvenir con las obras y mejoras ya indicadas y otras proyectadas o prometidas, todas las cuales, principalmente el ferrocarril a Gijón y su enlace con el puerto, habrán de transformar al Ferrol a la vuelta de pocos años.

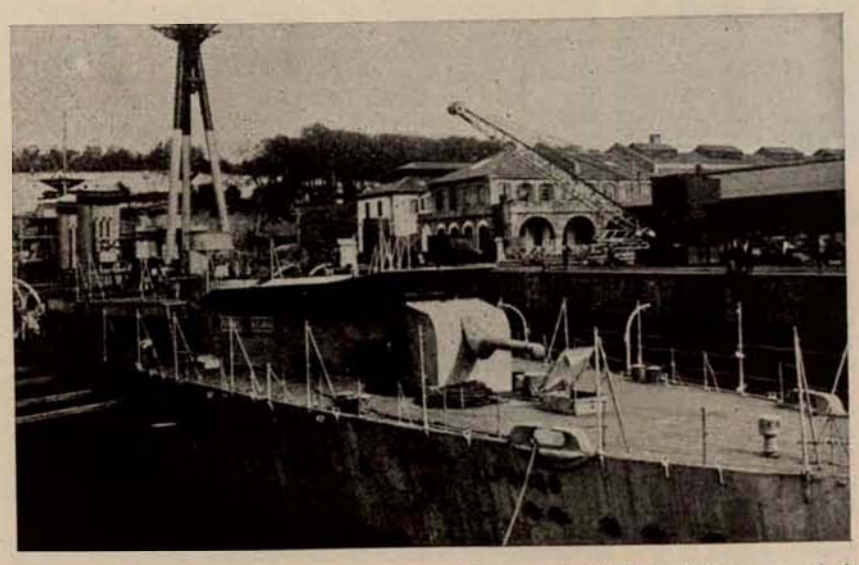
Es patria esta ciudad de ilustres personas, entre las que deben citarse como principales a la eximia pensadora Concepción Arenal, al insigne estadista José Canalejas, a José Bermúdez de Mandiá y Moscoso, obispo de Astorga; Sebastián Suárez, célebre doctor; Pablo Iglesias, educador y organizador de la clase obrera española; José Alonso López, escritor; Andrés Antelo, notable artífice; Pérez Villaamil, celebrado pintor; José Ruiz de Apodaca y Beránger y Joaquín Gutiérrez de Rubalcava y Casal, jefes de escuadra; Saturnino Montojo, brigadier de la Armada, director del Observatorio de San Fernando; Manuel Fernández Varela, comisario general de Cruzada, elocuente orador sagrado; José Mac-Mahón y Blake, teniente general, ministro de Marina; Juan de Dios Sotelo y Martínez, también teniente general y ministro; José Mariano Quindós y Tejada, marqués de San Saturnino; Leandro de Saralegui y Medina, intendente general de la Armada y notable polígrafo, y otros muchos que ya no existen, y entre los que viven, conocidos son los nombres de Fernando Álvarez de Sotomayor, director del Museo del Prado; Severiano Martínez Anido, vicepresidente del Gobierno; los hermanos Francisco y Ramón Franco Baamonde, general del Ejército el primero y notable aviador el segundo.

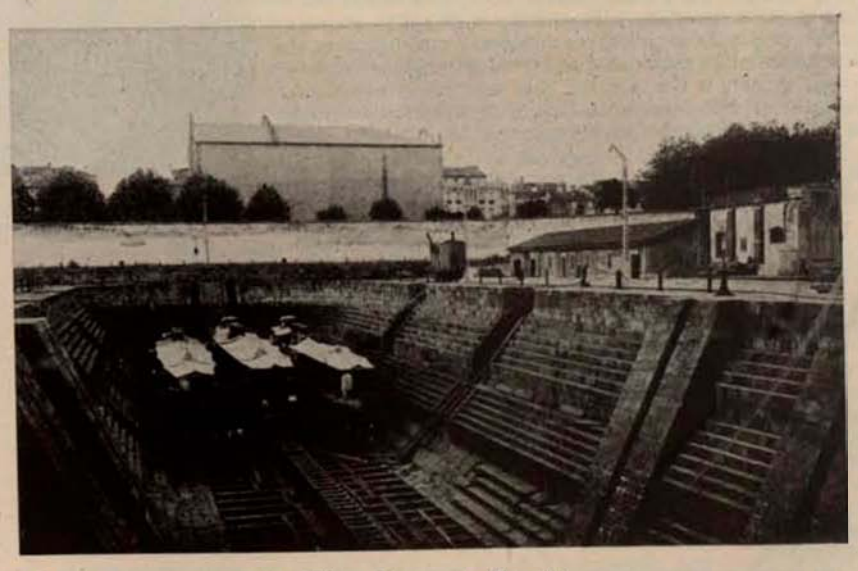
La ermita de los náufragos.
(Aguafuerte de E. Castro Gil.)

Interrumpida actualmente la comunicación regular marítima con la capital, hácese el viaje de ésta a la departamental en tren y en automóvil de línea, de viaje diario en dos horas escasas, y si encantador es el primer trayecto de la Coruña hasta Puentedeume supérala, sin duda, en belleza el resto del camino, que, bordeando la ría del Ferrol, tan vasta, plácida y magnífica, pasa cerca de sus márgenes, sembradas de pintorescas aldeíllas, entre un paisaje de ensueño de indecible poesía. Mugardos, Maniños, Fene, Perlio, Neda, Serantes, Doniños, La Cabaña, La Graña, son otros tantos pueblecillos sumamente bellos de los alrededores del Ferrol, donde se celebran atrayentes fiestas veraniegas y a los que en todo tiempo es grata una excursión, ya por tierra, ya a través de la ría incomparable.



Amanecer. (Foto Moscoso.)





Dos aspectos del arsenal del Ferrol, base naval de la Marina militar española. (Foto Hauser y Menet.)

SANTIAGO DE COMPOSTELA

RESEÑA DESCRIPTIVA

POR

SALVADOR CABEZA DE LEÓN

Decano y catedrático de la Facultad de Derecho. Presidente del Seminario de Estudios Gallegos. Académico de número de la Real Academia Gallega y correspondiente de la Española y de la de la Historia.

Al pie del monte Pedroso, regada por dos modestos arroyuelos, el Sar y el Sarela, que, reuniendo sus aguas en Conjo, van a juntarse con el río Ulla, y, confundidos con él, a perderse en el mar, alza Compostela el maravilloso conjunto de sus soberbios edificios, donde el arte escribió algunas de sus más sugestivas y admirables páginas.

Cual vigilantes centinelas, rodéanla montes de no gran altura y suaves contornos, como el Vite, la Almáciga, San Marcos, Santa Marina, que contribuyen a dar al paisaje, en cuyo centro se extiende Santiago, el tono que le distingue. Paisaje de líneas clásicas en donde gratamente se mezcla el aspecto risueño de los valles inmediatos con el grave y majestuoso de la montaña que aquí comienza. Con razón pudo decirse que los campos que ciñen la urbe compostelana «no pueden ser más agradable. Un verdor eterno los viste; las fuertes y encendidas tintas de sus cielos los entonan; se siente en ellos algo de las durezas de la montaña, pero también sus frescuras y acusados horizontes» (Murguía: «Galicia»; 350).

Hállase situada Compostela a poco más de 260 metros sobre el nivel del mar.

Su clima, aunque lluvioso, puede calificarse de benigno, pues ni el verano ni el invierno extreman aquí sus rigores. Antes bien, el verano resulta en Santiago delicioso, pues aun en aquellos que se mencionan en otras partes como los más agobiantes por sus excesivas temperaturas, rarísimo es el día en que nuestra ciudad no disfrute del suave halago de brisas refrigerantes.

Cuenta nuestra urbe con una población de unos 25.000 habitantes. Su situación la hace centro sumamente importante de comunicaciones con todo el resto de Galicia, y sede, por lo tanto, de activísimo comercio, cuya fama de seriedad y solidez no ha decaído un momento. Tiene, además, como elementos vitales de primer orden: la Universidad Literaria y los centros de ella dependientes (Instituto de segunda enseñanza, Escuela Normal, Escuela de Artes e Industrias, Colegio de Sordomudos); la Iglesia Metropolitana y su Universidad Pontificia; el Hospital provincial y varios sanatorios particulares que, gracias al renombre de los médicos que en ellos prestan sus servicios, atraen a Compostela una numerosa población flotante; el Manicomio de Conjo, reputado como uno de los más excelentes de España...

* * *

La historia de Santiago desarróllase durante siglos en torno al sepulcro del Apóstol que dió su nombre a la ciudad. El relato del descubrimiento de dicho sepulcro, que, tomándolo de documentos anteriores y de la tradición, hace el famoso «Libro de la Hermandad de los Caballeros Cambeadores», es bien conocido. Luces maravillosas y cánticos celestiales revelan al eremita Pelayo el lugar donde en el «Libredón» yace el arca marmórea en que reposa el cuerpo del Hijo del Trueno. El obispo de Iria, Teodomiro, avisado por Pelayo, pone al descubierto el monumento funerario. En honor del Apóstol erige Alfonso el «Casto» una pobre iglesia, que el tercero de los Alfonsos convierte en hermosa basílica, donde la suntuosidad de los mármoles y de los adornos y la riqueza de las joyas revelan la piedad y grandeza de aquel esclarecido Monarca, hijo de Compostela. Y la nueva basílica conságrase con solemnísima pompa, asistiendo a la religiosa ceremonia el Rey y la Reina con sus hijos, diecisiete obispos, gran número de magnates y una inmensa muchedumbre.

En torno al sepulcro apostólico fórmase una pequeña aldea, que, con rapidez asombrosa, se trueca en riquísima población, donde en floración magnífica surgen iglesias, monasterios, colegiatas, palacios, hospitales, hospederías, casas de moneda y cambio, tiendas de todas clases, prósperas industrias...

Entrada de la catedral por la plaza de las Platerías. (Fotos Loty.)

Pontífices y reyes, como a porfía, exaltan y enriquecen con magnos privilegios y espléndidas donaciones a la Iglesia apostólica. Tiene ésta que sufrir en los primeros tiempos de su existencia durísimas pruebas. Las incursiones de los normandos amenázanla de continuo: uno de los obispos de Iria encuentra la muerte, herido por una saeta, en lucha contra aquellos feroces invasores. Y más tarde, a fines del siglo X, experimenta Santiago el más terrible de sus desastres, con la entrada triunfal por tierras de Galicia de aquel gran caudillo Almanzor, que arrasa por completo a Iria y destruye nuestra ciudad, no dejando en ella piedra sobre piedra: tan sólo el sepulcro del Apóstol, si hemos de dar crédito a la «Compostelana», se libró de las iras del temible agareno.

En el siglo XI verifícase la traslación definitiva de la Silla Iriense a Compostela. Precísase entonces un genio político que afiance el nuevo orden de cosas y haga que la reciente sede afirme con trazos imborrables su personalidad religiosa y civil en el mundo: es al gran Gelmirez a quien incumbe acometer la magna empresa. Con él, la historia de Santiago, como afirma, con razón, Otero Pedrayo («Guía de Galicia»; 382), adquiere vivísimo interés. Desplegando las maravillosas y complejas dotes de inteligencia, valor, sagacidad, prudencia, tenacidad inquebrantable, actividad prodigiosa, que hacen de él el eje de la historia de su tiempo y una de nuestras más excelsas figuras, conquista Gelmirez para Santiago, a través de obstáculos que intimidarían y obligarían a retroceder a ánimos muy enteros, cuantas prerrogativas y privilegios le sugiere su anhelo incesante de enaltecer, sobre todas, a la sede compostelana.

Él consigue elevar su iglesia a la dignidad de metropolitana, luchando contra los recelos de Roma, que teme encontrar en Santiago otra nueva Constantinopla; termina la admirable basílica, comenzada por su antecesor Peláez; edifica iglesias tan notables como Sar, Santa Susana y Conjo; crea gran número de escuelas; dota a la ciudad compostelana de abundantes aguas potables, construyendo los acueductos que hasta nuestros días han servido de vehículo para tan interesante servicio; da a Galicia una marina poderosa; eleva a 72 el número de canónigos de la catedral de Santiago, y consigue la creación de siete cardenales a estilo de los de la Iglesia romana.

En el orden político no es menos notable el pontificado de Gelmirez. Durante él, la historia de la España cristiana tiene su centro en Santiago. Otorga el preciado notables fueros a la ciudad y su tierra, mostrándose en ellos legislador hábil y comprensivo. Pero los vecinos de Compostela se alzan contra el señorío episcopal, comenzando así la lucha porfiadísima, incansable, a veces sangrienta, entre la mitra y el concejo, lucha que llena siglos de nuestra historia y en la cual intervienen continuamente los reyes, en ocasiones con marcado desacierto.

Tristes episodios de esas contiendas son las terribles represalias empleadas contra los representantes del Municipio compostelano, degollados en el castillo de la Rocha por orden del arzobispo D. Berenguel de Landoria (16 de septiembre de 1320), y el asesinato del prelado D. Suero Gómez de Toledo, que, tal vez por instigación del Rey Don Pedro, realizaron, el 29 de julio de 1366, Fernán Pérez y Alonso Gallinato.

En época de tan intensa vida literaria y artística como lo fué la del Renacimiento, ocupa la Silla de Santiago el tercero de los Fonsecas, amigo y protector de Erasmo, generoso Mecenas de los escritores, quien, dando nuevo vigor al Estudio fundado por D. Diego de Muros y Lope de Marzoa, lo convierte en Univer-

sidad apta para desempeñar todas las funciones propias de su elevada misión cultural, y logra así que Compostela, ciudad de nacimiento del insigne prelado, añada al título de metrópoli religiosa el de metrópoli científica, y venga a ser la capital espiritual, el cerebro y el corazón de Galicia. El amor de Fonseca a su tierra le lleva a formular, en unión de otros nobles gallegos, ante las Cortes, de triste recordación, celebradas por Carlos I en Santiago, enérgica protesta contra la irritante injusticia de que era víctima nuestra región, privada de voto en aquellas asambleas seudopopulares.

Las exigencias de los tiempos nuevos imponen orientaciones y rumbos también nuevos. Así, la actividad de los prelados compostelanos manifiéstase desde últimos del siglo XVI, ya edificando establecimientos benéficos o suntuosos, como hacen Blanco, Monroy, Rajoy Losada, o construyendo caminos públicos, como prefiere fray Sebastián Malvar.

Cual mansa corriente, apenas rizada por apacibles vientos, deslízase en general la vida de Santiago en las últimas centurias. Agítala profundamente, a comienzos del siglo XIX, la guerra de la Independencia, que hace vibrar con fuerza avasalladora el corazón de la juventud estudiantil y la impulsa con noble arrebato a alistarse en el famoso «Batallón Literario». Las páginas de la historia relatan con expresivos encomios las gestas de aquel heroico Cuerpo salido de la Universidad, y que no regateó sangre ni vida en defensa del suelo patrio.

Tomó Compostela parte activísima en la revolución de 1846. Aquí se organizó y funcionó la Junta Suprema, directora de aquel movimiento, en la cual desempeñaron papel señaladísimo dos periodistas compostelanos, llamados en lo porvenir a muy diversos destinos: Antolín Faraldo y Romero Ortiz. Y en las calles de Santiago terminó, vencida, aquella revolución, «interesante y conmovedora en alto grado, con todo el prestigio de un trágico pasado romántico» (Otero Pedrayo: «Guía», cit., 121); sus principales jefes militares cayeron bárbaramente fusilados en Carral, el 26 de abril del citado año de 1846.

* * *

Las peregrinaciones al sepulcro de Sant Yago enlazan la historia de Compostela con la del resto de Europa. Comienzan ya en el siglo IX, y van cada centuria acreciendo su importancia, hasta llegar a su apogeo en el XIV. La enorme afluencia de peregrinos, que desde los puntos más apartados del mundo entonces conocido traen al altar jacobeo la ofrenda de sus oraciones, de sus lágrimas y de sus dones, fué para nuestra ciudad poderosa corriente de vida espiritual y de riqueza. El ilustre geógrafo árabe El Edrisí celebra en la primera mitad del siglo XII, con frases que si procediesen de un autor cristiano se nos antojarían hiperbólicas, las grandezas del templo de Santiago y la prosperidad de la población agrupada en torno de él. «Esta insigne iglesia—dice—, adonde concurren los viajeros y se dirigen los peregrinos de todos los ángulos de la cristiandad, no cede en tamaño más que a la de Jerusalén, y rivaliza con el templo de la Resurrección (o Santo Sepulcro) por la hermosura de las fábricas, la amplitud de su distribución y lo crecido de sus riquezas y de los donativos que recibe. Entre grandes y pequeñas, hay sobre trescientas cruces labradas de oro y plata, incrustadas de jacintos, esmeraldas y otras piedras de diversos colores, y cerca de doscientas imágenes de estos mismos metales preciosos. Atienden al culto cien sacerdotes, sin contar los acólitos y otros servidores. El templo es de piedras unidas con cal, y lo rodean las casas de los sacerdotes, monjes, diáconos, clérigos y salmistas. Hay en la ciudad mercados muy concurridos, y así cerca como lejos de ella, aldeas grandes y populosas con activo comercio» (Saavedra: «La Geografía de España del Edrisí»; Bol. de la Sociedad Geográfica; t. XXVII, 169-70).

La rúa del Villar.

La torre del reloj de la catedral.

Y mucho tiempo después, a mediados del siglo XVI, el malagueño Molina, canónigo de Mondoñedo, habla en versos ramplones y en prosa no mejor cuidada de la concurrencia de peregrinos a Santiago, afirmando que «en todas las casas santas que hay en el mundo, es notorio ser ésta la más visitada, pues de todo el universo no queda nación que aquí no venga...; y en muchos reinos es tan estimada la romería de este Apóstol, que se alcanzan con él grandes libertades, en especial entre los esclavones, que el que tres veces hace esta romería queda en Esclavonia libre de los pechos y de otras cosas a que los otros son obligados». Afirma «que de las tres iglesias apostólicas que hay en el mundo, que es la una de San Pedro en Roma, y la otra de San Juan en Efeso, y la otra de Santiago en Galicia, hay en sola ésta más» concurso de romeros «que en las otras dos, mayormente en el año de Jubileo». Y en versos, tan desnudos de inspiración poética como llenos de veracidad y de noticias, refiere que el templo del Patrón de España es «el primero... en ser visitado de gentes sin cuento».

Fuente de las Platerías.

«Visítale Albania, Normandos, Gascones,
Mallorca, Menorca, Cerdeña y Cecilia,
Efesios, Corintios, Dalmacia y Panfilia,
Vascos, Chiprianos, también Esclavones,
De Ponto, y Tesalia, y acá los Saxones,
Polonia, Noruega, Irlanda y Escocia,
De Egipto, de Siria, también Capadocia,
De Jerusalén con otras naciones.
Visítala Francia, Italia, Alemaña,
Hungría, Bohemia, gran parte de Grecia,
Los negros Etíopes, Ibernia, Suecia,
Caldea, Fenicia, ni Arabia se extraña,
Y más Inglaterra, con Flandes, Bretaña,
Del gran Preste Juan, de Armenia y de Frisia,
Teniendo tal cuenta con esta Galicia,
Los cuales afrentan a nos los de España.»

Aun en los siglos posteriores fué grande la concurrencia de peregrinos a Santiago, pues en 1610, durante las fiestas del Apóstol, un solo padre oyó en el Colegio de la Compañía de Jesús más de 300 confesiones generales; y el padre Sarmiento, que vino a Compostela en 1745 a ganar el jubileo del Año Santo, refiere que durante su estancia recibieron un día la comunión más de 20.000 personas.

Esta enorme corriente, que a la continua y durante tantos siglos trajo a nuestra ciudad gentes de toda nación y de todo clima; representantes de las más variadas culturas; de las clases sociales más diversas, desde los monarcas poderosos hasta los desdichados heridos por todos los infortunios; de los tipos éticos más divergentes, debía hacer, e hizo, de Santiago activo crisol en donde se fundieron elementos tan heterogéneos, dándoles nueva forma y comunicándoles vida también nueva.

Fué Santiago en ese tiempo, según la feliz expresión de Carolina Michaelis de Vasconcellos, corazón palpitantísimo de Galicia, cuya posesión equivalía, en el religioso y patriótico sentir de la Edad Media, al predominio sobre toda la España cristiana. Fué centro de cultura eclesiástica, erudita, y al mismo tiempo foco de irradiación de una poesía profana, latina y romanceada («Cancioneiro da Ajuda»; II, 797, 816).

Como expresión del estado floreciente que, así en lo espiritual como en lo material, alcanza Compostela cuando las peregrinaciones acentúan su importancia, preséntase la escuela trovadoresca compostelana, que nutre con su rica inspiración los Cancioneros, y en la que destacan, entre otros, los nombres de Abril Pérez, Arias Núñez, Bernal de Bonaval, Juan Ayras, Pay da Cana, Ruy Fernández...

Preciso se hace, pues, afirmar con Menéndez Pelayo: «fué disposición providencial que... incesantes oleadas de peregrinos, venidos de todas las regiones del centro y septentrión de Europa, trajesen a Santiago, al son del canto de «Ultreya», los gérmenes de la ciencia escolástica y jurídica, y las semillas de la poesía nueva. El grande hecho de la peregrinación compostelana es el que da más luz sobre sus orígenes» («Antología de poetas líricos castellanos...»; III, XII).

Cuando se escriba la historia de las peregrinaciones a Santiago, una historia completa, documentada, digna del asunto, aparecerá en toda su magnífica evidencia el principalísimo papel desempeñado por la ciudad jacobea en todos los órdenes de la cultura medieval, la riquísima aportación con que contribuyó al desarrollo de la civilización durante ese período.

* * *

A sus envidiables prestigios históricos añade Compostela aquellos que a través del tiempo conservan y aun acrecientan su valor; que no ha podido arre-

batarle la voluntad ni la malquerencia de los hombres: los prestigios artísticos, de tan alta y pura cualidad, que hacen de Santiago una de las poblaciones del mundo más dignas de ser visitadas, lo mismo por el simple curioso que por el artista ávido de emociones estéticas, o por el entendido a quien se ofrece aquí amplísimo campo de investigación y estudio.

«Todo en esta ciudad es reposado y fuerte, como el granito de sus monumentos...; las piedras mismas guardan algo de los antiguos perfumes», dice Murguía. Pero el aspecto imponente y severo de la pétrea urbe reviste al propio tiempo una belleza insuperable, no desprovista, en ocasiones, de serena gracia.

Un paseo por las calles y plazas de Santiago constituye una verdadera fiesta espiritual. Inagotable fuente de gratas sensaciones, motivo constante de admirativas sorpresas, deja en el ánimo la impresión inefable de una bien aprovechada permanencia en rico museo. Ya discurra el turista por la tranquila y aristocrática Rúa Nueva, donde los suntuosos palacios y típicas y hermosas casas recuerdan con mudo lenguaje los tiempos en que gran parte de la nobleza gallega tenía en Compostela su asiento; ya recorra la alegre y animadísima Rúa del Villar, uno de los principales centros del comercio compostelano, llena a todas horas de rumores de intensa vida; ya prefiera seguir la arteria central, que por la Puerta de la Mámoa, Huérfanas y Preguntoiro, se dirige a la plaza de Cervantes, y a lo largo de la cual ostentan sus flamantes o modestos escaparates las variadas tiendas que, sin solución de continuidad, ocupan por completo ambos lados de la extensa vía, no dará un paso sin que la noble arquitectura de una mansión señorial, una curiosa vivienda, un lindo motivo de ornamentación, un detalle arquitectónico de clásica belleza, le obliguen a detenerse, atrayéndole y embelesándole.

Embelesamiento análogo experimentará dirigiendo sus pasos por otras calles de la población, y hasta perdiéndose en el dédalo de pintorescas callejuelas y rinconadas, que encontrará sin andar mucho, o circulando por los extensos y poblados arrabales que en todas direcciones enlazan la ciudad con el campo; paseos que el viajero puede llevar a cabo con perfecta tranquilidad, sin temor a desagradables sorpresas ni a peligrosos encuentros.

Custodia de la catedral, obra de Arfe.

Pero la emoción artística de nuestro visitante llegará a su colmo cuando contemple algunas de las plazas compostelanas, de tan varia y sorprendente belleza: la de las Platerías, «fina, alegre, elegante como una plaza veneciana» (Otero Pedrayo: «Guía», 391), dominada por la espléndida arquitectura de la torre del Reloj y decorada con la linda «Fuente de los Caballos»; la de la Quintana o de los Literarios, severa y recogida, pero llena de sugestivo encanto, sobre todo cuando la luz de la luna la inunda con su pálido fulgor, comunicándola un insuperable prestigio romántico; la del Hospital, sin disputa alguna de las mejores del mundo, encomiada por cuantos tienen la fortuna de verla, con las más ponderativas expresiones. Cierran esta plaza cuatro edificios: el Hospital, al norte; la Catedral, al este; al oeste, la Casa Consistorial, y el ex colegio de San Jerónimo, al sur. Ninguna otra construcción rompe el soberbio cuadro que forman esos grandiosos monumentos; ni adorno alguno interrumpe la extensa desnudez de la plaza. Así aparece ésta, de tan sublime majestad, que es imposible penetrar en su recinto sin experimentar la sacudida de las grandes emociones estéticas, y sin que el ánimo se postre en pasmo reverente. Se comprende el sentimiento que impulsó al Rey Carlos Alberto cuando, al cruzar por Santiago, de paso para Oporto, al llegar a la plaza del Hospital, se puso en pie en la carretela que le conducía, y, descubriéndose atónito de sorpresa, saludó con respetuosa admiración a aquellas seculares majestades.

No olvidemos en esta rapidísima excursión por Santiago la obligada visita al lindo paseo de la Herradura, desde el cual se disfrutan las más bellas y variadas perspectivas. Allí puede contemplarse la mejor vista de la ciudad, vista de soberana grandiosidad y hermosura; el amante de la naturaleza se extasiará ante la serie de paisajes, rudos y austeros, unos; apacibles y serenos, otros; ya henchidos de melancólica dulzura, ya bañados en idílica alegría, que desfilan ante sus ojos, mientras recorre los setecientos metros que mide el paseo. Aumenta la belleza de éste la magnífica robleda de Santa Susana, a la cual ciñe por completo, y en donde todos los jueves del año se celebra animadísimo mercado, y los días de la Ascensión y del Apóstol Santiago, ferias renombradísimas en toda la Península.

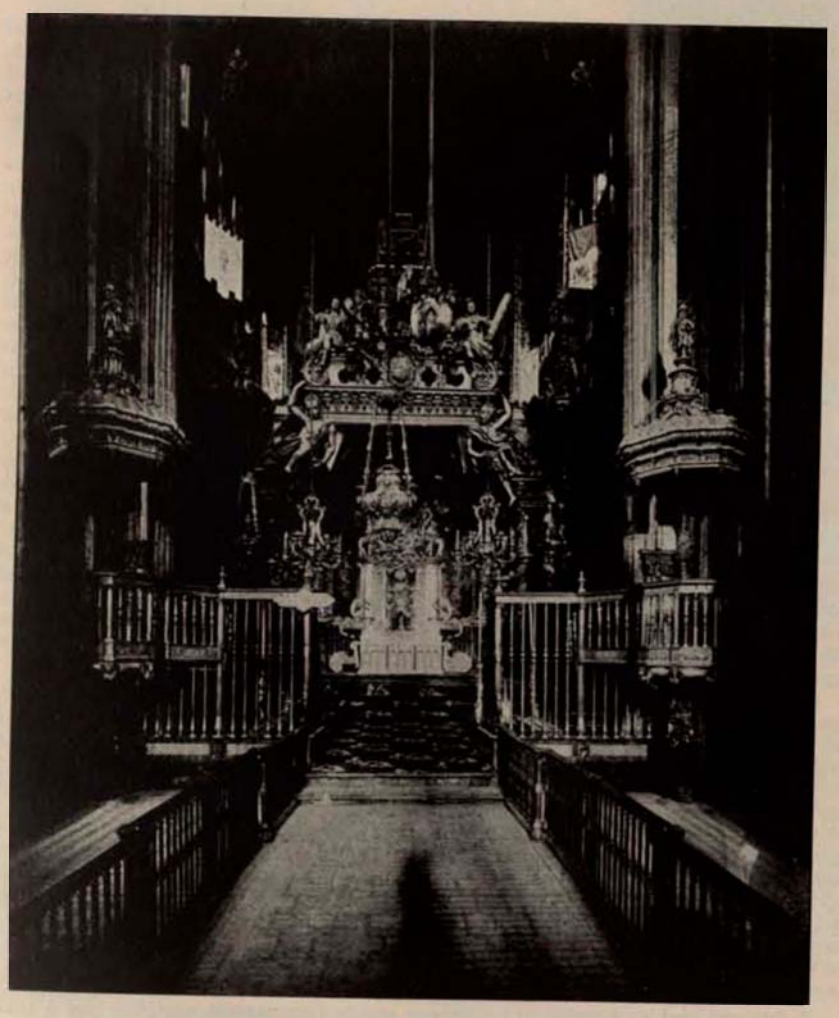
* * *

Santiago es la ciudad monumental por excelencia. Imposible en unas cuantas páginas dar idea, siquiera aproximada, de las innumerables joyas arquitectónicas que encierra; pero de todas suertes, una descarnada enumeración de algunas de las más notables hará vislumbrar algo de la riqueza artística de Compostela.

La primera visita del viajero conságrase, como es natural, a la grandiosa basílica, comenzada en la octava década del siglo XII y que hasta fines del XVIII ha sido constantemente objeto de adiciones y reformas. Así, no es de extrañar que en torno al interior de la iglesia, maravilla del románico puro, se hayan ido agrupando muestras de los demás estilos, permitiéndonos apreciar en un solo monumento, al par de la severa belleza de aquél, la riqueza del ojival, la gallardía del plateresco y la frondosa exuberancia del arte de Churriguera. Con tal destreza se han yustapuesto, tan genial y acertada ha sido la dirección de los arquitectos que en esas obras de modificación y acoplamiento intervinieron, que, lejos de resultar desagradable la mezcla de elementos, al parecer tan discordantes, ofrecen el conjunto más agradable, elegante y noble que cabe imaginar.

Las cuatro fachadas que cierran la basílica muestran las distintas etapas de su historia. En la del sur, o de las Platerías, admírase un precioso pórtico (único que se conserva de la obra del siglo XI) y la gallardísima torre de la Trinidad o del Reloj, obra comenzada en el siglo XV y terminada en el XVII, de ochenta metros de altura y donde se halla la famosa campana cuyo sonido acompasado, solemne, de extraordinaria amplitud, tan gratamente sorprende a cuantos tienen ocasión de escucharlo.

La del oeste, o de la Quintana, distínguese por su diseño severo y clásico. A esta misma plaza da la Puerta Santa, de renombre universal, que sólo está abierta los años de jubileo. En su primer cuerpo vense, en sendos nichos, veinticuatro



Altar mayor de la catedral.

Portada del Hospital Real.

estatuas bizantinas, y en el segundo figuran las del Apóstol Santiago y sus dos discípulos, los tres en traje de peregrinos.

La fachada del norte, o de la Azabachería (nombre éste que recuerda una de las industrias más típicas de Santiago), construyóse en la segunda mitad del siglo XVIII, y es obra de Ventura Rodríguez, autor de los planos, y de D. Domingo Lois Monteagudo o Montenegro, que la dirigió como arquitecto. La impecable pureza de su estilo neoclásico no logra disipar la sensación de frialdad que produce; contémplase, sin embargo, con agrado, y no carece de detalles de admirable finura.

Por último, cerrando uno de los cuatro lados de la plaza del Hospital, levanta la fachada del sur, o del Obradoiro, su portentosa mole, flanqueada por dos elevadísimas torres que anuncian desde lejos al viajero la proximidad de Compostela. Esta fachada, construída en la primera mitad del siglo XVIII por D. Fernando de Casas y Nóvoa, es entusiastamente elogiada por cuantos escriben acerca de la catedral de Santiago: Otero Pedrayo estima que es la mejor obra barroca de Europa. Realmente asombra la maestría genial con que el arquitecto ha sabido ordenar la riquísima y complicada ornamentación empleada en su obra, y hacer que todo aquel profuso mundo de heterogéneos elementos arquitectónicos se agrupase en armónica sinfonía, llena de vida y de color.

A la hermosura y nobilísima prestancia de las fachadas corresponde la magnificencia interior de este grandioso templo. Al penetrar en él, aun el más rudo comprende que se halla frente a una prodigiosa creación del genio humano. La amplitud de las naves, que trazan con sus altas y elegantes columnas extensa cruz latina; la elevación de las paredes y de la cúpula; la majestuosa uniformidad del crucero, del cual asegura Villaamil y Castro no tiene rival en el mundo; todo ello combinado en las más armónicas proporciones, da al interior de nuestra catedral tal aspecto, «que apenas si la más atrevida iglesia gótica puede competir con ella» (Murguía: «Galicia»; 504).

Detenida visita merece la basílica compostelana. La enumeración de cuanto en ella puede admirar el viajero resultaría enfadosa e inútil. Baste recordar de pasada el magnífico claustro del Renacimiento con bóvedas y crestería ojivales; la sala capitular, ostentosa y rica, adornada con admirables tapices, y en la que se guarda el famosísimo «botafumeiro» que tan majestuosamente vuela de una a otra nave en las solemnidades de primer orden; el coro, con hermosa sillería cubierta de valiosos trabajos de talla y escultura; la capilla de las reliquias, donde se ven varias tumbas reales, sobre las cuales descansan las bellas estatuas yacentes de los personajes que en los sepulcros reposan; en esta capilla custódiase un preciosísimo tesoro de joyas artísticas y de reliquias, debiendo mencionarse entre las primeras la primorosa custodia, labrada por el famoso orfebre Antonio Arfe; la espléndida colección de tapices, con su sala de Goya, inaugurada este año con motivo del centenario del gran pintor; los ricos paños y colgaduras, muchos de ellos regalo de ilustres visitantes; el curioso Museo, recientemente instalado, y que cuenta ya con buen número de objetos de subido valor arqueológico...

Magnífico coronamiento de la visita a la catedral será la que se haga a su joya más preciada, a la maravilla de las maravillas, al Pórtico de la Gloria, en cuyo elogio se han agotado todos los epítetos. El libro, el pincel, el buril, la fotografía, han estudiado y reproducido mil veces esta estupenda creación del arte románico, esfuerzo gigantesco del maestro Mateo, y «una de las mayores glorias del arte cristiano», según declara el inglés Street. Con esta obra consiguió su autor poner su nombre a la par del de los más grandes artistas con que se honra la humanidad. Adosada al parteluz hállase la estatua orante del insigne Mateo, popularísima con el nombre de «Santo dos croques». Con sus «cabelos rizos», su

Pórtico de la Gloria, en la catedral.

Interior de la catedral. (Foto Mqs. Sta. M.ª del Villar.)

rostro juvenil lleno de vida y franqueza, su ingenua sonrisa, parece complacerse, aunque sin orgullo, en el homenaje de adoración ferviente que, cuantos experimentan el impagable deleite de contemplarla, rinden a su obra.

* * *

Otros monumentos solicitan la atención del viajero. En San Martín Pinario admirará, por sus colosales dimensiones, el conjunto que forman el ex monasterio benedictino —hoy Universidad Pontificia— y su iglesia. La inmensa mole de este edificio puede apreciarse bien contemplando el imponente lienzo de occidente, rasgado por cinco filas de ventanas, de 36 huecos las tres superiores. También la iglesia es notable por su capacidad y por la nobleza de sus proporciones. Su altar mayor es un prodigio de ornamentación churrigueresca; pero, a pesar de la prolija abundancia de los adornos, impresiona gratamente. En este templo vense algunas bellas imágenes, como la Santa Escolástica, del escultor compostelano Ferreyro. Tras el altar mayor encuéntrase el coro bajo, de rica talla, ejecutado en el siglo XVII.

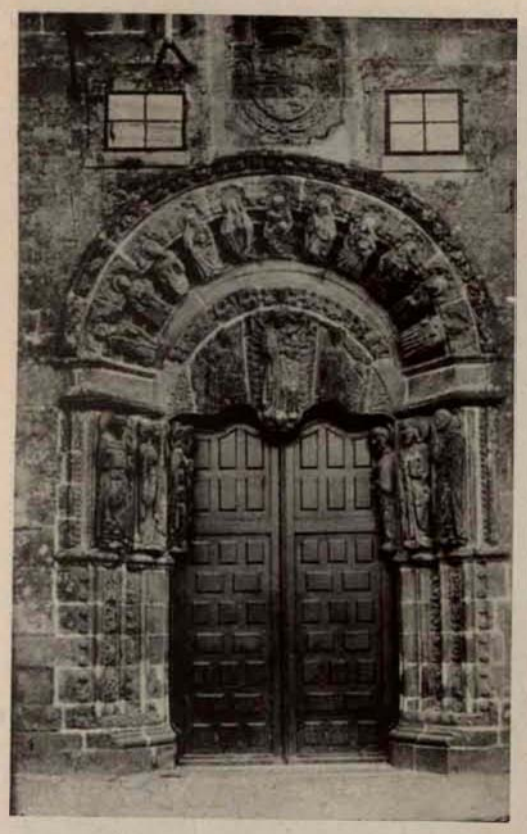
Santo Domingo conserva, aunque estropeada, la mayor parte de su primitiva fábrica, preciosa muestra del estilo ojival. Una deseada restauración, a punto de verificarse, devolverá a este templo (fundación, según creencia tradicional, del Santo cuyo nombre lleva) su prístina hermosura. Algunos notables sepulcros de personajes de la familia de los condes de Altamira vense en Santo Domingo; allí duermen también el último sueño dos glorias de la tierra gallega: Rosalía de Castro, la excelsa poetisa, y Alfredo Brañas, el verbo elocuentísimo de las libertades regionales.

Por sus grandes dimensiones y conjunto monumental y severo hácese notar la iglesia de San Francisco, sobre cuya puerta de entrada luce una bella estatua del Santo, labrada en granito por el cincel del compostelano Ferreyro. En la portería del convento consérvase la sepultura del humilde carbonero Cotolay, que albergó en su vivienda (cuenta una inscripción colocada frente al monumento funerario) al glorioso hijo de Asís, cuando vino éste en peregrinación a Compostela.

Sumamente curiosa es la antigua colegiata de Santa María la Real de Sar, hoy iglesia parroquial. Aparte de la indiscutible y soberana belleza de su interior, de los interesantísimos sepulcros que allí se encuentran, del lienzo que se conserva del claustro primitivo, lienzo de una gracia adorable, llama esta iglesia poderosamente la atención por la pronunciadísima inclinación de las columnas y arcos que la sostienen. ¿Alarde genial del constructor?... ¿Prodigio de técnica?... ¿Obra del tiempo, auxiliado por el exceso de peso de las bóvedas y por la naturaleza del terreno en donde la fábrica se asienta?... Discuten los peritos calurosamente el problema; pero, sea lo que sea, no puede negarse la profunda impresión que, aun en los más habituados a verlo, produce la entrada en este templo, próximo a derrumbarse si damos crédito a nuestros ojos.

Un agradable paseo conduce al viajero hasta la pequeña iglesia de San Lorenzo, levantada a la sombra de apacible robleda, y en la cual pueden admirarse un soberbio retablo con multitud de figuras y dos estatuas orantes; uno y otras, labradas en finísimo mármol de Carrara, y obra, según parece, de artistas italianos. Trájolas a Santiago desde Sevilla, donde se encontraban, la duquesa de Medina de las Torres; a las estatuas refiérese, según fundada creencia, la fantástica y hermosa leyenda de Bécquer, «El beso».

* * *



Patio del antiguo Colegio de Fonseca.

La rápida reseña que acaba de hacerse de algunas de las iglesias más notables de Santiago revela, aun siendo tan incompleta, la portentosa riqueza del arte religioso en nuestra ciudad. Con esa riqueza compite la del arte civil, admirablemente representada por buen número de edificios de relevante mérito. En la imposibilidad de citarlos todos, recordaremos los más notables.

El Hospital Real, cuya primorosísima fachada plateresca da a la plaza antes descrita, tiene en su interior una encantadora capilla, rival, se ha dicho, de San Juan de los Reyes, y en donde el arte ojival despliega, en insuperable alarde, todos sus recursos de gracia, finura y belleza. Cuatro hermosos patios, con lindas fuentes, constituyen preciado ornamento del Hospital. Imposible imaginar nada más airoso y esbelto, más lleno de luz y alegría, que dos de ellos, de proporciones y composición tan análogas, que pueden reputarse gemelos: en uno se encuentra la fuente renacimiento más bella de Santiago, en opinión de Murguía.

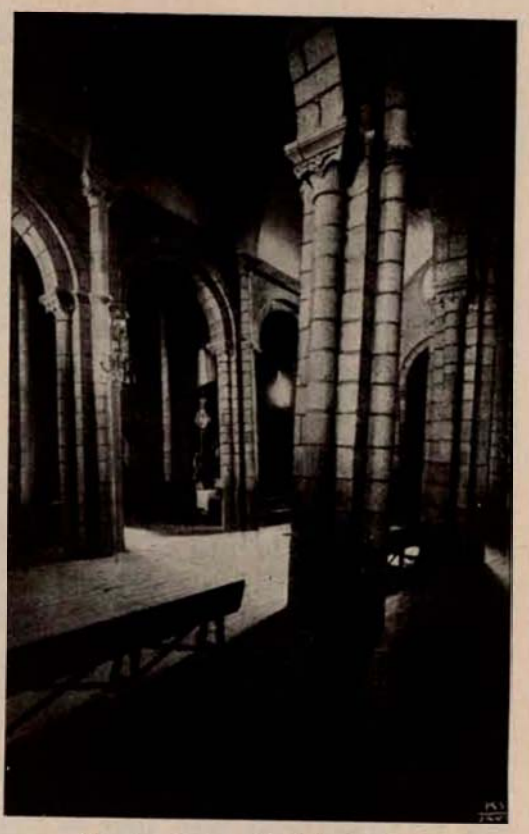
De amplísimas proporciones y aspecto grandioso y severo, no exento de noble elegancia, osténtase en la misma plaza del Hospital el palacio fundado para Seminario de Confesores, en la segunda mitad del siglo XVIII, por el arzobispo Rajoy y Losada, y en el cual se halla en la actualidad alojado, entre otras entidades, el Concejo compostelano.

El edificio de Fonseca evoca con su nombre el recuerdo del inolvidable prelado fundador de nuestra Universidad. En él estuvo instalada desde sus comienzos hasta últimos del siglo XVIII. Ocúpanlo hoy las Facultades de Medicina y Farmacia, y es muy digno de ser visitado, entre otras cosas, por el elegante y gracioso claustro, «digno de un palacio italiano», y por los bellos artesonados que adornan uno de los salones y la escalera.

Aquí en Fonseca comenzó, como acaba de decirse, la Universidad de Santiago. Cuando tuvo lugar, en el reinado de Carlos III, la expulsión de los jesuítas, fué aquélla trasladada al edificio que habían ocupado éstos. Actualmente agrúpanse en la antigua Casa de la Compañía las Facultades de Derecho, Ciencias Históricas y Ciencias Químicas. Cuenta la Universidad con una biblioteca general riquísima, no sólo por el número de volúmenes (más de 60.000), sino por las preciadísimas y abundantes joyas bibliográficas que encierra. Anejas a ella figuran la Biblioteca América y la del doctor Lago, cuyo gran valor da más realce al de la general. El salón de ésta causa en todos sus visitantes una gran impresión de sorpresa por las espléndidas dimensiones que posee, difícilmente igualadas por otros del mismo género.

No dejará el peregrino, por breve estancia que haga en Santiago, de admirar en el palacio arzobispal el llamado de Gelmirez, magnífico ejemplar de la arquitectura civil del siglo XII. «Después de visitar los edificios religiosos de Compostela, la visión de estos salones hace pensar en las regias fiestas de Gelmirez, que tenía reyes por huéspedes; en la pompa de la casa de Borgoña; en el lujo y poder arzobispal, cuando la catedral y el palacio formaban una imponente fortaleza torreada. Viendo la cocina, se evocan los grandes apetitos de la Edad Media: es la patrona de las cocinas de los conventos y de los pazos» (Otero Pedrayo; «Guía», 441).

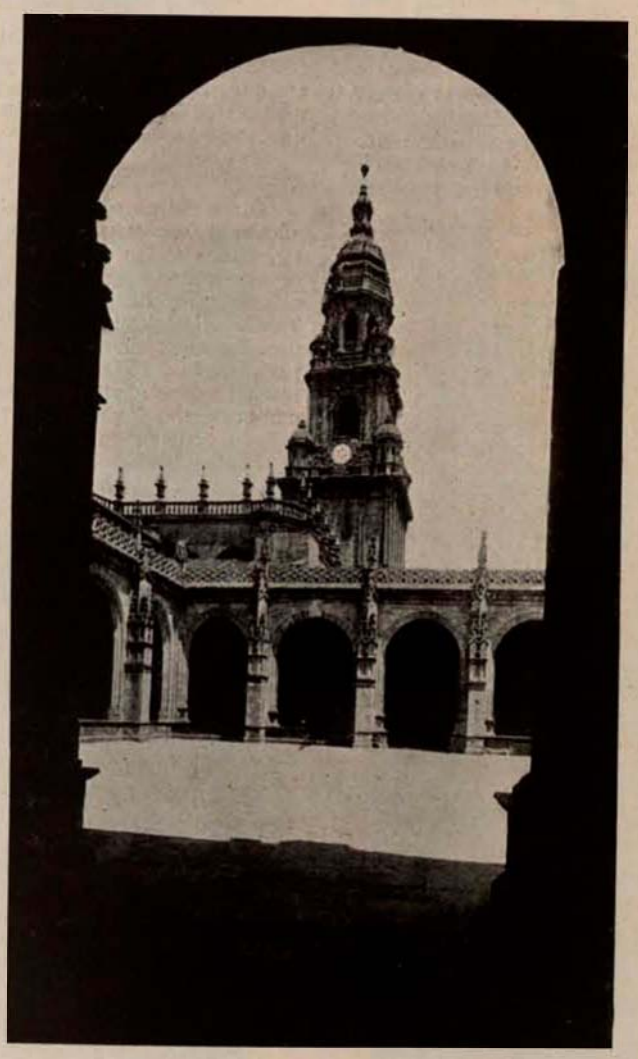
* * *



Interior de la colegiata del Sar.

Santiago es el centro de una copiosa red de comunicaciones que lo pone en relación, no sólo con toda Galicia, sino con el resto de la Península. Como radios de una circunferencia, salen de aquí en todas direcciones carreteras por las cuales se enlaza Compostela con la Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra, Estrada, Noya, Corcubión, y a través de las provincias de León y de Zamora, con las demás de España. Automóviles en número prodigioso circulan por esas carreteras, convirtiéndolas en verdaderas calles. Es difícil formarse idea del espectáculo que a todas horas ofrecen las avenidas de la Senra y del *Hórreo*, principales puntos de partida de los autos de servicio público: durante la tarde, sobre todo, la entrada y salida de tales vehículos constituye una escena interesantísima, de extraordinaria animación, que hace pensar en las grandes vías de las poblaciones de primer orden mundial.

También el camino de hierro une a Santiago con Vigo y con la red general de ferrocarriles españoles. Actualmente hállase en construcción la línea de la Coruña a Zamora, pasando por Santiago, Orense y Puebla de Sanabria; muy adelantadas, las obras del trozo Santiago-Coruña, y subastadas, las restantes. Dentro de poco ofrecerá Compostela multiplicadas facilidades de acceso, y podrá el viajero, con el máximum de comodidades, cumplir su peregrinación a una de las poblaciones más atractivas del orbe; una de esas poblaciones en las cuales el espíritu puede recoger más abundante cosecha de impresiones elevadas, nobles y deleitosas.



Un claustro de la catedral.

LOS PAZOS GALLEGOS

POR
XAVIER OZORES PEDROSA
Y EL
CONDE DE SANTIBÁÑEZ DEL RÍO

En el vasto panorama de la arquitectura civil española ocupan los «pazos» de Galicia un sector atrayente y personalísimo. Lazo de unión, estos palacios señoriales del noroeste de la península, entre los vascos, santanderinos y asturianos y los portugueses, si se doblegan como todos a condiciones de clima y materiales, saben dar una visión muy suya de aquellas regiones del «finis terrae» patrio, en que las dulces bahías y los idílicos valles aparecen respaldados por bravas costas y ásperas montañas, y en que se alían las más diversas circunstancias geográficas, históricas y sociales. En efecto, entre el pazo de la montaña de Lugo, fría y neblinosa, construído de mampuestos o de sillares pequeños, y el de una «ría baja»—temperatura suave, fuertes vientos marinos, granito susceptible de darse en grandes piezas—hay la misma diferencia en lo «material» que en lo «artístico» y «moral» pueda existir entre el palacio ideado y trazado con elementos barrocos locales, y el exótico que sufrió la influencia castellana, italiana o la portuguesa, de la otra banda del Miño.

Situados los pazos entre las arquitecturas popular y militar, pensamos, con el erudito D. Ramón Otero Pedrayo, que deben más a la primera que a la segunda, como también a las formas monásticas. El señor de la tierra, en aquellas épocas en que las penalidades de la guerra le hacían convivir con sus siervos y criados, se amparó con sus familiares en la fortaleza, castillo o torre, y sólo al afianzarse la autoridad real, a la muerte de Enrique IV, pudo salir de sus murallas y hacer sus construcciones adosadas a ellas, construcciones casi siempre modestas e inspiradas en formas populares lógicamente. El tipo del castillo-residencia de los señores más poderosos que aquellos citados fué creciendo en importancia, y su trayectoria va desde los siglos IX y X, épocas del «dominium» visigótico, al XIV, en que los Reyes Católicos dieron un golpe de muerte a la nobleza prohibiendo la construcción de nuevas fortalezas, disposición que coincidió con los albores de la vida urbana, lo que aceleró aún más su decadencia. Este proceso general en España, aunque más acentuado en los países montañosos y libres del norte y noroeste, se adelantó en Galicia con las luchas de los «hermandinos» contra los señores, quienes «derrocaron cuantas fortalezas existían, excepto la fortaleza de Pambre», y también por el carácter belicoso y agresivo de los nobles, siempre en contiendas personales, o bien en lucha con el arzobispo de Santiago, con los portugueses o con el conde de Ribadavia, adelantado de Galicia.

De lo expuesto se deduce que el «pazo» gallego, dando a la palabra pazo el sentido de casa de «señores», más o menos suntuosa, según los tiempos y el poderío de los dueños, que nace, que se desprende de las construcciones militares y se inspira en las formas populares y monásticas, va del campo a la ciudad y se alínea en las calles, como antes se ostentara en la cima de los montículos y más tarde entre la fronda secular de los valles. El ilustre y nunca bastante llorado D. Vicente Lampérez quiere ver en el palacio episcopal de Santiago de Compostela, comenzado por el arzobispo Gelmirez en el siglo XII, el manantial inspirador de los grandes pazos del país galaico. «Se »trata—dice—de un tipo especial tan alejado del monástico, alrededor de »un patio, como del aglomerado sin él. Fórmase por dos alas en escuadra: »lo que debe notarse que parece el modelo de la hechura que presentan en »general los palacios gallegos de los siglos XVII y XVIII (Oca, Villagarcía, »Fefiñanes, etc.).» Y añade: «Como arte, el palacio de Santiago también es »regional: gótico compostelano, nacido, como todo lo medieval gallego, de la »imitación del Pórtico de la Gloria.»

Castillo de Vimianzo, en la Coruña.

Nosotros no habremos de desvirtuar lo dicho por el eminente Lampérez, sino, antes al contrario, citar nuevos ejemplos que corroboren su aserto, como el del pazo de la Picoña, uno de los más bellos de Galicia, y sí tan sólo insistir en que si esto es cierto por lo que se refiere a las plantas, no es menos cierto el entroque de los «pazos» con las formas populares y monásticas en lo que respecta a elementos constructivos y dispositivos.

La historia de los «pazos» gallegos es, naturalmente, la historia de la nobleza del país y parte muy considerable de la del solar patrio. Las viejas y doradas portadas, los fragantes frontones barrocos, están llenos de piedras de armas, medio ocultas en la hiedra, que nos hablan de aquellos linajes ilustres de que Vasco de Aponte trazó tan deshilvanadas como sugestivas biografías. Escrito su «Tratado» en el primer tercio del siglo XVI, su autor lo dedica al conde D. Fernando de Andrade, su señor, y de un modo fragmentario, rudo y honesto, parte de los finales del reinado de D. Pedro y relata los entronques y las luchas de las casas que al extender su frondosa descendencia fueron sembrando los montes y valles de Galicia de «pazos», que aun hoy, pese a los atentados de los hombres y del tiempo, son gala de aquella región paradisíaca.

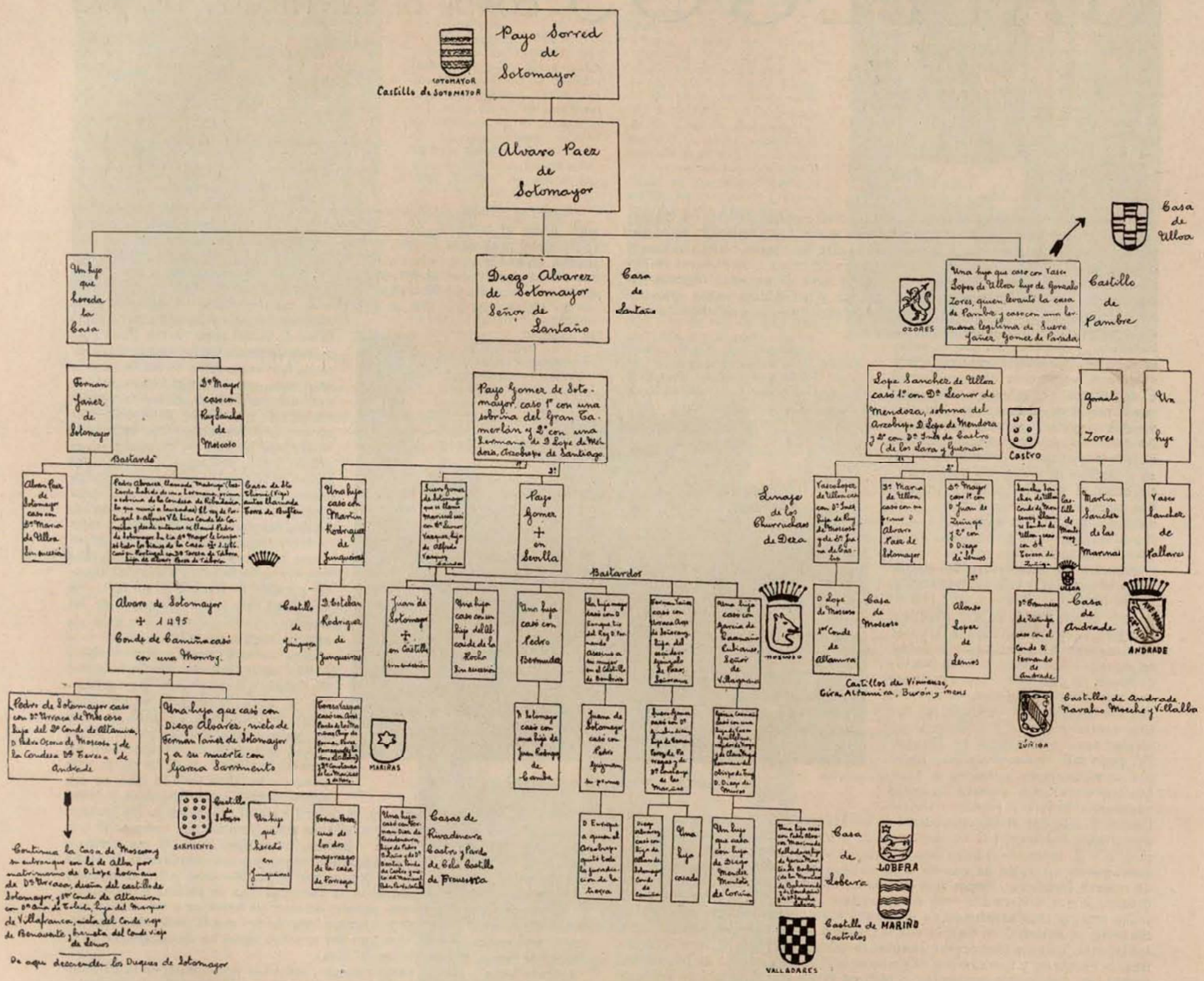
Los firmantes de estas poco eruditas líneas sienten hondamente la emoción de Galicia y de su pasado. Descendientes, el uno, de los señores de Santa Marta de Ortigueira, y el otro, de aquel Gonzalo Zores, del linaje de Ulloa, «hombre—a decir de Aponte—muy esforzado, valiente y discreto, y «que ganó en la Ulloa todo lo que no era suyo»; peregrinos infatigables de todas las rutas del país, se creyeron en el deber de tratar este tema de los «pazos», solamente ante el temor de que plumas más autorizadas, temperamentos más permeables a su sugestión y belleza, lo dejasen de hacer por olvido o inadvertencia. Sírvales de disculpa a sus errores y a sus entusiasmos. Y hecha esta digresión, volvamos a los Sotomayor, a los Moscoso, a los Andrade y a los demás linajes que jalonaron la tierra gallega de piedras nobiliarias y se quemaron en el ara de sus propias existencias heroicas y esforzadas, pagando algunos sus demasías y errores y legando todos a la posteridad una herencia perfumada de arte, que aun por muchos siglos ha de congregar en su torno a la legión de peregrinos del ideal.

La más antigua de las casas gallegas, entre las principales, es la de Sotomayor. «Esta casa—escribe Vasco de Aponte en su «Tratado de linajes—, »de las nueve casas que yo digo que en el reino de Galicia son las más sabi»das, después de la muerte del Rey Don Pedro acá, es la más antigua de todas, »y si primero que ella he contado la casa de Balcázar, con el condado de Le»mos, es por ser el mayor de Galicia, y si conté tras de ella la de Andrade, »era por ser más rica que la de Sotomayor y de gran paso, y de Betanzos has»ta Ribadeo todos vivían con ella, y la de Suevos era también de mucha renta, »y después, ajuntada con la de Andrade, ambas juntas hacían gran casa. La »de Ulloa, junto con la casa do vizconde Juan de Zúñiga, era mayor que la de »Sotomayor; la de Moscoso, junta con la de D.ª Urraca y de D. Pedro Osorio, »es ahora muy grande; así que, por razón que desde que estas cinco casas co»menzaron a prevalecer, que fué desde la muerte del Rey Don Pedro acá, no »llegaba en renta la casa de Sotomayor a ninguna de ellas, y por eso he guar»dado para la postre hablar de esta casa.»

Casi todos los castillos, torres y pazos de la provincia de Pontevedra y de la parte baja de la de Coruña, y aun muchos de toda Galicia, ostentan en sus piedras de armas las barras ajedrezadas de los Sotomayor. El siguiente

árbol genealógico de esta ilustre casa muestra cómo se entronca con todas las principales del país y de España entera, y haciendo más profundo su estudio veríamos cómo sus segundones y escuderos ennoblecidos dejaron la maravillosa campiña galaica sembrada de palacios y casas señoriales, que aun hoy, con su palomar en alto y la lanza enhiesta de sus cipreses, proclaman la aristocracia de sus piedras.

He aquí la descendencia de Payo Sorred de Sotomayor, caballero de los tiempos del Rey Don Pedro, sacada del nobiliario ya citado, de Vasco de Aponte:



Ya hemos apuntado el carácter belicoso de los nobles gallegos del último tercio del siglo XV, que sustraídos a la autoridad real, por diversas causas y atenciones solicitada y debilitada, peleaban entre sí, con los portugueses y con el adelantado de Galicia, oprimiendo en muchos casos a sus vasallos y constituyendo para el estado «llano» casi siempre un motivo de alarma y de temor. Aumentando el descontento de los humildes, no necesitaron éstos para organizarse sino de jefes, y los hallaron en las personas de D. Diego de Lemos, cuñado del conde de Camiña; de D. Pedro Osorio, hijo del conde de Trastamara, casado con una Altamira, y de D. Alonso de Lanzós, que «tenía su solar en Betanzos, con veinte de a caballo, cuatrocientos vasallos y muchas behetrías».

Se produjo el levantamiento «hermandino», pues la «Hermandad» se llamó a la fuerza organizada por el pueblo, en la primavera de 1467—según López Ferreiro—, y a decir de D. José Couselo Bouzas, en su interesante estudio «La guerra hermandina», fué general, «desde Ortegal hasta el Miño, y desde Finisterre hasta el Bierzo». Juan de Melide afirma que los hermandinos levantados serían unos ochenta mil, y estaban organizados a manera de ejército regular, «teniendo diputados en las ciudades principales y alcaldes en las feligresías. Los cuadrilleros mandaban un centenar de hombres, y todos llevaban vara de justicia y en ella pintada una saeta y al frente de cada grupo una bandera» (1). Para sostener esta «Hermandad» cotizaban las familias, y el citado Juan de Melide, zapatero de Santiago, dice que cada casa pagaba dos «blancas bellas» para este fin.

De los tres jefes de los hermandinos de quienes ya hemos hablado, mandaba el de Lemos en la zona que va del Limia al Ulla; D. Pedro Osorio, en la región central de Galicia, con su cuartel en Compostela, y Alonso de Lanzós, de Betanzos al obispado de Mondoñedo. Claro está que estos jefes, que tan a su medida forjaron el arma «hermandina», tenían cuentas que ajustar o ambiciones que satisfacer a costa de la casa de Sotomayor, del arzobispo de Santiago, del conde de Lemos, de D. Sancho de Ulloa, del mariscal Pardo de Cela y de otros señores, que al primer empuje de las huestes contrarias se refugiaron en sus estados como pudieron, pasaron la raya de Portugal o huyeron a Castilla. Según frase gráfica de un vecino de Betanzos, «los gorriones habían de correr tras los falcones», y una vez el campo por suyo, cayendo en bandadas sobre las fortalezas, derrocaron muchas de ellas—«todas, menos la de Pambre», dice Vasco de Aponte—, e impusieron su ley, en nombre de Enrique IV, según ellos mismos proclamaban.

No es nuestro intento el seguir paso a paso los incidentes de esta lucha, en la que bien pronto tomaron los nobles la ofensiva, y ayudados por el poderoso empuje de las huestes de Pedro Álvarez de Sotomayor, que volvió de

(1) Couselo, obra citada.

Portugal—como de Castilla lo hicieron el conde de Lemos y Pardo de Cela—, atacaron, después de una rápida marcha triunfal, a los hermandinos de don Pedro Osorio, en unión del arzobispo Fonseca y de D. Juan Pimentel, infligiéndoles una derrota irreparable. Unido después Sotomayor con Lope Sánchez de Ulloa, con Lope Sánchez de Moscoso,con Fernán Pérez de Andrade y con Gómez Pérez de las Mariñas, fué abatiendo el poderío de Alonso de Lanzós y de Diego de Lemos, y comenzó la era reconstructiva, en que se repararon Sarria, Monforte, Caldelas, Ansián, Lobera, Padrón, Caldas de Reyes, Mesía, Pico Sagro, Cira, Vimianzo, Burón, Mens, Altamira, Nario, Villalba, Andrade y tantas otras fortalezas.

Nuevas guerras civiles entre los nobles sucedieron a este breve paréntesis de pàz, pues muchas heridas habían quedado abiertas y otras mal cicatrizadas. Posesionado de su diócesis D. Alonso de Fonseca, trató de recuperar lo que las casas de Moscoso y de Sotomayor le habían usurpado, y a la contienda que fatalmente surgió como consecuencia se mezclaron de nuevo casi todos los señores gallegos. A la muerte de Enrique IV repercutió extraordinariamente en Galicia el pleito de sucesión a la Corona, siendo el conde de Camiña un ardiente defensor de la Beltraneja, y formando en las filas de Isabel el arzobispo y el conde de Monterrey. Las guerras y asolamientos se sucedían sin descanso; Camiña, auxiliado por Alfonso V, tomó Túy al obispo D. Diego de Muros; el Sobroso, a García Sarmiento; varias fortalezas, al arzobispo, y Bayona, a la Corona Real, pese a la flota de Ladrón de Guevara, que recorría las ensenadas gallegas.

Gándara cuenta de Pedro Álvarez de Sotomayor, conde de Camiña, al historiar esta fase de las guerras entre los señores: «Prendió al obispo de Túy, D. Diego de Muros, y lo tuvo preso mucho tiempo. Destruyó y echó por tierra muchas casas fuertes solariegas y castillos de su obispado y de tierra de Pontevedra, que era de caballeros que seguían contra él, la voz de los Reyes Católicos, como fueron los de Pazos de Borbén, los de los Berducido, Romaies, Cruces, Aldanas, Junqueras, Pontes, Borraganes, Valladares de junto Vigo, Aldaos, Maldonados, las de Oía, Cadavales, Paradas, Pereiras, Troncosos, Mimiños, Liras, Tenorios y otras, que todas eran de estos apellidos, de grande y muy antigua calidad, cuyos dueños peleaban por la razón y justicia de sus Reyes; y preguntándole el obispo de Túy por qué hacía tantos males y borraba la memoria de tan ilustres solares, respondió: «En esta tierra basta que quede la casa de Sotomayor, y no ha de quedar otro señorío.»

La creación de la Audiencia Real Gallega y la de la Santa Hermandad, que, acordada en Cortes de Madrigal, se estableció a primeros del año 1480, sustrajeron al estado «llano» al poderío feudal, inaugurando una era de justicia y de paz social que bien necesitaba Galicia. Fueron nombrados jueces en todo el reino por los Reyes el capitán Acuña y el licenciado Chinchilla y comenzaron su actuación en Santiago, en otoño del mismo año de 1480, pidiendo al arzobispo la entrega de la fortificada catedral, lo que consiguieron no sin cierta dificultad y no sin haber tenido que solicitar el auxilio de Camiña, Altamira, Andrade y el mariscal Suero Gómez. En año y medio de actuación lograron, haciendo justicia sin temor a nadie—entre los ajusticiados figuraron Pardo de Cela y su hijo Pedro de Miranda—, que pagasen los señores los debidos pechos ordinarios al Rey y a la Reina, que fueran restituídos a los monasterios e iglesias los beneficios y bienes que les habían sido usurpados, y que cayesen bajo la piqueta demoledora hasta medio centenar de fortalezas recientes, prohibiendo la construcción de nuevas y ahuyentando del país a infinitos malhechores, sin contar los muchos que cayeron asaeteados por las gentes de la Hermandad.

El licenciado Molina, en su «Descripción del reino de Galicia y de las cosas notables que hay en él», cita 54 castillos y fortalezas que en 1540 alzaban en Galicia sus muros, a pesar de estos asolamientos y destrucciones que venimos relatando.

La vida social cambió por completo la faz de Galicia, y los hijos de aquellos guerreros impenitentes, en el ocio de la paz solar, buscaron en el Nuevo Mundo, en Italia, en el Tirol, en Flandes, nuevo campo hazañoso a su bélico atavismo, volviendo jefes y soldados, al cabo de las guerras, de las exploraciones y de las conquistas, enriquecidos los unos, ansiosos de descanso los más, a habitar sus antiguos dominios, sus casas goterosas o a edificar otros nuevos que legar con su nombre a los hijos que iban a escribir nuevas páginas en la historia patria. Doctores, prelados e inquisidores, cuantos, emigrados de su rincón nativo, no habían abrazado la carrera de las armas, sino la religiosa o la de las letras, sujetos a la misma ley centrípeta, rehabitaron o construyeron sus pazos, y todos, con la mirada puesta en sus familiares o en la perpetuación de su grandeza, amayorazgaban casas y tierras, privilegios y joyas, creando los «foros», que gastados hoy y en desuso fueron institución social felicísima, y contribuyendo con todo esto al resurgimiento y grandeza de su rincón galaico.

La Picoña, casa solar de los Troncoso, en Pontevedra.

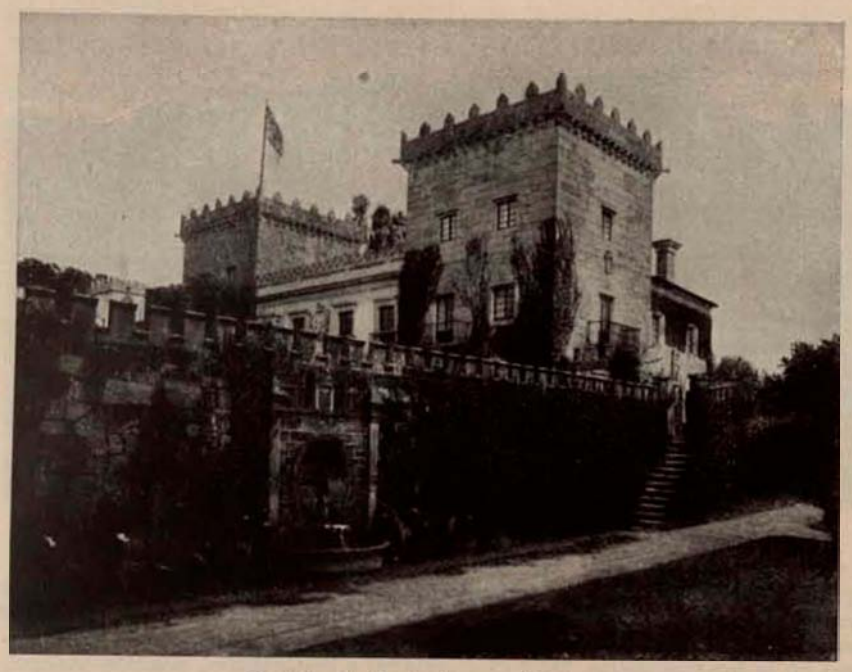
Palacio de Santo Thomé de Freixeiro, en Vigo, de D. Xavier Ozores.

El siglo XVI es el de la marea constructiva; pero, naturalmente, en los posteriores sigue, aunque en menor escala, la construcción, habiendo ejemplares muy interesantes del XVIII. Refiriéndose a aquellas épocas de final del imperio y de la apoteosis filipina, en la que los pazos crecen, adosados a las viejas fábricas militares, D. Ramón Otero Pedrayo, a quien hemos citado ya, escribe: «Las torres son no ya decorativas, sino necesarias para buscar el sol y contemplar los horizontes donde florecen las tierras familiares. La solana se abre al patio para vigilancia y para puesto de honor: muchas veces las fiestas de la capilla del pazo se celebran por el pueblo bajo la solana, y es ésta un palco para los invitados de calidad. La decoración de los pazos es, sobre todo, barroca por una determinación propia del espíritu gallego hacia la ornamentación profusa, expresiva y graciosa. Transportado a las ciudades, el pazo se alínea en las rúas, como en Santiago, sin perder su carácter patriarcal.»

Hacer un inventario descriptivo de los castillos-residencias y de los pazos gallegos sería labor que escapa al momento actual: pero una simple lista de lo principal que en pie queda y puede ser objeto de admiración y de estudio es obligada, ya que ella, solamente, puede dar idea precisa de la riqueza arquitectónica e histórica de la Galicia de nuestros días. Agrupadas por provincias estas edificaciones, entre las más importantes son las que siguen:

PONTEVEDRA.—Castillos: de Sotomayor, en Sotomayor, y de Castrelos, en Vigo. Torres: de Cerbaña; de Moreira, en Cequeliños; de Coiro; de Miraflores, en San Jenjo; de Sande, en Mourentán; de Cira; de Tebra; de Quintanes, en Paradela. Pazos: de La Viña, en Dea; de Preguecido, en Aguiones; de La Señora, en Anceu; de Tenencia y Pardo, en Arcos; de Aldan; de Vilacosta, en Berres; de Rectoral, en Barcia de Mera; de Barrantes, en Rivadumia; de Baliñas, en Callobre; de Cerponzones; de Montejano, Rúa, Reboredo, Hormaeche y Retirosa, en Coiro; de Ruanueva, en Caleiro; de San Roque, en Sárdoma; de Fefiñanes, en Cambados; de Montesacro, en San Tomé; de Goyan; de Gondar, en Geve; de San Antuiño, en Lauredo; de Moalde; de la Pica, en Moreira; de Pombeiro, de Paravedra y de Catiño, en Mourentán; de San Blas y de Buendio, en Mañufe; de Pamariño y de Caticobas, en Meis; de Cobas, en Meaño; de Cadaval y de Cea, en Nigran; de Oca; de Gres; de Porto; de Carricóba, en Piñeiro; de Souto de Poyo y de Peroja, en Portas; de Los Muros, en Parada; de Castañón, de Bouzado y de Priorato, en Rosal; de Rubianes; de Rial, en Villajuán; de Cuadra, en Riofrío; de Sajamonde; de Salcedo y de Miraflores, en Salcedo; de Pegullal y de Avalle, en Salceda; de Vista Alegre, en Villagarcía; de Villares, en Villanza; de Santo Thomé, en Vigo; de Penela, en Lantaño; de Oca; de Picoña, en Salcedo; del conde de Gondomar, en Gondomar; de Mendoza y de Salgado, en Bayona.

CORUÑA.—Castillos: de Andrade o de Noguerosa, en Puentedeume; de Camariñas; de Vimianzo; de Espiñeredó; de Narahio; de Moeche. Torres: de Celas; de Illobre; de Allo; de Brens; de Panela, en Riobóo; de Goyanes; de Cervás; de Figueroa; de Dodro; de Meirás; de Mestas, en Somozas. Pazos: de San Saturnino; de Vilaboa; de Ayán y de Sobrecarreira y de Anceis, en Sigras; de Brandeso; de Mariñan, en Bergondo; de San Pantaleón, en Viñas; de Brexo, en Bean; de Bentureira, en Rudiño; de Villasuso, en Sumio; de La Ribera, en Valle de Barcia; de Dioño, en Cornado; de Crendes y de Menda, en Crendes; de Vista Real, en Cañas; de Vilanova, en Dormeá; de La Lagoa, en Feas; de Ballesteros, en Laiño; de Anzobre; de Longueirón; de Trasariz, en Vimianzo; de Peña de Oro, en Noya; de Mondoy; de Mandia; de El Parque, en Meda; de Barallobre; de Cotón y de Chancela, en Negreira; de Miraflores, en Oleiros; de Xás; de El Pino; de Rariz; de Quintas, en Sendelle; de Villardefrancos, en Artes; de Figueroa, en Cañas. Casa grande: De Cabana y de Lañas.



Castillo de Castrelos, en Vigo.

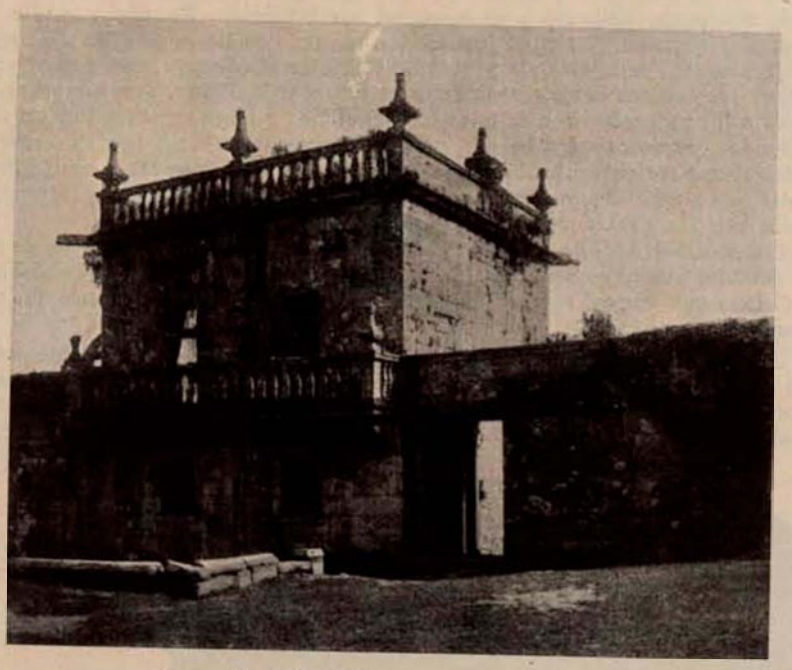
LUGO.—Castillos: de Amarante; de Castroverde; de Castro de Oro; de Curbián; de Castro de Rey; Castelo dos Frades, en Cereijido; de Terreira; de La Mota; de Navia; de Pambre; de Taboy. Torres: de Arcos; de Miraz; de Parga; de Villalba. Pazos: de Bóveda; de Fontixon, en Azumara; de Villanueva, en Amoeja; de Aranza; del Marqués, en Aguasantas; de Bejan; de Balmonte; de Coto, en Belesar; de Birigo; de Cellan; de Santa Marina, en Cabreiros; de La Olga, en Caraño; de Cirio; de Cedrón; de Grallal, en Cobas; de Cordido; de Dumiá, en Cancelada; de Doyras, en Cereijido; de Barrera, en Cospito; de la Cerca, en Cospito; de Fontechon, en Desteriz; de Donis; de San Fiz, en Entrambasaguas; de Villar, en Esperante; de Sober; de Freijis; de Guntin; de Gaibor; de Vilasusa, en Gian; de Dompiñor, en Incio; de Pardo, en Jove; de Edra, en Layosa; de Lea; de Lanzós; de Arán, en Ladra; de Vilar, en Muras; de Pacios, en Meilan; de Bastida, en Mañente; de Peniche, en Moras; de Montes; de Monterroso; de Pedrosa; de San Miguel das Penas, en Pena; de Pesqueira; de La Caldaloba, en Pino; de Quindós; de Buisan, en Quintas; de Pito, en Quindelle; de Penela, en Riomol; de Mestas, en Recemil; de Ver; de Saviñao, en Reboreda; de Grandide, en Reinante; de Sistallo; de Sargadelos; de Penas Corbeiras, en Sancobad; de Villamón, en Soñar; de Trasmonte; de Villarce, en Toldaos; de Villabad, en Vilalle; de Saavedra, en Vilanova; de Remisil, en Villafiz; de Sabiñao, en Vilellos; de Villameje, en Vele; de Villamañe. Casa grande: de Mondrid.

ORENSE.—Castillos: de Sandias; de Monterrey; de Maceda; de Villamarín. Torres: de Arcos; de Pena, en Guinzo; de Souto, en Souto Penedo; de Vide. Pazos: de Alongos; de Troncoso, de Astariz y de Araujo, en Astariz; de Bustavalle; de Bóveda, en Bóveda de Limia; de Couso; de Miranda, en Amoeiro; de Cornoces; de Ambia; de Bastida, en Mañente; de Guizamonde, en Puente Mayor; de Frugendo, en Mugares; de Forxa, en Pungin; de Bentraces, de Sobrado y Palacio de Sobrado, en Sobrado del Obispo; de Espido, en Sandias; de Fontey, en La Rúa; de Sorga; de Ramiranes; de Campo, en Trasalva; de Casar, en Vide; de Fuentefiz, en Villanueva. Casa grande de Villoria, en Barco de Valdeorras.

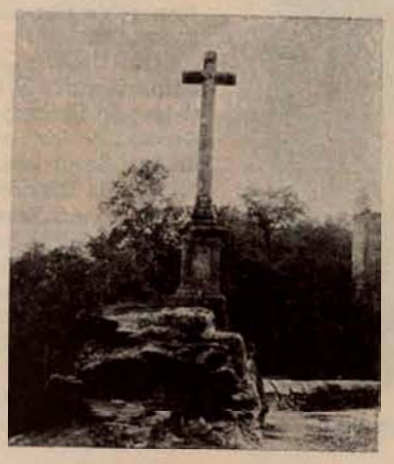
* * *

Hay un rincón en la provincia de Pontevedra, un valle idílico, metido entre montañas y abierto por uno de sus lados sobre el mar, que se llama el valle Miñor. Es casi el confín de España por aquella banda, y ya la musa popular lo consagró como el lugar más bello de la región, lo que es bien ensalzarle, ya que la región es excepcional. Vecino de los valles de Tebra y Rosal, que caen al Miño, y del de Fragoso, en cuyo fondo alza Vigo su riente y moderno caserío, el valle Miñor comienza arquitectónicamente en Gondomar, con el magnífico palacio de los Condes; se desparrama en las laderas, con la interesante torre de Touza; el ágil pazo cimero «de los arcos»; los muy importantes de Cea—influencia portuguesa—y Cadaval, en Nigrán; el de Diéguez, en Ramallosa, y los de Mendoza y Salgado, en Bayona, terminando en la misma villa, con el espolón metido en el mar, de Monte Real, antigua fortaleza de la Corona Real, que encierra en su espléndido doble recinto de murallas un pazo que edificó D. José Elduayen, desprovisto de interés estético, pero situado maravillosamente sobre la bahía y el mar libre. Separados por unos cuantos, escasos kilómetros, se dan en el valle Miñor todos estos ejemplares diversos de la casa señorial, ciudadana y campesina, montañera y de tierra baja, y en este caso demuestra la densidad que en Galicia entera, pero muy especialmente en Pontevedra, adquieren las piedras gloriosas por su abolengo histórico o por sus timbres de belleza. Nada más trasponer la próxima divisoria del sur, en cuanto la vista embrujada se tienda por las verdes orillas del Miño, aparece el castillo de Tebra, de los Láncara. Si caminamos hacia el norte, en las afueras de Vigo, se alzan, entre las robledas seculares, el pazo de San Thomé de Freixeiro, de la casa de Priegue hoy y originariamente de la de Sotomayor, y el castillo de Castrelos, de la de Valladares, convertido en la mansión mejor tenida de Galicia. Si del valle Miñor saliésemos por Levante, trasponiendo el monte de San Julián, pronto alcanzaríamos otro rincón de leyenda, con tres importantes pazos vecinos: el del Pegullal, el de Aballe y el de la Picoña, que es uno de los más bellos de todo el país galaico.

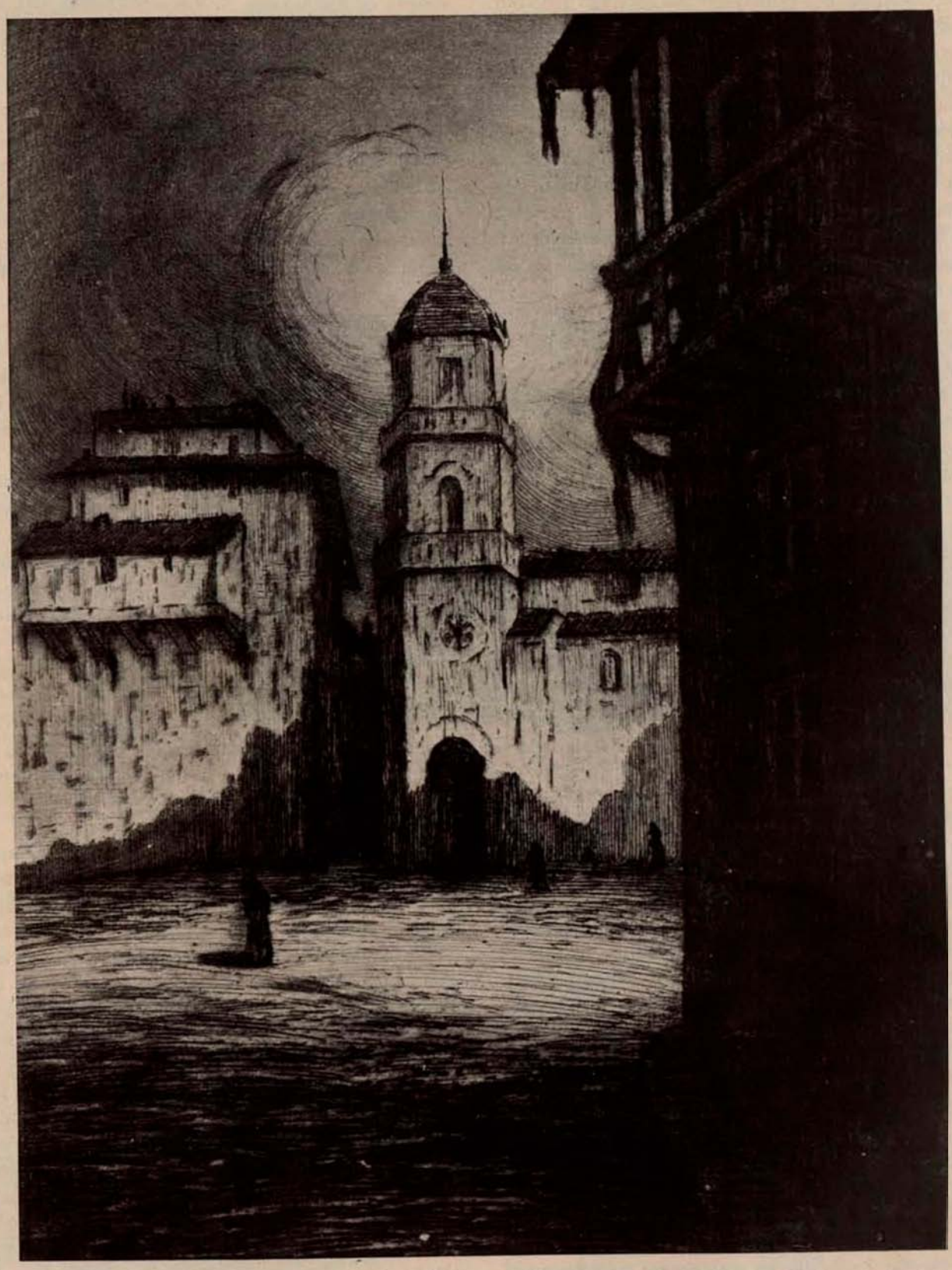
Y así, por todos los ámbitos dilatados de Galicia. En un pico encontraremos el romántico castillo del Sobroso; a media ladera, la imponente fábrica del de Sotomayor; en Cambados, a la orilla del agua de Arosa, el pazo del marqués de Figueroa; el grandioso de Fefiñanes, de Armada también, con sus dos alas en ángulo; en Villagarcía, el del Marqués, y en Santo Tomé, el de Montesacro, con su aglomerada planta, de estirpe «celta»... Pazos de Rubianes y el Rial; torre de Quintanes; palacios ciudadanos de Pontevedra y de Santiago, con sus arquerías, donde se cobijan de la lluvia las parleras gallegüitas y los galanes entusiastas. ¡Portadas de Villanueva de Lorenzana, de Liñares, de Barcia de Mera! ¡Torres de Pambre, de Castro Caldelas, de Vimianzo! ¡Escalinatas de Bergondo! ¡Estanques de Oca! ¡Alegres «loggias» italiano-borbónicas de Bóveda de Limia! ¡Todo el país está ornamentado de vuestra emoción antigua, guerrera o galante, huraña o cordialísima! Desde la Casa Grande de Villorria, que se mira en el espejo del Sil, a los palacios del Ulla; de los pazos solitarios del Limia, a los solares roídos por los vientos del Cantábrico, rompiendo foscos pinares y robledas antiguas, paganos emparrados y epitalámicos maíces, surgen las piedras profusas de los pazos gallegos con su admirable lección antigua y su esperanza, siempre verde. A los hombres de esta generación les toca «conservarles» como joyas inestimables y adaptarles a la vida moderna, respetando sus sillares dorados por viejos líquenes y abrazados por hiedras sin edad.



Torre de Dadro, del marqués de Bendaña.



PROVINCIA DE LUGO



Aguafuerte
de Castro Gil.

BREVE DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA DE LA

PROVINCIA DE LUGO

por **Francisco Plácido Donapetry,** Presidente de la Diputación.

Es la de Lugo la mayor de las cuatro provincias que constituyen la región gallega, midiendo una extensión de 9.880 kilómetros cuadrados.

Sus límites son: al norte, el mar Cantábrico; al este, las provincias de Oviedo y León; al sur, la de Orense, y al oeste, las de la Coruña y Pontevedra.

Cuenta con unos quinientos mil habitantes, repartidos en sesenta y seis ayuntamientos, de los cuales son los principales los de Lugo (capital), Becerreá, Chantada, Fonsagrada, Monforte, Mondoñedo, Quiroga, Ribadeo, Sarria, Vivero y Villalba, todos ellos cabeza de partido judicial.

El litoral de la provincia, limitado por dos rías, la de Ribadeo al E. y la del Barquero al O., mide sesenta millas, siendo sus puertos principales los de Ribadeo, Vivero, Foz, Burela, San Ciprián, Cobas y Cillero.

Más bien montañoso —dice D. Manuel Amor Meilán en su Geografía General del Reino de Galicia—es, en general, el territorio de la provincia de Lugo. A ella llegan las últimas estribaciones de la cordillera pirenaica, después de cruzar las provincias vascas, la de Santander y la de Asturias; y si no ofrece aquellas alturas tan prominentes, no por eso deja de presentar magníficos espectáculos naturales ni alturas maravillosas, no tanto, acaso, por su magnitud como por su emplazamiento, abriéndose ante sus montañas enormes precipicios ante los cuales el ánimo más resuelto se ve forzado a sobrecogerse, como sucede en algunos lugares del Cebrero y Fonsagrada.

Entre las montañas de mayor elevación pueden citarse Peña Rubia, de 1.851 metros sobre el nivel del mar; Pico Pájaro, de 1.623; Capeloso, de 1.605, y Montouto, de 1.521.

No se crea, sin embargo, que en la provincia de Lugo no hay sino montañas. Aun en la porción más abrupta, dice Amor —y mejor cuanto más montañosa—, el espíritu goza y la vista se recrea en la contemplación de los feraces valles que, a manera de soñadas visiones de diorama, cortan aquí y allá la agreste fisonomía de algunas comarcas. Más bellos cuanto más deseados, más rientes cuanto más rápidos, pasan ante los ojos que los buscan y los persiguen los pequeños valles de la provincia de Lugo, siempre verdes, siempre húmedos, siempre acariciadores; no se olvidan nunca, una vez contemplados desde la ventanilla del tren o al vertiginoso marchar del moderno automóvil. Magníficos, espléndidos, exuberantes y próvidos, los grandes valles de la parte septentrional que llegan hasta la costa; pero más mimosos, más tiernos, más dulces, estos pequeños que se abren al pie de las altas montañas, ofreciéndonos el regalo de una paz patriarcal y de una calma infinita.

Nada menos que veinte mil son, a juicio de García de la Riega, las corrientes constantes de agua, con mayor o menor caudal y pesca, que hay en Galicia, descontando los muchos arroyuelos que no alcanzan dos kilómetros de curso.

Desde luego, hay que conceder el primer lugar entre todos al famoso Miño, el río por esencia gallego, según Murguía, el río que no nos abandona: «Desde sus fuentes hasta que se pierde para siempre en el Océano, no cruza otro territorio ni riega más campos que los de Galicia. Si alguna vez, en su dilatado curso, sirve de límite a dos naciones distintas, no es sin que de uno y otro lado dejen de oírse iguales canciones, y la lengua que se habla en ambas orillas sea tan una como el caudal que se desliza por entre ellas.»

Los hórreos de la Rectoral. (Aguafuerte de Castro Gil.)

Nace el Miño en Fuenmiñana, del término municipal de Pastoriza, en el partido judicial de Mondoñedo, y recorre en su marcha los ayuntamientos de Castro de Rey, Begonte, Rábade, Otero de Rey, Lugo, Corgo, Guntín, Puertomarín, Saviñao y Carballedo, hasta llegar a los Peares, en la confluencia del Sil, dividiendo las provincias de Lugo y Orense, siguiendo por ésta y la de Pontevedra hasta desembocar en el mar.

Además del Miño merecen citarse el Sil, el Neira, el Narla, el Lea, el Parga, el Támoga, el Loyo, el Ferreira, el Asma, el Cabe, el Lor, el Quiroga, el Ladra, el Sarria, el Tordea, el Ulla, el Landrove, el Oro, el Masma, el Eo y el Navia.

Es una de las más importantes riquezas de la provincia, y está llamada a producir a ésta grandes beneficios cuando se halle en todo su apogeo la explotación, la industria minera, limitada hoy a los cotos de Villaodrid, en Ribadeo; Silvarosa, en Vivero; Freijo, en Monforte, y Santa Leocadia, en Castro de Rey.

Por centenares de millares de toneladas se extrae anualmente el mineral de las minas de Villaodrid y la Silvarosa. Tiene la primera su ferrocarril propio a Ribadeo. La segunda se halla sobre la costa misma. Las del coto de Monforte embarcan sus minerales en el puerto de Vigo. Arrastran las demás, todas ellas del interior de la provincia y sin medios fáciles de comunicación, una vida casi precaria: la de Montefurado envía sus óxidos de hierro a la Felguera, en Asturias; la de antimonio y cinc del Son, Navia de Suarna, es explotada por la Compañía Asturiana para sus propias exigencias, y no alcanzan la intensa explotación que merecen las de antimonio de Villabarcú, Caurel, y piritas arsenicales de Castro de Rey.

Cuatro son las fuentes más famosas de aguas minerales de la provincia de Lugo: las de Guitiriz, Incio, Lugo y Céltigos, teniendo todas ellas tan grande como merecido prestigio.

Una de las mayores riquezas de la provincia la constituye la ganadería, y de ello da idea el hecho de que sólo de la estación ferroviaria de la capital salga diariamente un tren de ganado, que conduce gran número de terneros a Barcelona y Madrid, especialmente.

Se produce en algunas regiones de la provincia lucense bastante vino, mereciendo singular renombre el de los partidos de Quiroga, Monforte y Chantada.

Una de las industrias que alcanzó mayor importancia es, en el litoral, la pesquera y salazonera. Hay buen número de fábricas de salazón en Cillero, San Román, San Esteban del Valle, Burela, Foz, Lieiro y Vivero.

Aun siendo verdaderamente escrupulosa la administración en los sesenta y seis Ayuntamientos de la provincia, no puede ninguno de ellos acometer grandes empresas, a causa de lo modesto de sus presupuestos, que ni siquiera, en la totalidad de los que son cabeza de partido, llega a cien mil pesetas.

El único que rebasa de un millón, y eso desde hace muy pocos años, es el de la capital, que puede citarse como modelo de Corporaciones municipales, no sólo por lo excelente de su administración, sino por lo admirablemente que atiende todos los servicios y por el entusiasmo con que labora por la urbanización de la ciudad, que en el transcurso de muy pocos años, no más de doce, cambió por completo de aspecto, dando la sensación de una capital de primer orden; todo, gracias al talento y al esfuerzo de un esclarecido lucense elevado en buen hora a la Alcaldía, y que con sus felices iniciativas logró hacer del Lugo antes triste y sombrío un Lugo alegre, risueño, verdaderamente encantador, con magníficas avenidas, espléndidos jardines, grandioso parque, inmejorable campo de feria y un hospital suntuoso, con capacidad para más de doscientos enfermos.

La catedral de Lugo.

Síntesis histórica y descriptiva de la provincia

por

Manuel Amor Meilán

★

La reforma territorial de 1833 dió a la provincia lucense la superficie que desde entonces ocupa, fundiendo en ella las dos antiguas de Mondoñedo y Lugo, sin más que muy leves variantes en sus confines, sobre todo en su parte meridional, en la que si se le cercenó en una pequeña porción del sudoeste, fué generosamente compensada esta pérdida con la incorporación de la casi totalidad de los actuales municipios de Quiroga y Ribas del Sil, que antes pertenecían a la provincia de Orense.

De esta suerte vino la de Lugo a quedar perfectamente definida, con límites naturales, por el Cantábrico al norte y en lo demás por rías, cordilleras y corrientes de agua, tal vez de importancia secundaria en la hidrografía nacional, pero de principalísimo interés para aquélla, ya que a la próvida riqueza de sus pesquerías y a la fertilidad que llevan a las comarcas que atraviesan debe unirse la esplendidez de los panoramas que brindan a los absortos ojos del viajero, maravillado ante tan fastuosa hermosura.

Verdad es que, bajo este aspecto, va el ánimo de quien la visita de sorpresa en sorpresa de uno a otro extremo de la provincia. Tal es la diversidad de paisajes, la rápida y continua mudanza de cuadros que a la vista se van desplegando, como los cristales de un diorama, que no parece sino que Dios quiso prodigar aquí las más opuestas bellezas, los contrastes más sorprendentes, poniendo no lejos de las abruptas montañas de Caurel la paradisíaca vega de Sarria; cerca de las sublimes hondonadas del Sil, la seducción de la virgiliana tierra de Lemos; al pie del Gistral y de la Gañidoira, los vergeles vivarienses cantados por el poeta, y, próximos a la sierra de Meira, los ensoñadores encantos del Eo y de la ría en que desagua.

Si entre sus montes cuenta algunos que alzan sus ingentes cumbres a más de 1.500 metros sobre el nivel del mar, como los de Pena Rubia, Pía Pájaro, Montouto y Capeloso, entre sus valles los hay de tan lujuriante feracidad y verdecida pompa como los del Oro, Lorenzana, Sarria, Puertomarín, Ulla, Chantada, Vivero y tantos otros que traen a la memoria la «descansada vida» que el excelso Fray Luis ponderó en sus estrofas inmortales... Y, como cifra y compendio de tantas bellezas, la carretera del litoral, tendida a lo largo de la costa y cruzando las rías del Eo, de Foz y de Vivero, ante cuyos hechizos imponderables y soberanos enmudece la palabra y el espíritu se abisma en vehemente admiración y en místico arrobo.

Gloriosa y magnífica, como su naturaleza, es la historia de estas comarcas que constituyen la provincia lucense. Fueron los celtas los primeros pobladores que aquélla nos recuerda, y ellos imprimieron su huella de un modo indeleble, aquí como en casi toda Galicia. Servíanles los «castros» de templo, fortaleza y habitación a un tiempo; de enterramiento los «dólmenes» y «mámoas». De unos y otras fué tan rica la provincia de Lugo, que aun hoy se les cuenta por centenares, habiéndose hallado en ellos, no solamente armas que por entero pertenecen a tales gentes, sino también objetos suntuarios (torques, inaures, brazaletes, etc.); en la toponimia misma dejaron impresa su huella perdurable, pues son de céltica raíz muchos nombres de pueblos y lugares, comenzando por el de Lugo mismo, que si pudo creerse por los latinistas que era derivado del «lucus» (bosque sagrado), hoy, a la luz de los modernos adelantos filológicos, puede afirmarse que procede del «Lug» celta, nombre de un dios común perteneciente a aquella raza.

Larga y recia fué la lucha que Roma, señora del mundo, hubo de sostener para uncir a su carro triunfal a los gallegos. Lográlo al fin, después de la epopeya del Medulio, en que los celtas de por acá emularon los sacrificios de Sagunto y Numancia. Afirma Paulo Orosio que aquel monte se alzaba inmediato al río Miño, «Minio flumini inminentem», por lo que no aventuran demasiado los que lo suponen en nuestra provincia actual. Acierten o no en ello, lo incuestionable es que el imperio romano puso todo su empeño en hacer tolerable la esclavitud a que estos pueblos se vieron sometidos, abriendo en ellos amplios caminos, de los que venían a ser centro y nervio los que por

Viaducto sobre el Chanca.

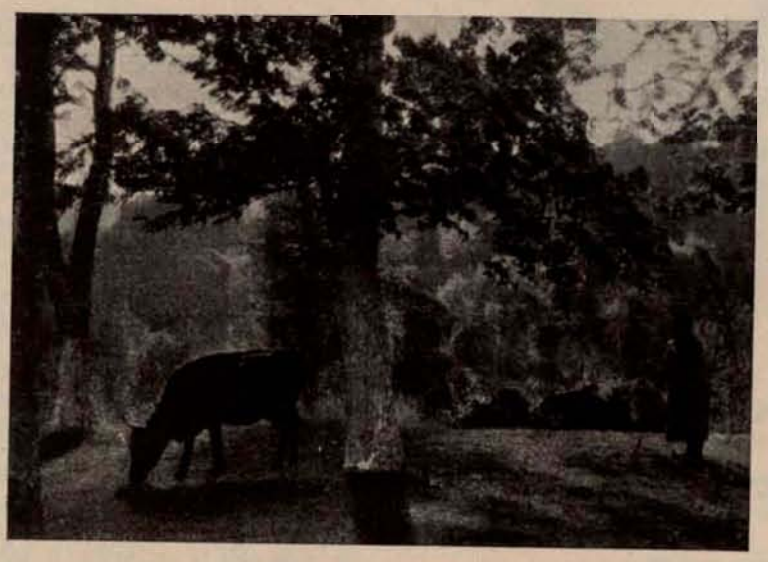
el interior y «per loca maritima» iban de Braga a Astorga, pasando por Lugo, alzando templos suntuosos y tratándolos, en suma, como a una cesárea provincia más. De la ciudad de Lugo, la más importante de Galicia a la sazón, y a la que los romanos erigieron en augustal y capitalidad del convento jurídico lucense, que tanto importaba como proclamarla cabeza de todos los pueblos gallegos, asegura Ceán Bermúdez que tenía templos magníficos, anfiteatro, curia o basílica y otros muchos edificios. De todo ello, sólo se conserva a la hora presente la robusta muralla de lajas de pizarra que rodea la ciudad, y que constituye ejemplar único de su género en el mundo; restos de las termas o baños a orillas del Miño; un curioso relieve alusivo a Hércules tal vez, algunos fragmentos de mosaico, entre ellos el de un templo que se supone dedicado a Diana, trozos de caminos subterráneos, y numerosas lápidas que fueron apareciendo y cuyo número aumenta de día en día.

Fué por entonces cuando el Apóstol Santiago vino, según se cuenta, a difundir en Galicia la buena nueva, erigiendo la sede lucense y convirtiendo a la verdadera fe a los naturales del país, idólatras de sus divinidades célticas, y a los romanos, cegados por el frío paganismo. Una luz sobrenatural invadía las almas, que no tardó en expandirse por la predicación de los discípulos del Hijo del Trueno a los demás pueblos que dependían de «Lucus Augusta»: los jadones, cibarcos y egobarros en el litoral, y en el interior los britones, zoelas, triadivos, seurbos, lemabos, baedios, caranicos y lemabrigos, estos últimos en tierras de Quiroga, donde los romanos acometieron la colosal empresa de horadar el Montefurado para variar el curso del Sil y explotar más fácilmente el oro que arrastraban sus arenas.

Tembló un día el suelo bajo el galope de los potros desbocados, y retumbaron las montañas al rodar de los carros de guerra; era que del norte bajaban, como alud arrollador, las bárbaras hordas, rugientes como tempestades, en busca de más dulce clima y más fértiles tierras que las suyas, brumosas y sombrías. En la parte occidental de la península ibérica asentaron los suevos, gente díscola, tornadiza, inquieta y cruel. Dos reinos constituyeron: el uno, que tenía a Braga por capital, y el otro, que la fijó en Lugo.

Puente sobre el Miño en Lugo.

Pero su preponderancia entre nosotros fué, digan cuanto les plazca los defensores del suevismo, una serie ininterrumpida de violencias y matanzas; hedía el suelo a sangre caliente, y los pueblos, aniquilados, destruídos, eran el horrendo festín de las batallas en que se debatían los suevos bracarenses y lucenses, unas veces entre sí y otras con los naturales de estas comarcas. Las páginas del «Cronicón», de Idacio, que vivió en aquellos días angustiosos, prueban la verdad de lo que decimos. De Franta, Remismundo, Miro y otros asegúrase que establecieron su corte en Lugo; más bien ha de decirse que aquí tuvieron su cuartel general, del que salían y al que retornaban sus ejércitos en sus algaras desoladoras. No importa que en cuadro tan sombrío surja, momentáneo, un rayo de luz, como el Concilio lucense del año 569, la erección de la sede de Britonia, la conversión de Carriarico a la fe católica, y algún otro: son destellos brillantes y fugaces que contribuyen a hacer más sensibles las negruras de aquel período feroz y cruel.



Alrededores de Lugo.

Vencidos los suevos por los godos, Galicia, y Lugo por tanto, disfrutó de una paz relativa. De entonces data el famoso monasterio lucense de Samos, que hoy aun es gala y prez de nuestra provincia, y, probablemente, también de aquellos días son algunas iglesias, en las cuales, a través de posteriores reformas, perduran rezagos de la arquitectura visigótica; y aun, acaso, le pertenezcan por entero las ruinas subterráneas (¿de un templo priscilianista?) descubiertas hace poco en Santa Eulalia de Bóveda, a unos diez kilómetros de Lugo, exornadas con simbólicos y primitivos relieves y pinturas.

La invasión sarracena, si dejó sentir sus efectos destructores, no tuvo tiempo a arraigar aquí ni a influir en el espíritu popular. Sojuzgadas estas tierras en el año 712 ó 713, fueron arrebatadas para siempre al Islam por Alfonso el Católico, en el 744, restituyendo en la silla episcopal al insigne Odoario, a quien confió la restauración de la ciudad de Lugo, cuyo señorío le otorgó. Pero si la capital se vió libre de los infieles en lo sucesivo, no así la provincia, puesto que medio siglo más tarde vióse el Rey Casto obligado a llevar sus ejércitos al castro de Santa Cristina del Viso, en el Incio, para reprimir la rebeldía del moro Mohamed, que a su amparo y protección se acogiera, para rebelársele después, pretendiendo erigirse en amo y señor. Sofocado aquel intento, ya puede decirse que las tierras que forman la provincia actual no volvieron a sentir el yugo musulmán, por lo que Sabarico, obispo de Dumio, en Portugal, forzado al abandono de aquellos lugares por las depredaciones de los muslimes, vino a refugiarse y establecer su sede en el norte lucense, en la que hoy es parroquia de San Martín, de Mondoñedo, del ayuntamiento de Foz, llamándose desde entonces e indistintamente aquel prelado y los que le sucedieron mindonienses y dumienses; corriendo los años, trasladóse la silla episcopal al Mondoñedo de hoy, donde, tras breve estancia en Ribadeo, perdura desde el reinado de Doña Urraca, que dispuso su traslación.

El período que pudiera llamarse milenario señalóse aquí, como en muchos otros pueblos, por una exaltación del fervor religioso, promovida por las profecías que vaticinaban la proximidad de los días apocalípticos. Surgieron entonces, para refugio de pecadores y edificación de las multitudes, esos monasterios que tanta importancia alcanzaron en nuestra historia y que subsisten aún hoy, como conventos los unos, convertidos los otros en feligresías rurales: San Vicente del Pino, en Monforte; Ferreira de Pallares, en Guntín; Lorenzana, Meira, Penamayor y varios otros, algunos por completo desaparecidos.

Disipados los terrores milenarios, surgieron las humanas pasiones con más ímpetu y vigor; codicias y apetitos mostráronse sin freno y al desnudo en rebeldías y asonadas de los grandes contra los Reyes, a quienes osaban mirar de igual a igual; los condes Menéndez, Gundemariz y Ovequiz fueron los caudillos de aquellas revueltas, que obligaron a los monarcas leoneses a venir contra ellos al frente de sus mesnadas. Por si esto fuera poco, los Concejos, en que los obispos ejercían el señorío temporal, intentaban sacudirse y echar lejos el yugo de sus prelados; y esto, en Lugo como en Castro de Oro, en Mondoñedo como en Vivero. Fué en la capital donde las contiendas populares revistieron mayor importancia y gravedad, llegando a correr la sangre con varia fortuna para unos y otros contendientes; pues si el Papa Juan XXII fulminara su excomunión contra el Municipio, por su contumacia, los burgueses asesinaban al merino del obispo D. Juan I en la propia catedral; si otro obispo Don Juan (Martínez Díaz de apellidos) hubo de ser condenado a muerte a petición del Concejo, por haber sido asesinados en su mismo palacio dos representantes del pueblo, sentencia que no llegó a cumplirse, el prelado D. Lope rendía su vida al filo de los puñales de los populares, a la luz del día y en plena calle de la ciudad de que se titulaba señor. Días turbulentos y aciagos aquellos de la Edad Media, hácese imposible el seguirlos paso a paso por el intrincado laberinto de motines, conjuras, tumultos, sublevaciones, violencias y atropellos que a toda hora se sucedían. Agudizaron este estado de cosas las luchas por la corona de Castilla, especialmente en los tiempos de Don Pedro I, al que tan afecto se mostró la provincia lucense, y de sus inmediatos sucesores en el trono. Sostenido el poder real en la lealtad—muy a menudo en el egoísmo—de los próceres e infanzones, venían éstos a ser otros tantos reyezuelos, tiránicos y despóticos, a cuyo antojo y capricho todo cedía y se doblegaba todo.

Vista del Ayuntamiento de Lugo.

Castros y Osorios, Lemos y Andrades, Pardos y Ribadeneiras, Dezas y Valcárceles, Somozas y Saavedras... de tal modo abusaron de su enorme poderío, y a tal punto llevaron sus excesos y depredaciones, que Galicia en masa se alzó contra los señores y, naturalmente, las tierras lucenses. La Hermandad gallega, anterior a las Comunidades castellanas y a las Germanías de Valencia, no tuvo con unas y otras nada de común. Constituyeron aquéllas un movimiento exclusivamente social, en tanto que éstas significaron, ante todo, una protesta política. Los adalides de los hermandinos lucenses eran gente de pro y de bien contrastada bizarría: Diego de Lemos, Alonso de Lanzós y Pedro Osorio. Ha de afirmarse, no embargante, que quien de veras luchó gallarda y denodadamente fué el segundo de los tres, pues en la conducta de los otros dos hay, por lo menos, rezagos de una premeditada defección. Triunfaron los señores a la postre; mas no sin que, al grito de «¡Abajo los castillos!», arrasaran los populares muchos de los que eran refugio y guarida de los omnipotentes próceres de aquella época. Cayeron al suelo al formidable empuje de los hermandinos, y sólo en la provincia de Lugo, las fortalezas de Baamonde, Támago, Arcos, Boán, Toldaos, Amarante, Saavedra, Villajuán, Malpica, la Mota, la Frouseira...; de la de Sarria, sólo fueron destruídas las fortifcaciones, y, en fin, como atestigua Vasco de Aponte, contemporáneo, o poco menos, de aquellos sucesos, fueron derrocadas cuantas fortalezas había en Galicia, excepto la de Pambre, que aun hoy se yergue no lejos de Palas de Rey, en los confines de las provincias de la Coruña y Lugo.

Quisieron algunos convertir en ingente figura de tal revolución a Pedro Pardo de Cela, héroe, mártir y no sé cuántas cosas más de las libertades galaicas. La verdad histórica nos le presenta como un ambicioso vulgar, enemigo de los hermandinos y rebelde a los mandatos de los Reyes Católicos, no por sus afectos a la causa de la Beltraneja, sino por negarse a restituir los bienes de la mitra de Mondoñedo, que detentaba como comendero de ésta, al punto de juzgarlos como cosa propia, y la villa de Vivero, cuyo gobierno le confiara Enrique IV. A su tenaz y larga resistencia diósele caracteres de epopeya, y a su ejecución en la plaza de Mondoñedo a manos del verdugo, vislumbres de martirio. En definitiva, no fué sino la víctima expiatoria de los desafueros de los nobles de su tiempo. Él pagó con su vida las culpas de todos, y su pública muerte fué aureolada con todos los incentivos de las poéticas leyendas, perpetuando su nombre a través de los siglos.

La política de Fernando e Isabel, al hacer afluir a la Corte la vida de la nación, sujetando ésta a un régimen único, cambió por completo la faz de la Historia. Las gestas regionales habían terminado; la savia, el vigor y la fuerza no discurrían ya de la periferia al centro, antes irradiaban de éste a todos los pueblos españoles. Una férrea mano reprimió, a la vez que los desmanes de los magnates, las turbulencias de los plebeyos; y así, encontrando aquéllos más cómodo el procurar su propio medro en el regio favor y en las intrigas palaciegas, no titubearon en acudir, como mariposas a la luz, a los alcázares de los monarcas, desterrándose de los castillos roqueros y de los «pazos» señoriales que hasta entonces les sirvieron de trono y cobijo a un mismo tiempo... El descubrimiento de América y las guerras de Italia y Flandes fueron acicate de sus ambiciones, e insensiblemente fuéronse despoblando fortalezas y casonas para venir a parar en nidales de pájaros rapaces y en sembrados de hiedras trepadoras, que, al correr de los siglos, las reducen a otros tantos montones de ruinas, teatro de consejas y leyendas espantables.

Pero, aun fuera de su natural elemento, dieron los nobles lucenses alto testimonio de cuánto valían y lograban; y así, Alonso Fernández de Lugo

conquista a Tenerife; Quiroga y Camba, capitán general y adelantado de Chile, honra a España en aquellos remotos climas; Pedro Fernández de Castro, el gran conde de Lemos, protector de Cervantes y mecenas de los grandes escritores de su tiempo, logra, por serlo, inmarcesible gloria; y cien más, cuyos nombres no caben en este sintético relato.

Pero cuando Galicia se sintió abandonada del poder central supo recobrar sus pasados arrestos y vigores. Tal aconteció en la invasión napoleónica, al arrojar de su seno a los franceses mucho antes que ningún otro pueblo de la península; a tal extremo, que habiendo entrado en ella en enero de 1809 unos 75.000 soldados del Imperio al mando de Soult y Ney, seis meses después se concentraban en Lugo, para evacuar la región, no más de 21.000, habiendo rendido la vida a manos de las alarmas gallegas los restantes 54.000. Lugo, en cuya capital se congregaron en septiembre de 1808 los representantes de León, Castilla y Galicia, para adoptar patrióticos acuerdos, supo cubrirse de gloria, ya en las abruptas montañas de Becerreá y Cervantes, donde sus aldeanos, al mando de D. Ignacio Manuel Herbón, infligieron duros castigos a los invasores, ya en las anfractuosidades de Montefurado, donde el abad de Casoyo, Quiroga y Uría, triunfó del propio Soult al regreso de éste de Portugal, ya derrotando a los franceses en la Gándara de Piñeiro, a la vista de la capital, batalla que tuvo en sus días tan grande resonancia como la de Sampayo en Pontevedra y la del Campo de la Estrella en Santiago. Entonces, como siempre que importó a la salud de la patria, cada lucense fué un soldado, un héroe cada caudillo. Después... nada que importe de un modo esencial y que no recuerden o hayan oído de labios de sus padres o abuelos los hombres de hoy.

* * *

De los pueblos de la provincia es, naturalmente, su capital el que más importa. Fúndense en él lo nuevo y lo antiguo sin antagonismos repelentes, antes demostrando cómo al lado de los modernos atavíos brillan y destacan con mayor esplendidez los viejos y puros blasones. Pulcra, agradable y bella, al pie de sus fragantes jardines y entre sus rúas asfaltadas, muestra al viajero, además de los vestigios romanos ya referidos, su catedral basílica, en la que se eslabonan los varios estilos arquitectónicos, desde el románico al ochocentista francés, destacando, entre otros curiosos detalles, el medallón del siglo XII con la imagen del Salvador en su pórtico norte, y la hermosa sillería coral, tallada por las mágicas gubias de Francisco Moure; sus iglesias de San Francisco y Santo Domingo, aquélla con un magnífico claustro románico, sus ábsides ojivales y el artesonado mudéjar de su crucero; su Casa Consistorial, de sobrio y grato barroquismo, y su vieja y típica plaza del Campo, con linda fuente rococó, que ocupa, a lo que se presume, el emplazamiento del «forum» de los tiempos de Roma. En lo moderno merecen una cita y un elogio el palacio provincial, el de Hacienda, el Seminario Conciliar, la Cárcel Modelo, el palacete del Círculo de las Artes, y, como lugares de esparcimiento, además de sus jardines, la frondosa Alameda y el espacioso Parque de Alfonso XIII, con su espléndido mirador, desde el que abarca la mirada el poético Miño y los paisajes de ensueño que en ambas orillas se escalonan, unidos por el puente de arcos ojivos, reconstruído y ensanchado en nuestros días, sacrificando a la comodidad y holgura la artística belleza y el interés arqueológico. «Andar todo o mundo e morrer en Lugo» es un secular adagio que declara cuánto fué siempre esta ciudad acogedora para los que a ella vinieron o arraigaron en ella.

Dos caminos se ofrecen para llegar a la capital desde el interior de España: la carretera general de Madrid a la Coruña y la ferrovía del Noroeste.

Entra ésta en la provincia paralela a la corriente del Sil, por Montefurado, pasa por Quiroga-San Clodio, capitales, respectivamente, de los municipios de Quiroga y Ribas del Sil, emplazadas en riente y anchuroso valle y separadas por el río, sobre el que se alza un puente de moderna construcción y generosa traza. Después ya no hay nada que interese cosa mayor hasta llegar a Monforte.

Puerta de Santiago, en Lugo.

Esta antigua villa (hoy ciudad e importante centro ferroviario) fué en remotos días cabeza del pueblo de los «lemabos»; allá por los tiempos milenarios fué erigido el monasterio de San Vicente del Pino, en la cima del castro a cuyo pie se extiende la población. Fundada ésta por D. Froila Díaz, en los albores del siglo duodécimo, pasó después a ser señorío y capital de los estados de los condes de Lemos, que tanto importaron en la historia gallega. Son sus más nobles preseas la iglesia de San Vicente, reconstruída en épocas distintas y digna de todos los elogios; la torre del castillo de los Lemos, que se yergue frontero de la iglesia, dominando un vasto y ameno horizonte; y abajo, en el llano, el convento de monjas Clarisas, fundación de la hija del duque de Lerma, esposa del conde protector de Cervantes, y cuyo relicario es de los más valiosos de España; y, finalmente, la soberbia obra del Colegio de la Compañía de Jesús, fundado por el cardenal arzobispo de Sevilla D. Rodrigo de Castro (1523-1600), también de la familia de los condes, en el cual tienen al presente establecido un magnífico colegio los padres Escolapios, y en el que destaca, entre otras excelencias, el prolijo retablo, obra genial del insigne Moure. Fecunda el valle en que la ciudad se asienta el río Cabe, el «Chalybe» de los romanos en opinión del P. Sarmiento, cuyas aguas eran de tan admirable efecto para el temple del acero, y sobre el cual se levantan dos puentes, el antiguo de piedra y el moderno de hierro, dignos ambos de mención desde sus respectivos puntos de vista.

Centro y punto de partida es la ciudad de Monforte para visitar las históricas tierras de Lemos, donde se alzan numerosas iglesias románicas, que constituyen un verdadero museo arqueológico, por lo relativamente bien conservadas: Atán, Eiré, Pombeiro, Ribas de Miño, Cangas, Diomondi, Marrube... forman un insigne museo de aquel arte, tan gallego, que bien pudiera afirmarse que él simboliza la fe regional gallega más que otro ninguno.

Apenas se deja atrás Monforte llega la locomotora a Bóveda, frecuentada por los agüistas que se dirigen al balneario del Incio, cuyas aguas ferruginosas son de tan sorprendentes resultados para los anémicos, y muy en especial para las mujeres que llegan a la pubertad. Un poco más adelante, Sarria, la villa riente y alegradora donde se dijera que no hallan las sombras lugar donde posarse, siempre bañada por el sol y gozosa en la contemplación de su campiña verdegueante. Su convento de Mercedarios, sus iglesias parroquiales de San Salvador y Santa Marina, y los restos de su antiguo castillo, hoy convertido en señoril residencia modernizada por las necesidades del vivir actual, son en ella lo más notable. En las iglesias, y sobre todo en el convento, obra del siglo XV, halla el arqueólogo motivo de estudio en los vestigios de otras edades. Además, dentro del mismo municipio sarriense, y con fácil comunicación, merecen ser visitadas las iglesias de Barbadelo, Albán, Villar y alguna otra, no por humildes menos dignas de atención; por el contrario, acaso su misma humildad apartó de ellas la avalancha de las modernas restauraciones, muchas veces más dignas de vituperio que de alabanza. Fuera también imperdonable al aficionado que de tiempo dispusiese el no hacer la breve excursión que exige, desde Sarria, la visita al monasterio de Samos, uno de los realmente monumentales de Galicia, reedificado, como la mayor parte de ellos, en los siglos XVII y XVIII, pero con tal magnificencia y amplitud, que compensa con creces su contemplación la breve molestia del viaje.

Después de Sarria, nada nos sale al paso que importe mayormente hasta llegar al gallardo y pétreo viaducto de la Chanca, de veinte arcos, de considerable altura los del centro. Queda Lugo a la izquierda, y el tren corre por una extensa planicie. Rábade y Baamonde son dos pueblos de ayer, surgidos a favor de las respectivas estaciones ferroviarias y de los caminos que

Orillas del río Parga, en Baamonde.

Meira: Claustro en ruinas.

de ellas parten hacia el norte de la provincia. Llégase a Parga, cuyas inagotables canteras surten a las construcciones regionales de sus grandes bloques de un granito blanco, fino y compacto; aquí merecen señalarse un puente romano sobre el río y las ruinas del secular castillo, uno de tantos despojos del muerto feudalismo... Y Guitiriz en seguida, con sus aguas sulfurado-fluorurado-sódicas frías y su novísimo balneario en plena montaña, tan concurrido, que a su amparo fué formándose una verdadera villa, esmaltada de lindos «chalets» y pintorescos hotelitos, que ofrecen un grato conjunto y son prenda segura de un porvenir brillante y lisonjero. La estación que sigue (Teijeiro) pertenece ya a la provincia de la Coruña, por lo que debe aquí quedar interrumpida esta rápida descripción a marcha de tren.

Si la entrada en tierras lucenses se hace por la carretera general, danle acceso al viandante, a guisa de pórtico milagroso, las cumbres del Cebrero, a 1.293 metros sobre el nivel del mar, y frecuentemente cubiertas de nieve en el rigor de la invernada. Lugar famoso, por las repetidas peregrinaciones que lo animan, es para éstas motivo de piadosa edificación el tradicional milagro que valió al Santuario y al cáliz del siglo XII que en él se guarda el renombre de «Santo Grial gallego».

Data del siglo XIII la leyenda, y según la versión que de ella nos legó el erudito P. Yepes, «cerca de los años mil y trescientos había un vecino y vasallo de la casa del Cebrero, el cual tenía tanta devoción con el santo sacrificio de la misa, que por ninguna ocupación ni inclemencia de los tiempos recios faltaba de oír misa. Es aquella tierra combatida de todos los aires, y suele cargar tanta nieve, que no sólo se toman los caminos, pero se cubren las casas, y el mismo monasterio, iglesia y hospital, suelen quedar sepultados; y allá dentro viven con fuegos y luces de candelas, porque la del cielo en muchos días no se suele ver. Un día, pues, muy recio y tempestuoso, de hielo y tempestades, rompió por las nieves, y como pudo llegó a la iglesia. Estaba un clérigo de los capellanes diciendo misa, bien descuidado de que en aquel tiempo trabajoso pudiese nadie subir a oír la misa. Había consagrado ya la hostia y el cáliz, cuando el hombre llegó, y, espantándose cuando le vió, menospreció le entre sí mismo, diciendo: —Cuál viene este otro, con una tan grande tempestad, y tan fatigado, a ver un poco de pan y vino. El Señor, que en las concavidades de la tierra y en partes escondidas obra sus maravillas, la hizo tan grande en aquella iglesia a esta sazón, que luego la hostia se convirtió en carne y el vino en sangre, queriendo Su Majestad abrir los ojos de aquel miserable ministro, que había dudado, y pagar tan gran devoción como mostró aquel buen hombre viniendo a oír misa con tantas incomodidades. Estuvieron mucho tiempo la hostia vuelta en carne en su patena y la sangre en el mismo cáliz donde había acontecido el milagro, hasta que pasando la Reina Doña Isabel la Católica en romería a Santiago, y hospedándose en el monasterio del Cebrero, quiso ver un prodigio tan raro y maravilloso, y dicen que entonces, cuando lo vió, mandó poner la carne en una redomita y la sangre en otra, adonde hoy día se muestran», y se conservan al presente como entonces.

Baja la carretera hacia los Nogales y Becerreá, dando ocasión para contemplar en el primero de dichos ayuntamientos la vetusta torre de Doncos, y no muy lejos, aunque más internada, la de Torés, y en el segundo el notable puente o viaducto de Cruzul. Ya a partir de aquí y hasta Lugo importa el paisaje y no otra cosa. Desde la capital sigue la carretera paralela al camino de hierro hasta entrar en la provincia de la Coruña, por lo cual es ocioso volver a lo ya descrito o recordado. Pero, si en vez de aquella vía tomamos la de Santiago, tendremos que pasar a vista de Guntín, donde aun se levanta el histórico monasterio de Ferreira de Pallares, pasando en seguida al municipio de Palas de Rey. Aquí, a la derecha del caserío de Ferradal y no más lejos de un kilómetro de la carretera, álzase la evocadora iglesia de Villar de Donas, casi coetánea de la fundación de la Orden caballeresca de Santiago, a la que perteneció, notable por su portada, sus ábsides, sus enterramientos, un relieve del siglo XII en sus muros empotrado y algunos otros más que curiosos detalles. Ya en el confín de la provincia puede contemplarse a una legua poco más o menos, y en la margen del río Ulla, el soberbio castillo de Pambre, uno de los más notables de la región, maciza fábrica de robustos sillares, que si resistió antaño el rudo embate de los briosos hermandinos, aun hoy continúa desafiando victorioso las inclemencias del tiempo y las injurias incesantes de los siglos y de los hombres.

Otra de las vías que deben ser consideradas como fundamentales es la carretera de la costa. Siguiendo la ruta de este a oeste, comienza aquélla en la floreciente villa de Ribadeo, asentada en la margen derecha de su pintoresca ría, desde la que se divisan, en la de Asturias, las de Castropol y Figueras. El panorama es casi único aun en Galicia, la tierra por excelencia de las brujerías de ensueño; en lo demás se atiende de tal modo a la renovación y embellecimiento del pueblo, que lo que éste conservaba de secular y arcaico desaparece de día en día, al extremo de que como testimonio de su pretérito apenas queda sino la parte antigua de su iglesia de Santa María del Campo; el Jardín, el Campo de San Francisco y el Cantón, además de algunas de sus calles principales, alardean de un grato modernismo, como demostración de que es Ribadeo un pueblo que no se aviene a quedar a la zaga. A su puerto afluyen los minerales de hierro de Villaodrid para ser exportados fuera de España, después de un recorrido de 33 kilómetros de ferrocarril. Sigue la carretera por Debesa, Reinante y Benquerencia, como por pintoresca avenida, a trechos salpicada de modernos hoteles y chalets, y se llega a San Cosme de Barreiros, interesante por su amplia y espléndida playa, abierta en la ría de Foz, pueblo éste que enfrente se divisa como policroma acuarela, reflejando en las tranquilas aguas su caserío, en gran parte habitado por gentes pescadoras que surten a gran parte de la provincia, haciendo bueno el adagio, entre ellos tan vulgarizado: «Colle sardiña e comerás galiña».

Continúa la carretera bordeando el litoral, cruza por Burela, puertecito pesquero también, y por Sargadelos, donde perduran aún los ruinosos restos de la magnífica fábrica de fundición y de loza, que, inaugurada en las postrimerías del siglo XVIII, vino a extinguirse lenta y lánguidamente a mediados del XIX, y cuyos productos de cerámica fueron tan celebrados; cruza las tierras de Cervo, pasa por Jove y llega a Vivero, centro de los numerosos pueblecillos que lo rodean: Cillero, el puerto pescador, poblado de fábricas de conservas y al que afluyen a diario los barcos cargados de bonito; Cobas, el de la playa ideal por lo segura, abierta y limpia, al extremo de no haber faltado quien asegurase que «de Bayona a Bayona (la de Francia y la de Galicia) no hay playa como la de Cobas», visitada durante el verano y más cada vez por gentes procedentes de todas partes de España; Chavín, centro industrial de reparaciones y restauraciones de automóviles; la Silvarosa, cuenca minera en explotación; Junquera, Magazos, etc.

Vivero, ciudad jocunda y gentilmente acogedora, con sus magníficos hoteles, sus flamantes casinos, su animación automovilista, su malecón-avenida, urbanizado a maravilla, y su abundante comercio, produce la sensación de un pueblo de más importancia de la que tiene en realidad, dejando en el ánimo el más halagüeño recuerdo, tendida, como en anfiteatro, al pie de empinadas y siempre verdes colinas y acariciada por las aguas de su plácida ría. Al lado de lo nuevo, sabe guardar la herencia de su glorioso pasado: el castillo del Puente, las iglesias de Santa María, románica del siglo XII, y la de San Francisco (hoy parroquial de Santiago), deplorablemente adulterada y que guarda bajo sus bóvedas los restos mortales de la beata doña Constanza de Castro y del egregio poeta elegíaco D. Nicomedes Pastor Díaz, insignes vivarienses los dos.

Desde Vivero cruza la carretera por San Juan de Cobas, rozando la playa maravillosa, y se dirige hacia el norte, para entrar en el municipio de Riobarba, dirigiéndose a la ría del Barquero, que separa las provincias de la Coruña y Lugo, la cual se atraviesa por un puente metálico de tres tramos de forma parabólica, cada uno de 48,10 metros de longitud.

Citaremos, entre otras vías, la de Barreiros-Mondoñedo-Lugo; cruza en sus comienzos el idílico valle de Lorenzana, en el cual asientan la villa y monasterio de este nombre: una y otro no deben ser pasados en silencio, pues si aquélla es deleitosa y riente, éste es acreedor a todo linaje de alabanzas por su fábrica, si relativamente moderna, llevada a término con no menos arte y esmero que la de Samos; en su tesoro artístico son de admirar notables piezas de orfebrería y el sepulcro del conde Santo, fundador de la casa. Sigue el camino a Mondoñedo, y ya aquí obliga a una más larga detención su catedral, de atrayente aspecto y severa traza; justo es recordar, además de su frontispicio, un tanto deslucido por la pequeñez de sus torres, los curiosos frescos medievales que decoran su interior; dos o tres pinturas de buena mano, del siglo XVII; la sillería coral; unos cuantos efectos, que se presume hayan pertenecido al obispo D. Pelayo Cebeira (siglo XII), y alguna cosa más. El Hospital de San Pablo, el Seminario, la iglesia de los Remedios, los conventos de Alcántara y Los Picos, el palacio episcopal de Buen Aire, y, en lo moderno, la parroquia de Santiago y el Asilo de Ancianos, son dignos también de atención; todo ello ceñido de encantados paisajes y florestas, en los que se confunden y entremezclan lo melancólico y lo ameno, lo saudoso y lo alegre.

Del pueblo de Foz arranca la carretera que por el Valle de Oro va a Vivero. En ella atraen al viajero, en el ayuntamiento de aquel nombre, el ostentoso templo, antigua catedral más de una vez descrita, de San Martín de Mondoñedo, copioso en artísticos pormenores del más alto valor, tales como los admirables capiteles de sus columnas, sus pinturas murales, su frontal de piedra del siglo XI y otros no menos insignes. La villa de Ferreira del Valle de Oro sugestiona por su alegre modernidad, y el país, en general, por sus poéticos e inenarrables encantos naturales.

La carretera que parte de Vivero hacia Lugo, después de reptar por el feracísimo valle de Landrove y los sinuosos y hechizados paisajes de Orol, cruza la desnuda sierra de la Gañidoira, y, pasando por Villalba, la histórica villa agrupada en torno del viejo castillo de los Andrades, que aun conserva enhiesto su octógono donjón, llega a Rábade, la antesala de Lugo.

En Meijaboy, en Guntín, comienza otra carretera que va hacia Orense, atravesando el partido judicial de Chantada; al llegar cerca de Castromayor arranca de ella el camino de Monterroso, villa célebre por sus concurridas ferias; sigue aquélla por el concejo de Taboada y llega a Chantada, pueblo progresivo y rico, cuyas cercanías se ufanan con iglesias tan notables como las de Fornas y Campo Ramiro, y pueblos como el de Brigos, que conserva aún la casa en que vino al mundo el excelso Fr. Juan Alfonso Varela de Losada (1723-69), fundador de la Orden mendicante de los Nazarenos, más difundida en el resto de Europa que en España, y la cual ha empezado a edificar en el lugar natal de su beato fundador una iglesia digna de varón tan preclaro, que emuló los trabajos y las glorias del Serafín de Asís.

La carretera de Lugo a Puertomarín, tras de cruzar las fertilísimas orillas del Miño, nos deja en aquella villa, en la que reclaman la atención las iglesias de San Pedro y San Juan, románicas las dos y ambas interesantes, sobre todo la segunda; la de Lugo a Fonsagrada, al pasar por Castroverde nos permite contemplar la torre del viejo castillo, y si el tiempo nos da vagar para ello, el templo de Villabad, erigido en el siglo XV, y que por su pasada riqueza y sus generosas proporciones recibió en el país el calificativo de «Catedral de Castroverde»; y, finalmente, la carretera de Lugo a Ribadeo, por Meira, nos brinda en este último punto la contemplación de su monasterio, con una hermosa, vasta y rica iglesia, de anchas y altas naves, artísticos altares y generosos claustros, no obstante hallarse en ruinas casi todo... ¡Ruinas doblemente sagradas por la Religión y por el Arte!

* * *

Tierra de promisión para el creyente, para el arqueólogo, para el poeta, para el turista... Si estas páginas no tienen los atractivos de una descripción ni las armonías de un canto, tengan al menos la fervorosa unción de una cordial ofrenda.

DESARROLLO ADMINISTRATIVO DE LA PROVINCIA DE ORENSE

POR

JULIO RODRÍGUEZ SOTO

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN

Paisaje orensano.

El desarrollo administrativo alcanzado por la provincia de Orense en estos últimos años ha sido considerable y abarca todos los servicios y ramos de la administración pública confiados a las Diputaciones por el Estatuto provincial.

Entre las obras terminadas durante este período, figura la ampliación del palacio provincial, magnífico edificio situado en lo más céntrico de la ciudad, y que hoy resultaba insuficiente para las oficinas de la Diputación, Hacienda y Gobierno civil, con todos sus anejos, que en él se hallan instalados.

Aprovechando el amplio patio del palacio, se han construído dos nuevos cuerpos de dos pisos y planta baja, en cuya obra se ha gastado medio millón de pesetas.

Otra obra de extraordinaria importancia, terminada también durante la actual presidencia, ha sido la conclusión del Hospital Modelo, grandioso edificio situado en las afueras de la capital, destinado a los diversos servicios de Beneficencia de la Diputación, y que se hallaba en serio peligro, por no haberse terminado las obras indispensables para ponerlo en estado de inmediato servicio. La suma empleada en éstas ha sido de 443.459,16 pesetas, merced a cuyas obras el Hospital Modelo de Orense, con sus numerosos pabellones y el vasto terreno destinado a jardines que lo rodea, es uno de los más amplios, suntuosos y modernos de España.

El decaimiento de la riqueza forestal de la provincia ha merecido también la atención de la Diputación, que, conociendo la influencia climatológica que ejerce el arbolado, los aprovechamientos que de él se derivan para los servicios agrícolas y el rendimiento positivo y creciente de las diversas especies forestales indígenas, ha emprendido un extenso plan de repoblación forestal, que ha comenzado ya a ejecutarse ampliamente.

No menos urgente era acudir en remedio de la sensible degeneración de las razas bovina y porcina, que constituyen una de las principales riquezas de la provincia, en lastimoso decaimiento, y a este propósito se establecieron en todas las zonas ganaderas de la provincia paradas de sementales, cuidadosamente elegidos entre las razas más adecuadas, para regenerar o mejorar las características de las especies comunes al país, presupuestándose importantes sumas con este objeto.

En lo que respecta a comunicaciones provinciales, la Diputación ha terminado ya 280 kilómetros de carreteras, encontrándose en construcción 172 kilómetros más. Hay proyectada la de otros 200 más de caminos vecinales del plan del Estado, y 3.600 del plan de esta Corporación, obras que se van realizando metódica y continuadamente, y que en un plazo relativamete corto enlazarán, por medio de excelentes comunicaciones, todos los núcleos de población de la provincia, por remotos que se hallen, puesto que la Diputación provincial forma parte de la Mancomunidad de las de régimen común para el empréstito de 600 millones de pesetas que el Estado les otorga para los indicados fines.

Una obra tan urgente como necesaria era también la construcción de un hospital destinado a leprosos, enfermos que hasta la fecha, y en número muy limitado, eran internados en el de San Lázaro, de Santiago; pero al conocerse la existencia de algunos casos más en completa libertad, con gravísimo riesgo para la salud pública, se pensó en la necesidad absoluta de aislarlos, bajo la inspección y cuidado directos de la Diputación, y para realizar este propósito se constituyó, con las de Lugo y Pontevedra, que se hallan en el mismo caso, una mancomunidad para construir con el auxilio del Estado la Leprosería Regional del Noroeste, obra que se comenzará en breve plazo.

En obras de salubridad se han gastado importantes cantidades, y los servicios de Beneficencia se han aumentado considerablemente, ampliando el número de plazas en el Manicomio de Conjo, mejorando los servicios del Hospital Provincial y concediendo pensiones a pretuberculosos y enfermos sin recursos que por distintas causas no pueden ser hospitalizados.

Del considerable desarrollo de todos los servicios provinciales puede hacerse una síntesis con la simple comparación de las cifras presupuestarias, que en el año 1923 eran de 876.133,86 pesetas, y en el ejercicio corriente se eleva a 3.159.387,27 pesetas, cantidades que, por simple comparación, demuestran con irresistible elocuencia la formidable labor que en beneficio público provincial viene desarrollando esta Diputación de Orense.

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA

por

FLORENTINO LÓPEZ A. CUEVILLAS

DIRECTOR DE LA SECCIÓN DE PREHISTORIA DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS GALLEGOS

GENERALIDADES. CARACTERES INDIVIDUALES.—Los únicos que, en cierto modo, pueden individualizar a la provincia de Orense dentro de la absoluta unidad geográfica y etnográfica de Galicia, son su falta de litoral marítimo y el albergar dentro de sus límites administrativos los macizos montañosos más importantes de la región.

No tiene Orense nada que se asemeje a las dulces perspectivas de las Rías Bajas ni a la vigorosa grandiosidad de las costas bravas, careciendo asimismo, por causa de la ingencia de sus macizos, de los extensos horizontes de peneplen tan bien representados en Lugo y en parte de Pontevedra y Coruña; mas, en compensación de estas faltas, disfruta de la posesión de dilatados valles (Rabeda, Limia, Monterrey) y de soberbios paisajes labrados por erosiones modernas (paisajes de cotos) en las márgenes del Miño y del Sil.

GANADERÍA, AGRICULTURA, INDUSTRIA.—Las principales riquezas de la provincia orensana son la ganadería y la vinicultura. La ganadería vacuna, que es la más importante, está uniformemente extendida, destacándose así todo por su riqueza la comarca de La Limia. Las razas son: a la derecha del Miño, la gallega, llamada «marela», exclusivamente, y en la izquierda, la misma raza cruzada con el «bos ibericus» (vianés, limiao) y con otras variedades portuguesas («minhota, mirandesa»). Recientemente se han hecho cruzamientos con productores extranjeros (holandés, swift), al parecer con poco resultado.

La cría de cerdos, muy combatida por frecuentes epizootias, da también buenos rendimientos, siendo la raza única la celta, que ahora empieza a cruzarse con alguna otra gallega (santiaguesa) y con la inglesa de Yorkshire.

Abundan mucho, sobre todo en las regiones montañosas, el ganado lanar y el cabrío (avenza), en general muy degenerado y pobre, y que comienza actualmente a mejorarse en algunos lugares (Amoeiro, Villamarín) por cruzamiento con raza importada de Burgos.

Los afamados vinos orensanos proceden del valle del Avia (Ribeiro) (que antiguamente exportó sus caldos a Inglaterra e Italia), de los valles del Miño, del Sil, del Támega (Monterrey) y de la cuenca inferior del Arnoya. La más grande porción de la cosecha orensana es consumida en Galicia, aunque algo se vende, embotellado, en el resto de España, y aun se exporta al extranjero, principalmente a Cuba.

Otra importante fuente de riqueza, de modo especial en las comarcas de Trives y Valdeorras, es la castaña, amenazada hoy de muerte por una terrible plaga, a la que no ha podido buscársele aún el oportuno remedio.

Se cultiva también centeno, maíz y patatas (singularmente en la Limia), producciones las dos primeras que mal cubren las necesidades de los cosecheros, riquísimas legumbres y frutas, mereciendo mención especial las pavías del Ribeiro de Avia, siendo estos últimos cultivos de grande e indudable porvenir. En los sitios bajos y húmedos hay excelentes y extensos prados naturales.

La actividad industrial está reducida a fábricas de energía eléctrica y a pequeños establecimientos de molinería, serrería y curtido de pieles. Existen también algunos centros de producción cerámica (Tioira, Niñodaiga, Lañoá) que usan procedimientos por completo primitivos, y en el verano se instalan en lugares adecuados infinidad de hornos dedicados a la construcción de teja y ladrillo.

NOTAS DE GEOGRAFÍA HUMANA.—La población es medianamente densa, unos 52 habitantes por km.², y se agrupa desigualmente, siendo muy compacta en los valles, sobre todo en los del Avia y del Miño, y escasa en las comarcas montañcsas de Queixa y San Mamede, donde no llega a tener 20 por km.²

La forma de vida es la normal en Galicia. Dispersión infinita en aldeas y lugares, que origina una fuerte vitalidad de la parroquia y una completa inadaptación a la vida municipal, que hace que los Ayuntamientos rurales sean algo postizo y sin raigambre en la tradición y en las costumbres. Las villas, de población de dos a tres mil habitantes, son a medias agrícolas y comerciales, carácter de que también disfruta la capital de la provincia, cuyos habitantes pasan de veinte mil.

A pesar de su universalidad, merece citarse el fenómeno reciente de la formación de núcleos itinerarios de población, fenómeno que se da con tanta frecuencia y tan intensamente, que muchas de nuestras carreteras están casi cubiertas, en muchos kilómetros de extensión, de casas agrupadas o solas. Algo análogo ocurre en las proximidades de las estaciones del ferrocarril, alguna de las cuales, como la de los Peares, ha dado nacimiento a una próspera villa.

Los tipos de habitación rural, construídos siempre de piedra (gneis, pizarras cámbricas o granito), pueden reducirse a dos, ambos con planta baja y un piso, provisto de corredor (solaina) con acceso al exterior por una escalera, tipo normal en las riberas y en las villas de poca altura, y sin corredor y con pequeñas ventanas, tipo de sierra. Los techos, en los cuales poca vez se ve chimenea, se cubren de teja o pizarra, según las comarcas, y menos frecuentemente de paja (colmo). Empiezan en estos últimos años a introducirse en los campos edificios de absurda traza y de mal gusto declarado, debidos en parte a los labriegos que conquistaron algún bienestar en América, y en parte también a señores con mentalidad de labriegos enriquecidos.

En la capital y en algunas villas, muchos edificios, pese a su falta absoluta de estilo propio, son de cierta suntuosidad, debida, sobre todo, al empleo de magníficos granitos. Son frecuentes las galerías y miradores encristalados, cuyo uso hacen necesario la humedad y pluviosidad del clima.

NOTAS ANTROPOLÓGICAS.—Los orensanos, como el resto de los gallegos, son hombres de estatura media baja 1,63 m., subdolicocéfalos, de pelo y ojos castaños, aunque con relativa abundancia, un 20 por 100, de pigmentaciones claras y de excelente índice de robustez. Estas cualidades se hallan así y todo atenuadas, sin duda, por influencias venidas de Zamora y de la provincia portuguesa de Tras-os-Montes. Así, el índice cefálico, que es de 79,09 en las otras provincias gallegas, baja en la de Orense a 77,44; el peso, con relación a la estatura, que se expresa en Coruña, Lugo y Pontevedra por un índice de 38,09, es en nuestra provincia de 37,34, y aun en las pigmentaciones claras de ojos, cabello y piel es frecuente también un descenso en relación con las otras comarcas citadas.

CLIMA.—Es el atlántico propio de Galicia, tibio y húmedo. Las nieves son frecuentes en las sierras, y la pluviosidad en el valle del Miño es inferior a la del resto de la región gallega.

VÍAS DE COMUNICACIÓN.—Dispone Orense de un solo ferrocarril, el que va de Madrid a Vigo, que sigue el valle del Sil hasta los Peares, pasando antes por la comarca orensana de Valdeorras, y sigue después por la cuenca del Miño hasta el límite de la provincia de Pontevedra. Está, en cambio, cruzado Orense por muchas carreteras provinciales y del Estado, en general bien entretenidas; el Circuito de Turismo recorre el territorio provincial en una extensión de 200 kilómetros, aproximadamente, entrando por el límite de León (carretera de Ponferrada a Orense) y empalmando en la capital con la de Villacantín a Vigo, que sigue hasta el límite de Pontevedra.

LAS COMARCAS FRONTERIZAS.—La provincia de Orense, de forma irregularmente rectangular y de 6.978 k.², limita: al norte, con las provincias de Pontevedra y Lugo; al este, con las de León y Zamora; al sur, con Portugal, y al oeste, con Portugal y Pontevedra.

LA FRONTERA CON PORTUGAL.—Comienza en el lugar llamado «Peneda dos tres Reinos», por juntarse allí los de Galicia, León y antiguo Portugal. Pertenece la parte orensana al ayuntamiento de La Mezquita, y geográficamente a una derivación de la sierra Segundeira. Sigue después por términos del ayuntamiento de Villardevós, atravesando la sierra de Penas Libres y dejando al norte la tierra «das Fireiras», de dura grandeza montañosa, cruzada por la carretera de Villacastín a Vigo. Por esta sierra de Penas Libres pasa la carretera de Verín a Braganza, que recorre en su primer trayecto paisajes alfombrados de jaras, viéndose en el fondo algunos pequeños valles bien arbolados y con cultivos de maíz y aun de viña. A continuación corre la frontera por el espléndido valle del Támega (Monterrey), dividida entre los Ayuntamientos de Laza, Castrelo del Valle, Verín, Monterrey y Oimbra, y servida por las carreteras de Villacastín a Vigo y de Verín a Chaves. El valle del Támega, muy ancho y dilatado, prolóngase en Portugal y aparece plantado en casi toda su extensión de viña, constituyendo uno de los lugares más bellos de la provincia. Más hacia el poniente, el terreno se alza con brusquedad, metiéndose en los ayuntamientos de Oimbra, Cualedro y Baltar, siguiendo la línea fronteriza por algunas colinas que dominan un paisaje de mesetas, cultivadas preferentemente de centeno y patatas, hasta que al llegar cerca del ayuntamiento de Calvos comienzan los hitos rayanos a escalar las fragosidades de la magnífica sierra de Larouco (1.531 ms. de altura), que se continúa después en los siguientes picos de las sierras de Xurés y Santa Eufemia, por bajo la cual se abre el valle de Lobios, plantado de viñas y olivares. Esta comarca tiene fácil acceso por una carretera que, partiendo de la de Orense a Portugal en el lugar llamado «Herdadiña», penetra también en la vecina República por «A Portela do Homen», siguiendo el mismo trazado que la vía romana n.º 18 del Itinerario de Antonio Pío. Después de este punto, la frontera tuerce en ángulo recto hacia el norte, atravesando el delicioso valle del Limia, cuyo curso se despeña en las grandiosas «Conchas do Limia» y sube después blandamente, y ya en el ayuntamiento de Entrimo, hasta embreñarse en las fragosidades del «Soaxo» y proseguir luego por las cimas suavemente onduladas de la sierra de Laboreira (ayuntamiento de Lobeiro y Verea), que tiene su pico más prominente en Penagache (1.336 m.), para descender luego hacia el Miño en los ayuntamientos de Padrenda y Puentedeva.

EL LÍMITE CON PONTEVEDRA.—Comienza en la margen derecha del río Miño, en los últimos estribos del Faro de Avión (1.157 m.), continuándose por la divisoria de esta sierra, que es atravesada entre Melón y La Cañiza por la carretera de Villacastín a Vigo, que describe en estos lugares muchos y pintorescos codos. Sigue después por la sierra del Suido, cambiando allí su primera dirección sur-norte en la de este-oeste, por la sierra del Testeiro (1.150 m.), de aspecto imponente y que abriga vallecillos encantadores. Esta sierra está cruzada por la carretera de Barbantiño a Pontevedra. Toda la región es rica en yacimientos estamníferos, que se aparecen también en la sierra «da Madanela» (Magdalena) y en las del «Foxo do Cabrito» y Dozón, que recorre la carretera de Orense a Santaigo, terminando en esta última la raya de Orense con Pontevedra.

EL LÍMITE CON LUGO.—Arranca en el punto en que los montes de Dozón se articulan con la sierra del Faro. Desde allí marcha en dirección noroeste-sureste, primero por los altos de la Martiñá y más tarde un poco por la divisoria de aguas de los ríos Barbantiño y Bubal. Baja luego paralelamente al curso del Bubal, hasta los Peares, donde sigue el del Sil, del que se aparta en la sierra «da Moa» (Castro Caldelas), coincidiendo en un corto trayecto con el valle del Bibey, cambiando después en dirección sur-norte, contorneando las tierras de Valdeorras, para ir a morir al pie de la mole del Montouto, en el que coinciden León, Lugo y Orense.

EL LÍMITE CON LEÓN.—Va de oeste a este por las derivaciones del Montouto, tuerce después de norte a sur, siguiendo el Sil, que cruza, para seguir luego por las altas cimas de la Cabreira, hasta Pena Trevinca, junto a la región sanabresa.

EL LÍMITE CON ZAMORA.—Comenzando en Pena Trevinca se extiende de norte a sur por la sierra Segundeira, cuyo desfiladero de las Portillas aprovecha la carretera de Villacastín a Vigo, yendo a morir en la «Peneda dos tres Reinos».

LOS NÚCLEOS MONTAÑOSOS. LA SIERRA DE QUEIXA.—Es la más importante de Galicia. Se extiende en arco con una dirección general nordeste-suroeste por términos de los ayuntamientos de Viana, Trives, Manzaneda y Queixa. Su altura más importante es la Cabeza de Manzaneda, que figura en los mapas con 1.778 metros de altitud, pero que en observaciones recientes acusó 2.000 metros. En general esta sierra encuéntrase desnuda de árboles, creciendo sólo algunas masas forestales en los pequeños valles de los regatos, siendo dignos de especial mención los bosques de robles del monte del Invernadeiro.

CABEZA DA MEDA, RODICIO Y SAN MAMEDE.—Extiéndese este núcleo montañoso, cuyo punto más alto es el Seixo (1.638 m.), desde el borde meridional del valle de Lemos, donde se alza la Cabeza de Meda, hasta el valle de Monterrey. Cruza, por lo tanto, con dirección aproximada noroeste sureste casi todo el territorio de la provincia. Articúlase esta | cordillera en su parte central con la de Quixa, formando un fuerte e intrincado macizo, donde las nieves perduran casi todo el año. Hay en esta cordillera escasos bosques de robles, abundando, en cambio, los pastizales, que son muy aprovechados. Lo mismo en San Mamede que en Queixa hay una fauna interesante, siendo frecuente el corzo y el lobo, y más raro el ciervo, y rarísimo el oso. Los montes de «As Estivadas» y de «Pena Nofre», que contornan el valle de Monterrey por el norte, pueden considerarse, en cierto modo, como dependientes orográficamente de San Mamede.

SIERRA DEL BOLLO Y SIERRA DO EIXE.—Desprendida la primera de la sierra Segundeira en dirección norte-sur, y la segunda de Pena Trevinca, en dirección sureste-noroeste, constituyen, con el Montouto, los cierres de la tierra de Valdeorras. Los lugares bajos y los abrigos de estas montañas crían magníficos bosques de castaños, y en sus flancos se abren interesantes cuevas, siendo dignas de especial mención las de Oribio, en el ayuntamiento de Rubiana.

EL PENAMÁ, EL SAN CIBRAO Y EL MONTE GRANDE.—Forman la di-

visoria entre el Arnoya y el Limia. Salen de una línea de colinas que hace de contrafuerte de la alta tierra «limica», alzándose bruscamente la mole del monte de Penamá (935 m.) al sur de Allariz, y continuando después por las cimas del San Cibrao (915 m.), del Furriolo y del monte Grande de Bande (1.000 m.).

LA SIERRA MARTIÑA.—Es, en realidad, la continuación orensana de la sierra del Faro, y conserva sin rigorismo su dirección norte-sur. Su cima prominente anda cerca de los 1.000 metros de altitud. Separa esta montaña los ayuntamientos de Cea y Villamarín y por un sistema de lomas se articula con los montes de Dozón.

LOS RÍOS Y SUS VALLES.—Tres son las cuencas que orientan la dirección de las aguas corrientes en la provincia orensana. La del Miño, con su afluente el Sil; la del Limia y la del Duero.

CUENCA DEL MIÑO.—Entra este río en la provincia por los Peares, dejando a la derecha el ayuntamiento de La Peroja y a la izquierda el de Nogueira de Ramuín; sigue después separando a los ayuntamientos de Coles, Canedo, Cenlle y Ribadavia por la orilla derecha de los de Pereiro de Aguiar, Orense, Toén, Castrelo del Miño y Cortegada, por la izquierda, internándose en seguida en la zona limítrofe ya descrita en su lugar oportuno. En toda la extensión antedicha, el valle es ancho y está plantado casi totalmente de viñedo. En los montes abundan el pino y ciertas plantas de flora mediterránea; alcornoques, madroños, laureles.

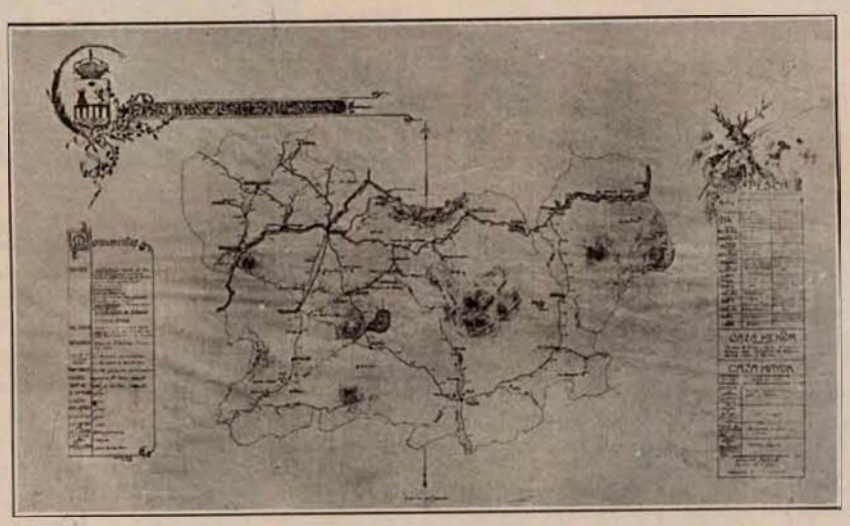
Recibe por la derecha las aguas del río de la Barra, que nace en la región de Cotos de la parroquia de Armental, del Barbantiño, que nace en la Martiñá y desemboca dos kilómetros más arriba de la estación de Barbantes, y del Avia, nacido en las montañas de Avión (Suido, Faro), y que va a desaguar en Ribadavia. Por la izquierda recoge al Loña y al Barbaña, procedente el primero de la tierra de Aguiar y el segundo del valle de la Rabeda. Más abajo de Ribadavia desemboca el Arnoya, que nace en la sierra de San Mamede y recorre los ayuntamientos de Maceda, Baños de Molgas, Junquera de Ambia, Allariz, Merca, Celanova, Cartelle y Arnoya. En los valles inferiores de todos estos ríos penetra la viña, elaborándose en algunos de ellos (Avia, Arnoya) los mejores caldos de Galicia.

Por la orilla derecha del Miño va la línea férrea de Monforte a Vigo, y paralelamente a ella, en el trayecto de Orense a Ribadavia, la carretera de Villacastín a Vigo. Por la orilla izquierda, y siempre a vista del río, van las carreteras de Orense a San Clodio y la de Orense a Puebla de Brollón.

EL VALLE DEL SIL.—Penetra este río en la provincia por el dilatado valle de Valdeorras, una de las comarcas vinícolas más importantes de la región, que abandona luego para entrar en la provincia de Lugo por el valle de Quiroga. Hace después el límite entre Orense y Lugo hasta su desembocadura en Peares.

Recoge el Sil por la izquierda las aguas del Bibey, nuestro río de sierra por excelencia, que nace en las vertientes de San Mamede, se desliza entre las sierras de Quixa y del Bollo, donde recoge al Navea, nacido al otro lado de Queixa, y recorre un valle hondo y estrecho ornado de soberbios bosques de castaños.

En el valle del Sil y en la entrada de algunas de las corrientes afluentes es notable la disposición de escalones (socalcos) que afectan las plantaciones de viñas. Este medio de cultivo es usado en todos los lugares de la provincia en que la montuosidad del suelo obliga a ello, pero en ninguna parte tiene tanto atrevimiento y extensión.



Mapa de las comunicaciones para visitar los monumentos de la provincia.

EL VALLE DEL LIMIA.—Determinado al este por la sierra de San Mamede, al norte por el Penamá y su continuación hasta el Monte Grande y los montes de Lobera, y al sur por el Larouco y las sierras fronterizas de Santa Eufemia y de Xurés. Nace en la Laguna Antela, que preside el extenso valle limico, sembrado de patatas y centeno, con abundante ganadería vacuna y soberbios bosques de robles.

La dirección del río es de nordeste-suroeste, y su curso, mientras se desliza por terreno llano (Limia Alta, 600 metros sobre el mar), es tardo, perezoso e indeciso; mas a poco de entrar en el ayuntamiento de Muiños su curso se hace más rápido, hasta precipitarse ya en términos de Lobera por las fantásticas cascadas de las Conchas, a continuación de las cuales está la Limia Baja (120 metros), que pertenece a los ayuntamientos de Entrimo y Lovios, abriéndose allí un valle abrigado y jugoso rodeado de imponentes cimas, y en el que se cultiva la viña, el olivo y el naranjo. El río penetra en Portugal por Aceredo.

La carretera de Orense a Portugal acompaña al Limia en la parte media y central de su curso. La laguna que le da nacimiento es atravesada después de Ginzo por la carretera de Villacastín a Vigo.

LA CUENCA DEL DUERO.—La porción sureste de Orense vierte sus aguas a ríos tributarios del Duero. Son éstos algunas de aquellas corrientes que se desprenden de las faldas meridionales de la Sierra Seca y de Pena Nofre, y el Támega, prestigiado por el estro del poeta portugués Teixeira de Pascoaes. Nace el Támega en la sierra de San Mamede, al norte de Laza, y marcha primero por un estrecho valle, que se ensancha considerablemente, tomando el nombre de Monterrey. Es una tierra completamente llana, de formación diluvial (arcillas, rojas en su mayoría) y cubierta de extensos viñedos y de huertas que producen deliciosas frutas. El Támega entra en Portugal al sur de Verín, y su valle está cruzado por las carreteras de Villacastín a Vigo, de Verín a Chaves y de Verín a Braganza.

LA CAPITAL Y LAS VILLAS. LA CAPITAL.—Situada en las faldas occidentales de Montealegre y la margen derecha del río Barbaña. Los barrios viejos se agrupan en torno de las famosas fuentes termales llamadas «Las Burgas» y alrededor de la catedral, los dos núcleos de la población romana y de la población medieval. Las barriadas nuevas oriéntanse hacia el Miño, siguiendo la dirección impuesta por las nuevas vías de comunicación y sintiendo la atracción de la estación situada en la margen derecha del Miño, y en cuyas inmediaciones nació un barrio populoso, el de Puente Mayor, perteneciente administrativamente al ayuntamiento de Canedo. Dos puentes, uno del siglo XIV, muy reformado, y otro moderno, de tramo metálico y traza elegante, establecen la comunicación entre las dos orillas del rio.

Aunque Orense perdió en estos últimos años el carácter arquitectónico que le prestaban sus soportales y voladizos, y aunque la edificación moderna no sea siempre de un gusto depurado, tiene en sus calles, de trazado un poco anárquico, en el contraste de los viejos «pazos» señoriales con las recientes casas de los comerciantes, en su situación pintoresca y en lo escalonado de su posición, algo indefinible que lo hace simpático y atrayente. Diremos que Orense tiene un garbo formado por ciertos recuerdos de su ejecutoria hidalga, mezclado con la frescura y ágil ingenio de una moza de barrio donairosa y bien plantada. Quedan, así y todo, ciertos rincones (la plaza del Trigo, la de la Ferrería, la del Corregidor) que conservan un acentuado carácter, propicio a las evocaciones del tiempo viejo.

El paisaje de Orense (valles del Miño, del Barbaña y del Loña) es uno de los más bellos y menos conocidos de Galicia. Sobre estrechas fajas aluviales y diluviales y sobre una recia osamenta de granito, que aflora en peñascales en muchos sitios, se implanta una vegetación arbórea muy variada, robles, encinas, pinos; de matas, madroños, y una espesa alfombra de hierba y de cistáceas y ericas. La viña triunfa entre las plantas cultivadas y pone, sobre todo en el otoño, con las coloraciones rojas, verduzcas y amarillentas de sus hojas secas, tonos de tapiz al paisaje, que son un encanto y un descanso para los ojos. Cualquiera de las carreteras que sale de Orense brindará, en un trayecto de cinco a ocho kilómetros, un espectáculo inolvidable a quien las recorra.

ALLARIZ.—Cabeza de partido, con 1.800 habitantes. Asentada en la margen izquierda del río Arnoya, es esta villa una de las más grandes y vetustas de la provincia. Tiene restos de las murallas y del castillo. El campo alaricano (valle medio del Arnoya) presenta la variedad de coloraciones comunes en el campo gallego. Sus tonos serios, graves y solemnes, la masa peñascosa e ingente del Penamá, que se alza al sur de la villa, riman perfectamente con el aspecto vetusto de la edificación y con el arcaísmo de las viejas torres de sus iglesias.

GINZO.—1.500 habitantes, cabeza de partido judicial y capital de la hermosa y feraz comarca de la Limia. Es una villa de formación reciente que conserva en el antiguo núcleo originario una bonita iglesia románica. Ginzo se alza en medio de la comarca limica, dilatada y ubérrima llanura, algo parecida a las campiñas lombardas. Por todas partes praderas verdes, «leiras» y «chousas», cerradas por setos de robles. Aquí y allá charcas, y por todos lados casas cómodas y bien construídas, y ganados grandes y bien criados, que hablan del acomodo de los habitantes y de la riqueza del suelo.

VERÍN.—1.120 habitantes. Villa rica, agrícola y comercial, con buenos hoteles y muy concurrida en tiempo de verano, a causa de sus manantiales minero-medicinales (Sousas, Caldeliñas, Foentenova, Cabreiroá y Villaza). El valle de Monterrey, cubierto por completo de viñedo y de árboles frutales, y rodeado de montes altos, peñascosos y pelados, es algo digno de ser visitado.

VIANA.—Como la anterior, cabeza de partido judicial. Villa montañesa de gran carácter y llamada a un brillante porvenir el día que puedan explotarse los yacimientos de estaño que atesoran los montes que la rodean. La comarca vianesa, con sus vecinas las tierras del Bollo, Gudiña y Mezquita, son interesantísimas desde el punto de vista folklórico y etnográfico. Su paisaje es el propio de las sierras gallegas.

BARCO DE VALDEORRAS.—1.050 habitantes. Estación de la línea férrea de Madrid a la Coruña. Cabeza de partido judicial de la hermosa y feracísima tierra de Valdeorras. Abundan en esta comarca los «pazos» hidalgos, siendo digno de mención especial el de Villoria. En el partido judicial del Barco hay caleras y canteras de pizarra en explotación y buenos yacimientos de wolfrán.

PUEBLA DE TRIVES.—Cabeza de partido. La villa es moderna, y en sus cercanías puede verse la iglesia románica de Sobrado. En el partido judicial, y a 24 kilómetros de Trives (carretera de Orense a Ponferrada), se alza el Castro de Caldelas, villa montañesa con un castillo propiedad del duque de Alba. El Castro comunica con Monforte de Lemos por una carretera que es una de las más hermosas e imponentes de Galicia. Los valles del Navea, del Bibey y del Sil, que constituyen la comarca de Trives, dominados por las imponentes masas de las sierras de Queixa, San Mamede y el Burgo, tienen una belleza fuerte y sana. Diríase que es ésta una tierra hecha para habitación de gigantes.

CELANOVA.—1.500 habitantes. Cabeza de partido. Notable por su monasterio, fundado en el siglo X por San Rosendo. De horizontes amplios, el valle de Celanova (valle del Sorga) tiene una belleza tranquila y suave que contrasta con la recogida adustez de las sierras que la separan del valle del Limia.

BANDE.—Antiguo priorato de Celanova, cuyos abades llevaban el título de condes de Bandes. Es cabeza de partido judicial, y capital de la comarca de la Limia Baja. Dentro de los límites de este partido están las villas de Lobera y Entrimo, ésta muy linda y bien situada.

CARBALLINO.—1.640 habitantes. Cabeza de partido. Villa próspera muy comercial, contando, además, con un excelente establecimiento balneario muy concurrido. Carballino, cuya existencia no cuenta aún con un siglo, es un ejemplo vivo de lo que puede realizar el trabajo y el espíritu emprendedor de los gallegos. Los habitantes de esta villa, atentos siempre a mejorarla en todos los órdenes de la actividad humana, la han hecho progresar enormemente en estos últimos años, dotándola de un Asilo de Ancianos, que es un verdadero modelo; de un grupo escolar amplio y de cuidada arquitectura, y de otras muchas mejoras. En el orden intelectual, la Sociedad Cultural Deportiva, con su naciente biblioteca y sus cursos de conferencias, ha servido de patrón para otras muchas fundaciones análogas en Galicia.

Cerca de Carballino, y a lo largo de la carretera de Barbantiño a Pontevedra, se encuentran Dacón y Maside, dos pueblos de apiñada población con buenos edificios y cuya riqueza se debe en gran parte al comercio de jamones.

RIBADAVIA.—2.600 habitantes. Cabeza de partido y de la feraz comarca del Ribero de Avia, famosa por sus vinos y por sus frutas. Es antigua villa sobre el Avia, de horizonte ceñido por alturas fuertes. Tiene edificación, en parte antigua, en parte moderna y alegre, con galerías, tejados apuntados y florecientes huertas y jardines. Ribadavia está rodeada de los famosos viñedos que tanta fama dan a la comarca. El valle del Avia, que se recorre por la carretera de Carballino, es de una armonía impresionante y de una dulzura encantadora.

DESCRIPCIÓN ARTÍSTICA DE LA PROVINCIA

POR

EMILIO V. PARDO

CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD Y PROVINCIA DE ORENSE

Pórtico del Paraíso, de la catedral de Orense

Una naturaleza saturada de milagrosa poesía, una naturaleza para los extraños insospechada, mimosa o brava, pero siempre pródiga, en la que ponen su alegría las espumas inquietas y cantarinas de ríos claros que van por mil caminos saltando y riendo, es el escenario, sobre toda ponderación hermoso, donde luce satisfecha el lustre de sus galas arquitectónicas la provincia de Orense, feliz en el remanso de su apartada situación geográfica.

En él surgen ricos yacimientos de remotas edades prehistóricas, curiosos monumentos megalíticos, entre los cuales se registran como más interesantes las mamoas dolménicas salvadas del saqueo sistemático de que han sido objeto, durante varios siglos, por los buscadores de oro, y aparecen restos preciosos de civilizaciones ibéricas; allí ocultan todavía sus secretos algunas mansiones celtas, perdidas en los agros, y «castros» de entrañas fecundas, dando al viento sus gallardos airones de pinos.

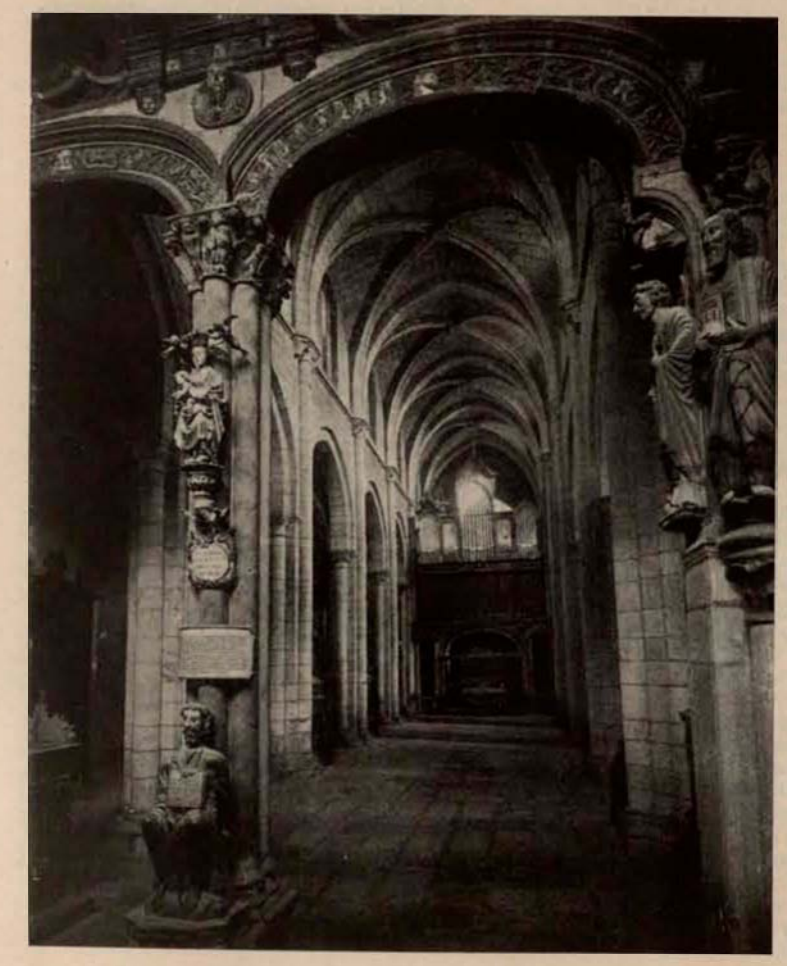
LA CIUDAD

La ciudad de Orense, pueblo que existía en tiempo de los romanos, nació seguramente al calor de Las Burgas, tres famosas fuentes termales que arrojan, cada una de ellas, un caudal constante de 270 litros por minuto, con una temperatura también inalterable de 67 grados centígrados; sus aguas son potables, ya que las sales en disolución que contienen no llegan al medio por mil, dominando las de sosa.

El Museo Provincial, relicario de las tradiciones orensanas, guarda excelentes ejemplares de hachas de sílice, pertenecientes a las estaciones humanas del Asturiense, última etapa del Paleolítico, y copiosas colecciones de documentos arqueológicos de las épocas Neolítica y Eneolítica, consistentes en cuchillos, puntas de flecha, gubias de pizarra cuarzosa y hachas pulimentadas, algunas de las cuales son únicas en Galicia, sin que falten las de cobre, en esta región poco frecuentes.

De la Edad de Bronce existe allí un conjunto importante de hachas sencillas y de talón, hojas de puñal, puntas de flecha, punzones, brazaletes y una hoja de espada que nada tiene que envidiar a la más perfecta de las halladas en la estación de «El Argar», famosa en el mundo.

De la del Hierro, así como del arte prehelénico, se encuentran numerosos objetos, y es verdaderamente atrayente la ringlera de los romanos, de la que forman parte interesantes inscripciones lapidarias, aras, estelas y miliarios (para no contar más que los de piedra), a los que acompañan, de épocas sucesivas, capiteles, canecillos, ajimeces, y en fin, cuidadosamente catalogados, utensilios litúrgicos, marfiles, esmaltes, mosaicos, cuadros, tallas, cueros, cerámicas, instrumentos musicales, armas, monedas, medallas, diplomas y cuanto por su mérito es digno de figurar en aquel Museo, el más completo de Galicia.



Nave central de la catedral de Orense

MONUMENTOS

En medio de la ciudad, rodeada de un amasijo de viviendas sin carácter y calles estrechas, como presidiendo sus destinos en la Historia, se yergue la catedral, en el mismo solar que ocupó la que en el siglo VI erigieran los suevos, anticipando su conversión varios lustros a la de los godos. Hecho memorable que preparó la de Recaredo, y sin la cual no hubiera sido posible entonces la unidad de fe proclamada en el tercer Concilio toledano.

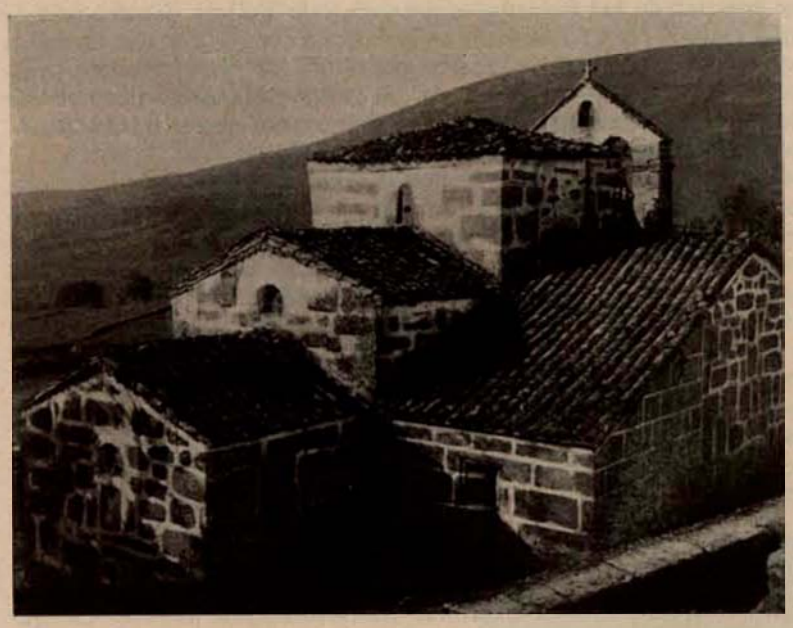
Fué consagrada y abierta al culto el 4 de julio de 1194, y son, por consiguiente, anteriores a este año las puertas del norte, sur y poniente, en las que predomina el más puro gusto románico. La del norte, restaurada con acierto en la segunda mitad del siglo XV, tiene adosadas dos estatuas representando al Antiguo y Nuevo Testamento.

No hay acceso al templo ni lo hubo nunca por la fachada principal, modificada en su estructura general, y con poca fortuna, en la décimosexta centuria. En agrio contraste con su egregia prosapia románica se alza, en uno de sus flancos, la torre de las campanas, ingrata envoltura de piedra que defiende, casi entero, el fino campanil primitivo.

A principios del siglo XIII dió gran impulso a las obras el obispo D. Lorenzo, y de los primeros tiempos de su largo y glorioso pontificado, data el hermoso pórtico del Paraíso, gran poema bíblico ungido de hieratismo; sentida plegaria de piedra que elevó al cielo el arte románico cristiano; empeño fervoroso de alguien que, percibiendo como ninguno, y antes que ninguno, la emoción inefable del de Santiago de Compostela, obra del genio, sentía también sobre su frente el roce divino de sus alas.

Son de entonces también las bóvedas que cubren las gentiles y airosas naves del templo, nervadas en arcos diagonales, notándose en aquéllas, manifiestamente, la influencia del estilo ojival en su primer período.

Por una puerta románica de la nave de la derecha se entra al precioso claustro gótico, abandonado en sus comienzos, del siglo XV, con pinturas murales de escaso mérito y piadosamente anacrónicas.



Iglesia de Santa Comba de Baude (obra del siglo VII)

Interior de la iglesia de San Pedro de Rocas (del siglo VI)

En el mismo siglo se reedificó la capilla de San Juan con dos espléndidos ventanales flamígeros, la más bella de la catedral; se hicieron algunas reparaciones en el crucero y comenzó la obra de la gran linterna que lo corona, ejecutada por el maestro Juan Rodrigo de Badajoz.

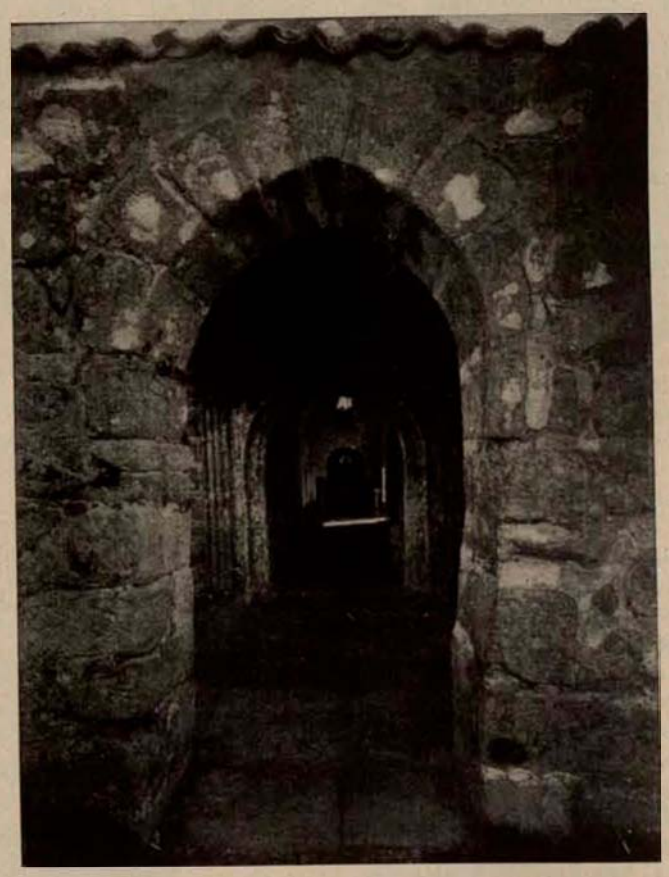
Del XVI es la capilla del Santísimo Cristo, de complicadas nervaduras, alargada en el XVII, desde el Arco Triunfal, en toda la extensión que hoy ocupa, con una cúpula esférica terminada en gracioso cupulino. Los muros de la capilla están revestidos de obras de talla tan profusa y recargada, que acusan los delirios de los discípulos de Churriguera. Algunas de las pinturas, de autor desconocido, que decoran el intradós del arco revelan calor y movimiento.

Merecen citarse con elogio la imagen de la Dolorosa colocada detrás del altar mayor, obra de Antonio Gambrino; las figuras centrales del altorrelieve representando el Descendimiento, que da frente a la citada imagen, y la de Jesús atado a la columna, en el que se reproduce la escena de la Flagelación. De mayor estima es, sin embargo, la escultura de San Mauro, colocada sobre una repisa del lado del altar lateral de la derecha, debida al esclarecido artista gallego Francisco Moure.

En un camarín exageradamente barroco, cubierto por un baldaquino del mismo estilo, abre sus brazos a la piedad de los fieles el Cristo de Orense, de dudoso mérito artístico, pero de aspecto impresionante; riquísima joya de devoción, en cuyas gradas apacibles y deleitosas venimos posternándonos desde hace seis siglos, a través de los cuales llegó a nosotros el popularísimo cantar que condensa la esencia de nuestros fervores como creyentes y de nuestra vanidad como orensanos:

Tres cosas hay en Orense
que no las hay en España:
el Santo Cristo, la Puente,
las Burgas hirviendo el agua.

A la izquierda de la puerta que da entrada a esta capilla se halla el soberbio retablo de la Quinta Angustia, atribuído a Gaspar Becerra.



Interior de la iglesia de Santa Comba de Baude.

Alterando la primitiva planta de cruz latina que tan bien armonizaba con el abolengo de esta basílica, se destruyeron los ábsides menores para construir en el siglo XVII, y en arquitectura grecorromana, la girola, con cinco capillas que se prolongaban fuera del muro, en una de las cuales, la de la Asunción, se conserva una imagen de grandes dimensiones de Cristo crucificado, de indiscutible sabor bizantino.

Los sepulcros merecerían detenido estudio si límites forzosos de espacio no me obligaran a citar solamente el del lado de la Epístola de la capilla mayor, composición funeraria de rica, monumental y generosa amplitud, en el que reposan las cenizas de un prelado cuyo nombre se ignora; el del obispo Vasco Pérez Mariño, situado frente a la puerta principal de la capilla del Cristo, de quien fué donación la venerada imagen; el del glorioso D. Lorenzo, en la nave lateral de la derecha, y el del cardenal Quevedo. El primero, románico de transición, del siglo XIII; el segundo, ojival, del XIV; el tercero, de comienzos del Renacimiento, y el cuarto, de líneas clásicas, esculpido en mármol blanco en Italia, el año 1833.

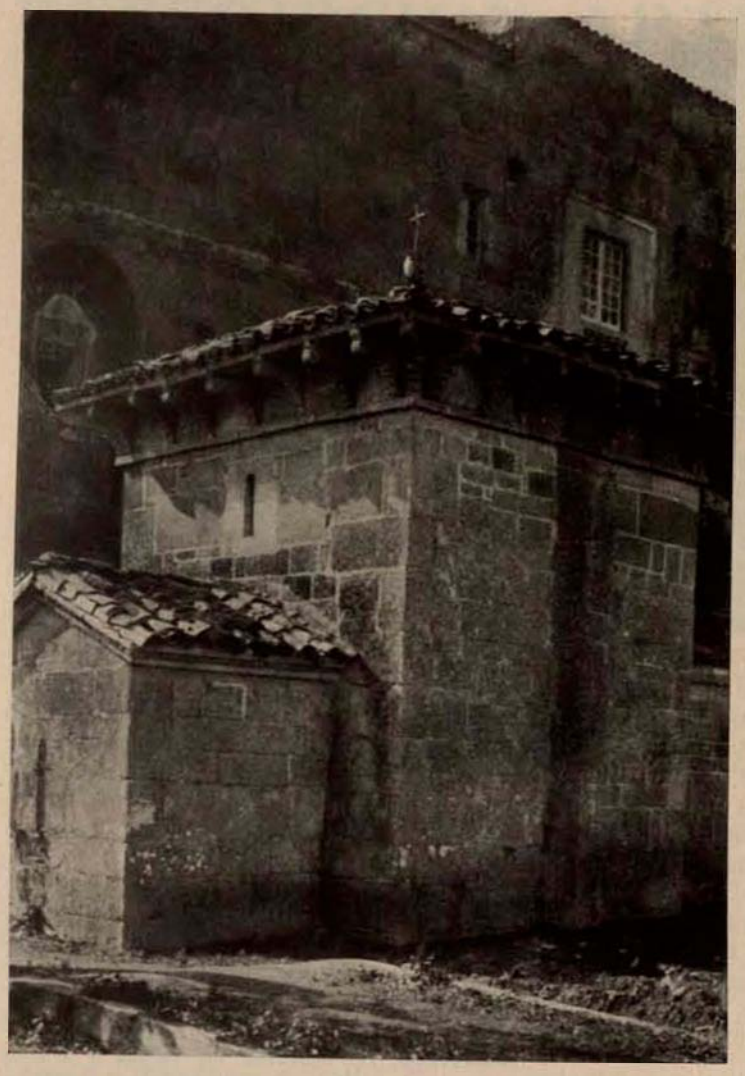
El coro, de abundantísima talla y hermosa traza, fué ejecutado durante los años de 1587 a 1590 por Diego de Solís y Juan de Angés, autor este último del retablo de la capilla de las Nieves, en la nave lateral de la izquierda, de buena factura plateresca, y del de la del Rosario, a espaldas del coro.

Las rejas cinceladas del coro y de la capilla mayor, de la escuela plateresca, modificada un tanto a través del temperamento genial de Juan Bautista Celma, están consideradas entre las mejores y más monumentales de las producidas por los rejeros españoles. Del mismo esclarecido artífice aragonés son las de las capillas del Cristo, de Nuestra Señora de las Nieves y San Lucas, todas de los últimos años del siglo XVI.

De los primeros del mismo siglo es el retablo de la capilla mayor, casi con certeza atribuído a Corneles de Holanda; ojival y florido, es tan bello que los ojos se pierden embelesados entre sus ricas labores, las finas y esbeltas estatuitas que decoran las pilastras y los veinte grupos de esculturas, de los cuales, los tres del centro, representando la Virgen de la Piedad, San Martín de Tours, Patrono de la diócesis, y la Anunciación, firmaría, sin detrimento de su fama, el mejor de los imagineros del Renacimiento.

En la sacristía enseñan la cruz procesional, donativo oneroso del conde de Benavente, de plata sobredorada y cincelada en el siglo XVI; es quizá la mejor y la más rica entre todas las cruces procesionales y uno de los más insignes monumentos de la orfebrería española. En la sala capitular, que preside un cuadro pintado al óleo, de autor anónimo, rítmico en la composición y exacto en el dibujo, pueden admirarse, entre otras, las siguientes joyas: una cruz, también procesional, de azabache, dorada en parte, del siglo XV, pieza en la que se superaron a sí mismos los azabacheros compostelanos; una arqueta de marfil, probablemente de la misma centuria, grabada en bajorrelieves y con incrustaciones de taracea, que ya Ambrosio de Morales califica de preciosa; un misal incunable, impreso en vitela en la villa de Monterrey el año 1494, ejemplar único y el primero que se imprimió en el antiguo reino de Galicia, y finalmente, el primitivo retablo de la capilla mayor, de esmalte sobre cobre, del siglo XII, de Limoges.

Saliendo de la catedral por cualquiera de sus puertas y subiendo por calles que conservan todavía fisonomía romántica y angostura medie-



San Miguel de Celanova (del siglo X).

val, se llega a Bella Vista, lugar de espléndidas perspectivas, en donde luce su gentileza el claustro del antiguo convento de San Francisco, declarado «monumento arquitectónico artístico», formado por cuatro naves de sesenta y dos arcos, ligeramente apuntados, cincuenta y cinco de los cuales descansan sobre columnas geminadas de variadísimos capiteles, que hacen singularmente bella la visión del primoroso patio.

De regreso a la plaza Mayor o de la Constitución, circundada de porches de forma irregular y de construcción abigarrada, se halla la Casa Consistorial, desde cuyos soportales se ve, en la cima de ancha escalinata, la iglesia de Santa María la Madre, de discreta y proporcionada arquitectura renacentista, edificada en 1722, según reza una inscripción colocada sobre la puerta lateral que se abre a la plazuela del Trigo, de popular simpatía; encima de aquélla, otra leyenda epigráfica señala la era de 1122, año de 1084, en la que el obispo Ederonio comenzó la fábrica de la iglesia, derruída después para levantar la actual, la cual conserva en la fachada, aprovechadas de antiguas construcciones, ocho columnas de mármol con capiteles corintios de los años de la decadencia romana.

De los tiempos del tantas veces citado obispo D. Lorenzo es el palacio episcopal, inmensa mole granítica de prócer apariencia, que conserva en su interior un lienzo de arcos de medio punto sobre columnas gemelas y una serie de curiosos ajimeces pregoneros de su antigüedad.

Al mismo ilustre prelado se debe asimismo el magnífico puente sobre el Miño, río de leyenda, que al llegar a Orense contempla atónito la audacia de los arcos que desde el siglo XIII se miran en sus aguas, y continúa luego caudaloso su marcha solemne, cantando de aquéllos la soberanía.

La parroquial de la Trinidad, sobre la calle del Padre Feijoó, que conduce a los preciosos jardines de Posio, es del estilo ojival en sus tres épocas, abarcando desde el siglo XIII, en el que fueron construídas la puerta principal y las torres cilíndricas, otro tiempo coronadas de almenas, como cumplía a sus belicosos fines, hasta el XVI, en que se colocó la crestería y se terminó el ábside, cubierto con bóveda de complicadas nervaduras.

En la calle de Lamas Carvajal, que formaba parte del antiguo barrio de la Judería, y muy cerca o en el mismo lugar que en la Edad Media ocupó la Sinagoga, yergue su opulenta fachada barroca sin terminar el templo de Santa Eufemia, edificado por los Padres Jesuítas en el año 1770, en la traza peculiar de la Compañía.

Contiguo a ella se admira el único ejemplar de arquitectura civil digno de mencionarse, antaño palacio de los marqueses de Valladares y desde el año 1870 ocupado por el entonces ya viejo Liceo, la más antigua y popular de las Sociedades de recreo de Galicia. Es del primer tercio del siglo XVI, y su fachada señorial, así como su patio, de reducidas, pero académicas proporciones, en el que se destaca como principal motivo decorativo una cadena en relieve corriendo por toda la base de su florido antepecho, le hacen interesante entre los del Renacimiento.

A 200 metros de la calle del Progreso, por la carretera de Ervedelo, proyecta su silueta feudal el asilo del Santo Ángel, de moderna construcción; consta de dos pabellones, compendio generoso, en armónico maridaje, de elementos medievales y primores renacentistas, uno de los cuales se utiliza para Museo, en el que existe una rica colección de cerámica de Sargadelos; entre los torreones blasonados se alza una iglesia gótica de finas labores, en cuyo interior existen bellísimos sepulcros.

Dos fuentes públicas del siglo XVI, traídas del Monasterio de Osera, adornan los jardines de Posio y la plaza del Hierro.

Las estatuas del padre Feijóo y de Concepción Arenal, obras de Soler y Dalmau, presiden los jardines que llevan sus nombres.

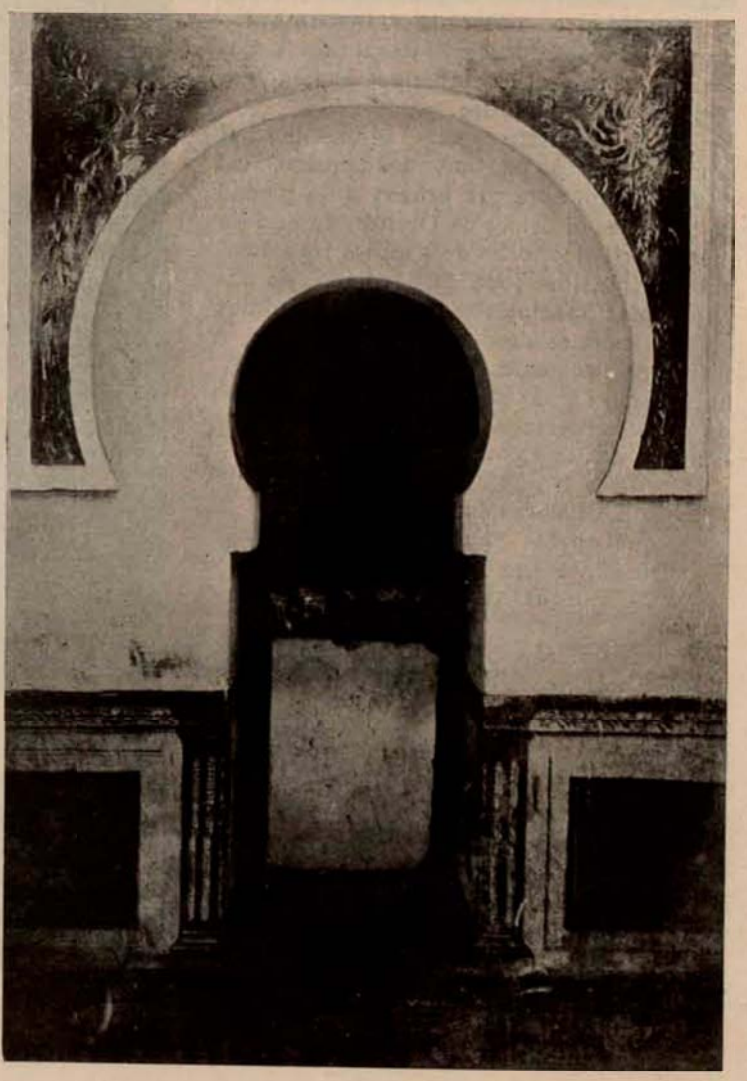
LA PROVINCIA

La provincia de Orense guarda las joyas únicas en Galicia de la arquitectura cristiana latino-bizantina. Ellas solas justifican el crecido número de peregrinos del arte que de Europa y aun de América llegan a visitarlas.

Vienen a percibir la emoción cenobítica de San Pedro de Rocas, iglesia perdida en las soledades del monte Barbeirón, que por sus erguidos peñascales, de fantásticas formas y caprichosas siluetas, recuerda las cordilleras de Montserrat. Constituyen la iglesia tres capillas, una central y dos laterales, abiertas las tres a pico en una sola roca, afectando la forma de bóvedas de medio punto, y recibiendo luz, la del medio, por una abertura practicada hasta la cumbre de la montaña; un inmenso monolito de 19 metros de altura, sobre el que se asienta una modesta espadaña, sirve de torre a las campanas.

Este extraño monasterio rupestre, sin duda el más antiguo de España, es del tiempo de los suevos. A muy poca distancia del Pinto, pueblo situado en el kilómetro 15 de la carretera de Ponferrada, se halla este famoso monumento, que figura en el catálogo oficial de los «histórico-artísticos».

Del kilómetro 52 de la carretera de Portugal parte una corta y empinada cuesta que conduce a la iglesia, humilde, pero de histórica grandeza, que se destaca en la cima, teniendo por dosel la anchura del cielo, perfilado por la sierra.



Detalle del interior de San Miguel de Celanova.

Es la de Santa Comba de Bande, la más perfecta y acabada, siquiera sea la más ruda, de las pocas que han llegado a nosotros de los tiempos de la Monarquía visigoda; la única que en España se conserva sin que desde el siglo VII haya sido objeto, interior y apenas exteriormente, de reparos en su primitiva fábrica. Tiene planta de cruz griega, de la que no hay otro ejemplar en la península. Consta de tres cuerpos y un nártex; el aparejo de sus muros es de mampostería irregular con ventana de arcaica sencillez; la cubierta, de losetas de granito, sobre las que extendieron después tejavana, descansa inmediatamente sobre las paredes sin alero ni modillones, y el ábside, de planta rectangular, recibe luz por una celosía de piedra con dibujo de escamas. Al interior es de bóveda de medio cañón, y de arista en el crucero. El arco triunfal, de herradura, se halla aparentemente sostenido por cuatro columnas con capiteles corintios de la decadencia romana, procedentes quizá de las contiguas termas de Baños de Bande. En la nave central de la Epístola, un enorme bloque de mármol sirvió de sepulcro al cuerpo de San Torcuato, obispo apostólico de Guadix, cuyas cenizas fueron trasladadas a Celanova en el año 1601.

Por el mismo camino volvamos a Celanova, villa alegre y próspera, que adrede omití a la ida en gracia al interés cronológico, y allí, antes de que la monumentalidad del monasterio de San Rosendo distraiga nuestra atención, nos haremos conducir hasta la capilla de San Miguel, que esconde la maravilla de su arquitectura mozárabe cabe los muros traseros del convento; es pequeña, pero fascina con el embeleso de su gracia cautivadora. Se compone de tres compartimientos, que se acusan muy bien al exterior; el primero, de planta rectangular, con bóveda de medio cañón; el segundo constituye el crucero con bóveda de arista muy peraltada, y el tercero está formado por un ábside octogonal cubierto con bóveda sin nervios resaltados. La puerta que comunica la nave con el crucero es de arco de herradura, así como la de ingreso al ábside, nimbada por un gran «arrabá»; dan luz a este edículo estrechas aspilleras, alguna de ellas de ojiva tumida. Los muros están amparados por contrafuertes prismáticos, y el alero lo forman una serie de ménsulas labradas en círculos tangentes. Según todas las probabilidades, la capilla se debe a Froila, hermano de San Rosendo, que vivió en el siglo X, según la inscripción colocada encima de la puerta, en la que aquél ruega a los lectores le encomienden a Dios.

Sala capitular del monasterio de Osera.

Del tipo de esta iglesia, hoy «monumento nacional», construída bajo la influencia de los mozárabes cordobeses, con acentuadas reminiscencias árabes, existen, aunque con hondas transformaciones, la de San Martín de Pazzó, cerca de Allariz; la de Santa María de Mijós, en términos de Verín; una capilla en Santa Eufemia, a tres kilómetros de Junquera de Ambia, y restos de otra en Francelos (Ribadavia), de los que luego hablaremos.

El monasterio es obra de los siglos XVI, XVII y XVIII. La fachada de la iglesia es suntuosa, y suntuoso también el interior, que consta de tres naves con bóvedas de arista y casetones de piedra. El coro bajo es de gusto barroco, y el alto, un primor de talla gótica, debido, probablemente, a Corneles de Holanda. La magnificencia del retablo mayor se avalora por los preciosos relieves en mármol policromado (siglo XV) colocados en la parte baja del mismo; a un lado y a otro de este excelente retablo se hallan las urnas de plata repujada que contienen las reliquias de San Torcuato y San Rosendo. En la sacristía se conservan los siguientes recuerdos litúrgicos de la Edad Media: una mitra, un ara de piedra semipreciosa con engarces de plata nielada, un báculo ebúrneo y un cáliz, objetos todos del siglo XII; tres peines de marfil, del XIV, y tres anillos abaciales, uno de los cuales, el de oro filigranado, puede ser anterior al siglo X. Allí se guardan también un buen número de valiosísimas fichas de ajedrez de cristal de roca del siglo XI, de igual estructura que las que adornan la cornisa de la urna-relicario de San Millán de la Cogolla.

El monasterio, de severa grandeza, tiene dos claustros: el primero, comenzado en las postrimerías del estilo gótico (1550), no se termina hasta el siglo XVIII, que puso profusamente en él su decorado barroco; y el segundo es jónico, sin elementos extraños que rompan la admirable sencillez del más armónico de los órdenes clásicos.

El mago de las artes que se había asomado con miedo entre las fragosidades de las montañas, perforando la de San Pedro de Rocas, e irguiendo torpes o pequeñas, pero con atisbos geniales, las iglesias prerrománicas de Santa Comba de Bande y San Miguel de Celanova, pudo elevarse al amparo de los privilegios, de las franquicias, de los fueros y de las cartas pueblas, y volando sobre los riscos dejó huellas de su potencia creadora en suntuosos monasterios, ayer alegría de los ojos y hoy doloroso placer del espíritu, que ve con pena cómo se hunden, llevandose historias y tradiciones y recuerdos y hasta el nombre de los maestros que pusieron en ellos la gloria de su arte.

No hace muchos años todavía, el monasterio de San Esteban de Rivas del Sil se levantaba magnífico en el vértice de gigantesca montaña, sobre la margen acantilada del río Sil; pero hoy ya casi no queda de él otra cosa que la osamenta de su esqueleto formidable.

Edificado en el siglo XII sobre las ruinas de otro fundado a mediados del VI por San Martín Dumiense y restaurado a su vez en el X por el abad Franquila, lleva marcada en su fábrica la huella de distintas épocas y estilos. La fachada, harto simple, es del Renacimiento, y en ella campean el escudo de la Orden benedictina y el particular del monasterio, éste con nueve mitras, en memoria de los nueve obispos que renunciaron a sus diócesis para hacer vida monacal en San Esteban.

Lo más notable y por fortuna mejor conservado del monasterio son sus tres claustros: uno, el más pequeño, es de dos cuerpos, ambos con arcos de medio punto apeados sobre columnas de orden dórico; el segundo, amplísimo, elegante y armónico, es un excelente ejemplar entre los buenos que ha producido el Renacimiento; empotrado en una de las paredes de este claustro se conserva un bajorrelieve representando el Apostolado, que algunos atribuyen a la novena centuria, fundándose en la fisonomía bizantina de sus personajes. Otro claustro, el de los Obispos, es el más interesante de los tres, porque en él se hermanan graciosamente, y hasta parece que se completan, la sobriedad estática del estilo románico y el animado movimiento del ojival florido.

La iglesia es de planta basilical, y sus tres ábsides semicirculares, de puro gusto románico del siglo XII. En el interior, de tres naves con bóvedas nervadas, hay detalles de rica ornamentación y retablos de esmerada factura. Es «monumento nacional». A dos kilómetros, saliendo de Orense por la carretera de Ponferrada, hay un ramal que conduce a San Esteban.

Partiendo de Cea, a 34 kilómetos de Orense en la carretera de Santiago y a seis de aquella villa, otro monasterio cisterciense, el de Santa María de Osera, llamado con sobrada razón el Escorial de Galicia, presenta a los ojos atónitos del viajero el encanto dominador de sus proporciones gigantescas. La parte edificada ocupa una superficie de 45.000 m.² Fué fundado en 1137 por San Bernardo. El templo, de cruz latina, consta de tres naves de elegante traza, cubiertas con bóvedas de medio cañón ligeramente apuntadas, del siglo XV, y es curiosa la del coro, del mismo tiempo y estilo, aparentemente plana. La cúpula, que se eleva sobre el crucero, tiene pinturas barrocas. En el ábside se abren cinco capillas de purísima y esmerada arquitectura románica del siglo XII, y la girola, de la misma fecha, se cubre con una bóveda cupuliforme de extraordinario mérito constructivo, cuyos arcos, de cuarto de círculo, descansan sobre columnas policromadas de pequeño y grueso fuste y anchos capiteles, tan parecidos a los del panteón de los Reyes de la colegiata de San Isidoro, de León, que acusan un bizantinismo muy lejos de la fecha a que pertenecen. Una puerta neoclásica abierta en uno de los brazos del crucero da paso

a la antigua sala capitular, del siglo XV, con fustes torsionados, nidos de nervaduras, que, saliendo como hojas de palmera, invaden la bóveda de laberíntica crucería. La fachada de la iglesia, del siglo XVIII, no responde ciertamente a la grandeza de este templo, en el que se conservan los ornamentos sagrados más ricos y antiguos de la diócesis.

La del convento, dando frente a una amplia plaza, es solemne e impresiona más por la extensa superficie de su pared almohadillada que por el gusto de su decoración.

Los primeros claustros que se encuentran pasado el vestíbulo de bóveda plana son del Renacimiento; el tercero, mejor que los anteriores, es notable por la ligereza de sus arcos y la sobriedad de su bóveda, de sencillos nervios, del siglo XV, al que presta melancólica belleza la hostil vegetación que sube por todas partes atropellando al monasterio.

Claustro del Monasterio de San Esteban de Ribas de Sil

Todo allí es grande. Las escaleras, la cocina, el refectorio, los archivos, los almacenes, las celdas, los calefactorios, las solanas y las chimeneas dan la sensación de artística, soberana y ultrajada robustez, mostrando el desconsuelo de sus augustas ruinas. La iglesia, sala capitular y claustro gótico de este monasterio figuran en el catálogo de los «monumentos nacionales».

Ya que rigurosos apremios de lugar me impiden describirlos citaré al menos algunas iglesias y monasterios, éstos más o menos ruinosos, que dan idea de la difusión de la arquitectura románica en esta provincia.

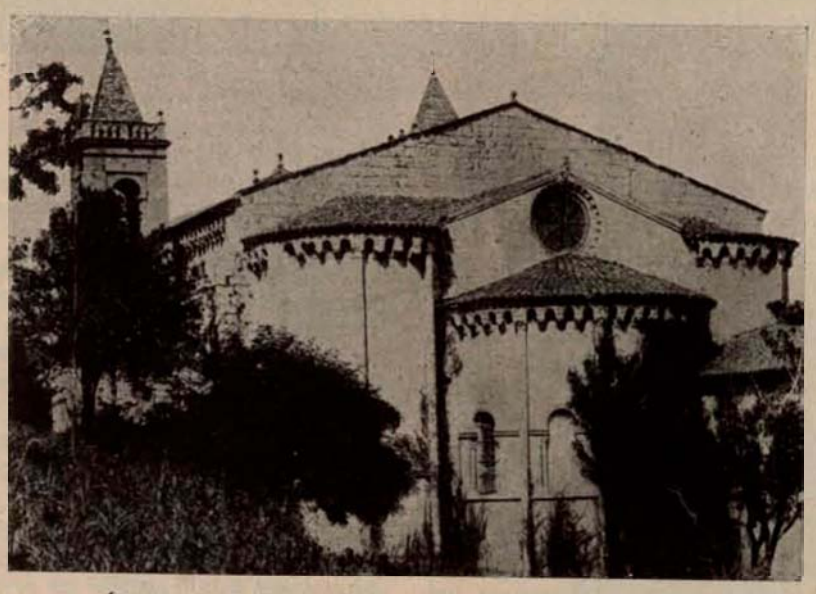
A 27 kilómetros de Orense, siguiendo la carretera de Vigo, parte la que conduce a San Clodio, monasterio fundado en la décima centuria, que contiene obras maestras de subido valor arqueológico, mereciendo también especial mención los restos de la antigua de Santa Marina de Gomariz, muy próxima a la de San Clodio, y la de Serantes, de especialísima atracción, a la que se llega por un camino vecinal que, saliendo de Leiro, termina en Piedra del Carro.

A orillas del río Avia, en el que se refleja toda la bucólica belleza de sus riberas incomparables, marcha la carretera de hermosísimos y sugerentes paisajes hasta Ribadavia, villa de sabor arcaico, corte del Rey de Galicia García I, ceñida en parte por la muralla que defendía el castillo de los Sarmientos, y de la que quedan todavía lienzos y cubos.

Su monumento más antiguo es la iglesia de San Juan, que conserva íntegra su fábrica románica, del siglo XII.

La sigue en antigüedad la de Santiago, del XIII, románica también, pero con aditamentos góticos del primer período, y la de Santa María de Oliveira, de transición, con importantes elementos del Renacimiento.

La parroquial de Santo Domingo, de tres naves, obra del siglo XIII al XV, es la más perfecta y espaciosa de la provincia en el estilo ojival.



Ábsides de la iglesia de San Esteban de Ribas de Sil

En el lienzo de entrada a la rústica capilla de Francelos (un kilómetro de la citada villa) existe una preciosa celosía de piedra, tal vez mozárabe, de marcado gusto oriental, y una puerta a la que sirven de jambas sendas columnas con fustes de extraña ornamentación y capiteles rudimentarísimos, inferiores a los del más bárbaro visigotismo; a la altura de aquéllos, dos relieves representando la entrada de Jesús en Jerusalén tienen apariencia de remotas iconografías. Todo lo cual pone en esta modesta capilla características verdaderamente desconcertantes.

En Ribadavia, la carretera general, apartándose del Miño, sube hasta Melón, a nueve kilómetros, en donde la famosa abadía del Cister, del siglo XII, enseña todavía restos gloriosos de su pasada grandeza.

Partiendo de la capital por la carretera de Ponferrada (incluída en el circuito de turismo), de la cual salen, como hemos dicho ya, las vías que conducen a San Pedro de Rocas y San Esteban de Ribas del Sil, monasterios anteriormente descritos, se desprenden otras dos: una, en el kilómetro 27, que va al monasterio inmediato de Junquera de Espadañedo, y otra en Leboreiro, kilómetro 37, que termina en Montederramo; éste con un espléndido templo del Renacimiento, y ambos, además, reliquias seculares que nos hablan defendiendo el prestigio de su tradición románica.

En Castro Candelas, situado a 50 kilómetros de Orense, por la misma carretera, merece visitarse el antiguo castillo de los duques de Alba.

A 21 kilómetros de la ciudad, siguiendo la carretera de Verín, se encuentra Allariz, pueblo de vieja historia y simpática fisonomía, con edificaciones solariegas de castizo gusto gallego. Allí se conserva la iglesia de Santiago, bello templo de tres naves y tres ábsides, edificado en 1136 por Alfonso VII, de puro estilo románico, excepción hecha de dos de sus capillas, que pertenecen al período que da paso al Renacimiento, y el convento de Santa Clara, fundación de D.ª Violante, mujer de Alfonso el Sabio, reedificado en el siglo XVII, en el cual se guardan dos verdaderas joyas de arte; son éstas una Virgen abridera de marfil, del siglo XIV, y una cruz de cristal, de marcadísimo carácter bizantino, reformada en el siglo XV, tal vez donación de la citada virtuosa emperatriz.

Por la carretera de Celanova, a cuatro kilómetros de Allariz, está la ya mencionada iglesia de Pazóo, mozárabe, del siglo X.

La colegiata de Junquera de Ambia, emplazada a ocho kilómetros en la carretera que une la de Allariz con la de Ponferrada, es digna de atenta contemplación, no sólo por sus elegantes proporciones, nada comunes, sino también por los buenos modelos que conserva de las mejores épocas del arte, ya que exteriormente es del período románico en toda su pureza; su distribución interior está arreglada a los austeros preceptos de los primeros tiempos del estilo ojival a que pertenece, y su claustro señala los albores del Renacimiento.

A dos kilómetros está la capilla rural de Santa Eufemia, con preciosas ventanas mozárabes; un poco más allá divísase el monte Medo, con el santuario de los Milagros, contiguo a la vieja villa de Maceda, en la que pasó su infancia el Rey Sabio, recogiendo allí el ritmo ensoñador de sus Cantigas.

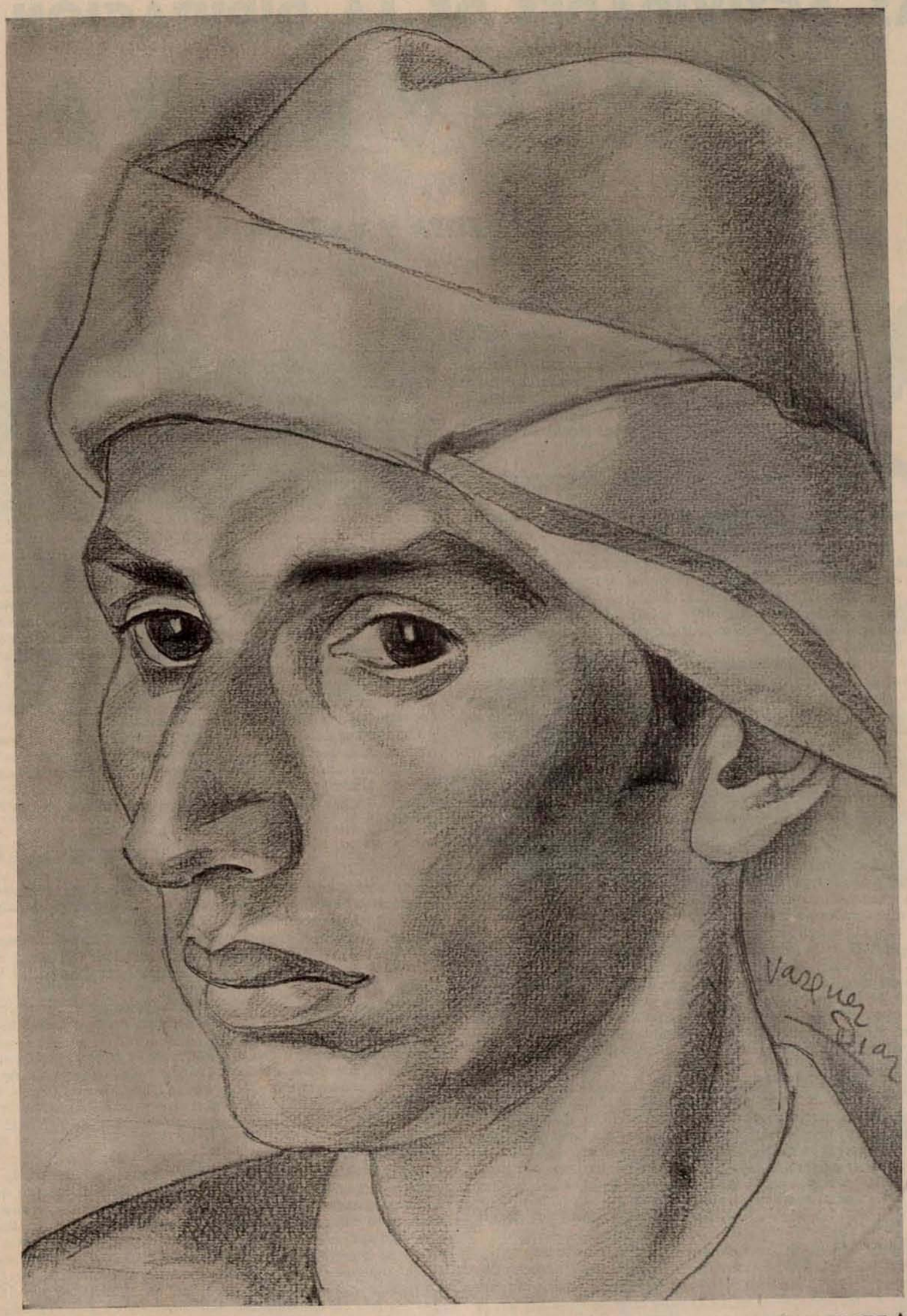
En Ginzo de Limia, la «Civitas Limicorum» de los romanos, dominando la laguna Antela, existe una iglesia que posee detalles interesantes de arquitectura románica.

A 39 kilómetros de esta villa, oteando el ancho valle de su nombre, Verín extiende su aseada y rica población. En su iglesia parroquial se venera una imagen de Cristo Crucificado, de tamaño natural, atribuída a Gregorio Hernández.

Verín estuvo en la Edad Media eclipsada por la preponderancia de la villa de Monterrey, en cuya planicie emerge todavía un formidable castillo, la más soberbia fortaleza artillada de Galicia.

La parroquial de esta villa, que ahora vive de recuerdos, es del siglo XIII, en su mayor parte románica de transición, y empotrado en la pared de una de sus capillas se ve un curiosísimo frontal con doce relieves esculpidos en piedra caliza, de antigüedad muy discutida, no faltando quien, insuficientemente documentado, lo hace remontar al siglo IX, como pertenecientes al período latino-bizantino.

Muy cerca de Verín (dos kilómetros por la carretera de Laza) se encuentra la iglesia mozárabe de Santa María de Mijós, con características asturianas de tradición visigoda.



PONTEVEDRA

LAS ACTIVIDADES DE LA DIPUTACIÓN DE PONTEVEDRA

POR

DANIEL DE LA SOTA Y VALDECILLA

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN

Como jalones que señalan la orientación a que se ajustan las actividades de la Diputación de Pontevedra, recogemos aquí unas breves notas sobre la repoblación forestal, el Museo de Pontevedra y la Misión Biológica de Galicia, que compendian la orientación y los ideales de la Corporación provincial.

LA REPOBLACIÓN FORESTAL

Atenta la Diputación de Pontevedra a uno de los más importantes factores de la economía provincial, ante el estado de improductividad de muchos miles de hectáreas despobladas de arbolado, decidió acometer una acción fecunda y efectiva de repoblación forestal. Ante la impresión desconsoladora de los yermos, creyó imperiosa una acción, sin detenerse siquiera a considerar las causas de tal improductividad, «porque del problema del arbolado puede asegurarse que está todo dicho; puede asegurarse también que está todo por hacer».

Para acometer con el debido acierto y garantía la restauración de la riqueza forestal encargó en 1925 una Memoria al ingeniero de Montes D. Rafael Areses. El estudio redactado por este técnico ofrecía, entre otros resultados, el de que, repoblando 25.000 hectáreas de más de 100.000 de monte raso que existían en la provincia, se crearía una riqueza de más de 90.000.000 de pesetas.

En 5 de diciembre de aquel año aprobó la excelentísima Comisión provincial las bases reguladoras del régimen de repoblación en los montes municipales de la provincia. En 5 de diciembre de 1926 se aprobó por R. D. el plan general de repoblación de 30.000 hectáreas y el particular de una zona. Inmediatamente comenzaban los trabajos en el monte de Figueirido. El benemérito canónigo de Túy D. Domingo Bueno (q. e. p. d.), todo actividad y amor hacia estas empresas, santificó con su bendición los primeros plantíos.

En el primer año, la siembra fué de una zona, 1.308 hectáreas; en el segundo se sembraron dos zonas, de 1.663 y 1.000 hectáreas, respectivamente; en el presente año se lleva repoblado otra de 1.345.

La masa principal de arbolado, en esta siembra, es de pino negral—las líneas perimetrales se marcan por una plantación de diversas especies de eucaliptos—; las divisorias de ayuntamientos se marcan por cortafuegos de 20 metros, que llevan a sus lados filas de eucaliptos y acacias de Australia. En las vaguadas se introduce el roble rojo, fresno, roble albar, abedul, servales, etc. En la masa principal se forman también bosquetes de cedro, cupresus, pino del Oregón, canariense, «insignis» silvestre, etc.

Para abastecer estas plantaciones se formó un vivero forestal en Figueirido. Tiene cinco hectáreas de superficie. Su producción en 1927-28 fué de 1.300.000 plantas, a pesar de ser aún en enero de 1927 un monte totalmente inculto. En el momento actual puede calcularse, por defecto, que su producción anual ha de ser de unos 3.000.000 de plantas.

Actualmente se prepara la repoblación de otras tres grandes zonas forestales de la provincia, cerca de 6.000 hectáreas.

EL MUSEO DE PONTEVEDRA

La Diputación provincial, consciente de sus fines, armoniza el trabajo en pro del desarrollo de los intereses económicos y materiales con una labor cultural. En este sentido, la organización de pensiones y protección a misiones culturales ha rendido grandes frutos. Pero la más bella empresa de la Diputación es el Museo de Pontevedra, creado en 1928, para completar la magna obra realizada en el Museo de Santo Domingo por la Sociedad Arqueológica, que preside el cronista de la provincia, D. Casto Sampedro, patriarca de los eruditos gallegos.

Para la instalación del Museo creó la Diputación un Patronato y adquirió un gracioso edificio barroco, situado en uno de los más típicos lugares de la ciudad; restaurado cuidadosamente, es adecuado fondo para un museo íntimo y acogedor.

El Patronato, bajo la dirección del cronista de la provincia, con medios económicos facilitados por la Corporación provincial, ha realizado numerosas adquisiciones de objetos y estimula los depósitos y donativos. Entre los primeros destacaremos—aparte de los interesantísimos objetos aportados por la Sociedad Arqueológica y su *presidente*—las concesiones de la Real Academia de San Fernando y del Museo Nacional del Prado.

Por ellas cuenta el Museo con una colección pictórica de alta calidad: Zurbarán, Correa de Vivar, Guercino, C. Veronese, Wowermans... estilos y autores adquieren en Galicia, desprovista de pinacotecas, un extraordinario valor didáctico, y con esculturas romanas y del Renacimiento que traen hasta nosotros áureas de clasicismo. Entre los donativos cabe señalar especialmente los que han sido dirigidos a formar una sala dedicada a la historia de Pontevedra; entre ellos destaca la valiosísima aportación de la familia Méndez Núñez, formada por los más interesantes recuerdos del héroe del Callao.

Una biblioteca, especialmente de libros de arte o que traten de la historia de la provincia; un archivo gráfico de monumentos y objetos, y un fichero de datos históricos completan labores de extensión de la obra del Museo, enseñanza y estímulo que, noble orgullo de labor común y desinteresada, tiene la Diputación como una de sus más caras iniciativas.

LA MISIÓN BIOLÓGICA DE GALICIA

Creado por la Junta de Ampliación de estudios, en marzo de 1921 se inauguró en Santiago el Laboratorio de Investigaciones biológicas, que hoy toma el nombre de Misión Biológica de Galicia.

Instalada en la Escuela de Veterinaria de Compostela, esta Misión Biológica realizó sus primeros trabajos sobre las variedades de maíces gallegos y produjo los primeros híbridos seleccionados de esta gramínea.

También se lograron en esta primera época los primeros híbridos entre el castaño del país y el del Japón, tratando de crear un árbol inmune a la enfermedad de la tinta.

Transformado en cuartel el edificio donde la Misión tenía su laboratorio, la Diputación de Pontevedra acudió a la Junta para la Ampliación de estudios, en su nombre y en el de la Diputación de Orense, ofreciendo nuevos terrenos de experimentación y ayuda económica. Trasladada a Pontevedra, instalados sus laboratorios en el edificio de la Diputación y el campo de experimentación en la «Tablada», y creado el Patronato que la rige, la Misión entró en una nueva fase, convirtiéndose en uno de los centros de investigación biológica más importantes de España.

Recientemente la Diputación adquirió la granja de Salcedo, que había pertenecido al famoso arzobispo Malvar, para cederla a la Misión. Esta adquisición y la cooperación de la Misión con el Instituto de Cerealicultura en la producción y distribución de semillas seleccionadas de maíz para todo el norte y noroeste de España, conservando su autonomía; la ayuda económica de todas las Diputaciones de Galicia; la agregación de dos nuevos ingenieros agrónomos, que actualmente se especializan en el extranjero en alimentación animal uno y en genética animal otro, señalan bien la importancia que adquirirá este centro y el papel que va a desempeñar en el futuro económico de Galicia.

Descripción geográfica, estadística y cultural de Pontevedra

por

Gerardo Álvarez Lineses

del Patronato del Museo de Pontevedra.

Vista de Pontevedra, desde Lérez.

Siguiendo a Otero Pedrayo, consideraremos el territorio de la provincia como dividido en tres regiones geográficas características: la Montaña, las Rías bajas y el Miño inferior.

Forman la montaña los macizos que, desde el límite con las provincias de Lugo y Orense, en las altas tierras de Oseira, donde se unen las sierras de Faro y Martiña, separan con dirección ESO. los afluentes del Miño central, los ríos que van al Ulla y que bajan a la ría de Pontevedra, y aun el propio Miño, más abajo de Cortegada.

Las comarcas típicas de esta montaña son: al sur del Ulla, las tierras de Camba, Deza y Trasdeza, cuyos centros son, respectivamente, Rodeiro, Lalín y Silleda. «El tipo de montaña se acentúa en los pueblos altos del concejo de Dozón, en cuyas cañadas, abiertas entre lomas pizarrosas, se hallan pueblos de vida elemental.» Lalín tiene paisajes de montaña, arboleda y agrícola, mientras que Silleda ofrece aspectos de transición al valle del Ulla. Caracterizan la región el cultivo de los robles y los prados, los grandes campos de centeno, las agrupaciones aldeanas, los amplios paisajes. La tierra de Montes, formada por las de Chamor, Candan y Coco, continúa hacia el S. el tipo de montaña en una alta región donde se encuentran los valles iniciales del Umia y del Lérez, tierras de soledad, que adquieren agreste grandeza en los altos del Paraño.

Un módulo intermedio entre la montaña y la mariña es el bellísimo valle del Ulla —comarca de Tabeirós—, uno de los más hermosos de Galicia; tierra pobladísima, de lujuriosa vegetación, tendida entre el Ulla y la Estrada.

El relieve desciende hasta las penínsulas formadas entre las rías de Arosa, Pontevedra y Vigo, que originan la «mariña» de la provincia. El río Ulla, regada la vega de Padrón y Cesures, va abriéndose hacia la ría de Arosa por las Torres del Oeste, Catoira y Bamio —paisaje triste—, hasta mezclarse con sus aguas en la isla de Cortegada. La zona interior de provincia que a esta ría corresponde es el valle del Umia, que forma la tierra de Salnés, dominada por el Xiabre, el Lobeira y el Castrove; tierra de viejas salinas, donde verdean los maizales y los pinares costeros, donde forjan leyendas apartados «mosteiros», como Armenteira, y las villas tienen la aristocracia de Cambados o la visión llena de lejanías de Villagarcía. Al otro lado del Castrove, la dulzura de la ría de Pontevedra, rota por el bravo mar de la Lanzada.

En esta ría desemboca el Lérez, que muy cerca de ella presenta alturas de cereales, bosques y pastos, en los montes del Suido y Seixo. «La ría de Pontevedra es la más característica de Galicia: en su costa alternan las playas con las puntas, donde el menudo cultivo llega hasta el borde del mar.» Tierra de pinares, de emparrados, de huertas que lindan con maíces, de pomares que destacan su verde antiguo, de jardines donde florecen magnolios, naranjos y limoneros y trazan laberintos los bojes. Forman la costa N. las tierras del Coto monacal de Poyo; maravillosas playas, como la de Silgar, en Sangenjo; pueblos como Combarro, la más típica agrupación marinera de Galicia. Frente a Poyo surge en el mar la isla de Tambo, legendariamente unida a los viajes fundacionales de San Fructuoso. Cierran la entrada de la ría las islas de Ons y Onceta.

La costa S. está formada por la península de Morrazo, en cuyas alturas verdean ya millones de pinos sembrados por la Diputación, que comenzó aquí la gran labor de la repoblación forestal. En la costa, Marín y Beu, ayer pueblos pescadores, son villas de amplio porvenir.

La ría de Pontevedra, que se extiende entre las puntas de Udra y Cabicastro «ha sido un piélago abundantísimo de sardina», como dicen documentos del siglo XVI. Esta pesca, que aun sostiene numerosas fábricas de escabeche y salazón, fué base del desarrollo industrial y comercial de villas como Pontevedra, cuya riqueza tuvo ya en la Edad Media máxima importancia.

A la ría de Vigo llevan sus aguas el Oitavén y el Verdugo, que, unidos, desaguan en Puentesampayo. La limita al N. la parte meridional de la península de Morrazo, donde los puertos de Moaña y Cangas, rodeados de una naturaleza ubérrima, presentan dos aspectos de la vida gallega de la costa, preferentemente agrícola en la primera y marinera en la segunda. La isla de San Simón recuerda la más hermosa composición de los «Cancioneiros».

La costa S., donde Vigo se desarrolla a impulsos de su situación privilegiada, es una zona pobladísima que ofrece al turista playas como la de Samil, balcones desde donde admirar bellísimos paisajes... Cierran la ría las islas Cíes, desnudas de toda vegetación, como la costa acantilada que comienza en Bayona, en rudo contraste con la «veiramar» interior y los valles Miñor y del Rosal, donde los maizales alternan con los viñedos y los pinares escalan las alturas. Esta costa abierta, que vigila el Silleiro, es a los paisajes de mar lo que el Paraño al paisaje de montaña. En medio de la soledad, el monasterio de Oya.

En el extremo S. de la provincia, La Guardia, el monte de Santa Tecla, famoso en la prehistoria gallega, ofrece la más típica atalaya de Galicia, que presenta, de un lado, la perspectiva del mar y la costa abrupta, y de otro, la desembocadura del Miño, con el valle del Rosal, cubierto de un tapiz de verdes matices, frontero a las tierras hermanas de Portugal.

Vista de la ría de Marín. (Fotos Loty.)

Remontando el Miño, la vega de Túy, tipo de valle inferior, nos muestra un amplio paisaje de maizales que fecunda el río. El curso del Miño en la provincia forma comarcas que se acercan, en el límite con Orense, al tipo de «ribeira». La zona alta de la Cañiza presenta estrechos valles, al sur, con viñedos. El del Tea, cuyos centros son Puenteáreas y la villa balnearia de Mondariz; y la tierra del Condado de Salvatierra, de parrales pródigos, son típicos valles interiores gallegos, en fuerte contraste con las Gándaras de Porriño y Budiño, tierras llanas de escasa vegetación.

El censo de 1920 asigna a la provincia 585.866 habitantes de derecho, resultando una población relativa de 121 habitantes por kilómetro cuadrado, que la coloca en el quinto lugar de España. La Mariña es mucho más poblada que la tierra montañosa.

Los mayores núcleos urbanos son: Vigo, cuyo ayuntamiento tiene 53.614 habitantes, y Pontevedra, con 28.957. Municipios muy poblados son también Lavadores, Estrada y Villagarcía.

Los pueblos principales, por orden de población, son: Cangas, con 4.116 habitantes; Villagarcía, 3.539; La Guardia, 3.722; Redondela, 3.166; Marín, 3.123; Cambados, 2.801; Túy, 2.413; Caldas, 2.122, a los que siguen Porriño, Cesures, Estrada, Bayona, Puenteáreas, etc.

Divídese la provincia en diez partidos judiciales, dependientes de la Audiencia territorial de la Coruña para lo civil, y de la provincial de Pontevedra para lo penal. Son: Pontevedra, Caldas de Reyes, Cambados, Cañiza, Estrada, Lalín, Puenteáreas, Redondela, Túy y Vigo.

La división eclesiástica de la provincia ofrece gran interés: las parroquias tienen origen en antiquísimas divisiones de la población, coincidentes muchas veces con la existencia de un castro. Los lugares de una misma parroquia presentan características naturales, como pequeñas células etnográfi-

cas y geográficas, frente a la creación artificial de los municipios. Los arciprestazgos son comarcas geográficas definidas, que ofrecen una rara unidad histórica. Pertenecen al obispado de Lugo los de Camba, Deza, Dozón, Trasdeza y Ventosa en Lalín; al de Santiago, los de Cotovad, Morrazo, Moraña, Montes, Oiloño, Ribadulla, Salnés, Tabeirós y Vea, y al de Túy, en el S. de la provincia, los de Entienza, Fragoso, La Guardia, Luorido, Montes, Miñor, Puenteáreas, Redondela, Ribadetea, Sotomayor, Salvatierra, San Martiño, Tebra... y el vicariato de Túy.

Ferrocarriles: Hasta hace poco existían dos líneas férreas: la de Orense a Vigo y la de Pontevedra a Santiago; pero ésta acaba de fundirse con la primera. La línea de Monforte a Vigo entra en la provincia por Frieira, y aparta en Redondela para Pontevedra, llegando a Puentecesures, donde penetra ya en la Coruña. Están en construcción la prolongación del ferrocarril de Pontevedra a Marín y el de Santiago a Orense, que pasa por el partido de Lalín. En el plan de los regionales figura en primer lugar el llamado «Central Gallego», desde Lugo a Marín, y está nombrada ya una Comisión, que se constituyó en Lugo a fines de 1928, proponiendo al Estado soluciones para su realización.

Existen también los ferrocarriles eléctricos de Vigo a Bayona y de Vigo a Porriño, que continuará hasta Mondariz, y tranvías en Pontevedra desde Lérez a Marín, con 9 kilómetros de recorrido, y en Vigo, una amplia red de tranvías urbanos.

Tiene la provincia un total de unos 900 kilómetros de carreteras del Estado: dos de primer orden: la de Villacastín a Vigo, que penetra en ella por la parroquia de Petán, y la de Madrid a Pontevedra, que entra por la de Montes; dos de segunda: la de Coruña a Pontevedra, y la de Orense a Santiago; muchas de tercer orden, y una espesa red de caminos provinciales que un nuevo empréstito de la Diputación va a permitir ampliar considerablemente.

Pontevedra duplicó en veinte años sus escuelas nacionales, contando hoy con 1.043: una por cada 500 habitantes. Aparte de estas escuelas y las que sostienen municipios y particulares, hay varias fundadas por emigrados. En la capital se construye un magnífico «Kindergarten».

El censo escolar oficial es de unos 75.000 alumnos, cifra que coloca a esta provincia entre las primeras de España. Las clases de adultos tienen unos 15.000.

Existen Institutos de segunda enseñanza en Pontevedra y Vigo. El primero data de 1841. Está instalado en un novísimo edificio, y tiene magníficos laboratorios y colecciones de Mineralogía y Prehistoria. El segundo fué creado en 1927.

En Pontevedra hay Escuelas Normales de Maestros y Maestras, con instituciones de cultura y de beneficencia, y en toda la provincia, numerosas bibliotecas muy completas.

Vigo tiene Escuelas de Industrias, Artes y Oficios y Pericial de Comercio. En Pontevedra, la Sociedad Económica sostiene enseñanzas comerciales y artísticas para obreros. Túy cuenta con un Seminario Conciliar.

Entre los Museos, cumple anotar en primera línea el de la Sociedad Arqueológica de Pontevedra. Recientemente creó la Diputación el Museo de Pontevedra, bello tipo de museo íntimo. En el balneario de Mondariz, los hermanos Peinador fundaron un Museo etnográfico

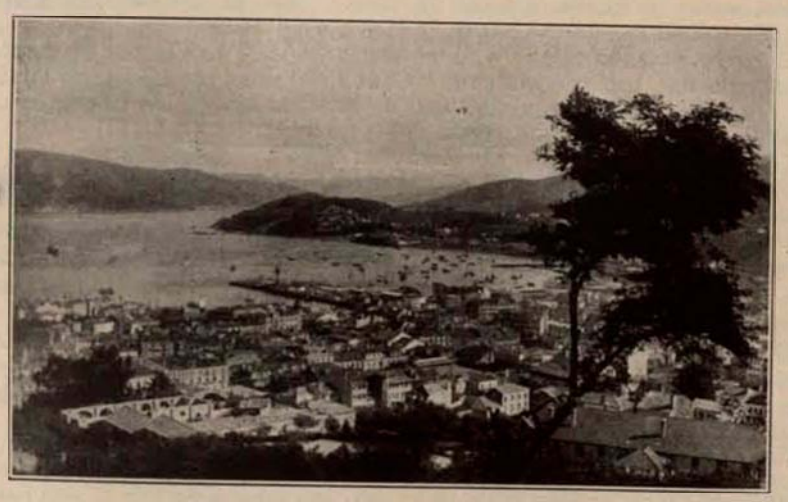
En La Guardia, la Sociedad Promonte forma un Museo con los objetos extraídos de la Citanía de Santa Tecla, y el Municipio de Vigo creó recientemente un Museo de Arte.

Algunas colecciones particulares merecen mención. Así, el monetario de Viqueira, en Villagarcía; las series de prehistoria reunidas por el P. Jalhay en Camposancos; el mobiliario de la casa del Barón, y las reproducciones de insculturas rupestres, reunidas por el director del Instituto de Pontevedra, Dr. Sobrino.

En Pontevedra se celebraron algunas Exposiciones muy famosas, como la Regional de 1880, que abarcó diversos aspectos de la vida gallega, y otras de Arte antiguo y Artes y Oficios.

Anualmente se celebran en la Diputación Exposiciones de obras de artistas pensionados. La Junta del Turismo tiene abierta permanentemente una Exposición de arte y fotografía, y frecuentemente se celebran otras artísticas.

No sería completa la reseña cultural de la provincia si omitiésemos dos importantísimos centros, uno particular y otro oficial: el Observatorio Astronómico de Lalín, dirigido por el presbítero Sr. Aller, y la Misión Biológica de Pontevedra, sostenida por la Junta de Ampliación de estudios, con ayuda de Diputaciones gallegas.



Vista parcial de Vigo. (Foto Loty.)

Vista parcial de la ría de Marín. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar.)

Hemos hecho ya referencia a la labor de la Sociedad Arqueólogica de Pontevedra, Con ella y con la Comisión de Monumentos colaboran el Patronato del Museo de Pontevedra y la Junta del Turismo en la defensa de nuestro patrimonio artístico, y frecuentemente se celebran conferencias culturales.

Tiene una bien arraigada tradición. Aquí comenzó el estudio del folklore musical gallego con los trabajos del Sr. Sampedro. Aquí nacieron los primeros coros gallegos con «Aires da Terra», fundado por Feijóo. En el cultivo de la música orfeónica destacaron las colectividades dirigidas por Román Pintos, y perduran aún las artísticas de Pontevedra y Vigo.

Aquí existe hoy también la más alta colectividad musical de Galicia: la Sociedad Coral Polifónica de Pontevedra, que, bajo la dirección del maestro Blanco Porto, interpreta los grandes maestros de la polifonía del siglo XVI y cultiva la canción popular gallega armonizada

La música de cámara tiene también tradicional cultivo. y las Sociedades recreativas precedieron la labor de las actuales Sociedades Filarmónicas de Pontevedra y Vigo, que logran ofrecer anualmente un gran número de escogidas audiciones.

La Prensa está representada por dos grandes rotativos, con tirada de más de 15.000 ejemplares: «Faro de Vigo» y «Pueblo Gallego», cuyos números extraordinarios, principalmente del Día de Galicia, son verdaderas antologías reveladoras del renacimiento regional. Pontevedra tiene dos diarios: «Progreso» y «Diario de Pontevedra», y Villagarcía uno: «Galicia Nueva». Se publican, además, numerosas revistas y semanarios locales. «Vida Gallega» y «Gaceta de Galicia» sobresalen entre todas las revistas gráficas de la región.

Existen campos de deportes en casi todas las villas. Algunas poblaciones, como Pontevedra y Vigo, tienen dos estadios.

El fútbol cuenta de antiguo con muchísimos aficionados, siendo equipos de la serie A «Celta», de Vigo; «Eiriña», de Pontevedra, y «Unión Sporting», de Lavadores.

La Beneficencia y la Sanidad están bien atendidas en esta provincia. Existen en Pontevedra y Vigo Dispensarios antituberculosos perfectamente atendidos. Desarrolla una buena labor la Junta de Protección a la Infancia y Represión de la Mendicidad, y contribuyen al cuidado de la niñez otros organismos, como el Municipio de Vigo y la Caja de Ahorros, que sostienen colonias escolares en Estrada, y la Inspección de Pontevedra, que las ha organizado de altura en Lalín y Puentecaldelas, y marítimas en Sangenjo, con amplia subvención de la Diputación provincial y auxilio del Municipio y del Estado.

La Beneficencia provincial sostiene la Casa Hospicio e Inclusa de Pontevedra, verdaderos modelos, y la Diputación acaba de hacerse cargo del gran Hospital municipal de la capital, convirtiéndolo en provincial y disponiéndose a hacer reformas en él que importan millón y medio de pesetas.

La misma Diputación sostiene una Leprosería, mancomunada con las de Orense y Lugo, pensiona 200 locos en el Manicomio de Conjo y tiene en Bilbao numerosos acogidos en el Colegio de Sordomudos, mientras no se inaugura el regional. Subvenciona, además, las Casas de Caridad de Vigo y Bayona, Hospital e Inclusa de Túy, hospitalillos de Cuntis y Mondariz, Asilos de ancianos de Pontevedra, Túy, Caldas, Villagarcía y Vigo, Asilo de niños de esta ciudad, Monte de Piedad de Pontevedra, Siervas de María, Escuelas Nocturnas, Casas de Socorro, etc.

La Beneficencia local atiende también numerosos servicios, presupuestando los Municipios para ello más de un millón de pesetas. La provincia es muy sana, como lo demuestran los datos demográficos, pues no pasa la mortandad de un 21 por 1.000, ocupando en las estadísticas un lugar demográfico privilegiado.

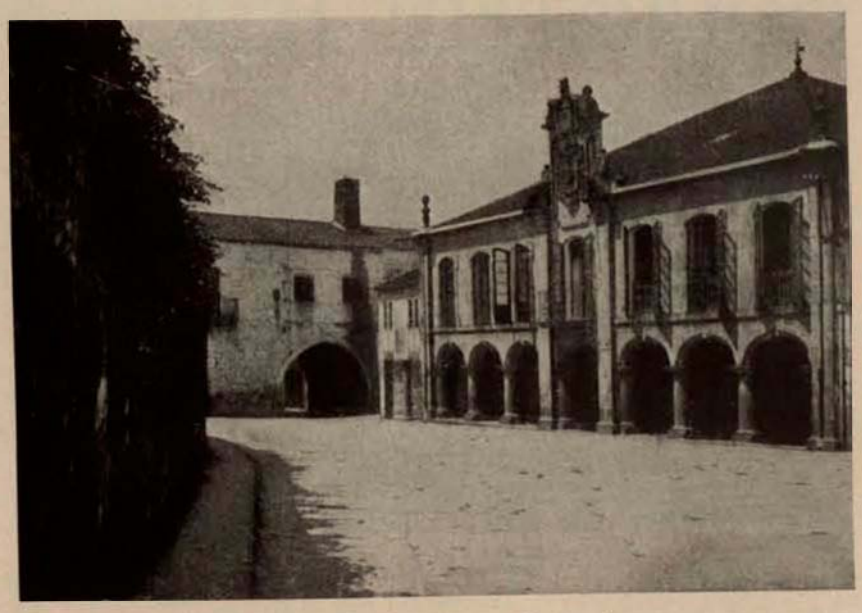
Tiene la provincia estaciones sanitarias en Vigo, Villagarcía y Túy; una brigada sanitaria en Pontevedra desde 1921, convertida en Instituto provincial de Higiene; un Instituto antirrábico, fundado por Cobián Areal en 1897, y otro en Vigo desde 1916; laboratorios municipales en Vigo y Pontevedra; Casas de Socorro en ambas ciudades y Villagarcía; una policlínica permanente en Pontevedra, y también en esta ciudad el Sanatorio quirúrgico del Dr. Marescot, de nombradía regional.

PEQUEÑA GUÍA TURÍSTICA DE LA PROVINCIA DE PONTEVEDRA

POR

JOSÉ FILGUEIRA VALVERDE

Secretario de la Junta Provincial del Turismo



Plaza de la Pedreira, en Pontevedra.

La provincia de Pontevedra ofrece al viajero una extraordinaria riqueza turística. Teniendo como fondo el maravilloso paisaje de las rías, o en contraste, los fuertes paisajes de montaña, las villas marineras, los pazos, los monasterios, los cruceros... viven un ensueño de leyenda. Para llegar a conocer hondamente las bellezas de Pontevedra, el viajero debe hacer centro en la capital, incomparable ciudad de reposo, en Vigo, en cualquier pueblo costero, o en alguno de los balnearios, tan gratos para el descanso veraniego como útiles al enfermo.

Tomando como centro Pontevedra, vamos a desarrollar unos cuantos itinerarios de turismo por la provincia.

PONTEVEDRA

I recorrido.—Saliendo de la plaza de Besada, por la calle de Riestra, al «Museo de la Sociedad Arqueológica» de Pontevedra, emplazado en las bellísimas ruinas ojivales de Santo Domingo, siglos XIV y XV. Importantísimo por su colección de epigrafía romana, sus series de capiteles y de labras heráldicas, y sobre todo, por su gratísimo ambiente. En la capilla mayor véase una bella escultura de la Virgen de la Caridad, siglo XIV. En la primera absidal de la Epístola, la extraordinaria serie de antigüedades visigóticas. En la siguiente, el sepulcro de D. Payo Gómez de Sotomayor, embajador del Rey Enrique el Doliente cerca del gran Tamerlán. En una sala, completas series de prehistoria gallega.

Museo de Pontevedra.

En el edificio contiguo, Instituto Nacional, se guardan copiosas colecciones de mineralogía y esculturas rupestres. Siguen la Diputación provincial y la Escuela Normal de Maestras. Frente a ésta, la rotonda de la «Alameda», espléndido mirador sobre la ría y sobre la «Moureira», viejo barrio de pescadores, que fué el centro de las inquietudes de la villa. En él nacieron Juan de Nova, Pedro Sarmiento de Gamboa, los Nodal...

Por la Alameda, pasando ante el monumento de los héroes de «Puente-Sampayo», de Pola, que conmemora un hecho glorioso de la guerra de la Independencia, y ante el Ayuntamiento, seguiremos hacia «Santa María», la iglesia de los mareantes, comenzada a fines del siglo XV, terminada hacia 1559. Traza de Juan de los Cuetos y Diego Gill, con quien colaboró Domingos Fernández. Véase la gran fachada principal, de Cornelius de Holanda y Juan Nobre; el ábside, Diego Gill, donde campea el escudo de los Fonseca, y en el interior, de graciosa amplitud, el altar del Carmen, con inscripción aducida para la tesis «Colón, pontevedrés»; la capilla de la Inmaculada, con una tabla del siglo XVI; un Cristo atribuído a Ferreiro, en la cabecera de la nave de la Epístola, y la bóveda de crucería de la capilla de San Miguel. El altar mayor y el púlpito, modernos, son obra del maestro compostelano Magariños. En la sacristía se guardan el tesoro de la iglesia y las joyas de la cofradía del Corpo Santo. El Campillo de Santa María, con casas asoportaladas y vista sobre la desembocadura del río Alba; la rúa Alta, que fué antigua judería; la calle de la Amargura, las callejas que rodean la iglesia, están llenas de carácter.

De nuevo por la avenida de Santa María y plaza del Ayuntamiento, tomaremos la calle de Michelena, donde están instaladas las oficinas de la «Junta Provincial del Turismo», con servicio de información y reclamaciones y exposiciones permanentes, y torciendo por la travesía de Riestra volveremos al punto de partida.

II recorrido.—Por la calle de Andrés Muruais subiremos hacia la plaza de la «Peregrina», donde se levanta el santuario de la actual Patrona de Pontevedra, proyectado por el maestro Antonio Souto hacia el 1778. La contigua plaza de la «Herrería», con típicos soportales y famosa fuente, proyecto de Juan López, obra de Domingos Fernández (1554), recientemente reconstruída, nos lleva al convento de «San Francisco», hoy Delegación de Hacienda, cuya portada neoclásica fué una de las puertas de la villa. La iglesia tiene una graciosa puerta del siglo XIII y al interior bellísimos ábsides de los siglos XIV y XV. La capilla de la Orden Tercera, ojival, presenta interesantes capiteles. La contraabsidal de Santa Catalina es obra del maestro Ares López, 1433. En el crucero, el sepulcro del trovador gallego Pay Gómez Chiriño, «el primeiro senor de Rianjo que guanó a Sevilla siendo de moros y los privilegios desta villa».

Por la calle dedicada al escultor pontevedrés «Gregorio Hernández» se baja al «Museo de Pontevedra», instalado por la Diputación provincial en una casa de 1760. Importante colección de cruces parroquiales. Torques, esmaltes, recuerdos locales. Cuadros de Jordán, Teniers, Guercino, Quintín Metsys, Zurbarán, Correa de Vivar, C. Veronese. Colección de loza de Sargadelos. Sala de Arte gallego contemporáneo.

Ante una casa barroca con soportales seguiremos hacia «San Bartolomé», antigua iglesia de la Compañía de Jesús, siglo XVII. Véase en el interior una Dolorosa del siglo XVIII, altar de Ánimas, y una Magdalena atribuída a Juan de Mena, en el altar mayor.

Siguiendo el edificio del antiguo colegio, donde residió el P. Isla, pasaremos a la iglesia de «Santa Clara», ojival, con altares barrocos y recogido ambiente conventual.

Desandando el camino hasta San Bartolomé se baja hacia la plaza de la «Pedreira», señoreada por el palacete barroco de los Valladares, para subir por la calle de la Sierra—pazos de los Marino de Lobeira y marqueses de Villagarcía—a la plaza de «Méndez Núñez», donde vivió y murió el héroe del Callao, en la casa de los Cru y Montenegro. Bordeando el palacio de los marqueses de Aranda, saldremos a la «calle Real», para seguir a la plaza del Pan o de «Teucro»—místico fundador de Pontevedra—, donde se ve, entre otros palacios de familias pontevedresas, la graciosa casa de los «San Román».

Por delante del Casino, levantado en el solar de la iglesia de «San Bartolomé el Viejo», tomaremos la calle de M. Quiroga, para volver, bajo los soportales de la Herrería, a la plaza de la Peregrina y seguir al punto de partida.

III recorrido.—Por las calles de Andrés Muruais, Peregrina, Charino y Maceda—pazo del «barón de Casa Goda», siglo XVIII—, a la plaza del Muelle, para tomar, en el malecón cercano al «puente del Burgo», la embarcación que nos lleve a los bellísimos salones del «Lérez». El «puente» da nombre y blasón a la ciudad. Se levanta en el sitio de uno de los que determinaron la mansión «ad duos pontes» del itinerario de Antonino. Recuerda la vía romana, el camino de Santiago y el burgo medieval. Sobre él se concertó el tratado de paz de 1165 entre los Reyes de León y Portugal. Sobre él parlamentaron con el mariscal Moreaux los vecinos de la villa, y el esforzado Pero Niño—1308—venció en él, en singular combate, al peón Gómez Dalmao. Los castillos que lo defendieron fueron destruídos por las tropas del general Homobood, y en la guerra de la Independencia fué testigo de heroicas acciones.

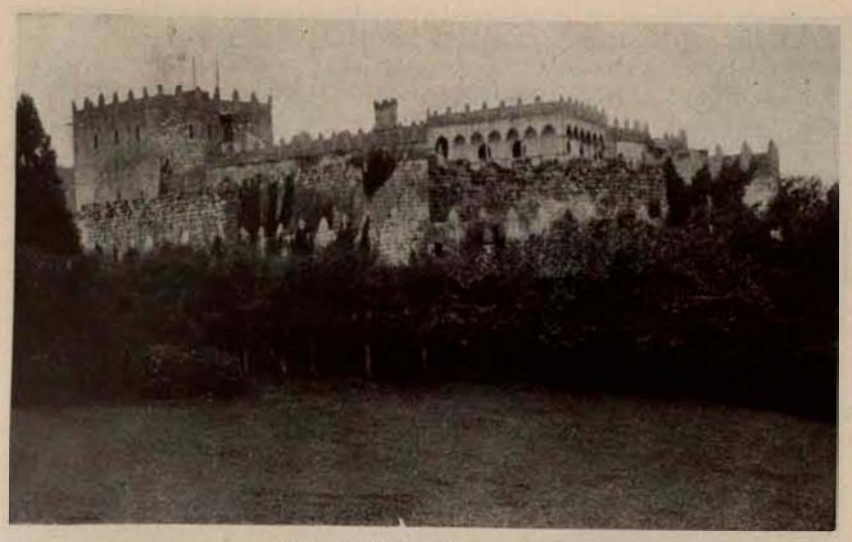
El río ofrece, pasado el puente, la vista monumental de la ciudad, y más arriba parajes de frondosa vegetación, con apariencia de lago. El «monasterio de Lérez», fundado en el siglo X, es importantísimo en la historia de Galicia. En él fueron consagrados Obispos los autores de la «Compostelana», y estudiaron antes Feijoó y Sarmiento, los grandes polígrafos gallegos del XVIII. Cerca del río, una lápida recuerda el sitio preferido por este último y que él llamaba «Thempe de Thesalia».

Por la ribera contraria al monasterio, puede el turista bordear el río en auto, recorriendo la avenida de Buenos Aires, el más característico paseo de la ciudad.

El monasterio puede visitarse subiendo en auto hasta el atrio, interesantísimo punto de vista, o utilizando el tranvía eléctrico de Pontevedra a Lérez, que llega hasta sus cercanías.

EXCURSIONES

Excursión I: VUELTA A LA PENÍNSULA DEL MORRAZO.—Esta excursión permite gozar de la belleza de las rías de Pontevedra y Vigo y recorrer una tierra de extraordinaria riqueza prehistórica, fértil en evocaciones, donde existió, en la Edad Media, un importantísimo núcleo de poesía trovadoresca, en torno a ermitas que aun hoy son frecuentadas, y teatro de temidas piraterías, que duraron hasta el siglo XVIII.



El castillo de Sotomayor.

Se sale de Pontevedra por la carretera de Vigo. Al h. 5 del km. 5, cruce con la carretera militar que sube a Figueirido, donde la Diputación ha emplazado sus «viveros para la repoblación forestal». Al km. 7, hm. 3, cruce con la carretera de Cangas. Vista sobre la ría, «isla de San Simón». Más allá, «Domayo», con importante estación prehistórica, sobre el estrecho de «Rande», que fué testigo en 1702 de la batalla naval de su nombre, de la guerra de sucesión. Después, «Cangas», villa marinera, con parroquial del XVI. Monumento a Soage, del escultor Asorey.

Vuelta por la ría de Pontevedra, «Aldán», pazo del conde de Canalejas; Castro Liboreiro; «Beluso», pueblo marinero; «Bueu», fábricas de conservas, pazos; Loira, gracioso paisaje; Mogor; «Marín», puerto militar y comercial. Bases navales y polígono de tiro. Los Placeres, playa de baños; Lourizán, finca de Montero Ríos, con avenida de eucaliptos.

Excursión II: LA TIERRA DE SALNÉS.—Recorrido por una de las comarcas más características de Galicia. El legendario Castrove separa los señoríos monacales de Armenteira y Poyo. El Pico de Lobeira señorea la tierra de los Mariños, progenitores de Camoens. El mar de la Lanzada, ciclópeo y opaco, contrasta con el placer de las rías, donde los maizales entran en el agua y los pomares inclinan sus frutos sobre las ondas. Las villas marineras o hidalgas viven viejas leyendas.

Por la carretera del Grove. «Portosanto», donde los partidarios de la tesis «Colón, gallego» ponen el lugar de nacimiento del almirante. Monasterio de «Poyo» (km. 3), probable fundación de San Fructuoso. Enriquecido por privilegios de Bermudo II y Doña Urraca. Gran iglesia barroca, siglo XVIII; claustro de las procesiones, siglo XVI. Perteneció a los benedictinos, pero hoy lo ocupan frailes mercedarios. La Salve que cantan al anochecer de los sábados es solemnidad llena de evocadoras emociones. Una calzada lleva al monasterio de Armenteira, a través del Castrove. Fundado en el siglo XII, importantísimo en la historia del arte gallego. Leyenda del monje y el pajarito.

Recobrando la carretera, al km. 6, hm. 1, «Combarro», el más típico de los pueblos marineros de Galicia.

Al km. 17, «Sangenjo», pueblo de veraneo. Por el Grove, al km. 28, plaza de «la Lanzada», uno de los más fuertes paisajes de Galicia. Vista de las islas Ons. Fortaleza romana. Capilla donde se celebra anualmente, en agosto, el baño «das nove ondas». Al km. 32, balneario de «la Toja», Gran Hotel, campos de deportes, pinares, «la Isla de la Vida», que cantó Figueiredo. A Cambados, por Dena y Castrelo. «Cambados», pueblo hidalgo y soñador, de viejos pazos. Torre de San Thomé, reedificada por Gelmírez; pazo de San Thomé, de los Sotomayor; iglesia de Santa Mariña, impresionantes ruinas, 1540; pazo de Monterrey, 1535; pazo de Fefiñanes, siglo XVI, levantado por el inquisidor Sarmiento de Valladares. Capilla de la Pastora, punto de vista.

Se sigue a «Villagarcía» (11 km.) por Caleiro, antigua torre; Vilanova, Villajuán, pazo del marqués de Castelar; Villagarcía, floreciente puerto mercante. Pazo y castro de Vistaalegre.

Vuelta a Pontevedra por Rubians, pazo de los Caamaños; Bayón, iglesia romanica; Simes, iglesia románica; «Samieira», mirador de la Junta provincial del Turismo, sobre el más gracioso paisaje de Galicia, a enlazar al km. 9 de la carretera de Pontevedra al Grove.

Excursión III: A VIGO, MONTE DE SANTA TECLA Y TÚY.—Contraste en paisaje y emociones. Vigo, inquietud de ciudad atlántica; Santa Tecla, citania prehistórica; Túy, burgo medieval.

Por la carretera de Vigo. Al km. 11, «Puentesampayo», famoso por la acción de 7 de junio de 1809, en la guerra de la Independencia. En el alto de Soutoxusto un bellísimo paisaje sobre la ría. «Redondela», bajo modernos viaductos, ofrece típicos aspectos de villa marinera. En Villavieja, convento de justinianos, siglo XVI. Después, al km. 33, «Vigo». Visítese el puerto, Monte del Castro, Colegiata, pazo de Castrelos y Santhomé, iglesias de Castrelos, Membrive, Valladares y Coruxo.

Se sigue a «Bayona», por un valle fecundo y pobladísimo. Nigrán, con importantes pazos; Panxón, hallazgos romanos; «Bayona», castillo de Monterreal; Colegiata, siglo XIII; estatua-faro de la Virgen de la Roca, arquitecto Palacios.

El paisaje cambia totalmente al salir de Bayona: acantilados, mar abierto, pinares, despoblado. «Monasterio de Oya», frente al mar, fundado en el siglo XII. Portada barroca, ábsides románicos, claustro siglo XVI. Evocación de los monjes artilleros, armados contra las piraterías que asolaban la costa.

Después, «La Guardia», en el extremo sur de Galicia, antigua villa fuerte, al pie del monte de Santa Tecla. Este monte es una de las más importantes citanias históricas de la provincia; pasan de 400 sus casas circulares y son muy notables las murallas, escaleras y defensas. Los hallazgos prehistóricos que se guardan en La Guardia, en la Sociedad Promonte, nos presentan una cultura post-halstática, intensamente romanizada. En la cumbre, atalaya sobre la desembocadura del Miño y sus maravillosos valles; sobre La Guardia y el Atlántico se levanta una capilla de antiquísimo culto a Santa Tecla, a la cual se celebran anuales peregrinaciones de penitencia, llenas de ingenuo sentido tradicional.

Desde «Camposancos», cerca de La Guardia, puede atravesarse el Miño y visitar Caminha, con famoso chafarís e iglesia de tipo manuelino.

Desde La Guardia, por el «valle del Rosal», seguiremos a «Túy», ciudad histórica y monumental, una de las antiguas capitales de provincia del reino de Galicia, de orígenes prehistóricos y abolengo romano, Túy aparece como corte de Witiza, según el cronicón de Sebastián. Asolada por los árabes, fué reconquistada por Alfonso I y repoblada por Don Ordoño I. En el siglo X llena su historia la concurrencia del obispo Hermoigio a la batalla de Valdejunquera y el martirio de su sobrino San Pelayo. También jugó un papel importante en las luchas entre Doña Teresa y los Reyes de León y en las desavenencias fronterizas en torno al cisma de Occidente. Más tarde es aquí donde surge la lucha hermandina, con la oposición entre Pimentel y Sotomayor. D. Lucas de Túy, el filósofo Francisco Pereira y el humanista Cadaval, ilustran su historia. Visítense la catedral, comenzada en el siglo XII, exterior con aspecto de fortaleza, portal principal construído en 1225, interior con planta de cruz latina, tres naves, con interesantísimo triforio. Claustro ojival de tipo cisterciense, importantísimo tesoro y archivo.

Aparte de la catedral: Capilla de San Telmo, barroco portugués, siglo XVIII, maestro Domingo Novás; Seminario conciliar, siglo XVIII; iglesia de Santo Domingo, en lugar pintoresco, a orillas del Miño, siglos XIV y XV; San Bartolomé de Rebordáns, siglo XI (?), extraña iglesia de rudo primitivismo. Pasando el puente internacional, moderna construcción metálica, puede visitarse la villa portuguesa de Valença, vista sobre el río y ciudad de Túy.

Vuelta a Pontevedra por la carretera que de Túy va a Vigo por Gondomar y Vincios, con maravillosas vistas sobre los más bellos valles de Galicia. O por Porriño y Mos a Redondela, o por Porriño a Puenteáreas a Mondariz, para hacer noche.

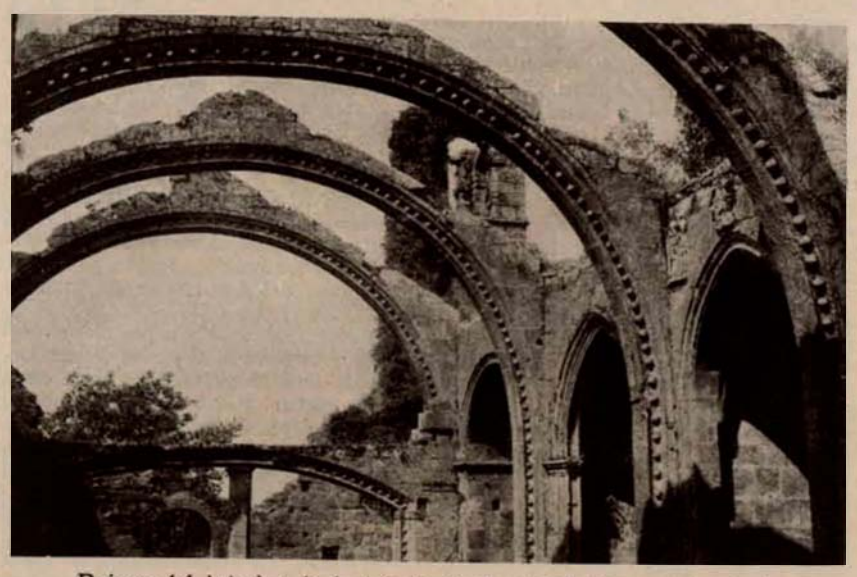
Excursión IV: AL CASTILLO DE SOTOMAYOR Y BALNEARIO DE MONDARIZ.—Recorriendo valles interiores, de transición entre la costa y la tierra de «ribeira». Castros, castillos, viejos santuarios. Mondariz, que se reparte con La Toja el prestigio balneario de Galicia, bebe en ambiente tradicional los más ricos jugos del alma gallega.

Por la carretera de Pontevedra a Vigo hasta Arcade, donde empalma la que por Pazos de Probén y Pías nos lleva a Mondariz. A 4 km. 3 hm. después del empalme, «Sotomayor», la «fortaleza más conocida de Galicia», en situación pintoresca, en una colina sobre el río Verdugo, rodeada de castaños centenarios. La historia de Sotomayor, llena de tragedias, parte de Men Paez Sorred, que pobló el valle, y culmina en D. Pedro Madruga, conde de Caminha, tipo representativo del noble gallego, travieso, sutil, manso y duro, que llena las revueltas gallegas del siglo XV. Su figura, popular en estos contornos, es evocada aún por los cantos populares: «Viva la palma—viva la flor—viva, viva D. Pedro Madruga,—D. Pedro Madruga de Sotomayor.» Al km. 45, Mondariz, famoso balneario, cuyas aguas fueron ya utilizadas en la época romana. En la granja de Pías se ha establecido un interesante museo etnográfico y prehistórico. El turista puede hacer desde Mondariz excursiones a la citania de Troña, con abundantísimo material prehistórico; al santuario de la Franqueira, 15 km., portada románica, famosas romerías con representación de rudimentarios autos sacramentales; al edificio donado por los herederos de Peinador para Colegio Mayor Universitario de Compostela y Laboratorios; al castillo de Sobroso, 5 km., cantado por Cabanillas, famoso en las luchas de Doña Urraca con Gelmírez y con Doña Teresa de Portugal, en cuyos alrededores la leyenda hace vagar el espectro de la condesa Floralba; el puente de Cernadela, siglo XV; «a pena de Arcos»; convento de Canedo; ruinas románicas de Casteláns; pazos de la Picoña, Peguyal y Aballe; iglesia de Angoares; rectoral de Barcia de Meira; crucero de Cobelo; villa fronteriza de Salvatierra; insculturas rupestres de Chan da Gándara... Fuera de la provincia, pero cercano a Mondariz, merecen también ser visitados el monasterio de Melón y la villa de Ribadavia.

Excursión V: HACIA EL VALLE DEL ULLA, CAMINO DE SANTIAGO.—El valle de Ulla es como la granja de labor y recreo de Compostela. A la sombra del Pico Sagro, corazón de todos los caminos de Galicia, se extienden las ubérrimas tierras de este valle, donde los pazos ponen un gracioso encanto de dieciochesca Arcadia. El río Ulla sabe de todas las glorias de nuestra historia.

Por la carretera de Santiago. «Caldas», villa balnearia, antigüedades romanas, iglesia románica de Santa María, cruce a la carretera de Caldas a Chapa. «Cuntis», también estación termal con hallazgos arqueológicos. En la iglesia, esculturas de Ferreiro y Asorey. La Estrada, villa moderna, de origen itinerario; en las cercanías, castros e iglesias románicas. A 4 km., 3 hm. de «La Estrada» tomaremos el ramal que va al más importante de los pazos rurales de Galicia, «Oca», que perteneció a los marqueses de San Miguel de las Penas y es en la actualidad de los de Camarasa: iglesia barroca de tipo monumental, gran portalada, galerías, fuentes, estanques, jardines paisajísticos...

Por la carretera de Orense a Santiago seguiremos hasta Ponte Ulla, sobre la confluencia del Ulla y el Deza, donde en el estrecho desfiladero de San Xuan «da Cova» existió un monasterio benedictino de los siglos XI al XVI; cerca, la torre de «Cira», levantada por Gelmírez. Aquí termina la provincia; el viajero debe seguir el «camino de Santiago», deteniéndose en Santa Cruz de Ribadulla a contemplar el espléndido parque del pazo.



Ruinas del interior de la iglesia de Santa Mariña, en Cambados.

RESUMEN HISTÓRICO DE VIGO

POR

AVELINO RODRÍGUEZ ELÍAS
CRONISTA OFICIAL DE LA CIUDAD

Vista de las islas Cíes, a la entrada de la bahía de Vigo.

La ciudad de Vigo, una de las dos más importantes por su población y, desde luego, la primera por su vida comercial e industrial, de la región gallega, se halla situada en la falda del monte antiguamente llamado Feroso, después Castelo y hoy del Castro.

Su desarrollo es tal, que a principios del siglo anterior no contaba arriba de 5.000 almas; en los comienzos del presente, sólo 23.000, y en la actualidad se aproxima a las 70.000.

La ciudad actual empezó a tener alguna importancia marítima a mediados del siglo XV; pero está fuera de toda discusión que el primitivo Vigo existía antes de Jesucristo. No cabe ya duda de que esta población fué el «Vicus Spacorum» del itinerario de Antonino Pío, que se hallaba establecida en el actual barrio del Arenal, término de las parroquias de Santiago de Vigo y del Corazón de Jesús. La de Santiago de Vigo es una de las que fundó San Epitacio, primer obispo de Túy, que padeció cruel martirio en el año 57 de nuestra era.

Aquella ciudad fué destruída por un terremoto, y andando los siglos se creó otra (la actual), teniendo sus principios en la Ladeira, o sea en el recodo que hacía el cabo de la Laje, desde cuya altura la Enamorada de las Cántigas de Martín Codax (siglo XIII) aguardaba al amante que fuera a tomar parte en la conquista de Sevilla.

Era a principios del siglo XV una población de pescadores; vinieron luego comerciantes; a éstos se sumaron, andando los años, los industriales, y hoy es Vigo una ciudad completa, con pujante vivir, el primer puerto de España en el ramo de emigración, el que más pesca recoge del mar, teniendo su flota pesquera, que consta de unos cuatrocientos barcos de vapor y varios miles de vela, distribuída por todo el litoral español y norte de África; con varios centros culturales y docentes, entre ellos un Instituto Nacional de Segunda Enseñanza, una Escuela Industrial, una de Comercio y una de Artes y Oficios; con varios colegios de segunda enseñanza, particulares; con el Gobierno militar en la provincia; cabeza de provincia marítima de su nombre; una base naval militar; residencia del jefe de Sanidad exterior de la provincia de Pontevedra; con el Lazareto de San Simón; con un naciente Museo, dos Juzgados municipales y uno de primera instancia; la Administración principal de Aduanas de la provincia, otros centros oficiales y varios de beneficencia.

La ensenada de Coya, al principio de la bahía de Vigo, y las islas Cíes en la embocadura

Durante su existencia corrió todas las vicisitudes de Galicia y aun de España. Sufrió el yugo del guerrero galaico Pedro Álvarez de Sotomayor, conde de Camiña, conocido en la historia por «Pedro Madruga»; y por haberse apoderado este noble de unos mosquetes que conducía un barco holandés, fué Vigo el punto de España donde se emplearon las armas de fuego por primera vez.

Perteneció a la provincia de Túy, una de las siete que formaban el Reino de Galicia, pero ya tenía entonces la capitalidad militar de la misma. En la primera época constitucional, al ser reducidas a cuatro las provincias gallegas, se le asignó la capital de una de ellas. Pero al restablecerse la Constitución, después del último período de absolutismo, con su anterior división provincial, fué Vigo una excepción en España, ya que la capitalidad de su provincia pasó a Pontevedra, donde continúa, a pesar de las repetidas reclamaciones que durante algunos años hicieron los vigueses, y no obstante haberse acordado por el Parlamento devolvérsela.

Hoy está Vigo considerado, para la tributación, como capital de provincia, no faltándole para serlo de hecho sino el Gobierno civil, pues tiene todo lo demás que necesitaría, según queda expresado en párrafos anteriores, incluso oficinas de Hacienda. Tiene también treinta y cinco Consulados, Viceconsulados y Agencias consulares de países extranjeros, y otros centros oficiales que le son necesarios por la importancia de la ciudad, por el movimiento de su puerto, por su vida comercial e industrial, por la situación privilegiada de su bahía, por la constante visita de buques y escuadras extranjeras y por ser cabecera de una de las más importantes líneas férreas de España.

En ocasiones ha sido también residencia del general segundo cabo de Galicia, y una de ellas fué con ocasión de la llegada de una flota española que regresaba de América, escoltada por otra francesa, cargada la primera con grandes riquezas, a principios del siglo XVIII. Perseguida nuestra escuadra por otra anglo-holandesa, que pretendía apoderarse de los tesoros que conducía, con destino a Cádiz, hubo de refugiarse en la bahía viguesa, y como el puerto de Cádiz alegó sus derechos para no permitir el desembarque en Vigo de las mercancías, la tramitación del asunto dió tiempo suficiente para que llegase la escuadra combinada enemiga, y ello dió ocasión al memorable combate marítimo-terrestre de Rande, en el que fué destruída nuestra flota.

Para rescatar los tesoros hundidos con las naves hispanas se tienen formadas, desde el primer cuarto del siglo pasado, varias empresas extranjeras, que, después de realizar diversos trabajos de salvamento, se han retirado de nuestra bahía. Actualmente ejecuta trabajos análogos una empresa italiana.

En otras varias ocasiones ha sentido Vigo los efectos de las guerras que España sostuvo con otros países. El corsario Drake atacó la plaza viguesa en 1585 y en 1689, causando en la entonces villa muchos daños. En 1617 fué también atacada la población por una armada turcomora, que, rechazada aquí, descargó sus iras sobre los pueblos de la opuesta orilla de la bahía, donde causó muchos daños y cogió bastantes cautivos.

De nuevo fué atacada la villa por una escuadra inglesa en octubre de 1719, sufriendo grandes daños materiales y muertes.

Durante la guerra de la Independencia fué Vigo ocupado por los franceses durante dos meses nada más. El 1 de febrero de 1809, una división francesa se posesionó de la plaza, que, a pesar de llamarse fuerte y estar amurallada, se hallaba sin defensa y no pudo oponer la menor resistencia al enemigo. De esta plaza hizo su cuartel general el mariscal Soult, para emprender la invasión de Portugal por el Miño, hacia donde partió el 15 de febrero. El párroco de Valladares, D. Juan Rosendo Arias Enríquez, secundado por el alcalde de Vigo, D. Francisco Javier Vázquez Varela, y por el de Fragoso, D. Cayetano Pereira de Limia, levantó el paisanaje contra los invasores, y en seguida empezaron a sentir éstos las penalidades de un bloqueo efectivo y de la hostilidad del vecindario.

El 11 de marzo ya estaba casi rodeada la plaza por los patriotas de la comarca, a quienes se habían unido varios militares de la región gallega, ayudados todos eficazmente por las fragatas inglesas «Venus» y «Lively». La Junta de Sevilla envió al alférez de Marina D. Pablo Morillo, y tomando éste el mando de todas las fuerzas, intimó la rendición

de los franceses. Se negaron los invasores a capitular con un oficial de tan escasa graduación, pretendiendo con esto ganar tiempo en espera de socorros de Túy y otras plazas también ocupadas por sus compatriotas, y entonces los sitiadores de Vigo elevaron a Pablo Morillo a la categoría de coronel, superior a la del jefe francés que mandaba la plaza. Y ese fué el comienzo de la verdadera carrera triunfal del que en pocos años, luchando en España y América, había de llegar a ser teniente general, conde de Cartagena y marqués de la Puerta.

Los franceses se rindieron el 28 de marzo, y los patriotas gallegos recogieron un importante botín, incluso los equipajes del cuerpo de ejército de Soult, figurando en ellos un valioso sable del duque de Dalmacia. El conde de Toreno, al reseñar la reconquista de Vigo, dice que se hizo sin cañones ni ingenieros, y sí sólo al impulso del patriotismo gallego.

Por este hecho, la Fiel Villa de Vigo fué elevada a ciudad, con los dictados de Leal y Valerosa, pues sus gentes, que ya luchaban en diversos cuerpos del ejército nacional desde el principio de la guerra, muchas de ellas como voluntarios, no descansaron después de la toma de Vigo, sino que contribuyeron a la total liberación de Galicia y se portaron tan heroicamente en la batalla de Sampayo, agrupadas por Pablo Morillo en el regimiento de la Unión, por él creado, que obtuvieron para esta unidad el sobrenombre de «León de Sampayo».

La isla de San Simón. (Foto Mqs. Sta. M. Villar.)

A partir de entonces Vigo se desarrolló extraordinariamente en su población y en su comercio, que ya en el siglo XVIII era importante, y armó por varias veces, en el transcurso de aquella centuria, algunos corsarios para las guerras con la Gran Bretaña. De la bravura de estas gentes de mar, que fueron corsarios de los más atrevidos, da idea el hecho de que con simples lanchas pescadoras se apoderaron en el mes de junio de 1809 del navío francés «Atlas», de 74 cañones.

En aguas de Vigo se libró, el 11 de octubre de 1832, un combate entre dos escuadras portuguesas, partidaria la una de Don Pedro y obedeciendo la otra a Don Miguel. Y ya ningún otro hecho bélico registró de entonces la historia de Vigo.

De otro género, y a merced de la fatalidad, sufrió Vigo males muy grandes, como las pestes de 1569, 1579 y 1598. De la primera murieron dos mil personas, entre grandes y chicos, según la frase de un historiador; de la segunda sólo quedaron en la villa dos casas con gente, pues de los demás habitantes, los que no fueron atacados por el azote, huyeron por miedo al contagio; y de la tercera, también huyeron los vecinos, lo que no fué parte para que entre ellos ocurrieran muchísimos casos y defunciones del mal.

Vista parcial de Vigo y de su bahía. (Foto Loty.)

Al terminar la guerra con los Estados Unidos, en 1898, Vigo recibió la mayor parte de la repatriación militar de Cuba, entre la que venían muchísimos enfermos y heridos, de los cuales fallecieron no pocos, siendo todos atendidos por la Cruz Roja y el vecindario en forma tal, que aquella institución, agradecida a cómo el pueblo de Vigo respondió a sus requerimientos, recabó y obtuvo del Gobierno la merced del título de «Siempre Benéfica» para esta ciudad, que ahora es, como queda expuesto, Fiel, Leal, Valerosa y Siempre Benéfica, dictados tan honrosos que no es posible reunirlos que lo sean más.

Vigo es cuna de muchos ilustres varones, entre ellos el trovador Martín Codax, uno de los más preclaros juglares del siglo XIII; fray Antonio de Sotomayor, confesor de Felipe IV, inquisidor general, arzobispo de Damasco y gobernador del Consejo de Castilla; su hermano, fray Francisco, que llegó a arzobispo de las Charcas; fray Álvaro, hermano de los anteriores, que alcanzó a ser general de la Orden Benedictina; D. Baltasar Sequeiros Sotomayor y Silva, de la familia de los nombrados, primer conde de Priegue; D. Diego Sarmiento de Valladares, de tan extraordinario talento que el P. Feijóo le llama «Héroe de la Jurisprudencia»; D. Luis Sarmiento de Valladares, mayordomo de la Reina gobernadora Doña Mariana de Austria y primer marqués de Valladares; su hermano D. José, primer duque de Atrisco, por los grandes servicios prestados a Felipe V; fray Juan Troncoso, de esclarecida virtud y santidad; fray Francisco de Sequeiros, catedrático de Alcalá y obispo de Cassano, en el reino de Nápoles; el mariscal de campo D. Manuel Jacinto de Acevedo y Navia; sus hijos D. Vicente María Acevedo y Pola, a cuya decisión se debió la victoria de la batalla de Valmaseda, y que fué muerto por el enemigo en la camilla donde iba herido, después de la batalla de Espinosa, llevando como ayudante al famoso D. Rafael de Riego; D. Francisco de Borja, muerto en olor de santidad, llamado el ermitaño sin igual, pues vivió vida de penitencia durante cincuenta y tres años, en el tronco de un árbol, en las Batuecas, y D. Manuel, que fué diputado y senador; D. Juan Miguel Caamaño, comisario de Guerra honorario, contador-tesorero del Reino de Valencia, nombrado por Carlos IV ministro de Hacienda, tesorero general del Reino, y muerto de apoplejía a consecuencia de los altercados que hubo de sostener con Murat cuando éste fué Regente de España; D. Manuel Francisco López Araujo, secretario de Estado y ministro de Hacienda en 1816; los hermanos fray Manuel, D. Joaquín y D. Antonio Núñez Falcón, el primero, que murió cuando estaba propuesto para general de los Benedictinos; el segundo, diputado y brigadier de la Armada, y el tercero, muerto en el sitio de Astorga; sus sobrinos don José, D. Joaquín y D. Manuel Núñez, oficiales de Artillería, muertos los tres en defensa de la libertad, en 1823; D. Francisco Marcó del Pont, general de los Ejércitos, último gobernador español de Chile; D. Juan Antonio Bonet, regidor perpetuo de la ciudad de Vigo, general, y tenido por el primer estratega de su tiempo; D. Casto Méndez Núñez, de la familia de los Núñez Falcón ya nombrados, héroe de Joló y del Callao, que dejó amplia estela en la Marina militar española, por su valor, su inteligencia y su carácter integérrimo; D. Juan Bernárdez, ilustre galeno; el general D. Manuel Llorente y Pastor, héroe de la libertad y nombrado escritor militar; su hijo D. Hipólito, también general y valeroso soldado; el gran pedagogo D. Joaquín Avendaño; su hijo, el notable pintor paisajista D. Luis; el poeta e historiador D. Teodosio Vesteiro Torres; el también poeta D. José María Posada; el ministro de Marina D. Santiago Durán y Lira; el laureado compositor D. Francisco R. Núñez; el gran humorista D. Luis Taboada; el poeta y primer cronista de la ciudad D. Nicolás Taboada Fernández, hijo del ilustre médico, literato e historiador, vigués de adopción, don Nicolás Taboada Leal; el actual obispo de Madrid-Alcalá, D. Leopoldo Eijo Garay; el renombrado orador sagrado D. Emilio Álvarez Martínez, y tantos otros que nuestra memoria no puede retener.

Vigo ha sido visitado por diversas personas reales e imperiales de España y del extranjero, y en sus aguas se celebró, el 15 de marzo de 1904, una entrevista entre Alfonso XIII, Rey de España, y Guillermo II, emperador de Alemania, que tuvo gran resonancia mundial.

Finalmente, es Patrona de la ciudad Nuestra Señora de la Asunción, cuya festividad se celebra el 15 de agosto; pero su fiesta más solemne es la del Santísimo Cristo de la Victoria, al que se profesa especial devoción, desde la reconquista de la plaza en el año 1809.

Al llegar a este punto del presente extracto de la historia de Vigo recibimos la noticia de haberse descubierto en el monte del Castro, ya citado al principio, un enorme yacimiento de restos de cerámica antiquísima, que viene a confirmar la remota antigüedad de la ciudad de Vigo. Dicha cerámica, así como otros objetos hasta ahora encontrados, pertenecen, sin duda, a una civilización prerromana; pero como se espera la llegada de inteligentes arqueólogos, hasta que ellos den su opinión sobre tales hallazgos, nada puede afirmarse con certeza sobre la época exacta de los mismos, aunque sí puede decirse que se trata de la existencia en el monte del Castro de una población muy antigua.

VIGO TURÍSTICO

POR

ANTONIO PRADO MIGUEZ

Monumento de la Virgen de la Boca, a la entrada de la bahía de Vigo.

Galicia es algo único. Cada cien metros el paisaje es completamente distinto, y, dentro de esta infinita variedad, cada comarca, cada provincia, difiere de las demás en colorido, en contornos, en paisaje, en belleza, en fin.

Se equivoca de medio a medio el que crea conocer Galicia con haber visto, admirado y estudiado una provincia o comarca gallega. Sólo estudiándola por completo en toda su extensión y variedad.

Aquí, espléndidas playas, majestuosas rías de suaves contornos; tierra adentro, fértiles valles contrastando con empinadas tierras de ribera, abruptas montañas cortadas a pico o blandas colinas que ondulan suavemente el terreno, adornándolo con las infinitas gamas de un verde especial, único, propio tan sólo de esta tierra. En la costa, brava y escarpada, que en algunos sitios rompe con inusitado estruendo los furores del mar, podréis observar una milla más allá pacíficas ensenadas o estrechas rías que compiten en belleza con los lagos suizos o con las rías noruegas.

Vigo, que es Galicia, que por su privilegiada situación geográfica es obligado puerto de atraque de la navegación transatlántica, aspira a ocupar el puesto a que tiene derecho como punto obligado de ruta del turismo gallego.

Puerta de entrada o de salida de cuantos peregrinos del arte, de la emoción y de la belleza vengan a extasiarse a esta tierra meiga, que es Galicia. Punto obligado de estancia de cuantos pretendan embriagarse con las bellezas de la región celta.

Vista parcial de la bahía de Vigo.

El que vea a Vigo y su comarca no puede en modo alguno vanagloriarse de haber visto toda Galicia. El que vea el resto de la región sin haber admirado la comarca viguesa, no puede tampoco presumir de conocer Galicia.

EL MAR DE VIGO

Rompe el océano sus tremendos furores con bronco rugir contra los acantilados de las islas Cíes, que defienden la entrada de la inmensa ría, dejando abiertas dos amplísimas bocas por donde entran, desplegadas en orden de combate, las más poderosas escuadras.

Los furores del mar se calman en cuanto la proa de la nave en que os acercáis enfila la entrada. Si es la del norte, veréis a estribor las escarpaduras del «Caballo», que recuerda las cortaduras a pico de los acantilados de la costa nórdica. Si es la del sur, veréis a babor parecidas escarpaduras en la isla de San Martín.

Vista de la playa de Sanil.

Ya estamos dentro de la ría, y hemos embocado el ancho canal de la Borneira, enfilando con la proa el lejano faro de la Guía. La admiración del viajero sube de punto. A estribor, la playa de Samil, extensa, espléndida; la hermosura de las verdes y jugosas tierras de Navia, de Bouzas y de Coya, salpicadas de blancas casitas, que acusan una gran densidad de población, intercalada entre campos de infinita gama de colorines. A babor, las playas de Cangas, dominadas por la ingente altura del Liboreiro, antigua fortaleza céltica, que supo hacer frente a los imperialismos de Roma, y atalaya la costa hasta Finisterre, dominando las rías bajas y el horizonte sin fin del ilimitado mar.

Y de pronto, en una ensenada de la prodigiosa ría, Vigo, la ciudad perla, hija del mar, que surge de las orillas cual bella ondina sorprendida por indiscretas miradas y huye encaramándose monte arriba, mostrando en espléndido panorama su belleza indescriptible.

Describirla sería tarea difícil. Difícil y estéril; por imposible, lo primero; por inútil, lo segundo, pues otras plumas lo han hecho ya de mano maestra en libros, folletos, guías y fascículos que muestran al incansable trotamares la inigualada hermosura de la bahía y de la jugosa tierra que hiere sus ojos con los más variados colores del iris.

DESDE LA MESETA HASTA VIGO

Está hecha por extranjeras plumas la propaganda de la belleza del mar de Vigo. Fáltanos describir la belleza de la ruta que por tierra firme ha de seguir el turista que venga en busca de este bello mar de Vigo, cantado por Martín Codax. Supongamos que el turista viaja en ferrocarril.

Desde Bembibre, en tierras leonesas, el paisaje cambia radicalmente. Jugosos prados, cristalinas corrientes de aguas orladas de álamos, sotos de castaños y robledales, pueblos y aldeas diseminados por todas partes, anuncian la proximidad de la tierra gallega.

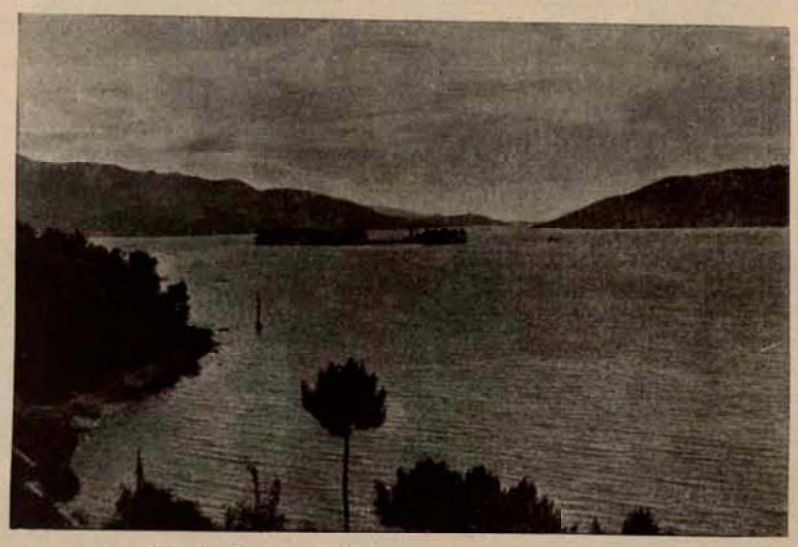
Aparece el Sil a poco entre profundas gargantas, ensanchando su cauce en tierras de Valdeorras entre viñedos y maizales, olivos y robledales, para volver a labrarse su cauce trabajosamente entre nuevas y profundísimas gargantas y desfiladeros, perforar el llamado Montefurado, desafiando la cólera de los dioses guardadores del tesoro de la sacra montaña, seguir por el estrecho valle de Quiroga, coronado por la imponente altura de la Moa, cruzando atrevidísimos puentes y túneles, hasta llegar, tras fatigosa rampa, a las tierras suavemente onduladas de Lemos, dominadas por la torre feudal de Monforte, que pregona aún la antañona grandeza de los condes de este nombre. Y luego el Cabe, poético río, que después de

labrarse fatigosamente paso entre roca viva, rinde sus aguas al Sil cerca de San Esteban. Las laderas, de fortísima rampa, aparecen salpicadas de gigantescos peñascos en absurdo equilibrio; bajan las torrenteras desde las elevadas cumbres, cayendo en fantásticas cascadas. Allá en lo alto, el monasterio de Ribas de Sil, famoso cenobio, retiro de nueve obispos.

Y en seguida, después de retorcerse en hoces la línea férrea que desciende en pronunciada pendiente, aparece el padre Miño, el gran río gallego, colector de la mayor parte de las aguas de la región, que marca ya invariablemente el camino del mar. Silencioso pasa ante la ciudad de Orense, corriendo entre fecundas riberas intensamente cultivadas, repletas de exuberantes viñedos, intercalados con maizales, frutales y feraces huertos. Durante unos kilómetros, la vía apártase de la orilla derecha del Miño para ofrecer al viajero el maravilloso espectáculo del Ribero de Avia, donde se cría el famoso vino de este nombre y donde se halla asentada Ribadavia, vieja ciudad, cuyos templos de elevadas torres y restos de almenados muros pregonan su antiguo esplendor y poderío.

De nuevo volvemos a bordear el Miño, que forma en ciertos parajes penumbrosos meandros, discurriendo entre tierras de verdadero ensueño, en que alternan con los viñedos los robledales y los pinares; los verdes prados, orlados de álamos y sauces; los riachuelos que rinden sus aguas al gran río gallego, después de mover las rústicas turbinas de varios molinos.

Y después la maravilla de Arbo, desde donde se divisa uno de los más bellos y saudosos paisajes de la tierra portuguesa, separada por el Miño; las prodigiosas tierras del Condado: Sela, Nieves, Salvatierra, Caldelas y Guillarey, viéndose al fondo Túy, la episcopal ciudad gallega, y Valença do Miño, plaza fuerte portuguesa de recortada silueta que hacen resaltar los ángulos de murallas y reductos.



La isla de San Simón, al fondo de la bahía de Vigo.
(Foto Marqués Sta. M. Villar.)

Más acá, Porriño, hermosísima villa, con aires y aspecto de ciudad que para sí quisieran algunas capitales de tercer orden; los paisajes de inenarrable belleza de Los Valos, donde por un largo túnel salvamos la divisoria entre las aguas del Louro y las del Albedosa, que ya afluye directamente al mar de Vigo.

De pronto, el viajero, que sinceramente creía que nada podía exceder en belleza a cuanto llevaba visto, queda atónito al aparecer ante sus ojos la villa de Redondela, que el tren cruza por un largo y altísimo viaducto. La paleta del más portentoso de los pintores no puede reproducir el encanto; la mejor cortada de las plumas es incapaz de describirlo.

Y en seguida el mar de Vigo. La ensenada de San Simón, que recuerda uno de los más bellos lagos suizos; la orilla opuesta destacando sobre el fondo verde claro de los viñedos; las blancas casitas de San Adrián de los Cobres y de Domayo, cual gaviotas que descansaran de las fatigas del vuelo; la ensenada de Ríos, con sus pequeñas playas rodeadas de casitas de pescadores, de viñas y huertas feracísimas; la carretera, que discurre paralela a la vía, constituyendo la avenida central de una campiña extraordinariamente feraz, donde no se recorren cien metros sin hallar una vivienda humana, medio oculta entre parrales y follaje, que cobija prolíficas familias. El barrio de Teis, de población todavía más densa y apiñada, vislúmbrase desde la ventanilla, al mismo tiempo que en el fondo aparece Vigo, la ciudad perla, apelativo que el viajero encuentra plenamente justificado.

Ya no hay posibilidad de superar belleza tanta, y cuando, minutos después, el viajero se apea en los andenes de la estación, su espíritu, extasiado, absorto, siente la alegría del vivir, convencido de que ha encontrado el rincón más bello de la tierra. No le preguntéis si Suiza, si Noruega, si otras tierras de otras latitudes son más bonitas que Galicia. Os dirá que esto es único, y que, por tanto, no existe término de comparación.

VIGO, CIUDAD

Vigo es una ciudad joven, muy joven. Apenas cuenta como ciudad moderna cincuenta o sesenta años, que no es edad, sino más bien infancia, para la vida de un pueblo. Conserva aún sus barrios típicos de la antigua villa de pescadores que nació al abrigo de la garimosa ensenada del Berbés, escalando el monte hasta la falda misma del llamado de San Sebastián. Unas endebles murallas cerraron el recinto, siguiendo por el Placer, Puerta del Sol, Gamboa, Laje y San Julián, subiendo luego por la Falperra a cerrar de nuevo el recinto de San Sebastián. Sobre un antiguo castro celta se edificó una fortaleza en que se emplazaron cañones que hoy sirven apenas para hacer salvas. Cuando la villa ya no cupo dentro del apretado recinto, se extendió hacia el Arenal, primero, y luego hacia Coya, derribando al fin las inútiles murallas y abriendo las suntuosas vías, marginadas por espléndidos palacios de blanco granito, en tan gran número, que Vigo, llamada con razón perla del mar, merece hoy con mayor razón el título de ciudad de los palacios.

Magníficos hoteles, hermosos teatros, uno de ellos, sin duda alguna, el mejor de España y de los primeros del mundo; un magnífico estadio, cómodos y numerosos hospedajes; incomparable situación geográfica, que hace de su bahía la puerta principal de España en el Atlántico; de clima templado, en que no se conocen jamás las temperaturas extremas; con fáciles comunicaciones con toda la provincia y región, dotado de una playa espléndida, la de Samil, Vigo es la ciudad ideal para ser centro del turismo gallego, para ser obligado punto de tránsito de todo el que venga a admirar las bellezas de la región gallega.

EXCURSIONES

No encaja, ciertamente, en este trabajo indicar las excursiones innumerables que a diario puede realizar el turista tomando a Vigo como punto de partida. Es obra encomendada a las guías y manuales y al consejo de intérpretes y cicerones.

El buen turista ha de subir en primer término al Castro, recorrer en toda su longitud las diferentes líneas del tranvía, hacer en el ferrocarril eléctrico el obligado viaje a Bayona, cruzando el paradisíaco valle del Miñor. Ha de ir a Santa Tecla para admirar las ruinas de una citania celta allí descubierta; a Túy, la ciudad de Doña Urraca, que guarda valiosas joyas y monumentos; ha de ir a los pazos de Castrelos y Sotomayor; ha de ir a Cangas, a Moaña, a Pontevedra, a Mondariz, a todos los pueblos y villas de la comarca.

El turista regresará cada día a su hospedaje convencido de que lo visto aquel día excede y supera en belleza a lo visto en días anteriores.

Y esto mismo ha de ocurrirle en Villagarcía y en Santiago, la Jerusalén de Occidente; en Coruña, en Lugo, en Orense, en todas las tierras y comarcas gallegas que visite.

Cuando, después de admirar la no interrumpida y jamás igualada ni superada serie de bellezas, abandone con pena la región gallega, llevará grabado para siempre en el alma algo del espíritu de esta tierra gallega, y comprenderá por qué sienten los gallegos esa «saudade» que los atrae hacia su tierra desde los más apartados confines del mundo.

Leon
Bradley 928

LEÓN

POR EL

PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO

La ciudad está situada en un terreno llano, en la confluencia de los ríos Torio y Bernesga, que la bañan, el primero por la parte E., y el segundo por la del O., de modo que forma una especie de isleta.

Fué edificada para albergar la «legio» VII gemina. Acaso también después constituyó morada de Bereber Muruza. A mediados del siglo VIII, Alfonso I la reconquista; pero estuvo abandonada casi un siglo, hasta que Don Ramiro la ocupó. En ella se estableció población cristiana, que luego huyó de León en 846 ante el ataque de los islamitas. Ordoño I la repobló, y con ella Astorga, Amaya y Túy.

Durante el siglo X, León fué la población más importante de la España cristiana. Sus antiguas termas se convirtieron en sede episcopal por Ordoño II. Pero la ciudad volvió a ser teatro de desastres ante las derrotas de Sanchos, Ramiros y Bermudos; contempló sublevaciones y por fin fué rendida por Almanzor.

Después de una dura crisis, León consiguió reponerse, y durante el siglo XI se engrandeció más que nunca. La toma de Toledo hizo que comenzase su decadencia, hasta perder su rango de Corte, cuyo centro político iba hacia Castilla.

Cuenta León con un centenar de calles, muchas de ellas modernas, de muy recientes trazados y construcciones. Es una población de evidente vitalidad, que en pocos años ha prosperado más que ninguna otra de su categoría, dando impresión de confortable. Se ha ensanchado de manera sorprendente, pero en la actualidad tocando apenas la parte antigua, cuyas modificaciones proceden de tiempos anteriores. Puede, pues, decirse que existen dos ciudades íntimamente unidas y que se pasa de una a otra sin la menor blandura. Es una brusca, pero curiosa transición de lo novísimo a lo antiguo. Esta parte muestra todavía muy típicos rincones. Por la vieja ciudad de León se puede pasear unas horas sin dejar de percibir hondas emociones artísticas. Los rincones más notables de la población en tipicidad se hallan en la plaza Mayor y sus alrededores, donde a cada instante se obtienen nuevos y óptimos puntos de vista.

La catedral de León.

No debe dejar de hablarse de la población en general sin hacer alabanza de su cielo: verdadera maravilla de transparencia y de luz—cielo más propio de Andalucía—, aliciente importantísimo en el conjunto que la ciudad presenta y elemento capital en muchas de las impresiones a recibir.

Al desembocar en la plaza de su nombre, ofrécese la iglesia catedral de Santa María de Regla en magnífico espectáculo. Se trata de un modelo perfecto de arte ojival en la cumbre de su desarrollo, singularmente puro y armónico, especialmente en el interior. La luz y el color de tal manera realzan la catedral que tal vez sea en ésta donde más plenamente se goce de la emoción peculiar de todo ese orden de iglesias. En la impresión total del edificio se halla el principal mérito.

Ordoño II dió para ella unas termas romanas convertidas en aula regia, y sobre esta catedral primitiva, sin que se hayan conciliado y esclavizado bien los vestigios de ella encontrados, se elevó más tarde en la nueva construcción. Reinaba Alfonso IX cuando el obispo D. Manrique «cimentó su catedral con gran obra, mas no la llevó a perfección». Después se conocen etapas de las obras. Del autor nada se sabe.

La disposición interna de la catedral es de forma de cruz latina con los brazos cortos; tres naves, de las que las bajas vuelven en el crucero, que de ese modo resulta también con tres; girola poligonal con cinco capillas y dos torres en la fachada principal adosadas al cuerpo de la iglesia. Sus dimensiones principales son: 50 metros de largo por 29 de ancho y 30 de alto. El arquitecto que trazase el edificio llegó a ver posiblemente las catedrales de Reims y Amiens, y en especial la abadía de Saint Denis, según Street.

La catedral tiene un claustro hermano de la de Burgos y dependencias dignas de ser admiradas.

Como especial complemento de la arquitectura de la catedral, deben citarse las vidrieras policromadas, enormes y magníficas, que, según expresión popular, dan al edificio el aspecto de una riquísima linterna.

En la plaza de su nombre se eleva San Isidoro, monumento del siglo X y una preciosa joya del arte románico; iglesia de San Juan Bautista, fué reedificada de piedra por Fernando I, recibiendo la forma que tiene. Alfonso V, al erigirla como panteón, la restauró, depositándose en el altar mayor, en una urna, el cuerpo de San Isidoro, traído de Sevilla.

San Isidoro. Panteón de los Reyes de León. (Foto Loty.)

Plaza de San Marcelo, en León. (Foto Loty.)

El exterior ofrece un variado conjunto de tipos arquitectónicos; forma el cuerpo románico duro contraste con la gótica cabecera y aun más la cornisa del renacimiento, el antepecho de rosetones y el ático, que con una estatua ecuestre coronan la obra primitiva. Una torre cuadrada, y luego el más ulterior cuerpo saliente, que corresponde con otro formado por el brazo sur del crucero. Nada tan de carácter primitivo románico como este último: los arcos, la cornisa, el adorno de los capiteles, las esculturas lo decoran. La puerta de entrada: un triple arco en gradación y dos columnas en cada lado. Otros adornos en diferentes simbolismos.

La iglesia que ha llegado hasta nosotros—después de varias restauraciones—contiene en su interior tres naves, la mayor más elevada, crucero de menor altura que la central con arcos lobulados, dos ábsides menores, capilla mayor de planta cuadrangular y a los pies el panteón de los Reyes; separan las naves columnas con hermosos ornamentos. A los pies de la del sur se halla el sepulcro del arquitecto Pedro de Dios, que sobreedificó esta iglesia. Cerca está la famosa pila bautismal. En la capilla mayor descuella, sobre todo, el trono de plata repujada del siglo XVI; ocupa el tercer retablo de la época de la capilla.

Muy importante, entre las capillas de San Isidoro, es la de los piñones, que prolonga el brazo del crucero; es su origen románico, pero tal vez transformó su cubierta Alvar Pérez de Quiñones, alférez mayor de Alfonso IX. Es también notabilísima la decoración de esta capilla.

Nótese asimismo el tesoro de la colegiata, en el cual existen objetos inestimables: un cáliz de ónice, arquetas, cajitas de madera, bordados, etc.

El tercer modelo espléndido que León posee es San Marcos. Fué primero hospital y hospicio. La Orden de Santiago lo reconstruyó, siendo su casa primada y etapa obligada de las peregrinaciones. Ruinoso en el siglo XVI, se inicia una nueva reconstrucción en 1514. Pero no antes de 1530 comenzóse a levantar el actual monumento. Se conocen algunas etapas; el arquitecto no se conoce.

León posee, además de los tres grandiosos monumentos primeramente descritos, otros de muy particular interés.

La Casa Ayuntamiento, del siglo XVI, con dos fachadas de carácter y escudos en la principal.

El Consistorio viejo, del año 1667, en la plaza Mayor, presenta un reloj sostenido por dos leones y dos torretas en los extremos del edificio.

El palacio de los Guzmanes, que forma un cuadrado con hermosísima portada. Fué construído en 1560. Uno de los palacios más hermosos que España tiene. Notabilísima y magnífica es su galería superior.

Puerta principal de la catedral de Astorga.

El palacio de los condes de Lerma, en la plaza del Conde; queda aún un trozo que puede verse. Su portada gótica es del siglo XIV.

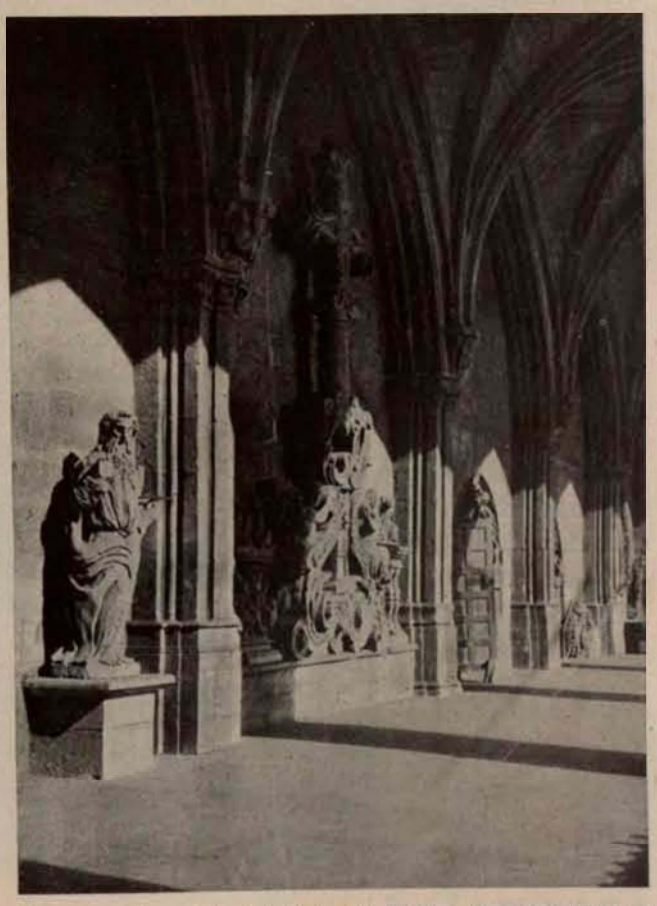
En el actual internado teresiano existen vestigios de un antiguo convento románico, de San Pelayo, del siglo XII.

La iglesia de Santa María del Mercado es del siglo XIII, con historia desconocida; tiene tres naves sin crucero.

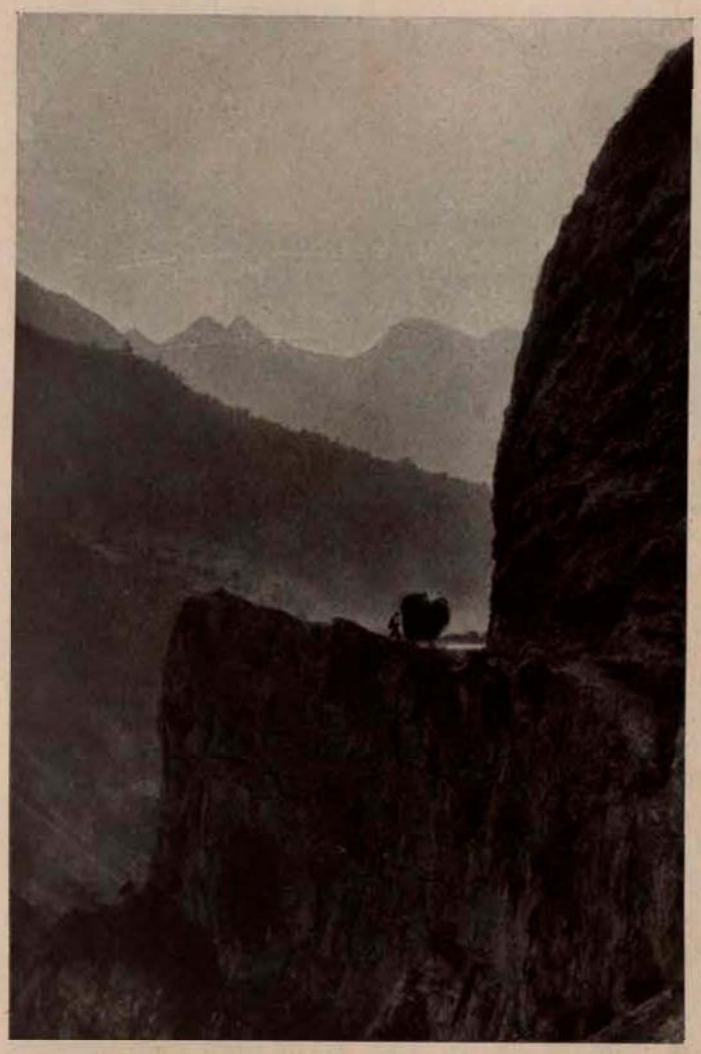
San Marcelo, de importancia histórica; la cual es de 1588, pero hay vestigios de una portada del siglo XII.

Hospicio provincial, data del obispo Cuadrillero, y su reconstrucción del siglo XVIII.

San Salvador de Pla del Rey, también muy histórico. Se admira en él una cruz de los Caballeros de San Juan de Jerusalén.



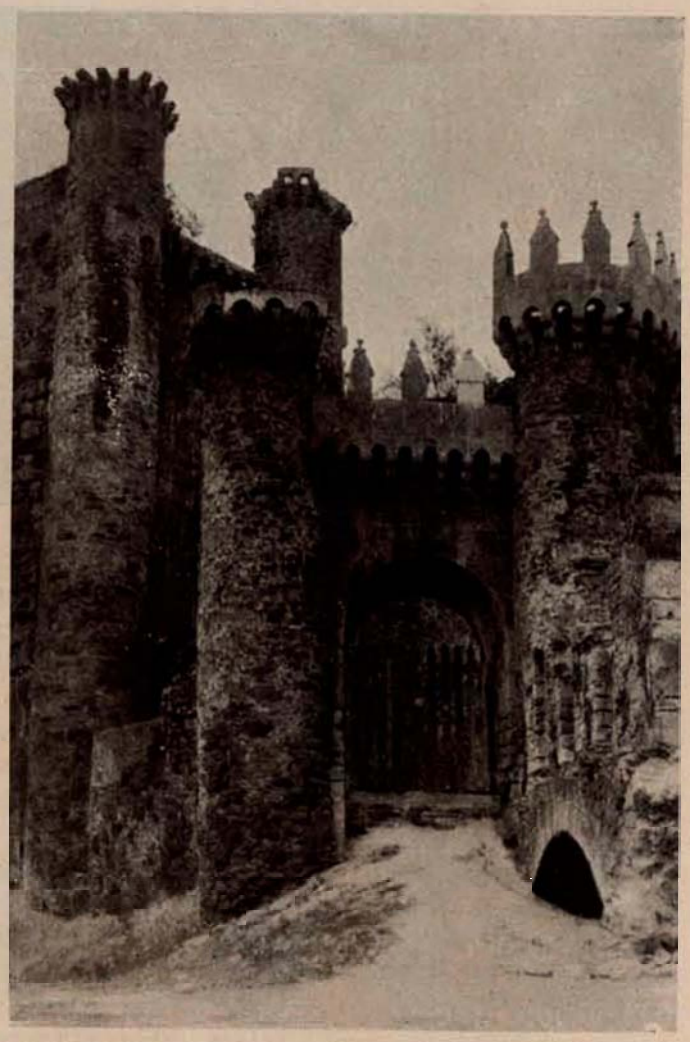
Claustro de la catedral de León. (Foto Mqs. Sta. M.ª del Villar)



Sahagún: San Lorenzo.

Puerto del Pontón. (Fotos Mqs. Sta. M.ª del Villar)

Castillo de Ponferrada

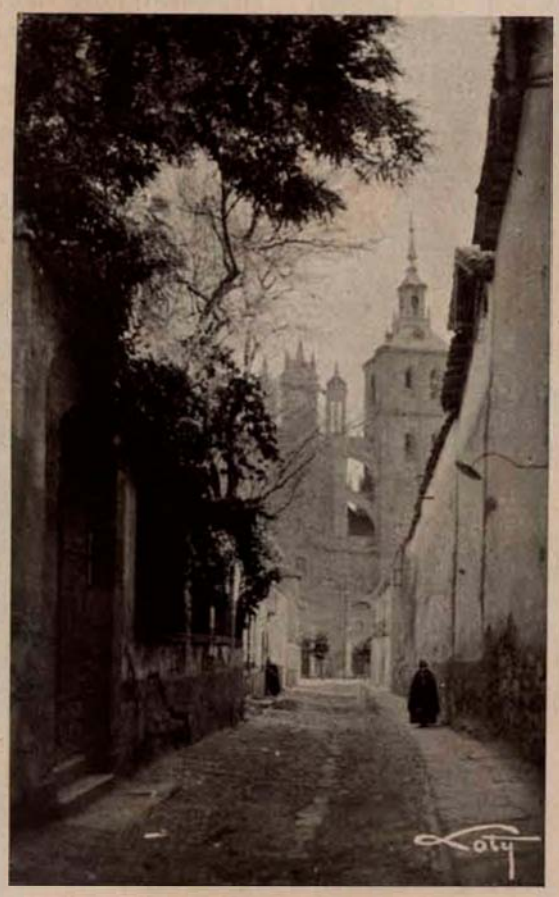


Podrían citarse otras iglesias y edificios que contienen, o son por sí mismo obras notables.

Al Museo de San Marcos comenzaron a llegar, del año 1869 a 1871, obras artísticas: profusión de antigüedades ibéricas y románicas. Es rico ya en pinturas, bronces, cerámicas, musivaría, epigrafía; obras de los siglos III hasta el XVIII.

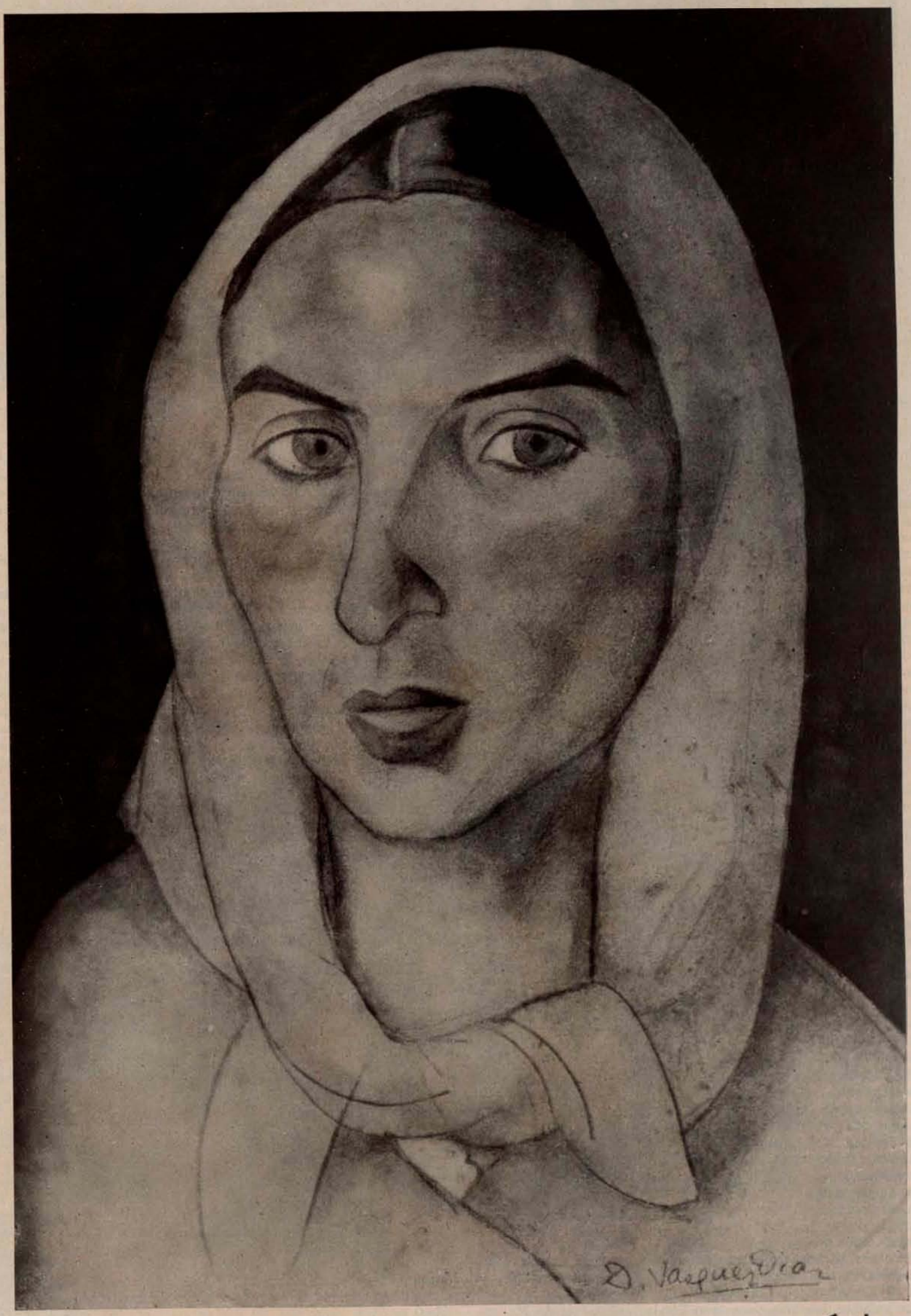
Archivos importantísimos poseen la catedral y San Isidoro. En el de la catedral se conservan el «códice palimpsesto» descubierto por Blumen (siglos VI y VII), la famosa Biblia del 920 y códices y documentos de máxima importancia. En San Isidoro figuran 800 documentos y 120 códices, entre ellos también una Biblia de 1162. Es singularmente interesante este archivo-biblioteca.

Además de los tres monumentos fundamentales que la ciudad de León presenta, y del nutrido grupo de edificios de gran carácter e interés, han de notarse lugares muy dignos de ser visitados, tales como los lienzos de muralla, en algunos de los cuales aun se conservan sillares de la primitiva romana. También son dignos de visita, por su amenidad, los jardines. León, que se halla rodeado de huertas y de prados que hacen delicioso el paisaje, tiene en el radio de la ciudad el jardín de San Francisco, de gran belleza y sencillez; como una prolongación de él, otro llamado de Paperlaguinda, que, siguiendo la orilla del río, llega hasta la estatua de Guzmán el Bueno. El Parque, en el arrabal de San Francisco, es muy extenso. Igualmente pueden citarse paseos encantadores.



Calle de la Catedral, en Astorga.

Numerosas excursiones pueden hacerse desde León. Una simple enumeración bastaría para despertar el interés: a Astorga—ciudad tradicional y monumental, que no debe olvidarse—, a Sahagún, San Pedro de las Dueñas, Valencia de Don Juan, Valderas, Islonza, San Miguel de Escalada, Gradefes, Santiago de Peñalba, Santa María de Arbas, Ponferrada y Carracedo, que contiene monumentos óptimos; las excursiones al Pontón y Vellos (hasta Covadonga), a las Lonjas, a los Picos de Europa, a las Hoces de Vegacervera, al Bierzo, a las Médulas, etc., brindan paisajes verdaderamente impresionantes por sus indescriptibles bellezas.



Salamança

SALAMANCA

POR

FRAY LUIS GETINO, O. P.

CRONISTA DE SALAMANCA

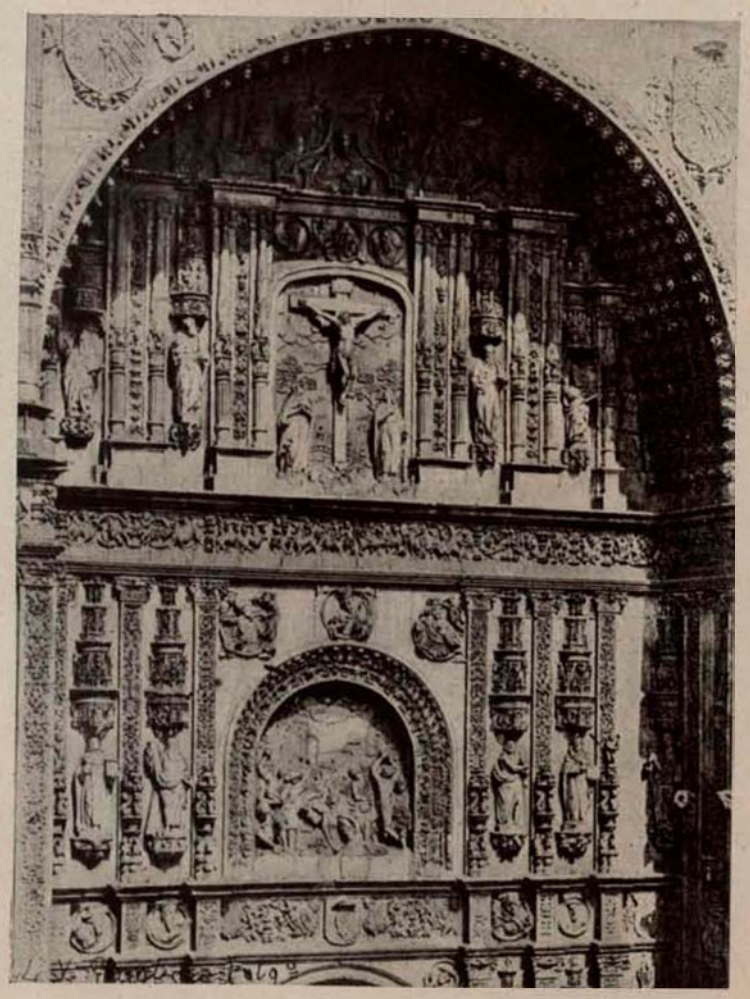
«Salamanca la bellona,
fuente de sabiduría,
madre de caballería,
de las virtudes corona.»

Así se saluda a Salamanca en los «Blasones de linajes y ciudades de España», primitivo centón, que en versos unas veces propios y otras entreverados con los de Trasmiera, dedica a esta ciudad y tierra más espacio que al de ninguna otra tierra ni ciudad españolas.

Además del mayor espacio se la consagran los más gentiles versos. Porque reservarle el título de «bellona», que vale lo mismo que aguerrida y valiente; «madre o solar de caballeros»; manantial de la más alta ciencia, que es la «sabiduría»; flámula y cimera de «empresas virtuosas», todo eso es reunir en un búcaro la quintaesencia de los aromas más rebuscados y exquisitos y hacerla hervir, como en suprema pleitesía, ante la estatua, por cuatro títulos entronizada, de la gloriosa Helmántica. No se acostó la matrona del Tormes sobre esos inmarcesibles laureles, ya conquistados, por lo visto, a principios del siglo XVI, sino que cuidó de acendrarlos en aquel siglo y en los restantes y de añadir nuevos blasones a los ya cobijados so las cimeras de su escudo.

Las artes suntuarias, que tanto florecieron en las ciudades más célebres del mundo, fueron cultivadas con verdadero amor y con fortuna en Salamanca, que por ellas fué denominada «Roma la chica», como fué apellidada «Atenas española», por haber sido la más abundante cantera de ingenios en España.

De los innumerables monumentos que conservaba a principios del siglo pasado, destruídos unos diecinueve por la barbarie napoleónica y más de veinte por la barbarie desamortizadora de dentro, le quedan todavía ejemplares espléndidos de muy variadas construcciones y estilos.



Detalle de la fachada de San Esteban.

Entre sus palacios bastaría para acreditarla señalar el de Monterrey, que nos recuerda la grandeza de los tiempos de Carlos V, en que fué levantado, no menos que la de la casa ducal de Alba, su actual poseedora, que acaba de alojar en él al Rey de España, a la Princesita Beatriz y al presidente del Consejo de ministros. Poco pensaría el humilde lego dominicano Fr. Martín de Santiago en que a sus dibujos les estuviesen reservados tan preclaros destinos, máxime si se tiene en cuenta que el palacio de Monterrey ha sido en nuestros tiempos el modelo más imitado por los arquitectos peninsulares.

Al lado de Monterrey y como digno cortejo de señoriales viviendas, puede presentar Salamanca la «Casa de las Conchas», con su claustro mudéjar y sus rejas de palacio encantado; la «Casa de la Salina», antes morada de los Fonsecas y hoy palacio de la Diputación, en la que la arquitectura, con ser grandiosa, queda vencida por la escultura; «la Casa de los Muertos», verdadero museo de caprichos de piedra; la «Casa de los Abarca», con presentación de templo plateresco; la de «Maldonado», que nos trae a la memoria al infortunado comunero vencido en Villalar; la de «Doña María la Brava» y la «Casa de Santa Teresa», que nos obligan a pensar, más que en sus portadas severas, en las egregias damas que allí habitaron, de tan distinta catadura y de vitalidad tan perenne, que representan, la una en lo místico y la otra en lo trágico, las notas más enérgicas del femenismo ibero.

Ningún espacio queda para hablar de los palacios de Castellanos, la Conquista, Garcigrande, el Vado, Suárez Solís, San Boal, ni siquiera de la graciosa torre del Clavero.

En colegios, si bien está la «Atenas española» lejos de conservar los veinticinco internados de becarios, de que antes se ufanaba, quédanle como muestra, y no muy descaracterizados, tres de gran porte. El más antiguo de los colegios mayores, dicho de «Anaya» en memoria de su fundador, que vuelve a ser colegio de becarios, al cabo de los años mil. En tiempos fué también aposento de Reyes, y no le empece el haber sido su renovación actual obra de Churriguera, que a pesar de su mala fama, en Salamanca fué un buen chico y nos dejó obras monumentales y hasta neoclásicas, ésta entre otras. No protestarán de ella los manes del Tostado y de los otros incontables y egregios varones que habitaron el famoso colegio dedicado a San Bartolomé.

Con la ropa de gala de su primera fundación, renaciente y plateresco, señorial por los cuatro costados, se nos ofrece todavía el colegio del Arzobispo, del magnífico arzobispo compostelano Alonso de Fonseca, hoy colegio de Nobles Irlandeses, y para nobles idealistas pintiparado. Por sólo ver el grandioso claustro de este colegio se puede hacer un viaje a Salamanca, sin temor a quedar defraudados.

De otro metal, pero increíblemente elegante para haber sido obra de Churriguera, subsiste, convertido en colegio de segunda enseñanza de padres agustinos, el de la Orden militar de Calatrava, algún tanto aliviado de postizos adornos por el ilustre Jovellanos. En realidad, la obra, como hoy en día se conserva, no parece salida de las manos pecadoras de Joaquín Churriguera y es muy digna de una visita.

El estilo románico tiene en Salamanca el famoso puente sobre el Tormes, la iglesia (estos días terminada de restaurar) de San Marcos, la de San Martín, el sagrario de bellezas de la catedral vieja y el claustro-reliquia de la Vega y la imagen famosa.

El gótico-plateresco yo no diré que sea más perfecto; porque ¿quién se atreve a poner la catedral vieja en segundo lugar?; mas sí que es mucho más brillante y esmerado, ya que nos basta contemplar las tres fachadas de la Universidad, de la catedral nueva y de San Esteban, para enmudecer, medio extasiados a la vista de aquellos brocados, obra, al parecer, más de la aguja que del cincel.

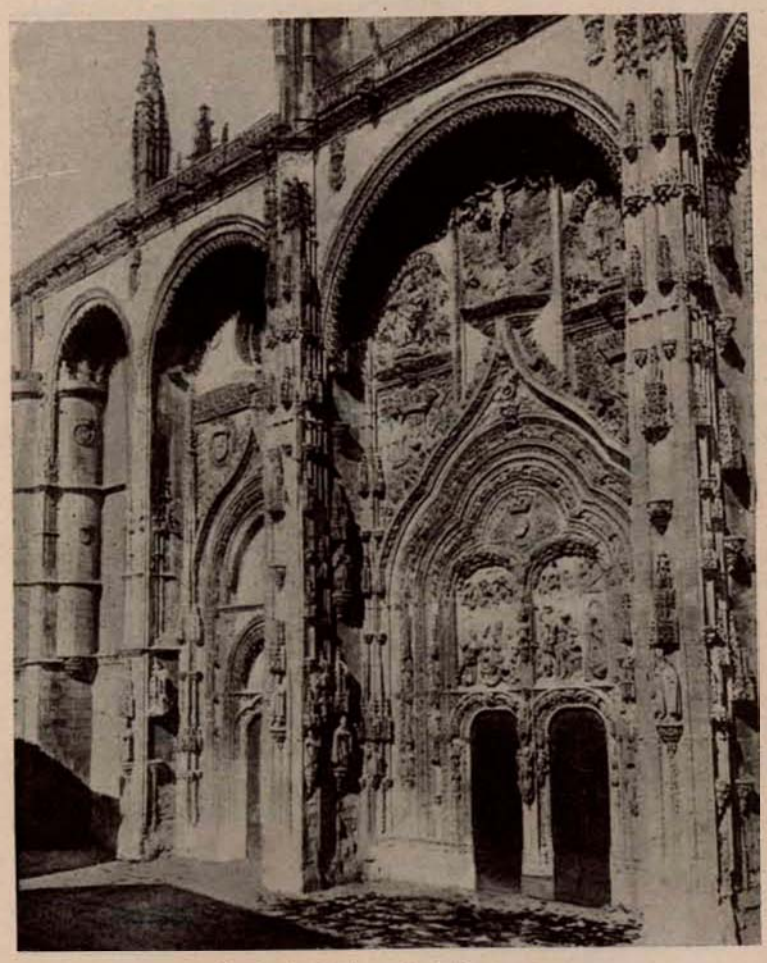
Al estilo gótico y plateresco siguió en Salamanca, exenta de grandes monumentos herrerianos, el barroco, utilizado con moderación grande en el portentoso Seminario, en el nuevo San Bartolomé, en la torre de la catedral nueva, en la misma Plaza Mayor, obra en gran parte de Churriguera, en muchas capillas y camarines, de uno de los cuales decía D.ª Emilia Pardo Bazán, en su visita a Salamanca: «parece un tocador de la Reina del Cielo».

Y es verdad que la imaginación, donde la hay fresca y soñadora, no produce obras de sustancia sin decoración de entretenimiento; y como en literatura avoca al conceptismo, en arquitectura nos lleva al barroco, sobre todo después de una época de seco y riguroso clasicismo, como la de Herrera, digno intérprete del severo y mayestático Felipe II, mas no de los gustos populares. Y el pueblo charro, con sólo enseñar las mangas de la chaquetilla o la pechera y las botonaduras, nos dirá claramente que busca la gracia hasta en los menores detalles y se perece por que en algunos de ellos se pierda la imaginación. Así son sus cantares también, modernamente recogidos por el organista de su catedral, D. Dámaso Ledesma, cuya reciente pérdida todos lloramos: severos, sentidos, de líneas claras, pero siempre con cadencias de filigrana.

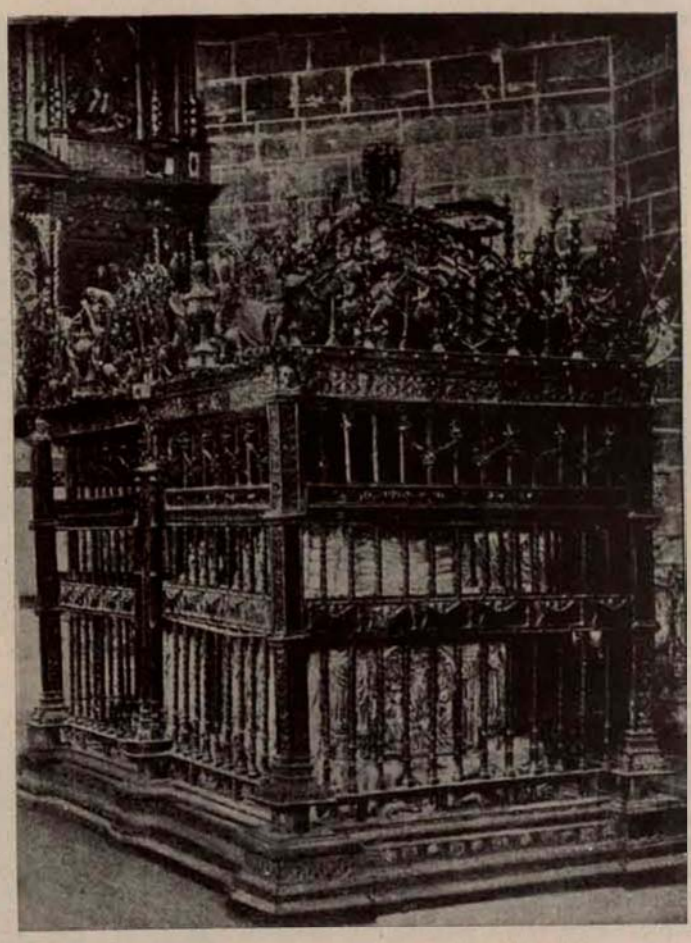
La ornamentación charra, francamente aceptada en la indumentaria de las gentes castizas de toda la provincia y en el adorno de casas e iglesias, tiene su barroquismo excesivo, su adorno exuberante, que le ha dado fama de mal gusto. Por regla general, el significado que se da al charrismo en ornamentación responde a una falta de comprensión e implica una verdadera injusticia. El traje típico charruno en el hombre es más bien severo que serio, y no digamos más que de relumbrón y de arlequines, porque éstos se reducen a la botonadura. El traje de la charra ya es otro cantar en eso de oro y arreboles; pero es tan distinguido y tan precioso en sus adornos, que ningún otro traje entonará mejor al lado de las fachadas platerescas que engalanan a Salamanca. Ninguna de esas fachadas primorosas y tan salmantinas creo que pueda ofrecer lecciones de sobriedad al traje relumbrante de una clásica charra de las que dan el tono. Aun en los jovencitos, a los que se concede mayores licencias cromatísticas, más bien parecen la seda y oro adornos platerescos que excesivos y vanos sobrepuestos de indumentaria relumbrante.

La Virgen de la Vega.

Y Salamanca, con todo su romano, gótico, neoclásico y churrigueresco, ante todo y sobre todo, es una ciudad plateresca. En este estilo alcanzó mejor época y brilla más; hasta se presta más para lucirlo la blancura y el color de su piedra mollar. Para lucirlo y para dar prestancia a su vera a las clásicas pecheras y mandiletas de la tierra, que podrían tomarse por meras traducciones en oro y seda de la fachada de sus afamadas «Escuelas». Ojalá vuelvan a ponerse de moda y no se reserven para fiestas de pura reviviscencia arcaica.



Fachada de la catedral nueva.



Reja de Anaya, en la catedral vieja.

Hablemos algo de los conventos salmantinos, tan famosos en tiempos y aun ahora —veinticuatro de varones y diecisiete de mujeres—. Con sólo visitar el tan trocado de freilas de Sancti Spiritus y los de Agustinas y Dueñas, saldrá cualquier turista satisfecho de la monumentalidad de Salamanca. El de las Dueñas, sobre todo, además de ser obra de hechizo, se conserva como si los siglos pasados por encima fuesen una caricia y allí se hubiesen dispensado de ejercer su destructora influencia. Quien logre ver el misterioso patio de clausura y los arcos arábigos del noviciado, llevará de ellos recuerdo perdurable.

Los conventos de religiosos, que, como sucursales de la Universidad la mayor parte, le daban gloria y prez—San Agustín, el Carmen, la Merced, San Benito, San Bernardo, San Jerónimo, San Francisco, etc.—, fueron desapareciendo uno a uno. Queda como muestrario de los antiguos tiempos conventuales, como prenda de su valer, como heraldo de los cenobios inmortales, el convento dominicano de San Esteban. Relicario del arte, fragua de la ciencia, cantera de misioneros y de sabios, no creo haya en toda la Península un centro que sufra comparación con él; no creo que tenga España, consideradas todas las circunstancias, lugar tan venerable. Todo parece allí sagrado. El puente que da acceso a la conventual plaza y la galería que defiende la entrada (lo mismo que la escalera magnífica central), se hicieron con el importe de las obras de aquel gigante de la Filosofía, de la Teología y de la Sagrada Escritura que se llamó Domingo de Soto, confesor de Carlos V, cooperador de Vitoria en la reforma de los estudios salmantinos; la iglesia ingente, «el quinto templo del cristianismo», según Donoso Cortés (con una portada que no va en zaga al excelso interior), fué levantada por un fraile del convento, de la familia de los duques de Alba, por lo cual descansan allí, muy cerca de sus restos, los de nuestra primera espada del siglo XVI, D. Fernando Álvarez de Toledo, vencedor en Francia, en Alemania, en Flandes, en Italia y en Portugal. Todos los monumentos recuerdan eminencias de la casa. La más que catedralicia sacristía, guardando los restos de su fundador, el P. Herrera; el coro, con los del suyo, P. Araujo, sabio de primer orden; la capilla del Noviciado, del conocido gobernante P. Antonio de Sotomayor; el capítulo, del P. Ignacio de Brizuela; el claustro de Colón, que nos recuerda las andanzas de su gran protector el P. Deza; la enfermería, donde se

Palacio de Monterrey.

recuerdan las estancias de tantos varones conspicuos que sería largo referir; el relicario, que entre otras muchas reliquias guarda las de dos mártires de la casa puestos en los altares por Pío IX; el noviciado, que nos lleva a pensar en la innúmera falange de novicios criados en aquellas celditas. Allí se formaron sabios como Melchor Cano, que con su obra «De Locis Thelogicis» creó una asignatura nueva en la Facultad de Teología y sucedió en la cátedra al padre Vitoria, fundador, a su vez, del «Derecho Internacional»; entre los grandes discípulos de Cano descollaron en aquella casa fray Bartolomé de Medina, de quien arranca el «Probabilismo moderado», y fray Domingo Báñez, cuyos escritos sobre la gracia encendieron el mundo en discusiones. De aquella fragua salieron misioneros que evangelizaron el Nuevo Mundo, tales como los PP. Córdoba, Montesinos, Betanzos, Feria, Alburquerque, etc., etc.

Fachada de la casa de los Álvarez Maldonado.

A este tenor y en menor número, porque no eran comunidades tan pobladas, los conventos-colegios de Salamanca dieron a la Patria y a la Iglesia innumerables hijos, cuyas hazañas llenan las crónicas del Viejo y Nuevo Mundo.

El que esto escribe ha propuesto ya varias veces a quienes pudieran realizarlo que cada año se publiquen diez volúmenes siquiera de glorias salmantinas, para que al cabo de un decenio tengamos el primer centenar de volúmenes que haga visible al mundo el movimiento espiritual que en Salamanca, y en su Universidad principalmente, tenía su sede y su rescoldo. Sólo de arquitectos, escultores, rejeros y pintores ha reunido el Sr. Espinosa Maeso noticias (por nosotros detenidamente examinadas) para llenar varios volúmenes. Cada colegio necesita su historia; y no hay que olvidar que Salamanca encerró cuatro colegios mayores, cuatro de órdenes militares, veintisiete menores, diez con denominación especial, sin contar los veintitantos conventos de varones y los diecinueve hospitales.

En nuestros días han surgido en la ciudad del Tormes no pocas edificaciones dignas por su importancia, ya que no por su estilo, de las antiguas. Citaremos siquiera el colegio-asilo de la Vega; los noviciados de los PP. Jesuítas, de las Esclavas, de las Salesas, de las Josefinas, de las Jesuitinas, los cuarteles y los dos hospitales magníficos, uno de los cuales fué en gran parte debido al ilustre prelado P. Cámara (autor también de la bonita iglesia de San Juan de Sahagún e iniciador de la basílica teresiana de Alba de Tormes), y el otro, debido en gran manera al esfuerzo, tenacidad e inteligencia del ex presidente de la Diputación Sr. García Tejado. No va en lo moderno Salamanca tan a la zaga de su pasado; y en punto a hospitales, aunque los tuvo numerosos, los tiene ahora muchísimo mejores.

Si se terminan de urbanizar las calles, se ultima el Gran Hotel y se crea en su Areópago el «Instituto de Derecho Internacional» (acariciado como su ideal más sublime por la Asociación Francisco de Vitoria, que espera establecerlo a base de becas en todas las Repúblicas americanas, empezando por la del Norte, que ha sido la primera en ofrecerlas), revivirá en Salamanca lo que más prestigio le ha dado: un centro de altos estudios de universal influjo.

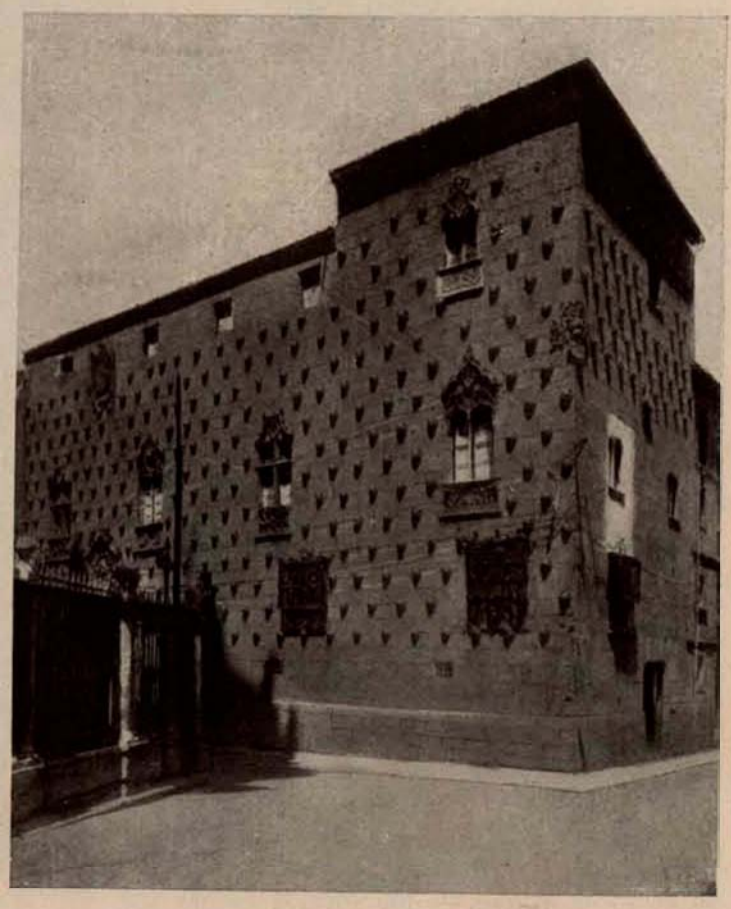
Otras ciudades de España tienen derecho a muchos premios; pero el de un «Instituto» donde se formen los diplomáticos del mundo, los hombres que, a la postre, son árbitros de la paz y de la guerra, está ganado por Salamanca, donde el P. Vitoria dió sus relecciones «De jure belli» y donde una escuela gloriosísima las continuó y amplió maravillosamente, no declarando toda guerra fuera de la ley, lo que es absurdo, sino poniendo a la guerra toda suerte de trabas, y estorbando después, cuando sea inevitable, los abusos del vencedor.

Estas doctrinas, salvadoras para todo el mundo, era bien que se promulgasen en Salamanca, «la bellona», la guerrera, la ciudad de los bandos, la que lleva dragón y toro bravo en el escudo, la de las mujeres que lucharon con los cartagineses, la de terribles damas como María la Brava (que no depone la torva mirada hasta poner sobre el sepulcro de sus hijos las cabezas de sus matadores), la que lo mismo gana trofeos derrotada en Valmuza y en Villalar que triunfa en el Yucatán, en la frontera portuguesa, en Túnez, Trípoli, San Quintín, Lepanto, Flandes, y finalmente en los cien episodios de la guerra de la Independencia, coronados por la batalla de los Arapiles.

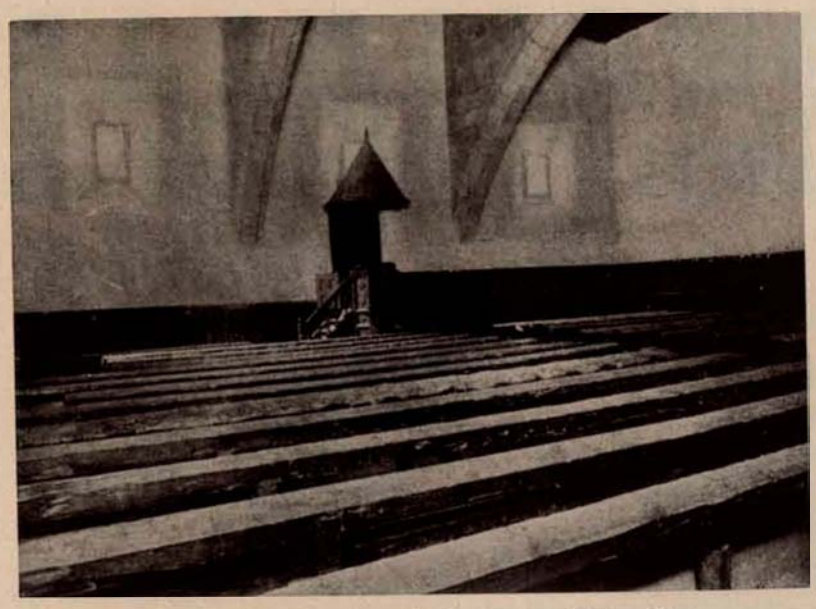
Antaño, la nobleza de Salamanca estaba dividida en dos bandos, uno llamado de San Benito y el otro de Santo Tomás. Al primero, según Trasmiera, pertenecían las familias de Fonseca, Acevedo, Maldonado, Enríquez, Anaya, Cerda, Arias, Guzmán, Nieto, Figueroa, Bonal, Ávila, Zúñiga, Vaca, Palomeque, Godínez, Monleón, Paz, Sotomayor, Porras, Fontiveros, Tejada, Ovalle, Mexía, Osorio, Álvarez de Toledo.

Al segundo bando adjudica las familias Guzmán de Aragón, Manrique de Lara, Villafuerte, Rodríguez, Miranda, Fonseca de Vega, Ferreras, Arauzo de Sosa, Solís, Ordóñez, Tejada Villafuerte, Monroy, Aldana, Díaz, Vienza, Vázquez de Coronado, Urrea, Santisteban, Brochier, Herrera, Arias Corvelle, Luna.

Actualmente, aunque no son muchos los títulos de Castilla que conservan palacio en Salamanca, hay más de treinta que tienen allí vínculos y que se consideran originariamente salmantinos. Insertémoslos como una orlita al título de la «Madre de caballería»: duque de Alba, duque de Béjar, conde de Ledesma, conde de Miranda del Castañar, marqués de Cerralbo, conde de Fuentes de Valdeopero, conde de Ayala, duque de Peñaranda, conde de Peñaranda,



Casa de las Conchas.



La cátedra de Fray Lius de León, en la Universidad

marqués de Floresdávila, conde de Salvatierra, conde de Villanueva de Cañedo, marqués de Orellana, marqués de Valdunquillo, marqués de Palacios, marqués de Valero, conde de las Amayuelas, conde de Francos, marqués de Villalba de los Llanos, marqués de la Coquilla, conde de Montellano, conde de Villagonzalo, marqués de Arellano, marqués de Escalada, marqués del Real Tesoro, marqués de Ovieso, vizconde de Garcigrande, marqués de Montenuevo, marqués de Castellanos, vizconde de Revilla de Barajas, marqués de Caballero, conde de Crespo Rascón, marqués de Llen.

Otras dos ciudades de la provincia figuran en los «Blasones de linajes», que son la industrial Béjar y la monumental Ciudad Rodrigo, y no por esos caracteres, sino por otros de los muchos que pueden ostentar. Lo que Béjar como industrial y Ciudad Rodrigo como monumental representan, que pide muy razonablemente un libro entero, lo representan en el orden agrícola y pecuario Peñaranda, Ledesma, Vitigudino, Sequeros y Alba de Tormes, que es a la vez villa ducal y panteón de la perínclita Teresa de Jesús, por lo cual los obispos suelen hacer la entrada en ella antes que en Salamanca misma.

Antes o después es menester saber que un viaje sacro a «Roma la chica» reclama como complemento una visita a Alba de Tormes, como un viaje de artista y arqueólogo a Salamanca es incompleto si se prescinde de Ciudad Rodrigo, en algunas cosas tan interesante como la propia capital de la provincia. Cuando una población conserva, como Ciudad Rodrigo, monumentos del siglo XII, hay que rendirle pleitesía y separarla del montón. La muralla donde se inmortalizaron Pérez de Herrasti, las Casas Consistoriales, el Alcázar, el Seminario, la capilla de Cerralbo y, sobre todo, la catedral, piden registro aparte y detenida exploración.

Para el turista de escenas panorámicas, en cambio, para el ansioso de espectáculos en que la obra del hombre se desdeña, por grande que su importancia sea, la escondida región de Sequeros y los confines de Béjar, Ledesma y Vitigudino son preferibles a todos los demás y ofrecen el interés de lo inmenso y anonadante...

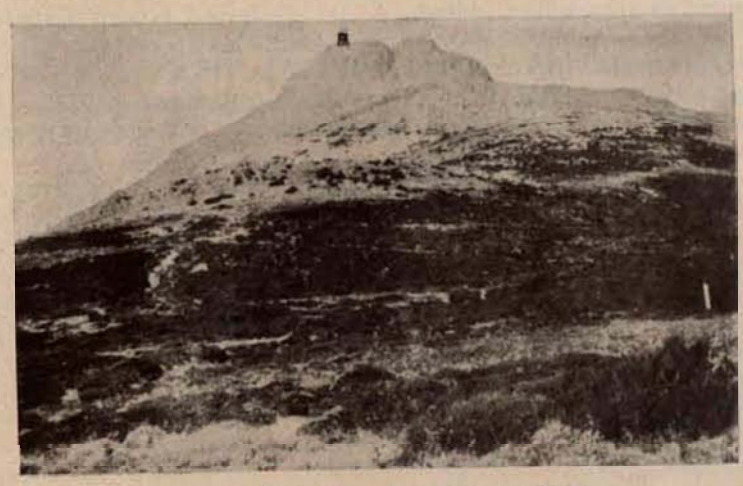
Que nadie entre en la provincia de Salamanca, pretendiendo estudiarla, sin recorrer las riberas del Duero, que muge en lecho profundísimo de rocas, donde van a surgir antes con antes los embalses y saltos colosales que hermanen los intereses de España y Portugal y libren a ambos reinos del azote de la miseria.

Que nadie deje de remontar aguas arriba el cristalino Tormes hasta sus fuentes, encaramándose sobre las más altas estribaciones de la cordillera Carpeto-Vetónica y recreándose de antemano con el estanque gigantesco de la Amaya, llamado a embalsar trescientos ochenta millones de metros cúbicos de agua. ¡Entonces sí que será Salamanca el granero de España!

Que ningún turista digno de este nombre se abstenga de subir al ingente cono cuarzoso de la «Peña de Francia» (si le fuera posible, por la calzada misma del Rey Don Juan), visitando el santuario y la iglesia y espaciando la vista, desde aquel mirador de águilas, por las provincias de Cáceres y Salamanca, en cuya divisoria está, y tendiéndola también por las vecinas provincias lusitanas, atalayando luego entre las neblinas del suroeste los montes de Toledo, señalando las sierras de Ávila, oteando las planicies de Valladolid y Zamora y observando allí mismo cómo las gotas de agua, partiéndose en el hastial de la techumbre monacal, rinden la mitad de su tributo al claro Tajo y la otra mitad al turbio Duero. Por eso se quería esconder en aquellas intrincadas breñas (desde donde todo se ve y nadie es visto) aquel pícaro camorrista ideado por Cervantes y reclamado por la justicia. Un escondrijo, desde el que se divisan cinco provincias españolas y tres portuguesas!

Si después de todo esto contemplado ansía el lector alguna impresión más placentera que las que todas estas maravillas de la naturaleza, de la historia y del arte le pueden ofrecer y que responda propiamente al postrer nimbo de glória que pone a Salamanca el «Blasón de linajes», llamándola «de las virtudes corona», no necesita más que recorrer el campo clásico salmantino, internarse en las dehesas de los añosos encinares y de los temibles toros de lidia y conversar en esas hospitalarias mansiones con gentes muy cristianas, muy nobles y de la más sabrosa conversación que es dado encontrar en el mundo. Sea esto dicho sin ánimo de ponderar; porque el campo de Salamanca, una gran parte de él al menos, no cede en usos patriarcales a ningún otro en cientos de leguas a la redonda. No lo osaríamos afirmar de no haber peregrinado por veinte naciones.

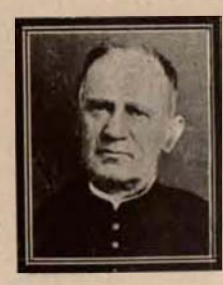
Si la otra Salamanca, la urbana, fué la cantada por Cervantes, que



Vista de Peña Francia y Salto del Niño.

asegura «enhechiza», esta otra Salamanca, la rústica, es la interpretada por Dámaso Ledesma en sus cánticos y por Gabriel y Galán en sus costumbres. Adentrarse en su conocimiento es internarse en lo más entrañable de la Madre Patria.

Gabriel y Galán



Dámaso Ledesma

SALAMANCA, MERCANTIL E INDUSTRIAL

Por

VICTORIANO ZURDO

Presidente de la Cámara oficial de Comercio e Industria.

Mundial es la fama que goza Salamanca en los aspectos cultural o universitario, histórico, monumental y artístico; pero no es menos cierto que, desde otros puntos de vista, ofrece manifestaciones de actividad y trabajo tan ignoradas como dignas de estimación, no sólo por lo que tienen de realidad presente, sino por la fundada esperanza que prometen en un futuro próspero.

Nos referimos a las manifestaciones mercantiles e industriales de su capital y provincia, de las cuales intentaremos hacer una sucinta reseña.

Ocupa el primer lugar el comercio de cereales. La provincia de Salamanca cuenta 138.000 hectáreas dedicadas al cultivo del trigo, cuyo rendimiento medio anual solamente llega a ser superado por diez provincias españolas cerealistas. No menos importante es su producción de leguminosas: algarrobas, garbanzos, lentejas, habas, yeros y almortas.

Íntimamente relacionada con el comercio de cereales, la industria harinera salamanquina, dotada de los modernos procedimientos técnicos de molturación, abastece, no solamente las necesidades del consumo regional, sino que extiende su radio de acción a otras plazas, en especial a las del litoral, como Vigo, Gijón y Santander. Los salvados, harinillas y otros subproductos de la molinería, ceban a una gran cantidad de ganado.

No es menos importante el comercio de pieles con pelo, cuyos almacenes son, sin duda alguna, los mejores y más surtidos de la península. Las pieles de conejo y liebre, carnero y cordero, cabra y cabriola, tienen muchísima salida, tanto para el consumo nacional como para el extranjero, cuyos mejores mercados los encuentran en los Estados Unidos de Norteamérica y Alemania. También se comercian bastante las pieles finas de montería: garduña, zorro, turón y marta, que se emplean en la confección de objetos suntuarios.

Mención especial merece el comercio de lanas. Según datos estadísticos, nuestra provincia tiene cerca de un millón de cabezas de ganado lanar, pudiendo calcularse la producción media anual de lana (dos kilogramos por cabeza, término medio) en unos dos millones de kilogramos aproximadamente. De esta cantidad consume la industria textil española una gran parte y el resto expórtase a Francia, Bélgica, Países escandinavos y hasta las Repúblicas soviéticas. La industria del lavado y peinado de lanas se halla establecida en Béjar y Ciudad Rodrigo, muy equipada de todos los adelantos de la maquinaria y todos los progresos de la técnica de esta materia.

De curtidos cuenta con excelentes fábricas en la capital, Aldeatejada y Puerto de Béjar, cuyos productos abastecen los mercados extremeños, andaluces y castellanos.

Legendaria es la fama del «chorizo de Salamanca», pudiendo señalarse como principales centros de esta industria salchichera a Guijuelo (donde se sacrifican anualmente cerca de cuarenta mil reses porcinas), Candelario, la Alberca y Ledrada.

Tampoco pueden silenciarse las fábricas de abonos químicos, una de las cuales, por ejemplo, la razón social «Hijos de Mirat», produce de 16.000 a 18.000 toneladas anuales de superfosfatos.

Pero la manifestación industrial más importante de la provincia es la de paños y otros tejidos de lana, en Béjar. En este ramo de pañería para uniformes, sus manufacturas alcanzan la misma perfección que cualquiera otra similar europea. Debido a la pureza de las aguas y al procedimiento de tinturación, los colores de la pañería bejarana adquieren matices bellísimos, indelebles o de extraordinaria firmeza, debiendo en mucho a estas cualidades el antiguo y merecido crédito de que gozan estos artículos.

Cuenta, además, Salamanca con buenas fábricas y talleres de fundición, construcción de máquinas, de aserrar maderas, ebanistería, electricidad, filigranas de oro y plata, sombreros, mantas, alpargatas, ácidos, lejía, cal, baldosines, ladrillos y piedra artificial, tapones, jabón, chocolates, pastas para sopa, licores, cerveza, gaseosas, queso, conservas, etc.

No finaremos esta ligera información sin mencionar la magna obra hidráulica de los «Saltos del Duero», por fortuna ya iniciada, y que representa la esperanza más cierta de nuestro resurgimiento económico y el más grande proyecto de trabajo nacional. Sus beneficios para esta provincia son incalculables. Este manantial inagotable de hulla blanca está llamado a cambiar radicalmente la estructura económica salamanquina, cuyo tipo agropecuario evolucionaría necesariamente hacia el régimen industrial. La energía hidroeléctrica podrá ser aplicada a los riegos, modificando el cultivo en sentido extensivo, y repercutirá beneficiosamente en otros órdenes, como en los de alumbrado y calefacción, pero, sobre todo, en el interesantísimo problema de la electrificación de ferrocarriles. Todo lo cual hace posible acariciar la esperanza de un espléndido porvenir para el oeste español.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

CALLE DE LOS MADRAZO, 9

MADRID

JOYERIA Y PLATERÍA DE CASIMIRO BRIZUELA
Especialidad en trabajos de filigrana en oro y plata
GARCIA BARRADO, 1 - SALAMANCA

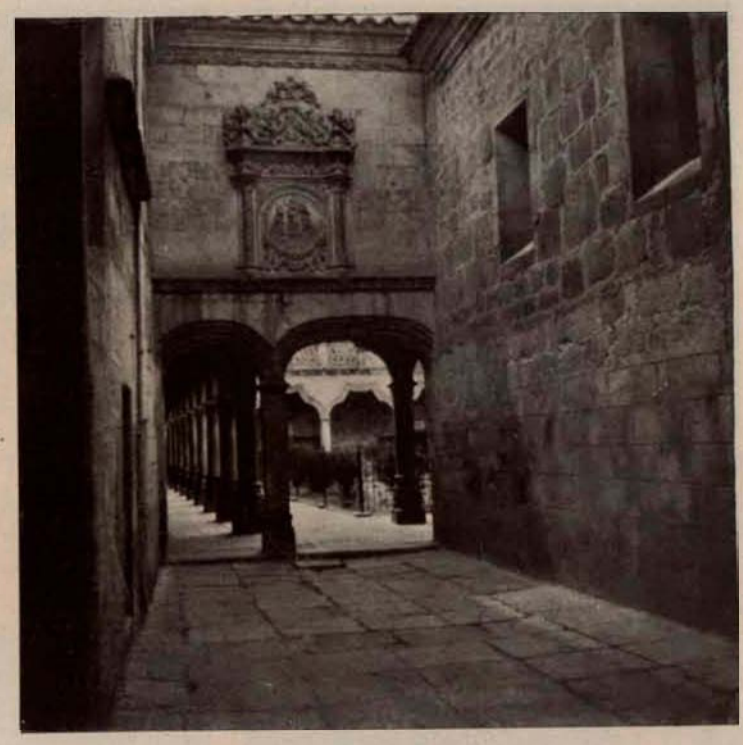
MONEO HIJO
SALAMANCA
Paseo Torres Villarroel - Calle Zamora, 20 - Ramón y Cajal, 10

GARAGES
CON JAULAS INDEPENDIENTES
TALLERES
DE REPARACIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE CARROCERÍAS

AGENCIA DE LOS AUTOMÓVILES
Citroën - Hudson - Essex - Ford

SALAMANCA VISITABLE

POR
ANDRÉS P.-CARDENAL
REPRESENTANTE DEL PATRONATO NACIONAL DEL TURISMO



El patio de Escuelas Menores, de Salamanca.

Salamanca, que es una de las más interesantes urbes turísticas españolas, no ha podido, sin embargo, atráer a las grandes corrientes de viajeros que visitan Toledo y otras ciudades, de no mayores valores turísticos que ella, por no contar con hospedajes recomendables.

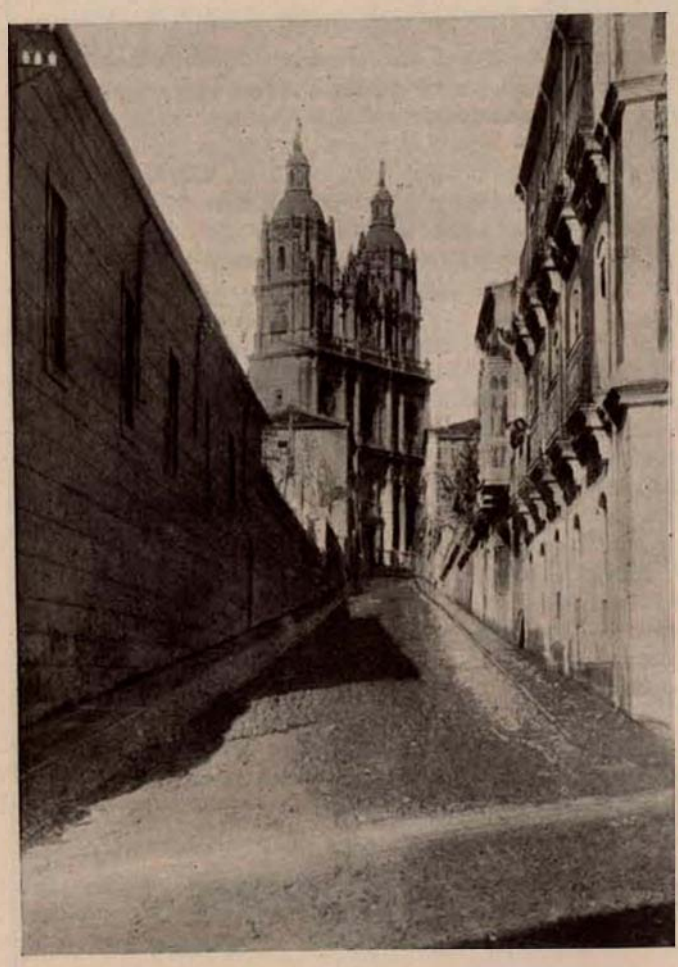
De aquí que todos mis esfuerzos de organización turística se hayan concentrado a conseguir un buen hotel y un buen hotelero, con lo que conseguiré lo más esencial al fomento turístico salmantino, el que las grandes agencias de viajes del mundo «American Express»,« Cook», «Wagons Lits», etcétera, recomienden con interés la visita a nuestra ciudad.

En cuanto esto ocurra, que será en este año, habré hecho, repito, la más eficaz propaganda turística de nuestra Salamanca.

Con el Gran Hotel aquí, con una residencia artística para turismo selecto, con hospederías en los más bellos miradores de la Ribera y de las Sierras, y con las buenas comunicaciones ferroviarias y automovilistas que nuestra provincia puede tener, Salamanca será la ciudad que «enhechiza la voluntad de volver a ella a...» cuantos una vez gozaren de sus bellezas, de su sano clima y de su apacible vida.

Esa red de hospedajes atraerá y retendrá al rico turista que visite a Salamanca, pues ya desde ellos podrán hacerse cómodamente todas las interesantes excursiones de nuestra provincia.

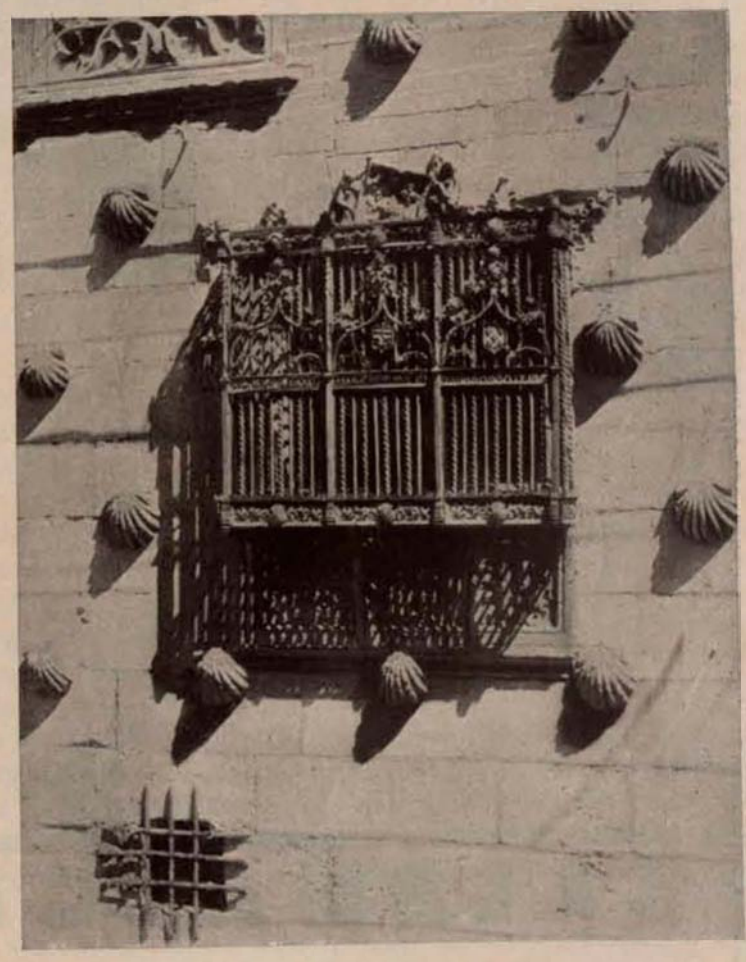
Las cercanas, a «los Arapiles», para conocer el teatro de la gran batalla de la Independencia; a «Valcuebo», la evocadora residencia dominicana que albergó a Colón; al «Castillo de Cañedo», el magnífico «château» campestre del exquisito Fonseca, al que tanto deben las artes salmantinas; a «La Flecha», la granja agustiniana en la que Fray Luis de León escribiera «La vida del campo» y «Los nombres de Cristo», paseando por la «Cumbre Airosa» o posando en «la Fontana pura»; a



La típica calle de la Compañía

la «Huerta Otea», la arcadia salmantina, y a Alba de Tormes, relicario teresiano y solar del gran duque.

Y las de gran recorrido, por el campo salamanquino para gozar de la apacibilidad de sus serenos paisajes, de la patriarcal vida de sus alquerías y de las españolísimas emociones de sus deportes taurinos; o para hacer ascensiones a nuestras serranías, de pueblos y paisajes tan bellos y del más sano clima de altura de la península, las del núcleo montañoso de Gredos, «la Isla Sagrada de la naciente España».



Reja de la Casa de las Conchas.

INSTITUTO DE HIGIENE «VICTORIA»

MAGNVS IN MAGNIS · IMA · MAXIMVS IN MINIMIS · MARCA REGISTRADA

PRODUCTOS BIOLÓGICOS «IMA»
MEDICINA HUMANA Y VETERINARIA

Análisis clínicos

Tratamientos antirrábicos

Suero y virus contra la peste porcina

Dirección telegr.: IMA
Teléfono número 223

Salamanca

ARCO, 14

HIJOS DE MIRAT

Ácidos
Superfosfatos
Sulfato de amoníaco
Nitratos de sosa y cal
Sales de potasa
Abonos compuestos para
todos los cultivos
Almidón tamizado
de trigo

SALAMANCA

JULIÁN COCA GASCÓN

Salamanca
Doctor Riesco, 29

Guijuelo
Calle Villalobos

Casa fundada en el año 1890 :-: Dirección telegráfica: Bancoca

Realiza en condiciones inmejorables toda clase de operaciones de Banca y Bolsa, detallando a continuación algunas de ellas:

Cuentas corrientes: Las abre, tanto en pesetas como en moneda extranjera, abonando en las mismas intereses según el plazo y clase de moneda. **Descuentos:** Cuenta con una extensa red de corresponsales, tanto en España como en el extranjero, permitiendo ello ofrecer a sus clientes cambios muy ventajosos. **Créditos:** Abre éstos con garantía personal y de valores. **Giros y órdenes de entrega:** Los facilita sobre cualquier plaza de España o el extranjero, mediante una módica comisión. **Compra-venta de valores:** Ejecuta estas operaciones en todo momento y por cuenta de sus clientes, contando con agentes en todas las Bolsas, tanto españolas como extranjeras. **Canje, amortizaciones y suscripciones:** En todo momento está a la disposición de sus clientes y el público en general para efectuar estas operaciones. **Cartas de crédito:** Las facilita sobre España y el extranjero, tanto simples como circulares, siendo de gran utilidad para todo buen comerciante. **Cupones y billetes de lotería:** Son descontados en el acto, encargándose igualmente, y por cuenta de sus clientes, de la adquisición de estos últimos en cualquier plaza de España. **Compra-venta de monedas y billetes extranjeros:** Esta clase de operaciones las efectúa en el acto, contando siempre para ello con existencias. **Depósitos:** Son admitidos para su custodia, mediante la entrega del resguardo correspondiente, encargándose oportunamente del cobro de los cupones de los mismos.

Aparte de lo expuesto, y por si pudiera interesarle, no deje de consultar cualquier operación que precise realizar, en la seguridad de que encontrará toda clase de facilidades, y cuantos datos le sean necesarios para el feliz término de la operación le serán comunicados con sumo gusto.

En general, se practica toda clase de operaciones de Banca.

CAJA DE AHORROS

La Universidad de Salamanca

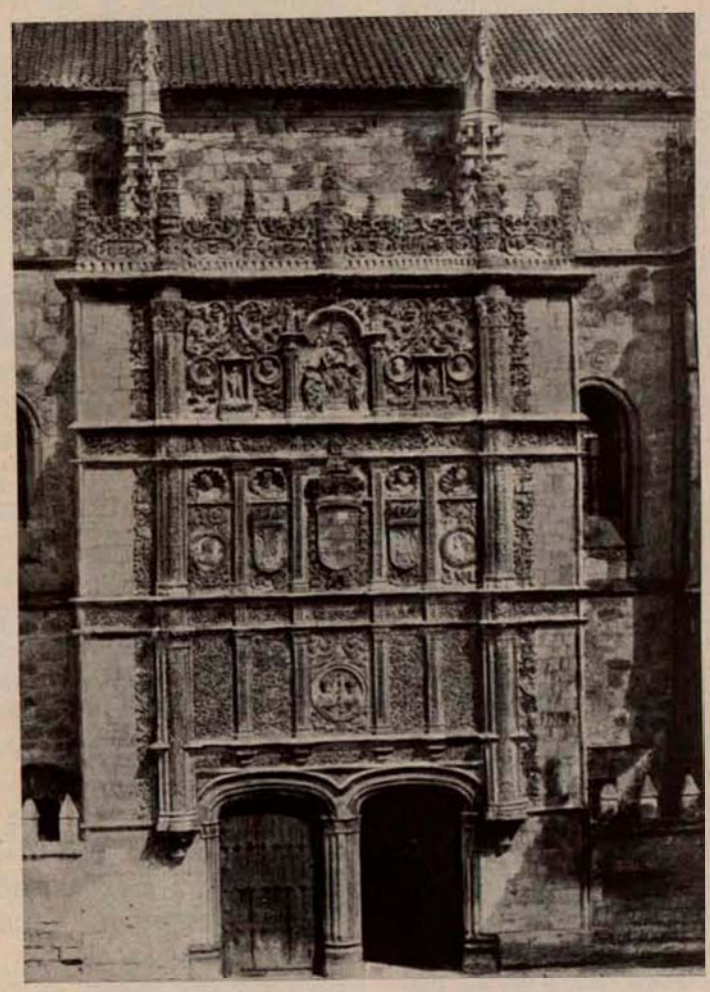
por

Enrique Esperabé de Arteaga

Rector de la Universidad de Salamanca

La antigua y renombrada Escuela de Salamanca, la más ilustre y representativa de las Universidades de España, que fué en siglos pretéritos uno de los «cuatro potentes luminares del mundo», y que como relicario venerable recibió distinciones y mercedes de las potestades de la tierra, vuelve a ser en nuestros días lo que le corresponde en justicia, por derecho propio, por sus prestigios, por su significación y carácter, por la celebridad de sus profesores y por su envidiable y preciada historia como encarnación de la ciencia hispana y de una de las más puras glorias de nuestra patria.

Sin sobresalir apenas y sin el menor relieve, ha vivido la Universidad de Salamanca durante más de tres centurias de su «vieja fama», que supo explotar, como verdadera mina de oro, para que no se extinguiera el recuerdo de los que tanto la enaltecieron, haciendo de ella manantial copioso del saber, centro del movimiento intelectual y foco resplandeciente que esparcía la verdad por todas partes; pero en la actualidad, y desde hace algunos años, no se sostiene de sus pasadas grandezas, sino que reconquista nuevos triunfos y laureles, aprovechando la herencia que le fué legada para conservarla incólume y también para mejorarla y acrecentarla. Y han sido precisamente los de fuera los que nos han aguijoneado, sacándonos del marasmo, para que el antiguo Estudio alcance el áreo apogeo mediante la exaltación de los nombres de los ilustres maestros que han hecho grande a la nación española, y que son innúmeros y celebérrimos.



Fachada de la Universidad.

Por eso la intelectualidad mundial vuelve la mirada hacia Francisco de Vitoria, señalándole, a pesar de Grocio, como el padre y fundador del Derecho de gentes, por ser indiscutible aserto y muchos los testimonios que podrían aportarse, entre los que merecen ser incluídos como testigos de mayor excepción el italiano Forsi y el belga Ernest Nys. Afirmó el primero, en notabilísimo trabajo publicado con motivo del centenario de Gentilis, también italiano, que el precursor, iniciador y primer investigador en la ciencia y derecho internacionales no es otro que el español y catedrático salmantino Francisco de Vitoria. Del segundo nos bastará con reproducir algo de lo que dice en su célebre libro «Les origines du Droit International», puesto que hablando de los escritores del siglo XVI, a la cabeza de los cuales coloca a Juan Oldendorp, asegura «que ninguno de ellos tiene idea exacta del Derecho internacional, por ser un español quien lo define, Francisco de Vitoria», y «porque las relecciones de «Indis» y de «Jure Belli» son verdaderas obras maestras de método y de ciencia», unas hermosas páginas que exhalan amor a la humanidad y muestran un espíritu independiente y profundo. En forma análoga se expresa Rivier en su monografía «L'oeuvre du Francisco de Vitoria», y lo mismo Albertini, entre ciento que podríamos citar.

Siguen a Vitoria sus discípulos, que son su mejor obra, ya que las relecciones es lo único que queda de su actividad literaria, vulgarizado por la imprenta, y esto gracias a la diligencia de aquéllos, porque el maestro de Salamanca, con su excesiva modestia y humildad, se había propuesto no dejar rastro de sí. Soto y Suárez, Báñez y Ayala, Tomás de Chaves y Melchor Cano, Francisco de Toledo y Luis de Carvajal, y Tomás Mercado y Martín Martínez de Cantalapiedra, por no enumerar más que unos cuantos de los principales, atribuyeron todo lo que hicieron a Francisco de Vitoria, y forman en la avanzada de los soldados de la Paz, hijos todos de esta invicta Escuela.

De ellos, fray Tomás de Chaves, en su magna obra «Summa Sacramentorum Ecclesiae», una de las que alcanzaron más boga en los siglos XVI y XVII, se gloría en llamarse fiel discípulo del esclarecido restaurador de los estudios teológicos, y advierte que todo lo que dice está tomado de las explicaciones de Vitoria. El libro monumental de Melchor Cano, «De locis Theologicis», es, según él mismo manifiesta, trasunto fidelísimo de la idea y del método del maestro. «A nadie quepa duda—añade, entre otras cosas de elogio, en su obra—que en tanto somos doctos y prudentes en cuanto imitamos a este insigne varón y obedecemos sus preceptos.»

Los discípulos de Vitoria continúan dando a conocer sus doctrinas por todas partes, hasta el punto de que no hay profesor ni publicista que no tenga que considerarse como tal, y así resulta que de los distintos sitios, lo mismo en España que en otras naciones, cuantos se dedican a esta clase de estudios ofrendan en su memoria páginas enteras, constituyendo las publicaciones sobre el sabio dominico una rica y numerosa bibliografía.

Mas las glorias de la Universidad de Salamanca no terminan con los anteriores siglos, puesto que son también de hoy, que viene siendo lo que fué, en razón a que, como antes de ahora se ha dicho, Salamanca y su Escuela no viven exclusivamente de recuerdos. En confirmación de esta verdad presentaremos, como en índice, una ligera reseña de la marcha próspera de la Universidad en lo que va de siglo, y muy principalmente en los ocho o diez últimos años. Son tantos y tan notables los acontecimientos de universal renombre que en

nuestra casa solariega han tenido lugar recientemente, que preciso será reducirnos y enunciar tan sólo los que más han influído e influyen en los venturosos destinos de nuestra antigua y, aunque parezca paradoja, cada día más joven y docta Academia.

Aparte de la labor estimable y provechosa que sus actuales maestros y alumnos llevaron a cabo en actos y reuniones de orden científico, literario y artístico, merecen especial mención la «Exposición de Arte Religioso», hábilmente organizada por el inteligente profesor Sr. García Boiza, inaugurada en el Paraninfo con un brillante discurso del catedrático de la Universidad Central D. Andrés Ovejero; el «Certamen en honor de Santo Tomás de Aquino», donde D. Rafael Marín Lázaro pronunció una magistral disertación de admirable crítica del pensamiento filosófico y teológico del Ángel de las Escuelas; la «Recepción de la Comisión holandesa», portadora de la medalla de oro con que se dignó ofrendar a la Universidad de Salamanca la patria del eminente Grocio, con ocasión de festejar el tercer centenario de la aparición de uno de sus mejores libros; las solemnes aperturas de curso, bajo la presidencia del Príncipe de Asturias y del jefe del Gobierno, general Primo de Rivera; los «Cursillos de Mística, de Arte, de estudios e investigaciones bibliográficas y de divulgación científica», en que tomaron parte los más sólidos prestigios; la «Inauguración de la cátedra de Vitoria», con asistencia de las más grandes mentalidades nacionales y extranjeras; la «entrega a la Universidad, para fines docentes, del palacio de Anaya»; los «doctorados «Honoris causa» del marqués de Estella, de Brown Scott y de Fernández Medina», y un considerable número de notables e interesantes conferencias acerca de las distintas disciplinas o de las cuestiones más hondas.

Pero sobresalen entre todos dos magnos acontecimientos de trascendencia positivamente mundial: «las fiestas celebradas con motivo del centenario del incomparable Fray Luis de León» y «los repetidos actos en honor de Francisco de Vitoria y de los demás maestros de nuestra Escuela jurídica de los siglos XVI y XVII». De las fiestas tenidas en conmemoración del centenario de Fray Luis de León, bien puede decirse que fueron, por su magnificencia, dignas de la entidad festejadora y del grande hombre en memoria del cual se llevaron a efecto.

Cierto es que la Universidad de Salamanca y Fray Luis de León son dos cosas íntimamente enlazadas, inseparables, por ser éste en realidad el titular de aquélla, donde se conservan intactas, como venerables reliquias, su cátedra, su sepulcro, su estatua, sus obras y los recuerdos todos de su preciosa vida.

Unidos al preclaro Fray Luis va nuestro poético río Tormes, el regato Zurguen y otros primorosos paisajes de la tierra charra, destacándose entre todos, por la riqueza de añoranzas que encierra, los del bello huerto de la «Flecha», que guarda con delicado cuidado y singular esmero «la Fontana pura» y «la Cumbre airosa», encantadores rincones conocidos y saboreados por propios y extraños, gracias a la amabilidad y bondades del escritor amenísimo y maestro del bien decir Luis Maldonado, recientemente fallecido.

Como fiestas de carácter internacional, concurrieron a ellas representantes de varios Estados, y fueron presididas por S. M. el Rey Don Alfonso XIII, que tanta predilección ha mostrado por esta Universidad y que siempre que ha venido a Salamanca ha sido para honrar a su Escuela y honrar con su presencia actos académicos. Acompañado en esta ocasión de Su Alteza la bellísima y angelical Infanta Doña Beatriz, como otras veces lo fué de nuestra Soberana augusta, las conferencias, cursillos, exposiciones, representaciones de autos sacramentales y la labor científica y literaria que el Claustro y las autoridades académicas prepararon con entusiasmo y cariño, viéronse coronados con el mayor éxito y con un esplendor adecuado a lo que la memoria del egregio agustino requería.

Los ya citados actos tenidos en honor de los maestros de la Escuela Jurídica Salmantina de los siglos XVI y XVII se iniciaron con la llegada a nuestra ciudad de la embajada científica que en abril de 1925 envió el pueblo holandés para dar una prueba más de su acatamiento y profundo respeto a la Universidad de Salamanca, emblema y cifra y síntesis de la ciencia española, y cuyo bendito nombre se pronuncia con entusiasmo y con amor en Europa y en América.

Recibidos en nuestra Universidad los ilustres miembros de la intelectualidad holandesa, a cuyo frente figuraban el docto profesor Mr. Treub y el embajador, Mr. Hubrecht, hablaron en el acto que en el suntuoso Paraninfo se verificó, y en el orden que se enumeran, el catedrático de Derecho Internacional de la Escuela salmantina, D. Isidro Beato Sala; el ministro del Uruguay, Sr. Fernández Medina, hoy doctor de este Claustro; el rector, Esperabé de Arteaga; el presidente de la Misión, Mr. Treub, y el ministro de Instrucción pública, D. Eduardo Callejo, que ostentaba la representación del Gobierno español. El Sr. Beato dijo al terminar las siguientes palabras: «En conformidad con este propósito y deseosos de conservar el rico legado y de continuar tan gloriosa tradición, nos proponemos iniciar en el curso próximo, «Deo volente», los primeros pasos de algo que muy bien pudiera llegar a ser y denominarse Instituto de la Paz de Francisco de Vitoria.»

Recogida esta frase por los más prestigiosos internacionalistas, fué a los pocos meses nacida la Asociación Francisco de Vitoria, de la que es presidente, por el voto unánime de todos, D. José Yanguas, y a la que pertenecen personalidades extranjeras de las más competentes y especializadas en las ciencias jurídicas. Como consecuencia del nacimiento de tan notable Asociación, vino en seguida la institución de la Cátedra de Vitoria, conforme a lo que se determina y dispone en el R. D. de 7 de marzo de 1927, reconociéndose así por todos la sin igual importancia de esta Escuela, y se espera, por la iniciativa de la Fundación Carnegie, en la que tiene la más decisiva intervención el eminente Brown Scott, la creación aquí de algo muy extraordinario: el establecimiento de unos nuevos y altos estudios, que representarán para Salamanca y para su Universidad el reconocimiento, por parte de todos los países civilizados, de su primacía en el orden científico, hasta el extremo de que, según palabras de Yanguas, presidente de la Asociación Francisco Vitoria, pronunciadas en solemnísima sesión, la primera del pleno del 1 de marzo próximo pasado: «Salamanca pasará a ser la Meca de los internacionalistas». Con lo que volverá a ser, como ya lo fué con Vitoria y con Fray Luis, Areópago universal, Templo del Arte y Cátedra del mundo.

Para ampliar e intensificar la obra cultural que la Universidad viene realizando con el concurrente esfuerzo de los hombres que la integran, se han hecho recientemente mejoras en sus locales y saneado las cátedras, decanatos, rectoral y secretaría general, dotándolas de calefacción moderna y de todo el «confort» que los actuales tiempos reclaman. La urgencia de atender a estas necesidades materiales de la Escuela y el problema del complemento de sus disciplinas lo planteamos ante el Rey al celebrarse el IX Congreso para el progreso de las ciencias, en términos que merecieron cariñosa respuesta de Don Alfonso y el aplauso de todos; pero la satisfacción completa se dió el 14 de junio de 1926, en que la Universidad de Salamanca recobró, por la justificación y munificencia del general Primo de Rivera, una parte de sus perdidos bienes, de las láminas que constituían su hacienda, en mal hora arrebatadas por las rapacidades del Fisco.

CIUDAD RODRIGO

POR

J. MANUEL SÁNCHEZ-ARJONA

ALCALDE DE CIUDAD RODRIGO

El Ayuntamiento. (Siglo XVI.)

La muy noble y leal ciudad de Ciudad Rodrigo se encuentra enclavada en una prominencia, a orillas del río Águeda, a unos 25 kilómetros de la frontera portuguesa y a la parte suroeste de la provincia de Salamanca.

En su fundación por los vettones, tribu celtíbera, se le denominó «Mirobriga», y en la dominación romana, en tiempos de Augusto, la encontramos en la historia con el nombre de «Augustobriga». Después, en la Edad Media, la puebla y reedifica el conde Don Rodrigo durante el reinado de Fernando II de León, llamándose desde entonces Ciudad Rodrigo.

Por su aproximación a Portugal adquiere pronto una gran importancia militar, importancia que hace que en reinados sucesivos se amplíen sus medios defensivos hasta constituir un baluarte de gran valor estratégico que desempeña importantísimo papel en las guerras con Portugal y más tarde en la de la «Sucesión», que defendió la causa borbónica contra el archiduque Don Carlos, aliado de Portugal, mereciendo por su comportamiento que el Rey Felipe V escribiera una carta a la ciudad dándole las gracias, fechada en Madrid el 4 de noviembre de 1703. Después, en 1810, en la guerra de la Independencia, es sitiada por las tropas francesas al mando del general Ney, y más tarde Masena toma el mando supremo del ejército sitiador, siendo tan heroica la defensa de la plaza, que solamente supo rendirla su gobernador militar, general Pérez de Herrasti, cuando, después de varios meses de cruento asedio, el hambre y las granadas enemigas habían diezmado el escaso ejército sitiado. El mismo Masena, hablando del estado en que quedó la ciudad después del sitio, dice en una carta al príncipe Neufchatel: «No puede formarse idea del estado a que ha quedado reducida Ciudad Rodrigo; todo yace por tierra y destrozado; no hay una sola casa intacta.»

Circundada por antiguas murallas, que por las necesidades guerreras de las distintas épocas fueron modificándose de la construcción y estructura primitiva que tuvieron al ser modificadas en tiempos de Fernando II, se encuentran hoy en muy buen estado de conservación.

La entrada a la ciudad se hace actualmente por seis puertas que atraviesan las murallas y que se denominan: Puerta del Conde, de Amayuelas, de la Colada, de Sancti-Spíritus, Santiago y del Sol.

En el extremo de la población se encuentra el castillo de la antigua fortaleza que mandó edificar el Rey Don Enrique II de Trastamara y que fué su residencia; castillo que se conserva en muy buen estado, con algunas modificaciones introducidas en él posteriormente, en el siglo XVI, XVII y XVIII. Hoy ha sido cedido por el Estado al Ayuntamiento y en él se ha instalado un interesante Museo Regional, una biblioteca pública y una agradable e interesante hospedería turística, que, sin perder el carácter medieval, reúne todas las comodidades y «confort» modernos.

Ciudad Rodrigo es una de las poblaciones españolas que mejor conserva su aspecto señorial de otras épocas, siendo muchos y muy interesantes los antiguos palacios que existen en el recinto amurallado.

De ellos, los que más se destacan por su belleza arquitectónica son: el de los condes de Montarco, que con sus bellos ventanales y su portada «manuelina» nos ofrece un ejemplar del más depurado gusto de los palacios del siglo XV al XVI; el del marqués de los Altares, antigua casa solariega de los señores del Águila, en el que, aparte de su interesante fachada, se conserva un patio de airosas columnas y balaustrada, tallada de piedra, del siglo XVI al XVII; la casa Ayuntamiento, del siglo XVI, enclavada en la plaza Mayor; la casa de los Mirandas, hoy de su descendiente D. Clemente de Velasco; la casa de «las Cadenas», hoy edificio militar; dos casas con típicas portadas en ángulo, una del siglo XIV y otra del XVI, y tantas otras que hacen de Ciudad Rodrigo un conjunto tan genuinamente de otras épocas, que tan sólo se le pueden comparar a ella en este aspecto Toledo y Sigüenza.

Bellas manifestaciones de la arquitectura religiosa son una portada «románica», en la iglesia de San Andrés; la capilla de San Agustín, del siglo XVI; el ábside, de arcaduras de ladrillos, de la parroquia de San Pedro; la capilla de Cerralbo, terminada en 1685, de estilo «herreriano», y la catedral, principal joya arquitectónica mirobrigense.

Comenzó su construcción en el año 1160, reinando en León Fernando II, y se terminó ya muy entrado el siglo XIII.

La planta de la iglesia es de tipo románico, con tres naves, y es un interesantísimo monumento del período de transición del románico al gótico. Ocho pilares con tres columnas adosadas a su frente y terminadas en adornados capiteles sostienen los arcos transversales que constituyen sus bóvedas de crucería. Dirigió las obras en sus comienzos el arquitecto Benito Sánchez, que se encuentra enterrado en el claustro de la catedral.

Tres puertas dan acceso al templo. La de las «Cadenas», puramente románica, con columnas que guarnecen sus costados, y colocadas sobre ella existen doce interesantísimas esculturas; la de «Amayuelas», constituída con arco de medio punto, lobulado y sin dintel, y otra llamada de la Virgen, soberbia portada románica, cuya archivolta se haya adornada con las efigies de los doce Apóstoles. Una gran Virgen con el Niño en brazos, colocada sobre el «mamel», divide la puerta en dos arcos de medio punto, completando la ornamentación de ella pasajes de la vida del Redentor y de la Virgen, esculpidos con esa sencillez y simplicidad de la época. Es, sin duda alguna, esta portada la más interesante de todas. En la actualidad se encuentra resguardada por la torre de la catedral, construída en 1765 por el arquitecto Juan de Sagarvinaga y gobernando la diócesis el obispo Cuadrilleros.

El coro de la catedral, colocado en la nave central, como en todas las catedrales españolas, conserva una notable sillería del siglo XVI, tallada por Rodrigo Duque, más conocido por Rodrigo Alemán, sólo comparable en mérito a las que este mismo artífice ejecutó para las catedrales de Plasencia y Zamora. Los respaldos de las sillas altas están adornados con tallas reveladoras de una gran fantasía y con una gran maestría en su ejecución, lo mismo que en las tallas de los y pasamanos, mostrando en muchas de ellas escenas y figuras simbólicas, llenas de fina sátira unas, y otras tan atrevidas, que rayan en la grosería.

Si notable es la catedral de Ciudad Rodrigo, es, sin duda alguna, el claustro de ella lo más interesante de todos los monumentos que se conservan en «Mirobriga». Consta de cuatro naves y su arquitectura pertenece al período ojival en todas sus manifestaciones, hasta finalizar el siglo XV, pues dos tramos de ellos fueron construídos en el siglo XII al XIII y los otros dos en las postrimerías del siglo XV. La portada que da de acceso al patio es plateresca y en ella están tallados dos bustos, que son del fabriquero D. Juan de Villafranca y del arquitecto Güemez.

Pero si Ciudad Rodrigo, por lo anteriormente descrito, tiene gran importancia desde el punto de vista monumental y por el carácter de ciudad antigua que conserva en todo su recinto murado, no deja de tener menos importancia desde el punto de vista de ciudad centro de interesantes y bonitas excursiones turísticas. La peña de Francia, el hermoso valle de las Batuecas, la agreste región de las Jurdes, la sierra de Gata, los típicos pueblos de la Alberca y Miranda del Castañar, Magarraz, Monsagro, Martiago y otros son excursiones que se pueden hacer por buenas carreteras, con distancias que varían desde Ciudad Rodrigo de 30 a 60 kilómetros.

Ciudad Rodrigo, ciudad interesantísima y digna de ser conocida por todos, tiene medios de comunicación fáciles y buenos por las carreteras de Salamanca, por la de Extremadura (Cáceres, Puente de Gadalcín, Ciudad Rodrigo), por la de Béjar a Ciudad Rodrigo, por la de esta ciudad a Fuentes de Oñoro (frontera portuguesa) y por otras varias que la comunican con diferentes regiones de la misma provincia de Salamanca y provincia de Cáceres. También puede hacerse el viaje por ferrocarril, pasando por ella el expreso internacional de Lisboa a París.

Castillo de Don Enrique II, en cuyo interior está instalado el Museo Regional y el Hotel del Turismo.

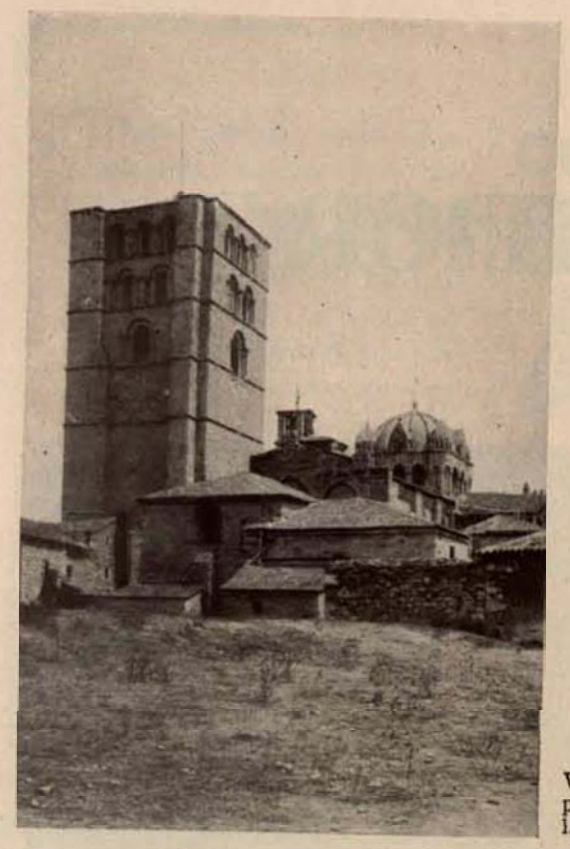
ZAMORA

ÍNDICE VARIANTE

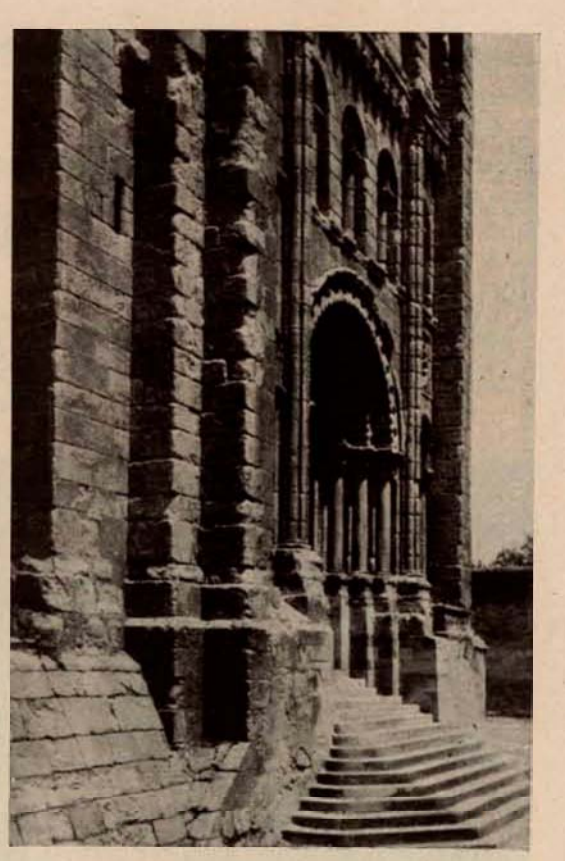
POR

EMILIO REVUELTA

*



Vista de la catedral por el lado de la torre.



Puerta sur de la catedral de Zamora.

A la tarde, sobre la colina y en la bruma, la ciudad y su campo próximo ofrecen al contemplador un fuerte y hosco sentido emocional.

Silueta bronca y romancera, vestida de monje en actitud meditadora. La ciudad está quieta dentro de su armadura, con el grave reposo de un soldado en descanso. Los viejos ruidos guerreros han huído de su recinto, y ha quedado flotando en el aire un apagado sonido de órgano y liturgia, como un tránsito místico y conventual...

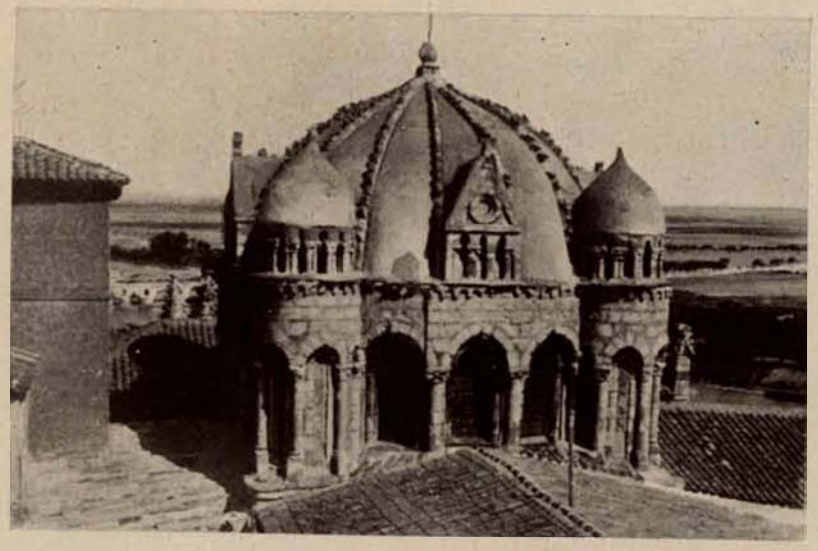
La ciudad relata sus horas suavemente, y en su tono menor busca el móvil que informa en el momento actual la precipitada fórmula mercantil y moderna que guía la noble ambición de los hombres. Consorcio raro y sugeridor.

A la par que conserva y cuida con amor su noble y peculiar fisonomía, vigila y sigue atentamente las variantes profundas y audaces que la moderna orientación de los pueblos procuran para su propio bienestar. Zamora, sin alterar la sustancia secular de su personalidad, va incorporando al viejo ritmo de su historia los motivos amables, bien filtrados, que la ciencia o el impulso de aventura arrebata en esforzado anhelo el alma del mundo.

Zamora tiene su alma en su río. Amoroso y poderoso Duero, tan largamente—en el tiempo y en la geografía— transcurrido estérilmente. Como sus ondas lentas y eficaces, ha guardado la ciudad tales energías colosales, sin atender el bramar de sus avenidas ni los postulados de vida acorde y actual gritadas indefinidamente por su río. Su alma, por ello, está virgen, nueva, con un ansia represada de ser útil y actuar con decisión joven y vigorosa sobre tantos temas abandonados o no atendidos anteriormente, y que son para su salud y para su esencia política de primaria ejecución.

En esta hora única para Zamora, la magia viva y sensible de unos hombres de aquí y de fuera de aquí, transformará, por deber responsable, el rostro y el vestido de la ciudad y de su campo. A estos hombres inteligentes, voluntariosos, desinteresados, libres y limpios en sus afanes, escrutadores y dominadores del hoy, del ayer y del mañana, forjadores seguros de una obra de universal respeto, de envergadura gigantesca, nacida al claro sol de los libros, y en los silencios patéticos de los laboratorios y de los despachos, deberá Zamora la presencia deseada en su vida de un pulmón nuevo, usando de su río, que en un porvenir próximo será pan, será trabajo y bancos y estruendos industriales, y energía y salud —sobre todo, salud—, comercio activo y próspero y cultura integral, con rutas múltiples al mundo y sensitiva cordialidad humana, para acabar por siempre con el aire huraño creado por tantos años de abandono y pobreza, que cayeron sobre Zamora como una pesadumbre inmerecida...

La ciudad y su provincia siguen con atención inmóvil las rutas oscilantes de esta cercana epifanía civil, y sobre el malecón de sus murallas se asoma el pueblo con ansia incontenida, para recibir el galeón fabuloso que anclará en su bahía, para derramar sobre ellos la gracia augusta de una vida joven mejor.



Cúpula bizantina de la catedral de Zamora.

ITINERARIOS

Para el turista, para el viajero, para el simple visitador de Zamora, la ciudad y su provincia ofrecen abundantes motivos y lugares de contemplación y de reposo gratos.

Además de su propio y venerable prestigio histórico, conserva actualmente su recinto vacío un emocionante sentido medieval. Existen aún en Zamora zonas completas de ciudad en donde puede vivirse un episodio de su romance o representarse puro un paso brillante de su historia. Un día llegará en que Zamora incorporará, con más motivo que otras ciudades de España, a sus fiestas tradicionales estos cortejos representativos, como fino tributo a un pasado inconfundible.

Será un modo delicado de comprender y amar toda la amplia significación de sus murallas, de sus postigos, de sus ermitorios, de sus calles curvas y calladas, de sus iglesias en fortaleza, de su emplazamiento navegante, y, sobre todo, de su carácter, de tan varia expresión en los hombres y en las cosas. Sanabria, Sayago, Aliste, tierras de pan en Villalpando y Benavente, vega jocunda de Toro; con alma de aventura en Fermoselle y recatado silencio en Fuentesaúco. Zamora da el vértice de tan heterogéneos exponentes, y la mejor tabla expositiva de su personalidad la tiene en sus monumentos históricos, de merecida reproducción y de reverencia eficaz a su pasado. En estas estampas históricas y en su maravilloso cancionero popular debe fundar Zamora el porvenir sustancial de sus fiestas profanas. En ellas está todo lo mejor, y también, tal vez, lo menos conocido de su tesoro espiritual.

Nadie mejor para apadrinar este noble intento que la «Real Coral Zamora», institución de selecta cultura, creada con ferviente amor popular, restauradora y conservadora de la rica y varia personalidad lírica de la provincia. Su actividad heroica la parte por igual como Conservatorio y Ateneo, y es para la cultura de la ciudad como un

Detalle del coro de la catedral.

airón gentil en su penacho de conquista, moderna y amable. Gracias a ella, además de cantar la ciudad y la provincia en su tono y modo propios, evitando para la lírica nacional la pérdida de uno de los veneros más limpios y bellos de la raza, ensancharía ampliamente el horizonte cultural de su misión, creando, dirigiendo y representando con sus espléndidos elementos pasajes y motivos de que fué escenario este país, o que la fantasía y la leyenda le atribuyen como propios. En nada estimamos que pudiera emplear con más provecho romántico su ejemplar disciplina y su leal fervor por todo lo que fué, y también por todo lo que debe de ser, frente de esa corriente cordial y deseada en el intercambio universal que causa el turismo.

MURALLAS.—Fundación antiquísima en su alarde, reformadas en los siglos X, XI y XII. Los lienzos de más destacado valor histórico y artístico se hallan comprendidos en la zona denominada Peñas de Santa Marta y puertas del Carmen y del Obispo. Destaca por su conservación y recuerdo el cubo angular correspondiente al Postigo de la Traición, hasta donde llegó el arrojo del Cid y vivió la dulce desventura de la infantina castellana.

SAN CIPRIANO.—Fundación probable del siglo XI, reformada en el XII, muy interesante de traza y decoración. En su planta existió con anterioridad un templo. Las inscripciones y relieves del actual son interesantísimas, principalmente las del tímpano. Románico primitivo.

SANTO TOMÉ.—Antiguo monasterio. Fundación anterior a 1128. El testero es de tres capillas planas, y aun conserva su primorosa decoración.

SAN CLAUDIO.—Enclavada en el barrio de Olivares. Ábside y arquerías notables, le falta la ventana ritual y pertenece de igual modo al siglo XI. La puerta norte es riquísima, y su arquivolta de gran valor. La escultura, de capiteles torales y de arquerías, es inmejorable. Conocidísima de arqueólogos y aficionados.

SANTIAGO EL VIEJO.—Contemporánea de San Claudio, y tal vez imita su decoración por manos zamoranas. La escultura de sus capiteles revela tan extraordinario interés, que puede considerársela, por el acento original y bárbaro, ejemplar único en el arte románico español.

Ennoblece a esta iglesia la alusión literaria del Romancero, por la cual se define la escena magnífica y trascendental de haber sido en su recinto armado caballero el Cid.

SANTA MARÍA LA NUEVA.—Fundación del siglo XII. Su primitiva fábrica sufrió el incendio producido por el célebre «Motín de la Trucha», y tras él fué reformado el templo.

LA CATEDRAL Y SU MUSEO.—Fundación el templo del siglo XI. Es el monumento, por su rango y por su contenido, de mayor interés para el visitante. Primitivamente fué abadía, y en la breve nota a que obliga este trabajo, es de indispensable consignación apuntar el interés extraordinario de su fachada posterior, románico del transicional, al que se adaptan con severidad las incorporaciones posteriores y rebajadas del resto de la fábrica. El crucero central, con su bello y peregrino cimborrio bizantino, ejemplar occidental rarísimo, y, desde luego, el más sugestivo e interesante del tesoro monumental de España. La cúpula la forman dieciséis columnas esbeltas apeando la cornisa del tambor, defendiéndola a la par. Tiene ocho arcos agudos y con peralte que se cruzan en la clave, definiéndose en un conjunto que fácilmente sobresalta en los recuerdos de las catedrales de Europa.

En su interior merecen, su coro, su rejería y, sobre todo, su retablo de la capilla del Cardenal, obra de Fernando Gallego, los honores máximos de la contemplación detenida, culminando la visita frente al Cristo del Silencio, escultura atribuída a Becerra, modelo inmejorable de la escuela castellana.

Incorporado como anejo, y al amparo merecido del cabildo, se halla el Museo catedralicio, que, además de otras joyas de platería, pintura, sigilografía, de valor excepcional, conserva y cuida la colección de tapices flamencos, obra de los siglos XV y XVI, que no tiene par en España, mereciendo tal tesoro por sí mismo la visita devocional de todo espíritu cultivado.

EL SOLAR DE ARIAS GONZALO O CASA DEL CID.—Fundación, seguramente, del siglo XI. Es el único edificio civil de la Zamora románica, de gran valor evocador, por haber sido albergue de ambos ilustres caudillos castellanos que le dan nombre.

PALACIO O CASA DE LOS MOMOS.—Fundación del siglo XVI, por D. Pedro de Ledesma, comendador de Peñaranda. Gótico florido. Hoy es monumento nacional.

SAN PEDRO DE LA NAVE.—En la llanada honda que abraza el Esla generoso, se esconde esta reliquia al abrigo de fragosos arribes, salvada por la inercia y por su alejada soledad. Su destino está próximo a cumplirse, pues los embalses del río, actualmente en plena construcción, anegarán su actual emplazamiento.

Sepulcro de D. Juan Vázquez de Acuña, en la iglesia de la Magdalena.

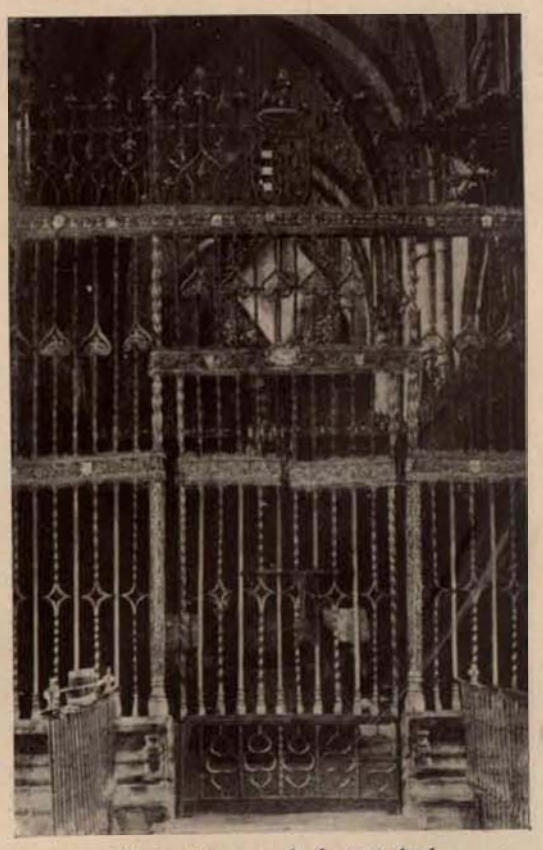
Consta que existía ya en el año 907, cuando Alfonso III la donó al pueblecito de Perdices, y fué en sus orígenes hospedería, y descansadero de peregrinos y más tarde priorato de Celanova.

Siguiendo la epigrafía de sus capiteles y sus concordancias de estilo y de trazado, Gómez Moreno atribuye su fundación a finales del siglo VII, creación tipo de la civilización goda.

Monumento de singular interés que no debe pasar sin visitar ningún viajero curioso de conocer los hitos más expresivos y bellos del patrimonio monumental de España.

SAN MARTÍN DE CASTAÑEDA, RIVADELAGO GALENDE, lugares de maravilla en Sanabria, posados en la vertiente de Sierra Culebra, zonas que el turismo comienza a conocer y a frecuentar, y en donde el tipismo zamorano, en sus costumbres, en sus vestidos y en sus ritos familiares, se conserva más puro. El lago espléndido que abarca esta comarca, además de la sorpresa geográfica que supone, sirve de modo inmejorable a la colonia veraneante, más numerosa cada año.

PUENTE DE PINO, RICOBAYO, SEJAS DE ALISTE. Itinerarios de obligada visita, en donde el paisaje, naturalmente excepcional, ha sido enriquecido por el humano ingenio, construyendo en Pino su puente gigantesco, de cien metros de altura, y en Ricobayo, la instalación fabulosa de la factoría de los Saltos del Duero, obra de colosal estructura y de interesantísimo conocimiento en su estado actual de construcción.



Verja del coro de la catedral.

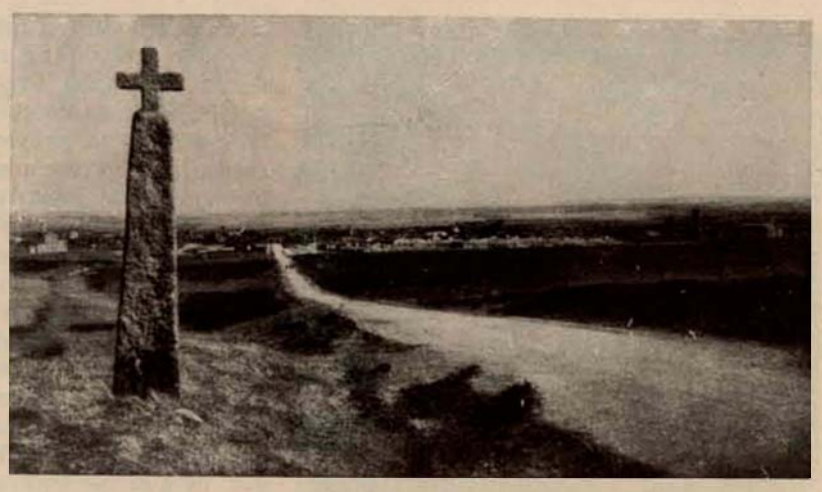
ORO VIEJO

LAS SOCIEDADES DE AMIGOS DEL PAÍS

POR

JOSÉ PÉREZ-CARDENAL

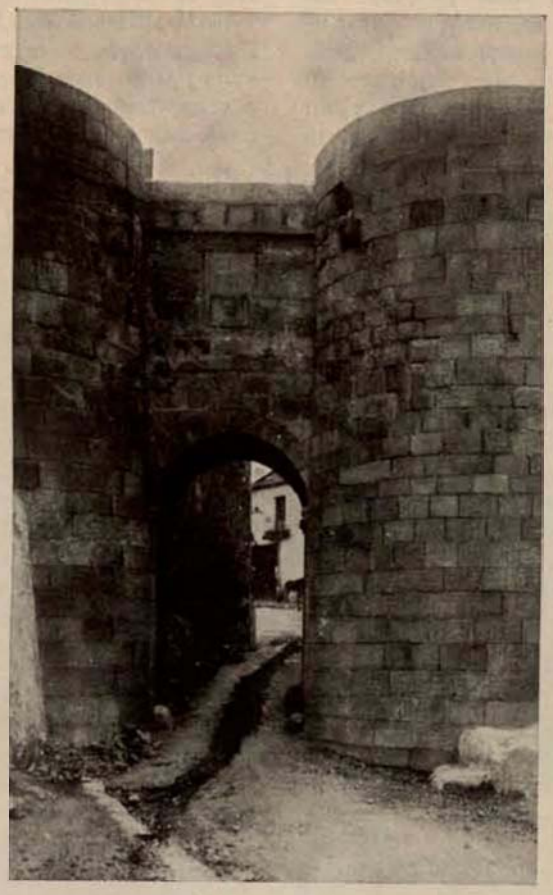
SECRETARIO DE LA ASAMBLEA NACIONAL DE SOCIEDADES ECONÓMICAS Y SECRETARIO GENERAL DE LA DE ZAMORA



La cruz del Rey Don Sancho.

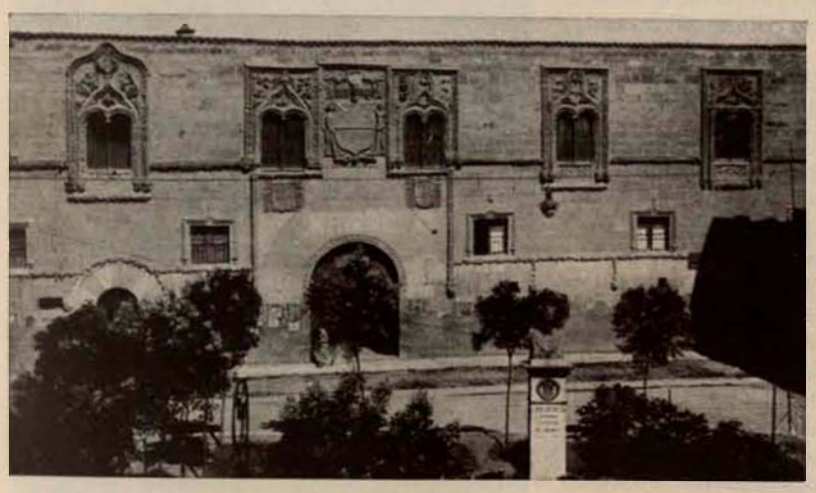
Entre todas las páginas áureas que pudiera España ofrecer al mundo con ocasión de esa imponderable Exposición Ibero-Americana instalada en Sevilla, que es triunfo glorioso de la potencialidad de nuestra nación en todos los órdenes, pocas que brillen con el color amarillento «sui generis», del preciado metal, como la que pudiera escribirse acerca de las Reales Sociedades Económicas de Amigos del País.

El gran Monarca español Carlos III y los óptimos ministros que se llamaron Campomanes y Floridablanca dieron vida a estas entidades, proponiéndose, al hacerlo, ir desbastando la incultura de la masa; despertar el interés de los ciudadanos por los problemas cumbres de la gobernación nacional; procurar la celebración de actos públicos en bien de la cultura general, y conseguir que las gentes sintieran apetencia por los estudios. Y fué la vida de estos Cuerpos patrióticos, en tiempos pretéritos, una serie continuada de triunfos y una demostración inequívoca del acierto de aquellos insignes estadistas al crear tales Corporaciones.



Puerta de Zambranos de la Reina, conocida vulgarmente por «Arco de Doña Urraca».

La Económica zamorana, creada por Real Cédula de 25 de octubre de 1778, se propuso «mejorar la industria y la educación popular y adelantar y perfeccionar la Agricultura, las Artes, las manufacturas y el Comercio», y de cómo cumplió sus fines primordiales podemos darnos idea con saber que ensayó con éxito, por vez primera en la provincia, los cultivos de morera, lino y cáñamo; que plantó olivos; que creó una escuela de hilandería, tan perfeccionada, que de ella se remitían hilazas finas a las Reales fábricas de La Granja y de Valdemoro, y, finalmente, que estableció enseñanzas de costura, matemáticas, dibujo y arquitectura civil, en las que llegaron a cursar hasta ciento cuarenta personas de ambos sexos.



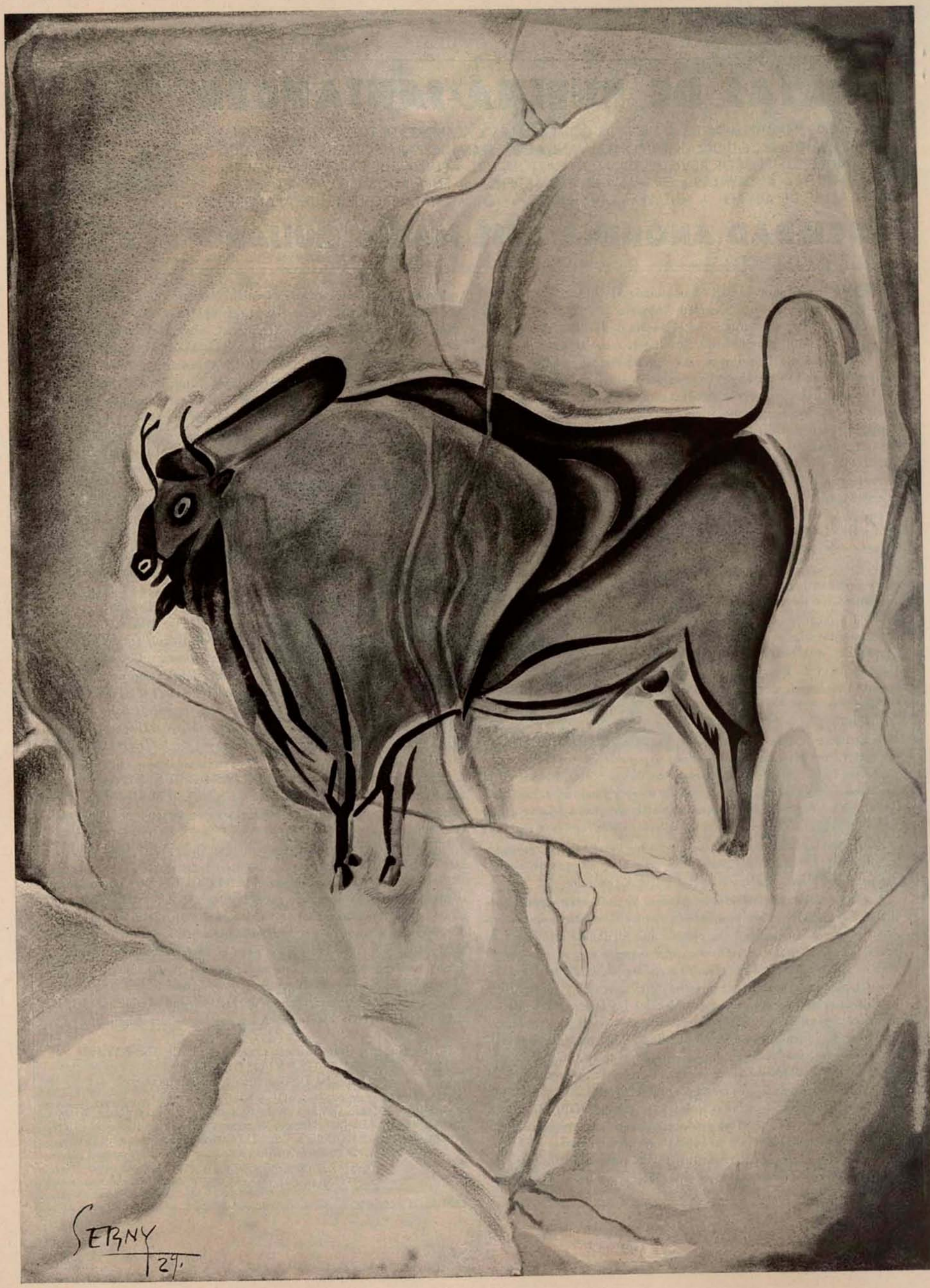
Palacio de los Sanabrias, en Zamora, llamado vulgarmente Casa de los Momos.

Toda esta labor titánica es el mejor elogio de estas Corporaciones, genuinamente españolas, que fueron llevadas por la patria a las naciones hermanas de América, constituyéndose en ellas, entre otras, las de la Habana y Méjico, que aun funcionan y son gallarda muestra de que arraigaban fortísimamente en aquellos pueblos las lecciones que la madre España procuraba darles, animada del deseo de que lograsen sus hijas la felicidad y el bienestar, que sólo el intenso cultivo de las Letras, las Ciencias y las Artes proporcionan.

Acaso las obras del día son un poco más de oropel, de bisutería fina, que lo fueron las instituciones pretéritas.

Y por ello parece que la evocación de estas pasadas grandezas—más escribiendo con ocasión del magnífico Certamen hispanoamericano y para el álbum que lo ha de perpetuar—sirve para despertar el orgullo racial y para que, entre tantos materialismos como nos abruman, flote, durante un cierto espacio de tiempo, este perfume delicado, inextinto y sutil de los recuerdos, que embriaga los sentidos, y, adentrándose en el espíritu, produce esa emoción dulcísima que siempre causa en el alma de los hijos el rememorar el vivir triunfal, en épocas pasadas, de la madre.

Quisiéramos que esta página tuviera la tonalidad del oro viejo. Porque esa tonalidad es la que tienen las piedras milenarias de la catedral románica de nuestra vetusta ciudad; del altivo castillo benaventiano; de la preciada colegiata de Toro; de la joya que es la iglesia de San Pedro de la Nave; de tantos y tantos monumentos como guarda nuestra provincia y que recibieron la pátina de muchas centurias. Entre ellos, mejor aún, al lado de ellos, es donde deben buscar las gentes del rico turismo mundial esas horas de placer para el alma en que se apacientan desesperanzadas esperanzas, y que con tantas ansias reclaman los espíritus delicados y cultos, como un remanso de paz en este vivir agobiador y cruel y egoísta del día.



LA MONTAÑA

FORJAS DE BUELNA-SANTANDER

FUNDADAS EN 1873

ACERO "MARTIN SIEMENS" + HIERROS COMERCIALES + ALAMBRES DE TODAS CLASES + GRIS BRILLANTE, RECOCIDO, COBRIZO, GALVANIZADO, ESTAÑADO PARA SOMIERS Y ESTAÑADO PARA COSER LIBROS, REVISTAS, CAJAS DE CARTÓN, ETC. + PUNTAS DE PARÍS + TACHUELAS SIMIENTE + ALCAYATAS + GRAPAS + ESPINO ARTIFICIAL + ENREJADOS + TELAS METÁLICAS CABLES DE ACERO + MUELLES + RESORTES + OTRAS MANUFACTURAS DE ALAMBRE

SOCIEDAD ANÓNIMA JOSÉ MARÍA QUIJANO

FUNDADAS EN 1873

LA importante industria denominada FORJAS DE BUELNA, propiedad de la Sociedad Anónima «JOSÉ MARÍA QUIJANO», está situada en el pueblo de Los Corrales de Buelna, de la provincia de Santander, sobre la línea del ferrocarril del Norte que une Santander con Madrid, y a 40 kilómetros de la capital de la provincia.

La industria de que nos ocupamos fué fundada en el año 1873 por D. José María Quijano y Fernández Hontoria, merced a cuyo impulso llegó a obtener el desarrollo floreciente que alcanzó a su muerte, acaecida el 10 de julio de 1911. Muerto el fundador de esta industria, los herederos constituyeron la Sociedad Anónima, actual propietaria de las Forjas, y que en recuerdo de él lleva su nombre. Constituída la Sociedad con fecha 3 de diciembre de 1914, continuó ampliando y completando las instalaciones industriales de las FORJAS DE BUELNA, de acuerdo con los planes trazados anteriormente por su fundador.

En la actualidad, las FORJAS DE BUELNA se componen de tres fábricas, las tres en Los Corrales de Buelna, y escalonadas y distantes 300 metros la primera de la segunda, y 900 ésta de la tercera. La Sociedad es también propietaria de tres saltos de agua, que producen la energía destinada a mover estas fábricas, y en la actualidad está construyendo otros dos saltos nuevos de agua, también sobre el río Besaya, cuya energía, sumada a los tres que actualmente funcionan, alcanzará a 4.000 HP.

Para facilitar el movimiento de primeras materias y productos fabricados dentro de cada una de las tres fábricas, y unir a su vez éstas entre sí, existe actualmente en las FORJAS DE BUELNA un ferrocarril de vía estrecha, que llega a ponerse en contacto con el ferrocarril del Norte en los apartaderos de éste establecidos en la primera de las fábricas, o sea en la de acero y laminados. La fabricación en las Forjas de Buelna empieza en la obtención del acero, que sirve de primera materia, y está distribuída de la siguiente manera:

En la primera fábrica están instalados los hornos de acero, las laminaciones, Laboratorios, Almacenes generales, apartadero del ferrocarril del Norte, enfermería y las oficinas generales.

En la segunda fábrica está establecida la trefilería, propiamente dicha, del hierro y el acero, montada con los elementos más modernos y dotada de medios para ejercer una vigilancia minuciosa en todos los procesos de la trefilación, que permite asegurar la obtención de las calidades más adecuadas a cada destino. Parte del alambre obtenido en esta fábrica es destinado al mercado, y otra parte a la fábrica tercera, donde están establecidas las fabricaciones de los distintos derivados de alambre, como son puntas de París, alcayatas, grapas, simiente para calzado, tachuelas, becquets, espino artificial, resortes, muelles, quitalodos, enrejados, telas y tejidos metálicos, cables de alambre de acero, etc. Entre éstos merece especial mención la sección de tejidos metálicos, donde se fabrican toda clase de telas metálicas para usos industriales, para minería, fábricas de cal, cementos, productos químicos, productos alimenticios, resinerías, fábricas de papel, electricidad, máquinas agrícolas, refinerías y fábricas de azúcar, etc., etc., y los cerramientos de las fincas en distintas clases.

Sin embargo, lo más notable de esta fábrica son las modernas instalaciones destinadas a la fabricación de cables de alambre de acero, montadas con todos los elementos modernos, superando en medios a las mejores fábricas extranjeras, cuyas instalaciones se han tenido en cuenta antes de hacer las de las FORJAS DE BUELNA.

Como en las FORJAS DE BUELNA se fabrica desde el acero, puede procederse a una selección acertadísima de los alambres, en forma que se destina a cada cable únicamente aquellos alambres que tienen comprobadas con duras pruebas las calidades más adecuadas para el cable que se ha de fabricar con ellos. Muchas son las aplicaciones de los cables de acero, pero entre ellas merecen especial atención las siguientes: Minas, Industria, Marina, Agricultura, Pesca, Ascensores, etc., etc.

Son muchas las referencias excelentes del resultado obtenido en la práctica con los cables fabricados en las FORJAS DE BUELNA. Citamos, sin embargo, como principales, por su carácter nacional, la Sociedad Española de Construcción Naval; Sociedad Metalúrgica Duro-Felguera, de la Felguera; Sociedad Anónima Fábrica de Mieres, de Mieres; Sres. Echevarrieta y Larrínaga, de Bilbao; Astilleros de Cádiz; Compañía Telefónica Nacional de España; Gas-Madrid, de Madrid; Real Compañía Asturiana de Minas; Compañía Madrid a Zaragoza y a Alicante; Minas de la Reunión; Sociedad Española de Construcciones Metálicas; Sres. Ibarra y C.ª, etc., etc.

También se ha comprobado la excelente fabricación de los cables en los laboratorios especializados oficiales de las Escuelas de Ingenieros de Minas; Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos; Escuela de Ingenieros Industriales; Lloyd; Inspección Técnica de la Marina; Laboratorio de ensayos de la Diputación Provincial de Barcelona, y otros.

El área total ocupada por las FORJAS DE BUELNA con sus edificios es de 45.500 metros cuadrados, teniendo alrededor de estos edificios terrenos sin edificar, cuya extensión asciende a 86.000 metros cuadrados.

El número de empleados y obreros que trabajan en las FORJAS DE BUELNA es de 1.700.

La Sociedad Anónima «JOSÉ MARÍA QUIJANO» patrocina y coadyuva, tanto moral como económicamente, al sostenimiento de una Cooperativa formada por su personal, con distintas secciones de economato, socorro por enfermedades, jubilaciones, etc. También sostiene la Sociedad cursos para el perfeccionamiento técnico de sus empleados y obreros, cuyas clases son desempeñadas con entusiasmo por los señores ingenieros y ayudantes.

El Consejo de Administración de la Sociedad Anónima «JOSÉ MARÍA QUIJANO» está compuesto por los señores siguientes:

PRESIDENTE

Sr. D. Gilberto Quijano de la Colina, conde de Torre Velarde.

VICEPRESIDENTE

Sr. D. Felipe D. Bustamante y Campuzano.

VOCALES

Sr. D. José Antonio Quijano de la Colina. Sr. D. Juan José Quijano de la Colina. Sr. D. Juan Manuel Mazarrasa y Quintanilla. Señor don Ramón Quijano de la Colina. Sr. D. Carlos de Quintana y Trueba. Sr. D Estanislao de Abarca y Fornés.

CONSEJERO SECRETARIO

Sr. D. Miguel Quijano de la Colina.

"Guarda la lealtad estos umbrales
Que es ley de montañeses ser leales"
(Lema de Cantabria.)

LA MONTAÑA

POR

CONCHA ESPINA

Gente brava y esquiva la nuestra, no fué nunca insensible al docto influjo moral de Grecia y Roma; antes bien, recogió en su heredad las fecundas simientes del mundo clásico y modeló el espíritu con liberales toques, mientras sus vecinos, vascos y astures, siguieron fieles al influjo celta y al carácter gótico. Así el gran pueblo montañés, dormido a la vida intelectual durante siglos, despertó en el presente con majestad maravillosa. Volvió como antaño a trasponer las fronteras, a invadir Castilla, no con armas ni arreos militares, sino con libros gloriosos donde vivía la Montaña, revivía la ciencia española y subía el idioma castellano a las cumbres de su antigua y olvidada perfección.

Todo tiene en la vida, y por lo tanto en la Historia, que es vida acumulada y perenne, un engarce misterioso y divino: «Puso Dios en mis cántabras montañas» la cuna de roble de Castilla, cuna tosca y fuerte al arrullo del mar; y siglos adelante, cuando Castilla, la rica hembra de montañés natío, perdió su corona de emperatriz y empezó a despreciar su propio linaje, dióle Cantabria voces de heroico aliento y poderosa ternura, poniéndole ante los ojos el vivo retrato de su eterna juventud. Volvió entonces la lengua de Fray Luis y de Cervantes a resonar potente y armoniosa en «Costas y montañas»; subió el ingenio montañés «Peñas arriba» y puso en libros inmortales la tierra y el alma, la risa y el lloro, el habla y el semblante de la estirpe maternal. Finalmente, un hidalgo, sobre todos insigne, sabio y artista como pocos, más que nadie montañés y español, vino a recoger y encarnar las grandes cualidades de la raza, aquel espíritu clásico de Grecia y Roma, aquella fe robusta y militante, aquella firme voluntad y noble patriotismo que en todo tiempo llevó la gente montañesa por el mundo. En sí cifró Menéndez y Pelayo la raza entera, encendiendo en el santo hogar de Santander lumbres de ciencia, no ya hispánica, sino universal, para todos los hombres y los siglos.

El nombre claro del varón altísimo que rehizo el espíritu español con soberana taumaturgia, es como la clave en el pórtico venerable de nuestra historia, áureo blasón bifronte y rico, cifra del pasado y nuncio del porvenir. Nadie pase olvidando el homenaje íntimo de un recuerdo.

* * *

La realidad de los pueblos es su estela histórica. En el viaje de la vida no puede verse el paisaje ante nosotros, sino el que detrás de nuestro paso queda, como si fuera creación propia. Para tenernos firmes en la plataforma desde donde queremos contemplar, con golpe de vista sintético, el semblante íntegro de una región, hemos de ampararnos en la guía espiritual de los últimos grandes viajeros de la tierra que oteamos, porque serán los que nos regalen con más larga experiencia. Así, para volvernos al pasado montañés, buscando el captar su totalidad viva, hemos de aferrarnos al presente, hemos de mirar su contorno a la luz, toda suya, de tres altos espíritus: Menéndez Pelayo, Escalante y Pereda. Esta magna trinidad resultante del genio cántabro funde sus fuegos en un haz de tres resplandores: blanco apolíneo, azul romántico y verde rústico. Sobre los montes cántabros ve Menéndez Pelayo, puestas por Dios, «auras de libertad, tocas de nieve», y por la misma divina voluntad vibra «la vena del hierro en sus entrañas». Amós de Escalante convierte en cristiana lamentación el apóstrofe maldito del romanticismo y trae deliquios ánglicos a la nueva expresión literaria: «Tarde y en vano ya mi engaño advierto,—Musa del Septentrión, melancolía...» Pereda, en fin, empuña con la sarmentosa mano la esteva realista y hace surgir el idilio regional entre el humo de las cocinas solariegas y el perfume de los henares campesinos.

* * *

Más sorprenderá el paisaje montañés a quien llega de Castilla en ferrocarril que a quien arriba, embarcado, de Inglaterra. Nuestra tierra es suave por el color y la luz. Hasta las mismas Peñas de Europa, con su arrebatada desnudez castellana, ablandan el filo de sus sierras bajo el cielo inocente y las brumas sutiles. Los montes yerguen su talla repentina, sin mesetas que achaten el imponente perfil. Parecen más altos de lo que son y su arranque se refleja a veces en las verdes olas de la mar. Cuando las hoces, formadas por ríos clarísimos, de caudal corto y valiente, se abren en valles amplios, las navas deleitosas y las mieses de maíz tienen una ternura infinita, en las riberas tienden los alisos la sombra de los ansares, y las cuestas circundantes, llenas de bosque, prestan un recio marco al alarde de las cumbres.

La costa montañesa delimita una frontera castellana que es la única marítima. Como centro de ella, la bahía de Santander, con su puerto marinero y su puerto mercantil y con el balneario famoso y cosmopolita. Santander es la ciudad más culta de España. Hacia el este, Santoña y Laredo, mareantes y fabriles. Más hacia oriente, tocando a Vasconia, la fronteriza Castro Urdiales. Al oeste de Santander, Suances vive de su playa veraniega y de sus traineras pescadoras. Comillas, pueblo de potentados, de la munificencia de éstos, de la emigración a Filipinas y de las tripulaciones de los transatlánticos. También de su puerto pescador. Comillas tiene fama de ser uno de los pueblos más limpios de la región y es uno de los más bellos. A poca distancia, San Vicente de la Barquera, con más abolengo y mayor carácter, es el último puerto montañés antes de llegar a Unquera, donde el seno de Tina Mayor recibe el caudal del Deva y sirve de límite a la provincia. A la provincia, pero no a la región, que permanece indiferente a la arbitraria línea que la incluye en las Asturias de Oviedo... La costa montañesa, con sus playas suaves de arena finísima y su bravo cantil a prueba de vendavales y galernas, tiene como fondo incomparable, vista desde el mar, la sombra verde de los montes que van levantando las corvas espaldas ante el navegante que se aleja, como si quisieran despedirle. El panorama de los Picos de Europa, contemplados desde el Cantábrico una mañana azul de nordeste, es algo milagroso, elemental y, en su rareza, único. Vista desde tierra, la costa ofrece miraderos espléndidos, en la ribera occidental sobre todo.

Los Picos de Europa. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar.)

Desde los altos valles, con clima de meseta y ambiente diáfano, que sirven de frontera sur a la región hasta los últimos declives costeros de cielo brumoso y temperatura suave, la Montaña es sólo eso: una inmensa montaña poliforme. Gana en reciedumbre hacia el sur y el oeste, donde culmina la violenta contorsión de los Picos. Al descender al mar, la tierra se ondula y amansa en lomas y valles de verdor perenne para enriscar de nuevo el semblante en la marina, apaciguada por el oro tendido en las playas.

La visión orográfica del país nos presenta espectáculos de fuerza imponderable en su gran ademán telúrico: Peña Labra, Peña Sagra, la Hoya de Liébana y el macizo tremendo de los Picos, con sus torrentes, donde abrevan los rebecos. Pero, aunque en tono menor, guardan, acaso, tanta belleza otras cimas y barrancos montañeses: Palombera y Sejos, con sus bosques enormes de hayas y cajigas y sus «canales» selváticas, frondosas y enmarañadas como el junglar índico. En ellas tienen su guarida osos y jabalíes, a breves kilómetros de la carretera alquitranada, del teléfono y de la línea de autobuses. En el invierno de 1928 fué atropellado en estos parajes un oso gigantesco por la camioneta del servicio postal...

En casi todas las aldeas de la provincia existe una cercanía donde señalan los pastores «el paso del lobo», que, si el invierno es riguroso, llega a los poblados y devora la comida de los perros.

* * *

Un aspecto de la bahía de Santander.

Regatas de balandros en la bahía de Santander.

La Montaña es, tal vez, la más insigne tierra prehistórica. El hombre de Altamira, resucitado por la adivinación de Sautuola, estudiado por la ciencia de Obermaier, ha dejado que entre la luz en el silencio de su noche milenaria. El gnomo del misterio perdió el encantamiento de su vivienda oscura, y la hosca gruta que sepultó al cazador primigenio, lejos del sol, luce hoy en su entraña el claro fulgor eléctrico de otra edad más amable, convertida en museo, en santuario de peregrinos y en ejemplo de eternidad. Un sabio francés ha llamado a esta antesala de un remoto poblado troglodita que es la cueva de Altamira la «Capilla Sixtina del Arte Rupestre».

Ya en tiempos históricos, nuestra Montaña es la Cantabria ibérica incorporada para el mundo clásico a los fastos bélicos de Roma. La emboscada del cántabro, que se lanzaba desde sus brañas sobre las legiones imperiales, repercutía en la soberbia ciudad inmortal, definía un momento de su destino y adquiría resonancias épicas en la oración de los tribunos.

Tarde llegó el cristianismo al castro montañés y hondo echó en la tierra la pétrea raíz de sus cimientos. Entre los más antiguos testimonios monumentales de la fe cristiana quedan iglesias como la de Santa María de Lebeña, verdadera reliquia de los siglos medios y raro ejemplar de la arquitectura prerrománica española. Frente a las torres señoriales alzaron sus campanarios los templos, más fuertes que ellas contra la ruina, más vivos en la realidad y en el recuerdo. La colegiata de Santillana del Mar—la villa montañesa que da en esta región, con su rústico señorío sin énfasis, la réplica al Toledo castellano—levanta sus naves no lejos de la boca de Altamira. La colegiata de Cervatos, las iglesias de Santa María de Piasca, Santa María de Yermo y Santo Toribio de Liébana, que guarda el «Lignum Crucis» sacrosanto, son aún testigos de la fe montañesa, documentos de su arquitectura, hitos y señales de su historia.

Panorama de la bahía de Santander.

Perdida la eficacia de la torre señorial, que era baluarte y vivienda, con la generalización de la artillería como arma de combate, se «civilizó» este elemento germinal del estilo arquitectónico montañés, piedra angular de la casa solariega, cuyas características quedaron, en adelante, subordinadas a la vida civil del burgo más que a sus condiciones militares. Subsistió la torre en nuestras viejas casonas y en nuestros vetustos palacios, con sus sillares robustos y la ancha pesadumbre de su mole, denunciando, más que los blasones y las leyendas, el origen turbulento de los hogares y las castas. El montañés ha guardado el orgullo de estos orígenes con enfática seriedad, y si otras casas y trasplantes de estirpe lograron fuera de Cantabria riqueza y esplendor mayores, bien puede repetirse que no hay en España nobleza que no tenga en la Montaña su cuna. También el Ebro, que da nombre a la Península y es ilustre y heroico en Zaragoza y es en la costa mediterránea un brazo del mismo mar, nace en una pura fuente montañesa...

* * *

Mi tierra de Santander es hoy la más culta de España y una de las más señoriles que existen.

No es rica; pero es noble de naturaleza, por su pasado limpio y por el decoro moral de sus hijos, que llevan el ademán hidalgo hasta en el pergeño físico de la raza.

Rincón de un pueblo montañés. (Foto Mqs. Sta. M.ª Villar).

Palacio de Díaz de Arce, en Villacarriedo.

LA PROVINCIA
DE
SANTANDER

por

Mateo Escagedo Salmón

Cronista de la provincia

Subir a las cumbres de Sexos, especialmente a Peña Labra, es una excursión tan grata al turista como provechosa al historiador y geógrafo. Desde esta montaña, el punto hidrográfico más importante de la Iberia, se admira la naturaleza en toda su salvaje grandeza y esplendor; se ven enfrente las rocas, siempre nevadas, de las peladas cimas de los Picos de Europa, en las que saltan los rebecos; más abajo, el verde oscuro de los robles; después, el claro de las hayas; y acercándose a la costa, bellísimos valles de espléndida vegetación regados por mil arroyos que, bajando de las montañas y colinas, corren a ofrendar sus aguas al proceloso Cantábrico. Hermosa cátedra para una lección de historia montañesa: al occidente (después de salvar el oasis liebanense, donde la vid y el olivo vegetan como en Andalucía), los Picos de Europa, el puerto de Aliva, con su despeñadero, que vino a concluir en Cosgaya con la oleada de mahometanos rechazados en Covadonga; en este valle de Liébana, monstruosa hoyada, se forjó el alma española que, asomándose a Pernía, dió principio en la peña Tremaya a los castillos de los Beni-Gómez y de los condes de Saldaña y Carrión, para llegar con el gran conde Fernán González a las riberas del Duero, pudiendo éste decir:

«Villas y castillos tengo,
Todos al mi mandar son:
De ellos me dejó mi padre,
De ellos me ganara yo.»

Y no contenta más tarde con llegar a las riberas del Genil e implantar la cruz en la Alhambra, dominó en Flandes, Italia y Alemania; y cuando el mundo conocido fué chico para contener los pliegues de la bandera española, llevó la Cruz, con el genio de la raza, por desconocidos mares a ignotos continentes, dando origen al mayor imperio que ha habido en los siglos, pudiendo gloriarse hoy de tener en el mundo que Castilla descubriera veintiuna hijas, a las que prestó siempre el genio de su raza y la hidalga sangre de sus solares. Más tarde, cuando el Emperador corso dominaba en la Europa y tenía Príncipes y Reyes que le servían de lacayos; cuando los ejércitos vencedores en Marengo y Austerlitz ocuparon nuestra patria, Liébana fué el cuartel general del VII ejército, que pagó en Tolosa la visita que Napoleón hizo en Madrid a los Reyes de Castilla.

Relicario de Santo Toribio de Liébana.

Volvamos a Peña Labra; al este se divisa Aradillos, la plaza cántabra que, dominada por los legionarios de Augusto, supieron sus moradores morir cantando, con tanto heroísmo como los numantinos; Julióbriga, campamento de la IV Legión; Sotoscueva, la Covadonga montañesa, y luego las Estacas de Trueba, pobladas en otro tiempo por siervos de Oña, que dieron origen a una raza de pastores y comerciantes que nos recuerdan al árabe de Babdag y al beduíno del desierto, y al mediodía, Brañosera, la villa de los fueros, la cuna de la dinastía castellana, que vió asomarse muchas veces a los campos de Castilla el albornoz y la Media Luna y a los que obligó a volver derrotados a las costas del Mediterráneo.

En el hermoso paisaje montañés hay que admirar, además de los montes y valles, de las praderas y robledales, las obras de nuestros mayores. Hoy, que es moda meterse en todo; hoy, que el turismo es una ocupación general y recreo de los hombres de pro, que les ha dado por visitar templos viejos y derruídas casonas que fueron en otro tiempo palacios de ilustres linajes, quiero yo, lector, quienquiera que seas, servirte de guía, a través del tiempo y del espacio, en una rápida excursión por la provincia de Santander; sólo siento que, siendo yo tan mal «cicerone», sea poco divertido nuestro viaje; pero no será largo, ya que me han limitado el espacio de estas páginas.

PREHISTORIA

Ofrece la provincia de Santander una espléndida civilización paleolítica, siendo abundantísimos sus restos y estando representados en sus cavernas todos los niveles arqueológicos. Desde el punto de vista artístico y antropológico son importantes por este orden las siguientes cavernas de la región montañesa: Altamira, Castillo, La Pasiega, Hornos de la Peña, Covalanas, La Clotilde, El Pendo, La Meaza, Salitre, El Haza, Santián, Pindal y la Loja.

Altamira, la caverna prehistórica más importante del mundo, la Capilla Sixtina del arte rupestre, como la han llamado muchos, está a dos kilómetros y medio de Santillana y este año pasado fué visitada por más de diez mil personas. La circunstancia de haber estado esta caverna cerrada desde fines del período cuaternario, sin que nadie haya podido penetrar en ella hasta que se empezaron las investigaciones en el último tercio del siglo pasado; el haberse encontrado pinturas rupestres bajo los escombros; el representar sus pinturas y grabados especies de animales extinguidas o emigradas a fines de la época glaciar, y la analogía que existe entre los dibujos de las paredes y los objetos «mobiliers», con tal aire de familia, que un arqueólogo, aun extraño a la Paleontología, no dejaría de clasificar en el mismo grupo, prueban hasta la evidencia en esta caverna la contemporaneidad del arte «rupestre» y del arte «mobiliar». D. Marcelino S. de Sautuola fué el primero que en el mundo descubrió las pinturas rupestres, y precisamente en la cueva de Altamira. Pertenecen los magníficos y soberbios policromos de Altamira, según el abate Breuil, a la última fase del paleolítico superior. A pocos metros de ésta se descubrió el año pasado otra caverna, que no tiene pinturas, pero sí un gran número de estalactitas, formando el más fantástico y maravilloso conjunto; en ella apareció un esqueleto completo, que se conserva en el Museo de Altamira, perteneciente a la raza llamada Cro-Magnon, de importancia antropológica. Esta cueva está aún sin explorar.

Del período neolítico son escasas las manifestaciones en la provincia.

LA MONTAÑA MONUMENTAL. RIQUEZA ARTÍSTICA (1)

Dividiré este punto en dos secciones. La arqueología religiosa en la provincia de Santander está representada por las iglesias mozárabes de Lebeña (la antigua Flevenia del cartulario de Santo Toribio de Liébana), uno de los ejemplares más típicos y completos de este estilo, que hoy es monumento nacional; San Román de Moroso, en Iguña, del que apenas quedan hoy más que los cimientos y del que escribió hace cerca de medio siglo Amós de Escalante, en «Costas y montañas», que era «gallardo tipo arquitectónico, venerable reliquia que parece arrancada del morisco suelo de Córdoba o Granada, del cual son orgullo y encanto sus análogos y semejantes», y San Juan de Socueva, en Ruesga, a orillas del Asón. Las iglesias de estilo románico más importantes son: La de Santillana, la abadía más rica de las Asturias de su nombre, la villa inerte, que ha dejado pasar los siglos sin modificar su fisonomía, la que nos habla de abades y señores, de privilegios y jurisdicciones, conserva su rica iglesia abacial y su claustro, magnífico joyel del arte románico. Cervatos, enriquecida por los condes de Castilla Don Sancho García y Doña Urraca, que ente-

(1) Véase «La Montaña Artística», «Arquitectura Religiosa y Arquitectura Civil», Santander, 1926 y 1927, por el ilustre arquitecto y C. de la Academia de la Historia D. Elías Ortiz de la Torre.

Casa montañesa del siglo XVIII.

Palacio de Donadío, en Selaya.

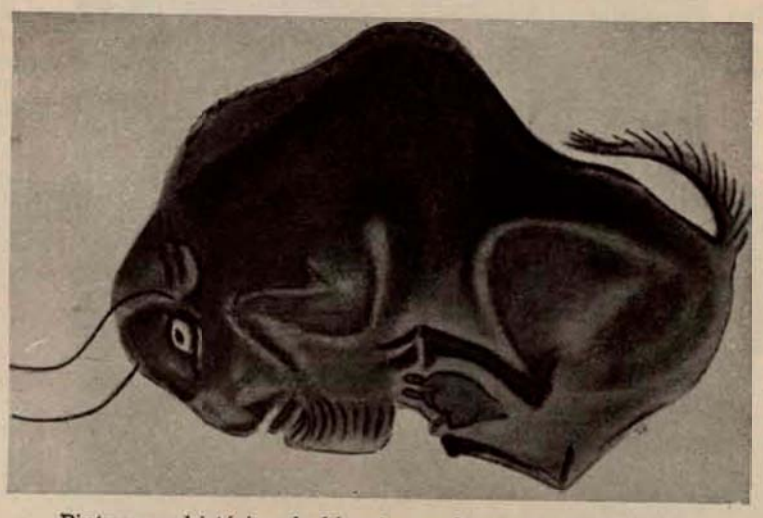
Palacio montañés del siglo XVIII.

Escultura bizantina, en el claustro de la Colegiata de Santillana del Mar.

rraron en ella a su hijo D. Fernando; Castañeda, jurisdicción de los marqueses de Aguilar, condes de Castañeda; San Martín de Elines. Los antiguos monasterios de estas iglesias se transformaron más tarde en abadías y colegiatas. Corresponden a este estilo Santa María la Real de Piasca, en Liébana; San Facundo y San Primitivo, en Silió; Rioseco, en Cinco Villas; Bolmir y Retortillo, cerca de Reinosa; de las iglesias de Sombalde y Villapaderne sólo se conservan las lápidas de las consagraciones, la primera en el 1167 y la segunda en el 1214. Bárcena de Pie de Concha, San Martín de Quevedo. La Serna y San Juan de Reicedo, en Iguña, ostentan muchos elementos de la época; pero algunas de estas iglesias están ya muy modificadas. Santa María de Cayón, San Andrés de Argomilla, feudo de los Ceballos; Bareyo, con su bellísima pila bautismal, y Santa Marina de Udalla. Entre las iglesias de transición del estilo románico al gótico: San Sebastián de Ojedo, cerca de Potes; de los últimos tiempos del románico, como Santa María de Yermo, en Cohicillos, cerca de las Caldas de Besaya; Santa María del Puerto, en Santoña, del priorato de Nájera; la cripta de la catedral de Santander, ya de franca evolución gótica, pero aun con elementos románicos; las iglesias de Santo Toribio, en Liébana; de San Vicente de la Barquera y de Laredo. La iglesia de Castro Urdiales es el edificio gótico más importante de la provincia de Santander. El estilo herreriano creó en esta provincia «un tipo de iglesia regional, severa de líneas, escueta y geométrica de masas, pero no exenta de elegancia, que perdura durante largo tiempo y se opone a la invasión del gusto barroco». (Ortiz de la Torre. Ob. cit.). Este ilustre arquitecto escribe: «La provincia de Santander posee una arquitectura civil regional de carácter perfectamente definido y diferenciado. Sus primeros brotes conocidos se encuentran en las antiguas torres, pesadas y macizas, de carácter militar y defensivo, tales como la del Merino, en Santillana de Mar (siglo XIII); la de los Borjas, en la misma villa; la del Infantado, en Potes (siglo XV), y otras muchas. De estas torres se deriva la casa cuadrada, cubierta a cuatro aguas, con hastiales escalonados y detalles plateresco poco exuberantes, propia del siglo XVI, de la cual se encuentran algunos ejemplares característicos en Santillana (casa de Velarde), en Queveda, en Villanueva de la Peña, etc. Por este tiempo empieza a generalizarse el uso del soportal, elemento típico de la vivienda montañesa.

Al finalizar el siglo XVI y comenzar el XVII, la casa montañesa se define y adquiere formas permanentes... La casa popular regional está caracterizada por su planta rectangular, cerrada, sin patio, compuesta de dos plantas; en la baja contiene un pórtico o soportal con pie derecho de madera o piedra; en el primer piso, balcón corrido o «solana», con antepecho, de torneados balaustres, cubierta a dos aguas, con saliente alero sobre la solana. La «casona» hidalga, derivada de la anterior, tiene fachada de sillería, soportal de arcos (dos, tres o más), balconaje de hierro forjado, solana muy rica, alero de profusa talla y gran escudo de piedra. El palacio presenta mayor variedad de formas: tiene planta más accidentada y va frecuentemente acompañado de una capilla y siempre de una o dos torres. La torre única puede estar en el centro, formando el núcleo de la construcción o en un ángulo de la planta: cuando es dable, se sitúa en los extremos de la fachada principal. Inútil parece decir que las casas populares del tipo antes descrito se encuentran en la mayor parte de los pueblos de la provincia; las casonas son también muy abundantes en Trasmiera, Camargo, Toranzo, Torrelavega, Iguña, etc.; pero entre todas son notables, por la riqueza de sus tallas, las de Cabuérniga.

Entre los numerosos palacios que se alzan en la región montañesa, luciendo a veces su magnificencia en los más apartados y oscuros rincones, merecen ser visitados el de los Alvarados, en Adal (Treto); el de Torre-Hermosa o Elsedo, en Pámanes, y el de Soñanes, en Villacarriedo, los tres construídos en el siglo XVIII.» (Ortiz de la Torre).



Pintura prehistórica de bisonte, en la cueva de Altamira.

EXCURSIONES

Es imposible en el cortísimo espacio que me han concedido en este libro apuntar las entretenidas y provechosas excursiones que se pueden hacer por la provincia de Santander; indicaré algunas. Se presta esta región, como pocas, a recorrerla en todas direcciones, pues a todos los valles, aun a los más apartados, llegan buenas carreteras para los automovilistas, y los ferrocarriles van de norte a sur (Santander-Reinosa), de este a oeste (Santander-Llanes) y de oeste a este (Santander-Bilbao).

Santander es, por su posición, el centro de partida para multitud de excursiones, aprovechando los días de verano que no haya alguna de las magníficas fiestas que en la ciudad se celebran: regatas, juego de polo, tenis, corridas de toros. De este modo pueden aprovecharse las delicias de su estupenda y animadísima playa y dedicar las tardes a excursiones cortas por la región, dejando para los días libres algunas a las regiones altas. En la ciudad, el turista a quien sus aficiones inclinen a las ciencias o letras tiene, además de la magnífica Biblioteca municipal, la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, en la que el sabio más grande de España en la generación pasada reunió una de las más ricas colecciones de libros, al frente de la cual está el sabio bibliófilo D. Miguel Artigas, organizador del curso para extranjeros que todos los veranos se tiene en Santander.

El turista encontrará en cualquiera de las librerías de la ciudad guías de la provincia, que le orientarán perfectamente en sus excursiones. Las más importantes son: «La Cueva de Altamira y la villa de Santillana. Madrid, 1926». «Guía de Santander, por Elías Ortiz de la Torre. Santander, 1924». «Santander. La capital, la provincia, riqueza artística, excursiones, evocaciones literarias, prehistoria, caza y pesca, agricultura, etnografía. Madrid, 1928». «Santander y su provincia, Guía práctica del turista, por J. Fresnedo de la Calzada». A este grupo de obras, dedicadas exclusivamente a los visitantes, podría añadirse otras que no tuvieron ese fin, como las obras de Ortiz de la Torre citadas: «Arquitectura religiosa y arquitectura civil»; «Costas y montañas», por Juan García (Ámos de Escalante), el escritor más artista que ha producido la provincia de Santander, para mi gusto; «Cuarenta leguas por Cantabria», por *Galdós*; «Santander», por Rodrigo Amador de los Ríos, y otras.

Las excursiones más interesantes serán a Santillana, San Vicente de la Barquera (pasando por Comillas), Solares, Liérganes, La Cavada, Castañeda. Santander a Reinosa, subiendo por Torrelavega, Cartes, Caldas, Iguña, con la hoz de las Fraguas, Bárcena y Reinosa, para volver por Nestares, Fontibre, cruzando Campóo de Arriba, para dominar desde la Frontal la cuenca del Saja, descender por ésta a Saja y El Tojo, Cabuérniga, hoz de Santa Lucía y Cabezón de la Sal. Cuenca del Nansa, Santander, Treceño, Bielba, Puente del Arrudo, Puente Nansa, Cosío, Tudanca y Polaciones, llegando a la divisoria; en el Collado de la Cruz se divisa un fantástico paisaje. Puede volverse por Liébana, bajando por Pesaguero, Cabezón de Liébana y Frama a Potes. Santander a Picos de Europa. Aunque esta excursión puede hacerse pernoctando en Potes en el viaje anterior, ya la indicaré desde Santander.

Difícilmente se encontrará una región que tenga a 40 kilómetros de la costa altitudes de más de 2.000 metros como la región lebaniega, con nieves perpetuas y toda la fauna y flora de estas altitudes. La excursión desde la ciudad por Santillana, Comillas, San Vicente y Unquera, para continuar por las gargantas de la Hermida a Potes, y luego por Cosgaya y Camaleño a Espinama, desde donde es necesario subir a caballo, hasta que se haga la carretera que está en proyecto.

Es probable que para el próximo verano haya un hotel en el macizo central de los Picos, y seguramente entonces esta región será visitadísima, porque difícilmente se encuentra otra más grandiosa e interesante.

Torre de Barreda-Bracho, hoy de S. A. R. la Infanta Paz, en Santillana del Mar.

Santillana del Mar.

Otras excursiones a Limpias, Vega de Pas, Puerto de las Alisas, Bareyo, Santoña, valles de Soba y Ruesga, Laredo y Castro Urdiales pueden hacerse con toda comodidad. «Las fotografías no dan idea de ese Saja, ni de Potes, ni de Santo Toribio, ni de los Picos de Europa; esto es grandioso y para apreciarlo hay que verlo... «Vete a este país, haz algún viaje, y... ya me dirás si tengo razón». (El marqués de Santa María del Villar).

Difícilmente se encontrará otra región de más fuertes contrastes y más variedades de paisaje que la provincia de Santander. Desde los altos Picos de Europa, cumbres de Peña Sagra y Estacas de Trueba, a los bellísimos valles de la costa hay todas las variedades de paisaje que el clima y la tierra pueden crear.

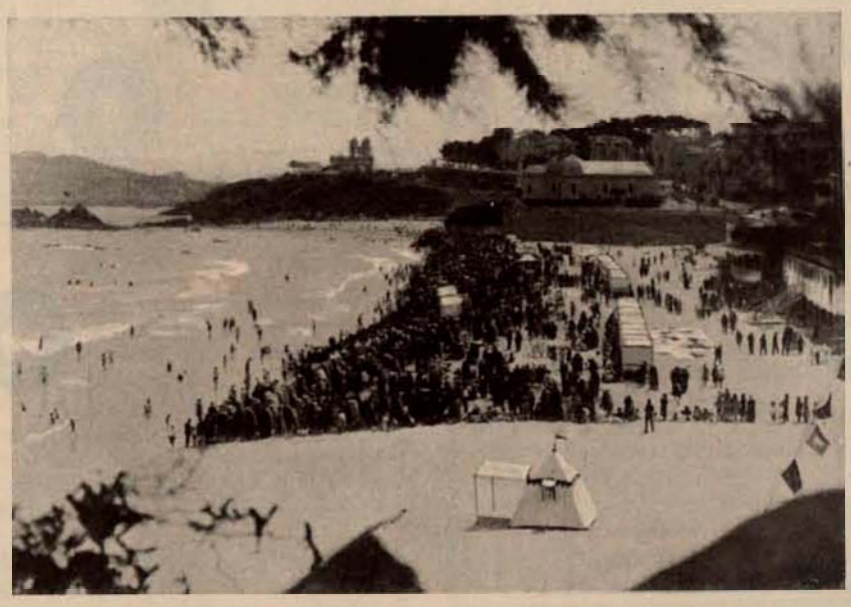
SANTANDER

POR

FERNANDO BARREDA

ALCALDE DE LA CIUDAD

La vida veraniega de Santander ha tenido un ascenso de prosperidad constante a partir de los últimos diez años. Hoy puede decirse, sin temor a pecar de hiperbólicos, que nuestras playas tienen una admiración y un brillo propios, distintos de los que aureolan otras famosas, dándolas una fisonomía especialísima y un tono peculiar que no tienen que envidiar nada a esas otras playas rivales. Santander, por su situación geográfica, como puerto natural que es de Castilla, acoge hospitalaria, fraternalmente en su seno, cada año, a numerosas familias de la meseta, desde el rico hacendado que busca en la paz de la Montaña, frente al espectáculo maravilloso del mar, el sedante que necesita para abrir de nuevo, más tarde, la ruta a la riqueza española, sobre sus tierras henchidas de generosidad, hasta el modesto rentero que se asoma a la costa cántabra ilusionado y siente el gozo de las aguas salobres en su cuerpo cansado, como una promesa de salud.



En contraste con este lienzo castellano, se ofrece el panorama luminoso y aristocrático de una Corte enamorada de

nuestro clima y de nuestro suelo, amante de Santander cual si hubiera nacido en la ciudad, que por suyos tiene a sus augustos soberanos, por españoles y por montañeses, y lleva en su corazón viva y perenne gratitud por el afecto de las reales personas a nuestro pueblo, inclinación probada, para honor de todo santanderino, en las jornadas, cada año más dilatadas y cordiales, en el sin par palacio de la Magdalena.

Aun tiene Santander otros firmes prestigios estivales: los cursos para extranjeros que organiza anualmente nuestro mayor orgullo de ciudad culta, la Biblioteca de Menéndez Pelayo, el llorado maestro cuya estela gloriosa de inmortalidad atrae de todas partes del mundo legiones de hombres sedientos de cultura que llegan con el afán de sentir de cerca el espíritu del maestro, palpitante siempre en el tesoro de sus libros. Y a tal prestigio se añade, desde el pasado año, otro también muy estimable: el que da a nuestra capital la creación del Colegio Mayor, prolongación de la vida académica y universitaria, donde encuentran cuantos aman y reverencian la sabiduría ocasión holgada de adquirirla.

Alrededor de estas estampas, tan varias, tan sugestivas, tan interesantes, giran las que dibujan las intensas corrientes de turismo, infinitos romeros de la belleza que persiguen la emoción de nuestros templos seculares, de nuestras centenarias colegiatas, la incomparable y maravillosa revelación de Santillana, la poderosa evocación de nuestras prehistóricas cuevas de Altamira, la magnífica exposición de nuestros valles, la bravura formidable de nuestras montañas...

Y se añade a estos atractivos estéticos la influencia que ha de ejercer en el mundo científico la Casa de Salud Valdecilla, la gran fundación del ilustre filántropo del mismo título, que es uno de los más legítimos motivos de orgullo nacional; un gigantesco monumento perpetuará, entre nimbos de gratitud, la memoria del liberal donante que ha de trasformar a Santander en una docta Universidad de Medicina.

Todo lo cual, al condensarse en nuestras hermosísimas playas, las hace adquirir una vitalidad asombrosa, y pone en nuestras fiestas estivales, rodeadas siempre de un amable ambiente de mundana elegancia, un hondo encanto, que vive constantemente en la memoria de cuantos de él disfrutan y que son luego los más veraces y autorizados panegiristas y divulgadores de estas horas agradables y leves del verano.

E. PÉREZ DEL MOLINO, S. A.

Entre los grandes negocios de la preciosa capital montañesa figura la CASA E. PÉREZ DEL MOLINO, S. A., que, fundada en el año 1830, ha llegado a ser de los primeros establecimientos españoles en los artículos de drogas, especialidades, productos químicos y farmacéuticos.

Forma parte de la misma el conocido y reputado Laboratorio Cántabro, donde se elaboran muchos específicos que son ya populares, como el Palmil, el Vino Pinedo, la Magnesia «Roly» y otros, acogidos tan favorablemente por la clase médica, que han de hacerse pronto insustituíbles. Nos referimos al Tricalmil recalcificante, que va imponiéndose a pesar de similares extranjeros, y el Phosmil, específico del raquitismo, que constituye por sí sólo la más sólida garantía del cuidado con que se elaboran las distintas especialidades de dicho Laboratorio.

No descuida la Casa E. Pérez del Molino, S. A., la parte que pudiéramos llamar social en su negocio, y así, por ejemplo, sus empleados disfrutan de vacaciones y gratificaciones anuales, teniendo, además, un Montepío que es un verdadero modelo en su clase y que ha sido copiado por algunos establecimientos de la capital.

El desarrollo alcanzado por esta industria montañesa, conseguido por su Gerente, D. Eduardo Pérez del Molino y Rosillo, cuya actuación comercial ha estado vinculada en todo momento al avance de la ciudad, ha servido recientemente para que Santander entero, haciendo justicia a sus relevantes méritos de ciudadano ejemplar, solicitara para él, del Gobierno del general Primo de Rivera, la medalla de oro del Trabajo.

Reservado para

PRENSA ASOCIADA DE COSMÓPOLIS

ALCALÁ, 40 + MADRID

COSMÓPOLIS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

MÁS

DIARIO DE LA NOCHE

VIUDA DE J. CLIMENT Y CÍA.

TORTOSA

JARABE

HIPOFOSFITOS

SALUD

TORTOSA

VIUDA DE J. CLIMENT Y CÍA.

LA PROVINCIA DE ALBACETE EN SU ACTUAL RESURGIMIENTO

POR

PAULINO CUERVAS

PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN

La ingente obra realizada por los Gobiernos que se han sucedido en España recientemente ha consistido en despertar la vitalidad del país, en abrir anchos cauces por donde discurran libremente las energías nacionales y en orientar su atención hacia los grandes problemas sociales y políticos que la vertiginosa y compleja vida moderna plantea dentro de cada provincia.

La profunda y vigorosa reforma de la Administración provincial y municipal ha sido una de las más importantes empresas acometidas y realizadas con lisonjero resultado por el marqués de Estella y los hombres prestigiosos que le secundaron y secundan en el rectorado de España. De ello es singularísimo ejemplo lo acaecido en la Diputación de Albacete.

Hoy posee los medios necesarios para extender su acción a todas las esferas de la actividad a ella encomendada: instrucción, sanidad, beneficencia, comunicaciones, etc.; tiene normalizados sus servicios, que perfecciona de día en día, y ha saldado sus deudas, pudiendo asegurarse, por tanto, que su estado económico es francamente próspero. Debiendo consignar, además, que con el fin de promover la construcción de escuelas y realización de obras de carácter sanitario, desde el año 1926 viene consignando en sus presupuestos grandes cantidades para subvenciones o auxilios en metálico que concede a los pueblos de la provincia.

En los edificios de la Beneficencia provincial se han introducido innumerables reformas de índole sanitaria, se ha atendido esmeradamente lo referente a mobiliario y ajuar y a cuantas necesidades pueden preverse para hacer sano y grato el alojamiento de nuestros asilados.

Se preocupa también esta Diputación en dar a sus asilados jóvenes, además de la primera enseñanza, todos aquellos medios necesarios para que puedan lograr por sus propios méritos un medio de vida honrado e independiente. Para conseguirlo se han implantado talleres de aprendizaje, perfectamente dotados de instrumental y material, al frente de los cuales figura un personal competente.

La producción de estos talleres se destina a cubrir las necesidades de los diferentes centros y servicios provinciales. Hoy día funcionan talleres de zapatería, alpargatería, tejido de punto, panadería mecánica, imprenta y encuadernación. Se han establecido clases diarias de canto y música y cursos de avicultura y apicultura, de mecanografía y taquigrafía. Asimismo a aquellos acogidos que por sus aptitudes destacan sobre los demás les costea la Diputación la carrera de maestro o maestra, perito, sacerdote, etc.

En lo que afecta a obligaciones de sanidad provincial, se ha ampliado el hospital con dos magníficos pabellones, destinados a enfermos infecciosos, con sus amplias galerías y terrazas, para someter a los pacientes a tratamiento helioterápico. Estando también en proyecto la creación de dispensarios antituberculosos, completados con un hermoso Sanatorio, para lo cual tiene nuestra provincia lugares de condiciones insuperables de emplazamiento y ambiente.

En el mismo edificio del hospital se ha instalado un magnífico gabinete de rayos X para radio diagnóstico, radiografía y radioterapia superficial, dotado con el más moderno instrumental, dispuesto en condiciones de ser ampliado para la radioterapia ultra profunda.

Recientemente se ha inaugurado la Escuela provincial de Puericultura, instalada en el mismo edificio de Maternidad y Expósitos, provista de una magnífica dotación de material para tratamiento fototerápico y con sus correspondientes salas de operaciones, laboratorio, baño, peso, etc., comprendiendo también la enseñanza de prácticas de Puericultura a las madres.

Figura, además, como programa de esta Diputación la construcción de un manicomio, teniendo asignada para ello la cantidad de 300.000 pesetas de inversión en el presente ejercicio.

En el palacio de la Diputación provincial se han efectuado importantes reformas en el salón de sesiones y en los diferentes departamentos que integran el edificio.

El cruce del ferrocarril de Baeza a Utiel por nuestra provincia hizo que la necesidad tan sentida de impulsar la ejecución de caminos vecinales adquiriese un grado tal de urgencia, que la Diputación no dudó en acudir a la contratación de un empréstito, como único medio de impulsar y encauzar las corrientes de riqueza que de ese ferrocarril habrían de derivarse. El plan de caminos vecinales, que había de acoger las necesidades nuestras, precisaba la ejecución de 600 kilómetros, y al actual Gobierno debe esta provincia la contratación del empréstito de 8.266.690,81 pesetas, necesario para la ejecución de ese plan, y el amplio horizonte de progreso que nuestra agricultura, industria y comercio han de conseguir.

Otro problema de gran trascendencia para nuestra provincia es el relacionado con la agricultura, y aunque hasta hoy día el centro de verdadera importancia en este aspecto es la Estación agropecuaria, que procura por cuantos medios tiene a su alcance divulgar y hacer llegar a los labradores los conocimientos indispensables para mejorar sus cultivos y ganadería, paralelamente a tan valiosa ayuda con que cuenta la provincia se ha subvencionado la implantación de un vivero central, que será base para nuestra repoblación forestal. Con el apoyo entusiasta de la Comisaría de la Seda, se ha creado asimismo un importante vivero de moreras y se han establecido diez Estaciones termo-pluviométricas, que en plazo no lejano han de rendir gran utilidad.

Tiene la Diputación en proyecto la creación de un vivero para vides americanas y de una escuela práctica donde se facilite al obrero los conocimientos relativos al manejo y conducción de la maquinaria agrícola, problema este último de gran trascendencia para nuestra provincia, esencialmente agrícola.

Por no hacer demasiado extensa esta reseña de la labor de la Diputación, no haremos más que indicar el esfuerzo de cultura que se está realizando en estos últimos años, en el que destaca el Museo de la Comisión de Monumentos, Biblioteca popular y circulante—con excelente acogida—, Fiesta del Libro, Fiesta de Reyes, gestiones y aportaciones de todos los órdenes para la Exposición Ibero-Americana, pago del aumento gradual de sueldo a los maestros de la provincia, etc., etc.

En el aspecto administrativo, dos orientaciones figuran como programa principal para nuestra provincia: la recaudación directa de cédulas y la de las contribuciones del Estado. En conseguir todo esto pone la actual Diputación sus entusiasmos.

Hoy puede decirse que la Diputación de Albacete no reconoce otro caciquismo que laborar por el fomento y expansión de nuestras actividades y riqueza, en sus diferentes aspectos—agrícola, comercial, etc.—, seguros con ello de que al llevar a nuestros pueblos trabajo, cultura y, por consiguiente, bienestar, lo que antes era «recuento de votos» se ha trocado hoy por un ansia de progreso y civilización, paz y caridad, que son las características principales de la Dictadura española.

Paralelamente a esta orientación destaca la labor que están realizando los Municipios de nuestra provincia. No hay pueblo, por pequeño que sea, que no tenga en proyecto o ejecución la traída de aguas, alcantarillado, escuelas, matadero, mercados, adecentamiento y decorosa instalación de su Ayuntamiento, dotación eficaz y adecuada de los diferentes servicios municipales, de incendios, de beneficencia, de sanidad, pavimentación, etc.

Culminan en esta política, en primer lugar, el Ayuntamiento de la capital, con la reforma de su red de distribución de aguas, haciéndola capaz para una población de 70.000 habitantes; su magnífica Casa de socorro, escuelas graduadas y normales para ambos sexos, pavimentado del 40 por 100 de la superficie de sus calles, aparte del sinnúmero de reformas y ampliaciones en los diferentes servicios a su cargo. Sigue en esta labor el Ayuntamiento de Hellín, con su moderna y amplia red de alcantarillado, que será complemento de un proyecto de abastecimiento de agua, actualmente en ejecución. Ha construído cinco grupos escolares, los dos últimos verdaderamente magníficos; cárcel y cuartel de la Guardia civil; tiene en proyecto el palacio municipal y se han mejorado notablemente todos los servicios municipales.

Los Ayuntamientos de Villarrobledo, Almansa, Madrigueras, La Roda, Casas-Ibáñez, Caudete (por no citar sino los más destacados) y la mayoría de los 86 con que cuenta la provincia, han realizado importantes mejoras urbanas, en tal profusión, que constituye un asombro con las antiguas quietudes estériles.

Hasta pueblos tan pequeños como Alborea, Alatoz, Minaya, Recueja y otros tantos, hanse esforzado por su prosperidad local en forma tanto más plausible cuanto menos son los recursos económicos de que pueden disponer.

Lo que acredita, como antes se dice, que el resurgir vital de la provincia de Albacete, como el de todos los pueblos españoles, es algo tan palpable que por nadie puede desconocerse en justicia y en verdad, según acreditan los hechos a que tan someramente nos venimos refiriendo.

Crónica general de la provincia de Albacete

por

Ernesto Martínez Tébar

Periodista

UNOS ELOGIOS DE COMIENZO

Albacete es un pueblo nuevo, de vigor positivo en el campo del progreso, destacado principalmente en la época moderna gracias a su noble y decidido esfuerzo, a su laborar constante.

Ello no quiere decir que su historia carezca de interés, como demostraremos después, pues la capital ha vivido momentos de intensa conmoción en el pasado, y ciudades y lugares de la provincia fueron teatro de sucesos extraordinarios, de fuerte relieve, que no pueden olvidarse, ya que constituyen páginas muy gloriosas de la historia patria.

Pero, antes de entrar en estas consideraciones, creemos un deber hacer la presentación de nuestra provincia, diciendo a los lectores, por boca del ilustre escritor señor Encina y Ortega, que «el suelo albacetense, lejano límite de la vastísima Castilla, participa de los encantos que hacen famosas a las regiones fronteras suyas, y nacen en él cuantas plantas y frutos dan valor y magnificencia a los campos, que, llanos en su mayoría, despiertan la imaginación con sus anchos horizontes y hállanse preñados de olores y de armónicos ecos, dulces y placenteros para el ánimo. No importa que el cierzo del invierno arrecie el clima, porque luego truécase apacible y orea allí el semblante vientecillo galeno, que sopla desde los altos vergeles de las sierras de Alcaraz, del puerto de Almansa o de las montuosas quebradas de Yeste, y corona la comarca un cielo luciente, sereno y brillante en las plácidas y soñadoras noches, limpio y diáfano en los días que amanece más rosada y hermosa la aurora, y parece más esplendoroso el sol, a cuyos cálidos destellos las semillas todas germinan, las flores se abren y los frutos se sazonan. Rústicos caseríos de labradores, que llaman aldeas, blanquean en medio de rosados azafranares y de feraces vegas, o rayanos a vastos espartales y bosques de pinos, carrascas, romeros, espliegos y aliagas amarillas.

Ni faltan potables aguas, manantiales en veneros caudalosos, ni es pobre de ríos de nombradía, como el Júcar, cuyas verdes riberas alárganse, cruzando el suelo valenciano y el Mundo y el Segura, que ora entre pantanos, ora entre los setos de mil y mil huertos, ora bañando pantanosos arrozales, ora también entre la bardomera que arrojan las corrientes sobre los accidentes de los cauces, caminan y caminan con un rumor que semeja suspiros, buscándose como dos enamorados, hasta que se encuentran y confunden sus retozonas ondas ya en tierra de Murcia, festejando los esponsales con chasquidos de besos bajo los azahares de aquella huerta.»

Y por si esto no fuera bastante transcribimos unas líneas de nuestro ilustre paisano el marqués de Molíns, ingenio preclaro, justamente estimado por su valimiento intelectual, que avaló su esclarecido linaje, en las que pinta con pluma de oro lo que es la Mancha, de la que gran extensión de Albacete forma parte: «... y que tienen derecho a llamarse manchegas las que en mi tierra albacetana recibieron las aguas bautismales en los llanos de La Roda o en las colinas de Alcaraz...

... Pues ahora bien; si a pesar de esa monótona injusticia de la Naturaleza y de lo cruento de su historia, la tal comarca goza de más renombre y fama que otras extensas repúblicas y poderosos imperios y es más conocida de propios y extraños que el mismo Potosí con sus minas, y aun que Ceilán con sus diamantes, ¿a qué puede razonablemente atribuirse su notoriedad y nombradía, sino a las cualidades, ya morales, ya físicas, de sus habitantes y, según yo presumo (y con perdón de la Academia sea dicho, porque para el caso presente importa), al mérito y valor intrínseco y extrínseco de sus habitantas?»

Calle del Marqués de Molíns, en Albacete.

Pasaje de Lodares, en Albacete

Palabras de Pérez Escrich, que vienen en apoyo de tales elogios, son las de «que la Mancha es un país tan hermoso como rico y tan rico como hospitalario; pero, por desgracia, muchos hablan de ella por rutina y sin conocerla; tanto peor para ellos: la ignorancia sólo debe inspirar compasión.»

Y nosotros, que nos honramos con ser hijos de esta tierra y que sabemos de sus virtudes hidalgas, tenemos que proclamar, por verdad y por justicia, que la provincia de Albacete alienta en el espíritu de laboriosidad y honradez que imprime nobleza en las almas, sencillez en las costumbres, afanes en el trabajo, lealtad en las acciones...

Demostración cumplida de estas verdades, aspiramos a dejar sentada en esta crónica si el acierto acompaña a la voluntad.

. . . . . .

AL CORRER DE LA HISTORIA...

Remontándonos a la octava centuria, donde encontramos los orígenes de Albacete, parece que estos campos fueron teatro de las correrías y luchas civiles de los muslimes. Como primera noticia cierta y hecho de importancia, la historia albacetense (nos sirven de mucho en nuestra recopilación los apuntes del señor Sánchez Torres) muestra un encuentro en campo de Albaseyt entre el ejército de Alhakem I el Sabio y las fuerzas que acaudillaban sus ambiciosos tíos Suleimán y Abdallah, en la que venció el primero y murió Suleimán. Puesto cerco al albergue en que se refugió Abdallah, fué incendiada la población, que quedó convertida en escombros y ruinas, pereciendo los que no pudieron huir.

En el apogeo del califato de Córdoba, la fortaleza de Albaseyt perdió importancia, quedando reducida a servir de atalaya o telégrafo óptico.

Más tarde compartió la constante agitación a que dieron lugar las contiendas entre cristianos y mahometanos, en los siglos IX y X, señalándose como hecho más memorable la batalla librada cerca de Albacete entre Safal Dola, último emir de los Beni Hud de Zaragoza y los castellanos, que terminó con el triunfo de éstos, pereciendo Safal en la encarnizada lucha.

En tiempo del Infante Don Juan Manuel, Albacete, que dependía de Chinchilla, pasó a los cristianos, si bien siguió habitada por los moros que conservaron sus usos, costumbres y leyes.

También fueron estas tierras, durante bastantes años, testigo de las luchas entre Don Jaime I y su yerno Alfonso el Sabio, entre Don Sancho IV y Don Alfonso de la Cerda o entre éste y Don Fernando IV, y por último entre Don Pedro y Don Enrique, dando lugar a frecuentes donaciones, hasta que, en 1296, se apoderó de Albacete Don Jaime II de Aragón, que le retuvo en tanto se marcaron los límites de los dos reinos cristianos. Siguió por entonces dependiendo en el orden administrativo y militar de Chinchilla y en lo jurisdiccional del marquesado de Villena, aumentando su población, que llegó a tener unos 600 vecinos. En 1375, por privilegio del marqués de Villena, se erigió en villa, quedando segregada de Chinchilla, lo que confirmó Enrique II en 8 de noviembre de 1415, y más tarde, con nuevas concesiones y privilegios, Enrique III, Juan II y Enrique IV.

Merece también consignarse que, en tiempo de la dinastía de Trastamara, sufrió Albacete un saqueo por parte de Aben Osmin Ahnaf (el cojo), usurpador del trono de Granada en 1447.

Nos satisface hacer constar que Albacete se mostró partidario de Doña Isabel la Católica, sometiéndose a ésta en 1475 y obteniendo por esta temprana sumisión muchos privilegios en remuneración «de los muchos e buenos e leales servicios» y que se

confirmaran los anteriores, a más de la obtención de otras estimables mercedes, consolidadas más tarde por Doña Juana.

En 7 de noviembre de 1558, Felipe II ratificó los anteriores privilegios y concedió nuevas mercedes, entre ellas la ampliación del término municipal, por sus excelentes y leales servicios en la guerra de las Alpujarras, y con Felipe III, Felipe IV y Felipe V obtuvo la confirmación, a más de otorgarle el último, en 21 de noviembre de 1706, un privilegio para celebrar una feria y mercado francos en 6 de marzo de 1710.

En el reinado de Fernando VI, Albacete consiguió una nueva ampliación de su término, y con Carlos IV la gran mejora del canal de María Cristina, que tantos daños remedió y beneficios acarreó, lo mismo sanitaria que económicamente, en cuya consecución ejerció notable influjo el conde de Villaleal en una visita del Rey a Albacete. Este monarca hizo una confirmación de los anteriores privilegios, llamándola ya con el dictado de «noble, leal y fiel villa». En el «Atlante español», que se imprimió en 1778, se cita a nuestra villa como una de las grandes, nobles y famosas de este reino.

La guerra de la Independencia nos trajo considerables perjuicios, agotando la villa sus recursos de hombres y dinero. Con verdadero entusiasmo, Albacete contribuyó al triunfo de nuestra causa en defensa de la integridad de la patria. Entre los hechos memorables de su actuación en esta campaña merece consignarse el de que desde el 19 de abril de 1808 interceptó toda la correspondencia francesa que en posta remitían las autoridades de Madrid a los cónsules de Cartagena y Alicante, y viceversa, estimables servicios que la Junta Suprema de Gobierno premió concediendo que uno de los regimientos que para la guerra nacional se formasen se titulara de Albacete, nombrando la villa coronel y oficiales.

Además, por donaciones de los vecinos se sostuvo un hospital, en el que se prestó asistencia a gran número de enfermos de ambos ejércitos que se quedaban en la villa en las innumerables ocasiones que por ella pasaban; atendió, superándose a lo que sus fuerzas permitían, a las peticiones constantes que se le hicieron para subvenir a la subsistencia de las tropas regulares o partidas de guerrilleros, así como otros gravámenes que se le impusieron, y sufrió dos verdaderos saqueos, uno por la división de Monrey, en 6 de julio de 1808, y otro por la del general Montoneu, en enero de 1812. Por los continuos esfuerzos y sacrificios de los albacetenses, en su afán de contribuir a la salvación de la patria, se hicieron acreedores a que, en repetidas ocasiones, las Juntas superiores dieran las gracias a las autoridades locales, siendo digno de consignar que, no obstante aquellos sacrificios, nada se debía en 1812 por contribuciones ordinarias y extraordinarias.

Ya en el trono Fernando VII, Albacete dedicó sus fuerzas a procurar por su mejoramiento material e intelectual y a atender a las obligaciones de alojamientos, suministros y bagajes, armar un batallón de milicia nacional en 1821 y más tarde un centenar de soldados realistas, con otras pesadas atenciones que afectaban grandemente a su erario.

En 30 de noviembre de 1834, bajo el reinado de Isabel II, se crea la provincia de Albacete, con la capitalidad en la villa, contribuyendo a ello, según parece, entre los merecimientos por servicios prestados y su envidiable situación geográfica, el relieve que le hizo adquirir la existencia de su Audiencia territorial, creada en 26 de enero del mismo año.

El título de ciudad lo adquirió por decreto de 26 de noviembre de 1862, «en consideración a la importancia que por su población y riqueza...»

En la guerra civil de los siete años fué visitada por los dos bandos contendientes con bastante frecuencia, sufriendo también continuos impuestos y gravámenes, aparte de haber armado un batallón de policía urbana.

Conviene mencionar que desde la creación de nuestra provincia hasta la declaración de ciudad a favor de la capital se intensificó notablemente el progreso de Albacete, con diversas mejoras urbanas, servicios públicos de beneficencia, establecimientos de cultura, fundación de periódicos, de una Academia de literatura, escuela de escribanos, matadero y servicio de abastecimiento de aguas, casinos, etc. Este crecimiento se observó al propio tiempo en su población, que pasó de 12.000 habitantes, que tenía en 1843, a 17.000, que alcanzó en 1862.

Así llegamos al reinado de Amadeo I, que no ofreció sucesos de gran monta, cuyo monarca hizo dos visitas a esta capital, una en la noche del 31 de diciembre de 1870 y otra en 2 de septiembre de 1871, siendo objeto en ambas de cariñosos recibimientos que le hicieron con su proverbial cortesía los albacetenses.

La República no causó alteración alguna de interés en nuestra ciudad.

Con indignación se vió el levantamiento carlista y la insurrección cantonal de Cartagena, aportando hombres y dinero para combatirlos. Entre los hechos más salientes de esta etapa mencionaremos la toma de la ciudad por las fuerzas de Santés, en 10 de enero de 1874, que llegó con 3.000 hombres de Infantería y algunos caballos, logrando su propósito tras inútil y obstinada defensa.

En estos tiempos, como lógica consecuencia de tales revueltas, se hizo bien poco por el mejoramiento moral y material de la ciudad, empezando ya en el año 75 otra era de actividad, obteniéndose estimables mejoras, sobre todo en el orden económico.

Y ya en los últimos años del pasado siglo y en los que van del presente, la historia albacetense ha ofrecido pocas alternativas dignas de especial mención. Sin embargo, es muy interesante la vida de la ciudad en esa época por el avance logrado en su progreso. Los Municipios que se fueron sucediendo tuvieron a gala que esa marcha floreciente no se detuviera en el camino de su mejorar incesante, y con ellos el pueblo entero, por su propio esfuerzo, sin apoyos exteriores, edificaron este Albacete de hoy de tanta vitalidad. Múltiples mejoras urbanas, diversos servicios logrados de día en día, fueron formando la ciudad moderna, que nos ofrece en su rápido resurgir muchos motivos de admiración.

Detalle de la iglesia de Santa María, en Chinchilla. (Foto Cangas)

Y dejando Albacete, haremos un ligero bosquejo de los aspectos más interesantes que la historia de la provincia ofrece, especialmente en aquellas ciudades que por su emplazamiento estuvieron llamadas a desempeñar puestos de honor en épocas pasadas y a ser escenario de muchos sucesos de singular relieve.

Así ocurre con Alcaraz, considerado como «llave de España» por su situación en medio de las provincias de Toledo, Murcia, Granada, Jaén y «la Mancha».

Pérez Pareja afirma que Alcaraz es de las ciudades más antiguas de España. En su opinión, en el año 2057 de la creación del mundo fué edificado el inexpugnable castillo, y la ciudad se llamó Augusta Briga, por haber tenido en ella su corte el monarca de este nombre. También establecieron en ella su corte los griegos, llamándola Castaón el Rey Theodomiro, y más tarde los cartagineses. En la invasión de los bárbaros del Norte se posesionaron de la ciudad a las órdenes de Gunderico, no sin resistencia y por poco tiempo.

Otros atribuyen su fundación a los sarracenos. En las tablas de Ptolomeo aparece esta ciudad de la Celtiberia con el nombre de Urcesa, que los árabes convirtieron en el de Al-Karrash.

Según Pérez Pareja, fué saqueada por Ordoño II hacia el año 900.

Alfonso I de Aragón llevó hasta ella sus armas en 1123, poniéndole sitio en 1125, que hubo de abandonar ante la resistencia musulmana. En 1213, el 18 de mayo, se rindió a Alfonso VIII de Castilla, a pesar de la tenaz resistencia que se le ofreció. Penetró el monarca castellano con el arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Ximénez, quien consagró la mezquita mayor, convirtiéndola en templo cristiano. Este monarca dió el señorío de ciudad a Alcaraz y así perteneció al arzobispo y sus sucesores largos años, disfrutando, entre otros privilegios, del llamado Fuero de Cuenca.

En 1239, el Rey San Fernando agregó la tenencia de Alcaraz a los honores que D. Diego de Haro había recibido en herencia de D. Lope, su padre.

En esta ciudad recibió el Infante Don Alfonso a los embajadores del Rey de Murcia, quien se puso bajo la protección del de Castilla como vasallo contra el Rey de Granada; y en ella se avistaron Don Jaime de Aragón y su yerno Don Alfonso de Castilla, en 1265, para convenir el mejor modo de hacer la guerra a los sarracenos, asistiendo a la entrevista la Reina Doña Violante.

Las disensiones entre cristianos y musulmanes originaron que repetidas veces fueran taladas las campiñas de Alcaraz.

En 1428, Don Juan II quiso entregarla a su hermana Doña Catalina, como compensación de lo que le pertenecía por herencia de Don Enrique, su padre. Pero la ciudad se opuso, y sus caballeros resolvieron morir antes que entregarla «ni al Rey en persona», siendo inútil la donación.

Enrique IV otorgó prerrogativas a la villa, anexionándola para siempre a la Corona. En 1460, como Don Enrique IV cediera al Condestable la fortaleza de Montesa, los caballeros de Alcaraz creyeron se tratabade su ciudad, y, celosos de sus fueros, se levantaron en armas para oponerse, hasta que se desvaneció la sospecha, mereciendo por esta duda una seria admonición del monarca. Más tarde, al saber que la segunda mujer de Don Enrique, Doña Juana de Portugal, había cedido la ciudad a su primo el conde de Carrión, enviaron un emisario, al que contestó la Reina deshaciendo tales temores. Pero el mismo monarca hubo de ceder luego a las peticiones de Juan Pacheco, relativas a la ciudad, lo que dió lugar a que la villa alzara su bandera por los Príncipes Don Fernando y Doña Isabel; ayudados en esta empresa por el conde de Paredes y D. Alfonso de Fonseca, señor de Coca, y el Obispo de Avila, resistió Alcaraz el asedio del marqués de Villena, por lo cual y por su adhesión a los Reyes Católicos éstos la concedieron los títulos de «muy noble y muy leal».

En 18 de abril de 1526, por Real cédula del Emperador Carlos, fué donada la ciudad a la Emperatriz, según el cronista Sr. Blanch.

Seguros de obtener datos curiosos e interesantes, pasamos luego a rebuscar en la historia de Chinchilla, otra de las ciudades más prestigiosas de la provincia en el pasado, cuya fundación se atribuye a Hércules el Grande. Dícese que destruída por los invasores septentrionales fué repoblada por Chintila, que le dió el nombre que lleva, y también que en tiempo de los árabes fué una de las principales ciudades del reino de Murcia.

Perteneció a los Reyes de Aragón hasta Alfonso VIII el Emperador, quien la ganó a aquéllos en sus guerras con Don Ramiro el Monje, y más adelante Jaime II la conquistó, con todo el reino de Murcia, del poder de Fernando IV.

El Rey Don Juan II—que otorgó el título de ciudad—la cedió, con el marquesado de Villena, a su hermana Doña Catalina, esposa del Infante D. Enrique, orden que luego revocó por alteraciones y trastornos originados por éste, lo que dió lugar a que el desposeído intentara apoderarse de ella, sin conseguirlo.

La ciudad contribuyó mucho, en 1385, a las guerras de Castilla con Portugal y después con Aragón en 1411. Para la conquista de Granada acudió también con numerosa hueste de hombres y caballos, al mando del capitán Juan de Barnuevo, hijo de la ciudad.

En sus campos, hacia la mitad del siglo XV, se libró cruenta batalla contra los sarracenos y fué asimismo testigo de las luchas intestinas entre los partidarios de López Pacheco e Isabel, hasta el 17 de enero de 1477, que quedó por los Reyes Católicos. Una nueva sublevación, en 1479, fué sofocada, terminando con la capitulación del marqués de Villena, en 1480.

En 6 de agosto de 1488, los Reyes Católicos visitaron Chinchilla, haciéndoseles un recibimiento grandioso. Entraron bajo palio en la iglesia de Santa María del Salvador, después de jurar sobre los Evangelios confirmar los privilegios, cartas, ordenanzas, usos y costumbres de la ciudad.

Chinchilla, en 1766, fué capital del regimiento de su nombre, núm. 32, que alcanzó muchos laureles en Tolón, Ocaña, Vélez, Lérida, Zaragoza, Arquillos y

Vista panorámica de Jorquera. (Foto Belda.)

Castalla, en la guerra de la Independencia; y en Medina de Pomar, Guernica, Ramales y otros puntos en la civil, que acabó con el abrazo de Maroto y Espartero, en Vergara.

En la guerra de la Independencia, en 1812, sufrió la ciudad el asedio de los franceses, que abrieron, tras obstinada lucha, brecha para tomar la ciudad, lo que les permitió el hecho de que un rayo que cayó en la habitación donde se encontraba el teniente coronel Cearra, que guarnecía la plaza con 200 hombres produjera a éste la asfixia e hiriera a unos 50 de sus acompañantes, circunstancia que causó la consiguiente depresión moral en los heroicos defensores de la fortaleza, que se vieron obligados a entregarse al faltar el jefe.

También sufrió e intervino en las contiendas de la guerra civil y por su importancia siguió tomando parte activa en la marcha de la vida política del país, hasta que los tiempos modernos, con su renovación constante, fueron menguando aquel poderío, que por su situación especial no podía subsistir. Su castillo fué convertido en prisión central, que recientemente ha sido trasladada por la inclemencia del clima.

También mereció las predilecciones de la historia en nuestra provincia, con hechos memorables, la ciudad de Almansa, que trae origen de remota antigüedad, pues se afirma que hubo de ser reedificada en la época cartaginesa, siendo llamada por los romanos Almántica.

Entre otros preciados privilegios que obtuvo la ciudad merece citarse uno de los Reyes Católicos concediéndole la facultad de no poderse enajenar.

Felipe IV la erigió en plaza de armas el año 1640. Después, para conmemorar la gloriosa batalla de 25 de abril de 1707, obtuvo el dictado de Fidelísima y la facultad para la celebración de feria franca por quince días. Antes, en el reinado de Alfonso X el Sabio, le fué otorgado el Fuero de Cuenca y las franquicias que gozaba el Concejo de Alicante, en 15 de febrero de 1303.

Sin espacio para reseñar la grandiosa jornada que tomó el nombre de batalla de Almansa, diremos, refiriéndonos a ella, que significó la completa derrota del Archiduque Carlos en los campos de la ciudad, por las tropas afectas a la causa de Borbón. En esta memorable jornada, que significa un timbre de gloria en la historia patria, se hicieron al enemigo de 6 a 8.000 muertos y unos 5.000 prisioneros, dato que demuestra la importancia que tuvo.

Por lo que tiene de relación con aquel gran suceso histórico, citaremos el caso curioso de que, durante las fiestas que en el mes de mayo dedica la ciudad a su Patrona la Virgen de Belén, un tradicional personaje sobrenombrado «Vitorero» sale a tambor batiente del Ayuntamiento para recorrer la ciudad, marcando la carrera que en la misma tarde ha de llevar la procesión general; viste amplia capa bordada con ricas sedas de variados colores; lleva cubierta la cabeza con empinada montera, a guisa de mitra pontifical por su forma, empuñando una pesada maza de alabarda, cuyo traje, según la leyenda, se cogió por un ascendiente del que lo usa en las inmediaciones de Almansa el día en que se decidió la batalla.

En la guerra de la Independencia y en las luchas carlistas también tomó parte activa esta ciudad, aportando sus esfuerzos con su reconocido patriotismo.

Cerca de Almansa nos brinda interés histórico la villa de Caudete, de origen árabe, que fué tomada por San Fernando, pasando a Jaime el Conquistador en 1241, después a los caballeros de Calatrava y en 1243 a Castilla.

Su castillo fué importante fortaleza y entre los privilegios que se le concedieron contó el muy estimable de tener voto en Cortes.

En 1429, en la guerra de Don Juan II de Castilla con Don Alfonso V de Aragón, puso sitio a Caudete y lo tuvo en su Corona hasta 1436.

En la guerra de la Independencia también intervino eficazmente la villa de Caudete, que al intentar ser tomada por los franceses ofreció tenaz resistencia, realizando varias salidas que le causaron bastante quebranto, teniendo que rendirse finalmente ante la enorme superioridad del enemigo.

Hemos de destacar también entre las ciudades históricas de la provincia a Hellín, cuya fundación, según algunos autores, se remonta a gran antigüedad. Su título lo ostenta hace más de cuatro siglos.

Anexionada un tiempo al marquesado de Villena, el Rey Enrique III la segregó en 1400 y la incorporó al Real patrimonio, al que ya había pertenecido. En los comienzos del reinado de Felipe V acreditó la villa su fe y respeto al soberano.

El Emperador Carlos V, cuando, destruída por furioso temporal la armada que se aprestó para la toma de Argel, desembarcó en Cartagena y de regreso a *Madrid tuvo que hacer noche en la villa* de Hellín, concedió a la misma un día de mercado semanal y la eximió del pago de los derechos de portazgos y aduanas.

Dice Morote que esta villa fué uno de los dos pueblos que en el reino de Murcia se propusieron al Emperador Carlos V para su favorable habitación.

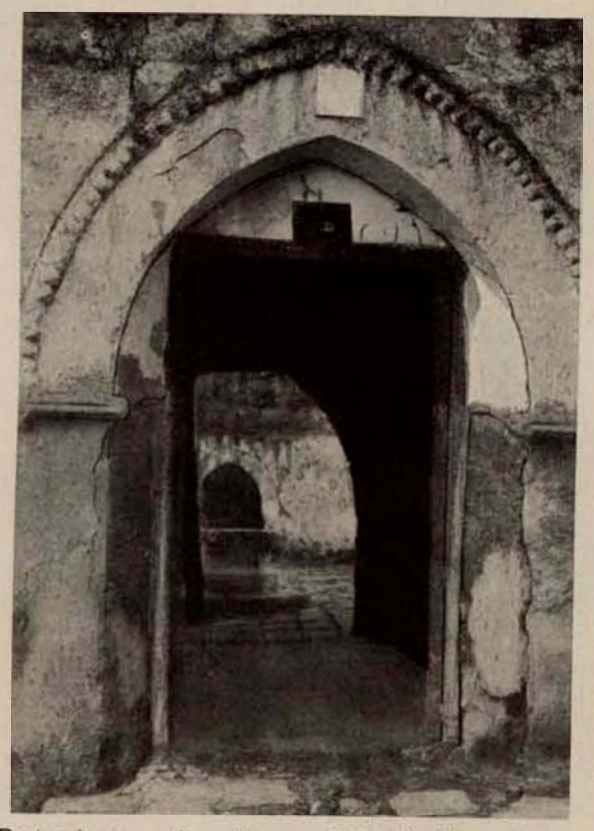
Fué conquistada por Alfonso IX. En los primeros años del siglo XV fué teatro de dos encarnizados encuentros entre unos 5.000 moros, procedentes del reino de Granada, y un corto número de cristianos, que les obligaron a dispersarse.

Concedieron a Hellín importantes privilegios y exenciones los Reyes Don Alfonso y Don Sancho y el Infante Don Manuel, que confirmó luego Felipe II.

En 1569 este pueblo prestó socorro, con más de 400 hombres, a la ciudad de Huéscar, sitiada por unos 9.000 moros, obligándoles a levantar el cerco, en unión de las fuerzas llegadas de otros puntos.

Tomó parte, prestando estimables servicios, la ciudad en la guerra civil carlista y con ocasión de la sublevación cantonal de Cartagena, habiendo sido ocupada la población, con los naturales trastornos. El 14 de agosto de 1823, las tropas constitucionales libraron una sangrienta acción con las fuerzas de los realistas, éstas en mayor número, y en el magnífico puente de sillería de Isso los rechazaron varias veces. En estos encuentros se distinguieron los activos milicianos de Hellín, a las órdenes del capitán D. Tomás Martínez.

Pasando luego a La Roda, población de recio espíritu manchego, al inquirir en su pasado histórico nos muestra vestigios romanos y cartagineses. En su castillo cuéntase que se recogió un moro que haciendo vasallaje al Rey Don Alfonso VI se le rebeló e hizo fuerte después, matando traidoramente al conde Don García y al ilustre Don Ramiro, enviados por el monarca para reducir a aquél a la obediencia; más tarde fué dominado, vengando tan alevoso proceder. Ganada otra vez esta fortaleza por los musulmanes, de nuevo se recuperó por las armas de Alfonso XI.



Restos de un mesón antiguo en Chinchilla. (Foto Belda.)

Con referencia a la posición céntrica que ocupa entre las diócesis de Toledo, Cartagena y Cuenca, se cita el dato curioso, que por lo mismo anotamos, de que en el sitio conocido por «los obispos», en Cerros Verdes, había un mojón donde los tres prelados podían comer en una misma mesa, sin salir cada uno de su respectiva jurisdicción.

Por ser La Roda punto céntrico del marquesado de Villena se celebraron allí juntas generales, relativas al gobierno y mejor servicio de las poblaciones. Importantes privilegios le fueron concedidos por el Infante Don Manuel, y en carta de la Reina Doña Isabel, confirmada por Felipe II, se expresaba que no podía venderse la villa ni ser sacada de la corona real, con facultad de poder matar a quien fuere a tomar posesión si el Rey la enajenaba a alguno.

Merece citarse también la intervención que tuvo en las luchas civiles y de la Independencia.

Nombraremos después a Villarrobledo, que fué la primera de las villas que alzó su pendón a favor de los Reyes Católicos, y de las que apoyaron la sublevación en contra del marqués de Villena, sosteniendo sus tropas con los recursos propios, en razón de estar justamente irritados sus habitantes por haberles arrebatado el padre del marqués los fueros y privilegios que disfrutaban, sometiéndoles a Belmonte en concepto de aldeanos suyos, hasta que tras diversas luchas, sometido el de Villena, la villa recobró por completo todos sus derechos, quedando incorporada a la Corona de Castilla.

Como hechos memorables citaremos también que muchos hijos de Villarrobledo acudieron a alistarse con los Reyes para la conquista de Granada y que el alzamiento de las comunidades no quisieron secundarlo, cuyo proceder mereció la confirmación de sus privilegios. Por estos y otros servicios a la Corona mereció el dictado de «muy noble y leal».

El 20 de septiembre de 1836, una división del Ejército nacional, mandada por el general Alaix, libró encarnizada batalla con los carlistas, posesionados de la villa y mandados por los cabecillas Gómez y Cabrera. Esta batalla, llamada de Villarrobledo, tras dura lucha determinó la derrota completa de los carlistas, que dejaron 1.274 prisione-

Una perspectiva de Alcalá del Júcar. (Foto Belda.)

ros, la bandera y las cajas del tesoro de la división de Gómez. El general Alaix fué condecorado por este hecho de armas con el título nobiliario de vizconde de Villarrobledo y con la cruz de San Fernando.

Otros pueblos de la provincia—especialmente Casas Ibáñez, que jugó papel muy importante en las contiendas carlistas y puso a contribución su decidido esfuerzo por la causa realista—, pero con sucesos de menos importancia, tomaron parte en los distintos hechos de relieve que llenan tantas páginas de la historia patria, desde las primeras dominaciones a las guerras civiles, y siempre todos dieron muestras de su cariño a la integridad nacional, sirviendo con nobleza a esta causa.

Lo expuesto, aunque sólo brevemente, podrá decir del honroso papel ocupado en la Historia de España por la provincia de Albacete, respondiendo en todo momento a su tradicional hidalguía y patriotismo.

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA, ADMINISTRATIVA Y CULTURAL.—OTROS ASPECTOS

La provincia de Albacete confina al N. con la de Cuenca; al E., con las de Valencia y Alicante; al S., con las de Murcia y Granada, y al O., con las de Jaén y Ciudad Real. Esta demarcación le hace afectar una figura análoga a la de la Península Ibérica.

La posición geográfica de Albacete (iglesia de San Juan) la sitúa al SE. de la península, entre los 38° 59'44,13" de latitud y 1° 49'53,72" longitud E. del meridiano de Madrid.

Su clasificación geológica la hace pertenecer a la época terciaria.

Los albacetenses son sencillos, hospitalarios, amigos de la sinceridad en sus actos y amantes del trabajo y de su hogar.

En su mayoría se dedican a las faenas agrícolas, principal riqueza de la provincia, y su nivel cultural se eleva notablemente a compás con el progreso que se advierte en las diversas manifestaciones y actividades de su vida.

La extensión superficial de la provincia es de 14.863,10 kilómetros cuadrados, según los datos estadísticos.

La población, con arreglo al padrón municipal del año 1926, es de 313.751 habitantes de hecho y 317.237 de derecho.

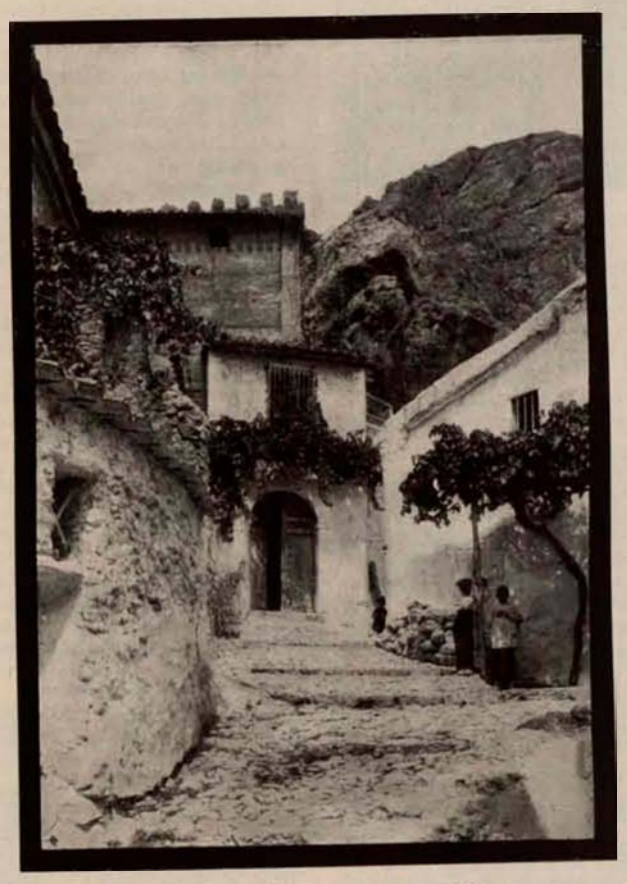
De estas cifras corresponden a la capital 37.087 habitantes de hecho y 37.193 de derecho.

Pertenece nuestra provincia orográficamente al entronque del sistema Ibérico con el Penibético, que en Cuenca y Albacete tiene el carácter de grandes llanuras, derivándose de éstas hacia el mar fuertes escalones, y desde la sierra de Alcaraz hasta el fin del sistema el terreno es montuoso, con ásperos ramales, que van hacia la costa en dirección perpendicular a la cordillera.

En la parte llana es difícil seguir la divisoria principal de las aguas del Tajo y Guadiana, de las que por el este van al Júcar. Dicha divisoria pasa por La Roda y Albacete y luego por la sierra de Alcaraz, donde también se dividen las aguas del Guadalquivir.

Los puntos más importantes por su elevación son: La Almenara, de 1.797 metros; Calar del Mundo, 1.657; el Mugrón, 1.217; el Ardal, 1.213; Mompichel, 1.115; Peñas de San Pedro, 1.080; Chinchilla, 968; Albacete (capital), a 686, y el puerto de Almansa, a 654. En los partidos de Yeste y Alcaraz es donde aparece más acentuado el sistema montañoso de la provincia.

Sobre sus características fundamentales, dice Roa en su Crónica: «Varia y accidentada, hasta caprichosa, puede estimarse la estructura que la Naturaleza adopta en la amplia comarca de Albacete; colinas y lomas, sierras y cerros, con cañadas y valles de buen cultivo, ofrécense en deleitable perspectiva, dando frente a cordilleras y sierras de elevación importante sobre el nivel del mar y todo suavizado a veces por dilatadas llanuras, cuya monotonía alegra la juguetona corriente de algún río.»



Ayna: Casa del Cura. (Foto Belda.)

En cuanto a la hidrografía de la provincia, es bastante rica, debiendo citarse los siguientes ríos que la surcan: El Segura, que aumenta su caudal con el Mundo, que a su vez recibe como tributario al Bogarra y los otros afluentes Taibilla, Madera, Zumeta y Tus. Las primeras aguas del Mundo, a pocos kilómetros de su nacimiento, dan fuerza a las importantes fábricas de latón y cinc de San Juan de Alcaraz, en el término de Riopar, y, según la historia, también dieron movimiento a la abandonada herrería del infante Don Sebastián.

El Júcar, que atraviesa la parte septentrional, desde la provincia de Cuenca hasta pasar a la de Valencia por Villa de Ves, sirviendo sus aguas, además de para el riego de su rica ribera, para dar fuerza a importantes fábricas de harinas y de suministro de energía eléctrica.

Es afluente del Júcar, entre otros de escaso interés, el Cabriel, que viene de Cuenca y marca el límite de las provincias de Valencia y Albacete, al que se une, ya en tierra valenciana, después de cruzar varios pueblos de nuestra provincia.

El Guadalmena, que tiene su origen entre Balazote y Pozuelo, atraviesa el sistema mariánico para ser afluente del Guadalquivir, saliendo de nuestra provincia en dirección a Jaén, tras de haber dado sus aguas movimiento a varios molinos harineros y batanes de paños. Tiene como tributario suyo al Salobre, que nace de la confluencia de algunas fuentes de excelente agua, en las que se pescan abundantes y excelentes truchas.

El Balazote, que sirve grandemente a los campos de Albacete, muriendo a causa de las muchas sangrías que sufre para el riego. Se filtra en las llanuras del mioceno lacustre que rodean a la capital, y en algunos de sus hervideros se toman las aguas para abastecimiento de la misma.

Además se cuenta con numerosos arroyuelos y fuentes, que especialmente fluyen en la Sierra de Alcaraz, y cuya utilización para la agricultura es muy interesante, debiendo citarse también el canal de María Cristina, que produce un gran beneficio a la agricultura y a la sanidad albacetenses.

Cuenta la provincia con dos pantanos notables: el de Talave, en Hellín, de reciente construcción y gran importancia para regular el servicio de riegos y evitar las frecuentes inundaciones anteriores en la zona actualmente a cargo de la Confederación Hidrográfica del Segura, y cuya capacidad de embalse es aproximadamente de 45 millones de metros cúbicos; el de Almansa, empotrado en unas rocas cretáceas y que data del año 1384. Su muro de contención mide 20 metros de alto por 10 de anchura en la parte inferior y cuatro en la superior. En su exterior tiene 14 gradas en forma de anfiteatro. En época ya moderna se ha levantado otro muro de cinco metros sobre la obra antigua. Y se están formando los de Fuensanta y Taibilla para utilizar por dicha Confederación.

Merecen también destacarse las lagunas de Ruidera, situadas dentro de nuestra provincia, cerca del límite de la de Ciudad Real, a las que se considera como las fuentes del Guadiana. Aparecen escalonadas en la dirección N. a S., vertiendo sus aguas de unas a otras en un espacio de 13 kilómetros. La más elevada se encuentra a 843 metros sobre el nivel del mar, y la inferior a una diferencia de aquélla de 93. La última, que se llama del Rey, tiene una hermosísima cascada que vierte un caudal de agua de tres m.^{3} por segundo, que se pierde en evaporaciones y filtraciones. Dieron movimiento estas lagunas a una fábrica de pólvora hoy en ruinas y actualmente a varios molinos y fábricas de electricidad. Se aspira a formar en ellas un gran pantano, que convertiría en regable una extensa zona, reportando incalculables beneficios económicos.

Existen en la provincia varios manantiales de aguas minerales y termales, tal vez no explotados convenientemente, de los que debemos mencionar, por su mayor importancia: los sulfurosos-termales de Azaraque, en término de Hellín, cuya temperatura es de 2° el agua y 26° el aire y con una altura de 385 metros sobre el nivel del mar; los sulfurosos-fríos de Fuente Podrida, en término de Casas-Ibáñez, a 18° el agua; los salinos-termales-férricos, de Villatoya, a 26° y 760 metros de altura; los fríos del Tus, en término de Yeste, de época antiquísima, aplicados al alivio y curación de enfermedades herpéticas, histéricas, reumáticas y gotosas; los minerales fríos de Reolid, de parecidas propiedades curativas, etc.

Al referirnos a las salinas con que cuenta nuestra provincia, debemos destacar la gran importancia que en la esfera industrial y mercantil de los centros productores de Europa alcanza la famosa salina de «La Higuera», de la sal alcalina que toma su nombre (sulfato de magnesia), industrialmente pura, cuya explotación data de la época romana.

Lo más atrayente de estas salinas es que produciéndose las cosechas periódicas por cristalización de las sales contenidas en su extenso lago, el agua de éste toma coloraciones distintas, según las sales que precipitan, debido a la concentración y temperatura de cada momento.

En este lago, situado a unos 870 metros sobre el nivel del mar, se disfruta de una temperatura templada y ambiente sano por sus emanaciones yodadas y a sus orillas se ha levantado un balneario, donde se obtienen muchas curas, especialmente en el reumatismo y enfermedades de la piel.

También hemos de referirnos a las salinas de Pinilla, cuyo caudal de aguas es de unos cien litros por minuto, con una saturación de 12 a 14 grados, o sea un 13 por 100 de sal en peso y una producción aproximada de 18 a 20.000 quintales métricos.

Igualmente ofrecen interés las salinas de Fuentealbilla, cuyas aguas se encuentran a unos cinco metros de profundidad, con elevación de unos trece litros por segundo, saturación del 24 por 100 y producción de unos 5.000 quintales métricos, con valor anual aproximado de unas 75.000 pesetas.

Son asimismo notables las de Pétrola, de condiciones muy semejantes a las de la Higuera y, por tanto, de propiedades curativas.

En minería guarda nuestra provincia importantes veneros, seguramente no explotados como corresponde para su debido rendimiento.

En distintas épocas, según los datos que recogemos, se han registrado y permitido beneficiar los siguientes:

De alcrebite, en término de Hellín; de plomo argentífero, en Chinchilla; de plata y cobre, en Tobarra; de caparrosa y azabache, en Cotillas; de plata, en Peñas de San Pedro; de alumbre y caparrosa, en Yeste; de oro, plata y otros metales, en Villa de Ves; de cobre y caparrosa, en Liétor, y de oro y plata, en Chinchilla. Y otros de antimonio, azufre, cinc, manganeso, carbón de piedra, hierro, etc. De las que actualmente se hallan en explotación merecen citarse preferentemente el coto de azufre de Hellín, que ocupa una extensión de 133'8717 Ha. y lo forman 16 capas de azufre de poco espesor. Su producción tiene verdadera importancia, siendo además muy apreciado por su calidad.

La red de comunicaciones es bastante completa y se intensifica grandemente en la actualidad en sus varias manifestaciones. Cuenta en ferrocarriles con la línea de Madrid-Zaragoza-Alicante, que une a Madrid con Alicante, Cartagena y Valencia, y en construcción con la importantísima de Baeza a Utiel, pasando por esta capital, que ha de dar enorme vitalidad y movimiento a la riqueza casi aislada en la parte de la sierra, acortando las distancias hacia Andalucía y reportando, en suma, extraordinarios beneficios. En total de kilómetros son 250 los construídos y 180 los que hay en construcción.

En carreteras se tienen las generales de Ocaña a Alicante y Albacete a Murcia (esta última y parte de la primera pertenecen al Circuito Nacional), la de Albacete a Jaén y la de Albacete a Requena, con otras de menor categoría, que hacen 1.550 kilómetros construídos dentro del territorio provincial y 31 en construcción.

En la parte de caminos se está ahora en el período álgido, gracias a que con el empréstito concedido a las Diputaciones para desarrollar su plan de formación de la red de caminos vecinales, la nuestra se preocupa de que llegue a todos los pueblos tan importante beneficio, para que no quede ninguno sin la comunicación necesaria para su vida de relación. De ellos hay ya construídos 350 kilómetros y en período de construcción 150.

Como puede verse por estos datos, y dada la enorme extensión superficial de

Cruz de término, estilo gótico, del siglo XV, conservada en el Museo Provincial de Albacete.

esta provincia, puede decirse que está bien comunicada, salvo en la parte sur, cuya zona es muy montañosa y aun ha de mejorarse mucho en este punto, a juzgar por el incremento que se observa.

En comunicaciones de otra índole, telegráfica y telefónica, Albacete está bien servido y en su provincia se aumentan notablemente las instalaciones para su completa dotación. En cuanto a Correos y Telégrafos debemos mencionar que acaba de inaugurarse un hermoso edificio, en el que tienen su debido acoplamiento ambos servicios.

La división judicial de la provincia es de ocho partidos: Albacete, Alcaraz, Almansa, Chinchilla, Casas Ibáñez, La Roda, Yeste y Hellín.

Cuenta con Audiencia territorial, que comprende las provincias de Ciudad Real, Cuenca, Murcia y Albacete; Colegio Notarial, que abarca el mismo territorio, y Colegios de Abogados y Procuradores.

Militarmente depende de la Capitanía general de la 3.ª región y tiene Gobierno militar, desempeñado por un coronel, Zona de reclutamiento y Comandancia de la Guardia civil, al mando de un teniente coronel.

En el orden político es regida por un gobernador civil y en lo administrativo cuenta con 84 Ayuntamientos, Delegación de Hacienda y demás corporaciones propias de una capital de provincia.

De índole cultural posee Instituto de segunda enseñanza (cuyo edificio «ad hoc» está en construcción); Escuelas Normales de Maestros y Maestras; varios colegios de religiosos; Biblioteca provincial, servida por personal facultativo, con algunos incunables; Biblioteca popular, a cargo de la Diputación; Estación agro-pecuaria (hasta hace poco Escuela de Peritos agrícolas); Ateneo, por cuya tribuna han desfilado las más destacadas figuras de la intelectualidad española; Museo de la Comisión provincial de Monumentos; dos periódicos diarios «Defensor» y «Diario», de sólido prestigio; Escuela de Aviación, con magnífico aeródromo; Escuela de Puericultura, y otros establecimientos y centros que hablan de su evidente progreso.

En la provincia también se intensifica notablemente ese resurgimiento cultural, construyéndose especialmente hermosos grupos escolares, entre los que se destacan los de Hellín, que pueden servir de verdaderos modelos y que han de constituir un legítimo orgullo de aquella ciudad.

Es interesante mencionar que como homenaje a un albacetense, el notable abogado Sr. Gotor, se ha instituído un premio provincial, que consistirá en costear anualmente el título de licenciado en Derecho al estudiante de esta carrera que mejor pruebe su suficiencia en esas materias, con ejercicios que realizará ante tribunal competente.

En el orden religioso, esta provincia, católica casi en su totalidad (sólo existe una capilla evangélica en la capital), depende de las diócesis de Toledo, Cartagena, Orihuela y Cuenca.

En el aspecto económico cuenta con Cámaras de Comercio e Industria, de la Propiedad Urbana y Rústica, Estación olivarera en Hellín, etc.

En general, la provincia de Albacete intensifica su vida en todos los órdenes, procurando un avance rapidísimo por su mejoramiento.

EL MOVIMIENTO ECONÓMICO-FINANCIERO ALBACETENSE

En el orden financiero, la situación actual de la capital y de la provincia de Albacete es bastante halagüeña, pues tratándose de una zona eminentemente agrícola, que ha tenido la suerte de recoger en los últimos años abundantes cosechas—de manera especial cereales—, el dinero, si no en abundancia, no escasea y la marcha económica del agricultor resulta un tanto desahogada.

El porvenir, según nuestras impresiones, no encierra sorpresas desagradables para la provincia ni la plaza de Albacete.

Nuestro agricultor, si bien apegado a las tradiciones centenarias, tiene en su haber la envidiable cualidad de ser muy prudente, y por lo mismo, no arriesga ni arriesgará jamás el saneado beneficio que obtiene de la tierra empleando en su cultivo procedimientos que la práctica no haya reconocido como buenos y, sobre todo, mejores que los actuales. Resulta asimismo muy aficionado a aumentar la superficie laborable de su propiedad, dando con ello lugar a un apreciable aumento de sus utilidades, y por todo, creemos que de día en día su prosperidad, y con ella la de toda esta comarca, ha de crecer.

Las Cajas de Ahorros establecidas en toda esta demarcación van aumentando paulatinamente sus saldos, abonando así nuestra afirmación sobre el aumento de beneficios en el campo, principal caja-ahorrista de la plaza y provincia.

Se nota interés en establecer Sindicatos agrícolas para llevar al campesino los beneficios de sus cooperativas; pero entendemos que aun ha de transcurrir bastante tiempo hasta que, por lo menos las localidades extra-agrícolas, cuenten con ese organismo debidamente establecido y estén prontas a recibir su ayuda.

Las entidades bancarias que, aparte de la sucursal del Banco de España, operan en nuestra provincia son el Banco Central, Hispano-Americano, Español de Crédito e Internacional de Industria y Comercio, y todos obtienen muy estimables rendimientos en prueba de la favorable situación económica que comentamos.

El Banco de Albacete, que en pocos años consiguió una importante cartera y sólido prestigio, se fusionó con el Central, que por ello, principalmente, tiene fuerte raigambre en nuestra provincia.

ALBACETE Y SU FERIA

Sería imperdonable pasar por alto en esta crónica—resumen de las manifestaciones de la vida provincial—la trascendencia y significación de nuestra tradicional feria de septiembre, profundamente arraigada en el espíritu albacetense y de extraordinaria potencialidad económica.

Desde que se celebraba en Los Llanos, nombre que a virtud de la leyenda se dió a la que es Patrona de la ciudad, hasta los tiempos actuales, en que dispone de un edificio exprofeso, único en España para esta finalidad, su importancia ha ido en aumento a pasos agigantados.

La feria de Albacete disfruta de un renombre justamente conquistado y su movimiento le hace ocupar un lugar preeminente entre los mercados de tal naturaleza.

Con ocasión de la feria, Albacete brinda a los muchísimos forasteros que la visitan un excelente programa de festejos, y así, con tales atractivos, su estancia en esta ciudad manchega les resulta muy grata y les produce la más favorable impresión.

Albacete adora a su feria y en ella vierte todos sus afanes para que su interés e importancia no decaiga, sino que se vaya superando y sea un motivo de fundada atracción para feriantes y turistas.

LA SITUACIÓN DE LA AGRICULTURA PROVINCIAL COMO PRINCIPAL FUENTE DE RIQUEZA

Radicando en las producciones agrícolas la fundamental riqueza de nuestra provincia, a ellas queremos dedicar la atención que merecen aun dentro de los límites a que hemos de someter este trabajo, procurando reflejar con la mayor exactitud posible su situación actual, que permite confiar en prosperidades halagadoras para el porvenir.

La provincia de Albacete ocupa una superficie total de 1.486.310 Ha., según las planimetrías rectificadas que se vienen consignando en el Anuario Estadístico de España. De ellas, 1.454.310 constituyen la superficie rural y el resto queda ocupado por poblaciones, ríos, carreteras, ferrocarriles, caminos, canales, edificios aislados, etc.

La superficie rural está constituída a su vez por 774.524 Ha. de tierras, real y verdaderamente cultivadas; por 675.886 Ha. de dehesas y montes dedicados principalmente a producciones espontáneas, si bien a algunas de ellas, como el esparto, por ejemplo, se le dedican atenciones y cuidados, y por 3.900 Ha. de tierras totalmente improductivas, lo que supone un tanto por ciento con relación a su total de 53,243, 46,755 y 0,002, respectivamente.

La superficie cultivada en regadío es de 17.136 Ha. de cereales y leguminosas; 4.875 en raíces, tubérculos y bulbos; 4.266 en olivar; 937 en plantas industriales; 770 en viñedo; 470 en plantas hortícolas; 344 en árboles y arbustos frutales, y 400 en praderas artificiales, que hacen un total de 29.198.

En secano, la extensión cultivada es enormemente mayor, ocupando los cereales y leguminosas 659.605 Ha: el viñedo, 68.960, y el resto, hasta las 745.326 de total, el olivar, árboles y arbustos frutales, plantas industriales y raíces, tubérculos y bulbos.

Las dehesas y montes ocupan una superficie de 675.886 Ha., distribuídas en monte bajo y pastos, dehesa a pasto y labor, sotos y alamedas, dehesas de encinar y pastos, de pino, de robledal, de espartizal y de sabina y eriales o baldíos permanentes con pastos.

A pesar de las transiciones rápidas del clima, las tierras adáptanse a todos los cultivos y así admiten algunos de países calidos y otros propios de los climas fríos.

La producción hortícola de la provincia ofrece las especies siguientes: coles, coliflor, melón, sandía, pepino, calabaza, apio, pimiento, tomate, alcachofas, cardo, lechugas, escarola, acelga, espinacas y judías verdes, por un valor total, aproximado, de pesetas 2.150.000 anuales.

Respecto a los árboles y arbustos frutales, las dos especies de más importancia son el almendro y el albaricoquero. En la plantación se observa propensión para intensificar su cultivo. El albaricoquero, su zona más importante de producción la tiene en las vegas de Tobarra y Hellín. Las demás especies frutales se cultivan preferentemente en las vegas del Júcar y el Cabriel, de la zona central de la provincia, y de la sierra de Alcaraz, que se prestan por sus veranos cálidos y húmedos y sus benignos otoños. La produc-

Cuadro de El «Greco», existente en la parroquia de El Bonillo.

ción más destacada es de manzanos, perales, higueras, principalmente en Lietor; cerezos y ciroleros en la Sierra; algunos granados en Hellín y Elche, y grandes nogales de excelentes frutos en Nerpio.

En resumen, es bastante elevada la cifra de árboles frutales pertenecientes a las especies de melocotonero, albaricoquero, cirolero, guindo, cerezo, manzano, peral, membrillero, granado, higuera, nogal y almendro, con una producción de 179.699 quintales métricos.

El olivar tiene su zona más intensa de cultivo en los partidos judiciales de Hellín y Yeste, que forman las cuencas de los ríos Segura y Mundo; tiene también importancia su producción en la vega de Caudete y en algunas muy abrigadas del Júcar, como las de Villalgordo, Fuensanta y Tarazona, y en proporción más reducida en Salobre y Villapalacios. La producción media de aceituna por Ha. es de 9,16 quintales métricos, y de 1,90 la de aceite. Su valoración total asciende a 6.133.969 pesetas anuales.

El viñedo tiene verdadera importancia en la provincia, suponiendo casi un 10 por 100 de la superficie cultivada. La producción media de uva por Ha. es de 28,50 quintales métricos y su valor total se calcula anualmente en 32.300.028 pesetas.

Sólo cuatro plantas industriales se cultivan en la provincia: el azafrán, el cáñamo, el zumaque y la morera. Aventaja la primera extraordinariamente a las otras tres, tanto en superficie como en valor de sus productos, y su cultivo constituye uno de los más característicos y ocupa un lugar preferente en su economía social-agraria, en la que no representa menos que la morera y el gusano de seda en la murciana.

En una interesante Memoria del Servicio Agronómico de esta provincia se dice sobre el particular: «Exige el cultivo de esta planta una serie de cuidados tales, que su producto es una condensación de mano de obra incompatible con todo asalaramiento, y a falta, en la mayor parte de los pueblos de la provincia, de grandes vegas cuyo cultivo hortícola absorbe el exceso de brazos y sobre todo el trabajo de las mujeres y los niños de las familias labradoras, existe este otro que, siendo en general de secano, permite la utilización de la actividad total de esas familias, que son en la mayor parte de los casos de las más modestas y escasas de recursos, pues rara vez son los dueños de la tierra los que cultivan las pequeñísimas parcelas en que el azafrán se cosecha; éstas pertenecen, por lo común, a la mediana propiedad, que las cede a los braceros en arrendamiento o en parcería, y constituyen, con las hazas o ruedos que se dedican a patatares, el sucedáneo del cultivo hortícola en los extensos secanos de la provincia.

Se observa que mientras la superficie dedicada a este cultivo ha aumentado (de 2.800 Ha. a 4.800), el precio del producto ha bajado de 440 pesetas el kilogramo a 100 y 110 que valen en la actualidad las clases corrientes, lo que ya ha empezado a determinar el que no se sustituyan por otros los azafranares cuya vida termina ahora y hasta el que se arranquen los menos productivos, hecho bien lógico, ya que el precio actual de venta es inferior al de producción, que, según cálculos que hemos hecho con todo cuidado, no baja de 150 pesetas por kilogramo.»

El zumaque es otra planta industrial, típica de la provincia, cuya característica más importante está en aprovechar tierras pobres de secano, siendo de lamentar que por la poca propaganda que se hace de este producto en el extranjero, su producción se limite casi exclusivamente a cubrir las demandas del consumo nacional, no obstante su riqueza en tanino, superior a la del zumaque italiano, que le permite competir ventajosamente con éste.

La producción de cáñamo tiene su zona más importante en las vegas de Hellín, Tobarra y Elche de la Sierra, habiéndose reducido por la gran depreciación que ha sufrido en los últimos años.

En cuanto a la morera, que se extiende principalmente en las cuencas del Segura y parte de la del Mundo, permite obtener anualmente de 35 a 40.000 kilogramos de capullo, cuyo importe, como ocurre con el azafrán, va a parar casi íntegramente a familias humildes. Las valoraciones totales de dichas especies se calculan: cáñamo, 1.260.720 pesetas; azafrán, 6.187.290; moreras, 176.000; zumaque, 250.000.

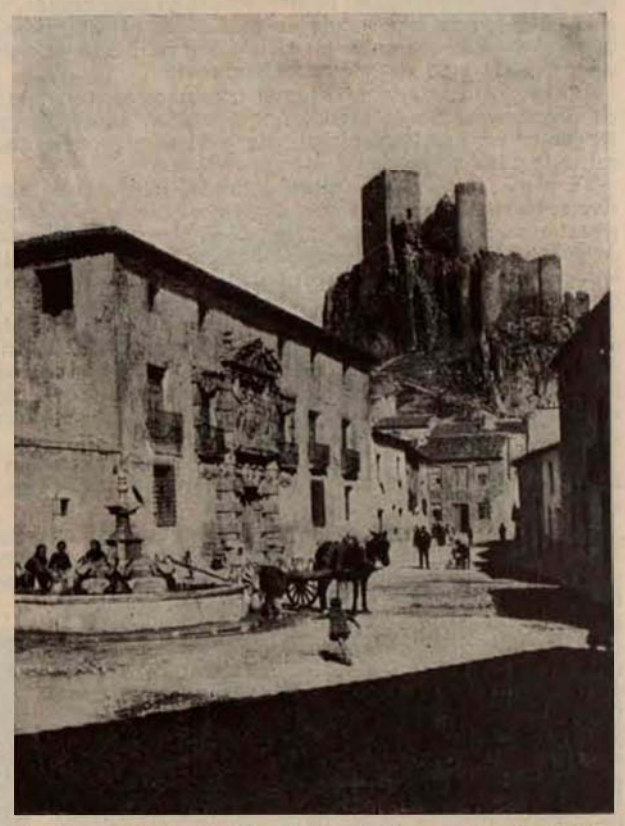
Parroquia de Villapalacios.

Respecto a raíces, tubérculos y bulbos, se destaca por su importancia el cultivo de la patata, tanto por la extensión superficial que ocupa como por el valor de su producción y por su aspecto económico-social. Es constante la presencia de esta planta en las alternativas de todas las vegas de la provincia, observándose un importante aumento en su cultivo y, por consecuencia, el considerable aumento de riqueza.

De las restantes plantas de este grupo siguen en importancia la cebolla, que se cultiva en todas las huertas, y el ajo, que en la vega de Caudete supone una interesante producción. La valoración de lo que se produce en patatas, cebollas, ajos y zanahorias es de pesetas 14.027.656, calculándose el de las primeras en pesetas 13.226.000.

El cultivo de cereales y leguminosas es el más importante de la provincia, produciéndose en regadío maíz, arroz (de gran renombre), trigo, cebada, habas, judías, guisantes, avena y garbanzos, con una valoración que da las cifras de pesetas 18.393.075 en grano y 1.528.080 en paja.

En secano se cultivan las especies de trigo, cebada, centeno, avena, escaña, tranquillón, garbanzos, habas, guisantes, algarrobas, lentejas, almortas y yeros, cuyas valoraciones principales arrojan 79.045.105 pesetas en trigo, 38.339.140 en cebada, 3.544.236 en centeno, 4.215.928 en avena y ya en cantidades mucho menores las restantes especies hasta un total de 127.329.700.



Almansa: Portada del palacio de los condes de Cirat, y el castillo.

De las plantas forrajeras solamente merece mencionarse la alfalfa, que se encuentra en todas las vegas y huertas de la provincia, apreciándose un notable incremento de las superficies que se le destinan, consumiéndose en verde la mayor cantidad de la producción, cuyo valor se eleva a 1.062.500 pesetas.

En resumen, se calcula el valor total de la producción anual de la superficie cultivada en 215.039.390 pesetas, y la de la parte adehesada y de montes en 218.229.935.

De todo ello se infiere la importancia que tiene nuestra provincia en el orden agrícola, esperándose un mayor incremento de esta riqueza al aprovechar para el riego el importante caudal de aguas que ahora se pierde y que se proyecta utilizar.

Un punto muy interesante de la agricultura provincial, que no podemos dejar en claro en este resumen de sus distintas modalidades, es el que afecta a su ganadería, que tiene en algunas especies caracteres determinados de indiscutible importancia.

Destaca el ganado lanar, clasificado en dos razas: el de la parte llana, manchego entrefino, que es el predominante, y el segureño de la sierra. Siguen en importancia el de cerda y el mular, habiéndose generalizado en el primero, con excelente buen resultado, el cruce del propio del país con el Yorkshire.

Ya con menos relieve, pero en número muy apreciable, mencionaremos también el cabrío y en escala descendente el asnal, caballar y vacuno.

El número de cabezas de ganado lanar asciende, aproximadamente, a 280.000; el de cerda, a 70.000; el cabrío, a 50.000; el mular, a 35.000; el asnal, a 25.000; el caballar, a 5.000, y el vacuno, a 3.800.

Es de esperar que el fomento de la ganadería se acentúe, aprovechando los muchos recursos naturales que la provincia ofrece.

Aunque brevemente, hemos de referirnos también a la apicultura provincial, industria zootécnica, clasificada entre las pequeñas industrias, que ha sufrido en estos últimos años una transformación en sentido favorable por la implantación de colmenas del sistema movilista, pues a principios del siglo casi no eran conocidas y hoy existen más de 1.000 de ese tipo y unas 20.000 de las antiguas.

Son excelentes los resultados que se obtienen, por ser la provincia una de las que representan la característica apícola de España, que es la nación más melífera y con condiciones para el desarrollo y cultivo de industria tan lucrativa, que reporta pingües beneficios a quien la explota racionalmente.

La avicultura va siendo igualmente objeto de cuidados y preferencias, contándose en las inmediaciones de la capital con una excelente granja montada con todos los adelantos modernos. Los productos avícolas constituyen en nuestra provincia una importante riqueza.

Siendo por todo lo que dejamos expresado eminentemente agrícola la provincia de Albacete, a aumentar sus producciones, empleando todos los medios de que se disponga, han de tender los esfuerzos de cuantos se interesen por su bienestar y engrandecimiento futuro.

CONSIDERACIONES SOBRE LA INDUSTRIA Y COMERCIO DE LA PROVINCIA

Es creciente y de importancia el florecimiento y desarrollo que se observa en la actividad de la industria y el comercio en nuestra provincia. Manifestaciones hay en ella que serían suficientes para que el nombre de Albacete destaque y se cotice en el mundo de estos valores económicos.

Es interesante, por lo que a la capital afecta, su industria de cuchillería, pero no la principal ni fundamental, como equivocadamente, por lo que cuenta la fama, pudiera suponerse. Se conserva el prestigio en la fabricación, y las típicas navajas y cuchillos, hechos con singular buen gusto y maestría, hacen que la importancia de esta industria no se pierda y que justifique el renombre de que disfruta. Nos honra que así sea, pero hemos de consignar, porque la verdad lo exige, que al lado de esta industria y muy por encima de ella, en cuanto a significación y relieve, existen otras en nuestra ciudad que hablan de prosperidad y de riqueza.

Pueden acreditar esta afirmación las hermosas fábricas de harinas, instaladas con perfecta maquinaria y todos los demás adelantos modernos para que

rindan su mayor eficacia. Su producción es muy grande, surtiendo no solamente a la ciudad, sino exportando en cantidades considerables fuera de la provincia. Sirva el dato de que entre las siete fábricas montadas tienen una capacidad diaria de producción de 200.000 kilogramos.

Cuenta Albacete, y debe también destacarse, con fábricas de energía eléctrica cuyo suministro de flúido, en capacidad superior a 3.000 HP., permite que tengamos un excelente alumbrado público y privado que merece los elogios y causa la admiración de cuantos nos visitan.

Y a más, existen en nuestra capital fábricas de importante producción en diversos artículos, de las que citaremos, como más notables, las de chocolates y pastas para sopa, té, dulces, muebles, crema para el calzado, medias y géneros de punto, jabón, lejía líquida comprimida, serrerías mecánicas, fundiciones de bronce, loseta hidráulica, piedra artificial, cal, maderas, vinos, jarabes, gaseosas, con otras en gran variedad que abarcan múltiples ramos de la actividad.

Y no es sólo la capital. Con ella otras ciudades y pueblos de la provincia son dignos de destacarse por el valor de su producción industrial. Citaremos preferentemente las magníficas fábricas de calzado de Almansa, en las cuales se utiliza la más perfecta maquinaria y en donde trabajan millares de obreros, siendo en este artículo la plaza que ocupa, según nuestros informes, el segundo lugar en España y de los primeros en el mundo.

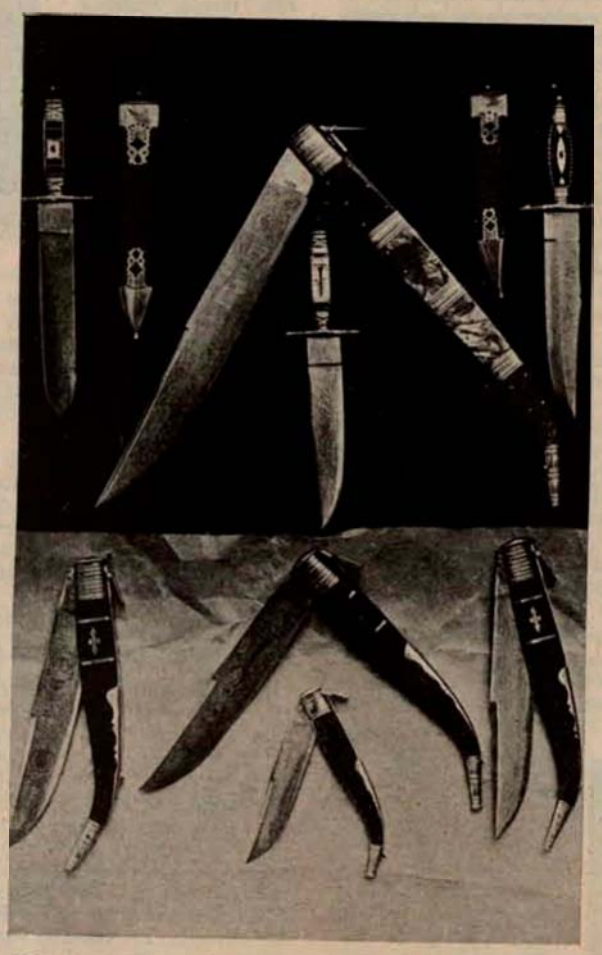
Destaquemos también los talleres metalúrgicos de San Juan de Alcaraz, con fabricación de bronces artísticos, cuyo rendimiento es muy valioso y goza de verdadera estima.

Además, para dar idea de la variedad de las manifestaciones industriales de la provincia, mencionaremos asimismo: en Hellín, fábricación de cuerdas de cáñamo, fieltros de sombreros, aguarrás, destilación de esencias, sulfato de carbono, esparto, piedra artificial, yeso, conservas de frutas, dulces (¿quién no conoce sus renombrados caramelos?), de descascarar y blanquear arroz, de harina de arroz, vinos, aceite, harinas, etc.; en Minas, de refinar azufre; en Tobarra, de conservas de frutas y hortalizas, loza, esparto, envases, harinas, vinos; en La Roda, de teja, blanco de España, harinas, elaboración de zumaque, vinos y laboratorio para análisis de éstos; en Tarazona de la Mancha, chocolates; en Villarrobledo, destilación de esencias, tinajas (fabricación típica a mano con ejemplares notables de enorme tamaño), jabón, vino, vinagre, harinas, loseta; en Elche de la Sierra, de cable de esparto, de curtir y teñir pieles, aceite; en Yeste, de destilación de plantas silvestres, batanes, etc.; Ayna, batanes de esparto y telares; en Madrigueras, Fuensanta, Minaya, Casas Ibáñez, Mahora, Villamalea, Montealegre y muchos más con riqueza en fabricación vinícola; Fuentealbilla, de yeso; Chinchilla, de cal, harinas; Caudete, de jabón, conservas de tomate; Valdeganga, algodón, yeso, vino; Jorquera, Casas de Juan Núñez, Villa de Ves, Alcalá del Júcar, Lietor, Ossa de Montiel y varios más con importantes fábricas de electricidad; Alcaraz, hilados y telares; Almansa, cajas de cartón, vinos, harinas, loseta y piedra artificial, etc., etc. En suma, que la provincia ofrece una vida industrial muy próspera y en camino de mejorarse y ampliarse, con vigor extraordinario.

Algo análogo, en cuanto a las observaciones generales que hacemos sobre la industria albacetense, ocurre con el comercio, singularmente destacado en la capital, donde el movimiento es grande, considerándose como una plaza importante, pues no sólo abastece a los demás pueblos de la provincia, sino que extiende su esfera de acción fuera de ella. Y en los artículos más importantes de la producción que la industria destaca en toda la provincia el comercio presta su natural colaboración, dando intensidad a los negocios.

Albacete tiene en su comercio cuantos artículos puedan necesitarse, destacando en paquetería, coloniales, ultramarinos, tejidos, azafrán, objetos de fantasía y lujo, cereales y otros productos de la agricultura y la industria.

La rapidez de comunicaciones, cada día más completa en todos sus aspectos, viene a contribuir a este desarrollo comercial, que permite confiar en que irá en auge cada vez más siguiendo la ruta que el progreso provincial tiene marcada en todos los órdenes.



Muestras de navajas y cuchillos de la típica industria albaceteña.

EL ARTE Y EL TURISMO

Poco conocida nuestra provincia, en general se tiene de ella un falso juicio. Afortunadamente, las facilidades que el aumento de vías de comunicación va prestando se encargarán de desvirtuar la creencia equivocada que la supone desprovista de interés para el turismo, y justo es divulgar estos aspectos para romper la pereza de su propio olvido.

Precisamente hay en ella un atractivo singular. El de la variedad heterogénea de sus múltiples cambiantes, como producto natural de su extraña situación geográfica, en analogía con varias regiones y sin una característica determinada, única.

El viajero que la recorra ha de apreciar estas circunstancias, que tienen un singular interés de perspectiva. La vega levantina, la estepa manchega, la sierra abrupta, se dan en ella en simpático contraste. Y no cabe extrañeza al observar que Albacete no está formado de una región española con sus características precisas, sino que tiene de Valencia, de Murcia, de Castilla, de Andalucía, y esta promiscuidad se advierte en su suelo, su clima, sus producciones, hasta en sus costumbres.

Interesantes rutas de turismo pueden marcarse que no habían de defraudar al viajero. Excursiones para admirar bellezas naturales, parajes de singular atractivo y también para evocar recuerdos gloriosos de nuestro pasado, en donde el arte y la historia brindan indiscutibles emociones estéticas.

Estos pueblos de la Mancha, que conservan su carácter típico, con sus peculiares casonas de ricos labradores, de seco y recio espíritu, como sus tierras; las viejas ciudades históricas que gozaron de privilegios y atesoraron edificios y recuerdos, joyas del arte; las rientes poblaciones de corte levantino, que guardan remembranzas moriscas; los pintorescos lugares de prodigiosa vegetación y de bellas perspectivas; las curiosidades prehistóricas y tantos otros motivos objeto de admiración, hacen que esta provincia merezca ser conocida de los amantes del turismo.

Albacete, la capital, no conserva grandes vestigios del pasado; algún que otro edificio de los que eran mansión de nobleza, algunos recuerdos de arte... Porque la ciudad es, sin duda, de las más recientes en su formación, y por ello de las que tiene más fuerte relieve contemporáneo y de las que hablan más poderosamente del triunfo del progreso.

España es poco conocida de los españoles, y ello nos lo dice claramente el erróneo prejuicio que de nuestra capital se tiene, mejor dicho, se tenía, porque, afortunadamente, ha desaparecido, al suponer que Albacete no ofrecía otra manifestación de vida que la de su importante industria navajera. Lamentable equivocación.

Por sus aspectos de cultura, de actividad comercial e industrial, de comodidades urbanas, de mejoras sanitarias; por sus parques, jardines, amplias calles y hermosos edificios; por sus numerosas comunicaciones y, en suma, por los múltiples progresos que en la ciudad se observan, Albacete deja hoy en el visitante la más grata impresión. Y esto, digámoslo con orgullo, lo debe a sus hijos, siempre anhelosos de contribuir al mejoramiento albacetense, bien probado cuantas veces se les requirió para aportar esfuerzos, tanto de índole material como de morales entusiasmos.

Mencionaremos de pasada, además, que en el arte religioso encontramos en su hermosa iglesia de San Juan una imagen del beato fray Andrés Ibernon, de Roque López, y unas interesantes tablas pictóricas, de la escuela de Hernando de Llanos y de Hernando Yáñez de la Almedina, y en la de Justinianas una preciosa «Dolorosa», de vestir, de Salcillo, con otras manifestaciones artísticas estimables.

Los alrededores de Albacete brindan entre la llanura algunos amenos lugares y fincas de recreo, entre éstas la conocida por «Los Llanos», magnífica posesión con extenso monte cercado, propiedad de los marqueses de Larios, que es muy visitada y digna de admirar.

Saliendo de esta ciudad, haremos un ligero recorrido para bosquejar algo de lo mucho que en estos campos de motivos turísticos merece ser destacado.

A pocos kilómetros de la capital es visita obligada del turista la histórica ciudad de Chinchilla, verdadera fortaleza, cuyo abolengo se hace bien ostensible. Su situación la convertía en plaza inexpugnable, y natural es que el señorío de tiempos pasados tuviera en ella asiento. Tantos escudos y tantas viejas casonas nos hablan de su grandeza pretérita y nos brindan a cada paso algo que admirar. Sobre todo, suspende el ánimo su hermosa plaza, de perfecto y acabado estilo siglo XVIII, y su grandiosa iglesia parroquial de Santa María del Salvador, verdadero tesoro arquitectónico de personalidad vigorosa, tanto en el interior como en el exterior. Su portada, ojival, maravillosamente labrada; su sillería y facistol, de estilo gótico; su ábside, considerado por Amador de los Ríos como «superior en su conjunto y en sus detalles a cuantos ofrece y brinda cada uno de los templos del antiguo reino de Murcia, incluso la catedral del Obispado, razón por la cual llama la atención de los entendidos», y que ha sido declarado, por su extraordinaria belleza, monumento artístico; sus ricas vestiduras, de incalculable aprecio; sus preciosas imágenes; sus tres púlpitos magníficos, uno en talla, plateresco: su coro, del siglo XVII, y el suntuoso retablo, plateresco, del altar mayor, perteneciente al primer tercio del siglo XVI, todo ofrece enorme relieve artístico.

En pintura se admiran una tabla de Hernando de Llanos, «Adoración de los Reyes Magos», y otra valenciana, de no despreciable mérito.

También son dignas de contemplación la ventana gótica del Hospital de San Julián y el artesonado mudéjar, en el que alternan escudos reales con los de Santo Domingo, en el convento de este nombre. En suma, tienen el templo y toda la ciudad de Chinchilla motivos suficientes para despertar la curiosidad de los que la visiten, en la contemplación de cuanto copiosamente le brindan el arte y la historia, perfectamente hermanados.

Vayamos luego a otra ciudad de abolengo histórico que bien merece el título de «muy noble, muy leal y fidelísima», Almansa, donde el prestigioso pasado, que se remonta a los tiempos de la dominación romana, se contrasta con el vigoroso presente. Conserva Almansa, ya casi en ruinas, el castillo de su nombre, que, levantado a espaldas de la ciudad, es como el vigía anunciador de su ayer glorioso.

En los campos de Almansa e inmediaciones de la ciudad se libró la famosa batalla de su nombre, decisiva para las armas castellanas de Felipe V, en el año 1707. Como testimonio de ella se levanta augusto el obelisco-monumento conmemorativo de aquella memorable victoria, magníficamente restaurado a expensas del actual duque de Berwick, con inscripciones alusivas a aquel gran hecho de armas.

Entre lo que merece visitarse está el templo parroquial, en cuya arquitectura interior se advierte el predominio grecorromano, con algunos arcos ojivales y columnas góticas, y en su fachada muestra detalles de los estilos dórico y jónico, con excelente gusto de conjunto.

No puede olvidarse al recorrer Almansa, para convivir con sus recuerdos históricos, el palacio de los condes de Cirat, actualmente casi en ruinas, cuya magnífica portada y su patio de columnas de corte monacal conservan singular belleza, y otra casa señorial, del marqués de Montortal, en cuya construcción, decorado, muebles y en todos los detalles se aprecia el típico carácter del rancio abolengo.

Los conventos de agustinos y franciscanos y algunas casas de vieja estirpe tienen también cosas estimables para cautivar la atracción turística.

En poder de D. Ignacio Ochoa se conserva un escudo de piedra, que perteneció

al monumento de la batalla de Almansa, y en casa de los Enríquez de Navarra se guardan, con otras estimables y curiosas preseas, la pesada llave que guardaban sus alcaides, un pasaporte de prisionero, firmado por el duque de Berwick, mariscal de Francia, y la segunda de las partidas de Alfonso X el Sabio, sobre tenencia de castillos.

Entre los objetos de arte religioso se destacan un San Pascual Bailón, de Roque López, en el convento de padres franciscanos; una imagen de la Inmaculada, del siglo XVI; un precioso Cristo de marfil y una Dolorosa pequeña, posiblemente de Roque López, en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, y un magnífico lienzo, atribuído a Murillo, aunque tal suposición no ha podido ser comprobada.

Pasemos luego, ya cercanos a tierra murciana, a Hellín, ciudad muy interesante en el ayer y de un presente próspero.

Parte de la ciudad, «muy noble y muy leal», colocada en la ladera de un monte, como casi todas las ciudades históricas, sigue guardando su especial significación.

En su término está el famoso abrigo de Minateda, con sus notables pinturas rupestres, sobre cuyo alto valor histórico e importancia científica hemos tenido la satisfacción de escuchar de los labios del ilustre profesor Obermaier, autoridad indiscutible en estos estudios, que esta estación se destaca entre todas las de la zona de levante de la península Ibérica, y que en ella se determina la existencia de trece etapas, perfectamente definidas, con representaciones de figuras humanas, que se aprecian en una serie de guerreros de factura muy realista y minuciosa; una cacería de ciervos con multitud de cazadores, de muy pequeño tamaño; la figura de una mujer llevando a un niño de la mano, y variedad de representaciones de la fauna cuaternaria, manifestaciones todas que permiten y facilitan estudiar mejor que en parte alguna la marcha del arte paleolítico, y en cuyas características se advierten diferencias notorias—tal vez superándolas en interés—con las de la provincia franco-cantábrica, en la cual tienen especial relieve las figuras de la cueva de Altamira.

No sólo existe este abrigo de Minateda; se cuentan dos más, pero menos destacados, en lugares próximos; otros dos en el barranco de la Mortaja (La Higuera) y otro, de poco interés, en la vertiente sur del cerro de Cabeza Llana.

Su magnífica iglesia parroquial, de corte ojival en su interior, tiene bastantes atractivos y en ella se admiran: una Dolorosa, de las más bellas de Salcillo; una talla de singular interés de un busto de Jesús, de autor desconocido; y en el convento de San Francisco, otra imagen policromada de la Purísima Concepción, también debida a Salzillo. Recientemente, en un tejar se ha encontrado un magnífico mosaico romano, del siglo III.

La ciudad brinda otros monumentos de índole arquitectónica y arqueológica, de bastante relieve.

En otra ruta vayamos a Alcaraz, que esta ciudad, «muy noble y más leal», es un venero de emociones. Penetrar en su recinto lleva a retrotraer la imaginación a lo que la vida fué hace siglos en estas ciudades españolas, de tan recia expresión y de tan firmes valores. La impresión que se experimenta es fuerte, de retorno a un pasado que se advierte incólume con todas las grandezas de una época.

De esta hermosa ciudad, que a cada paso despierta una emoción y que gozó de preeminentes distinciones de la realeza, llegando a ser en tiempo de los Reyes Católicos una de las catorce ciudades a quienes únicamente se concedió voto en las Cortes, puede decirse que toda es un museo de arte. Al dirigirse a ella ya cambia la tonalidad del ambiente que corta la llanura manchega para brindar una variedad pletórica de pinceladas diferentes, en animada policromía de atrevidos contrastes y de encantadoras perspectivas.

La plaza de Alcaraz, severa manifestación de un estilo vigoroso, es toda ella una estampa viva de una ciudad de corte señorial del siglo XVI, en la que perduran muchos recuerdos de anteriores generaciones. Sus torres, una triangular; la portada de su iglesia de la Trinidad, estilo gótico, con influjo alemán; sus pórticos; la puerta de la Aduana, de estilo plateresco, que se conserva incólume en cuanto a los detalles; las lonjas, todo conserva típico sabor, ese añejo sabor de fuerte españolismo propio de Toledo y de contadas otras ciudades. El acueducto a la entrada, sus calles estrechas, sus tortuosos callejones, que a veces son pasadizos, sus viejos edificios seculares, con escudos e inscripciones, por sí y en conjunto evocan tiempos de grandezas y privilegios que los pergaminos de su copioso archivo (los hay en gran profusión y de interés que datan desde el año 1306) ratifican documentalmente. A pesar de muchas expoliaciones, aun quedan infinidad de valores artísticos históricos que escaparon a los anticuarios, y, sobre todo, queda esta maravilla de la ciudad, que, amante de su pasado, conserva siglo tras siglo, con orgullo de su propia significación, el sabor de su estructura tradicional y su sello característico, que el progreso ha respetado considerando que sería una profanación violar lo que es un verdadero museo, en el que se amalgaman el arte y la historia.

Alcaraz: Puerta de estilo plateresco.

Alcaraz: Las célebres torres, una de ellas triangular.

Entre tantos conviene citar algunos de los objetos de arte religioso que se admiran en Alcaraz, como son la imagen de San Pedro, de Salcillo; la estampa de la consagración del obispo de Alcaraz por Pío IX; un Cristo con la Dolorosa, de fray Fermín, del siglo XV, y que, según la tradición, fué regalado por el Papa Pío IX para llevarlo en las misiones, y una imagen de Santa Ana, de estilo gótico, en la iglesia de la Trinidad; un grupo en talla sobre la puerta de entrada; grupo policromado de «La piedad», en la capilla gótica; bonitas vestiduras, en San Miguel; un Niño Jesús, atribuído a Roque López, en un convento de monjas.

En las inmediaciones de Alcaraz está el santuario de la Virgen de Cortes, a cuyo favor acuden muchos devotos, no sólo de la región, sino de apartados lugares, en la romería que al trasladar la imagen se celebra el 8 de septiembre.

No es solamente la recia visión de Alcaraz, con ser suficiente, lo que atrae al visitante y despierta su atención. Sus alrededores abundan en hermosos paisajes, de gran diversidad y, por lo propio, de mayor interés.

En unos, Andalucía, que presta colorido a su rica vega; en otros, la llanura o el amplio valle, bordeando sus elevadas sierras; todos los matices se aprecian y suspenden el ánimo en deleitable contemplación.

Otro viaje que es indispensable y que puede recomendarse al turista es a Ossa de Montiel, en cuyo término se encuentran las renombradas lagunas de Ruidera, de singular leyenda y extraordinaria belleza; la famosa cueva de Montesinos, popularizada en el «Quijote», en cuyo fondo existe un gran lago, y las ruinas del castillo de Rocafría.

Igualmente nos atrae Ayna, pueblecito enclavado en la sierra, que ofrece grata sugestión por sus atractivos pintorescos, que nada tienen que envidiar a los de Galicia ni siquiera a los de Suiza. La disposición de Ayna y sus alrededores muestran un sinnúmero de bellezas. La naturaleza la hizo merced de preciados ornamentos para que fuera punto obligado de los turistas anhelosos de contemplar cosas extraordinarias. Su vegetación, el río Mundo que la circunda, las muchas fuentes que brotan de las rocas, todo es sugerente y pródigo para rientes perspectivas. Quien pasó un día en Ayna no podrá olvidarlo nunca.

Ofrecen interés para ser visitados otros pueblos de la sierra, como Yeste, en cuya iglesia se admira una hermosa portada con acentuados vestigios de arte ojival, y que disfruta, como Molinicos, Riopar, Salobre, de pintorescos alrededores, donde la naturaleza dejó también manifestaciones de su gran prodigalidad.

Entre estos lugares de atracción turística descuella el nacimiento del Mundo, en las fábricas de San Juan de Alcaraz, con su magnífica cascada y sus múltiples perspectivas, que tiene en término de Riopar su origen en una espaciosa cueva, a 190 metros del lecho del mismo río, situada en el monte «Calar del Mundo», y en el frente cortado a pico de un gran circo cretáceo. Despéñase luego el manantial en vistosísima cascada, cuyas aguas se recogen en una pequeña concha, de la que escapan para derramarse entre peñascos, toba y malezas, para unirse 50 metros más abajo, en el cauce con otros manantiales.

Otros muchos pueblos de la provincia ofrecen motivos de atracción turística por sus paisajes o sus recuerdos históricos. Citemos de ellos ligeramente los que presentan mayor interés.

Montealegre, en el pasado villa señorial, acusa su antigüedad por los sepulcros y monedas descubiertos en su término. En las exploraciones realizadas se han hallado multitud de fragmentos de estatuas de piedra con signos y figuras de carácter ibérico, urnas cinerarias, caballos pegasos, leones y toros tallados en piedra, que reúnen el arte de varias y primitivas civilizaciones. El famoso «cerro de los Santos» y el «Llano de la Consolación» han ofrecido para los estudios históricos gran variedad de esta clase de objetos, la mayoría de los cuales se encuentran en el Museo Arqueológico de Madrid, y cuya autenticidad de figuras y descripciones es muy discutida, y el interesante priapo de estilo griego arcaico, que se conserva en el Museo del Louvre.

Carcelén, que guarda vestigios de remotos tiempos en trozos de fuertes murallas y hondos subterráneos, en donde se hallaron, según Blanch, anillos de «quirites», eslabones de cadenas y algunos barros saguntinos, y que muestra también un suntuoso castillo.

Peñas de San Pedro, antigua ciudad romana, que presenta en sus ruinas un famoso castillo, a 230 metros de altura, que debió ser verdadera fortaleza inexpugnable de primer orden. En su archivo se conservan valiosos documentos que atestiguan su pasada grandeza.

Albatana y Ontur, a los que se considera como de los pueblos más antiguos de la provincia y en cuya zona se prodigaron los recuerdos de la época romano-cartaginesa.

Lezuza, la antigua Libisosa, mansión en la vía romana de Laminio a César Augusta, uno de los primeros pueblos de España convertido al cristianismo,

según la tradición, en cuya iglesia, el año 64 de la era cristiana, predicó San Pablo, de lo que dan testimonio pinturas al fresco representando tales ceremonias. En un cuadro del martirio de fuego que allí padecieron San Vicente y San Leto, por predicar la fe de Cristo, en el 253, se lee: «Predicó el apóstol San Pablo en Libisosa, siendo colonia romana, en donde convirtió a la fe a Pravo, a Xantipa, su mujer, y a otras personas.» Cerca del castillo, se hallan las ruinas del templo dedicado a la diosa Luscinda por los libisosanos.

Alpera, con sus notables cuevas de estalactitas y pinturas rupestres, de las que tienen especial interés las de «La vieja» y «El queso».

Jorquera, que en recuerdo de la dominación árabe conserva su magnífico acueducto, abierto sobre una roca, de gran valor. De la importancia de esta villa son reflejo los estimables privilegios que le fueron concedidos. En Jorquera es también digno de admirarse varias imágenes y objetos para el culto, entre éstos una cruz de plata hermosísima, del siglo XVI; un candelabro gótico y vestiduras y ornamentos de mucho interés y riqueza existentes en su magnífico templo, con caracteres góticos y plateresco, con su coro alto, de arco tendido, de mucho mérito, con un bajorrelieve de madera tallada que llama la atención.

Con Jorquera brindan a la contemplación perspectivas risueñas otros pueblos de la ribera del Júcar, como Alcalá, Valdeganga, Recueja y Villa de Ves (éste de remota antigüedad, con paisajes semejantes a los de Suiza).

Y luego, para gustar del puro sabor manchego, es indispensable hacer un recorrido por Villarrobledo, con la típica fabricación a mano de sus enormes tinajas, única en Europa; El Bonillo, donde existen un magnífico cuadro del «Greco», descubierto por el Comité provincial de la Exposición Ibero-Americana, otro de Vicente López y un grupo escultórico de San José y la Virgen, de mucho interés; La Roda, con edificios notables de mérito artístico; Fuensanta, que conserva deteriorado un hermoso monasterio de frailes de la Santísima Trinidad y alrededores muy alegres; Cotillas y Villaverde, con restos de monumentales castillos árabes; Munera y otros que guardan especial carácter típico.

Como complemento diremos, generalizando, que en el dominio de la Arqueología, esta provincia, sin ofrecer en ningún aspecto nada sobresaliente, conserva vestigios de todas las épocas de la Historia desde los tiempos prehistóricos, de los que muestra las pinturas rupestres del paleolítico superior en los abrigos de Alpera y en el incomparable de Minateda; del período neolítico, en las estaciones de Montealegre del Castillo; de los principios de las edades del metal, en los túmulos—hoy en estudio—del cerro de la Peñuela (Pozo-Cañada), Acequión, Prado Viejo...

La cultura ibérica, más o menos influenciada por el Oriente, ha proporcionado monumentos de inestimable valor, cuales son: la esfinge o bicha de Balazote, las de El Salobral, Mata de la Estrella y La Cueva, amén de la variada colección de estatuas y de sus fragmentos, procedentes del famoso Cerro de los Santos y del Llano de la Consolación, debiendo recordar también la no menos famosa Acrópolis o ciudad fortificada de Meca, aun no estudiada debidamente.

Esta civilización dentro de la provincia está siendo estudiada con gran actividad y es de esperar que en plazo no lejano podrá ofrecer un conjunto de verdadero interés.

De la España romanizada se han hallado, con relativa frecuencia, variados testimonios, tales como monedas (el último muy notable, el tesoro de Riopar, consistente en varios centenares de grandes bronces romanos, desde Nerva a Marco Aurelio); el pavimento de mosaico de Hellín y el sarcófago paleo-cristiano de la misma localidad, que se encuentra actualmente en la Real Academia de la Historia, y largos trozos de vías romanas; vestigios visigodos en Montealegre y Llano de la Consolación, procediendo de este último lugar cierta colección de broches y fíbulas (según se dice) que fueron propiedad de D. Pascual Serrano.

Del período árabe se han hallado muestras en Villalgordo del Júcar (tumbas), y en Chinchilla adviértese en diversos edificios el sistema de su arquitectura o sus influencias después de pasado el apogeo de su dominación.

La arquitectura ojival ha dejado sus huellas en Alcaraz (convento y portada de la Trinidad), Yeste (iglesia parroquial) y en Chinchilla. El mismo Alcaraz ofrece muestras del estilo vandelvirano en la puerta de la Aduana; Chinchilla, del de la manera de Diego de Siloe, y son numerosas por toda la provincia las portadas de casas solariegas de los siglos XVI, XVII y XVIII, en que se muestra variada colección de escudos nobiliarios.

Cerremos estas impresiones consignando con satisfacción que la Comisión provincial de Monumentos histórico-artísticos ha tomado con interés el ir recogiendo en su museo, instalado en el palacio de la Diputación, cuanto merece destacarse, contando en la actualidad con objetos muy estimables.

Posee el producto de excavaciones verificadas en una acrópolis neolítica por Obermaier y Zuazo, en El Cegarrón (Montealegre); varias urnas cinerarias, soliférrum, falcatas, espadas y otros objetos de las inmediaciones de El Tolmo, necrópolis ibérica y romana; variada colección de fragmentos de cerámica ibérica de El Tolmo, Camarillas, Zama, Cerro de la Horca, Salobral y Meca; cerámica griega de El Tolmo; romana de El Tolmo, Meca, Salobral y Montealegre; de los comienzos de la edad del bronce, diferentes vasijas, puntas de flecha, punzones de hueso y cuchillos de sílex, de Tiriez; vasijas (cuencos), de Montealegre; de la época árabe, fragmentos de cerámica y algunos vasos, un interesante torzo de sacerdotisa u oferente, de Montealegre, y cabezas de otras estatuas; trozos de mosaicos romanos y ladrillo tiburtino (testácea picata); lucernas, lamparillas ibéricas, romanas y árabes.

En monedas destaca un lote del califato árabe.

En documentos se guarda un autógrafo de Narváez y otro del embajador de los Estados Unidos Stewart L. Wordfort, hablando de la paz, escrito días antes de la declaración de la guerra entre aquella República y España.

En cerámica de Manises hay ejemplares de los siglos XV al XVIII.

En pintura descuellan cuatro tablas de la escuela de Hernando de Llanos y cuadros de José Benlliure, Mateo Gilarte, Vicente Carducho y Villamil, de la escuela de Madrid, y otros de pensionados de la Diputación.

En escultura, entre varios grupos escultóricos, destaca uno de Ignacio Pinazo, titulado «Valencia».

Y entre otros diversos recuerdos artístico-históricos sobresale la maravillosa «Cruz de Término», en piedra; navajas, tijeras, pinzas de la primitiva industria albacetense, armas y prendas de la milicia nacional y bastantes objetos más de singular aprecio.

Con tales antecedentes, tomados de pasada, puede advertirse que la provincia de Albacete, en sus variados matices, ofrece indudables encantos para el turista

FINALMENTE...

En el pasado, en el presente y en el porvenir, la provincia de Albacete es merecedora de estudios y de estimación. Conociéndola en su espíritu y en su vida material, puede verse que labora constante y humilde, pero siempre digna y anhelosa de superarse, para así ayudar noblemente al engrandecimiento de la patria.

Hellín: La Dolorosa, obra de Salzillo.

CIGARETTES LAURENS

MURCIA

Descripción agrícola, pecuaria, mercantil y económica de la provincia de MURCIA

por

Juan H. Castillo

Vicepresidente de la Diputación provincial

Figura a la cabeza de las provincias españolas la de Murcia, en cuanto se refiere a las explotaciones agrícolas; hay en ella grandes extensiones de terreno dedicado al cultivo intensivo, que ha dado nombre extraordinario a su vega.

En el valle del Segura se dan en cantidad abundantísima los frutales, entre ellos, principalmente, el naranjo, limonero, melocotonero, albaricoquero, almendro, algarrobo, manzano, etc.

Hay que tener en cuenta que buena parte de estos frutos se dedican a la exportación en fresco a los mercados extranjeros, y otra parte, considerable también, a la fabricación de conservas y mermeladas.

Se viene ocupando el actual Gobierno, con celo plausible, de la protección de estas industrias y de preparar trenes directos que faciliten, con gran ahorro de tiempo, la llegada a los mercados franceses de las frutas en fresco en las debidas condiciones. Cuando estos propósitos se hayan realizado, se producirá un gran aumento también en nuestra riqueza, que por solo este concepto sea acaso superior a cincuenta millones de pesetas anuales, cantidad que se elevará considerablemente el día que dispongan de aguas de riego las extensas huertas de Totana y Lorca, en las debidas condiciones de abundancia y economía, problema asimismo debidamente planteado y en vías de solución, dada la finalidad de las obras, eminentemente reproductivas, que ha de llevar a cabo la Confederación Hidrográfica del Segura, y entre ellas la construcción del pantano del Taivilla y la concesión a Lorca de parte de las aguas de los ríos Castril y Guardal.

También debemos registrar aquí el cultivo de hortalizas, entre ellas el tomate, lechuga, coliflores, fresa, etc. El tomate se produce en toda la vega, dedicándose buena parte de su cosecha a conservas.

Importancia extraordinaria alcanza el cultivo del pimentón, del cual se exporta una cantidad extraordinaria a todos los países del extranjero, singularmente a América, constituyendo una industria típica del país.

El esparto se produce en cantidad bastante, sobre todo en los términos municipales de Cieza, Yecla, Jumilla y Caravaca.

En la provincia de Murcia se cultiva en muy buenas condiciones el olivo, siendo su rendimiento muy importante en aceites de superior calidad en los términos municipales de Murcia, Fortuna, Cieza y Caravaca.

Merece especial mención el cultivo de la vid. Los caldos obtenidos aquí son de muy buena calidad y gran riqueza alcohólica. Cada día es más considerable la extensión de terreno dedicado a plantación de vid para exportación, que por su rica calidad adquiere precios fabulosos en los mercados.

El trigo, cebada, avena, se cultivan en zonas de regadío y de secano, en mucha más cantidad en la segunda que en la primera.

Como industria derivada de la agricultura tenemos la sedera, que exige un cultivo importante de la morera. Esta industria ha alcanzado un relieve extraordinario, que irá acrecentándose con la protección que el Gobierno viene dispensándola.

Puede considerarse el rendimiento de nuestra agricultura muy superior a una cantidad anual de doscientos sesenta millones de pesetas.

* * *

Obrero cogiendo dátiles en una palmera.

La provincia de Murcia, esencialmente agrícola, es a su vez ganadera, puesto que estos dos importantes factores de nuestra economía van estrechamente enlazados para su mejor desenvolvimiento.

Las zonas del valle del Segura, noroeste y suroeste, son las de más densidad ganadera, produciéndose ganado vacuno, lanar, cabrío, de cerda y en alguna proporción, aunque pequeña, el mular.

Los fértiles campos de la zona litoral, de grandes y acreditadas aficiones ganaderas, producen ganado lanar, cabrío y de cerda, luchando frecuentemente con las pertinaces sequías.

En la huerta prodúcese el ganado vacuno, de raza murciana, cuyo rendimiento de carne y trabajo agrícola tiene excepcional importancia.

El ganado cabrío, de universal renombre, muy solicitado en el extranjero, es una sólida riqueza, digna de toda estimación. Se han hecho expediciones de este ganado a Méjico, con resultados tan satisfactorios, que en concursos de ganados celebrados en aquel país obtuvieron las más altas recompensas. En Francia, Brasil y Estados Unidos, nuestra cabra lechera, de raza bien definida, goza de gran fama, habiéndose enviado a países extranjeros lotes importantes, que llamaron la atención.

Estas son nuestras principales manifestaciones de riqueza pecuaria, de sólida base, de gran arraigo y para cuyo fomento y conservación se trabaja mucho; siendo de notar en este caso la labor que realiza el Consejo provincial de Fomento.

* * *

En el aspecto mercantil e industrial ha de señalarse el creciente florecimiento de la provincia en sus diversas actividades, siendo de notar, entre el de otras industrias, el relativo a la fabricación de hilados y tejidos de algodón y de géneros de punto, la de alpargatería, muebles curvados, fundición de metales y fabricación de camas metálicas y de prensas hidráulicas, de calidad y funcionamiento inmejorables para la elaboración de aceite, y maquinaria agrícola en general, y, por último, la fabricación de objetos de aluminio, cuya industria, de nueva creación, no ha podido manifestarse con más perfecto desarrollo, por la excelencia de los artículos que se fabrican: todo ello sin contar con aquellas otras industrias tan típicas en nuestra región, como la relacionada con la seda y pelo de pescar, fabricación de conservas, de frutas y hortalizas, elaboración de vinos en las importantes zonas vitivinícolas de Jumilla y Yecla, y de la genuinamente murciana del pimentón, que extendió el nombre de Murcia hasta los más remotos países civilizados.

Es muy importante la fabricación de harinas, y asimismo se fabrican almidón, calzado, cal, yeso, sombreros, ladrillos, envases, chocolates, tejas, etc. En la Ñora hay una importantísima fábrica de pólvoras.

IMPORTE APROXIMADO DE LAS COSECHAS DE CAPULLO DE SEDA

Año 1923 . . .	639.391.400 Kgs.	5.584.074,29 Ptas.
» 1924 . . .	883.974.000 »	5.171.147,90 »
» 1925 . . .	953.177.500 »	5.003,181,75 »
» 1926 . . .	843.981 »	4.537,497,67 »

Precios medios por kilogramos.

(Los precios oscilan dentro de una misma campaña, según las necesidades del mercado, y estas oscilaciones varían de un día a otro y aun dentro del mismo día. Por tal razón anotamos el fijado al comenzar la campaña y el que quedó al terminar ésta.)

	1923	1924	1925	1926
Rompió a pesetas. . . .	750	550	520	505
Terminó a pesetas. . . .	850	575	525	535

PIMENTÓN

	Año 1923	Año 1924	Año 1925	Año 1926
Producción media: kg.	19.015.000	8.765.768	7.568.045	7.858.243
Importe aproximado: pesetas	7.115.627	19.437.000	18.097.500	22.211.000
Precios medios por arroba de 11 1/2 kgs., según clase, pesetas.	25/30	23/28	28/30	30/35

A Norteamérica	Exportación	25 por 100
A Repúblicas suramericanas . . .	»	23 por 100
A Europa	»	12 por 100
A la costa del norte de África . .	»	5 por 100
A distintas provincias de la Península	»	35 por 100

FABRICACIÓN DE CONSERVAS

Pulpa de albaricoque:

Cajas fabricadas en los años: 1923, 299.125; 1924, 302.116; 1925, 307.137; 1926, 320.208.

Producción media: 307.146 cajas de 10 botes de cinco kilogramos, equivalente a 15.357.500 kilogramos de fruto, con un importe aproximado de pesetas 10.750.110.

Principales países consumidores:

Tanto por 100 de exportación: A Inglaterra, 35 %; a Francia, 30 %; a Bélgica, 10 %; a Alemania, 20 %; a varios, 5 %.

Tomate al natural:

Cajas fabricadas en los años: 1923, 343.706; 1924, 347.143; 1925, 350.614; 1926, 354.120.

Producción media: 348.895 cajas de 24,50 y 100 botes, equivalentes a 10.466.850 kilogramos de fruto, con un importe aproximado de 6.977.900 pesetas.

Principales países consumidores:

Tanto por 100 de exportación: A España y posesiones, 50 %; a Inglaterra, 30 %; a Cuba, 20 %.

Varios (melocotón, guisantes, etc.):

Cajas fabricadas en los años: 1923, 85.210; 1924, 86.062; 1925, 86.922; 1926, 87.791.

Producción media: 86.496 cajas de 24,50 y 100 botes, equivalentes a 2.594.880 kgs., con un importe aproximado de 3.113.856 pesetas.

Principales países consumidores:

Tanto por 100 de exportación: A España y posesiones, 90 %; al extranjero, 10 %.

EXPORTACIÓN DE NARANJAS, LIMONES Y OTROS FRUTOS

Ejercicios	Naranjas y limones (1) — 1/2 cajas	Mandarinas (2) — Paquetes	Granadas — Cajas	Uva — Barriles
1923-24	1.411.637	73.694	39.212	11.059
1924-25	1.608.435	70.911	34.351	6.429
1925-26	1.488.754	91.166	21.354	11.036
1926-27	1.225.889	83.498	15.807	463

VINO

Jumilla:

Producción aproximada: año 1926, 150 a 200.000 hectolitros; año 1927, 150 a 200.000.

Precio medio por hectolitro: año 1926, 25 pesetas; año 1927, 45.

Exportación: Al extranjero, un 10 %; a la Península, un 90.

Yecla:

Producción aproximada: Año 1926, 150 a 200.000 hectolitros; año 1927, 150 a 200.000.

Precio medio por hectolitro: Año 1926, 23 pesetas; año 1927, 40,45.

Exportación: Al extranjero, un 50 %; a la Península, un 50.

* * *

La provincia de Murcia importa diversas materias, sobre todo maquinaria agrícola.

Aunque actualmente puede decirse que el comercio y la industria son considerables, a lo que contribuyen poderosamente las vías de comunicación que surcan la provincia, se intensificarán aquéllos en cuanto se abra a la explotación el ferrocarril de Fortuna a Caravaca y la Diputación provincial termine la construcción de un vasto plan de caminos vecinales que tiene en ejecución.

* * *

Son las apuntadas arriba las más salientes manifestaciones de la economía provincial, que va adquiriendo importancia progresiva, según demuestra el hecho, muy expresivo, de que años atras sólo existía en esta capital una sucursal del Banco de España y alguna, muy rara, modesta casa de banca. Hoy, además de esta sucursal, existen las de los Bancos de Industria y Comercio, Español de Crédito, Central e Hispano-Americano, y estas entidades tienen asimismo sucursales en poblaciones importantes de la provincia, como Cartagena, Lorca, Yecla, Cieza, Totana, Caravaca y otras.

Indudablemente, el incremento dado por el régimen imperante en España a la vida corporativa, sobre todo a las Diputaciones y Ayuntamientos; las reformas urbanas por éstos realizadas; la apertura de numerosas vías de comunicación, obra de la excelentísima Diputación provincial y del Estado, y en suma, la acción decisiva del Gobierno de Su Majestad, en cuanto al progreso moral y material afecta, son causas determinantes de bienestar y de consiguiente acrecentamiento de riqueza, que aceleradamente va determinando el auge de esta provincia.

Detalle de la huerta de Murcia.

(1) De estas partidas corresponden aproximadamente un 10 % a limones; de un 25 a un 30 % a naranjas comunes, y el resto a naranjas llamadas de la sangre, comúnmente denominadas de la «sangrina». El contenido aproximado de cada media caja es de unos 400 frutos, y el precio medio 22/23 pesetas.

(2) Cada paquete de mandarinas contiene unos 300 frutos, y el precio medio es de 15/17 pesetas.

Murcia: Detalles del paseo del Malecón y del jardín de Floridablanca.

Descripción histórico-artística y turística de la provincia de MURCIA

por

José María Ibáñez García

Delegado regio de Bellas Artes y cronista oficial de la ciudad y de la provincia.

El antiguo reino de Murcia (llamado también provincia en tiempo de los Austrias) tuvo existencia político-administrativa desde el 13 de febrero de 1266, en que fué ganado a los árabes, para Castilla, por Don Jaime I de Aragón, hasta que se decretó la actual división territorial, en 20 de noviembre de 1833.

Alfonso X acrecentó los dominios de su reino por derecho de conquista, con el territorio de las dos provincias actuales, Murcia y Albacete, y parte del litoral de la de Alicante, el que perdió años después por el inicuo Tratado de paz de Torrellas, entre Castilla y Aragón, reinando Jaime II.

El fraccionamiento del reino de Murcia en las dos provincias limítrofes respondió a la nueva demarcación, que dividió el territorio peninsular en 47 provincias, más las dos insulares (Baleares y Canarias), en cumplimiento del R. D. del ministerio de Fomento general (luego de Gobernación), sancionado por la Reina Doña María Cristina de Borbón, como Regente y gobernadora del reino, en la minoridad de su hija Doña Isabel II. Poco tiempo falta para que la actual división territorial, cuyos defectos se han puesto de relieve tantas veces, y cuya modificación se ha intentado formalmente en dos ocasiones, cuente ya en vigor no menos que un siglo.

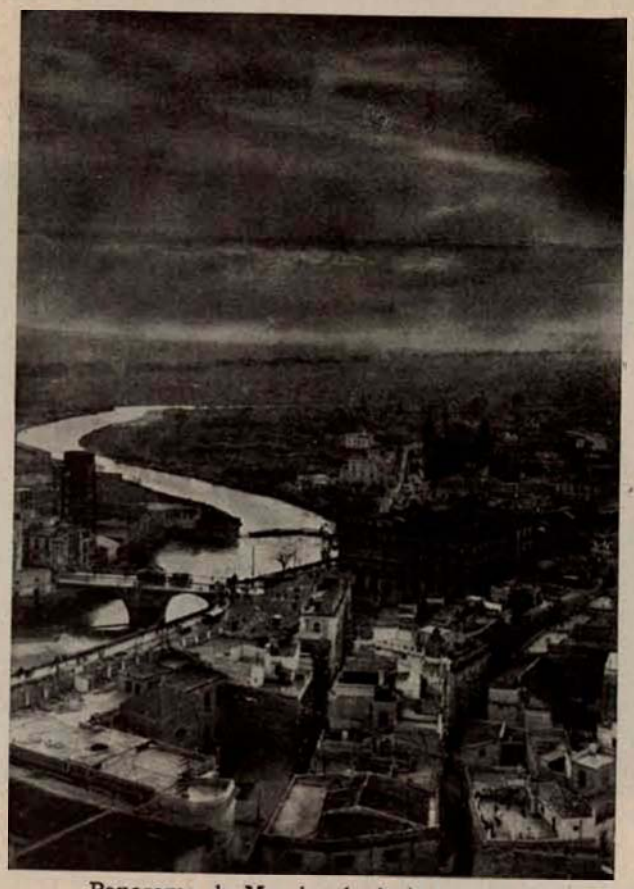
Hecha la división territorial a base de la separación de poderes (la autoridad militar independiente ya, desde el promedio del siglo XVIII) en lo civil, prevaleció el principio de separar las funciones administrativas de las judiciales, reservando las primeras a los «Jefes superiores de provincia» (llamaránse luego «Jefes políticos» o «Gobernadores civiles») y confiando las segundas a los «Juzgados de primera instancia», que se crearon en las cabezas de partidos judiciales, por R. D. de 21 de abril de 1834.

Dividióse, por lo tanto, la provincia de Murcia en nueve distritos (hasta que en 1875 se creó el de La Unión), a cada uno de los cuales se asignó un número de términos municipales de los 42 que integran nuestra demarcación provincial. La capital se dividió en dos Juzgados; los demás se situaron en las ciudades siguientes: Yecla, Cieza, Caravaca, Mula, Totana, Lorca y Cartagena.

En la necesidad de seguir algún orden para nuestro itinerario descriptivo, histórico-artístico y turístico, he adoptado el de los distritos judiciales, recorridos como quedan enumerados. Pero es de advertir que por buen acuerdo del «Comité provincial de la Exposición Ibero-Americana e Sevilla» se reservó la «descripción general de la ciudad de Cartagena» para quien rige con notorio celo y general aplauso los destinos de la histórica ciudad, una de las tres «bases navales de la península».

Del distrito de La Unión puede prescindirse en nuestro recorrido por la provincia, en razón de que no ofrece interés alguno bajo el aspecto histórico ni artístico.

Por arbitrario que parezca el plan elegido, ciertamente sin relación próxima ni remota con el tema que se nos designa, lo aceptamos a falta de otro que distribuya o agrupe los Ayuntamientos de la provincia en distritos, presididos (digámoslo así) por la ciudad designada como cabeza de partido. Por suerte que favorece nuestro designio, estas ciudades son las de mayor prestigio histórico y artístico, salvo alguna otra que tiene interés análogo al que da motivo primordial a este breve estudio. Porque, aparte las bellezas naturales en que la Naturaleza se mostró pródiga en muchos lugares de nuestra provincia, o en otros que son timbre de honor para los ingenieros forestales, como la sierra de Espuña, las obras de arte (desde las de ingeniería hidráulica hasta las denominadas ordinariamente artes del diseño) son causa originaria y sugestiva del turismo, el cual, entre otros beneficios que huelga encarecer, ha de contribuir a la divulgación de nuestra riqueza monumental y artística y, a la postre, a estrechar cada día más los lazos de fraternidad humana.



Panorama de Murcia, desde la catedral.

1.—Suena por vez primera el nombre de «Mursiet o Mursia» en la «Crónica del moro Rásis», por lo cual la crítica moderna no remonta su fundación sino a los días del califa de Córdoba Abd-er-Rahmán II, por el 209 de la Héjira (824 de J. C.). El califato de Abd-er-Rahmán III o de su hijo Al-Haquén es probable que nos dejara construída la presa para atajar las aguas del Thádar o Wad-alabyad, para derivarlas a los cauces de Aljufía y Alquibla, obra admirable de irrigación, sin la cual Murcia no contara jamás con la riqueza de su huerta ubérrima, deliciosísima; en expresión del historiador Mariana, «un paraíso en la tierra».

El turista debe visitar la presa, situada a siete kilómetros de la ciudad, rumbo SO.; y si viera el pantano de Alfonso XIII (en término de Cieza) y la sierra de Espuña, repoblada de pinos, no podría por menos de rendir su admiración y loa ante la obra de la ingeniería hidráulica y forestal, que ha domeñado la corriente impetuosa de las avenidas, convirtiendo en perennes fuentes de salubridad y de riqueza lo que fuera ¡tantas veces! causa de ruina, de desolación y de muerte.

Murcia no olvidará jamás los beneficios que le proporcionó la ciencia en sus aplicaciones a la repoblación de los montes y a la defensa de las inundaciones, a cuyas obras asociará siempre el recuerdo de los ingenieros Codorníu y García Hernández, sin olvidar (porque la gratitud es obligación de honrados pechos) el nombre de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Al entrar en la ciudad por el alegre barrio de San Benito, salude el viajero la estatua de Floridablanca; pero no intente rendir honores tales a la de Saavedra Fajardo, cuya primera piedra yace soterrada desde 1884 en la plaza de Santo Domingo.

No busque tampoco recuerdo conmemorativo de Don Jaime el Conquistador, más que el de la lápida puesta al demoler el arco por donde entró victorioso en Murcia (1266) y el de su nombre, dado al nuevo y grandioso cuartel de Infantería. Y si pretende ver señalado en el sitio de mayor prestancia de la urbe el nombre del Rey Sabio, no lo hallará sino en la catedral, bajo la urna cineraria de sus entrañas. Gracias que su memoria se ha renovado al par que la restauración y culto de «la Arrixara», estatua del siglo XII o primeros del XIII, de tal interés arqueológico que mereció ser exhibida en la Exposición Histórico-Europea, con el códice escurialense de «las Cantigas». Todo ello rememora anualmente, en la solemne fiesta de la antigua Patrona de Murcia, la fecha de la sumisión del reino por Aben-Hud (31 de mayo de 1243) y la poética devoción mariana de Alfonso X, en el ingente cancionero de «las Cantigas».

Cuando el viajero transponga el puente de «los Peligros» dedique un recuerdo al maestro Toribio Martínez de la Vega, que lo proyectó y dirigió hasta el arranque de los arcos, no menos que al arquitecto D. Jaime Bort, que dió cabo a una obra (la más util a la Murcia de antaño) en 1742.

Desde el puente a la catedral, la ciudad ofrece grandioso aspecto: al oriente, el moderno parque; al occidente, el singular Malecón (muro de contención de las riadas y paseo delicioso). En el antiguo Arenal, la Glorieta, la Casa Consistorial, obra del arquitecto D. Juan J. Belmonte, hacia el promedio del pasado siglo, y la serie de edificaciones del XVIII: Palacio episcopal, Seminario, Colegio que fué de San Isidoro (hoy Instituto) y Hospital cívico-militar. Más artístico que ninguno, el palacio, traza del arquitecto D. Baltasar Canestro, que lo dirigía por 1758. En él se inició en nuestra arquitectura urbana civil la elegantísima decoración Luis XV, luego empleada en los palacios del marqués de Beniel (calle del Príncipe Alfonso) y en parte en el del marqués de Torre-Pacheco.

Fachada principal de la catedral de Murcia.

La plaza del Cardenal Belluga debiera ostentar su estatua, varias veces proyectada. Su memoria inmortal la perpetúan sus «pías-fundaciones» aquí y en el término de Orihuela.

Al dar vista a la imafronte de la catedral recordemos que, a suplicación de Fernando el Santo, la santidad de Inocencio IV restauró la antigua sede e iglesia cartaginense en 1250, la cual, a suplicación del clero y pueblo, fué trasladada a Murcia en 1291, por bula del Pontífice Nicolás IV, anuente el Rey de Castilla Don Sancho el Bravo, en el pontificado de D. Diego Martínez Magaz.

La catedral actual, cuya primera piedra bendijo el obispo D. Fernando de Pedrosa el 22 de enero de 1394, es obra de transición del segundo al tercer tiempo del estilo ojival; obra modesta, pero no exenta de esbeltez y severidad, cual muestra la portada de «los Apóstoles», del promedio del siglo XV.

La dedicó solemnemente el obispo D. Lope de Rivas, en 24 de enero de 1465. Al turista ha de atraerle, sobre todo, la magna capilla de los Vélez, de ignorado tracista y cuyos artífices (de 1490 a 1507) labraron la piedra cual sutil encaje, esculpiendo el ejemplar más genuino de aquella modalidad del gótico en los días de Isabel la Católica, que preludia como transición una de las formas características del primer «manuelino» portugués. En esta opinión ha fundado sus ponencias (en ambas Academias) el doctísimo D. Elías Tormo, al responder a la consulta del ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, para la declaración de «monumento nacional», lograda por R. O. de 28 de marzo de 1928.

Cierta venerable antigualla, procedente de la demolida claustra, fué transportada a una de las capillas de la girola en 1922. Es el tríptico medieval de Bernabé de Módena (1364-1383), en cuya predela se dibujan las figuritas orantes que la crítica moderna supone retratos del Infante Don Juan Manuel y de su hija Doña Juana, Reina consorte de Enrique II de Castilla.

Toda la obra del Renacimiento en el interior de la catedral se atribuye, en gran parte, a Jerónimo Quijano (primera mitad del siglo XVI). El sepulcro del Rey Sabio, cuyas entrañas se trasladaron desde la iglesia de los templarios (desaparecida en el siglo XVIII), por R. C. de Carlos V de 5 de agosto de 1525.

Obra documentada, la de los armarios o cajonerías del Sagrario (bajo la torre); la portada de ingreso, las puertas exteriores a la girola (atribuídas posu gran valor a Berruguete), y acaso la portada exterior, que remata en las «Virtudes Teologales», atribuídas por Gómez Moreno a Jacobo Florentín. Obra magnífica, muy probable de aquel maestro, la capilla de Junterón, plateresca, exornado su ábside por las estatuas de las Sibilas, el Bautista e Isaías, debidas a Pedro Monte (con posterioridad a 1520).

Obra del renacimiento es también la sillería del coro, labrada por Rafael de León (1567-71) para los benedictinos de San Martín de Valdeiglesias, y traída a Murcia después del incendio de 1854.

La soberbia imafronte, de imponente grandiosidad, «churrigueresca en ciertos detalles y elementos, en conjunto, tiende a los purismos del clásico de D. Ventura Rodríguez». (Lampérez). Fué obra de D. Jaime Bort (1736 al 48), terminada por Pedro Fernández en 1751. Por su riqueza de imaginería será siempre una página de gloria para la Murcia artística del siglo XVIII.

La «Torre», cuya sombra bienhechora nos aplace y brinda con atracción de indefinible halago... fué obra de dos siglos tan desemejantes como el XVI y el XVIII. Trabajáronla Jacobo Florentín y Jerónimo Quijano, bajo las normas del renacimiento florentino y del español, más sobrio y severo, por los años de 1521 al 45. La conclusión fué proyecto de D. Ventura Rodríguez, ejecutada por el maestro José López y acabada en 1792. De la catedral brota como una fuente de poética inspiración que se condensa en «la Torre»:

Que es en la noche callada
ferviente jaculatoria;
oración petrificada
que está subiendo a la gloria.

(P. Jara Carrillo).

Notabilísima obra del renacimiento es la fachada de la Compañía, con tres esculturas admirables, del hermano jesuíta Domingo Beltrán (por 1561...); autor del retablo mayor del templo y del sepulcro del fundador, el obispo Almeida. Incierto el tracista del templo, de transición ojival la techumbre, y en lo demás, renacimiento, grandioso.

El siglo XVIII dejó una iglesia (la Merced) del más desenfrenado churriguerismo, y dos (San Juan de Dios y Santa Eulalia) en que el rococó dejó íntegramente una muestra de su insuperable elegancia.

Frente a este último se elevó un modesto monumento a Salzillo, con un busto de Sánchez Araciel. ¡Ofrenda humilde para el prócer imaginero que honora el siglo XVIII! (1707-83).

De 1575 data el «Pósito», con su característico altorrelieve representativo de «la Caridad», rodeada de las seis coronas que, por entonces, timbraban honoríficamente el escudo de Murcia.

Edificio contiguo es el «Almudí»; como el anterior, erigido a costa del Concejo, en 1618. Hoy es Audiencia provincial.

«El Contraste»: Sala de armas y depósito de armamentos y utensilios militares; luego Sala de contratación de seda y del peso público... No le ha valido ni su militar abolengo, ni el ser declarado «monumento arquitectónico-histórico», para que el Concejo procure reparar su inminente ruina. Se construyó por 1604 a 1610.

La edificación moderna cuenta en Murcia con buenas construcciones. «El teatro de Romea» (1862), dos veces incendiado y reconstruído con planos de D. Justo Millán; el «Casino» (elegante, lujosísimo), hecho en el promedio del pasado siglo y ampliado en el curso de muchos años; la «Convalecencia», proyecto de D. José A. Rodríguez, que honra la memoria del chantre D. Andrés de Rivera, su fundador, y, por fin, el «Museo provincial», proyecto de D. Pedro Cerdan, conforme al plan ideado por el insigne murcianista D. Andrés Baquero (1910).

El turista debe admirar allí el «Belén de los Riquelmes» y los modelos en barro, de Salzillo, todo, obra admirable, en cuyo elogio parece vano insistir; no menos que el parangonarla con la ingente serie pasionaria del Viernes Santo (ermita de Jesús), labrada desde 1752 al 77. Si a la crítica le fuera dable elegir... Pero, el Cristo de «la Caída», el «Angel de la Oración del Huerto», la «Dolorosa»... ¿Ha llegado jamás el arte escultórico a «revelar» en la materia inerte, en forma tan portentosa y emocionante, el misterio de la redención humana por la pasión de Cristo?

Esparcida está la obra de Salzillo por los templos de Murcia y muchos de su provincia. Véanse la ideal «Purísima», de los franciscanos; el «San Francisco y Santa Clara», de las capuchinas; el «San Jerónimo», de la Nora; el «San Andrés», de su parroquia; el «San Juan», de la ermita de Jesús, y el «San Pedro» (del Pinatar), obras selectas, entre las 1.792 que le atribuyó Cean Bermúdez. Salzillo, honor de su patria chica, es hoy objeto de la admiración universal:

«Murciae urbe natus
Mundi Orbe notus.»

Capilla de la catedral donde reposan los restos del ilustre murciano D. Diego de Saavedra Fajardo.

2.—El turista debe visitar los santuarios próximos a la capital, con preferencia el de la Patrona, Nuestra Señora de la Fuensanta, traída a Murcia por vez primera en 1694 y coronada canónicamente en abril de 1927. Desde la ermita se divisa en lontananza la ciudad, en medio de la deliciosa huerta y de innúmeras edificaciones agrupadas en lugares o esparcidas en el área extensa del regadío murciano. El panorama es incomparable, bellísimo.

Próximo a La Ñora y sobre la acequia de Aljufía, se construyó en 1747 la Fábrica de la Pólvora, desde 1802 del Cuerpo de Artillería. Se levantó con planos de D. Francisco Bolarín, autor también de los del templo parroquial de la aldea contigua.

La villa de Alcantarilla guarda en el suyo un retablo mayor interesante, con estatuas de Cristóbal de Salazar (promedio del siglo XVII) y lienzos de Cristóbal de Acevedo (1640-48).

La villa de Torre-Pacheco (en la línea férrea de Murcia a Cartagena) conserva en una lápida mural la memoria del fundador del templo (1603), el opulento deán de la catedral e instaurador de unos «Estudios» en «la Trinidad», de Murcia, doctor D. Luis Pacheco de Arroniz, antepasado de los condes de la Concepción. En «los Alcázares», término de San Javier, el turista podrá visitar, previo permiso, el moderno aeródromo.

3.—Por carretera, que partiendo de la capital y rumbo al N., atraviesa el resto de la provincia (internándose un trecho por el Pinoso, en la de Alicante), podremos llegar a la ciudad de Yecla, que con Jumilla forma uno de los partidos judiciales, el más septentrional, de nuestra provincia. En cuya parte NE., confinando con las de Albacete y Alicante, al NO. de la sierra de Salinas, se halla situada la ciudad, en término montuoso, surcado por varios arroyos, que a la postre rendirán al Segura el tributo de sus aguas.

El término de Yecla perteneció al gran estado de los Manueles (Villena).

Un vasto edificio moderno, transformación del viejo convento de los alcantarinos (de 1564), nos muestra desde la Alameda el único colegio de escolapios en la diócesis y en la provincia, fundado en 1861. En él se puede visitar (amén de los gabinetes de Física e Historia Natural) la sección arqueológica, formada con parte de las antigüedades descubiertas por los escolapios en el próximo «Cerro de los Santos», en término de Montealegre. Muchas de ellas se llevaron al Museo Arqueológico Nacional. Renuevan la memoria del P. Carlos Lasalde, que escribió sobre tales hallazgos en el «Semanario Murciano», por los años 76 al 78.

En el templo franciscano es notable el retablo mayor, rococó, y en sus capillas un «San José», de Salzillo, e imágenes de urna atribuídas a la Roldana, y un «San Miguel», de Ignacio Vergara. Pero «la perla» de esta capilla (de la V. O. T. de San Francisco), en ángulo con el templo principal, es el grupo de «Las Angustias» (Salzillo, 1764), «menos trágico que los similares», en sentir de Tormo, expuesto en cuadrilonga y amplia estancia, con zócalo de interesante azulejería. La Virgen, derribada al pie de la Cruz, con el cuerpo difunto de Jesús, es hermosísima.

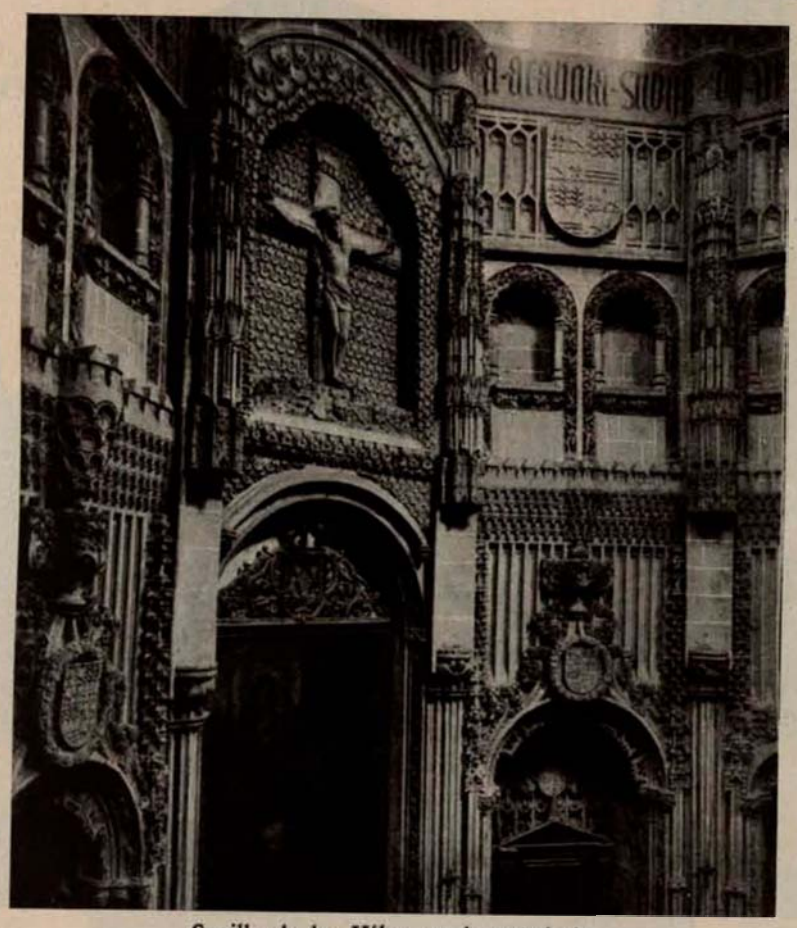
«La Purísima» es un gran templo neoclásico, con dejos de barroquismo, acusado en las curvas del ábside y muros del crucero. El retablo... un armatoste impropio de la grandiosidad del templo, construído a últimos del siglo XVIII por el maestro José López y terminado en 1859 por el arquitecto D. Jerónimo Ros. Guarda interesantes alhajas.

En la iglesia que fué del «Hospital» se alzan buenos retablos e imágenes valiosas, de Marcos Laborda y de Salzillo («Santa Teresa en su Transverberación»).

A los comienzos del siglo XVI se remonta la primitiva parroquial de la Asunción (hoy rectoría del Salvador); una sola nave gótica (1512), cerrada por un ábside del renacimiento, con grandioso retablo policromado del siglo XVII. La torre, del siglo anterior, notable por el friso, del que se destaca una serie de variadas cabezas, cuya significación ornamental no es dable. Es obra singular e interesante en sus valores arqueológico y constructivo.

La ermita de San Roque es de interés, no menos, por su techumbre de madera.

En arquitectura civil prescindimos del Castillo, por inaccesible casi, y fijámonos en la Casa Consistorial, con soportales en dos de sus lados, pero cegados sus arcos, como el hueco angular de un balcón, sobre el que destaca un salvaje heráldico. En la escalera, una Virgen de piedra y un relevado escudo de la antigua villa. En el salón, cuatro «cartones» del pintor yeclano el académico D. Ginés Andrés de Aguirre, tan celebrado entre los discípulos próceres de la Academia de San Fernando.



Capilla de los Vélez, en la catedral.

4.—Al SO. de Yecla, y atravesando una zona de opulenta producción agrícola (viñedos), se da vista a Jumilla, situada en la falda de un cerro coronado por un castillo, en cuyos contornos se hallaron vestigios romanos y árabes. La situación de esta ciudad (antes villa, historiada por el arqueólogo Lozano), en la frontera de Castilla con Aragón, la hizo teatro de las luchas entre ambos reinos en tiempo de Don Pedro «el Cruel», cuyo infortunado hermano Don Fadrique la ganó en definitiva para Castilla, gozando desde entonces de los fueros concedidos a Murcia por el Rey Sabio. Su castillo fué la residencia del capitán general de frontera, desde el tiempo de los Reyes Católicos.

La parroquia principal, «Santiago», en su nave real, bóveda y capillas, es obra gótica, magnífica, de los vizcaínos Pedro y Juan de Oma (fines del siglo XV). Por 1562 se labró el crucero, con adosadas columnas jónicas, bóveda y ábside grandiosos, como el magno retablo de F.° y D.° de Ayala, digno de una catedral.

La sacristía vieja, de planta circular, y la portada, correspondiente a la nave de la epístola, todo del más clásico renacimiento (ésta, de 1576). La sacristía actual, barroca; el pórtico llamado «del Perdón», que franquea el paso a la gran capilla lateral «de la Comunión», así como la sillería del coro, son obra del neoclasicismo, en que intervinieron los arquitectos Bolarín, el maestro José Andújar (el de nuestro «San Lorenzo» de Murcia) y los más notables, D. Lorenzo Alonso, en 1793, y D. Ramón Berenguer, fallecido en Jumilla en 1812.

Preciosos son los retablos del crucero, con el grupo de «Santa Ana» y «la Niña María» y el de «Jesús, infante», contemplando la Cruz, una de las más deliciosas obras de Salzillo. En ambos templos (aunque forman un todo) se ven buenos lienzos, alhajas y ornamentos. (Dos custodias y otra custodia-cáliz, preciosísima).

Próxima a «Santiago» ofrece interés «la Lonja» y antigua «Casa de la Villa» (hoy cárcel), plateresca, con una serie de columnillas salomónicas que dividen los vanos de trece ventanas semicirculares, gemelas; se atribuye a Julián Alamiquez, en el promedio del siglo XVI.

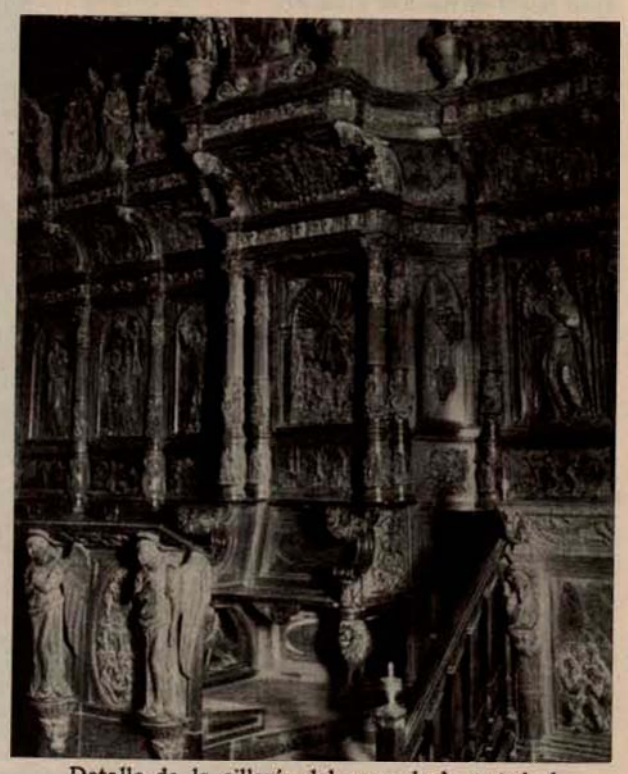
«El Salvador» (rectoría) es un gallardísimo templo neoclásico (1794), cuyos retablos principales, el mayor y los del crucero, son perspectivas arquitectónicas, probablemente de Sistory. Ostenta en sus capillas y muros excelentes lienzos, salvados del derruído claustro franciscano, demolido, como tantos otros, cuando la exclaustración.

Por las viejas calles rampantes, suelen sorprender al viajero escudos heráldicos como el de «Pérez de los Cobos», o bellas rejas, forjadas cual la del ábside de «Santiago», o bien estancias lujosamente decoradas con bovedillas de molde, estilo plateresco, patios y galerías con talladas puertas... todo utilizado hoy por menestrales para su vivienda e industrias domésticas.

Se conserva la casa natal de D. Juan Lozano, arzobispo de Palermo y virrey de Nápoles; y de su deudo y homónimo el historiógrafo. Del cual, se ha hecho recientemente un retrato, obra de Gignous, copia del de la Sociedad Económica de Murcia, con destino al salón consistorial.

La excursión a Santa Ana del Monte ofrecerá perspectivas deliciosas al turista en medio del saludable ambiente de la pinada. Convento e iglesia, muy pobres; pero es de ver la imagen de «la Abuela», con Jesús y María, infantes, en ambos brazos (siglo XV), y la emocionante estatua «de Cristo flagelado» (Salzillo), de universal devoción en la ciudad y campo jumillenses.

5.—Por la vía férrea puede llegar el viajero a la estación provisional de Cieza, ciudad contornada casi por el Segura; su partido judicial lo integran: Abarán, Blanca y



Detalle de la sillería del coro de la catedral.

Fragmento de la Dolorosa, de Salzillo, en la ermita de N. P. Jesús.

Ulea a la izquierda del curso del río Ojós; Ricote y Villanueva a la derecha. Menos Villanueva y Ulea, fueron concedidas a la Orden de Uclés por Sancho IV, en 1285. Fortuna, hacia el E., lo fué por Don Fernando IV, en 1307, y Abanilla (casi en el límite con Alicante) lo fué también hasta 1281, en que la cobró Don Alfonso X, hasta principios del siglo XV, que se dió a los de Calatrava. Por el mismo año de 1281, el Rey Sabio dió Cieza y su castillo a la Orden de Santiago.

Zona es la que se extiende a entrambas orillas del Thádér, más favorecida por las galas de la naturaleza que por las obras de arte; pero, ¡cuán fecunda hizo estas tierras ribereñas el (tantas veces) pérfido río!

Huelga decir que los territorios de Órdenes cambiaron de orientación y vida al incorporarse a la Corona la dignidad del Maestrazgo por los Reyes Católicos, y que de sus varios pueblos se formó «el coto redondo», con la sede en Ciudad Real, a tenor de la bula «Quo gravius» de la Santidad de Pío IX, en 1874.

La parroquial de «la Asunción» (Cieza) es de tres naves, «herreriana», pero del siglo XVIII, portada barroca y torre reconstruída por el arquitecto D. J. Marín Baldo. El retablo es moderno. El templo, de tres amplias naves, tiene esculturas de R. López y de M. Laborda y un Crucifijo notable, de Jerónimo Querol.

San Bartolomé se venera en su ermita como Patrono, en tabla del siglo XV.

Sobre un cerro próximo, la ermita del «Cristo del Consuelo» (R. López), en retablo de Berenguer.

La rectoral de San Joaquín, antes de los franciscanos, tiene notables retablos barrocos e imágenes interesantes.

Las franciscanas (de 1750) conservan bellos cuadros de azulejos y los retratos de los Marín Blázquez, fundadores....

Es notable el paso del Segura por la garganta de «los Almadenes» y más abajo el pantano de Alfonso XIII, para recoger las aguas del Quipar.

El valle de Ricote, delicioso; fué refugio de moriscos, en tal copia, que hasta 1505 no hubo en el valle culto cristiano.

Frente a Ulea (curso del río), Villanueva, cuyo templo trazó el famoso arquitecto de este apellido y concluyó D. J. R. Berenguer.

Fortuna es tradición que se llamó «Santa María de los Baños», hasta que cambió su nombre por haber recibido a San Vicente Ferrer (1411) cuando vino a predicar contra los judíos al reino de Murcia.

6.—Al O. del partido judicial de Cieza, cruzado por los ríos Benamor y Argos, afluente del Quipar, como ambos del Segura, se nos ofrece el partido de Caravaca, en el área de una zona de alto interés histórico-arqueológico. Baste decir que comprendió la región denominada «Deitania» y en ella la sede episcopal «bigastrensis» (próxima a Cehegín), dilucidada en erudita monografía, no ha muchos años, por el docto académico D. Aureliano Fernández Guerra. La sede cuya capital fué «Bigastrum» desapareció por obra de la irrupción árabe, que llegó a fundar un estado (independiente o tributario...), cuya capital estuvo en la Caravaca actual. Las alturas de los montes fueron coronadas por castillos roqueros por los árabes, como defensa de las poblaciones agrupadas en el declive de las fortalezas, de que aun quedan vestigios, por lo menos de reconstrucciones hechas después de la Reconquista, en Caravaca, Cehegín y Moratalla.

Al aproximarse la Reconquista, Caravaca fué lugar de un suceso portentoso en la historia eclesiástica, de resonante notoriedad. Es el aparecimiento de una exigua cruz patriarcal, formada por tres fragmentos de la «Vera Cruz», aparecimiento milagroso, obrado el 3 de mayo de 1242, ante el régulo gobernador del pequeño estado, milagro que le convierte a la fe de Cristo, como a sus dos hijos.

La crítica moderna (no la racionalista, que niega la realidad sobrenatural, sino la ortodoxa) ha depurado el relato del portento, de lo que D. Vicente de la Fuente, acostándose al sentir del sabio jesuíta P. Papebrokio, calificó de «excrecencias añadidas a la tradición primitiva», originadas por las turbias corrientes de los «falsos cronicones», que aceptaron, sin examen, historiógrafos locales como Robles Corvalán, Cuenca Fernández-Piñero y sus secuaces.

Los arabistas modernos, como el doctísimo Codera, aceptan el hecho tradicional y disciernen la personalidad del régulo ante quien se obró la aparición de la «Vera Cruz», gobernador o rey de Valencia desde el 621 de la Héjira. Es el llamado Ceid (señor) Abu-Zeid-Abd-r-Rahman-Ben-Cid-Abu-abd-Allah-Mohammad-Ben-Cid-Abu-abd-Aps-Omar-Ben-Abd-l-Munen, bisnieto del Califa Abde-l-Munen, o sea el «Miramamolín» de nuestras crónicas.

Sometida Caravaca al Infante Don Alfonso, en 1243, fué dada con su castillo a Guillén de Entenza, tío del rey conquistador Don Jaime, y después a los templarios, como encomienda, que luego pasó a la Orden de Santiago, como Cehegín, Moratalla y Bullas (1286), sobre las cuales ejerció jurisdicción el Vicario, nombrado por el Consejo de Órdenes. Calasparra perteneció a la de San Juan de Jerusalén.

De la ciudad medieval resta la ermita de la Soledad (tres naves, soportadas por columnas toscanas), parroquia hasta 1571. Sobre una de sus dos portadas de piedra se adosó una lápida romana. El templo, sin culto en la actualidad.

«El Salvador», parroquia actual, es soberbio templo de tres naves y bóvedas altísimas de entrecruzada nervadura, soportadas por robustas columnas jónicas. Es obra de pleno renacimiento (1534 a 1600), debida al maestro Pedro de Antequera, que no llegó al alzado sino de la mitad de este grandioso templo. La torre, de cantería, concluída en tiempos muy posteriores a su tracista.

Ni el lienzo primitivo de «La Transfiguración», ni el tabernáculo neoclásico, obra de D. Juan Cayetano Morata, se ven ya en la gran capilla mayor, en la que se colocó el gran retablo dorado del templo que fué de la Compañía, labrado por el artífice José Sáez (1756), conforme al orden corintio, y la parte de escultura, por José Ortega (1758). El titular es obra de los hermanos Pastor, escultores muy calificados en Valencia por 1875. Soberbias rejas forjadas, bajo los arcos de ingreso a las capillas; esculturas de Marcos Laborda, caravaqueño (1752-1802), de D. R. López y de Salzillo avaloran este gran templo. De Salzillo es una «Dolorosa» hermosísima, pero, a mi juicio, la menos «dolorida». Entre las alhajas, una cruz parroquial, preciada joya del estilo gótico en su transición al renacimiento.

El hospital de «La Concepción (1532). La iglesia es de complicada nervadura gótica en su cabecera, y el resto de la bóveda, simulada armadura mudéjar. En la capilla mayor, una gallardísima «Inmaculada» del caravaqueño J. Fernández-Caro, de últimos del XVIII.

En la calle principal, el turista sufrirá una impresión ingrata si traspone la puerta del gran templo que fué de los jesuítas, obra del siglo XVI, planeada por el P. Bartolomé de Bustamante, hoy una posada, cocherón, establo... destino que no hace honor a quien lo mantiene indiferente, con mengua del culto y del arte... ¡No se puede ver sin lástima, más aún, sin indignación!

A poco trecho, las Carmelitas, fundación de Santa Teresa. El retablo, rococó, es precioso; pero en su mesa de altar, exornada con lindos cartonajes, ¿pudo (como dicen) celebrar misa San Juan de la Cruz...? Al que se atribuye la fundación del convento de religiosos (1586), por más que el edificio actual sea de 1600. Hace pocos años ha sido reintegrado a los carmelitas descalzos (1904).

Al final de la Alameda se yergue el templete para el baño de la Cruz; es del tiempo de Carlos III. La Casa Consistorial es también del siglo XVIII, de menor interés que otros caserones timbrados con escudos nobiliarios, en calles rampantes y tortuosas, pero... características o a tono con la edificación urbana de casonas con aspecto de palacios señoriales. (Casa del conde de Balazote, 1612).

Todavía, lo más interesante de Caravaca es el castillo, con su torre «chacona»,

La Oración del Huerto, obra de Salzillo (ermita de N. P. Jesús).

Claustro del convento de Santa Clara, en Murcia.

construída por el comendador de la Orden de Santiago y adelantado de Murcia D. Juan Chacón.

El templo contiguo es tan grandioso que se estima cual la mejor imitación que tuvo en España el del Escorial. Se ignora el autor de los planos, que realizaron Damián Plan y José Vallés, maestros caravaqueños. Construcción muy rara, la de un arco en el presbiterio y sobre él la tribuna en comunicación con la estancia (ya desaparecida), por donde tradicionalmente se cree que se obró la aparición de la «Vera Cruz». Queda en esta tribuna cierta inscripción que, con otras que se destruyeron, refiérese que fueron interpretadas por el «sabio» Miguel de Luna, es decir, por el falsario autor de los «plomos» del «Sacromonte»... Holguémonos de su pérdida. Una superchería más entre tantas como produjo el funesto designio que informara a los fautores de los «falsos cronicones», condenados por la sana crítica y por la autoridad de la Iglesia.

Para la Santa «Vera Cruz» (guardada en áureo estuche, matizado de gemas y exhibida con todos los honores inherentes al culto «de latría») rindamos «el razonable obsequio» que pide al entendimiento humano la realidad inexplicable, pero evidente, de lo sobrenatural.

Despidámonos del santuario de «la Vera Cruz», habilitado ya en 1617 y terminado, por su grandiosa fachada barroca, en 1722, y sin mentar a otro artista caravaqueño que a D. Rafael Tejeo, gloria de Caravaca (1798-1852), dirijámonos a Moratalla, cuyo término toca ya al límite O. de la provincia en su divisoria con la de Albacete. La torre de su castillo roquero supone escalonada población en la falda del cerro, desde cuya altura la vista se place en el espectáculo de los campos lozanos, producidores de variados frutos y, por ende, de riqueza.

La Virgen de la Arrixaca, antigua Patrona de la ciudad de Murcia.

La iglesia parroquial de la Asunción es magnífica, del tipo de la del Salvador, de Caravaca, y como ésta, por concluir los tres tramos (por lo menos) de sus altas bóvedas de crucería, soportada por robustísimas columnas que dividen la nave central de las dos laterales. La capilla mayor recibió en su muro de fondo un retablo grecorromano, obra la de más cuenta del maestro murciano (arquitecto se firmaba) Nicolás de Rueda, del último tercio del siglo XVIII (1760-71). Venérase en una de las capillas un bello «Crucifijo» del siglo XVII, y en la amplísima sacristía se exhiben copiosas alhajas, entre ellas una custodia firmada por Melchor Martínez, de Murcia (1742).

En el Asilo (convento que fué de franciscanos) sólo se conserva el extremo del magno templo, separado del resto por un muro transversal, en cuyo centro se erigió altar a un «San Camilo de Lelis», labrado por Salzillo.

Cehegín, a la vista de Caravaca, es pueblo que guarda muchos recuerdos de los templarios y de la Orden de Santiago. A buena distancia de la villa se alza el santuario de la Virgen de la Peña, su antigua Patrona, que el turista visitaría de buen grado, elevándose sobre uno de estos modernos pájaros metálicos que aterrizan donde quiere el piloto o... donde los impele una imperfección insospechada del aparato.

La penosa ascensión a la actual rectoría pone a la vista la imagen de «la Virgen», que no parece la primitiva, y un retablo del siglo XVI, merecedor de una concienzuda restauración. Si algún día se fundara el Museo Arqueológico Diocesano...

En la intrincada red de las callejas correspondientes a la parte más vetusta de la villa se encuentra la ermita del Santo Cristo, con portada de ricos mármoles negros y rojos obtenidos en el término de Cehegín. El interior produce impresión tristísima. Su techumbre de nervadas bóvedas, sus arcos, todo abandonado a la obra destructora del tiempo... ¿No habrá un ceheginero que deje allí perpetuar su nombre a cambio de gastar unos miles en reparar esta antigualla venerable...?

La consagrada ermita de la Concepción tiene por techumbre preciosa armadura mudéjar, soportada por arcos formeros que apean en columnillas jónicas. Es obra de 1556, para la que, corriendo el tiempo, se labró el grupo de «San Joaquín y Santa Ana», de corte salzillesco; una «Pietá», de D. R. López, sin otras de menor interés.

La parroquia, dedicada a «Santa María Magdalena», es del tipo de las de Caravaca y Moratalla. Tres naves con alta cubierta de nervadura gótica las dividen, y las soportan columnas dóricas, sentadas sobre otras jónicas, que, por cierto, no dan la impresión de unidad de las robustas, ingentes columnas del «Salvador», de Caravaca. El retablo, inmenso, puramente churrigueresco.

Cehegín ha celebrado en 1925 el segundo centenario de la coronada «Virgen de las Maravillas», bella imagen napolitana, de Nicolás Fiumo, venerada en el templo de los franciscanos, barroco, como el retablo mayor. El turista más indiferente saludaría esta singular representación de la Virgen, soportando amorosa el dulce peso de Jesús Niño... Valiosas coronas radiantes se ofrecieron a la «Deipara» y a su Divino Hijo.

A la margen SE. del Quipar, el Cabezo de Roenas (corrupción de ruinas) fué lugar de la antigua «Bigastrum», capital de la «Deitania» y de su obispado, de cuyos prelados hay noticia de dos series, la bizantina y la visigótica. Sobre aquel campo, aunque cultivado, podríamos evocar el principio de la elegía «A las ruinas de Itálica...»

7.—Desde Cehegín podemos seguir el rumbo SE. y por carretera llegar rápidamente al partido judicial de Mula, que lo integran (orden alfabético) los municipios de Albudeite, Alguazas, Archena, Bullas, Campos, Ceuti, Cotillas, Lorquí, Molina de Segura y Pliego.

Sobre la población escalonada en la falda del monte se alzó el castillo con su torre de homenaje, para defensa de la villa y su contorno, dominada por los árabes. Mula no se sometió por Aben-Hud; tuvo que ganarla Don Alfonso por fuerza de armas, a poco de la sumisión del estado musulmán murciano (1243). Los moros quedaron tolerados, y como en Murcia, fueron los agricultores en campo y huerta y los trabajadores de varios oficios en la villa. La cual dió en señorío Don Juan II al mayorazgo de ilustre casa, Alonso Yáñez Fajardo, en 1430. Ellos crearon un dominio sobre Campos y Albudeite y fundaron la Puebla de Mula, aldea que aun conserva restos de su castillo... Muchas obras de arte recuerdan el señorío de los Fajardos, cuyo palacio, nada monumental, se muestra al viajero que recorre las rampantes y laberínticas calles de la ciudad.

En la parte central se alza la parroquial de San Miguel (1618), con un retablo mayor, gemelo del de las agustinas de Murcia, y un tabernáculo igual también al de Santa Eulalia. Se atribuye al artífice muleño Alonso Lorenzo (1640). El titular y la «Dolorosa», de D. Roque López, el díscipulo prócer de Salzillo, nacido en Mula por los años de 1740 y fallecido en 1811. En la capilla del Consuelo o de «los Marqueses», dos grandes lienzos (la «Ascensión» y la «Asunción»), que se dice estar firmados en Alicante por Senén Vila.

En la parte alta de la población muestra la parroquia de Santo Domingo su fachada de rojo mármol, de próximas canteras, labrado según el estilo renaciente, en 1500. Una gran nave de seis capillas por lado, con pilastras de orden compuesto, termina en el ábside, cuyos muros cubre totalmente el retablo mayor, labrado por 1770. El titular es de D. Santiago Bagletto (primera mitad del siglo pasado). La puerta de ingreso, abierta en

Un huerto de palmeras en Murcia.

la sexta capilla, quedando a los pies de la nave otro exiguo templo con crucero y retablo, de la «Virgen del Rosario», obra del muleño Lorenzo del Campo, como el tallado tornavoz del púlpito. Los retablos del crucero proceden de los franciscanos y en ellos las estatuas de «Santo Domingo» y «San Francisco»; pero (ésta gallardísima, por cierto) se reintegró al rehabilitado templo de «observantes». Del oratorio que tuvieron los marqueses de los Vélez proceden los lienzos («Huida a Egipto» y «Adoración de los Magos»), de Suárez o de Acebedo, sobre los que descuella el portentoso lienzo de «La Trinidad», pintado (¿quién sabe?) por un artífice que supo dar forma en lo posible a la sublime concepción teológica del augusto misterio. Todavía es de admirar una «Pietá» de M. Laborda, y en la sacristía, un exiguo grupo en madera del «Calvario», obra exquisita, firmada por alguien a quien llegara noticia de su autor, Adán, que supongo el francés Jacobo Sigisberto (1670-1747). Aparte de esta obra, digna de un museo, un lienzo muy bello de «Santa Rosalinda», pudiera representar a una de las Patronas de la ciudad; por su hábito, parece ser la B. Mariana de Jesús.

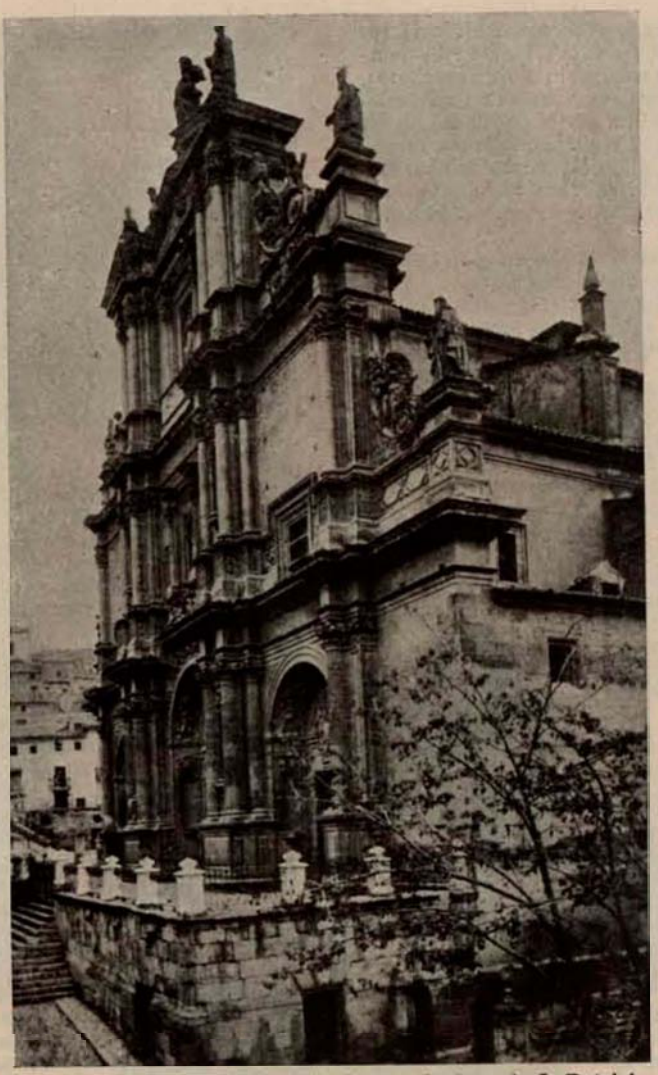
El monasterio de la Encarnación, de religiosas franciscanas descalzas, es fundación de 1677, en que tuvo gran parte el lego Pedro de Jesús Botia, el de la tradicional aparición del «Niño»; pero el monasterio se alzó en 1680, junto a la iglesia y cementerio de Nuestra Señora de los Olmos, cuya vetusta imagen es de interés arqueológico. Patrono y protector fué D. Juan J. de Austria, cuyo retrato se ve sobre la puerta del camarín de la titular.

El templo, de una sola nave, se ornó con el retablo mayor y laterales (barrocos), procedentes del desmantelado y enteramente profanado un tiempo, de los «observantes». De allí el «San Diego de Alcalá», de Salzillo. De «la Roldana», una «Santa Clara», de vestir, firmada en 1692. De D. R. López, hasta ocho efigies de mérito. Como lo son dos retratos de personajes desconocidos (el del varón, firmado en 1703) y una «Santa Faz», aureolada por la tradición piadosa legendaria. La torre del histórico monasterio es de 1506.

La iglesia del Carmen pertenece a una cofradía fundada en 1606, bajo el patronato del marqués de los Vélez. Es de interés la serie de «los pasos» de Semana Santa: el «Prendimiento», de Salzillo; y «Samaritana», de R. López, y una excelente copia de «la Oración del Huerto», de Salzillo, hecha por D. Santiago Bagietto.

El «Castillo» es del tiempo del señorío de los Fajardos (parte de fines del siglo XV y parte de 1524); se conserva relativamente entero, según refieren, porque su acceso... hace envidiar al águila caudal.

Si el turista quiere llevarse dos recuerdos tan diversos como gratos de su



Lorca: Fachada principal de la ex colegiata de S. Patricio

recorrido por el término de Mula, que v site la ermita del Balate, donde se venera al «Niño Jesús», en imagen, cuyo tradicional origen se remonta a los calamitosos días de la peste mortífera de 1648; y de vuelta a la ciudad y la Puebla, a corta distancia, aguas salutíferas le podrán dar el placer y la sedación placentera de un baño, siempre atemperado a un calor que parece el normal del cuerpo humano.

Por el fuero que dió San Fernando a la villa se rigieron también las de Molina Seca y Val de Ricote. Los que hoy son municipios independientes, Campos, Albudeite, Bullas y Pliego, fueron en la dominación arábiga meros «lugares» dependientes de Mula; tal dominio fué confirmado por Alfonso X y en tal dependencia pasaron al señorío de los Fajardos. Bullas y Pliego conservan memoria en sus castillos de la dominación árabe, a que siguió el señorío de los Vélez, aunque en la jurisdicción eclesiástica dependieran de la Vicaría de Caravaca, como de la Orden de Santiago. Acaso interesara más que esta noticia, al viajero que recorra estos pueblos, saber que el genial poeta D. Federico Balart no nació (como se escribió equivocadamente) en Priego de Córdoba, sino en Pliego de Mula. El río de Mula y el Segura riegan los deliciosos huertos de Alguazas (nombre puramente arábigo, como lo fué aquel término), donde la agricultura rindió sus preciados frutos al trabajo de tantas generaciones. La parroquial fué reformada por el clásico D. Lorenzo Alonso, pero respetando la nave del siglo XVI, con armadura morisca, sobre arcos apuntados.

Archena fué muy famosa en la antigüedad romana por sus termas, de lo que resta alguna memoria epigráfica. La villa y las termas pertenecieron a la Orden de San Juan de Malta, que mejoró el balneario en tiempo de Carlos III, en tal manera que sus renombradas aguas inspiraron nada menos que un poema latino («Thermae Archenicae... in agro Murcitano») a D. Ignacio López de Ayala (1778), asunto «poético», a tono con un tiempo asaz prosaico...

El balneario cuenta entre sus modernos edificios una capilla, de estilo bizantino, con un lienzo («El paralítico de la piscina probática»), obra de don Carlos Luis de Ribera.

Lorquí (la «Ilorci» romana) tiene un gran templo, terminado en 1799 por D. Pedro Gelabert, el neoclásico autor de la señorial casa de los Fontes, la más típica de su tiempo en Murcia.

Lorquí, en la ribera izquierda del Segura, se comunica con la frontera de Ceutí por medio de un puente, construído hará unos quince años, obra fomentada poderosamente por el párroco de esta villa, D. Eloy Villena; obra utilísima para entrambos pueblos.

Molina de Segura cuenta con una iglesia parroquial cuyo retablo mayor completó D. R. López con estatuas de San Pedro y San Pablo, ángeles, la Trinidad, San Roque. La villa recibió de los opulentos señores de Zabálburu un edificio para escuelas primarias.

Lorca: Casa de los Rocafull. (C. de San Juan de Dios.)

8.—Por carretera, como por la vía férrea de Murcia a Lorca, tiene fácil acceso la ciudad de Totana (la «Deitana urbs»); en el curso de la dominación árabe, las luchas intestinas de raza dejáronla arrasada. Quedó en pie su castillo, o sea el de Aledo, luego reedificado, y con el tiempo, en poder de los régulos de Lorca. La Orden de Santiago recibió de Don Alfonso el Sabio, a cambio de Callosa, Catral y Elda, en 1295 «la villa de Aledo y su arrabal, Totana». ¡Tan exigua fué esta población durante la Edad Media!

La ciudad actual, cuyas amenas huertas riega el Guadalentín, comprende en su partido judicial las villas de Aledo, Alhama y Librilla, rumbo al N. de esta demarcación, y ya en la costa mediterránea, la de Mazarrón y su puerto.

De la Encomienda de Aledo queda algún recuerdo de la edificación urbana, y de la Orden de Uclés, el titular de la parroquia.

La Encomienda de Aledo fué desde la toma de Granada disminuyendo en su prestancia secular, al par que la población de la villa, cuyos moradores más ricos se fueron trasladando a Totana, donde el clima y el terreno ofrecían campo más favorable al progreso agrícola y, por ende, a la industria y al comercio.

La parroquial, dedicada al Patrón de España, se construyó por 1500. Tres altas y espaciosas naves, cubiertas con armadura morisca, policromada; retablo mayor y fachada, del siglo XVII y estilo barroco. Del XVI, sólo un retablo de imaginería y una buena estatua orante del párroco Torres (1587). Sin esto, el turista podrá fijar su atención en un lienzo representativo de «La batalla de Lepanto», que le suscitará el recuerdo del de Juan de Toledo, que debe conocer quien visite Murcia, en cuya sacristía «del Rosario» se contempla, al par que otros muy notables lienzos de Mateo Gilarte.

Lorca: Casa de «los Mussos» o de García Alcaraz.

En la plaza principal de Totana, la fuente pública se decoró con «marmóreas esculturas» del lorquino Juan de Uceta (promedio del siglo XVIII). De este tiempo es también el convento de San Buenaventura, hoy entregado a los capuchinos, que le han reconstruído para colegio de segunda enseñanza, ya muy acreditado.

A una legua de Totana se alza todavía un castillo famoso (el de Aledo), cuyas ruinas denuncian la destructora acción del tiempo. Las huestes cristianas sufrieron en él un terrible cerco de los árabes, allá por el siglo XI, cerco doblemente heroico por hallarse los sitiados a gran distancia de la frontera castellana...

Aledo puede dar al turista la ilusión pasajera de hallarse en un poblado medieval, protegido por su fortaleza...

En el templo parroquial se venera una efigie sedente de la Virgen (por 1500...) y una Dolorosa (1782), que debió ser de las postreras obras de Salzillo.

Subiendo a la sierra de Espuña (ascensión tan áspera como deliciosa a la vista), se llega al santuario de Santa Eulalia de Mérida, cubierto por armadura muy interesante, como las pinturas de los muros interiores (pasajes de la vida de la Santa), cuyo autor desconozco; son del siglo XVII.

«La Santa» (ermita y hospedería) es un sitio ideal; alguien lo calificó de «la Suiza de la provincia de Murcia»; allí se respira el balsámico ambiente de la pinada y se goza del espectáculo de incomparables y deliciosas lontananzas.

Al N. de Aledo, la villa de Alhama, nombre que llevan otros dos pueblos de España en las provincias de Granada y Zaragoza. Todos tres debieron estar un tiempo bajo el dominio de los árabes, que utilizaron sus nacimientos de aguas minerales y los llamaron con igual nombre: «Alhama» (baño).

El castillo roquero que se divisa sobre esta villa dice al viajero que allí se alzó una fortaleza defensiva por la belicosa raza, que, sin duda, utilizó ya como medio curativo de muchas dolencias el manantial salutífero que nace bajo el peñón del castillo; aguas termales que siempre tuvieron justa nombradía. Su virtualidad fué loada por un ignoto humanista en un dístico, grabado a la entrada del balneario, tan elegante y conciso que vale por un poema:

Aegrotatium saluti
Valentium voluptati.
Anno MDCCCXLVIII.

Alhama perteneció al estado de los Fajardos hasta la extinción de los señoríos.

La parroquia de San Lázaro es de 1743, y su imafronte obra de Pedro Bravo.

Librilla, al N. de Alhama, conserva varias torres que recuerdan el recinto árabe de la villa. Su templo parroquial fué ampliado y decorado a lo neoclásico por D. Lorenzo Alonso.

Mazarrón, a una legua del mar (a cuya orilla se fundó «el Puerto»), fué lugar muy explotado en tiempos antiguos por sus yacimientos de alumbre; de él dióse nombre al poblado contiguo a las minas.

Perteneció al partido de Lorca hasta 1565, en que se hizo villa, con demarcación de una legua.

El templo principal lo forma una nave cubierta por armadura morisca y decorada en sus puertas laterales conforme a la estructura empleada en el siglo XVI; pero el presbiterio muestra ser construcción del siglo XVIII. Pertenecen a su segunda mitad los lienzos de sus altares, debidos al académico don Agustín Navarro, según la atribución de Ceán Bermúdez.

9.—Lorca, al SO. de Totana, cabe el Guadalentín, tiene gran interés histórico-artístico dentro de la provincia. Parece corresponder a «la Eliocroca» de los romanos, que los árabes llamaron «Lurca». Debió ser poblada en la falda de la eminencia donde se fabricó el castillo, acaso anterior a la dominación árabe. Tuvo sede episcopal, de la que sólo hay memoria por la asistencia de un su obispo al concilio iliberitano; pero que-

Castillo y santuario de la Santísima Cruz de Caravaca.

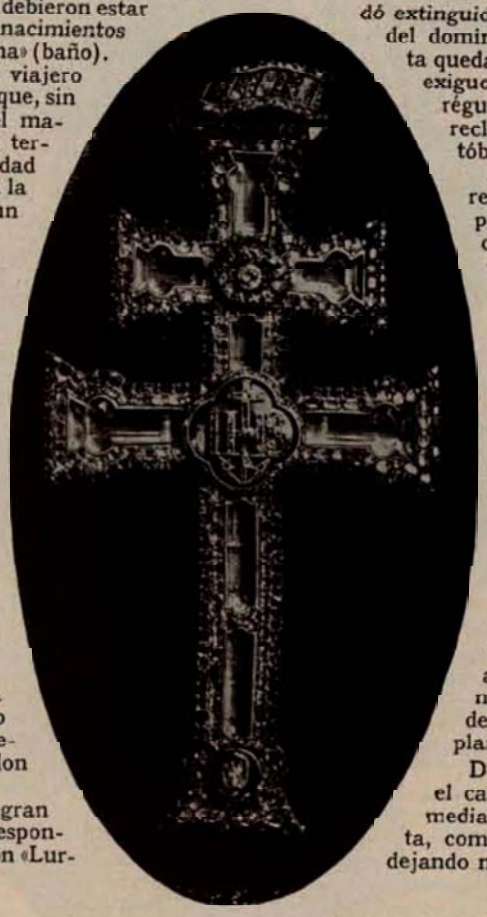
dó extinguida o refundida en la de «Bigastro». Salvóse por algún tiempo del dominio árabe por hallarse dentro de «la Cora» de Todmir, hasta quedar sometida por Abd-er-Rahmán I (el 780), formando luego un exiguo estado, más o menos autónomo, y bajo el dominio de sus régulos, pacíficos o belicosos, convivió la población mozárabe, recluída en su «Arrixaca», que luego fué barrio de San Cristóbal.

El Infante (luego Rey) Don Alfonso, recibida la sumisión del reino de Murcia por Aben-Hud, en 1243, puso al siguiente expugnador asedio a las importantes ciudades insumisas, logrando a Mula, Cartagena y Lorca en 1244. De la rebelión de los muslimes de Murcia la ganó a la postre el invicto Rey de Aragón, al entregarse la capital en 1266.

La situación de Lorca, fronteriza al reino de Granada, la obligó a frecuentes luchas con los árabes, luchas dignas del «romancero», que tienen como episodio culminante el triunfo de las huestes cristianas de Murcia, Lorca y Aledo en los Alporchones (1452).

Hasta 1645, Lorca y Cartagena formaban parte del corregimiento de Murcia y desde esta fecha obtuvo del Rey el nombramiento de Corregidor propio, con jurisdicción sobre la Lorca y su partido; así fué acrecentando sus prestigios históricos, que afirmaron sus linajudos caballeros ganando ejecutorias de nobleza y timbrando sus magníficas casas y palacios con escudos heráldicos que todavía puede admirar el turista en la parte baja (o sea la nueva) de la ciudad. A este engrandecimiento urbano (desde el siglo XVI visiblemente progresivo hasta fines del XVIII) contribuyó el amor al terruño de los lorquinos, no menos que la abundante copia de artífices, oscuros constructores o pintores notables en el siglo XVII, o entalladores en el XVIII... hijos de Lorca o advenedizos, de cuyas obras ofrece relevantes ejemplares la hermosa ciudad.

Deben interesar al viajero las construcciones que formaran el castillo (derruída, en su interior, la iglesia del Alcázar e inmediata torre bélica); pero la torre alfonsina permanece enhiesta, como la del Espolón, contra los estragos del tiempo que no va dejando más que ruinas en las escalonadas construcciones urbanas de la ciudad alta.



La Santa y Vera Cruz de Caravaca.

El aspecto es de inexpresable desolación; allí no quedó más que la población mísera que no logró mejor albergue en el llano; pero en medio de aquella serie de ruinas se alzan todavía tres templos que fueron parroquiales (hoy rectorías), entre ellos Santa María, gótica, del siglo XV, donde se venera el «Resucitado», obra prócer de D. R. López, y se contemplan lienzos de Blas Muñoz y de Camacho Felices, os pintores más renombrados del solar lorquino.

A esta rectoría pertenecen valiosas alhajas de orfebrería religiosa: una custodia con el escudo prelaticio del obispo Mayorga (primer tercio del XV); una cruz procesional, gótica, de cristal de roca, sobre afiligranado engarce (también del siglo XV); un precioso cáliz, plateresco (del XVI), y el rico terno de «los moros» (renacimiento), que, como el llamado así de la catedral de Murcia, no tiene de los árabes más que el «nombre».

En la próxima rectoría de San Pedro, la «Divina Pastora», de Salzillo, firmada en 1745. Es de notar que Salzillo firmó muy pocas obras, entre ellas el «San Jerónimo, penitente», de la Ñora. ¿Acaso las que halló en forma la más adecuada y expresiva de su ideal...?

El turista no debiera descender al llano sin visitar el «Calvario», o sea el «Vía-Crucis», del que sólo restan ocho capillas de las catorce que lo integraran. Por suerte se conserva en la principal uno de los magnos «Crucifijos» de D. Nicolás de Bussi (1698), de tal valor como el de Murcia (hoy en la ermita de San Antón). Suplo aquí mi olvido inexplicable al no mencionar en el recorrido por Murcia ni el Crucifijo perteneciente al «Vía-Crucis» de los alcantarinos ni el admirable «paso contemplativo de la Sangre de Cristo» (parroquia del Carmen), obra la más excelsa, por la alteza del pensamiento y el primor de la ejecución del ascético imaginero de últimos del siglo XVII y primeros del XVIII.

En todas las restantes capillas del «Calvario» de Lorca se ven los altares con frontal de azulejería y rejas al exterior de bella forja.

Al descender a la plaza Mayor surge ante el viajero la imponente mole de la colegial de San Patricio, erigida por bula de Clemente VII (1533) y cuya fábrica comenzó en 1536, bajo la traza (probable) del maestro Jerónimo Quijano, que lo era «mayor» de la catedral de Murcia.

Como la de Granada, es la de un templo ojival, sobre la que se elevó una construcción del renacimiento. Tres naves, la transversal (crucero) y girola. Columnas jónicas flaquean los arcos de sus numerosas capillas, cubriendo las absidales bóvedas de crucería, y el resto, bóvedas por arista. Muchos artífices trabajaron en este templo grandioso «catedralicio» (¡cuánto pugnaron los lorquinos porque lo fuera, aun con notorio menoscabo de la diócesis cartaginense!) hasta darlo casi por acabado en 1694, en que se comenzó la monumental portada principal, cuya obra dirigía, por 1710, José Vallés, no más que probable autor de la

Interior del santuario de la Santísima Vera Cruz de Caravaca.

La Purísima, obra de Salzillo.

traza. Es portobarroca, de prolija exornación, dentro del esitlo; el conjunto, de impresionante grandiosidad.

El trascoro, obra de gran prestancia, también dentro de este estilo; lo proyectó el maestro Toribio Martínez de la Vega, y su estatuaria la labró Laurencio de Villanueva, oriolano.

A Nicolás de Rueda, murciano, debiéronse, como entallador, los cajones y cancel de la sacristía, de admirable ejecución, y como arquitecto, el proyecto del edificio contiguo a la colegial, destinado a oficinas (archivo) y aula capitular. Ornan el grandioso templo preciados óleos de Camacho Felices, Cornelio Beer, José Mateos, Suarez... y esculturas como «la Purísima», del trascoro, única obra de cuenta, identificada como de Antonio Dupar.

El obispo D. Manuel Rubín de Celis consagró la colegiata en 29 de septiembre de 1776; pero su torre, fabricada en tres primeros cuerpos, en el siglo XVI, no se concluyó enteramente hasta 1780, por los planos del lego jeronimiano del monasterio de la Ñora, fray Pedro de San Agustín.

¡Lástima que el probado amor de los lorquinos al pasado histórico-religioso de su ciudad no alcance el restablecimiento de la Colegial, como lo ha logrado Gandía en el año del 1907!

En la parroquia de San Mateo llamará la atención del turista la efigie de «San José», una de las varias esculturas con que enriqueció los templos de Lorca el caravaqueño D. Francisco A. Fernández-Caro (1760-1844); y a par de ella, tres representaciones de la Virgen a cual más preciadas. Son obras próceres de Salzillo: «Nuestra Señora de la Leche» (imitación del Torrigiano, añadiendo el San Juanito), la «del Socorro» (1738) y el portentoso grupo de «las Angustias» (1746).

¡Con decir que la crítica lo estima superior al de San Bartolomé de Murcia...!

No quisiera terminar el recorrido ideal por Lorca sin mentar siquiera el preciosísimo retablo de la capilla del Rosario (1749), por el que debió lograr su autor, José Ganga Ripoll, notoriedad mayor que lo que alcanzara entre sus comprofesores murcianos de bellas artes. «La gloria», representada en el gran fresco del cimborrio (obra de Baltasar Martínez Fernández Espinosa, lorquino), completa el efecto, sugestivamente plácido, de la linda capilla.

La arquitectura civil, utilizada para aquellas casonas señoriales de que apenas queda ejemplar en las ciudades modernas, tiene aún en Lorca edificios de ostensible mérito: tales como la casa de los Alburquerques (calle de Selgas), con portada del renacimiento; cual el «Pósito», construído a costa del Concejo.

Mucho más moderna la casa de García Alcaraz, con su alta torre y nobiliario escudo, entre sendos salvajes, y por fin, la casa solariega de los Guevaras, llamada «de las columnas», con magnífica portada barroca (1693), merecedora de ser reproducida por el fotograbado.

Dos recuerdos postreros es probable lleve el turista al dejar a Lorca: el de la «columna Augústea» (sobre la que ha hecho, de reciente, asombroso estudio D. Francisco Escobar) y la vetusta efigie de «la Virgen», del convento franciscano de las Huertas. ¿La venerada, indudablemente, por el Infante Don Alfonso en «el real» o campamento, desde el cual puso asedio a la ciudad? La arqueología no ha dicho sobre ello la última palabra...

Del pantano de Puentes (1791 a 1802)... ni recordar siquiera el relato de su rotura (2 de abril de 1802); la catástrofe más grande que sufriera Lorca y todo el trayecto, río abajo, hasta Murcia y Orihuela, que registra la historia de nuestras inundaciones.

En la extremidad S. del partido judicial de Lorca, próxima al confín de la provincia de Murcia con la de Almería, la alegre villa de Águilas no conserva de la antigüedad más que los restos de un castillo roquero. Se conjetura que puede corresponder a la ciudad de «Urci», sede del prelado de la diócesis «urcitana»; en opinión de algunos geógrafos, al N. de Almería, que de aquélla tienese por sucedánea... Casi destruída la población después de ser dominada por los árabes, hasta el siglo XVIII no se replanteó enteramente, según los planes urbanizadores del conde de Aranda (1766), y así resultó una población moderna, única en la provincia, con amplias y rectas calles tiradas a cordel y buen puerto, obra del arquitecto D. J. Martínez de Lara.

La Verónica, obra de Salzillo.

Su parroquial de San José fué consagrada por el obispo D. Mariano Barrio, por los años 51 al 53. Venérase en él una «Dolorosa», atribuída a Salzillo.

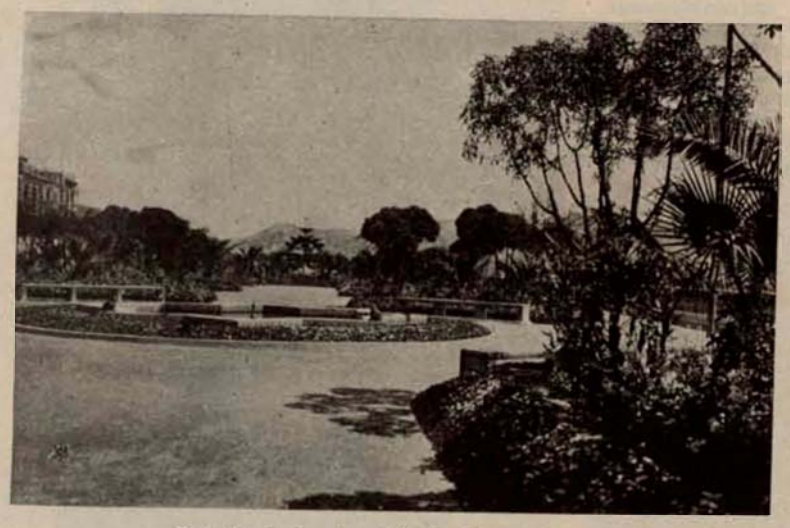
He concluído la descripción histórico-artística de la provincia de Murcia. No sé en cuál de estos aspectos habré podido acentuar aquella serie de notas de interés que pide el turismo, notas que suelen quedar consignadas en la cartera del viajero, facilitadas por los hombres más cultos, y por ende, los más cuidadosos en conservar las tradiciones y memorias del pasado. Ello viene a ser, a mi juicio, como signo venturoso de las futuras prosperidades y acaso de gloriosos destinos de muchos pueblos de los que integran la provincia. Y es que hoy no cabe mirar con desdén ninguna forma que adopte la diligencia humana a la sombra del amor al terruño para las averiguaciones del pasado; porque no bastan a satisfacer las aspiraciones del espíritu muchas de las venturosas invenciones aplicadas al bienestar material y social de los individuos y de los puebles, los cuales sienten en mayor o menor grado la profunda verdad que encierran unas frases estampadas por Ricardo León en «Casta de hidalgos»; es a saber: «que en eso que el vulgo necio llama «anticuallas» están las raíces de nuestro ser actual; y que nadie, sin conocimiento cierto de lo pasado, tiene derecho a juzgar lo presente, ni a investigar lo futuro».

Panorama de Murcia.

CARTAGENA

POR

ALFONSO TORRES
ALCALDE DE LA CIUDAD



Detalle de la Avenida de Muñoz Cobo.

Cartagena tiene desde muy antiguo los títulos de MUY NOBLE, MUY LEAL y SIEMPRE HEROICA CIUDAD, a la que, por R. D. de 16 de junio de 1809, se le concedieron honores de mariscal de campo, y por R. O. de 28 de febrero de 1855, tratamiento de excelencia a su Ayuntamiento.

El escudo de Cartagena es de los llamados en heráldica acaudado y tiene por armas, en campo de plata, un castillo almenado y torre de homenaje en piedra, clareado de sable, sobre roca batida por azules olas del mar. En su bordura ostenta cuatro jaqueles de plata y otros cuatro de gules, alternados. En cada uno de los primeros, un león rampante de gules; en los cuatro restantes, castillo de piedra clareado de sable, y completa el escudo la corona mural.

La fundación de Cartagena se remonta a los fabulosos tiempos de Testa, rey de España, según unos, y de Teucro, príncipe griego, según otros, y parece ser que en el siglo VI antes de Jesucristo existía ya en el sitio donde hoy se levanta Cartagena una población llamada Mastia, ignorándose las causas de su desaparición.

En el siglo III antes de Jesucristo fué reedificada y fortificada por el general cartaginés Asdrúbal, quien, en recuerdo de su patria, la llamó Carthago-Nova, y conquistada ésta en la misma centuria por el romano Publio Cornelio Escipión, conservó su nombre cartaginés, aunque Plinio y otros escritores de la época la denominan Carthago-Spartaria, por la gran cantidad de esparto que se criaba en la comarca.

Engrandecida Cartagena durante la dominación romana, cayó arrastrada con la decadencia del Imperio y se apoderaron de ella los bárbaros, arrasándola hasta sus cimientos.

En poder de los mahometanos estuvo hasta el 1244, en que Alfonso X la incorporó a la Corona de Castilla. El Rey Sabio la fortificó, le concedió privilegios y creó el obispado de Cartagena, poniendo en su silla a su confesor, fray Pedro Gallego.

En tiempos de Don Pedro I alcanzó la ciudad cierta importancia, por ser su puerto el refugio de las galeras del Monarca castellano en sus bélicas con-

Monumento a los héroes de Santiago de Cuba y Cavite.

Vista panorámica de la ciudad.

tiendas con el Rey de Aragón; pero, muerto el de Castilla a manos de Enrique II de Trastamara, Cartagena cae en el mayor olvido, del que la sacan los Reyes Católicos al iniciarse los deseos de conquista de las costas africanas en las guerras con Italia.

En el siglo XVI, con Don Carlos I y Felipe II sigue acrecentándose la ciudad, que decae en la siguiente centuria con Felipe III, Felipe IV y Carlos II; pero, sentado en el trono Felipe V, éste y sus sucesores fomentaron su importancia, comenzando por la construcción del arsenal y las fortificaciones.

En el siglo XIX, por las continuas revueltas en que fué pródigo, se estancó el desenvolvimiento comercial e industrial de la ciudad, hasta caer derrumbada por el bombardeo de 1873, cesando al fin tal estado de cosas al ceñir Alfonso XII sobre sus sienes la corona de San Fernando.

Al comenzar el siglo XX, Cartagena entra ya francamente por el camino de su engrandecimiento, dispuesta a conquistar el puesto a que tenía derecho, por ser una de las poblaciones más importantes de España, y lo consiguió gracias a la protección que le dispensó la Reina Regente Doña María Cristina y siguió y sigue dispensándole el egregio Monarca Don Alfonso XIII, que derrama a manos llenas sobre esta ciudad toda clase de mercedes y protectoras disposiciones.

Gózase en Cartagena de un clima benigno y es una de las poblaciones más sanas del mediodía de la península Ibérica. De día en día va ganando en belleza y urbanización y se ensancha rápidamente desde que cayeron las murallas, que la impedían todo desenvolvimiento, y se llevó a cabo la desecación del Almarjal, en el que se han practicado importantísimas obras que impedirán para siempre las inundaciones y estancamientos de aguas que tanto perjudicaron en épocas anteriores.

De poco tiempo a esta parte se han hecho grandes reformas en sus calles, que, recientemente adoquinadas, ofrecen, con sus modernos edificios, un tan agradable golpe de vista que le dan a la población carácter de una importante capital, no faltando en ella espaciosos paseos, lindísimos jardines y artísticos monumentos, abundando en todas las vías lujosos establecimientos de toda clase de artículos y elegantes círculos de cultura y de recreo. Cuenta con magníficos teatros y cinematógrafos, campos de deportes, confortables hoteles y servicio de magníficos tranvías eléctricos por el interior de la ciudad y a los barrios extramuros, sembrados, como los alrededores de Cartagena, de lindos hoteles con preciosos jardines muchos de ellos.

La piqueta del progreso, demoliendo lo inútil, lo arcaico, lo antiestético y cuanto significaba obstáculos para el ensanche y embellecimiento de la ciudad, transformó ésta en una urbe nueva, completamente a la moderna, y como prueba de nuestro aserto podemos señalar la calle de la Maestranza, antes fea, sucia, intransitable, sin alumbrado y de repugnante aspecto, convertida hoy en magnífico y amplio paseo, bordeado de esbeltas palmeras y frondosos eucaliptos, cómodos y vistosos bancos, bellísimas fuentes y un lindísimo «parterre» que corre desde la puerta del Arsenal a lo largo de las tapias de éste, hasta el final del paseo que en esta vía se ha convertido.

Citaremos también las explanadas laterales de la grandiosa plaza de España, hasta hace poco llanuras pedregosas, sin el más ligero vestigio de vegetación ni urbanización, y que hoy se hallan convertidas en hermosos jardines; los desmontes y estribaciones del Monte Sacro, antes imponentes barranqueras y depósito de escombros, que se han transformado en elegantísimos parterres de dibujos policromados y con gran variedad de flores, con fáciles subidas a las partes altas por suaves escaleras de artísticas balaustradas.

Son dignas de mención, igualmente, las bellísimas Avenidas del Trece de Septiembre y de Muñoz Cobo, con sus jardines, admirándose en esta última el artístico monumento a la imperecedera memoria de Cristóbal Colón; los paseos del muelle de Alfonso XII y de la calle de Alfonso XIII, el de la Alameda de San Antón y el de las antiguas Puertas de San José, obligado paso al importante barrio de Santa Lucía. Todos éstos son paseos suntuosos que en nada tienen que envidiar a los de las más grandes capitales.

En cuanto a espaciosas y bien adornadas plazas, citaremos la de Valeriano Togores, en cuyo centro se levanta el soberbio monumento erigido a la memoria del eminente actor dramático cartagenero Isidoro Máiquez; la de la Constitución, con el hermoso monumento a nuestro paisano el gran escri-

tor militar comandante Villamartín; la de España, con su bonita fuente central; la del Rey, con su jardín en construcción; la de García Alix, con el palacio municipal; la de Jaime Boch, con el busto del inspirado poeta cartagenero José Monroy y al fondo la bellísima fachada de la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, y por último, la de Don Francisco Albacete, en cuyo centro se yergue el soberbio monumento levantado, por suscripción nacional, en conmemoración de los gloriosos marinos españoles que perecieron heroicamente en Cavite y Santiago de Cuba, dando grandes timbres de honor a la Patria, por la que sacrificaron sus vidas, como las ofrecieron también los valientes supervivientes de aquella epopéyica jornada, que todos los años conmemoramos, el día 3 de julio, con una misa de campaña, a la que éste asistieron varios marinos de los que intervinieron en los combates, entre los que figuraban el excelentísimo señor capitán general, almirante Aznar.

Como calles más importantes, en las que se hallan situados los Bancos, círculos de recreo, oficinas comerciales, Teléfonos y Telégrafos, teatros y cinematógrafos, hoteles, establecimientos de todas clases y grandes almacenes, citaremos las de Isaac Peral, Puertas de Murcia, Tomás Maestre, Sagasta, Canalejas, Pi y Margall, Cuatro Santos, Duque, San Diego, Caridad, Joaquín Costa, Capitán Briones, San Miguel, Santa Florentina, Mariano Sanz, etc., etc.

Entre los establecimientos benéficos, timbres gloriosos de esta ciudad, dignos de ser visitados y cuyas puertas se hallan siempre abiertas a propios y extraños, debemos señalar la Casa de Misericordia; el Hospital de la Caridad; la Tienda Asilo de San Pedro; el Asilo de Ancianos, de las Hermanitas de los pobres; el Dispensario de la Cruz Roja; la Casa de Expósitos y el Patronato, y finalmente, la Casa del Niño, donde gratuitamente reciben educacion, comida y vestido, centenares de niños pobres.

Como establecimientos industriales de gran importancia, nos limitaremos a indicar los Astilleros de la Sociedad Española de Construcción Naval; el Arsenal Militar y Base Naval; el Parque de Artillería; la Fábrica de Desplatación y fundición de plomo de la Compañía de Peñarroya; la de Abonos y Ácidos, de la Unión Española de Explosivos; la de Cristal, de Santa Lucía; las de Electricidad, de la Hidroeléctrica Española e Industrias Eléctricas; la de Jabones «La Argentina»; la de Dinamita, de la Franco-Española de Explosivos; Central del Tranvía, etc., etc.

Como centros culturales debemos mencionar el Instituto General y Técnico de Segunda Enseñanza; las Escuelas Graduadas; las de Ayudantes Facultativos de Minas; la Superior de Industria; la de Comercio; el Conservatorio de Música y Declamación, y la Real Sociedad Económica de Amigos del País, con su Museo Arqueológico.

Los templos de Cartagena que no deben dejar de visitarse son: la iglesia de la Caridad, donde se venera la Santa Patrona de la ciudad, Nuestra Señora de los Dolores, conocida vulgarmente entre los cartageneros por la Virgen de la Caridad; la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús, en la que existe un San Diego de Alonso Cano, un San José de Salcillo y un magnífico San Antonio de autor desconocido; la parroquia de Santa María de Gracia y sus capillas de los Cuatro Santos, Santísima Trinidad, Virgen del Mar, San Juan Nepomuceno y del Prendimiento, propiedad esta última de la cofradía de los Californios, que tan suntuosas procesiones de Semana Santa celebra todos los años. En todas estas capillas consérvanse imágenes de Salcillo y otras de verdadero mérito de imagineros desconocidos y algunos cuadros notables. La iglesia de Santo Domingo, parroquia castrense de San Fernando, en la que está situada la hermosa capilla de Nuestro Padre Jesús Nazareno, propiedad de la cofradía Marraja, que también celebra sus tradicionales procesiones, que cada año alcanzan mayor fama, y en la que se venera una Piedad del escultor Capuz y un San Juan de Salcillo. En el altar mayor de este templo hay una efigie de la Virgen de la Aurora y otra de Santa Ana, de verdadero mérito, y en la capilla de la Comunión una magnífica momia, en actitud yacente, vestida de soldado romano, a la que se le designa con el nombre de San Pío. La parroquia de Nuestra Señora del Carmen, en cuyas capillas se admiran algunas buenas tallas, como Santa Ana y San Joaquín, de autores desconocidos, y por último, la iglesia de Nuestra Señora, conocida por la catedral antigua, en la que se conservan las bellísimas imágenes de los cuatro Santos patricios, San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro y Santa Florentina, obras del famoso D. Francisco de Salcillo; la efigie de la antiquísima Patrona de la ciudad, Nuestra Señora del Rosell; la capilla del Cristo del Socorro, fundada a finales del siglo XVII por un descendiente de Colón, en la que se venera el popular Cristo Moreno, llamado así por su color oscuro. De las paredes laterales de la capilla penden dos soberbios tapices con las armas de los duques de Veragua. En los paramentos de este antiguo templo se ven empotradas lápidas cinerarias de diferentes épocas; un artístico mosaico, notable trabajo de taracea en mármoles, en el que se conmemora cierto combate naval del siglo XVIII; las llamadas columnas de los Mártires y Pretoriana, procedentes del anfiteatro romano, sobre las que descansa el arco toral, y por último, existe en la cripta un interesante y magnífico mosaico de los primeros tiempos del cristianismo.

Ayuntamiento de Cartagena.

No puede dejar de ser visitado el llamado Castillo de la Concepción, hasta hace poco montón de ruinas y escombros, por el que era imposible transitar ni llegar a la cúspide, donde todavía se levantan los potentes restos del macho central, sobre el que se erguía la llamada «Torre del Homenaje», en la que estuvo la campana de la Vela. Estas antiguas ruinas han sido transformadas en bellísimo parque de recreo, de fáciles subidas, lindos parterres con múltiples macizos de variadas flores, artística pérgola, numerosos árboles, un estanque, etc., etc.

Desde la altura de este parque, llamado de Alfonso Torres, se contemplan el hermoso panorama de todo el término municipal y los encantos del mar Mediterráneo, que se pierde en las lejanías del horizonte.

La importancia industrial y comercial de la ciudad va en aumento de día en día y llegará a su apogeo cuando veamos correr por nuestras fuentes las ricas y frescas aguas del Taibilla, cuyas obras de conducción comenzarán este mismo año, y por los fértiles campos que circundan a la ciudad, las del río Segura, que hasta aquí se perdían infecundamente en el mar y que ahora, por la patriótica ordenación de los recursos hidráulicos del país, debida al insigne conde de Guadalhorce, ilustre ministro de Fomento del Gabinete que preside el españolísimo marqués de Estella, serán utilizadas en crear positiva riqueza en esta región, que así llegará a ser de las más florecientes de España.

Cartagena, en cuanto a instrucción pública y beneficencia, marcha a la cabeza de las poblaciones españolas, pues, aparte de las escuelas nacionales que el Estado costea, sostiene el Municipio por su cuenta más de setenta. Es Cartagena capital del departamento marítimo y del obispado de su nombre; tiene Capitanía general de Marina, Gobierno militar, perteneciente a la Capitanía general de Valencia, y es plaza fuerte de primer orden, con excelentes fortificaciones. También cuenta con Subdelegación de Hacienda, central de Correos, Telégrafos y Teléfonos, Juzgado de primera instancia, estaciones de ferrocarril de la Compañía M. Z. A., y de Cartagena a La Unión y a los Blancos; sucursal del Banco de España y gran número de Bancos particulares, como el Hispano-Americano, el Español de Crédito, el Internacional de Industria y Comercio y el de D. Juan Antonio Gómez Quiles, además del floreciente Monte de Piedad y Caja de Ahorros.

Por último, comunícase la ciudad con toda su extensa circunscripción por medio de un magnífico servicio de automóviles, y con su cuenca minera y La Unión, por un tranvía a vapor destinado al transporte de viajeros y mercancías.

Como playas o puntos de residencia veraniega cuenta Cartagena con Cabo de Palos, Los Nietos, Los Urrutias e Isla Plana, además de los bien servidos balnearios del Chalet y de San Pedro, situados dentro del puerto, y las playas próximas a su término, como la de los Alcázares, donde hay un excelente aeródromo, dotado de los más modernos elementos y aparatos necesarios para el servicio de aviación militar, y la del puerto de Mazarrón.

CIGARETTES LAURENS

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CARTAGENA CULTURAL

POR

MIGUEL PELAYO

Nunca fué Cartagena estéril para las más altas manifestaciones del espíritu. Las ciencias y las letras, como las artes, las armas y la religión, tuvieron famosos y aun geniales representantes. Santos, mártires, teólogos, humanistas, astrónomos, descubridores, héroes, literatos, poetas notabilísimos nacieron en su recinto, y muchos nombres ilustres aportó al índice de la civilización ibérica.

No en balde situóla la suerte en esa cuenca mediterránea en la que convergieron las más supremas expresiones del arte, de la belleza, del saber y de la fuerza de las más selectas razas, ni en vano la asoció el destino a los más trascendentales sucesos de la nacionalidad española. Y así se ha observado, justamente, que ni sus fastos históricos ni sus hombres pueden incluirse en el catálogo formado generalmente por la disculpable vanidad indígena, sino que constituyen positivas glorias incorporadas a los anales de la humanidad y de la raza, con cuyas más ilustres efemérides se relacionaron de manera insigne y memorable.

¿Cómo tratar de ciencia humana y sagrada, en cualquiera de sus aspectos; cómo especular sobre civilización y cultura, de todos los tiempos y de todas las razas, sin que surja San Isidoro de Cartagena como faro deslumbrador? ¿Cómo discurrir sobre filosofía espiritualista, teología y mística sin nombrar a San Fulgencio y Liciniano? ¿Cómo referirse a ciencias médicas sin que aparezca el sabio Risueño, oráculo de los galenos de su tiempo? ¿Cómo estudiar progresos arqueológicos prescindiendo de Montanaro y Herrera? ¿Cómo enumerar invenciones y progresos científicos sin que se muestre a Peral, el mártir precursor de la navegación submarina? ¿Cómo tratar de ciencias naturales y geográficas desconociendo a Jiménez de la Espada? ¿Cómo de arabismo ignorando a Eguilaz y Yanguas? ¿Cómo de estrategia olvidando a Villamartín? ¿Cómo de crítica literaria desconociendo a Valmar? ¿Cómo de sociología española excluyendo a Garrido? ¿Cómo de higiene pública y privada prescindiendo de Montaldo? ¿Cómo de navegación y descubrimientos omitiendo a Juan de Cartagena, audaz compañero de Magallanes; Coreal, misterioso aventurero del siglo XVII, osado explorador de las Indias occidentales, y Juan Fernández, descubridor de las islas de su nombre? ¿Cómo de grandezas navales, sin evocar las ilustres sombras de Escaño, Cisneros, Gutiérrez de Rubalcava y Sartorios, héroes en Trafalgar y Finisterre; Borja, vencedor de ingleses y argelinos; Irigoyen, Riva Agüero, García del Postigo, Vácaro, Doral, Sanguineto, Zapiani, Tacón, Retamora y cien más beneméritos marinos? ¿Cómo de militares trofeos, sin que entre claros prestigios se destaque el heroico López Pinto, que ganó la inmortalidad peleando por la independencia con Palafox y muriendo por la Libertad con Torrijos? ¿Cómo de cívicas rebeldías y liberales alientos sin consignar el nombre de Cartagena en diez efemérides resonantes y el de cien de sus hijos, mártires de la Patria y del ideal, a cuyo frente figuran, con el curtidor Juan Rodríguez Llerena, soldado de Daoiz y de Velarde, el comunero Martín Alonso y sus siete compañeros, condenados al suplicio por Carlos V, luego de Villalar? ¿Cómo seguir la estela gloriosa de nuestra epopeya conquistadora sin que nos señale el esfuerzo y concurrencia local el nombre de Cartagena, que ostentan ciudades, ríos y pueblos de Colombia, Chile y el Ecuador?

Monumento a Máiquez

* * *

Pocos pueblos igualan al nuestro en poéticos blasones, que por algo fué Cartagena cuna y emporio de la civilización peninsular, desde los tiempos cesáreos, recibiendo de la influencia de griegos y romanos la inclinación estética y el amor al arte y a la poesía que ha mantenido viva y esplendorosamente, tremolando su estandarte lírico en la cumbre del Parnaso español a través de todas las edades.

Así vemos que en las primitivas manifestaciones de la poesía epigráfica alcanza nuestra ciudad la palma, por la mayor antigüedad y el más elevado mérito de los poemas sepulcrales hallados en su recinto; en la edad media, vémosla alzarse con el cetro de la universal cultura artística por «l'ardente Spiro d'Isidoro», que dijo Dante, cuyos claros destellos iluminan los pórticos del Teatro Cristiano con su «Solliloquia», el Himario latino-visigótico con su «Adesto plebs fidissima» y los primeros cantos de la poesía ascética con su «Lamentum Penitentiae». Se incorpora, más tarde, brillantemente, al renacimiento de la poesía árabe, con el célebre moro cartaginés Abul-Hassan Alanseri, y al período trovadoresco de la España de los Reyes Católicos con el Caballero de Cartagena, cuya personalidad, distinta a la del burgalés Alonso de Cartagena, no creemos determinada todavía exactamente por la investigación erudita, que deja suficiente resquicio para suponerle natural u originario de la ciudad con cuyo nombre figura en el romancero de Hernando del Castillo. Se destaca asimismo en la historia literaria del siglo XVIII con el genio de Isidoro Máiquez, que si no escribió versos reglamentó la escena y dió valor poético insuperado a las joyas clásicas, y aun a las desmedradas producciones de la poesía dramática de su época, cuyo teatro regeneró el talento creador del sublime artista. Y ya en pleno siglo XIX, iniciado un período de decadencia de la cultura local, el ingenio cartagenero ofrece un luminoso destello con los cantos de Monroy, cuya prematura muerte hizo decir a Castelar que acaso se tragaba la tumba el poema del siglo, como otras circunstancias de ambiente fueron parte a que no alcanzara el renombre merecido otro poeta notable, D. Francisco Arroniz, cuyos dramas, poemas, leyendas y poesías sueltas, en su mayoría inéditas, honrarían las más selectas antologías del romanticismo español.

De la prensa emergieron los ideales de progreso y de libertad que hubieron de caracterizar a Cartagena en el agitado período de la guerra de la Independencia y de la revolución española, y que la han conceptuado hasta el presente como ciudad liberalísima y un tanto levantisca.

El culto a las letras y la admiración al escritor y al poeta como elementos representativos del alma colectiva, de sus aspiraciones y de sus ideales que llegó a sentir profundamente; la vocación del gusto a lo bello, la supremacía de las más nobles y puras pasiones, el culto a la naturaleza como fuente inagotable de emociones, la disposición lírica era adorno y gala de la varonil gentileza y brava ciudadanía de nuestros abuelos. Médicos, ingenieros, militares, religiosos, cultivaban las letras con soltura y maestría que para sí quisieran muchos profesionales de hogaño. No eran, ni lo pretendían, grandes autores, insignes periodistas, geniales poetas, pero sí espíritus cultivados y cultos. Una juventud entusiasta y generosa, abierta a los empeños de libertad y de cultura, apasionada de su solar nativo, fiel guardadora de sus severas tradiciones y anhelosa de instaurar sus supremacías y prerrogativas en el avance regional, se reunía en tertulias que eran simpático bosquejo de los clubs patrióticos y de aquellos parnasillos en los que la política, las letras, las explosiones del patriotismo y las ardientes impulsiones del amor y de la juventud formaban la ilustrada y pintoresca trama de su existencia.

En algunas de estas reuniones, sin ser propiamente literarias, por la condición social y habitual empleo de sus componentes, para ser admitido había que presentar una composición literaria: algo así como un exponente de ilustración y buen gusto, y en aquel tributo intelectual, en prosa o verso, si no surgían obras geniales, sí muchas estimables y aun excelentes, en las

que mostraron su ingenio y su instrucción jóvenes que luego se destacaron brillantemente en las ciencias, en las armas, en el foro, y que conservaron hasta la vejez el decoro intelectual, el culto a la belleza y el agudo ingenio y gaya cortesía que caracterizaron al cartagenero.

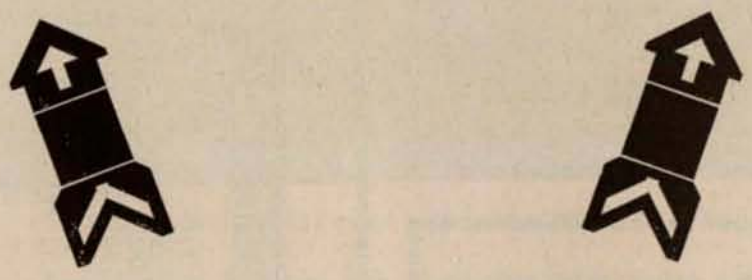
Al influjo de entusiastas emulaciones surgían oradores como Florán, el Castelar de su tiempo; novelistas como Teresa Arróniz, consagrada por la Academia Española; pintores como Balaca, el gran miniaturista; dibujantes como Panise, reputado entre los mejores; escultores como Requena, que dejó primores de ejecución en marfil y madera; músicos como Rodríguez, maestro de Sarasate...

A través de los acontecimientos del siglo XIX, y según su avance, se mantuvo en nuestra ciudad la más intensa caracterización artística y literaria, que no excluía, sino que, por el contrario, adentraba en las conciencias los más puros y ardientes principios de patriotismo y de aportación ciudadana, que descolló con vigoroso y memorable impulso en la guerra de la Independencia y en la consiguiente revolución española.

La ciudad procuraba avanzar al aliento del patriotismo de sus hijos. Se inauguraban vías de comunicación y muelles; se establecían centros de beneficencia; se creaban arsenales; se trazaban jardines; se edificaban teatros y mercados, suntuosos edificios y fuertes reductos; se instauraban organismos mercantiles y comerciales, escuelas especiales y academias científicas; bibliotecas públicas, orfeones, sociedades dramáticas; se recababa el tratamiento de excelencia para el Ayuntamiento, y éste a su vez obtenía la gran cruz de Carlos III para Risueño; se gestionaban las consideraciones de monumento nacional a favor de la vieja catedral; se luchaba por los fueros de nuestro obispado; se arbitraba la expansión y la capitalidad de la urbe... Esa generación que hizo versos y revoluciones, que no aceptó yugos ni toleró tutelas, que bregó por la independencia nacional y luchó por las libertades civiles; que remozó más de una vez en las gradas del Trono la clásica amenaza foral «e si non, no», y sustentó sus prerrogativas ante la curia pontificia; que dió cara a tres sitios, que sufrió terremotos y epidemias, hambres y asolaciones; que se templó en el infortunio y se fortificó en la desgracia; lució en el altruismo, en la virtud moral y en el cívico valor, y fué en la lira de un poeta donde quebró el sol de su espíritu sus más bellos resplandores... Porque fué un poeta, Monroy, quien hubo de sintetizar las pujanzas del carácter colectivo, ora en sus sonoros cantos al Genio, a la Libertad, a la Patria, ya en sus tiernas y delicadas estrofas a la Fe, al Arte y al Amor; sentimientos que inflamaron siempre el espíritu de una ciudad a la que se pudo llamar gráficamente «La niña mimada», como en la antigüedad «Cabeza y llave de España». Poseyéndolos en tan alto grado como la historia atestigua y la tradición perpetúa, no se aduerme el espíritu local sobre sus viejos y gloriosos laureles, y el cuadro actual de la cultura cartagenera ofrece los más firmes trazos y las más gratas perspectivas. Novelistas, poetas, escritores, artistas meritísimos mantienen brillantemente el pabellón de las letras y las artes, junto a una pléyade de ingenieros, abogados, médicos, pedagogos y técnicos que justifican plenamente los prestigios de Cartagena en el esplendoroso conjunto de la espiritualidad.

La Casa de Misericordia.

PIMENTÓN MURCIANO
EL MEJOR DEL MUNDO



Desecado natural, debido al sol de esta región levantina, único en el mundo, que le proporciona virtudes inigualables ⸗ Es el más exquisito condimento ⸗ Para embutidos, es el mejor de todos, porque conserva las carnes en su color natural, sin ennegrecerlas y aromatizándolas y conservándolas por tiempo indefinitivo ⸗ El pimentón MURCIANO representa más del 85 por 100 de la exportación, por sus condiciones excepcionales ⸗ ⸗ ⸗ ⸗ ⸗ ⸗ ⸗

Gremio de exportadores de pimentón molido
MURCIA

Hágase usted socio de la

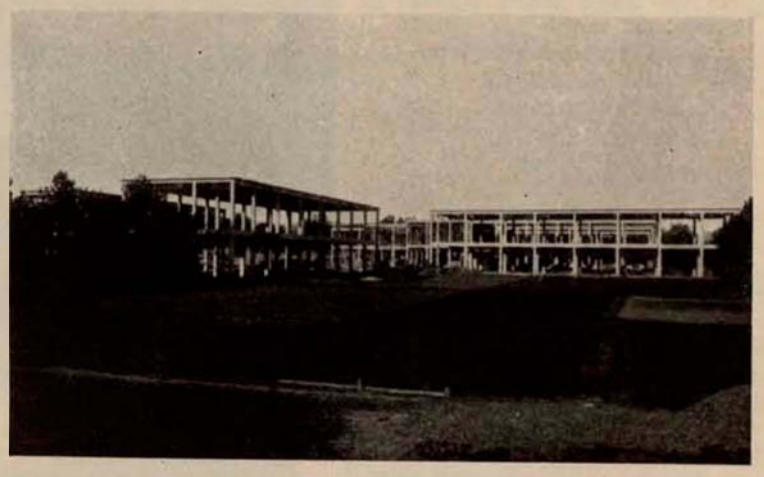
UNIÓN IBERO-AMERICANA

Entidad oficial, dedicada a incrementar las relaciones de España con Portugal y América

MADRID

HUARTE Y MALUMBRES

Hormigón armado y construcciones en general



Obras en construcción de la nueva Casa de Misericordia, en Pamplona

PAMPLONA

AVENIDA DE CARLOS III, 7, 1.º izquierda - TELÉFONO 1084

COMPAÑÍA NAVARRA ABONOS QUÍMICOS PAMPLONA

FÁBRICA DE SUPERFOSFATOS 18/20 EN PAMPLONA - PROPIEDAD DE LA COMPAÑÍA NAVARRA ABONOS QUÍMICOS

Sociedad anónima fundada en 1908

PRODUCCIÓN: 40.000 TONELADAS

SOCIEDAD NAVARRA DE INDUSTRIAS

COMPAÑÍA ANÓNIMA

Superfosfato marca CORONA

PAMPLONA

Oficinas: Consejo, 1, 2.º - Tel. 1.563

LA VASCO-NAVARRA

COMPAÑÍA DE SEGUROS A PRIMA FIJA

Condiciones
de pólizas liberales
Seguros contra accidentes
del trabajo
Individuales de accidentes
Responsabilidad civil
Contra incendios
Toda clase de riesgos

PAMPLONA

NAVARRA

Caserío navarro.
(Foto L. Nueda.)

Esta provincia, antiguo reino de España, está situada en el confín con Francia, la que la limita por el norte, separándola la barrera de los Pirineos, cuyas crenchas aparecen siempre nevadas; al este limita con las provincias de Huesca y Zaragoza, extendiéndose ésta por el sur y la de Logroño, y al oeste tiene las de Álava y Guipúzcoa.

La extensión superficial de la provincia de Navarra es de 10.506 kilómetros cuadrados, y su población es de 329.875 habitantes, que se distinguen por el respeto, amor y tesón con que saben conservar sus antiguas tradiciones y costumbres.

La mayor parte del territorio está ocupada por montañas y rocas, siendo grandiosos sus valles pirenaicos, que tienen entrada por desfiladeros y que se asientan a la falda de enormes montes. Varios ríos atraviesan la provincia, siendo los más caudalosos los conocidos por Arga, Ega, Iratí y Aragón, que fertilizan la parte sur de la provincia, en la que se producen cereales, maíz, patatas y vino, principalmente. En sus poblados montes se prodiga el castaño, heno, nabo forrajero y abundantes pastos, elemento principal para la cría de ganado vacuno, al que se dedican en primer término.

Arnequi, en la frontera navarra. (Foto Mqs. Sta. M. del Villar.)

PAMPLONA

Capital de la provincia de Navarra y situada en el centro de la misma, es plaza fuerte de primer orden, rodeada de baluartes, castillos y murallas, aunque estas últimas van desapareciendo ante la imperiosa necesidad del ensanche de la población.

Las calles y plazas de la ciudad se distinguen por su perfecta urbanización y extremada limpieza, presentando el contraste que junto a monumentos históricos, dorados por la pátina del tiempo, se alzan majestuosos edificios modernos que proclaman el progreso del siglo en que vivimos.

Tiene paseos hermosos, como el de Sarasate, dentro de la población, y el de la Taconera, y plazas amplias, como la de la Constitución, de grandes proporciones; la de las Escuelas, la del Veintidós de Agosto, la de Recoletos y la de San José.

Es magnífico el monumento a los Fueros de Navarra, levantado al final del paseo de Sarasate, y muy notables el monumento a este insigne músico, hijo de Pamplona, y a Navarro Villoslada.

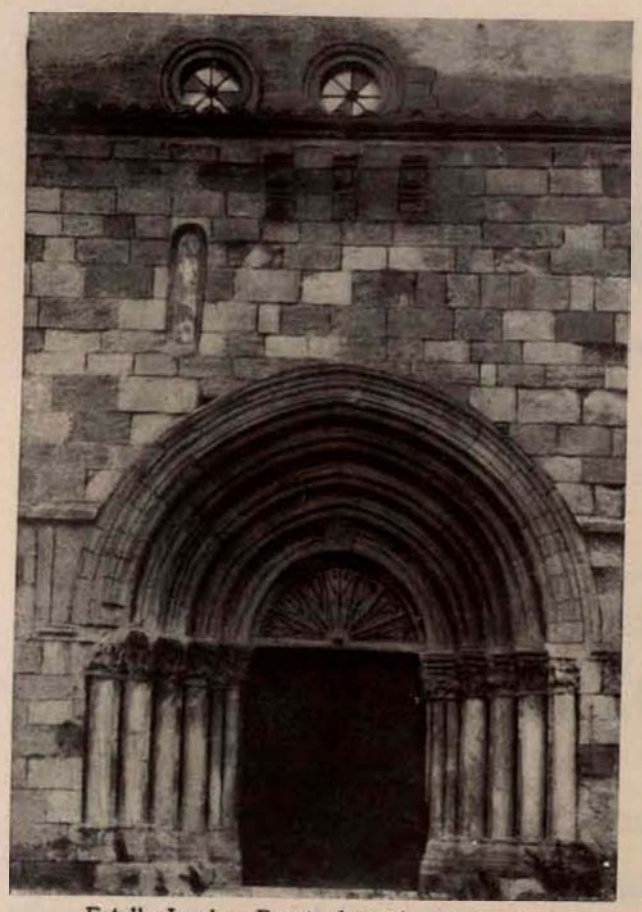
La catedral, suntuoso templo levantado en donde estuvo el Capitolio, y reedificada por Carlos III sobre la primera iglesia, es un monumento interesante por demás. Su fachada, grecorromana, tiene un pórtico corintio, conservándose de la antigua catedral los ocho capiteles finamente esculpidos que se muestran en esta fachada.

Dos esbeltas torres cuadrangulares terminadas por ocho columnas corintias son el complemento de esta fachada. Es interesante en extremo la puerta denominada la Preciosa, con lindas esculturas y doseletes.

El interior de la catedral afecta forma de cruz latina, y se compone de cinco naves, conservando preciosos sepulcros de alabastro en el mausoleo de los Reyes de Navarra, construído en el siglo XV.

Entre objetos de mérito extraordinario se admiran en esta catedral un «lignum crucis» en relicario gótico, del siglo XV; un trozo del manto de Jesús; una tabla del siglo XIII, ejemplar preciadísimo de arte; una arquilla de marfil arábigopersa, que contuvo reliquias y custodias y cálices del Renacimiento.

Otros templos notables son: San Nicolás, románico; San Saturnino, gótico, que es el más antiguo de Navarra y en el



Estella-Irache: Puerta lateral, románica.

ESTELLA

Con 5.658 habitantes, es cabeza de partido, que dista 44 kilómetros de la capital y 34 de Lodosa, estación más próxima.

Su fundación es antiquísima, conservando pocos edificios de su pasado esplendor.

El río Ega riega su término, en el que se crían viñedos, olivares y árboles frutales.

Tiene buenos edificios modernos y paseos urbanizados con gusto, entre los que sobresale el de Los Llanos, a orillas del Ega.

TUDELA

Por su historia y por su arte ofrece atractivos insuperables para el estudioso y para el viajero. Los archivos de la ciudad, abiertos a los estudiosos, son fuente inagotable para la historia de Navarra. En ellos se aprende la importancia que tuvo la ciudad en los agitados tiempos medievales, en los que Tudela, frontera de Aragón y Castilla, dió excelsas pruebas de patriotismo navarro y de lealtad a sus Reyes, los cuales fueron pródigos en concederle privilegios y mercedes que la ciudad defendió con insuperable heroísmo.

Desde el punto de vista artístico puede afirmarse que constituye el núcleo más importante del antiguo reino de Navarra.

La arquitectura religiosa está representada por su magnífica catedral, testimonio de la piedad y munificencia de nuestros reyes. Tiene razón Street al afirmar que su visita merece por sí sola las fatigas de una larga peregrinación. Aparte de la grandiosidad y suntuosidad del templo, construído en la segunda mitad del siglo XII y primeros años del XIII, en estilo románico de transición, cautivan al artista sus tres portadas, en especial la incomparable del Juicio; de la primera mitad del siglo XV, estilo gótico, es el soberbio mausoleo del canciller Villaespesa, y al mismo siglo pertenecen los retablos del altar mayor, Virgen de la Esperanza y Santa Catalina que inmortalizan los pinceles de ilustres artistas. Mención especial merece el claustro románico-bizantino, cuya restauración justifica una cruzada de los amantes del arte, y el coro, de estilo plateresco, cuyo autor fué Esteban de Obray.

De estilo románico son la iglesia de la Magdalena y el tímpano de San Nicolás, antigua parroquia que durante dos años albergó al cadáver de Sancho el Fuerte, el vencedor de las Navas de Tolosa. El barroco está representado por las capillas catedralicias de Santa Ana y del Espíritu Santo y por los retablos de la parroquial de San Jorge.

La arquitectura civil tiene espléndidos ejemplares en el palacio del marqués de San

que este Santo bautizó a los primeros cristianos; San Lorenzo, por la capilla de San Fermín, Patrono de la ciudad, en donde estuvo la casa nativa del Santo, y la basílica de San Ignacio de Loyola, levantada en 1694 en el mismo lugar en que fué herido el Santo defendiendo como capitán el sitio de Pamplona en 1521 contra el ejército francés que quería ocupar la plaza, y en cuya época el fundador de la Compañía de Jesús se llamaba Íñigo López de Recalde.

Un aspecto de Estella. (Foto L. Nueda.)

El palacio de la Diputación provincial, de suntuoso aspecto, conserva los retratos de los antiguos Reyes de Navarra y un curioso archivo con notables documentos.

Muy hermoso es el edificio del Ayuntamiento, cuya fachada es de tres cuerpos y en cuya doble escalinata hay una vieja tabla de mensurar con las antiguas medidas del reino. En él está instalado el Museo Sarasate, formado por los muebles, alhajas y obras de arte de este insigne violinista, que los legó al morir a su ciudad natal. También es muy interesante el Museo Arqueológico, instalado en el edificio de la antigua Cámara de Comptos, fundada por Carlos II de Navarra.

Y por último citaremos la Ciudadela, baluarte fortificado, contiguo a los modernos cuarteles de Infantería, que fué construída durante el reinado de Felipe II, tomando por modelo la plaza de Amberes. Es uno de los monumentos más llamativos y que el visitante nota entre todos los edificios al poner el pie por primera vez en la población.

Pueblo del río y valle Solayar.

Detalle de la puerta del Juicio, en la catedral de Tudela.

Adrián, con su soberbio alero, estilo Renacimiento; la casa del Almirante y la casa plateresca de la calle de la Rúa.

Esto, unido al ambiente medieval de gran parte de la población, con notorias influencias árabes y judías, hace de Tudela un centro de atracción para todo viajero inteligente y culto.

TAFALLA

Ciudad de 5.938 habitantes, situada a 35 kilómetros de Pamplona, capital de la provincia, cuya vida principal depende de la agricultura, produciendo abundantes cereales y vino, existiendo dos fábricas de harinas, fábricas de curtido y de calzado y otras industrias, poseyendo buen comercio, más una bodega cooperativa para la elaboración de vinos muy importante.

Tiene excelentes vías de comunicación y estación de ferrocarril en la misma población con servicios de automóviles a Pamplona y otros pueblos. Hay estación telegráfica y telefónica y oficina de Correos.

Como monumentos artísticos existe la iglesia parroquial de Sta. María, del siglo XIV, con un retablo de muchísimo valor artístico, amén de buena ornamentación.

Retablo del altar mayor de la iglesia de Santa María, en Tafalla.

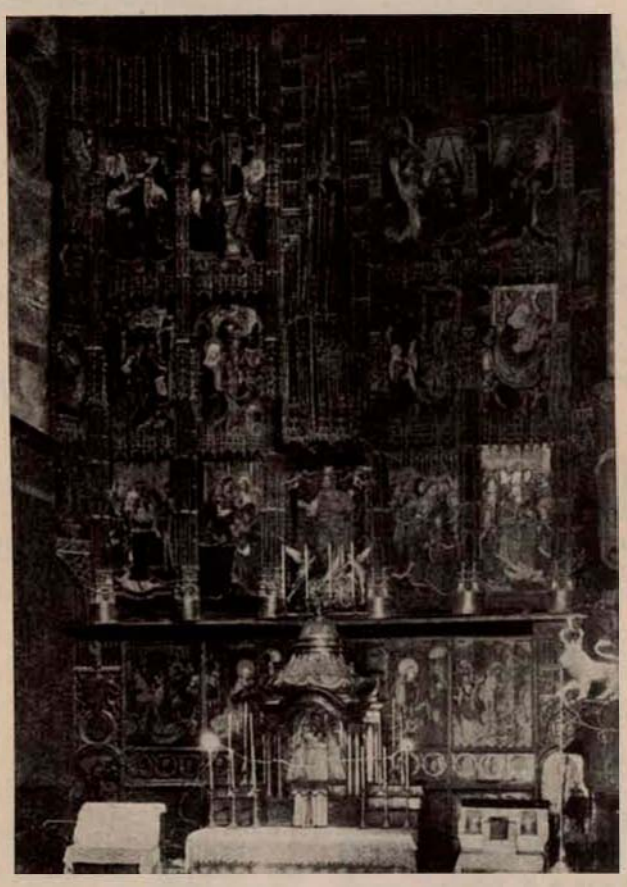
Posee un buen hospital local, cuidado con esmero por su Ayuntamiento, y una Casa Asilo de Ancianos desamparados en inmejorables condiciones, servidos ambos establecimientos por Hermanas de la Caridad.

Su Casa Ayuntamiento, situada en el centro de la población, es de hermoso aspecto, y la Corporación tiene bien atendidos los servicios de agua y alumbrado, siendo su administración digna de ejemplo.

Como cabeza de partido hay Juzgado de instrucción, Registro de la Propiedad, etc., y en la actualidad está en proyecto la construcción de una nueva prisión y Juzgado, donde se invertirán unas 200.000 pesetas.

LA CIUDAD DE OLITE

tiene una extensa y fértil vega regada por el río Cidacos, en el ferrocarril de Castejón a Alsasua. Produce principalmente vinos y cereales, y tiene dos grandes bodegas cooperativas y fábricas de alcohol y de harinas.

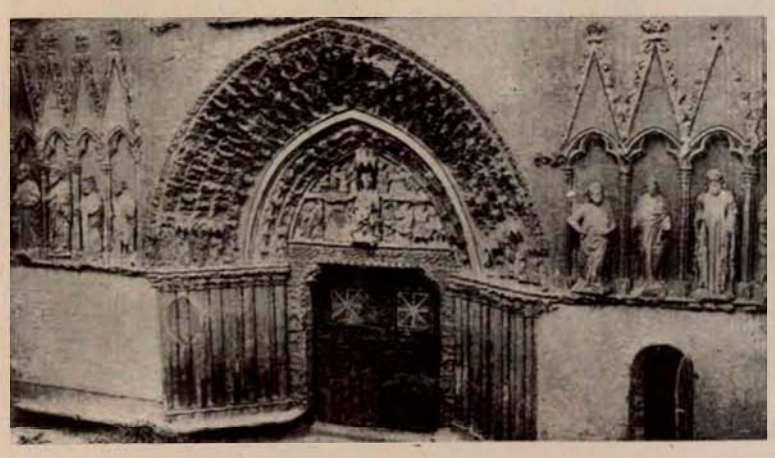


Altar mayor de la catedral de Tudela.

Fué plaza murada, y todavía subsisten los restos del antiguo palacio de los Reyes de Navarra, donde se celebraban Cortes, y cuyo monumento es visitado y admirado por propios y extraños; a sus muros está adosada la iglesia de Santa María, que pertenece a los últimos años del siglo XII, que en su bellísima portada románica se reúnen la sencillez y elegancia con la gala escultórica del mejor gusto.

En los últimos cinco años se ha mejorado notablemente su urbanización, pues además de haberse introducido reformas en el suministro de aguas de sus magníficos manantiales, se han hecho pavimentaciones nuevas en sus principales calles; se han plantado muchos árboles, etc., en lo cual se han invertido grandes cantidades.

También se ha establecido un magnífico servicio de extinción de incendios, con bombas y demás material necesario, y formado un excelente Cuerpo de bomberos, con el personal competente y disciplinado que se requiere para ello.



Puerta de la iglesia de Sta. M.ª la Real.

OLITE

Ruinas del Castillo de los Reyes de Navarra

Explotaciones forestales

TRAVIESAS DE ROBLE Y HAYA PARA FERROCARRILES - TABLONES Y PIECERÍO DE HAYA PARA EBANISTERÍA - DUELAS DE HAYA PARA BARRILES DE ESCABECHE Y SALAZÓN CARBÓN VEGETAL - LEÑAS

Hijos de
Victoriano Echavarri

SERRERÍAS MECÁNICAS
VINOS - ALQUILER de VAGONES-FOUDRES Y PLATAFORMAS

Olazagutia

(NAVARRA)

TELEGRAMAS Y TELEFONEMAS:
ECHAVARRIS-OLAZAGUTIA

R. Martinicorena

Construcciones de hormigón armado

MOSAICOS HIDRÁULICOS
MÁRMOL COMPRIMIDO
PIEDRA ARTIFICIAL
TUBERÍAS DE CEMENTO
CONTRATA GENERAL DE TODA CLASE DE OBRAS

FÁBRICAS EN PAMPLONA Y MIRANDA DE EBRO
APARTADO DE CORREOS N.º 8 - TELÉFONO 1198

PAMPLONA

CRÉDITO NAVARRO

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1864
CAPITAL: 6.000.000 DE PESETAS

PAMPLONA

SUCURSALES: AOIZ, BUÑUEL, CAPARROSO, CASCANTE, CINTRUÉNIGO, CORELLA, ELIZONDO, FITERO, IRURZUN, LERÍN, LOS ARCOS, LUMBIER, MILAGRO, OCHAGAVÍA, PERALTA, PUENTE LA REINA, RONCAL, SANGÜESA, TAFALLA, TUDELA, VERA DEL BIDASOA, VIANA Y VILLAFRANCA

OPERACIONES QUE REALIZA:

Compra-venta de valores - Préstamos con garantía de fondos públicos - Préstamos hipotecarios - Cuentas de crédito Descuentos - Admisión en custodia de valores españoles y extranjeros - Giros - Cajas de alquiler - Cuentas corrientes - Depósitos a la vista - Imposiciones a plazo, y, en general, toda clase de operaciones bancarias

INTERESES QUE ESTA SOCIEDAD ABONA A SUS CUENTACORRENTISTAS E IMPONENTES:

A las cuentas corrientes: 2,50 % anual - A los depósitos a la vista: 2,50 % - A las imposiciones a plazo de tres meses: 3,50 % - A las imposiciones a plazo de seis meses: 3,75 % - A las imposiciones a plazo de un año: 4,25 %

INDÍQUESE EN LA CORRESPONDENCIA: APARTADO 13

LA VASCONIA

SOCIEDAD ANÓNIMA
DE BANCA Y CRÉDITO

Capital . . . . . ptas. 7.500.000
Fondos de reserva » 2.700.000

SUCURSALES EN NAVARRA:

ALSASUA - BURGUETE - CARCASTILLO - CASCANTE - CORELLA - ELIZONDO - ESTELLA FALCES - IRURZUN - LECUMBERRI - LEIZA - LERÍN - LESACA - LODOSA - SANGÜESA SANTESTEBAN - TAFALLA TUDELA - UZTARROZ - VILLAFRANCA

PAMPLONA

ALICANTE

★

POR
FRANCISCO FIGUERAS PACHECO
CRONISTA OFICIAL

★

Fachada del Ayuntamiento de Alicante.

A pie de un antiguo castillo, cuyo origen se confunde con el de la población, y bañada por un mar siempre hermoso y bonacible, aparece la ciudad de Alicante, alegre, bella y luminosa, como alarde magnífico y feliz cristalización de la vida, en el litoral mediterráneo.

Los viejos arrabales, con sus callejas típicas y sus construcciones centenarias, quedaron en las vertientes del Benacantil, cerro elevado y áspero, cuya cumbre muestra, como reliquias gloriosas, las ruinas de la histórica fortaleza de Santa Bárbara. Formada la población al amparo de sus almenas, a la sombra de sus torreones, vivió siglos y siglos, próspera unas veces y desgraciada otras, pero siempre estrechamente en un recinto de muros y baluartes que tanto la defendían como la ahogaban. Llegaron al fin tiempos más felices, y la urbe, libre ya de peligros seculares e incapaz de contener su propia vitalidad, derribó murallas, salió al llano y se extendió por todas partes.

Observando al propio tiempo la hermosura del mar vecino, se prendó de él y se dirigió a su orilla para levantar en ella, a guisa de miradores espléndidos, sus más altos, bellos y suntuosos edificios. Entre la línea de éstos, con las terrazas de sus casinos y cafés, y el inmediato muelle de costa que paralelamente se desarrolla a pocos metros, se extiende un magnífico y singular paseo de palmeras (el de los Mártires), cuyas ramas, mecidas por la brisa marina, se entrelazan en interminable sucesión de arcos triunfales. El encanto natural del sitio y el cuadro animadísimo del puerto, sumándose a los atractivos restantes de este paseo, lo convierten en uno de los parajes más amenos de todo el litoral levantino.

El interior de la ciudad está cruzado por calles y avenidas alegres y concurridísimas, amplias generalmente, recorridas en todos sentidos por el tranvía eléctrico y llenas de hermosas construcciones, modernas en su mayoría. Figuran entre éstas el teatro Principal, vasto edificio aislado, de monumental aspecto; el Salón Moderno, con capacidad para tres mil espectadores; el Ideal, lujoso y de buen gusto; los cuarteles de la Princesa Mercedes y el palacio de Comunicaciones. La colegiata de San Nicolás es del siglo XVII, y su sección más interesante, la capilla de la Comunión. La parroquia de Santa María, bajo el aspecto artístico, ocupa el primer puesto entre los templos de la localidad y ofrece una magnífica portada borrominesca. El palacio del Ayuntamiento es una soberbia construcción del siglo XVIII; su fachada, donde aparece en mármol el escudo de la ciudad, es de severo y nobilísimo aspecto y está coronada por dos gallardas torres laterales.

Portada de la iglesia de Santa María, en Alicante.

En Alicante, como capital de provincia, se hallan establecidos todos los centros oficiales anejos a su categoría. Hay, además, multitud de instituciones de carácter privado, para todos los fines de la vida. Entre las que atienden al de la cultura, se encuentra en primer lugar el Ateneo, y entre los círculos de recreo, el Casino, ambos instalados en el paseo de los Mártires, con espaciosas terrazas de vistas admirables. Cerca de ellos se levanta el Real Club de Regatas, sobre terrenos ganados al mar, junto al paseo mencionado. Existen, por último, campos de juego, fútbol y tiro de pichón, plaza de toros, cines, teatros y cuantas atracciones puedan buscarse en una ciudad importante.

* * *

La población ocupa actualmente un área muy extensa. En las barriadas extremas, alternando con modestas casas de obreros, existen multitud de hotelitos, rodeados de pequeños y amenos jardines. A pocos kilómetros de la ciudad, y unida con ella por tranvía eléctrico, encuéntrase la Huerta, regada por el gran pantano de Tibi, que, a pesar de su capacidad (3.700.000 metros cúbicos), es insuficiente para las necesidades del cultivo. Coséchanse en esta vega las frutas más dulces y tempranas, como asimismo los vinos más delicados, famosos hace tiempo en todas partes. En medio de estos campos abundan las quintas de recreo, algunas verdaderamente suntuosas. El monasterio de la Santa Faz, donde se venera esta reliquia, da nombre a una de las aldeas de la Huerta a que nos referimos. No lejos de ella y en un pintoresco rincón de la bahía. denominado la Albufereta, estuvo la antigua Lucentum, entre cuyas ruinas se han encontrado en todo tiempo numerosas reliquias arqueológicas. Hoy se proyecta construir en este sitio una barriada de hotelitos.

La playa de Alicante es una de las mejores del litoral. En ella aparecen los balnearios, montados sobre columnas de hierro, dentro del mismo mar.

El puerto, que siempre fué importantísimo, está visitado con frecuencia por naves de todos los países. Recientemente se han destinado a ampliar sus obras once millones de pesetas. A poniente de la bahía, junto al cabo de Santa Pola, se encuentra la isla Plana o Nueva Tabarca, habitada por una pequeña población de pescadores, procedentes de la Tabarca africana. Redimidos del cautiverio, la magnanimidad de Carlos III los amparó en esta isla, construyéndoles viviendas para albergarlos y fuertes murallas para defenderlos.

Vista general de Alicante.

* * *

La población que nos ocupa es visitada a diario por multitud de turistas, y durante los meses más fríos del año, por un gran número de personas de otras provincias y del extranjero, que buscan y encuentran aquí defensa contra los rigores de la estación. La preferencia que bajo este aspecto empieza a sentirse por Alicante está bien justificada, pues su clima es uno de los más suaves y agradables de toda la costa mediterránea.

Detalle de la bahía de Altea. (Foto Izquierdo Croselles.)

El sol, brillando en un cielo generalmente límpido y diáfano, prodiga torrentes de luz y calor. Los crepúsculos son magníficos, ofreciendo en infinitos matices y cambiantes toda la gama del iris. Las lluvias son escasas y breves, circunstancia que tanto contraría a los agricultores de la comarca como regocija a los forasteros, permitiéndoles gozar un gran número de días espléndidos, hasta en el corazón del invierno. La nieve es casi desconocida. Generaciones hubo que no vieron nunca engalanarse de blanco los tejados y las calles de la localidad.

El ambiente no puede ser más templado y delicioso: once grados como temperatura media de enero. La máxima pasa con frecuencia de los diecisiete grados en el mismo mes. Sólo por excepción, que no se da todos los años, desciende el termómetro un momento a cero grados. Cuando así sucede, el resto de la península muere de frío. En el invierno de 1929, que tan terrible ha sido en toda Europa, no ha helado un solo día en Alicante.

Conocidos tales pormenores, no es de admirar la afluencia de invernantes que cada vez en mayor número acuden a la población de que hablamos. No en vano un escritor insigne, Wenceslao Fernández Flores, llamó a esta hermosa ciudad «la casa de la primavera».

* * *

Alicante ofrece también al forastero el aliciente de amenas excursiones a multitud de parajes de su interesante provincia. El territorio de ésta, montuoso y quebrado por lo general, es pintoresco en grado sumo.

Sus paisajes más bellos se desarrollan entre ásperas montañas, sobre todo en la región septentrional y en la Marina, donde no faltan cumbres, como las de Aitana, con más de mil quinientos metros sobre el vecino Mediterráneo. En los valles de estas comarcas, la primavera, con toda su gama de colores, se inicia pronto. A veces se la ve reunida con el invierno en un mismo paisaje: la nieve sobre las cimas, y las flores de los almendros en las tierras bajas. Al otro extremo de la provincia, junto a la de Murcia, se extiende la fertilísima y hermosa vega del Segura con las típicas barracas de sus huertanos y el oro de sus naranjos.

En la ribera marina alternan las playas más risueñas y tranquilas, como la de Benidorm, con los acantilados y las rocas de la costa más quebrada, como los del cabo de San Antonio, entre Denia y Jávea. Poblado el litoral levantino por los colonizadores más cultos y antiguos de nuestro suelo, está lleno por todas partes de interesantes evocaciones históricas. Desde la primera de las poblaciones aludidas, donde estuvo el célebre templo de Diana, hasta las cercanías de Guardamar, donde recientemente se han descubierto las reliquias de un vasto centro ibérico, todas las tierras costaneras han enriquecido los museos propios y extraños, con abundantes y maravillosas obras de arte: la escultura de Palas, el tesoro de Jávea, la Dama de Elche...

La rapidez de las comunicaciones, que aumenta de día en día, permite visitar hoy cómodamente multitud de hermosos lugares olvidados en otros tiempos. Los palmerales de Elche y el balneario de Busot eran antes la meta casi exclusiva de las excursiones. Actualmente tienen éstas un radio mucho más extenso: el castillo de Guadalest, fortaleza y pueblo construídos sobre una gran roca que emerge aislada en medio del valle, sin más acceso que un túnel abierto en la misma peña; el imponente barranco del Mascarat, enorme tajo de la sierra de Bernia, cruzado por dos atrevidísimos puentes, el de menor altura a 70 metros sobre la hoz del barranco; el peñón de Ifach, en la villa de Calpe, singular accidente orográfico que semeja un colosal cetáceo varado en la playa; las riquísimas salinas de Torrevieja, que un escritor llamó «el salero del mundo»; los templos de algunas poblaciones, especialmente el suntuoso de Santiago de Orihuela; el colegio de Santo Domingo, en la misma histórica ciudad, y el palacio de los antiguos condes de Corella, en Concentaina. Todos estos lugares y otros que omitimos en pro de la brevedad reúnen sobrados atractivos para entretener gratamente al visitante, unas veces por las bellezas naturales y otras por las del arte.

Vista general de Villajoyosa.

* * *

En poco más de un siglo, la población, descrita a grandes rasgos, ha duplicado su número de habitantes. Hoy pasan de setenta mil. Sus hijos son joviales, comedidos, laboriosos y hospitalarios. La industria, nacida casi toda en los últimos lustros, es grande y floreciente, e importantísimo el comercio de exportación que se realiza por el puerto. Éste fué el primero de la costa española que se unió por ferrocarril con la capital de la Monarquía, representando igualmente el camino más breve para llegar a ella desde la ribera del mar. Las líneas férreas que después se han tendido en este litoral facilitan y acortan las comunicaciones, por un lado con Cataluña y Valencia, y por otro con Murcia y Andalucía. En nuestros días, todas las fuerzas vivas de Alicante laboran para responder dignamente a los favores del forastero.

Sintetizando, en fin, cuanto se dijo en los párrafos anteriores, podemos condensarlos en dos palabras: ciudad alegre, raudales de luz, ambiente de primavera, vida grata, comunicaciones fáciles. Tales son las notas más salientes de la capital levantina, que, al extenderse por el llano, se prendó del mar y levantó en su orilla soberbios miradores, para deleitarse contemplándolo a toda hora.

DENIA.—Situada a orillas del mar, al abrigo de los vientos del norte por la colina del Castillo y la sierra de Mongó, que alcanza una elevación de 2.600 pies, se encuentra esta pintoresca población, de cerca de 13.000 habitantes.

Tiene puerto considerado de refugio y está habilitado para Aduana y exportación de frutos del país, tanto para la Península como para el extranjero.

Tiene gran tráfico e intenso movimiento comercial, contribuyendo a ello las dos estaciones de ferrocarril: una, la de M. Z. A., y otra, la del ferrocarril estratégico, que une Denia con Alicante. Esta última ofrece al turista en su recorrido un bello y pintoresco panorama.

Su producción agrícola es de cereales, pasa moscatel, almendras, naranjas y cacahuete.

En sus inmediaciones se encuentran vestigios de antiguas murallas y fortalezas árabes, que son un aliciente más que ha de unirse a los muchos que ha de encontrar el turista que visite esta zona.

VILLAJOYOSA.—Cabeza de partido judicial; capital de la zona del litoral alicantino, conocida por la Marina, donde se pueden admirar maravillosos paisajes. Atravesada por el circuito de turismo, a una hora de Alicante y cuatro de Valencia; con ferrocarril y numerosos servicios de ómnibus automóviles. Temperatura media en invierno, 18 grados. Huerta frondosa, de admirables perspectivas. Telégrafo y teléfono. Son muy importantes sus industrias, contando con veintidós fábricas de chocolate y quince de hilados de cáñamo y redes de pesca. En ejecución proyecto de abastecimientos de aguas, con las procedentes de la masía de la Monja, propiedad del Ayuntamiento, situada en plena sierra, de exquisita potabilidad. Se alquilan hotelitos y chalets amueblados para temporadas de invierno y verano.

Por último, Elche y Orihuela son localidades también de importancia en la provincia, por sus feraces huertas e industrias.

Un aspecto de Benidorm.

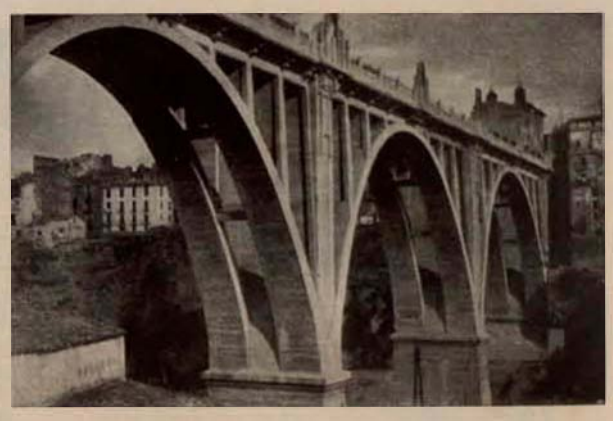
CIGARETTES LAURENS

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

ALCOY

POR

ALFONSO CARBONELL MIRALLES



Vista parcial del puente de San Jorge.

Al norte de la provincia de Alicante, a más de 500 metros sobre el nivel marítimo, sobre una loma limitada por los cauces de dos ríos que van a unirse, levántase una gran ciudad, Alcoy, uno de los más importantes centros fabriles de nuestro país. Por dosel tiene un cielo de luminoso azul; por murallas, montes desnudos, y coronados otros de encinas y de pinos; por estandarte, el penacho de humo de sus altas chimeneas; por latidos, el estruendo de sus fábricas; por collar, la estela rumorosa de sus ríos; por blasón, la acendrada nobleza de su historia.

No es posible intentar una descripción de la hidalga ciudad que baña el Serpis, sin pensar, ante todo, en la ingénita y admirable laboriosidad de sus hijos. Sobre el interés de sus tiempos pasados, sobre la simpatía de su carácter franco y jovial, destaca una nota característica, que es toda su esencia: el amor al trabajo, el amor puro, que vence obstáculos, que no flaquea jamás, que marcha siempre hacia adelante, cara al progreso, frente a un hermoso porvenir...

* * *

La población de Alcoy es de 40.000 habitantes. El origen de esta ciudad se remonta al siglo III antes de J. C., en que se supone fué fundada por los cartagineses con el nombre de «El-Coll». Dominada más tarde por los árabes, fué reconquistada en el siglo XIII por Jaime I; pero hubo necesidad de sostener aún varias luchas con los sarracenos, en una de las cuales, según la tradición, se apareció San Jorge, causando la derrota del enemigo. Por este suceso los alcoyanos proclamaron Patrono de la villa al Santo caudillo y le dedicaron las fiestas de «Moros y cristianos», que han llegado hasta nuestros días revestidas de creciente esplendor.

Alcoy sufrió terremotos, fué invadido por los franceses, estuvo atacado por el cólera, presenció sucesos prósperos y adversos... Pero siempre dedicó al trabajo sus más férvidas energías. Y supo renacer, cada vez con más ímpetu, hasta llegar a la elevada categoría industrial y comercial que ocupa en la fecha presente.

* * *

Para el turista, sobre todo el turista que viene del mar, de la llanura, de las regiones áridas, grises, sombrías, Alcoy presenta inefables atractivos.

En el aspecto arquitectónico, posee la iglesia de San Agustín, del más puro estilo ojival, que ahora se está restaurando. Son notables también la real parroquia de San Mauro y San Francisco, la de Santa María y algunos templos más.

Para los amantes de la arqueología, son de grandísimo interés las excavaciones que se vienen practicando en distintos puntos y principalmente en la «Mola de Serelles» y en la «Serreta», donde se han encontrado múltiples y valiosos restos de las épocas neolítica e ibérica.

Una perspectiva de Alcoy.

En la Ciencia y en el Arte, Alcoy sobresale de una manera magnífica, pues es patria de pintores eminentes, como Antonio Gisbert, Emilio Sala, Lorenzo Casanova, Fernando Cabrera; de literatos insignes, como Gonzalo Cantó; de inspirados compositores, como Barrachina, Jordá, Cantó y Espí; del sabio químico reverendo P. Eduardo Vitoria; de notables escultores, de eximios cantantes, de distinguidos políticos, de celosos prelados, de una pléyade de hombres ilustres por su talento o sus virtudes, que dieron gloria legítima al pueblo que los vió nacer.

Posee calles, plazas y jardines bien urbanizados. Entre los edificios, destacan el Hospital Civil de Oliver, el palacio municipal, la Casa de Beneficencia, el Asilo de las Hermanitas de los pobres, el Monte de Piedad, el cuartel de Infantería, el Banco de España, las Escuelas Industriales, en construcción, y otros de propiedad particular.

Pero, en especial, son famosos los puentes sobre los ríos Molinar y Barchell. El primero—llamado viaducto de Canalejas—es de construcción metálica sobre pilares de sillería y tiene 200 metros de largo por 54 de alto. El segundo—dedicado a San Jorge—es todo de hormigón armado y mide 250 metros de largo y 42 de alto. Ha sido costeado por el Ayuntamiento, con un valor de cerca de tres millones de pesetas. Hay tres puentes de más importancia—de la Pechina, de San Roque y de Cristina—, pues el terreno de Alcoy es tan accidentado, que sólo la audacia y la voluntad de los alcoyanos podían salvar las dificultades topográficas que se oponían al crecimiento de la poderosa urbe fabril.

* * *

Los alrededores, pintorescos y saludables, son también nuevo encanto para los naturales y los forasteros. El paraje denominado «Fuente Roja», a más de mil metros sobre el nivel mediterráneo, en medio de un bosque de encinas, con soberbia hospedería, junto a una fuente famosa—la de su nombre—de aguas como la nieve, atrae cada verano a multitud de turistas que buscan salud para el cuerpo y deleite para el espíritu.

El agua es inapreciable tesoro para nuestra ciudad. Nace por doquier, en la montaña, en el llano, ofreciendo la limpidez de su frescor a los labios sedientos.

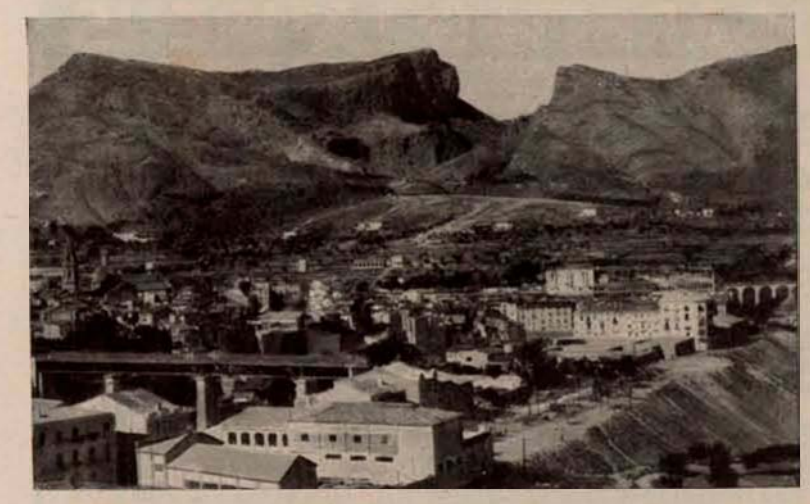
Sólo la fuente del Molinar—que abastece a la población—arroja un caudal medio de 32.400.000 litros diarios. Y esas aguas, junto con las de otros manantiales, constituyen un factor importantísimo para las numerosas fábricas que en Alcoy existen.

* * *

Hemos aludido ya a la industria, al trabajo. Todos los atractivos materiales de esta ciudad se empequeñecen ante la pujanza asombrosa de la fabricación de hilados y tejidos, papeles, géneros de punto, maquinaria, carrocerías, peladillas, etc. La exportación de estos productos equivale a un ingreso de muchos millones de pesetas al año. Y este florecimiento industrial es debido al ardiente entusiasmo de patronos y obreros, que cifran en la honrada laboriosidad su satisfacción y su orgullo.

Visitar, pues, Alcoy es recibir una lección de perseverancia, un estímulo para la voluntad. El carácter alcoyano, alegre, hospitalario y sincero, culmina en las fiestas de San Jorge, que se celebran del 20 al 30 de cada abril. Ni la imagen cinematográfica ni la más poética descripción pueden reflejar con exactitud la belleza, el fausto, el esplendor oriental que convierten a estos festejos tradicionales en uno de los espectáculos más sugestivos y originales de nuestra patria.

Pero los méritos de los alcoyanos, su amor al progreso, al trabajo, al orden, no pueden esbozarse en los estrechos límites de un artículo. Es preciso, para comprenderlos diáfanamente, vivir esta vida entre ruidos de máquinas y de sirenas, saturarse de la alegría innata de este suelo, respirar el aire puro de sus montes, y, concentrando los sentidos, escuchar, sobre todos estos murmullos de colmena, las palpitaciones de un gran corazón: del cozarón alcoyano y levantino, que sueña, ora y trabaja, que no desfallece jamás, que marcha siempre hacia adelante, hacia el progreso, que es también el progreso de nuestra España.



Detalle de Alcoy y del monte de San Cristóbal.

CIGARETTES LAURENS

CASTELLÓN

POR

V. GIMENO MICHAVILA

LA PROVINCIA

Es la más septentrional del antiguo reino de Valencia. Hállase comprendida entre la de este nombre y las de Tarragona y Teruel, teniendo cerca de 400 kilómetros cuadrados y 325.211 habitantes.

Sus condiciones climatológicas varían según los puntos. Mientras en las altas montañas de la parte norte domina una temperatura cruda, en la parte del litoral se disfruta de un clima verdaderamente benigno, suave y apacible.

Sus ríos principales son el Mijares, Palancia, Bergantes y Cenia.

Cultívanse los más variados productos, sobresaliendo por su importancia la naranja, algarroba, almendra, cáñamo, aceite y vino. Posee grandes bosques y riquezas minerales, inexplotadas estas últimas por falta de fáciles medios de comunicación.

Por los puertos de Castellón y Burriana se exportan anualmente unos tres millones de cajas de naranja; por la vía férrea, más de veinte mil vagones, con un valor de unos cien millones de pesetas.

Tiene una vasta red de carreteras y caminos vecinales, siendo las principales de aquéllas las de Puebla de Valverde y Zaragoza, que la ponen en comunicación con Aragón; la de Tarragona y la de Madrid, pertenecientes al Circuito de firmes especiales, perfectamente pavimentadas.

Encierra en su recinto grandes vestigios históricos, como el famoso arco romano de Cabanes; hermosos monumentos en Morella, San Mateo y especialmente en Peñíscola, antigua ciudad fundada por los cartagineses; Sede papal del insigne aragonés el pontífice Benedicto XIII (Papa Luna).

Se halla situada Peñíscola sobre un promontorio de 37 metros de altura, dentro del Mediterráneo, unido a tierra por una pequeña faja de terreno, constituyendo una verdadera península, que encierra en su recinto muchos y famosos vestigios históricos. Ante sus viejos muros juró Aníbal odio eterno a los romanos.

Sus venerables bóvedas dieron cobijo al ilustre aragonés Pedro de Luna, genio representativo de la raza, que sostuvo con inaudito tesón, hasta su muerte, sus derechos al Pontificado, y a quien la crítica histórica comienza a hacer la debida justicia.

A unos 18 kilómetros de la capital, a siete del Mediterráneo y a 500 metros de elevación, se encuentra el famoso «Desierto de las Palmas», monasterio de PP. Carmelitas, con pintorescas ermitas, frondosos pinares y numerosas fuentes; con sitios adonde verificar numerosas excursiones, a las «Agujas de Santa Águeda», «Castillo de Montornés» y «Monte Bartolo», desde cuya monumental cruz se divisa magnífico panorama; la hermosa Plana; el azulado Mediterráneo; la inmortal Sagunto, «cuyo incendio alumbró al mundo»; las islas Columbretas y las Baleares; vista encantadora, sublime, que extasía el alma, elevándola a Dios, autor de tantas maravillas.

A los pies de dicho Desierto, a seis kilómetros de distancia, se encuentra el hermoso pueblo de Benicasim, que respira luz y alegría, con pintoresca playa y suntuosas villas, delicioso lugar de veraneo.

LA CAPITAL

Se encuentra la misma asentada en la parte septentrional de la extensa y fértil llanura conocida por «la Plana». Rodéanla los montes llamados de Borriol y Desierto de las Palmas y cuenta, según el último censo, 34.558 habitantes, siendo la superficie de su término de unos diez kilómetros cuadrados.

Su clima es sano y templado, siendo la temperatura media isoterna de unos 18 grados.

Trasladada, al mediar el siglo XIII, la antigua población, desde el pequeño cerro en que se hallaba, al llano que hoy ocupa, adquirió prontamente la misma gran impulso, conquistando a poco el primer lugar entre las más famosas de la comarca, convirtiéndose en su capitalidad, debiendo su incesante progreso y rápido desarrollo a su acertado emplazamiento, fértil suelo, benigno clima y carácter honrado y laborioso de sus habitantes.

La agricultura constituyó desde su origen la base fundamental de la economía castellonense y la más importante riqueza de su término. Sus tierras, fecundadas por las beneficiosas aguas del Mijares, merced a una feliz distribución de canales y acequias, producen en la huerta, sita en la parte este de la urbe, la importantísima cosecha de la naranja y las del cáñamo, habichuelas, trigo, verduras y toda clase de frutos; cultivándose en el secano, situado en la parte noroeste de la población, el algarrobo, vid, almendro y olivo, habiendo desaparecido el cultivo de la caña de azúcar y la cría del gusano de seda, que explotaban los castellonenses en épocas anteriores.

Su extenso y hermoso término hállase poblado de grandísimo número de casas de campo, denominadas: alquerías, las de la huerta; masías, las del secano, y villas o «masets», las del alrededor de la población, constituyendo las últimas una verdadera ciudad jardín, donde sus habitantes pasan deliciosamente los calurosos meses de verano.

Terreno fértil, cielo hermoso y despejado, crecen y prosperan en ella todas las producciones agrícolas necesarias para la vida y recreo de los sentidos.

La industria principal lo fué en pretéritos tiempos la del hilado de cuerdas y fabricación de alpargatas, hoy en lamentable decadencia, habiendo tomado en el día gran impulso tanto la industria toda como el comercio, contando con numerosos almacenes de confección de cajas de naranja, destinadas a la exportación, y muchas fábricas de azulejos, tejidos, medias, géneros de punto, muebles, conservas, etc.

Es una población de corta, pero brillante historia; emplazada en una fecunda y hermosa vega; de clima espléndido y cuyos rápidos progresos son la admiración de todos; con las condiciones apetecibles para el desenvolvimiento de la actividad humana en todos sus órdenes.

Presenta hoy día Castellón aspecto de ciudad moderna: calles llanas, rectas y espaciosas; anchurosas plazas; hermosos paseos; alrededores verdaderamente bellos y pintorescos; espléndido alumbrado público; cómodos centros de recreo y culturales; suntuosos comercios y grandes fábricas.

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CIGARETTES LAURENS

FÁBRICAS DE AZULEJOS DE TODAS CLASES

EN CASTELLÓN DE LA PLANA Y ONDA (PROVINCIA DE CASTELLÓN)

J. B. SEGARRA BERNAT

PRODUCCIÓN ANUAL: 5.000.000 DE PIEZAS

FABRICACIÓN ESMERADA EN AZULEJOS DE TODAS CLASES, JASPEADOS Y COLORES LISOS, EN ZÓCALOS, BISELADOS, MOLDURAS, DIVISIONES, ETC., Y TODA CLASE DE PIEZAS Y ÁNGULOS COMPLEMENTARIOS DEL AZULEJO. ESPECIALIDAD EN LA FABRICACIÓN DE AZULEJOS DECORADOS DE ESTILO CLÁSICO ESPAÑOL - EXPORTACIÓN A TODOS LOS PAÍSES AMERICANOS :-: :-: :-: CABLEGRAMAS: POMPEYA. CORRESPONDENCIA: ESPAÑOL Y FRANCÉS

CASTELLÓN DE LA PLANA (ESPAÑA)

VALENCIA

ECONOMÍA VALENCIANA

INFORMACIÓN DE LA CÁMARA OFICIAL DE COMERCIO, INDUSTRIA Y NAVEGACIÓN,
POR IGNACIO VILLALONGA (PRESIDENTE) Y R. RAMÍREZ MAGENTI (SECRETARIO)

El mayor impulso dado al desarrollo de la economía valenciana, ya de antiguo interesante por sus producciones agrícolas acreditadas, es de reciente fecha.

Las Exposiciones regional y nacional celebradas en esta ciudad durante los años 1909 y 1910 ensancharon y profundizaron el surco de nuestro renacimiento industrial y mercantil, no sólo por lo que se refiere a la provincia de Valencia, sino a sus hermanas las de Alicante y Castellón, que, como es sabido, formaban el antiguo reino valenciano desde su fundación por el invicto Monarca de Aragón, Jaime I el Conquistador.

Energías que estaban entonces latentes, pero dormidas, surgieron de nuevo a la vida, debido al impulso vigoroso que imprimió a aquellos inolvidables certámenes el tesón y patriotismo ejemplares del malogrado patricio D. Tomás Trénor, primer marqués del Turia.

Tanto es así, que hasta aquella fe perdida en el esfuerzo propio vino a recuperarse, porque productos que venían expendiéndose con etiquetas extranjeras, para dar así más importancia a su calidad, se reconocieron indígenas. Ya se sabía que casas exportadoras importantes de París, Londres y Hamburgo presentaban en los mercados hispanoamericanos, con el marchamo respectivo nacional, manufacturas de procedencia valenciana.

La faja de nuestra provincia se puebla cada vez más de fábricas, sobre todo en la ciudad y en los pueblos, y aun en la campiña no es raro ya que, a semejanza de la adelantada belga, el humo industrial, junto a la actividad agrícola, se multiplique.

La belleza de este medio físico enciende en el espíritu de los valencianos la llama del arte; de aquí que nuestras industrias sean calificadas de «artísticas»: los muebles, con su ramo del curvado; los abanicos, la sedería y ornamentos de iglesia; la cerámica, incluyendo la antigua de reflejos metálicos; juguetes y la imaginería religiosa. La mano de obra de alguna de estas industrias resulta, por cierto, tan excelente que no tiene rival en el mundo.

De un tiempo a esta parte se ha desarrollado también singularmente la industria conservera de frutos del campo, la de leche condensada, la de sacos, la de papel, trenzados de cáñamo y yute, abonos químicos, máquinas de escribir y coches de tranvía y ferrocarril, fabricación de esencias, etc.

Además, en la actualidad es una realidad el emplazamiento en el área del puerto de Valencia de unos grandes astilleros para la construcción de buques mercantes de alto bordo. Asimismo ha sido dotado este puerto de un dique de gran tonelaje.

En cuanto al comercio, se observa también una marcha creciente en el volumen de las transacciones, que recaen, más que nada, en virtud de la potencia económica del agro valenciano, sobre los productos agrícolas, las expresadas manufacturas y la adquisición de primeras materias para la agricultura e industria de la provincia.

En cuanto al comercio de exportación, sigue su marcha ascendente, y en relación con el que se refiere al intercambio con América, recientemente se han formulado proyectos, que están en estudio, para la creación de un organismo encargado de ordenar y facilitar los envíos y recibo de mercaderías y asegurar los cobros, estableciendo sucursales o delegaciones en los puertos principales de las Repúblicas americanas.

La cifra global del comercio provincial asciende a más de 800 millones anuales; pero de ello darán mejor idea, así como sobre el movimiento de nuestro puerto y de su tráfico, las interesantes Memorias de su Junta de Obras y de esta Cámara Oficial de Comercio, Industria y Navegación.

A corroborar nuestra importancia comercial vienen luego la extensa y creciente red de ferrocarriles que transportan las mercancías provinciales y el sinnúmero de relaciones mercantiles con que cuenta esta parte del territorio nacional con casi todas las naciones europeas, figurando Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos en primer término.

Para difundir el crédito, que es la base de un comercio orgánico y dinámico, con orientaciones hacia posibilidades mayores, existen en Valencia varias sucursales de los grandes Bancos nacionales y extranjeros, y algunos locales.

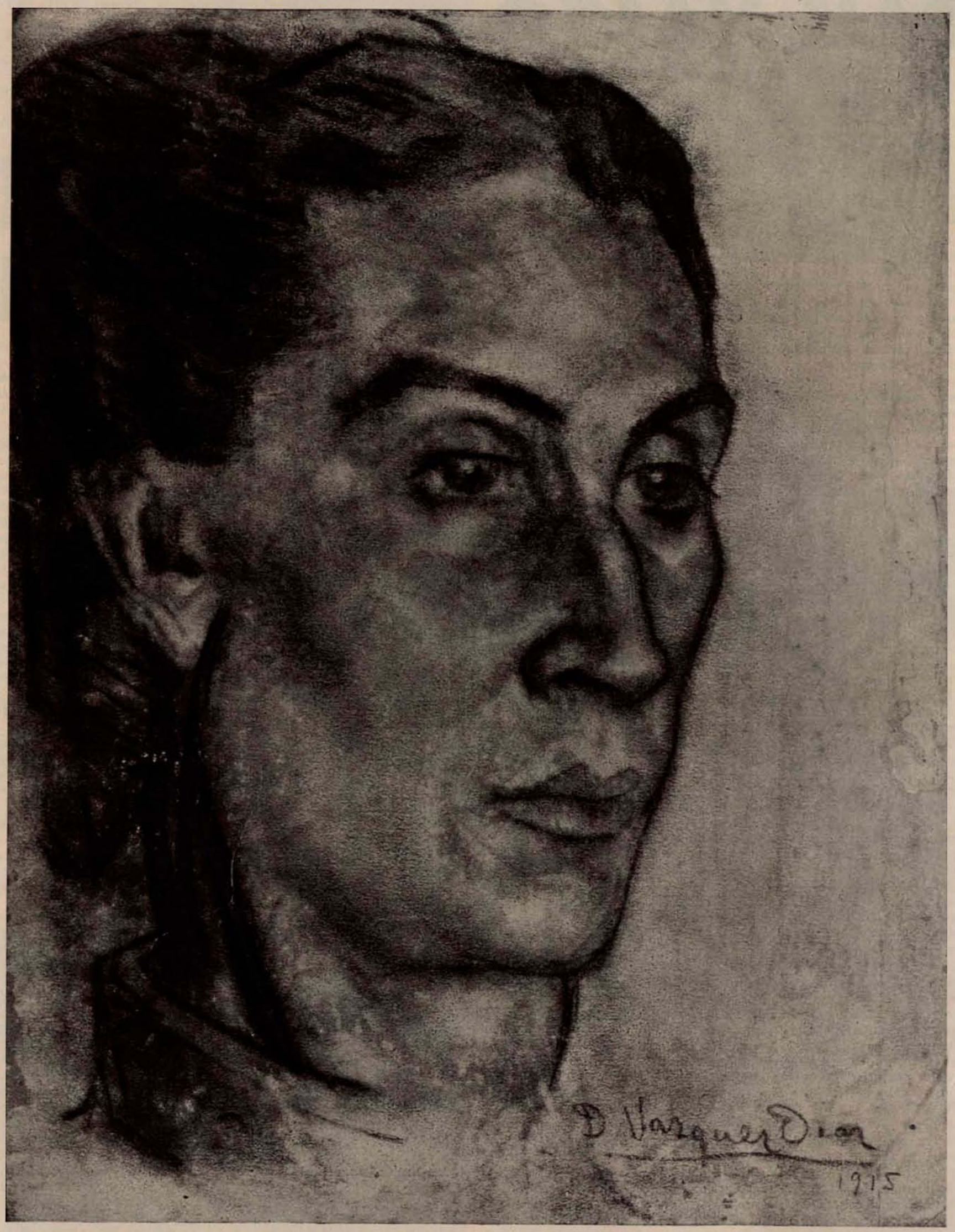
Del mismo modo no hay que olvidar que la ciudad de Valencia posee un gran centro de contratación: la Lonja, famosa en la historia patria, no sólo por su «Taula» (Banca), que gozó de gran crédito en lo antiguo, sino por ocupar un grandioso edificio, obra del siglo XV, que constituye el modelo clásico de la arquitectura civil valenciana. En su salón columnario se realizan todavía las transacciones de todos sus artículos, con muestras a la vista, fletes, seguros y demás obligaciones inherentes al comercio.

Por todo ello ha de considerarse el desarrollo industrial y mercantil de la provincia de Valencia como uno de los más destacados entre las provincias españolas y de mayor potencialidad económica, lo cual permite alimentar las más halagüeñas esperanzas a la economía valenciana.

Nota: A pesar de nuestras muy reiteradas gestiones, no ha sido posible obtener de las Corporaciones oficiales de Valencia otro trabajo que el que publicamos de la Cámara de Comercio.

LOS PERFUMES MÁS SELECTOS QUE EN ESPAÑA SE FABRICAN

NOS COMPLACEMOS EN RECOMENDAR NUESTRAS CREACIONES SOÑADOR, ORO DE LEY Y OLYMPIA



PAIS VASCO

PAÍS VASCO

POR

PÍO BAROJA

El árbol de Guernica y la Casa de las Juntas.

En esa zona de los Pirineos donde habita la vieja raza vasca hay en pequeño espacio casi todos los paisajes, todos los aspectos de la naturaleza. Hay montes altos poblados de robles y de encinas, valles estrechos con pueblecitos en el fondo rodeados de campos de maíz, peñas ceñudas que levantan su frente al cielo, prados risueños y verdes caseríos blancos, muy blancos, ocultos entre el follaje, y ríos claros y tumultuosos que saltan ahora entre piedras formando encajes de espuma y se remansan luego en un cauce donde el agua clara duerme quieta sobre los limpios guijarros.

Hay también en nuestras provincias, hacia Castilla y las vertientes del Ebro, llanuras extensas, campos de trigo inacabables, en cuyo horizonte se levanta una montaña azul; campos de trigo, verdes en primavera, amarillentos en verano, granizados siempre por los acianos y las amapolas.

Y hay, además, junto a la costa las perspectivas del Cantábrico, que suele divisarse entre dos montes, allí lejos, siempre fosco, siempre acre, siempre cambiante de color.

La tierra vasca es una tierra fértil, es una tierra amable; los valles son templados; los montes, frondosos; el clima, húmedo.

El país vasco tiene dos tonos diferentes con relación al clima, a la vegetación y al espíritu; el tono mayor, en la vertiente del Ebro; el tono menor, en la vertiente del Cantábrico; en un lado, el trigo, la tierra roja, el olivar y la viña, la casa blanca y la bota de vino; en el otro, el haya, el roble y el manzano, la casa oscura y la jarra de sidra; en una parte, las tierras rojas y blancas y los ríos turbios y verdosos; en la otra, la tierra verde, los prados húmedos y los ríos claros y transparentes.

El país vasco, históricamente ha creado a Castilla y a Aragón; así tiene algo de Aragón y de Castilla.

En la parte de la ribera de Navarra, el pueblo se confunde en su tipo con el pueblo aragonés; en Álava, con el castellano, y en la parte oeste de Vizcaya, con el montañés. A la aldea más pequeña le ocurre lo propio. La casa de labor, el caserío y la antigua torre, donde presentan un carácter más peculiar es en el norte de Navarra, especialmente en el valle del Bidasoa.

En la vertiente ibérica de las provincias vascas la casa tiene el carácter de la casa española, de la casa romana, de la casa de país de sol, con patio y el tejado plano.

En la vertiente cantábrica, la casa vasca es la casa centroeuropea de clima lluvioso.

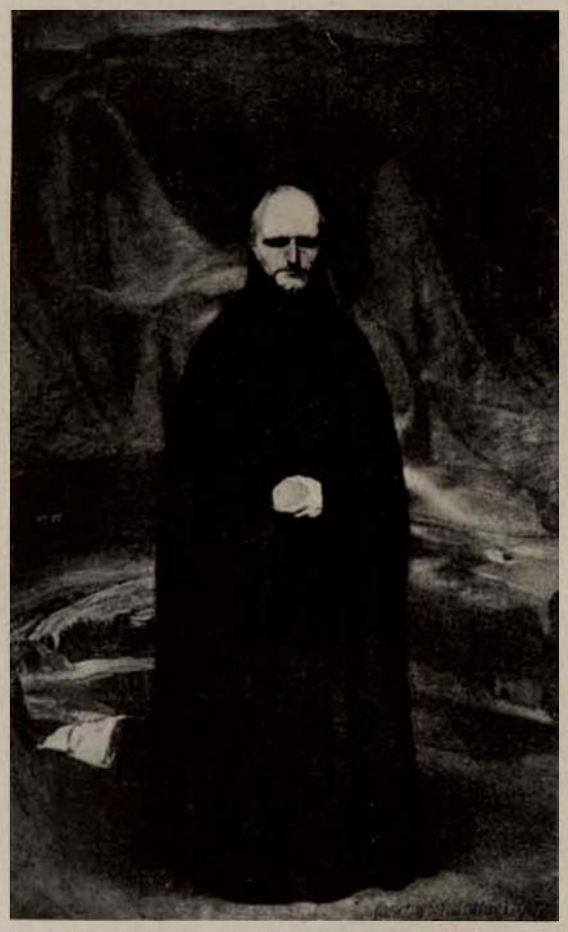
Esta casa está formada por dos muros fuertes, y entre muro y muro están los dos pisos, el alto más saliente que el bajo, y encima el tejado con dos vertientes. Además de esta casa modesta hay la casa de tipo de palacio, con cuatro muros fuertes, muchas ventanas, portalón cuadrado o en arco y tejado con cuatro vertientes.

En el valle del Bidasoa hay antigua torres guerreras de los siglos XIV y XV.

Muchas de éstas tienen una base cuadrada de piedra y sobre ella una enorme edificación de madera, que ha quedado negruzca por la acción del tiempo. A esta edificación llaman los arquitectos superestructura.

En el mobiliario vasco lo más curioso es el arca matrimonial (cucha) y el gran canapé-sillón (zircilua).

Los cementerios del país, hasta mediados del siglo XIX estaban alrededor de las iglesias; después fueron alejados del centro de los pueblos y las aldeas.



San Ignacio de Loyola. (Cuadro de Elías Salaverría.)

En los rasos de las iglesias quedan estelas funerarias, ya rotas, de los antiguos camposantos, con diversas inscripciones. Algunas de estas piedras tumbales tienen un monolito de veinte a setenta centímetros, con adornos de relieve, y entre éstos se observan los rosetones variados y la «svastika», signo misterioso al cual no se ha encontrado todavía su significación.

* * *

Esa raza vasca, milenaria y misteriosa, tiene el enigma de su procedencia, que por ahora no se ha descifrado. *No se sabe si es autóctona, si ha llegado del* norte o del mediodía, si está emparentada con la de los ligures, los iberos, los celtas, los bereberes o los atlantes. Su idioma, el vascuence, ha quedado aislado, es como una cuña, como una isla entre las lenguas latinas que le rodean. Hoy parece que muchos vuelven a la tesis de Humboldt y a pensar que los vascos vinieron por el Mediterráneo de la Cólquida, quizás con los constructores de dólmenes, o por el norte de África con los ligures.

A esa ruta, algunos llaman la ruta de Aitor.

Ese misterio de su origen y de su lengua es el atractivo que han tenido los vascos para los sabios. Su historia, su arqueología, no es tan importante como su prehistoria y el problema de su origen.

No hubiese sido posible que el pueblo vasco, pueblo que ha vivido en valles estrechos, tuviera una civilizacion propia, una cultura original o por lo menos intensa. La civilizacion es obra de la ciudad, y en el país no ha habido ciudades.

En ciertos períodos históricos, en los confines del país vasco, en las zonas de horizonte más abierto nacieron ciudades nunca grandes; pero estas ciudades se desvasconizaron pronto, perdiendo su lengua propia de una vida rural y, probablemente, al perder su lengua, su espíritu.

Las cuatro capitales vascas son cuatro ciudades completamente hispánicas, sin gran color vasco. Bilbao tiene aire de pueblo del norte, es un tanto oscuro y negro, su río es hermoso y su vida inquieta. San Sebastián es pueblo claro, luminoso, con un paisaje de mar espléndido, pueblo que se hace pletórico en verano y se anemiza en invierno. Pamplona es ciudad arqueológica, con una catedral magnífica, pueblo vivo que tiene algo fuerte y apasionado, en el que se nota que las aguas del Arga marchan a unirse al Ebro. Vitoria es ciudad limpia, clara, de aire noble y aristocrático.

Bilbao, riqueza; San Sebastián, belleza; Pamplona, grandeza; Vitoria, nobleza. Se ha dicho entre los vascongados.

* * *

Para el que quiera conocer el país, los pueblos del interior de las provincias que tienen más interés son: Azpeitia, Vergara, Mondragón,

Oñate, en Guipúzcoa, con un carácter vasco-cantábrico de vegetación frondosa y húmeda. Estella, Olite, Sangüesa y Viana, en Navarra, con un aire ya ibérico. Durango, Marquina, Guernica, en Vizcaya, hermanos de los pueblos guipuzcoanos, y Laguardia y Salvatierra, en Álava, que saben a la «Castiella» del conde Fernán González.

En la costa, los pueblos tienen una silueta romántica y marinera. Motrico, Ondárroa, Lequeitio, Bermeo, Elanchove, con sus casas colgadas sobre el mar, son de lo más típico y característico. Tienen más aire moderno Zarauz, Zumaya, Deva, Las Arenas, Portugalete, que son pueblos de baños. Los paisajes de mar más dramáticos del país vasco los ofrecen el monte Higuer, con sus lijas pizarrosas, y la costa entre Ondárroa y Lequeitio, con sus peñas negras y verdosas. Son también admirables las proximidades del cabo Ogoño y la isla de Gaztelugache.

Las ascensiones de más interés para el turista son: la peña de Haya y el Atzgorri, en Guipúzcoa; Mendaur, Larrun y Ausa, en Navarra, y la peña de Gorbea, entre Vizcaya y Álava.

Pasos de monte, collados dignos de verse son: el alto de Velate, monte cubierto de hayas que tiene un aire severo y antiguo como de misterios druídicos; el alto de Otsondo, entre Elizondo y Dancharinea; el túnel de Lizárraga y otros muchos.

El viajero que quiera tener una idea del país debe ver, aunque sea desde fuera, Roncesvalles, entre sus bosques; San Miguel in Excelsis, en la cima del monte Aralar; la Virgen de Aránzazu, la abadía de Cenarruza, a lo lejos, y el monasterio de Loyola, con su aire un poco banal, en su valle verde y sonriente.

El paisaje del país vasco es, quizá, más armonioso en invierno y en otoño que en verano; los campos de maíz le dan el rigor estival un tono un poco agrio. El bosque está principalmente formado por el roble, el castaño, el nogal. En las faldas de los montes se extienden las praderas.

La Pardo Bazán decía que en el país vasco no había pájaros. Es una de tantas observaciones inexactas. El que viaje por el país verá con mucha frecuencia en medio de los campos monigotes hechos de trapos, espantapájaros, que, naturalmente, si no hubiera pájaros, no existirían.

En otoño hay por los montes, sobre todo por Echalar, una pasa de palomas que vienen del centro de Europa unidas a una gran variedad de pájaros de todas clases.

* * *

Para mí, el país vasco tiene, además del encanto de lo actual, el encanto de lo pasado.

Yo recuerdo, cuando era médico de pueblo, las mañanas en que salía a caballo a hacer mi visita. La aldea estaba dormida; las casas iban brotando de la noche, negras por la humedad; sobre el río se levantaba una niebla azul que luego se deshacía en jirones. Yo subía por el monte al paso de mi caballo por las sendas, entre la niebla, sin pensar en nada. Muchas veces en la cumbre veía todo el valle lleno de brumas blancas, y arriba brillaba un sol espléndido, y el cielo estaba azul como un zafiro; otras veces las nieblas avanzaban, corrían por entre los árboles desnudos, cuyo ramaje negro parecía una humareda, y la bruma volvía a envolverme.

Aquellas brumas de los montes son para mí un recuerdo indeleble; otras cosas se me han olvidado; odios y cariños, favores y desprecios han pasado por mí sin dejar una huella; esas brumas, en cambio, anegaron mi alma para siempre; ya no salen de ella, ya no saldrán jamás.

Un aspecto de Ondárroa. (Foto Mqs. Sta. M.ª del Villar.)

Vista de San Sebastián, desde el Monte Ulía.

Yo siento cierto desdén por la vida de las ciudades, por las redacciones de los periódicos, por los saloncillos de los teatros, por el público de los estrenos, por la política, por todas esas cosas que constituyen lo que se llama la civilización.

En cambio, guardo dentro de mí, como una de esas piedras preciosas incrustadas en el frotal de un Santo, un sueño cándido y heroico, infantil y brutal. Es un sueño guerrero, un sueño de hombre de selva. Yo me veo por los montes de Guipúzcoa o de Navarra al frente de una partida, viviendo siempre en acecho, en una continua elasticidad de la voluntad, atacando, huyendo, escondiéndome entre las matas, haciendo marchas forzadas, incendiando el caserío enemigo.

Yo me veo de cabecilla con cuarenta o cincuenta hombres, entrando en las aldeas a caballo, la boina sobre los ojos, el sable al cinto, mientras las campanas tocan en la iglesia.

Y luego me figuro encontrarme en la casa del párroco o en la casa del alcalde, en la mesa, hablando amablemente, contando las peripecias de una acción. Y mientras la sobrina del cura o la hija del dueño me mira con curiosidad o con espanto; y al anochecer, después de haber bailado en la plaza con la chica más guapa del pueblo al son del tamboril, después de haber vaciado las arcas municipales, pienso en el placer de huir por los senderos húmedos, monte arriba, y en el placer de descansar en una borda sobre una cama de hierba seca.

* * *

Y un instinto guerrero, si no idéntico, parecido, aplicado a la vida, aplicado a la industria, aplicado a la religión, ha informado siempre el carácter de los vascos.

Esa tentativa de los bilbaínos de apoderarse de todas las minas de España y de ponerlas en explotación, ¿no era una tentativa guerrera?

Yo no sabría definir de un modo sintético el carácter de los vascongados; sí sé que casi todos tienen un fondo guerrero, que casi todos, sobre todo si viven en el campo, tienen algo de bruma en su cerebro, que hablan poco, que peroran poco, que son serenos, pensativos y silenciosos.

Tienen estos montañeses un santo que representa la voluntad de la raza: San Ignacio; un militar que representa su instinto guerrero: Zumalacárregui; un marino que representa el heroísmo: Churruca; un político que representa la prudencia y la diplomacia: Legazpi; un hombre que da la vuelta al mundo: Elcano.

De ninguno de estos hombres queda una frase, de ninguno de ellos queda un discurso; todos fueron parcos en el hablar y abundantes en el ejecutar; ninguno hizo una labor social, y es que el vascongado, en el fondo, es individualista, fiero.

Silenciosos, poco sociales, los vascos, cuando quieren entenderse con los demás, cantan.

No ha habido un orador vascongado; el orador allí se ha convertido en músico o en poeta, en el humilde «versolari» o en el bardo Iparraguirre.

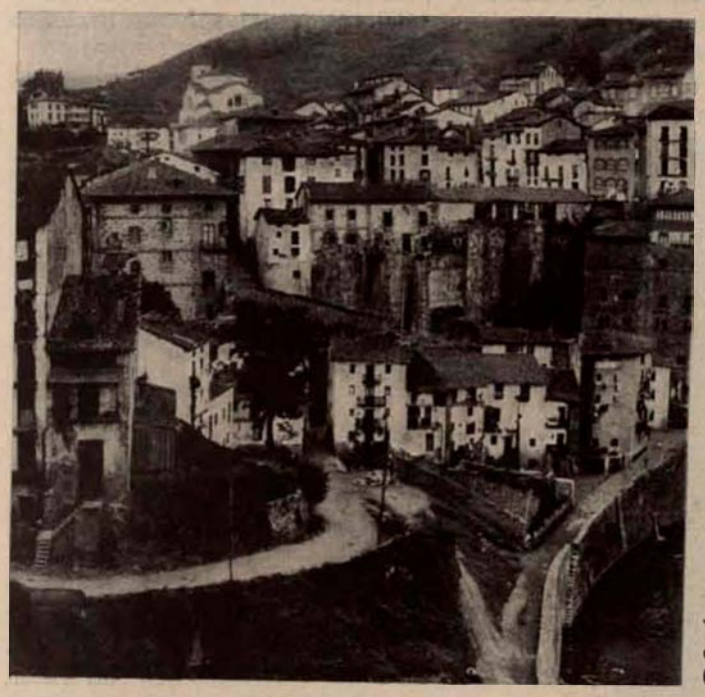
* * *

País pequeño, el país vasco ha hecho un papel en el mundo. Tiene su leyenda de hombres de brío, de hombres locos e impulsivos que marchaban a la pesca de la ballena, a los mares del Norte, de marinos atrevidos, de conquistadores de tipos furibundos, como Lope de Aguirre. Y fuera de su leyenda antigua, el país vasco es un país que progresa y mejora y se muestra amable. El que ha vivido en el país vasco ya no lo olvida fácilmente.

Un típico caserío guipuzcoano (Foto Marín.)

ESTAMPAS VASCAS

Rincón de un pueblo vascongado. (Foto Marín.)



Vista de Motrico. (Foto Nueda.)

Temporal de mar en el Cantábrico. (Foto Galarza.)

R. DELATAS E HIJO CONSERVAS VEGETALES **ZARAGOZA**

Sevilla

Hotel de Inglaterra

DE PRIMER ORDEN

Ocupa todo un frente de la plaza de San Fernando

Salamanca

Gregorio Diego

EXPORTACIÓN E IMPORTACIÓN DE PIELES Y LANAS

Apartado 64

ALAVA

ÁLAVA

POR

PEDRO ORTIZ Y LOPEZ DE ALDA
PRESIDENTE DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL

★

Álava: la primera provincia de la Monarquía; la primera en esas frías relaciones oficiales por orden alfabético; la primera por su pequeñez en cuanto a población y riqueza... como es también la primera en analfabetismo, la primera en instrucción, cultura y moralidad, y siempre en vanguardia con las primeras en honradez, patriotismo y laboriosidad.

Es Álava hoy un delicioso jardín donde reina la paz.

Los hijos de aquellos que con la misma bravura y lealtad habían defendido en las contiendas civiles del siglo pasado las distintas banderas, se abrazaron al cabo con la misma nobleza y generosidad también, y sobre las ruinas humeantes de sus hogares desmantelados y empapados en sangre fraterna se dieron el abrazo de reconciliación, olvidando los furores de la guerra, para entregarse a las artes del trabajo y de la paz.

El ambiente de religiosidad que aquí se respira sustenta las demás virtudes de los hidalgos moradores de este «rincón amado»: buenos padres, buenos esposos, francos, nobles en sus contratos y en todos sus actos; amables, corteses, hospitalarios y serviciales sin adulación.

A ellos tampoco les adulará quien les repita con su Junta general de 22 de noviembre de 1656: «cuán debido es a la ilustrísima antigüedad y nobleza de esta provincia el que haya historia aparte de ella, para que sus hijos sepan su grandeza, antigüedad y nobleza, sus exenciones y preeminencias, y lo pródigamente que después que siendo libre, sin reconocer superior en lo temporal, se entregó a la Corona real de Castilla, de su mera y espontánea voluntad.»

VITORIA

POR

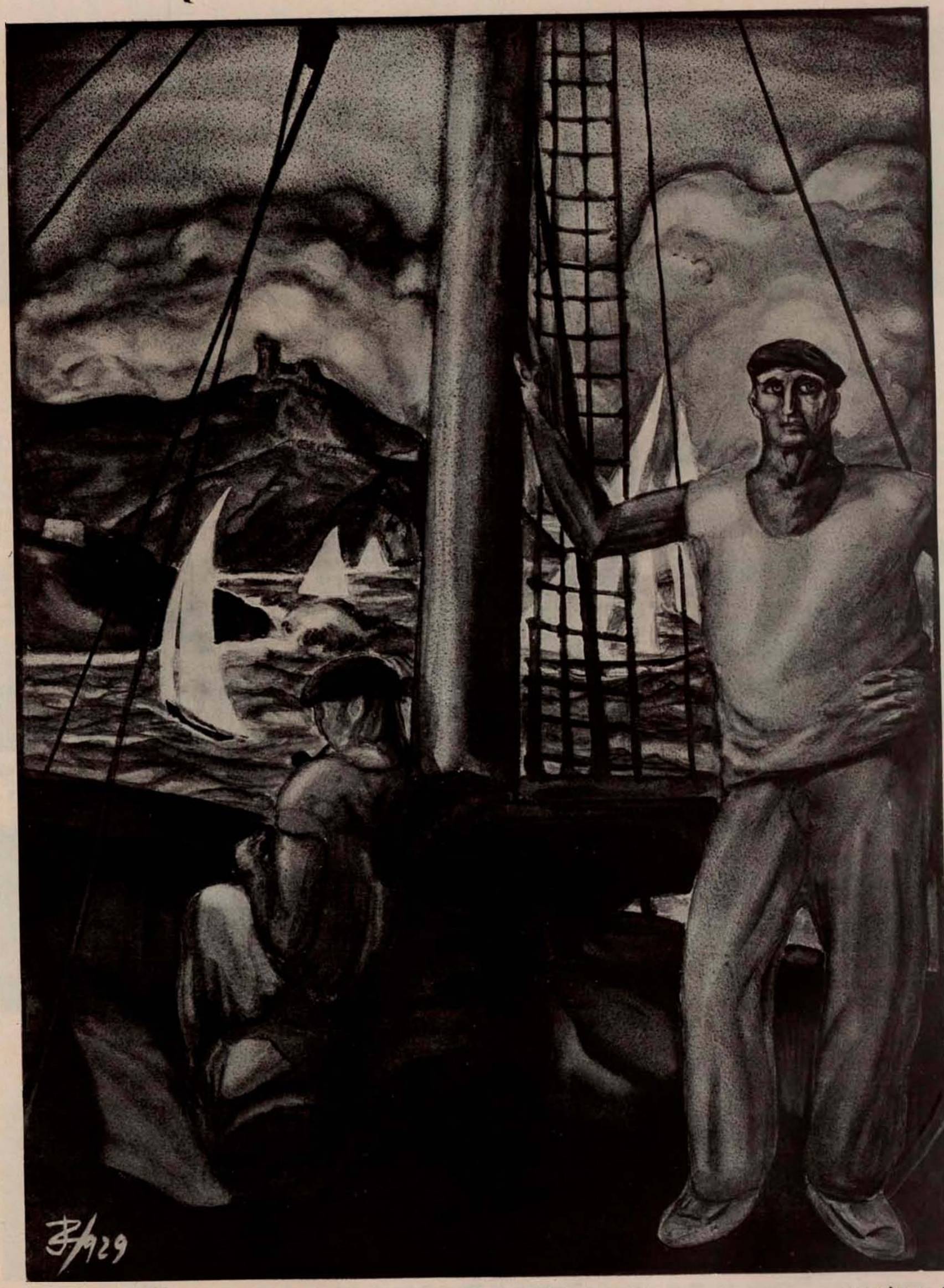
GUILLERMO MONTOYA
ALCALDE DE LA CIUDAD

★

Si España necesitara de demostraciones palpables que evidenciaran su adelanto industrial, su categoría artística y su vivir culto, sobradamente los tendría desde ahora, con esa magnífica floración de todas las indicadas manifestaciones, en la espléndida Exposición de Sevilla, en la que la nación entera se halla representada por aquellos elementos de mayor valor que nuestra patria posee.

Cuanto difunda estas monumentales exhibiciones merecerá rendidos plácemes de la sana opinión, que ama a España entrañablemente y desea verla grande, progresiva y adelantada.

Vitoria envió a Sevilla lo que su modestia podía ofrecer, calladamente, porque así era adecuado hacerlo, y porque así es la característica de nuestro pueblo; pero con todo entusiasmo ante las altas finalidades que se persiguen: recíbalo aquella hermosa ciudad andaluza con el afectuoso saludo de esta su hermana norteña, que al propio tiempo que aporta su grano de arena al grandioso Certamen se honra en rendirle homenaje de fraternal cariño.



GUIPÚZCOA

El Gran Kursaal.

La Familia Real en el palacio de Miramar durante el verano de 1928.

El Gran Casino.

MAR Y LA PLAYA REAL MONTE

SAN SEBASTIÁN

Residencia veraniega de la Familia Real

*

La ciudad de veraneo de los deportes elegantes

CARRERAS DE CABALLOS
CIRCUITO AUTOMOVILISTA / GOLF
TENNIS / TIRO DE PICHÓN
REGATAS DE BALANDROS

GRANDES CORRIDAS DE TOROS
SEMANA VASCA
FIESTAS TÍPICAS
EL GRAN CASINO
EL GRAN KURSAAL

FIESTAS EN LA PLAYA
El maravilloso acuario del Palacio del Mar

La animadísima playa de la Concha.

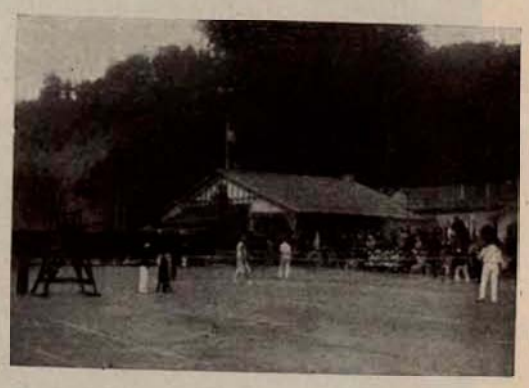
Regatas de balandros en la incomparable bahía.

El «chalet» del golf.

Pedid gratuitamente folletos ilustrados y toda clase de informes al

CENTRO DE ATRACCIÓN Y TURISMO (C.A.T.), Gran Casino

Con sus carreteras perfectamente conservadas, sus pintorescos pueblos, ricos en monumentos de todas las épocas, el magnífico País Vasco permite hacer excursiones tan interesantes como variadas. Panoramas grandiosos. Visite usted el impresionante Monasterio de Loyola, en Azpeitia, a unos kilómetros de San Sebastián, maravilla histórica de arte y riqueza.



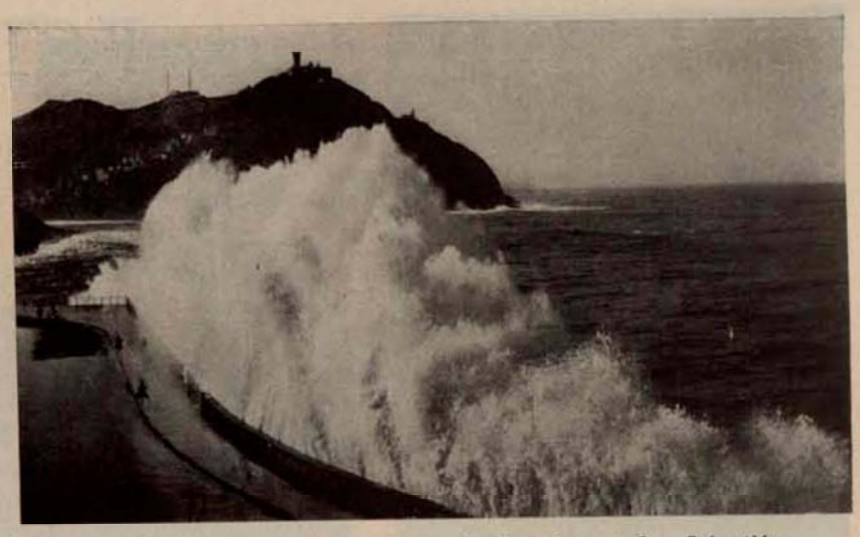
El «Lawn-Tennis».

La plaza de toros.

El pabellón del Tiro de Pichón.

Una romería vasca.

Uno de los bellísimos y apacibles valles guipuzcoanos.



Un detalle del paseo del Príncipe de Asturias, en San Sebastián.

GUIPÚZCOA

En el norte de España, junto a la frontera francesa, se encuentra situada la provincia de Guipúzcoa, una de las más pequeñas y más ricas de España, gracias al trabajo y al valor de sus habitantes. De nobilísima tradición, ha dado a nuestra patria preclaros hijos en las artes, en las ciencias, en las armas, en santidad, en el gobierno y en la navegación, acaso con más prodigalidad que ninguna otra.

San Sebastián, orgullo de España por sus bellezas y urbanización, tiene 70.000 habitantes y su fama como ciudad veraniega es universal. Su maravillosa playa de la Concha, en la bahía del mismo nombre y al pie de varios montes que la rodean, supera a todas las similares en distinción y atractivos. Lamentamos que la falta de espacio nos impida ocuparnos más ampliamente de esta localidad llena de bellezas y modernidad; en otras páginas reproducimos aspectos gráficos de ella. Igualmente lo hacemos de Fuenterrabía y Zarauz.

Citaremos como del mayor interés para el turista la visita al monasterio de Loyola, casa solar de San Ignacio y en donde la fe ha reunido tal cantidad de riquezas religiosas y artísticas que constituye un museo imponderable.

Pasajes, puerto con espléndida bahía, realmente unido a San Sebastián, acabará por constituir su puerto comercial y a formar un solo municipio.

Portada de la Universidad de Oñate.
(Fotos Marín y Galarza.)

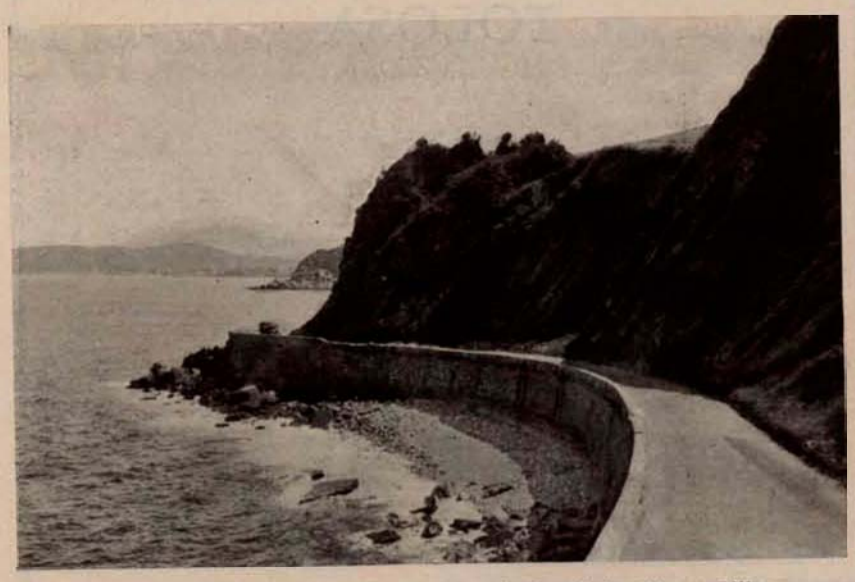
Oyarzun, valle de égloga, situado entre la frontera y San Sebastián, destaca por sus apacibles encantos, sus campos y sus caseríos, que distribuídos entre las laderas y el monte forman un paisaje ciertamente maravilloso.

Zumaya se encuentra situada al final de la línea del ferrocarril eléctrico del Urola y en la línea del eléctrico de San Sebastián a Bilbao, por lo que con facilidades de comunicaciones extraordinarias reúne para el veraneo condiciones notables. En analogía se encuentra Deva.

Vergara, Mondragón y Tolosa, por sus industrias, tenaz y acertadamente desarrolladas, unen valores artísticos a los que proporciona la notable laboriosidad de sus naturales. Rentería, Elgóibar y Hernani se encuentran en el mismo caso.

Eibar es una localidad en la que se ha llegado a tal desarrollo en sus industrias, acreditadas en el mundo entero, que constituye ya un verdadero problema su ensanche, por encontrarse encerrada entre dos montañas. Sus armas de fuego, sus damasquinados y sus restantes industrias manufacturadas, de carácter metalúrgico, compiten con las más aventajadas del extranjero.

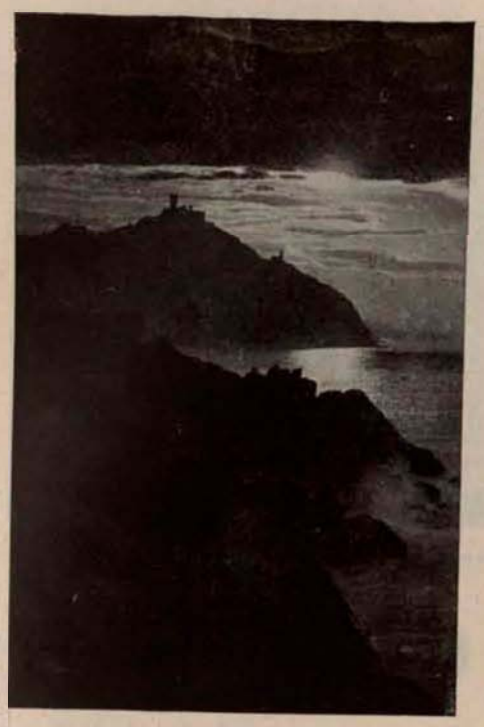
Puede decirse que no hay otra provincia en España en la que se dé con tal prodigalidad las bellezas naturales, la laboriosidad de sus habitantes y el armonioso conjunto de tradicionalismo en las costumbres, con la modernidad en los progresos materiales y de trabajo.

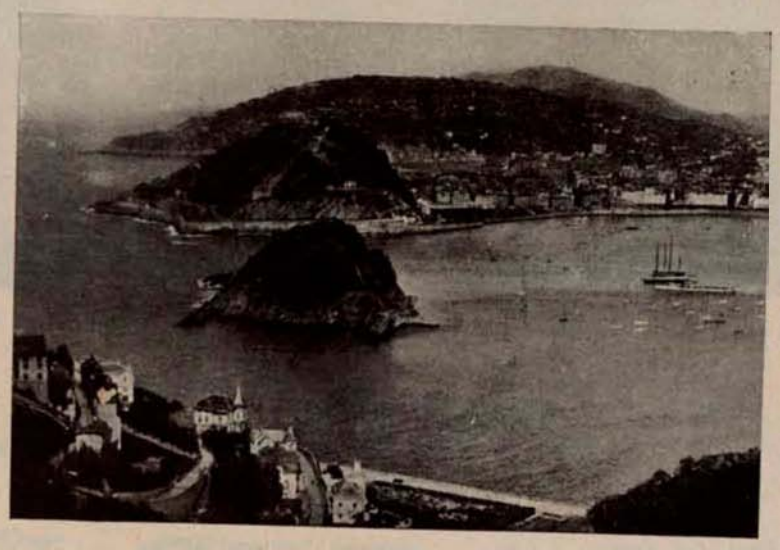


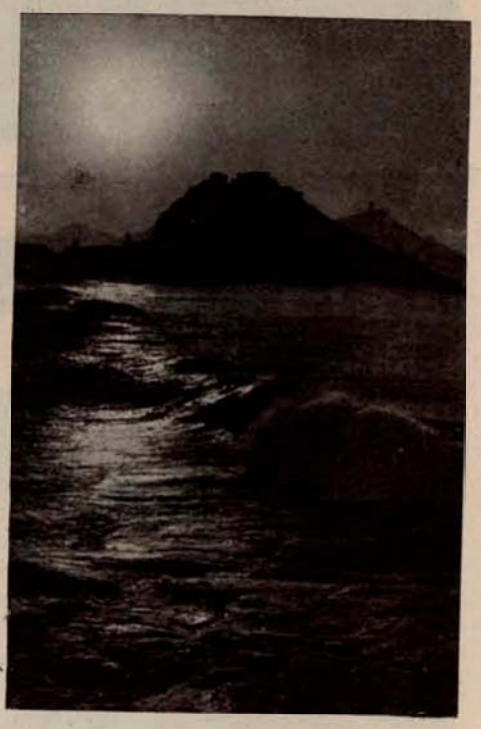
Un trozo de la maravillosa carretera de San Sebastián a Bilbao.

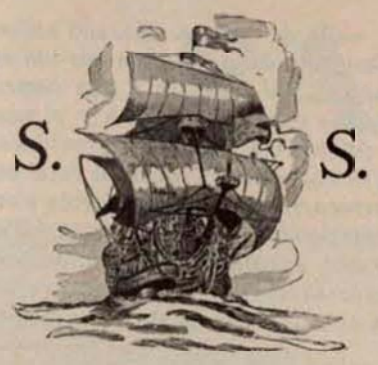
Una de las playas de Zumaya, encantador punto de veraneo.

ESTAMPAS DONOSTIARRAS









San Sebastián, ciudad modelo en su urbanización, dechado de playas veraniegas europeas y con bellezas naturales sin par en el mundo, ofrece al viajero en la frontera, al pie de los Pirineos, la primera maravillosa visión de las varias que aquél irá apreciando a través de la Península.

Fábrica de géneros de punto

Confecciones para señora y niños

PABLO MORENCOS

HERNANI
(Guipúzcoa)

Esta Casa, que se esmera sobremanera en la confección, sólo emplea materiales de primera calidad.

REGISTRADA
MARCA CORONA
O. Mustad y C.ia

FÁBRICA DE CLAVOS DE HERRAR

TELEGRAMAS "MUSTAD"
TELÉFONO 13-98

TOLOSA
(GUIPÚZCOA)

REGISTRADA
MARCA CORONA
O. Mustad y C.ia

FÁBRICA DE TIRAFONDOS ROSCA PARA MADERA

TELEGRAMAS "MUSTAD"
TELÉFONO 13-98

Uno de los paseos, junto al mar.

Nuevo Casino Mirentxu.

FUENTERRABÍA

Pocas ciudades, últimamente, han sufrido en España una tan radical transformación como esta ciudad cantábrica, de belleza y situación incomparables.

La constante y eficaz gestión de su Ayuntamiento, presidido por D. Francisco de Sagarzazu, que no ha regateado esfuerzo para el mejor resultado de sus propósitos, ha conseguido el máximo rendimiento en cuantas gestiones ha emprendido.

Una vista de la campiña de Fuenterrabía.

Proyecto del puente de Fuenterrabía a Hendaya.

Así, las obras públicas realizadas y otras en vías de ejecución son muchas e importantes, figurando entre ellas la apertura de amplias calles en el ensanche del Puntal de España, la espléndida plaza de Javier Ugarte y la hermosa avenida de Alfonso XIII, ensanche de la campiña con la magnífica avenida que lleva el nombre del alcalde, como prueba de gratitud a su esforzada y admirable labor.

También se ha reformado, con exquisito gusto, el casco de la ciudad, dotándola de una red de distribución de aguas potables y alcantarillado, pudiéndose afirmar en la actualidad que no existe casa en la ciudad que no reúna las condiciones exigidas para su perfecta salubridad e higiene.

A este tenor se hallan desarrolladas todas las actividades del Municipio, que ha sabido crear escuelas, sanear barriadas, distribuir acertadamente el alumbrado público, atender a la repoblación forestal, etc., etc.

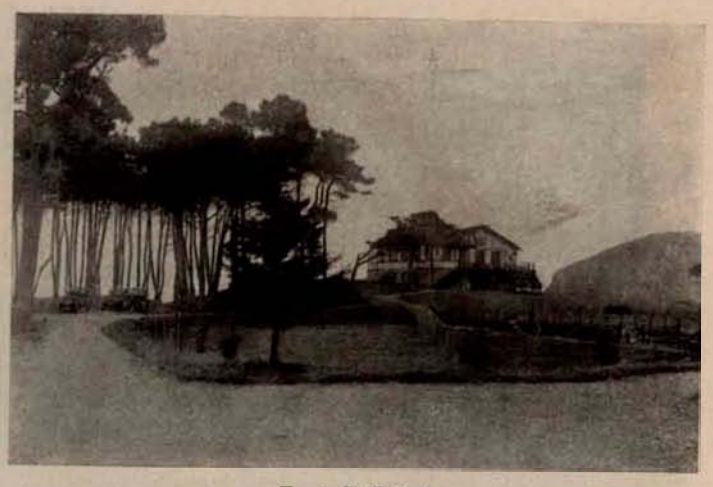
En el aspecto turístico, que tanto interés ofrece, y para el cual el proyecto del puente con Francia abre vías de espléndido porvenir, muéstrase también la eficacia del Ayuntamiento de Fuenterrabía. Recientemente ha adquirido el histórico castillo de Carlos V para convertirlo en Archivo y Museo, en el que se expondrán valores históricos y artísticos de gran interés.

Por último, mencionaremos el precioso Casino, donde se da cita la aristocracia que durante el verano visita las playas de Guipúzcoa; y sus hoteles, verdaderos modelos de «confort», donde el viajero puede detenerse en el caso tan frecuente de verse retenido un día más por los encantos imponderables de este grato rincón de la costa cantábrica.

Vistas parciales del nuevo ensanche de Fuenterrabía, completísimamente urbanizado.

ZARAUZ

Un aspecto de la playa.



Real Golf Club.

A veintiséis kilómetros de San Sebastián, y en fácil y breve jornada por tranvía eléctrico y por pista alquitranada que rodea montañas y bordea la ría de Orio en deliciosas sinuosidades, se alcanza el panorama de Zarauz.

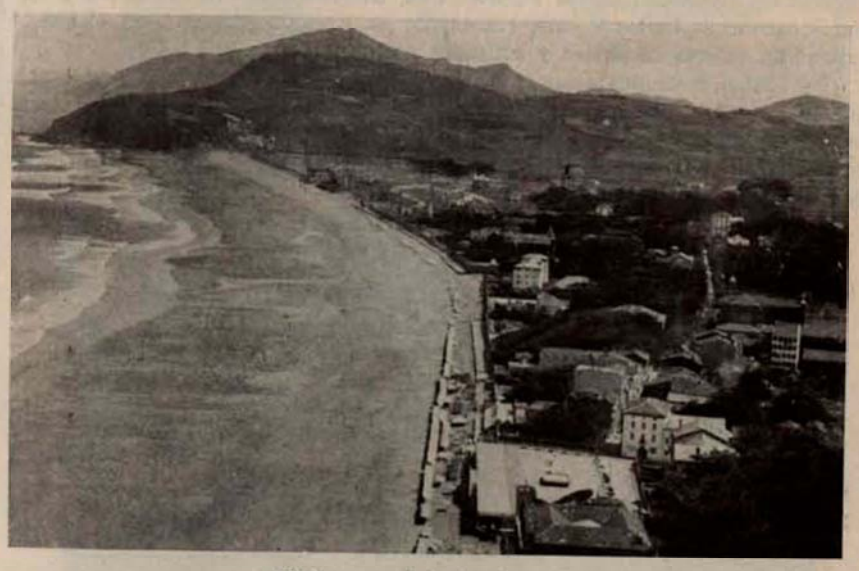
Al fondo, el mar abierto en su azul inmensidad; a la izquierda, el islote «Del Ratón», así llamado por la imagen evocadora de su silueta, unido por el istmo de su rabo al pueblecito de Guetaria, lugar de nacimiento del genial navegante Elcano.

Una pista que se ciñe a la montaña bordeando el mar une esta histórica villa con la moderna y luminosa de Zarauz, antigua residencia de veraneo de la Corte española. Por la delicia de su paisaje y la majestad de su playa, la más extensa del Cantábrico, es lugar de cita veraniega de la nobleza española, que sitúa sus villas y chalets en el barrio de Mendilauta, lleno de gracia señorial. El espléndido campo de golf, con su pinar al fondo, pone una nota romántica y mediterránea en el dulce paisaje vasco.

Carretera a Bilbao, por la costa.

En el núcleo urbano de la villa, de calles limpias y alineaciones esmeradas, encuentra la clase media española residencia económica y confortable en el estío. A sus espaldas, en promesa de propiciatorio desenvolvimiento de la villa, se ofrece un valle espléndido, cercado de un anfiteatro de montañas de senos suaves, en perpetuo verdor vegetativo.

Zarauz es la villa más riente, apacible y luminosa de la costa cantábrica española.

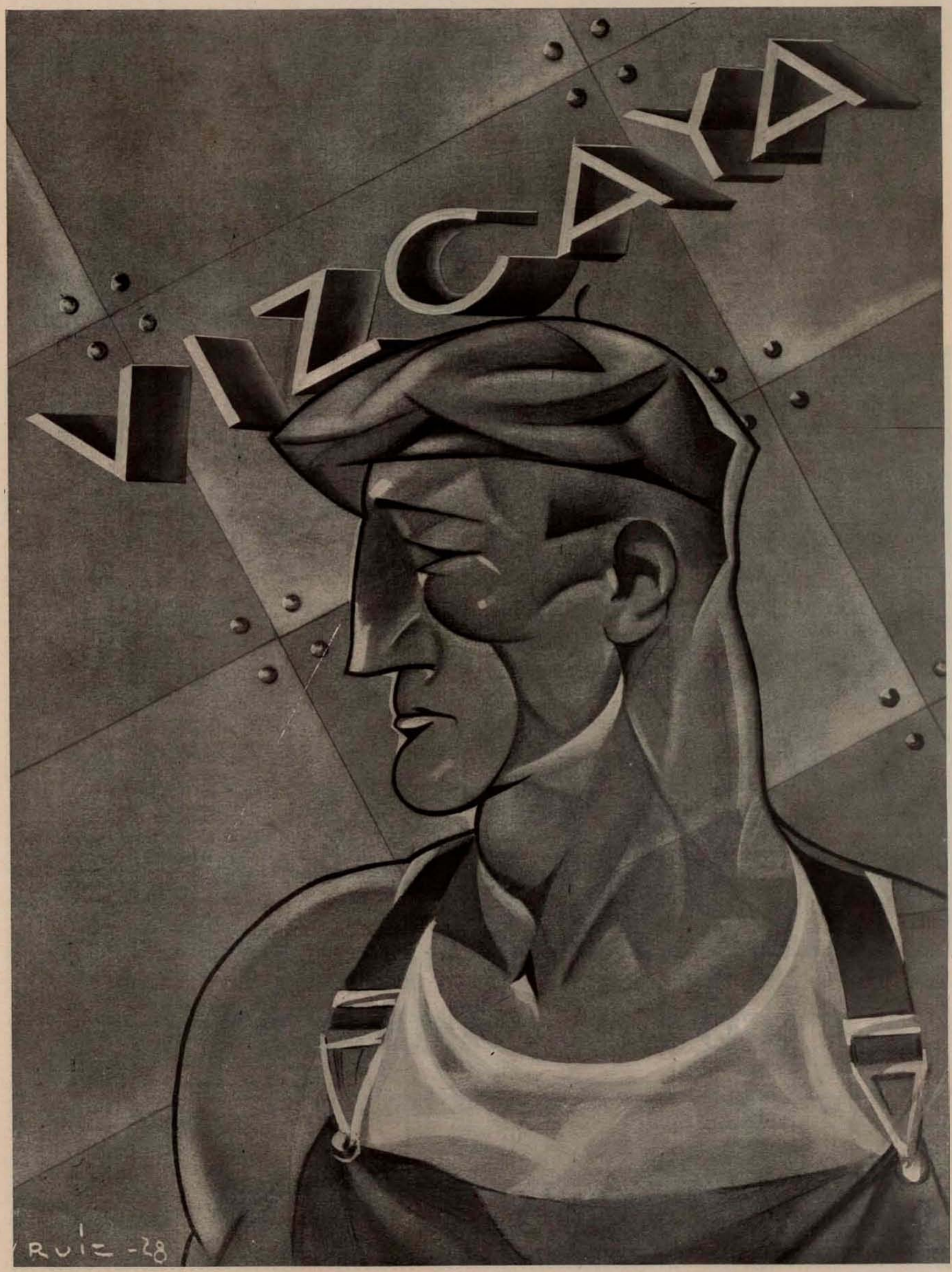


Vista general de la playa.

Campiña de Zarauz, y al fondo Guetaria.

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

CIGARETTES LAURENS


RUIZ -28

Barandiarán y Cía.
BILBAO

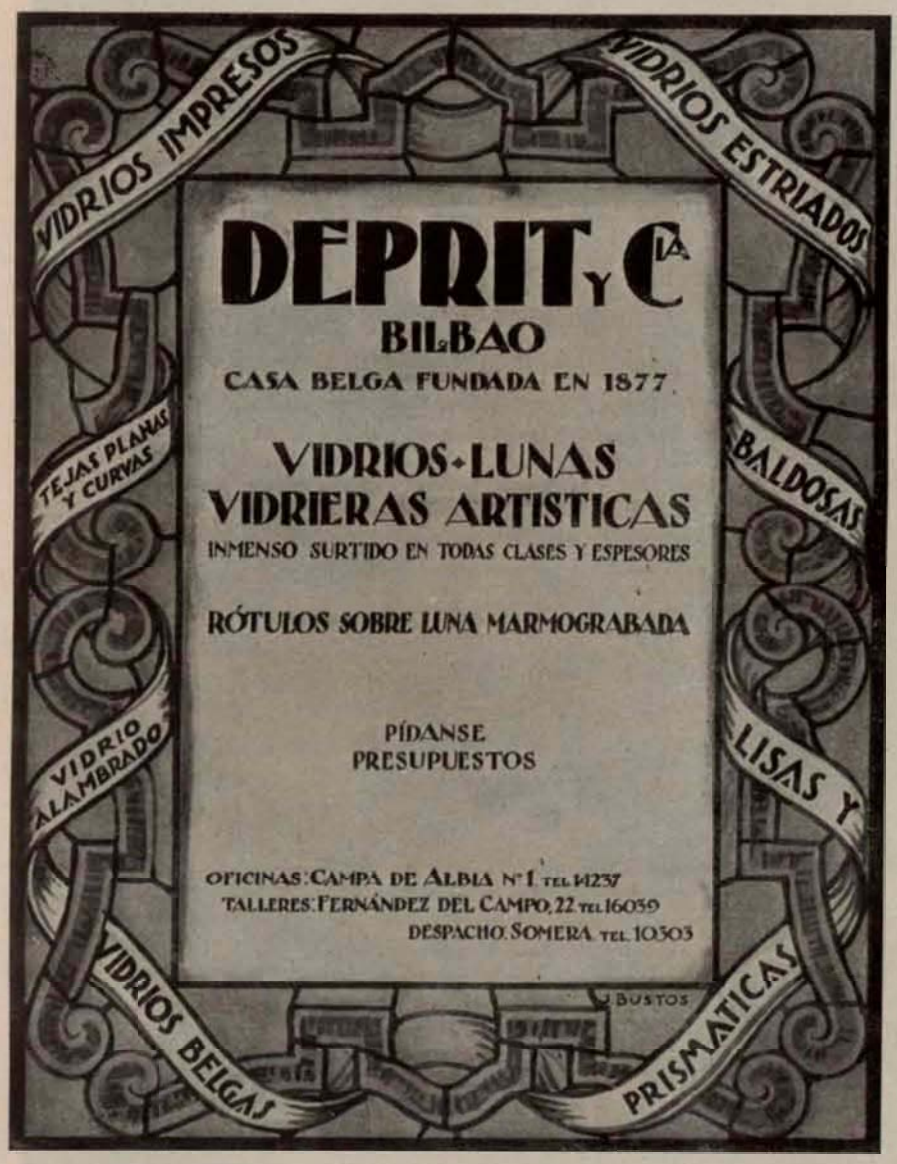
Drogas medicinales e industriales - Especialidades - Herboristería nacional y extranjera - Productos de marca en envases de origen - Accesorios - Perfumería - Fábrica de cepillería y brochería
Esmaltes - Pinturas - Barnices - Artículos de limpieza

Almacenes y oficinas: Camino de la Peña
Teléfonos números 11.035, 11.935 y 10.835 - Dirección telegráfica: BARANDIARÁN - Dirección postal: APARTADO NÚMERO 14

Revista de las Españas
ÓRGANO DE LA UNIÓN IBERO-AMERICANA

Los Madrazo, 9 ⋆ Madrid

REVISTA CON LAS MÁS SELECTAS COLABORACIONES SOBRE TEMAS RELACIONADOS CON IBEROAMÉRICA



J. R. de Villabaso

IMPORTADOR
DIRECTO DE
ACEITES Y GRASAS LUBRICANTES
NEPTUN OIL
MARCA REGISTRADA

⋆

LUBRICANTES
CAMPSA

⋆

CORREAS
COTONES
SUMINISTROS INDUSTRIALES

BILBAO
COLÓN DE LARREÁTEGUI, 3 y 5
TELÉFONO 12.839

BANCO DEL COMERCIO

Capital: 10.000.000 de pts.
Reservas: 1.400.000 »

Dirección telegráfica y telefónica: BANERCIO - Apartado de Correos 3 - Claves A. B. C. 5.ª, 6.ª - Lieber-Peterson

BILBAO
GRAN VÍA, 12

BANCA / CAMBIO / GIROS / VALORES / BOLSA-CUPONES Y TODA CLASE DE OPERACIONES BANCARIAS / DEPARTAMENTO DE CAJAS DE SEGURIDAD PARA TÍTULOS, DOCUMENTOS Y OBJETOS PRECIOSOS

VIZCAYA

POR

DARIO DE AREITIO

ARCHIVERO-BIBLIOTECARIO DE LA DIPUTACIÓN

Altos Hornos

El noble y leal Señorío de Vizcaya tiene su entronque con las edades prehistóricas, en los dibujos y pinturas rupestres de la cueva de Basondo.

Dentro del periodo histórico, Vizcaya empieza a sonar en el siglo VIII, y de entonces acá, bien puede decirse que no hubo en España suceso mèmorable al que no estuvieran unidos los hijos de este bello rincón de Euskalerría.

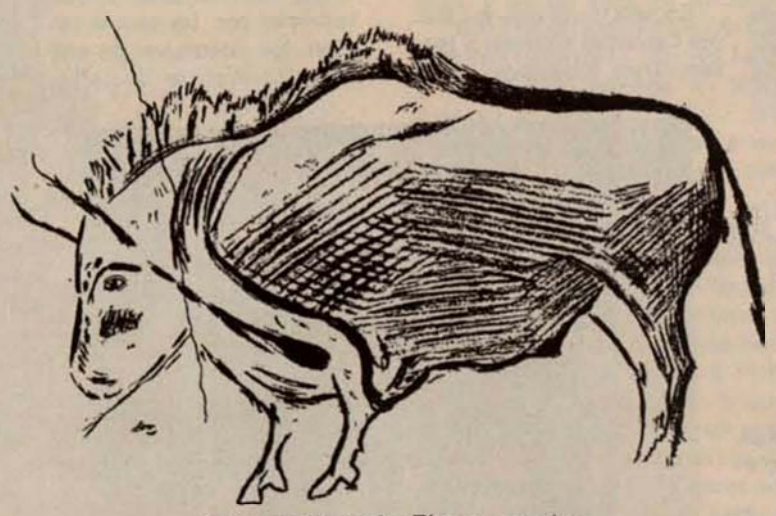
En la Reconquista, los vizcaínos se encuentran, entre otras muchas batallas, en las Navas de Tolosa, en Baeza y en Granada, y son naves vizcaínas las que rompen el cerco de Sevilla, a las órdenes de Bonifaz.

Y estos vizcaínos, que con tanta valentía pelean contra la morisma, cuando retornan a sus lares se enzarzan en luchas fratricidas, conocidas por guerras de bandería. Para acabar con estas guerras, los Reyes mandan destruir todas las torres y envían al corregidor Gonzalo Moro para la pacificación.

No obstante la honda perturbación por las guerras de bandos, Vizcaya se sentía con alientos bastantes para erigir construcciones religiosas tan notables como las de Bermeo, Guernica, Lequeitio, Elorrio, Bilbao y Valmaseda.

La paz sembró en los ánimos avezados a la lucha una cierta sed de aventuras y un cierto hervor, que necesitaba para calmarse de lo prodigioso y extraordinario, y encontraron en el descubrimiento y colonización de América vastísimo campo donde no se adormecieran sus indómitas energías. Y con Colón en sus primeros viajes fueron intrépidos vizcaínos y «Vizcaína» se llamó una de las carabelas.

Y cuando los vizcaínos pisan la soñada tierra de América, unos son conquistadores y se llaman Juan Ortiz de Zárate, Diego de Arana y Francisco de Aguirre; y otros, como Garay y Bruno Mauricio de Zabala, fundan Buenos Aires y Montevideo; y es el durangués fray Juan de Zumárraga, primer arzobispo de Méjico, varón humilde, sabio, celoso, prudente, ilustrado, caritativo, enemigo mortal de toda superstición y tiranía, propagador infatigable de la verdadera doctrina de Jesucristo... a quien Méjico debe la introducción del arte de imprimir.



Cueva de Basondo.-Figura rupestre.

La historia del Señorío registra varios tumultos populares en el siglo XVII, conocidos con el nombre de Machinadas. La contribución de millones dió motivo a la primera alteración, en 1601.

El Señorío, con gallardía, tuvo el valor de decir a su Rey que antes consentiría ver yerma y abrasada la tierra y muertos mujeres e hijos, que perder la honrada libertad heredada de sus mayores.

Más tarde, el año 1632, por el estancamiento de la sal, ocurrieron grandes disturbios en Bilbao, reparóse el contrafuero, no sin que perdieran la vida los más distinguidos en el tumulto.

Por trasladarse, en 1718, las Aduanas a la costa, y más aún por las violencias que los guardas reales ejercían con los naturales del país, que hasta se permitían registrar corporalmente a las honestas aldeanas que venían al mercado de la villa, las indignadas turbas campesinas, que creían deberse este contrafuero a determinadas personas de Bilbao y de algunas otras villas, y por entender que coartaba y mermaba sus libertades, cometieron grandes atropellos, particularmente en Bilbao, sin que bastaran a contenerlas los esfuerzos de las comunidades religiosas, alguna de las cuales, como la de San Agustín, hasta apeló a presentarles el Santísimo Sacramento. Dieciséis de los principales culpables dieron su vida al verdugo.

La Diputación del Señorío y el Ayuntamiento de Bilbao tienen historiados los servicios que prestaron en la guerra con Francia a fines del siglo XVIII; de su participación en la guerra de la Independencia bien merece hacerse su historia.

Vizcaya comienza el siglo XIX con la construcción del puerto de Abando (Bilbao), llamado de la Paz en honor de Godoy; esto dió lugar a un movimiento, que es conocido por la «Zamacolada».

Al emanciparse las Repúblicas suramericanas, el genio de un vizcaíno originario, Simón Bolívar, funde la suprema aspiración de los pueblos y sabe darlos el soberano impulso para la nueva vida. Y al llegar al ocaso del imperio colonial, son barcos de la industria vizcaína los que en la luctuosa rota sucumben con inmarcesible gloria en Santiago de Cuba, y entre esas naves hay una que se llama «Vizcaya».

A través de la historia, fácilmente se ve que el nombre de Vizcaya está estrechamente unido a España, desde el descubrimiento hasta la pérdida total de las colonias.

Después las guerras civiles, cuyo teatro principal fueron las montañas y valles de Vizcaya y tienen su epílogo en los sitios de Bilbao.

Llegó la hora de la paz, y el vizcaíno, siempre luchador y tenaz, enardecido por su idiosincrasia, buscó en la industria y en el comercio el campo donde cultivar sus energías. Así, creó en pocos años industria propia, explotó minas, trazó ferrocarriles y tranvías, construyó altos hornos y sembró la provincia de fábricas que le han dado su grandeza presente.

Mas el vizcaíno, todo actividad, encontró pequeño su solar y se lanzó por la Península, llevando a los más apartados rincones sus iniciativas, contribuyendo con su loable esfuerzo al engrandecimiento de España.

Por esto puede decirse que es el sucesor directo de aquellos mercaderes vizcaínos que crearon en Brujas una Casa de Contratación, y de los que en arriesgadas aventuras se lanzaron a la pesca de la ballena y llegaron a Terranova, dejando en algunas tumbas epitafios escritos en su milenaria lengua.

El vizcaíno, apegado y aferrado a su suelo, a sus tradiciones, a sus buenos usos y costumbres, a los que guarda fervoroso culto, ha procurado conservarlos cuidadosamente, y hoy muestra orgulloso su peculiar y mermado régimen administrativo.

En medio del fragor de la lucha económica, Vizcaya no olvida a los desvalidos y a los vencidos por el trabajo, y crea el Sanatorio de Górliz para niños pretuberculosos, el Manicomio de Zaldívar, Casa de Expósitos y Maternidad, Santo Hospital Civil, Asilo de San Mamés, Talleres de Lisiados y Tullidos, y otras muchas instituciones benéficas, que resisten muy bien la comparación con sus similares extranjeras.

Vizcaya consta de seis partidos judiciales: Bilbao Ensanche, Bilbao Centro, Bilbao Hospital, Durango-Marquina, Guernica y Valmaseda.

BILBAO.—La villa de Don Diego, pueblo noble, rico, principal, muy abastecido y de mucha calidad, como en la centuria XVI le llamó Pedro Medina. Fué el centro de la actividad vizcaína. El brío mercantil e industrial

llevó a sus comerciantes a pasear por el mundo en el mástil de sus naves la enseña de Bilbao.

El sutil espíritu comercial les hizo crear una institución de tan altos prestigios como el Consulado y Casa de Contratación, de donde salió el admirable tratado de derecho mercantil titulado «Ordenanzas del Consulado».

En sus episodios y leyendas, Bilbao recuerda con estupor la visita del Rey Don Pedro. Hospedóse en la torre de Zubialdea, y cuando su hermano bastardo, el señor de Vizcaya, Don Tello, fué a visitarle, mandó que lo mataran en su presencia y que su cadáver fuese arrojado a la plaza pública; asomóse el Rey y dijo a la muchedumbre, aterrada: «Catad ahí a vuestro Señor...»

Las luchas de bandería dieron lugar en Bilbao a enconados encuentros.

Con objeto de que la villa tuviera alcalde imparcial y no perteneciente a ninguno de los bandos, se cuenta que envió el Rey Don Juan II, con asentimiento de la villa, un alcalde forastero, llamado

La puerta del Angel, de la iglesia de Santiago, en Bilbao.

Alonso Fernández de León; y como éste condenase a muerte a Sancho López de Marquina y a Ochoa de Landaburu, la familia de Leguizamón secuestró al verdugo para impedir la ejecución. Irritado el alcalde, fué a la cárcel, sacó de ella a los sentenciados y en la plaza les cortó la cabeza por su propia mano, por lo que la villa acordó «pedir merced de hacer alcalde de propio hijo, no que fuese lobo disipador de carne humana».

En una visita que los Reyes Católicos hicieron a Bilbao, Don Fernando prendóse de una dama bilbaína, y ésta, por un imprudente alarde mujeril, cantó públicamente en las fiestas dedicadas a los reyes en otra visita:

Por mi gran ventura
hame un gran señor;
Rey es de Castilla
y eslo de Aragón.

¡Cuántas tradiciones en la villa de Don Diego, hasta los sitios memorables sufridos en las guerras civiles!

Y su iglesia de Santiago, medieval, asilo de los peregrinos a Santiago de Compostela; con su puerta del Ángel, su girola y su pórtico, admirados por la técnica de su construcción.

San Antón y la plaza Vieja evocan torneos y fiestas de toros en que los nobles vizcaínos lucían sus arrestos y gallardías.

Begoña, asiento de la Patrona de Vizcaya; la Virgen venerada que en las borrascas y en las tempestades ha sido el amparo del marinero, como lo muestran los exvotos que adornan sus muros. Y no saldremos sin ver la colección de sus cuadros, de Zurbarán. Más alto el monte Archanda, con su funicular, nos brinda un panorama deleitoso.

Y si deambulamos por las calles del Bilbao antiguo para conocer algo de su pasado, podremos introducirnos en un Museo Arqueológico donde veremos, entre objetos antiguos, cómo funcionaba una antigua ferrería vizcaína.

Si el arte nos llama, acerquémonos al Museo de Bellas Artes, muy interesante, donde existen muestras de los primitivos, pasando por el «Greco» y Zurbarán hasta Zuloaga; y en el de Arte Moderno, donde tienen su representación las nuevas tendencias pictóricas.

El Ayuntamiento y la Diputación son edificios modernos, dignos de la atención del viajero. En el segundo, además de suntuosos salones, hay techos pintados por Guinea y Alcalá Galiano y unos magníficos jarrones de porcelana con los retratos de Napoleón Bonaparte, la Emperatriz Eugenia y el príncipe Napoleón, regalados a la Corporación por los egregios señores, por haber concedido a su hijo el título de vizcaíno originario, como descendiente de la casa de Arteaga.

Hoy Bilbao irradia su actividad a las más apartadas regiones de España.

Si salimos de Bilbao para dirigirnos al interior de la provincia, bien merece que, apartándonos de la carretera, visitemos Santa María de Galdácano, con su retablo, su imagen sedente y su portada, llena de sugestión y belleza.

GUERNICA. — Relicario de las tradiciones vizcaínas, porque allí asienta su tronco el venerable roble a cuya sombra generaciones enteras gobernaron el Señorío.

Los Reyes absolutos de España juraban guardar, respetar y hacer cumplir las leyes, buenos usos y costumbres por las que se regían los naturales de este Señorío. Así lo hicieron, entre otros, Alfonso XI, Don Juan I, Don Enrique III y los Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel, de inmortal memoria. Por eso Tirso de Molina dijo, en «La prudencia de la mujer»:

El árbol de Guernica ha conservado
la antigüedad que ilustra a sus señores,
sin que tiranos le hayan deshojado,
ni haga sombra a confesos ni traidores.

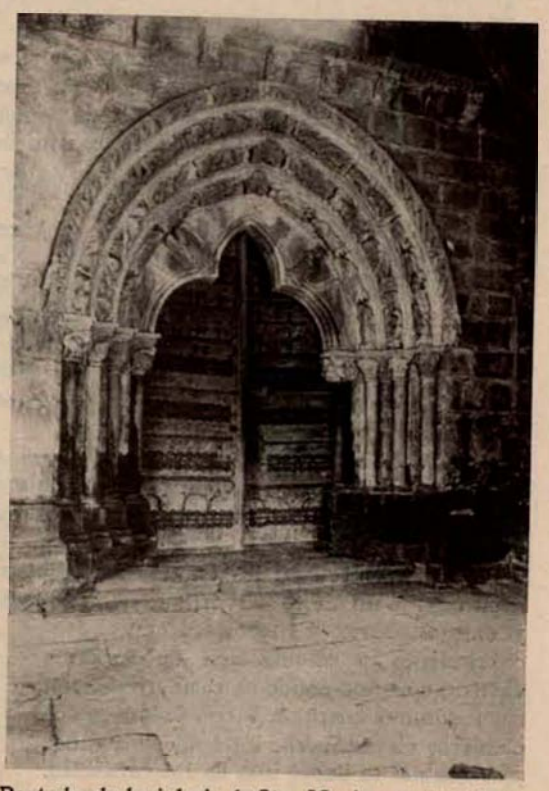
En este lugar, sagrado para todo vizcaíno, se custodian en su archivo los documentos que dejaron en su expolio las tropas francesas.

Guernica posee la iglesia de Santa María, de interesante portada, y en su interior puede contemplar el viajero esculturas de Mateo Inurria y Coullaut Valera y Capuz.

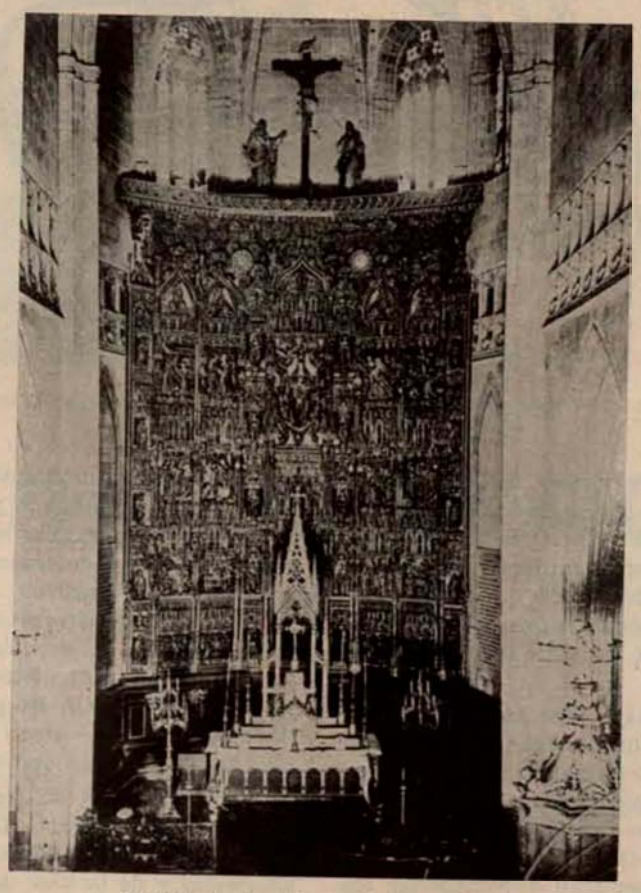
Y en pleno campo se echa de ver el castillo-morada que la última Emperatriz de los franceses, Eugenia de Montijo, descendiente del ilustre solar de Arteaga, mandó reconstruir.

La ruta para llegar a Bermeo es deliciosa. En Busturia, la Caja de Ahorros Municipal ha cobijado bajo su amparo a niños enfermos naturales de Vizcaya, en hermoso edificio. Sigue luego el panorama encantador que presenta la isla de Chacharramendi y luego Mundaca, para asomarnos a la patria de Ercilla, donde todavía se yergue la casa del poeta que cantó en «La Arauca»...

Cruz mediaeval, en Durango



Portada de la iglesia de Sta. María, en Galdácano



Retablo de la iglesia de Lequeitio.

... sobre el puerto
los altos muros del solar de Ercilla
solar antes fundado que la villa.

En la iglesia de Santa Eufemia, de estilo ojival, donde juraban los fueros los Reyes, hallaremos un sepulcro de los Mendoza, que calificó de admirable Amador de los Rios.

Fama tuvieron los pescadores de Bermeo; así en el «Libro de Buen Amor», del Arcipreste de Hita, se lee:

Arenques et besugos vinieron de Bermeo.

Si la afición del paisaje nos seduce, podemos subir al cabo Machicaco, y después acercarnos a Munguía, y al ver la casa Villela evocar las pretéritas luchas de los linajes, y visitar el castillo de Butrón y sus bellos alrededores.

DURANGO. ¿Quién, al pronunciar tu nombre, no recuerda a Zumárraga, a Zavala, a Iciar y a otros hombres preclaros que en tu suelo vieron la luz primera? ¿Y cómo salir de tus muros sin que nuestros ojos hayan gozado mirando la torre de Lariz, el arco de Santa Ana, Tavira, la soberbia iglesia de Santa María, fundación de Manso López, el pórtico y la bellísima cruz medieval de Cruztiaga?

Guarda Abadiano el Consistorio de Astola, donde la Merindad de Durango celebró sus juntas bajo el árbol de Guerediaga.

Una Infanta de Navarra vinculó en la casa-torre de Muncharaz, y los segovianos perpetuaron la memoria de este linaje en el célebre alcaide del Alcázar, Perucho de Muncharaz.

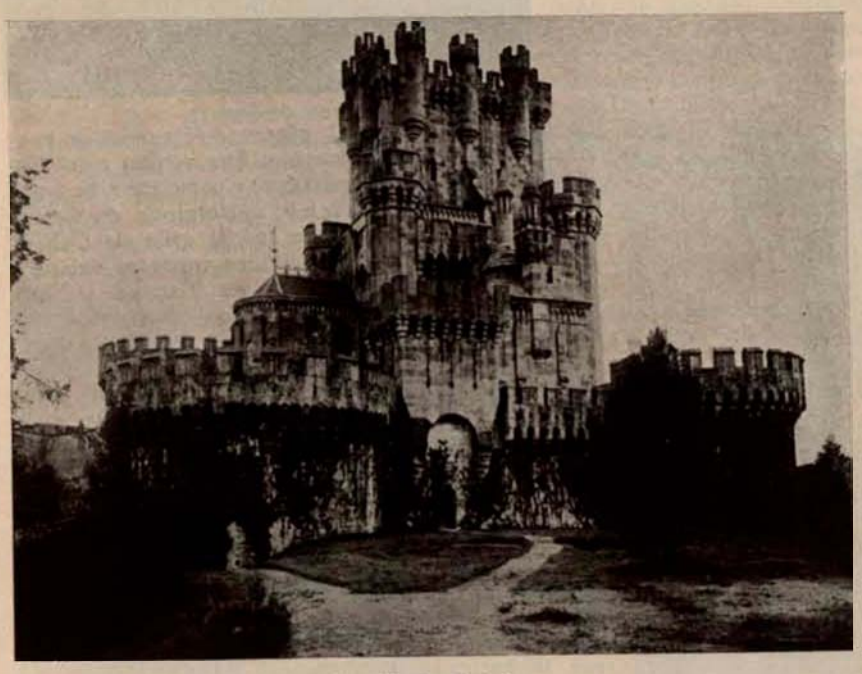
Elorrio, pueblo de las cruces bellas, con su magnífica iglesia y sus antiguos sepulcros de Arguineta.

MARQUINA, con magnífica iglesia en Jemein, sus casas solares de arcaico aspecto, y San Miguel de Arrechinaga, ermita curiosísima, constituída por un monumento megalítico muy discutido por los arqueólogos.

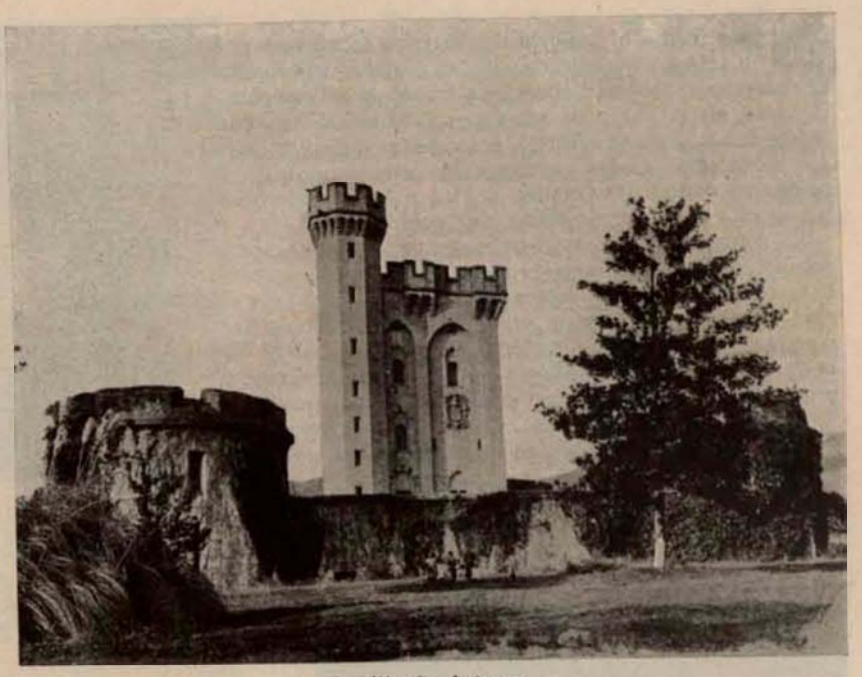
De Marquina a Lequeitio habrá que hacer un alto en el camino, en Bolívar, para recordar la ascendencia de Simón de Bolívar y contemplar el sitio donde se asentó la casa de sus mayores y el monumento que el Gobierno de Venezuela dedicó al Libertador. Y en lo alto de este barrio, Cenarruza, antigua colegiata, donde podremos ver, entre otras cosas, un buen retablo con unas bellas tablas, la capilla de Irusta y un claustro del renacimiento, lleno de gentileza.

LEQUEITIO, aristocrática, hospitalaria y acogedora villa, que recibió con hidalguía, primero, a la abuela de nuestro Monarca, y ahora, a la egregia dama que compartió el Trono austro-húngaro.

La basílica de Santa María de la Asunción, consagrada por tres obispos en 1289, fué reconstruída en el siglo XV, legándonos la actual suntuosa fábrica. Soberbio es el retablo del altar mayor, y magníficas dos laudas en bronce que se conservan adosadas a la pared.



Castillo de Butrón.



Castillo de Arteaga.

El escudo de esta villa corrobora en su fachendosa leyenda la bravura de sus marinos:

Reges de bellabit horrenda cette subjecit terra
Marique potens Lequeitio

VALMASEDA, llamada por los Reyes Católicos Cámara de su Condado y Señorío de Vizcaya, posee una bella iglesia parroquial dedicada a San Severino, del siglo XV.

Es capital del distrito donde está enclavada la industria y las explotaciones mineras.

Las Encartaciones, uno de los componentes del antiguo Señorío, celebraba sus asambleas en Avellaneda, donde la curiosidad puede ver lo que fué cárcel y residencia del teniente corregidor.

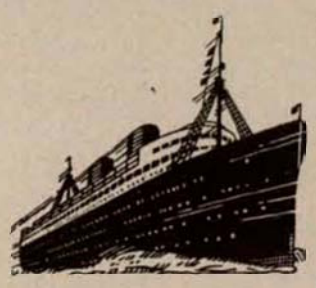
ORDUÑA, ciudad citada en la Crónica de Sebastián. La iglesia de Santa María la Vieja de Orduña, así llamada en una bula del año de 1926, conocida por Nuestra Señora de la Antigua, bajo cuyo amparo viven los orduñeses y los del valle de Arrastaría.

BARACALDO y SESTAO, centros de las grandes factorías que, con sus enormes chimeneas llaman la atención del viajero, diciéndole que allí abajo existe una colmena de trabajadores laborando por la prosperidad de Vizcaya y España.

La curiosidad nos lleva a ver cómo el mineral se transforma en hierro y presenciar el momento de la conversión del acero, que nos deslumbra con su purísima luz.

Se ven armazones de hierro que luego surcan los mares llevando el pabellón de la patria y la matrícula de Bilbao a los más apartados lugares. Y después de emocionarnos con el recuerdo de esta agitación febril de las máquinas modernas, enfrascarnos como sedante en épocas pretentas y ver la torre de Sestao. Y llegando hasta Somorrostro, la torre de Lope García de Salazar. Y acercándonos a Portugalete, contemplar su iglesia y su retablo y la torre de los Salazar. Y aproximándonos a Santurce, abismarnos en la soberana belleza del mar en el Abra.

En este somero recorrido de Vizcaya aun nos queda por escuchar los cantos populares, unas veces suaves como el paisaje, otras fuertes como el hierro de sus montañas; luego ver al robusto «mutil» danzar el caballeroso y señoril «aurresko» o la vigorosa «espatadantza», y oír las dulces notas del «chistu», que se pierden en la lejanía.



CIGARETTES LAURENS

SEMBLANZA LITERARIA

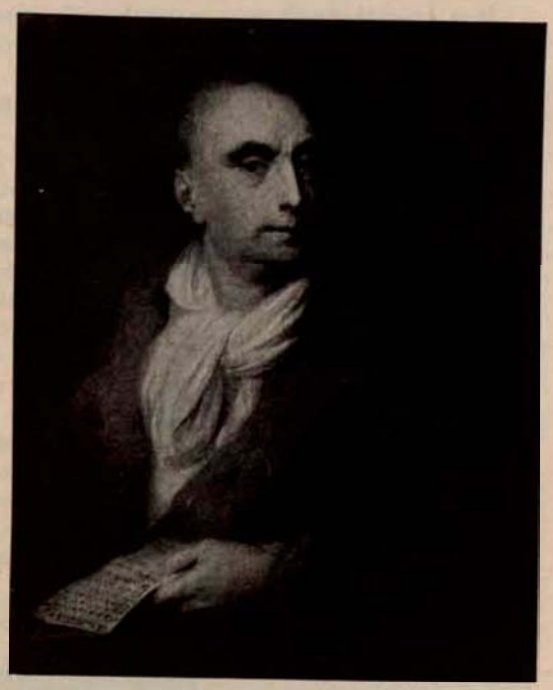
DE

BILBAO

POR

Fernando de la Quadra Salcedo

Académico C. de la Historia.

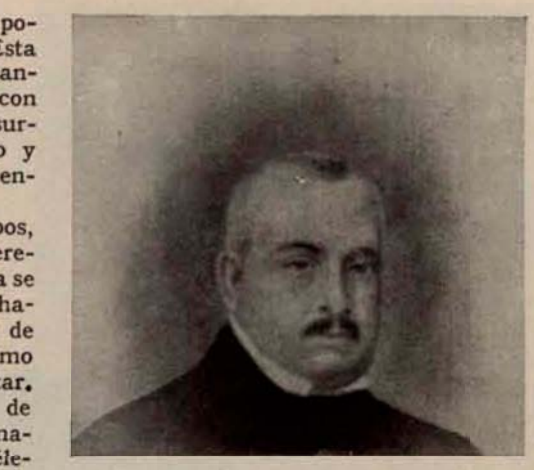


No se formó el Señorío de Vizcaya sobre una población concentrada en las grandes urbes. Esta afirmación se precisa hacer para tratar de la importancia que, en el curso de los siglos, obtuvo Bilbao con referencia a Vizcaya. Bilbao, como todas las villas, surgió en la edad media como recinto amplio, murado y defensivo contra las luchas de los valerosos elementos aristocráticos y feudales del país.

La primera civilización se esparció en los campos, adquiriendo la organización que se ha llamado en derecho, de abadengo y de solariego. En torno a la iglesia se alzó un pequeño burgo, y otras veces un grupo de haciendas a base de producción agrícola, y en torno de la torre del Pariente Mayor se desarrolló asimismo una agrupación de carácter entre campesino y militar.

En Vizcaya irradiaba la cultura de la iglesia y de la familia. Y baste recordar que uno de los personajes de mayor valía en el país vascongado fué el célebre canciller Pero López de Ayala, quien aun dentro de la literatura castellana ocupa puesto preeminente.

Este preclaro ayalés dictó desde su torre de Quejana, en donde yace bajo sepulcro magnífico en unión de su mujer, D.ª Leonor de Guzmán, gran parte de sus obras, y el amor a las letras difundió entre sus parientes, que fueron en Álava y Vizcaya generación dilatada en los linajes primeros por estirpe y por cultura.



Ya Floranes, señor del despoblado de Tavaneros, a quien tanto debe la historia jurídica de España, diseñó la vida del canciller, recogiendo notas de interés, obra que se publicó en la colección de «Documentos inéditos para la historia de España».

Fué también personaje de torre y Pariente Mayor, de su linaje y cronista raíz de sucesivos historiadores, Lope García de Salazar, quien en su solariego de San Martín de Muñatones redactó su obra las «Buenas Andanzas e Fortunas», que alcanzó edición príncipe en algunos de sus libros, en la de Madrid, debida a Maximiliano Camarón y dedicada a S. M. Don Alfonso XII de Borbón.

De ambos autores, Ayala y Salazar, se pudo decir lo que se afirmó del marqués de Santillana en los «Claros varones»: que «la letra no embota el fierro de la lanza ni face floxa la espada en la mano del caballero.»

Cuando los bandos hallaron término al establecerse las normas de unidad procuradas por los RR. CC. en Vizcaya, bajaron los caballeros a las villas de los grandes comerciantes, muchos de ellos segundones de sus casas, y pactaron capitulados de confraternidad que hicieron posible el resplandor ideal.

No fueron nuestras villas ni una Florencia con sus Médicis, ni una Paternope con Alfonso de Aragón; pero participaron de su tiempo, porque, contra los que han afirmado que este país de los vascos ha permanecido aislado, existen los hechos históricos, que demuestran ser Vizcaya una región que ha intervenido mucho en los acontecimientos mayores del mundo, precisamente por el carácter de sus hijos.

En Bilbao se pactó el capitulado de Chinchilla, para que las villas y la tierra llana caminasen a una en la nueva gesta del mundo. El renacimiento tuvo aquí sus ecos y aun su culminación en ciertos personajes, que por su volumen salen del recinto familiar y se incorporan al acervo humano.

Nuestros soldados y marinos en los descubrimientos de América, África y Asia no eran personas desprovistas de cultura, sino que, por el contrario, portaban a sus hazañas un sentido civilizador que ha quedado patente en sus obras.

No puede separarse, al hacer la semblanza literaria de Bilbao, esta villa del resto de Vizcaya, y la razón que abona nuestro aserto es: la convivencia que trajo entre los vizcaínos todos, la paz del siglo XVI y el criterio uniforme de servir a la monarquía que se formaba y acrecentaba con el Imperio de Carlos V.

Es fenómeno que sorprende desde luego, pero que tiene su explicación el observar la calidad y cantidad de secretarios vizcaínos que actúan a las órdenes de Carlos el Emperador, y por citar a uno que vale por muchos recordemos a Domingo de Gaztelu y Gamboa, cuya patria fué la villa de Ochandiano, y cuyo linaje de Gamboa tanto se extendió por Guipúzcoa y por Arratia en Vizcaya. De este varón insigne habla elogiosamente en su «Historia breve del mundo» Wells, y con ello está la apología realizada.

Maestros de los mismos príncipes salieron de las casas bilbaínas y vizcaínas más memorables, y así fué distinguidísimo el poeta Fernán de Moxica en la Corte de Juan II, a quien se dió el Señorío de San Cebrián y de Zurita, y que fué progenitor de los Múgica de Ávila, retratados por el «Greco».

De la casa de Menchaca, en las cercanías de Bilbao, entre Plencia y Urduliz, fué D. Juan Sánchez de Menchaca, progenitor de gran parte de la nobleza sevillana y en una de sus líneas de dos insignes juristas, como fueron Fernando Menchaca, que definió la doctrina de la libertad de los mares antes que nadie y asistió al Concilio de Trento, redactó las obras «De sucesione» y «De precedentia», y su hermano, Mateo Vázquez Menchaca, del Consejo de Castilla, y a quien en su lienzo inmortalizó Dominico el Cretense. Antes de abandonar el examen de esta época queremos hacer dos observaciones: una, sobre la capacidad vizcaína para las disciplinas universitarias, teológicas y jurídicas, y otra, sobre el sentido orgánico local.

Tanto los aludidos personajes como otros que luego recordaremos, presentaron en su tiempo el caso de que el vizcaíno sobresalía de manera muy peculiar en las tesis escolásticas más en boga, llevándolas a doctrinas que luego han quedado como clásicas.

Además de Menchaca, que define la libertad de

1. Enrique de Veitia (poeta bilbaíno, traductor de Milton).—2. Mariano Luis Urquijo, alcalde de Bilbao, ministro de Carlos IV, José Bonaparte y Fernando VII. 3. José Llano y la Quadra, Marqués de Llano.—4. Elisa de Zamacois, notable actriz bilbaína.

los mares, expone Domingo Báñez, de quien apunta Nicolás Antonio aquello de «re vera valmasedanus» la doctrina de «libero arbitrio», creando un sistema contra la tesis de Molina, el bermeano Fortún de Arteaga, alias Ercilla, padre del poeta Ercilla, declara las características de la guerra y del duelo y da sus volúmenes en Bolonia y Pisa, protegido por la casa de Este; el bilbaíno Codina, Diego de Álava, Francisco de Salazar, Álvaro de la Quadra, como prelados, asisten al Concilio de Trento; Juan de la Cosa, el Vizcaíno, traza su grandioso mapa; Acurio el Maestre da la derrota de la nao de Juan Sebastián de El Cano, que rodea el mundo por vez primera; el encartado según Los Heros, Pedro Cántabro, aplica las minas a la milicia, y los almirantes Portuondo y Machín de Munguía detienen en el Mediterráneo a piratas temidos como Barbarroja.

Estos y otros personajes representativos están moldeados dentro de peculiares instituciones sobre la capacidad indiscutible de la raza; son técnicos en sus estudios, que aplican luego a la teología, al derecho, a la disciplina eclesiástica, a la náutica, a la estrategia, a la marina de corso.

¿Qué instituciones eran éstas, que producían tales capacidades?

En primer lugar, una legislación consuetudinaria popular como la contenida en el «Fuero de Vizcaya», en el que se ordena la pureza de raza, la extirpación profiláctica de gérmenes extraños, la conservación de la familia, el beneficio de las riquezas de la tierra, la libertad del comercio más amplia, la organización sucesoria troncal más discreta y propia y el respeto a la autoridad tradicional.

Este fuero (1526) ha ido perdurando de siglo en siglo, en medio de ataques continuos, hasta llegar a las modernas civilizaciones, con las que se enfrentó, y obtuvo en todo tiempo, de legisladores y estadistas, las alabanzas más gloriosas, entre ellas la producida en el seno del Congreso de Economía de París, en el año de 1868, por boca del tratadista de derecho social, La Play.

Después, las «Ordenanzas del Consulado de Bilbao», que fueron la pauta de las transacciones mercantiles, código cuya perduración, hasta bien entrado el siglo XIX, en buen número de Repúblicas de América, acreditan su practicidad y puntos de vista claros.

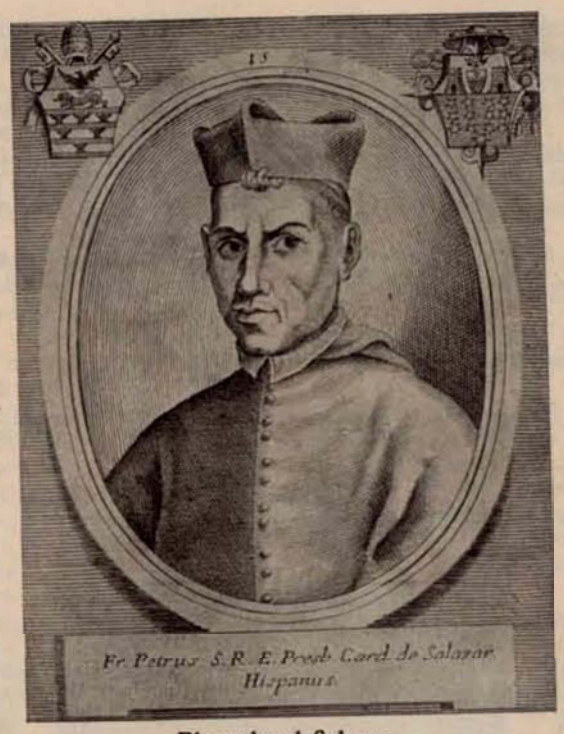
Estas Ordenanzas, que traían su origen desde el siglo XV, ordenaban y organizaban la institución del Consulado, que era no sólo un tribunal mercantil, sino una escuela de cultura y conocimientos universales.

De este Consulado y sus aulas salieron, por citar sólo algunos nombres, además de los marinos dichos, otros como Íñigo Jiménez de Bertendona, almirante de la Invencible; Juan Martínez de Recalde, el almirante predilecto de Felipe II; el licenciado Poza, descubridor de la ley de mareas que Odón de Buen estudió en una conferencia luminosa; Antonio de Gaztañeta, modificador del «quacter de reducción»; José de Mazarredo, que formuló nuevas leyes náuticas y meteorológicas, cuyas obras y tablas fueron texto durante el siglo XIX en las escuelas navales; Ibáñez de la Rentería, también tratadista de náutica, cuya obra sobre astronomía sirvió en Inglaterra y Francia para los estudios de las escuelas de guerra; Archer, profesor en el mismo Consulado, en el cual, y en su sucedáneo el Colegio de Vizcaya, explicó ya en tiempos más recientes el poeta Alberto de Lista.

Pedro de Egaña, ministro de Isabel II.

La Institución de Fuero de Vizcaya; la función diaria de las Ordenanzas de Bilbao; la labor escolar de carácter religioso y familiar; los Colegios de Carranza y de Oñate; el Seminario y Academia de Bilbao, y otros centros locales, hallaban su complemento en los Colegios Mayores de Salamanca, Alcalá, Valladolid, en los cuales los vizcaínos tenían establecidos los llamados Colegios de la Nación Vizcaína, y cuyas Ordenanzas nos demuestran la riqueza de matices y de orientación profesional que se aplicaba para que nuestra tierra produjese personas aptas en todas las disciplinas.

Ya el cardenal Mendoza, de estirpe alavesa, funda el Colegio de Valladolid, dando como rector al vizcaíno Marquina. Por este Colegio desfilan una serie de célebres escritores y prelados que no hemos de citar de momento. El cardenal Anaya, en Salamanca, coopera a la fundación vizcaína, y en aquellas aulas se oye la voz del Sócrates alavés, Francisco de Vitoria, verdadero fundador del derecho internacional, según el italiano Alberico Gentilli.



El cardenal Salazar.

La difusión de la orden de San Ignacio, vizcaíno por su apellido Licona y ayalés por su estirpe de Ayala, contribuye a la difusión, ya en el siglo XVII, del nombre vizcaíno por el mundo. Señalar algunos jesuítas notables de Bilbao sería tarea ardua, y baste demos referencia para el curioso de la obra del padre Uriarte, también bilbaíno: «Bibliografía, Anónimos y Seudónimos», sin perjuicio de indicar la valía de Juan Bautista Poza, cuyas teorías sobre la Santísima Virgen, expuestas en su célebre libro «Elucidarium», tanto conmovieron en su época, y cuya condena aun no está suficientemente estudiada, y las virtudes del venerable padre Juan de Salcedo, confesor primero del conde de Benavente, virrey de Nápoles, y luego de la Casa Real, y a quien la villa apellidaba «el Rector Santo».

La significación de Bilbao en la época borbónica, dejando las etapas de los Austrias, nos pone delante episodios interesantes que sólo en este trabajo pueden tocarse de paso, como preliminar de mayores estudios. Los Borbones dieron en Bilbao nueva pauta de renacimiento, y se impuso el gusto de la vida en los estudios, en los empleos y la pompa y fiesta.

Basta leer las relaciones de festejos que celebraba la villa de Bilbao al advenimiento de sus Monarcas para comprender que la institución real estaba compenetrada con todas las clases.

Primeramente se procedió a dar fuerza a los astilleros, industria peculiar del país. Culminó esto cuando Ensenada, bajo Fernando VI, dió ordenación de montes, de maestros de ribera y de ingenieros navales, movilizando hacia Bilbao y Guarnizo a todos los hábiles vizcaínos.

Surgió entonces, ya desde Felipe V, del abolengo vizcaíno, la pléyade de renovadores prácticos, muy alejados, por cierto, de los pomposos arbitristas que llegaban del extranjero, tipo barón y duque de Riperda, que nos entretuvo, desgraciadamente, tanto tiempo.

El organizador y fundador bilbaíno era de otra naturaleza; cauto por raza, probo por religión, sagaz por convivencia, ambicioso por ejemplaridad de los pasados, constituyó dentro de la Monarquía un elemento indispensable y utilísimo.

Ejemplos de ello tenemos al hacer una observación. Buen número de academias y organizaciones de cultura de Madrid están o fundadas o desarrolladas por vizcaínos, entre los cuales las estirpes de Bilbao son también notorias.

La Academia de la Historia tuvo como su primer presidente al orduñés D. Agustín de Montiano y Luyando, y entre los primeros miembros están personas de tanto relieve como Llaguno y Amírola de Respaldiza, ministro y autor de la obra «Arquitectos de España», no superada luego.

La Academia de Bellas Artes elige su primer director a D. Sebastián de la Quadra, marqués de Villarias; la Sociedad Económica se funda en Madrid por gestión de D. Antonio de la Quadra, y más tarde hallamos que es un vizcaíno el fundador del Museo de Artillería, el general Urrutia y las Casas, natural de Zalla, y que en el Gabinete mineralógico organiza sus estudios el ministro de Isabel II Ramón Gil de la Quadra; que el fundador de la Guardia civil es a su vez vizcaíno por su apellido Girón las Casas, siendo primo del general Urrutia, así como también cercano deudo del duque de Bailén, general Castaños.

Nada tiene de particular esta superación vizcaína y bilbaína en la Monarquía borbónica, si se tiene en cuenta que la causa de Felipe V tuvo en Vizcaya acérrimos defensores, sin duda por el mal recuerdo que los últimos Austrias habían dejado en el siglo XVII, con motivo de los sucesos de la conmoción del estanco de la sal.

En Almansa se distinguen los militares de Vizcaya, y desde los primeros momentos, junto a Felipe V, rivalizan en lisonjas navarros y vizcaínos.

Se vale de nuestros diplomáticos el Monarca para sus

Domingo Eulogio de la Torre, protagonista de la Octubrada.

gestiones, y el marqués del Puerto, Barrenechea, firma el Tratado de Soissons, mientras otro vizcaíno célebre funda Montevideo. Bruno Mauricio de Zavala, después de haber perdido su brazo en la toma de Lérida y haber remediado su falta, es llamado «El Caballero Brazo de plata», por uno de este metal que quirúrgicamente se le aplicó.

Si durante los primeros Borbones la acción militar fué más necesaria, y por ello salieron militares de nuestras castas, en el largo reinado y benéfico de Carlos III se decoran el país y la Monarquía con el ejemplo del estudio y el saber.

Entonces se intensifica el comercio, la industria, las obras públicas; y la agricultura es atendida en toda su intensidad, merced a la adaptación rápida de las doctrinas de la fisiocracia.

Se funda la Sociedad Económica y el Seminario de Nobles de Vergara, y estas instituciones, en las que Bilbao toma activa parte, difunden la cultura por todo el solar.

El originario de Marquina (Vizcaya), conde de Peñaflorida, Xavier de Munive (aun se halla en Marquina la casa solar de este prócer, admirablemente perpetuada por el conde de Urquijo), funda las «Vascongadas», y los caballeros vizcaínos más linajudos contribuyen al éxito.

Narros, Samaniego, Valdelirios, Llano, Sanafé, Arriquíbar, Foronda, los Salcedo, Mazarredo, forman las listas de socios protectores y de número, y empiezan a estudiar humanidades y química los caballeros alumnos.

Allí están los profesores Elhuyar, Benitú, Zavalo, que descubren el wolfram y sus aplicaciones; purifican la platina y la utilizan; producen acero especial cementado, y ensayan diversidad de inventos que ponen el nombre de la «Sociedad Vascongada» en circulación por el mundo.

Los escritores de la Sociedad, como Foronda, Santibáñez y Arriquíbar, dan sus obras.

Valentín Foronda traduce a Rousseau y lo comenta, vierte a Condillac en su Lógica; Santibáñez divulga las novelas de Marmontel; Arriquíbar ofrece sus Recreacciones Políticas, cuyo elogio queda hecho en las obras de Manuel Colmeiro, el economista.

Una ráfaga de cultura y de bienestar cruza por el solar vizcaíno, y sólo los ejércitos de la Convención distraen de los hogares y de las academias a los que más tarde han de ser soldados de la patria o simplemente afrancesados amigos de las puras letras.

Cuando surge la discrepancia intelectual, y la disputa, jansenista primero y enciclopedista después, anubla la fe vizcaína, un personaje es la simbolización de aquellos sucesos.

Nos referimos a Mariano Luis de Urquijo, ministro de varios Reyes, y que jugó cerca de Carlos IV, de Napoleón y de Fernando VII un papel que despierta la curiosidad del historiador.

De joven había traducido la tragedia de Voltaire «La muerte del César», para cuya edición, el pintor estante en Bilbao y ornamentador de la ciudad, Luis Paret, dió un fino grabado; más tarde, en las mesas de la secretaría del despacho de Estado, se fué acercando al triunfo, y a los veintisiete años estaba de ministro con amplias facultades y fama de persona inmortal.

Aconsejó bien la no salida de los Reyes de España desde su destierro de Bilbao y de Vitoria; antes habíase carteado con Mazarredo sobre la no salida de Brest de la escuadra española, punto arduo para nuestra Marina; más tarde hubo de oírle y aun halagarle el propio Napoleón en Bayona, cuyas Cortes le tuvieron como secretario, y cuya Constitución redactó en unión de otros cinco vizcaínos, entre ellos el carranzano Campo Alange. Por fin, perseguido por los corifeos abogados de las Cortes de Cádiz, enemigos de la nobleza española, cuya administración habían conllevado y cuya ruina preparaban, pasó a París, y allí sucumbió a la ingratitud de sus paisanos y de la suerte, a los cuarenta y siete años, siendo sepultado en el cementerio del P. La Chaise, con una inscripción sobre su mausoleo que redactó el latinista e historiador Llorente. De Urquijo nos dejó Goya el retrato que guarda la Real Academia de la Historia, de la que fué director.

Por aquellos años en que Urquijo vivía desterrado en Bilbao cruzaba también sus plazas y hacía idilios en sus paseos Simón de Bolívar, joven de oriundez encartada, que adoraba a Teresita Toro y Alaiza, hija del intendente Toro, estante en Bilbao, y sobrina del marqués de Toro, caraqueños patricios.

Quizá el genio civil de la villa y el sentido del viejo solar de los fueros iluminó a Bolívar con sueños de grandeza y libertad y se suscitó el héroe que la historia ha sancionado, porque superó con sus virtudes los juramentos que cohonesta la historia.

El tradicionalismo del fuero se había quebrantado con la avanzada de las teorías enciclopedistas, y aunque los mariscales de Napoleón se descubrieron ante el árbol de Guernica, el sentido unitivo haría desgajarse las ramas más vigorosas del árbol.

El canciller D. Pedro López de Ayala y Fernán Pérez de Ayala, su hijo.

Para defender aquellas tesis patriarcales se lanzaron los guerrilleros y generales en dos guerras carlistas, y el oasis, como le llamó Mañé y Flaquer, en su libro admirable «Viaje al país de los fueros», quedó convertido en palanque de luchas homéridas.

El anteojo de Zumalacárregui miró tristemente a Bilbao por última vez, y cuando en angarillas caminaba lentamente a la muerte, hubo de pensar en que terminaba con él la tradición y la gesta familiar, entregada a los amigos de Maroto, que expertamente abrazaba a Espartero en los campos de Vergara (1839).

Los fueros prometidos hallaron fórmula en la ley de 1839, y apaciguado el país, sustituyó en la esfera intelectual al enciclopedismo el romanticismo, encarnado en la renovada lira de Osian, el escocés, y en los ciclos de Leyendas irlandesas.

De entonces datan los libros de Vicente de Arana, maestro de Sabino de Arana; las obras de Araquistain, «Leyendas vasco-cántabras», y la Biblioteca de Fermín Herrán, epitafio amplio a lo pasado y resumen de lo actuado en casi todo el siglo XIX, mientras sonaban las estrofas de Iparraguirre y se recordaba en las cocinas del caserío la boda de Carlos V en Azcoitia con la princesa de Beira, llegada a pie por los Pirineos para encontrarse con el Borbón pariente.

Pero también el romanticismo literario, no tan alejado del activo y aventurero, había penetrado en los salones de Vizcaya y de Bilbao, y seguían las clases todas produciendo sus personajes y sus artistas.

De la época isabelina son los escritores y políticos: Vedia, el poeta tan enlazado con los Vedia de Buenos Aires; La Torre, el protagonista con Alcalá Galiano de la Octubrada, aunque más afortunados ambos que Montes de Oca, Egaña, el ministro de Isabel II; Martín de los Heros, académico y ministro; y en el teatro la dinastía de los Zamacois, entre los cuales fué Elisa una de las bellezas de su tiempo, triunfando en el teatro de la Zarzuela, de Madrid.

Como resumen del temperamento poético vizcaíno del siglo XIX aparece Antonio de Trueba («Antón el de los cantares»), cuyas obras «Libro de las montañas», «Libro de los cantares», «Cuentos de vivos y muertos», «Cuentos de color de rosa», señalan el apogeo de su género, siendo un Andersen vizcaíno en el difícil género.

Trueba ha sido honrado por Bilbao, que alzó una estatua a su numen y le nombró cronista de Vizcaya en Juntas de Guernica.

Más tarde, y en las postrimerías del siglo, amagada la literatura de Bilbao por el concurso industrial y comercial, se baten en retirada los escritores y poetas, y como resumen de su personalidad, en tratados de economía y administración, se encuentra la figura de D. Pablo de Alzola, cuya obra es digna de lectura y examen.

Las tendencias políticas de Sagarminaga en su «Régimen foral» y otras señalan el testamento de los fueristas vizcaínos, testamento redactado por un personaje que, como Sagarminaga, poseía una erudición escogida bilingüe; dominaba el inglés, y lo tradujo en tragedias como «Dévora», y un patriotismo heredado de los nobles patricios de Cantabria.

Menos brillante y sabio, pero muy popular, fué Camilo de Villabaso, orador y biógrafo exquisito. Uno y otro han legado a Bilbao dos bibliotecas que ornamentan la cultura bilbaína.

En la actualidad literaria de Bilbao lloramos la pérdida del vate Ramón de Basterra, que cerebralizó sus últimas direcciones en libros de sesgo tradicional y aristocrático, adonde llegó de las avanzadas goethianas, dejando las sugestiones burguesas por las seriedades, a veces amargas, pero dignas de la bocina linajuda.

La pintura y escultura hallan cultivo en los vizcaínos, y las exposiciones son frecuentes.

En las viviendas y edificios corporativos se ven admirables lienzos de firmas vascongadas, y los principales productores vizcaínos, jefes de industria y de comercio, adornan sus salones de Bilbao y Neguri con obras de Larroque, Alcalá Galiano, Arteta, Arrúe y del afamado Ignacio de Zuloaga.

Nuestros Museos de Bellas Artes son dignos de visitarse, por algunas de sus obras, y un sentido de cultura se desenvuelve por Sociedades como la Junta de Cultura de Vizcaya y por el Ateneo de Bilbao, que suscité el año 1914 y durante cuya secretaría se desarrollaron los Congresos de Cultura Vasca.

En este momento buscamos un contacto con el extranjero por medio de Sociedades como «Los Amigos de las Conferencias», de tal manera que se renueven los días gloriosos de la «Sociedad de Amigos del País», y que en la patria del poeta Ercilla, autor de la «Araucana» y del «Conde de Peñaflorida», se pueda repetir aquello del padre Isla de que hasta los aldeanos son críticos, es decir, cultos, que es algo más que aquello de Enrique II de Navarra, IV de Francia, que aspiraba sólo a que los aldeanos gozasen de gallina en su olla los domingos.

CIGARETTES LAURENS

EVOLUCIÓN ECONÓMICA DE VIZCAYA

Los orígenes.—Otorgamiento de la Carta puebla de Bilbao en el año 1300.—Proceso del puerto y del Señorío hasta fines del siglo XVIII.—Su ideal transoceánico al fenecer esa etapa.—La revolución industrial.—Su consecuencia, la Vizcaya esencialmente minerosiderúrgica de nuestros días.—El puerto exterior y el tráfico ultramarino.—Perspectivas.

por

JULIO DE LAZÚRTEGUI

Correspondiente de la «Academia Norteamericana de Ciencias Políticas y Sociales», de Filadelfia.
Presidente del «Centro de la Unión Ibero-Americana», en Vizcaya.

Harto confusa, en sus específicos caracteres, la estructura del país de los Vascones antes de la invasión romana de la península Ibérica, y vagos también los anales relativos al período de su dominio, e igualmente de la ulterior irrupción primero germánica y luego del árabe (711), puede decirse que la existencia algo definida de la zona Vizcaína, en orden a industria y comercio, aparte el rudimentario secular laboreo del suelo y faenar de la pesca, surge y se afirma al influjo de las «Cruzadas» a Tierra Santa, hondamente agitadoras de la Europa central y occidental.

Llevados a cabo esos entusiastas objetivos por los años 1095, 1147, 1189, 1202 y 1228, acusa, intermitentemente, al filo de ese lapso, una actividad notable el trajinar marítimo y terrestre de guerreros y peregrinos, mientras se dibujan más y más (siempre, claro es, en la ruin medida de la edad), al servicio de tamañas empresas, la preocupación y el operar económico en los respectivos pueblos de origen. Desde luego que a tales fines hubieron de colaborar, acentuadamente, en varia forma, ante todo, los puertos del Mediterráneo y sectores limítrofes: pero fué importante a su vez la sacudida congénere manifestada por los del litoral vasco y sus aledaños.

Y laboran éstos, en el curso de esa etapa y particularmente hacia su término, bajo la presión de otra causa: la reacción progresiva en la Península contra el Islam invasor. Cuentan las crónicas que planeándose el sitio de Sevilla, el año 1247, llamó el Rey Don Fernando al burgalés Ramón Bonifaz y le encargó que organizase una escuadra en los puertos de la mar de Vizcaya. Y asegurada esa conquista, desarróllase pronto ahí el operar mercantil de los norteños: más adelante fúndase la institución denominada «Capilla de los Vascongados» y se establece la «Cal de los Vizcaínos», a semejanza de las instaladas por otras naciones de mercaderes en la ciudad andaluza radicados. En 1403 surgirá el gremio de mareantes del Señorío, en Cádiz, con un cónsul para regir la navegación occidental; y después una R. O. en Sevilla, dictada por los Reyes Católicos el 19 de mayo de 1500, confirmará las ordenanzas del «Colegio de Pilotos Vizcaínos», domiciliado en Cádiz.

Constituyen, a la verdad, los siglos del XI al XIII, período en el que actúan sobre el Señorío, en una u otra medida, sobre toda la vinculación andaluza, el frecuente luchar de sus hijos contra el moro en otras secciones de la Península y el comerciar por los mares del norte. Conocida es la Hermandad y Hansa formada al fenecer ese período por los Concejos de Santander, Laredo, Castro Urdiales, Vitoria, Bermeo, San Sebastián y Fuenterrabía, y la dispersión de los burgaleses por el territorio vizcaíno. Evidéncianse, algo atenuadas con esos motivos, las añejas cruentas rivalidades comarcanas de los señores feudales, y se dilatan de esa suerte en Vizcaya, más o menos, las tareas así del labrador y del mareante como de los forjadores de hierro, preludiando, harto tímidamente todavía, la nueva era. Lleva a la sazón la palma entre sus puertos Bermeo; pero sobre la margen izquierda del río Nervión, a dos leguas del mar, se practica, tiempo atrás, un tráfico fluvial de dinamismo señaladamente expansivo.

Aparece así en la Historia, por necesidad, la villa de Bilbao, mediante la Carta puebla otorgada en el año 1300 por el señor de Vizcaya D. Diego López de Haro. Es de ayer, como se ve, la creación del emporio y acusan los anales de sus primeros desarrollos aspectos más humildes, en lo económico y lo espiritual, que, por ejemplo, los de las contemporáneas Venecia y Génova, Brujas, Amberes, Barcelona: acentúase, no obstante, desde la hora inicial, al influjo de las características locales y las de su «hinterland», y se afirma sin cesar el afán de progreso y la tenaz energía de la llamada a ser culta y excepcionalmente afortunada «Hierrópolis» española de fines del siglo XIX, en vías de pronunciado constante avance en lo que va del XX.

Resalta, a la verdad, la importancia del laborar portuario, breves decenios después de la legalización de la Puebla. Cítanse sus naves en las treguas y convenios de guerra y de comercio pactados por aquellas remotas fechas entre Francia e Inglaterra y la marina del litoral cantábrico. A partir de los albores de la décimoquinta centuria progresa notoriamente la actividad mercantil de Bilbao. Pronto absorbe la villa la significación de todo el Señorío y sus negociantes coordinan estrechas relaciones de trato con los puertos norteños y los del mediodía y simultáneamente por los mercados interiores del reino de Castilla, en donde las ferias francas, cual la de Medina del Campo, colaboran fuertemente a favor del avance nacional.

Los tiempos son ya de perenne ascensión. Augura soberanamente el siglo XV la novísima era de maravilla. Inventase, en 1440, la imprenta, difundidora suprema del saber. Los portugueses, en ademán heroico, circunnavegan el continente africano por esos años y trafican hasta con el Extremo Oriente. Marca el año 1492 la rendición de Granada, cúspide excelsa de una gloriosa cruzada de ocho centurias y el descubrimiento de todo un nuevo mundo por España practicado, cruzando impávida el «Mar Tenebroso», gesta sin par, que deja atónita a la Europa civilizada. A su vez, el renacimiento literario, científico y artístico en Italia y nuestra Península esparce a todos los vientos sus luces y su fertilizadora siembra.

Al ritmo del singular excelsior patrio—conforme clarea y se desenvuelve nuestro glorioso siglo de oro y se divulgan en oleada avasalladora las fantásticas noticias y las convincentes realidades al hemisferio occidental enlazadas, y se van creando ahí progresivos virreinatos—intensifica la Vizcaya del hierro su privativa manera económica y vive el puerto de Bilbao su vida, laborioso, previsor y audaz, relegando a segundo término las vicisitudes originadas en las rivalidades, a veces agresivas, entre otros, de Burgos, Portugalete y la Tierra Llana. Sucédense las obras de mejora de las condiciones ciertamente defectuosas del río Nervión, las limítrofes al recinto de la ciudad, las de la canal, las de Las Arenas y la peligrosa «Barra de Portugalete», desde 1503 hasta 1590, abriendo el paso a las que después, con mayor y menor tenacidad, se ejecutaran hasta nuestros días. Desarrollan, entretanto, su labor los hábiles ferrones, alcanzan los astilleros locales celebridad resonante, y las grímpolas y gallardetes de sus naves flotan por todos los puertos y mares conocidos.

Sin desatender su tráfico peninsular, comprensivo de una creciente negociación transoceánica por el habilitado puerto de Sevilla—más tarde, temporalmente, por el de Lisboa—, y cultivando siempre su intercambio con litorales extranjeros del Mediterráneo, trabaja intensamente en ese período Bilbao con la Europa norteña. Importa de varios puertos bacalao y ballenas, lienzos y paños de Flandes y Noruega, peletería de Moscovia y otras costas, mercería de Francia, etcétera; y exporta especialmente los propios fabricados de hierro, y en tránsito, sendas cantidades de lanas y vinos de Castilla, etc., destinados a los puertos de Tronsberg, Bergen, Lund, Scarsa, Estocolmo, Upsala, Londres y los emporios de los Países Bajos, contribuyendo eficazmente a ese resultado la Bolsa y Casa de Contratación que desde 1348 sostenían los vascongados en Brujas, ulteriormente denominada «Casa de Bilbao» (rival de las organizadas en esa villa por los mercaderes de Nuremberga y los de las ciudades hanseáticas por los catalanes, los castellanos y los valencianos). A orillas del Nervión agítase en esos tiempos una pléyade de extranjeros, ante todo bretones, flamencos, franceses, británicos y portugueses.

Época brillante fué para la Puebla de Don Diego, singularmente, aquella (1475-1590) en que su fama se dilató por las costas de Levante, del septentrión de Europa, de Terranova y las prodigiosas tierras americanas, fama apoyada en la pericia de doctísimos constructores de buques y de armadores intrépidos: los Larraudo, Arbeancha y Mendía, los Berástegui, Basurto, Arbieto, Rigoitia, Arana, Bertendona, Ugalde, Landecho, Jáuregui y una pléyade más; época en la que llevaron la gallardía vizcaína a lejanos países e ilustraron la historia del Señorío y de España entera—participando con alma y vida en la exploración, colonización y cristianización del hemisferio de poniente; en las guerras de Berbería, Otranto, Orán, Argel y contra Barbarroja; las expediciones de Italia, Francia y los Países Bajos; las de las Molucas, Azores, las Terceras, Farfán, Lepanto, la de la Armada «Invencible», y cuantas empresas de osadía se organizan contra los enemigos y corsarios—varones sabios y denodados, entre una legión más, como Juan de la Cosa, fray Juan de Zumárraga, Francisco y Juan Garay, Arbolancha, Martierto, Vidarte, Salazar, Martínez de Recalde, Lóizaga, los Rigoitia, Avendaño, Butrón, Murga, Artieta, Arana, Castillo, Idiaquez, Machín, Landecho, Munguía, Leguizamón, Isasi y Mendirichaga; época, finalmente, cuando la «Casa de Contratación, Juzgado de los hombres de negocios de mar y tierra y Universidad de Bilbao» ejercía ya jurisdicción respecto al tráfico marítimo por toda la costa septentrional de la Península y sintetizaba su doctrina jurídica, su filosofía del derecho, en un gran monumento de ciencia mercantil, sus célebres «Ordenanzas», adoptadas o glosadas por una legión de plazas comerciales de las primeras de Europa, y citadas, en calidad de texto legal, dentro y fuera de España.

Destaca, dicho se está, al filo de ese período la corriente industrial vizcaína, girando básicamente en torno al hierro de la tradición, el inmortalizado lo mismo por nuestro gran Tirso de Molina que por el colosal dramaturgo británico. Operaban en el Señorío, durante el reinado de Carlos I, más de 80 ferrerías, con una elaboración anual de 80.000 quintales de hierros y aceros; y al fenecer el siglo XVI registraban, entre Vizcaya y Guipúzcoa, hasta 300 ferrerías. Dividíase la producción aproximadamente en tres partes: una, destinada a la Marina mercante y la de guerra (clavazón, artillado, etc.); otra, a la exportación, así a Europa como a ultramar, ésta, desde luego, mediante, sobre todo, el estatuído transbordo en Sevilla y luego en Cádiz, y el resto al consumo patrio, en forma de armas blancas y de fuego, artillaje de toda clase, herramientas y herrajes diversos.

Mas a la extraordinaria pleamar equinoccial, tan singularmente memorable, que bajo prolijos aspectos presidiera España al correr de la décimosexta centuria, pleamar que en altísimo grado beneficiara al Señorío, era fácil siguiese, cual siguió, una angustiosa bajamar equinoccial. Las agotadoras guerras europeas ligadas, entre otras causas, a la «Reforma», que sostuvieran Carlos I y Felipe II; los inesperados fenómenos, algunos funestísimos para la nación, en la esfera industrial, mercantil, fiduciaria y demográfica, secuela de las cruentas exploración, conquista y extensísima cuanto compleja reorganización del Nuevo Mundo y del archipiélago filipino, objetivos anexos a una emigración considerable del solar patrio; las frecuentes agresiones, especialmente allende el océano, destructoras de haciendas y de vidas, agresiones ya alternas, ya simultaneadas, de Inglaterra, Holanda y Francia; el aniquilamiento trágico, por último, de la «Inven-

cible» (1588), contribuyeron poderosamente a la vigencia, para nuestra colectividad, de un asfixiante siglo XVII, cuyas desventuras acrecentara, unida a aquellos factores, la gerencia de ineptos soberanos y validos. Cierto que no faltaron en Vizcaya y su metrópoli, al correr de ese aciago período, días fomentadores de su habitual intercambio mercantil y actividad manufacturera; resultaron, así y todo, a la sazón harto graves sus quebrantos.

Dominada, por fortuna, al despuntar el XVIII la desastrosa guerra de Sucesión, piloteando ahora el bajel nacional la rama borbónica, penetrada de espíritu regenerador, mejora paulatinamente el proceso general de España, sin descontar el de sus virreinatos americanos, no obstante el repetido luchar patrio contra Inglaterra, la magna rival, al otro lado de los mares, de nuestra Monarquía. Trascendentalísima centuria ésta de su historia, como de la de Europa entera y el resto del globo, instante determinador—al conjuro de las magnas reservas carboníferas en creciente, si modesto aún, accionar del subsuelo británico—de la inminente profundísima revolución industrial, concreto origen de insospechadas y pasmosas cercanas transfiguraciones de los pueblos.

No dormía sobre sus laureles, en el curso de ese lapso de transición, el Señorío. Preocupóle, al pronto, especialmente una convivencia mercantil de mayor cuantía allende el Atlántico. Estimando no poco limitada su normal finalidad ahí de indirecto tráfico, anhelaba, a ese propósito, gananciales de otro calibre. Dió a la sazón la norma Guipúzcoa, obteniendo bajo el impulso, entre otros, de un vizcaíno ilustre, D. Francisco de Munive e Idiáquez, conde de Peñaflorida, la Cédula Real de 25 de septiembre de 1728, promovedora de la «Real Compañía Guipuzcoana de Caracas»—el acto más memorable, dice el ilustre polígrafo venezolano Andrés Bello, del reinado de Felipe V en América—, empresa pródiga en bienes para sus fundadores y toda la raza vasca, como lo fué singularmente para Venezuela, efectividad que proclaman en nuestros días esclarecidos autores de uno y otro lado del Atlántico, enaltecida de suyo por la pluma del inolvidable escritor bilbaíno Ramón de Basterra, en su luminosa cuanto entusiasta obra «Los navíos de la ilustración».

Hízose bien cargo de tamaño suceso la comunidad vizcaína. En 1736 trabaja sólo el Consulado de Bilbao, y después, el año 1745, de acuerdo con el Municipio y el Señorío, aspirando a crear la llamada «Compañía de Comercio y Navegación para las tres provincias de Buenos Aires, Tucumán y Paraguay», idea que, desgraciadamente no pasó de tal, y que, de consumarse, hubiese rendido pingües provechos a Vizcaya y a las provincias hermanas. Fracasó asimismo el conjunto plan del Consulado y del gobierno del Señorío, concebido en 1764, pro organización de la «Compañía de la Luisiana», a raíz de la cesión de aquellas dilatadas y fecundas tierras a España por el Gobierno francés.

Sufrió con ecuanimidad esas decepciones Vizcaya, dueña entonces de notorio vigor material, tras de cuatro centurias de evolución en su promedio ascendente. Así abordaba el último tercio del siglo XVIII, animada de optimismos que en esa hora histórica sentían a su vez, en su mayoría, los restantes sectores del reino. Afirmaba en Bilbao y sus aledaños esa modalidad el operar fecundo a la sazón iniciado—bajo la presidencia del segundo conde de Peñaflorida, D. Javier de Munive—de la «Real Sociedad Vascongada de Amigos del País», atenta ésta a valiosas enseñanzas de la enciclopedia y de los metalurgistas y otros fabricantes norteños, a las doctrinas sugerentes de Adam Smith, pronto cristalizadas en su famosa obra «La riqueza de las naciones», y testigo, al propio tiempo, del avance, aunque tímido, ya en sus albores altamente estimulador, que en la hullera Gran Bretaña acusara el por sus industriales perseguido maquinismo a ultranza. Laboraba ciertamente España en 1765 bajo el docto y celoso Gobierno de Carlos III, secundado por otras entidades patrias análogas a la vascongada, en camino de integral bienandanza de la nación y de venturosos cambios en el funcionar de sus prolongaciones ultramarinas, cuyos florecimientos elogiara breves años más tarde, en elocuentes páginas ricamente documentadas, el ilustre barón de Humboldt.

Una vista del puente de Vizcaya.

No tardaron, empero, en oscurecer los horizontes amenazadoras nubes, ora en torno a la enconada separatista lucha contra Inglaterra en Norteamérica, culminada el año 1783 en la creación de la República washingtoniana, ora nacidas de la alocada y cruentísima Revolución francesa, predominante de 1789 a 1793. Días de incertidumbre y de meditar sin tasa, a la verdad, para toda la Península—ya bajo un Gobierno inferior al de Carlos III—los que cerraban el siglo XVIII y abrían el XIX.

Ciérnese a partir de esta aurora sobre nuestra nación, durante harto dilatada etapa, el hado adverso, la lógica secuela del proceso histórico y del hecho fortuito del instante. Casi encadenadas, sucédense, en lo político y económico, sangrientas, funestas, desconcertadoras realidades. Desfilan Trafalgar (1805), la asoladora invasión napoleónica (1808-14), el combatir sin tregua por la emancipación de la América hispana (1810-1830) y la guerra carlista de los siete años (1832-39), motivo ésta del ruinoso primer sitio de Bilbao que coordinaran las huestes del Pretendiente. Brilla, por fin, en 1839, el sol de la paz. La nación respira y se entrega sin zozobras a su reconstitución material y se reanuda el intercambio mercantil con las recién creadas Repúblicas allende del Atlántico.

Europa, en su conjunto, está ya, por esa fecha, de enhorabuena. Despunta, entre mágicos arreboles, el alba del día novísimo, sin par en los anales de la Tierra. Acaban de nacer en el Reino Unido y prodigan sus extrañísimos escarceos iniciales, ante las resonantes burlas de los más y los férvidos aplausos de fascinada vidente minoría, los primeros vapores y locomotoras, heraldos de singularísimas cercanas metamorfosis mundiales.

Percátase Vizcaya de aquellos en máximo grado sugestivos acaecimientos. No habían sus clases directoras perdido la cabeza frente al descorazonador espectáculo, casi ininterrumpido, que ofrecieran cerca de cuarenta años de nacionales desastres. Hácense cargo y se asimilan paulatinamente las fórmulas del día, en la esfera industrial, mercantil y administrativa. Ya por Real orden de 26 de abril de 1800 se determina el nombramiento de comandante militar de la provincia de Marina de Bilbao, siendo designado para el nuevo oficio el brigadier de la Real Armada D. Juan de Landecho. Luego, en 1830, sustituyendo al Juzgado de la Contratación y a las célebres Ordenanzas del Consulado, créase el Real Tribunal de Comercio. Y dominado el carlismo, un decenio después, sobre la base del Convenio de Vergara, se afana el Señorío en pos de su integral progreso, que presiente seguro y extraordinario, al amparo, sobre todo, de las veneras de Triano. Aunque débilmente todavía, introduce mejoras en la elaboración del hierro, construye carreteras y extiende la enseñanza pública. Los hombres de negocios de Bilbao se agitan.

Y sintiendo siempre la nostalgia del mar, hacia ella enderezan al pronto sus más vigorosas porfías. Renacen, a partir de 1840, la actividad y el empuje por los astilleros de Ripa, La Salve, Deusto, Olaveaga y Zorroza, que acreditan, con su pericia consumada, el viejo Cortabitarte, los hermanos Arana (D. Santiago y D. Andrés), Bareño, Uresandi, Pedro Bilbao y otros, entre ellos D. Julián de Unzueta, quien alcanzara envidiable nombradía construyendo en las factorías de Deusto los primeros «paquetes» destinados a servir de correos para las antillas, los cuales le fueron adjudicados en público concurso y en rivalidad con los astilleros más afamados del reino. En virtud de esa actuación fecunda, lograba el «Lloyd Vascongado» registrar, desde 1850 hasta 1864, el número de 775 buques, lanzados a lo largo de nuestro litoral, de los que 410 correspondían a Vizcaya, acusando la matrícula de Bilbao, hacia esa fecha última, los para la época arrogantes guarismos de 600 naves con 89.000 toneladas de carga. Su directo comerciar ultramarino daba margen, por su lado, a pingües beneficios.

Suena finalmente la hora, para el Señorío, de la transfiguración soberana. Entre 1852 y 1865 plasma en Inglaterra el invento de Henry Bessemer. Su convertidor del hierro en acero, mediante el revestimiento «ácido», va a originar por su baratura un rendimiento gigante del metal, llamado a franquear el por aquel país augurado colosal desarrollo en la construcción y empleo por unos y otros países de los ferrocarriles y de los buques de vapor; y ese sistema enlaza a la utilización exclusiva, en insólita escala, de las menas de hierro «no fosfórico», particularmente las del tipo de las de Vizcaya, la tierra por excelencia de la «vena dulce». De ahí la idea, local y exterior, de su movilización amplísima, la que prende, fulgurante, como reguero de pólvora.

Dos males presencia Bilbao, consecuencia inicial de tales hechos: el casi absoluto abandono de la construcción de barcos de vela en sus astilleros, ante la marcha triunfal del buque de vapor elaborado en la Gran Bretaña con planchas de acero, y la extinción del directo intercambio ultramarino, secuela del monopolio que esa nación al pronto ejerciera con sus naves transatlánticas de cada día mayor volumen, inadaptables a la modalidad del río Nervión, pasando de esa suerte aquel directo comercio a indirecto, utilizándose en transbordo los puertos de Londres, Liverpool, Amberes y Hamburgo.

Pero ¿a quién iban a preocupar en el Señorío, por esos días, los efectos onerosos, frente a las bellísimas realidades vislumbradas en la capital, centro pensante de la provincia entera, forjador de su nueva existencia? Las creaciones fundamentales ven la luz del día una tras otra. Fúndase en 1857 el Banco de Bilbao; inaugúrase en 1861 el ferrocarril de vía normal a Tudela por Miranda, empalmando aquí con el de Madrid-Irún; comienza en 1865 la explotación de la línea minera de Triano, en manos de la Diputación provincial de Vizcaya, mientras se planea una explotación extensiva—a favor en parte del concurso de industriales británicos, alemanes, franceses y belgas—de los criaderos de Galdames, Somorrostro, Triano y limítrofes, y se estudian carreteras, tranvías aéreos, vías férreas, fábricas, talleres, astilleros modernos, un puerto equipado al día, progresivas instituciones docentes y una ciudad moderna.

¡Loor a los hombres que, huyendo del enervador conservadurismo, caminaban, henchidos de fe, los ojos bien abiertos, por las sendas novísimas, ideando, promoviendo e impulsando tales avances: loor a los Novia Salcedo, Arrieta Mascarúa, los Victoria de Lecea, Mazarredo y Zabálburu, los Uhagón, Epalza, Landecho, Abaitúa, Orbegozo, Arellano, Zabala, Aguirre, Adán de Yarza, López de Calle, Barrueta, Arana, Murga, Gortazar, Ibarra, Zubiría, Vilallonga, Barandica; los que, durante el período de 1855 a 1870, rivalizaran en celo para construir sólidamente aquellas tres inequívocas palancas centrales de la Vizcaya mayor!

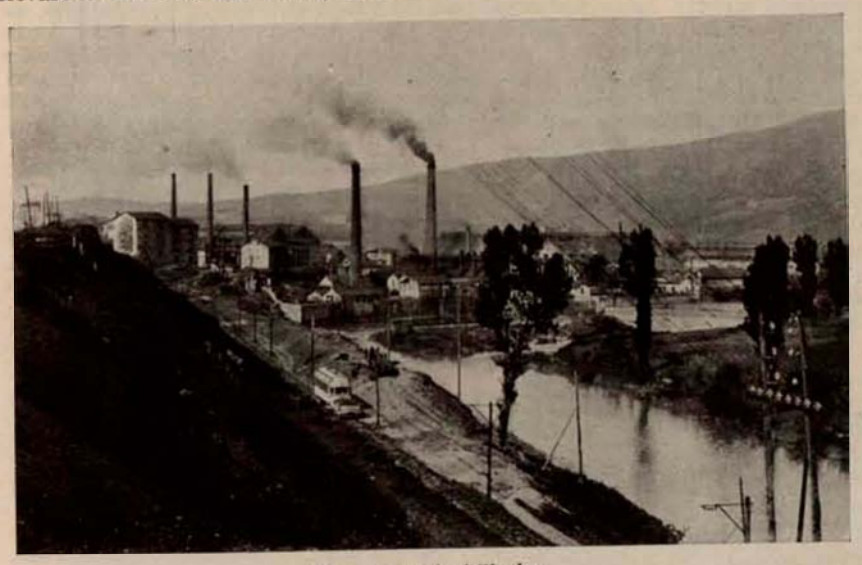
Etapa, en todo caso, delicadísima de transición local la de referencia. Cabía se enfocasen las actividades básicas dentro de la fórmula más fácilmente viable, técnica y financieramente, o sea con miras a una exclusiva exportación minera: y, por desgracia, las andanzas políticas en España, el país vasco-navarro no excluído, desde 1868, eran para helar las energías hasta de la entusiasta falange bilbaína, e inspirarle, por lo menos, la idea de una acentuada simplificación del proceso evolutivo en ciernes. Palpitaba la duda. Tras de la cantonal manifiéstase nuevamente el carlismo. Asoladora guerra civil atrofia, en orden a vida económica, la etapa subsiguiente, rematada por el segundo asolador sitio de la capital vizcaína, que el Pretendiente codicia. Pero triunfa el sentir liberal de la nación; Bilbao resiste; ve levantado el asedio el 2 de mayo de 1874, y aparece en enero de 1875, iluminando a toda España, con la restauración encarnada en Don Alfonso XII, la aurora de un período—salvo aciagos paréntesis—de constante progreso nacional.

Allanados, a partir de esa fecha, los caminos, realiza Vizcaya, en el lapso de medio siglo, una expansión armónica que ni soñada, si debida de una parte a la portentosa ascensión mundial en alas del vapor y la electricidad, emanada a la vez de la iniciativa y el esfuerzo personal, tan esclarecido como perseverante, de un puñado de entidades dirigentes que nuestra generación ha conocido, cuyos nombres son acreedores a nuestro culto: los Ibarra, Zubiría y Vilallonga, los Durañona y Gandarias, Martínez de las Rivas, José de Vitoria, los Chávarri, Olano, Aznar, Echevarrieta, Larrinaga, Ortiz de la Riva, Arana, el marqués de Mudela, Pablo de Alzola y Minondo, Mariano de Zuaznavar, Severino de Achúcarro, Francisco de Igartúa, Plácido Allende, Ramón Bergé, José M.ª de Arteche, Evaristo de Churruca, Julio Pretement, Fernando de Alonso, Eduardo Barandia-

rán, Federico de Solaegui, Mariano de Corral, Valentín Gorbeña, entre los que rindieron, breves años ha, tributo a la muerte.

Innecesaria, a la verdad, la extensa descripción de la epopeya económica de Vizcaya por tales caudillos en ese tiempo llevado a cabo. Números cantan: acción del subsuelo, puerto, carreteras, ferrocarriles, factorías, astilleros, elementos de cultura y beneficencia, ensanche de la capital, integral avance de la provincia entera, Bancos y Cajas de Ahorros y Montes de Piedad; a fines del año 1928, entonan, vibrantes, en modulaciones concordadas, la bella sinfonía «Previsor trabajo y general progreso». Recojamos, pues, tan sólo las cifras esenciales y los rasgos más salientes de cada uno de esos motivos de civilización acrisolada.

Resalta, dicho se está, como factor Aquiles del excelsior espléndido, el aprovechamiento del subsuelo. Dotada de todos los adelantos alcanzados en materia de utillaje, en plena marcha, breves años después del paréntesis de atonía abierto entre 1868 y 1875 por la grave crisis política y sus inmediatas resultantes, elévase la extracción de menas, desde 1860 hasta fines de 1927, a una total suma



Una factoría bilbaína.

(en cifra redonda) de «ciento ochenta millones seiscientas mil» (180.600.000) toneladas, dentro del cual proceso resalta, en calidad de fecha excepcionalmente memorable, el año 1899, testigo de una producción de seis (6) millones de toneladas. Sobre el antedicho volumen global correspondían a cabotaje e interior 3.300.000 toneladas; al consumo de las fábricas vizcaínas, 22.300.000, y 155.000.000 a la exportación, destinada ante todo a Inglaterra, Alemania, Francia y Bélgica.

Hubiese sido imposible un avance de ese calibre sin un mecanismo portuario a la moderna. Relativamente favorables, cual fueran las condiciones del río Nervión, frente a la manera del tráfico hasta mediados del siglo XIX, resultaban imposibles para con las voluminosas naves y las prácticas de la era industrial, atenta al dictado de máxima eficacia y seguridad y tiempo mínimo. Haciéndose de esa suerte imperativa una radical reforma, créase en 1878 la Junta de Obras del puerto, que presidiera D. Eduardo de Coste y Vildósola, bajo la dirección técnica de D. Evaristo de Churruca (futuro conde de Motrico), y surge la metamorfosis de la ría, de las sonadas avenidas, de la peligrosísima «Barra» de Portugalete, sector éste, tranquilísimo en el día, del magistral puerto exterior. La docta siembra hasta la fecha—a la que se agregará la inminente canalización de Deusto—, la docta siembra de ciento veinte (120) millones de pesetas, en 15 kilómetros, desde el Arenal de Bilbao hasta el rompeolas y el contramuelle de Santurce y Algorta, brinda opimas cosechas. Entre el año 1878 y el 1927 pasan, en la importación (y cabotaje) la hulla, de 109.000 toneladas a 1.187.000; la carga general, de 100.000 toneladas a 639.000; y en la exportación, el mineral de hierro, de 1.702.000 toneladas a 1.850.000 (después de haber registrado los embarques un promedio anual de 4.000.000 de toneladas al filo del período de 1880 a 1913), y la carga general de 69.000 toneladas a 278.000. Por su lado, la recaudación efectuada por la Junta de Obras acusa el tránsito de pesetas 590.000 en 1878, a pesetas 4.870.000 en 1927.

Reclamaba el puerto, a los efectos buscados, la convergencia en él de múltiples carreteras y ferrocarriles. Admira, en orden al primero de esos factores, la acción tutelar, tan inteligente como activa, de la Diputación provincial de Vizcaya. Ocupando el Señorío un área de sólo 2.165 kilómetros cuadrados, la ha dotado esa Corporación de 1.174 kilómetros de carreteras, las que, sumadas a 38 kilómetros construídos por el Estado, 53 por empresas y 10 por particulares, arrojan un total de 1.275 kilómetros. En lo atañente a las vías férreas, con su punto de partida en Bilbao—que iniciara, salvo breves excepciones, el capital vizcaíno—, he aquí la resultante: líneas mineras, 94 kilómetros; de interés general, 1.059; tranvías eléctricos (urbano, etc.), 105. Paralelamente a este mecanismo de traslación, que irradia por toda la periferia terrestre de Bilbao, se evidencia el marítimo, representando la matrícula del puerto una mitad aproximadamente del conjunto tonelaje nacional. Pronto la navegación aérea, es de creer, arraigará también—en cuanto a operar y a producción del material conexo—en la región elaboradora y cultivadora por excelencia de los prolijos medios de transporte.

Sugerente escenario desde Dos Caminos hasta el final del Nervión, saturado de chimeneas coronadas de oriflamas de humo, que entonan sin descanso el himno glorioso del Trabajo. Rinden, hoy día, anualmente: los Altos Hornos de Vizcaya, en Baracaldo y Sestao, 350.000 toneladas de aceros diversos; la Basconia, 60.000 toneladas asimismo de aceros y derivaciones, la hoja de lata inclusive; la Sociedad anónima Echevarría, 20.000 toneladas de aceros especiales; Bolueta, Astepe, 5.000 a 10.000 toneladas, respectivamente, de perfiles de acero; sin contar otras empresas menores, fundidores también de ese metal; en forma que el global rendimiento siderúrgico en Vizcaya ascenderá durante el presente año a más de 450.000 toneladas, o sea cerca del 70 por 100 de la producción patria, base, tal coeficiente, alimentador de un enjambre de talleres locales de transformación, es decir, de construcción de buques de guerra y mercantes, de material eléctrico inclusive, para ferrocarriles, etc., alambres, envases metálicos, tubos, fundiciones, armas, hierros artísticos y un buen núcleo de artículos más, factorías entre las que resaltan la Sociedad Española de Construcciones Navales, la Empresa Euskalduna, la Babcock & Wilcox, los Talleres de Deusto, el Cadagua, Zorroza, Miravalles, Guernica, Amorebieta, Durango y otros centros de labor en el ramo.

Atesora igualmente Vizcaya una legión de fábricas de cobre, platería, órganos, pianos, materiales de construcción, de productos químicos, farmacéuticos, materiales colorantes y barnices, jabones, cementos, trabajos en mármoles, mosaicos, curtido, calzado, papel, ebanistería, vidriería y cristalería, tejidos de algodón, lana y yute, loza, salazones, etc., etc. Comprende, desde luego, la región crecientes actividades agro-pecuarias y pesqueras.

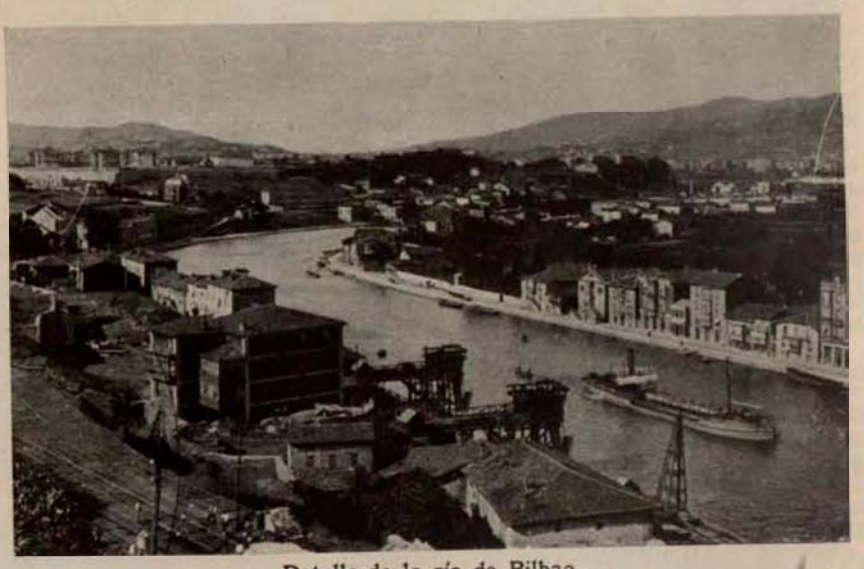
No podían en todo caso los industriales y financieros bilbaínos contraer su acción a las lindes del propio solar: dotados esos elementos de potente dinamismo y gran alteza de miras, se ha extendido su operar al norte de Africa y por la Península, creando, entre otras empresas, la en grado superlativo próspera de Minas del Rif, y ferrocarriles, tranvías, centrales hidroeléctricas, astilleros, explotaciones mineras y forestales, negocios vítico-vinícolas y factorías diversas, en Guipúzcoa, Álava, Navarra, Logroño, Lérida, Huesca, Palencia, León, Oviedo, Lugo, Pontevedra, Badajoz, Zamora, Salamanca, Cádiz, Madrid, Almería, Córdoba, Málaga, Murcia, Teruel y Valencia, en cuyas cercanías (Sagunto) laboran Altos Hornos y Acererías del más moderno tipo.

Sincronizan, dicho se está, con tamañas expansiones los presupuestos del Municipio de la capital y los de la Provincia, impulsadores, de suyo, en superlativo grado, de la instrucción y beneficencia comarcanas, cuyo alto nivel de conjunto elogian propios y extraños. Enaltecen la suma de organismos por esas Corporaciones creados o subvencionados la Universidad Comercial de Deusto, la Escuela Industrial y el Sanatorio Antituberculoso de Vizcaya (los dos últimos hoy en preparación), debidos a la munificencia, respectivamente, de los hermanos D. Pedro y D. Domingo Aguirre, D. Tomás Urquijo y D. Luis Briñas. Urbe Bilbao de 26.000 habitantes en 1874, con un presupuesto edilicio de pesetas 900.000, ha pasado éste a pesetas 19.500.000 en 1928, adscrito a una población de 150.000 almas. Por su lado acusa el presupuesto (ordinario y extraordinario) de la Diputación el tránsito de pesetas 4.375.000 en 1880 a pesetas 58.600.000 en 1928, habiéndose elevado la población colectiva de apenas 250.000 almas en 1880 a cerca de 500.000 en 1929.

Corolario de la global energía económica de Vizcaya es el plantel de cifras, orgullo de los establecimientos de crédito, Cajas de Ahorros y Monte de Piedad en la capital domiciliados. He aquí la demostración básica (señalada en millones de pesetas), según los balances de 31 de diciembre de 1928:

ENTIDADES	Capital nominal	Capital efectivo	Reservas liberación	Total efectivo reservas, etcétera	Acreedores en efectivo Cts. Ctes. y C. de A.	Imponentes en efectivo C. de A. y M. de P.	Valor nominal. Depósitos en custodia
1.—Banco de Bilbao	100	60	65	125	658	86,1	3.089
2.—Banco del Comercio . . .	10	10	1,4	11,4	96	163,7	422
3.—Banco de Vizcaya	50	50	37	87	380	—	1.122
4.—Banco Urquijo Vascongado.	20	10	1,2	11,2	—	—	119
5.—Caja de Ahorros y Monte de Piedad municipal. . . .	—	—	18,5	18,5	—	—	5,6
6.—Caja de Ahorros Vizcaína	(*) 3	1,8	5.9	7.7	62	—	11,4
TOTALES	183	131,8	129	260,8	1.196	249,8	4.769

Claro es que, por la energía centrípeta de tan poderosos organismos, incluyen las cifras ahí estampadas, ciertos coeficientes de que son dueños personas no vizcaínas, mayormente domiciliadas fuera de este solar: pero, en cambio,



Detalle de la ría de Bilbao.

respecto a depósitos de valores en custodia, siempre señalados en paridad nominal, pertenecientes a vizcaínos, es evidente que si por un lado van ahí incluídas acciones y obligaciones de empresas en uno u otro grado decadentes, de otra parte resulta que una gran mayoría de los valores se cotizan en Bolsa sobre la par—algunos muy por encima de ella—de suerte que la global suma real, por tal concepto, resultará superior a la consignada en ese cuadro.

Por lo demás, sabido es, con relación al propio capitalismo comarcano, que aparte los valores de esa estadística no incluídos, entregados a los Bancos como garantía de préstamos, siempre éstos notablemente inferiores a la prenda afecta, es lo cierto que le corresponden fuertes haberes, por unos y otros conceptos, radicados en el Banco Hispano-Americano de Madrid, presidido por el prestigioso vizcaíno Sr. D. Antonio de Basagoiti; el Banco Español del Río de la Plata,

(*) Subvenciones de la Diputación provincial.

la sucursal del Banco de España en Bilbao, y algunos establecimientos más de la Península y el extranjero, América inclusive. Explícase de esa manera la excelsa colaboración, por los capitales de nuestro solar, en las emisiones del Estado, complementaria prueba del extraordinario concurso de nuestra región a favor del general progreso de la patria y de su prestigio internacional.

Tal es la Vizcaya del instante, coordinada—respecto a su modalidad manufacturera, mercantil y bancaria—especialmente para el cultivo del mercado patrio en simultáneo movimiento de cabotaje y de actividad interior, salvo sus exportaciones de menas de hierro, vinos, conservas y aceites a la Europa norteña, y las importaciones de ahí de carbones, maderas, bacalao y otros artículos, más un apreciable tráfico de pasaje y carga general, si notable en ciertas épocas, harto limitado, como promedio, en términos absolutos, con los pueblos de ultramar.

Pero esta elevada cumbre del día, envidiable en su integridad, no puede encarnar la definitiva fórmula de la suerte futura del Señorío. Así lo entienden espíritus cuya visión y aspiraciones van mucho más allá de sus lindes y las de España entera, aleccionados por los ejemplos de centros—que el extranjero y la propia Cataluña dentro de la Península ofrecen—engrandecidos sin el auxilio de una privativa riqueza minera. Sueñan esas mentes en el vasto emporio que debe ser Bilbao apoyado tanto como en el tráfico nacional en el transatlántico. Ellas investigan la creación de complementarias manufacturas en Vizcaya—ya dentro del ramo siderúrgico, ora en el orden textil y el arte industrial—ansiosas las más avisadas de ver convertidos plenamente el puerto y la villa, bajo los aspectos de intensa vida manufacturera y mercantil comarcana y de sus relaciones con América, comprensivas de inmenso movimiento de pasaje, en la Barcelona del norte de la Península.

Cooperarán desde luego fuertemente a este último fin: la probada energía bancaria de Vizcaya; la considerable capacidad de su Marina mercante; la extensión de la red ferroviaria y de carreteras, que tienen su capital por punto de arranque, mañana enriquecida con el directo Burgos-Madrid, actualmente en vías de ejecución, y otras proyectadas líneas; las propias condiciones, fácilmente mejorables, del sector océanico de su arteria fluvial, encarnado en la dársena de Sestao y espléndido puerto exterior que corona el Depósito Franco; la fecunda siembra, por último que nutridas falanges de hijos del Señorío, en el orden religioso y en el civil, vienen realizando, por todos los ámbitos del Nuevo Mundo y el archipiélago filipino, desde su aparición en la Historia.

Dió fe de vida «ipso facto» en Vizcaya la novísima orientación ultramarina, —tras de la estruendosa, absorbente y afortunadísima campaña del hierro predominante al filo de la etapa de 1875 a 1900—ya por la otoñada del año 1899, al recalar, al abrigo del aun no terminado audaz rompeolas de Santurce, los primeros transatlánticos, fomentadores de interesante tráfico, de mercaderías y viajeros, desenvuelto en lo que va de siglo con gran parte de las naciones hermanas.

Instantes de emoción honda, por toda España, eran aquellos a raíz de las hecatombes y los desgarres de Cavite y de Santiago; emoción que, unida a las generales ansias de reconstitución patria, diera pie, en la plaza de Bilbao—al despuntar el siglo XX, en días de señalado auge suyo, de vibrantes optimismos locales—, a que fuese ahí con júbilo acogida la idea, por su Cámara de Comercio iniciada, de una Exposición ibero-americana en su recinto, a celebrarse en el año 1903, fecha en que, según se afirmaba, iba a colocarse la última piedra del puerto exterior. A esta iniciativa seguía: en 1904, la creación del «Centro de la Unión Ibero-Americana en Vizcaya», auspiciado por lo más importante de las fuerzas vivas locales; en 1905, la de la Junta de Patronato del por el Sr. D. José R. de Olaso promovido «Museo Industrial y Mercantil comparativo y Centro de información ibero-americano», que patrocinaran el Estado, la Diputación provincial de Vizcaya y el Ayuntamiento de su capital; en 1911, el concreto plan de una Exposición internacional, dotada de un amplio sector ultramarino de carácter básicamente mercantil; intenciones las de los certámenes y museo que no plasmaron en realidades por especiales motivos ajenos a la voluntad de las Corporaciones sus iniciadoras—entre ellos la magna difusión del capitalismo vizcaíno por toda la Península—y que han afirmado en ellas y numerosas entidades locales el convencimiento de un considerable desarrollo próximo, viable, de sus relaciones con ultramar, sobre la base de los metódicos impulsos inherentes al caso.

De ahí que surgiera en 1922—como resultante además de los fuertes sacudimientos y sugestiones por la Gran Guerra ocasionados—el acuerdo de la Diputación provincial de Vizcaya, al que se adhirieron sin demora las Corporaciones de Guipúzcoa, Álava y Navarra, de un viaje de estudios económicos y sociales del cronista a través de América, por ellas costeado—acto novísimo en los anales del americanismo patrio—, viaje que efectuara, entre octubre de 1922 y junio de 1923, traducido en la publicación de su documentada obra, elogiada a los dos lados del Atlántico, «España ante el hemisferio de Occidente», en tres tomos, circulados por los años 1924, 1926 y 1927, cuyas conclusiones subrayan, dicho se está—a los efectos de la perseguida máxima compenetración espiritual y económica de los pueblos hermanos— la alta conveniencia de las Exposiciones, por ese tiempo ya en preparación avanzada, de Sevilla y Barcelona, punto de partida de una nueva era de prosperidad y gloria para la nación descubridora y principal colonizadora de un Nuevo Mundo.

Talleres Euskalduna, en Bilbao. (Foto Hauser y Menet).

Utilísimas enseñanzas difundirán, a juicio del autor de aquellas páginas, esos brillantes certámenes—en los que da fe de presencia la región vasco-navarra—, reveladores de una honrosísima superación de la antigua imperial España, y coadyuvarán por su lado, en prestigio creciente de ella y a favor de la convivencia cada día más estrecha en recíproco beneficio de los pueblos hermanos, los Congresos que a la sazón se celebrarán, particularmente, con referencia a ese último extremo, el afecto al comercio español en ultramar; quedará así y todo algo rezagado tal operar en el camino de la ansiada fraternidad integral próximo futura de la gran familia ibero-americana. El postulado indiscutible, el cimiento Aquiles de ese ideal—lo ha repetido en letra de molde el autor del presente bosquejo—no es otro que una inmediata vigorización interior de España, así cultural como económica (ardientemente deseada y preconizada por las más doctas plumas de ese núcleo de naciones), hasta un nivel del que está nuestro país, desgraciadamente, harto distanciado todavía, cual lo acredita, por ejemplo, su comparación con un pueblo dueño de un área territorial 40 por 100 inferior a la nuestra, Italia, indotada cual ésta se halla de hierros y carbones, vigorización que permitirá a nuestra Península, en creciente prestigio moral y material para ella, vender más, comprar más en América y cooperar ahí, bancariamente, en notable escala, realizando al propio tiempo depurada y progresiva labor de intercambio universitario.

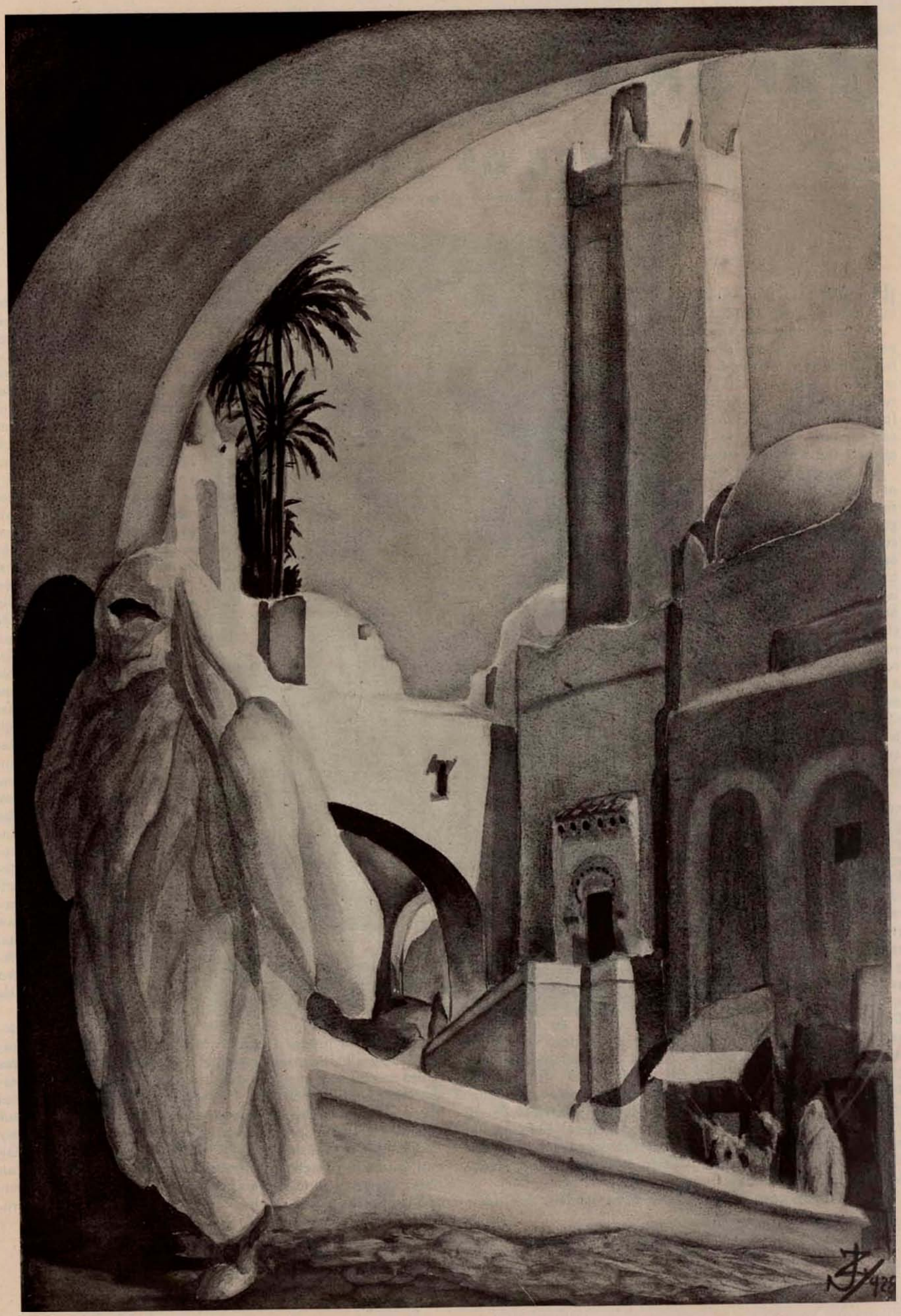
No habrá llegado nuestro país al nivel imperativo de su economía, al muy elevado rango a que tiene derecho entre las grandes colectividades históricas de Europa—excelsior a que se prestan las reservas de su suelo y de su subsuelo—, en tanto no funcionen sobre su territorio 30.000 kilómetros de ferrocarriles contra 17.000 de que hoy dispone; no produzca y consuma anualmente, cual Italia, 1.800.000 toneladas o más de acero, en lugar de las 600.000 que para nuestro país en ambos casos rigen; no construya y utilice, como ella, bellos y rápidos transatlánticos de 30.000 toneladas, y no aplique cada año a su general organización manufacturera, agro-pecuaria, forestal y mercantil, el pleno de su viable rendimiento hullero y de lignito, que debiera ascender de los actuales seis y medio millones de toneladas a por lo menos 15.000.000, como debiera sumar el caudal hidráulico aprovechado—en riegos y energía eléctrica—no los 800.000 caballos hoy en moción, sino los 6.000.000 de que el país dispone. Hase vulgarizado, de breves años a esta parte, entre los pueblos y estadistas más esclarecidos el siguiente axioma: «Dime qué fuerza motriz, qué hierro y productos químicos anualmente rindes y consumes, y te diré cuál es tu exacto potencial de conjunto, así en vida de paz como en trances de guerra.»

Persiguiendo la cristalización de esa «España mayor»— considerablemente más rica que la actual y, por tanto, capacitada para mejorar en alto grado sus instituciones docentes y atender en máxima medida a su obligada política ultramarina, trabaja afanosamente el Gobierno que, a partir del 13 de septiembre de 1923, felizmente nos rige, propulsor, desde esa fecha, de notable mejora en la existencia nacional y de la consolidación de nuestra monarquía en la personalidad egregia de Don Alfonso XIII; mas precisa, y, no es dudoso, se puede, acelerar el ritmo. Y a este fin habrán de laborar las entidades directrices de Vizcaya, luchando tenazmente en las vanguardias, a favor del ideal supremo, en esta solemne encrucijada de la Historia de la Humanidad, cuando más que nunca se impone la estrecha compenetración espiritual y material de todos los pueblos de habla castellana y portuguesa, conducente a su vigoroso operar armónico, en inteligencia sobre todo con la otra madre de América, Inglaterra, con los Estados Unidos, su hermana allende el océano y demás naciones de buena voluntad, cumpliendo gloriosa misión, la de perseguir, entusiastamente, la paz y civilización acrisoladas del mundo.

Jamás se considerarán Bilbao y sus aledaños fuera de cauce en la porfía empos de ese bello ideal: antes al contrario, le sentirán con alma y vida y pugnarán por que él cristalice, teniendo presente, entre los restantes motivos, su vinculación constante a través del hemisferio occidental, donde ha sido formidable la siembra que sus hijos practicaran, vinculación iniciada desde la hora prima de la sublime aventura—la que inmortaliza la fecha del 12 de octubre de 1492—al participar el gran cosmógrafo Juan Vizcaíno y demás vascos sus compañeros en la gesta maravillosa.

BIBLIOGRAFÍA MODERNA: Estanislao J. de Labayru (S. de J.), «Historia del Señorío de Vizcaya».—Teófilo Guiard Larrauri, «Historia de la Noble Villa de Bilbao», «Historia del Consulado y Casa de Contratación y del Comercio de la Villa», «Las construcciones navales en Vizcaya».—Estudios diversos de Juan Delmas, Camilo de Villabaso, Fidel de Sagarmínaga, Angel de Allendesalazar, Pablo de Alzola y Minondo, Benito de Alzola y Minondo, marqués de Casa Torre, Emiliano de Arriaga, Azcárraga y Régil, Luis de Salazar, Gregorio de Balparda, Evaristo de Churruca, conde de Motrico, Carmelo de Echegaray, Segundo de Ispizua, Fernando de la Quadra y Salcedo, Darío de Areitio, José María de Murga y Arana, Julio de Lazúrtegui.

CIGARETTES LAURENS



MARRUECOS

ESPAÑA EN MARRUECOS

POR EL

CONDE DE JORDANA

Alto Comisario de España en Marruecos

¡Hermosa obra la realizada por España en Marruecos! Sólo ella bastaría para acreditarla como potente e hidalga.

Sin más ideal que cumplir fiel y desinteresadamente un compromiso concertado con otras naciones en beneficio de la civilización, derrochó en Marruecos la sangre de sus hijos y el caudal de su Tesoro. Sus sacrificios fueron grandes, llegando a las veces a conmover al país; pero de eficacia indiscutible y palpable.

Un Ejército, modelo de disciplina, espíritu e instrucción, dotado de los más modernos elementos de guerra y constituído en parte muy considerable por indígenas, que desde 1909 a 1927 combatió sin tregua, y bastantes de esos años en labor oscura y discutida en España misma y en el extranjero por elementos de oposición que, inconscientemente unas veces y muy conscientemente otras, alentaban a nuestros enemigos, fué dominando paulatinamente la insurrección pertinaz y organizada potentemente por el calor, más moral que material, recibido por auxilios extraños.

Al fin, un Gobierno fuerte, que contaba con la confianza del país y con medios poderosos para imponer su voluntad, el Directorio militar, presidido por el general Primo de Rivera, que ya en su manifiesto del 13 de septiembre prometió resolver el problema de Marruecos, marcando una orientación razonable y siguiéndola con tesón, y bajo la dirección de este insigne caudillo, que se impuso sobre su ya pesada carga de presidir el Gobierno la ímproba de ejercer los cargos de alto comisario y general en jefe del Ejército de África, condujo a nuestras admirables tropas a una de las mayores victorias que registra la historia colonial, cual fué la alcanzada al desembarcar en Alhucemas, lo que, tras gloriosas campañas concertadas por el marqués de Estella y el mariscal Petain y dirigidas por el marqués del Rif y el general Boichut, dió lugar después a la total derrota y captura del cabecilla Abd-el-Krim, y luego a la total pacificación de nuestra zona, alcanzada al finalizar el año 1927.

Ceuta-14-marzo-1929
Para el "Libro de Oro" de la Exposición de Sevilla.- Conde Jordana

Merced a ese gran esfuerzo de nuestra nación, que nadie puede dejar de reconocer y aplaudir y aun admirar, hoy podemos ofrecer al mundo un país tranquilo por completo, por el que se circula sin armas y a todas horas con seguridad absoluta y sin más salvaguardia que la de los mismos indígenas.

Más de «cien mil» cabileños con sus mujeres y sus hijos me rindieron pleitesía durante el viaje que por toda la zona realicé durante los meses de noviembre y diciembre del pasado año. Aquellos hombres, guerreros por naturaleza y por excelencia, que apenas hace unos meses nos combatían encarnizadamente, dominados por nuestra enérgica acción de dieciocho años de duración, desfilaban ante el gran visir, en representación del Majzén, y ante mí, sumisos y sin armas (65.000 fusiles les han sido recogidos). Sus caídes, también muchos de ellos importantes cabecillas durante la insurrección, sólo pedían, al instarles yo para que me expresaran las aspiraciones de las cabilas, mejoras en los procedimientos de cultivo, escuelas en las que se armonizasen sus enseñanzas con las de nuestro idioma, obras públicas (caminos, riegos, saneamiento del campo y población, etc.), establecimiento de industrias que transformen sus productos; en una palabra, cuanto fomente el trabajo honrado y útil para el engrandecimiento de la zona y rendimiento de utilidades que la permita bastarse a sí misma. ¡Hermoso y consolador espectáculo, revelador de anhelos que, bien aprovechados, son segura garantía de paz!

En la misión que aun nos queda por realizar, que es delicada, ardua, difícil y oscura de momento, pues de orientarla y ejecutarla bien o mal depende consolidar o no esa paz lograda tras tanto sacrificio, no hemos de desmerecer seguramente de nuestra pasada labor, y España demostrará, contra lo que muchos creen o aseguran creer como bandera de oposición, que si sus soldados supieron poner de relieve en Marruecos las virtudes y excelencias de la raza, sus hombres civiles, que ya trabajan hoy con gran tesón y acierto, sabrán demostrar, al acabar su gran obra, nuestra potencia colonizadora, que superará seguramente a la de otros países, como les superó nuestra acción guerrera.

Su Alteza Imperial el Príncipe Muley Hasan Ben el Mehdi Ben Ismail

Jalifa de la zona del Protectorado de España en Marruecos.

(Traducción)

«Para el Libro de Oro de la Exposición de Sevilla.

(firmado) *El Hasan Ben el Mehdi.*

Favorézcale Dios.»

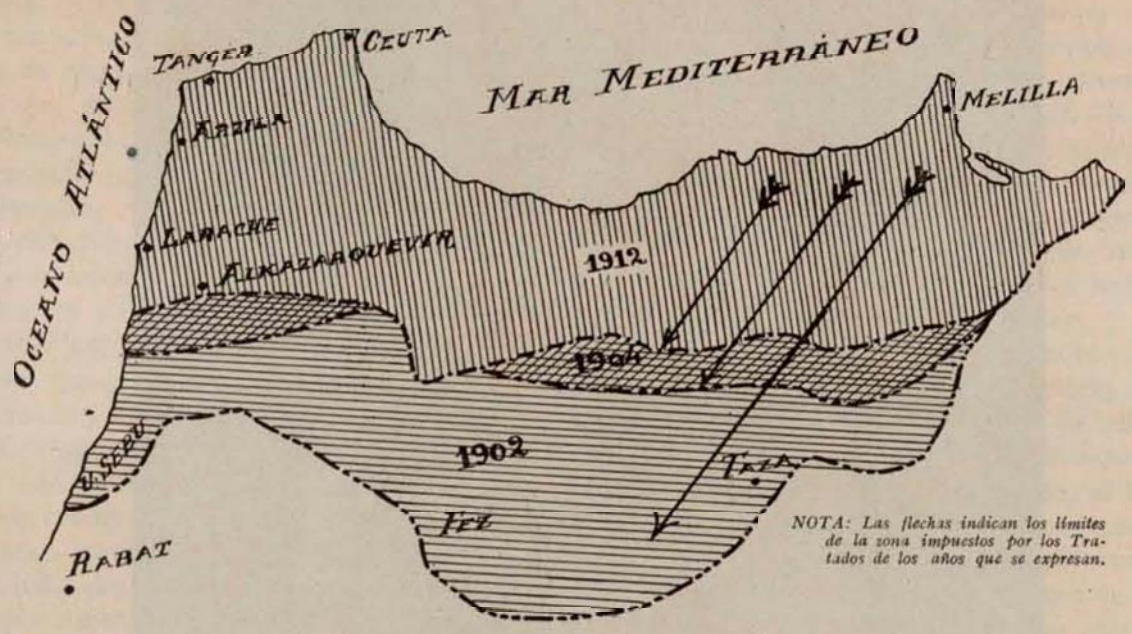
La actuación de España en Marruecos

Por

José Varela Iglesias

Coronel de Infantería

Podemos decir hoy que la excelsa obra protectora de España en Marruecos entra en una fase puramente objetiva de realidad palpitante: «Actuación civil». La necesidad imperiosa de pasados momentos llenos de heroísmo nos obligó a situar en segundo plano la misión primordial de nuestra presencia en África; reconocer esta necesidad es ponerse en un pie de justicia; los militares no impugnaron la llamada penetración pacífica intentada en cuantas ocasiones se presentó; ahí tenemos como ejemplo fehaciente nuestro mando militar empeñado en alejar la guerra, obediente a la política de atracción de jefes rebeldes, época que tuvo su característica especial en estas tierras, y que en modo alguno pudo arraigar, dado el carácter indómito e independiente de los naturales del país. ¿Cuántas veces a las promesas y convenios debemos la serie de ataques y sacrificios estériles?; gratitud merecen los hombres que intentaron este esfuerzo, imponiéndose un sacrificio alejado de la gloria a la que por tantos títulos tuvieron derecho. No guió a los militares el deseo de conquista que en modo alguno alcanzaba a nuestros designios, reconocidos por los Tratados internacionales, aunque en el terreno legítimo de la realidad nadie los tenía superiores a nuestra nación. Este argumento tiene tanta más fuerza, sujeto al examen sereno que necesitan las instituciones y los hombres que las rigen; en éstos radica la cualidad de ciudadanos que ha de constituir el máximo anhelo de su vida, sin perder su condición de militar que en ocasiones subordina. Resumo, pues, que la decisión tomada de intervenir las armas fué consecuencia lógica de los tanteos que de ella la apartaron, y en evitación de un mal mayor, la práctica de catorce años por estas tierras, con mando de tropa indígena, me hacen sentir la necesidad de proclamarlo así. Fuimos a la guerra iniciada en el año 1909, siempre impuestos por las circunstancias derivadas de la necesidad imperiosa de legítima defensa. ¿Olvida alguien que vivió el problema africano el aterrador estado de miseria de la cabila de Beni-Said (Melilla) en el año 1921? Todos recordamos cómo acudían en masa a los campamentos los indígenas depauperados por el hambre, en busca de un pedazo de pan, y nadie ignora que el general Silvestre, muy sensible a este dolor, acudió personalmente a remediarlo, salvando de la muerte en aquel triste año a la mayor parte de los habitantes de aquella cabila, que a poco, y con motivo de la rebelión de Abd-el-Krim, fueron los primeros en secundar, hostilizando y destrozando nuestras fuerzas en la retirada a través de sus tierras. No quiero ahondar en el obligado campo del derecho a la rebeldía, y si los hombres avanzados en sus ideas políticas encuentran justificación en la razón que asiste a todo pueblo para gobernarse libremente, es forzoso argumento la réplica de su propio sentido ideológico, que proclama el soberano derecho a regirse por sí mismo, cuando se está capacitado para tal objeto. ¿Pero no es de todos conocido que a las puertas de Europa existía un pueblo semisalvaje, que era preciso civilizar?. Así lo entendieron hombres insignes y estadistas de la más libre condición en el campo de las ideas, y así quedó acordado la intervención española y francesa a título de protectores. No existió, pues, idea imperialista de nuestra parte, y dada la forma tutelar aplicada y reconocida por los Tratados, nos situamos en la obligación de aceptar de derecho la autoridad del Sultán y del Jalifa, a los que subordinan su gestión las naciones protectoras; claro está que nuestra presencia representa una prolongación de la vitalidad nacional acusadora de energía; pero en modo alguno se establecen privilegios definitivos ni se detentan riquezas que no existen, al menos en nuestra zona. Pertenece a la historia de España el 12 de octubre de 1927, en que fué declarada la paz oficial en el protectorado, de hecho conseguida unos meses antes, y que el Rey Don Alfonso XIII quiso realzar con su visita, avalando así la beneficiosa labor que conjuntamente realizaron los hombres civiles y militares, cuyos esfuerzos merecen el reconocimiento de la nación, principalmente para los que dieron todos sus esfuerzos sin conseguir ventajas; a éstos, toda la devoción de los que fuimos favorecidos por la suerte.



NOTA: Las flechas indican los límites de la zona impuestos por los Tratados de los años que se expresan.

Ahondando en la antigüedad histórica, se manifiesta la intervención de España en África en constante flujo y reflujo de expediciones, empezando formalmente durante el califato de Córdoba, allá por el año 814 (de la España musulmana), pero entra más directamente en nuestra política netamente española durante el reinado de los Reyes Católicos, en cuya fecha (1477) fué cedida por el príncipe D. Diego García Herrera el castillo de Santa Cruz de Mar Pequeña o Ifní, y ocupada la plaza de Melilla (1497), antigua capital de la colonia romana, denominada Rusadir, convertida por los árabes en guarida de piratas y corsarios; ésta intervención tiene carácter puramente espiritual, y en el sabio testamento de la Reina Isabel (12 noviembre 1504) recomienda y manda a sus sucesores que en manera alguna enajenen ni consientan enajenar nada de lo que pertenezca a la corona real, que han de mantener íntegro, marcando orientación, principalmente, hacia las antiguas ciudades romanas de Cartago y Numidia (Túnez y Argelia). Durante la segunda regencia del Rey católico, animado por el cardenal Cisneros, se ocupó Mazalquivir (1508) Peñón de la Gomera (1509), Orán, por el propio cardenal; Bujía y Trípoli, por otros capitanes, hacia 1510, sufriendo un revés en la isla de los Gelves (Trípoli), donde murió el primogénito del duque de Alba. A poco tiempo, Carlos V preparó una flota que llevó a cabo la reconquista de los Gelves, vengando así la derrota sufrida diez años antes, y habiéndose hecho sentir en el Mediterráneo las piraterías del célebre corsario Barba Roja, emprendió su célebre expedición a Túnez, de la que se apoderó personalmente en 1533, y aunque prosiguió en 1541 hacia Argel no obtuvo el éxito buscado, como tampoco en la defensa de la ciudad de Trípoli, que pasó a poder de los turcos en 1551 (a los cuarenta años de ser propiedad de los cristianos), con Bujía, Mazalquivir y la isla de los Gelves. Al hacerse cargo del reinado Felipe II, recibió de los procuradores de la ciudad de Toledo un avisado escrito que marcaba orientación política cerca de la seguridad de nuestras costas; no obstante, tendió a libertar las plazas perdidas en el reinado de su padre; para ello se dispuso a combatir al corsario Dragut, sucesor de Barba Roja, que se hallaba a la sazón en Trípoli; al duque de Medinaceli correspondió el mando de la Armada, con la que se encaminó hacia Gelves (1560), dando tiempo con ello a que los turcos auxiliaran a Dragut, aproximándose a dicha isla, que ocuparon después de reñida lucha, dispersando nuestra escuadra. Animados por esta victoria los musulmanes, a cuyo frente se encontraba Hassén, hijo de Barba Roja y virrey de Argel, sitiaron Orán y Mazalquivir, y en defensa de ellas arma y equipa nueva flota que manda D. Juan Mendoza; a poco de salir de Málaga, un furioso temporal destruye la escuadra y perecen casi todos los triputantes y con ellos su general. Noticiosos los moros de esta nueva, redoblando sus ataques, fracasando merced a la heroica defensa de su guarnición, cuya conducta sirvió para ocupar el Peñón de Vélez de la Gomera, que estaba en poder de los turcos desde 1522, aumentando los dominios Felipe II, en 1851, con Ceuta, Tánger, Arcila y Mazagán, que pertenecían a Portugal, y por muerte del Rey Don Sebastián, en la batalla de Alcazarquivir, pasó este reino a formar parte de la Corona de España; contrapesando estas ganancias con la pérdida de Túnez, merced al golpe de mano que dió sobre dicha plaza el virrey Ulch Alí.

Felipe III, en vista de que los corsarios berberiscos tenían atemorizados a los pueblos de nuestro litoral, prosiguió la campaña de sus antecesores, designando a Juan Andrea Doria, almirante de su flota, que parte de Sicilia y marcha en dirección de Argel, malogrando esta costosa empresa. Desde entonces, y de una manera rápida, se acusa la decadencia de nuestra nación, siéndonos cedido Larache a cambio del auxilio prestado por España al Rey de Fez; al ocurrir en 1640 la separación de Portugal de la Corona de Felipe VI, Ceuta se mantiene fiel a España y queda, en definitiva, incorporada a los territorios de soberanía nacional. Entre este reinado y el año 1673 hay un paréntesis que se cierra con la conquista del Peñón de Alhucemas por Carlos II,

pudiendo decirse que desde los Reyes Católicos hasta terminar la Casa de Austria, accidentalmente la religión y libertad de mares fueron los móviles de nuestras incursiones en África.

La casa de Borbón, inaugurada con Felipe V, recupera Orán, perdido durante la guerra de Sucesión, y pudo ocuparse Argel... Carlos III tiene que responder a las agresiones inesperadas del Emperador de Marruecos (1773), que anuncia en carta dirigida a este Rey sus propósitos bélicos, iniciando rápidamente ataques a las plazas de Ceuta, Melilla, Alhucemas y Peñón de Vélez, solicitando la paz los marroquíes que se confesaron infractores de ella, y aunque como represalia, y con el fin de acabar con la piratería, se llevó a cabo una expedición (general O'Reilly) contra Argel, ésta no tuvo resultado. A tanta revuelta y guerra, los ministros de Carlos III Floridablanca y Aranda llegan a creer en la eficacia del abandono de las posesiones africanas a excepción de Ceuta, cediendo en 1791 al Rey de Argel Orán y Mazalquivir, repatriando las tropas indígenas llamadas «Mogataces», de cuyo origen proviene el actual «Grupo de Regulares de Ceuta». Con Carlos IV no tenemos campañas africanas y con su hijo el Rey Fernando VII ocurre (1830) la ocupación de Argel por los franceses, sin que pudiéramos prever lo beneficioso y útil que habría sido para España la posesión de estas riquísimas tierras.

Ocupamos las Chafarinas (1849) reinando Isabel II y vino la guerra en 1860, que nos llevó a Tetuán sin llegar a Tánger (¿?), consiguiendo el ensanche de los territorios de soberanía de Ceuta y Melilla. Convocada una conferencia en Madrid (1880), la presidió Cánovas del Castillo, fijando el régimen de protegidos, y en 1893 tuvo lugar la agresión de una partida rebelde a la autoridad del Sultán, cosa frecuente en el Rif, inspirada por el indígena Maimón, que atacó al fuerte de Sidi Guariach, inmediato a la plaza de Melilla, ocasionando la muerte del general Margallo, gobernador de ella. Con este motivo se enviaron de la metrópoli tropas para reforzar la escasa guarnición de que disponía y nombróse general en jefe a Martínez Campos, que hizo cuanto estuvo de su mano para no originar la guerra, aunque evidenció nuestra superioridad militar, imponiendo la reconstrucción del fuerte destruído a las pocas horas de tomar el mando, bautizándolo con el nombre de Rostrogordo, nombre que lleva en la actualidad; en esta ocasión se acudió a la autoridad del Sultán Muley el Hasán, poniendo en su conocimiento los hechos ocurridos, y en presencia de ello envió a su hermano Muley Araafa, que confesó al general Martínez Campos su impotencia para remediar el daño, ya que la mayoría de las cabilas no acataban la autoridad del Sultán. A la energía y tacto de nuestro general, que personalmente se trasladó desde Melilla a Fez, como embajador de la nación, para enfrentarse y negociar con el Sultán, se debe fundamentalmente que la guerra no estallara, firmándose el Tratado de paz de marzo de 1894.

Se justifica la presencia constante que mantuvo España en Marruecos por los múltiples y dilatados sacrificios; la proximidad a nuestra nación, la situación de nuestras plazas en aquellas tierras, el estado compasivo que representa una raza de la que España (Ibera) es la única representante en el mundo de la civilización africana occidental; por último, por la suprema razón de tener títulos sobresalientes en la historia de la civilización mundial; todo ello aclara plenamente la atención preferente que España dedica a Marruecos, aunque solamente sea a título de protectora. Bajo el peso de nuestras pérdidas coloniales, encerrados en nuestra propia frontera, sufrimos resignados toda la caída del imperio en 1898, y ni siquiera intentamos volver los ojos a las costas del norte de África, que tan vitales son para la independencia integral del país; Francia interpone, por el contrario, su intervención ocupando Argelia (general Bugeaud), se mueve en avance progresivo, con su fija mirada en las tierras marroquíes y es cuando nos obligan aquellas razones profundas de que hablábamos antes, para hacer valer nuestros indiscutibles derechos.

Los años van transcurriendo y la situación internacional acusa un estado latente de discordia. Alemania alcanza su mayor esplendor y esparce por el mundo su comercio, llegando a conquistar gran parte del mercado mundial; su apogeo trae como consecuencia la desconfianza de Inglaterra, que con Francia mira en el peligro común y forman alianza, y aunque Rusia está alejada por la frialdad ocasionada por la posesión de Port-Arthur, la política francesa (Carnot) favorece la situación y la une a ellas, formando la triple alianza, opuesta a la entente que forman Alemania, Austria-Hungría e Italia; esta última nación inicia, no obstante, un acuerdo secreto con el Gabinete de Londres, respecto del Mediterráneo, y todo hace temer por la paz europea. Vista esta situación se pensó en negociar la neutralización de la costa norte del Imperio marroquí, bajo la garantía solicitada de las naciones más interesadas en el problema, asignándose a España la misión de ocupar, en caso de guerra, Tánger y los principales puertos de Marruecos; este proyecto no se puso en vigor.

Francia, a pesar de las protestas de su ministro de Estado M. Delcassé, desplegaba una gran actividad en los asuntos marroquíes, conquistando así un papel preponderante en los negocios exteriores, encaminando su acción hacia Tafilete, cuyas consecuencias fueron las embajadas que el nuevo Sultán, Muley Abd-el-Aziz, envió a Londres y Berlín, para buscar apoyo contra la política francesa; todo hacía suponer que se iba a llegar pronto a la solución del problema marroquí sin la intervención o conocimiento de España, que no podía permanecer neutral sin menoscabo de su incapacidad y perjuicio notorio para la libertad de sus posesiones africanas y de la propia Península; nuestro Gobierno, al fin, dió instrucciones a nuestro embajador en París marqués del Muni, que a su vez inició las conversaciones con M. Delcassé, quedando ultimadas en noviembre de 1902 (año en que dió comienzo el reinado de Alfonso XIII de Borbón), con el convenio de esta fecha que asignaba a Francia y España sus respectivas zonas, fijándose al propio tiempo la acción económica.

A España correspondían en este Tratado dos zonas: la del norte abarcaba toda la porción de Marruecos comprendida entre el Muluya al este, el Mediterráneo al norte, el Atlántico al oeste, y el sur una línea, que partiendo de la desembocadura del Sebu, pasaba por el norte de Mequinez, dejando dentro Fez; la zona sur comprendía el Sus, y desde allí al Sahara; la porción francesa empezaba en la desembocadura del Sebu, parte del reino de Fez y toda la zona de mesetas y llanuras que de los Atlas van al Atlántico hasta Marraquech; desgraciadamente, este convenio no tuvo sanción; en él nos pertenecía una gran parte del Marruecos útil, bautizado así por los franceses; se culpó de ello al Sultán justamente, a la sazón rodeado de muchos europeos y cuyo prestigio entre los musulmanes iba disminuyendo. Por esta época se pronunció Yilali Ben Dris, antiguo familiar de Muley Homar, que pretendía la corona; el Sultán Abd-el-Aziz organizó un ejército para someterlo, y en él iban instructores franceses; durante algún tiempo se mantuvo lucha entre el pretendiente al trono (conocido más bien por el Rogui) y el Sultán, consiguiendo el primero derrotarlo, estableciéndose en Zeluán, desde donde extendió su autoridad por casi todo el Rif (Melilla).

A ningún acuerdo se llegó una vez fracasado el convenio de 1902, y en abril de 1904, Inglaterra firmó con Francia un pacto por el que reconocía la segunda plenas facultades a la primera sobre Egipto, mientras aquélla daba a Francia plena libertad sobre Marruecos, determinando una situación, al propio tiempo, privilegiada para España, a causa de sus posesiones en el litoral y su proximidad a dicho imperio; en su vista, el Gobierno de Madrid empezó a gestionar con Francia un Tratado secreto, que fué firmado el 3 de octubre de 1904 (haciéndose público solamente la adhesión de España al convenio franco-inglés); se fijaba en él la extensión que habría de tener el establecimiento de Santa Cruz de Mar Pequeña, y se completaba la delimitación de la zona reconocida a España por el convenio de junio de 1900 en la costa occidental; el Gobierno español se comprometía a no enajenar ni ceder bajo ningún pretexto su zona de influencia, obligándose ambos Gobiernos, caso de tener que ejercer una acción militar, a avisarse previamente y no apelar a ningún extranjero; por último, se regulaban los derechos de los súbditos y se declaraba que Tánger conservaría el carácter internacional que la daba la presencia del cuerpo diplomático. Este Tratado nos excluye de Tánger y disminuye nuestra zona asignada en el de 1902, pues comprende el Muluya hasta su curso medio, la divisoria entre el Kert y el Muluya y, por último, la orilla derecha del Uarga hasta Muley Buxtach, perdiendo la rica cuenca y valle del Sebu, Fez y parte de su comarca. Coincide con este Tratado la aparición de un nuevo guerrero, Hamed-er-Raisuni, descendiente del Morabito de Alí Ben Aixa, cuya tumba se venera en Tetuán, y manda en Beni-Arós, Beni-Mesauar, Arcila, Uadrás, Fondak, etc., y es designado por el Sultán para el gobierno del Fahs de Tánger; pero, rebelde a su autoridad, fué combatido por éste, aunque sin resultado; parece ser que el Raisuni sentía viva simpatía por Alemania (en esta época ya dueña de casi todo el comercio de Marruecos y admirada por gran parte de los árabes de algún abolengo).

La política francesa tiende al aislamiento de Alemania de los asuntos de Marruecos; pero el Emperador Guillermo II desembarca en Tánger, en marzo de 1905, declarando el convenio de 1880 (como firmante en él) que considera a Marruecos libre, bajo el mandato de S. M. Cherifiana, y abierto a la concurrencia pacífica de todas las naciones; dicha intervención tuvo como consecuencia la dimisión de M. Delcassé, sustituyéndole M. Rouvier, presidente del Consejo de ministros. En mayo de 1905, Mohamed Torres, representante del Sultán, envió a las potencias firmantes del Tratado de 1880 una invitación para concurrir y deliberar sobre los propósitos del Sultán de reformar el problema de Marruecos, dada su situación precaria. De este punto arranca el origen de la célebre Conferencia de Algeciras; la presidió el duque de Almodóvar del Río, empezando el 16 de enero de 1906, firmándose el acta el 7 de abril del mismo año. El acuerdo firmado estaba basado en los siguientes puntos: 1.º, Organización de policía; 2.º, Vigilancia del contrabando; 3.º, Concesión de un Banco marroquí; 4.º, Rendimiento de impuestos y creación de nuevas rentas; 5.º, Reglamento sobre aduanas del imperio, supresión del fraude y contrabando; 6.º, Servicio y obras públicas. Este acta fué ratificada por el Sultán en 18 de junio del mismo año, presentada para ello por el ministro de Italia en Tánger, Sr. Malmusi. Como se ve por estos acuerdos, se andaba lejos de solucionar el problema, en lo que toca al punto internacional. Francia y España fueron las encargadas de organizar la policía de los fuertes, nombrando los instructores; negociaron con el Majzén lo relativo al reclutamiento de soldados, y Suiza nombró el inspector general de las tropas de policía, designando al coronel Armin Müller. La rebeldía se fué acentuando, y Muley Haffid, hermano del Sultán y Jalifa de él en Marraquech, ganaba prestigio entre las cabilas, estando a punto de ser proclamado Sultán; en marzo de 1907 acaece el asesinato de un agente francés, el médico Sr. Manchampán, en Marraquech, y como represalia Francia ocupó Uxda, condicionando lo temporal de la ocupación; las cabilas protestan, exigiendo sean puestos en libertad los moros detenidos como culpables del asesinato del médico, y solicitan la intervención del Sultán, so

pena de sustituirlo por Muley Haffid. El Raisuni, aunque desposeído del Gobierno del Fahs, continúa de hecho mandando en casi toda Yebala (secuestra europeos), y aun cuando las Mehallas del Sultán tratan de imponerse, resultan impotentes, sucediendo, a fines de julio de 1907, un incidente en los alrededores de Casablanca, que ocasionó la muerte de varios trabajadores de las obras del puerto, que construía una Sociedad francesa; Francia y España envían tropas de desembarco que ocupan la ciudad y se organiza la policía, creándose una Comisión internacional para exigir del Sultán indemnizaciones.

La influencia del pretendiente Muley Haffid tomó incremento, y fué proclamado Sultán en agosto de 1906 en Marraquech y Safi; con la bandera de rebeldía se dirigió a Casablanca, proclamando la guerra santa. Muley Abd-El-Aziz, poco seguro de sus huestes, salió de Fez el mismo septiembre, refugiándose en Rabat a los pocos días. En enero de 1908, los Chorfas y los Ulemas de Fez, reunidos en el santuario de Muley Idris, proclamaron a Haffid, y viéndose perdido Abd-El-Aziz, dirigió una nota en mayo a las potencias europeas del Acta de Algeciras en demanda de auxilio; al propio tiempo, al frente de mehallas, con artillería y ametralladoras, salió de Rabat a Marraquech (con él iban algunos militares franceses). En el camino de Rabat a Fez tuvieron lucha, decidiéndose la suerte en favor de Haffid, que derrotó las tropas del Sultán, retirándose éste a Rabat y Casablanca, donde renunció a todo encuentro. Consecuencia de la proclamación de Haffid en Tánger, Arcila, etc., se le reconoció por las potencias, siendo la primera Alemania, que invitó a las demás, haciéndolo en enero de 1909.

El Roguí continuaba en Zeluán como independiente de la autoridad del Sultán, y ocupa en abril de 1903 Frajana, obligando a las tropas del Majzén a refugiarse en terreno español. Para evitar agresiones en el territorio decide el Gobierno ocupar la Restinga, que protege su campo exterior y evita el contrabando por aquel lugar (el Roguí había establecido en este punto una factoría a nuestras propias vistas); el 14 de enero de 1908, con tres compañías desembarcó en este punto el teniente coronel Álvarez Cabrera, siendo poco hostilizado por las guardias; las potencias aceptaron los hechos. Los Quebdanas, que habían favorecido a las fuerzas del Sultán temiendo la represalia del Roguí, enviaron al gobernador de Melilla unos notables para que los protegiese, acordando la ocupación de Cabo de Agua, que llevó a cabo el coronel Larrea, con una escasa columna a sus órdenes.

Es indiscutible que si España, desde otros puntos de vista, dedica atención a la política preponderante del Roguí y la favorece, quizá muy de otra manera se habría desarrollado nuestro desenvolvimiento en estas tierras, pero lejos de ello, la contrarrestó, facilitando ayuda al Sultán, fiel a sus compromisos, influyendo directamente en la caída del pretendiente, que al dirigirse sobre Beni-Urriagel fracasó, rebelándosele todas las cabilas de Guelaya, Beni-Sicar, Mazuza, Beni-bu-Yahi; y levantado su cuartel de Zeluán, marchó hacia Tazza, donde engrosó sus huestes con gente de Branes, Rihatas, Hiana, amenazando a Fez, donde el Sultán Haffid se hallaba en discusión con los embajadores europeos, especialmente los franceses y españoles, llegados allí en enero de 1909 y marzo de igual año para gestionar el cumplimiento del Acta de Algeciras. El resultado de la gestión fué nulo, pues el Sultán exigía previo abandono de la Restinga y Cabo de Agua para parlamentar. Haffid se iba haciendo impopular, y el Roguí era una amenaza para esta capital; igualmente no era clara la actitud de varios caídes feudales del sur. Mientras tanto, Alemania con Francia firmaban el convenio de febrero de 1909, por el cual el Gobierno francés se obliga a mantener la independencia del imperio jerifiano, y a no entorpecer sus intereses comerciales e industriales. De ello estuvo ausente España injustamente. El Gobierno acudió, consiguiendo de Alemania, por conducto de su embajador en Madrid, hacernos saber que dicho arreglo no tocaba en modo alguno a los derechos españoles en Marruecos. Muley Haffid nos envió una Embajada en 11 de julio de 1909, que formuló la pretensión de ser abandonados los puestos de la Restinga y Cabo de Agua; pero el día 9 de julio había surgido el asesinato de varios trabajadores de las minas de Uizán, a poca distancia de la plaza, cuyo incidente y el estado de agitación de todas las cabilas próximas a Melilla, rebeldes a la autoridad del Sultán, y en las que se predicaba la guerra santa, hicieron temer por la seguridad de nuestras posiciones; el Gobierno, atento a estas graves circunstancias, designó al valeroso general Marina para la dirección de esta campaña, en la que el Ejército derrochó heroísmo y corrió a raudal la sangre española, dando ocasión a nuestras sufridas tropas para manifestarse tal como la historia reconoce las cualidades privilegiadas de la raza hispana, pues si en este episodio cayeron muchos no fueron ni serán nunca los suficientes para paralizar por un solo momento el espíritu bravo de nuestro Ejército; equivocación funesta llevó a los reservistas a la lucha, pero nunca como entonces hubo más deseos de vencer ni más firme voluntad para morir; la oficialidad dió un alto ejemplo de sacrificio, y los jefes discutían el puesto de honor para sus tropas, compartiéndolo el bravo y viejo general, cuyo estoicismo llenaba de admiración a sus subordinados; la campaña terminó con el triunfo y ocupación de la línea Tres Forcas, Zeluán, Jemis de Beni-Buifrur, Segangan, Atlaten, Ismoar, dejando dentro Nador y el macizo del Gurugú, amenaza constante que presionó en varias ocasiones la plaza de Melilla. La acción guerrera no se prosiguió, pues se inició la labor política intensa que llevó el propio general (a raíz de los combates); quizá erróneamente se cambió de orientación, y posiblemente contribuyó a ello la opinión pública, latente en el seno de todos los Gabinetes que rigieron a España desde aquella fecha. Es natural que el pueblo estuviera cansado de tanto batallar por sus recientes luchas con América, aparte de que la guerra en Marruecos era impopular, la masa sana del país no veía ésta con simpatía; falto de orientación, ignoraba la conveniencia de situarse España al otro lado del Estrecho, no se fué valientemente en busca del concurso que necesitaba la obra, una propaganda intensa para encontrar masa de opinión que facilitara la gestión gubernamental (como la del partido colonista francés), y un estudio detallado con orientación fija. ¡Si al fin hemos terminado por ocupar toda la zona y desarmarla! ¿por qué no fué éste nuestro propósito? Las vacilaciones y el temor dieron funestos resultados para solucionar el problema; así vemos variar el programa cuando cambian los Gobiernos, girando la orientación con el sistema político, método inexplicable y desdichado que avivó la guerra después de los éxitos de 1909, pues la política que facilitó dinero y armas para la sumisión de cabilas no debió tener aplicación en nuestra zona, diferente de la francesa, donde existen los grandes caídes que mediante remuneración coadyuvaron a pacificar sus territorios, facilitando la penetración de Francia; la parte nuestra estaba exenta de estas autoridades; las cabilas, pequeñas y pobres en su mayoría, sin gobiernos autónomos, despertaron su apetito, acudiendo a la guerra por las ganancias que les proporcionaba; como el sistema de abundancia recaía en el más significado, y éste perdía la autoridad, que era siempre circunstancial, la acción no tenía rendimiento, y así se provocó la selección de unos cuantos «moros amigos», que a nuestro lado perdían su valor, y de los que sólo podíamos contar como instigadores de avances sucesivos, interesados siempre; así España gastaba más dinero y prolongaba la solución con un sistema mixto de avance, paralización y política que a nada eficaz podía conducir, más que al agotamiento espiritual de la nación, que no quería oír hablar de Marruecos; se derrochó mucho más en vidas y en dinero que si derechamente nos proponemos desarmar la zona, y ahí tenemos la ejecutoria de hoy, que acredita estas razones.

La situación general de Marruecos seguía embrollada, no obstante haber caído prisionero el Roguí, fusilado en Fez y quemado su cadáver; el Sultán se aconsejaba de europeos, y por ello cundió el desaliento entre las cabilas, al no conseguir que Casablanca y Uxda fueran evacuadas, ni los puntos de la zona de Melilla; por el contrario, lo legalizó legitimando la ocupación. Soliviantadas las cabilas, saquearon a Mequinez, en febrero de 1911, y la misma ciudad de Fez fué sitiada por los bereberes de los alrededores; Francia entonces, con objeto de proteger la colonia europea de esta ciudad, decidió su ocupación, que llevó a cabo en 31 de mayo, por una columna, a cuyo frente iba el general Moinier. A ello respondió Alemania con el envío del crucero «Panther» a Agadir, con objeto de proteger las casas alemanas, demostrando la inutilidad del Acta de Algeciras y dando lugar al Tratado de noviembre de 1911; por él consiguió compensaciones territoriales en el Camerún, dejando completa libertad a Francia en Marruecos, aunque con régimen de puerta abierta desde el punto de vista económico.

España, ajena y sola, tenía que negociar con Francia sobre los derechos adquiridos por el convenio secreto de 1904; cuando ésta ocupó Fez, el Gobierno de Madrid quiso resolver su libertad de acción para desenvolverse en zona asignada por el Tratado de 3 de octubre de 1904, secreto con Francia; pero no se aceptó la tesis española (partido colonista), a tenor de que no podía calificar de anárquico el estado de Marruecos; es decir, lo contrario de su razón interventora. Francia sigue ocupando su zona y parte de la nuestra; tal ocurría con Alcazarquivir (recuperada merced al general Silvestre); nosotros nos internamos por el litoral de Ceuta a Punta Negrón.

En agosto de 1911, Mohamed Ben Mizián, jefe de la zauía de Segangan (Melilla), que durante la campaña de 1909 había demostrado claramente su fanatismo, se reunió con el caíd de Metalza, Hach Hamar, formando núcleos para atacar a las posiciones españolas, agrediendo a la brigada topográfica cuando trabajaba en las inmediaciones de Tauriat-Zaj, matando seis soldados y quemando sus cadáveres. Esto ocasionó la campaña de 1911, que dirigió el general García Aldave, y tras la acometida de nuestro ejército, que nuevamente derrochó heroísmo, se trasladó la línea avanzada al Río Kert, cooperando los Regulares indígenas, de reciente creación; mientras esto sucedía en la zona de Melilla, en los alrededores de Ceuta (mandando el general Alfau) la tranquilidad era aparente, y a principios del 1912 hubo necesidad de extender el campo exterior, amenazado por la agitación de la cabila de Anyhera, ocupándose Kudia Federico, Monte Negrón, El Rincón de Medik y Tetuán (1913), añadiendo Larache, Arcila y Alcazarquivir en la región del Garb, que ocupó el entonces teniente coronel Silvestre (1912).

España observa la parte activa que toma Inglaterra en estas cuestiones, y con ella llega al convenio de noviembre de 1912, por el que se limita de una manera definitiva la zona actual, reducida a límites caprichosos, ya que establece fronteras geográficas desde el Muluya al Monte Azru (Gueznaya), la divisoria entre el río Kert y el Juanen, mitad de los contrafuertes de la cordillera rifeña, que desciende hacia el Uarga, hasta llegar a las proximidades de Muley Bextach, hasta buscar el nacimiento del Lucus en dirección suroeste, manteniéndose a quince kilómetros del camino de Uassan a Alcazarquivir, cerca de este punto, y desde él una línea que tiene por eje el paralelo 35 y muere en el Atlántico, a 27 kilómetros al sur de Larache. La porción de terreno del protectorado español constituye, pues, una gran faja dirigida de este a oeste; su anchura es de 200 kilómetros, 72 en el litoral atlántico; la parte sur montañosa comprende toda la cordillera del Rif, que tiene altitudes de más de 2.500 metros, numerosos contrafuertes que, en dirección normal a la cordillera, van a morir en el Mediterráneo, a cuyo mar vierten las aguas unos ríos, y otros opuestos las vacian en el Uarga, terminando en el Atlántico, región la

más fértil (con este Tratado vuelve a internacionalizarse Tánger). La costa comprende 537 kilómetros de desarrollo; 390 en el Mediterráneo, 75 en el Estrecho de Gibraltar y 72 en el Atlántico.

Ya fijadas ambas zonas definitivamente (española y francesa), desapareció el imperio de Marruecos, nombrándose en julio de 1912 a Muley Yusef primer Sultán del protectorado, unificándose el mando de nuestro ejército de protección, siendo su primer alto comisario y comandante en jefe el general Alfau, que libró combates duros en los alrededores de Tetuán, Laucién y Ben Karrik, sustituyéndole al final del 913 el general Marina en igual cargo; y aunque salpicadas de agresiones y ataques nuestras líneas en los sectores de Larache, Ceuta, Tetuán y Melilla, no se emprende ninguna operación a fondo, predominando el acercamiento a jefes rebeldes (Raisuni). En estas circunstancias dimitió el alto comisario, siendo nombrado el general Jordana, que prosiguió la gestión propugnada desde Madrid, intensificando la labor política cerca del Raisuni, trayendo un período de paz durante los años 16, 17 y 18, y a las exigencias de este cabecilla se necesitó todo el alto espíritu de disciplina y patriotismo del ilustre alto comisario, que falleció cuando exponía por escrito al ministro de Estado, conde de Romanones, la incertidumbre para el porvenir (de persistir el estado de cosas). En este documento, que puede mostrarse como histórico, se señalaban orientaciones firmes, que, recogidas hábilmente por el político, las dió estado de ejecución al ser nombrado el nuevo alto comisario. Nombróse al general Berenguer, que rompió el pacto (primer y principal punto que alentaba la carta aludida) con el Raisuni, iniciando el ciclo de operaciones estratégicas que nos llevaron a ocupar el Fondak de Ain-Yedida (unión de los territorios de Larache con Tetuán) y Xauen, disponiéndose a combatir al Raisuni en sus dominios (Tazarut), cuando hubo que suspender la acción victoriosa por los hechos luctuosos de la zona de Melilla (1921), donde el cabecilla Abd-el-Krim, al frente de una harka, había sitiado la posición de Igueriben; los heroicos defensores de esta posición merecen gratitud eterna; resistieron todos los embates del numeroso enemigo acuciados por el hambre y la sed, y, faltos de municiones, supieron sucumbir, dando ejemplo de un amor y patriotismo que viene a poner consuelo ante la fatalidad que nos acompañó en los tristes días de julio de 1921 (muere en el campo el general Silvestre), que retrasaron moral y materialmente los acontecimientos; pues, perdidas nuestras líneas de Melilla, sólo la plaza salvó a la sublevación y levantamiento de las cabilas, y desde ella hubo que partir para recuperar el territorio perdido, llevándolo a cabo el general Berenguer con elementos y refuerzos enviados desde España, y en honor a ella hay que patentizar el entusiasmo y la virilidad con que respondió al llamamiento; no se regateó nada absolutamente, pero lo esporádico de la política reinante, a pesar del Gobierno nacional presidido por la alta autoridad de Maura, paralizó la empresa en su mitad, oponiéndose (Cambó y Alba) a la terminación de la campaña (Alhucemas), no llegando nuestras avanzadas ni a recuperar el extremo de la línea perdida (Annual, Igueriben y Sidi-Dris). Fué un error no haber aprovechado el espíritu del ejército, al que acompañaba la nación, y ello dió lugar, como tantas otras veces, a la prolongación de la lucha. Restablecida en parte la situación se continuó en la zona occidental hasta ocupar Beni-Arós (1922), dominio del Raisuni, rebelde a nuestra causa, y relevado el general en jefe, ¡¡asuntos de responsabilidades!! Responsabilidades que alcanzaban a todos, pero más que a nadie a los hombres directores de la política, que desacertaron funestamente en los asuntos de Marruecos: quizás los disculpe su buena voluntad; pero asuntos que acarrearon gravedad de la índole citada, no se arreglan con Comisiones parlamentarias de investigación; se suelen pagar con algo más caro, cosa que, si no ocurrió, no sabemos en qué punto detener el pensamiento.

Fué designado para sustituir al general Berenguer el general Burguete, que estuvo poco tiempo, fijando su atención política mediante nuevos tratos con el Raisuni y operó en el macizo de Ifernín, estableciendo las posiciones de Tizzi-Aza, sucediéndole el hombre civil y ex ministro liberal Sr. Silvela (1923), que, partidario de la causa política, fué su precursor; pero más que ningún otro, al ponerse en contacto con el problema fué el primero en reconocer los hechos, y libremente expuso las consideraciones que daban predominio a las armas; cuando estaba en Tetuán fué sorprendido por el golpe de estado que dió el Poder al general Primo de Rivera en septiembre de 1923, y presentó la dimisión, designando el Directorio militar al general Aizpuru (ministro de la Guerra del Gabinete saliente).

Durante su etapa, el cabecilla Abd-el Krim había logrado unificar la rebeldía en todo el territorio (Yebala y Rif), cogiendo prisionero al Raisuni en su propia cabila, llevándolo a Beni-Urriaguel, donde murió; tuvo apogeo la organización enemiga; por todas partes se veían harkas al mando de jefes, en su mayoría rifeños, sucediendo la rebelión en Yebala (enfocada por el hermano del cabecilla), que condujo a la retirada de nuestras líneas avanzadas, ordenada por el general Primo de Rivera, en la zona de Tetuán y Larache; todas las posiciones se vieron cercadas y asediadas, tomando el mando el propio jefe del Directorio (octubre de 1924), que dirigió esta empresa, reduciendo la línea al cordón umbilical que daba la seguridad a Tetuán y camino de Larache y Tánger; en estas operaciones, sangrientas siempre, se luchó con denuedo, y al fin pudo replegarse el ejército a sus bases y posiciones fijadas de antemano. (Paralelamente, la influencia de Abd-el Krim se extendía a la zona francesa, cuyas líneas puso en peligro, desmoronándose en gran parte la soberbia obra del general Liautey, llegando en su empuje el enemigo hasta las puertas de Fez, tras de rendir numerosas posiciones de nuestros vecinos; tal importancia y alarma causaron en Francia que fué enviado el prestigioso mariscal Petain para salvar los momentos de angustia; en estas circunstancias, puestos al habla ambos Gobiernos, acordaron la colaboración sincera, que tanto tiempo faltó, con perjuicio de la acción común de ambos países en territorios de Marruecos.)

Pero claro está, el problema continuaba en pie, y el punto capital y la base fundamental para resolverlo estaba en Alhucemas (Beni-Urriaguel), cuya cabila ejercía política y guerreramente presión y dirección sobre todas las demás; y, entendido así, decidió el general Primo de Rivera el desembarco, que llevó a cabo el día 8 de septiembre de 1925, jornada por todos títulos gloriosa. La campaña de Alhucemas fué el golpe mortal a la rebelión, y es ésta empresa a la que no es posible que ningún patriota regatee elogios; su preparación y ejecución son verdadera unción de gloria para la nación, y su obra general, y con ella los prestigios del ejército y del país, fueron reconocidos y proclamados en el extranjero. ¡Loor para los que compartieron los días duros y penosos del desembarco! Mucho se trabajó entonces, desde el más modesto soldado al general. Todos rivalizaban en el empeño; la sobriedad y el valor de la tropa fueron factores inestimables para poner cumbre al éxito: los artilleros, arrastrando a mano sus cañones; la infantería, abriéndose paso a pecho descubierto; los ingenieros, fortificando con heroísmo, y los Cuerpos auxiliares, desempeñando su misión de dar vida a los demás, exponiendo para ello la propia; la Marina, en abrazo fraternal, unida al Ejército, formaron en conjunto el pedestal de gloria que en esta ocasión se manifestó vibrante e indivisible. Terminó esta campaña el día 1 de octubre, con el dominio de la base actual, y prosiguió el Ejército su labor de consolidación; se apoximaba el final de la guerra, y el general Primo de Rivera, atento a sus obligaciones de gobernante, puso en manos del heroico general Sanjurjo (noviembre de 1925) el mando del Ejército como alto comisario y general en jefe; cabe a este ilustre caudillo la coronación del éxito, pues al año siguiente (mayo de 1926) se llevó a cabo un plan general de operaciones sabiamente estratégicas, que, partiendo de las bases (Melilla y Alhucemas), combinadas con los franceses, nos pusieron en posesión de toda la cabila de Beni-Urriaguel, cerrando sobre ella las columnas de Melilla, que se apoderaron del hinterland rebelde (Beni Tuzin y Tensaman) que las separaba. Las huestes de Abd-el-Krim, fueron derrotadas por nuestro Ejército el día memorable de los Morabos (10 mayo de 1926), en que perdieron toda su artillería, quedando maltrecha y destrozada la organización militar rifeña; la rapidez con que se llevaron las operaciones dió por resultado la huída del cabecilla Abd-el-Krim, que se presentó en las líneas francesas, no haciéndolo en las nuestras, por acuciarle su innoble conducta del asesinato alevoso de todos los prisioneros españoles que tuvo en su poder.

Durante el año 1927, sólo nos restaba por ocupar una porción de Yebala, organizándose un ciclo de operaciones tácticas, donde varias columnas eficientes se adentraron en el corazón de Sumata, Beni-Arós y el Ajmás, haciéndose la unión en Bab-Tazza con el ejército de la zona oriental, y en este punto capital quedó terminada definitivamente la guerra en Marruecos, continuándose con gran actividad el desarme de la cabilas, llegándose a recoger más de cincuenta mil fusiles de varios sistemas y todo el material de artillería que tenían en su poder; ya a fines del 927 y 928 es la obra puramente civil y de protectorado la que se practica en estas tierras, atravesadas en corto tiempo por caminos de unión con todo el territorio, que recorren ¡cosa que parecía increíble! caravanas de mercaderes y automóviles de turista en altas horas de la noche. En esta situación, y en su bien ganado descanso, sucede al general Sanjurjo en su desempeño de alto comisario y jefe superior del Ejército el general conde de Jordana (noviembre de 1928), nombre que va unido a las virtudes de su padre, cuyo recuerdo es imperecedero en el Ejército de África; los conocimientos profundos y la gran práctica adquirida en largos años convividos, en momentos difíciles, en estas tierras, han de servir para que la época de paz adquiera el máximo rendimiento, agigantando la obra del protectorado, de la que tan ferviente precursor fué, y la que espera tranquila el desarrollo que ha de ser timbre legítimo de orgullo para España.

CIGARETTES LAURENS

LOS ARTÍFICES DE LA PAZ EN MARRUECOS

أحد فرسان الحرس الخليفي

☆

APUNTE CRÍTICO DE LAS INTERVENCIONES MILITARES

POR

V. RUIZ ALBÉNIZ

La terminación de la guerra en Marruecos, lograda merced al esfuerzo abnegado de nuestro Ejército, planteó, no más tarde que al siguiente día de quedar comprobada la total ausencia en el territorio del protectorado de enemigo armado, el grave, el trascendental problema de instaurar, sobre base consistente y en forma duradera, un régimen de pacificación, de tranquilidad, de trabajo; un régimen, en fin, de verdadera protección, que permitiese, de un lado, el libre y enérgico desenvolvimiento de las posibilidades vitales del pueblo protegido, y de otro, el acudir con presteza a aliviar de cargas, gastos, desvelos y sacrificios al país protector.

Tarea difícil la que imponía en categórico y urgente imperativo la realidad de la dominación total del país. Larga la historia de la actuación de España en Marruecos, ésta se caracterizó constantemente por un desasosiego, por un vivir precario, por una constante situación de alarma y recelo, que impidió a los directores de la política marroquí sistematizar su obra en el sentido de preparar el advenimiento de la paz, quizás porque, en el fondo de sus espíritus, esos directores pensaban sólo en la posibilidad de «paz total», como en un sueño de rosadas perspectivas ilusorias. Ciertamente que fueron muchos los intentos de ir preparando el instrumento con el que se pudiera un día hacer labor de paz, orden y trabajo; pero aun aquellos que se crearon en épocas de relativa calma, obligadamente hubieron de transformarse, casi desde el momento de su implantación, en organizaciones más o menos abiertamente concebidas y estructuradas para servir fines marciales. Así, el primer embrión de organismo fiscal civil o civilista se llamó Policía indígena; así, los esbozos primeros de las Direcciones de Colonización y asuntos civiles fueron organismos que, con títulos engañosos, o no podían servir de nada útil, o tenían que subordinarse a las necesidades bélicas vibrantes sin tregua en todo el país.

La necesidad de prevenir los constantes alzamientos de las cabilas; la no menos imperiosa exigencia de la política de la metrópoli (dando invariablemente a las autoridades del Protectorado la consigna de subordinarlo todo a la evitación posible de choques guerreros, de operaciones militares, de envíos de refuerzos), imponía un sistema de acción anquilosada, estrecha en sus alcances y miras, aisladora—a fuer y olor de sistemático cordón sanitario contra la epidemia de la guerra—entre «moros y cristianos», en virtud de lo cual no pasábamos de ser meros teorizantes como protectores. Verdad es que cuantos organismos, sistemas, procedimientos y planes de acción protectora surgían y se proponían en el Protectorado francés, tenían su similar en nuestra zona; pero no fué menos cierto que pocos de esos instrumentos pacifistas llegaban a tener en la realidad de la vida de nuestro territorio protegido una evidente eficacia de acción.

El Alto Comisario y el Gobierno de España declarando terminada la rebeldía, y por ende la etapa de dominación militar, anunciaron la inmediata implantación de una política de pacificación, estableciendo un régimen de paz que, si al principio podía ser una «paz impuesta», forzoso era cimentarla desde los primeros pasos, pensando en que tenía que llegar a ser—y en plazo perentorio, so pena de esterilizar el magnífico esfuerzo militar—una PAZ DESEADA Y ACEPTADA por el indígena tanto como por el español. De otra parte, y como primer cuidado afanoso de ese régimen de pacificación, se anunciaba como inexcusable y rápido el trabajo de proceder al desarme total del Protectorado, labor en extremo difícil en cualquier país, pero más aún en éste del norte africano, donde en todo tiempo el fusil fué la suprema preciada prenda del indígena, y la razón del más fuerte la verdadera ley y código, mantenido en vigor a través de los siglos en gracia a los hábitos de los naturales del país. Esa paz y ese desarme, tan íntimamente ligados, tenían a todas luces que ser alcanzados por procedimientos que, sin adolecer de falta de eficacia por carencia de energía, no provocasen nuevas y rencorosas rebeldías, siquiera ellas fueran de momento estáticas y mudas. Había que cuidar muy mucho de rellenar rápida y diestramente la sima de las diferencias abiertas por la lucha armada de tantos años, y todo lo que concurriese a ahondar esas diferencias—fruto de la diversidad de razas, religión, contextura política, social y psicológica y del roce cruel de las batallas—, por fuerza tenía que desecharse como nocivo para el fin que certeramente se habían propuesto el Gobierno y el Alto Mando español como epílogo necesario a tantos años de luchas y quebrantos mutuos.

No se disponía del instrumento preciso para esa tarea tan preñada de graves dificultades; más aun: habiendo vivido ausente, casi en absoluto, en nuestro Protectorado el elemento civil español, capaz de asumir la responsabilidad de instaurar el régimen de paz, era obligado confiar esa misión a los mismos que habían hecho la guerra en Marruecos; y bien fácilmente se alcanza cuántos y cuán graves habían de ser los inconvenientes en presentar ante el indígena, como artífices de la paz, a los mismos que había conocido no más tarde de la víspera como jefes de guerra, como militares identificados con la acción marcial, dura, sangrienta y necesariamente poco contemporizadora. Con el recuerdo de días muy tristes en todas las mentes, con las mismas heridas abiertas en los campos de batalla aun sangrantes, había que encomendar a los jefes y oficiales del Ejército de África una misión suave, de verdadera delicadeza política, caracterizada por el fenómeno de considerar como amigo, como ahijado, como sujeto a tutela justiciera y hasta amorosa al mismo indígena que en no lejana fecha se consideraba como enemigo implacable, de recias resistencias, e incluso, en sus casos, no exento de crueles instintos que se marcaron en la historia de las campañas entre españoles y rifeños como páginas de acerbo dolor, tan duro y justo,

que aun sin quererlo justificaban en muchos pechos españoles, cuando no un deseo rencoroso de venganza, sí una prevención y animadversión harto justificadas.

Era poco menos que un milagro (y un milagro «eléctrico») el que se proponían hacer el Alto Mando y el Gobierno, y, precisa confesarlo, no podía por menos de provocar sonrisas dubitativas entre los que, habiendo seguido con atención y paso a paso la historia de España en Marruecos, sobre todo en los últimos tiempos, no podían tener el ánimo bien dispuesto a las posibilidades milagreras.

¡Pero el milagro se hizo! ¡Tan plena y rápidamente como se había imaginado...! En poco más del término de un año, la pacificación estaba terminada; el desarme era un hecho y no había sonado un tiro, ni se había esbozado el más insignificante conflicto en todo el territorio confiado a España en Marruecos. La repatriación fué tan rápida como completa, no quedando de las fuerzas enviadas por España a Marruecos sino las absolutamente indispensables para los servicios militares de paz. Fuera de las banderas de la Legión y de los grupos de Regulares y mehallas del Majzén, en nuestro territorio no quedaron ni más ni menos que las que pueda haber en cualquiera de las regiones militares de la península.

Quedaron más. Quedaron los ejecutores del milagro de la paz. QUEDARON LAS INTERVENCIONES MILITARES.

* * *

El coronel Berrieau, gran «animador» de las Intervenciones Militares instituídas en el Marruecos protegido por Francia, decía al definir el alcance que, a su juicio, habían de tener las nuevas organizaciones a las cuales confiaba Francia la paz del Protectorado: «La competencia del oficial de Intervenciones debe extenderse a todas las ramas de la actividad humana, y al propio tiempo que sólidas cualidades militares deberá poseer nociones de todo y ser a la vez diplomático, ingeniero, artista, financiero, agricultor, arabista, historiador, jurisconsulto, etcétera, y sobre todo estar dotado de un buen sentido, ser activo, ingenioso, bien educado al respetar usos y creencias establecidas y capaz de comprender el alma e idiosincrasia de los indígenas.» En esta definición, un poco brusca, está encerrada la síntesis del sistema protector, aquel sistema que, según el maestro colonista Louis Vignon, consistía no menos que en «el arte de conducir a los pueblos, por mediación de sus jefes naturales, sin perturbarlos en sus creencias, en sus hábitos y modos de vivir, limitándose a pedirles una reforma de sus costumbres en lo que de ellas haya de demasiado contrariador para nuestras ideas morales y jurídicas; el arte de hacerles aceptar el contacto de los colonos, o por lo menos de conseguir que no sufran demasiado perjuicio con ese contacto; es, en fin, el arte de conducirlos por tales caminos lentamente, a su paso, sin patinar, llevándolos hacia un estado social político y económico mejor, estado que, sin embargo, no dejará de responder a su mentalidad y que se impondrá de acuerdo con las facultades evolutivas de su inteligencia».

Recogidas estas ideas centrales por el organizador español de las Intervenciones Militares—mejor dijéramos por los organizadores, ya que fueron varios los empeñados con toda asiduidad en ese menester—no tardaron en plasmar en un reglamento, modelo de su género, verdadero código fundamental (a nuestro entender) de la práctica del Protectorado en Marruecos.

Pero aun teniendo lo esencial, esto es, la teoría, el código, la reglamentación y aun la firme voluntad—esta vez ciertamente apoyada sin titubeos desde las alturas gubernamentales—de instaurar la política proteccionista, seguía faltando lo esencial, el instrumento, el hombre capaz de dirigir y los hombres capaces de actuar bajo su dirección en el terreno de los hechos, para no incurrir, una vez más, en el eterno equívoco español de «ser el país de más leyes escritas y menos leyes cumplidas del mundo».

Según los maestros en la materia, todo buen Protectorado se apoya en estos cuatro elementos indispensables: «A. Los administradores; B. Los jefes indígenas colaboradores; C. La defensa del indígena contra los asaltos de la colonización y el amparo de ésta contra la hostilidad del indígena; y D. Las reglas de policía y seguridad a que es preciso someter a los protegidos y de las que no se deben salir los protectores». Es decir, «el hombre», siempre el elemento hombre; el encargado de dar vitalidad a las leyes y de hacerlas cumplir sin estridencias, suavemente, sin herir ni romper nada esencial, pero manteniendo inconmovible el principio de autoridad, y el de la más estricta y severa justicia equitativa.

Y al buscar a esos hombres se dió el milagro de que antes hablábamos. De tal hay que calificar el hecho de haber logrado reunir y concertar los esfuerzos, no de uno ni de tres, sino de cincuenta, sesenta, de cien hombres, firmemente compenetrados de su misión, y más firmemente aún dispuestos a cumplirla abnegada, perseverante y desinteresadamente. Los interventores militares del Protectorado español, nacidos al día siguiente de la terminación de la campaña de dominación militar, aparecieron actuando desde el primer momento con una tal destreza y suficiencia, un tan adecuado tacto y diligencia y un tan extraordinario celo y entusiasmo, que dijérase no habían hecho otra cosa en toda su vida que dedicarse a colonizar país de tantas incógnitas y dificultades colonistas como es el Mogreb, y sobre todo el Mogreb confiado a la tutela de España.

Primer fruto de aquella actuación de la recién nacida Intervención Militar fué el desarme total de nuestra zona y la implantación en todo el territorio de nuestra autoridad de modo incuestionable, incluso en regiones como las centrales, las de Gomara y Ketama, donde nunca se había dejado sentir de hecho nuestra fuerza militar y donde apenas si teníamos relación de monta con los jefes indígenas.

Segundo resultado, casi concurrente con el primero, fué la adhesión valiosísima de los caídes y chiujs de todas las cabilas, acatándose, no ya nuestra autoridad directa, sino—lo que parecía punto menos que imposible en el norte marroquí, de antiguo rebelde a cualquier género de gobiernos, empezando por el de los Sultanes—la autoridad del Jalifa y del Majzén de Tetuán, a quienes, desde el primer momento de la implantación del nuevo sistema, se dió a conocer a los indígenas como soberanos naturales del país, sostenidos en su autoridad por España y sus representantes.

Este hecho de la imposición de la autoridad del Majzén y el Jalifa da la medida exacta sobre la orientación de nuestra actual política en Marruecos. Verdad inconcusa es que desde que se firmaron las actas del Protectorado existían en la letra de aquel código fundamental ese Jalifa y ese Gobierno indígena; pero no hay por qué ocultar que los naturales de nuestra zona vivían perfectamente ayunos de la existencia de tales entelequias y que los españoles, forzados por las contingencias bélicas, nos habíamos olvidado de ello, por lo menos tanto como los indígenas, si no en las apariencias, en la realidad de nuestra actuación como protectores, durante cerca de tres lustros de protección. Esporádicamente soliamos sacar el santo y seña del Majzén ante las tribus, revistiéndole en ocasiones de la mayor autoridad y fortaleza, sin perjuicio de hacer al día siguiente cuanto nos convenía y precisaba, con total olvido de la existencia de esos poderes. Tan acostumbrados estaban a ese juego los indígenas, y sobre todo los jefes y jefecillos de cabilas, que hubieron en ocasiones de llegar a prescindir de ritos y protocolos inveterados, incluso en el orden religioso—no hay que olvidar que los Sultanes, y por ende sus delegados o Jalifas, son tan omnímodos en sus jefaturas políticas como en las religiosas—, confirmando con ello la poca o ninguna importancia que daban a la existencia de un Jalifa y un Gobierno marroquí en Tetuán, considerando a uno y otro tan ausentes de la verdadera vida e influencia sobre el país como pudieran estarlo el Sultán de Turquía o el Jalifa de Damasco. Las Intervenciones, mejor dicho, los interventores, se preocuparon sinceramente de acabar con este estado de cosas, y los caídes, cadis, yemas y cofradías recibieron la constante sensación de obedecer las órdenes y disposiciones de la autoridad indígena, a la que, si no se revistió teatralmente de aparatos de grandeza, se la dotó en toda ocasión de los elementos precisos para hacer, cuando se juzgó preciso, sentir de modo inequívoco toda la solidez de su actuación y toda la fortaleza de sus disposiciones.

Para aquellos que hayan penetrado en el fondo de la psicología militar de España en Marruecos, este fenómeno será provocador de verdadero asombro. ¿Jefes, oficiales del Ejército español, después de la brillante e incuestionable victoria de nuestras armas, hablar, actuar, producirse en todo momento y siempre con plena sinceridad, como mandatarios de una suprema autoridad indígena?... ¿No parece un imposible? Pues no lo fué, y por no serlo se debe incuestionablemente esta gran verdad de la paz absoluta, sólida, duradera—paz deseada y mantenida, más que por nosotros mismos, por los indígenas—que hoy disfrutamos en Marruecos y que ha permitido a nuestra nación implantar con toda prontitud y con la mayor solidez el verdadero Protectorado: aquel que antes sólo existió en la letra de los Tratados.

El verdadero Protectorado...

Es decir, un régimen de paz, de tranquilidad, de trabajo, de prosperidad, de adentramiento del país en las normas y corrientes civilizadoras imperantes en el mundo... Todo lo cual equivale a decir que España ha empezado a cumplir el mandato que en Marruecos se había comprometido a hacer ante Europa y a instancias de ésta.

Se reproduce el milagro.

Al fin y a la postre, el desarmar a los indígenas, el nombrar autoridades en las cabilas, el hacer efectiva las del Majzén y Jalifa dando solvencia a sus disposiciones, el sujetar dentro de la práctica de leyes y reglamentos a todos, sin excepción, en más o menos grado, siempre resulta misión propia de quien sabe que tiene la fuerza y está acostumbrado a administrarla. Podían muy bien los militares que formaron los cuadros del Cuerpo de Intervención desarrollar su cometido, que, en el fondo, no podían resultarles extraño, aun cuando en las modalidades ya hemos señalado que lo era y mucho.

Pero convertirse hombres de guerra, hombres de armas, hombres crecidos y desarrollados en un ambiente marcial, de severa disciplina, de «ordeno y mando», en dúctiles, pacientes, contemporizadores regidores de una vida de paz, de una vida sin otras armas que la conveniencia común, impuesta por razón de esa misma conveniencia y no por arbitrio de una orden a rajatabla, eso, forzosamente, tenía que resultar ocasión propicia al fracaso de la nueva organización de las flamantes Intervenciones. Bastaba para ello con que los interventores apreciasen su nuevo cometido como impropio a su profesión y que con ello mirasen con escaso interés las nuevas preocupaciones y diligencias que se les imponían. Un coronel, un comandante, un capitán o teniente, veteranos en la lucha con los moros, con cicatrices honrosas y honrosas condecoraciones sobre el pecho como recuerdo de aquellas inveteradas jornadas de guerra, ¿habían de resignarse al tranquilo papel de alcaldes, de jueces de paz, de médicos rurales, de veterinarios, de agricultores, de ganaderos, de recaudadores de contribuciones, de, en fin, simples agentes de estadística...? El cuadro de la oficialidad de Intervención Militar está formado, desde sus principios, casi exclusivamente con nombres que recuerdan hazañas gloriosas, heroicidades, luchas épicas, trances sangrientos. Son los jefes y oficiales que mandaran los grupos de Regulares, o las banderas de la Legión, o las antiguas Mehalla y Policía indígenas. Hombres que siempre lucharon en vanguardia, como fuerzas de «choque». Militares, en fin, hasta la entraña y en su más acentuado aspecto marcial. ¿Y habían de ser éstos los mudos, los constantes, los dúctiles y abnegados artífices de una dificultosísima empresa de paz...?

Pues fueron alcaldes y jefes de paz, y médicos y maestros, y albéitares y agentes de cédulas, y plantadores de olivos y aperadores de granjas agropecuarias, y ¡¡cuanto fué preciso que fueran para instaurar de hecho la paz, la protección!!

En el «Manual para el servicio del oficial de Intervención en Marruecos», Código de honor, biblia, catecismo o simplemente breviario de los interventores, se dice, creemos que a título de postulado, de idea, de credo a seguir férreamente por todo interventor:

«No olvidemos nunca que la mayor gloria de nuestra nación como protectora, después de este ensayo marroquí, será poder decir en el menor plazo posible que España ha terminado su obra de educación en Marruecos según su tradición histórica de creadora de pueblos. Este trozo de tierra, en que imperaban la anarquía y los prejuicios, es hoy una nación moderna, independiente, que, capacitada para ello, se gobierna por sus propios hijos, conservando su religión y la parte sana y moral de sus usos y costumbres. ¡Será un pueblo más que habrá nacido a la civilización, brotando al contacto con España!»

Y luego, resumiendo las normas para el ejercicio de la Intervención, en ese mismo Código, en ese mismo manual (obra de todos y cada uno de los interventores, pues a todos se confió su redacción y por todos fué sancionado), se añaden estos conceptos no menos significativos y reveladores de la especial psicología que anima a las Intervenciones Militares en Marruecos:

«INTERVENIR, SÍ, TODO LO QUE HAGA FALTA; PERO ATRAER, HACER ADEPTOS, AMISTAD, FUNDIR CARIÑOS MUTUOS, PARA QUE ESTE PUEBLO SEA SIEMPRE UN AMIGO NUESTRO, AMIGO POR LA COMUNIDAD DE INTERESES; PERO, SOBRE TODO, AMIGO POR EL AFECTO Y EL RESPETO.»

Esa es la finalidad. A conseguirla tienden los múltiples desvelos que la Intervención impone a sus funcionarios, las múltiples diligencias que le cumple desarrollar, no sólo para el sostenimiento de la paz (manifestada por el gran sosiego, respeto a las personas y propiedades, libre y segura circulación por todo el territorio y a toda hora u ocasión), sino para contribuir al desarrollo de la prosperidad del país en todos los órdenes, desde el de su riqueza natural al de su mejoramiento sanitario e intelectual.

Fácil nos sería publicar estadísticas que evidencien cómo en poco más de tres años se ha logrado reducir al mínimum las medidas disciplinarias por delitos de sangre o contra la propiedad; cómo va camino de desaparecer totalmente la viruela y se nota un descenso considerable en la epidemia palúdica, endemia terrible del país; cómo se acrecienta la población con la protección a la mujer y al niño; cómo la riqueza agrícola es cuatro veces mayor a la de los años más prósperos de la primera y segunda década del siglo que corre; cómo ha mejorado y se ha intensificado la ganadería; cómo las industrias indígenas empiezan a ser considerablemente remuneradoras para sus artífices; cómo, en fin, y el hecho sí que es asombroso, en esas cabilas, donde jamás se pagó ningún género de tributación que no fuese tomada a sangre y fuego por bandidos o por autoridades no menos inicuas, hoy se paga el Tertib, se devuelven sin demoras ni regateos los pósitos, se acrecientan las asociaciones agrarias entre indígenas o entre éstos y los colonos europeos, que crecen de forma inusitada y se extienden ya por los más dilatados confines del país; cómo, en fin, la presencia y palabra del gran visir o del Jalifa, que en época no remota vivían confinados en los estrechos límites de las ciudades, se reciben en todas y cada una de las cabilas entre muestras de tanto respeto como regocijo, y cómo son ellos, los propios indígenas, los que eran tenidos por taimados y falaces, los que informan, persiguen, castigan a los pocos desdichados que se resisten a la vida de paz, orden y trabajo.

Es el fruto, no por tempranero menos sazonado y rico, del esfuerzo de un puñado de españoles, que con el espíritu racial, siempre pletórico de inteligencia, se han hecho a sí mismos verdaderos maestros del difícil arte del Protectorado, intuitiva, milagrosamente, sin aprendizaje... ¡como sólo pueden y saben hacerlo los hijos de España, matriz la más noble y fecunda en frutos de civilización!

¿Nombres...? Los conocéis todos. Son siempre los mismos. Este «guerrillón de la paz» está formado por aquellos que constituían el eterno bloque y ariete de los días y trances difíciles en la guerra. Arriba, en la esfera directiva, son los Sanjurjo, los Jordana, los Goded, los Orgaz, los García Benítez, los Benito; luego, como realizadores del ideal propuesto y ordenado, los Capaz, Peña, Muñoz Grande, Asensio, Badía, Peñamaría, López Bravo; después, ejecutores desvelados, la falange de aquellos oficiales gloriosos que con los Regulares, las Mehallas, la Legión o la Policía, aprendieron a tratar al moro como enemigo, tan noble y diestramente, como ahora lo tratan ejerciendo el papel de hermanos mayores, de tutores, de maestros de vida, de jueces aferrados a la equidad, de generosos defensores. Persiguen sólo un ideal: demostrar la grandeza de España en obra de paz, como lograron demostrarla en días de guerra. Es quizás un poco más sobria, más apagada su acción; por carecer de atractivos, hasta de corifeos y jaleadores carece... ¡y es quizás mejor así, porque con ello no se mancilla la pureza de su abnegada cruzada, ni con el relampagueante y cegador destello de la notoriedad!

Por haber levantado la punta del velo de su ejemplar renunciación a toda otra gloria o satisfacción que la de la conciencia del deber cumplido, perdón demando, arrepentido... ¡aunque ufano de haber hecho obra de pobre, pero absoluta justicia!

CIGARETTES LAURENS

Vista panorámica de Ceuta.

CEUTA

POR

MARIANO FERRER BRAVO

COMANDANTE DE INFANTERÍA Y ACADÉMICO CORRESPONDIENTE DE LA HISTORIA

Ceuta, al ser conquistada en 1414 por Don Juan I de Portugal, pasó de manera definitiva a depender de la península Ibérica. Como en el curso de estas cortas líneas no se pretende tratar la gloriosa historia de esta ciudad, sólo dictará este escrito el amor real de las cosas vividas, el sentimiento que produce observando la esplendidez con que la mano de Dios concedió dones sin fin a la mitológica Ábila, legendaria por su fantástica fundación, una de las llaves del Freto Hercúleo, del que, según Estrabón dijo, era el límite del mundo conocido en aquella antigüedad, y que el emperador Jazid llamaba amorosamente «Tedrina».

Vista de Ceuta deste el pinar del Monte Acho.

¿Quién que conozca a Ceuta no la admira?

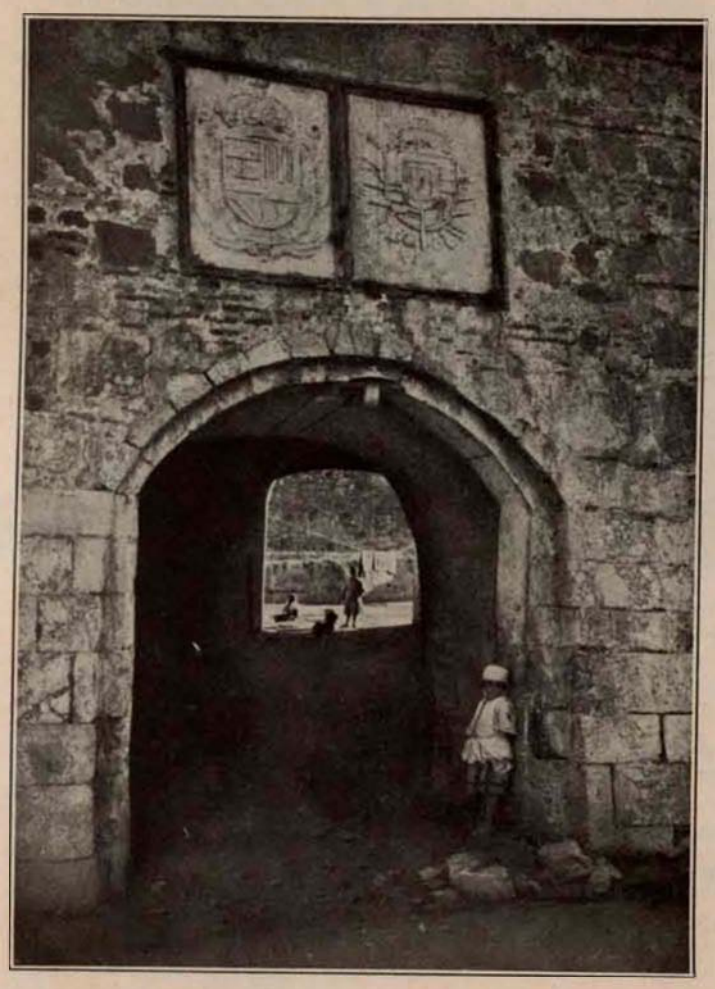
Su situación privilegiada a la entrada del Estrecho de Gibraltar, contando con dos bahías, y a cubierto de los vientos sur, suroeste y norte, han hecho y harán de la vieja Septa el refugio preferido por los navegantes de todas las épocas.

El desmoronamiento de Marruecos, que permitió pasase a manos de España la costa comprendida desde Larache al Muluya, ha dado a Ceuta un mayor valor, por ser la salida lógica de gran parte del caduco Imperio, que como arteria vigorosa lanzará los productos del mercado mundial al comercio establecido en el país.

Cuantos vapores pasen el Estrecho y necesiten pertrechos de vida y elementos de fuerza, fondearán en su puerto, y desde él fácilmente los que viajen de Europa a los otros continentes podrán en pocos minutos encontrarse en Oriente, al contemplar las bellezas de la ciudad de las mezquitas, la blanca Titauen, llevando consigo la sensación real de lo que leyeron en cuentos de moros, y que siempre creyeron eran fantásticas lucubraciones de un cerebro musulmán

¿Sabéis lo que será Ceuta para España y para el mundo?

Por su clima fresco, por la belleza de sus panoramas, por el espectáculo maravilloso de las aguas que la circundan, diluídas de añil, profundamente azul; por la pureza del ambiente, la hacen ser, no sólo la más saludable de África, como así lo demostraron durante la dominación árabe en España los ricos-hombres que a disfrutar de sus bellezas, descansando del continuo guerrear, acudían temporalmente a ella, sino también los modernos científicos, al



Doble puerta en el baluarte del ángulo.

asegurar que Ceuta es un sanatorio ideal, capaz de competir con las bellas ciudades de la Costa Azul, a poco que unos y otros hagan por embellecerla.

Por su situación única concedida por Dios, es la puerta obligada del mundo, por donde las civilizaciones pasaron de unos a otros continentes, aclamando los adelantos de la ciencia; discutida y deseada por cuantos han dominado Europa, como llave precisa para sujetar el África, en todos los sentidos, es considerada desde la antigüedad como uno de los puntos de más fortaleza del globo, y que, según dijo un eminente hombre público, el que la posea dominará la cercana orilla española. La sangre cristiana corrió a torrentes para conquistarla y conservarla; por no perderla deberá España verter la última gota de sus venas, porque en ello va su independencia como nación.

Por la importancia de su puerto, hoy muy adelantado, en el que cuentan los vapores con fondos seguros; depósitos de petróleo para alimentación de sus calderas; astilleros de construcción y reparaciones de barcos de vela; depósitos de carbón y agua; facilidad para descargar mercancías que tomarán los trenes desde el mismo muelle, llevándolas a Fez con el marchamo español; la seguridad de la carga y descarga sin intervención de barcazas ni camalos, será el elegido por el comercio marroquí, como igualmente por los viajeros que por tierra se dirijan a Europa.

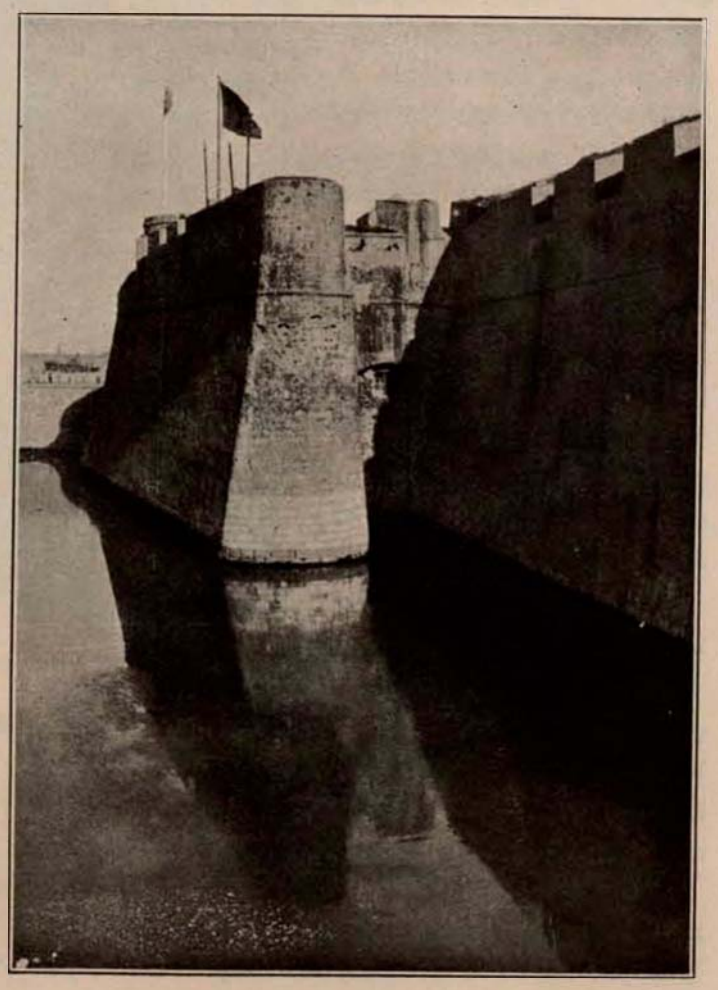
Ceuta, a muy poco que los Gobiernos hagan, será el Hamburgo del África y competirá con los mejores puertos del Mediterráneo dentro de no muchos años, siendo sus grandes almacenes, ya en construcción, depósitos desde donde se lancen toda clase de mercancías a Europa. Ya importantes líneas de navegación acuden a su refugio, y al encontrar ventajas que Gibraltar no puede proporcionar, debido a la organización militar de su puerto, las animará a conceder a Ceuta toda la importancia que merece.

Para España será orgullo de su poderío y fuerte baluarte de su independencia; para el mundo, seguro abrigo y valiosa entrada de mercancías representativas de enormes ingresos.

La historia de Ceuta se repite constantemente, y si en la antigüedad, dentro de sus pétreos muros, se tejieron ricas telas, se templaron aceros que alcanzaron resonadas victorias; se construyeron naves que dominaron el Estrecho; funcionaron batanes para surtir al mundo de preciadas sederías; si sus rojos tafiletes figuraron en lujosos palacios, y todo el mundo industrial de aquella época tuvo en Ceuta valiosa representación, no menos ocurre en la vida actual, en la que, después de un período de decadencia, envilecido por el aliento vergonzoso de hombres que la sociedad expulsó de su seno, resurge esplendorosa, cumpliendo de esa manera el cometido para que fué creada por Dios.

Las industrias aumentan; sus grandes serrerías, fábricas de papel, de curtidos, de cerámica, fundiciones, astilleros de ribera, fábricas de conservas, productivas almadrabas y otras muchas que no citaremos, harán de la vieja Ábila la favorita del África del Norte.

Y cuando, desde lo alto de la enhiesta fortaleza patinada por el vivir de los siglos, flamee al viento la enseña que todo un Imperio no logró arriar, los que sentimos el amor puro, aun no envilecido por la falta de fe en la raza, pediremos en una ardiente plegaria a esa morena Virgencita gloria del pueblo ceutí, y al Dios que colocó a España asomada a los balcones de Europa y a Ceuta guardiana contra los que intentasen rondar a la dama que para nosotros todo lo representa,



Murallas y foso del ángulo. (Siglo XVII.)

dé valor y entereza, honradez y patriotismo, a los que rigen su marcha, para que jamás alteren con sus resoluciones los destinos para Ceuta reservados por la Providencia, y, muy al contrario, dupliquen los esfuerzos para convertir el puerto mejor situado del mundo en lo que ha debido ser desde hace muchos años: el Hamburgo del África y del Mediterráneo.

★

Pinar de Ceuta y Faro.

★

Jardines de la Puntilla.

Jardines de la Real Sociedad Hípica.

Interior del templo dedicado a la Virgen de África.

CEUTA

«Tú sola, o siempre leal civdad quedaste
como exemplar del crédito y del honor.»

X.

La más antigua ciudad de la Mauritania; nada se sabe ciertamente del origen de su fundación y primeros pobladores.

La verdadera historia de Ceuta es desconocida en gran parte; su prehistoria, incomprendida; su protohistoria, nebulosa. Interminable sería citar cuantos textos se han ocupado de esta materia, coincidiendo casi todos en que fueron los cartagineses los que ocuparon la península de Almina, y, más tarde, los romanos, que fundaron en ella una ciudad. Las siete colinas sobre que se asienta ésta determinaron su nombre, y «Septen Fratres» fué llamada por sus fundadores, denominación que conservó bajo el poder de los godos dominadores de la península Ibérica, hasta que la supuesta traición de un nefasto gobernador, el conde Don Julián, abrió sus puertas a las huestes de Muza, invasoras de España y que en el Guadalete dieron fin a la Monarquía visigoda.

Bajo la denominación árabe Sebta (que significa correa, aludiendo a la figura que tiene su península y cacofonía de Septa romano) dependió del Califato de Córdoba, acuñó moneda en los tres metales, cuyos ejemplares son apreciadísimos por los numismáticos, y en sus radas se fueron formando aquellas escuadras poderosas que, unidas con las de Argel y Tánger, establecieron el dominio de la piratería en todas las aguas del mar Mediterráneo, viniendo a ser, como dijo un historiador, «la magnífica tienda de campaña elegida para reunir y cobijar las continuas expediciones musulmanas».

Recuperada Ceuta para la civilización cristiana y europea el 14 de agosto de 1415 por el esfuerzo de las armas portuguesas, que dirigió personalmente Don Juan I de aquel reino, ha sufrido asedios sin cuento por parte de la morisma; entre ellos, uno que duró más de treinta años y en el que hubo de distinguirse la esforzada Isabel Cabral. Durante la dominación portuguesa se construyeron sus potentes defensas, de las cuales se conservan casi todas, habiendo sido declaradas algunas, como el Foso del agua, monumento nacional. Cuando la unión de las dos naciones peninsulares, bajo el cetro de Felipe II, Ceuta formó parte de la nación española, continuando así por voluntad de sus habitantes, los cuales obligaron al gobernador portugués Francisco de Almeida a que declarase su fidelidad a Don Felipe IV, quedando Ceuta unida a la Corona de Castilla cuando Portugal obtuvo su independencia, por lo que mereció que se le concediera los títulos de «Siempre Noble, Leal y Fidelísima», que historiadores de aquella época glosaron diciendo: «Quedaste, Ceuta, estimada por la más gloriosa estrella de la Monarquía española» y «Nunca exemplares de rebeldes viciaron tus hijos y civdadanos leales...» Por el Rey Carlos II fueron confirmados todos sus fueros y privilegios, otorgándole el del uso de las armas reales en su escudo, concesión que ya le otorgara Don Juan I de Portugal, respecto a las portuguesas, al tiempo de conquistarla. Ceuta, que por apatía de sus naturales ha perdido casi todos sus privilegios, conserva algunos, entre ellos, el regirse por el Fuero del Baylío, que consiste en la comunidad de bienes al contraer matrimonio sus naturales, y está exenta del pago de ciertos tributos. La ciudad, coronada por las siete colinas que le dan el nombre, está situada en la costa septentrional de Marruecos y a la entrada oriental del estrecho de Gibraltar; a los 35°, 53', 42'' de latitud norte y a los 1°, 36' y 43'' de longitud oeste del meridiano de Madrid. Por su clima excepcional y benigno, Ceuta está llamada a ser gran centro de turismo y es una estación termal de invierno, ya que su temperatura no desciende casi nunca de los diez grados, y de agradable estancia en verano, ya que, rodeada de mar como se encuentra, las brisas marinas no permiten elevar la temperatura de los 28 a 30°, gozando de bellos paisajes y perspectivas. Por su situación geográfica y sus franquicias, Ceuta debe ser el gran puerto comercial del Mediterráneo, centro de manufacturación y depósito que facilite las relaciones entre el oriente y el norte de Europa, así como el del comercio entre los puertos del mar latino y América. Es y debe ser el puerto natural de Tetuán y de toda la zona española de Marruecos, debiendo aspirar a serlo de la zona francesa, por proximidad, facilidad en las comunicaciones y economía en los transportes.

Palacio municipal de Ceuta.

Ceuta, población de 50.000 habitantes, progresa y se desenvuelve activamente, siendo sus competidores Gibraltar y Tánger, y éste es el problema que el Gobierno trata de resolver, pues una de estas tres ciudades ha de prosperar y anular a las otras dos, y Ceuta tiene la ventaja de dominar el centro del estrecho de Gibraltar y ser puerto de refugio de más fácil acceso. Las medidas de buen gobierno deben dar facilidades a su tráfico mercantil, desgravándolo de gabelas e impuestos y atendiendo a la terminación de las obras de su puerto antes que Tánger construya el suyo o cambie la orientación del calpense, hoy desenvuelto con preferencia en sentido militar y de fortificación, base de carboneo y refugio seguro de la potente flota británica.

El puerto de Ceuta, que ya es una bella realidad, tuvo una gestación difícil y laboriosa y desde hacía mucho tiempo constituía una noble y patriótica aspiración de estadistas y políticos. Ya el año 73 del pasado siglo, el coronel de Ingenieros N. Cheli decía en un folleto sobre las necesidades de Ceuta: «llamamos de un modo preferente la atención general sobre el puerto de Ceuta porque por su situación, tan magnífica y especial, es la clave o base precisa para después iniciar todo cuanto debemos hacer para comunicarnos, explotar e influir por todos conceptos en Marruecos y aun el extendernos por su territorio.» En 1883, el comandante general de Ceuta, don José Pascual de Bonanza, dice en una Memoria al Gobierno: «Vemos, por lo tanto, que la bahía de Ceuta, por el resguardo que tiene respecto a los mares y vientos más peligrosos, por su ventajosa posición en el Estrecho, por el buen fondo, profundidad conveniente y por la figura regular de sus orillas, cuyos extremos avanzan igualmente al mar, reúne todas las condiciones necesarias para poderse construir en ella un buen puerto, sin tener que recurrir a combinaciones difíciles.»

Hoy el puerto está casi terminado y en explotación en su mayor parte, con seguridad absoluta dentro del mismo, y, no solamente hay abrigo en el interior, en una superficie de más de 110 hectáreas, con calados de cuatro a veinte metros, sino que dispone de una línea de atraque en el dique de *Poniente para 12 ó 14 vapores* de los que frecuentan este puerto, con una eslora media de 90 a 100 metros.

Actualmente hay en explotación en el dique de Poniente, con 35 metros de ancho, su primera alineación, de 120 metros de longitud y con calados de dos a cuatro metros y que se destina al tráfico de veleros; la segunda y tercera, con 240 metros de longitud cada una y calado medio de 9,50 y los 540 metros de la cuarta alineación con el mismo calado al pie del muro de atraque, y hasta 18 metros en el fondo natural del puerto. Se está ultimando la quinta alineación de este dique, que tendrá 250 metros de atraque, con calados semejantes a los de la cuarta alineación.

En el extremo de este dique se está construyendo el morro terminal, y adyacente al mismo por el interior del puerto se construye un espigón de 50 metros de longitud y 35 de anchura, que será utilizable para barcos de eslora reducida, y cuyo fin principal es tratar de evitar la entrada de la resaca a lo largo del muelle por su muro de atraque, haciendo más cómoda la permanencia de los barcos atracados al dique de Poniente.

También está en explotación, en la parte de levante de éste, un muelle provisional en el que se desarrolla el tráfico de veleros y vapores, cuando no hay atraque en el de Poniente, y la parte del dique de Levante que dejó construída el ramo de Guerra y que tiene calados reducidos. En el dique de Poniente, hasta la fecha, hay establecidas tres bocas para el servicio de aceite combustible. Por cada una de estas tomas, los buques pueden dejar o tomar aceite combustible a razón de 300 toneladas por hora.

Corresponde esta instalación a la concesión otorgada a la Sociedad Ibarrola «Depósitos de aceites combustibles», que en terrenos inmediatos al puerto, y unidos al mismo por dos tuberías de 25 centímetros de diámetro, tienen hecha una magnífica instalación de esta clase, con tres depósitos de 8.200 toneladas cada uno y cuatro depósitos medidores de 240 toneladas, casa de máquinas, etc. y un magnífico edificio para oficinas y viviendas del personal directivo.

Hay establecida a lo largo de la galería de servicios de este muelle, por las que también van las tuberías de aceite combustible, una tubería de 12,50 centímetros de diámetro para el abastecimiento de agua potable, con un gasto medio, cada una de las varias bocas establecidas, de 60 toneladas por hora, lo que proporciona un rápido servicio de aguada en este puerto.

En la última parte de la cuarta alineación de este muelle de Poniente, varias Sociedades han establecido depósitos de carbón, los cuales, en unión del pontón de la Sociedad de Carbones de Ceuta, que hay fondeado en el antepuerto, dan abasto a los vapores mercantes o de guerra que necesitan repostarse de aquel combustible. Estos depósitos de carbón se extenderán por la quinta alineación el día que esté en condiciones de prestar servicio.

Todos estos servicios, tanto los de muellaje como los de aguada, carboneo y aceite combustible, han sido auxiliares eficacísimos para el Ejército

Detalle de la escalera del Ayuntamiento.

en las últimas operaciones militares en el protectorado español, y toda la flota de operaciones se encontró atendida, aun en dias de gran aglomeración.

Los más grandes buques de nuestra Armada han repuesto en breves horas, atracados a los muelles, sus provisiones de agua, mazut y carbón. También han venido a repostarse de mazut transatlánticos de la categoría del «Leonardo de Vinci» y el «D'Artagnan», éste de 20.323 toneladas de desplazamiento y 172 metros de eslora, que han encontrado fácil acomodamiento en el dique de Poniente, y actualmente tienen establecido en Ceuta sus escalas algunas Compañías de grandes transatlánticos, tanto a la ida como a la vuelta de América.

El muelle Alfonso XIII, que cierra el puerto y lo separa del antepuerto, tendrá 540 metros de longitud y 60 metros de anchura, con atraque por ambos lados y 9,50 metros de calado en su mayor parte. Este muelle, en el que se trabaja con toda actividad, es de esperar que podrá abrirse al servicio público a fines del mes de mayo de este año.

Como complemento de estas obras que están en ejecución, muy avanzadas, se proyecta para la parte de levante del puerto un dique muelle de gran capacidad, para establecer en él una estación carbonera con todos los requisitos que exigen las más modernas instalaciones de esta clase. Este dique de Levante, cuyo proyecto está a punto de ser tramitado, tendrá 500 metros de longitud atracable por 35 de anchura y calado igual al del resto de los muelles del puerto, es decir, 9,50 metros. Sobre este muelle se podrán depositar 15.000 toneladas de carbón y unas 30.000 toneladas en la explanada adyacente.

Cuando este proyecto esté realizado, se completará el muelle con la instalación de medios mecánicos para la manipulación de carbones; cuatro torres de carga y descarga en el borde del muelle y puentes-grúas en el interior, los cuales, combinados con un completo sistema de vías y vagones-cubas, harán posible el rápido despacho de los barcos que hayan de carbonear en este puerto. También se ha mejorado el servicio de viajeros, habilitando en la segunda alineación del dique de Poniente una estación para el transbordo de aquellos que directamente pasan del vapor al tren, o viceversa, en la que, frente al vapor correo de Algeciras, encuentran concentrados los servicios de billetaje, facturación, aduana, etc., y de este modo se hace más fácil y cómoda la comunicación entre España y el continente africano.

Este servicio se trasladará al muelle de Alfonso XIII tan pronto como éste se abra al público. Se prevé una amplia y cómoda estación marítima. El movimiento del puerto en el año de 1927 ha sido de 201.771 toneladas de importación general y 9.957 de exportación,habiendo entrado en el puerto 1.864 vapores con un tonelaje de 1.004.855 y 731 veleros con 23.950 toneladas y un movimiento de pasajeros de 30.989 entrados por 29.970 salidos.

La industria más importante de Ceuta es la pesquera, existiendo 12 fábricas de salazón y conserva, en la que tienen ocupación de 3 a 4.000 obreros, explotándose en su término la antigua almadraba «Aguas de Ceuta», de la que es concesionario D. Bonifacio López Pastor, quien paga al Estado un canon de 301.000 pesetas anuales, lo que da idea de la importancia de esta concesión, ya que la pesca en esta almadraba, que es solamente de redes, sólo dura seis meses, de 1 de mayo a 31 de octubre.

Otras industrias, aunque en pequeñas escalas, como fábricas de muebles, cerámicas, fundición, curtidos, lunas y vidrios, atienden a las necesidades de la localidad y ciudades de nuestra zona de Protectorado, no pudiendo extenderse por la península por tener que pagar elevados aranceles aduaneros.

Los servicios públicos de alumbrado eléctrico y abastecimiento de aguas, si bien responden a las actuales necesidades de la localidad, pueden ser susceptibles de mejora, los cuales forman parte del programa de reformas de la actual Junta municipal. En menos de un lustro, el capital particular ha invertido más de 15.000.000 de pesetas, construyendo sólidas y grandes casas de estilo moderno, verificando una importante transformación en la edificación urbana y resolviendo en parte el problema de la vivienda. En el campo exterior, hasta los límites de los terrenos de soberanía, también se han invertido importantes capitales en la construcción de viviendas, que forman populosas barriadas con un total de más de 15.000 almas.

La Junta municipal administrativa, integrada por elementos civiles y militares, con un Estatuto especial para su régimen, es el organismo que, por R. D. de 12 de octubre de 1926, ha sustituído al antiguo e histórico Ayuntamiento constitucional, y dicha Junta se ocupa febrilmente, dentro de los límites de su presupuesto, pues el Estado no subviene con nada para reforzarlo, en la implantación de reformas y servicios necesarios e ineludibles que afectan al visible desarrollo de los intereses morales y materiales de la localidad, y para la completa realización de éstos, la Junta municipal trabaja en la contratación de un empréstito de 16.000.000 de pesetas, empréstito necesario, dada la urgencia que demandan imperiosas necesidades y la limitada capacidad tributaria del acervo común.

De llevarse a cabo el empréstito, la Junta tiene proyectado y estudiado la construcción del alcantarillado general, Hospital municipal, Instituto de segunda enseñanza, Escuela elemental de Industria, seis grupos de escuelas graduadas y tres de escuelas rurales, mercados, matadero, bolsa de contratación y pescadería y plan de urbanización. En la actualidad la Junta municipal sostiene, a más de los servicios inherentes al Municipio, otros especiales, como Institución de la Gota de Leche, farmacia y laboratorios químico y bacteriológico, Sifilicomio, Cantinas escolares y otros.

El palacio municipal, recientemente terminado, legado precioso de los desaparecidos Ayuntamientos, es un edificio de sillería de estilo renacimiento moderno, cuyo valor ha sobrepasado de 2.000.000 de pesetas. Sus regios salones de actos y sesiones, de estilos Luis XV y renacimiento español, respectivamente, están decorados y amueblados con gran lujo, siendo la admiración de cuantos los visitan, igualmente que sus demás dependencias.

Los medios de comunicación han mejorado mucho en estos últimos

La Virgen de África, Patrona de Ceuta.

tiempos, haciéndose rápida y cómoda travesía de una hora entre esta ciudad y Algeciras. Existe línea férrea de 44 kilómetros que nos pone en comunicación con Tetuán, contándose además con buenas Compañías de automóviles para el servicio de pasajeros entre Alcazarquivir, Larache, Arcila, Tánger, Tetuán y Ceuta, que reducen el viaje a veinticuatro horas desde Larache a Madrid, veintiséis desde Tánger, veinticuatro desde Tetuán y veintitrés desde Ceuta. Contamos con líneas marítimas directas y con salidas fijas con el archipiélago canario, Sevilla, Málaga, Gibraltar y Barcelona.

Vista del puerto de Melilla.

PASADO, PRESENTE Y PORVENIR

DE

MELILLA

POR

CANDIDO LOBERA
PRESIDENTE DE LA JUNTA MUNICIPAL

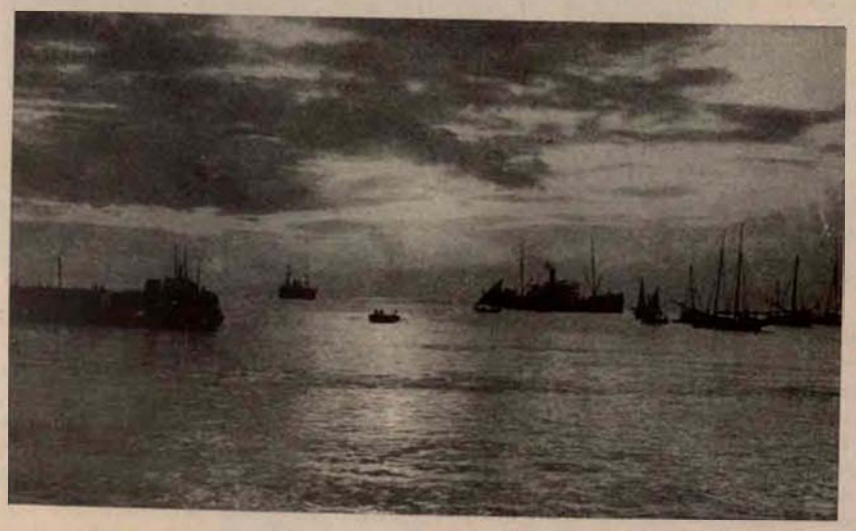
kba-Ben-Nafa, el feroz apóstol del islamismo, o tal vez aquella extraordinaria Dino, de sobrenombre la Kahena (adivina), sacerdotisa bereber, destruyeron la Rusadir de fenicios y cartagineses, de griegos y romanos, de vándalos y bizantinos. Sobre sus ruinas, según Abul-Kasen, un emir de los Beni-Yfren, llamado Melil, edificó la Melilla árabe, ganada para España en la última década del siglo XV por un capitán de la casa ducal de Medina Sidonia.

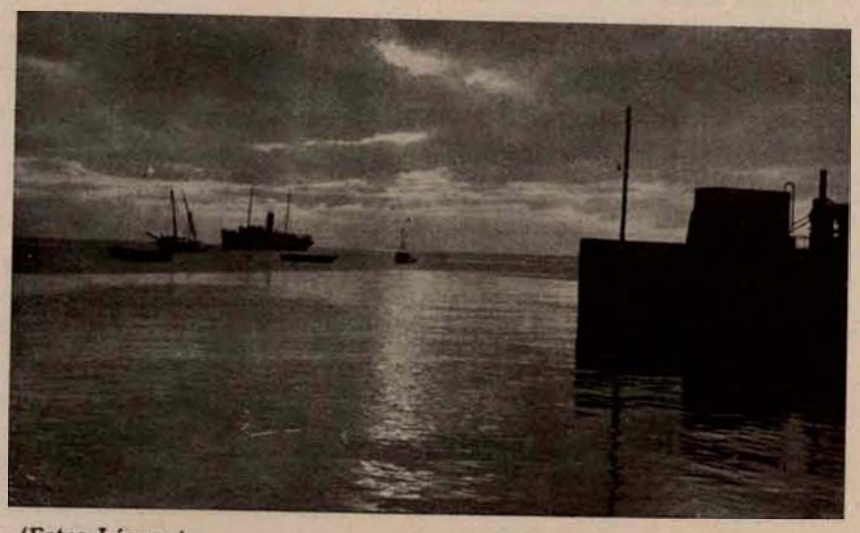
Siglos y siglos vivió muriendo tras las pardas murallas, olvidada de la metrópoli y de los Gobiernos; sitiada por las iras de un pueblo bárbaro, fanático, celoso de su independencia, y por temporales y piratas. ¡Qué de vigilias y quebrantos, agonías y tristezas soportaron los defensores, sin perder la fe en Dios, con la mirada fija en la Patria!

¡Terrible siglo XVII para Melilla! Se la tiene en tan grande abandono, que la guarnición efectúa salidas para la conquista de víveres, hallando gloriosa muerte los gobernadores Sotomayor y Ramírez de Arellano. Completa el cuadro un terremoto que el 5 de agosto de 1660 destruye fortificaciones y viviendas. Fiel reflejo del anterior es el siguiente siglo. Su último tercio registra largo y prolongado asedio, cuyo término conmemora anualmente la ciudad el 19 de marzo. Durante el siglo XIX continúan luchas y emboscadas, destacándose las de 1863-71 y 93, con motivo de la demarcación de límites, desviación del río Oro y construcción del fortín de Sidi-Auriach.

Sólo cuando obramos enérgicamente, y a la agresión sigue proporcionado castigo y se busca a los rifeños en sus madrigueras, respetan el nombre de España. El general Buceta figura entre los contados intérpretes de la política que sintetiza esta sabia frase de Sancho IV: «En la una mano tengo el pan y en la otra el palo.»

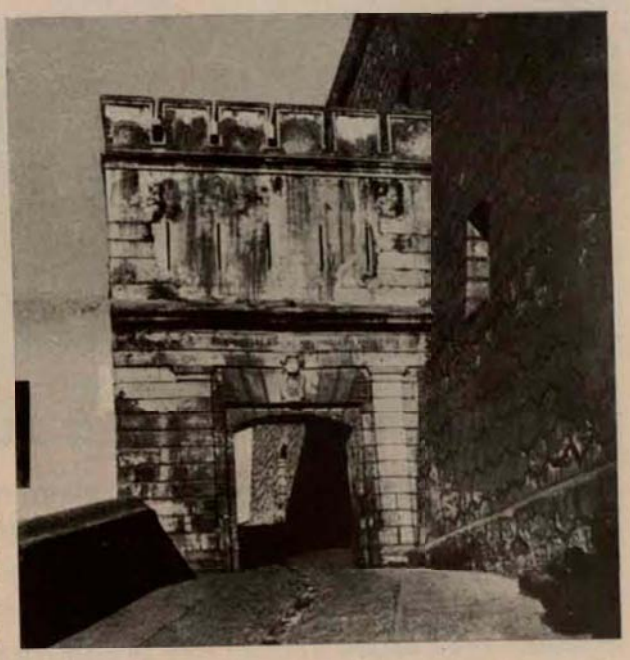
Unidos íntimamente el soldado, el hijo y el vecino de Melilla,





Amanecer en el puerto. (Fotos Lázaro.)

La plaza de España.



«Puerto del Mar», o de la Marina, que da acceso a la acrópolis, construída en 1706.

consolidaron la conquista de Pedro Estopiñán, ofrendando sangre y vida en defensa del solar patrio. Merced a esa colaboración fraternal y vigorosa, enérgica y pujante, llegada la hora de aquilatar derechos, fueron reconocidos los de España sobre el agreste suelo del indómito Rif.

El pasado de Melilla, espejo de las virtudes de la raza, nos habla de voluntades férreas, de energías poderosas...

* * *

Imposible exponer en los reducidos límites de un artículo el brillante resultado de las actividades forjadas del Melilla actual. Sinteticemos.

La ley de puerto franco de 1863 inicia la expansión de la ciudad, que adquiere nuevos impulsos en 1893-1909 y 1921. Su historia contemporánea arranca de la segunda de las indicadas fechas. El general Marina rompe el círculo de hierro que asfixia la vida melillense, y nacen nuevos barrios, que besan ya los antiguos límites. La superficie edificada pasa de trescientos mil a un millón de metros cuadrados; los cuatro mil edificios que cuenta, no pudiendo albergar a cuantos llegan, han de completarse con barriadas de barracas. Las obras de beneficencia alcanzan extraordinario desarrollo. El Comedor Popular Reina Victoria facilita raciones económicas y también gratuitas a cuantos las demandan. La Gota de Leche, Asilos de ancianos y niños son pujantes instituciones, como las Cantinas escolares, sostenidas por la Asociación General de Caridad.

Antigua fortaleza de Melilla.

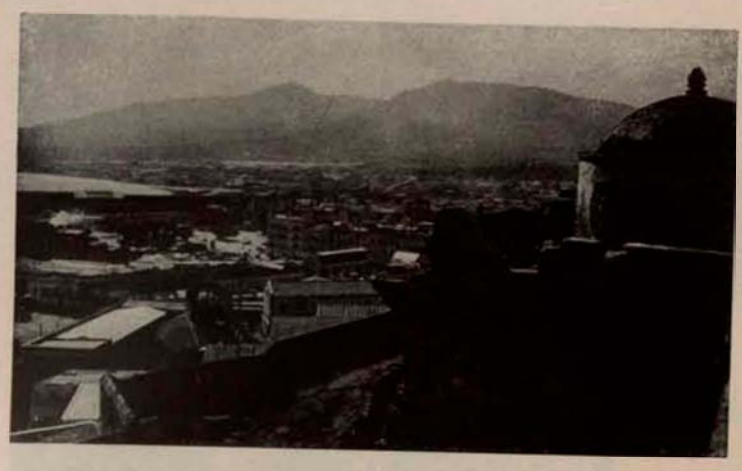
Modernos grupos escolares difunden la primera enseñanza, y el Instituto General y Técnico Reina Victoria, la de segundo grado. Melilla cuenta un número de escuelas superior a las de su censo escolar.

En 1915 fué construído el colector general, y en períodos sucesivos la red completa de alcantarillado. Hospitales y edificios militares tienen agua potable de Tigorfaten. Las de Yasinen llegan hasta el Barrio Real, captadas en un barranco del Gurugú. Ahora, mediante concurso de proyectos, se hará el abastecimiento general de aguas alumbradas también en ese y otros barrancos del Gurugú.

Se suceden las reformas urbanas. Tiene la ciudad moder-

Plaza de Menéndez Pelayo.

Entrada a la calle de Alfonso XIII.



Vista de Melilla desde la antigua fortaleza.

nísimo matadero, buenos mercados, y pronto un empréstito embellecerá la entrada marítima, remozará el pavimento de los barrios de la izquierda del río de Oro y se acometerá la desviación de su cauce.

El año 1904 colocó S. M. el Rey la primera piedra del puerto, y ya ha sido aprobado el proyecto total, cuya subasta se anuncia por valor de millones de pesetas. Es la obra más importante para el desarrollo económico de la zona oriental del Protectorado.

Tierras yermas, barrancos pedregosos, estériles, sin vestigios de vegetación, castigadas por los zarpazos de los vientos y la lumbre de los cielos, han quedado transformadas en vergeles, merced al capital y al trabajo de hombres animosos, que no se detuvieron a examinar el título precario de la parcela concedida en usufructo en el campo exterior y legitimada, como la propiedad urbana, merced a la ley de 4 de agosto de 1922.

Entre los melillenses se halla muy desarrollado el espíritu de asociación. Hay entidades culturales, económicas, profesionales y de muy diversos órdenes, y no han existido jamás partidos políticos. Es el único pueblo de soberanía española que vivió al margen de las luchas de esa índole.

Del fomento de su comercio y población dan idea los siguientes cuadros estadísticos:

Años	Población	Guarnición territorial	Presupuesto municipal
	Habitantes	Hombres	Pesetas
1875	374	1.204	15.760,00
1885	3.651	1.500	36.825,00
1895	5.600	3.000	174.042,00
1905	9.177	2.753	452.155,00
1910	21.038	19.217	506.514,00

Paseo de las Palmeras, en el Parque Hernández.

Años	Población	Guarnición territorial	Presupuesto municipal
	Habitantes	Hombres	Pesetas
1915	32.655	36.674	1.931.525,00
1920	36.700	24.200	1.739.922,00
1925	52.548	41.110	5.590.579,50
1926	55.627	40.187	4.920.982,40
1927	53.747	29.366	4.920.982,40

De los presupuestos de 1925-26 y 27 se destinaron a obras nuevas más de un millón de pesetas.

Años	Importación	Exportación	Total Comercio
	Tms.	Tms.	Tms.
1875	1.300	234	1.534
1885	3.125	375	3.500
1895	3.088	815	3.903
1905	16.000	459	16.450
1910	75.000	1.134	76.134
1915	106.000	95.955	201.999
1920	87.000	435.530	583.197
1925	168.083	400.386	568.469
1926	163.679	486 147	649.826
1927	151.125	985.852	1.137.057

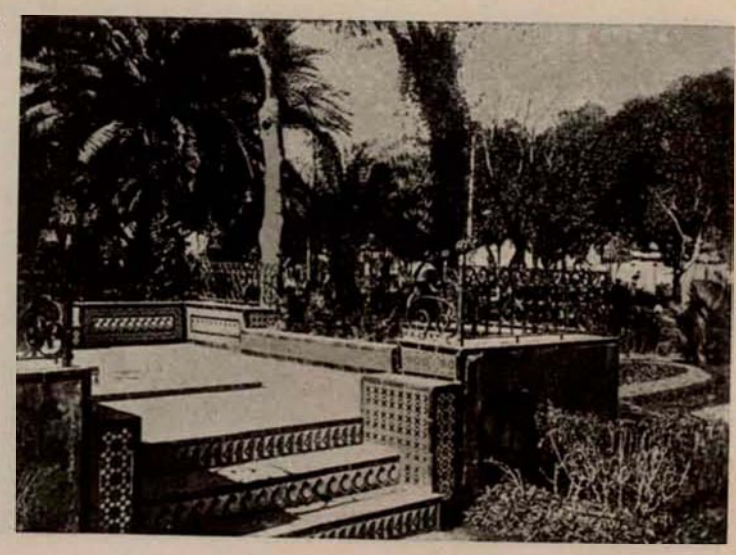
La exportación principal, casi única en los últimos años, ha sido de minerales. He aquí la proporción en 1927.

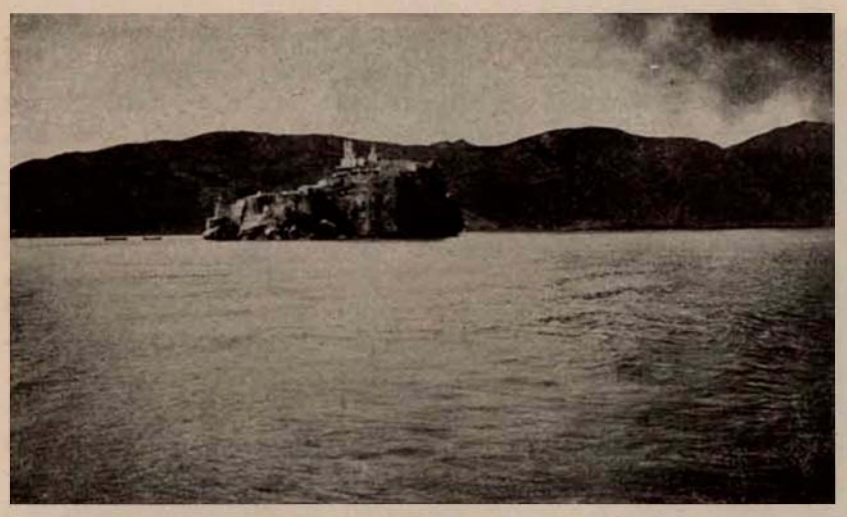
Hierro	Año 1927	911.353 Tms.
Plomo	Ídem	668 Tms.
	Total	912.021 Tms.

Este ligero balance habla también de voluntades férreas, de arrestos y energías vivificadoras.

Entrada al Parque. (Foto Lázaro.)

Rincón del Parque.





Vista del Peñón de Alhucemas.

La repatriación de tropas, consecuencia de la bendita paz obtenida en Marruecos, motiva una crisis económica. Melilla ha de luchar unos cuantos años con estrecheces propias del que habiendo nadado en la abundancia, por circunstancias fortuitas, vuelve a la normalidad y, sin perder entusiasmos, labora para la reconquista de la prosperidad perdida. La vida de nuestra ciudad se halla íntimamente ligada a la zona oriental del Protectorado marroquí. El fomento de sus riquezas naturales, que ahora se impulsa, la engrandecerán.

Un francés esclarecido, el marqués de Segonzac, hablando de la situación geográfica de Melilla, dice: «El día que se establezcan grandes explotaciones agrícolas y mineras en el norte de Tazza y valle de Muluya, sus productos buscarán salida por el puerto de Melilla, pese a todos los proteccionismos.»

Pronto ha ratificado este juicio la Compañía interesada en unas minas de plomo del referido valle. Ingenieros españoles y franceses estudian la prolongación hasta Guersif del ferrocarril Melilla-Tistutin, comprendiendo las ventajas de exportar el mineral por nuestro puerto con preferencia al de Orán, pues obtendrán una economía en el transporte de cerca de trescientos kilómetros.

Tipo de la cabila de M'Talza.

Un tipo de mujer mora.

Si las raíces del alma melillense, salvando el mar que nos separa de la Península, van a nutrirse en el propio corazón de España, las que sustentan su vida material, su economía, han de desarrollarse por los campos vecinos, como conviene a los altos intereses de España y de Melilla, agente activo de la colonización.

La política de España en Marruecos tiene que tender al engrandecimiento de los puertos de Melilla y de Ceuta, y paralelamente, al fondo de sus comunicaciones con el interior de Marruecos. El desarrollo de la colonización agrícola crea ya centros urbanos que, al enriquecerse, enriquecerán también a Melilla, verdadera capital del oriente marroquí.

Muchacha berberisca.

En plazo no mayor de quince años irrigarán las aguas del Muluya extensas planicies, y proporcionarán fuerza motriz económica a llanuras de más elevada cota, muy abundantes en aguas subálveas. Las minas estarán en plena explotación, y un bien estudiado sistema de cultivo acrecentará la producción en las mesetas y valles rifeños.

La red de carreteras y de ferrocarriles de la zona española habrá quedado enlazada con la francesa, y el turismo afluirá a esta región, misteriosa durante siglos y hoy completamente conocida y pacificada. Obligado cauce del tráfico será el puerto de nuestra ciudad, de inapreciable valor geográfico.

Melilla, escuela de energías en el pasado y en el presente, lo ha de ser también en lo futuro, ofreciéndose digna antesala del Rif, provincia marroquí ganada, como Yebala, para la civilización y el progreso, por el sacrificio de España, de su glorioso Ejército, y por la labor de hombres ilustres, a los que la nación debe gratitud eterna.

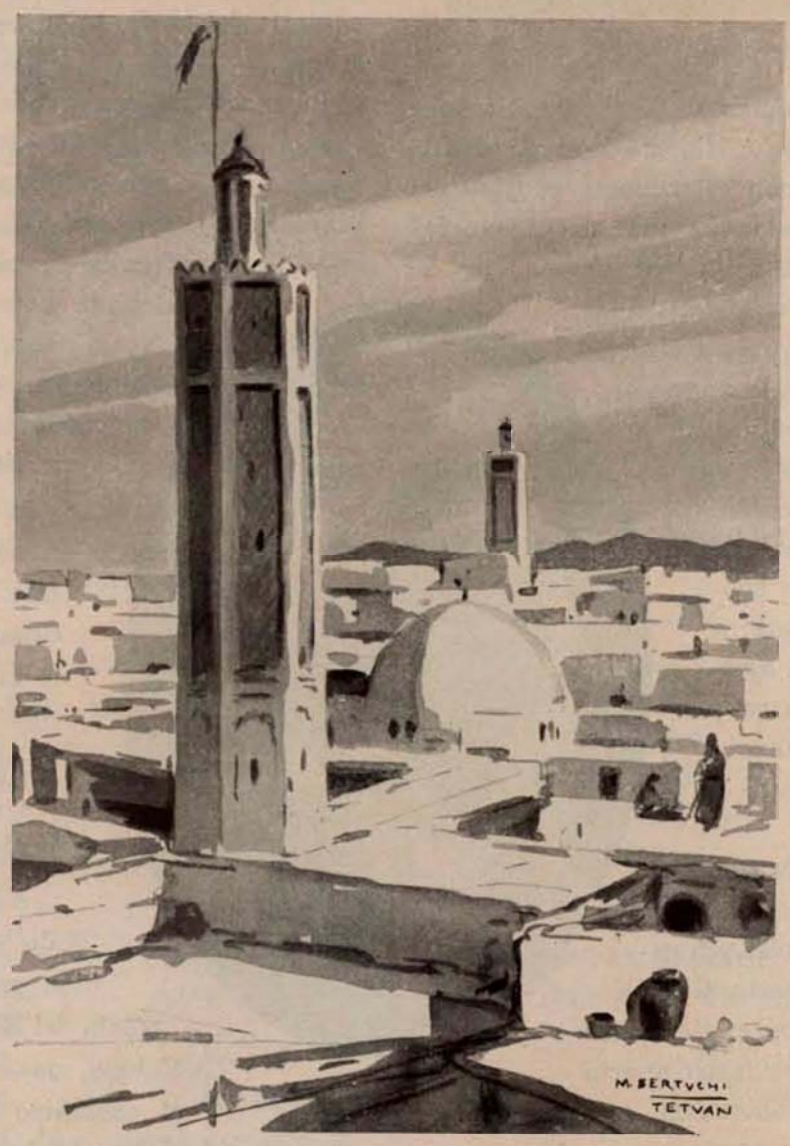
Vista parcial del Peñón de Vélez de la Gomera.
(Fotos Lázaro)

TETUÁN

POR

ENRIQUE ARQUES

Académico C. de la Real Academia de la Historia.



Tetuán está a poco más de cuarenta kilómetros de Ceuta, es decir, a dos horas de Algeciras. Y a tan breve distancia de las costas de España, de Europa, el viajero puede hallarse en una de las ciudades más típicas de Marruecos, de más recio carácter islámico, de más honda tradición bereber. Los ojos que aun guardan la impresión deslumbradora de las maravillas de Granada, Córdoba, Sevilla, aquí, en Tetuán, seguirán enamorados de la misma belleza, embriagados en la misma alegría luminosa. El corazón que supo gozar la sublime emoción ante la grandiosa majestad de los alcázares moros de Andalucía, ante la graciosa y alada arquitectura de aquellos palacios y mezquitas, que son como ensueños hechos realidad por la mano de Dios, también aquí, en Tetuán, temblará conmovido al hallarse frente al mismo pueblo que creó en España lo mejor de su arte y lo perpetuó en ese divino pensamiento que concibió a la Alhambra. Aquí están los bereberes españoles, huídos de su otra patria, que cayeron en decadencia al volver a su suelo y al desarraigarse de la gran civilización hispano-musulmana, vivida bajo el aliento poderoso del cristianismo, pero que aun supieron conservar en el trazado de la nueva ciudad que ensanchaban, las líneas y las proporciones de los pueblos que perdieron, aunque todo—arte y estilo—más humilde y más sobrio, más callado y más recogido, como si no quisieran mostrarse superiores a la gente ruda y sencilla que les cedían el hogar, como si temieran despertar ambiciones en sus pobres espíritus dormidos...

Pero si renunciaron a la belleza espléndida y decorativa, al atavío fastuoso de su fantasía, no negaron su alma, su propia alma, que dieron entera a la nueva ciudad que crecía sobre el rastro antiguo de la vieja Tagat. Y no borran su nombre, Tetauen, que en berberisco significa «los ojos», porque ellos dicen que los ojos son lo más bello de la vida. «Los ojos», también, porque Tetuán quería asomarse, por encima de Ceuta, la cristiana, a mirar la no olvidada tierra española, allá en la lejanía que parece tan cerca. «Los ojos», también, para contemplar siempre este hermoso paisaje tetuaní, que era como tener delante la propia Andalucía.

Y lo consiguieron. Todo en Tetuán guarda reminiscencia del pasado inolvidable. Todo está impregnado de la esencia sutil de aquella tradición. Barrios y plazas, calles y rincones, fuentes y baños, palacios y mezquitas, torres y murallas, todo conserva los rasgos inconfundibles del mismo arte imperecedero. Y la raza tampoco desmiente su abolengo nobilísimo. Sus familias más rancias llevan los apellidos de la estirpe ibérica. Sus hombres ilustres fueron los escogidos por los Sultanes de Fez como los más hábiles y discretos en el arduo oficio del gobierno y la diplomacia. Su cultura, que casi perdióse por las vicisitudes de su historia, tuvo en Tetuán el sostén valedor de sus alfaquíes famosos. Sus capitanes continuaron en el Imperio las hazañas heroicas. Sus poetas no han callado nunca. Sus alarifes llevaron a sus construcciones las normas clásicas de la arquitectura andaluza. Y las mismas artes mantuvieron sus maestros en labrar la madera, en forjar el hierro, en curtir las pieles. Y la misma gracia prodigiosa en la pintura decorativa... Diríase bien que Tetuán fué el principio de un Renacimiento lleno de ansias y fervores. Pero sobre todo—y esta es la característica que mejor señala a la ciudad como relicario del pasado—la galanía caballeresca de su señorío. Porque Tetuán, como Granada, como Sevilla, como Córdoba, como Toledo, es señorial.

Tetuán es ciudad religiosa, pero sin fanatismo. Todos los santos moros de Granada buscaron en ella refugio para su sabiduría. Y, siendo tantos, desbordaron su santidad por la costa de Gomara, sembrándola de ermitas, y subieron también hasta Xauen la fama de sus nombres preferidos de Dios. Y aun dicen que otros muchos, los más andariegos, se echaron por caminos más lejanos, llevando a otras ciudades su virtud milagrera. Sidi Abdel-lah El Fajar, Sidi Abdel-káder El-Tebbi, Sidi Mohamed Bu Meguit, Sidi El Mendri, Sidi Ahmed El Gazal, Sidi Iahia El Arab, Sidi Ali Bulokma El Andalusi, Sidi Mohamed Ben Ali El Garnati, Sidi Alí Bu Gáleb, Sidi Suhaili, Sidi El Attar...

Tetuán tiene numerosísimos templos. Más de veinte mezquitas (para predicación y oración) y otras tantas zauías (de Cofradías o particulares), y, además, muchos santuarios o «sied». Son bellísimas las mezquitas de Yamaa el Kebir, Yamaa el Baxa, Sidi Alí Berraisul, Sidi Abdel-lah El Hach, Lal-la Friya, Yamaa El Maamora Rabta, Yamaa El Yenui... Y las zauías de Sidi Mohamed Ben Aisa, Sidi El Hach Alí Baraka, Sidi Saidi, Sidi Abu El Abbas El Ceutí, Sidi Mohamed El Harrak, Sidi Ahmed Ben Nazar, Muley Abdelkáder Yilali...

Sobre la mancha blanca de la ciudad, toda hecha como de bloques de nieve, se alzan las graciosas siluetas de los minaretes,

Un rincón pintoresco.

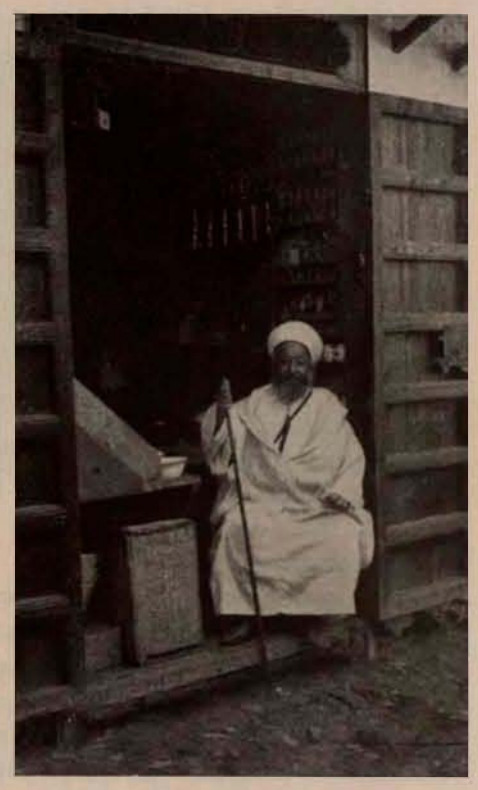
esbeltos, ligeros, airosos, recortados en la claridad resplandeciente del cielo azulísimo. Y es la torre más bella la de la mezquita del Baxa. Es la joya más venerable de Tetuán. El tiempo la castigó despojándola del reflejo de sus azulejos, que la vestían de una túnica maravillosa de colores, y casi está así más bonita con su pátina de oro viejo, más labrada por los siglos, que fueron puliendo sus líneas y dando más tenue suavidad a su primoroso contorno. Es, sin disputa, el minarete más bonito de Marruecos. También se destacan por su arte originalísimo la torre de la mezquita Grande, la de Sidi Alí Berraisul, la de Sidi Saidi...

La ciudad mora se divide en cuatro barrios: Metamar, Trankats, Suika y El Aiun. El primero es el de la aristocracia, el de los ricos palacios suntuosos, silencioso y tranquilo, sombrío y claustral, donde el sol apenas encuentra hueco para ir quebrando sus rayos en los arcos que cierran las callejas estrechas. El último, El Aiun, «los manantiales»—porque el agua juega en la alegría de las fuentecillas en todos los rincones—, es el popular, el bajo, el que rompe con su bullicio el hermetismo de la vida mora y llena las calles de alboroto y de animación, como trozos palpitantes de una acuarela viva. Los otros barrios son lo que podríamos llamar de la clase media.

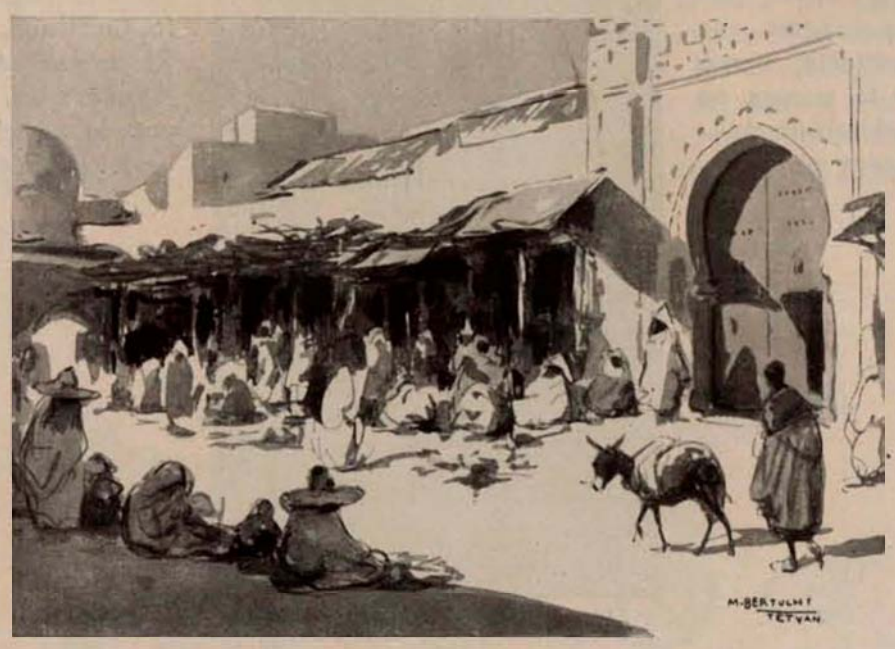
Las puertas de la ciudad son: Bab Remuz, Bab El Aokla o de la Reina, Bab Saida, Bab Yiaf, Bab El Mekábar, Bab Ettut o de Tánger, Bab Ennuader, Bab El Kazba y Bab Erruah. Cada puerta tiene sus tradiciones populares...

Los gremios se agrupan en barriadas, siendo interesantísima, como única en Marruecos, la de los babucheros, que forma el conjunto de calles de más típico exotismo que jamás viera el viajero del mundo.

Tetuán tiene unos rincones maravillosos. Garsa Kebira, la encantadora plaza, toda movimiento y color, que es como una batahola que aturde y seduce. El Usaa, donde han establecido su reunión los más cultos, bajo la grata sombra de un emparrado, junto a la zauía del santo ceutí Abu El Abbás. Y Sok El Foki. Y el *zoquito de la* Suika. Y Yamaa El Kebir, donde la vida curial, los sesudos notarios y los avispados picapleitos nos descubren una de las más íntimas visiones de las costumbres moras...



Alcalde de barrio.



Y sus tipos curiosísimos. El mendigo, que en cada esquina canta y llora. El aguador, que nos persigue con el tintineo constante de su campanilla. El curandero, sentado ante la botica ambulante, que extiende por el suelo las medicinas para todos los males. El memorialista, que es también brujo, y escribe cartas y recetas y cábalas para los encantamientos. El loco pordiosero, que ríe y gesticula y lleva sus harapos con el orgullo de un manto regio. Los músicos errantes, de panderos y flautas. El encantador de serpientes, maestro en sortilegios. El narrador de leyendas y cuentos, trovador de todas las tierras... Todo un mundo pintoresco, misterioso y absurdo, que puebla la calle marroquí y le da ese aspecto característico de estampa, tan viva y luminosa, que

Tienda mora. (Fotos Lázaro.)

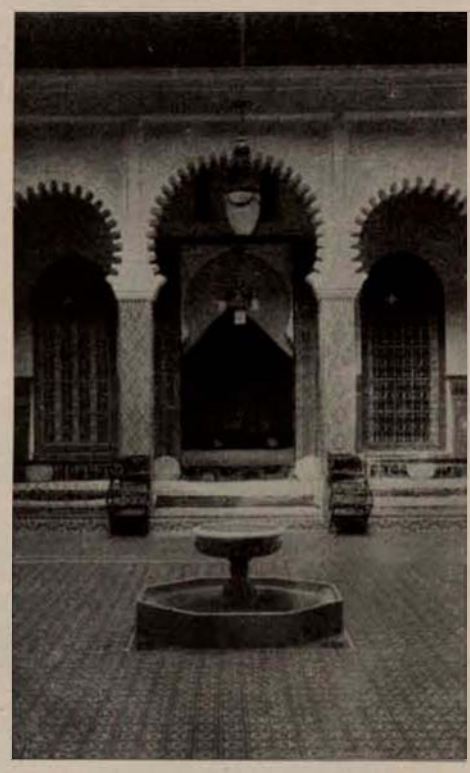
Entrada al zoco del Trigo.

no podría hallarse igual en ningún rincón del mundo.

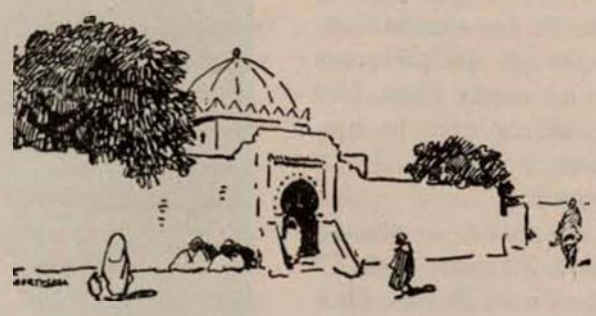
Vista general de Tetuán. (Foto Lázaro.)

La Judería. Las calles de la Judería son estrechas como las de los barrios moros, pero están bien alineadas y no se agachan tanto bajo los arcos. El pavimento está más urbanizado y las casas son de estilo particularísimo. Las fachadas están enjabelgadas de vivos colores. Las ventanas, graciosamente enrejadas, tienen aspecto de celosías andaluzas. En sus portales, adornados de mosaicos moriscos, hay cancelas labradas como las de los patios sevillanos. Algunas calles tienen nombre. «Real Armada», «Tesoro», «Maimón», «Bañadores»... Las calles de la Judería tienen alegría y luz, tienen sol y ruido, tienen vida. Como si quisieran hacer resaltar su modernidad en medio de la vetustez de la medina mora. Pero no niegan su carácter, que perdura y se manifiesta, como su alma, en toda la pureza de su tradición. Es el mismo pueblo bíblico, dulce y apacible, resignado y callado, sumiso siempre a la santa voluntad de su ley inexorable. Se incorporó a la civilización del mundo y camina con ella, mas sin acabar de mezclarse, sin querer confundirse. Abrió sin miedo su inteligencia a todas las disciplinas de la nueva cultura, pero encerró en su corazón, como un tesoro, el hermoso poema de su fe...

La visita a su hogar es un lazo de afecto ya para siempre. Nos unirá a él también el recuerdo de una antigua historia vivida con nosotros. Ellos conservan como su propia poesía clásica los más viejos romances españoles. Ellos saben hablar de aquella misma manera de entonces. Ellos nos contarán cosas de aquella época de nuestras mejores glorias. Son los mismos que antaño. Los mismos apellidos ilustres. Pariente, Toledano, Pinto, Cansinos, León, Ribas, Moreno... El limosnero del Rey de Castilla, Abudarham, nos dirá el esplendor de aquel reino que llegó a tanta grandeza...



Un patio. (Foto Cuadrado.)



Vista parcial de la plaza de España.

LARACHE

Es la segunda ciudad de la zona de protectorado. Ocupada por nuestras tropas en 1911, ha prosperado también grandemente.

Cuenta con una población civil de 16.518 habitantes: 7.040 musulmanes, 2.199 hebreos, 7.062 españoles y 217 de otros países.

Es la plaza de España donde se aprecia más la antigua y la moderna época de Larache, el paso de dos civilizaciones, y en la que se destaca con pujanza la obra fecunda de España en este pueblo desde el año 1911, fecha de la ocupación. Sus viejas murallas, derruídas en gran parte, sirven de contención al conglomerado de antiguas casas moras que asoman sus altas azoteas y ventanas por encima de los lienzos amurallados.

Su puerto, en la desembocadura del Lucus, se construye con grandes trabajos y dispendios, pues su barra, famosa por sus peligros y los desbordamientos del río, exige tales sacrificios.

En la actualidad, el puerto sostiene tres grúas de 10 toneladas para la descarga de mercancías y un muelle bastante amplio.

Los trabajos de dragado se siguen sin interrupción, y cuando el puerto se halle terminado, su situación en la entrada del Atlántico y en el comienzo de las rutas de penetración de Marruecos hará que Larache se aproveche grandemente del movimiento comercial.

PLANO DE LARACHE PVBLICADO Por el Doctor Bernardo Aldrete
en su obra
VARIAS
ANTIGVEDADES
DE ESPAÑA AFRICA
Y OTRAS PROVINCIAS

Impreso en Amberes, año M.DC.XIV.

La acción del protectorado se ha dejado sentir en Larache, construyendo edificios modernos, escuelas, teatros, dispensarios y abriendo grandes y hermosas vías.

A cuatro kilómetros de Larache y en la margen derecha del río Lucus se está trabajando en el descubrimiento de la ciudad romana de Lixus. Se han encontrado ya, en las exploraciones de la Acrópolis, un templo de Venus, un trozo de muralla romana y los restos de las necrópolis fenicia, cartaginesa y romana. También se ha descubierto la isla de Genra, que hoy es terreno firme, y que se trata no menos que de la que indica Plinio con el nombre de ara de Hércules en unos lados, y de templo de Hércules en otro. Con estos tesoros históricos y artísticos se está formando un interesantísimo museo, en el que ya figuran más de 2.000 objetos, entre los que se cuentan como de extraordinario mérito y valor una preciosa colección de terra sigilata, un trozo de mármol de Apolo, de la mejor época romana, y una cabeza del dios Neptuno, ambas esculturas encontradas en las excavaciones de Lixus.

En Larache se encuentra una de las manifestaciones más elocuentes de la obra civilizadora de España: el Campo de Experimentación. En él se estudian, de manera experimental y demostrativa, los diferentes cultivos adecuados a las condiciones agrarias del país y el modo de resolver los problemas de abonos y sistemas de cultivos más convenientes. Con los cereales y leguminosas de distintas variedades que se dan en el país se experimenta la viña, en sus clases europeas y americanas; el olivo, el naranjo, el limonero, las moreras y algarrobas. También se estudia el cultivo de las plantas forrajeras para regenerar el ganado indígena, el algodón y el ricino.

El Campo de Experimentación tiene un vivero que proporciona a los colonos e indígenas árboles frutales y de sombra. En 1925 se han facilitado 50.552 árboles de tres y cuatro años, repartidos fuera del vivero.

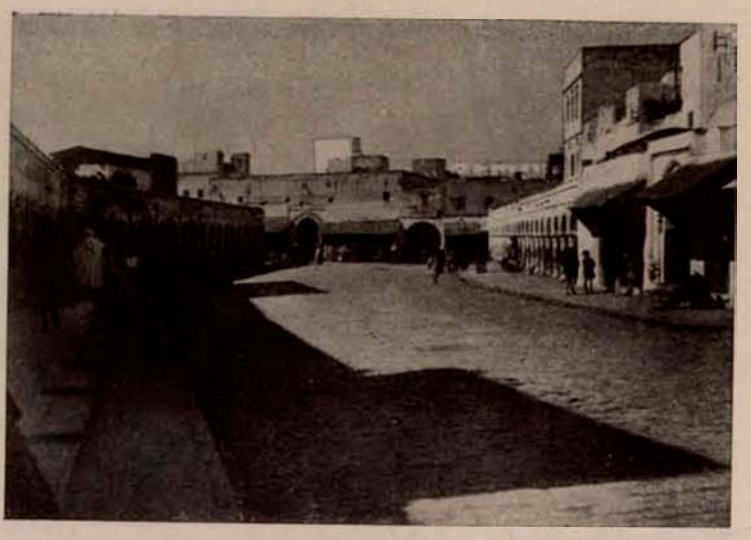
Dispone el Campo de trenes completos de trilla, de arados y sembradoras, que se facilitan a los aduares, enseñando su manejo a los moros. Se realizan también campañas culturales agrícolas, como desfonde de terrenos, roturaciones, plantaciones, extinción de plagas, alumbramiento de aguas, construcción de abrevaderos, apertura de pozos, etc.

El Campo de Experimentación de Larache es en sí un verdadero modelo de granja agrícola de altura, habiendo sido para ello preciso realizar una abrumadora labor en la preparación de los terrenos, captación de aguas, apertura de caminos, albergues de ganados, instalaciones de maquinaria y laboratorios, observatorio meteorológico, casa de capataces y casas para obreros indígenas, etc. Esta gran obra pronto habrá de verse complementada con la instalación de la necesaria estación pecuaria, llamada a ejercer tan marcada influencia en la ganadería de la región y de las diferentes industrias agrícolas, tales como la sericicultura, elaboración de aceites,

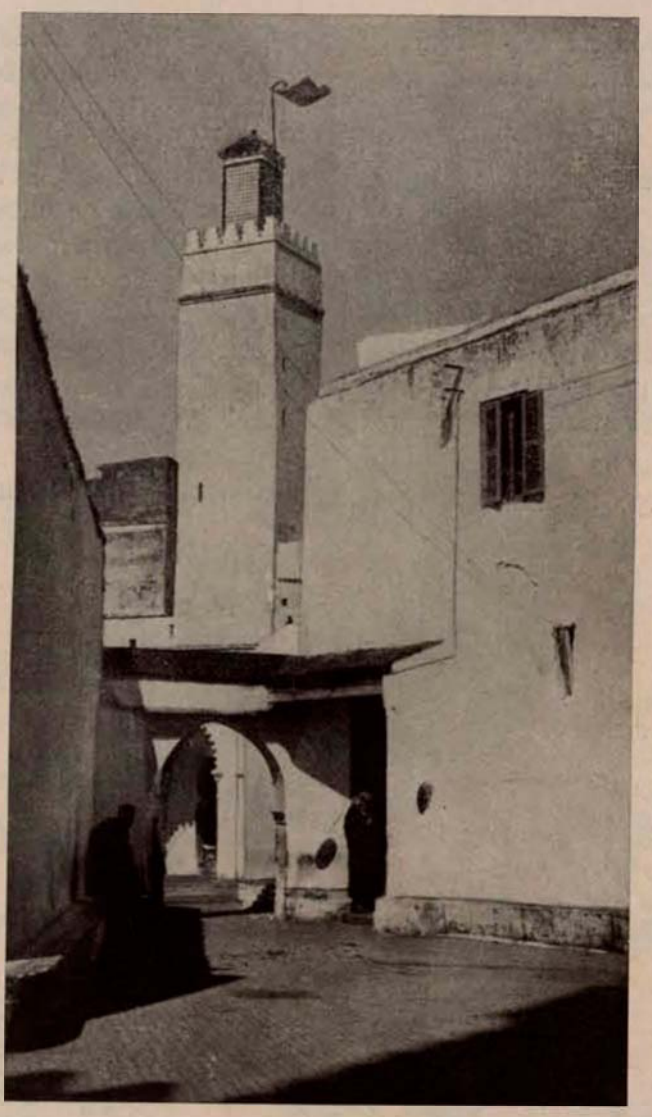
avicultura, apicultura, etc., y con una «escuela de obreros y capataces», donde se dé instrucción agrícola a colonos e indígenas, para formar de ellos una legión de verdaderos y útiles colaboradores en la acción pacificadora que se puede y debe realizar, incrementando la producción agrícola del país. Por el pronto, ya son bastantes los indígenas afectos al servicio del Campo de Experimentación que están recibiendo provechosísimas enseñanzas agrícolas en este centro, que honra la acción de España en Marruecos.

Ciertamente que no se limita a la acción del Campo de Experimentación de Larache la labor oficial del protectorado en el sector agrícola, pues tiene múltiples manifestaciones; fuera de ello, y en el terreno privado, existen laudabilísimos e interesantes esfuerzos de colonización agrícola, con muestras tan elocuentes como la intensa acción que la Compañía colonizadora realizó en las llanadas del Garet, poniendo en explotación muchos miles de hectáreas; la Granja Agrícola de Nador y las múltiples huertas, explotaciones de viñedo y cortijos a la andaluza que existen en la región de Tetuán y en los aledaños de Ceuta y Melilla. En todas esas empresas privadas, las labores se realizan a base del empleo de los brazos indígenas, y en muchas los propietarios moros de los terrenos están en asociación (por cierto escasamente originadora de litigios) con los colonos españoles y empresas de colonización. Es proclamar un hecho evidente el decir que en el terreno de las explotaciones agrícolas, indígenas y españoles se entienden asombrosamente, siendo los propios moros los primeros en reconocer la honradez, laboriosidad extremada y pericia perfecta de sus colaboradores españoles. Tan a la perfección encuentran el hecho de las asociaciones agrarias los indígenas que es quizás ello una de las causas esenciales por las que resulta escasísima la venta de terrenos agrícolas en el protectorado español y singularmente en la región de Tetuán y Larache.

El servicio de Montes ha puesto ya en repoblación la parte de duna comprendida entre Larache y la zona francesa, partiendo del vivero establecido al sur de Larache, y llegando en la actualidad a las proximidades de la



Zoco de Adentro.



Mezquita de la Alcazaba.

Una calle del ensanche de Larache.

Guedira, siendo el árbol elegido para la repoblación el pino piñonero.

Las gabas de Larache y Bu-Xarem, que forman un solo monte, y las de Jahel tienen verdadera importancia arbórea, y ya se han hecho en los dos primeros montes el desbornizamiento y limpia de los alcornoques y el aprovechamiento de las leñas de monte bajo; tanto en éstos como en el Jahel, pero singularmente en este último, hay grandes extensiones de repoblado joven en inmejorables condiciones de vida.

Por último, «los matorrales y espartizales» abundan en toda la zona, donde en grandes extensiones han sido ya objeto de aprovechamiento más o menos regularizado. Un solo aprovechamiento de esparto, adjudicado por subasta por tres años, dió un ingreso total de 162.544,98 pesetas, y eso que el precio del esparto era muy bajo, y siguió bajando, por lo que no pudieron hacerse nuevas subastas, cosa que no durará mucho, dado que el precio alcanza tipos remuneradores.

Para atender a la labor de repoblación tan necesaria en toda la zona, pero singularmente en el litoral, formando defensas para la agricultura contra la acción de los vientos y la invasión de arenas, cuenta el servicio de Montes del protectorado con los viveros de Larache y Río Martín, estando en vías de instalarse otro en Segangan para servir las necesidades de la región oriental. Con las plantas del vivero de Larache se han efectuado, desde el año 1917 hasta fines de 1925, un número de plantaciones que asciende a 297.000.

Además de eso, y por el mismo vivero de Larache, se suministraron a particulares y diferentes entidades civiles y militares 53.000 eucaliptos, 12.000 pinos y 9.000 árboles de distintas especies.

Por último, el servicio de Montes de la Dirección de Fomento del protectorado está terminando el establecimiento de la red de estaciones meteorológicas, cuyo material está ya adquirido, y que formarán dos grupos: el de «estaciones completas de primer orden», situadas en Tetuán, Ceuta, Larache, Fondak de Ain Yedida y faro de Morro Nuevo, y las «estaciones termopluviométricas», que se instalarán en Alcazarquivir, Arcila, Río

Estación del ferrocarril.

Martín, Rincón del Medik, Ixmuart, Cabo de Agua, Zalo y Monte Arruit. Todas ellas habrán comenzado a funcionar en la primavera última.

Aparte de lo dicho, hay en la obra del protectorado algo que merece notación y estima. Entre Larache y Alcazarquivir, frente al aeródromo de Ahuamara y en los terrenos de Smidel-Má, se encuentra la yeguada militar de este nombre. La idea primordial fué tener un establecimiento mixto de cría caballar y remonta; pero la yeguada militar tiene, además, una trascendencia que su propio creador tal vez no viera en un principio: trascendencia política, porque el moro de la región pudo apreciar bien pronto la obra de los españoles, y trascendencia económica, puesto que el establecimiento en cuestión contribuye a la regeneración de uno de los primeros productos pecuarios del norte de África.

En toda Berbería, y muy particularmente en Marruecos, el caballo moruno se encuentra en vías de completa degeneración, debido a muy diversas causas.

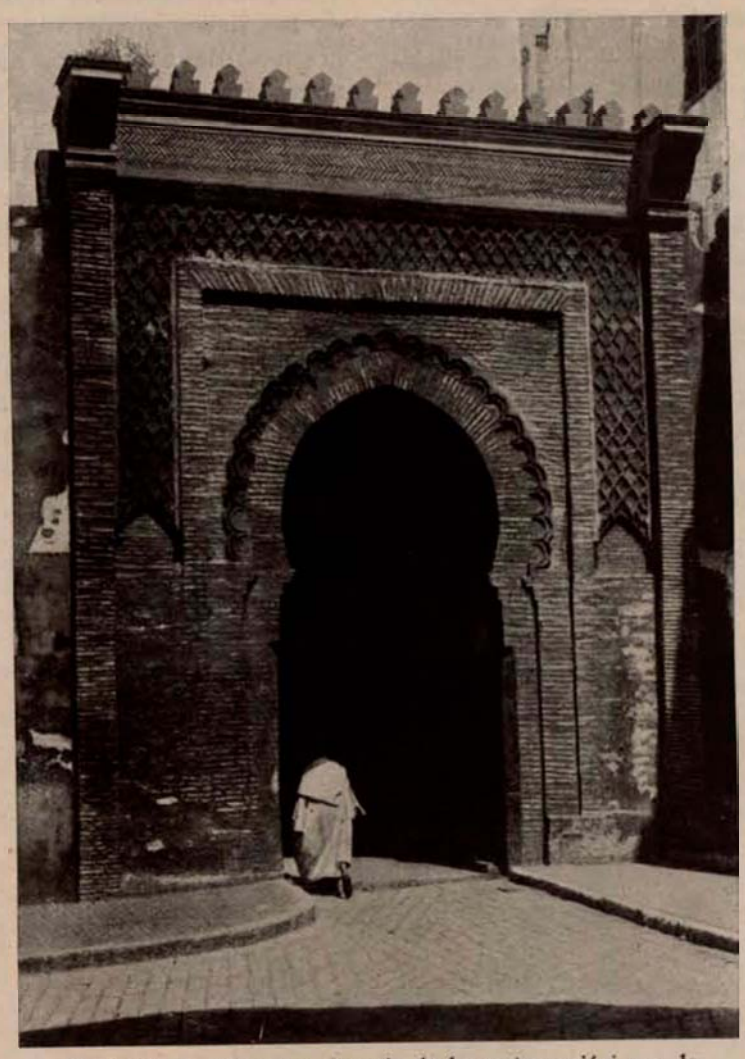
El caballo moruno es uno de los productos que España puede sacar de Marruecos, empezando por utilizarlo en las paradas que el Estado tiene en la península, pues el caballo árabe es un derivado de la raza berberisca, y a esa raza debe su nobleza, evitándonos el ir a buscar sementales árabes en Siberia y otros países de Oriente, cuando en su mayor número y con menos gasto podemos procurarnos en Marruecos sementales berberiscos.

La yeguada de Smid-el-Má representa el primer paso en la regeneración del ganado marroquí, siendo ya un centro importante de producción de ganado caballar moruno, a base de la selección y del cruzamiento con el árabe puro, único que da resultados positivos.

Este establecimiento militar sirve de parada, dejando a los moros la libre elección de semental, y tiene abierta constantemente la compra de yeguas y de potros. Algunos ejemplares de raza indígena proceden de los rebaños cerriles del Adir o yeguada imperial de Larache, que Muley Abderramán fundó con las yeguas cogidas en las «razias» contra las tribus rebeldes. Este establecimiento es, además, una granja pecuaria de primer orden, en la que se procura el mejoramiento de los ganados lanar, cabrío y vacuno y de las aves de corral. Hay allí excelentes ejemplares de cabras del país y maltesas, así como hermosos tipos de las razas ovinas indígenas, amiria, harcha y beldia.

La yeguada tiene la organización y el carácter de un gran cortijo andaluz. Bajo sus anchos paveros, sus zamarras y sus zahones, es difícil adivinar a los soldados convertidos en pastores y en vaqueros o entregados a las faenas agrícolas; porque hay que advertir que en los mismos terrenos de la yeguada se cultivan las plantas forrajeras que sirven de alimento al ganado.

ALCAZARQUIVIR.—A 40 kilómetros de Larache y unida a ésta por una línea férrea se halla la ciudad de Alcazarquivir, con una población civil de 13.000 almas, compuesta de moros, israelitas y europeos.



Puerta de la Alcazaba, después de la restauración por la Junta de Servicios locales.

Alcazarquivir está llamada a ser un importante núcleo de riqueza agrícola.

La acción del protectorado español se ha dejado sentir en esta ciudad como en las demás de la zona: escuelas, dispensarios indígenas, obras públicas, servicios urbanos, que han mejorado las condiciones de higiene y salubridad de la población.

La ciudad se compone en realidad de dos agrupaciones, perfectamente separadas por la gran arteria central de los dos zocos, que están construídos sobre el viejo cauce del río. Al sur se concentra el barrio de Bab-el-Uad (puerta del río). Al norte está el barrio llamado Ech-Cheraa, de construcción más reciente, y que constituyó, allá por el siglo XVI, un ensanche de la Medina.

En la parte más baja de la ciudad del sur construyó el gran Sultán almohade Yacub-el-Mansur (siglo XII) la mayor mezquita que hay en el norte de Marruecos, Yemás-el Kebir, y que

Arcos de la Alcazaba.

hoy constituye uno de los monumentos más notables de la ciudad. En su construcción se emplearon, como en la de Córdoba, materiales anteislámicos, y son muy interesantes algunas de sus columnas y capiteles, como asimismo una descripción griega del siglo III y otra romana, que está empotrada en el alminar.

El morabito de Sidi Rais es muy interesante. También es bellísimo el morabito de Lala-Fatma-la-Andalusia (siglo XVI), santa musulmana. Está rematado por una airosa cúpula, rodeada de doble corona de almenas, y un interior, profusamente adornado con yeserías y mosaicos de azulejos; es, indudablemente, el más bello monumento de Alcazarquivir, que resiste perfectamente la comparación con los más bellos trozos de la Alhambra. También es digna de tenerse en cuenta la puerta del santuario, como asimismo la gran urna de madera tallada y policromada que cubre la tumba de la santa.

De construcción moderna hay otros edificios que llaman la atención, entre ellos las escuelas de Alfonso XIII, el teatro del mismo nombre, los puentes sobre el río Lucus, el hospital de la Cruz Roja y otras debidas a la iniciativa particular.

ARCILA.—Siguiendo el litoral atlántico, más abajo de Cabo Espartel, bordeando hasta llegar al Aischa, que desemboca escaso cerca de unas ruinas que los romanos llamaron «Portus Mercurius», a 38 kilómetros de Tánger, se encuentra la ciudad de Arcila, la Saheli, la costera.

Tiene una población de 3.000 habitantes, aparte la guarnición militar, y está en los comienzos de su resurgimiento económico. La acción española se ha dejado sentir en todos aquellos servicios encaminados a su mejoramiento cultural y sanitario.

Se ha empezado la construcción de un pequeño puerto de refugio, del cual el dique alcanza una longitud de 320 metros, y se le dotará de todos los medios auxiliares para que no carezca de nada de lo preciso para su función.

Arcila posee una estación en la línea del ferrocarril Tánger-Fez.

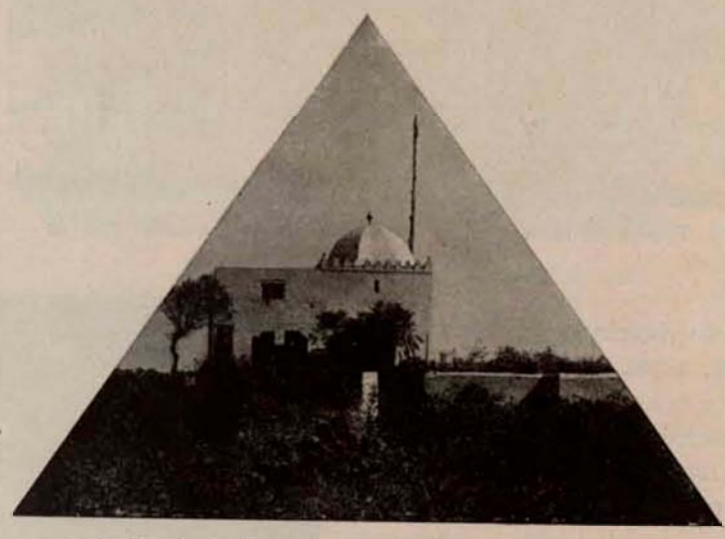
En el siglo XV la ocuparon los portugueses. Con vicisitudes varias vuelve a caer en manos de los moros, y el 27 de febrero de 1860 es bombardeada por la escuadra española que manda el almirante Bustillo; después del Convenio hispanofrancés de 1912, el gobernador de la plaza, el cherif Raisuni, un heredero de aquellos famosos guerreros de los llanos de Arcila y Alcázar, entrega a España las llaves de la ciudad.

El edificio más notable de ésta es el espléndido palacio mandado construir por el Raisuni para su residencia, sobre las murallas de la ciudad y dominando las aguas del Atlántico.

NUEVAS CIUDADES

España no se ha contentado con mejorar las condiciones de las urbes enclavadas en nuestra zona. Ha hecho más: ha creado nuevos centros de población, algunos de los cuales son ya verdaderas ciudades, que se alzaron merced a nuestro entusiasmo y perseverancia laboriosa allí donde antaño tenían su sede algunos miserables aduares morunos.

Tales, por ejemplo, son los pueblos de Nador, Zeluán, Monter Arruit, el Zaio, San Juan de las Minas, Cabo de Agua y la Restinga, en la zona oriental, y los de Río Martín, Malalien, Rincón del Medik y otros varios, en la occidental. Vive el comercio, y la protección al indígena se ejercita con el mismo entusiasmo y celo con que se dispensa en las principales ciudades de la zona. Justicia, cultura, sanidad, bienestar material, representan algo más que palabras y promesas vanas. Que así es lo demuestra el hecho de cómo conviven y se compenetran en estos centros de población las dos razas: la protegida y la protectora.



Santuario de Lala Menano, Patrona de Larache.

CIGARETTES LAURENS

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

XAUEN

(La ciudad del misterio del tiempo dormido)

por el

TEBIB ARRUMI

¡Detén la planta, caminante!

¡Deja que se abatan las alas de tu fantasía, anhelante por revivir las horas muertas del ayer, de las remotas épocas en que la vida era enfermedad menos febril, más equilibrada que esta vida de hoy, plena de agitación, de industrialización irrespetuosa, de mistificaciones absorbentes hasta de los propios tesoros naturales!

¡Detén la planta, viajero, ya que has llegado conmigo al «puerto seguro» del corazón, serenamente palpitante, de una raza durmiente en su pasado; al rincón—último quizás—donde aun se respira la patriarcal concepción de una existencia dulce, tranquila, sin nervosidades, vestida con los ropajes de suaves entonaciones y pliegues clásicos, propios de otros tiempos y otros hombres, más artistas, más contemplativos, más amadores de la única suprema verdad: Naturaleza!

Por cuenta del azar, complicado con los caprichos de la historia, este rincón, evocador de pasadas eras, costumbres y almas, está a las puertas mismas de la febril Europa: a unas horas no más de los puertos del azuleño Mediterráneo; ese Mediterráneo enturbiado por el paso de tanta y tanta ambición humana, disfrazada con los bellos nombres ultramodernos de civilización y progreso.

Es Xauen, «Xauen, la Misteriosa», la que ofrece dulce hostal a tus inquietudes retrospectivas, a tus anhelos de gustar lo que ya no existe y existió un día.

En una bella rinconada de Yebala, recatada en la quebrada que forman dos colosos de piedra, se te ofrece como visión llena de luz, ahita de color, rebosante de líneas puras. Es la ciudad fundada por aquellos hombres magos que, en España, en Andalucía y Castilla, derramaron joyeles espirituales plasmados en admirables monumentos arquitectónicos. Una ciudad de almorávides, de almohades, de moros andaluces, de hombres hermanos, padres o hijos, de aquellos mismos que concibieron y lograron la Alhambra, la Mezquita cordobesa, la Giralda sevillana...

¡Es «Xauen, la Misteriosa»!

¡Detén tu planta, viajero amigo, que en este remanso habrás de encontrar el gusto ácido de pasadas gestas, y un recuerdo, conservado aún en vibración, de lo que era el humano vivir en aquellos años finales del siglo XV, en que España empezaba a sentir los primeros vagidos de su naciente personalidad como nación europea, precisamente porque de España habían salido, para no volver, los africanos hijos de Alá, denominados Muyahidin, siervos de la dinastía Merinida, representada en el año 876 de la Héjira (1471 del cristianismo), por el Sultán Muley Sadi el Uatasi.

Puerta del Zoco, en Xauen.

* * *

Polo del Islam, santo entre los más santos del Mogreb, fué Muley Abdesselam, el animador del mahometanismo en Marruecos, y muy especialmente en el bereberizado Marruecos del norte del Uarga. En la cumbre del ingente Yebel Alam reposan los restos de aquel a quien aun se venera en todo el llamado protectorado español, una línea menos, pero no más de una línea, que al mismo Profeta.

Uno de sus inmediatos descendientes, el sherif Abul Yumara el Alami, siguiendo instrucciones directas del Sultán de Fez Muley Sadi, comenzó la construcción, en lugar estratégico de Yebala, de una ciudad fortificada que pudiese servir de centro militar contra las por entonces muy temidas expansiones de los cristianos (portugueses y españoles), adueñados de todos los puertos del norte mogrebino y de gran parte de los que baña el Atlántico. El declive de la dinastía Meridina manifestábase por aquel entonces más acusado que nunca; las mehallas de los Sultanes se desmoronaban apenas formadas, consumidas por la gangrena de una anarquía persistente, fruto de la falta de jefes de prestigio, tanto como de la constante carencia de recursos en las arcas del Majzén. El Sultán y su Gobierno no tenían otro medio que pactar con las cabilas la defensa del territorio contra los cristianos, esgrimiendo el espejuelo de la guerra santa, al mismo tiempo que se concedía a los combatientes el pleno disfrute del botín y la total exención de tributos al Sultán, por su guerrear contra los «Rumis».

La cordillera central de Yebala ofrecía colosal campo de defensa de los caminos fáciles para el acceso al interior del Mogreb, y así fué muy avisado el juicio de Muley Sadi al confiar a quien, por ser descendiente directo de Muley Abdesselam, gozaba en Yebala entera del mayor posible prestigio, la defensa de tales accesos. El Alami eligió las estribaciones y barrancada que forman los colosales montes Kala y Magó, en la afluencia del Najela y el Lau, para levantar la ciudad fortaleza de Xauen. No logró el santón ver terminada su obra; los portugueses, desplazándose de Ceuta, consiguieron llegar al corazón de Yebala, y en una algara-sorpresa dieron fin del sherif Abu-Yuamara, que pereció quemado entre las paredes de la mezquita de Sidi Bu Yemaa.

Las progresivas derrotas que los hijos del Profeta venían sufriendo en España justificaron el rápido trasiego a través del Estrecho de muchas familias de árabes-andaluces, granadinos, cordobeses y sevillanos, que volvían a instalarse en el solar de sus mayores, harto entristecidos por su derrota, pero llenos aún de la esperanza de un pronto y rápido desquite. Alí Ben Musa, noble granadino, afamado en su guerrear contra los cristianos, asentó sus reales en Xauen y se aprestó a continuar la obra comenzada por El Alami. Los barrios del Arrasin (sarraceno) y del Andalus ensancharon la comenzada ciudad amurallada; la llegada de los hebreos seguidores de los derrotados moros andaluces amplió aún más las lindes de Xauen, y las murallas hubieron de abrir no menos de diez puertas para permitir la vida agitada de la que pasó a ser, de reducto-ciudadela, verdadera ciudad, centro militar, comercial y fabril de toda la región Yebli. Tal preponderancia adquirió Xauen que el nuevo Sultán, Muley Mohamed, se vió precisado a darle categoría de principado, y su sucesor casó con la hija del sherif de Xauen, Muley Berrachid, celebrando sus fastuosos desposorios en la ciudad de Yebala.

Firme en su bien ganado prestigio vivió Xauen, hasta la época en que el Sultán destronado, Mohamed, vuelve a Marruecos con la ayuda inicial de Felipe II y la personal del Rey Don Sebastián, con el próposito firme de reconquistar su imperio. Y es cerca de Xauen, a las orillas del río Mejazen, donde el usurpador Abd-el-Meek da batalla a las huestes de Muley Mohamed y del Rey Don Sebastián. Lo más florido de la nobleza y de los guerreros xexuaníes perecieron en aquella contienda famosa, en la que pelearon con su gobernador al frente, y por el Rey legítimo. Los tres Reyes murieron en la jornada aquella, y cambióse allí en unas horas la historia del Mogreb, y en buena parte la historia de la misma Europa, por las derivaciones que tuvo en el encuentro habido en campos de Yebala, entre Arcila y Alcázar, en la región propiamente xexuaní.

La guerra civil desencadenada en Marruecos por la lucha entre la dinastía reinante y la sherifiana tuvo en Xauen su repercusión, gimiendo la ciudad bajo el cautiverio del Jadri Gailan, hasta que es reconquistada la plaza yebli por el Sultán Muley Rachid. Pero el espíritu de independencia de las tribus del norte de Marruecos no se avenía bien con la sujeción a las órdenes, tributos y vejaciones emanadas de Fez, y una familia rifeña, poderosa en la cabila de Tensaman, arma harca y logra apoderarse de Xauen, en donde domina largo tiempo, si bien siempre con las inquietudes de la total anarquía existente en el Imperio; luchas enconadas que tuvieron episodios trágicos, como el de la decapitación del santón gomari El Jonsi, cuya cabeza, hincada sobre la puerta de Fez, tuvo la virtud de extender la protesta rebelde y poner en armas al Ajamas y Gomara, las dos tribus lindeñas de Xauen, acreditadas como de insuperable espíritu guerrero y nunca mitigada sed de venganza ante las ofensas por sus hijos recibidas. Los Jonsis gomaris siguen siendo desde aquel punto dueños absolutos, guerreros invencibles y señores feudales, de ilimitado poderío en Xauen. Los cabileños del Ajamas, de Gomara, de Beni-Aros y aun de Beni Gorfet, tienen alianza con los Jonsis, cuya autoridad reconocen y acatan, y es vano todo intento por parte del Majzén fasi, el intentar anular ese poderío y dominio efectivo de una familia tan brava como bienquista en el país. Y son los descendientes de estos Jonsis los que al fin pactan con el Raisuni, si bien sin entregarse por entero a él, pero

reconociendo su categoría de Sherif Yebli, y prestándole fuerzas y recursos en sus luchas con los cristianos...

Luchas que vieron su fin cuando el talento militar de un eximio general español, D. Dámaso Berenguer, hoy con justicia ennoblecido con el título de conde de Xauen, llevó allí a las columnas españolas, en la inolvidable fecha del 14 de octubre de 1920. El general Berenguer escribió con su marcha, bien ideada y perfectamente ejecutada, una página de historia militar que, con satisfacción lo declaramos, hemos visto citada como ejemplo de admirable concepción y realización por los más afamados tratadistas militares de nuestra época en Europa.

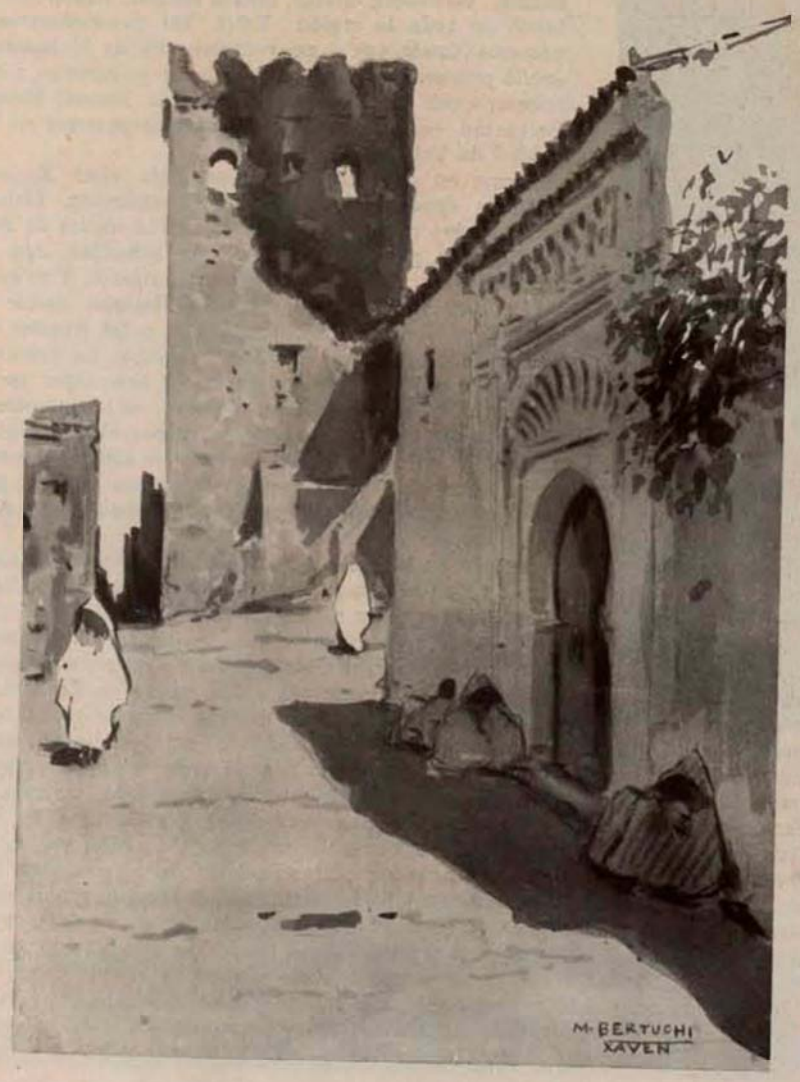
Hasta esa gloriosa fecha, Xauen, la del misterio, había sido tal para todo cristiano. El vizconde de Foucauld, primero de los exploradores europeos en Marruecos, consiguió penetrar disfrazado de hebreo en Xauen, a fines del pasado siglo; pero, advertida su presencia, tuvo que huir apresuradamente para no perder la vida, y en sus libros apenas si dedica leves descripciones a la que con tanta razón él mismo calificó de ciudad del misterio, hermética para el cristiano, santa para el musulmán, y en toda época hostil a la presencia de quien en ella o sus aledaños no hubiese visto la luz primera, aun cuando fuese hombre de la misma raza y religión del xexuaní. Fuera de las llamadas «siete cabilas hermanas», confederadas en la veneración de Muley Abdesselam, todo ser humano, durante más de cuatrocientos cincuenta años, fué siempre un extranjero y tuvo prohibida la estancia y aun la entrada en «Xauen, la del misterio».

* * *

¡Del misterio de su luz, de su aire, de su aroma, de sus aguas, de sus murallas, de sus alcazabas y mezquitas, de la hiedra de sus muros, de las nieves de sus picachos, de las rumorosas acequias que, como venas imprescindibles a la vida, llevan la transparente linfa, de calle en calle, por toda la ciudad; de sus naranjos, que florecen cuando en lo alto del Kala y el Magó, deslumbra la albura de su turbante de nieve!...

Es esta la sola ciudad de Marruecos que ofrece a los ojos del espectador la curiosa construcción de sus casas con techumbres de tejas, sin que ninguna de ellas presente las clásicas terrazas o azoteas indispensables a toda vivienda en Marruecos. Ofrece Xauen una visión gemela de la de nuestro granadino Albaicín, el Albaicín abrigado en los repliegues del monte, para menos sentir el vaho helado del Muley Hazem y para mejor guardar el aroma vivificante de sus cármenes, donde el azahar inunda de perfume sensual al hombre, mientras la flor del granado lo emborracha con su estallido de color.

Pero tiene sobre el Albaicín—y aun sobre cualquiera de las ciudades moras que aun conservan las bellezas que las dieron sus fundadores— la maravilla de su vieja Alcazaba, la emoción sin par de su terreón del Homenaje, recubierto de espesa hiedra, donde se deshilacha el sol, donde con la luna se dan cita los ruiseñores, y en las tinieblas lanzan sus maullidos las lechuzas. Es un algo más que medieval, un algo de ensoñación, espejo de época y arte nunca existido, sino más bien columbrado sólo por el calor de la mente preñada de poesía. Cualquiera de las calles de Xauen es lugar donde parecen vivir aún la vida contemplativa aquellas generaciones sólo nacidas para el arte en la paz, y para empuñar en la



guerra el hierro mortífero en defensa de la nunca bastante amada independenci y jerarquía señorial. Hay en el rumor de sus acequias música de trova a la dulzura de un vivir sedentario; hay en el frecuente encuentro con el xexuaní, envuelto en su jaique o arrebujado en su albornoz, sensación de latigazo puesto con fuerza sobre la sensibilidad moderna, con la estampa viviente del hombre que no se apresura, que no se agita, que no pierde—por ganar un minuto al tiempo—la dicha de dejar deslizar los días y los siglos en la quietud espiritual propia del fatalismo islámico.

Si como yo, viajero amigo, tienes la dicha de subir, aun en la agonía de la noche, por la tortuosa senda que escala los Miscrelas, o más aún la de la picuda cima del Kala, y desde allí contemplar puedes cómo la niebla inunda a Xauen al extremo de anegarla en su seno lechoso, hasta que el sol perfora el aliento del río, que gruñe a los pies de la montaña, y traspasa las vedijas cenicientas para arrancar y parir a plena luz dorada la vieja y bella ciudad, de señoriales perfiles, saturada de verdores, refulgente en sus encaladuras, chispeante en oros por el rebrilleo de las forjas que coronan sus murallas o peinan las kubas de sus mezquitas, habrás presenciado una de las más bellas estampas de línea, forma, color, y habrás podido recoger la sensación de palpitante vitalidad de un ayer muerto, sólo revivido para mostrar hasta qué punto perdió el hombre su don de apreciar la belleza, cuando hoy se halla tan distante de elegir como morada un lugar tal cual este de Xauen, supremo en su prístina belleza, quizás porque los que lo idearon y levantaron no hicieron sino seguir las normas dadas en bellos poemas por aquellos mágicos poetas orientalistas, capaces de imaginar el único arte verdadero: aquel que se compadece y compenetra con el de la misma naturaleza.

Es aquí, en este rincón de Xauen, ÚLTIMO QUE MERECE EN EL MUNDO LA CONSIDERACIÓN DE SER VISITADO POR LOS QUE AUN SIENTAN PALPITAR EN SUS ALMAS EL ÉXTASIS DE CONOCER Y BIEN SENTIR LO BELLO, donde se explica aquel apotegma del poeta islamita que reza: «tres cosas únicas pueden alejar el pesar de los corazones: el verdor, el agua y los rostros bellos». De estas tres bellezas está cuajado Xauen. Pero vosotros, los hombres ávidos de desentrañar misterios psicológicos, aun encontraréis la dicha de desvanecer la incógnita del alma de una raza, y daréis con la clave de muchas extrañezas e incompresiones observando en este mismo Xauen de hoy, cuando el sol en su viaje por el horizonte asoma por el cenit, desmaya en declinación o se incendia antes de hundirse en la noche, cómo el muezzin, enhiesto en lo alto del minarete que guarda el pie de la vetusta alcazaba, lanza su voz al cielo, y allí la deja prendida eternamente, día tras día, siglo tras siglo, para proclamar la gran verdad consoladora—adormecedora quizás, pero ensueño de cabal consuelo, ya que al fin un día viene a ser sueño eterno—de la raza árabe, de los hijos de Alá, de los siervos del Profeta:

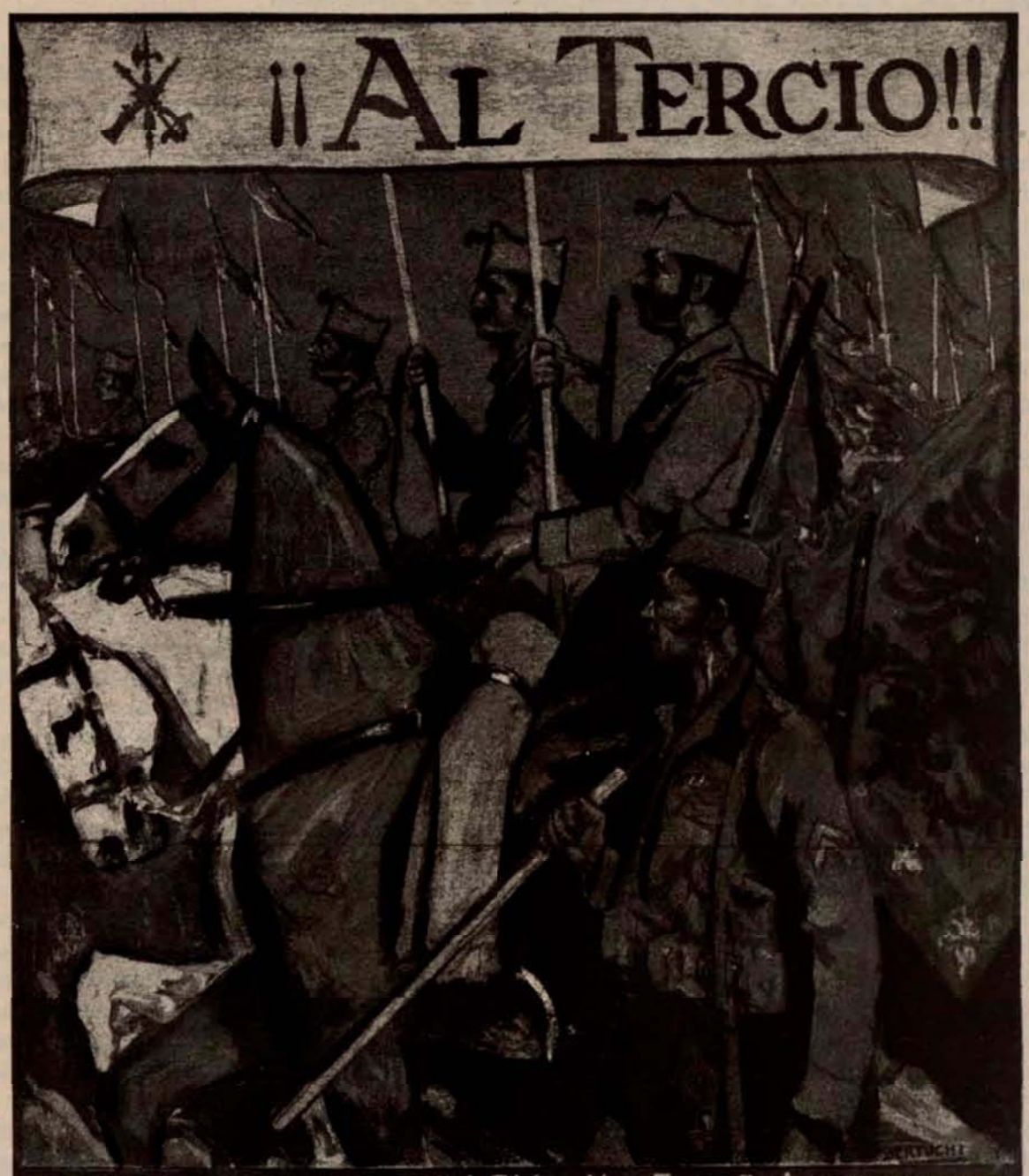
¡Alá Akbar! ¡Alá Akbar!
¡No hay verdad ni consuelo sino en Dios!
¡Acudid a la ganancia! ¡Venid a la oración!
¡Es Él quien alumbró la vida con su soplo de fuego!
¡Pensad en Él! ¡No hay mal ni bien, no hay belleza,
no hay disfrute que por Él no esté escrito en el destino
de los hombres! ¡Alá Akbar! ¡Alá Akbar!
Para el disfrute de la vida, hay que poner el pensamiento,
hay que poner la confianza ¡¡sólo en Dios!!

* * *

¡Xauen, la del misterio!
¡Xauen, la bella!

¡Si el corazón no hubiese esperado en ti, se habría escapado del pecho a fuerza de batir sus alas, en el deseo supremo de verte tal y como eres, tal y como se había presagiado, tal y como te enseñaron los hombres adictos a la suprema fe del arte puro: llena de la mística emoción de un ayer inconfundible en su belleza única, y conservado puro en tu estética, por el alentar del río, por el aroma de tus huertos, por la nieve que se desliza en tus cumbres!...

¡¡¡Y porque la vida—¡oh asombroso humano fenómeno!—se ha detenido en ti al pie de quinientos años, no más que para dar lugar a la existencia de un remanso suave y tranquilo, donde el hombre pueda llorar esta inquietud maligna que abrasa y consume la vida triste de los humanos del hoy!!!



Un Cuerpo glorioso del Ejército Español os espera.
Las Banderas de sus Legiones han alcanzado los más altos galardones.

¡ESPAÑOLES Y EXTRANJEROS!

En la **LEGIÓN** encontraréis un buen haber, primas de enganche, comida sana y abundante, excelente vestuario, cruces pensionadas, medallas, ascensos, honores, **¡¡GLORIA!!**

SON LOS SOLDADOS MEJOR RETRIBUÍDOS

PODÉIS ALCANZAR EL GRADO DE CAPITÁN DE LEGIONARIOS

PRIMAS DE ENGANCHE

Nuevo enganche.	Por tres años	400 Ptas.
	Por cuatro años	500 »
	Por cinco años	700 »

DIRIGIROS AL BANDERÍN DE ENGANCHE

LA LEGIÓN

Lo que hizo
Lo que hace
Lo que puede hacer

por *Víctor Ruiz Albéniz*, *Legionario Honorario de la segunda Bandera*

Si eres español, tú, lector, que posas tu mirada sobre estas líneas, no habrás de extrañar el sabor épico de la mal pergeñada prosa en que se vierten nuestros pensamientos: líricos somos y seremos siempre los españoles en todas nuestras más típicas manifestaciones espirituales: pero, más que en ninguna otra, en aquellas encaminadas a reflejar los sentires y pensares despiertos en nuestra psicología por las hazañas gloriosas, pretéritas o presentes, de las gestas marciales de nuestra historia.

Si tú, lector, no tuviste la suerte de nacer en tierra hispana, por cierto y justo tenemos que tampoco te habrás de sentir extrañado—y aun menos molesto—porque en «tono mayor», quizás altisonante, nos permitamos escribir sobre la LEGIÓN, ya que, en último extremo, esa Legión lleva por algo muy puesto en justicia el sobrenombre de EXTRANJERA.

Más puesto en razón hubiera estado que encomendar a un simple prosista este trabajo el que la Dirección de EL LIBRO DE ORO hubiese conferido el honroso encargo de glosar la historia y personalidad de la Legión a un poeta. Para cantada en endecasílabos la concibió Millán Astray; ¡para merecerlos en plena justicia murieron centenares y centenares de sus soldados...!

Si esta mano que ahora escribe no estuviese ungida por haber sentido por ella correr la sangre misma de esos legionarios caídos en los campos de batalla, de herejía imperdonable habría de calificarse el intento; por suerte y honor de ella, más de una vez, crispada por la emoción, hubo de posarse sobre los labios de cruentas heridas, abiertas por las balas enemigas sobre los más valerosos pechos de los hijos de la Legión. Lo que ahora tenga de torpeza al querer perfilar algo así como un retrato espiritual de la grande y noble familia legionaria, cabe disculparlo en gracia a aquella mística y amorosa solicitud de los días de gloria y de muerte.

* * *

No ha transcurrido aún el tiempo necesario para que la emoción popular, fuente la más prístinamente pura de la verdadera historia de los pueblos, haya visto enteramente reposadas las aguas de la justicia, pasando, en el trasegar del tiempo, de la vibración exaltada y no siempre equitativa del imperio actualista a las serenas estancias ideológicas que se llaman crítica y reflexión. Porque así es aun no se ha podido subrayar con el debido trazo recio toda la importancia histórica de aquellos días de julio del año 21, en los que, tras de venir al suelo, inesperada y catastróficamente, toda la labor realizada durante lustros, y con singular sacrificio, por España en el Rif, se sintió en el solar nacional el dolor unánime de la impotencia para contener el derrumbamiento y acudir, con la diligencia ansiada e indispensable, a recoger los sufrientes restos de un Ejército poseído momentáneamente por la tiránica sensación de un pánico adjetivo, más fruto de sorpresa que de verdadera flaqueza de su espíritu marcial.

Sobre la borda misma del barco que, a marchas forzadas, condujera a la Legión desde el corazón de Yebala, donde hacía sus primeras armas como unidad de choque, hasta la ciudad de Melilla, asediada de cerca por la traición de las cabilas, se cantó el himno de la Legión, oda suprema de amor santo a la Patria y exaltada abnegación en su servicio; sobre la borda misma de aquel barco español, portador de aquellos primeros refuerzos enviados apresuradamente, para evitar muy posibles ulteriores consecuencias al desastre de Anual, el jefe y creador de la Legión prestó juramento de sacrificio en aras del honor militar, y caldeó los ánimos de los más próximos testigos de la intensidad de aquella catástrofe, con la oferta firme de la victoria pronta y definitiva, de la que gallardamente se declararon paladines y aherrojadores.

Aquellas banderas de la Legión, con el grupo de Regulares de Ceuta, es decir, aquel puñado de hombres acaudillados, enardecidos más bien, por las dos figuras militares más prestigiosas de nuestro Ejército, Millán Astray y González Tablas, hicieron algo más y mejor que defender a la asediada Melilla: «Hicieron Ejército», EJÉRCITO con mayúsculas; es decir, unidad eficiente para la guerra, no sólo por su preparación y disciplina, sino por el tono de su moral. Y era natural que así sucediese, que, si pudo en un día de confusión desarrollar su mala virtud contagiosa el pánico, lógico era que el ejemplo de entereza, de brío, de acometividad, de espíritu de sacrificio de la Legión sirviese también de estímulo, de acicate. Desde los primeros encuentros, desde aquellas jornadas homéricas de Casabona, del blocao de la Muerte, la suerte quedó echada y el desquite asegurado. El Alto Mando, que se vió en la dolorosa precisión de no poder materialmente acudir en auxilio de los asediados de Monte Arruit, encontró lenitivo a este inmenso sacrificio pudiendo asegurar, con plena entereza, el pronto y total desquite; y no es aventurado el presumir que, para que hombre tan cauto como el general Berenguer, ante el Gobierno y el país se comprometiese a tanto, cuando aun estallaban en los barrios exteriores de Melilla los obuses lanzados por el enemigo desde el inmediato Gurugú, ello tenía que obedecer a algo más que a una «alegría del corazón», a algo más que a un optimismo quimérico; obedeció a la seguridad, a la confianza que en su ánimo nació desde el primer momento en que pudo tomar el pulso al espíritu de Legionarios y Regulares, y presenciar cómo, por emulación de aquellos bizarros Cuerpos, los que iban llegando de la Península, lejos de repetir las páginas de luctuosa historia del año 9, anhelaban ser puestos a prueba, para demostrar con hechos y frente al enemigo su vehemente y decidido empeño de hacer suyas las glorias mismas de la Legión.

Pronto se dió cuenta el país entero de lo que significaba el Tercio de Extranjeros. Con emoción nunca igualada, todo español empezó a hablar y comentar las hazañas de los «enamorados de la Muerte», que así se vieron desde los primeros encuentros con los rebeldes estimulados por el amor, por la admiración, por la gratitud de España entera. Sólo aquello faltaba a los que, ya saturados de valor y coraje, ansiaban días de no detenidas luchas. Cada jornada de aquellos avances de Sanjurjo y Berenguer (Federico) se señalaron por otras tantas victorias indiscutibles, en los que la Legión se complacía en llegar siempre al arma blanca, y en los que el enemigo, tras de oponer dura resistencia, tenía que abandonar en fuga precipitada y franca derrota el campo, sin que ni en uno solo de los encuentros le quedara potencia y ánimo para, usando de su acostumbrada táctica, atacar, protegidos por la noche, las posiciones durante el día por nosotros conquistadas, y mucho menos usar de sus audaces golpes de mano sorprendiendo a las líneas de retaguardia o a los convoyes. La Legión tenía y tiene por lema el ataque a fondo, sin reservas, jugándoselo todo en cada encuentro, y no considerándolo terminado, ni conseguido el objetivo militar, sin pruebas palpables de la total derrota del enemigo. Con la Legión, justo es decirlo, se acabó la táctica, tristemente conocida en España, de los avances seguidos de repliegues: posición conquistada, posición mantenida. Siempre adelante, nunca para atrás, la marcha de los Legionarios.

* * *

Cuando el teniente coronel D. José Millán Astray discurría por centros y despachos oficiales de Madrid, tratando de convencer a ministros y generales de la grandeza, utilidad y posibilidad de su proyecto de dotar a España de una Legión Extranjera que, sobre las bases de la creada por Francia en sus colonias, sirviese a nuestro país para hacer en todo tiempo frente a las contingencias bélicas de Marruecos, no faltaba quienes titulaban de absurdo, por demasiado romántico, el plan de

ilustre jefe militar, al que, cuando no de algo peor, se le calificaba de utópico soñador.

Leía, con el énfasis de una convicción profunda, Millán Astray a cuantos se prestaban a escucharle su Credo Legionario, lo que él titulaba «el Alma de la Legión»; discurría con ardorosa frase sobre los postulados que fundamentarían la instrucción moral de su pretendida organización: «El espíritu del legionario, único y sin igual, de ciega y feroz acometividad, de buscar siempre acortar la distancia con el enemigo y llegar a la bayoneta»; «El espíritu de compañerismo, con el sagrado juramento de no abandonar jamás un hombre en el campo hasta perecer todos»; «El espíritu de amistad, de juramento entre cada dos hombres»; «El espíritu de unión y socorro, para que a la voz de: A mí la Legión, sea donde sea, y con razón o sin ella, todo legionario acudirá a defender al camarada que reclamase auxilio»; «El espíritu de marcha, por el que jamás un legionario dirá o se mostrará cansado, pues ha de ser el Cuerpo más veloz»; «El espíritu de sufrimiento y dureza, por el cual a todo legionario le está prohibido quejarse ni de fatiga, ni de dolor, ni de hambre, ni de sed, ni de sueño, y por el que hará todos los trabajos, cavará, arrastrará cañones, carros, estará destacado, hará convoyes y trabajará en cuanto le manden»; «El espíritu de acudir al fuego, por el que toda la Legión, y cada uno de sus hombres, acudirá siempre donde oiga fuego, de día, de noche, siempre, siempre, aun cuando no haya orden para ello»; «El espíritu de disciplina, cumpliendo su deber y obedeciendo hasta morir»; «El espíritu de combate, por el que la Legión pedirá siempre combatir, sin turno, sin contar los días, los meses, ni los años»; «El espíritu de la muerte, ya que el morir en el combate es el mayor honor, pues no se muere más que una vez, y la muerte llega en la lucha sin dolor, y, sobre todo, porque más horrible que morir es vivir siendo cobarde»... Todos esos postulados, henchidos de sana aspiración heroica, pletóricos del más alto concepto del deber militar, parecían, decimos, cuando la Legión no era sino el proyecto del nuevo Don Quijote que llegaba a los despachos militares, a los cuartos de banderas, a la misma Saleta Real, punto menos que algo digno de respeto por su propugnador inteligente y lleno de honrada buena fe, pero absurdo y casi risible, y más en épocas en que las llamadas Juntas de Defensa imponían de hecho otro credo militar bien distinto del de Millán Astray.

Y, sin embargo...

Sin embargo, toda aquella «quijotada», todo aquel romántico ensoñar de un iluminado jefe militar, fué, FUÉ... Y porque fué, España se redimió de la vergüenza de Anual, y hoy disfruta de una paz completa en Marruecos, tras de haber destrozado la rebeldía y haber sometido a los más recalcitrantes enemigos de la paz y el orden, dentro y fuera del campo marroquí.

Cada día, cada hora de la acción militar desarrollada desde agosto del 21 hasta el presente en Marruecos, está señalada reciamente por un incidente bélico, grande o chico, que evidencia cómo el Credo del legionario no fué una utopía, sino una constante realidad de verdad. Valenzuela, el segundo padre y primer héroe de la Legión, entregando su vida cien pasos más a vanguardia que sus mismos soldados en las barrancas de Tizi Aza. Millán, perdiendo un brazo primero, un ojo después, por acudir «allí donde oía fuego»; Arredondo, cayendo acribillado a balazos en la retirada cruentísima de Xauen por no abandonar a sus heridos en poder del enemigo; Franco, combatiendo durante años enteros al frente de su bandera y luego al de toda la Legión, sin pedir nunca el relevo, el descanso, solicitando en cada ocasión el puesto de vanguardia, trepando a Malmusi para consolidar el desembarco de Alhucemas y dar el golpe de gracia a Abd-el-Krim, aquel día definitivamente vencido y puesto en fuga para ya no volver a levantar cabeza, hasta su ridícula entrega en manos de los complacientes y generosos jefes franceses. Sanz de Larín y Liniers, conservando en las difíciles horas de la tregua bélica el espíritu de la Legión íntegramente, sin un colapso, sin una remitencia en su potencial... Y con todos los nombrados, los cientos, los miles de bravos muchachos que supieron morir cantando el himno de la Legión, y vencer a fuerza de prodigar su sangre; todos ellos, del primero al último, porque llevaban en el alma impreso el Credo legionario, pudieron cubrirse de gloria sin un día negro, sin un momento de vacilación, siendo la admiración de propios y extraños, y conquistando para España y su Ejército el respeto y la consideración del mundo entero.

* * *

Cierto, muy cierto que la Legión extranjera estuvo siempre constituída por cerca de un 80 por 100 de españoles; pero, con ser así, no es menos digno de destacarse el aporte que los extranjeros llevaron a ella. Singularmente los hombres latinos, y más singularmente los nietos de España e hijos de las Repúblicas suramericanas, apenas formada la Legión, y cuando más recia y dura era su tarea, corrieron a inscribirse en sus filas, y en ellas encontraron con la muerte la más alta gloria. Legión Extranjera se llamó desde el principio y deberá llamarse siempre, aun cuando en ella llegasen un día a no figurar sino soldados hijos de España, lo que no creemos. Una sola gota de sangre vertida en pro de nuestro interés patrio por un solo legionario extranjero, ya habría dejado acreditado y firme el nominativo del Cuerpo para siempre; tanto más cuanto que a raudales vertieron la suya los legionarios venidos de otras patrias, durante la dura campaña que se desarrolló del 21 al 26.

Hoy la Legión «no suena»; hoy la Legión vive épocas de paz, de sosiego. En Marruecos no se escucha ni un solo disparo. En Marruecos, la paz es un hecho firme, y a nuestro entender inconmovible, al menos durante mucho tiempo. Sin embargo, la Legión existe. Cada día y cada hora, los hombres que la forman piensan en que su deber es vivir preparados para ser eficientes en cualquier momento. La educación militar, el entrenamiento, sigue cuidándose con tanta o mayor intensidad que en las épocas de fragorosa lucha, y aun sigue siendo para la oficialidad del Ejército español timbre de honor el figurar en los cuadros legionarios. La gran familia legionaria ni se ha disuelto ni sestea sobre los laureles. La Legión de hoy sigue siendo la de ayer. Si se añoran los días de lucha sólo es para templar el espíritu con la recordación de los héroes de la Legión y de sus páginas de gloria militar. Se sabe que hay paz, y no se puede desear que haya guerra. Pero la Legión no es arma oxidada, descargada, arrinconada. Está limpia en la tarea diaria de renovación y perfeccionamiento, y está cargada con carga reforzada, aunque puesto el disparador en el seguro. Sobre la Legión pesa hoy la responsabilidad de mantener el país en paz, y en tal alto menester a diario se emplea en Marruecos... Pero pesa más que nada la conciencia de que, si llegase de nuevo el caso de la guerra, sin una hora de vacilación, sin un punto de tregua para organizaciones y adiestramientos, España tendría desde el mismo momento en que la guerra estallase ocho o diez mil hombres que entrarían en acción, con el mismo temple y eficiencia militar con que sus antecesores, los legionarios del año 21, lo hicieron para salvar la situación en Melilla.

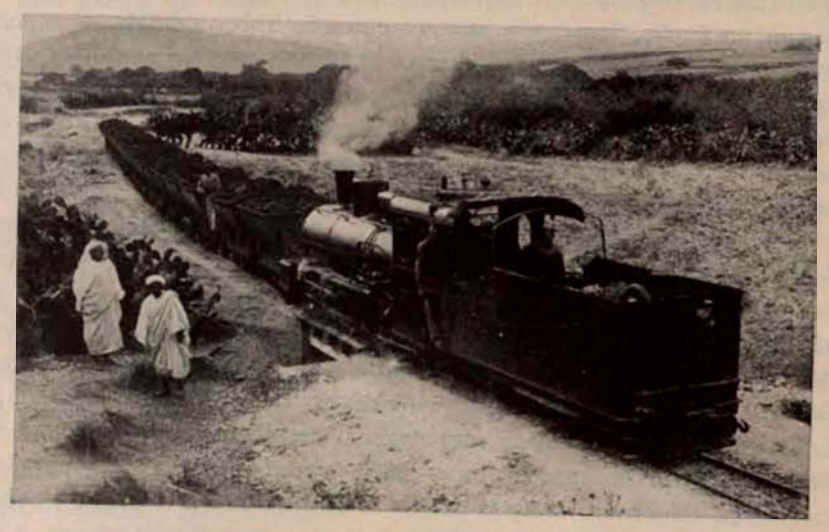
Mucha sangre se ha derramado en Marruecos; muchos hogares están aún de luto por los hombres que en aquel país ingrato hubo que sacrificar. Pensando en ello parece herejía el bucear siquiera en la realidad de que aquellos duelos y tristezas hayan originado las satisfacciones de poder hoy proclamar ante el mundo cómo España no está indefensa; cómo cuenta con unos millares de hombres, de tal valer y preparación militar, que bastarían por sí solos, y con sólo volver a hacer del cumplimiento del Credo legionario razón única de su existencia, para acabar con cualquier situación bélica, y sostener el honor de las armas tan alto como preciso fuera y el tiempo oportuno para que todo el Ejército español se sintiera legionario, como en las pasadas gestas ocurrió, igualando en valor y abnegación cada soldado de España a los mismos caballeros de la Muerte, a los mismos hijos de la Legión.

Matriz de héroes, ni quedó cansada de tanto parirlos, ni está estéril para dar nuevas generaciones de bravos soldados. La Legión vive de su pasado honroso, es cierto. ¡Pero vive y crece y se agranda de sus propias actuales energías!... ¡¡Dios haga que nunca tengamos que ponerlas a prueba; pero si ello se hiciese preciso, bastará que, recordando el Credo legionario, España grite: ¡A mí la Legión!, para quedar libre de todo riesgo de quebranto o vencimiento!!

Morabito de Sidi Alzmán.

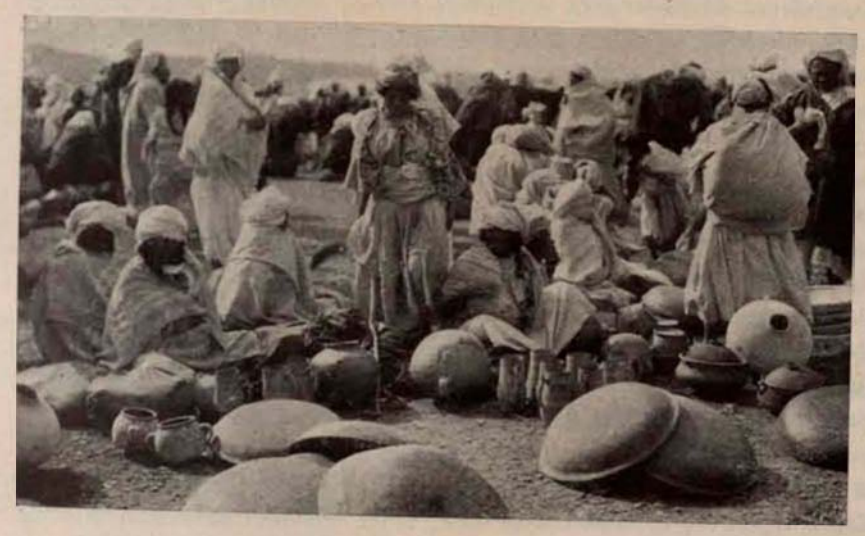
Zoco del Jemis de Beni Ifrur.

España en Marruecos



Detalles de algunas explotaciones mineras en Melilla.

La actuación de España en Marruecos nunca ha sido juzgada con la justicia debida, y principalmente en el extranjero, la mayoría de las veces por falta de elementos de juicio. La labor tenacísima de pacificación y colonización de la zona que nos fué adjudicada (ni la mejor ni lo amplia que era debido) la ha realizado España sin regatear el más mínimo esfuerzo, en la máxima medida, y siempre cumpliendo fidelísimamente sus compromisos internacionales, con el vehemente deseo de civilizar dichos territorios, asegurando el orden y la tranquilidad, hasta hace poco jamás logrados. España demuestra al mundo, una vez más, la nobleza y la lealtad de su actuación exterior, inspirada siempre en los más elevados ideales.



Dos aspectos de un zoco moro, en las inmediaciones de Melilla (Fotos Lázaro.)

RESEÑA GEOGRÁFICA DE
LAS COLONIAS ESPAÑOLAS

POR JOSÉ DE CASTRO

Las posesiones coloniales de España se reducen actualmente a una porción de la costa del Sahara (Río de Oro); y en el Golfo de Guinea, a varias islas (Fernando Poo, Annobon, los dos Elobeyes y Corisco) y a un trozo del continente (territorio del Muni).

Del Sahara español, que tiene una superficie casi la mitad de la metrópoli, nos limitaremos a citar a Villa Cisneros, poblado de alguna significación en esta extensa zona, así como Cabo Juby y Cabo Blanco. En realidad se reducen a unas factorías de carácter comercial con des-

Una estación sanitaria en Guinea.

tacamentos militares que aseguran la vigilancia del territorio, poblado por tribus árabes poco numerosas.

La Guinea española comprende genéricamente las islas de Fernando Poo, Annobon, Corisco y Elobeys, así como el territorio continental. Pertenecen a España desde el año 1778, en virtud de una permuta territorial que se le hizo a Portugal, aun cuando de ellos no se tomara posesión definitiva hasta el año 1895.

El territorio del Muni tiene una extensión aproximada de 26.000 kilómetros cuadrados, encontrándose situado entre la antigua colonia alemana del Camerón, el Gabon francés y el océano Atlántico.

Le pueblan diversas razas negras, principalmente Pamue, y en menor cantidad los de razas Combes, Buicos y Bujevas. No habiendo censos que determinen la población indígena, es casi imposible fijarla exactamente; no obstante, puede calcularse en unos 90.000.

La configuración del suelo es muy variada, destacándose algunos montes, entre ellos el Cuny, de 1.200 metros de altura, el Mayala y el Macon. Sus laderas, bastante extendidas, suelen rodear valles de inmensas dimensiones. Hay una gran cantidad de ríos en este territorio, destacándose como principal el río Benito, que atraviesa todo el territorio de este a oeste, y el Muni.

Desde el año 1925 hasta esta fecha se ha logrado dotar a la Guinea española de 600 kilómetros de pista. La incipiente atención que despierta este territorio en el aspecto colonizador, es de la mayor importancia. Sus terrenos, en general, son ricos y feraces, destacándose principalmente en el aspecto forestal y como productor de cacao y otros tropicales.

Existen unos 50 kilómetros de ferrocarriles, construídos para facilitar las explotaciones forestales.

El clima es cálido, oscilando de 20 a 32°, según sea hecha la observación en el interior o en la costa. La salubridad de este territorio es la más favorable de toda el África ecuatorial, con gran diferencia sobre las demás regiones próximas.

La isla de Fernando Poo tiene 2.000 kilómetros cuadrados. Su suelo llega a tener alturas hasta de 2.800 metros, como el pico de Santa Isabel. Son bastantes los riachuelos que existen en la isla, con frecuentes cascadas y saltos de agua, encontrándose también tres lagos.

Puebla la isla una sola raza negra, la Bubi, oriunda del continente africano y descendiente de las más diversas razas, por haber sido Fernando Poo el centro de la esclavitud. Viven estos indígenas en poblados bastante bien organizados. La raza, en general, se encuentra bastante degenerada, alcanzando tan sólo un total de 6.000 habitantes. Existe en Fernando Poo una población flotante de braceros procedentes de las costas próximas y de la república de Liberia, población flotante que suele pasar de los 14.000 hombres.

El clima es cálido y muy húmedo; en sus alturas la temperatura es muy apacible, por lo cual reúne esta isla unas condiciones sanitarias muy superiores a las de toda el África ecuatorial.

Annobon es una pequeña isla de 20 kilómetros cuadrados, situada a unas 300 millas de Fernando Poo y poblada por unos 1.000 habitantes. En ella se encuentra situada la mayor parte de las factorías balleneras de África.

Corisco, otra isla de 14 kilómetros cuadrados de extensión, está situada a unas 225 millas de Fernando Poo y poblada por unos 1.000 habitantes, pertenecientes a la tribu Benga, la más instruída de todo el Golfo de Guinea.

Por último, las dos islas, Elobey Grande y Elobey Chico, están situadas a unas cinco millas del estuario del río Muni, con una extensión de unas 80 hectáreas la mayor y unas 20 la pequeña, habitándolas unos 100 indígenas.

La gran fertilidad de estos territorios hacen que de ellos nos ocupemos a continuación en sus aspectos explotables. No obstante, queremos llamar la atención sobre la que afortunadamente se viene dispensando a ellos cada vez más en la metrópoli, por la Dirección general de Marruecos y Colonias. Las concesiones de terrenos para explotaciones

Uno de los nuevos caminos construídos en Guinea.

agrícolas y forestales, paralelamente a la construcción y mejoramientos de caminos, permiten esperar en fecha próxima que todos los territorios coloniales de Guinea estén en plena producción, si es que se soluciona el problema capital de aquellos territorios: la falta total de braceros.

Las comunicaciones marítimas parece ser que van a reorganizarse, aumentándose los servicios nacionales con la Península y desapareciendo de esta forma la anomalía de que la mayor parte de los productos de Guinea vengan a la metrópoli en buques con bandera extranjera.

LA AGRICULTURA EN LAS POSESIONES ESPANOLAS DEL GOLFO DE GUINEA

POR

AURELIO CORROCHANO

VOCAL DE LA CÁMARA AGRÍCOLA OFICIAL DE FERNANDO POO

La agricultura en la Guinea española hoy puede considerarse reducida a la isla de Fernando Poo, pues su desarrollo en la parte continental carece de importancia: la producción del cacao es insignificante y los cafetales son, en su mayoría, nuevos, habiendo muy pocas plantaciones en producción.

El porvenir agrícola de la Guinea continental es el cultivo del café, y en este sentido está orientada aquella agricultura, aunque la riqueza inmensa de nuestro continente es la forestal.

En la isla de Fernando Poo, la riqueza agrícola tiene mucha más importancia, y su porvenir puede ser envidiable.

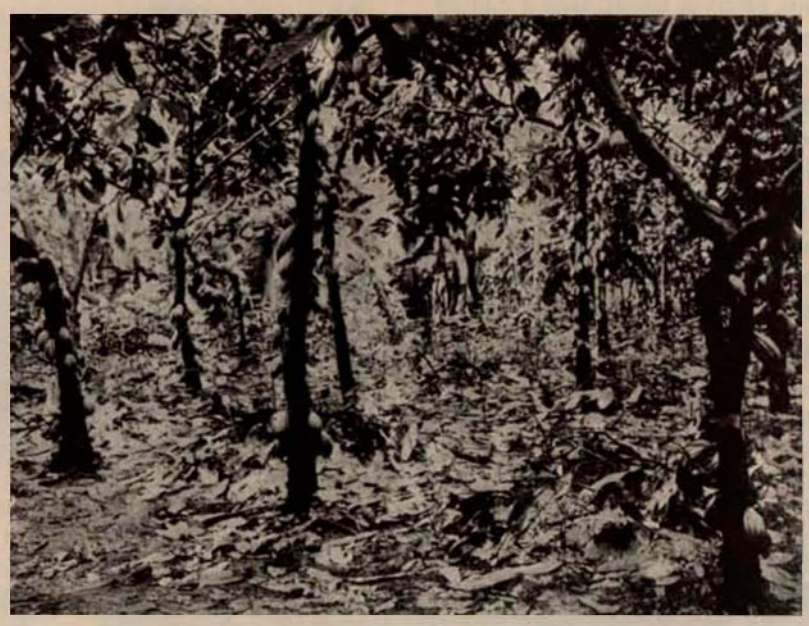
La riqueza de su suelo y sus condiciones de humedad y temperatura hacen que esta isla (agrícolamente considerada) sea lo mejor de Guinea, no solamente de la Guinea española, sino muy superior a las colonias vecinas (Nigeria, Camerún, Congo francés, etc., etc.).

Los productos principales de Fernando Poo son: cacao, café, banana y aceite de palma, y se produce muy bien, aunque no se cultiva, la piña, el coco, el tabaco, el algodón y la caña de azúcar.

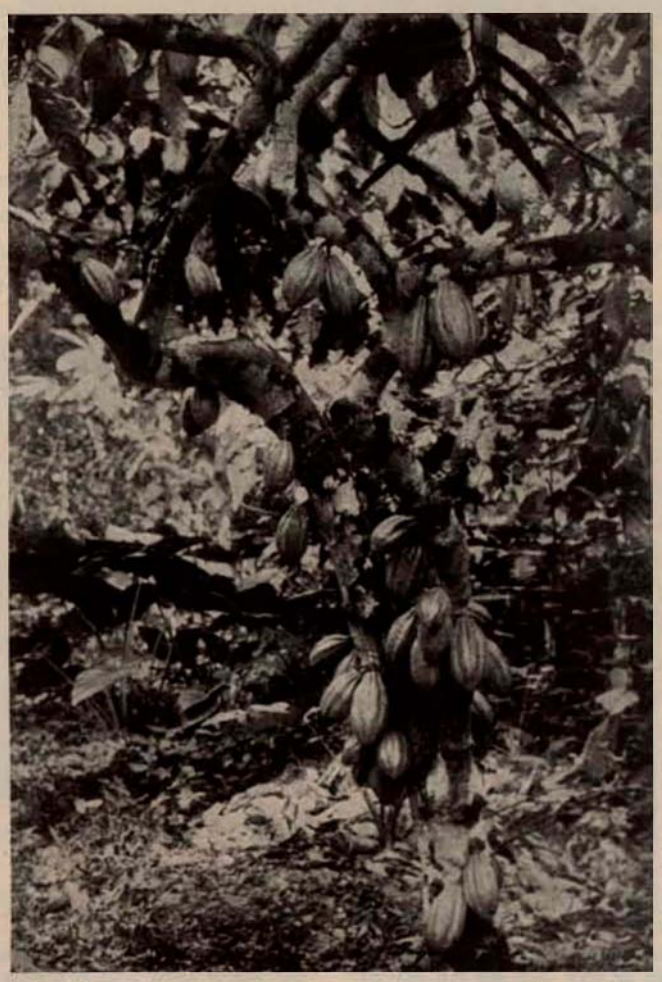
El cacao representa hoy la verdadera riqueza de esta isla.

Una alta temperatura y una gran humedad, son condiciones indispensables para el desarrollo del cacaotero. La temperatura media no debe ser inferior a 25 grados, y la mínima a 18 grados. La altitud no debe ser jamás muy elevada, pues aunque puede cultivarse hasta los 700 metros, la producción disminuye considerablemente, siendo recomendable solamente una máxima altura de 500 metros.

El cacaotero empieza a producir a los seis años de hecha la plantación, cuando se ha cultivado con esmero; estando en plena producción de los doce a los treinta años, a cuya edad empieza a disminuir considerablemente, aunque vive, dejando un rendimiento, cincuenta o más años; si bien es cierto que las plantaciones que mejor producen tienen menos vida.



Finca en plena producción, en Boemariba. (San Carlos).



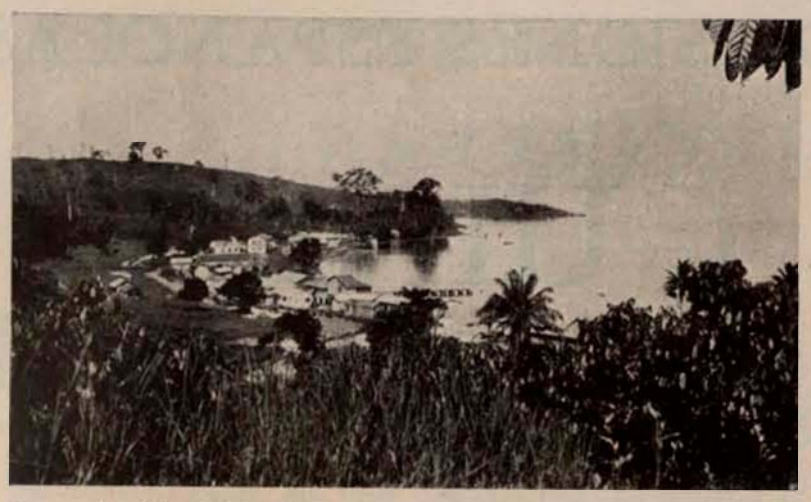
Detalle de un cacaotero de quince años, en Boemariba (San Carlos).

Hace pocos años la isla producía 5.000 toneladas de cacao y la calidad del fruto era muy deficiente, pues se trabajaba de una manera primitiva, siendo difícil encontrar mercado y cotizándose a muy bajo precio.

El estudio, la experiencia y el trabajo condujo al triunfo a los agricultores fernandinos, y hoy nuestros cacaos compiten con los mejores de Santo Tomé y superan a los demás cacaos africanos, igualando a muchos americanos, y tienen gran aceptación en los mercados.

Fernando Poo tiene hoy en producción 20.000 hectáreas aproximadamente y bastantes miles en plantaciones nuevas, que dentro de algunos años empezarán a producir, aumentando considerablemente la cifra de producción, que hoy alcanza a la cantidad de 10.000 toneladas (cosecha actual del 1929-30), de donde se deduce que la producción media de la isla es de 500 kilos por hectárea; pero no hay que olvidar que en este promedio entran las plantaciones de los indígenas, que, salvo algunas excepciones, tienen las fincas sin cultivar, completamente desatendidas, y la producción es, por consiguiente, muy pequeña y las fincas viejas que, por sus muchos años, son de poco rendimiento, es decir, que las fincas jóvenes y bien trabajadas tienen una producción muy superior al promedio que acabamos de apuntar.

En plantaciones bien hechas, los cacaoteros deben estar plantados a una distancia de tres o cuatro metros, formando calles, y si la plantación se ha hecho en terreno virgen, al hacer el desbosque es imprescindible dejar buen número de árboles, convenientemente distribuidos, para que con su sombra protejan a los pequeños ca-



Perspectiva del poblado de San Carlos, distrito eminentemente agrícola.

caoteros de los rayos solares; cuando las plantas tienen tres o cuatro años, el arbolado debe aclararse prudencialmente, para que los cacaoteros se desarrollen en sentido lateral, llegando a juntarse las ramas de los árboles que forman las calles de la plantación; estas fincas así cultivadas llegan a dar una producción media de 1.000 kilos por hectárea. Claro es que estas cosechas sólo se consiguen cuando las fincas están bien trabajadas y los cacaoteros tienen de doce a treinta años.

Como detalle importantísimo y curioso he de advertir que en Fernando Poo no se conocen los abonos, mejor dicho, no se emplean, pues solamente al chapear las fincas (limpiarlas de hierba y maleza) se va amontonando toda la hierba que se corta en pequeños montones, que se dejan pudrir entre las calles de la plantación, sirviendo de abono, abono su-

Indígenas secando cacao (secaderos de sol).

mamente débil y único que se emplea en nuestra colonia, lo cual demuestra la riqueza inmensa de nuestro suelo.

El porvenir agrícola de nuestra Guinea puede ser enorme; ello depende de la orientación de la agricultura y del interés que los Gobiernos dediquen a la colonia, protegiendo de manera decidida a aquella agricultura y haciendo una revisión del arancel, pues lo que se paga de Aduanas a la entrada de nuestros cacaos en España, es en extremo excesivo.

Según la Real Orden de enero último, los derechos de Aduanas para los cacaos de Fernando Poo es como sigue:

Concede un cupo de 9.000 toneladas con derechos reducidos, y todo lo que entre, pasando de esta cantidad, tiene el mismo trato que el extranjero. Estas 9.000 toneladas se desglosan en la siguiente forma: 8.000 que pagan 0,50 pesetas oro por kilo, y las 1.000 restantes 1,25 pesetas oro también por kilo; además tiene un impuesto de 0,10 pesetas oro de transitorio y 0,10 pesetas plata de derecho de exportación.

Así, pues, para introducir en España la cosecha actual, que asciende a 10.000 toneladas, los derechos a pagar son:

8.000.000 de kilos a 0,60 ptas. oro el kilo ...	4.800.000	ptas.	oro.
1.000.000 de » a 1,35 » » » ...	1.350.000	»	»
1.000.000 de » a 1,60 » » » ...	1.600.000	»	»
10.000.000 de kilos importan de derechos	7.750.000	»	»
Al cambio actual de 50 % son	11.625.000	»	plata
Que unidos a los derechos de exportación ...	1.000.000	»	»
hacen un total de	12.625.000	»	»

Por donde vemos que los derechos del cacao de Fernando Poo, según la cosecha actual y el arancel vigente, ascienden a 1,56 pesetas por kilo. Cantidad excesiva en extremo, como más arriba decimos.

Para la buena orientación de la Agricultura hay que tener presente que el consumo de cacao en España es solamente de unas 11.000 toneladas, y, por consiguiente, cuando empiecen a producir las hectáreas

Braceros indígenas echando una embarcación al agua.

que hoy tenemos en cultivo, nos encontraremos con el grave problema de que la producción sobrepasará al consumo. Para evitar esto en parte, sólo hay un camino: sacar a la isla del monocultivo en que se encuentra, no haciendo nuevas plantaciones de cacao, incluso recabando del Gobierno no se hagan nuevas concesiones de terreno para este cultivo, pues si se sigue plantando este fruto sólo se conseguirá destruir los intereses ya creados y arruinar a la colonia. Orientada la agricultura en este sentido, dedicándose a trabajar nuevos cultivos, entre otros, café y bananas, de los que se tiene hechos ensayos con magníficos resultados (pues los cafés, de los que ya hay bastantes fincas, se empiezan a conocer en nuestro mercado con gran aceptación), puede la agricultura de nuestra Guinea alcanzar un brillante porvenir, haciendo que nuestra colonia, si es pequeña por su extensión, sea grande por su riqueza.

Bahía de San Carlos. (Grupo de cacaoteros).

BICARBONATO TORRES MUÑOZ

CIGARETTES LAURENS

La riqueza forestal de la Guinea española

de

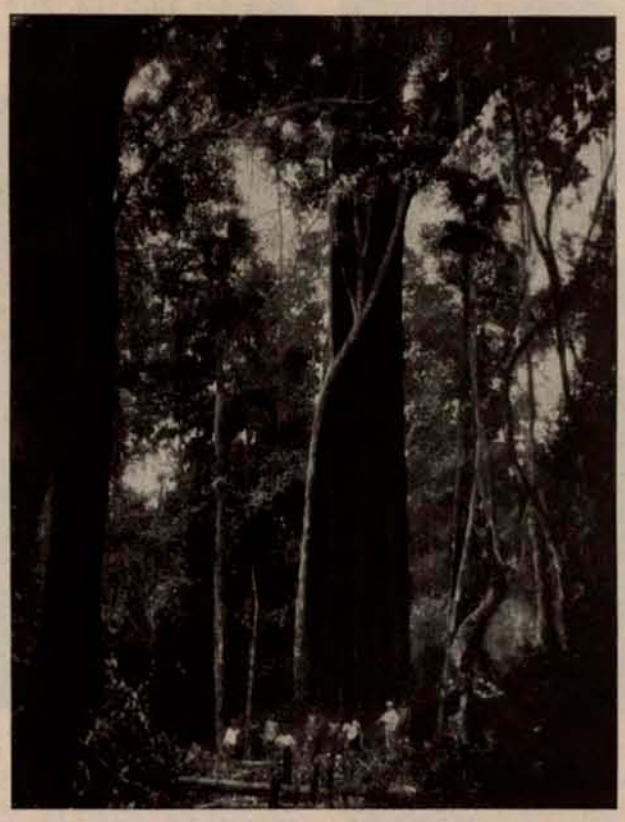
Fernando Nájera

Ingeniero de montes, del Laboratorio de la Madera, del Instituto forestal y comisionado por la Dirección general de Marruecos y Colonias para estudiar la riqueza forestal de la Guinea española.

El bosque de Guinea nos ofrece un espectáculo maravilloso, y sobrecoge de admiración el ánimo del viajero al encontrarse enfrentado con aquella vegetación, tan incomparablemente lujuriosa, que la emoción de los primeros momentos es la de que se acaba de entrever un mundo nuevo, en el que la luz, al filtrarse a través de aquellas inmensas bóvedas de verdura, se hace más blanda, más suave, adquiere nuevos matices para mostrarnos un maravilloso espectro que jamás se borrará de nuestra retina; envueltos en dulce penumbra aparecen árboles gigantescos, cuya majestad y dimensiones contrastan con la maraña, a menudo inextricable, de «lianas» y «melongos» que caen de las ramas o, arrastrándose por el suelo, trepan por los troncos, entrelazándose en mil y mil vueltas para mostrarnos una vegetación incomparablemente bella, verdaderamente prodigiosa.

Esta exuberante vegetación cubre en Guinea lo mismo los picos de las montañas más altas, que el fondo de los valles, llegando el bosque bravo e impenetrable hasta la orilla del mar, como si estuviera tan seguro de su grandeza que no teme la comparación con el piélago inmenso del Océano.

Pero donde la vegetación adquiere su mayor esplendor es en las márgenes de los ríos tropicales: en todo el curso de los ríos hasta donde llega la acción de las mareas aparecen las orillas cubiertas de la única especie que forma masas puras en los trópicos; esta especie es el «mangle», con sus dos variedades «Rhizophora mangle» y «racemosa», ambas de densidad superior a la unidad, y notables por la gran cantidad de tanino que contiene su corteza y por las innumerables raíces adventicias que echan desde su altura de cinco a ocho metros.



ESPECIES FORESTALES MÁS IMPORTANTES

El bosque secundario formado sobre los terrenos desboscados por los indígenas tiene una especie característica, que es el árbol llamado por los pamues «Asem», y vulgarmente conocido en nuestra Guinea por «Palomero» («Musanga Smithii»), de madera muy blanda y crecimiento muy rápido: los franceses le dan el gráfico nombre de «Parasolier», por la forma de paraguas que tiene su copa; su madera tiene 0,260 aproximadamente de densidad.

Otra de las especies características del bosque secundario es la llamada en pamue «Ekok» («Ricinodendron Africanum»); su madera es de densidad análoga al «Palomero».

De gran abundancia también en la flora secundaria está el «Ebap» o «Pachylobus balsamifera», de madera blanca y grisácea y unos 0,850 de densidad. El «Ebap» es uno de los árboles más típicos de Guinea, por sus raíces adventicias, que sobresalen del suelo de 1,50 a 2 metros, y forman una especie de pilotes de sostenimiento.

Otra especie, aunque no tan común como las anteriores, es la «Asonná» o «Anthostema Aubryanum», de madera blanca y una densidad de cerca de 0,500.

Y por último, para no citar más del bosque secundario, es notable por su valor comercial el conocido «Okume», llamado en pamue «Angumá» («Aucoumea Klaineana»); esta especie es la base de las actuales explotaciones de nuestra colonia, sirviendo su madera para la fabricación de los tableros contrachapeados que todos conocemos, y que cada vez tienen mayor aceptación en la industria.

Del bosque virgen, la especie más bella es el «Palo rojo», llamado por los pamues «Envé» («Pterocarpus soyansii»): árbol de gran altura y porte majestuoso, es para los habitantes de los bosques tropicales el símbolo de la fortaleza.

Pero la especie que mejor caracteriza el bosque virgen es la llamada en pamue «Akoga» («Lophira procera»), y conocida en Europa por el «palo de hierro»; árbol que alcanza hasta 60 metros de altura, es fácil de distinguir por el rojo-sangre que tienen sus brotes en la época de floración, y se extiende desde la Costa de Marfil hasta el Congo Belga; la densidad de su madera recién cortada se aproxima mucho a 1,500, y en estado seco pasa de 1,100, siendo su extraordinaria dureza la que le ha dado el nombre de «palo de hierro».

Por sus dimensiones, a la vez que por su hermosa madera, citaremos por último la «Ukola» («Dumoria Africana»), que adquiere dimensiones gigantescas.

Y, para no citar más, diremos que nosotros hemos clasificado ciento setenta clases, habiendo traído cerca de 60 toneladas de madera de las mismas, para que en el Instituto Forestal de Investigaciones y Experiencias se estudie y determine el aprovechamiento de cada una de ellas.

EXISTENCIAS MADERABLES DE GUINEA

Inventariadas las existencias de estas ciento setenta especies forestales en los distintos itinerarios que hemos recorrido, arrojan para nuestra colonia un volumen maderable de mil diez millones de metros cúbicos de madera. Esta enorme masa de madera nos da con un turno de doscientos años, superior al de la especie de crecimiento más lento, la fabulosa posibilidad anual de cinco millones de metros cúbicos, es decir, más de cinco veces la importación maderera española del último año.

De esta riqueza forestal puede hacerse la siguiente clasificación por dureza (proporcional siempre a la densidad) del suelo de sus bosques: el 37 por 100 son maderas muy duras; el 20 por 100, maderas duras; el 19 por 100, maderas semiduras; el 12 por 100, maderas blandas, y el 12 por 100 restante, maderas muy blandas. Teniendo ahora en cuenta que las maderas duras tienen una densidad inferior a 0,800 y las maderas blandas superior a 0,400, límites entre los que están comprendidos nuestros robles y chopos, resulta que el 51 por 100 de las maderas de Guinea tienen densidades análogas a las de los bosques europeos. Posee, por consiguiente, nuestra colonia 505 millones de metros cúbicos análogos en densidad a las clásicas maderas que nuestros mercados consumen. Dentro de esta enorme masa maderera se encuentra comprendido el «okume», cuyo consumo aumenta de día en día tan rápidamente, que alcanzó el año 1927 la cantidad de 300.000 toneladas.

EXISTENCIAS DE «OKUME» Y VALOR DE ESTA MADERA

Respecto a las existencias de «okume» de la Guinea española, nosotros las calculamos aproximadamente en unos quince millones de toneladas, que al precio que esta clase de madera se cotiza en el mercado de Hamburgo, vale la cantidad de tres mil millones de pesetas en números redondos.

Prescindiendo del resto de las maderas, algunas de las que tienen ya mercado asegurado, como sucede a varias clases de «caobas», el «ébano», «palo rojo», «envero» (llamado vulgarmente «nogal de África»), el «sapeli», la «teka», el «ayap», el «moabi», el «anguep», el «asiá», el «movingui», la «bahia», la «oba», etc., tenemos una importantísima masa de «okume» que nos permitirá sacar con un turno de sesenta años la posibilidad anual de 250.000 toneladas, sin que tengamos el temor de que esta fabulosa riqueza se agote.

Guinea detenta, además, en unión del Gabón, el monopolio mundial de la producción de «okume»: pero con la importantísima particularidad de que en Guinea se está empezando la explotación de esta especie, mientras que en el Gabón se ha llegado a una profundidad en las concesiones casi igual a la total en nuestra colonia.

IMPORTANCIA PARA ESPAÑA DE LA RIQUEZA FORESTAL DE GUINEA.

Los bosques de Guinea tienen para España un doble valor: el de su riqueza intrínseca y el que puede suponer para nuestra balanza comercial, si logramos reducir nuestro déficit maderero, agravado de día en día por el que empieza a sentirse en el mercado mundial.

Los 175 millones de pesetas a que ascienden las importaciones de maderas realizadas durante el año 1928 se convierten para nuestra economía en 220, teniendo en cuenta el interés del capital adquirido a los propietarios extranjeros, los beneficios de las explotaciones establecidas sobre el patrimonio forestal de los países exportadores, el beneficio sobre el flete hecho con bandera extranjera y, por último, la depreciación de nuestra moneda.

Se comprende, además, que dentro de la variadísima gama que, en relación con la densidad, grano, colores, etc., nos ofrecen las maderas de Guinea, hemos de encontrar todas las clases que correspondan a las condiciones técnicas que nuestros mercados exijan; mejor dicho, hemos de especializar más la industria al poder ofrecer al mercado lo que hasta ahora no ha tenido, que es una o varias maderas para cada una de las aplicaciones que la industria necesite.

Para esto, después de hacer la clasificación de las especies forestales que pueblan nuestra colonia continental, se está procediendo al estudio de las características físico-mecánicas de las mismas, para determinar sus aplicaciones más inmediatas.

Después de estos estudios no se podrá decir sistemáticamente que las maderas de Guinea no sirven, no sólo para ebanistería, a la que se podrán dedicar clases muy superiores, en colorido y fibra, a las empleadas por este ramo de la industria, sino hasta para sustituir, en ciertos empleos, a las mismas resinosas, en las que la desproporción entre la producción nacional y el consumo es cada día mayor, constituyendo actualmente el 70 por 100 del total de la importación.

No olvidaremos, además, la mayor duración de las maderas coloniales sobre las europeas. En los talleres de Batignolles (Francia) se hicieron experiencias de conservación durante ocho años de nueve maderas africanas y doce europeas y americanas, encerradas todas ellas en una fosa de pudrición; al terminar dicho período de tiempo, excepto una variedad de la llamada Acacia de África, todas las maderas tropicales estaban completamente sanas, en contraposición con las europeas y americanas, que salieron todas podridas, menos el roble francés. Y sin ir a Francia, en nuestra propia colonia se ven construcciones de madera que resisten perfectamente a los ataques de toda clase de hongos, baterías, etc., a pesar del medio cálido y húmedo en que están, y en el que encuentran condiciones óptimas para su desarrollo todos los agentes de las pudriciones.

El clima seco de nuestra península es, por último, para las maderas coloniales una verdadera estufa, aparte de que las gomas y resinas que obstruyen los vasos de muchas de las maderas tropicales son ya de por sí verdaderos antisépticos.

RENDIMIENTO EN CELULOSAS DE LAS MADERAS TROPICALES

No pasará mucho tiempo sin que las miradas de todas las naciones converjan en los bosques tropicales para buscar en ellos la celulosa que necesitan para su consumo, si tenemos en cuenta que desde el año de la terminación de la guerra se ha duplicado la producción de aquél, ascendiendo ahora a 40 millones de metros cúbicos de madera los que al año se emplean en la fabricación de pastas celulósicas.

Teniendo en cuenta que las especies forestales de nuestra colonia susceptibles de transformarse en celulosa ascienden a un 20 por 100 aproximadamente, y que España importa actualmente unas 40.000 toneladas de madera destinada a este fin, se comprenderá la trascendental importancia de este aprovechamiento, al permitir extender la explotación del bosque tropical sobre un 70 por 100 de las especies que lo constituyen.

UTILIZACIÓN DEL CARBÓN DE GUINEA

Queda, por último, un tercer aprovechamiento del bosque tropical: éste es la destilación en vaso cerrado y la obtención del carbón de madera. Aunque hoy, y dada la carestía de los fletes, no parece económica la exportación del carbón de Guinea, no por eso pierde éste su importancia, si le consideramos como elemento de transporte. Bien estudiada, una red de transportes forestales de Guinea a base de un ferrocarril como vía principal de saca y camiones caterpillar con gasógeno de carbón de madera para las vías secundarias, permitiría la ampliación de la actual zona económica de explotación, reducida hoy a una estrecha faja costera de no más de 12 a 15 kilómetros de profundidad.

Construída ya una red de pistas de cerca de 400 kilómetros, que poco a poco irán transformándose en carreteras, el gasógeno con carbón de madera permitirá llevar la explotación forestal a sitios hoy económicamente imposibles, dado el elevado precio que alcanza la gasolina en Guinea, debido, principalmente, al envase que necesita para su transporte. Si las experiencias que en España viene realizando la Sección de Combustibles de nuestro Instituto Forestal dan un 60 por 100 de economía del gasógeno de carbón de madera sobre la gasolina, en Guinea podemos asegurar que se acercará mucho al 80 por 100, y no necesitaremos decir lo que esto permitirá ampliar la zona explotable.

OTROS APROVECHAMIENTOS FORESTALES

En el bosque tropical no es sólo la madera el único aprovechamiento que del mismo puede sacarse: existe la palmera de aceite, que en estado silvestre se da maravillosamente en nuestra colonia, extendiéndose por toda ella, pero principalmente por la zona norte.

Productoras de caucho hay varias especies de «lianas», encontrándose en su estación la especie hoy explotable, «hevea brasilensis», aunque sea discutible si su aprovechamiento es o no económico. El «abacá» se desarrolla extraordinariamente en Guinea. La «copra» empieza a ser una gran riqueza para los magníficos cocoteros de la costa.

De productos y plantas medicinales tenemos el «Abel», árbol que da la «nuez de cola»; algunas variedades de «quinas»; el «strophantus», la «yohimbina», la «quinqueleba», el «copal», etc.

ESTADO ACTUAL DE LA GUINEA ESPAÑOLA

Fundamentales diferencias de suelo separan a la Guinea española de la isla de Fernando Poo; la riqueza de ésta la constituye el cultivo agrícola del cacao y del café; la riqueza del continente la constituyen los magníficos bosques que a la ligera acabamos de describir, y la base de toda colonización que allí quiera implantarse tiene que ser a base de la explotación forestal, ya que el suelo no es apto en grandes extensiones para otra clase de cultivo.

La explotación actual de Guinea es completamente forestal, y consiste principalmente en la exportación de «okume», del que el año pasado se llegaron a exportar unas 30.000 toneladas, que irán aumentando de año en año, ya que parece han empezado nuestros financieros a darse cuenta de lo que puede ser para España su rica colonia.

Además, el consumo especial de «okume» aumenta rápidamente, y ya ha llegado a las 20.000 toneladas, con importantes fábricas de contrachapeados en Bilbao, Valencia y Barcelona. Nacida esta industria para surtir al mercado nacional, ha sabido en poco tiempo adquirir una técnica tan perfecta, que ya se ha convertido en exportadora y empieza con sus tableros a llegar a Inglaterra, América latina y Estados Unidos.

Paralela con el incremento de sus explotaciones forestales corre la colonización de Guinea; ya se tiene una red de carreteras de más de 400 kilómetros, que la cruzan en todas direcciones; la labor sanitaria que en la «enfermedad del sueño» está desarrollando España es verdaderamente brillante; se acaba de organizar la enseñanza indígena; en comunicaciones también se ha adelantado mucho con la instalación de una estación de radio en Río Benito. Y a medida que vayamos dándonos cuenta de lo que Guinea significa para España, nos irá ésta entregando con más facilidad la riqueza que atesora y que tan pródigamente nos brinda.

ÍNDICE DE MATERIAS

DEL PRIMER TOMO

	Páginas
Proemio	VII
La Exposición de Sevilla	XVII
La Exposición de Barcelona	XXXIII

CAPÍTULO I.—ESPAÑA

SECCCIÓN I

	Páginas
Descripción general	3
Geografía e Historia	4
Ejército y Marina	22
Instrucción Pública	37
Ciencias	71
Derecho	73
Acción social	79
Literatura	95
Arte	123
Filosofía	191
La Prensa y el Libro	195
La Higiene, Sanidad y Beneficencia	203
Economía, Industria y Comercio	227
Agricultura y Ganadería	289
Turismo	315
Obras Públicas	343

SECCIÓN II.—LAS REGIONES

LAS REGIONES ESPAÑOLAS	369
ANDALUCÍA	385
Almería	389
Cádiz	391
Córdoba	403
Granada	413
Huelva	421
Jaén	427
Málaga	435
Sevilla	441
ARAGÓN	
Huesca	473
Teruel	477
Zaragoza	479
ASTURIAS	489
BALEARES	497
CANARIAS	
Gran Canaria	509
Tenerife	513
CATALUÑA	
Barcelona	523
Gerona	537
Lérida	542
Tarragona	543
CASTILLA LA NUEVA	
Ciudad Real	547
Cuenca	545
Guadalajara	559
Madrid	563
Toledo	581
CASTILLA LA VIEJA	
Ávila	589
Burgos	593
Logroño	596
Palencia	598
Segovia	601
Soria	605
Valladolid	607
EXTREMADURA	
Badajoz	617
Cáceres	623
GALICIA	
La Coruña	629
Lugo	647
Orense	653
Pontevedra	661
LEÓN	
León	671
Salamanca	675
Zamora	687
LA MONTAÑA	
Santander	691
MURCIA	
Albacete	699
Murcia	709
NAVARRA	724
VALENCIA	
Alicante	729
Castellón de la Plana	732
Valencia	733
VASCONGADAS	735
Álava	739
Guipúzcoa	741
Vizcaya	747
MARRUECOS	759
GUINEA	791

El segundo tomo del LIBRO DE ORO se dedica a la descripción, en forma análoga, de Portugal y naciones de América, completándose con un apéndice, consagrado a las relaciones ibero-americanas en el pasado, en la actualidad y en el porvenir.

La

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

es

órgano de la

Unión

Ibero-Americana

La cooperación de anunciantes y entidades nos ha permitido la realización de esta obra tan costosa, llevándola a término a precio más asequible para el público que el de su coste, y haciendo una mayor distribución gratuita de ejemplares entre Centros culturales y económicos. – A todos nuevamente expresamos nuestra más honda gratitud por su patriótico concurso.

ÍNDICE DE COLABORADORES

EN EL PRIMER TOMO

	Páginas.
Aguiar (Conde de)	461
Aguilar y Cuadrado (Rafael)	561
Alba (Duque de)	IX
Alomar (Gabriel)	498
Altea (Conde de)	81
Álvarez de la Campa (Fernando)	535
Álvarez Lineses (Gerardo)	663
Álvarez de Sotomayor (Fernando)	123
Álvarez Quintero (S. y J.)	447
Amor Melián (Manuel)	649
Andrés Vázquez (José)	XXII y 424
Arán (Santos)	305
Arche (José Vicente)	289
Areitio (Darío de)	749
Armenteras (José)	237
Arques (Enrique)	778
Artola (Víctor)	233
Aunós (Eduardo)	79
Blázquez Marcos (José)	624
Baños Fernández (Pedro A.)	572
Baroja (Pío)	736
Barreda (Fernando)	697
Bassols (Federico)	538
Belando (Diego)	392
Bellido (Manuel)	353
Benavente (Jacinto)	97
Benedito (Rafael)	384
Benjumea (Luis)	89
Bermejo (Luis)	45
Bernades (Federico)	263
«Betis»	443
Bonsor (Jorge)	467
Borovio (Patricio)	481
Brezo» («Juan del)	183
Buen (Odón de)	269
Cabello Lapiedra (F. Javier)	602
Cabrera (Blas)	71
Calvo Sotelo (José)	227
Cabeza de León (Salvador)	638
Camarasa (Santiago)	582
Canals (Salvador)	245
Canga-Argüelles (Conde de)	578
Cañal (Carlos)	365
Carbonell (Alfonso)	729
Carlos (Abelardo de)	VII
Casanueva (Valeriano)	57
Castañeda (Vicente)	55
Castillejo (José)	69
Castillo (Ángel del)	632
Castillo (Juan H.)	710
Castro (José de)	792
Cierva y Peñafiel (Juan de la)	77
Clemente de Diego (Felipe)	73
Conrado (José M.)	161
Corrochano (A.)	793
Cosa» («Juan de la)	29
Cossío (Manuel B.)	129
Cruz Conde (José)	XXI
Cotarelo (Emilio)	51
Díaz Muñoz (Juan)	303
Díaz Villasante (M.)	465
Diego (Ángel de)	590
Díez Canedo (Enrique)	107
Domenech (Rafael)	145
Durán de Cottes (Jerónimo)	217
Elola (José de)	7
Elorrieta (Octavio)	348
Encina (Juan de la)	135
Escagedo Salmón (Mateo)	695
Espina (Concha)	693
Espinós (Víctor)	103
Esquibel (Marqués de)	459
Fabra Rivas (A.)	85
Faquineto (Antonio)	351
Fernández Almagro (Melchor)	471
Fernández Ardavín (Luis)	565
Fernández Vega (Pilar)	169
Ferrandis (José)	171
Ferrer Bravo (Mariano)	769
Filgueira Valverde (José)	665
Foronda (Marqués de)	XXXV
Francos Rodríguez (José)	211
Fuentes Pila (Santiago)	249
Fungairiño (Eduardo)	363
Galiay (Francisco)	91
Galbe (Pascual)	482
García de los Reyes (Mateo)	24
García Atance (Manuel)	560
García Lorca (Federico)	418
García Sanchiz (Federico)	579
Garrachón Bengoa (Ambrosio)	598
«Gaziel»	525
Gay Forner (Vicente)	231
Gelabert (Rodolfo)	343
Getino, O. P. (R. P. Luis)	676
Giménez Caballero (E.)	109
Gimeno (Conde de)	9
Gimeno Michavila (V.)	730
Gómez de Baquero (Eduardo)	115
Gómez de la Serna (Ramón)	149
González Oliveros (Wenceslao)	41
González Palencia (Ángel)	17
Güell (Conde de)	185
Horcada (Antonio)	215
Hoyos (marqués de)	221
Huesca (José)	452
Ibeas, O. S. A. (R. P. Bruno)	191
«Jacquard»	165
Jordana (Conde de)	760
Karag (Acisclo)	223
Larroche y Aguilar (Francisco)	513
Lazúrtegui (Julio de)	755
Lizárraga (Conde de)	65
Lobera (Cándido)	774
López Otero (Modesto)	49
Lorenzo Pardo (Manuel)	357
Luque (Francisco J.)	275
Lussnig (Rodolfo)	389
Madariaga (J. M.)	67
Machado (Manuel)	604
Marquina (Eduardo)	371
Marquina (Rafael)	153
Martínez Anido (Severiano)	213
Martínez Kleiser (Luis)	556
Martínez Lumbreras (Francisco)	414
Massanet (Jerónimo)	505
Massó y Simó (Luis)	281
Matallana (Gregorio)	307
Mayoral Fernández (J.)	592
Mélida (J. R.)	13
Méndez Bejarano (Mario)	385
Méndez Casal (Antonio)	175
Mendizábal (Francisco)	609
Menéndez (Tito L.)	548
Millas (José M.)	15
Mille (Mateo)	29
Montoto (Santiago)	455
Montoya (Guillermo)	738
Moreno Caracciolo (M.)	339
Morell Ballet (José)	497
Muguruza Otaño (Pedro)	373
Muñoz San Román (J.)	453
Nájera (Fernando)	795
Naranjo Alonso (Clodoaldo)	628
Nizzovo (Julio)	727
Nueda (Luis)	333
Ors (Eugenio d')	139
Ortiz y Muñoz (Luis)	325
Ortiz y López de Alda (Pedro)	738
Ozores Pedrosa (Xavier)	643
Palacio Valdés (Armando)	491
Palencia (Isabel de)	377
Parias (Pedro)	442
Pardo (Emilio V.)	656
Pérez de Ayala (Ramón)	95
Pérez Bueno (Luis)	179
Pérez Cardenal (Andrés)	681
Pérez Cardenal (José)	690
Piñuela (Gustavo)	356
Plácido Donapetry (Francisco)	648
Polo Benito (J.)	586
Pons (Antonio)	501
Prado Mínguez (Antonio)	669
Primo de Rivera (Miguel)	XIII
Quadra Salcedo (F.)	752
Rahola (Carlos)	539
Recaséns (Sebastián)	61
Redal (A.)	267
Répide (Pedro de)	567
Resines (Carlos)	337
Rico Cortés (Bernabé)	399
Rodríguez Elías (Avelino)	667
Rodríguez Marín (R.)	113
Rodríguez Pardo (Gaspar)	608
Rodríguez Soto (Julio)	653
Rosillo (Fermín)	235
Romanones (Conde de)	63
Ruiz Albéniz (Víctor)	766-785
Sáinz Rodríguez (Pedro)	119
Salazar (Zacarías)	301
Salcedo Bermejillo (Vizconde de)	564
Sánchez Cabeza (Enrique)	402
Sánchez Cantón (F. G.)	4
Sangroniz (José Antonio de)	XI
Santa Cruz (Marqués de)	93
Santibáñez del Río (Conde de)	643
Serrano (César)	261
Serrano Anguita (F.)	383
Siurot (Manuel)	422
Sota y Valdecilla (Daniel de la)	662
Suárez Somonte (Ignacio)	37
«Tebid Arrumi» (El)	787
Tenreiro (Ramón M. de)	630
Torres (Alfonso)	720
Torres Sánchez Dalp (Conde de las)	457
Trapote Legerent (Andrés)	255
Trías (Santiago)	265
Turégano (Félix F.)	297
Urgoiti (Nicolás M. de)	195
Valcárcel (Antonio)	241
Valdeavellano (Luis G. de)	125
Valdemoro (José)	477
Varela (José)	762
Vázquez (Inocente)	309
Vega Inclán (Marqués de la)	315
Viedma (José de)	431
Villalonga (Ignacio)	732
Xauen (Conde de)	22
Zarco, O. S. A. (Julián)	575
Zurdo (Victoriano)	680
Zurita (Víctor)	515
y el Patronato Nacional del Turismo	

NOTA.—En el segundo tomo colaboran, describiendo sus respectivas naciones, las autoridades y prestigios más relevantes de cada una, así como en el Apéndice los Sres. Altamira (Rafael), Artiñano (Gervasio), Castrillo (Benito), Danvila (Alfonso), Goicoechea (Antonio), Maeztu (Ramiro de) y otros no menos destacados.

ÍNDICE DE ANUNCIANTES

EN EL PRIMER TOMO

	Páginas.
Abascal y Cobo (Francisco)	248
A B C	206
Abonos Químicos (S. A.)	722
Ahlers (Jacobo)	516
Ahorro y Construcción (Banco)	276
Álvarez Gómez y C.ª (Herminio)	122
Anglo South American Bank The	238
Anglo Spanish Industrial Association	354
Aragón (Banco de)	480
Aranda Hermanos	106
Arnau (José M.ª)	174
Asland (Cementos)	686
Asociación Española de Luminotecnia	314
Asociación de Olivareros	XXXI
Azucarera del Ebro, S. A.	474
Balanzas y Básculas S. Esp.	40
Barandiarán y C.ª	746
Barrio, Márquez y C.ª	344
Beltrán (Patricio)	798
Bilbao (Banco de)	232
Blandy, Bros y C.ª	514
Blanco Cobaleda (Matías)	242
Borrull (Vda. e hijos de J.)	268
Bosch y C.ª	412
Brizuela (C.)	680
Brooking (D.)	574
Brugier y Trujillo	76
Cabot (Vda. de José)	102
Cámara Oficial Uvera	314
Campos (Ricardo)	92
Canary Coaling C.º (Gran)	512
Cantó (Pablo)	102
Cañameras (José)	280
Carbonera de Las Palmas, Std.	514
Casado (Félix)	382
Cementos Portland Zaragoza, S. A	480
Central (Banco)	238
Centro de Atracción y Turismo	740
Centro de Información de Colombia	234
Climent y C.ª	698
Coca Gascón (J.)	682
Colonia Güell, S. A.	54
Colonial (Compañía)	84
Combustibles Oceánica C.ª	518
Comercio (Banco de)	746
Construcciones (Nueva Sdad. de)	278
Constructora Naval	26 a 28
Correa Medina (Luis)	510
Coruña (Banco de la)	122
Cory Brothers and Co. Ltd.	514
Cosmópolis	698
Crédito Local (Banco de)	230
Crédit Lyonnais	250
Crédito Navarro, S. A.	726
Cruz (Manuel)	518
Curbelo y C.ª (M.)	516
Darmendrail (Juan Bta.)	314
Davies (B)	54
Delatas e Hijo (R.)	738
Dental Española (Compañía)	12
Deprit y C.ª	746
Diego (Gregorio de)	738
Domecq y C.ª (Pedro)	64
Doria y Compañía	382
Dos Santos (Joaquín J.)	512
Echavarri (Hijos de V.)	726
Electro Mecánicas (S. E. de Construcciones)	410
Electroquímica de Flix (Sociedad)	544
Equitativa (Fundación Rosillo)	234
Escandinava (Compañía)	516
Epelde Hermanos	566
Española de Turismo (Compañía)	342
Espasa Calpe, S. A.	6
Esteve (Jaime)	314
Experiencias Industriales (S. A.)	260
Fernández (Clemente)	152-254
Figueroa, S. A. (G. y A.)	254
Florida (Hotel)	318
Fluiters (Pedro)	276
Fonquerni (Antonio)	314
Forjas de Buelna	692
Fournier (Vda. e Hijos de H.)	36
Fuentes Cabrera (Eufemiano)	514
García Reboredo (Luis)	106
García Rico y C.ª	198
Garraf (Bodegas de)	314
Garrouste (Casa)	248
Gascón (Felisa)	314
Gil Bergasa (Justino)	566
Gómez (Vda. de Diego)	433
Gómez Cirujano (Germán)	190
González Byass y C.ª	294-295
González Montes (Hijo de)	174
Grand Hotel	318
Gran Vía (Hotel)	XVI
Gremio de exportadores de pimiento molido	720
Guipuzcoano (Banco)	240
Guggenbhul (Gustavo)	276
Gutiérrez de Rueda (Manuel)	152
Hernando (S. A.)	198
Hipotecario de España (Banco)	106
Hispania, Sdad. Esp. de Cementos	278
Hispano-Americana de Electricidad	288
Hispano-Americano (Banco)	228
Huarte y Malumbres	722
Ibero-Americana de Publicaciones (Compañía)	194
Industria Linera (S. A.)	266
Industrias Sanitarias (S. A.)	219
Infante Rodríguez (José)	92
Informaciones	204
Inglaterra (Hotel)	219
Inglés, S. A. (Hotel)	190
Internacional de Industria y Comercio	232
Jiménez García (Ignacio)	382
Jodra Estévez (S. A.)	102
Kruckenberg (Gustavo)	324
Krupp (Fried)	34
Krupp Grusowerk	256
Kruzic Turina (Juan)	514
Laffitte (José)	60
La Moderna Apicultura (S. A.)	88
Larrañaga (Agustín)	152
Laurens (Cigarettes)	464, 542, 554, 591, 616, 708, 721, 730, 731, 732, 744, 751, 754, 756, 758, 765, 768, 780, 784, 794
Libertad (La)	204
Liñán (Diego)	434
Lion d'Or (Hotel)	174
Lissen Hermanos	68
Longoria, S. en C. (Miguel G.)	300
López (Sucs. de Matías)	118
López (Domingo)	44
López García (Felipe)	627
López e Hijos (Banca Pedro)	404
López de Heredia (F.)	XVIII
Luquez (Ricardo)	88
Madrid (Gran Hotel de)	152
Madrileña de Urbanización (Compañía)	316
Manau (Mariano)	532
Mandri (Francisco)	216
Manufacturas de Castilla	600
Maquinista Terrestre y Marítima	284
Martinicorena (R.)	726
Martz (Tintas)	314
Medina (Patricio de)	134
Mendizábal (Hijos de)	346
Metropolitana de Construcciones (Sdad.)	510
Miller y C.ª	516
Mirat (Hijos de)	682
Moneo (Hijo)	680
Morán Muñoyerro (Francisco)	216
Morencos (Pablo)	744
Móstoles (C.)	276
Muniz Verano (Juan)	102
Mustad y C.ª (O.)	744
Myrurgia (S. A.)	186
Nacional de Industrias de Turismo	558
Navarra de Industrias	722
Nitrato de Chile (Comité del)	60
Oerlikon (Sdad. Española)	262
Olma (C.ª Ltda.)	268
Olmedo y C.ª, S. en C. (J. de)	248
Orbis, S. A., Máquinas Continental	40
Oriente (Hotel), Barcelona	212
Oriente (Hotel), Sevilla	216
Osborne y C.ª	296
Palace (Hotel)	198
Papelera Española (La)	196
Pardo Fernández (Antonio)	168
París (Gran Hotel de)	248
Partearroyo (Federico R. de)	212
Pastor (Banco)	78
Pedrerol (Conservas A.)	268
Peninsular de Asfaltos (Compañía)	274
Peñarroya (Sociedad Minera y Metre)	404
Pérez del Molino (S. A.)	698
Pérez Martínez (Isidoro)	566
Pérez Villamil (Enriqueta)	52
Petits Suisses (Les)	380
Pickman (S. A.)	92
Plus Ultra (C. A. de Seguros)	242
Pons Moreno y C.ª	274
Previsores del Porvenir (Los)	230
Pumariño (José)	88
Real Tesoro (Marqués)	60
Renault, S. A. E. (Automóviles)	338
Reus, S. A. (Editorial)	194
Revista de las Españas	480, 512, 566, 616, 680, 708, 731, 744, 751, 754, 758, 765, 768, 798
Ritz (Hotel)	528
Riva y García	168
Riviere y C.ª	260
Robillard y C.ª	734
Rocalla (S. A.)	276
Rodríguez López (Álvaro)	518
Rodríguez Rivas (Agencia)	122
Roma (Hotel)	318
Romeo, Ribot y C.ª	246
Rudof Mosse Ibérica (S. A.)	382
Ruiz Ramos (Isidoro)	216
Ruiz Vernacci (Joaquín)	92
Salvador (Pedro)	314
Sanatorio de San Esteban	216
Sánz Simón (M. y V.)	268
Sarasqueta (Víctor)	76
Savoy (Hotel)	122
Sedó Boronat (Luis)	84
Segarra (J. B.)	730
S. E. I. D. A. (S. A.)	222
Seseña (Santos)	382
S. I. C. E.	12
Sindicato Agrícola del Norte	516
Sogeresa	68
Sol (El)	202
Solache (A.)	616
Soto Morillas (Armando de)	48
Suárez (Victoriano)	198
Suchard (Chocolates)	XVI
Talens y Ferrer	190
Tejedor (A. H.)	382
Tejera y Hermana (Camilo)	118
Terry (Joseph I. de)	60
Thomas (Casa)	40
Torres Muñoz (J.)	464, 542, 554, 591, 616, 721, 730, 732, 784, 794
Torres Figueras (M.)	122
Trasatlantique (Cie. Francaise)	320
Trasmediterránea (Compañía)	32
Trenkel (C. H.)	152
Troconiz (A. de)	254
Umbert (Vda. de)	254
Unión Naval de Levante	258
Urquijo (Banco)	434
Utensilios y productos esmaltados	406
Utrillas, S. A. (Minas y Ferrocarril de)	252
Valles (L.)	382
Vasco-Navarra (La)	722
Vasconia (La)	726
Vapores Correos Interinsulares	522
Velasco (Joaquín)	290 a 293
Veneciana (La)	134
Veritas (S. A.)	273
Vilalta Giménez (R.)	76
Villabaso (J. R.)	746
Vitalicio de España (Banco)	236
Vizcaya (Banco de)	242
Voluntad (Editorial)	200
Voz (La)	202
Woermann Linie Ltd.	508
Ybarra y C.ª	30 y 298
Ybis	218
Yeoward (R. J.)	161
Yutera Española	68

Las planchas y guardas, para la encuadernación de esta obra, han sido dibujadas por Luis Quintanilla, ejecutándose la encuadernación en los talleres de Aldus, S. A., en Santander.

Los fotograbados de este tomo han sido ejecutados, casi en su totalidad, por las Casas «La Ilustradora Española» y Antonino M. Páez, ambas de Madrid.

Precio del tomo:

40 pesetas.

Las ilustraciones de este tomo han sido ejecutadas por «Bradley», Castro Gil, Cuervo, Menéndez, Navarro, Pedraza - Ostos, Ruiz, «Serny», Vázquez Díaz y Zaragoza.

La impresión del Libro de Oro ha sido realizada en los talleres de Aldus, S. A., en Santander, con papel fabricado por la Papelera Española.

GB L 1

Sig.: G.B. L. 1
Tit.: Libro de oro ibero americano :
Aut.:
Cód.: 1008081